ANTOLOGÍA DEL CUENTO NORTE-AMERICANO

Seleccionada y prologada
por Richard Ford

Presentada por Carlos Fuentes



Lectulandia

«Este volumen contiene sesenta y cinco relatos escritos entre los años 1820 y 1999 por escritores nominalmente norteamericanos —es decir, escritores en posesión de la ciudadanía de los Estados Unidos— y pretende mostrar no sólo lo mejor de la cuentística estadounidense, sino también la diversidad y la riqueza continuada de la prosa norteamericana durante los últimos ciento setenta y cinco años… Me satisface que una selección de relatos tan diversamente elegidos defina el carácter norteamericano (además del carácter del relato de este país) tan bien, tan cabal y tan libremente como es debido.»

RICHARD FORD

«Para Ford, el cuento nos abre a la vida pero también la protege. Reinventa. Revalora. Admite lo que la convención rechaza. Es un vuelco del corazón. Es una epifanía instantánea. Y le da a la vida de cada lector lo que a cada lector le falta en la vida. Límites de pensamiento. Educación de los sentidos. Tales son las virtudes que la selección de Richard Ford trae a este volumen.»

CARLOS FUENTES

Lectulandia

AA. VV.

Antología del cuento norteamericano

ePub r1.1
Yorik 22.06.14

Richard Ford, 2001, por la selección y el prólogo

Editor digital: Yorik
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Presentación

En lengua inglesa, el cuento siempre es calificado por la brevedad: *Short Story*, distinguiéndolo de formas más largas como la *novella*, intermedia entre la novela y el cuento. Los hispanoparlantes conocemos (y celebramos) el cuento más corto de todos, *El dinosaurio* de Tito Monterroso: «Cuando desperté, el dinosaurio seguía allí». La literatura de lengua inglesa tiene un equivalente, poético e inquietante, en Samuel Taylor Coleridge: «Si al despertar tengo en la mano la rosa con la cual soñé, entonces, ¿qué?».

Hay también brevísimas observaciones que podrían ser cuento o novela en germen. Recuerdo una tarde, volando de Mérida a la ciudad de México al lado de Juan Rulfo en un avión *chartered* que no alcanzaba gran altura y dejaba sospechar inminentes fallas técnicas. Sobrevolando el montañoso estado de Oaxaca, Rulfo miró por la ventanilla y dijo: «¡Quién nos iba a decir que íbamos a morir estrellados sobre el panteón de San Pedro de las Ánimas, donde están enterrados el Cacique de la Mano Negra y sus nueve hijos malvados!».

¡Cómo me hubiera gustado que Rulfo hubiese escrito esa novela, o ese cuento! Pero acaso su belleza es la de ser una expresión narrativa espontánea que, en su brevedad y belleza, nos recuerda que el relato breve, el «cuento», es tan antiguo como la humanidad. Papiros egipcios de hace seis mil años, los relatos que son la historia de David y Betsabé en la Biblia, las estelas narrativas de las culturas del golfo de México, la perdurable y espléndida historia de *La viuda de Éfeso*, originaria de la cultura de Mileto, los *fabliaux* medievales, los cuentos indostánicos, chinos y japoneses, nuestro *Conde Lucanor*, el *Decamerón* de Boccaccio… El cuento existe desde siempre, precede a la novela como la entendemos a partir del *Quijote*, pero Cervantes mismo no puede ni quiere evitar la intrusión del cuento dentro de la novela: la pastora Marcela, el Curioso Impertinente, la historia del Cautivo…

¿Qué es todo cuento, al cabo, sino un capítulo más de la interminable historia de Scherezade, obligada a contar cada noche un cuento nuevo para no morir al día siguiente?

Con gran sabiduría, Richard Ford, en esta extraordinaria antología del cuento norteamericano, nos pide leer los cuentos antes de comentarlos y, mucho menos, de definirlos. Y tiene razón. La variedad que Ford nos ofrece es, por definición, indefinible. No traiciono a un escritor y amigo tan admirado como Ford, sin embargo, cuando esbozo una brevísima historia del cuento norteamericano. Originado por

Hawthorne, es Poe quien famosamente define al género como un diseño preestablecido dirigido, sin vueltas y circuitos, a obtener el efecto deseado. Es esta definición la que un maestro del cuento clásico como W. Somerset Maugham hace suya al concebir el cuento corto como una línea recta dotada de unidad de efecto y de impresión.

La línea recta se convirtió en un horizonte colorido en ese cuento de éxito inmenso, antecedente del western fílmico y esencia del narrar fronterizo de los Estados Unidos: «Los proscritos de Poker Flat» de Bret Harte (1868). Posiblemente ningún otro cuento dio tan limpiamente su carta de naturalidad a la narrativa breve norteamericana, con sus buenas dosis de color local adobado por excentricidades dickensianas.

Correspondió a Henry James —faltaba más— complicar las cosas rehusando radicalmente el color local y, de ser necesario, la calle misma para que el cuento ocurra en la cabeza del lector. Ésta es, para mí, la verdadera revolución cuentística de James y nada la ejemplifica mejor que la maravillosamente ambigua *Otra vuelta de tuerca*, donde la narración es la imaginación de la institutriz. James purifica la imaginación gótica de Edgar Allan Poe, donde el mal, también, palpita en el «corazón delator» más que en los calabozos, tumbas y féretros del escenario gótico.

Si yo pudiese imaginar tres territorios de fundación del cuento norteamericano del siglo XX, escogería los de Sherwood Anderson, Ernest Hemingway y William Faulkner. Anderson convierte al cuento en capítulo de una novela de narraciones independientes pero que en su conjunto crean una unidad: la del pueblo que da título al libro, *Winesburg Ohio*. Acaso Anderson sea el más directo heredero norteamericano de Chejov: pinceladas sutiles y gritos mudos. Y una voluntad de estilo: eliminar el argumento, no rendirse ante la vivacidad de la civilización de los Estados Unidos.

Ernest Hemingway admitió su deuda con Anderson pero imprimió al cuento norteamericano dos de sus características permanentes: la concisión y la objetividad. «Los asesinos», «Mi viejo», «Fifty Grand», «Un lugar limpio y bien iluminado» son obras maestras del género, clásicos de la narrativa breve que, naturalmente, provocaron imitaciones sin fin y una reacción ilustre en contra: William Faulkner, cuyo barroquismo sureño y prosa gongorina son la distensión y extensión opuestas a la brevedad y concisión de Hemingway. Una manera, muy faulkneriana, de decir: siempre hay otra manera de decir las cosas.

Pero acaso éste sea el principio que guía la espléndida y abundante selección de Richard Ford: ¿qué me dice este cuento que antes no supiera? ¿Posee este cuento la libertad interna de decirme las cosas de otro modo?

La selección de Ford rehúsa ver al cuento como historia personal, historia social o contexto político. Apuesta con fervor por la autonomía y universalidad de la forma,

pero le atribuye poderes extraordinarios. Diversidad. Brevedad. Novedad. Desde luego. Pero también las virtudes de lo impredecible, la incertidumbre, la certeza de que el orden de la vida es provisional pero el cuento tiene el poder de contener a la vida misma y, lo que es más, ordenarla.

Para Ford, el cuento nos abre a la vida pero también la protege. Reinventa. Revalora. Admite lo que la convención rechaza. Es un vuelco del corazón. Es una epifanía instantánea.

Y le da a la vida de cada lector lo que a cada lector le falta en la vida. Límites del pensamiento. Educación de los sentidos.

Tales son las virtudes que la selección de Richard Ford le trae a este volumen que con verdadero orgullo presento.

Carlos Fuentes

Cuentos norteamericanos

por Richard Ford

Este volumen contiene sesenta y cinco relatos escritos entre los años 1820 y 1999 por escritores nominalmente americanos —es decir, escritores en posesión de la ciudadanía de los Estados Unidos— y pretende mostrar no sólo lo mejor de la cuentística estadounidense, sino también la diversidad y la riqueza continuada de la prosa norteamericana durante los últimos ciento setenta y cinco años.

Razonablemente esta introducción podría concluir tras haber dicho sólo esto; ya que *leer* los siguientes relatos es más importante que cualquier cosa que pudiéramos añadir como prólogo. Yo también soy escritor, y mi mayor deseo siempre ha sido, sencillamente, que el lector *lea* mi narración, y que lo haga con la menor cantidad de obstáculos posibles. Según un criterio más bien francés, un relato no es del todo un relato hasta que alguien lo lee; aunque, mientras permanece sin ser leído, puede sufrir toda clase de extraños y asombrosos tratamientos.

Hace poco una californiana me escribió una carta en la que detallaba las razones por las cuales ella creía que un relato mío debía tirarse a la basura, sobre todo debido a lo que ella consideraba sus múltiples contenidos censurables: la infidelidad matrimonial, la violencia conyugal, la desesperanza, la confusión moral, la ambigüedad sexual. Por supuesto, no me gustó enterarme de su disgusto. Preferiría que todos los que lean un relato mío encuentren algo que les guste o que admiren o que pueda resultarles útil. Pero enseguida le escribí a esa lectora insatisfecha para acusar recibo de sus sentimientos, pero también para expresarle mi satisfacción fundamental de que hubiera leído mi relato *de cabo a rabo*. A lo mejor, supuse (aunque no se lo dije), su experiencia desagradable al leerme le había clarificado algo importante; quizá le había mostrado precisamente la clase de persona que ella *no* era, ahorrándole así algún quebranto importante en el futuro. De todos modos, no iba a discutir la actitud que ella había adoptado *después* de leer mi cuento, pues eso seguía siendo secundario comparado con el hecho más importante: que había *leído* lo que yo había escrito.

Para un relato y para su autor el hecho de ser leído lo es todo. Por eso, como he indicado, si el lector desea pasar por alto mis comentarios ahora mismo, y empezar a leer a Hawthorne, a Poe, a Fitzgerald, a O’Connor, a Welty, a Carver —o incluso a Ford—, por favor, que no dude en hacerlo, y considere este pequeño ensayo como un *epílogo*.

Para una visión más general, crítica y detallada del relato norteamericano a lo largo de la historia —es decir, un tratado sobre la forma en que ha sido elaborado por los estadounidenses con el paso de los años— hay que leer otros libros. Tales disquisiciones incluirían debates acerca de las distinciones taxonómicas del género: qué *es* (o no es) un relato. ¿En qué se diferencia un relato auténtico de un «boceto», un «cuento», «una historia», una «fábula», un «trozo de la vida tal cual es»? ¿Cuán corto ha de ser un relato para que no deje de ser un relato y se convierta en otra cosa: una *novella* o una novela? ¿Exige el relato ciertas características formales: unos personajes verosímiles, un solo punto de vista, un ambiente geográfico verídico, una estructura cronológica sumamente comprimida, un solo efecto?

Para mí —que desde hace más de treinta años escribo lo que alegremente denomino «relatos»— esas distinciones formales tan complicadas sólo resultan interesantes después de haber leído muchas obras fundamentales, de manera voluntaria. Pero en una introducción del relato norteamericano, estas preocupaciones son banales, y, en el peor de los casos, irrelevantes y agobiantes, para establecer la relación principal entre el lector y la gran variedad y amenidad del género. Nos gusta leer un soneto de Shakespeare *antes* de estudiar las complejidades del pentámetro yámbico. Por lo tanto, como definición preliminar, os ruego que aceptéis mi criterio, aunque es opcional, de que un relato es simplemente una obra de ficción, escrita en prosa y no en verso (aunque estoy dispuesto a ser flexible), cuya extensión oscila entre un párrafo y un número de páginas o palabras más allá de las cuales la palabra «corto» parezca poco convincente para una persona en su sano juicio. Ese «relato» será norteamericano si su autor es norteamericano. Probablemente estará escrito en inglés, pero también podría estar escrito en español, en sioux o en francés. Cualquier intento de alcanzar otra definición —escrutar el número de personajes, o la cantidad de incidentes narrativos; evaluar las limitaciones en la dimensión histórica; requerir la presencia (o la ausencia) de una revelación psicológica penetrante en la vida interior de los personajes; enfocar (o no) a personajes que pertenecen a grupos de población «marginal»; pedir un contenido «edificante» o un consejo humano—, todos estos aspectos podrían constituir maneras de describir o de examinar de forma más cercana tal o cual relato en particular, pero no definen la esencia del relato como género, ni tampoco formulan en qué medida el relato será bueno, y ni siquiera si será bueno.

Otras cuestiones —principalmente eruditas—, y que aquí no consideramos relevantes, serían el *desarrollo* del relato a través de las sucesivas modas del estilo literario norteamericano y a lo largo de las concepciones de cada época acerca de cómo retratar la realidad y qué constituye un tema adecuado: desde los cuentos de austera moralidad de Hawthorne y las fantasmagorías de Poe, pasando por el «naturalismo» de Williams Dean Howell o el realismo psicológico de Henry James, y las narraciones llenas de color local y los «cuentos chinos» de Bret Harte y Mark

Twain, hasta llegar a la amalgama del siglo XX de «todo-lo-que-hubo-antes» comprimida por el escepticismo del trastorno que sobrevino a la primera guerra mundial —una estética que puede definirse más o menos como «experimentación» formal, pero que en realidad era solamente el principio de la permisividad: es decir, todo lo que se pueda convertir en un buen relato está permitido. (No tengo nada contra este asunto «del desarrollo», sólo que primero hay que leer los relatos.)

Los especialistas en cuentística también estudian la «utilidad» o el valor —como reflejo de sucesos o movimientos (demográficos, políticos, raciales)— de un relato dentro de la cultura estadounidense. Y, no obstante, como escribió una vez el poeta Howard Nemerov, en la práctica es imposible saber, a partir de la lectura de un relato, cómo y en qué circunstancias se compuso. Y del mismo modo que suele ser imposible saber con certeza qué partes de un relato (si es que hay alguna) provienen directamente de las vivencias del autor, resulta dudoso «emplear» una obra de ficción como informe fiable de sucesos reales (aunque se hace con regularidad). Sí, por supuesto, es verdad que a partir de Hemingway podemos imaginar lo que fue una guerra mundial; y a partir de la prosa de Cheever, el hecho de que Norteamérica en los años cuarenta y cincuenta se desangraba en los suburbios; y leyendo a Faulkner podemos advertir la existencia de un problema racial que probablemente nunca desaparezca. Los comentaristas pueden distorsionar los relatos para *retratar* el «espíritu» de una época, tal como dijeron que las narraciones de Fitzgerald describían la «era del jazz» o los años veinte. Pero, como sucede con todo arte —y la ficción norteamericana sería arte si pudiera renovar nuestra vida sensual y emocional y enseñarnos una conciencia nueva— lo más probable es que cuando examinemos cualquier período histórico no nos impresione lo bien que la obra reflejó el acontecimiento, sino qué conflicto de voluntades se desencadenó dentro de la misma: cuán inevitablemente *dentro*, y sin embargo, cuán impávidamente *fuera* del dominio aparente de la historia puede estar el arte. Si una de las funciones de la literatura es devolver al lector a la vida mejor equipado para vivirla, dueño de una nueva conciencia, entonces el contenido de la literatura ha de hacer algo más inmortal que comentar y certificar lo que ya ha pasado. Como escribió Salman Rushdie: «En la literatura no hay monopolio exclusivo sobre ciertos temas para ciertos grupos [hubiera podido añadir: ciertos períodos históricos]… el verdadero riesgo para todo artista tiene lugar en la obra, al empujarla hasta los límites de lo posible, tratando de incrementar la suma de lo que es posible pensar».

A lo largo del siglo XIX y principios del XX, la influyente definición de Edgar Allan Poe de lo que es (y no es) un relato seguramente hizo que los jóvenes que se esforzaban por escribir creyeran no sólo en la existencia eficaz de modelos formales para elaborar los relatos, sino también, implícitamente, que de algún modo el cuento *requería* que unas reglas lo rigieran —como si fuera más volátil que el resto de los

géneros literarios. En su crítica del primer libro de relatos de Nathaniel Hawthorne —*Twice Told Tales* (1837)—, Poe se convirtió, si no en el primer escritor americano, sí en el más elocuente y famoso a la hora de exponer su definición de lo que eran la naturaleza, la estructura y los efectos esenciales del relato. Una de estas características era que un cuento tiende a dejarse leer de una sentada. Otra, que todas las características formales del relato (de nuevo: los personajes, las peripecias, la estructura narrativa, el tono) debían conservar la unidad y subordinarse a conseguir un único *efecto* preconcebido por el autor. «… y con estos medios», escribió Poe, «con ese cuidado y habilidad, se logra por fin una imagen que deja en la mente del contemplador un sentimiento de plena satisfacción.» La preocupación evidente de Poe radica en que los relatos son valiosos de acuerdo con la impresión que causan en el *lector*, y no por ser una réplica perfecta de una forma abstracta. En términos prácticos, cuanto mayor sea el efecto, cuanto más se realice el plan del escritor, mejor será el relato, mejor para el lector, y mejor en general. Poe defiende las virtudes del oficio —lo que a mediados del siglo XX se denominaba un relato «bien hecho»— cuyos principios son: la concisión, la proporción, el control, y el relato concebido como un artificio que actúa sobre otra persona.

En mis primeros tiempos como narrador —los remotos orígenes del «taller de escritura universitario»— fui testigo de cómo muchos esfuerzos creativos, serios y conmovedores, eran descartados por jóvenes críticos-autócráticos simplemente porque «no eran relatos». Y no porque no fueran interesantes, sino porque al parecer no conseguían cumplir con la antigua preceptiva de Poe en cuanto a extensión, proporción y composición —un conjunto de normas críticas que quizá aquellos defensores modernos en realidad nunca habían leído, pero que, no obstante, de algún modo «conocían», como por instinto. En realidad, fue en parte como reacción a las viejas máximas de Poe —o al menos a su nueva y rígida aplicación por parte de los escritores y críticos de mediados del siglo XX— que la era del «antirrelato» tuvo lugar dentro de la narrativa norteamericana en los años cincuenta y sesenta. La innovación europea y latinoamericana desempeñó un papel vigorizador en esta pseudo-época literaria, lo cual felizmente continúa hoy. Pero algunos relatos aquí incluidos como «El levantamiento indio», de Donald Barthelme —y en los que las normas formales de la técnica narrativa son violadas de manera provocadora, si bien algo fría—, supuestamente rechazaban en parte la noción del relato «bien hecho» inspirada por Poe y su incapacidad para comprender la experiencia variada de la vida moderna.

Naturalmente, desde aquellos días de talleres literarios —también en los sesenta — la percepción cultural fluctuante en Norteamérica, la subjetivización cada vez mayor de la realidad percibida, los avances de la ciencia y la tecnología, las repercusiones de la guerra de Vietnam, la explosión demográfica y el cambio en las relaciones humanas conocido como diversidad y globalización han obrado

conjuntamente, evitando que el cuento norteamericano siga siendo una entidad precisa, practicada a partir de un conjunto de reglas definidas. La tendencia formal en la narrativa estadounidense mientras escribo este prólogo en las navidades del año 2000, consiste en no tener ninguna tendencia estable —lo que hace que el relato parezca vibrante y que el resultado de la historia parezca bueno. Los escritores escriben y publican, los lectores leen y disfrutan de unos relatos que Poe habría defendido, y de otros que él no habría entendido en absoluto. Por tanto, parece que lo más sabio es concebir la historia del relato en Norteamérica más bien como la historia de una *actitud* que se manifiesta en distintas formas: siendo que la actitud es *algo* crucial acerca de la vida que puede ser imaginado y expresado mejor —más claramente, más provocadoramente, más bellamente— en los relatos más bien breves que en los que son un poco largos.

Cuando Marcel Duchamp —padre del arte conceptual— llegó a Nueva York procedente de Francia en la década de los veinte, dijo de los escritores y de la literatura de este país: «En París los jóvenes de cualquier generación siempre actúan como los nietos de algunos grandes hombres… de modo que cuando llegan a producir algo propio, hay una especie de tradicionalismo que es indestructible. Pero a vosotros, los americanos, os importa un carajo Shakespeare. No sois sus nietos. De modo que éste es un terreno perfecto para nuevos desarrollos».

Eso en parte pudiera ser verdad, y en parte, no. Pero lo que *sí es* útil para la lectura de los relatos que integran esta antología, al tiempo que intentamos encuadrar una concepción nacional norteamericana del género, es la noción de Duchamp de la literatura americana como una búsqueda constante de nuevos desarrollos. El inicio de la producción narrativa en Norteamérica tuvo lugar en el primer cuarto del siglo XIX, cuando Thomas Jefferson, el gran espíritu renacentista de la independencia americana, aún vivía, tanto literalmente como en su capacidad de influir. Jefferson era contemporáneo de Washington Irving, cuyos relatos reunidos en *The Sketch Book* se publicaron en 1820. De hecho, la idea en sí de un estado nacional americano con un carácter consistente seguía siendo rudimentaria y era objeto de continuas redefiniciones y amenazas. Incluso la propia independencia, una idea tan crucial para los padres fundadores americanos, había sido concebida por ellos como algo en cierto modo variable —tanto una ruptura con una historia opresiva y un dominio arbitrario como también una oportunidad de crear nuevas configuraciones, enlaces, identidades. Estos colores de la independencia —literarios, gubernamentales, religiosos, morales — combinados una y otra vez todavía se observan en Norteamérica al iniciarse el nuevo milenio. De modo que, aunque pudiera ser verdad que los estadounidenses no somos nietos de Shakespeare, eso no significa que seamos huérfanos desprovistos de una historia de identidad significativa, artística o de otra clase. De hecho, si hay algo típico en los escritores y la literatura norteamericana contemporánea, es que cuando

intentamos imaginar nuestros antepasados literarios y encontrar la conexión crucial con Irving y Hawthorne, Herman Melville o Mark Twain, Sarah Orne Jewett en el frío Maine rural, no lo hacemos para crear a imitación de ellos, sino para encontrar aliento en individuos como nosotros mismos: mujeres y hombres cercanos a la vida, con pocas ideas preconcebidas, que experimentaron lo cotidiano más como un conjunto de sensaciones impredecibles que como una suma de certezas demostrables. Al igual que ellos, pensamos que nuestra literatura y cultura no son categorías absolutas destinadas a mantenerse y a estabilizarse, sino nociones para inventar de nuevo a través de un proceso de cesión y de revalorización. Un escritor norteamericano (sin duda al igual que uno letón o uno noruego) ofrece el aspecto de un hombre o una mujer bastante perplejo ante el maremágnum de acontecimientos más que el de una criatura escudada detrás de una barricada de obras y certezas. Por supuesto, una de las concepciones erróneas de la historia es creer que las grandes figuras del pasado eran esencialmente diferentes de nosotros. Y una de las convicciones principales de la democracia es el hecho de que no lo eran.

Estoy casi seguro de que escribí mi primer cuento porque había *leído* un relato —uno muy bueno— del escritor americano de los años veinte y treinta Sherwood Anderson, titulado «Quiero saber por qué». Lo he incluido en este libro. (Se rumorea que a Hemingway este relato le había impresionado tanto como a mí, y que él escribió su cuento «Mi viejo» inspirándose en el de Anderson.) En mi caso, concebí la forma del relato como una especie de liberación. Que yo recuerde, empecé a vivir como un chico fundamentalmente iletrado en Mississippi, allá por los años cincuenta. La literatura —de hecho, la gran literatura— flotaba en la atmósfera donde yo vivía. William Faulkner estaba cerca, en Oxford; y la genial narradora Eudora Welty residía a sólo unas calles de mi casa, en la ciudad de Jackson, de la que somos coterráneos. Sabíamos *de* estas personas, lo cual a fin de cuentas importaba. Sin embargo, yo no leía ni con afán de competencia ni con rapidez. Las novelas largas me desmoralizaban. Mis padres casi no leían nada, y no me animaban mucho a hacerlo. Y sumada a estos obstáculos circunstanciales, estaba la sensación generalizada de la insuficiencia de la vida, sin duda un sentimiento común entre muchos adolescentes, y quizá aún más común entre los que tenían dificultades para leer, y posiblemente todavía más marcadamente común entre los adolescentes blancos poco capacitados para la lectura del Sur americano de los años cincuenta; un lugar y un tiempo en que los ciudadanos estaban aislados de sus vecinos, pues en realidad todo nuestro terruño estaba separado de la vida cultural a gran escala de la nación americana debido a los prejuicios raciales. (Así pues, no es de extrañar que se dieran unas condiciones muy fértiles para la gran escritura, tal como evidencian los relatos de Welty, de Faulkner, de Flannery O’Connor, de Truman Capote, de Carson McCullers y de Peter Taylor. Era como si la literatura articulara las palabras que el habla convencional prohibía.)

Para mí, sin embargo, la insuficiencia algo banal de mi vida como joven se expresó en la forma de una pregunta ingenua, cuya urgencia debía intuir sin darme cuenta y sin intentar siquiera contestarla de manera tentativa. La pregunta era: «¿Esto que estoy experimentando es todo lo que hay en la vida?». Más tarde comprendí que era simplemente otra manera de decir que la vida me parecía insignificante y, por consiguiente, carente de importancia.

No es una manera insólita de sentir cuando se es joven. Y las vidas de los jóvenes alimentadas de la materia prima emocional del aislamiento, de la alienación, de la absurdidad cultural, del amor de los padres y de la suficiencia material pueden tener desenlaces buenos, y no devenir fatales. Hay muchas ocupaciones en la vida que pueden neutralizar las partes malas satisfactoriamente al tiempo que animan hacia algo mejor. Uno no *tiene* que acabar siendo escritor.

Sin embargo, en mi caso, a los diecinueve años y pico, en mi primer año de universidad, un maestro me entregó el relato de Anderson como parte del material de estudio de una asignatura. Y por primera vez sentí que podía identificar y al mismo tiempo enfocar aquella hasta entonces no expresada sensación de la insuficiencia de la vida. Súbitamente sentí como si la vida —mi vida— necesitase algo así como otro ritmo, un gesto más trascendental, algo que ni yo ni mis circunstancias podíamos producir. Pero el relato que leí, «Quiero saber por qué», *de algún modo* me proporcionó una sensación de que sí, de que en aquella vida que no me satisfacía totalmente —en esa vida sumamente subjetivizada, desordenada y arbitraria que vivíamos— había una historia añadible, cuyo tema *era* la vida, y cuyo objetivo era crear un orden provisional para ella, enfocar sus preguntas e insuficiencias más profundas, y quedar satisfecho tras haberlo hecho. Fue un descubrimiento importante.

Anderson escribió «Quiero saber por qué» en 1919, y el relato está ambientado en algún momento cercano a aquella época, en el Ohio rural y también en Saratoga, Nueva York, donde hay un hipódromo famoso (*nota bene*: en vez de uno, hay dos ambientes principales en un relato que es bastante breve). Las anécdotas del relato están «contadas» en un tono coloquial directo, o como un discurso aparentemente dirigido al lector, a través de la voz del personaje, un adolescente de un pueblo pequeño que se ha enamorado de los caballos, de las carreras de caballos, de la vida en el hipódromo, y más particularmente, de un joven entrenador de caballos llamado Jerry Tillford, quien parece encarnar todas las pasiones, el idealismo y el afán de tener experiencias en el amplio mundo que experimenta el joven narrador. El tono retórico del relato —que tiene menos de cuatro mil palabras, y, no obstante, es muy poderoso— es, como sugiere su título, una súplica algo lastimera del joven narrador en busca de comprensión. Un viaje desde Ohio hasta Saratoga, inspirado por su amor a todo lo relacionado con los caballos y que huela a cuero, concluye en una carrera de caballos ganada que afirma la vida de manera fabulosa. Pero en algún momento, el

joven e ingenuo narrador espía al muy estimado Jerry Tillford mientras éste tiene tratos con una prostituta, de modo que —en opinión del narrador— el entrenador parece andar en malos pasos y estar, de hecho, moralmente derrotado, convirtiéndose así en la causa de una gran decepción y confusión. «Quiero saber por qué» es el grito de dolor del narrador cuando choca de frente con esta manifestación de la triste insuficiencia de la vida. Y su historia —para el lector— no sólo sirve como una prueba de lo inquietante que en realidad puede ser la vida, sino que también —debido a que el relato es una obra concisa, expuesta claramente, elegantemente depurada— actúa como un antídoto contra la propia decepción que la anécdota del relato pone de manifiesto. El relato, en esencia, proporciona el ritmo extra que la vida de algún modo omite. Y podríamos considerar ese ritmo extra como algo dotado de varios atributos: como un comentario útil sobre la vida; como un bálsamo para la vida; como un agradable entretenimiento; como una consecuencia natural y necesaria de la insuficiencia de la vida —un consuelo del arte—; como una lección *sobre* la vida —cuyas consecuencias debemos imaginar a veces. Hay muchas posibilidades. Todo podría existir simultáneamente e intensificar el impacto del relato en nosotros.

A mí, por supuesto, me encantó el cuento. Recién había salido de la adolescencia cuando lo leí. Me había enfrentado a algunas de las pequeñas y confusas decepciones de la vida. El estilo coloquial directo me pareció un medio perfecto para enfrentarme a aquellas decepciones; el tratamiento directo e informal del relato me pareció auténtico, convincente y agradable. Admití la intensidad y la importancia de que el conocimiento derrotara a la inocencia. El relato, por su exactitud, parecía darle a *mi* vida el ritmo extra que necesitaba, no sólo como emoción, sino para vivirla de una manera útil. Me descubrió la vida de una manera bastante directa, pero también me protegió de la dureza de la vida por su propia condición de ficción; su existencia como artificio, su distanciamiento, su brevedad, su moderación, su promesa implícita de que sean cuales sean las cosas importantes que la vida nos exige, un relato las puede contener y comentar, haciéndolas tolerables e incluso bastante agradables. Y a mí no me molestaba en absoluto el hecho de que el relato tuviera lugar en una época y en un lugar muy distantes y distintos de donde yo estaba: la distribución especial del relato como arte neutralizó ese extrañamiento.

No todos los relatos —y seguramente no todas las historias de esta recopilación tan diversa— impresionarán a los lectores tanto como a mí la narración de Anderson cuando yo era joven. En cierto sentido, yo era el lector perfecto para «Quiero saber por qué». Pero todos los relatos aquí reunidos, desde los más antiguos hasta los más contemporáneos, desde Washington Irving hasta la sorprendente y joven Lorrie Moore, impresionarán a los lectores con su esencia narrativa: sus cualidades en tanto que «hechura»; la urgencia de dirigirse al lector; sus contornos esmerados, su brevedad y capacidad de moderación contra la urgencia de decir más cuando es mejor

decir menos; su convicción fundamental de que la vida puede —y quizá debería— ser minimizada, y al mismo tiempo ser enfatizada en un solo gesto, y de este modo juzgada moralmente. Estos relatos afirman que en medio del gran tumulto aparentemente indistinguible de la vida, *se puede* encontrar lo primordial.

Poe, por supuesto, hubiera preferido que los relatos fueran más breves de lo que yo acepto. Él habría contado rigurosamente los efectos que contenían y los que faltaban. Pero de 1837 a nuestros días, la vida quizá sea menos abreviable a causa de la sensibilidad moderna, que es más sobrecogedora, y ya no tan fácilmente sumisa a la necesidad de cohesión superficial y de unidad. De cualquier manera, no todos creen que una exagerada brevedad resulte tan virtuosa. Un siglo después de Poe, el crítico Walter Benjamin se lamentaba de que «el hombre moderno ya no se dedica a lo que no se puede abreviar». Y treinta años después de la época de Benjamin, el poeta Nemerov observaba que «los relatos no son nada más que trucos de salón […] unos aparatitos para inducir a producir reconocimientos y cambios de opinión […] Que tanta de nuestra experiencia, o el estereotipo que se hace pasar por ella, sea tratada por medio del relato es quizá un síntoma, que se puede percibir en otras partes del dominio público, de un cinismo desagradable con respecto al carácter humano…».

El criterio de Nemerov es que, debido a su severa economía, los relatos siempre omiten demasiado de la vida: las partes atenuantes, indistinguibles, grises, humanas, pero muy importantes, hubiera podido decir. Muchos detalles, una abundancia aún más grande, es, según este razonamiento, más verdadero; mientras que, ofrecer menos, equivale a creer que basta con menos, lo cual, desde el punto de vista de Nemerov, no sólo no era verdad, sino que estaba falto de moralidad. Nemerov habría estado de acuerdo con Benjamin, quien dijo a favor de la novela —ese género más largo que Benjamin tampoco aprobaba mucho—: «escribir una novela significa llevar al extremo lo inconmensurable en la representación de la vida humana […] En medio de la plenitud de la vida, y mediante la representación de esa plenitud, la novela evidencia la perplejidad profunda de los seres vivos». Todo parece indicar que lo que Nemerov consideraba como verdad absoluta era la perplejidad.

Desde luego, los relatos —si sus autores así lo desean— no necesitan escatimar las perplejidades de la vida. De nuevo, léase «El levantamiento indio» o «No hay lugar para ti, amor mío», de Eudora Welty, o el relato de Fitzgerald de los años veinte, «Regreso a Babilonia». La perplejidad abunda, aunque cada uno proporciona ese importante ritmo extra, gracias al cual no nos perdemos.

Tampoco deberíamos, en tanto que lectores, suponer que vamos a echar en falta la plenitud de la vida en los relatos. De nuevo remitimos al lector a Welty, a Henry James y a Stanley Elkin. Es cierto, los relatos no compiten con la vida en duración y extensión. La vida siempre será más larga que un relato o una novela. Pero el

propósito formal de un relato —devolvernos a la vida con más de lo que teníamos cuando empezamos su lectura— no se diferencia en nada de la intención de una novela. Con una novela simplemente recibimos más, de la vida y del arte. Pero no necesariamente recibimos algo mejor.

Los relatos son buenos, o pueden ser buenos, por las mismas razones que al final esperábamos, y que en general están asociadas con su brevedad. Desde luego, los relatos no *siempre* han de ser tremendamente cortos. Pueden ser muy lentos, y *parecer* largos y elaborados (léase a Peter Taylor). Sin embargo, su declarada intención es ser cortos, no largos, ocupar un período breve del tiempo del lector en vez de uno dilatado. *Parecen* ser sumamente más selectivos que las novelas, y, por tanto, potencialmente son más dramáticos. Y debido a que son, en mayor medida, un extracto de la vida, resultan objetos inquietos, más cercanos al silencio, más próximos a la inexistencia formal que los géneros literarios más largos. Por estas razones, los relatos tienen la posibilidad de crear un efecto de urgencia; unas características que Poe hubiera percibido en su afán de regirlas mediante reglas. Y ya sean innovadores o tradicionales (con argumento, pintorescos y con personajes verosímiles, con diálogos sensatos y estructuras temporales convencionales), el hecho de que una cantidad relativamente breve de vida se refiera precisamente a esa vida más larga y más grande —más importante, e incluso misteriosa— hace que los relatos carguen con la responsabilidad de *ser perfectos*, so pena de correr el riesgo de carecer virtualmente de todo interés. A las novelas se les perdona su superfluidad, y tienen muchas más posibilidades de acertar. Por otra parte, los relatos que fracasan, extrañamente dejan de existir por completo.

Se podría decir más, incluso después de haber argumentado que *deberíamos* decir menos. Pero el trabajo del editor es hacer que el lector vuelva a su verdadera actividad; en este caso, a una espléndida constelación de relatos. Si ingenuamente he molestado al lector desviándolo de las preocupaciones del género, o de una atención demasiado grande a las características de la nación-estado, o de un deseo de conectar los relatos con su ambiente histórico; o si en este prólogo he ignorado los temas sexuales, los asuntos relacionados con la orientación sexual y la etnicidad, o si he omitido definir con precisión en qué consiste un buen relato —si en esencia he dejado estos relatos casi al desnudo frente al lector—, entonces estoy satisfecho, y he hecho el mínimo de daño. Concuerda con mi idea de la idiosincrasia norteamericana permitir al lector tanta libertad como sea posible, y se ajusta a mi noción de la libertad artística permitir que los escritores escriban como les plazca y que llamen al producto final como quieran. Me satisface que una selección de relatos tan diversamente elegidos defina el carácter norteamericano (además del carácter del relato de este país) tan bien, tan cabal y tan libremente como es debido. Aparte de eso, no hay nada más que decir.

Traducción de Manuel Pereira

Aviso del editor

La selección original realizada por Richard Ford incluía los siguientes cuentos que finalmente, y por distintas razones, ajenas siempre a la voluntad de los editores, no ha sido posible publicar:

—J. D. Salinger, «A Perfect Day for Banana-Fish»
—Toni Cade Bambara, «The Hammer Man»
—Robert Stone, «Helping»
—Joyce Carol Oates, «Where Are You Going, Where Have You Been?»

Antología del cuento
norteamericano

WASHINGTON IRVING

Rip van Winkle

UN ESCRITO PÓSTUMO DE DIEDRICH KNICKERBOCKER

Por Wotan, dios de los sajones,
de donde viene Miércoles, es decir el Día de Wotan,
que siempre seré fiel a la verdad
hasta el mismo día en que me retire sigilosamente
a mi sepulcro…

Cartwright

La historia que sigue apareció entre los papeles del difunto Diedrich Knickerbocker, un viejo caballero de Nueva York, muy curioso respecto de la historia holandesa de la provincia y de las costumbres de los descendientes de sus primitivos colonos. Sus investigaciones históricas iban menos hacia los libros que hacia los hombres, dado que los primeros escaseaban lamentablemente en sus temas favoritos, mientras que los viejos vecinos, y sobre todo sus mujeres, eran riquísimos en aquellas tradiciones y leyendas de valor inapreciable para el verídico historiador. Así, cuando le acontecía tropezar con alguna típica familia holandesa, agradablemente guarecida en su alquería de bajo techo, a la sombra del frondoso sicomoro, la miraba como un pequeño volumen hecho en letra gótica antigua, cerrado y abrochado, y lo estudiaba con el celo de la polilla.

El resultado de todas estas investigaciones fue una historia de la provincia durante el dominio holandés, publicada hace algunos años. La opinión anduvo dividida con respecto del valor literario de esta obra que, a decir verdad, no vale un ápice más de lo que pudiera. Su mérito principal estriba en su exactitud, algo discutida por cierto en la época de su primera aparición, pero que ha quedado después completamente establecida y se admite ahora entre las colecciones históricas como libro de indiscutible autoridad.

El viejo caballero falleció poco tiempo después de la publicación de esta obra; y ahora que está muerto y enterrado no perjudicará mucho a su memoria el declarar que pudo emplear mejor su tiempo en labores de más peso. Era bastante hábil, sin embargo, para encaminar su rumbo como mejor le conviniera; y aunque de vez en cuando echara un poco de tierra a los ojos de sus prójimos y apenara el espíritu de algunos de sus amigos, a quienes profesaba sin embargo gran cariño y estimación, sus errores y locuras se recuerdan «más bien con pesar que con enojo», y se comienza a sospechar que jamás intentó herir ni ofender a nadie. Mas como quiera que su

memoria haya sido apreciada por los críticos, continúa amada por mucha gente cuya opinión es digna de tenerse en cuenta, como ciertos bizcocheros de oficio que han llegado hasta el punto de imprimir su retrato en los pasteles de Año Nuevo, dándole así una ocasión de inmortalizarse tan apreciable como la de verse estampado en una medalla de Waterloo o en un penique de la reina Ana.

Cualquier persona que haya remontado el Hudson recordará las montañas Kastskill. Son una derivación de la gran masa de los montes Apalaches y se divisan al oeste del río elevándose con noble majestad y dominando toda la región circunvecina. Todos los cambios de tiempo o de estación, cada una de las horas del día, se manifiestan por medio de alguna variación en las mágicas sombras y aspecto de aquellas montañas, consideradas como el más perfecto barómetro por todas las buenas mujeres de la comarca. Cuando el tiempo está hermoso y sereno, las montañas aparecen revestidas de púrpura y azul, destacando sus líneas atrevidas sobre el claro cielo de la tarde; pero algunas veces, aun cuando el horizonte se encuentre despejado, se adornan en la cima con una caperuza de vapores grises que se iluminan e irradian como una corona de gloria a los postreros rayos del sol poniente.

Al pie de estas montañas encantadas el viajero puede descubrir el ligero humo rizado que se eleva de una aldea, cuyos tejados resplandecen entre los árboles cuando los tintes azules de la altura se funden en el fresco verdor del cercano panorama. Es una pequeña aldea muy antigua, fundada por algunos colonos holandeses en los primeros días de la provincia; allá por los comienzos del gobierno del buen Peter Stuyvesant (¡que en paz descanse!) y donde se sostenían contra los estragos del tiempo algunas casas de los primitivos pobladores, construidas de pequeños ladrillos amarillos importados de Holanda, con ventanas de celosía y frontones triangulares rematados en gallos de campanario.

En esa misma aldea y en una de aquellas casas que, a decir verdad, estaba lastimosamente maltratada por los años y por la intemperie, vivía hace mucho tiempo, cuando el país era todavía provincia de la Gran Bretaña, un hombre bueno y sencillo llamado Rip van Winkle. Era descendiente de los Van Winkle que figuraron tan heroicamente en los caballerescos días de Peter Stuyvesant y le acompañaron durante el sitio del fuerte Christina. Había heredado muy poco, sin embargo, del carácter marcial de sus antecesores. Hice ya notar que era un hombre sencillo y de buen corazón; era además vecino atento y marido dócil, y gobernado por su mujer. A esta última circunstancia se debía probablemente aquella mansedumbre de espíritu que le valió universal popularidad; porque los hombres que están bajo el poderío de arpías en el hogar son los mejor preparados para mostrarse obsequiosos y conciliadores en el exterior. Indudablemente su carácter se doblega y vuelve maleable en el horno ardiente de las tribulaciones domésticas; y, a decir verdad, una reprimenda de alcoba es más eficaz que todos los sermones del mundo para enseñar

las virtudes de la paciencia y longanimidad. Una mujer pendenciera puede así, en cierto modo, considerarse una bendición; y a este respecto Rip van Winkle era tres veces bendito.

Era el favorito de todas las comadres de la aldea que, como las demás de su amable sexo, tomaban parte en todas las querellas domésticas y nunca dejaban de censurar a la señora Van Winkle siempre que se ocupaban de este asunto en la chismografía de sus reuniones nocturnas. Los chicos de la aldea le aclamaban también alegremente cuando se presentaba. Tomaba parte en sus diversiones, les fabricaba juguetes, les enseñaba a hacer volar cometas y a jugar a las canicas, y les refería largas historias de aparecidos, brujas e indios salvajes. Fuera donde quisiese, escabulléndose por la aldea, le rodeaba una turba de pilluelos colgándose de sus faldones, encaramándose en sus espaldas y jugándole impunemente mil pasadas; y ni un solo perro del vecindario se habría decidido a ladrarle.

El gran defecto del carácter de Rip era su aversión insuperable a toda clase de labor útil. No es que careciera de asiduidad o perseverancia, pues se habría sentado a pescar sin un murmullo en una roca húmeda y armado de una caña larga y pesada como la lanza de un tártaro, aun cuando no picara el anzuelo un solo pez en todo el día para alentarle en su faena. Podía llevar durante largas horas una escopeta al hombro y arrastrarse por selvas y pantanos, por colinas y cañadas para cazar unas cuantas ardillas o palomas silvestres. Nunca rehusaba ayudar a sus vecinos aun cuando fuera en la tarea más penosa, y era el primero en todas las reuniones de la comarca para desgranar las mazorcas de maíz, o construir cercos de piedra; las mujeres de la aldea le ocupaban también para sus correrías, o para ciertos trabajillos de poca monta que sus pocos amables maridos no querían desempeñar. En una palabra, Rip estaba siempre dispuesto a atender a los negocios de cualquiera de preferencia a los propios; cumplir con sus deberes domésticos o mirar por las necesidades de su granja le era punto menos que imposible.

Declaraba, en efecto, que resultaba inútil trabajar en su propia alquería; era el más endiablado trozo de terreno en todo el país; cualquier cosa que se emprendiera salía mal allí y saldría siempre, a pesar de sus esfuerzos. Los cercos se caían a pedazos continuamente; su vaca se extraviaba o se metía entre las coles; la mala hierba crecía de seguro más ligero en su finca que en cualquier otra parte; llovía justamente cuando él tenía algo que hacer a campo abierto; de manera que si su propiedad se había desmoronado acre tras acre hasta quedar reducida a un pequeño trozo para el maíz y las patatas, debíase a que era la granja de peores condiciones en toda la comarca.

Sus chicos andaban tan harapientos y salvajes como si no tuvieran dueño. Su hijo Rip, un rapazuelo vaciado en su mismo molde, prometía heredar con los vestidos viejos todas las disposiciones de su padre. Se le veía ordinariamente trotando como un potrillo a los talones de su madre, ataviado con un par de viejas polainas de su

padre, las cuales procuraba mantener en alto sujetándolas con una mano, como llevan las señoras elegantes la cola del vestido cuando llueve.

Rip van Winkle era, sin embargo, uno de aquellos felices mortales de disposición fácil y bobalicona que toman el mundo descuidadamente, comen con la misma indiferencia pan blanco o pan moreno a condición de evitarse la menor molestia, y preferirían morirse de hambre con un penique a trabajar por una libra. Si le hubieran dejado vivir a su manera, nada pediría a la vida, sumido en beatitud perfecta; pero su mujer andaba siempre repiqueteándole los oídos con su incuria, su pereza y la ruina que atraía sobre su familia. Mañana, tarde y noche trabajaba su lengua sin cesar, y cada cosa que él decía o hacía provocaba seguramente un torrente de doméstica elocuencia. Rip tenía solamente una manera de contestar a estas reprimendas que, en razón del continuo uso, habían llegado a convertirse en hábito. Encogía los hombros, sacudía la cabeza y levantaba los ojos al cielo sin pronunciar una palabra. Esta mímica daba siempre lugar a una nueva andanada por parte de su mujer; de modo que se veía constreñido a reunir sus fuerzas y tomar el portante, único recurso que queda, en verdad, al marido maltratado por su mujer.

El único aliado con que contaba Rip en la familia era su perro Wolf, tan maltratado como su amo, pues la señora Van Winkle juzgaba a ambos compañeros de ociosidad, y aún miraba a Wolf con malos ojos considerándole culpable de los frecuentes extravíos de su dueño. La verdad es que desde todo punto de vista era Wolf un perro honorable, y valeroso como el que más para corretear en los bosques; pero ¿qué valor puede afrontar el continuo y siempre renovado terror de una lengua de mujer? Apenas entraba Wolf en la casa decaía su ánimo y con la cola arrastrando por el suelo o enroscada entre las piernas se deslizaba con aire de ajusticiado, mirando de reojo a la señora Van Winkle, y al menor blandir de la dama un palo de escoba o un cucharón, volaba a la puerta con quejumbrosa precipitación.

Las cosas iban de mal en peor para Rip van Winkle a medida que transcurrían los años de matrimonio. El carácter desapacible nunca se suaviza con la edad, y una lengua afilada es el único instrumento cortante que se aguza más y más con el uso continuo. Por algún tiempo trató de consolarse en sus escapadas fuera de la casa, frecuentando una especie de club perpetuo de los sabios, filósofos y otros personajes ociosos del pueblo, que celebraban sus sesiones en un banco a la puerta de un pequeño mesón que ostentaba como muestra un rubicundo retrato de su majestad Jorge III. Acostumbraban sentarse allí a la sombra durante los largos y soñolientos días de verano, repitiendo indolentemente la chismografía del vecindario o relatando inacabables historias sobre cualquier friolera. Pero habría representado cualquier capital para los estadistas escuchar las profundas discusiones que a menudo tenían lugar cuando por casualidad algún viejo periódico tirado por cualquier transeúnte caía entre sus manos. ¡Cuán solemnemente atendían a su contenido conforme iba

desentrañándolo el maestro de la escuela, Derrick van Bummel, docto y vivaracho hombrecillo que no se amedrentaba por la palabra más altisonante del diccionario! ¡Y cuán sabiamente deliberaban sobre los acontecimientos públicos algunos meses después de realizados!

Las opiniones de esta junta se sometían completamente al criterio de Nicholas Vedder, patriarca de la aldea y propietario del mesón, a cuya puerta se sentaba de la mañana a la noche, cambiando de sitio lo justamente indispensable para evitar el sol y aprovechar la sombra de un gran árbol que allí junto crecía; de manera que los vecinos podían decir la hora por sus movimientos con tanta exactitud como con un cuadrante. Verdad es que rara vez se le oía hablar, pero en cambio fumaba su pipa constantemente. Sus admiradores (¿qué gran hombre carece de ellos?) le comprendían perfectamente y sabían la manera de interpretar sus opiniones. Cuando le disgustaba algo de lo que se leía o refería, podía observarse que fumaba con vehemencia lanzando frecuentes y furiosas bocanadas; pero cuando estaba satisfecho arrancaba suaves y tranquilas inhalaciones, emitiendo el humo en nubes plácidas y ligeras; y aun algunas veces, separando la pipa de sus labios y dejando que el humo fragante se ondulara a la extremidad de su nariz, movía gravemente la cabeza en señal de perfecta aprobación.

Y también de esta fortaleza se vio desalojado el infortunado Rip por su agresiva mujer, quien atacó repentinamente la paz de la asamblea haciendo polvo a todos sus miembros; ni la augusta persona de Nicholas Vedder quedó a salvo de la feroz lengua de la terrible arpía que le acusó de alentar a su marido en sus hábitos de ociosidad.

El pobre Rip viose al fin en los umbrales de la desesperación; su única alternativa para escapar del trabajo de la alquería y de los clamores de su mujer fue coger su fusil e internarse entre los bosques. Sentábase allí a veces al pie de un árbol y compartía el goce de sus alforjas con Wolf, con quien simpatizaba como compañero de miserias. «¡Pobre Wolf!», acostumbraba decir, «tu ama te da una vida de perros; ¡pero no te importe, compañero, que mientras yo viva no te faltará un fiel amigo!» Wolf movía la cola, miraba de hito en hito al rostro de su dueño y, si los perros pudieran sentir piedad, creería yo verdaderamente que experimentaba en el fondo de su corazón un sentimiento recíproco al que expresaba su amo.

En un hermoso día de otoño en que llevaba a cabo una de sus largas correrías, trepó Rip inconscientemente a uno de los puntos más elevados de las montañas Kaatskill. Perseguía su distracción favorita, la caza de ardillas, y aquellas soledades habían retumbado varias veces al eco de su fusil. Fatigado y jadeante, echóse hacia la tarde a descansar en la cima de un verde montecillo cubierto de vegetación silvestre y que coronaba el borde de un precipicio. A través de un claro entre los árboles podía dominar toda la parte baja del terreno en muchos kilómetros de rica arboleda. Veía a la distancia, lejos, muy lejos, el majestuoso Hudson deslizándose en curso potente y

silencioso, reflejando aquí y allá ya una nube púrpura, ya la vela de alguna barquilla remolona adormilada entre su seno cristalino, y perdiéndose al fin entre las azules montañas.

Por el otro lado hundía sus miradas en un valle profundo, salvaje, escabroso y desolado, cuyo fondo estaba sembrado de fragmentos amenazadores de rocas alumbradas apenas por la refracción de los rayos del sol poniente. Por algún tiempo reposó Rip absorto en la contemplación de esta escena. La noche caía gradualmente; las montañas comenzaban a tender sus grandes sombras azules sobre el valle; Rip comprendió que reinaría la oscuridad mucho antes de que pudiera regresar a la aldea y lanzó un hondo suspiro al pensamiento de afrontar la temida presencia de la señora Van Winkle.

Cuando se preparaba a descender, oyó una voz que gritaba a la distancia: «¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!». Miró a su alrededor, pero sólo pudo descubrir un cuervo cruzando la montaña en vuelo solitario. Creyó que había sido una ilusión de su fantasía e iniciaba de nuevo el descenso, cuando llegó hasta él idéntico grito atravesando el ambiente tranquilo de la tarde: «¡Rip van Winkle! ¡Rip van Winkle!», al mismo tiempo que Wolf, erizando el lomo y lanzando un ladrido concentrado, se refugiaba al lado de su amo, mirando temerosamente al valle. Rip sintió que una vaga aprensión se apoderaba de su espíritu; miró ansiosamente en la misma dirección y advirtió una figura extraña que avanzaba con dificultad en medio de las rocas, inclinándose bajo el peso de cierto bulto que llevaba en sus espaldas. Rip se sorprendió de ver a un ser humano en aquel lugar desierto y aislado; pero juzgando que pudiera ser alguien del vecindario necesitado de su ayuda, se apresuró a brindarle su asistencia.

Conforme se aproximaba sorprendíase más y más ante el aspecto singular del desconocido. Era un viejo pequeño y cuadrado, de barba gris y cabellos ásperos y enmarañados. Vestía a la antigua usanza holandesa: coleto de paño recogido a la cintura y varios pares de calzones, el de encima muy ancho y adornado de hileras de botones a los costados y borlas en las rodillas. Llevaba al hombro un barril que parecía lleno de licor y hacía señas a Rip para que se acercara y le ayudase a llevar su carga. A pesar de sentirse tímido y desconfiado con respecto de su nuevo conocido, obedeció Rip a su celo acostumbrado; y sosteniéndose mutuamente treparon ambos por una estrecha garganta que parecía el lecho desecado de algún torrente. Mientras subían, Rip oía de vez en cuando ruidos que retumbaban en ondulaciones como truenos lejanos y que parecían brotar de una profunda hondonada, o hendedura mejor dicho, entre inmensas rocas hacia las cuales conducía el áspero sendero que seguían. Rip se detuvo por un momento; mas prosiguió luego su camino imaginando que el rumor provendría de alguna de aquellas pasajeras tempestades de lluvia y truenos que a menudo estallan en la altura. Introduciéndose por la hendedura llegaron a una

cavidad semejante a un pequeño anfiteatro rodeado de precipicios perpendiculares, sobre cuyas orillas tendían grandes árboles sus ramas colgantes, de manera que sólo podían vislumbrarse a trozos el cielo azul y las brillantes nubes de la tarde. Rip y su compañero habían marchado en silencio durante todo el trayecto, pues aun cuando el primero se maravillaba grandemente al conjeturar el objeto de acarrear un barril de licor en aquellas montañas agrestes, había algo extraño e incomprensible en el desconocido que inspiraba temor y cortaba toda familiaridad.

Al penetrar en el anfiteatro surgieron nuevos motivos de admiración. En el centro de una planicie veíase un grupo de extraños personajes jugando a los bolos. Vestían de fantástica y extraña manera; algunos llevaban casaca corta, otros coleto con gran daga al cinto, y la mayor parte ostentaban calzas enormes de estilo semejante a las del guía. Su aspecto era también peculiar; uno tenía larga barba, rostro ancho y ojos pequeñitos de cerdo; la cara de otro parecía constar únicamente de nariz y estaba coronada por un sombrero blanco de azúcar adornado de una bermeja cola de gallo. Todos llevaban barba, de diversas formas y colores. Había uno que aparentaba ser el jefe. Era un viejo y robusto gentilhombre de aspecto curtido por la intemperie; llevaba casaca, chorrera de encaje, cinturón ancho y alfanje, sombrero de copa alta adornado de una pluma, medias rojas y zapatos con rosetas. El conjunto del grupo recordaba a Rip las figuras de cierto cuadro antiguo flamenco, traído de Holanda en tiempo de la colonización y que se conservaba en el salón de Dominie van Shaick, el párroco de la aldea.

Lo que encontraba Rip más extraño era que aun cuando indudablemente todos aquellos personajes trataban de divertirse, conservaran tanta gravedad en su semblante, un silencio tan misterioso, y formaran, en una palabra, la partida de placer más melancólica que pudiera presenciarse. Sólo interrumpía el silencio el ruido de los bolos, de cuyo rodar repercutían los ecos a través de la montaña semejando el rumor ondulante de los truenos.

Cuando Rip y su compañero se acercaban, los jugadores abandonaron súbitamente el juego y fijaron en el primero una mirada tan persistente, tan sepulcral, con tan singular y apagado semblante, que sus rodillas se entrechocaron y el corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Su compañero vaciaba entretanto el contenido del barril en grandes jarras, haciéndole señas de que sirviera a la compañía. Rip obedeció trémulo y asustado; bebieron ellos el licor en profundo silencio, volviendo luego a su juego.

Lentamente fueron desapareciendo el terror y las aprensiones de Rip. Incluso se aventuró a probar el licor cuando nadie le miraba, encontrando que tenía mucho del excelente sabor holandés. Sediento por naturaleza, pronto sintió la tentación de repetir la prueba. Un trago provocaba otro trago; e hizo al fin a la jarra visitas tan reiteradas, que sus sentidos se adormecieron, sus ojos nadaron en sus órbitas, su

cabeza se inclinó gradualmente y quedó sumergido en profundo sueño.

Al despertar, se encontró en la verde hondonada donde vio por primera vez al viejo del valle. Se frotó los ojos. Era una brillante y hermosa mañana. Los pajarillos gorjeaban y revoloteaban entre la fronda, el águila formaba círculos en las alturas, y se respiraba la brisa pura de las montañas. «Seguramente», pensó Rip, «no he dormido aquí toda la noche.» Rememoró los sucesos antes de que el sueño le acometiera: el hombre extraño con el barril de licor; la hondonada de la montaña; el agreste retiro entre las rocas; la tétrica partida de bolos; la jarra… «¡Oh, esa jarra, esa condenada jarra!», pensó Rip. «¿Qué excusa daré a la señora Van Winkle?»

Buscó en torno su fusil; pero en vez de la limpia y bien engrasada escopeta de caza halló una vieja arma con el cañón obstruido por el polvo, el gatillo cayéndose y la madera carcomida. Sospechó entonces que los graves fanfarrones de la montaña le habían jugado una mala pasada, y, embriagándole con su licor, le habían robado la escopeta. Wolf había desaparecido también; pero era posible que se hubiera extraviado persiguiendo alguna ardilla o alguna perdiz. Le silbó y llamó a gritos por su nombre, pero en vano; los ecos repitieron su silbido y su llamada, pero ningún perro apareció en lontananza.

Decidió regresar al lugar donde había estado retozando la noche anterior y si encontraba a alguno de la partida, reclamarle su perro y su fusil. Cuando se levantó, se encontró con las articulaciones rígidas y falto de su acostumbrada actividad. «Estos lechos de montaña no me sientan bien», pensó Rip, «y si de la broma me viene reumatismo, voy a pasar un lindo tiempo con la señora Van Winkle.» Con bastante dificultad pudo llegar hasta el valle y encontró la garganta por donde él y su compañero subieron la víspera; pero observó con gran estupor que espumaba allí un torrente saltando de roca en roca y llenando el valle de parleros murmullos. Trató, sin embargo, de ingeniárselas para trepar por los costados, ensayando una fatigosa ascensión a través de matorrales de abedules, sasafrases y arbustos de varias clases, más difícil aún por la trepadora vid silvestre que lanzaba sus espirales o tijeretas de árbol a árbol tendiendo una especie de red en el camino.

Por fin llegó al sitio donde las rocas de la hondonada se abrían para llevar al anfiteatro; pero no quedaba rastro de semejante abertura. Las rocas presentaban un muro alto e impenetrable sobre el cual se despeñaba el torrente en capas de rizada espuma para caer luego en una ancha y profunda cuenca, oscurecida por las sombras de la selva circundante. Aquí el pobre Rip se vio obligado a detenerse. Llamó a su perro y silbó una y otra vez; pero sólo obtuvo en respuesta el graznido de una bandada de cuervos holgazanes solazándose en lo alto de un árbol seco que se proyectaba sobre un asoleado precipicio desde el cual, seguros en su elevación, parecían espiar lo que pasaba abajo y mofarse de las perplejidades del pobre hombre. ¿Qué se podía hacer? La mañana transcurría rápidamente y Rip se sentía hambriento

por la falta de su desayuno. Le apenaba abandonar su perro y su fusil; temblaba ante la idea de encontrarse con su mujer; pero no podía morirse de hambre entre los montes. Sacudió la cabeza, echó al hombro la vieja escopeta, y con el corazón lleno de angustia y de aflicción enderezó los pasos al hogar.

Acercándose a la aldea encontró a varias personas a quienes no reconocía, lo cual le sorprendía un poco, pues siempre había creído conocer a todo el mundo en los alrededores de la comarca. Los vestidos que llevaban eran también de estilo diferente al que estaba él acostumbrado. Todos le observaban con iguales demostraciones de sorpresa, y apenas fijaban en él sus miradas, se llevaban invariablemente la mano a la barba. La repetición unánime de este gesto indujo a Rip a hacer el mismo movimiento en forma involuntaria y ¡cuál no sería su estupor al darse cuenta de que su barba tenía treinta centímetros de largo!

Se acercaba a los arrabales de la aldea. Una turba de chiquillos extraños corría tras él, haciendo burla y señalando su barba gris. Los perros ladraban también a su paso y no podía reconocer entre ellos a ninguno de sus antiguos conocidos. Todo el pueblo estaba cambiado; era más grande y más populoso. Había hileras de casas que él jamás había visto, y habían desaparecido sus habituales guaridas. Veíanse nombres extraños sobre todas las puertas, y rostros extraños en todas las ventanas; todo era extraño, en una palabra. Sus ideas comenzaban ya a abandonarle; principiaba a recelar que tanto él como el mundo que le rodeaba estaban hechizados. Evidentemente éste era su pueblo natal, el mismo que abandonó la víspera. Allí estaban las montañas Kaatskill; allí a corta distancia se deslizaba el plateado Hudson; las colinas y cañadas ocupaban exactamente el mismo lugar donde siempre estuvieran; pero Rip se hallaba tristemente perplejo. «¡Esa jarra de anoche», pensaba, «ha dejado vacío mi pobre cabezal!»

Con alguna dificultad encontró el camino de su propia casa, hacia la cual se aproximaba con silencioso pavor esperando oír a cada instante la voz chillona de la señora Van Winkle. Todo estaba arruinado, el techo cayéndose a pedazos, las ventanas destrozadas y las puertas fuera de sus goznes. Un hambriento can, algo parecido a Wolf, andaba huroneando por allí. Rip lo llamó con el nombre de su perro, mas el animal gruñó enseñando los dientes y escapó. Esto fue una herida dolorosa, en verdad. «¡Aun mi perro me ha olvidado!», sollozó el pobre Rip.

Penetró en la casa que, a decir verdad, mantenía siempre en meticuloso orden la señora Van Winkle. Aparecía ahora vacía, tétrica y en apariencia abandonada. Tal desolación se sobrepuso a sus temores conyugales, y llamó en alta voz a su mujer y a sus hijos. Las desiertas piezas resonaron un momento con sus voces y luego quedó todo nuevamente silencioso.

Se apresuró a salir y se dirigió rápidamente a su antiguo refugio, el mesón de la aldea; pero éste también había desaparecido. En su lugar veíase un amplio y

desvencijado edificio de madera con grandes y destartaladas vidrieras, rotas algunas de ellas y recompuestas con enaguas y sombreros viejos, el cual ostentaba pintado sobre la puerta un rótulo que decía: HOTEL UNIÓN DE JONATHAN DOOLITTLE. En vez del gran árbol que cobijaba con su sombra al silencioso y menudo mesonero holandés de otros tiempos, se alzaba ahora una larga y desnuda pértiga con algo semejante a un gorro rojo de dormir en su extremidad superior, y de la cual se desprendía una bandera de rayas y estrellas en singular combinación: cosas todas extrañas e incomprensibles.

Reconoció el letrero, sin embargo, y la rubicunda faz del rey Jorge, debajo de la cual había saboreado pacíficamente tantas pipas; pero aún la figura se había metamorfoseado de manera singular. La chaqueta roja se había convertido en azul y ante; ceñía una espada en lugar del cetro; la cabeza estaba provista de un sombrero de tres picos, y debajo del retrato leíase en grandes caracteres: GENERAL WASHINGTON.

Como de costumbre, había una multitud de gente delante de la puerta, pero Rip no podía reconocer a nadie. Aun el espíritu del pueblo parecía cambiado. Se oían acaloradas y ruidosas discusiones en lugar de las flemáticas y soñolientas pláticas de otros tiempos. Buscaba en vano al sabio Nicholas Vedder con su ancho rostro, su doble papada y su larga y hermosa pipa, lanzando nubes de humo en vez de discursos ociosos; o al maestro de escuela Van Bummel, impartiendo a la concurrencia el contenido de antiguos periódicos. En lugar de ellos, un flaco y bilioso personaje con los bolsillos llenos de proclamas, peroraba con vehemencia sobre los derechos de los ciudadanos, las elecciones, los miembros del Congreso, la libertad, Bunker Hill, los héroes del setenta y seis, y otros tópicos que resultaban una perfecta jerga babilónica para el trastornado Van Winkle.

La aparición de Rip con su inmensa barba gris, su escopeta mohosa, su exótica vestimenta, y un ejército de mujeres y chiquillos siguiéndole, atrajo muy pronto la atención de los políticos de taberna. Se amontonaron a su alrededor mirándole con gran curiosidad de la cabeza a los pies. El orador se abalanzó hacia él y llevándole a un costado inquirió «de qué lado había dado su voto». Rip quedó estupefacto. Otro pequeño y atareado personaje cogiéndole del brazo y alzándose de puntillas le preguntó al oído:

—¿Demócrata o federal?

Veíase Rip igualmente perdido para comprender esta pregunta, cuando un sabihondo, pomposo y viejo caballero, con puntiagudo sombrero de tres picos, se abrió paso entre la muchedumbre apartándola con los codos a derecha e izquierda, y plantándose delante de Rip van Winkle con un brazo en jarras y descansando el otro en su vara, con ojos penetrantes y su agudo sombrero amenazador, preguntó con tono austero, como si quisiera ahondar hasta el fondo de su alma, «qué motivo le traía a las elecciones con fusil al hombro y una multitud a sus huellas, y si intentaba por acaso

provocar una insurrección en la villa».

—¡Mísero de mí, caballero! —exclamó Rip con desmayo—, yo soy un pobre hombre tranquilo, un habitante del lugar y un vasallo leal de su majestad, a quien Dios bendiga!

Aquí estalló una protesta general de los concurrentes.

—¡Un conservador! ¡Un conservador! ¡Un espía! ¡Un emigrado! ¡Dadle fuerte! ¡Afuera!

Con gran dificultad pudo restablecer el orden el pomposo caballero del sombrero de tres picos; y, asumiendo tal gravedad que produjo diez arrugas por lo menos en su entrecejo, preguntó de nuevo al incógnito criminal el motivo que le traía y a quién andaba buscando por el pueblo. El pobre hombre aseguró humildemente que venía simplemente en busca de algunos de sus vecinos que acostumbraban parar en la taberna.

—Bueno, ¿y quiénes son ellos? Nombradlos.

Rip meditó un momento e inquirió luego:

—¿Dónde está Nicholas Vedder?

Hubo un corto silencio, hasta que un viejo replicó con voz débil y balbuciente:

—¡Nicholas Vedder! ¡Vaya! ¡Si murió y está enterrado hace dieciocho años! Una lápida de madera lo testimoniaba en el cementerio de la iglesia, pero se gastó también y ya no existe.

—¿Dónde está Brom Dutcher?

—¡Oh! Se fue al ejército al principio de la guerra; algunos dicen que murió en la toma de Stony Point; otros que se ahogó en una borrasca al pie de Anthony’s Nose. Yo no podría decirlo; lo que sé es que nunca volvió aquí.

—¿Dónde está Van Bummel, el maestro de escuela?

—Se fue también a la guerra, se convirtió en un gran general y está ahora en el Congreso.

El corazón de Rip desfallecía al escuchar tan tristes nuevas de su patria y de sus amigos, y encontrarse de repente tan solo en el mundo. Las respuestas le impresionaban también por el enorme lapso que encerraban y por los temas de que trataban y que él no podía comprender: la guerra, el Congreso, Stony Point. No tuvo valor de preguntar por sus otros amigos, pero gritó con desesperación:

—¿Nadie conoce aquí a Rip van Winkle?

—¡Oh, seguramente! Rip van Winkle está allí recostado contra el árbol.

Rip miró en la dirección indicada y pudo contemplar una exacta reproducción de sí mismo como cuando fue a la montaña; tan holgazán como él, al parecer, e indudablemente harapiento al mismo grado. El pobre hombre quedó del todo confundido. Dudaba de su propia identidad y si sería él Rip van Winkle o cualquier otra persona. En medio de su extravío, el hombre del sombrero de tres picos se

adelantó y le preguntó quién era y cómo se llamaba.

—¡Sólo Dios lo sabe! —exclamó, al cabo de su entendimiento—. ¡Yo no soy yo mismo, soy alguna otra persona; no estoy allá, no; ése es alguien que se ha metido dentro de mi piel. Yo era yo mismo anoche, pero me quedé dormido en la montaña y allí me cambiaron mi escopeta y me lo han cambiado todo. Yo mismo estoy cambiado, y no puedo decir siquiera cuál es mi nombre ni quién soy!

A estas palabras los circunstantes comenzaron a cambiar entre sí miradas significativas, sacudiendo la cabeza, guiñando los ojos y golpeándose la frente con los dedos. Corrió también un murmullo sobre la conveniencia de asegurar el fusil y aun al viejo personaje para evitar que hiciera algún daño; ante cuya suposición el sabihondo caballero del sombrero de tres picos se retiró con marcada precipitación. En tan crítico momento, una fresca y hermosa joven avanzó entre la multitud para echar una ojeada al hombre de la barba gris. Llevaba en sus brazos un rollizo chiquillo que asustado con el extranjero rompió a llorar.

—¡Sht, Rip! —dijo la joven—, calla tonto; el viejo no te hará ningún daño.

El nombre del niño, el aspecto de la madre, la entonación de su voz, todo despertó en Rip van Winkle un mundo de recuerdos.

—¿Cómo os llamáis, buena mujer? —preguntó.

—Judith Gardenier.

—¿Cómo se llama vuestro padre?

—¡Ah, pobre hombre! Se llamaba Rip van Winkle, pero hace veinte años que salió de casa con su fusil y jamás regresó ni hemos sabido de él desde entonces. Su perro volvió solo a la casa; y nadie podría decir si mi padre se mató o si los indios se lo llevaron. Yo era entonces una chiquilla.

A Rip sólo le quedaba una pregunta por hacer y la propuso con voz desfallecida:

—¿Dónde está vuestra madre?

—¡Oh! Ella murió poco después. Se le rompió una arteria mientras disputaba con un buhonero de Nueva Inglaterra.

Aquello era una gota de alivio, a su entender. El buen hombre no pudo contenerse por más tiempo. Cogió a su hija y al niño entre sus brazos, y entonces exclamó:

—¡Yo soy vuestro padre! ¡El Rip van Winkle joven de otros tiempos, y ahora el viejo Rip van Winkle! ¿Nadie reconoce al pobre Rip van Winkle?

Todos quedaron atónitos, hasta que una viejecilla trémula atravesó la multitud y poniéndose la mano sobre las cejas le examinó por debajo el rostro por un momento, exclamando enseguida:

—¡Seguro que es Rip van Winkle! ¡El mismo, en cuerpo y alma! ¡Bienvenido al pueblo, viejo vecino! Decidnos, ¿dónde habéis estado metido estos largos veinte años?

Rápidamente refirió Rip su historia, que los veinte años transcurridos se reducían

para él a una sola noche. Los vecinos le miraban con asombro al escucharla; algunos intercambiaban guiños y se burlaban; mientras, el pomposo caballero del sombrero de tres picos —que regresó al campo de acción tan pronto como la alarma hubo pasado —, curvando hacia abajo las comisuras de los labios, sacudía la cabeza; sacudimiento de duda que se hizo entonces general en la asamblea.

Decidió, empero, consultar con el viejo Peter Vanderdonk a quien se veía avanzar por la carretera. Era descendiente del historiador del mismo nombre que escribió una de las primeras crónicas de la provincia. Peter era el más antiguo de los habitantes de la aldea y muy versado en todos los acontecimientos maravillosos y tradiciones del vecindario. Reconoció a Rip van Winkle inmediatamente y corroboró su relato de la manera más satisfactoria. Aseguró a la asamblea que era un hecho establecido por su antepasado, el historiador, que las montañas Kaatskill habían estado pobladas siempre de seres extraños. Se afirmaba igualmente que el gran Hendrick Hudson, descubridor del río y de la comarca, celebraba allí una especie de velada cada veinte años con toda la tripulación de la *Half-Moon*; siéndole dado así el recorrer los lugares donde se realizaron sus hazañas y mantener ojo alerta sobre el río y la gran ciudad llamados por su nombre. Declaró que su padre les había visto una vez vistiendo sus antiguos trajes holandeses y jugando a los bolos en una cueva de la montaña; y que él mismo había oído una tarde el eco de las bolas resonando como lejanas detonaciones de truenos.

En resumen, la compañía se disolvió volviendo al asunto más importante de la elección. La hija de Rip llevósele a su casa a vivir con ella; tenía una linda casita bien amueblada, y por marido a un fornido y jovial granjero a quien recordaba Rip como uno de los pilluelos que acostumbraban encaramarse en sus espaldas. En cuanto al hijo y heredero de Rip —la copia de su padre que apareció reclinado contra el árbol — estaba empleado como mozo de la granja; pero mostraba una disposición hereditaria para atender a cualquier otra cosa de preferencia a su labor.

Rip reasumió entonces sus antiguos hábitos y correrías; encontró pronto a muchos de sus contemporáneos, aunque bastante averiados por los estragos del tiempo, prefiriendo entablar amistades entre la nueva generación de la cual a poco llegó a ser el favorito.

No teniendo ocupación en la casa y habiendo alcanzado la edad feliz en que el hombre puede ser holgazán impunemente, ocupó de nuevo su lugar en el banco a la puerta del mesón, donde era reverenciado como uno de los patriarcas de la aldea y como crónica viviente de la época «anterior a la guerra». Transcurrió algún tiempo antes de que se pusiera al corriente de la chismografía del vecindario o llegara a comprender los extraños acontecimientos que se habían desarrollado durante su sueño: la guerra de la revolución, cómo arrojó el país el yugo de la vieja Inglaterra y cómo era que en vez de ser vasallo de su majestad Jorge III, se había convertido en

ciudadano libre de los Estados Unidos. En realidad, Rip no era político: las transiciones de estados e imperios le hacían muy poca mella; pero existía cierta clase de despotismo bajo el cual había gemido largo tiempo: el gobierno de las faldas. Felizmente aquello había terminado; había escapado al yugo matrimonial y podía ir y venir por todas partes sin temor a la tiranía de la señora Van Winkle. Cada vez que se mencionaba este nombre, sin embargo, Rip sacudía la cabeza, se encogía de hombros y levantaba los ojos al cielo, lo cual podía tomarse tanto como expresión de resignación a su suerte como de alegría por su liberación.

Solía contar su historia a todos los extranjeros que se hospedaban en el hotel del señor Doolittle. Pudo notarse al principio que la relación difería cada vez en varios puntos, lo que se debía indudablemente a su reciente despertar. Pero al fin se fijó exactamente en la forma que acabo de relatar, y no había hombre, mujer o niño en todo el vecindario que no se la supiera de memoria. Algunos afectaban siempre dudar de su veracidad, insistiendo en que Rip no había estado en sus cabales, y que respecto de este punto siempre desvariaba. Los viejos holandeses, sin embargo, le daban casi unánimemente pleno crédito. Aún hoy no pueden oír las tempestades de truenos que estallan ciertas tardes de verano en los alrededores de las montañas Kaatskill, sin decir que Hendrick Hudson y su tripulación están jugando su partida de bolos; y es el deseo general de los maridos del pueblo maltratados por su mujer, cuando la vida les resulta muy pesada, obtener algunos tragos de la jarra bienhechor de Rip van Winkle.

NOTA

Alguien podría creer que el cuento que antecede hubiera sido inspirado al señor Knickerbocker por la leyenda alemana acerca del emperador Federico *der Rothbart* y la montaña Kyffhäuser. La nota adjunta, sin embargo, que escribió como apéndice a este cuento, demuestra que es un hecho absolutamente verídico, narrado con su habitual fidelidad: «La historia de Rip van Winkle parecerá increíble a muchas personas; mas a pesar de todo, le doy entero crédito porque sé que los alrededores de nuestras viejas colonias holandesas han sido teatro de muchos sucesos y apariciones maravillosas. Verdaderamente, he oído en las ciudades de las riberas del Hudson historias más inverosímiles que la presente, las cuales estaban demasiado bien autorizadas para permitirse alimentar la menor duda. Yo mismo he hablado varias veces con Rip van Winkle, quien era un hombre anciano y venerable la última vez que lo vi, y tan perfectamente racional y lógico, desde todo punto de vista, que no creo que ninguna persona de conciencia rehusara dar crédito a su historia; he visto también un certificado al respecto otorgado ante el tribunal de la comarca y firmado con una cruz de la propia mano del juez. Por tanto, la historia se encuentra fuera de toda posibilidad de duda. *D. K.*».

Las siguientes notas han sido tomadas de un memorándum de viaje del señor Knickerbocker:

El Kaatsberg, o montañas Kaatskill, ha sido siempre una región de leyenda. Los indios las consideraban como la mansión de los espíritus que dominaban el tiempo lanzando nubes o rayos de sol sobre el horizonte y procurando buenas o malas estaciones de caza. Estaban dirigidos por el espíritu de una vieja india que se suponía ser la madre y habitaba en el pico más elevado de las montañas Kaatskill. Se encargaba de las puertas día y noche para abrirlas y cerrarlas a la hora conveniente. Colgaba las lunas nuevas en el firmamento y recortaba las viejas para hacer estrellas. En tiempos de sequía podía obtenerse, con adecuada propiciación, que hilara ligeras nubes de verano, formadas de telarañas y rocío de la mañana, y las enviara a flotar en el aire copo a copo desde la cresta de la montaña, como vedijas de algodón cardado; hasta que disueltas por el calor del sol caían en lluvia deliciosa provocando el brote de la hierba, la madurez de los frutos y el crecimiento de las mieses a razón de dos centímetros y medio por hora. Si, en cambio, se encontraba disgustada, aglomeraba nubes negras como tinta, colocándose en el centro como una araña ventruda en medio de su tela; y cuando aquellas nubes estallaban, ¡qué de calamidades sucedíanse en el valle!

Hace muchos años, según afirmaban las tradiciones indias, existía una especie de *Manitú* o espíritu que habitaba las regiones más salvajes de las montañas Kaatskill y experimentaba un malvado placer en procurar toda clase de males y vejaciones a los hombres rojos. Algunas veces asumía la forma de oso, gamo o pantera para arrastrar al extraviado cazador a una fatigosa jornada a través de bosques intrincados y ásperas rocas, y desaparecer entonces lanzando un fuerte «¡Ho!, ¡ho!», dejando al despavorido cazador al borde de un escarpado abismo o de un torrente devastador.

Todavía hoy se puede ver la residencia favorita de este *Manitú*. Es una roca o risco enorme en la parte más agreste de la montaña y se conoce con el nombre de Garden Rock, a causa de las frescas vides que trepan abrazándola, y de las flores silvestres que abundan a su alrededor. A sus pies yace un pequeño lago, asilo del solitario alcaraván y poblado de serpientes acuáticas que toman el sol en las hojas de los nenúfares que duermen en la superficie. El lugar era tenido en gran veneración por los indios, hasta el punto que ni el más atrevido cazador habría osado perseguir la pieza dentro de su recinto. Cierto día, sin embargo, un cazador extraviado penetró en Garden Rock y pudo observar gran número de calabazas colgando de las ramas ahorquilladas de los árboles. Cogió una de ellas y trató de hurtarla; pero en su prisa por huir la dejó caer entre las rocas, de donde brotó un torrente que le arrastró a

profundos abismos en cuyo fondo quedó destrozado por completo. El torrente siguió su curso hasta el Hudson y continúa corriendo hasta el día de hoy, siendo el mismo arroyo conocido actualmente por el nombre de Kaaterskill.

Traducción de J. Ferrer Obradors

El joven Goodman Brown

El joven Goodman Brown salió al atardecer de su casa en el pueblo de Salem, pero nada más cruzar el umbral volvió la cabeza para darle un beso de despedida a su joven esposa. Y Faith, que es como se llamaba con justeza la mujer, asomó su bello rostro a la calle y dejó que el viento jugara con las cintas rosadas de su cabello mientras se dirigía a su marido:

—Cariño —susurró con voz débil y triste cuando tuvo los labios junto al oído de su marido—. Te ruego que pospongas tu viaje hasta el amanecer y duermas esta noche en tu cama. A una mujer sola la atormentan tanto los sueños y los pensamientos que a veces tiene miedo de ella misma. Por favor, demórate conmigo esta noche, marido mío, con más razón que ninguna otra noche.

—Mi amor y mi fe —replicó el joven Goodman Brown—. De todas las noches del año, ésta es precisamente la que debo pasar lejos de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, debe ser finalizado entre este momento y el amanecer. ¿Qué ocurre, mi dulce y preciosa esposa? ¿Acaso ya dudas de mí, cuando solamente llevamos tres meses casados?

—Entonces que Dios te bendiga —dijo Faith la de las cintas rosadas— y que lo encuentres todo bien a tu regreso.

—¡Amén! —exclamó el joven Goodman Brown—. Di tus oraciones, querida Faith, ve a la cama al anochecer y nada malo te ocurrirá.

Así se separaron y el joven siguió su camino hasta que, cuando ya estaba doblando la esquina del templo, volvió la vista atrás y vio el rostro de Faith todavía contemplándolo, con un aire de melancolía que sus cintas rosadas no disipaban.

«Pobrecilla Faith», pensó él, pues le remordía la conciencia. «¡Qué desdichado soy dejándola sola para cumplir esta misión! Ella también tiene sueños. Me ha parecido, mientras me hablaba, que había angustia en su cara, como si un sueño la hubiera advertido de la misión que ha de tener lugar esta noche. ¡Pero no, no! Saberlo acabaría con ella. Ella es un ángel venido a la tierra y después de esta única noche me aferraré a sus faldas y la seguiré hasta el cielo.»

Con aquella excelente resolución para el futuro, Goodman Brown se sintió justificado para apresurarse más en su presente y perverso propósito. Había tomado un camino lúgubre, oscurecido por los árboles más sombríos del bosque, que apenas dejaba espacio suficiente para que el estrecho sendero lo atravesara y se cerraba inmediatamente a la espalda del caminante. Nunca hubo sitio más solitario y semejante soledad presentaba la peculiaridad de que el viajero no sabía quién podía estar escondido tras los innumerables troncos y la espesura. Con sus pasos solitarios

podría estar pasando por entre una multitud invisible.

—Podría haber un indio diabólico detrás de cada árbol —dijo Goodman Brown para sus adentros y lanzó una mirada temerosa a su espalda mientras añadía—. ¿Y si el demonio en persona estuviera detrás de mi hombro?

Mirando hacia atrás dobló un recodo del camino y cuando volvió a mirar adelante vio la figura de un hombre con un atuendo severo y decoroso sentada al pie de un viejo árbol. Al acercarse Goodman Brown el hombre se levantó y empezó a caminar a su lado.

—Llegáis tarde, Goodman Brown —dijo—. El reloj del Viejo Sur estaba tocando cuando pasé por Boston. Y de eso hace quince minutos largos.

—Faith me ha retrasado —replicó el joven con un temblor en la voz causado por la aparición de su compañero, repentina pero no del todo inesperada.

Ya era noche cerrada en el bosque y por la parte más profunda del mismo iban caminando aquellos dos. Por lo que podía distinguirse, el segundo caminante tenía unos cincuenta años, aparentaba el mismo nivel social que Goodman Brown y guardaba un parecido considerable con él, aunque quizá más en la expresión que en los rasgos. Con todo, se los podría haber tomado por padre e hijo. Y aunque el mayor de los dos iba ataviado con tanta simplicidad como el más joven y tenía unos modales igualmente sencillos, mostraba ese aire indescriptible de alguien que conoce el mundo y no se sentiría avergonzado cenando en la mesa del gobernador o en la corte del rey Guillermo, de ser posible que aquellas circunstancias llegaran a alcanzarlo. Lo único que llevaba que pudiera ser considerado notable era su bastón, que tenía forma de enorme serpiente negra y estaba forjado de una forma tan extraña que parecía moverse y retorcerse como una serpiente viva. Por supuesto, aquello debía de ser una ilusión óptica provocada por la luz tenue.

—Vamos, Goodman Brown —exclamó el caminante—. Este ritmo no es lo bastante vivo para empezar un viaje. Coged mi bastón, si tan pronto os habéis cansado.

—Mi amigo —dijo el otro, abandonando su paso moroso para detenerse—. Ya que he cumplido mi compromiso encontrándome con vos aquí, ahora es mi propósito volverme por donde he venido. Tengo escrúpulos en relación a la materia que a vos os atañe.

—¿Eso decís? —replicó el hombre del bastón de serpiente con una sonrisa—. Caminemos de todas formas, reflexionando al andar, y si no os convenzo, podéis volveros. Todavía no nos hemos adentrado más que un poco en el bosque.

—¡Demasiado lejos he ido! —exclamó el gentilhombre poniéndose en marcha de forma inconsciente—. Mi padre nunca se adentró en el bosque para cumplir esta misión ni tampoco su padre antes que él. Hemos sido una estirpe de hombres honestos y buenos cristianos desde el tiempo de los mártires. Y he de ser yo el

primero de los Brown en tomar este camino e ir…

—Con esta compañía, queréis decir —observó el otro, interpretando su pausa—. ¡Bien dicho, Goodman Brown! He conocido a vuestra familia mejor que ninguna otra entre los puritanos y eso no es decir poco. Yo ayudé a vuestro abuelo, el alguacil, cuando azotó a la mujer cuáquera por las calles de Salem. Y fui yo quien le trajo a vuestro padre un madero de pino, encendido en mi propia chimenea, para que incendiara un poblado indio en la guerra del rey Felipe. Ambos fueron buenos amigos míos y muchas veces recorrimos juntos este camino y regresamos felizmente ya pasada la medianoche. De buen grado trabaría yo amistad con vos en recuerdo de ellos.

—Si es como decís —replicó Goodman Brown—, me asombra que nunca me hablaran de esas cosas. O mejor pensado, no me asombra, dado que el más pequeño rumor al respecto habría comportado su expulsión de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración y buenas acciones, a fe mía, y no toleramos semejantes perversiones.

—Haya o no perversiones —dijo el caminante del bastón retorcido—, tengo muchos compadres aquí en Nueva Inglaterra. Los diáconos de muchas iglesias han tomado el vino de la comunión conmigo; los concejales de diversas poblaciones me han nombrado su presidente. Y la mayoría de miembros del Tribunal General de Nueva Inglaterra son firmes partidarios de mis intereses. El gobernador y yo, asimismo… Pero bueno, éstos son secretos de Estado.

—¿Es eso posible? —exclamó Goodman Brown mirando con asombro a su impávido compañero—. De todas formas, yo no tengo nada que ver con el gobernador ni con el consejo. Ellos tienen sus costumbres que no han de regir para un simple marido como yo. Pero si yo me fuera con vos, ¿cómo podría mirar a la cara de ese anciano venerable que es el pastor de Salem? ¡Oh, su voz me haría estremecerme tanto el sábado como el día de los oficios!

Hasta aquel momento el mayor de los dos caminantes había escuchado con gravedad, pero de pronto prorrumpió en una risotada irreprimible que le hizo agitarse con tanta violencia que su bastón de serpiente pareció agitarse también en simpatía.

—¡Ja, ja, ja! —Estuvo riendo una y otra vez. Por fin recobró la compostura—. Continuad, Goodman Brown, continuad. Pero os lo ruego, no me matéis de risa.

—Bien, para cerrar el tema de una vez —dijo Goodman Brown, considerablemente molesto— está mi mujer, Faith. Le rompería su pobre corazón y os aseguro que prefiero romper el mío.

—No, si ése fuera el caso —respondió el otro— ni aun si tuvierais razón, Goodman Brown. No quiero, ni por veinte ancianas como la que cojea delante de nosotros, que a Faith le ocurra nada malo.

Mientras hablaba, señaló con el bastón a una figura femenina en el camino, en la que Goodman Brown reconoció a una dama muy piadosa y ejemplar que le había

enseñado el catecismo de joven y que seguía siendo su consejera moral y espiritual juntamente con el pastor y el diácono Gookin.

—¡Me maravilla ciertamente que Goody Cloyse esté en medio del bosque al anochecer! —dijo el joven—. Pero con vuestro permiso, amigo, tomaré un atajo por entre los árboles hasta que hayamos dejado atrás a esta mujer cristiana. Siendo una extraña para vos, podría preguntarme con quién tengo tratos y adónde me dirijo.

—Hágase así —dijo su compañero de travesía—. Id vos por el bosque y dejadme seguir el camino.

De esta manera, el joven se desvió pero se cuidó de vigilar a su compañero, que avanzó lentamente por el camino hasta estar a menos de un bastón de distancia de la vieja dama. Entretanto ella seguía también su camino como podía, con velocidad singular para ser una mujer tan anciana, y murmuraba algo inaudible, sin duda una oración, mientras avanzaba. El viajero alargó su bastón y tocó el cuello arrugado de la anciana con lo que parecía ser la cola de la serpiente.

—¡El diablo! —gritó la piadosa mujer.

—Así que Goody Cloyse reconoce a su viejo amigo, ¿no? —observó el viajero, poniéndose delante de ella e inclinándose sobre su bastón retorcido.

—Ah, en verdad, sois mi alteza, ¿no es cierto? —exclamó la vieja dama—. Sí que lo sois y con la viva imagen de mi viejo compadre, Goodman Brown, el abuelo del tonto que hoy lleva ese nombre. ¿Pero puede mi alteza creerlo? Mi escoba ha desaparecido misteriosamente, robada, según sospecho, por esa bruja descolgada de la horca, Goody Cory, y eso ha sido cuando ya estaba ungida con jugo de apio, tormentina y acónito…

—Mezclado con trigo molido y la grasa de un recién nacido —dijo la figura del viejo Goodman Brown.

—Ah, su alteza conoce la receta —exclamó la anciana con una risa socarrona—. Pues como estaba diciendo, estaba ya preparada para la asamblea y desprovista de montura, así que he decidido venir a pie. Porque me han dicho que un mozo apuesto va a comulgar esta noche. Pero ahora dejadme que os coja el brazo, alteza, y llegaremos en un abrir y cerrar de ojos.

—Me temo que no puede ser —respondió su amigo—. No puedo prestaros mi brazo, Goody Cloyse, pero aquí tenéis mi bastón, si os parece bien.

Y diciendo esto se lo tiró a los pies, donde acaso adquirió vida propia, pues era uno de los bastones que su amo había prestado a los Magos de Oriente. Aquello, sin embargo, no pudo apreciarlo Goodman Brown. Había levantado la mirada en gesto de asombro y al bajarla de nuevo no vio ni a Goody Cloyse ni el bastón de serpiente, sino únicamente a su compañero de caminata, esperándolo con tanta tranquilidad como si nada hubiera ocurrido.

—¡Esa anciana me enseñó el catecismo! —dijo el joven. Y en aquel comentario

había un mundo entero de significados.

Continuaron avanzando mientras el mayor de los dos exhortaba a su compañero a apresurarse y a perseverar en el camino, discurriendo con tanta pericia que sus argumentos más parecían desarrollarse en el alma de su oyente que haber sido sugeridos por él. Mientras avanzaban agarró una rama de arce que le sirviera de bastón y empezó a quitarle los brotes y las ramitas que estaban mojadas por el rocío del anochecer. En el momento en que sus dedos las tocaron, se marchitaron y se quedaron resecas. Así fueron los dos, caminando a buen ritmo, hasta que de pronto, en una hondonada oscura del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a continuar.

—Amigo —dijo con obstinación—. Ya me he decidido. No daré un paso más que me acerque a esta misión. ¡Qué más da que una vieja elija seguir al diablo cuando yo pensaba que iba al paraíso! ¿Acaso por eso debería dejar a mi amada Faith y seguirla a ella?

—Será mejor que reflexionéis acerca de esto, por el momento —dijo su compañero con tranquilidad—. Sentaos y descansad un rato. Y cuando os apetezca poneros nuevamente en marcha, he aquí mi bastón para ayudaros a seguir.

Sin más palabras le tiró a su compañero la vara de arce y desapareció de su vista rápidamente, como si se hubiera desvanecido en las sombras cada vez más densas. El joven se sentó unos instantes junto al camino, ratificando su decisión, imaginando la conciencia tan limpia con que iba a encontrarse con el pastor en su paseo matinal y pensando que no iba a tener que ocultarse de la mirada del diácono Gookin. ¡Y qué tranquilo iba a ser ahora su sueño, esa misma noche, en que tanto sufrimiento debía haber padecido, completamente puro y dulce en los brazos de Faith! En medio de aquellas reflexiones tan placenteras como loables, Goodman Brown oyó un trote de caballos acercándose por el camino, y le pareció aconsejable ocultarse dentro de los márgenes del bosque, consciente del propósito criminal que lo había llevado hasta allí, por mucho que ahora se alejara felizmente del mismo.

Los ruidos de los cascos y las voces de los jinetes se acercaron; eran dos voces graves y maduras que conversaban en tono sobrio a medida que se aproximaban. Aquellos sonidos entremezclados parecieron pasar de largo por el camino, a pocos metros del escondrijo del joven. Pero debido sin duda a la oscuridad casi total que reinaba en aquel lugar en concreto, ni los viajeros ni sus corceles fueron visibles. Aunque sus figuras pasaron rozando los matorrales de los márgenes del camino, no se pudo ver que pasaran ni siquiera un momento bajo el tenue resplandor de la franja de cielo brillante, de banda a banda de la cual debían de haber pasado. Goodman Brown se puso en cuclillas y luego de puntillas, apartando las ramas y asomando la cabeza tanto como se atrevió, pero no pudo distinguir ni una sombra. Se sintió más contrariado todavía, porque podría haber jurado, si tal cosa fuera posible, que había

reconocido las voces del pastor y del diácono Gookin, cabalgando a paso lento, como harían en caso de dirigirse a alguna ordenación o concilio eclesiástico. Mientras estaban todavía lo bastante cerca como para distinguir sus palabras, uno de los jinetes se detuvo para arrancar una vara.

—Si hubiera de elegir, señor —dijo la voz que se parecía a la del diácono—, preferiría perderme una cena de ordenación que la reunión de esta noche. Me han dicho que van a venir miembros de nuestra comunidad desde Falmouth y más lejos todavía, y otros de Connecticut y Long Island. Además de varios brujos indios, que a su modo conocen tantas artes diabólicas como los mejores de nosotros. Además, una joven hermosa va a participar en la comunión.

—¡Fantástico, diácono Gookin! —replicó la voz madura y solemne del pastor—. Espolead al caballo o llegaremos tarde. No se puede hacer nada, ya lo sabéis, hasta que lleguemos al escenario de la reunión.

Los cascos trotaron de nuevo y las voces, hablando de aquella forma extraña en el aire vacío, continuaron su camino por en medio del bosque, como si ninguna iglesia se hubiera formado jamás y ningún cristiano hubiera rezado nunca. ¿Adónde, pues, podían estar dirigiéndose aquellos dos hombres de Dios al adentrarse en aquella oscuridad pagana? El joven Goodman Brown se agarró a un árbol en busca de apoyo, pues estaba a punto de desplomarse en el suelo, debilitado y abrumado por la angustia acumulada en su corazón. Levantó la vista al cielo, dudando que realmente hubiera un cielo encima de su cabeza.

Y sin embargo ahí estaba la bóveda azul con las estrellas brillando en ella.

—¡Mientras haya un cielo en las alturas y mi Faith esté aquí abajo resistiré con firmeza al diablo! —exclamó Goodman Brown.

Mientras estaba mirando hacia arriba, en dirección a la amplia bóveda del firmamento, y tenía las manos unidas para rezar, una nube cruzó a toda prisa el cenit de la misma, aunque no soplaba ningún viento, y ocultó las estrellas. El cielo azul seguía siendo visible, salvo la parte del mismo que quedaba justo encima de su cabeza, en donde aquella masa negra de nubes avanzaba a toda prisa hacia el norte. De las alturas aéreas, como si saliera de las profundidades de aquella nube, vino un confuso e impreciso ruido de voces. En un momento dado al oyente le pareció distinguir los acentos de sus conciudadanos, hombres y mujeres, tanto piadosos como impíos; muchos de ellos habían compartido con él la mesa de la comunión y a otros los había visto armando brega en la taberna. Un momento más tarde los ruidos se volvieron tan indistintos que dudó haber oído nada más que el murmullo del bosque, que susurraba sin viento. Entonces vino una oleada más fuerte todavía de aquellas voces familiares, como si se oyeran en pleno día y bajo el sol en la población de Salem, sólo que nunca, como ahora, habían venido de una nube nocturna. Una de aquellas voces pertenecía a una mujer joven que se lamentaba, aunque su tristeza era

incierta y suplicaba un favor que tal vez le apenara obtener. Y toda la multitud invisible, tanto santos como pecadores, la apremiaba para que siguiera adelante.

—¡Faith! —gritó Goodman Brown con agonía y desesperación en la voz. Y los ecos del bosque se burlaron de él gritando: «¡Faith! ¡Faith!» como si una multitud de desdichados perplejos la estuvieran buscando por el bosque.

Aquel grito de pena, rabia y terror todavía resonaba en la noche cuando el infeliz marido guardó silencio en espera de respuesta. Se oyó un grito, ahogado de inmediato por un murmullo más alto de voces que dieron paso a risotadas tenues a medida que la nube oscura se alejaba, dejando el cielo despejado y silencioso por encima de Goodman Brown. Algo bajó revoloteando por el aire y se quedó enredado en la rama de un árbol. El joven lo cogió y vio que era una cinta rosada.

—¡Mi Faith se ha ido! —exclamó después de un momento de estupefacción—. El bien no existe sobre la tierra y el pecado no es más que una palabra. ¡Vamos allá, demonio, porque a ti se te ha entregado el mundo!

Y enloquecido por la desesperación, de forma que estuvo riéndose largo rato y de forma estridente, Goodman Brown cogió su bastón y siguió adelante, con paso tan ligero que parecía volar por el sendero más que caminar o correr. El camino se volvía cada vez más agreste y lúgubre y su recorrido cada vez era más indistinguible hasta desaparecer por fin, dejándolo en el corazón de las tinieblas del bosque, pero avanzando todavía, con ese instinto que guía a los mortales hacia el mal. El bosque entero estaba poblado de ruidos temibles: el crujido de los árboles, el aullido de las bestias salvajes y los gritos de los indios. A veces el viento repicaba como un campanario lejano y a veces rodeaba al caminante con un rugido enorme, como si la naturaleza entera se estuviera riendo de él. Pero él mismo era el mayor de los horrores en escena y no se dejó arredrar por el resto de horrores.

—¡Ja, ja, ja! —rugió Goodman Brown cuando el viento se rió de él—. ¡Veamos quién se ríe más fuerte! ¡No queráis asustarme con vuestras artes diabólicas! ¡A mí la bruja, a mí el hechicero, a mí los brujos indios, a mí el diablo en persona! ¡Aquí viene Goodman Brown! ¡Podéis temerlo tanto como él os teme a vosotros!

Lo cierto era que en todo el bosque encantado no había figura más temible que la de Goodman Brown. Siguió volando entre los pinos oscuros, blandiendo su bastón con ademanes frenéticos, dando ahora rienda suelta a una inspiración de horrible blasfemia y dejando escapar unas carcajadas que provocaban que todos los ecos del bosque se rieran como demonios a su alrededor. El diablo en su forma verdadera no es tan terrible como cuando brama con la apariencia de un hombre. De esa forma corrió el endemoniado hasta que vio delante de sí una luz roja temblando entre los árboles, como si las ramas y troncos cortados de los árboles ardieran y elevaran su fulgor al cielo en plena medianoche. Se detuvo, en un remanso de la tormenta que lo había llevado hasta allí, y llegó hasta él lo que parecía el rumor de un himno que

resonaba solemne a lo lejos y en cuyo seno se juntaban muchas voces. Conocía la canción: era un tema bastante familiar en el coro del templo del pueblo. La estrofa se apagó con gravedad y fue alargada por un coro no ya de voces humanas sino formado por todos los ruidos del bosque repicando juntos en una espantosa armonía. Goodman Brown gritó pero no pudo oír su propio grito ya que sonó en conjunción con los ruidos del páramo.

Durante aquel intervalo de silencio avanzó a hurtadillas hasta tener la luz delante de los ojos. Al fondo de un claro del bosque cerrado por la muralla oscura de los árboles, se erguía una roca que presentaba un parecido tosco y natural con un altar o un púlpito, rodeada por cuatro pinos resplandecientes con las copas ardiendo y los troncos intactos, como velas de una reunión vespertina. La masa de follaje, que había invadido la cima de la roca, también estaba en llamas, resplandeciendo en medio de la noche e iluminando todo el claro. Todas las ramas colgantes y todas las guirnaldas de ramas estaban ardiendo. A medida que la luz roja se elevaba y descendía, una congregación numerosa surgía alternativamente, desaparecía en las sombras y aparecía de nuevo, por decirlo así, de la nada, poblando de repente el corazón del bosque solitario.

—Una multitud grave y enlutada —dijo Goodman Brown.

Y ciertamente lo era. Entre ellos, parpadeando ahora a la luz y ahora a la sombra, aparecían caras que al día siguiente serían vistas de nuevo en el consejo de la comarca y otras que, sábado tras sábado, miraban al cielo con devoción y luego con benevolencia a las hileras de bancos desde los púlpitos más sagrados de la tierra. Algunos afirman que la mujer del gobernador estaba allí. Por lo menos había damas distinguidas y amigas personales de ella, así como esposas de maridos honorables, y también viudas, una multitud enorme, y doncellas maduras, todas de excelente reputación, y jóvenes hermosas que temblaban por si sus madres las estaban espiando. Cuando los destellos repentinos que alumbraban el claro a oscuras no cegaban a Goodman Brown, tuvo ocasión de reconocer a una veintena de miembros de la iglesia de Salem, todos famosos por su notable santidad. Pero mezclándose de forma irreverente con aquella gente severa, piadosa y de buena reputación, con aquellos ancianos de la iglesia, aquellas damas castas y vírgenes ingenuas, había hombres de vida disipada y mujeres de reputación manchada, desdichados que se habían entregado a todos los vicios mezquinos y repulsivos y que estaban bajo sospecha de haber cometido crímenes horribles. Era extraño ver que la buena gente no se apartaba de los perversos ni tampoco los pecadores se avergonzaban ante los piadosos. Asimismo, diseminados entre sus enemigos de caras pálidas estaban los hechiceros indios, o brujos, que a menudo habían sembrado sus bosques nativos con más encantamientos repulsivos de los que ningún brujo inglés conociera.

«¿Pero dónde está Faith?», pensó Goodman Brown. Y lo asaltó un temblor

mientras la esperanza surgía en su corazón.

Otra estrofa del himno se elevó, una melodía lenta y lastimera, como de amor piadoso, pero unida a unas palabras que expresaban todo lo que nuestra naturaleza puede transmitir del pecado y todavía sugerían cosas mucho peores. Pues la sabiduría de los demonios no la pueden entender los mortales. Cantaron estrofa tras estrofa y el coro del páramo siguió resonando entre ellos, como la nota más grave de un potente órgano. Y con el repique final de aquel himno espantoso, hubo un ruido, como si el rugido del viento, el murmullo de los torrentes, el aullido de las bestias y todas las demás voces de la espesura irredenta se mezclaran y armonizaran con las voces de los hombres impíos en homenaje al príncipe de todo. Las llamas de los pinos encendidos se alargaron hacia el cielo y revelaron siluetas y expresiones de horror en las coronas de humo, por encima de la impía asamblea. En aquel momento, el fuego de la roca soltó una llamarada roja y formó un arco resplandeciente por encima de su base, en donde ahora apareció una figura. Dicho sea con toda reverencia, la figura no guardaba poco parecido, tanto en su atuendo como en sus modales, con cierto alto eclesiástico de las congregaciones de Nueva Inglaterra.

—¡Traed a los conversos! —ordenó una voz que levantó ecos en el claro y se adentró en el bosque.

Al oír aquella voz, Goodman Brown se adelantó desde la sombra de los árboles y se acercó a los congregados, con quienes sentía una hermandad repulsiva, propiciada por la atracción de su alma hacia todo lo que había de detestable. Podría haber jurado que la silueta de su propio padre muerto lo llamaba a avanzar, mirando hacia abajo desde la nube de humo, mientras que una mujer con expresión borrosa de desesperación adelantaba la mano para frenar su avance. ¿Era acaso su madre? Pero careció de poder para retroceder un paso, ni tampoco para resistir, ni siquiera mentalmente, cuando el ministro y el bueno del decano Gookin extendieron los brazos y lo llevaron hasta la roca en llamas. Hasta allí fue llevada también la silueta esbelta de una mujer cubierta con un velo, acompañada por Goody Cloyse, la piadosa maestra del catecismo, y Martha Carrier, que había recibido del diablo la promesa de convertirse en reina del infierno. ¡Menuda bruja estaba hecha! Y allí estaban los prosélitos, bajo el palio de fuego.

—¡Bienvenidos, hijos míos —dijo la figura oscura—, a la comunión de vuestra estirpe! A pronta edad habéis encontrado vuestra naturaleza y vuestro destino. ¡Hijos míos, mirad a vuestra espalda!

Los dos se dieron la vuelta. Y refulgiendo, por así decirlo, en una pantalla de llamas, los adoradores del diablo se hicieron visibles. Las sonrisas de bienvenida brillaron en todos los rostros con un resplandor siniestro.

—Ahí —continuó la figura negra como el tizón— está toda la gente a la que habéis adorado desde la juventud. Los habéis reverenciado más que a vosotros

mismos y os habéis horrorizado de vuestros pecados contrastándolos con sus vidas de rectitud y con vuestra ferviente aspiración al cielo. ¡Y aquí están todos, en la asamblea de mis adoradores! Esta noche os será permitido conocer sus hazañas secretas. Descubriréis que maestros de la iglesia con barbas canosas han susurrado palabras licenciosas a las doncellas de sus propios hogares. Que muchas mujeres ansiosas de luto le han dado a sus maridos bebedizos a la hora de acostarse para que durmieran sus últimos sueños en los regazos de ellas. Que jóvenes imberbes se han apresurado para heredar la fortuna de sus padres. Y que hermosas damiselas (¡no os sonrojéis, pequeñas!) han cavado pequeñas tumbas en los jardines y me han invitado únicamente a mí a un funeral infantil. Gracias a la atracción que sienten vuestros corazones humanos por el pecado, percibiréis todos los lugares (ya sea en la iglesia, en el dormitorio, la calle, el prado o el bosque) donde se han cometido crímenes, y os regocijaréis contemplando la tierra entera como una mancha de maldad, una enorme mancha de sangre. ¡Y mucho más! Os será permitido adivinar, en todas las almas, el misterio oculto del pecado, la fuente de todas las malas artes, que de forma inagotable proporciona más impulsos perversos de lo que el poder humano (¡o mi poder en su clímax!) puede manifestar en hechos. Y ahora, hijos míos, miraos el uno al otro.

Así lo hicieron. Y a la luz de las antorchas prendidas en el infierno, aquel hombre desdichado contempló a su Faith, y la esposa contempló a su marido, temblando los dos ante aquel altar impío.

—¡Mirad! ¡Aquí estáis, hijos míos! —dijo la figura en tono grave y solemne, casi triste, con su maldad desesperante, como si su naturaleza antaño angélica pudiera todavía penar por nuestra raza miserable—. Confiando mutuamente en vuestros corazones conservabais la esperanza de que la virtud no fuera un sueño. ¿Y verdad que no estáis decepcionados? La maldad es la naturaleza de la humanidad. El mal debe ser vuestro único regocijo. ¡Sed nuevamente bienvenidos, hijos míos, a la comunión de vuestra estirpe!

Y allí permanecieron de pie, la única pareja de todo este mundo tenebroso, al parecer, que todavía dudaba en el umbral de la maldad. La parte superior de la roca tenía una cavidad natural en forma de pilón. ¿Contenía agua enrojecida por el fulgor? ¿O acaso era sangre? ¿O quizá una llama líquida? Allí la silueta del maligno hundió la mano y se preparó para trazar la señal del bautismo sobre sus frentes a fin de hacerlos partícipes del misterio del pecado, más conscientes de la culpa secreta de los demás, tanto en pensamiento como en acto, que de la suya propia. El marido miró a su pálida esposa y Faith lo miró a él. ¿Qué seres desdichados y polutos verían la próxima vez que se miraran mutuamente, igualmente temblorosos por el miedo a lo que revelaran y a lo que vieran?

—¡Faith! ¡Faith! —gritó el marido—. ¡Levanta la mirada al cielo y resiste al maligno!

No pudo adivinar si Faith le había obedecido. Nada más hablar, se encontró a sí mismo en medio de una noche tranquila y solitaria, escuchando cómo el rugido del viento se apagaba ahora rápidamente en todo el bosque. Fue tambaleándose hasta la roca y la notó fría y húmeda. Una ramita colgante que había estado ardiendo le salpicó la mejilla de rocío helado.

A la mañana siguiente el joven Goodman Brown se adentró lentamente en el pueblo de Salem, mirando a su alrededor con perplejidad. El bueno del viejo pastor estaba paseando por el cementerio con el propósito de abrir el apetito para el desayuno y meditar su sermón y le dispensó una bendición a Goodman Brown cuando éste pasó a su lado. El joven se apartó del venerable anciano como de un anatema. El diácono Gookin estaba oficiando un servicio y las palabras sagradas de su oración se oían por la ventana abierta. «¿A qué Dios reza el hechicero?», dijo Goodman Brown. Goody Cloyse, aquella excelente cristiana, estaba de pie bajo la luz temprana, frente a su celosía, impartiendo el catecismo a una niña que le había traído una pinta de leche recién ordeñada. Goodman Brown agarró a la niña y se la llevó como si el diablo en persona la acosara. Al doblar la esquina del templo, examinó el rostro de Faith, que contemplaba la calle con expresión anhelante y con sus cintas en el pelo, y que estalló en semejante regocijo al verlo que recorrió la calle y estuvo a punto de besarlo delante de todo el pueblo. Sin embargo, Goodman Brown, contempló su rostro con severidad y tristeza y pasó de largo sin decir una palabra.

¿Acaso Goodman Brown se había quedado dormido en el bosque y únicamente había tenido una espantosa pesadilla acerca de una reunión de brujos?

Así sea si lo quieren ustedes. ¡Pero ay! Aquel sueño fue un presagio funesto para el joven Goodman Brown. Se convirtió en un hombre severo, triste, presa de oscuras reflexiones, desconfiado, si no desesperado, a partir de la noche de aquel sueño atroz. El sábado, cuando la congregación estaba cantando un salmo, él no pudo escucharlo porque un himno impío le atronaba en sus oídos y ahogaba todas las estrofas benignas. Cuando el pastor habló desde el púlpito, con elocuencia poderosa y ferviente y con la mano sobre la Biblia abierta, acerca de las sagradas verdades de nuestra religión y acerca de vidas de santos y muertes triunfales, y acerca de la dicha futura o de una tristeza indecible, Goodman Brown se puso pálido y le invadió el terror, como si el techo fuera a hundirse sobre aquel viejo blasfemo y sus oyentes. A menudo se despertaba de repente en medio de la noche y se apartaba del seno de Faith. Y por las mañanas o al anochecer, cuando la familia se arrodillaba para rezar, fruncía el ceño y murmuraba para sus adentros, miraba con severidad a su mujer y se alejaba. Y cuando ya hubo vivido bastante y su cadáver canoso fue llevado a la tumba, seguido por la anciana Faith, sus hijos y sus nietos, una larga procesión, además de no pocos vecinos, no labraron ninguna frase prometedora en su lápida. Porque su última hora fue sombría.

Traducción de Javier Calvo

La carta robada

Nil sapientiae odiosius acumine nimio.

Séneca

Me hallaba en París en el otoño de 18… Una noche, después de una tarde ventosa, gozaba del doble placer de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña biblioteca o gabinete de estudios del *n.° 33, rue Dunôt, au troisième, Faubourg Saint-Germain*. Llevábamos más de una hora en profundo silencio, y cualquier observador casual nos hubiera creído exclusiva y profundamente dedicados a estudiar las onduladas capas de humo que llenaban la atmósfera de la sala. Por mi parte, me había entregado a la discusión mental de ciertos tópicos sobre los cuales habíamos departido al comienzo de la velada; me refiero al caso de la rue Morgue y al misterio del asesinato de Marie Rogêt. No dejé de pensar, pues, en una coincidencia, cuando vi abrirse la puerta para dejar paso a nuestro viejo conocido monsieur G…, el prefecto de la policía de París.

Lo recibimos cordialmente, pues en aquel hombre había tanto de despreciable como de divertido, y llevábamos varios años sin verlo. Como habíamos estado sentados en la oscuridad, Dupin se levantó para encender una lámpara, pero volvió a su asiento sin hacerlo cuando G… nos hizo saber que venía a consultarnos, o, mejor dicho, a pedir la opinión de mi amigo sobre cierto asunto oficial que lo preocupaba grandemente.

—Si se trata de algo que requiere reflexión —observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha— será mejor examinarlo en la oscuridad.

—He aquí una de sus ideas raras —dijo el prefecto, para quien todo lo que excedía su comprensión era «raro», por lo cual vivía rodeado de una verdadera legión de «rarezas».

—Muy cierto —repuso Dupin, entregando una pipa a nuestro visitante y ofreciéndole un confortable asiento.

—¿Y cuál es la dificultad? —pregunté—. Espero que no sea otro asesinato.

—¡Oh, no, nada de eso! Por cierto que es un asunto muy sencillo y no dudo de que podremos resolverlo perfectamente bien por nuestra cuenta; de todos modos pensé que a Dupin le gustaría conocer los detalles, puesto que es un caso *muy raro*.

—Sencillo y raro —dijo Dupin.

—Justamente. Pero tampoco es completamente eso. A decir verdad, todos

estamos bastante confundidos, ya que la cosa es sencillísima y, sin embargo, nos deja perplejos.

—Quizá lo que los induce a error sea precisamente la sencillez del asunto —observó mi amigo.

—¡Qué absurdos dice usted! —repuso el prefecto, riendo a carcajadas.

—Quizá el misterio es un poco *demasiado* sencillo —dijo Dupin.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo se le puede ocurrir semejante idea?

—Un poco *demasiado* evidente.

—¡Ja, ja! ¡Oh, oh! —reía el prefecto, divertido hasta más no poder—. Dupin, usted acabará por hacerme morir de risa.

—Veamos, ¿de qué se trata? —pregunté.

—Pues bien, voy a decírselo —repuso el prefecto, aspirando profundamente una bocanada de humo e instalándose en un sillón—. Puedo explicarlo en pocas palabras, pero antes debo advertirles que el asunto exige el mayor secreto, pues si se supiera que lo he confiado a otras personas podría costarme mi actual posición.

—Hable usted —dije.

—O no hable —dijo Dupin.

—Está bien. He sido informado personalmente, por alguien que ocupa un altísimo puesto, de que cierto documento de la mayor importancia ha sido robado en las cámaras reales. Se sabe quién es la persona que lo ha robado, pues fue vista cuando se apoderaba de él. También se sabe que el documento continúa en su poder.

—¿Cómo se sabe eso? —preguntó Dupin.

—Se deduce claramente —repuso el prefecto— de la naturaleza del documento y de que no se hayan producido ciertas consecuencias que tendrían lugar inmediatamente después que aquél pasara a *otras* manos; vale decir, en caso de que fuera empleado en la forma en que el ladrón ha de pretender hacerlo al final.

—Sea un poco más explícito —dije.

—Pues bien, puedo afirmar que dicho papel da a su poseedor cierto poder en cierto lugar donde dicho poder es inmensamente valioso.

El prefecto estaba encantado de su jerga diplomática.

—Pues sigo sin entender nada —dijo Dupin.

—¿No? Veamos: la presentación del documento a una tercera persona que no nombraremos pondría sobre el tapete el honor de un personaje de las más altas esferas, y ello da al poseedor del documento un dominio sobre el ilustre personaje cuyo honor y tranquilidad se ven de tal modo amenazados.

—Pero ese dominio —interrumpí— dependerá de que el ladrón supiera que dicho personaje lo conoce como tal. ¿Y quién osaría…?

—El ladrón —dijo G…— es el ministro D…, que se atreve a todo, tanto en lo que es digno como lo que es indigno de un hombre. La forma en que cometió el robo

es tan ingeniosa como audaz. El documento en cuestión (una carta, para ser francos) fue recibido por la persona robada mientras se hallaba a solas en el *boudoir* real. Mientras la leía, se vio repentinamente interrumpida por la entrada de la otra eminente persona, a la cual la primera deseaba ocultar especialmente la carta. Después de una apresurada y vana tentativa de esconderla en un cajón, debió dejarla, abierta como estaba, sobre una mesa. Como el sobrescrito había quedado hacia arriba y no se veía el contenido, la carta podía pasar sin ser vista. Pero en ese momento aparece el ministro D… Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconoce la escritura del sobrescrito, observa la confusión de la persona en cuestión y adivina su secreto. Luego de tratar algunos asuntos en la forma expeditiva que le es usual, extrae una carta parecida a la que nos ocupa, la abre, finge leerla y la coloca luego exactamente al lado de la otra. Vuelve entonces a departir sobre las cuestiones públicas durante un cuarto de hora. Se levanta, finalmente, y, al despedirse, toma la carta que no le pertenece. La persona robada ve la maniobra, pero no se atreve a llamarle la atención en presencia de la tercera, que no se mueve de su lado. El ministro se marcha, dejando sobre la mesa la otra carta sin importancia.

—Pues bien —dijo Dupin, dirigiéndose a mí—, ahí tiene usted lo que se requería para que el dominio del ladrón fuera completo: éste sabe que la persona robada lo conoce como el ladrón.

—En efecto —dijo el prefecto—, y el poder así obtenido ha sido usado en estos últimos meses para fines políticos, hasta un punto sumamente peligroso. La persona robada está cada vez más convencida de la necesidad de recobrar su carta. Pero, claro está, una cosa así no puede hacerse abiertamente. Por fin, arrastrada por la desesperación, dicha persona me ha encargado de la tarea.

—Para la cual —dijo Dupin, envuelto en un perfecto torbellino de humo— no podía haberse deseado, o siquiera imaginado, agente más sagaz.

—Me halaga usted —repuso el prefecto—, pero no es imposible que, en efecto, se tenga de mí tal opinión.

—Como hace usted notar —dije—, es evidente que la carta sigue en posesión del ministro, pues lo que le confiere su poder es dicha posesión y no su empleo. Apenas empleada la carta, el poder cesaría.

—Muy cierto —convino G…—. Mis pesquisas se basan en esa convicción. Lo primero que hice fue registrar cuidadosamente la mansión del ministro, aunque la mayor dificultad residía en evitar que llegara a enterarse. Se me ha prevenido que, por sobre todo, debo impedir que sospeche nuestras intenciones, lo cual sería muy peligroso.

—Pero usted tiene todas las facilidades para ese tipo de investigaciones —dije—. No es la primera vez que la policía parisiense las practica.

—¡Oh, naturalmente! Por eso no me preocupé demasiado. Las costumbres del

ministro me daban, además, una gran ventaja. Con frecuencia pasa la noche fuera de su casa. Los sirvientes no son muchos y duermen alejados de los aposentos de su amo; como casi todos son napolitanos, es muy fácil inducirlos a beber copiosamente. Bien saben ustedes que poseo llaves con las cuales puedo abrir cualquier habitación de París. Durante estos tres meses no ha pasado una noche sin que me dedicara personalmente a registrar la casa de D… Mi honor está en juego y, para confiarles un gran secreto, la recompensa prometida es enorme. Por eso no abandoné la búsqueda hasta no tener la completa seguridad de que el ladrón es más astuto que yo. Estoy seguro de haber mirado en cada rincón posible de la casa donde la carta podría haber sido escondida.

—¿No sería posible —pregunté— que si bien la carta se halla en posesión del ministro, como parece incuestionable, éste la haya escondido en otra parte que en su casa?

—Es muy poco probable —dijo Dupin—. El peculiar giro de los asuntos actuales en la corte, y especialmente de las intrigas en las cuales se halla envuelto D…, exigen que el documento esté a mano y que pueda ser exhibido en cualquier momento; esto último es tan importante como el hecho mismo de su posesión.

—¿Que el documento pueda ser exhibido? —pregunté.

—Si lo prefiere, que pueda ser *destruido* —dijo Dupin.

—Pues bien —convine—, el papel tiene entonces que estar en la casa. Supongo que podemos descartar toda idea de que el ministro lo lleve consigo.

—Por supuesto —dijo el prefecto—. He mandado detenerlo dos veces por falsos salteadores de caminos y he visto personalmente cómo le registraban.

—Pudo usted ahorrarse esa molestia —dijo Dupin—. Supongo que D… no está completamente loco y que ha debido prever esos falsos asaltos como una consecuencia lógica.

—No está *completamente* loco —dijo G…—, pero es un poeta, lo que en mi opinión viene a ser más o menos lo mismo.

—Cierto —dijo Dupin, después de aspirar una profunda bocanada de su pipa de espuma de mar—, aunque, por mi parte, me confieso culpable de algunas malas rimas.

—¿Por qué no nos da detalles de su requisición? —pregunté.

—Pues bien; como disponíamos del tiempo necesario, buscamos *en todas partes*. Tengo una larga experiencia en estos casos. Revisé íntegramente la mansión, cuarto por cuarto, dedicando las noches de toda una semana a cada aposento. Primero examiné el moblaje. Abrimos todos los cajones; supongo que no ignoran ustedes que, para un agente de policía bien adiestrado, no hay cajón *secreto* que pueda escapársele. En una búsqueda de esta especie, el hombre que deja sin ver un cajón secreto es un imbécil. ¡Son tan *evidentes*! En cada mueble hay una cierta masa, un

cierto espacio que debe ser explicado. Para eso tenemos reglas muy precisas. No se nos escaparía ni la quincuagésima parte de una línea. Terminada la inspección de armarios pasamos a las sillas. Atravesamos los almohadones con esas largas y finas agujas que me han visto ustedes emplear. Levantamos las tablas de las mesas.

—¿Por qué?

—Con frecuencia, la persona que desea esconder algo levanta la tapa de una mesa o de un mueble similar, hace un orificio en cada una de las patas, esconde el objeto en cuestión y vuelve a poner la tabla en su sitio. Lo mismo suele hacerse en las cabeceras y postes de las camas.

—Pero ¿no puede localizarse la cavidad por el sonido? —pregunté.

—De ninguna manera si, luego de haberse depositado el objeto, se lo rodea con una capa de algodón. Además, en este caso estábamos forzados a proceder sin hacer ruido.

—Pero es imposible que hayan ustedes revisado y desarmado todos los muebles donde pudo ser escondida la carta en la forma que menciona. Una carta puede ser reducida a un delgadísimo rollo, casi igual en volumen al de una aguja larga de tejer, y en esa forma se la puede insertar, por ejemplo, en el travesaño de una silla. ¿Supongo que no desarmaron todas las sillas?

—Por supuesto que no, pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de todas las sillas de la casa y las junturas de todos los muebles con ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido la menor señal de un reciente cambio, no habríamos dejado de advertirlo instantáneamente. Un simple grano de polvo producido por un barreno nos hubiera saltado a los ojos como si fuera una manzana. La menor diferencia en la encoladura, la más mínima apertura en los ensamblajes, hubiera bastado para orientarnos.

—Supongo que miraron en los espejos, entre los marcos y el cristal, y que examinaron las camas y la ropa de la cama, así como los cortinados y las alfombras.

—Naturalmente, y luego que hubimos revisado todo el moblaje en la misma forma minuciosa, pasamos a la casa misma. Dividimos su superficie en compartimentos que numeramos, a fin de que no se nos escapara ninguno; luego escrutamos cada centímetro cuadrado, incluyendo las dos casas adyacentes, siempre ayudados por el microscopio.

—¿Las dos casas adyacentes? —exclamé—. ¡Habrán tenido toda clase de dificultades!

—Sí. Pero la recompensa ofrecida es enorme.

—¿Incluían ustedes el terreno contiguo a las casas?

—Dicho terreno está pavimentado con ladrillos. No nos dio demasiado trabajo comparativamente, pues examinamos el musgo entre los ladrillos y lo encontramos intacto.

—¿Miraron entre los papeles de D…, naturalmente, y en los libros de la biblioteca?

—Claro está. Abrimos todos los paquetes, y no sólo examinamos cada libro, sino que lo hojeamos cuidadosamente, sin conformarnos con una mera sacudida, como suelen hacerlo nuestros oficiales de policía. Medimos asimismo el espesor de cada encuadernación, escrutándola luego de la manera más detallada con el microscopio. Si se hubiera insertado un papel en una de esas encuadernaciones, resultaría imposible que pasara inadvertido. Cinco o seis volúmenes que salían de manos del encuadernador fueron probados longitudinalmente con las agujas.

—¿Exploraron los pisos debajo de las alfombras?

—Sin duda. Levantamos todas las alfombras y examinamos las planchas con el microscopio.

—¿Y el papel de las paredes?

—Lo mismo.

—¿Miraron en los sótanos?

—Miramos.

—Pues entonces —declaré— se ha equivocado usted en sus cálculos y la carta *no* está en la casa del ministro.

—Me temo que tenga razón —dijo el prefecto—. Pues bien, Dupin, ¿qué me aconseja usted?

—Revisar de nuevo completamente la casa.

—¡Pero es inútil! —replicó—. Tan seguro estoy de que respiro como de que la carta no está en la casa.

—No tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. Supongo que posee usted una descripción precisa de la carta.

—¡Oh, sí!

Luego de extraer una libreta, el prefecto procedió a leernos una minuciosa descripción del aspecto interior de la carta, y especialmente del exterior. Poco después de terminar su lectura se despidió de nosotros, desanimado como jamás lo había visto antes.

Un mes más tarde nos hizo otra visita y nos encontró ocupados casi en la misma forma que la primera vez. Tomó posesión de una pipa y un sillón y se puso a charlar de cosas triviales. Al cabo de un rato le dije:

—Veamos, G…, ¿qué pasó con la carta robada? Supongo que, por lo menos, se habrá convencido de que no es cosa fácil sobrepujar en astucia al ministro.

—¡El diablo se lo lleve! Volví a revisar su casa, como me lo había aconsejado Dupin, pero fue tiempo perdido. Ya lo sabía yo de antemano.

—¿A cuánto dijo usted que ascendía la recompensa ofrecida? —preguntó Dupin.

—Pues…, a mucho dinero…, muchísimo. No quiero decir exactamente cuánto,

pero eso sí, afirmo que estaría dispuesto a firmar un cheque por cincuenta mil francos a cualquiera que me consiguiese esa carta. El asunto va adquiriendo día a día más importancia, y la recompensa ha sido recientemente doblada. Pero, aunque ofrecieran tres veces esa suma, no podría hacer más de lo que he hecho.

—Pues…, la verdad… —dijo Dupin, arrastrando las palabras entre bocanadas de humo—, me parece a mí, G…, que usted no ha hecho… todo lo que podía hacerse. ¿No cree que… aún podría hacer algo más, eh?

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Pues…, puf…, podría usted…, puf, puf…, pedir consejo en este asunto…, puf, puf, puf… ¿Se acuerda de la historia que cuentan de Abernethy?

—No. ¡Al diablo con Abernethy!

—De acuerdo. ¡Al diablo, pero bienvenido! Érase una vez cierto avaro que tuvo la idea de obtener gratis el consejo médico de Abernethy. Aprovechó una reunión y una conversación corrientes para explicar un caso personal como si se tratara del de otra persona. «Supongamos que los síntomas del enfermo son tales y cuales», dijo. «Veamos, doctor: ¿qué le aconsejaría usted hacer?» «Lo que yo le aconsejaría», repuso Abernethy, «es que consultara a un médico.»

—¡Vamos! —exclamó el prefecto, bastante desconcertado—. Estoy plenamente dispuesto a pedir consejo y a pagar por él. De verdad, daría cincuenta mil francos a quienquiera que me ayudara en este asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y sacando una libreta de cheques—, bien puede usted llenarme un cheque por la suma mencionada. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.

Me quedé estupefacto. En cuanto al prefecto, parecía fulminado. Durante algunos minutos fue incapaz de hablar y de moverse, mientras contemplaba a mi amigo con ojos que parecían salírsele de las órbitas y con la boca abierta. Recobrándose un tanto, tomó una pluma y, después de varias pausas y abstraídas contemplaciones, llenó y firmó un cheque por cincuenta mil francos, extendiéndolo por encima de la mesa a Dupin. Éste lo examinó cuidadosamente y lo guardó en su cartera; luego, abriendo un escritorio, sacó una carta y la entregó al prefecto. Nuestro funcionario la tomó en una convulsión de alegría, la abrió con manos trémulas, lanzó una ojeada a su contenido y luego, lanzándose vacilante hacia la puerta, desapareció bruscamente del cuarto y de la casa, sin haber pronunciado una sílaba desde el momento en que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Una vez que se hubo marchado, mi amigo consintió en darme algunas explicaciones.

—La policía parisiense es sumamente hábil a su manera —dijo—. Es perseverante, ingeniosa, astuta y muy versada en los conocimientos que sus deberes exigen. Así, cuando G… nos explicó su manera de registrar la mansión de D…, tuve

plena confianza en que había cumplido una investigación satisfactoria, hasta donde podía alcanzar.

—¿Hasta donde podía alcanzar? —repetí.

—Sí —dijo Dupin—. Las medidas adoptadas no solamente eran las mejores en su género, sino que habían sido llevadas a la más absoluta perfección. Si la carta hubiera estado dentro del ámbito de su búsqueda, no cabe la menor duda de que los policías la hubieran encontrado.

Me eché a reír, pero Dupin parecía hablar muy en serio.

—Las medidas —continuó— eran excelentes en su género, y fueron bien ejecutadas; su defecto residía en que eran inaplicables al caso y al hombre en cuestión. Una cierta cantidad de recursos altamente ingeniosos constituyen para el prefecto una especie de lecho de Procrusto, en el cual quiere meter a la fuerza sus designios. Continuamente se equivoca por ser demasiado profundo o demasiado superficial para el caso, y más de un colegial razonaría mejor que él. Conocí a uno que tenía ocho años y cuyos triunfos en el juego de «par e impar» atraían la admiración general. El juego es muy sencillo y se juega con bolitas. Uno de los contendientes oculta en la mano cierta cantidad de bolitas y pregunta al otro: «¿Par o impar?». Si éste adivina correctamente, gana una bolita; si se equivoca, pierde una. El niño de quien hablo ganaba todas las bolitas de la escuela. Naturalmente, tenía un método de adivinación que consistía en la simple observación y en el cálculo de la astucia de sus adversarios. Supongamos que uno de éstos sea un perfecto tonto y que, levantando la mano cerrada, le pregunta: «¿Par o impar?». Nuestro colegial responde: «Impar», y pierde, pero a la segunda vez gana, por cuanto se ha dicho a sí mismo: «El tonto tenía pares la primera vez, y su astucia no va más allá de preparar impares para la segunda vez. Por lo tanto, diré impar». Lo dice, y gana. Ahora bien, si le toca jugar con un tonto ligeramente superior al anterior, razonará en la siguiente forma: «Este muchacho sabe que la primera vez elegí impar, y en la segunda se le ocurrirá como primer impulso pasar de par a impar, pero entonces un nuevo impulso le sugerirá que la variación es demasiado sencilla, y finalmente se decidirá a poner bolitas pares como la primera vez. Por lo tanto, diré pares». Así lo hace, y gana. Ahora bien, esta manera de razonar del colegial, a quien sus camaradas llaman «afortunado», ¿en qué consiste si se la analiza con cuidado?

—Consiste —repuse— en la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.

—Exactamente —dijo Dupin—. Cuando pregunté al muchacho de qué manera lograba esa *total* identificación en la cual residían sus triunfos, me contestó: «Si quiero averiguar si alguien es inteligente, o estúpido, o bueno, o malo, y saber cuáles son sus pensamientos en ese momento, adapto lo más posible la expresión de mi cara a la de la suya, y luego espero hasta ver qué pensamientos o sentimientos surgen en

mi mente o en mi corazón, coincidentes con la expresión de mi cara». Esta respuesta del colegial está en la base de toda la falsa profundidad atribuida a La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo y Campanella.

—Si comprendo bien —dije— la identificación del intelecto del razonador con el de su oponente depende de la precisión con que se mida la inteligencia de este último.

—Depende de ello para sus resultados prácticos —replicó Dupin—, y el prefecto y sus cohortes fracasan con tanta frecuencia, primero por no lograr dicha identificación y segundo por medir mal (o, mejor dicho, por no medir) el intelecto con el cual se enfrentan. Sólo tienen en cuenta sus *propias* ideas ingeniosas y, al buscar alguna cosa oculta, se fijan solamente en los métodos que *ellos* hubieran empleado para ocultarla. Tienen mucha razón en la medida en que su propio ingenio es fiel representante del de *la masa*; pero, cuando la astucia del malhechor posee un carácter distinto de la suya, aquél los derrota, como es natural. Esto ocurre siempre cuando se trata de una astucia superior a la suya y, muy frecuentemente, cuando está por debajo. Los policías no admiten variación de principio en sus investigaciones; a lo sumo, si se ven apurados por algún caso insólito, o movidos por una recompensa extraordinaria, extienden o exageran sus viejas modalidades rutinarias, pero sin tocar los principios. Por ejemplo, en este asunto de D…, ¿qué se ha hecho para modificar el principio de acción? ¿Qué son esas perforaciones, esos escrutinios con el microscopio, esa división de la superficie del edificio en centímetros cuadrados numerados? ¿Qué representan sino *la aplicación exagerada* del principio o la serie de principios que rigen una búsqueda, y que se basan a su vez en una serie de nociones sobre el ingenio humano, a las cuales se ha acostumbrado el prefecto en la prolongada rutina de su tarea? ¿No ha advertido que G… da por sentado que *todo* hombre esconde una carta, si no exactamente en un agujero practicado en la pata de una silla, por lo menos en algún agujero o rincón sugerido por la misma línea de pensamiento que inspira la idea de esconderla en un agujero hecho en la pata de una silla? Observe asimismo que esos escondrijos rebuscados sólo se utilizan en ocasiones ordinarias, y sólo serán elegidos por inteligencias igualmente ordinarias; vale decir que en todos los casos de ocultamiento cabe presumir, en primer término, que se ha efectuado dentro de esas líneas; por lo tanto, su descubrimiento no depende en absoluto de la perspicacia, sino del cuidado, la paciencia y la obstinación de los buscadores; y si el caso es de importancia (o la recompensa magnífica, lo cual equivale a la misma cosa a los ojos de los policías), las cualidades aludidas no fracasan *jamás*. Comprenderá usted ahora lo que quiero decir cuando sostengo que si la carta robada hubiese estado escondida en cualquier parte dentro de los límites de la pesquisición del prefecto (en otras palabras, si el principio rector de su ocultamiento hubiera estado comprendido dentro de los principios del prefecto) hubiera sido descubierta sin la más mínima duda. Pero nuestro funcionario ha sido mistificado por

completo, y la remota fuente de su derrota yace en su suposición de que el ministro es un loco porque ha logrado renombre como poeta. Todos los locos son poetas en el pensamiento del prefecto, de donde cabe considerarlo culpable de un *non distributio medii* por inferir de lo anterior que todos los poetas son locos.

—Pero ¿se trata realmente del poeta? —pregunté—. Sé que D… tiene un hermano, y que ambos han logrado reputación en el campo de las letras. Creo que el ministro ha escrito una obra notable sobre el cálculo diferencial. Es un matemático y no un poeta.

—Se equivoca usted. Lo conozco bien, y sé que es ambas cosas. Como poeta y matemático es capaz de razonar bien, en tanto que como mero matemático no hubiera sido capaz de hacerlo y habría quedado a merced del prefecto.

—Me sorprenden esas opiniones —dije—, que el consenso universal contradice. Supongo que no pretende usted aniquilar nociones que tienen siglos de existencia sancionada. La razón matemática fue considerada siempre como la razón por excelencia.

—*Il y a à parier* —replicó Dupin, citando a Chamfort— *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*. Le aseguro que los matemáticos han sido los primeros en difundir el error popular al cual alude usted, y que no por difundido deja de ser un error. Con arte digno de mejor causa han introducido, por ejemplo, el término «análisis» en las operaciones algebraicas. Los franceses son los causantes de este engaño, pero si un término tiene alguna importancia, si las palabras derivan su valor de su aplicación, entonces concedo que «análisis» abarca «álgebra», tanto como en latín *ambitus* implica «ambición»; *religio*, «religión», u *homines honesti*, la clase de las gentes honorables.

—Me temo que se malquiste usted con algunos de los algebristas de París. Pero continúe.

—Niego la validez y, por tanto, los resultados de una razón cultivada por cualquier procedimiento especial que no sea el lógico abstracto. Niego, en particular, la razón extraída del estudio matemático. Las matemáticas constituyen la ciencia de la forma y la cantidad; el razonamiento matemático es simplemente la lógica aplicada a la observación de la forma y la cantidad. El gran error está en suponer que incluso las verdades de lo que se denomina álgebra *pura* constituyen verdades abstractas o generales. Y este error es tan enorme que me asombra se haya aceptado universalmente. Los axiomas matemáticos *no son* axiomas de validez general. Lo que es cierto de la *relación* (de la forma y la cantidad) resulta con frecuencia erróneo aplicado, por ejemplo, a la moral. En esta última ciencia suele no ser cierto que el todo sea igual a la suma de las partes. Tampoco en química este axioma se cumple. En la consideración de los móviles falla igualmente, pues dos móviles de un valor dado no alcanzan necesariamente al sumarse un valor equivalente a la suma de sus

valores. Hay muchas otras verdades matemáticas que sólo son tales dentro de los límites de la *relación*. Pero el matemático, llevado por el hábito, arguye, basándose en sus *verdades finitas*, como si tuvieran una aplicación general, cosa que por lo demás la gente acepta y cree. En su erudita *Mitología*, Bryant alude a una análoga fuente de error cuando señala que, «aunque no se cree en las fábulas paganas, solemos olvidarnos de ello y extraemos consecuencias como si fueran realidades existentes». Pero, para los algebristas, que son realmente paganos, las «fábulas paganas» constituyen materia de credulidad, y las inferencias que de ellas extraen no nacen de un descuido de la memoria sino de un inexplicable reblandecimiento mental. Para resumir: jamás he encontrado a un matemático en quien se pudiera confiar fuera de sus raíces y sus ecuaciones, o que no tuviera por artículo de fe que $x^2 + px$ es absoluta e incondicionalmente igual a q. Por vía de experimento, diga a uno de esos caballeros que, en su opinión, podrían darse casos en que $x^2 + px$ no fuera absolutamente igual a q; pero, una vez que le haya hecho comprender lo que quiere decir, sálgase de su camino lo antes posible, porque es seguro que tratará de golpearlo.

»Lo que busco indicar —agregó Dupin, mientras yo reía de sus últimas observaciones— es que, si el ministro hubiera sido sólo un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de extenderme este cheque. Pero sé que es tanto matemático como poeta, y mis medidas se han adaptado a sus capacidades, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodeaban. Sabía que es un cortesano y un audaz *intrigant*. Pensé que un hombre semejante no dejaría de estar al tanto de los métodos policiales ordinarios. Imposible que no anticipara (y los hechos lo han probado así) los falsos asaltos a que fue sometido. Reflexioné que igualmente habría previsto las pesquisas secretas en su casa. Sus frecuentes ausencias nocturnas, que el prefecto consideraba una excelente ayuda para su triunfo, me parecieron simplemente *astucias* destinadas a brindar oportunidades a la pesquisa y convencer lo antes posible a la policía de que la carta no se hallaba en la casa, como G… terminó finalmente por creer. Me pareció asimismo que toda la serie de pensamientos que con algún trabajo acabo de exponerle y que se refieren al principio invariable de la acción policial en sus búsquedas de objetos ocultos, no podía dejar de ocurrírsele al ministro. Ello debía conducirlo inflexiblemente a desdeñar todos los escondrijos vulgares. Reflexioné que *ese hombre* no podía ser tan simple como para no comprender que el rincón más remoto e inaccesible de su morada estaría tan abierto como el más vulgar de los armarios a los ojos, las sondas, los barrenos y los microscopios del prefecto. Vi, por último, que D… terminaría necesariamente en la *simplicidad*, si es que no la adoptaba por una cuestión de gusto personal. Quizá recuerde usted con qué ganas rió el prefecto cuando, en nuestra primera entrevista, sugerí que acaso el misterio lo perturbaba por su absoluta *evidencia*.

—Me acuerdo muy bien —respondí—. Por un momento pensé que iban a darle

convulsiones.

—El mundo material —continuó Dupin— abunda en estrictas analogías con el inmaterial, y ello tiñe de verdad el dogma retórico según el cual la metáfora o el símil sirven tanto para reforzar un argumento como para embellecer una descripción. El principio de la *vis inertiae*, por ejemplo, parece idéntico en la física y en la metafísica. Si en la primera es cierto que resulta más difícil poner en movimiento un cuerpo grande que uno pequeño, y que el impulso o cantidad de movimiento subsecuente se hallará en relación con la dificultad, no menos cierto es en metafísica que los intelectos de máxima capacidad, aunque más vigorosos, constantes y eficaces en sus avances que los de grado inferior, son más lentos en iniciar dicho avance y se muestran más incómodos y vacilantes en los primeros pasos. Otra cosa: ¿ha observado usted alguna vez, entre las muestras de las tiendas, cuáles atraen la atención en mayor grado?

—Jamás se me ocurrió pensarlo —dije.

—Hay un juego de adivinación —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Uno de los participantes pide al otro que encuentre una palabra dada: el nombre de una ciudad, un río, un estado o un imperio; en suma, cualquier palabra que figure en la abigarrada y complicada superficie del mapa. Por lo regular, un novato en el juego busca confundir a su oponente proponiéndole los nombres escritos con los caracteres más pequeños, mientras que el buen jugador escogerá aquellos que se extienden con grandes letras de una parte a otra del mapa. Estos últimos, al igual que las muestras y carteles excesivamente grandes, escapan a la atención a fuerza de ser evidentes, y en esto la desatención ocular resulta análoga al descuido que lleva al intelecto a no tomar en cuenta consideraciones excesivas y palpablemente evidentes. De todos modos, es éste un asunto que se halla por encima o por debajo del entendimiento del prefecto. Jamás se le ocurrió como probable o posible que el ministro hubiera dejado la carta delante de las narices del mundo entero, a fin de impedir mejor que una parte de ese mundo pudiera verla.

»Cuanto más pensaba en el audaz, decidido y característico ingenio de D…, en que el documento debía hallarse siempre *a mano* si pretendía servirse de él para sus fines, y en la absoluta seguridad proporcionada por el prefecto de que el documento no se hallaba oculto dentro de los límites de las búsquedas ordinarias de dicho funcionario, más seguro me sentía de que, para esconder la carta, el ministro había acudido al más amplio y sagaz de los expedientes: el no ocultarla.

»Compenetrado de estas ideas, me puse un par de anteojos verdes, y una hermosa mañana acudí como por casualidad a la mansión ministerial. Hallé a D…, en casa, bostezando, paseándose sin hacer nada y pretendiendo hallarse en el colmo del *ennui*. Probablemente se trataba del más activo y enérgico de los seres vivientes, pero eso tan sólo cuando nadie lo ve.

»Para no ser menos, me quejé del mal estado de mi vista y de la necesidad de usar anteojos, bajo cuya protección pude observar cautelosa pero detalladamente el aposento, mientras en apariencia seguía con toda atención las palabras de mi huésped.

»Dediqué especial cuidado a una gran mesa-escritorio junto a la cual se sentaba D…, y en la que aparecían mezcladas algunas cartas y papeles, juntamente con un par de instrumentos musicales y unos pocos libros. Pero, después de un prolongado y atento escrutinio, no vi nada que procurara mis sospechas.

»Dando la vuelta al aposento, mis ojos cayeron por fin sobre un insignificante tarjetero de cartón recortado que colgaba, sujeto por una sucia cinta azul, de una pequeña perilla de bronce en mitad de la repisa de la chimenea. En este tarjetero, que estaba dividido en tres o cuatro compartimentos, vi cinco o seis tarjetas de visitantes y una sola carta. Esta última parecía muy arrugada y manchada. Estaba rota casi por la mitad, como si a una primera intención de destruirla por inútil hubiera sucedido otra. Ostentaba un gran sello negro, con el monograma de D… *muy* visible, y el sobrescrito, dirigido al mismo ministro, revelaba una letra menuda y femenina. La carta había sido arrojada con descuido, casi se diría que desdeñosamente, en uno de los compartimentos superiores del tarjetero.

»Tan pronto hube visto dicha carta, me di cuenta de que era la que buscaba. Por cierto que su apariencia difería completamente de la minuciosa descripción que nos había leído el prefecto. En este caso el sello era grande y negro, con el monograma de D…; en el otro, era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S… El sobrescrito de la presente carta mostraba una letra menuda y femenina, mientras que el otro, dirigido a cierta persona real, había sido trazado con caracteres firmes y decididos. Sólo el tamaño mostraba analogía. Pero, en cambio, lo *radical* de unas diferencias que resultaban excesivas; la suciedad, el papel arrugado y roto en parte, tan inconciliables con los *verdaderos* hábitos metódicos de D…, y tan sugestivos de la intención de engañar sobre el verdadero valor del documento; todo ello, digo, sumado a la ubicación de la carta, insolentemente colocada bajo los ojos de cualquier visitante, y coincidente, por tanto, con las conclusiones a las que ya había arribado, corroboraron decididamente las sospechas de alguien que había ido allá con intenciones de sospechar.

»Prolongué lo más posible mi visita y, mientras discutía animadamente con el ministro acerca de un tema que jamás ha dejado de interesarle y apasionarlo, mantuve mi atención clavada en la carta. Confiaba así a mi memoria los detalles de su apariencia exterior y de su colocación en el tarjetero; pero terminé además por descubrir algo que disipó las últimas dudas que podía haber abrigado. Al mirar atentamente los bordes del papel, noté que estaban más *ajados* de lo necesario. Presentaban el aspecto típico de todo papel grueso que ha sido doblado y aplastado con una plegadera, y que luego es vuelto en sentido contrario, usando los mismos

pliegues formados la primera vez. Este descubrimiento me bastó. Era evidente que habían dado la vuelta a la carta como un guante, a fin de ponerle un nuevo sobrescrito y un nuevo sello. Me despedí del ministro y me marché enseguida, dejando sobre la mesa una tabaquera de oro.

»A la mañana siguiente volví en busca de la tabaquera y reanudamos placenteramente la conversación del día anterior. Pero, mientras departíamos, oyóse justo debajo de las ventanas un disparo como de pistola, seguido por una serie de gritos espantosos y las voces de una multitud aterrorizada. D… corrió a una ventana, la abrió de par en par y miró hacia fuera. Por mi parte, me acerqué al tarjetero, saqué la carta, guardándola en el bolsillo, y la reemplacé por un facsímil (por lo menos en el aspecto exterior) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando el monograma de D… con ayuda de un sello de miga de pan.

»La causa del alboroto callejero había sido la extravagante conducta de un hombre armado de un fusil, quien acababa de disparar el arma contra un grupo de mujeres y niños. Comprobóse, sin embargo, que el arma no estaba cargada, y los presentes dejaron en libertad al individuo considerándolo borracho o loco. Apenas se hubo alejado, D… se apartó de la ventana, donde me había reunido con él inmediatamente después de apoderarme de la carta. Momentos después me despedí de él. Por cierto que el pretendido lunático había sido pagado por mí.

—Pero ¿qué intención tenía usted —pregunté— al reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido preferible apoderarse abiertamente de ella en su primera visita, y abandonar la casa?

—D… es un hombre resuelto a todo y lleno de coraje —repuso Dupin—. En su casa no faltan servidores devotos a su causa. Si me hubiera atrevido a lo que usted sugiere, jamás habría salido de allí con vida. El buen pueblo de París no hubiese oído hablar nunca más de mí. Pero, además, llevaba una segunda intención. Bien conoce usted mis preferencias políticas. En este asunto he actuado como partidario de la dama en cuestión. Durante dieciocho meses, el ministro la tuvo a su merced. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues, ignorante de que la carta no se halla ya en su posesión, D… continuará presionando como si la tuviera. Esto lo llevará inevitablemente a la ruina política. Su caída, además, será tan precipitada como ridícula. Está muy bien hablar del *facilis descensus Averni*; pero, en materia de ascensiones, cabe decir lo que la Catalani decía del canto, o sea, que es mucho más fácil subir que bajar. En el presente caso no tengo simpatía —o, por lo menos, compasión— hacia el que baja. D… es el *monstrum horrendum*, el hombre de genio carente de principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría conocer sus pensamientos cuando, al recibir el desafío de aquélla a quien el prefecto llama «cierta persona», se vea forzado a abrir la carta que le dejé en el tarjetero.

—¿Cómo? ¿Escribió usted algo en ella?

—¡Vamos, no me pareció bien dejar el interior en blanco! Hubiera sido insultante. Cierta vez, en Viena, D… me jugó una mala pasada, y sin perder el buen humor le dije que no la olvidaría. De modo que, como no dudo de que sentirá cierta curiosidad por saber quién se ha mostrado más ingenioso que él, pensé que era una lástima no dejarle un indicio. Como conoce muy bien mi letra, me limité a copiar en mitad de la página estas palabras:

> … Un dessein si funeste,
> s'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.

»Las hallará usted en el *Atrée* de Crébillon.

Traducción de Julio Cortázar

Bartleby el escribiente

Soy un hombre de cierta edad. En los últimos treinta años, mis actividades me han puesto en íntimo contacto con un gremio interesante y hasta singular, del cual, entiendo, nada se ha escrito hasta ahora: el de los amanuenses o copistas judiciales. He conocido a muchos, profesional y particularmente, y si quisiera podría referir diversas historias que harían sonreír a los señores benévolos y llorar a las almas sentimentales. Pero a las biografías de todos los amanuenses, prefiero algunos episodios de la vida de Bartleby, que era uno de ellos, el más extraño que yo he visto o de quien tenga noticia. De otros copistas yo podría escribir biografías completas; nada semejante puede hacerse con Bartleby. Creo que no hay material suficiente para una plena y satisfactoria biografía de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes nada es indagable, salvo en las fuentes originales: en este caso, exiguas. De Bartleby no sé otra cosa que la que vieron mis asombrados ojos, salvo un nebuloso rumor que figurará en el epílogo.

Antes de presentar al amanuense, tal como lo vi por primera vez, conviene que registre algunos datos míos, de mis empleados, de mis asuntos, de mi oficina y de mi ambiente general. Esa descripción es indispensable para una inteligencia adecuada del protagonista de mi relato. *Imprimis*: soy un hombre que desde la juventud ha sentido profundamente que la vida más fácil es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces nerviosa hasta la turbulencia, jamás he tolerado que esas inquietudes conturben mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirigen a un jurado o solicitan de algún modo el aplauso público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro realizo cómodos asuntos entre las hipotecas de personas adineradas, títulos de renta y acciones. Cuantos me conocen, considéranme un hombre eminentemente seguro. El finado John Jacob Astor, personaje muy poco dado a poéticos entusiasmos, no titubeaba en declarar que mi primera virtud era la prudencia; la segunda, el método. No lo digo por vanidad, pero registro el hecho de que mis servicios profesionales no eran desdeñados por el finado John Jacob Astor, nombre que, reconozco, me gusta repetir porque tiene un sonido orbicular y tintinea como el oro acuñado. Espontáneamente agregaré que yo no era insensible a la buena opinión del finado John Jacob Astor.

Poco antes de la historia que narraré, mis actividades habían aumentado en forma considerable. Había sido nombrado para el cargo, ahora suprimido en el estado de Nueva York, de agregado a la Suprema Corte. No era un empleo difícil, pero sí muy agradablemente remunerativo. Raras veces me enojo; raras veces me permito una indignación peligrosa ante las injusticias y los abusos; pero ahora me permitiré ser

temerario, y declarar que considero la súbita y violenta supresión del cargo de agregado, por la nueva Constitución, como un acto *** y prematuro, pues yo tenía descontado hacer de sus gajes una renta vitalicia, y sólo percibí los de algunos años. Pero esto es al margen.

Mis oficinas ocupaban un piso alto en el número *** de Wall Street. Por un lado daban a la pared blanqueada de un espacioso tubo de aire, cubierto por una claraboya y que abarcaba todos los pisos.

Este espectáculo era más bien manso, pues le faltaba lo que los paisajistas llaman animación. Aunque así fuera, la vista del otro lado ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección, las ventanas dominaban sin el menor obstáculo una alta pared de ladrillo, ennegrecida por los años y por la sombra; las ocultas bellezas de esta pared no exigían un telescopio, pues estaba a poco más de tres metros de mis ventanas, para beneficio de espectadores miopes. Mis oficinas ocupaban el segundo piso; a causa de la gran elevación de los edificios vecinos, el espacio entre esta pared y la mía se parecía no poco a un enorme tanque cuadrado.

En el período anterior al advenimiento de Bartleby, yo tenía dos escribientes bajo mis órdenes, y un muchacho muy vivo para los mandados. El primero, Turkey; el segundo, Nippers; el tercero, Ginger Nut. Éstos son nombres que no es fácil encontrar en las guías. Eran en realidad sobrenombres, mutuamente conferidos por mis empleados, y que expresaban sus respectivas personas o caracteres.[1] Turkey era un inglés bajo, obeso, de mi edad más o menos, esto es, no lejos de los sesenta. De mañana, podríamos decir, su rostro era rosado, pero después de las doce —su hora del almuerzo— resplandecía como una hornaza de carbones de Navidad, y seguía resplandeciendo (pero con un descenso gradual) hasta las seis de la tarde; después yo no veía más al propietario de ese rostro, quien coincidiendo en su cenit con el sol, parecía ponerse con él, para levantarse, culminar y declinar al día siguiente, con la misma regularidad y la misma gloria. En el decurso de mi vida he observado singulares coincidencias, de las cuales no es la menor el hecho de que el preciso momento en que Turkey, con roja y radiante faz, emitía sus más vívidos rayos, indicaba el principio del período durante el cual su capacidad de trabajo quedaba seriamente afectada para el resto del día. No digo que se volviera absolutamente haragán u hostil al trabajo. Por el contrario, se volvía demasiado enérgico. Había entonces en él una exacerbada, frenética, temeraria y disparatada actividad. Se descuidaba al mojar la pluma en el tintero. Todas las manchas que figuran en mis documentos fueron ejecutadas por él después de las doce del día. En las tardes, no sólo propendía a echar manchas: a veces iba más lejos, y se ponía barullento. En tales ocasiones, su rostro ardía con más vívida heráldica, como si se arrojara carbón de piedra sobre antracita. Hacía con la silla un ruido desagradable; desparramaba la arena; al cortar las plumas, las rajaba impacientemente, y las tiraba al suelo en súbitos

arranques de ira; se paraba, se echaba sobre la mesa, desparramando sus papeles de la manera más indecorosa; triste espectáculo en un hombre ya entrado en años. Sin embargo, como era por muchas razones mi mejor empleado y siempre antes de las doce el ser más juicioso y diligente, y capaz de despachar numerosas tareas de un modo incomparable, me resignaba a pasar por alto sus excentricidades, aunque, ocasionalmente, me veía obligado a reprenderlo. Sin embargo lo hacía con suavidad, pues aunque Turkey era de mañana el más cortés, más dócil y más reverencial de los hombres, estaba predispuesto por las tardes, a la menor provocación, a ser áspero de lengua, es decir, insolente. Por eso, valorando sus servicios matinales, como yo lo hacía, y resuelto a no perderlos —pero al mismo tiempo, incómodo por sus provocadoras maneras después del mediodía— y como hombre pacífico, poco deseoso de que mis amonestaciones provocaran respuestas impropias, resolví, un sábado a mediodía (siempre estaba peor los sábados) sugerirle, muy bondadosamente, que, tal vez, ahora que empezaba a envejecer, sería prudente abreviar sus tareas; en una palabra, no necesitaba venir a la oficina más que de mañana; después del almuerzo era mejor que se fuera a descansar a su casa hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se puso intolerablemente fogoso, y gesticulando con una larga regla, en el otro extremo de la habitación, me aseguró enfáticamente que si sus servicios eran útiles de mañana, ¿cuánto más indispensables no serían de tarde?

—Con toda deferencia, señor —dijo Turkey entonces—, me considero su mano derecha. De mañana, ordeno y despliego mis columnas, pero de tarde me pongo a la cabeza, y bizarramente arremeto contra el enemigo, así… —E hizo una violenta embestida con la regla.

—¿Y los borrones? —insinué yo.

—Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡contemple estos cabellos! Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un borrón o dos en una tarde calurosa no pueden reprocharse con severidad a mis canas. La vejez, aunque borronee una página, es honorable. Con permiso, señor, los dos estamos envejeciendo.

Este llamado a mis sentimientos personales resultó irresistible. Comprendí que estaba resuelto a no irse. Hice mi composición de lugar, resolviendo que por las tardes le confiaría sólo documentos de menor importancia.

Nippers, el segundo de mi lista, era un muchacho de unos veinticinco años, cetrino, melenudo, algo pirático. Siempre lo consideré una víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. Evidencia de la primera era cierta impaciencia en sus deberes de mero copista y una injustificada usurpación de asuntos estrictamente profesionales, tales como la redacción original de documentos legales. La indigestión se manifestaba en rachas de sarcástico mal humor, con notorio rechinamiento de dientes, cuando cometía errores de copia; innecesarias maldiciones,

silbadas más que habladas, en lo mejor de sus ocupaciones; y especialmente por un continuo disgusto con el nivel de la mesa en que trabajaba. A pesar de su ingeniosa aptitud mecánica, nunca pudo Nippers arreglar esa mesa a su gusto. Le ponía astillas debajo, cubos de distinta clase, pedazos de cartón, y llegó hasta ensayar un prolijo ajuste con tiras de papel secante doblado. Pero todo era en vano. Si para comodidad de su espalda, levantaba la cubierta de su mesa en un ángulo agudo hacia el mentón, y escribía como si un hombre usara el empinado techo de una casa holandesa como escritorio, entonces declaraba que la sangre circulaba mal en sus brazos. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura, y se agachaba sobre ella para escribir, le dolían las espaldas. La verdad es que Nippers no sabía lo que quería. O, si algo quería, era verse libre para siempre de una mesa de copista. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza, tenía la pasión de recibir a ciertos tipos de apariencia ambigua y trajes rotosos, a los que llamaba sus clientes. Comprendí que no sólo le interesaba la política parroquial: a veces hacía sus pequeños negocios en los juzgados, y no era desconocido en las antesalas de la cárcel. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que lo visitaba en mis oficinas, y a quien pomposamente insistía en llamar *mi cliente*, era sólo un acreedor, y la escritura, una cuenta. Pero con todas sus fallas y todas las molestias que me causaba, Nippers (como su compatriota Turkey) me era muy útil; escribía con rapidez y letra clara; y cuando quería no le faltaban modales distinguidos. Además, siempre estaba vestido como un caballero; y con esto daba tono a mi oficina. En lo que respecta a Turkey, me daba mucho trabajo evitar el descrédito que reflejaba sobre mí. Sus trajes parecían grasientos y olían a comida. En verano usaba pantalones grandes y bolsudos. Sus sacos eran execrables; el sombrero no se podía tocar. Pero mientras sus sombreros me eran indiferentes, ya que su natural cortesía y deferencia, como inglés subalterno, lo llevaban a sacárselo apenas entraba en el cuarto, sus sacos ya eran otra cosa. Hablé con él respecto a sus ropas, sin ningún resultado. La verdad era, supongo, que un hombre con renta tan exigua no podía ostentar al mismo tiempo una cara brillante y una ropa brillante.

Como observó Nippers una vez, Turkey gastaba casi todo su dinero en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey un sobretodo mío de muy decorosa apariencia: un sobretodo gris, acolchado, de gran abrigo, abotonado desde el cuello hasta las rodillas. Pensé que Turkey apreciaría el regalo, y moderaría sus estrépitos e imprudencias. Pero no; creo que el hecho de enfundarse en un sobretodo tan suave y tan acolchado ejercía un pernicioso efecto sobre él, según el principio de que un exceso de avena es perjudicial para los caballos. De igual manera que un caballo impaciente *muestra* la avena que ha comido, así Turkey mostraba su sobretodo. Le daba insolencia. Era un hombre a quien perjudicaba la prosperidad.

Aunque en lo referente a la continencia de Turkey, yo tenía mis presunciones, en lo referente a Nippers estaba persuadido de que, cualesquiera fueran sus faltas en

otros aspectos, era por lo menos un joven sobrio. Pero la propia naturaleza era su tabernero, y desde su nacimiento le había suministrado un carácter tan irritable y tan alcohólico que toda bebida subsiguiente le era superflua. Cuando pienso que en la calma de mi oficina Nippers se ponía de pie, se inclinaba sobre la mesa, estiraba los brazos, levantaba todo el escritorio y lo movía, y lo sacudía marcando el piso, como si la mesa fuera un perverso ser voluntarioso dedicado a vejarlo y a frustrarlo, claramente comprendo que para Nippers el aguardiente era superfluo.

Era una suerte para mí, que, debido a su causa primordial —la mala digestión—, la irritabilidad y la consiguiente nerviosidad de Nippers eran más notables de mañana, y que de tarde estaba relativamente tranquilo. Y como los paroxismos de Turkey sólo se manifestaban después del mediodía, nunca debí sufrir a la vez las excentricidades de los dos. Los ataques se relevaban como guardias. Cuando el de Nippers estaba de turno, el de Turkey estaba franco, y viceversa. Dadas las circunstancias era éste un buen arreglo.

Ginger Nut, el tercero en mi lista, era un muchacho de unos doce años. Su padre era carrero, ambicioso de ver a su hijo, antes de morir, en los tribunales y no en el pescante. Por eso lo colocó en mi oficina como estudiante de derecho, mandadero, barredor y limpiador, a razón de un dólar por semana. Tenía un escritorio particular, pero no lo usaba mucho. Pasé revista a su cajón una vez: contenía un conjunto de cáscaras de muchas clases de nueces. Para este perspicaz estudiante, toda la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Entre sus muchas tareas, la que desempeñaba con mayor presteza consistía en proveer de manzanas y pasteles a Turkey y a Nippers. Ya que la copia de expedientes es tarea proverbialmente seca, mis dos amanuenses solían humedecer sus gargantas con helados, de los que pueden adquirirse en los puestos cerca de Correos y de la Aduana. También solían encargar a Ginger Nut ese bizcocho especial —pequeño, chato, redondo y sazonado con especias— cuyo nombre se le daba. En las mañanas frías, cuando había poco trabajo, Turkey los engullía a docenas como si fueran obleas —lo cierto es que por un penique venden seis u ocho—, y el rasguido de la pluma se combinaba con el ruido que hacía al triturar las abizcochadas partículas. Entre las confusiones vespertinas y los fogosos atolondramientos de Turkey, recuerdo que una vez humedeció con la lengua un bizcocho de jengibre y lo estampó como sello en un título hipotecario. Estuve entonces en un tris de despedirlo, pero me desarmó con una reverencia oriental, diciéndome:

—Con permiso señor, creo que he estado generoso suministrándole un sello a mis expensas.

Mis primitivas tareas de escribano de transferencias y buscador de títulos, y redactor de documentos recónditos de toda clase aumentaron considerablemente con el nombramiento de agregado a la Suprema Corte. Ahora había mucho trabajo, para

el que no bastaban mis escribientes: requerí un nuevo empleado. En contestación a mi aviso, un joven inmóvil apareció una mañana en mi oficina; la puerta estaba abierta, pues era verano. Reveo esa figura: ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada! Era Bartleby.

Después de algunas palabras sobre su idoneidad, lo tomé, feliz de contar entre mis copistas con un hombre de tan morigerada apariencia, que podría influir de modo benéfico, en el arrebatado carácter de Turkey, y en el fogoso de Nippers.

Yo hubiera debido decir que una puerta vidriera dividía en dos partes mis escritorios, una ocupada por mis amanuenses, la otra por mí. Según mi humor, la puerta estaba abierta o cerrada. Resolví colocar a Bartleby en un rincón junto a la puerta, pero de mi lado, para tener a mano a este hombre tranquilo, en caso de cualquier tarea insignificante. Coloqué su escritorio junto a una ventanita, en ese costado del cuarto que originariamente daba a algunos patios traseros y muros de ladrillos, pero que ahora, debido a posteriores construcciones, aunque daba alguna luz no tenía vista alguna. A un metro de los vidrios había una pared, y la luz bajaba de muy arriba, entre dos altos edificios, como desde una pequeña abertura en una cúpula. Para que el arreglo fuera satisfactorio, conseguí un alto biombo verde que enteramente aislara a Bartleby de mi vista, dejándolo, sin embargo, al alcance de mi voz. Así, en cierto modo, se aunaban sociedad y retiro.

Al principio, Bartleby escribió extraordinariamente. Como si hubiera padecido un ayuno de algo que copiar, parecía hartarse con mis documentos. No se detenía para la digestión. Trabajaba día y noche, copiando, a la luz del día y a la luz de las velas. Yo, encantado con su aplicación, me hubiera encantado aún más si él hubiera sido un trabajador alegre. Pero escribía silenciosa, pálida, mecánicamente.

Una de las indispensables tareas del escribiente es verificar la fidelidad de la copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más amanuenses en una oficina, se ayudan mutuamente en este examen, uno leyendo la copia, el otro siguiendo el original. Es un asunto cansador, insípido y letárgico. Comprendo que para temperamentos sanguíneos, resultaría intolerable. Por ejemplo, no me imagino al ardoroso Byron, sentado junto a Bartleby, resignado a cotejar un expediente de quinientas páginas, escritas con letra apretada.

Yo ayudaba en persona a confrontar algún documento breve, llamando a Turkey o a Nippers con este propósito. Uno de mis fines al colocar a Bartleby tan a mano, detrás del biombo, era aprovechar sus servicios en estas ocasiones triviales. Al tercer día de su estada, y antes de que fuera necesario examinar lo escrito por él, la prisa por completar un trabajito que tenía entre manos, me hizo llamar súbitamente a Bartleby. En el apuro y en la justificada expectativa de una obediencia inmediata, yo estaba en el escritorio con la cabeza inclinada sobre el original y con la copia en la mano derecha algo nerviosamente extendida, de modo que, al surgir de su retiro, Bartleby

pudiera tomarla y seguir el trabajo sin dilaciones.

En esta actitud estaba cuando le dije lo que debía hacer, esto es, examinar un breve escrito conmigo. Imaginen mi sorpresa, mi consternación, cuando sin moverse de su ángulo, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, replicó:

—Preferiría no hacerlo.

Me quedé un rato en silencio perfecto, ordenando mis atónitas facultades. Primero, se me ocurrió que mis oídos me engañaban o que Bartleby no había entendido mis palabras. Repetí la orden con la mayor claridad posible; pero con claridad se repitió la respuesta:

—Preferiría no hacerlo.

—Preferiría no hacerlo —repetí como un eco, poniéndome en pie, excitadísimo y cruzando el cuarto a grandes pasos—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Está loco? Necesito que me ayude a confrontar esta página; tómela. —Y se la alcancé.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

Lo miré con atención. Su rostro estaba tranquilo; sus ojos grises, vagamente serenos. Ni un rasgo denotaba agitación. Si hubiera habido en su actitud la menor incomodidad, enojo, impaciencia o impertinencia, en otras palabras, si hubiera habido en él cualquier manifestación normalmente humana, yo lo hubiera despedido en forma violenta. Pero, dadas las circunstancias, hubiera sido como poner en la calle a mi pálido busto en yeso de Cicerón. Me quedé mirándolo un rato largo, mientras él seguía escribiendo, y luego volví a mi escritorio. Esto es rarísimo, pensé. ¿Qué hacer? Mis asuntos eran urgentes. Resolví olvidar aquello, reservándolo para algún momento libre en el futuro. Llamé del otro cuarto a Nippers y pronto examinamos el escrito.

Pocos días después, Bartleby concluyó cuatro documentos extensos, copias cuadruplicadas de testimonios, dados ante mí durante una semana en la cancillería de la Corte. Era necesario examinarlos. El pleito era importante y una gran precisión era indispensable. Teniendo todo listo llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut, que estaban en el otro cuarto, pensando poner en manos de mis cuatro amanuenses las cuatro copias mientras yo leyera el original. Turkey, Nippers y Ginger Nut estaban sentados en fila, cada uno con su documento en la mano, cuando le dije a Bartleby que se uniera al interesante grupo.

—¡Bartleby! Pronto, estoy esperando.

Oí el arrastre de su silla sobre el piso desnudo, y el hombre no tardó en aparecer a la entrada de su ermita.

—¿En qué puedo ser útil? —dijo apaciblemente.

—Las copias, las copias —dije con apuro—. Vamos a examinarlas. Tome. —Y le alargué la cuarta copia.

—Preferiría no hacerlo —dijo, y dócilmente desapareció detrás de su biombo.

Por algunos momentos me convertí en una estatua de sal, a la cabeza de mi

columna de amanuenses sentados. Vuelto en mí, avancé hacia el biombo a indagar el motivo de esa extraordinaria conducta.

—¿*Por que* rehúsa?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre, me hubiera precipitado en un arranque de ira, desdeñando explicaciones, y lo hubiera arrojado ignominiosamente de mi vista. Pero había algo en Bartleby, que no sólo me desarmaba singularmente, sino que de manera maravillosa me conmovía y desconcertaba. Me puse a razonar con él.

—Son sus propias copias las que estamos por confrontar. Esto le ahorrará trabajo, pues un examen bastará para sus cuatro copias. Es la costumbre. Todos los copistas están obligados a examinar su copia. ¿No es así? ¿No quiere hablar? ¡Conteste!

—Prefiero no hacerlo —replicó melodiosamente.

Me pareció que mientras me dirigía a él, consideraba con cuidado cada aserto mío; que no podía contradecir la irresistible conclusión; pero que al mismo tiempo alguna suprema consideración lo inducía a contestar de ese modo.

—¿Está resuelto, entonces, a no acceder a mi solicitud, solicitud hecha de acuerdo con la costumbre y el sentido común?

Brevemente me dio a entender que en ese punto mi juicio era exacto. Sí: su decisión era irrevocable.

No es raro que el hombre a quien contradicen de una manera insólita e irrazonable, bruscamente descrea de su convicción más elemental. Empieza a vislumbrar vagamente, que por extraordinario que parezca, toda la justicia y toda la razón están del otro lado; si hay testigos imparciales, se vuelve a ellos para que de algún modo lo refuercen.

—Turkey —dije—, ¿qué piensa de esto? ¿Tengo razón?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en su tono más suave—, creo que la tiene.

—Nippers. ¿Qué piensa de esto?

—Yo le echaría a puntapiés de la oficina.

El sagaz lector habrá percibido que siendo de mañana, la contestación de Turkey estaba concebida en términos tranquilos y corteses y la de Nippers era malhumorada. O para repetir la frase anterior, diremos que el malhumor de Nippers estaba de guardia y el de Turkey estaba franco.

—Ginger Nut —dije, ávido de obtener en mi favor el sufragio más mínimo—, ¿qué piensas de esto?

—Creo, señor, que está un poco chiflado —replicó Ginger Nut con una mueca burlona.

—Está oyendo lo que opinan —le dije, volviéndome al biombo—. Salga y cumpla con su deber.

No condescendió a contestar. Tuve un momento de molesta perplejidad. Pero las tareas urgían. Y otra vez decidí postergar el estudio de este problema a futuros ocios. Con un poco de incomodidad llegamos a examinar los papeles sin Bartleby, aunque a cada página, Turkey, deferentemente, daba su opinión de que este procedimiento no era correcto; mientras Nippers, retorciéndose en su silla con una nerviosidad dispéptica, trituraba entre sus dientes apretados intermitentes maldiciones silbadas contra el idiota testarudo detrás del biombo. En cuanto a él (Nippers), ésta era la primera y última vez que haría sin remuneración el trabajo de otro.

Mientras tanto, Bartleby seguía en su ermita, ajeno a todo lo que no fuera su propia tarea.

Pasaron algunos días, en los que el amanuense tuvo que hacer otro largo trabajo. Su conducta extraordinaria me hizo vigilarlo estrechamente. Observé que jamás iba a almorzar; en realidad, que jamás iba a ninguna parte. Jamás, que yo supiera, había estado ausente de la oficina. Era un centinela perpetuo en su rincón. Noté que a las once de la mañana, Ginger Nut solía avanzar hasta la apertura del biombo, como atraído por una señal silenciosa, invisible para mí. Luego salía de la oficina, haciendo sonar unas monedas, y reaparecía con un puñado de bizcochos de jengibre, que entregaba en la ermita, recibiendo dos de ellos como jornal.

Vive de bizcochos de jengibre, pensé, no toma nunca lo que se llama un almuerzo; debe de ser un vegetariano; pero no, pues no toma ni legumbres, no come más que bizcochos de jengibre. Medité sobre los probables efectos de un exclusivo régimen de bizcochos de jengibre. Se llaman así porque el jengibre es uno de sus principales componentes, y su principal sabor. Ahora bien, ¿qué es el jengibre? Una cosa cálida y picante. ¿Era Bartleby cálido y picante? Nada de eso; el jengibre, entonces, no ejercía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente, él prefería que no lo ejerciera.

Nada exaspera más a una persona seria que una resistencia pasiva. Si el individuo resistido no es inhumano, y el individuo resistente es inofensivo en su pasividad, el primero, en sus mejores momentos, caritativamente procurará que su imaginación interprete lo que su entendimiento no puede resolver. Así me aconteció con Bartleby y sus manejos. ¡Pobre hombre!, pensé yo, no lo hace por mal; su aspecto es suficiente prueba de lo involuntario de sus rarezas. Me es útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despido, caerá con un patrón menos indulgente, será maltratado y tal vez llegará miserablemente a morirse de hambre. Sí, puedo adquirir a muy bajo precio la deleitosa sensación de amparar a Bartleby; puedo adaptarme a su extraña terquedad; ello me costará poquísimo o nada y, mientras, atesoraré en el fondo de mi alma lo que finalmente será un dulce bocado para mi conciencia. Pero no siempre consideré así las cosas. La pasividad de Bartleby solía exasperarme. Me sentía aguijoneado extrañamente a chocar con él en un nuevo encuentro, a despertar en él una colérica

chispa correspondiente a la mía. Pero hubiera sido lo mismo tratar de encender fuego golpeando con los nudillos de mi mano en un pedazo de jabón Windsor. Una tarde, el impulso maligno me dominó y tuvo lugar la siguiente escena:

—Bartleby —le dije—, cuando haya copiado todos esos documentos, los voy a revisar con usted.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Cómo? ¿Se propone persistir en ese capricho de mula?

Silencio.

Abrí la puerta vidriera, y dirigiéndome a Turkey y a Nippers exclamé:

—Bartleby dice por segunda vez que no examinará sus documentos. ¿Qué piensa de esto, Turkey?

Hay que recordar que era de tarde. Turkey resplandecía como una marmita de bronce; tenía empapada la calva; tamborileaba con las manos sobre sus papeles borroneados.

—¿Qué pienso? —rugió Turkey—. ¡Pienso que voy a meterme en el biombo y le voy a poner un ojo negro!

Con estas palabras se puso en pie y estiró los brazos en una postura pugilística. Se disponía a hacer efectiva su promesa, cuando lo detuve, arrepentido de haber despertado la belicosidad de Turkey después de almorzar.

—Siéntese, Turkey —le dije—, y oiga lo que Nippers va a decir. ¿Qué piensa, Nippers? ¿No estaría plenamente justificado despedir de inmediato a Bartleby?

—Discúlpeme, eso tiene que decidirlo usted mismo. Creo que su conducta es insólita, y ciertamente injusta hacia Turkey y hacia mí. Pero puede tratarse de un capricho pasajero.

—¡Ah! —exclamé—, es raro ese cambio de opinión. Usted habla de él, ahora, con demasiada indulgencia.

—Es la cerveza —gritó Turkey—, esa indulgencia es efecto de la cerveza. Nippers y yo almorzamos juntos. Ya ve qué indulgente estoy yo, señor. ¿Le pongo un ojo negro?

—Supongo que se refiere a Bartleby. No, hoy, no, Turkey —repliqué—, por favor, baje esos puños.

Cerré las puertas y volví a dirigirme a Bartleby. Tenía un nuevo incentivo para tentar mi suerte. Estaba deseando que volviera a rebelarse. Recordé que Bartleby no abandonaba nunca la oficina.

—Bartleby —le dije—. Ginger Nut ha salido; cruce a Correos, ¿quiere? —era a tres minutos de distancia—, y vea si hay algo para mí.

—Preferiría no hacerlo.

—¿No *quiere* ir?

—*Prefiero* no hacerlo.

Pude llegar a mi escritorio y me sumí en profundas reflexiones. Volvió mi ciego impulso. ¿Habría alguna cosa capaz de procurarme otra ignominiosa repulsa de este necio tipo sin un centavo, mi dependiente asalariado? ¿Qué otra cosa perfectamente razonable habría, que con seguridad rehusara hacer?

—¡Bartleby!

Silencio.

—¡Bartleby! —más fuerte.

Silencio.

—¡Bartleby! —vociferé.

Como un verdadero fantasma, cediendo a las leyes de una invocación mágica, apareció al tercer llamado.

—Vaya al otro cuarto y dígale a Nippers que venga.

—Preferiría no hacerlo —dijo con respetuosa lentitud, y desapareció mansamente.

—Muy bien, Bartleby —dije con voz tranquila, aplomada y serenamente severa, insinuando el inalterable propósito de alguna terrible y pronta represalia. En ese momento proyectaba algo por el estilo. Pero pensándolo bien, y como se acercaba la hora de almorzar, me pareció mejor ponerme el sombrero y caminar hasta casa, sufriendo con mi perplejidad y mi preocupación.

¿Lo confesaré? Como resultado final quedó establecido en mi oficina, que un pálido joven llamado Bartleby tenía ahí un escritorio, que copiaba al precio corriente de cuatro céntimos la hoja (cien palabras), pero que estaba exento, permanentemente, de examinar su trabajo, y que ese deber era transferido a Turkey y a Nippers, sin duda en gracia de su mayor agudeza; más aún, el susodicho Bartleby no sería llamado a evacuar el más trivial encargo; y si le pedía que lo hiciera, se entendía que «preferiría no hacerlo», en otras palabras, que rehusaría de modo terminante.

Con el tiempo, me sentí considerablemente reconciliado con Bartleby. Su aplicación, su falta de vicios, su laboriosidad incesante (salvo cuando se perdía en un sueño detrás del biombo), su gran calma, su ecuánime conducta en todo momento, hacían de él una valiosa adquisición. En primer lugar *siempre estaba ahí*, el primero por la mañana, durante todo el día, y el último por la noche. Yo tenía singular confianza en su honestidad. Sentía que mis documentos más importantes estaban perfectamente seguros en sus manos. A veces, muy a pesar mío, no podía evitar el caer en espasmódicas cóleras contra él. Pues era muy difícil no olvidar nunca esas raras peculiaridades, privilegios y excepciones inauditas, que formaban las tácitas condiciones bajo las cuales Bartleby seguía en la oficina. A veces, en la ansiedad de despachar asuntos urgentes, distraídamente pedía a Bartleby, en breve y rápido tono, poner el dedo, digamos, en el nudo incipiente de un cordón colorado con el que estaba atando unos papeles. Detrás del biombo resonaba la consabida respuesta:

«Preferiría no hacerlo»; y entonces ¿cómo era posible que un ser humano dotado de las fallas comunes de nuestra naturaleza, dejara de contestar con amargura a una perversidad semejante, a semejante sinrazón? Sin embargo, cada nueva repulsa de esta clase tendía a disminuir las probabilidades de que yo repitiera la distracción.

Debo decir que, según la costumbre de muchos hombres de leyes con oficinas en edificios densamente habitados, para la puerta había varias llaves. Una la guardaba una mujer que vivía en la buhardilla, que hacía una limpieza a fondo una vez por semana y diariamente barría y quitaba el polvo a mi oficina. Turkey tenía la otra, la tercera yo solía llevarla en mi bolsillo, y la cuarta no sé quién la tenía.

Ahora bien, un domingo de mañana se me ocurrió ir a la iglesia de la Trinidad a oír a un famoso predicador, y como era un poco temprano pensé en pasar un momento por mi oficina. Felizmente llevaba mi llave, pero al meterla en la cerradura, encontré resistencia por la parte interior. Llamé; consternado, vi girar una llave por dentro y exhibiendo su pálido rostro por la puerta entreabierta, entreví a Bartleby en mangas de camisa, y un raro y andrajoso *deshabillé*. Se excusó, mansamente: dijo que estaba muy ocupado y que prefería no recibirme por el momento. Añadió que sería mejor que yo fuera a dar dos o tres vueltas por la manzana, y que entonces habría terminado sus tareas. La inesperada aparición de Bartleby, ocupando mi oficina un domingo, con su cadavérica indiferencia caballeresca, pero tan firme y tan seguro de sí, tuvo tan extraño efecto, que de inmediato me retiré de mi puerta y cumplí sus deseos. Pero no sin variados pujos de inútil rebelión contra la mansa desfachatez de este inexplicable amanuense. Su maravillosa mansedumbre no sólo me desarmaba, me acobardaba. Porque considero que es una especie de cobarde el que tranquilamente permite a su dependiente asalariado que le dé órdenes y que lo expulse de sus dominios. Además, yo estaba lleno de dudas sobre lo que Bartleby podía estar haciendo en mi oficina, en mangas de camisa y todo deshecho, un domingo de mañana. ¿Pasaría algo impropio? No, eso quedaba descartado. No podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. Pero ¿qué podía estar haciendo allí?, ¿copias? No, por excéntrico que fuera Bartleby, era notoriamente decente. Era la última persona para sentarse en su escritorio en un estado vecino a la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que prohibía suponer que violaría la santidad de ese día con tareas profanas.

Con todo, mi espíritu no estaba tranquilo; y lleno de inquieta curiosidad, volví, por fin, a mi puerta. Sin obstáculo introduje la llave, abrí y entré. No se veía a Bartleby; miré ansiosamente por todo, eché una ojeada detrás del biombo; pero era claro que se había ido. Después de un prolijo examen, comprendí que por un tiempo indefinido Bartleby debía de haber comido y dormido y haberse vestido en mi oficina, y eso sin vajilla, cama o espejo. El tapizado asiento de un viejo sofá desvencijado mostraba en un rincón la huella visible de una flaca forma reclinada.

Enrollada bajo el escritorio encontré una frazada; en el hogar vacío una caja de betún y un cepillo; en una silla una palangana de lata, jabón y una toalla rotosa; en un diario, unas migas de bizcochos de jengibre y un bocado de queso. Sí, pensé, es bastante claro que Bartleby ha estado viviendo solo aquí. Entonces, me cruzó el pensamiento: ¡Qué miserables orfandades, miserias, soledades, quedan reveladas aquí! Su pobreza es grande; pero, su soledad ¡qué terrible! Piensen. Los domingos, Wall Street es un desierto como Petra; cada noche de cada día es una desolación. Este edificio, también, que en los días de semana bulle de animación y de vida, por la noche retumba de puro vacío, y el domingo está desolado. ¡Y es aquí donde Bartleby hace su hogar, único espectador de una soledad que ha visto poblada, una especie de inocente y transformado Mario, meditando entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida una impresión de abrumadora y punzante melancolía se apoderó de mí. Antes, nunca había experimentado más que ligeras tristezas, no desagradables. Ahora el lazo de una común humanidad me arrastraba al abatimiento. ¡Una melancolía fraternal! Los dos, Bartleby y yo, éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y los rostros dichosos que había visto ese día, bogando como cisnes por el Mississippi de Broadway, y los comparé al pálido copista, reflexionando: Ah, la felicidad busca la luz, por eso juzgamos que el mundo es alegre; pero el dolor se esconde en la soledad, por eso juzgamos que el dolor no existe. Estas imaginaciones —quimeras, indudablemente, de un cerebro tonto y enfermo— me llevaron a pensamientos más directos sobre las rarezas de Bartleby. Presentimientos de extrañas novedades me visitaron. Creí ver la pálida forma del amanuense, entre desconocidos, indiferentes, extendida en su estremecida mortaja.

De pronto, me atrajo el escritorio cerrado de Bartleby, con su llave visible en la cerradura.

No me llevaba, pensé, ninguna intención aviesa, ni el apetito de una desalmada curiosidad; además el escritorio es mío y también su contenido; bien puedo animarme a revisarlo. Todo estaba metódicamente arreglado, los papeles en orden. Los casilleros eran profundos; removiendo los legajos archivados, examiné el fondo. De pronto sentí algo y lo saqué. Era un viejo pañuelo de algodón, pesado y anudado. Lo abrí, y encontré que era una caja de ahorros.

Entonces recordé todos los misterios que había notado en el hombre. Recordé que sólo hablaba para contestar; que aunque a intervalos tenía tiempo de sobra, nunca lo había visto leer —no, ni siquiera un diario—; que por largo rato se quedaba mirando, por su pálida ventana detrás del biombo, al ciego muro de ladrillos; yo estaba seguro de que nunca visitaba una fonda o un restaurante; mientras su pálido rostro indicaba que nunca bebía cerveza como Turkey, ni siquiera té o café como los otros hombres; que nunca salía a ninguna parte; que nunca iba a dar un paseo, salvo, tal vez, ahora; que había rehusado decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el

mundo; que, aunque tan pálido y tan delgado, nunca se quejaba de mala salud. Y más aún, yo recordé cierto aire de inconsciente, de descolorida —¿cómo diré?—, de descolorida altivez, digamos, o austera reserva, que me había infundido una mansa condescendencia con sus rarezas, cuando se trataba de pedirle el más ligero favor, aunque su larga inmovilidad me indicara que estaba detrás de su biombo, entregado a uno de sus sueños frente al muro.

Meditando en esas cosas, y ligándolas al reciente descubrimiento de que había convertido mi oficina en su residencia y hogar permanente, y sin olvidar sus mórbidas cavilaciones; meditando en estas cosas, repito, un sentimiento de prudencia nació en mi espíritu. Mis primeras relaciones habían sido de pura melancolía y lástima sincera, pero a medida que la desolación de Bartleby se agrandaba en mi imaginación, esa melancolía se convirtió en miedo, esa lástima en repulsión. Tan verdad es, y a la vez tan terrible, que hasta cierto punto el pensamiento o el espectáculo de la pena atrae nuestros mejores sentimientos, pero en algunos casos especiales no van más allá. Se equivocan quienes afirman que esto se debe al natural egoísmo del corazón humano. Más bien proviene de cierta desesperanza de remediar un mal orgánico y excesivo. Y cuando se percibe que esa piedad no lleva a un socorro efectivo, el sentido común ordena al alma librarse de ella. Lo que vi esa mañana me convenció de que el amanuense era la víctima de un mal innato e incurable. Yo podía dar una limosna a su cuerpo; pero su cuerpo no le dolía; tenía un alma enferma, y yo no podía llegar a su alma.

No cumplí, esa mañana, mi propósito de ir a la Trinidad. Las cosas que había visto me incapacitaban, por el momento, para ir a la iglesia. Al dirigirme a mi casa, iba pensando en lo que haría con Bartleby. Al fin me resolví: lo interrogaría con calma, la mañana siguiente, acerca de su vida, etcétera, y si rehusaba contestarme francamente y sin reticencias (y suponía que él preferiría no hacerlo), le daría un billete de veinte dólares, además de lo que le debía, diciéndole que ya no necesitaba sus servicios; pero que en cualquier otra forma en que necesitara mi ayuda, se la prestaría gustoso, especialmente le pagaría los gastos para trasladarse al lugar de su nacimiento donde quiera que fuera. Además, si al llegar a su destino necesitaba ayuda, una carta haciéndomelo saber no quedaría sin respuesta.

La mañana siguiente llegó.

—Bartleby —dije, llamándolo comedidamente.

Silencio.

—Bartleby —dije en tono aún más suave—, venga, no le voy a pedir que haga nada que usted preferiría no hacer. Sólo quiero conversar con usted.

Con esto, se me acercó silenciosamente.

—¿Quiere decirme, Bartleby, dónde ha nacido?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Quiere contarme algo de usted?

—Preferiría no hacerlo.

—Pero ¿qué objeción razonable puede tener para no hablar conmigo? Yo quisiera ser un amigo.

Mientras yo hablaba, no me miró. Tenía los ojos fijos en el busto de Cicerón, que estaba justo detrás de mí a unos quince centímetros sobre mi cabeza.

—¿Cuál es su respuesta, Bartleby? —le pregunté, después de esperar un buen rato, durante el cual su actitud era estática, notándose apenas un levísimo temblor en sus labios descoloridos.

—Por ahora prefiero no contestar —dijo y se retiró a su ermita.

Tal vez fui débil, lo confieso, pero su actitud en esta ocasión me irritó. No sólo parecía acechar en ella cierto desdén tranquilo; su terquedad resultaba desagradecida si se considera el indiscutible buen trato y la indulgencia que había recibido de mi parte.

De nuevo me quedé pensando qué haría. Aunque me irritaba su proceder, aunque al entrar en la oficina yo estaba resuelto a despedirlo, un sentimiento supersticioso golpeó en mi corazón y me prohibió cumplir mi propósito, y me dijo que yo sería un canalla si me atrevía a murmurar una palabra dura contra el más triste de los hombres. Al fin, colocando familiarmente mi silla detrás de su biombo, me senté y le dije:

—Dejemos de lado su historia, Bartleby; pero permítame suplicarle amistosamente que observe en lo posible las costumbres de esta oficina. Prométame que mañana o pasado ayudará a examinar documentos; prométame que dentro de un par de días se volverá un poco razonable. ¿Verdad, Bartleby?

—Por ahora preferiría no ser un poco razonable —fue su mansa y cadavérica respuesta.

En ese momento se abrió la puerta vidriera y Nippers se acercó. Parecía víctima de una noche desusadamente mala, producida por una indigestión más severa que las de costumbre. Oyó las últimas palabras de Bartleby.

—*Preferiría no hacerlo*, ¿no? —gritó Nippers—. Yo le daría preferencias, si fuera usted, señor. ¿Qué es, señor, lo que ahora *prefiere* no hacer?

Bartleby no movió ni un dedo.

—Señor Nippers —le dije—, preferiría que, por el momento, usted se retirase.

No sé cómo, últimamente yo había contraído costumbre de usar involuntariamente la palabra *preferir*. Temblé pensando que mi relación con el amanuense ya hubiera afectado seriamente mi estado mental. ¿Qué otra y quizá más honda aberración podría traerme? Este recelo había influido en mi determinación de emplear medidas sumarias.

Mientras Nippers, agrio y malhumorado, desaparecía, Turkey apareció,

obsequioso y deferente.

—Con todo respeto, señor —dijo—, ayer estuve meditando sobre Bartleby, y pienso que si él prefiriera tomar a diario un cuarto de buena cerveza, le haría mucho bien, y lo habilitaría a prestar ayuda en el examen de documentos.

—Parece que usted también ha adoptado la palabra —dije, ligeramente excitado.

—Con todo respeto. ¿Qué palabra, señor? —preguntó Turkey, apretándose respetuosamente en el estrecho espacio detrás del biombo y obligándome al hacerlo a empujar al amanuense—. ¿Qué palabra, señor?

—Preferiría quedarme aquí solo —dijo Bartleby, como si lo ofendiera el verse atropellado en su retiro.

—Ésa es la palabra, Turkey, *ésa* es.

—¡Ah!, ¿preferir? Ah, sí, curiosa palabra. Yo nunca la uso. Pero señor, como iba diciendo, si prefiriera…

—Turkey —interrumpí—, retírese por favor.

—Ciertamente, señor, si usted lo prefiere.

Al abrir la puerta vidriera para retirarse, Nippers desde su escritorio me echó una mirada y me preguntó si yo prefería papel blanco o papel azul para copiar cierto documento. No acentuó maliciosamente la palabra *preferir*. Se veía que había sido dicha involuntariamente. Reflexioné que era mi deber deshacerme de un demente que ya, en cierto modo, había influido en mi lengua y quizá en mi cabeza y en las de mis dependientes. Pero juzgué prudente no hacerlo de inmediato.

Al día siguiente noté que Bartleby no hacía más que mirar por la ventana, en su sueño frente a la pared. Cuando le pregunté por qué no escribía, me dijo que había resuelto no escribir más.

—¿Por qué no? ¿Qué se propone? —exclamé—. ¿No escribir más?

—Nunca más.

—¿Y por qué razón?

—¿No la ve usted mismo? —replicó con indiferencia.

Lo miré fijamente y me pareció que sus ojos estaban apagados y vidriosos. Enseguida se me ocurrió que su ejemplar diligencia junto a esa pálida ventana, durante las primeras semanas, había dañado su vista.

Me sentí conmovido y pronuncié algunas palabras de simpatía. Sugerí que, por supuesto, era prudente de su parte el abstenerse de escribir por un tiempo; y lo animé a tomar esta oportunidad para hacer ejercicios al aire libre. Pero no lo hizo. Días después, estando ausentes mis otros empleados, y teniendo mucha prisa por despachar ciertas cartas, pensé que no teniendo nada que hacer, Bartleby sería menos inflexible que de costumbre y querría llevármelas a Correos. Se negó rotundamente y aunque me resultaba molesto, tuve que llevarlas yo mismo. Pasaba el tiempo. Ignoro si los ojos de Bartleby mejoraron o no. Me parece que sí, según todas las apariencias.

Pero cuando se lo pregunté no me concedió una respuesta. De todos modos, no quería seguir copiando. Al fin, acosado por mis preguntas, me informó que había resuelto abandonar las copias.

—¡Cómo! —exclamé—, ¿si sus ojos se curaran, si viera mejor que antes, copiaría entonces?

—He renunciado a copiar —contestó, y se hizo a un lado.

Se quedó como siempre, enclavado en mi oficina. ¡Qué! —si eso fuera posible—, se reafirmó más aún que antes. ¿Qué hacer? Si no hacía nada en la oficina: ¿por qué se iba a quedar? De hecho, era una carga, no sólo inútil, sino gravosa. Sin embargo, le tenía lástima. No digo sino la pura verdad cuando afirmo que me causaba inquietud. Si hubiese nombrado a algún pariente o amigo, yo le hubiera escrito, instándolo a llevar al pobre hombre a un retiro adecuado. Pero parecía solo, absolutamente solo en el universo. Algo como un despojo en mitad del océano Atlántico. A la larga, necesidades relacionadas con mis asuntos prevalecieron sobre toda consideración. Lo más bondadosamente posible, le dije a Bartleby que en seis días debía dejar la oficina. Le aconsejé tomar medidas en ese intervalo para procurar una nueva morada. Le ofrecí ayudarlo en este empeño, si él personalmente daba el primer paso para la mudanza.

—Y cuando usted se vaya del todo, Bartleby —añadí—, velaré para que no salga completamente desamparado. Recuerde, dentro de seis días.

Al expirar el plazo, espié detrás del biombo: ahí estaba Bartleby.

Me abotoné el abrigo, me paré firme; avancé lentamente hasta tocarle el hombro y le dije:

—El momento ha llegado; debe abandonar este lugar; lo siento por usted; aquí tiene dinero, debe irse.

—Preferiría no hacerlo —replicó, siempre dándome la espalda.

—Pero usted debe irse.

Silencio.

Yo tenía una ilimitada confianza en su honradez. Con frecuencia me había devuelto peniques y chelines que yo había dejado caer en el suelo, porque soy muy descuidado con esas pequeñeces. Las providencias que adopté no se considerarán, pues, extraordinarias.

—Bartleby —le dije—, le debo doce dólares, aquí tiene treinta y dos; esos veinte son suyos, ¿quiere tomarlos? —Y le alcancé los billetes.

Pero ni se movió.

—Los dejaré aquí, entonces. —Y los puse sobre la mesa bajo un pisapapeles. Tomando mi sombrero y mi bastón me dirigí a la puerta, y volviéndome tranquilamente añadí—: Cuando haya sacado sus cosas de la oficina, Bartleby, usted por supuesto cerrará con llave la puerta, ya que todos se han ido, y por favor deje la

llave bajo el felpudo, para que yo la encuentre mañana. No nos veremos más. Adiós. Si más adelante, en su nuevo domicilio, puedo serle útil, no deje de escribirme. Adiós, Bartleby, y que le vaya bien.

No contestó ni una palabra; como la última columna de un templo en ruinas, quedó mudo y solitario en medio del cuarto desierto.

Mientras me encaminaba a mi casa, pensativo, mi vanidad se sobrepuso a mi lástima. No podía menos de jactarme del modo magistral con que había llevado a cabo mi liberación de Bartleby. Magistral, lo llamaba, y así debía opinar cualquier pensador desapasionado. La belleza de mi procedimiento consistía en su perfecta serenidad. Nada de vulgares intimidaciones, ni de bravatas, ni de coléricas amenazas, ni de paseos arriba abajo por el departamento, con espasmódicas órdenes vehementes a Bartleby de desaparecer con sus miserables bártulos. Nada de eso. Sin mandatos gritones a Bartleby —como hubiera hecho un genio inferior— yo había postulado que se iba; y sobre esa premisa había construido todo mi discurso. Cuanto más pensaba en mi actitud, más me complacía en ella. Con todo, al despertarme la mañana siguiente, tuve mis dudas; mis humos de vanidad se habían desvanecido. Una de las horas más lúcidas y serenas en la vida del hombre es la del despertar. Mi procedimiento seguía pareciéndome tan sagaz como antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica era lo que estaba por verse. Era una bella idea dar por sentada la partida de Bartleby; pero después de todo, esta presunción era sólo mía, y no de Bartleby. Lo importante era, no que yo hubiera establecido que debía irse, sino que él prefiriera hacerlo. Era hombre de preferencias, no de presunciones.

Después del almuerzo, me fui al centro, discutiendo las probabilidades *pro* y *contra*. A ratos pensaba que sería un fracaso miserable y que encontraría a Bartleby en mi oficina como de costumbre; y enseguida tenía la seguridad de encontrar su silla vacía. Y así seguí titubeando. En la esquina de Broadway y Canal Street, vi a un grupo de gente muy excitada, conversando seriamente.

—Apuesto a que no lo hace —oí decir al pasar.

—¿Que no se va? ¡Hecho! —dije—. Ponga su dinero.

Instintivamente metí la mano en el bolsillo para vaciar el mío, cuando me acordé que era día de elecciones. Las palabras que había oído no tenían nada que ver con Bartleby, sino con el éxito o fracaso de algún candidato para intendente. En mi obsesión, yo había imaginado que todo Broadway compartía mi excitación y discutía el mismo problema. Seguí, agradecido al bullicio de la calle, que protegía mi distracción. Como era mi propósito, llegué más temprano que de costumbre a la puerta de mi oficina. Me paré a escuchar. No había ruido. Debía de haberse ido. Probé el llamador. La puerta estaba cerrada con llave. Mi procedimiento había obrado como magia; el hombre había desaparecido. Sin embargo, cierta melancolía se mezclaba a esta idea: el éxito brillante casi me pesaba. Estaba buscando bajo el

felpudo la llave que Bartleby debía de haberme dejado, cuando, por casualidad, pegué en la puerta con la rodilla, produciendo un ruido como de llamada, y en respuesta llegó hasta mí una voz que decía desde adentro:

—Todavía no; estoy ocupado.

Era Bartleby.

Quedé fulminado. Por un momento quedé como aquel hombre que, con su pipa en la boca, fue muerto por un rayo, hace ya tiempo, en una tarde serena de Virginia; murió asomado a la ventana y quedó recostado en ella en la tarde soñadora, hasta que alguien lo tocó y cayó.

—¡No se ha ido! —murmuré por fin.

Pero una vez más, obedeciendo al ascendiente que el inescrutable amanuense tenía sobre mí, y del cual me era imposible escapar, bajé lentamente a la calle; al dar vuelta a la manzana, consideré qué podía hacer, en esta inaudita perplejidad. Imposible expulsarlo a empujones; inútil sacarlo a fuerza de insultos; llamar a la policía, era una idea desagradable; y, sin embargo, permitirle gozar de su cadavérico triunfo sobre mí, eso también era inadmisible. ¿Qué hacer? O, si no había nada que hacer, ¿qué dar por sentado? Yo había dado por sentado que Bartleby se iría; ahora podía yo retrospectivamente asumir que se había ido. En legítima realización de esta premisa, podía entrar muy apurado en mi oficina, y fingiendo no ver a Bartleby, llevarlo por delante como si fuera el aire. Tal procedimiento tendría en grado singular todas las apariencias de una indirecta. Era bastante difícil que Bartleby pudiera resistir a esa aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero repensándolo bien, el éxito de este plan me pareció dudoso. Resolví discutir de nuevo el asunto.

—Bartleby —le dije, con severa y tranquila expresión, entrando a la oficina—, estoy disgustado muy seriamente. Estoy apenado, Bartleby. No esperaba esto de usted. Yo me lo había imaginado de caballeresco carácter, yo había pensado que en cualquier dilema bastaría la más ligera insinuación, en una palabra, suposición. Pero parece que estoy engañado. ¡Cómo! —agregué, naturalmente asombrado—, ¿ni siquiera ha tocado ese dinero? —Estaba en el preciso lugar donde yo lo había dejado la víspera.

No contestó.

—¿Quiere usted dejarme, sí o no? —pregunté en un arranque, avanzando hasta acercarme a él.

—Preferiría *no* dejarle —replicó suavemente, acentuando el *no*.

—¿Y qué derecho tiene para quedarse? ¿Paga alquiler? ¿Paga mis impuestos? ¿Es suya la oficina?

No contestó.

—¿Está dispuesto a escribir, ahora? ¿Se ha mejorado de la vista? ¿Podría escribir algo para mí esta mañana, o ayudarme a examinar unas líneas, o ir a Correos? En una

palabra, ¿quiere hacer algo que justifique su negativa de irse?

Silenciosamente se retiró a su ermita.

Yo estaba en tal estado de resentimiento nervioso que me pareció prudente abstenerme de otros reproches. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del infortunado Adams y del aún más infortunado Colt en la solitaria oficina de éste; y cómo el pobre Colt, exasperado por Adams, dejándose llevar imprudentemente por la ira, fue precipitado al acto fatal: acto que ningún hombre puede deplorar más que el actor. A menudo he pensado que si este altercado hubiera tenido lugar en la calle o en una casa particular, otro hubiera sido su desenlace. La circunstancia de estar solos en una oficina desierta, en lo alto de un edificio enteramente desprovisto de domésticas asociaciones humanas —una oficina sin alfombras, de apariencia, sin duda alguna, polvorienta y desolada—, debió de haber contribuido a acrecentar la desesperación del desventurado Colt. Pero cuando el resentimiento del viejo Adams se apoderó de mí y me tentó en lo concerniente a Bartleby, luché con él y lo vencí. ¿Cómo? Recordando sencillamente el divino precepto: «Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros». Sí, esto fue lo que me salvó. Aparte de más altas consideraciones, la caridad obra como un principio sabio y prudente, como una poderosa salvaguardia para su poseedor. Los hombres han asesinado por celos, y por rabia, y por odio, y por egoísmo y por orgullo espiritual; pero no hay hombre, que yo sepa, que haya cometido un asesinato por caridad. La prudencia, entonces, si no puede aducirse motivo mejor, basta para impulsar a todos los seres hacia la filantropía y la caridad. En todo caso, en esta ocasión, me esforcé en ahogar mi irritación con el amanuense, interpretando benévolamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no sabe lo que hace; y además, ha pasado días muy duros y merece indulgencia.

Procuré también ocuparme en algo; y al mismo tiempo consolar mi desaliento. Traté de imaginar que en el curso de la mañana, en un momento que le viniera bien, Bartleby, por su propia y libre voluntad, saldría de su ermita, decidido a encaminarse a la puerta. Pero no, llegaron las doce y media, la cara de Turkey se encendió, volcó el tintero y empezó su turbulencia; Nippers declinó hacia la calma y la cortesía; Ginger Nut mascó su manzana del mediodía; y Bartleby siguió de pie en la ventana en uno de sus profundos sueños frente al muro. ¿Me creerán? ¿Me atreveré a confesarlo? Esa tarde abandoné la oficina sin decirle ni una palabra más.

Pasaron varios días durante los cuales, en momentos de ocio, revisé *Sobre la voluntad*, de Edwards, y *De la necesidad*, de Priestley. Estos libros, dadas las circunstancias, me produjeron un sentimiento saludable. Gradualmente llegué a persuadirme que mis disgustos acerca del amanuense, estaban decretados desde la eternidad, y Bartleby me estaba destinado por algún propósito de la Divina Providencia, que un simple mortal como yo no podía penetrar. Sí, Bartleby, quédate

ahí, detrás del biombo, pensé; no te perseguiré más; eres inofensivo y silencioso como una de esas viejas sillas; en una palabra, nunca me he sentido en mayor intimidad que sabiendo que estabas ahí. Al fin lo veo, lo siento; penetro el propósito predestinado de mi vida. Estoy satisfecho. Otros tendrán papeles más elevados; mi misión en este mundo, Bartleby, es proveerte de una oficina por el período que quieras.

Creo que este sabio orden de ideas hubiera continuado, a no mediar observaciones gratuitas y maliciosas que me infligieron profesionales amigos, al visitar las oficinas. Como acontece a menudo, el constante roce con mentes mezquinas acaba con las buenas resoluciones de los más generosos. Pensándolo bien, no me asombra que a las personas que entraban en mi oficina les impresionara el peculiar aspecto del inexplicable Bartleby y se vieran tentadas de formular alguna siniestra información. A veces un procurador visitaba la oficina, y encontrando solo al amanuense, trataba de obtener de él algún dato preciso sobre mi paradero; sin prestarle atención a su charla ociosa, Bartleby, seguía inconmovible en medio del cuarto. El procurador, después de contemplarlo un rato, se despedía, tan ignorante como había venido.

También, cuando alguna audiencia tenía lugar, y el cuarto estaba lleno de abogados y testigos, y se sucedían los asuntos, algún letrado muy ocupado, viendo a Bartleby enteramente ocioso, le pedía que fuera a buscar a su oficina (la del letrado) algún documento. Bartleby, en el acto, rehusaba tranquilamente y se quedaba tan ocioso como antes. Entonces el abogado se quedaba mirándolo asombrado, clavaba los ojos en él, y luego me miraba a mí. Y yo ¿qué podía decir? Por fin, me di cuenta de que en todo el círculo de mis relaciones corría un murmullo de asombro acerca del extraño ser que cobijaba en mi oficina. Esto me molestaba ya muchísimo. Se me ocurrió que podía ser longevo y que seguiría ocupando mi oficina, y desconociendo mi autoridad y asombrando a mis visitantes; y haciendo escandalosa mi reputación profesional; y arrojando una sombra general sobre el establecimiento y manteniéndose con sus ahorros (porque indudablemente no gastaba sino medio real cada día), y que tal vez llegara a sobrevivirme y a quedarse en mi escritorio reclamando derechos de posesión, fundados en la ocupación perpetua. A medida que esas oscuras anticipaciones me abrumaban, y que mis amigos menudeaban sus implacables observaciones sobre esa aparición en mi oficina, un gran cambio se operó en mí. Resolví hacer un esfuerzo enérgico y librarme para siempre de esta pesadilla intolerable.

Antes de urdir un complicado proyecto, sugerí, simplemente, a Bartleby la conveniencia de su partida. En un tono serio y tranquilo, entregué la idea a su cuidadosa y madura consideración. Al cabo de tres días de meditación, me comunicó que sostenía su criterio original; en una palabra, que prefería permanecer conmigo.

¿Qué hacer?, dije para mí, abotonando mi abrigo hasta el último botón. ¿Qué

hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que *debería* hacer con este hombre, o más bien, con este fantasma? Tengo que librarme de él; se irá, pero ¿cómo? ¿Echarás a ese pobre, pálido, pasivo mortal? ¿Arrojarás a esa criatura indefensa? ¿Te deshonrarás con semejante crueldad? No, no quiero, no puedo hacerlo. Más bien lo dejaría vivir y morir aquí y luego emparedaría sus restos en el muro. ¿Qué harás entonces? Con todos tus ruegos, no se mueve. Deja los sobornos bajo tu propio pisapapeles; está bien claro que quiere quedarse contigo.

Entonces hay que hacer algo severo, algo fuera de lo común. ¿Cómo, lo harás arrestar por un gendarme y entregarás su inocente palidez a la cárcel? ¿Qué motivos podrías aducir? ¿Es acaso un vagabundo? ¡Cómo! ¿Él, un vagabundo, un ser errante, él, que rehúsa moverse? Entonces, ¿porque *no* quiere ser un vagabundo, vas a clasificarlo como tal? Esto resulta un absurdo. ¿Carece de medios visibles de vida? Bueno, ahí lo tengo. Otra equivocación, indudablemente vive y ésta es la única prueba incontestable de que tiene medios de vida. No hay nada que hacer entonces. Ya que él no quiere dejarme, yo tendré que dejarlo. Mudaré mi oficina; me mudaré a otra parte, y le notificaré que si lo encuentro en mi nuevo domicilio procederé contra él como contra un vulgar intruso.

Al día siguiente le dije:

—Estas oficinas están demasiado lejos de la Municipalidad; el aire es malsano. En una palabra: tengo el proyecto de mudarme la semana próxima, y ya no requeriré sus servicios. Se lo comunico ahora, para que pueda buscar otro empleo.

No contestó y no se dijo nada más.

En el día señalado contraté carros y hombres, me dirigí a mis oficinas, y teniendo pocos muebles, todo fue llevado en pocas horas. Durante la mudanza el amanuense quedó atrás del biombo, que ordené fuera lo último en sacarse. Lo retiraron, lo doblaron como un enorme pliego; Bartleby quedó inmóvil en el cuarto desnudo. Me detuve en la entrada, observándolo un momento, mientras algo dentro de mí me reconvenía.

Volví a entrar, con la mano en mi bolsillo, y mi corazón en la boca.

—Adiós, Bartleby, me voy, adiós y que Dios lo bendiga de algún modo y tome esto. —Deslicé algo en su mano. Pero él lo dejó caer al suelo y entonces, raro es decirlo, me arranqué dolorosamente de quien tanto había deseado librarme.

Establecido en mis oficinas, por uno o dos días mantuve la puerta con llave, sobresaltándome cada pisada en los corredores. Cuando volvía, después de cualquier salida, me detenía en el umbral un instante, y escuchaba atentamente al introducir la llave. Pero mis temores eran vanos. Bartleby nunca volvió.

Pensé que todo iba bien, cuando un señor muy preocupado me visitó, averiguando si yo era el último inquilino de las oficinas en el número *** de Wall Street. Lleno de aprensiones contesté que sí.

—Entonces, señor —dijo el desconocido, que resultó ser un abogado—, usted es responsable por el hombre que ha dejado allí. Se niega a hacer copias; se niega a hacer todo; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a abandonar el local.

—Lo siento mucho, señor —le dije con aparente tranquilidad, pero con un temblor interior—, pero el hombre al que usted alude no es nada mío, no es un pariente o un meritorio, para que usted quiera hacerme responsable.

—En nombre de Dios, ¿quién es?

—Con toda sinceridad no puedo informarlo. Yo no sé nada de él. Anteriormente lo tomé como copista; pero hace bastante tiempo que no trabaja para mí.

—Entonces, lo arreglaré. Buenos días, señor.

Pasaron varios días, y no supe nada más; y aunque a menudo sentía un caritativo impulso de visitar el lugar y ver al pobre Bartleby, un cierto escrúpulo, de no sé qué, me detenía.

Ya he concluido con él, pensaba, al fin, cuando pasó otra semana sin más noticias. Pero al llegar a mi oficina, al día siguiente, encontré a varias personas esperando en mi puerta, en un estado de gran excitación.

—Éste es el hombre, ahí viene —gritó el que estaba delante, y que no era otro que el abogado que me había visitado.

—Usted tiene que sacarlo, señor, en el acto —gritó un hombre corpulento, adelantándose, y en el que reconocí al propietario del número *** de Wall Street—. Estos caballeros, mis inquilinos, no pueden soportarlo más; el señor B. —señalando al abogado— lo ha echado de su oficina, y ahora persiste en ocupar todo el edificio, sentándose de día en los pasamanos de la escalera y durmiendo a la entrada, de noche. Todos están inquietos; los clientes abandonan las oficinas; hay temores de un tumulto, usted tiene que hacer algo, inmediatamente.

Horrorizado ante este torrente, retrocedí y hubiera querido encerrarme con llave en mi nuevo domicilio. En vano protesté que nada tenía que ver con Bartleby. En vano: yo era la última persona relacionada con él y nadie quería olvidar esa circunstancia. Temeroso de que me denunciaran en los diarios (como alguien insinuó oscuramente) consideré el asunto, y dije que si el abogado me concedía una entrevista privada con el amanuense en su propia oficina (la del abogado), haría lo posible para librarlos del estorbo.

Subiendo a mi antigua morada, encontré a Bartleby silencioso, sentado sobre la baranda en el descansillo.

—¿Qué está haciendo ahí, Bartleby? —le dije.

—Estoy sentado en la baranda —respondió humildemente.

Lo hice entrar en la oficina del abogado, que nos dejó solos.

—Bartleby —dije—, ¿se da cuenta de que está ocasionándome un gran disgusto con su persistencia en ocupar la entrada después de haber sido despedido de la

oficina?

Silencio.

—Tiene que elegir una de dos. O usted hace algo, o algo se hace con usted. Veamos, ¿qué clase de trabajo quisiera hacer? ¿Le gustaría volver a emplearse como copista?

—No, preferiría no hacer ningún cambio.

—¿Le gustaría ser vendedor en una tienda de géneros?

—Es demasiado encierro. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy exigente.

—¡Demasiado encierro —grité—, pero si usted está encerrado todo el día!

—Preferiría no ser vendedor —respondió como para cerrar la discusión.

—¿Qué le parece un empleo en un bar? Eso no fatiga la vista.

—No me gustaría, pero, como he dicho antes, no soy exigente.

Su locuacidad me animó. Volví a la carga.

—Bueno, ¿entonces quisiera viajar por el país como cobrador de comerciantes? Sería bueno para su salud.

—No, preferiría hacer otra cosa.

—¿No iría usted a Europa, para acompañar a algún joven y distraerlo con su conversación? ¿No le agradaría eso?

—De ninguna manera. No me parece que haya en eso nada preciso. Me gusta estar fijo en un sitio. Pero no soy exigente.

—Entonces, quédese fijo —grité, perdiendo la paciencia. Por primera vez, en mi desesperante relación con él, me puse furioso—: Si usted no se va de aquí antes del anochecer, me veré obligado…, en verdad, *estoy obligado*… ¡a irme yo mismo! —dije, un poco absurdamente, sin saber con qué amenaza atemorizarlo para trocar en obediencia su inmovilidad. Desesperando de cualquier esfuerzo ulterior, precipitadamente me iba, cuando se me ocurrió un último pensamiento, uno ya vislumbrado por mí—. Bartleby —dije, en el tono más bondadoso que pude adoptar, dadas las circunstancias—, ¿usted no iría a casa conmigo? No a mi oficina, sino a mi casa, a quedarse allí hasta encontrar un arreglo conveniente. Vámonos ahora mismo.

—No, por el momento preferiría no hacer ningún cambio.

No contesté; pero eludiendo a todos por lo súbito y rápido de mi fuga, huí del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway y saltando al primer ómnibus me vi libre de toda persecución. Apenas vuelto a mi tranquilidad, comprendí que yo había hecho todo lo humanamente posible, tanto respecto a los pedidos del propietario y sus inquilinos, como respecto a mis deseos y mi sentido del deber, para beneficiar a Bartleby y protegerlo de una ruda persecución. Procuré estar tranquilo y libre de cuidados; mi conciencia justificaba mi intento aunque, a decir verdad, no logré el éxito que esperaba. Tal era mi temor de ser acosado por el colérico propietario y sus exasperados inquilinos que, entregando por unos días mis asuntos a Nippers, me

dirigí a la parte alta de la ciudad, a través de los suburbios, en mi coche; crucé a Jersey City y Hoboken, e hice fugitivas visitas a Manhattanville y Astoria. De hecho, casi estuve domiciliado en mi coche, durante ese tiempo.

Cuando regresé a la oficina, encontré sobre mi escritorio una nota del propietario. La abrí con temblorosas manos. Me informaba que su autor había llamado a la policía, y que Bartleby había sido conducido a la cárcel como vagabundo. Además, como yo lo conocía más que nadie, me pedía que concurriera y que hiciera una declaración conveniente de los hechos. Estas nuevas tuvieron sobre mí un efecto contradictorio. Primero, me indignaron, luego casi merecieron mi aprobación. El carácter enérgico y expeditivo del propietario le había hecho adoptar un temperamento que yo no hubiera elegido; y sin embargo, como último recurso, dadas las circunstancias especiales, parecía el único camino.

Supe después que cuando le dijeron al amanuense que sería conducido a la cárcel, éste no ofreció la menor resistencia. Con su pálido modo inalterable, silenciosamente asintió.

Algunos curiosos o apiadados espectadores se unieron al grupo; encabezada por uno de los gendarmes, del brazo de Bartleby, la silenciosa procesión siguió su camino entre todo el ruido, y el calor, y la felicidad de las aturdidas calles, al mediodía.

El mismo día que recibí la nota, fui a la cárcel. Buscando al empleado, declaré el propósito de mi visita, y fui informado de que el individuo que yo buscaba estaba, en efecto, ahí dentro. Aseguré al funcionario que Bartleby era de una cabal honradez y que merecía nuestra lástima, por inexplicablemente excéntrico que fuera. Le referí todo lo que sabía, y le sugerí que lo dejara en un benigno encierro hasta que algo menos duro pudiera hacerse; aunque no sé muy bien en qué pensaba. De todos modos, si nada se decidía, el asilo debía recibirlo. Luego solicité una entrevista.

Como no había contra él ningún cargo serio, y era inofensivo y tranquilo, le permitían andar en libertad por la prisión y particularmente por patios cercados de césped. Ahí lo encontré, solitario en el más quieto de los patios, con el rostro vuelto a un alto muro, mientras alrededor me pareció ver los ojos de asesinos y ladrones, atisbando por las estrechas rendijas de las ventanas.

—¡Bartleby!

—Lo conozco —dijo sin darse vuelta—, y no tengo nada que decirle.

—Yo no soy el que le trajo aquí, Bartleby —dije profundamente dolido por su sospecha— Para usted, este lugar no debe de ser tan vil. Nada reprochable lo ha traído aquí. Vea, no es un lugar tan triste, como podría suponerse. Mire, ahí está el cielo, y aquí el césped.

—Sé dónde estoy —replicó, pero no quiso decir nada más, y entonces lo dejé.

Al entrar de nuevo al corredor, un hombre ancho y carnoso, de delantal, se me acercó, y señalando con el pulgar sobre el hombre, dijo:

—¿Ése es su amigo?

—Sí.

—¿Quiere morirse de hambre? En tal caso, que observe el régimen de la prisión y saldrá con su gusto.

—¿Quién es usted? —le pregunté, no acertando a explicarme una charla tan poco oficial, en ese lugar.

—Soy el despensero. Los caballeros que tienen amigos aquí, me pagan para que los provea de buenos platos.

—¿Es cierto? —le pregunté al guardián.

Me contestó que sí.

—Bien, entonces —dije, deslizando unas monedas de plata en la mano del despensero (así lo llamaban)— quiero que mi amigo esté particularmente atendido. Déle la mejor comida que encuentre. Y sea con él lo más atento posible.

—Preséntemе, ¿quiere? —dijo el despensero, con una expresión que parecía indicar la impaciencia de ensayar inmediatamente su urbanidad.

Pensando que podía redundar en beneficio del amanuense, accedí; y preguntándole su nombre, me fui a buscar a Bartleby.

—Bartleby, éste es un amigo; usted lo encontrará muy útil.

—Servidor, señor, servidor —dijo el despensero, haciendo un lento saludo, detrás del delantal—. Espero que esto le resulte agradable, señor; lindo césped, departamentos frescos, espero que pase un tiempo con nosotros; trataremos de hacérselo agradable. ¿Qué quiere comer hoy?

—Prefiero no comer hoy —dijo Bartleby, dándose la vuelta—. Me haría mal; no estoy acostumbrado a ninguna comida.

Con estas palabras se movió hacia el otro lado del cercado, y se quedó mirando la pared.

—¿Cómo es esto? —dijo el hombre, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro—. Es medio raro, ¿verdad?

—Creo que está un poco desequilibrado —dije con tristeza.

—¿Desequilibrado? ¿Está desequilibrado? Bueno, palabra de honor que pensé que su amigo era un caballero falsificador; siempre los falsificadores son pálidos y distinguidos. No puedo menos que compadecerlos; me es imposible, señor. ¿No conoció a Monroe Edwards? —agregó patéticamente y se detuvo. Luego, apoyando compasivamente la mano en mi hombro, suspiró—. Murió tuberculoso en Sing-Sing. Entonces, ¿usted no conocía a Monroe?

—No, nunca he tenido relaciones sociales con ningún falsificador. Pero no puedo demorarme. Cuide a mi amigo. Le prometo que no le pesará. Ya nos veremos.

Pocos días después, conseguí otro permiso para visitar la cárcel y anduve por los corredores en busca de Bartleby, pero sin dar con él.

—Lo he visto salir de su celda no hace mucho —dijo un guardián—. Habrá salido a pasear al patio.

Tomé esa dirección.

—¿Está buscando al hombre callado? —dijo otro guardián, cruzándose conmigo —. Ahí está, durmiendo en el patio. No hace veinte minutos que lo vi acostado.

El patio estaba completamente tranquilo. A los presos comunes les estaba vedado el acceso. Los muros que lo rodeaban, de asombroso espesor, excluían todo ruido. El carácter egipcio de la arquitectura me abrumó con su tristeza. Pero a mis pies crecía un suave césped cautivo. Era como si en el corazón de las eternas pirámides, por una extraña magia, hubiese brotado de las grietas una semilla arrojada por los pájaros.

Extrañamente acurrucado al pie del muro, con las rodillas levantadas, de lado, con la cabeza tocando frías piedras, vi al consumido Bartleby. Pero no se movió. Me detuve, luego me acerqué; me incliné, y vi que sus vagos ojos estaban abiertos; por lo demás, parecía profundamente dormido. Algo me impulsó a tocarlo. Al sentir su mano, un escalofrío me recorrió por el brazo y por la médula hasta los pies.

La redonda cara del despensero me interrogó.

—Su comida está pronta. ¿No querrá hoy comer tampoco? ¿O vive sin comer?

—Vive sin comer —dije yo y le cerré los ojos.

—¿Eh?, está dormido, ¿verdad?

—Con reyes y consejeros —dije yo.

Creo que no hay necesidad de proseguir esta historia. La imaginación puede suplir fácilmente el pobre relato del entierro de Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, quiero advertirle que si esta narración ha logrado interesarle lo bastante para despertar su curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué vida llevaba antes que el narrador trabara conocimiento con él, sólo puedo decirle que comparto esa curiosidad, pero que no puedo satisfacerla. No sé si debo divulgar el pequeño rumor que llegó a mis oídos, meses después del fallecimiento del amanuense. No puedo afirmar su fundamento; ni puedo decir qué verdad tenía. Pero, como este vago rumor no ha carecido de interés para mí, aunque es triste, puede también interesar a otros.

El rumor es éste: Bartleby había sido un empleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas de Washington, de la que fue bruscamente despedido por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, apenas puedo expresar la emoción que me embargó. ¡Cartas muertas! ¿No se parece a hombres muertos? Imaginen a un hombre por naturaleza y por desdicha propenso a una pálida desesperanza. ¿Qué ejercicio puede aumentar esa desesperanza como el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? Pues a carretadas las queman todos los años. A veces el pálido funcionario saca de los dobleces del papel un anillo —el dedo al que iba destinado, tal vez ya se corrompe en la tumba—;

un billete de banco remitido en urgente caridad a quien ya no come, ni puede ya sentir hambre; perdón para quienes murieron sin esperanza; buenas noticias para quienes murieron sofocados por insoportables calamidades. Con mensajes de vida, estas cartas se apresuran hacia la muerte.

¡Oh Bartleby! ¡Oh humanidad!

Traducción de Jorge Luis Borges

La famosa rana saltarina de Calaveras County

En conformidad con la petición de un amigo mío, que me escribió desde el Este, me puse en contacto con el bueno de Simon Wheeler, tan afable y parlanchín, y le pregunté por el amigo de mi amigo, Leonidas W. Smiley, tal como me habían solicitado que hiciera, y a continuación adjunto el resultado. Tengo la sospecha creciente de que Leonidas W. Smiley es un mito; que mi amigo jamás conoció a dicho personaje, y que se limitó a conjeturar que si yo le preguntaba por el mismo al bueno de Wheeler, éste se acordaría de su famoso Jim Smiley y se pondría manos a la obra y me mataría de aburrimiento con alguna anécdota exasperante, tan larga y tediosa como inútil para mí. Si su plan era ése, tuvo éxito.

Encontré a Simon Wheeler dormitando confortablemente junto a la cocina de la taberna ruinosa del campamento minero abandonado de Angel y descubrí que era gordo y calvo y que su expresión serena mostraba una amabilidad y una sencillez encantadoras. Se despertó y me dio los buenos días. Yo le dije que un amigo mío me había encargado que hiciera ciertas pesquisas acerca de un querido compañero suyo de adolescencia llamado Leonidas W. Smiley, el *reverendo* Leonidas W. Smiley, un joven pastor del Evangelio, que según tenía entendido había residido una temporada en el campamento de Angel. Añadí que si el señor Wheeler me podía dar cualquier información acerca de ese reverendo Leonidas W. Smiley, me sentiría muy en deuda con él.

Simon Wheeler me hizo retroceder hacia una esquina y me acorraló allí con su silla, luego se sentó y desgranó el relato monótono que sigue a este párrafo. Ni una sola vez sonrió, no frunció el ceño, no alteró para nada el tono suave y fluido con que emprendió la primera frase y nunca reveló ni el más ligero asomo de entusiasmo: pero a lo largo del interminable relato desplegó una vena impresionante de seriedad y sinceridad, lo cual me demostró a las claras que, lejos de imaginar que había nada ridículo o extraño en su historia, él la contemplaba como una cuestión verdaderamente importante y que admiraba a sus dos héroes como a hombres con un talento trascendente para la astucia. Yo le dejé que fuera a la suya y no lo interrumpí ni una sola vez.

—El reverendo Leonidas W, ejem, el reverendo Le… Bueno, una vez hubo por aquí un tipo que se llamaba Jim Smiley, en invierno de 1849, o a lo mejor era la primavera de 1850, no me acuerdo con exactitud, pero lo que me hace pensar que fue por entonces es que me acuerdo de que el túnel grande estaba sin terminar cuando él llegó al campamento. En cualquier caso, aquel tipo tenía una fijación curiosísima por apostar sobre cualquier cosa que viniera o no al caso, siempre que pudiera encontrar a

alguien que apostara por lo contrario. Y si no lo encontraba, entonces se cambiaba de bando. Cualquier cosa que le pareciera bien a su oponente le parecía bien a *él*, con tal de poder hacer una apuesta ya estaba satisfecho. Y el caso es que tenía suerte, una suerte fuera de lo común; ganaba prácticamente siempre. Siempre estaba dispuesto a probar su fortuna. No se podía mencionar una sola cosa sin que el tipo se ofreciera a apostar por ello y a ponerse en el bando que al otro le pareciera bien, tal como le estaba yo contando a usted. Si había una carrera de caballos, uno siempre lo encontraba a él arrebatado o bien desmoronado al final de la misma. Si había una pelea de perros, él apostaba. Si había una pelea de gatos, él apostaba. Si había una pelea de pollos, él apostaba. Caramba, si había dos pájaros posados en una cerca, él apostaba contigo acerca de cuál de los dos sería el primero en levantar el vuelo. O si había reunión en el campamento, él asistía regularmente para apostar por Parson Walker, a quien consideraba el mejor consejero de por aquí, y sí que lo era, y también un buen hombre. Si alguna vez veía una mosca de mayo dirigiéndose a alguna parte, él apostaba acerca de cuánto tiempo tardaría en llegar y se marchaba en esa dirección, y si uno iba con él, era capaz de seguir a la mosca de mayo hasta México solamente para averiguar adónde se dirigía y cuánto tiempo iba a invertir en el camino. La mayoría de los muchachos de por aquí conocieron a ese Smiley y le pueden hablar de él. Caramba, le daba todo *igual*, apostaba por *cualquier* cosa, menudo tipo. Durante una temporada la mujer de Parson Walker estuvo muy enferma, y parecía que no iba a salir de aquélla; pero una mañana vino Walker y Smiley le preguntó cómo estaba la mujer, y él dijo que estaba bastante mejor, gracias al Señor por su infinita misericordia, y que se estaba recuperando tan bien que con el beneplácito de la Providencia se repondría del todo. Y antes de pensarlo, Smiley fue y dijo: «Bueno, me apuesto dos y medio a que no se repone».

»Aquel Smiley que dice usted tenía una yegua (los muchachos la llamaban la jamelga de los quince minutos, pero no era más que una broma, ¿sabe?, porque en realidad sí que podía ir más deprisa que eso) y Smiley ganaba dinero con aquella bestia, porque era terriblemente lenta, y siempre tenía asma, o el moquillo, o la tisis, o algo por el estilo. Le daban dos o trescientos metros de ventaja y luego la adelantaban, pero al final de la carrera la yegua siempre se excitaba y se desesperaba y empezaba a retozar y a dar zancadas y a mover las patas con ligereza, a veces en el aire, a veces de lado en dirección a las cercas, y a levantar una de tierra con sus coces y a armar un jaleo con sus estornudos, sus toses y sus mocos… Y *siempre* acababa llegando con una cabeza de ventaja, con más exactitud de la que nadie podría calcular.

»Y también tenía un cachorro, que si uno lo miraba tenía pinta de no valer un centavo más que para montar guardia y poner cara de malas pulgas y disuadir a quien viera la oportunidad de robar algo. Pero tan pronto como alguien apostaba dinero por

él, el perro se transformaba. La mandíbula le sobresalía como el castillo de proa de un barco a vapor y enseñaba unos dientes que brillaban como hornos. Y un perro podía tirársele encima y abusar de él y morderlo y tirarlo por el aire dos o tres veces y Andrew Jackson (que es como se llamaba el cachorro), Andrew Jackson nunca reaccionaba de ninguna otra forma que mostrándose *satisfecho* como si no esperara nada más que aquello, y las apuestas se doblaban una y otra vez en su contra, todo el tiempo, hasta que las cantidades se ponían por los aires. Entonces, cuando nadie lo esperaba, le hincaba los dientes al otro perro en la articulación de la pata trasera y no la soltaba por nada en el mundo: no masticaba, ¿lo comprende?, simplemente se aferraba hasta que el otro tiraba la toalla, aunque tardara un año entero. Smiley siempre ganaba con aquel perro, hasta que una vez lo enfrentó con un perro que no tenía patas traseras porque se las había cortado una sierra circular, y cuando la pelea ya estaba avanzada y las apuestas habían subido y el bicho se disponía a hincar el diente en donde siempre, al cabo de un momento se dio cuenta de que se la habían pegado y de que el otro perro lo tenía contra las cuerdas, por decirlo de alguna forma, y puso cara de sorpresa y pareció desanimarse y ya no intentó ganar la pelea, de forma que salió escaldado. Miró a Smiley como diciéndole que le había roto el corazón y que él tenía la culpa por haberlo enfrentado a un perro sin patas traseras donde hincar el diente, lo cual era su principal estrategia en una pelea, luego se fue cojeando un trecho, se acostó y la palmó. Era un buen perro aquel Andrew Jackson, y se habría ganado una reputación de haber sobrevivido, porque tenía talento y tenía genio: lo sé, porque nunca tuvo oportunidad de salir adelante y no puedo entender que un perro pudiera pelear como él lo hacía bajo aquellas circunstancias si no hubiera tenido talento. Siempre me entristece acordarme de aquella última pelea suya y de cómo terminó.

»Pues bueno, aquel Smiley que dice usted tenía terriers, gallos de pelea, gatos y toda clase de bichos, hasta que uno ya no podía más y ya no quedaba nada que apostarse con él, pero él te seguía desafiando. Un día cazó una rana y se la llevó a casa y dijo que tenía intención de adiestrarla. De forma que durante tres meses no hizo otra cosa que estar encerrado en el patio trasero de su casa y entrenar a aquella rana para que saltara. Y puede apostar a que lo hizo. Le daba un golpecito con el puño en el trasero y uno veía a la rana dar vueltas en el aire como una rosquilla; daba una voltereta, o a lo mejor un par de ellas, si tenía un buen arranque, y caía sobre las patas y perfectamente, como un gato. La entrenó tan bien en el arte de atrapar moscas, y la mantenía en un régimen de entrenamientos tan constante, que atrapaba todas las moscas que se le ponían a tiro. Smiley decía que lo único que le hacía falta a las ranas era educación y que eran capaces de hacer cualquier cosa: y le creo. Caramba, yo le he visto poner a Daniel Webster (Daniel Webster es como se llamaba la rana) aquí mismo en este suelo y decirle: “¡Moscas, Daniel, moscas!”, y en un abrir

y cerrar de ojos la rana pegaba un salto, pillaba una mosca de ese mostrador y aterrizaba otra vez en el suelo tan firme como un pegote de barro, y luego se ponía a rascarse un lado de la cabeza con la pata trasera con un gesto tan indiferente como si no tuviera ni idea de que acababa de hacer algo que no hacen las ranas normales. Nunca verá usted una rana tan modesta y franca como aquélla, y mire que tenía talento. Y cuando se trataba de saltos de longitud con todas las de la ley, podía abarcar más terreno de un salto que ningún otro animal de su raza que usted pudiera ver. Los saltos de longitud eran su especialidad, ya me entiende. Y cuando se trataba de eso, Smiley ponía la apuesta inicial mientras le quedara algo de dinero. Smiley sentía un orgullo monstruoso por su rana, y podía sentirlo, porque los tipos que habían viajado y estado en otros sitios contaban que superaba a todas las ranas que habían visto en su vida.

»Bueno, pues Smiley guardó el bicho en una cajita con agujeros y empezó a llevarlo a la ciudad de vez en cuando para hacer alguna apuesta. Un día un tipo, un forastero que había venido al campamento, le vio la caja y fue a preguntarle:

»—¿Qué es eso que tienes en la caja?

»Y Smiley le dijo, así como indiferente:

»—Podría ser un loro o podría ser un canario, pero no es ninguna de las dos cosas: no es más que una rana.

»El tipo cogió la caja, la miró con cuidado, se la devolvió y dijo:

»—Hum, sí que lo es. ¿Y qué sabe hacer?

»—Bueno —dijo Smiley, en tono despreocupado y jovial—. Sabe hacer básicamente una cosa, digo yo. Puede saltar más que cualquier otra rana de Calaveras County.

»El tipo cogió de nuevo la caja, le echó otro vistazo largo e interesado, se la devolvió a Smiley y dijo, eligiendo las palabras con cuidado:

»—Bueno —dijo—. No veo por qué esa rana tiene que ser mejor que cualquier otra rana.

»—Tal vez no —dijo Smiley—. Tal vez entiendes a las ranas y tal vez no las entiendes. Tal vez tienes experiencia y tal vez no eres más que un aficionado, por decirlo de alguna forma. En todo caso, yo tengo mi opinión y me apuesto cuarenta dólares a que puede saltar más que ninguna otra rana de Calaveras County.

»El tipo reflexionó un momento y dijo, en tono un poco triste:

»—Bueno, yo soy forastero aquí y no tengo ninguna rana, pero si la tuviera, apostaría contra ti.

»Entonces Smiley dijo:

»—De acuerdo, de acuerdo. Si me aguantas la caja un momento, iré a buscarte una rana. —De forma que el tipo cogió la caja, puso sus cuarenta dólares junto con los de Smiley y se dispuso a esperar.

»Así estuvo un largo rato, pensando y pensando para sus adentros, luego sacó la rana de su caja, le abrió la boca, cogió una cucharilla de té y la llenó de perdigones para codornices, la llenó hasta que le empezaron a caer los perdigones por la barbilla y luego la dejó en el suelo. Smiley fue al pantano, chapoteó un buen rato por el barro, por fin cogió una rana, se la llevó al tipo y se la dio diciendo:

»—Ahora, si estás listo, ponla al lado de Daniel, con las patas delanteras a la misma altura que las de Daniel, y yo daré la orden de saltar. —Luego dijo—: Uno, dos, tres… ¡Ya! —Y los dos golpearon a las ranas en el trasero y la rana nueva dio un buen salto, pero Daniel dio un tirón y levantó los hombros, así, como un francés, pero no le sirvió de nada: no pudo moverse. Estaba más plantada en el suelo que una iglesia y tan inmóvil como si estuviera anclada. Smiley se quedó muy sorprendido y disgustado también, pero no tenía ni idea de qué pasaba, por supuesto.

»El tipo cogió el dinero y se alejó. Cuando estaba ya en la puerta hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro, así, señalando a Daniel, y dijo otra vez con toda la intención:

»—Bueno —dijo—. No veo por qué esa rana tiene que ser mejor que las demás ranas.

»Smiley se quedó rascándose la cabeza y miró a Daniel mucho rato y por fin dijo:

»—Me pregunto por qué diantres se habrá arredrado esta rana: me pregunto si tal vez le pasará algo. No sé, parece como hinchada. —Agarró a Daniel por el pescuezo, la levantó y dijo—: ¡Caramba, que me aspen si no pesa tres kilos! —Luego la puso boca abajo y la rana vomitó dos puñados de perdigones. Por fin entendió lo que pasaba y se puso hecho una furia. Dejó la rana en el suelo y salió detrás de aquel tipo, pero nunca lo atrapó. Y…

En aquel momento Simon Wheeler oyó que lo llamaban desde el patio y se levantó para ver quién preguntaba por él. Y mirándome mientras se levantaba, me dijo:

—No te muevas, forastero, y ponte cómodo. No tardo ni un minuto.

Pero, con todo el respeto, no me pareció probable que la continuación de la historia del vagabundo emprendedor Jim Smiley fuera a aportarme mucha información acerca del reverendo Leonidas W. Smiley, de forma que me encaminé a la salida.

En la puerta me topé con el afable Wheeler que regresaba y me acorraló y volvió a empezar:

—Pues bueno, ese Smiley que dice usted tenía una vaca tuerta y amarilla que no tenía cola, solamente un muñón corto como un plátano, y…

Pero yo no tenía tiempo ni tampoco ganas y no quise enterarme de la historia de aquella pobre vaca, así que me marché.

Traducción de Javier Calvo

Los proscritos de Poker Flat

Cuando el señor John Oakhurst, jugador, pisó la calle principal de Poker Flat la mañana del 23 de noviembre de 1850, notó un cambio en la atmósfera moral del lugar desde la noche anterior. Dos o tres hombres que conversaban seriamente se interrumpieron cuando él se acercó e intercambiaron miradas significativas. Flotaba una calma sabática en el ambiente que, en un establecimiento nada acostumbrado a las influencias sabáticas, parecía un mal presagio.

El rostro bello y sereno del señor Oakhurst no dio muestras de preocuparse por tales indicios. Que fuera consciente de alguna señal premonitoria ya era otra cuestión. «Parece que van tras alguien», reflexionó; «probablemente tras de mí.» Devolvió al bolsillo el pañuelo con el que había estado limpiándose el polvo rojo de Poker Flat de las botas y tranquilamente vació su mente de cualquier otra conjetura.

En efecto, Poker Flat iba «tras alguien». Últimamente Poker Flat había perdido varios miles de dólares, dos caballos valiosos y un ciudadano prominente.

La ciudad estaba experimentando un espasmo de reacción virtuosa, tan anárquico e incontrolable como cualquiera de las acciones que lo habían provocado. Un comité secreto había decidido limpiar el lugar de indeseables. Así se hizo a efectos permanentes por lo que se refiere a dos hombres que colgaban de las ramas de un sicomoro en el barranco y de forma temporal con el destierro de otros personajes desagradables. Lamento decir que algunos de tales personajes eran damas. No obstante, hay que señalar en homenaje a su sexo, que la falta de decoro de las damas era profesional y sólo de acuerdo con tales comportamientos incorrectos fácilmente demostrables, Poker Flat se atrevió a juzgarlas.

El señor Oakhurst estaba en lo cierto al suponer que se le incluía en esta categoría. Algunos miembros del comité habían defendido que se le colgara a modo de posible ejemplo y método seguro para reembolsarse las sumas que les había ganado. «Va en contra de la justicia», dijo Jim Wheeler, «permitir que este joven de Roaring Camp, un completo extraño, se vaya con nuestro dinero.» Pero un rudimentario sentimiento de equidad albergado en los pechos de quienes habían tenido la suerte de ganar al señor Oakhurst rechazó este prejuicio local más intolerante.

El señor Oakhurst recibió la sentencia con serenidad filosófica, no menos imperturbable porque conociera las dudas de sus jueces. Tenía demasiado de jugador como para no aceptar el destino. Con él, la vida era en el mejor de los casos un juego incierto, y supo reconocer el porcentaje habitual a favor de la banca.

Un grupo de hombres armados acompañaron a la perversidad deportada de Poker

Flat hasta las afueras de la población. Además del señor Oakhurst, de quien se sabía que era un hombre desesperado y frío y a quien pretendía intimidarse con la escolta armada, la partida de expatriados se componía de una joven familiarmente conocida como «la Duquesa», otra que se había ganado el título de «Madre Shipton» y «Tío Billy», presunto ladrón de minas y borracho confirmado. La cabalgata no provocó comentarios de los espectadores, ni tampoco la escolta se pronunció. Sólo cuando llegaron al barranco que señalaba el límite exterior de Poker Flat, el cabecilla de la comitiva habló de forma breve y concisa. Los exiliados tenían prohibido regresar bajo pena de muerte.

Mientras la escolta desaparecía, los proscritos desahogaron los sentimientos reprimidos en forma de lágrimas histéricas la Duquesa, de alguna palabra malsonante Madre Shipton y de una descarga parta de improperios Tío Billy. Únicamente el filosófico Oakhurst permaneció en silencio. El señor Oakhurst escuchó tranquilamente el deseo de Madre Shipton de arrancarle el corazón a alguien, las repetidas afirmaciones de la Duquesa de que moriría en el camino y las alarmantes maldiciones que parecían emanar de Tío Billy mientras avanzaba. Con el afable buen humor característico de su clase, Oakhurst insistió en cambiar su caballo, «Cinco pavos», por la triste mula que montaba la Duquesa. Pero ni siquiera este acto sirvió para unir más al grupo. La joven se arregló las plumas algo desastradas con coquetería cansada y desvaída, Madre Shipton miró al dueño de «Cinco pavos» con malicia y Tío Billy se refirió a todo el grupo con un anatema global.

El camino a Sandy Bar —asentamiento que al no haber experimentado todavía las influencias regeneradoras de Poker Flat parecía invitar a los emigrantes a que lo visitaran— discurría por una cordillera de pendiente pronunciada. El enclave se encontraba a un día de duro viaje. En aquella época avanzada de la estación, el grupo pronto pasó de las regiones húmedas y templadas a los pies de las estribaciones montañosas al aire frío, seco y vigorizante de las sierras. El sendero era estrecho y difícil. A mediodía, la Duquesa desmontó y anunció su intención de no seguir adelante; la partida se detuvo.

Se encontraban en un enclave particularmente impresionante y agreste. Un anfiteatro arbolado, rodeado por tres lados de precipicios escarpados, de granito desnudo, en suave pendiente hacia la cima de otro precipicio con vistas al valle. Indudablemente era el lugar más adecuado para acampar, en caso de que hubiera sido aconsejable acampar. Pero el señor Oakhurst sabía que apenas habían cubierto la mitad del camino hacia Sandy Bar y no tenían ni equipo ni provisiones para permitirse un retraso. Señaló esta situación a sus compañeros de forma cortante, con un comentario filosófico acerca de la locura de «enseñar la mano antes de acabada la partida». Pero tenían bebida, que en semejante emergencia les haría las veces de alimento, combustible, descanso y presciencia. De modo que pese a las protestas del

señor Oakhurst, no tardaron demasiado en acabar más o menos bajo los influjos del alcohol. Tío Billy pasó rápidamente del estado belicoso al estupor, la Duquesa se puso sensiblera y Madre Shipton se echó a roncar. Solamente el señor Oakhurst permaneció de pie, apoyado contra una roca, contemplándolos tranquilamente.

El señor Oakhurst no bebía. La bebida interfería con una profesión que exigía frialdad, impasibilidad y aplomo y, en sus propias palabras, «no podía permitírselo». Mientras observaba a sus compañeros de exilio recostados, por primera vez le pesaron la soledad derivada de su vida de paria, sus hábitos y sus numerosos vicios. Se dedicó entonces a sacudir el polvo de sus ropas negras, lavarse la cara y las manos y otra serie de actividades características de su estudiada pulcritud y, por un momento, se olvidó de toda preocupación. Quizá nunca se le pasara por la cabeza la idea de abandonar a sus compañeros, más débiles y dignos de lástima que él. Sin embargo, no podía evitar desear esa excitación que, de forma harto singular, favorecía la ecuanimidad serena por la que se le conocía. Miró las lúgubres paredes que se erigían en vertical trescientos metros por encima del círculo de pinos que le rodeaba, el cielo encapotado de mal agüero y el valle a sus pies, hundiéndose ya entre las sombras, y de repente oyó que le llamaban por su nombre.

Un jinete subía lentamente por el sendero. En el rostro franco y lozano del recién llegado el señor Oakhurst reconoció a Tom Simson, también conocido como «el Inocente», de Sandy Bar. Se habían conocido unos meses antes durante una «partidita» en la que, con perfecta ecuanimidad, el señor Oakhurst le había ganado toda su fortuna —unos cuarenta dólares— a aquel joven cándido. Acabada la partida, el señor Oakhurst condujo al joven especulador detrás de la puerta y se dirigió a él de este modo: «Tommy, eres un buen muchacho, pero como jugador no vales un centavo. No vuelvas a intentarlo». A continuación le devolvió su dinero, le empujó amablemente fuera de la sala y de este modo convirtió a Tom Simson en esclavo devoto de su persona.

El recuerdo de este episodio quedó patente en el saludo juvenil y entusiasta del muchacho. Había puesto rumbo a Poker Flat, explicó el chico, en busca de fortuna. «¿Solo?» No, no exactamente solo; de hecho (risita), había escapado con Piney Woods. ¿Se acordaba el señor Oakhurst de Piney? ¿La que solía servir las mesas del hotel Temperance? Ya llevaban tiempo prometidos, pero el viejo Jake Woods había puesto objeciones y habían tenido que fugarse; se dirigían a Poker Flat a casarse. Y estaban agotados y qué suerte que hubieran encontrado un lugar para acampar y compañía. Todo esto lo explicó rápidamente el Inocente mientras Piney, una linda y robusta damisela de quince años, emergía de detrás del pino donde había estado ruborizándose a escondidas y cabalgaba hasta situarse junto a su amado.

El señor Oakhurst rara vez se molestaba en ocuparse de los sentimientos, menos

aún del decoro; pero tenía una vaga idea de que aquélla no era una situación afortunada. No obstante, mantuvo el aplomo necesario para propinarle un puntapié a Tío Billy, que se disponía a decir algo, y Tío Billy estaba lo bastante sobrio para reconocer en la patada del jugador a un superior que no toleraría tonterías. Luego el señor Oakhurst intentó disuadir a Tom Simson de demorarse aún más, pero fue en vano. Incluso señaló el hecho de que no tenían provisiones ni los medios necesarios para levantar un campamento. Desafortunadamente, el Inocente rebatió la objeción del jugador asegurándole al grupo que él disponía de una mula extra cargada con provisiones y que había descubierto un burdo intento de cabaña de troncos cerca del sendero.

—Piney puede quedarse con la señora Oakhurst —dijo el Inocente, señalando a la Duquesa—, y yo ya me las arreglaré solo.

Solamente el pie admonitorio del señor Oakhurst impidió que Tío Billy estallara en una estruendosa carcajada. Así las cosas, Tío Billy no tuvo más remedio que retirarse a lo alto del cañón hasta recuperar la compostura. Allí confió la broma a los altos pinos, con múltiples palmadas en la pierna, muecas varias y las irreverencias de costumbre. Pero cuando se reunió con el grupo, los encontró sentados junto a una hoguera —el aire se había vuelto extrañamente gélido y el cielo estaba nublado— conversando amistosamente. Piney charlaba al modo impulsivo de las muchachas con la Duquesa, que la escuchaba con un interés y una animación que no había demostrado en muchos días. El Inocente pontificaba, aparentemente con idéntico efecto, ante el señor Oakhurst y Madre Shipton, que estaba relajándose hasta el punto de resultar amigable.

—¿Esto qué es? ¿Un maldito picnic? —preguntó Tío Billy, con desprecio, mientras paseaba la vista por el grupo campestre, la luz oblicua de la fogata y los animales amarrados al fondo. De pronto, una idea vino a mezclarse con los efluvios alcohólicos que perturbaban su mente. Debía de tener naturaleza jocosa, puesto que Tío Billy sintió el impulso de darse otra palmada en la pierna y apretarse el puño contra la boca.

Mientras las sombras reptaban lentamente por la montaña, una brisa suave mecía las copas de los pinos y gemía entre sus largos y sombríos pasillos. La cabaña en ruinas, remedada y cubierta con ramas de pino, se reservó para las damas. Los enamorados se separaron con un simple beso, tan honesto y sincero que podría haberse escuchado por encima del lamento de los árboles. Probablemente la frágil Duquesa y la maliciosa Madre Shipton quedaron demasiado estupefactas para comentar esta nueva muestra de sencillez y se dirigieron a la choza sin decir palabra. Volvieron a alimentar el fuego, los hombres se tumbaron frente a la puerta y, a los pocos minutos, todos se durmieron.

Oakhurst tenía el sueño ligero. Hacia el amanecer se despertó entumecido y frío.

Mientras avivaba la hoguera agonizante, el viento, que ahora soplaba con fuerza, lanzó contra su mejilla la causa de que la sangre la hubiera abandonado: ¡nieve!

El señor Oakhurst se levantó con la intención de despertar a los durmientes, no tenían tiempo que perder. Pero al volverse hacia donde se había acostado Tío Billy, no encontró a nadie. Una sospecha le vino a la cabeza y una maldición a los labios. Corrió hacia el lugar donde habían atado a las mulas: ya no estaban. Las huellas estaban desapareciendo rápidamente bajo la nieve.

La excitación del momento condujo al señor Oakhurst de vuelta junto a la fogata con su calma habitual. No despertó a los demás. El Inocente dormitaba apaciblemente, con una sonrisa en su rostro pecoso y jovial; la virginal Piney dormía junto a sus hermanas más débiles, tan dulcemente como si la custodiaran guardias celestiales, y el señor Oakhurst, echándose la manta sobre los hombros, se atusó los bigotes y se sentó a esperar el alba. La mañana llegó despacio entre remolinos de nieve que deslumbraban y confundían la visión. Lo que todavía podía verse del paisaje parecía cambiado como por arte de magia. Oakhurst miró hacia el valle y resumió el presente y el futuro en una palabra: ¡Atrapados!

Un detallado inventario de las provisiones, que afortunadamente habían almacenado en el interior de la cabaña y por tanto habían escapado a los dedos criminales de Tío Billy, reveló que con cuidado y prudencia podrían resistir diez días más.

—Es decir —dijo el señor Oakhurst *sotto voce* al Inocente—, si es que estáis dispuestos a acogernos. De lo contrario, y quizá sería mejor, podéis esperar a que vuelva Tío Billy con más provisiones. —Por alguna razón desconocida, el señor Oakhurst no se atrevió a revelar la canallada de Tío Billy y de ahí que presentara la hipótesis de que él mismo había espantado sin querer a los animales mientras vagaba por el campamento. Avisó a la Duquesa y a Madre Shipton, quienes, claro está, conocían la verdad sobre la deserción de su socio—. Si se enteran de algo, descubrirán la verdad sobre todos nosotros —añadió con intención el jugador— y no se gana nada asustándolos.

Tom Simson no sólo puso a disposición del señor Oakhurst todas sus provisiones materiales, sino que pareció disfrutar ante la perspectiva del aislamiento forzoso.

—Tenemos un buen campamento para una semana, luego se fundirá la nieve y regresaremos todos juntos.

La alegría del joven y la serenidad del señor Oakhurst contagiaron a los otros. El Inocente improvisó un techo para la cabaña con ramas de pino y la Duquesa supervisó a Piney en la reorganización del interior con un gusto y un tacto que dejaron a aquella damisela provinciana con sus ojos azules abiertos de asombro.

—Veo que está usted acostumbrada a los lujos de Poker Flat —dijo Piney.

La Duquesa se giró rápidamente hacia otro lado para ocultar el rubor que

traslucían sus mejillas por debajo de los colores de la profesión y Madre Shipton le pidió a Piney que dejara de «charlotear». Pero cuando el señor Oakhurst regresó de una agotadora *búsqueda* del sendero, oyó el eco de risas felices en las rocas. Se detuvo algo alarmado y en un primer momento sus pensamientos volaron hacia el whisky que había *caché* prudentemente.

—Y sin embargo no suena a whisky —dijo el jugador. Hasta que divisó la hoguera ardiendo a través de la tormenta cegadora y al grupo reunido alrededor no se convenció de que aquello era «sana alegría».

No sabría decir si el señor Oakhurst había *caché* sus naipes con el whisky, como algo vedado al libre acceso de la comunidad. Pero lo cierto es que, en palabras de Madre Shipton, el señor Oakhurst «no mentó las cartas ni una vez» en toda la velada. Así que pasaron el rato acompañados por un acordeón que Tom Simson sacó, no sin cierta ostentación, de su bolsa. Pese a alguna que otra dificultad relativa a la manipulación del instrumento, Piney Woods consiguió arrancarle algunas melodías reacias a las teclas, con acompañamiento del Inocente a un par de castañuelas de hueso. Pero la celebración grande de la noche llegó con un burdo himno de campamento que los enamorados, cogidos de las manos, cantaron con gran fervor y vocerío. Me temo que cierto tono desafiante y el ritmo marcial del coro, más que cualquier cualidad piadosa, provocaron que los otros se contagiaran rápidamente y acabaran por sumarse al estribillo:

> Estoy orgulloso de vivir al servicio del Señor,
> y decidido a morir en su ejército.

Los pinos se agitaban, la tormenta se arremolinaba y giraba sobre el miserable grupo y las llamas de su altar saltaban hacia el cielo, como en cumplimiento de un voto.

A medianoche la tormenta amainó, las nubes rugientes se separaron y las estrellas brillaron vivamente sobre el campamento dormido. Al repartirse las guardias con Tom Simson, el señor Oakhurst, cuyos hábitos profesionales le habían capacitado para vivir con la mínima cantidad de sueño, se las arregló para que la mayor parte de la tarea recayera en él. Se excusó aduciendo que a menudo había pasado «una semana sin dormir».

—¿Haciendo qué? —le preguntó Tom.

—¡Jugando al póquer! —replicó Oakhurst sentenciosamente—. Cuando un hombre tiene una racha de buena suerte del todo inesperada, no se cansa. La suerte se rinde antes. La suerte —continuó el jugador pensativamente— es una cosa de lo más curiosa. Lo único que sabes seguro sobre ella es que cambiará. Lo que te sirve es saber cuándo va a cambiar. Hemos tenido una racha de mala suerte desde que salimos de Poker Flat y ahora vosotros también la tenéis. Si sabes guardarte las bazas buenas hasta el final, estás salvado. Porque —añadió el jugador, con jovial intrascendencia

—:

> Estoy orgulloso de vivir al servicio del Señor,
> y decidido a morir en su ejército.

Llegó el tercer día y el sol, atisbando por entre el valle de cortinas blancas, vio dividir a los proscritos su reserva menguante de provisiones para la comida de la mañana. Una de las peculiaridades del clima de esa montaña era que los rayos solares difundían un agradable calorcillo por el paisaje invernal como si se compadecieran, lamentando el pasado. Pero también revelaron capas y capas de nieve apiladas hacia lo alto alrededor de la cabaña: un mar de blancura sin esperanza, senderos ni mapas conocidos que se extendía a los pies de las playas rocosas a las que seguían aferrándose los náufragos. A través del aire maravillosamente diáfano se veían elevarse a kilómetros de distancia los humos del bucólico pueblo de Poker Flat. Madre Shipton los vio y desde un remoto pináculo de su refugio rocoso lanzó en su dirección la maldición final. Fue su último ataque injurioso y quizá por ello tuviera algo de sublime. A ella le hizo bien, según informó en privado a la Duquesa. «Ve allí a despotricar y verás.» Luego se concentró en entretener a la «niña», como gustaban de llamar a Piney ella y la Duquesa. Piney no era ninguna cría, pero la pareja había optado por esa teoría reconfortante y original para explicar el hecho de que la muchacha no dijera palabrotas y guardara el decoro.

Cuando la noche trepó de nuevo por entre los desfiladeros, las notas aflautadas del acordeón subieron y bajaron a espasmos intermitentes y largos quejidos junto a la fogata parpadeante. Pero la música no logró llenar por completo el vacío doloroso dejado por el alimento insuficiente y Piney propuso una nueva diversión: contar cuentos. Como ni el señor Oakhurst ni sus compañeras parecían dispuestos a narrar sus experiencias personales, también este plan habría fallado de no ser por el Inocente. Unos meses antes había caído en sus manos un ejemplar perdido de la ingeniosa traducción de Pope de la *Ilíada*. Ahora propuso narrar los incidentes principales de dicho poema —puesto que dominaba plenamente el argumento y había olvidado por completo las palabras— en la lengua vernácula actual de Sandy Bar. Y así, los semidioses homéricos volvieron a caminar por la tierra durante el resto de la noche. El matón troyano y el astuto griego pelearon en los vientos y los grandes pinos del cañón parecieron inclinarse ante la ira del hijo de Peleo. El señor Oakhurst escuchaba con serena satisfacción. Interesado principalmente en el destino de «Ardides», como insistía en denominar el Inocente a «Aquiles, el de los pies ligeros».

Así, con poca comida y mucho Homero y acordeón, los proscritos pasaron una semana. El sol volvió a abandonarlos y de nuevo desde los cielos plomizos los copos de nieve espolvorearon la tierra. Día a día el círculo de nieve se estrechaba a su alrededor, hasta que al final veían desde su prisión unos muros de blancura

deslumbrante que se elevaban seis metros por encima de sus cabezas. Cada vez resultaba más difícil alimentar la hoguera, aun con los árboles derribados junto a ellos que ahora estaban medio cubiertos por los montones de nieve. Sin embargo nadie se quejó. Los enamorados dieron la espalda al deprimente panorama y se miraron a los ojos, felices. El señor Oakhurst se acomodó fríamente ante la partida perdida. La Duquesa, más contenta que nunca, asumió los cuidados de Piney. Sólo Madre Shipton —en el pasado la más fuerte de todos— pareció enfermar y apagarse. A medianoche del décimo día llamó a Oakhurst a su lado.

—Me muero —le dijo en una voz quejumbrosa y débil—, pero no diga nada. No despierte a los chicos. Coja el fardo que tengo debajo de la cabeza y ábralo.

El señor Oakhurst así lo hizo. El fardo contenía las raciones de Madre Shipton de toda la semana, intactas.

—Déselo a la niña —dijo ella señalando a Piney, que dormía.

—Se ha dejado usted morir de hambre —dijo el jugador.

—Eso parece —contestó penosamente la mujer mientras agonizaba y, volviéndose de cara a la pared, murió en silencio.

Ese día se dejaron de lado el acordeón y los huesos y olvidaron a Homero. Una vez confiado a la nieve el cuerpo de Madre Shipton, el señor Oakhurst llevó aparte al Inocente y le mostró un par de zapatos para la nieve que había confeccionado con la vieja albarda.

—Todavía hay una oportunidad entre cien de salvarla —dijo el jugador, señalando a Piney—, pero está allí fuera —añadió, apuntando hacia Poker Flat—. Si logras llegar en dos días, la habrás salvado.

—¿Y usted? —preguntó Tom Simson.

—Me quedaré aquí —repuso secamente.

Los enamorados se despidieron con un largo abrazo.

—¿Usted no se va? —preguntó la Duquesa cuando vio al señor Oakhurst esperando para acompañar al chico.

—Sólo hasta el cañón —replicó. Se volvió de repente y besó a la Duquesa, consiguiendo que se le ruborizara el pálido rostro y que los miembros se le pusieran rígidos de la sorpresa.

Llegó la noche, pero no el señor Oakhurst. La noche trajo de nuevo la tormenta y los torbellinos de nieve. Entonces la Duquesa, al avivar el fuego, descubrió que alguien había apilado en secreto leña para varios días más junto a la cabaña. Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero se las ocultó a Piney.

Las mujeres durmieron un poco. Por la mañana, al mirarse a la cara, leyeron el destino que les esperaba. Ninguna dijo nada, pero Piney, aceptando la posición de la más fuerte, se acercó a la otra y abrazó a la Duquesa por la cintura. Así se quedaron el resto del día. Esa noche la tormenta alcanzó su máxima furia y, partiendo por la

mitad los pinos protectores, invadió la mismísima cabaña.

Hacia el amanecer descubrieron que no podían alimentar el luego y la hoguera fue extinguiéndose poco a poco. Mientras el rescoldo ennegrecía lentamente, la Duquesa se apretó contra Piney y rompió el silencio de muchas horas.

—Piney, ¿sabes rezar?

—No, querida —dijo Piney, simplemente.

La Duquesa, sin saber exactamente por qué, se sintió aliviada y apoyó la cabeza en el hombro de Piney sin añadir nada más. Y así reclinadas, la más joven y pura sosteniendo la cabeza de la hermana mancillada sobre su pecho virginal, ambas se durmieron.

El viento amainó como si temiera despertarlas. Ligeras ventiscas de nieve, sacudida de las largas ramas de los pinos, volaron como pájaros de alas blancas y se fueron posando sobre las mujeres dormidas. La luna contempló entre las nubes agrietadas lo que había sido el campamento. Pero todo rastro humano, toda huella de tribulaciones terrenales, quedaba oculto por el manto inmaculado que caía misericordiosamente desde lo alto.

Durmieron todo ese día y el siguiente, ninguna se despertó cuando las voces y los pasos rompieron el silencio del campamento. Y cuando dedos compasivos barrieron la nieve de sus rostros lívidos, difícilmente podría adivinarse, por la paz idéntica que en ambos reinaba, cuál era la que había pecado. Incluso la ley de Poker Flat lo reconoció y se alejó, dejándolas allí abrazadas.

Pero a la entrada del barranco, en uno de los pinos más grandes, encontraron el dos de tréboles clavado a la corteza con un cuchillo de caza. Tenía la siguiente inscripción, escrita a lápiz y con pulso firme:

BAJO ESTE ÁRBOL
YACE EL CUERPO DE

JOHN OAKHURST

QUE DIO CON UNA RACHA DE MALA SUERTE
EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1850
Y
ENTREGÓ SUS FICHAS
EL 7 DE DICIEMBRE DE 1850

Y helado y sin pulso, con un revólver Derringer al lado y una bala en el corazón, aunque tan sereno como en vida, yacía bajo la nieve aquel que una vez fuera el más fuerte y no obstante el más débil de los proscritos de Poker Flat.

Traducción de Cruz Rodríguez

Un suceso en el puente sobre el río Owl

I

Había un hombre parado sobre un puente ferroviario al norte de Alabama, mirando hacia el agua que corría rápidamente unos seis metros más abajo. Tenía las manos atadas a la espalda con una cuerda. Otra cuerda rodeaba holgadamente su cuello, estaba sujeta a una fuerte viga transversal por encima de la cabeza y colgaba hasta la altura de las rodillas. Algunas tablas sueltas, puestas sobre las traviesas, le proporcionaban un punto de apoyo a él y a sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal dirigidos por un sargento que en su vida civil podía haber sido ayudante de sheriff. No lejos, sobre la misma plataforma provisional, esperaba un oficial vestido con el uniforme de su rango y armado. Era un capitán. En cada extremo del puente había un centinela con su rifle «en posición de firmes», es decir, vertical delante del hombro izquierdo, el percusor descansando sobre el antebrazo que cruzaba el pecho; posición formal y poco natural que obliga a mantener el cuerpo rígido. No parecía una obligación de estos dos hombres saber lo que estaba ocurriendo en medio del puente; sencillamente bloqueaban los dos extremos de la pasarela.

Más allá de los centinelas no se veía a nadie; los rieles corrían en línea recta durante unos cien metros hasta un bosque, después doblaban y desaparecían. Sin duda, había un puesto de avanzada más adelante. La otra orilla del arroyo era campo abierto y una suave colina subía hasta una estacada de troncos verticales, con troneras para rifles y una única abertura a través de la cual se proyectaba la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A mitad de camino entre el fuerte y el puente se encontraban los espectadores: una compañía de infantería en posición de descanso, con las culatas de los rifles apoyadas en el suelo, los cañones levemente inclinados hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas sobre los cañones. Un teniente estaba de pie a la derecha de la línea, la punta de su espada en el suelo, y con su mano izquierda descansando sobre la derecha. Salvo el grupo de los cuatro en el medio del puente, nadie se movía. La compañía miraba hacia el puente fijamente, inmóvil. Los centinelas, de cara a las orillas del arroyo, podían haber sido estatuas que adornaran el puente. El capitán, de brazos cruzados, silencioso, observaba el trabajo de sus subordinados sin dar ninguna indicación. La muerte es un dignatario que cuando se anuncia es para ser recibido con formales manifestaciones de respeto, aun por aquellos que están más familiarizados con ella. En el código de honor militar, el silencio y la inmovilidad son formas de deferencia.

El hombre que se disponían a ahorcar tenía aparentemente unos treinta y cinco años. Era un civil, a juzgar por su vestimenta, que era la de un granjero. Sus rasgos eran nobles: nariz recta, boca firme, frente amplia y cabello largo y oscuro peinado hacia atrás, que le caía por detrás de las orejas hasta el cuello de su elegante chaleco. Tenía bigote y una barba en punta, pero no llevaba patillas; sus ojos eran grandes, de un gris oscuro, y poseían esa expresión afectuosa que uno difícilmente hubiera esperado en alguien pronto a morir. Evidentemente no era un asesino vulgar. El código militar, tan amplio en su espíritu, prevé la horca para muchas clases de personas, sin excluir a los caballeros.

Al culminar los preparativos, los dos soldados se hicieron a un lado y cada uno retiró la tabla sobre la que había estado apoyado. El sargento se volvió hacia el capitán, saludó y se colocó inmediatamente detrás de él, y éste a su vez se alejó un paso. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento de pie sobre ambos extremos de la tabla que atravesaba tres traviesas del puente. El extremo donde estaba el civil alcanzaba, casi sin tocarla, una cuarta traviesa. Esta tabla se había mantenido horizontal por el peso del capitán, y ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal del capitán el sargento se haría a un lado, la tabla habría de inclinarse y el condenado caería entre dos traviesas. Al condenado este arreglo le pareció sencillo y eficaz. No le habían cubierto la cara ni vendado los ojos. Consideró por un momento su vacilante posición, y luego dejó que su mirada vagara hacia las aguas arremolinadas del arroyo, que corrían enloquecidas bajo sus pies. Un trozo de madera flotante que bailoteaba llamó su atención y sus ojos la siguieron corriente abajo. ¡Con qué lentitud parecía moverse! ¡Qué arroyo tan perezoso!

Cerró los ojos para fijar los últimos pensamientos en su mujer y en sus hijos. El agua convertida en oro por el sol temprano, las melancólicas brumas de las orillas a alguna distancia corriente abajo, el fuerte, los soldados, el pedazo de madera, todo lo había distraído. Y ahora tuvo conciencia de una nueva distracción. A través del recuerdo de sus seres queridos llegaba un sonido que no podía ni ignorar ni comprender, una percusión seca, nítida, como el golpe del martillo de un herrero sobre el yunque: tenía esa misma resonancia. Se preguntó qué era, y si estaba inmensamente distante o cerca. Parecía ambas cosas y se repetía irregularmente, con tanta lentitud como el tañido de una campana fúnebre. Esperó uno y otro golpe con impaciencia y —no sabía por qué— con temor. Los intervalos de silencio se hicieron cada vez mayores. Los silencios se volvían exasperantes. A medida que eran menos frecuentes, los sonidos aumentaban en fuerza y nitidez. Lastimaban su oído como una cuchillada. Tuvo miedo de gritar. Lo que oía era el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y vio una vez más el agua bajo sus pies.

«Si pudiera liberar mis manos», pensó, «podría deshacerme del lazo y lanzarme al agua. Al zambullirme eludiría las balas y nadando con fuerza alcanzaría la orilla, me

metería en el bosque y llegaría a casa. Mi casa, gracias a Dios, está todavía fuera de sus avanzadas; mi mujer y mis hijos todavía están más allá de sus líneas invasoras.»

Mientras estos pensamientos, que aquí tienen que ser puestos en palabras, más que desarrollarse, relampagueaban en la mente del condenado, el capitán hizo una señal al sargento. El sargento se hizo a un lado.

II

Peyton Farquhar era un granjero acomodado, miembro de una familia vieja y muy respetada de Alabama. Dueño de esclavos y, como otros dueños de esclavos, político, era naturalmente un secesionista de nacimiento, dedicado con ardor a la causa del Sur. Circunstancias imperiosas, que no viene al caso relatar aquí, le habían impedido unirse a las filas del valeroso ejército que combatió en las desastrosas campañas hasta terminar con la caída de Corinth; irritado por esta vergonzosa limitación anhelaba dar rienda suelta a sus energías y soñaba con la vida libre del soldado, con la oportunidad de destacar. Sentía que esa oportunidad llegaría como le llega a todos durante la guerra. Entretanto, hacía lo que podía. Ninguna tarea era para él demasiado humilde si con ella ayudaba al Sur, ninguna aventura demasiado peligrosa si estaba conforme con el carácter de un civil que tiene corazón de soldado, y que de buena fe y sin muchos escrúpulos acepta por lo menos parte del dicho francamente miserable de que todo vale en el amor y en la guerra.

Un atardecer, mientras Farquhar y su mujer estaban descansando en un rústico banco a la entrada de su propiedad, un soldado a caballo, uniformado de gris, llegó hasta el portón y pidió un vaso de agua. La señora Farquhar se alegró de poder servirlo con sus propias manos delicadas. Mientras iba a buscar el agua, su marido se acercó al polvoriento jinete y le pidió ansiosamente noticias del frente.

—Los yanquis están reparando las vías —dijo el hombre— y se preparan para seguir su avance. Han llegado al puente sobre el río Owl, lo han reparado y han construido una estacada en la orilla norte. El comandante emitió un edicto, que se ve por todas partes, declarando que cualquier civil que sea capturado entorpeciendo la vía, sus puentes, túneles o trenes, ha de ser ahorcado sin más. Yo vi el edicto.

—¿A qué distancia está el puente sobre el río Owl? —preguntó Farquhar.

—A unos cincuenta kilómetros.

—¿No hay fuerzas a este lado del arroyo?

—Sólo un destacamento de avanzada a medio kilómetro de distancia, sobre las vías, y un centinela a este lado del puente.

—Suponga que un hombre, un civil propenso a la horca, eludiera la avanzada y pudiera tal vez eliminar al centinela —dijo Farquhar, sonriendo—, ¿qué lograría?

El soldado reflexionó.

—Yo estuve allí hace un mes —contestó—. Observé que la inundación del

invierno pasado había arrimado una cantidad de maderas contra el pilar de troncos que sostiene este extremo del puente. Esa madera ahora está seca y ardería como yesca.

La señora trajo el agua y el soldado la bebió. Le dio las gracias ceremoniosamente, se inclinó ante el marido y se fue. Una hora más tarde, al anochecer, pasó otra vez por la plantación, hacia la misma dirección desde la cual había venido. Era un explorador del ejército federado.

III

Cuando Peyton Farquhar se desplomó a través del puente quedó inconsciente como si ya estuviera muerto. De este estado lo despertó —le parecía que siglos después— el dolor de una fuerte presión sobre su garganta, seguida por una sensación de ahogo. Punzadas agudas y penetrantes parecían disparar desde su cuello hacia abajo a través de cada fibra del tronco y las extremidades. Se diría que estos dolores relampaguearan a lo largo de líneas de ramificación bien definidas y dieran pulsadas con una frecuencia enloquecida. Parecían corrientes de fuego que lo calentaran a una temperatura intolerable. En cuanto a su cabeza, no era consciente más que de una sensación de presión, de congestión. Pero estas sensaciones no iban acompañadas del pensamiento. La parte intelectual de su ser ya se había borrado; sólo tenía poder para sentir, y sentir era un tormento. Sentía que se movía. Sumergido en una nube luminosa, de la cual no era ahora más que el centro ardiente, sin sustancia material, se columpiaba a través de increíbles arcos de oscilación, como un enorme péndulo. En un instante, terriblemente repentina, la luz que lo rodeaba disparó hacia arriba con el ruido de una fuerte zambullida; resonó un rugido espantoso en sus oídos y todo fue frío y oscuridad. Volvió entonces la capacidad del pensamiento; supo que la cuerda se había roto y que él había caído al arroyo. No era mayor la sensación de estrangulamiento; el lazo que rodeaba su cuello lo estaba sofocando e impedía que el agua entrara en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! La idea le pareció ridícula. Abrió los ojos en la oscuridad y vio sobre él un rayo de luz. ¡Pero qué lejano, qué inaccesible! Supo que se hundía todavía, porque la luz se atenuaba paulatinamente hasta no ser más que un resplandor. Entonces empezó a crecer y brillar más y advirtió que se acercaba a la superficie; lo supo desganadamente, porque ahora estaba muy cómodo. «Ser ahorcado y ahogarse», pensó, «no está tan mal; pero no quiero que me disparen. No; no me dispararán; no es justo.»

No fue consciente del esfuerzo, pero un agudo dolor en la muñeca le indicó que estaba tratando de liberar las manos. Concentró su atención en esa lucha, como un observador perezoso podría observar la proeza de un malabarista sin interesarse por el resultado. ¡Qué esfuerzo espléndido! ¡Qué fuerza magnífica y sobrehumana! ¡Ah, qué hermosa empresa! ¡Bravo! La cuerda cayó; sus brazos se separaron y flotaron

hacia arriba, las manos apenas visibles a cada lado, en la luz creciente. Las observó con renovado interés mientras, primero una y luego la otra, tironeaban del lazo que rodeaba su cuello. Lo aflojaron y arrancaron furiosamente, y éste se alejó como una anguila. «¡Átenlo otra vez!», creyó haber gritado estas palabras a sus manos porque al aflojarse el nudo había sentido el dolor más espantoso de su vida. El cuello le dolía terriblemente; su cerebro estaba incendiado; su corazón, que había estado latiendo débilmente, dio un gran salto, tratando de salírsele por la boca. ¡Todo su cuerpo se estremecía y retorcía con una insoportable angustia! Pero sus manos desobedientes no acataron la orden. Golpearon el agua vigorosamente con rápidos manotazos que lo impulsaban hacia la superficie. Sintió que su cabeza emergía; sus ojos quedaron cegados por la luz del sol; su pecho se expandió convulsivamente, y con un esfuerzo supremo sus pulmones se llenaron del aire que instantáneamente expulsaron con un alarido.

Ahora estaba en plena posesión de sus sentidos. En realidad, éstos se encontraban sobrenaturalmente agudizados y alerta. Algo en la espantosa perturbación de su organismo los había exaltado y refinado de tal manera que registraban cosas nunca antes percibidas. Sentía las ondas del agua sobre su cara y las oía por separado cuando lo golpeaban. Miró al bosque sobre la orilla del arroyo, vio cada uno de los árboles, las hojas y las venas de cada hoja. Vio hasta los insectos sobre ellas: las langostas, las moscas de cuerpo brillante, las arañas grises estirando sus telas de rama en rama. Notó los colores prismáticos en todas las gotas del rocío sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los mosquitos que bailaban sobre los remolinos del arroyo, el golpeteo de las alas de las libélulas, los chasquidos de las patas de las arañas acuáticas como remos que hubieran levantado su bote. Todo hacía una música perceptible. Un pez se deslizó ante sus ojos y oyó el sonido de su cuerpo partiendo el agua.

Había salido a la superficie boca abajo; en un instante el mundo visible pareció girar lentamente teniéndolo a él por eje, y vio el puente, el fuerte, los soldados sobre el puente, el capitán, el sargento, los dos soldados, sus verdugos. Eran siluetas contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban señalándolo. El capitán había desenfundado su pistola, pero no disparó; los otros estaban desarmados. Sus movimientos eran grotescos y horribles, sus formas gigantescas.

De pronto oyó un ruido seco y algo golpeó el agua a pocos centímetros de su cabeza, salpicándole la cara. Oyó una segunda detonación y vio a uno de los centinelas con su rifle a la altura del hombro, y una nubecita de humo azul que ascendía desde el cañón. El hombre vio desde el agua el ojo del hombre que estaba sobre el puente observando los suyos a través de la mira del rifle. Notó que era un ojo gris y recordó haber leído que los ojos grises eran los más penetrantes, y que todos los famosos tiradores los tenían. Sin embargo, éste había errado. Un remolino lo

había hecho volverse; otra vez estaba mirando hacia el bosque en la orilla opuesta al fuerte. Desde su espalda llegó el sonido de una voz clara y alta con un monótono cántico de tal nitidez que atravesaba y relegaba todos los otros sonidos, hasta el de las ondas en sus oídos. Y aunque no era soldado, había frecuentado los campamentos tanto como para conocer el terrible significado de ese cántico deliberado, arrastrado, aspirado; el teniente que estaba en la orilla se incorporaba al trabajo matinal. Qué fría y despiadadamente, y con qué entonación pareja y calma, que presagiaba e imbuía de tranquilidad a sus hombres, con qué intervalos exactamente medidos, caían esas crueles palabras:

—¡Atención, compañía!… ¡Levanten armas!… ¡Listos!… ¡Apunten!… ¡Fuego!

Farquhar se zambulló tan profundamente como pudo. El agua rugió en sus oídos como la voz del Niágara, y aun así oyó el trueno amortiguado de la descarga. Al regresar a la superficie, se encontró con brillantes pedazos de metal, extrañamente achatados, que descendían oscilando lentamente. Algunos le tocaron la cara y las manos y siguieron su caída. Uno de ellos se alojó entre su cuello y su camisa; estaba desagradablemente caliente y lo arrancó de allí.

Al salir a la superficie, jadeando, vio que había estado mucho tiempo bajo el agua; la corriente lo había llevado perceptiblemente más lejos, más cerca de su salvación. Los soldados casi habían terminado de recargar; las baquetas de metal brillaron simultáneamente al ser retiradas de los cañones, giraron en el aire y entraron en sus vainas. Los dos centinelas dispararon de nuevo, independiente, ineficazmente.

El hombre perseguido veía todo esto por encima de su hombro; ahora estaba nadando vigorosamente a favor de la corriente. Su cerebro tenía energía como sus brazos y sus piernas; pensaba con la rapidez del rayo.

«El oficial», razonó, «no pecará otra vez por exceso de disciplina. Es tan fácil esquivar una descarga cerrada como un tiro solo. Probablemente ya ha dado la orden de disparo graneado. ¡Que Dios me ampare, no puedo esquivarlos a todos!»

Un chasquido impresionante a dos metros de distancia fue seguido por un fuerte silbido, que desapareció *diminuendo* y pareció desplazarse hacia atrás, por el aire, hacia el fuerte; murió con una explosión que sacudió el río hasta lo más profundo. ¡Una cortina de agua que se levantaba se dobló sobre él, le cayó encima, lo dejó ciego, lo ahogó! El cañón había entrado en juego. Mientras sacudía su cabeza para librarse de la conmoción del agua, oyó el tiro desviado que zumbaba por el aire, frente a él, y al instante entraba en el bosque, quebrando y aplastando las ramas.

«No harán eso otra vez», pensó, «la próxima vez utilizarán una carga de metralla. Debo vigilar el cañón; el humo me avisará: el ruido del disparo llega demasiado tarde; viene después del proyectil. Es un buen cañón.»

De pronto se sintió dando vueltas y vueltas, girando como una peonza. El agua, las orillas, los bosques, el puente ahora lejano, el fuerte y los hombres, todo se

confundía y se esfumaba. Los objetos sólo quedaban representados por sus colores; vetas circulares y horizontales de color, era todo lo que veía. Había sido atrapado en un remolino y giraba con una velocidad que lo mareaba y lo descomponía. Pocos momentos después era arrojado sobre los cantos al pie de la orilla izquierda del arroyo —la orilla sur—, detrás de un saliente que lo ocultaba de sus enemigos. La quietud repentina, el raspar de su mano contra las piedras, lo hicieron volver en sí y lloró de felicidad. Enterró sus dedos en los cantos, los arrojó hacia arriba a manos llenas y los bendijo en voz alta. Parecían diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en nada hermoso a que no se parecieran. Los árboles de la orilla eran enormes plantas de jardín; encontró un orden definido en su disposición, aspiró la fragancia de sus flores. Una extraña luz rosada brillaba a través de los espacios entre sus troncos, y el viento tañía en sus ramas la música de arpas eólicas. No tenía ningún deseo de culminar la huida; estaba satisfecho de poder quedarse en ese lugar encantador hasta que lo volvieran a atrapar.

Un zumbido y el golpeteo de la metralla entre las ramas sobre su cabeza lo despertaron del sueño. El frustrado artillero le había disparado una ráfaga de despedida, al azar. Se irguió de un salto, subió con rapidez la pendiente y se perdió en el bosque.

Caminó todo ese día guiándose por el sol. El bosque parecía interminable: no pudo descubrir ni un claro, ni siquiera un sendero de leñadores. Nunca había sabido que vivía en una región tan salvaje. La revelación tenía algo de estremecedor. Al caer la noche estaba agotado, tenía los pies doloridos y un hambre atroz. El recuerdo de su mujer y de sus hijos lo alentaba a seguir adelante. Finalmente, encontró un camino que lo llevaba en la dirección que él sabía correcta. Era tan ancho y recto como una calle, pero nadie parecía haber pasado por él. No estaba bordeado por campos abiertos y no se veía una casa por ningún sitio. Los negros cuerpos de los árboles formaban una pared cerrada, a ambos lados, que terminaba en un punto del horizonte, como un diagrama en una lección de perspectiva. Sobre su cabeza, al mirar a través de esta grieta del bosque, brillaban grandes estrellas de oro que le resultaban desconocidas y agrupadas en extrañas constelaciones. Estaba seguro de que se encontraban dispuestas en algún orden cuyo significado era secreto y maligno. El bosque estaba lleno de ruidos singulares, entre los cuales —una vez, otra y una tercera— oyó claras voces en un idioma desconocido.

El cuello le dolía y al tocárselo con la mano se dio cuenta de que estaba horriblemente hinchado. Supo que tenía un círculo negro donde la cuerda lo había herido. Sus ojos estaban congestionados; ya no podía cerrarlos. Tenía la lengua hinchada por la sed; alivió su fiebre sacándola por entre sus dientes, hasta sentir el aire frío. ¡Con qué suavidad el césped había alfombrado la desierta avenida! ¡Ya no podía sentir el camino bajo sus pies!

A pesar del sufrimiento, se había quedado sin duda dormido mientras caminaba, porque ahora ve un paisaje diferente. Quizá sólo se ha recuperado de un delirio. En ese momento está de pie frente al portón de su propia casa. Las cosas están como él las dejó, y todo es brillante y hermoso en el sol matinal. Debe de haber viajado la noche entera. Cuando empuja y abre el portón y entra en el camino ancho y blanco, ve un aleteo de prendas femeninas; su mujer, con aspecto fresco y dulce, baja de la terraza para recibirlo. Al pie de los escalones lo espera, con una inefable sonrisa de alegría, una actitud de incomparable gracia y dignidad. ¡Ay, qué hermosa es! Se lanza hacia ella con los brazos extendidos. Cuando está a punto de estrecharla siente un golpe en la nuca que lo desvanece; una luz blanca cegadora incendia todo a su alrededor con el sonido de un cañón. Después todo es oscuridad y silencio.

Peyton Farquhar estaba muerto; su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba suavemente de un lado a otro bajo las maderas del puente sobre el río Owl.

Traducción de Jorge Ruffinelli

El rincón feliz

I

—Todo el mundo me pregunta qué «pienso» de todo —dijo Spencer Brydon—; y yo respondo como puedo, eludiendo o desviando la pregunta, quitándome a la gente de encima con cualquier tontería. En realidad a nadie le debería importar —prosiguió —, pues aun cuando fuera posible satisfacer de ese modo (parece que me estuvieran diciendo: «¡La bolsa o la vida!») demandas tan estúpidas en torno a un tema de tanta trascendencia, lo que yo «pensara» seguiría teniendo que ver casi exclusivamente con algo que sólo me afecta a mí.

Hablaba con la señorita Staverton: desde hacía dos meses no había dejado pasar una sola ocasión de hablar con ella. La situación se presentó así de hecho; aquella disposición, aquel recurso, el alivio y el apoyo que le brindaban, enseguida ocuparon el primer lugar en medio de la larga serie de sorpresas, escasamente mitigadas, que concurrieron en la circunstancia de su regreso a los Estados Unidos, extrañamente demorado durante tanto tiempo. De un modo u otro, todo constituía motivo de sorpresa, lo cual cabía considerarlo natural cuando desde hacía tanto tiempo y de modo tan consistente alguien lo descuidaba todo, esforzándose por que quedara tanto margen para las sorpresas. Spencer Brydon les había concedido a las sorpresas un margen de más de treinta años (treinta y tres, para ser exactos), y ahora le parecía que las sorpresas, a su vez, habían organizado un espectáculo en consonancia con la magnitud de la licencia que se les había dado. Cuando Brydon se fue de Nueva York contaba veintitrés años de edad; hoy tenía cincuenta y seis. Es decir, a menos que calculara el transcurso del tiempo conforme a una sensación que le había asaltado varias veces después de su repatriación, en cuyo caso habría vivido más tiempo del que normalmente le es asignado al ser humano. No paraba de repetirse a sí mismo que habría hecho falta un siglo, y así también se lo decía a Alice Staverton; habrían hecho falta una ausencia más prolongada y una mentalidad más distanciada que aquellas de las que era culpable para asimilar las diferencias, la novedad, la extrañeza, y sobre todo la grandeza, que, para bien o para mal, asaltaban en aquellos momentos su visión, mirara donde mirara.

No obstante, durante todo aquel tiempo, el hecho más relevante fue comprobar la ociosidad de todo cálculo anticipado. En efecto, Spencer Brydon se había pasado década tras década augurando —del modo más inteligente y liberal que imaginarse pueda— cambios llamativos. Ahora comprobaba que sus augurios quedaban en nada; echó en falta lo que estaba seguro de ir a encontrarse y se encontró lo que jamás había

imaginado. Las proporciones y los valores estaban trastocados; las cosas feas que se esperaba, las cosas feas de su lejana juventud (Spencer Brydon fue sensible a lo feo desde una edad muy temprana), pues bien, ahora resultaba que aquellos fenómenos misteriosos más bien ejercían encanto sobre él. Por el contrario, las cosas vistosas, las cosas modernas, monstruosas y célebres, las que había venido a ver más concretamente, al igual que lo hacían todos los años miles de curiosos ingenuos, aquellas cosas eran precisamente la causa de su desazón. Eran otras tantas trampas dispuestas a fin de desagradar, dispuestas sobre todo a fin de provocar una reacción, y él, que no dejaba de moverse un instante, estaba pisando constantemente los resortes que accionaban aquellas trampas. No cabía duda de que todo aquel espectáculo era interesante, pero habría resultado excesivamente desconcertante de no ser porque la existencia de cierta verdad de carácter más sutil salvaba la situación. Bajo aquella otra luz más duradera se apreciaba con claridad que Spencer Brydon no había regresado a su país exclusivamente para ver las monstruosidades; había ido (la conclusión era idéntica tanto si se analizaba detenidamente su acción como si sólo se hacía una valoración superficial de la misma) obedeciendo a un impulso que nada tenía que ver con las monstruosidades mencionadas. Había venido (expresándolo de un modo ampuloso) a ver lo que le pertenecía, de lo cual se había mantenido a una distancia de seis mil kilómetros durante un tercio de siglo; o (expresándolo con menos sordidez) había cedido al deseo de volver a ver la casa que tenía en el rincón feliz (como solía llamarlo cariñosamente) donde viera la luz por primera vez, donde varios miembros de su familia vivieron y murieron, donde había pasado las vacaciones de su infancia (el curso escolar siempre duraba demasiado) y recogido las pocas flores sociales de su adolescencia sin calor; ahora, merced a los fallecimientos sucesivos de dos hermanos suyos y a la cancelación de antiguos acuerdos, aquel lugar, al que había sido ajeno durante tanto tiempo, pasaba enteramente a sus manos. Era titular de otra propiedad, no tan «buena» como la primera. (El rincón feliz, desde hacía mucho tiempo, había ido ampliándose y revistiéndose de un carácter sagrado, ambas cosas en grado superlativo.) El valor de aquellas dos propiedades constituía la esencia de su capital y sus ingresos de los últimos años procedían de sus rentas respectivas, las cuales (gracias a que eran originariamente excelentes) jamás llegaron a ser muy bajas. Podría seguir en Europa, que era donde se había acostumbrado a vivir, con el producto de aquellos prósperos arrendamientos neoyorquinos; y la cosa iba a ser mejor aún, pues, habiendo expirado el plazo de doce meses correspondiente al arrendamiento de la segunda edificación, la que para él no pasaba de ser un mero número en una calle, la posibilidad de renovarla con elevado aumento resultó gratamente factible.

Las dos eran propiedades suyas, cierto, pero desde su llegada se dio cuenta de que cada vez hacía más diferencias entre ellas. La casa que era un número en una calle

(que antes constaba de dos cuerpos de aspecto severo, orientados hacia el oeste) ya se hallaba en proceso de reconstrucción, convertida en un alto bloque de viviendas; Brydon había aceptado hacía algún tiempo la propuesta de efectuar aquella transformación, y ahora que se estaba llevando a cabo, no había sido su menor causa de asombro el descubrimiento sobre el terreno (y pese a que carecía de la más mínima experiencia en aquellas lides) de que era capaz de desarrollar aquella actividad con cierta inteligencia, casi con cierta autoridad. Había vivido dándole la espalda a preocupaciones de aquella índole, con la cara vuelta hacia inquietudes de un orden tan diferente que apenas sabía cómo tomarse la bulliciosa aparición de su capacidad para los negocios y su sentido de la construcción, ocultos en una zona de su cerebro hasta entonces jamás explorada. Aquellas virtudes, ahora tan comunes en el ámbito en que se movía, habían permanecido aletargadas en la estructura de su ser, donde cabía decir que no habría tenido nada de raro que hubieran dormido el sueño de los justos. Por aquel entonces, en medio de un espléndido tiempo otoñal (al menos el otoño era una bendición sin tacha en aquel lugar horrible) deambulaba por su «obra», sin sentirse intimidado, experimentando una agitación interior; no le preocupaba lo más mínimo que toda aquella proposición —como decía— fuera sórdida y vulgar, y estaba dispuesto a subir por escaleras de mano, a pasar por encima de tablones, a transportar materiales y a dar la impresión de saber lo que se traía entre manos; en resumidas cuentas, a formular preguntas, hacer frente a las explicaciones y meterse en números sin dudarlo.

Lo encontraba divertido y estaba verdaderamente encantado; y, por los mismos motivos, lo encontraba aún más divertido Alice Staverton, aunque tal vez se la viera menos encantada. Sin embargo, ella no iba a mejorar con aquello, mientras que él sí, y de un modo asombroso: ahora, en el atardecer de la vida de Alice Staverton y Spencer Brydon lo sabía, no era probable que se le presentase a aquella dama posibilidades de mejorar su situación de propietaria y ocupante delicadamente frugal de la casita de Irving Place, lugar al que ella había sabido mantenerse unida a lo largo de una vida que había transcurrido casi ininterrumpidamente en Nueva York. Si ahora Brydon había encontrado aquélla mejor que cualquier otra dirección perdida en medio de las horribles numeraciones que se multiplicaban por doquier haciéndole ver la ciudad como si fuera una página de un libro de contabilidad, enorme, desmesurada, prodigiosa, plagada de renglones, cifras y tachaduras; si había adquirido aquel hábito reconfortante, ello se debía en no poca medida al encanto que para él tenía el haber encontrado y reconocido en medio de la vasta desolación masificada (yendo más allá de la concepción burda y simple que establecía como valores universales la riqueza, la fuerza y el éxito) un pequeño remanso donde los objetos y las sombras, todas las cosas delicadas, conservaban la pureza de las notas que desgrana una voz de agudo registro, perfectamente educada; un lugar impregnado por el sentido de la economía

del mismo modo que los aromas impregnan los jardines. La antigua amiga de Brydon vivía en compañía de una doncella y se ocupaba personalmente de limpiarle el polvo a los recuerdos, despabilar las bujías y bruñir la plata; siempre que podía se mantenía alejada de las horrendas aglomeraciones modernas, pero salía al paso y presentaba batalla cuando lo que entraba en juego era el «espíritu», espíritu que (acababa por confesar, con orgullo y un punto de timidez) correspondía a tiempos mejores, a un período común a ellos dos, en el que reinaba un orden social remotísimo, antediluviano. Cuando era necesario, Alice Staverton utilizaba el tranvía, aquel horrible engendro al que la gente se encaramaba atropelladamente, como si fueran náufragos luchando aterrorizados por subirse a un bote salvavidas; afrontaba con expresión impenetrable, haciendo un esfuerzo, todas las conmociones y sufrimientos públicos; y lo hacía con la esbeltez y el donaire engañoso de su aspecto físico, que planteaba el desafío de pronunciarse sobre si era una mujer joven y agraciada que parecía mayor por causa de los problemas o bien una mujer delicada, de cierta edad, que parecía más joven porque sabía reaccionar con indiferencia ante las circunstancias. Spencer Brydon la encontraba tan exquisita (sobre todo cuando Alice evocaba como algo precioso recuerdos e historias de las que él formaba parte) como una flor pálida que se guarda aplastada entre las páginas de un libro (algo raro de ver, por tanto) y, a falta de otras muestras de ternura, ella constituía una recompensa suficiente para el esfuerzo de Brydon. Poseían en común el conocimiento (al que ella aludía como «nuestro», adjetivo discriminatorio que siempre estaba en sus labios) de presencias de la era anterior, presencias que, en el caso de él, se hallaban ocultas bajo una serie de capas: su experiencia de hombre, su libertad de viajero, el placer, la infidelidad; episodios de la vida que eran para ella algo oscuro y desconocido y que podrían resumirse en la palabra «Europa». Pero cuando recibían la pía visita de aquel espíritu, que la señorita Staverton no había perdido jamás, seguían siendo presencias sin empañar, presencias queridas, expuestas a la luz.

Un día Alice le acompañó a ver cómo iba ganando altura su edificio de viviendas; él la ayudaba cuando había que sortear alguna zanja y le explicaba en qué consistían los planes. Sucedió que cuando se encontraban allí tuvo lugar, en presencia de ella, una discusión breve pero viva con el encargado, el representante de la empresa constructora que se ocupaba de la obra. Spencer Brydon pensó de sí mismo que había sabido conducirse con mucha firmeza ante el personaje citado. Éste había omitido la ejecución de algún detalle que figuraba entre las condiciones acordadas por escrito y Spencer defendió su postura con tanta brillantez que Alice, además de ruborizarse en el momento (poniéndose más bonita que nunca), pues se sentía partícipe de su victoria, le dijo posteriormente (aunque con un leve toque de ironía) que evidentemente había dejado desatendido durante muchos años un auténtico don. Si no se hubiera ido de su país se habría anticipado al inventor del rascacielos. Si no se

hubiera ido de su país habría descubierto su genio a tiempo y lo habría puesto en funcionamiento hasta dar con alguna variedad arquitectónica nueva y espantosa que habría sabido convertir en un filón de oro. Spencer recordaría aquellas palabras en el transcurso de las semanas siguientes, pues habían hecho resonar con eco argentino vibraciones que últimamente se ocultaban, acalladas y enmascaradas, entre los más recónditos entresijos de su ser.

El fenómeno empezó a manifestarse al cabo de los primeros quince días. Se trataba de una sensación de asombro, de origen desconocido; hacía aparición de un modo brusco y extrañísimo: le salía al paso (y esta imagen era la que tenía en cuenta para juzgar el asunto o al menos la que le hacía estremecerse y sonrojarse no poco) como hubiera podido salirle al paso, al doblar un oscuro recodo en una casa vacía, una silueta extraña, un ocupante inesperado. Esta extraña analogía le perseguía obsesivamente, cuando no la perfeccionaba él mismo, dándole una forma aún más intensa: se imaginaba que abría una puerta tras la cual tenía la seguridad de que no había nada, una puerta que daba a una habitación vacía, con los postigos cerrados; topábase, sin embargo, dominando un gran sobresalto, con una presencia totalmente rígida, algo que se hallaba inmóvil en medio del lugar, haciéndole frente a través de la oscuridad. Después de la visita que efectuaron al edificio en construcción, se acercó a pie, en compañía de su amiga, para ver la otra casa, la que siempre consideraba, con mucho, la mejor. Uno de sus ángulos daba al este (allí precisamente estaba el rincón feliz) y en aquel punto se entremezclaban una calle cuyo flanco occidental se hallaba bastante degradado y desfigurado, y una avenida que, debido al contraste, resultaba conservadora. La avenida, como dijo la señorita Staverton, aún tenía pretensiones de decencia; la gente de edad había desaparecido casi del todo y se desconocían los apellidos con solera; esporádicamente, algo que parecía estar allí por equivocación despertaba una imagen evocadora del pasado. Era como ver por la calle, a altas horas de la noche, a una persona muy anciana, experimentando el impulso amable de observarla o seguirla para tener la seguridad de que regresara a su casa sin sufrir percance alguno.

Nuestros amigos entraron juntos en la casa; Spencer abrió con llave, pues no había servidumbre alguna que se ocupara de la casa. Él tenía sus razones —según explicó— para preferir mantener vacío el lugar, excepción hecha de un sencillo acuerdo establecido con una buena mujer que vivía en la vecindad y acudía una hora todos los días para abrir las ventanas, limpiar el polvo y barrer. Spencer Brydon tenía sus razones, las cuales, con el paso del tiempo, iban ganando solidez a sus ojos; cada vez que acudía a aquel lugar las encontraba más convincentes, aunque no se las enumeró todas a su acompañante, como tampoco le había dicho todavía la frecuencia totalmente absurda con que se pasaba por allí. De momento sólo le permitió ver, mientras recorrían las grandes estancias desnudas, que aquél era el reino absoluto de

la vaciedad y que desde el tejado hasta los cimientos lo único que podía tentar a los ladrones era un objeto que había en un rincón: la escoba de la señora Muldoon. La señora Muldoon se encontraba en el edificio en aquellos momentos y atendió a los visitantes locuazmente, precediéndoles de habitación en habitación, abriendo postigos y levantando las hojas de las ventanas, todo ello —según comentó— para enseñarles qué poco había que ver. Efectivamente había poco que ver en el interior de aquel edificio grande y desolado cuyas características principales, la distribución del espacio y el estilo propio de una época con un sentido más amplio de las proporciones, ejercían no obstante sobre su dueño el efecto de una súplica honrada. Y le afectaba como si se tratara de una súplica hecha por un buen sirviente, por un criado que se hubiera pasado toda la vida a sus órdenes y que ahora le pidiera una carta con buenos informes, o incluso una pensión de jubilado. No obstante, también influyó un comentario que hizo la señora Muldoon, según el cual, aunque se sentía muy reconocida hacia el señor Brydon por encomendarle aquellas tareas de mediodía, tenía grandes esperanzas de que nunca le pidiera una cosa. Si por alguna razón llegaba a desear de ella que acudiese a la casa después de caer la oscuridad, se vería obligada, aun sintiéndolo mucho —y esto lo dijo con fuerte acento neoyorquino—, a decirle que se lo pidiese a otra persona.

El hecho de que no hubiera nada que ver no significaba, en opinión de aquella digna mujer, que no existiera la posibilidad de que se vieran ciertas cosas, y a continuación le dijo con toda naturalidad a la señorita Staverton —haciendo gala de una jerga muy peculiar— que desde luego no se le podía pedir a ninguna dama que reptara a las plantas altas durante las horas malignas. Luz de gas o eléctrica sólo la había fuera de la casa, lo cual le dio pie a la señora Muldoon para evocar con bastante vivacidad una visión horripilante de sí misma avanzando por entre las enormes habitaciones en penumbra (¡con tantas como había!) a la exigua luz de una vela. La señorita Staverton respondió a su franca mirada sonriendo al tiempo que le aseguraba que ciertamente ella se guardaría mucho de aventurarse a hacer nada semejante. Entretanto, Spencer Brydon guardaba silencio… de momento; el asunto de las horas «malignas» en su antiguo hogar ya se había convertido por aquel entonces en una cuestión sumamente seria para él, que ya llevaba varias semanas «reptando» y sabía muy bien por qué, tres semanas antes, había depositado personalmente un paquete de velas en el fondo de un cajón del antiguo y elegante armario empotrado que había al final del comedor. En aquel preciso instante se reía de lo que decían quienes con él estaban; sin embargo, cambió rápidamente de tema por dos razones. En primer lugar porque le pareció que su risa, incluso en aquel momento, despertaba aquel mismo eco extraño, aquella misma resonancia humana, consciente (no sabía muy bien cómo definirlo), que tenían los sonidos cuando estaba allí a solas, un eco que regresaba no sabía si a su imaginación o a su oído. En segundo lugar porque supuso que en aquel

instante Alice Staverton se disponía, tras haber adivinado algo, a preguntarle si alguna vez se aventuraba a hacer aquello de lo que hablaban. Había ciertas adivinaciones para las que no estaba preparado; en todo caso había alejado el peligro de aquella pregunta cuando la señora Muldoon los dejó, dirigiéndose a otras partes de la casa.

Felizmente había bastantes cosas que decir en aquel reducto sagrado, cosas que podían decirse libre y claramente. Por eso se precipitó un aluvión de frases cuando su amiga, después de echar un vistazo cargado de afecto al lugar en que se encontraban, abrió brecha, diciendo:

—¡Espero que no se esté usted refiriendo a que quieren que eche abajo esta casa!

Su respuesta, instigada por la reaparición de un sentimiento de cólera, no se hizo esperar: por supuesto que eso era exactamente lo que querían, y la razón por la que le acosaban día a día, con una insistencia que sólo se puede dar en gentes que ni aun a riesgo de perder la vida serían capaces de comprender la lealtad que se debe a los sentimientos más nobles. Aquel lugar, tal y como lo había encontrado, despertaba en Spencer Brydon un interés y un júbilo que él no era capaz de expresar con palabras. ¡Existían otros valores distintos de los infectos valores inmobiliarios! Pero en aquel punto le interrumpió la señorita Staverton.

—En resumidas cuentas, su rascacielos le proporcionará tantos beneficios que, con la vida de desahogo que va a llevar gracias a esas ganancias innoblemente obtenidas, podrá usted permitirse el lujo de venir por esta casa para tener sus momentos de sentimentalismo.

Spencer percibió en su sonrisa, así como en sus palabras, aquella delicada ironía, tan característica de ella, que le parecía ver en la mitad de las cosas que decía. Era una ironía carente de acritud, cuyo origen exacto era una imaginación desbordante, y nada tenía que ver con los sarcasmos baratos que se oyen en boca de la mayoría de las gentes que se mueven en la buena sociedad, gentes que pugnan por labrarse una reputación de inteligencia, siendo así que ninguno la posee en grado alguno.

Tras una breve vacilación, Brydon respondió:

—Bueno, sí, eso lo expresa con bastante precisión.

Y en aquel momento se sintió complacido, pues tenía la seguridad de que la imaginación de Alice sabría hacerle justicia. Spencer le explicó que aunque jamás recibiera un dólar por la otra casa él de todos modos le seguiría siendo fiel a ésta. A continuación, mientras se paseaban morosamente por las distintas estancias, recalcó el detalle de que su actitud ya empezaba a ser causa de estupefacción; él se daba perfecta cuenta de la genuina perplejidad en que estaba sumiendo a otros.

Spencer Brydon habló del valor que hallaba oculto detrás de todo cuanto allí se contemplaba: tras el mero espectáculo de las paredes desnudas, tras la mera forma de las habitaciones, tras los meros crujidos del suelo, tras el mero tacto de su mano al

coger los pomos (pomos antiguos, bañados en plata, adosados a las puertas de caoba; tacto que evocaba la presión que con la palma de la mano hicieran los muertos). Setenta años del pasado, en fin, que aquellos objetos representaban; los anales de casi tres generaciones, contando la de su abuelo, cuyos días hallaron fin allí; y las cenizas intangibles de su juventud, extinta hacía tanto tiempo, que flotaban en aquel mismo aire cual partículas microscópicas. Alice Staverton escuchó todo aquello; era una mujer que respondía con el corazón pero que no malgastaba palabras. Así pues, no lanzaba al viento nubes de vocablos; sin necesidad de hacerlo podía asentir, podía estar de acuerdo y, sobre todo, sabía dar ánimos. Tan sólo al final fue un poco más lejos que el propio Brydon:

—Pero ¿cómo puede usted saberlo? Puede que, después de todo, se quiera venir a vivir aquí.

Estas palabras le hicieron pararse en seco, pues no se trataba precisamente de lo que estaba pensando, al menos no en el sentido que ella le dio a lo que dijo.

—¿Quiere usted decir que puedo decidir quedarme en este país por esta casa?

—¡Bueno, es que no es una casa cualquiera…!

Sus palabras, llenas de tacto y elegancia, ponían sutilmente de relieve que la casa se hallaba enclavada en un lugar monstruoso, detalle que era una clara demostración de que ella no era persona que malgastara palabras. ¿Cómo podía nadie que tuviera un dedo de frente insistir en que otra persona quisiera vivir en Nueva York?

—Ya —dijo él—; yo hubiera podido vivir aquí (puesto que tuve ocasión de hacerlo siendo muy joven). Hubiera podido pasar aquí todos estos años. Entonces todo habría sido bastante diferente… y bastante raro, diría yo. Pero ésa es otra cuestión. Además la belleza del gesto (me refiero a mi perversidad, a mi negativa a aceptar negocios con la casa) estriba precisamente en la ausencia total de razones. ¿No se da cuenta de que si en este asunto obrara guiado por alguna razón, tendría que proceder de otra manera? Y entonces, dicha razón tendría, inevitablemente, carácter monetario. Aquí no existe más que una razón: la de los dólares. Así pues, prescindamos de toda razón…, que no haya ni el espectro de una razón.

Se encontraban nuevamente en el recibidor, disponiéndose a partir, pero desde donde estaban se dominaba, a través de una puerta abierta, una amplia vista del salón principal, que era una estancia de forma cuadrada, de grandes dimensiones y ventanas generosamente espaciadas unas de otras, acierto arquitectónico este que le confería un cierto carácter de antigüedad. Alice Staverton dejó de contemplar el aposento y miró a los ojos de su acompañante durante un momento.

—¿Está usted seguro de que el «espectro» de una razón no sería una cosa más bien útil?

Spencer Brydon notó perfectamente cómo palidecía. Pero creyó que, llegados a aquel punto, ya no habrían de profundizar más en el tema, pues cuando respondió, se

dibujó en su rostro una expresión a mitad de camino entre una sonrisa y una mirada de contrariedad.

—Claro, los espectros…, ¡seguro que la casa está plagada de espectros! Si no fuera así me avergonzaría de este lugar. La pobre señora Muldoon tiene razón: por eso me limité a pedirle que viniera a echar un vistazo.

La señorita Staverton volvió a mirar con aire ausente; era evidente que le pasaban por la cabeza cosas que no decía. Incluso es posible que durante el minuto que estuvo ensimismada en aquella elegante habitación su imaginación le diera vagamente forma a algún elemento, simplificándolo, al igual que simplifica una mascarilla funeraria el bello rostro que reproduce. Quizá la forma que vislumbró en aquel momento dejó una huella similar a la sensación que causa la expresión que queda fijada en la mascarilla de escayola. No obstante, fuera el que fuere el contenido de su impresión, ella optó por la vaguedad de un tópico.

—Bueno, ¡si la casa estuviera amueblada y habitada…!

Alice parecía querer dar a entender que si la casa aún estuviera amueblada tal vez él se hubiera mostrado un poco menos reacio a la idea de regresar. Pero pasó directamente al vestíbulo, como si quisiera dejar atrás las palabras que había dicho. Un instante después, Spencer abría la puerta de la casa, quedando los dos en lo alto de la escalinata. Luego él cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo y, mirando arriba y abajo, llegó hasta ellos la realidad y la crudeza (si se compara con el lugar del que salían) de la avenida. A Spencer le hizo pensar en la fuerza del impacto que ejerce la luz exterior del desierto sobre el viajero que emerge de una tumba egipcia. Pero antes de acceder a la calle se arriesgó a emitir la respuesta que pensó para las palabras de Alice.

—Para mí la casa está habitada y amueblada.

Ante lo cual ella tenía el fácil recurso de suspirar, corroborando con vaguedad y discreción su aserto.

—¡Ah, sí…!

Los padres de Spencer Brydon, así como su hermana predilecta, por no decir nada de otros muchos familiares, habían pasado allí toda su vida y allí habían visto el fin de sus días. Eso significaba que las paredes estaban llenas de vida, y aquello no era posible borrarlo.

Unos días después, en el transcurso de otra hora que pasó en compañía de Alice, Spencer manifestó que la curiosidad —exageradamente lisonjera— que sentían sus conocidos por saber qué opinión le merecía Nueva York, le hacía perder la paciencia. No se había formado ningún juicio que pudiera expresar públicamente, y con respecto a lo que «pensaba» (pensara bien o mal de lo que le rodeaba), su mente se hallaba enteramente absorta por un solo pensamiento. Era puro y vano egoísmo y era, además, si ella lo prefería así, una obsesión morbosa. Todo le hacía volver sobre la

cuestión de qué hubiera podido ser de él, qué clase de vida habría llevado, caso de no haber renunciado a aquel ambiente desde el principio. Y al tiempo que confesaba por vez primera que se entregaba con todas sus fuerzas a aquella especulación absurda (lo cual, sin duda alguna, era además una prueba de que tenía el hábito de pensar mucho en sí mismo), afirmó que no había nada en Nueva York capaz de despertar su interés, nada que le resultara atractivo.

—¿Qué habría sido de mí? ¿Qué habría sido de mí? Me paso el tiempo repitiéndome esta pregunta como un idiota. ¡Como si hubiera alguna posibilidad de saberlo! Veo lo que ha sido de muchos otros, personas con las que me encuentro, y me resulta positivamente doloroso (tanto que llegó a desesperarme) saber que también tendría que haber sido algo de mí. Sólo que me resulta imposible imaginarme qué, y la preocupación y la rabia que me hace sentir el saber que jamás veré mi curiosidad satisfecha, hacen revivir en mí una sensación que he experimentado alguna vez en el pasado, cuando, por las razones que fuera, habiendo recibido una carta de importancia, decidía que lo mejor era echarla al fuego sin abrirla. Después lo lamentaba, no podía soportarlo: jamás he podido saber el contenido de aquellas cartas. ¡Claro que tal vez a usted esto le parezca una tontería!

—Yo no he dicho que me parezca una tontería —interrumpió la señorita Staverton con seriedad.

Estaban en casa de Alice, ella sentada junto al fuego y él de pie, delante de ella, inquieto, con la atención dividida entre la intensidad de su idea fija y los antiguos objetos que había en la repisa de la chimenea, hacia los que se volvía una y otra vez, inspeccionándolos con el monóculo, aunque en realidad no se estaba fijando en lo que veía. Cuando la señorita Staverton le interrumpió, clavó la mirada en ella, pero se rió:

—¡Aunque lo hubiera dicho no me habría importado! De todos modos lo que le he contado no es nada, comparado con lo que siento ahora. Si cuando era joven no me hubiera obstinado en marchar por aquel derrotero (y le diré que lo hice pese a que mi padre estuvo a punto de maldecirme por ello), si, una vez en Europa, no hubiera decidido seguir adelante en mi empeño, sin haber tenido, desde el primer día hasta hoy, ni una sombra de duda, ni un atisbo de arrepentimiento; si, sobre todo, no me hubiera encontrado tan a gusto allí, si no me hubiera sentido fascinado, sí, fascinado y orgulloso hasta los tuétanos por la decisión que había tomado; si algo me hubiera apartado de todo aquello, entonces, necesariamente, mi vida y mi forma de ser habrían sido diferentes. Yo me habría quedado aquí… si hubiera sido posible; además yo era demasiado joven, veintitrés años, para juzgar, *pour deux sous*, si era siquiera posible. De haber esperado, tal vez hubiera comprobado que sí lo era, y entonces, al haberme quedado aquí, ahora estaría más cerca de esos tipos que han sido tallados en medio de tanta dureza, esos tipos a los que las circunstancias han hecho tan recios.

Tampoco es que los admire tanto: la cuestión de si tienen algún encanto o no, o si tienen, para ellos, algún encanto las circunstancias en las que se mueven (dejando aparte su rastrera pasión por el dinero), eso no tiene nada que ver con lo que digo. De lo que se trata es del desarrollo imaginario (perfectamente posible, por otra parte) que hubiera podido seguir mi naturaleza y que no ha seguido. Se me ocurre pensar que entonces yo tenía oculto muy dentro de mí un extraño *alter ego*, del mismo modo que se contiene en el tenso y diminuto capullo una flor en todo su esplendor, y que cuando decidí por qué derrotero habría de marchar mi vida, lo que hice fue transferir mi otra personalidad a un clima en el que se agostó para siempre.

—Y a usted le intriga saber cómo habría sido la flor —dijo la señorita Staverton —. A mí también, si le interesa saberlo; llevo varias semanas preguntándomelo. Yo creo en la flor —prosiguió—; me da la sensación de que hubiera sido una flor espléndida, enorme y monstruosa.

—¡Sobre todo monstruosa! —respondió el visitante—; y me imagino que, por ello mismo, asquerosa y repugnante.

—Usted no cree eso que dice —contestó ella—; si lo creyera no estaría intrigado. Lo sabría y con eso tendría bastante. La impresión que tiene (que es también la sensación que tengo yo) es que hubiera sido usted un hombre poderoso.

—¿Le habría gustado yo de ser así?

Ella apenas dejó que la rozara el fuego.

—¿Cómo no iba a gustarme usted?

—Ya entiendo. Le habría gustado. ¡Usted habría preferido que yo fuera multimillonario!

—¿Cómo no iba a gustarme usted? —se limitó a repetir ella.

Él seguía quieto, de pie, delante de ella; la pregunta de Alice lo tenía paralizado, pero la aceptó, así como lo que implicaba. En efecto, el hecho de que no la entendiera de otro modo corroboraba el sentido que encerraba.

—Por lo menos sé lo que soy —prosiguió, simplemente—; la otra cara de la moneda es algo que se ve muy claramente. No he sido una persona de conducta edificante; creo que he dejado mucho que desear en innumerables aspectos. Me he adentrado por caminos extraños y he adorado extraños dioses; usted debe haberse dado cuenta repetidas veces (de hecho me ha confesado que así era) de que a lo largo de estos treinta años ha habido épocas en las que he llevado una vida egoísta, frívola, escandalosa. Y fíjese en lo que ha sido de mí.

Ella se limitó a esperar, sonriéndole.

—Fíjese usted en lo que ha sido de mí.

—Oh, usted es una persona a la que nada le hubiera hecho cambiar. Nació para ser lo que es, en cualquier parte, de un modo u otro: posee usted una perfección que no se hubiera agostado por ninguna circunstancia. ¿No se da cuenta de que yo, de no

ser por el exilio, no hubiera seguido aguardando hasta ahora?

Una extraña punzada le hizo interrumpirse.

—En lo que hay que fijarse —se apresuró a decir Alice—, me parece a mí, es en que su exilio no ha echado nada a perder. No ha impedido que por fin esté usted aquí. No ha echado a perder esto. No ha echado a perder las palabras que ha dicho… —También a ella le temblaba la voz.

Spencer intentaba captar todos los matices que pudiera encerrar la emoción controlada de Alice.

—¿Así pues, usted cree, para mi desgracia, que yo no hubiera podido ser mejor de lo que soy?

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! —dicho lo cual se levantó de la silla, quedando más cerca de él—. Pero no me importa —añadió sonriendo.

—¿Quiere decir que soy suficientemente bueno?

Ella reflexionó un instante.

—¿Me creerá si le digo que sí? Quiero decir: si le digo que sí ¿eso zanjará la cuestión? —Y a continuación, como leyendo en su rostro que Spencer retrocedía ante aquello, que tenía alguna idea, la cual, por absurda que fuera, aún no podría malbaratar, añadió—: Oh, a usted tampoco le importa…, pero de un modo muy distinto: a usted no le importa más que usted mismo.

Spencer Brydon lo reconoció; de hecho él mismo lo había afirmado sin dejar lugar a dudas. No obstante hizo una distinción importante.

—*Él* no es yo. Él es totalmente distinto, es otra persona. Pero deseo verle —añadió—. Y puedo hacerlo. Y voy a hacerlo.

Se miraron a los ojos unos momentos, durante los cuales él detectó en la mirada de Alice algo revelador de que ella había adivinado el extraño sentido que encerraban las palabras de Spencer. Pero ninguno de los dos expresó aquello de otro modo y el que ella al parecer le hubiera comprendido, sin dar por ello muestras de sorpresa o rechazo, y sin hacer uso del fácil recurso de la burla, conmovió a Spencer más que ninguna otra cosa hasta entonces, convirtiéndose aquel hecho, para él, que estaba ahogándose en la idea fija que le dominaba, en el aire que necesitaba para respirar. Sin embargo, Alice dijo algo totalmente inesperado:

—Pues yo ya lo he visto.

—¿Que usted…?

—Lo he visto en un sueño.

—Ah, un sueño… —Se sentía defraudado.

—Pero dos veces seguidas —prosiguió ella—. Lo vi como lo estoy viendo a usted ahora.

—¿Ha tenido el mismo sueño…?

—Dos veces seguidas —repitió ella—. Exactamente igual.

A él le pareció que aquello tenía algún significado, y también le agradó.

—¿Sueña conmigo tan reiteradamente?

—¡Ah, con *él*! —dijo, sonriendo.

Spencer volvió a escrutarla con la mirada.

—Entonces ¿lo sabe todo sobre él? —Y como ella no dijera nada más, añadió—: ¿Cómo es ese condenado?

Alice dudó. Dio la impresión de que él la presionaba mucho y que ella, teniendo motivos para resistirse, se vio obligada a zafarse.

—¡En alguna ocasión se lo diré!

II

Después de esto, para él hubo mucho de virtud, mucho de encanto cultivado, mucho de estremecimiento secreto y absurdo en la forma particular que tenía de entregarse a su obsesión y de ocuparse de lo que, cada vez más, consideraba un privilegio personal. Durante aquellas semanas sólo vivía para aquello, puesto que verdaderamente consideraba que la vida empezaba después de que la señora Muldoon se hubiera retirado de la escena. Entonces Spencer recorría toda aquella casa tan amplia, desde el ático hasta el sótano y, tras comprobar que estaba solo, se sentía seguro y, como él tácitamente afirmaba, se abandonaba a la obsesión que le poseía. En algunas ocasiones acudía allí hasta dos veces en el plazo de veinticuatro horas; su momento predilecto era cuando espesaba la oscuridad, el breve crepúsculo otoñal; entonces era cuando, y una vez tras otra, sus esperanzas alcanzaban las cotas más altas. Le parecía que aquella hora era la de mayor intimidad para deambular y aguardar, para dejar pasar el tiempo y escuchar, sentir cómo su sutil capacidad de percepción (jamás, en toda su vida, la había tenido tan sutil) registraba el pulso de aquel lugar enorme y ambiguo. Prefería aquellos momentos, cuando aún no estaban encendidos los faroles, y su mayor deseo hubiera sido poder prolongar cada día el profundo hechizo crepuscular. Más tarde (era raro que lo hiciera mucho antes de la medianoche, pero una vez transcurrida ésta, observaba una dilatada vigilia) acechaba a la luz parpadeante de la vela; la movía despacio, la sostenía en alto, la extendía a lo lejos. Su regocijo era máximo ante las perspectivas abiertas, en los tramos que comunicaban habitaciones y junto a los pasillos: espacios rectos, de gran profundidad, susceptibles de brindar la ocasión (el escenario, hubiera dicho él) que daría paso a la revelación que quería propiciar. A él le parecía que aquellas prácticas podían llevarse a cabo perfectamente sin despertar comentarios; nadie tenía la menor idea de aquello. Alice Staverton, que además era un pozo de discreción, no se lo imaginaba ni por asomo.

Entraba y salía con la tranquilidad y confianza que le daba su condición de propietario; el azar le favorecía hasta entonces pues, si bien un policía gordo que

hacía la ronda por la avenida le había visto alguna vez, por casualidad, entrar a las once y media, aún no le había visto nunca (que Spencer supiera) salir a las dos de la madrugada. Se dirigía a la casa a pie, y siempre llegaba a primeras horas de aquellas noches frías del mes de noviembre. Tan natural era hacer aquello después de cenar en un restaurante como podía serlo encaminarse a un club o a su hotel. Cuando salía de su club, si no había cenado fuera, sólo cabía pensar que se dirigía a su hotel. Y si salía del hotel, después de haber pasado allí parte de la noche, sólo cabía pensar que se dirigía a su club. En resumidas cuentas, todo resultaba de lo más natural; todo encajaba, ayudándole a seguir adelante con su engaño. Era verdad: incluso cuando aquella experiencia lo ponía en tensión, siempre había algo que la encubría, algo que, como un bálsamo, simplificaba todo lo demás, de modo que nadie advertía nada. Spencer Brydon se relacionaba, charlaba, renovaba con desenvoltura y afabilidad antiguas amistades. En efecto, en la medida que le resultaba posible, incorporaba nuevos elementos a su forma de vida, y, en líneas generales, le daba la impresión de que agradaba a la gente, más bien que lo contrario (a pesar de que le había dicho a la señorita Staverton que la trayectoria de las distintas personas con las que trataba constituía un espectáculo muy poco edificante para quienes pudieran contemplarlo). Había alcanzado un éxito social relativo, de segunda clase… y ello con gente que no conocía su verdadera personalidad. Los murmullos con que le daban la bienvenida, los taponazos de las botellas que descorchaban en su honor, todo aquello era una mera sonoridad superficial, del mismo modo que los gestos con que él les correspondía eran las sombras exageradas (enfáticas, en la medida que apenas significaban nada) de una especie de juego de *ombres chinoises*. Mentalmente, se proyectaba a sí mismo a lo largo de todo el día, pasando directamente por encima de una hilera erizada de cabezas rígidas, inconscientes, penetrando en la otra vida, la que le aguardaba, la verdadera; la vida que empezaba para él en cuanto entraba en el rincón feliz, después de escuchar el chasquido que hacía el portón al cerrarse, algo tan fascinante como los lentos compases iniciales de una música sublime que suceden al golpe de batuta en el atril.

Siempre se quedaba escuchando el eco primero que levantaba la punta de acero de su bastón al chocar contra el vetusto suelo de mármol del recibidor, grandes baldosas blancas y negras que recordaba haber admirado en su niñez y que —ahora se daba cuenta de ello— habían contribuido a desarrollar tempranamente en él una concepción del estilo. Era el eco aquel como un tañido de apagado vibrar que llegara de una campana lejana, que pendía quién sabe dónde, acaso en las profundidades de la casa, o en las del pasado, o en las de aquel otro mundo misterioso que él podría haber visto florecer de no haberlo —para bien o para mal— abandonado. Cuando experimentaba aquella sensación siempre hacía lo mismo; dejaba el bastón silenciosamente apoyado en un rincón: le parecía una vez más que aquel lugar era un

enorme recipiente de vidrio, una concavidad hecha toda de un cristal precioso, que sonaba delicadamente porque un dedo humedecido se deslizaba alrededor del borde. La concavidad de cristal contenía, por decirlo así, aquel otro mundo de naturaleza misteriosa; y aquel rumor indescriptiblemente tenue que del borde surgía eran los suspiros, los lamentos patéticos —apenas audibles para su oído atentísimo— de lo que pudo haber sido y a lo que él había renunciado. Por tanto, lo que Spencer hacía mediante el conjunto de su presencia silenciosa era invocar aquellas posibilidades, procurando darles una vida fantasmal, en la medida que ello fuera aún posible. Se resistían a aparecer, se resistían de manera insuperable, pero no se podía decir que tuvieran un carácter siniestro; al menos no lo tenían tal y como él intuía aquellas posibilidades intangibles, cuando aún no había adoptado la forma que él deseaba fervientemente que adoptaran, la forma bajo la que en algunos momentos se veía claramente a sí mismo, caminando de puntillas, las puntas de unos zapatos de etiqueta que iban de habitación en habitación, y de piso en piso.

Aquélla era la esencia de su visión, que podía parecer una completa locura (si uno quería considerarlo así) cuando Spencer Brydon se encontraba fuera de la casa, dedicado a otras ocupaciones, pero que revestía toda la verosimilitud del mundo en cuanto volvía a apostarse allí. Sabía qué significaba su actitud, así como lo que quería; estaba tan claro como la cantidad que figura en un cheque que se quiere cobrar. Su *alter ego* «caminaba». Tal era el contenido de la imagen que se hacía Spencer de aquella entidad, mientras que con respecto a los motivos que le llevaban a dedicarse a tan extraño pasatiempo, consistían en el deseo de acecharlo y verlo frente a frente. Brydon deambulaba lenta, cautelosa o incesantemente (la señora Muldoon estaba totalmente en lo cierto cuando habló de «reptar»); a su vez, la presencia que aquél asediaba también deambulaba incesantemente. Pero era tan cauta y huidiza como su perseguidor, quien, noche tras noche, fue viendo ganar solidez a su convicción de que alguien escapaba a su persecución. Al principio era una probabilidad, después algo claramente perceptible, claramente audible, hasta que al final adquirió un rigor que no era comparable con nada de lo que había conocido hasta entonces. Spencer sabía que a lo largo de su existencia había habido personas de criterio superficial que sostuvieron, respecto de él, la teoría de que desperdiciaba su vida entregándose a la sensualidad, pero él jamás había saboreado un placer tan exquisito como la tensión a que se veía sometido ahora, jamás había conocido una actividad que exigiese tanta paciencia y al mismo tiempo tanto nervio como lo exigía ir en pos de una criatura más sutil pero, si se la acorralaba, acaso más peligrosa que ninguna bestia salvaje. Una y otra vez le venían a la cabeza términos, comparaciones, incluso idénticas actitudes que en la caza; hubo hasta momentos en que revivió episodios de su esporádica actividad como cazador, viendo despertar recuerdos de su juventud, allá en páramos, montañas y desiertos. Entonces la fuerza tremenda de

aquella analogía se agudizaba. Hubo veces en que se sorprendió a sí mismo (tras haber dejado la vela en alguna repisa o en un hueco de la pared) volviendo sobre sus pasos para refugiarse entre las sombras, ocultándose tras una puerta o en un umbral, del mismo modo que antaño buscara la posición privilegiada que le brindaba un árbol o una roca; se sorprendía a sí mismo conteniendo la respiración y viviendo el júbilo de aquel instante, aquella tensión suprema que sólo se da en la caza mayor.

Brydon no tenía miedo (aunque se planteó la cuestión; sabía que también se la habían planteado, según su propia confesión, caballeros que participaron en cacerías de tigres en Bengala, o que habían estado muy cerca del gran oso de las Rocosas); y no lo tenía —¡al menos en esto podía ser sincero!— porque le daba la impresión, tan íntima y tan extraña a la vez, de que él mismo era causa de terror, de que él mismo era sin duda alguna causa de una tensión probablemente superior a la que acaso pudiera llegar a sentir él. Los signos de alarma que su presencia y vigilancia originaban se dividían en categorías; Brydon aprendió a percibirlos y llegó a estar bastante familiarizado con ellos, reparando siempre en el hecho portentoso de que probablemente había establecido una relación y adquirido un nivel de conciencia sin precedentes en la historia del hombre. La gente siempre ha tenido miedo, en todos los órdenes, a las apariciones, pero ¿quién había invertido jamás los términos, convirtiéndose en el universo de las apariciones, en la personificación de un terror infinito? Spencer Brydon podría haber encontrado sublime aquel hecho, si se hubiera atrevido a pensarlo detenidamente; pero es cierto que tampoco profundizó mucho en aquel aspecto que tenía su situación privilegiada. A base del hábito y la repetición alcanzó una capacidad extraordinaria para penetrar en la penumbra de las distancias y en la oscuridad de los rincones; aprendió a devolverles su aspecto inocente a los engaños que originaban las luces inconcretas, a las formas de apariencia maligna que formaban en las tinieblas las meras sombras, a los movimientos causados accidentalmente por las corrientes de aire, a los efectos cambiantes que dependían de las perspectivas. Dejaba su pobre luz en el suelo y, avanzando sin ella, pasaba a otras habitaciones y, sabiendo dónde estaba sólo por si la necesitaba, era capaz de ver a su alrededor y de proyectar a tal fin una claridad relativa. Aquella facultad que había adquirido le hacía sentirse como si fuera un gato sigiloso y monstruoso. Se preguntaba si en aquellos momentos sus ojos despedirían una potente luminosidad amarilla y qué supondría para el pobre *alter ego* al que acosaba enfrentarse con alguien así.

No obstante, le gustaba que los postigos estuvieran abiertos; abría todos los que la señora Muldoon había cerrado, cerrándolos después con sumo cuidado para que ella no se diera cuenta. Le gustaba (¡esto sí que le gustaba, sobre todo en las habitaciones del piso superior!) contemplar la nítida plata de las estrellas otoñales a través de los cristales, y le proporcionaba un placer apenas menor el fulgor de los faroles, abajo, en

la calle, el blancor eléctrico que hacía preciso correr las cortinas, si se deseaba evitarlo. Aquello era la realidad de la sociedad humana; aquello pertenecía al mundo en el que había vivido. Spencer se sentía aliviado porque el mundo siempre le había mostrado, pese al desapego que hacia el mismo sentía él, un rostro fríamente genérico e impersonal. Por supuesto donde tenía mayor apoyo era en las habitaciones que daban a la amplia fachada y al lateral, muy largo; le fallaba bastante en las sombras centrales y en las zonas de atrás. Pero sí, a veces, cuando hacía sus rondas, se alegraba de su alcance óptico, no por ello dejaba de parecerle que la parte trasera de la casa era la jungla en la que se desenvolvía su presa. Allí el espacio tenía más subdivisiones; en especial había una gran «extensión», donde se multiplicaban las habitaciones de los criados y donde abundaban los escondrijos, recovecos, roperos, pasillos, y donde, sobre todo, había una ancha escalera con diversas ramificaciones. Por ella se asomaba muchas veces, mirando hacia abajo, sin perder la compostura, aun cuando se daba cuenta de que un espectador podría haberlo tomado por un tonto de solemnidad que estuviera jugando al escondite. De hecho, fuera de allí, él mismo podría haber hecho aquel *rapprochement* irónico: pero entre aquellas paredes, y pese a la claridad que entraba por las ventanas, la firmeza de su determinación estaba a prueba de la cínica luz de Nueva York.

La idea de que su víctima era dueño de una consecuencia exasperada había de acabar por convertirse en una auténtica prueba para Spencer, pues desde el principio tuvo la convicción absoluta de que podía cultivar su capacidad de percepción. Por encima de todo le parecía que aquélla era una cualidad susceptible de ser cultivada, lo cual no era más que otra manera de nombrar su forma de pasar el tiempo. A base de ejercitarla fue puliendo su capacidad de percepción, llevándola hacia la perfección; como consecuencia de lo cual llegó a adquirir tal sutileza perceptiva que ahora era capaz de registrar impresiones que al principio le estaban vedadas, lo que venía a confirmar el postulado en que se basaba. Esto ocurría de un modo más específico con un fenómeno que últimamente acontecía con bastante frecuencia en las habitaciones superiores: el reconocimiento (absolutamente inconfundible y que podía fecharse a partir de un momento específico, cuando Spencer Brydon reanudó su campaña tras un alejamiento diplomático, una ausencia de tres días calculada de antemano) de que le seguían; no había duda de que alguien iba tras él, a una distancia cuidadosamente medida y con el fin expreso de quebrantar la confianza, la arrogancia de su convicción, conforme a la cual su único papel era el de perseguidor. Brydon se inquietó y acabó desorientándose, pues aquello venía a demostrar la existencia, entre todas las impresiones concebibles, de la que menos encajaba con sus previsiones. Lo veían, mientras que él, a su vez seguía siendo —por lo que a su situación se refería— ciego, quedándole entonces el único recurso de darse la vuelta bruscamente para recuperar terreno rápidamente. Giraba sobre sus talones y volvía sobre sus pasos

como si pudiera al menos detectar la agitación que dejaba en el aire el efecto de otro giro brusco. Era muy cierto que cuando pensaba en aquellas maniobras totalmente desorientadas se acordaba de las farsas navideñas, en las que el ubicuo Arlequín abofeteaba y le gastaba bromas a Pantalón por la espalda. Pero aun así seguía intacto el influjo de las condiciones propiamente dichas cada vez que quedaba nuevamente expuesto a las mismas, por lo que aquella situación, de haberse convertido en algo constante para Spencer, no habría sino contribuido a intensificar su inquietud. Sus tres ausencias respondían, como he dicho, al propósito de dar la impresión infundada de una suspensión de sus actividades, y el resultado de la tercera ausencia fue confirmar los efectos de la segunda.

Cuando regresó aquella noche (la noche siguiente a su última desaparición) se detuvo en el recibidor y miró hacia la parte superior de la escalera, experimentando la convicción más íntima que había sentido jamás. «Está allí, arriba, y está esperando. No es como siempre, que retrocede para ocultarse. No abandona el terreno, y es la primera vez, lo cual es una prueba clara de que ha pasado algo.» Estas razones se daba a sí mismo Brydon, con una mano en la barandilla y un pie en el primer peldaño, y estando en dicha postura sintió como jamás lo había sentido que su lógica helaba el aire. Él también sintió frío por lo mismo, pues pareció comprender repentinamente lo que estaba en juego. «¿Más acosado? Sí, así lo cree; ahora tiene claro que he venido, como se suele decir, con la intención de quedarme. No le hace ninguna gracia y no puede soportarlo; me refiero a que su ira, sus intereses amenazados, se equilibran ahora con el terror que siente. Lo he estado persiguiendo hasta que por fin se ha dado la vuelta. Eso es lo que ha ocurrido ahí arriba; ahora es un animal dotado de colmillos o de cornamenta, que por fin ha sido acorralado.» Spencer Brydon, como digo (aunque ignoro qué le indujo a ello), estaba íntimamente convencido de que esto era lo que ocurría. Sin embargo, un instante después, bajo la influencia de aquella certidumbre, empezó a sudar. Tan improbable era que hubiera atribuido aquella reacción al miedo como que la misma le sirviera de resorte para entrar en acción. No obstante, también sentía grandes escalofríos, escalofríos que revelaban sin duda un súbito desaliento, pero que también presagiaban, y con idéntico estremecimiento, un acontecimiento sumamente extraño, que le hacía sentir un júbilo extraordinario y casi despertaba en él un orgullo sin límites, un acontecimiento que tal vez se produjera al cabo de unos instantes: la duplicación de su conciencia.

«Ha estado evitándome, huyendo, ocultándose; pero ahora que se ha desatado la ira en su interior ¡va a luchar!» Aquella fuerte impresión contenía en una sola bocanada, valga la expresión, terror y aplausos. Pero lo asombroso del caso era que (constatada aquella sensación como un hecho) sentía grandes deseos de aplaudir, porque, si a quien había estado persiguiendo era a su otro yo, esta entidad inefable demostraba no ser en última instancia indigna de él. Se revolvía (en algún lugar

cercano, aunque él todavía no le había visto) en pleno acoso, haciendo bueno el proverbio de que la paciencia tiene un límite; y en aquel instante Brydon probablemente saboreó la sensación más compleja que había conocido jamás dentro de los límites de la cordura. Era como si se avergonzara de que una personalidad tan estrechamente asociada a la suya saliera triunfante de su intención de permanecer oculta, como si Brydon se avergonzara de que su otro yo no acabara de atreverse a dar la cara. En este sentido, al desaparecer este riesgo, hacía aparición una situación mucho más clara. Sin embargo, merced a otro proceso mental tan sutil como el anterior, Brydon estaba tratando de evaluar en qué medida podría ahora sentir también el miedo; y así, al tiempo que se alegraba porque de una forma era capaz de inspirar activamente aquel miedo, también se estremeció porque podría conocerlo pasivamente bajo otra forma.

El temor a conocerlo debió de hacerse más intenso poco después, y entonces sobrevino el que quizá fue el momento más extraño de toda su aventura, el más memorable o el más genuinamente interesante de su crisis. Ocurrió durante un lapso de unos instantes, durante los cuales entabló consciente y concentradamente un *combat*; sintió la necesidad de aferrarse a algo, como si estuviera resbalando sin cesar por un plano de gran inclinación; sintió, primordialmente, un vivo impulso de moverse, de actuar, de arremeter como fuera contra algo. En una palabra: sintió la necesidad de demostrarse a sí mismo que no tenía miedo. La necesidad de aferrarse a algo era la condición a que momentáneamente se veía reducido. Si hubiera habido, en medio de aquella inmensa vaciedad, algo a lo que agarrarse, hubiera tardado poco en notar la sensación de que asía algún objeto, exactamente igual que, de haberse llevado un susto estando en el lugar donde vivía, habría asido el respaldo de la silla más cercana. De todos modos notó con sorpresa —esta sensación sí llegó a tenerla— algo que no le había ocurrido jamás desde su primera incursión en la casa. Después de haber cerrado los ojos los mantuvo así, haciendo fuerza, durante un minuto largo, como guiado por un instinto desalentador que le anunciaba una visión terrorífica. Cuando volvió a abrirlos, la habitación en la que se encontraba y las habitaciones contiguas parecieron inundarse de una luz extraordinaria. Tanta era la claridad que al principio casi llegó a creer que era de día. Pese a tan extraño fenómeno, siguió firme en el mismo lugar donde se había detenido. Su resistencia le sirvió de ayuda, fue como si hubiera superado algún obstáculo. Al cabo de un rato supo de qué obstáculo se trataba: había corrido el peligro inminente de ceder al impulso de huir. Puso toda la fuerza de su voluntad para no hacerlo; de no haber sido así habría corrido escaleras abajo. Le parecía que, incluso con los ojos cerrados, habría descendido, habría sabido llegar hasta abajo rápida, directamente.

Pero había resistido y por tanto allí seguía, en el piso de arriba, donde estaban las habitaciones más intrincadas, quedándole aún el desafío de las otras habitaciones, de

todo el resto de la casa para cuando le llegara el momento de irse. Se iría cuando llegara el momento: sólo entonces. ¿Acaso no se iba todas las noches a la misma hora? Sacó el reloj; había suficiente luz para ver la hora: apenas era la una y cuarto. Jamás se había retirado tan pronto. Normalmente llegaba al lugar donde se alojaba a las dos, tras un paseo de un cuarto de hora. Aguardaría un cuarto de hora más, hasta entonces no se movería. Y siguió con el reloj en la mano, con la vista clavada en él, pensando entretanto que aquélla era una espera deliberada, una espera que entrañaba esfuerzo, que —lo reconocía— cumpliría perfectamente la misión de demostrar lo que él quería. Sería una prueba de su valor (a no ser que la mejor manera de probarlo fuera moverse por fin de donde estaba). Lo que tenía más presente en aquellos momentos era que, puesto que no había salido huyendo, conservaba toda su dignidad (jamás en su vida pareció tener tanta) y podía proclamarla, llevándola en alto. Esto se lo representaba como algo que verdaderamente hacía, como una imagen física, una imagen casi digna de una época más heroica. Aquella visión brilló al principio tenuemente y un instante después se le presentó en medio de un brillo más esplendoroso. Después de todo ¿qué época heroica hubiera encajado con el estado de su mente o con la situación «objetivamente» —como solía decirse— prodigiosa en que se encontraba? La única diferencia habría consistido en que, enarbolando su dignidad por encima de la cabeza, como si la llevara escrita en un rollo de pergamino, entonces también hubiera podido —al tratarse de unos tiempos épicos— descender por la escalera con una espada desenvainada en la otra mano.

La verdad es que en aquellos momentos la función de espada tendría que haberla desempeñado la vela que había dejado en la repisa de la chimenea, en la habitación de al lado; utensilio aquel para apoderarse del cual Spencer Brydon dio el número de pasos preciso, en el transcurso de un minuto. La puerta que mediaba entre las dos habitaciones estaba abierta y en la segunda había otra puerta que daba a una tercera habitación. Aquellas tres habitaciones, según recordaba, daban todas a su vez a un pasillo común, pero tras ellas había una cuarta habitación de la que no se podía salir sin pasar a la que le precedía. Ponerse en movimiento, volver a oír el ruido de sus pasos fue para Brydon una ayuda considerable; sin embargo, pese a que reconocía este hecho, una vez más se demoró brevemente junto a la chimenea donde había dejado la luz. Cuando se puso de nuevo en movimiento, dudando sólo qué dirección tomar, reparó en un detalle que, tras haber caído inicialmente en él de un modo vago, le hizo sobresaltarse como suele suceder cuando nos asalta la angustia de un recuerdo que interrumpe violentamente la dicha del olvido en que vivíamos. Brydon tenía a la vista la puerta que ponía fin a la breve cadena de comunicación antes descrita, y la estaba viendo desde el umbral más próximo a la tal puerta, que no era el que quedaba frente a la misma. Situada a la izquierda del punto en que se hallaba, le hubiera franqueado el paso a la última de las cuatro habitaciones, la que carecía de toda otra

vía de acceso o salida, de no ser, y de eso estaba Spencer íntimamente convencido, porque la hubieran cerrado *después* de la última vez que la visitó, cosa que debió de ocurrir aproximadamente un cuarto de hora antes. Se quedó contemplando fijamente, con toda la intensidad de su mirada, aquel hecho prodigioso, nuevamente paralizado y nuevamente conteniendo la respiración, mientras trataba de sondear el significado de aquello. Con toda seguridad la habían cerrado *subsiguientemente*, es decir: ¡no había la menor duda de que la última vez que pasó por allí estaba abierta!

Saltaba claramente a la vista que había ocurrido algo entretanto; no era posible que no se hubiera fijado antes (se refería al recorrido primero que hizo aquella noche por todas las habitaciones) en la presencia excepcional de aquella barrera. A partir de aquel momento se apoderó de él una agitación extraordinaria, suficiente para hacerle dudar de cuanto había visto antes. Intentó convencerse de que tal vez hubiera entrado en la habitación y luego, sin darse cuenta, automáticamente, acaso cerrara la puerta al salir. La dificultad estribaba en que precisamente aquello era algo que no hacía nunca; iba en contra de su táctica general —como hubiera podido decir él—, que en esencia consistía en que todas las perspectivas estuvieran despejadas. Así lo hizo desde el principio y lo tenía muy presente: la extraña aparición, al fondo de una perspectiva lejana, de su desconcertada «presa» (término que ahora, merced a una ironía cruel, resultaba de lo menos adecuado) era la forma y el éxito más celebrados por su imaginación, que siempre le atribuía a aquella aparición una belleza refinada. Cincuenta veces había visto cómo empezaba a concretarse una percepción que luego acababa por desvanecerse; cincuenta veces se había dicho a sí mismo con un hilo de voz «¡allí!», bajo el efecto de alguna alucinación breve y estúpida. Desde luego, la casa se prestaba asombrosamente a ello; le brindaba a Spencer la posibilidad de admirar el buen gusto de una época en que la arquitectura local se recreaba de tal modo en multiplicar puertas, extremo opuesto a la tendencia moderna, que las suprime casi por completo. Pero esta característica de la casa también había contribuido a suscitar la obsesión de vislumbrar la presencia que la habitaba telescópicamente (como acaso hubiera podido decir Brydon), enfocándola y estudiándola desde una perspectiva lejana, como si no quisiera cansarse el brazo de tanto llevar la vela.

Tales eran las consideraciones que ocupaban su atención en aquellos momentos, y no servían sino para corroborar el carácter portentoso de lo que había visto. Era sencillamente imposible que hubiera sido él quien bloqueó aquella abertura; y si no había sido él, si esto era algo inconcebible, ¿qué otra cosa cabía pensar, pues, sino que había otro agente? ¿Otro agente? Hacía sólo un momento que le había parecido oírle respirar; pero ¿cuándo lo había tenido Brydon tan cerca como ahora, merced a aquel acto tan sencillo, tan lógico, tan completamente personal? Es decir: se trataba de un acto tan lógico que hubiera cabido pensar que lo había ejecutado una persona.

Mas ¿qué pensaba él de aquella acción?, se preguntaba Brydon a sí mismo, mientras respiraba entrecortadamente, creyendo que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Ah, por fin estaban los dos frente a frente, las dos proyecciones de su mismo ser, pero de signo opuesto; y esta vez se atisbaba —tanto como se quisiera— la cuestión del peligro. Y con ella se planteaba, como no se había planteado antes, la cuestión del valor, pues Brydon sabía que lo que el rostro desnudo de la puerta le estaba diciendo era: «¡Demuéstranos cuánto valor tienes!». La puerta le miraba fija, hostilmente, lanzándole aquel desafío; le exponía las dos posibilidades que tenía: ¿iba a abrir la puerta o no iba a abrirla? ¡Oh, darse cuenta de aquello era *pensar*, y Brydon sabía que pensar, en tanto que seguía allí, significaba, con el transcurso de los momentos, no haber actuado! No haber actuado (aquello le resultaba doloroso y le hacía sentirse desgraciado) significaba una vez más seguir sin actuar; significaba, en efecto, rotundamente, sentir todo aquello de una manera nueva y terrible. ¿Cuánto tiempo llevaba parado? ¿Cuánto tiempo llevaba debatiendo consigo mismo? Ya no había nada con qué medirlo, pues su ánimo ahora vibraba de un modo distinto, como por efecto de la intensidad con que sentía algo nuevo. Encerrado allí, acorralado, desafiante, comprobado palpablemente el hecho prodigioso de que se había llevado a cabo una acción física, quedando por tanto proclamado el hecho tan claramente como si estuviese escrito en un letrero bien visible…, con todos aquellos indicios la situación tomaba un nuevo cariz; y Brydon por fin comprendió en qué consistía el cambio.

La situación aconsejaba una actitud radicalmente distinta. ¡Lo que se puso de manifiesto para Brydon fue el valor supremo de la discreción! Sin duda la idea se fue abriendo paso poco a poco en su mente, pues hubo tiempo de que así fuera. Brydon se mantenía perfectamente inmóvil en el umbral; aún no había avanzado ni retrocedido un milímetro. Lo más extraño de todo era que, ahora que con sólo dar diez pasos y poner la mano en el picaporte, o incluso —si fuera necesario— haciendo fuerza con el hombro y la rodilla contra la hoja de la puerta, tenía la oportunidad de calmar el hambre de su necesidad primigenia; ahora que tenía la oportunidad de saciar su enorme curiosidad y de aplacar su desasosiego… le ocurrió algo asombroso, pero también exquisito y excepcional: de golpe, ya no deseaba lo que con tanta insistencia había buscado. Discreción…, se lanzó sobre aquella idea; y sin embargo es muy cierto que no llegó a tal extremo porque así salvara la integridad psicológica o la piel, sino porque, lo que era mucho más valioso, así salvaba la situación. Cuando digo que se «lanzó» sobre aquella idea lo hago porque el término está en consonancia con el hecho de que (la verdad es que no sé al cabo de cuánto tiempo) se puso de nuevo en movimiento, yendo derecho hacia la puerta. No quería tocarla (ahora hubiera podido hacerlo, de haberlo querido); lo único que quería era esperar un rato allí para dar testimonio, para demostrar que no quería hacerlo. En la nueva posición

que ocupaba, sólo le separaba de la revelación que tanto había buscado una delgada madera de la que sin embargo mantenía apartados los ojos y las manos, intensamente concentrado en su inmovilidad. Estaba en actitud de escucha, como si se pudiera oír algo, pero lo que estaba haciendo todo aquel tiempo era oír su propia voz: «Si no quieres, bien, de acuerdo: te dispenso; abandono. Entiendo que me estás suplicando que tenga compasión: quieres convencerme de que existen razones firmes y sublimes (¿qué sé yo?) para pensar que los dos habríamos sufrido. Las respeto, pues, y a pesar de creer que la conmoción que he experimentado y el privilegio que se me ha concedido jamás recayeron antes sobre hombre alguno, me retiro; renuncio, para siempre jamás, por mi honor lo digo, a volver a intentarlo. Así pues, descansa para siempre… y déjame a mí hacer otro tanto».

Con aquellas palabras que él creía solemnes, mesuradas, dirigidas a alguien, Brydon expresó sus sentimientos más profundos. Cuando acabó se dio la vuelta; ahora se daba verdaderamente cuenta de lo profundamente afectado que se había visto. Volvió sobre sus pasos, recogió la palmatoria, viendo que se había consumido casi hasta la arandela, y volvió a escuchar nítidamente el ruido de sus ligerísimas pisadas; al cabo de un momento, supo que se hallaba al otro extremo de la casa. Al llegar allí hizo algo que nunca había hecho todavía a aquellas horas: abrió la hoja de una ventana de la fachada y dejó que penetrara el aire de la noche; antes, haber hecho una cosa así hubiera significado romper bruscamente el hechizo. Ahora ya no importaba, pues el hechizo ya estaba roto; estaba roto porque Brydon había hecho una concesión, porque se había rendido, de modo que ya no tenía ningún sentido que regresara jamás. La calle vacía (su otra vida, tan palpable, aunque ahora sólo fuera un desierto iluminado por faroles) estaba al alcance de su voz, al alcance de su mano. Brydon se disponía a volver al mundo, aunque de momento seguía allá arriba, en la ventana; observaba, como si estuviera esperando que ocurriese un hecho normal que le reconfortara, algún detalle vulgar y humano, ver pasar a un ladrón o un basurero, algún ave nocturna, por muy corriente que fuera. Habría agradecido aquel signo de vida; se habría alegrado mucho de ver cómo se acercaba lentamente su amigo el policía, a quien hasta entonces sólo había evitado, y si apareciera ante su vista el guardia, Brydon no estaba seguro de no ir a sentir el impulso de entablar relación con él, de llamarlo desde el cuarto piso en que se encontraba, poniendo cualquier pretexto.

No se le ocurría ningún pretexto que no fuera demasiado estúpido o demasiado comprometedor, ninguna explicación que dejara a salvo su dignidad, impidiendo que apareciera su nombre en los periódicos: estaba tan ocupado pensando cómo ser fiel al principio de la discreción (como consecuencia de la promesa formulada poco antes a su íntimo adversario) que la cuestión cobró mucha importancia, trastocando con total ironía el sentido de la proporción de Brydon. Si hubiera habido una escalera de mano

apoyada en la fachada de la casa, aunque fuera una de esas perpendiculares y vertiginosas que utilizan pintores y techadores y que a veces no retiran por la noche, se las hubiera arreglado como fuera para subirse a horcajadas en el alféizar y, estirando al máximo brazos y piernas, llegar hasta el medio que le facilitaría el descenso. Si hubiera habido uno de aquellos extraños artilugios como los de las habitaciones de los hoteles, dispuestos para que se utilizaran en caso de incendio, y que consistían en una cuerda de nudos o en una tira de lona, Spencer Brydon los hubiera utilizado como prueba…, bueno, pues de la delicadeza que en aquellos momentos se adueñaba de él. Era éste un sentimiento que, tal como estaban las cosas, abrigaba un poco en vano, y que al final (una vez más al cabo de no sabía bien cuánto tiempo) acabó por convertirse de nuevo en una vaga sensación de angustia, quizá por el efecto que causó sobre su ánimo ver que el mundo exterior no le respondía. Le parecía llevar siglos esperando alguna señal procedente de aquel silencio vasto y siniestro; también la vida de la ciudad estaba bajo los efectos de un hechizo: no se explicaba de otro modo que durara tanto aquel vacío inerte, aquel silencio antinatural que recorría en todas direcciones el panorama de objetos desconocidos y más bien desagradables que contemplaba. Brydon se preguntaba si alguna vez aquellas casas de nítido perfil (que ya empezaban, en medio de la aurora incipiente, a adquirir un aspecto lívido) habían mostrado tanta indiferencia hacia las necesidades de su espíritu. Grandes vacíos edificados, grandes quietudes atestadas de gente que, enclavadas en el corazón de las ciudades, solían, durante las altas horas de la noche, ocultarse tras una suerte de máscara siniestra. Y aquella gigantesca negación colectiva iba enseguida a hacérsele patente a Brydon (tanto más cuanto que estaba a punto de amanecer, cosa que parecía casi increíble), mostrándole a Brydon el perfil de la noche que acababa.

Consultó de nuevo el reloj, dándose cuenta de lo mucho que se le había trastocado la noción del tiempo (le había parecido que las horas eran minutos, al revés que en otras situaciones de tensión, en las que los minutos se le antojaban horas). El aire extraño que tenían las calles no era sino el arrebol tenue y apagado del amanecer, que se iba abriendo paso en medio de la oscuridad, que aún lo envolvía todo. La única nota de vida fue la llamada implorante que él lanzaba desde la ventana abierta, y no obtuvo respuesta, así que cuando por fin se calló, quedó sumido en una desesperación aún mayor. Sin embargo, pese a sentirse tan profundamente desmoralizado, fue una vez más capaz de sentir un impulso que denotaba (al menos conforme a la valoración que en aquellos momentos Brydon hacía de las cosas) una resolución extraordinaria: se sentía capaz de volver sobre sus pasos y llegar hasta el punto donde se le heló la sangre, al disiparse la última sombra de duda sobre si había en la casa otra presencia aparte de la suya. Aquello requería un esfuerzo tan grande que podía incluso hacerle enfermar; pero Brydon contaba con su razón, que en aquellos momentos era más

poderosa que ninguna otra cosa. Tendría que atravesar toda la casa. ¿Cómo se mantendría firme en su resolución si la puerta que antes había visto cerrada se encontrara abierta ahora? Podía aferrarse a la idea de que el cierre de la puerta había sido en la práctica un acto de clemencia para con él; así se le brindaba la oportunidad de bajar las escaleras y marcharse, abandonar aquel lugar para no volver a profanarlo nunca. Era un planteamiento coherente y podía dar resultado; pero el significado que Spencer Brydon quisiera asignarle dependía claramente del poco o mucho dominio de sí mismo que tuviera en aquellos momentos como consecuencia de su reciente actividad, o más bien de su reciente inactividad. La imagen de aquella «presencia» (independientemente de cuál fuera la naturaleza de la misma) esperando allí su llegada…, jamás había sido aquella imagen algo tan concreto para los nervios de Brydon como cuando se detuvo en seco a muy poca distancia del punto en que, sin duda alguna, hubiera tenido lugar el encuentro. Pues, con toda su resolución o, más exactamente, con todo su miedo, Spencer Brydon, efectivamente, se detuvo en seco; cuando tuvo la posibilidad de ver qué había, no la utilizó. El riesgo era muy elevado y su terror muy definido: en aquellos momentos su terror revestía una forma absolutamente inequívoca.

Brydon sabía (sí, nunca había estado tan seguro de una cosa como lo estaba ahora) que si veía la puerta habría llegado, de un modo totalmente abyecto, su fin. La puerta abierta significaría que el causante de su vergüenza (era su vergüenza lo que le hacía pensar en una abyección total) se hallaba de nuevo en libertad, dueño de todo el lugar, y esto lo dejaba a merced de un hecho que veía con toda claridad, una determinación que se vería obligado a tomar. Regresaría directamente a la ventana que había dejado abierta y una vez junto a aquella ventana, por más que no hubiera ni una larga escalerilla ni una cuerda colgando, Brydon se veía a sí mismo incontrolada, enloquecida, fatalmente camino de la calle. Al fin logró Brydon alejar de sí tan espantosa posibilidad; pero para ello sólo había un medio, y era retirarse sin comprobar si la puerta estaba o no cerrada. Antes tendría que salvar toda la casa, aquel hecho seguía en pie; la diferencia era que ahora sabía que lo único que le haría ponerse en movimiento era no salir de la incertidumbre en que se hallaba con respecto a cierto hecho. Pasó furtivamente junto al lugar donde antes se había parado, alejándose de allí (el mero obrar así se convertía de repente en una garantía de seguridad) y, avanzando a ciegas en dirección a la escalera principal dejó atrás habitaciones abiertas y pasillos en los que resonaban ecos. Por fin llegó el principio de las escaleras; por delante tenía un prolongado descenso a oscuras y tres rellanos que lo jalonarían. Su instinto le decía que no hiciera ningún ruido, pero sus pies caían con fuerza sobre el suelo y, cosa extraña, cuando al cabo de dos minutos se percató de ello, le pareció que era un modo de pedir ayuda. No hubiera podido hablar, el tono de su voz le habría asustado, y la idea o recurso habituales de silbar en la oscuridad (ya

fuera literal o figuradamente) le parecía algo degradante y vulgar; pese a todo seguía deseando oír el ruido que hacía al huir, y cuando alcanzó el primer rellano (cosa que hizo sin precipitarse pero sin perder nada de tiempo), aquel éxito parcial le hizo soltar un suspiro de alivio.

Además, la casa se le antojaba inmensa y las proporciones espaciales desmesuradas; las habitaciones abiertas, hacia ninguna de las cuales se atrevía a dirigir la mirada, como tenían los postigos cerrados semejaban bocas de cavernas tenebrosas. Tan sólo la alta claraboya que coronaba el profundo pozo en que se hallaba, creaba en él un medio en cuyo seno podía avanzar, pero de una tonalidad tan extraña que semejaba una suerte de Hades submarino. Brydon intentó pensar en algo noble, como que su casa era un lugar verdaderamente grandioso, una posesión espléndida; pero aquel pensamiento noble revistió simultáneamente otra forma: el deleite inequívoco con que finalmente sacrificaría la mansión. Ahora podían hacer su aparición los constructores, los destructores: podrían venir tan pronto como les viniera en gana. Rebasados dos rellanos inició el descenso de otro tramo de escalera y, a mitad de camino, cuando sólo le quedaba un descansillo más, logró atisbar cierta claridad, resultado de diversos factores: las ventanas del piso de abajo; las persianas a medio echar; de cuando en cuando, el destello fugaz de los faroles callejeros; las zonas acristaladas del vestíbulo. Era el fondo del mar, que tenía luz propia y que, según pudo ver (cuando en un momento dado se detuvo y, asomándose por encima de la barandilla, echó una larga ojeada hacia las profundidades), estaba pavimentado con las baldosas de mármol de su infancia. Para entonces Spencer Brydon se sentía indudablemente mejor, como hubiera podido decir de haberse hallado en una situación más normal; había sido capaz de detenerse para tomar aliento, y su mejoría se acentuó cuando tuvo a la vista aquellas losas blancas y negras que le recordaban el pasado. Pero su sensación más intensa (en la que había además un elemento de total impunidad) era que ahora quedaba definitivamente zanjada la cuestión de qué hubiera visto arriba de haberse atrevido a echar un último vistazo. La puerta cerrada, ahora felizmente remota, seguía cerrada… y a Brydon sólo le restaba, cosa que enseguida haría, alcanzar la otra puerta: la de la casa.

Siguió bajando, cruzó la distancia que le separaba del último tramo; y si volvió a detenerse un instante fue sobre todo porque la certidumbre de su huida le hizo sentir una emoción intensísima que le obligó a cerrar los ojos (que volvió a abrir para seguir bajando la recta pendiente de los peldaños restantes). Seguía teniendo la misma sensación de impunidad, pero se trataba de una impunidad casi excesiva pues, cuando las luces laterales y la que penetraba a través de la tracería en abanico situada encima de la puerta iluminaron directamente el recibidor, Spencer Brydon advirtió al cabo de un instante que el vestíbulo estaba abierto, que alguien había echado hacia atrás las hojas de la puerta interior. Merced a lo cual se le planteó por segunda vez aquel

interrogante, y también por segunda vez casi se le salían los ojos de las órbitas, como cuando en el piso más alto de la casa descubrió lo ocurrido con la otra puerta. Si había dejado abierta la puerta de arriba, ¿no había dejado cerrada esta de abajo? ¿No se hallaba ahora ante la evidencia más inmediata de que se estaba llevando a cabo una actividad oculta inimaginable? El interrogante que se planteaba era tan acuciante como tener un cuchillo en el costado, pero la respuesta seguía sin tomar forma, pareciendo perderse en la vaga oscuridad, en cuyo seno sólo se destacaba una tenue luminosidad auroral que se filtraba hasta el suelo en forma de arco, penetrando por encima de la puerta de la calle, resplandor semicircular, nimbo de plata fría que, cuando Brydon lo miraba parecía cambiar de sitio, aumentar y disminuir de tamaño.

Parecía que en medio del semicírculo hubiera algo, protegido por la falta de claridad, que se confundía con la extensión opaca que había más atrás, la superficie pintada de la última barrera que le quedaba a Spencer Brydon en su huida, la puerta cuya llave tenía en el bolsillo. Por más que aguzara la vista, la falta de luz se burlaba de él, como si envolviera o desafiara toda certidumbre, por lo que, después de que su paso vacilara un instante, nuestro hombre decidió seguir adelante, pues le daba la sensación de que por fin, efectivamente, allí había algo que ver, que tocar, que coger, que conocer…, algo que no tenía nada de natural, algo espantoso, pero Brydon sabía que no le quedaba otro remedio para avanzar hacia aquello, encontrándose con la libertad o con la derrota. La densa penumbra verdaderamente ocultaba a una figura que en su seno se alzaba tan inmóvil como las imágenes erectas que se ven en los nichos o como un centinela de yelmo negro que defendiera un tesoro. Después Brydon iba a conocer, iba a ver y recordar algo en lo que había creído a lo largo de su descenso. En la zona central del gran semicírculo grisáceo que se recortaba contra el suelo Spencer vio que disminuía la oscuridad y percibió que se concretaba la misma forma que la pasión de su curiosidad le había hecho anhelar durante tantos días. Se perfiló, apenas distinguiéndose de la oscuridad, y era algo, era alguien, el prodigio de una presencia personal.

Rígido, consciente, espectral y sin embargo humano, ante Spencer Brydon había un hombre de su misma sustancia y estatura, aguardándole para medir su capacidad de terror. No podía ser otra su intención, o eso creyó Brydon hasta que, avanzando, se dio cuenta de que lo que le impedía distinguir su rostro era que se hallaba oculto tras unas manos levantadas. Lejos de hallar ante sí un rostro desnudo y desafiante, se encontraba una faz parapetada tras un gesto oscuramente implorante. Así fue como Brydon percibió lo que tenía ante sí; ahora todos los detalles se destacaban nítidamente en medio de una mayor claridad: su inmovilidad absoluta; la verdad palpitante de su existencia, su cabeza entrecana, inclinada hacia delante; las manos blancas que ocultaban su rostro; la extraña realidad de su atuendo: el traje de etiqueta, los quevedos que pendían de una cadenita, las brillantes solapas de seda de los

bolsillos, la blancura de la camisa de lino, la perla que remataba el alfiler de la corbata, el estuche de oro del reloj, los zapatos bruñidos. Ningún gran maestro de la pintura moderna habría logrado un retrato más fiel; el tratamiento artístico más consumado no habría logrado una mejor representación de cada uno de sus rasgos y matices. Antes de que nuestro amigo se diera cuenta, la presencia retrocedía presa de un horror inmenso: Brydon comprendió de repente que tal era el sentido del gesto inescrutable de su adversario. Al menos tal era el significado que le sugería la presencia que él contemplaba, boquiabierto; pues Spencer Brydon no podía menos de quedarse atónito al ver que de su otro yo se apoderaba también la angustia; quedarse boquiabierto ante la evidencia de que, ahora que él, Brydon, había llegado allí, a un paso de la vida triunfante, a la que pronto accedería, de la que enseguida disfrutaría, ahora su otro yo no era capaz de hacerle frente a su triunfo. ¿No evidenciaba todo esto aquel gesto de ocultarse tras las manos, unas manos fuertes, espléndidas, completamente extendidas? Manos extendidas con intención tan obvia que (a pesar de un detalle singularmente veraz que se destacaba por encima de todos los demás; el hecho de que a una de las manos le faltaban dos dedos, que quedaban reducidos a muñones, como si los hubiera perdido por causa de un disparo fortuito) el rostro quedaba eficazmente oculto y a salvo.

Pero ¿quedaría «a salvo»? Brydon siguió allí, respirando con dificultad por causa del asombro que sentía, hasta que la misma impunidad de su actitud y la misma insistencia de su mirada provocaron, según él mismo pudo comprobar, un movimiento súbito que un instante después se reveló como un portento aún mayor. Mientras Brydon seguía mirando, la presencia alzó la cabeza, denotando una intención más valerosa, y empezó a mover las manos, a separarlas. Entonces, como si fuera el resultado de una decisión instantánea, apartó el rostro, dejándolo al descubierto, desnudo. Al contemplarlo, el horror se apoderó de Spencer Brydon, atenazándole la garganta, donde se ahogó un sonido que no fue capaz de emitir; porque la identidad espantosa que quedaba al descubierto no podía corresponderse con la suya, y aquella mirada airada expresaba su propia protesta apasionada. ¿El rostro, *aquel* rostro, el de Spencer Brydon? Aún lo contempló un instante más, pero enseguida apartó la mirada, aterrado, rechazándolo, cayendo fulminantemente desde el pináculo de la sublimidad en que se hallaba. ¡Era un rostro desconocido, inconcebible, espantoso, desconectado de toda posibilidad…! Spencer se quejó, en su fuero interno; se sentía estafado por haber dedicado tanto tiempo al acoso de su víctima: la presencia que ante sí tenía era, efectivamente, una presencia; el horror que en su interior anidaba era verdadero horror, pero la pérdida de tantas noches era algo grotesco, y el éxito de su aventura una ironía. Se hallaba ante alguien que no tenía absolutamente ningún punto de contacto con él, que convertía a su otra personalidad en algo monstruoso. Una y mil veces sí, a medida que se le aproximaba el otro ser:

aquél era el rostro de un desconocido. Ahora lo tenía más cerca, como si se tratara de una de esas imágenes fantásticas que crecen y crecen, proyectadas por la linterna mágica de nuestra niñez; pues el desconocido, quienquiera que fuese, avanzaba maligno, odioso, estridente y vulgar, como si tuviera intención de agredirle, y Brydon supo que estaba cediendo terreno ante la presencia. Entonces, aún más acosado, sintiéndose desfallecer por la intensidad de la sorpresa recibida, cayendo hacia atrás, como derribado por aquel aliento caluroso y por la pasión que desataba una vida más poderosa que la suya, por la cólera de una personalidad ante la cual la suya se derrumbaba, Spencer Brydon sintió que se le nublaba la vista y que sus pies no eran capaces de sostenerlo. La cabeza le daba vueltas; estaba perdiendo la conciencia; la había perdido.

III

Evidentemente, lo que le había hecho volver en sí (mas ¿al cabo de cuánto tiempo?) fue la voz de la señora Muldoon, que le llegaba desde muy cerca, desde tan cerca que le daba la sensación de estar viéndola arrodillada en el suelo, delante de él, mientras que él yacía mirándola. No todo su cuerpo descansaba contra el suelo; estaba semiincorporado, alguien lo sostenía; sí, se daba cuenta de que lo sujetaban con delicadeza y, con más claridad aún, notaba que su cabeza reposaba sobre algo muy suave que desprendía una fragancia gratamente reconfortante. Spencer Brydon trató de pensar, se preguntó qué ocurría; pero la cabeza sólo le respondía a medias. Entonces apareció otro rostro, que se inclinaba sobre él de modo más directo, y al final comprendió que Alice Staverton había hecho de su regazo un almohadón amplio y perfecto para su cabeza, para lo cual se había sentado en el primer peldaño; el resto del cuerpo (Brydon era bastante alto, por cierto) yacía sobre las baldosas blancas y negras. Estaban fríos aquellos cuadrados marmóreos de su niñez, pero él, por alguna razón, no lo estaba. Recobraba la conciencia de modo maravilloso, poco a poco; aquélla era la mejor hora de su vida: se sentía grata, increíblemente pasivo, pero al mismo tiempo inmerso en un tesoro de inteligencia del que lentamente se iba apropiando. Pudiera decirse que su capacidad de percepción se hallaba disuelta en el aire del lugar y que tenía la luminosidad dorada de una tarde de finales de otoño.

Había vuelto en sí…, nunca mejor dicho: había vuelto de un lugar lejanísimo al que ningún otro hombre había viajado jamás, sólo él. Pero lo extraño era la sensación de haber vuelto al lugar que de verdad valía la pena, como si el sentido de aquel viaje prodigioso fuera regresar allí. De forma lenta pero segura iba recuperando la conciencia, completándose por sí misma la visión de lo que le rodeaba; lo habían acarreado hasta allí, milagrosamente; lo habían levantado en vilo y transportado cuidadosamente desde donde se hallaba caído, al final de un interminable corredor gris. Pese a ello continuó inconsciente, y lo que le había hecho recuperar el

conocimiento fue la interrupción de aquel movimiento suave.

Le había hecho recuperar el conocimiento, el conocimiento…, sí, en eso radicaba el carácter maravilloso del estado en que se hallaba; estado que se parecía cada vez más al de una persona que se va a dormir después de que le comuniquen la noticia de que ha recibido una cuantiosa herencia; tras haber soñado con ello, profanando la noticia al mezclarla con asuntos que nada tienen que ver con ella, se despierta, comprobando con serenidad la certidumbre del hecho; entonces no le resta más que seguir tumbado y ver cómo la verdad del mismo se hace cada vez más sólida. Tal era el curso que seguía la paciencia de Brydon: tan sólo tenía que esperar que las cosas se le aclararan por sí mismas. Se dio cuenta, por otra parte, de que debían de haberle vuelto a coger en vilo y, con interrupciones, haberle llevado más lejos; de otro modo no cabía explicarse por qué ni cómo (conforme descubrió más adelante, cuando se hizo más intensa la luz del atardecer) ya no estaba al pie de las escaleras (las cuales ahora le parecían hallarse en medio de la oscuridad, al otro extremo del túnel en que se encontraba él) sino junto a una de las ventanas del salón, de techos tan altos, tumbado en un ancho banco sobre el que habían extendido, a modo de colchón, una capa de material suave, forrada de piel gris, que recordaba haber visto antes y que acariciaba con cariño, como si quisiera comprobar que la capa existía de verdad. Había desaparecido el rostro de la señora Muldoon, pero el otro, el que reconoció en segundo lugar, se hallaba inclinado sobre él de un modo que le permitió saber que estaba recostado y con la cabeza apoyada igual que antes. Lo iba comprendiendo todo, y cuanto mejor lo comprendía, más le satisfacía: se sentía tan reconfortado como si hubiera comido y bebido. Las dos mujeres se lo habían encontrado, después de que la señora Muldoon, a la hora acostumbrada, abriera con su llave. Lo más importante era que ésta hubiera llegado cuando la señorita Staverton aún seguía cerca de la casa. Ya se alejaba, llena de inquietud, preocupada porque nadie había contestado a sus llamadas. Según los cálculos de Alice a aquella hora ya debiera haber llegado la buena mujer. No obstante, por fortuna, esta última apareció antes de que la señorita Staverton se hubiera ido de allí, de modo que entraron juntas en la casa. Después de cruzar el vestíbulo se encontraron a Brydon tumbado de un modo muy parecido a como estaba tumbado ahora. Es decir, daba totalmente la impresión de que se había caído, pero lo asombroso era que no tenía ningún corte ni magulladura; tan sólo parecía hallarse sumido en un profundo estupor. No obstante, en medio de aquel proceso que le permitía ver las cosas cada vez con mayor claridad, lo que comprendió con más nitidez en aquellos instantes fue que Alice Staverton, durante un momento inenarrablemente largo, no había tenido ninguna duda de que él estaba muerto.

—Seguramente debí estarlo. —Brydon comprendió esto estando apoyado en la señorita Staverton—. Sí…, no pudo ser de otro modo, tuve que estar muerto. Usted

me ha traído literalmente a la vida. Sólo que —se preguntó, alzando la vista hacia ella —, por todos los demonios, ¿cómo?

Un instante después la señorita Staverton se inclinaba sobre él y le besaba, y había algo en la manera de hacerlo, así como en el modo en que abrazaba su cabeza mientras él sentía el frío caritativo y virtuoso de sus labios; había algo en toda aquella beatitud que de algún modo servía de respuesta a todo.

—Y ahora te retengo —dijo la señorita Staverton.

—¡Oh, reténme, reténme! —imploró Brydon; el rostro de ella estaba aún inclinado sobre él, y en repuesta a sus palabras, Alice lo bajó aún más, dejándolo cerca, muy cerca del suyo. Aquello sellaba su situación, y Spencer saboreó en silencio la impresión de aquel prolongado momento de éxtasis. Pero luego volvió sobre el asunto—. Sin embargo, ¿cómo pudiste saberlo?

—Estaba inquieta. Tenías que haber venido, ¿recuerdas? Y no enviaste recado alguno.

—Sí, ya me acuerdo…, yo tenía que haber ido a verte hoy a la una. —Esto encajaba con la vida y la relación que mantenían antes, y que ahora parecían algo tan cercano y tan lejano a la vez—. Yo estaba ahí fuera, en medio de mi extraña oscuridad…, ¿dónde fue?, ¿qué fue? Tuve que quedarme ahí muchísimo tiempo. —No era capaz de hacerse una idea de la intensidad ni de la duración de su desmayo.

—¿Desde anoche? —preguntó ella, levemente temerosa de estar cometiendo una indiscreción.

—Desde esta madrugada… seguramente: desde que apuntó la fría penumbra del amanecer. ¿Dónde he estado? —preguntó, esbozando un gemido—, ¿dónde he estado? —Entonces notó que ella lo estrechaba con más fuerza y aquello le ayudó a quejarse sin temor—: ¡Qué día tan largo y oscuro!

Pese a la ternura que la embargaba, Alice aguardó un momento.

—¿La fría penumbra del amanecer? —dijo con voz temblorosa.

Pero él ya había dado un paso más en su tarea de encajar las piezas de todo aquel prodigio.

—Como yo no me presentaba te viniste directamente…

Alice lanzó una fugacísima mirada a su alrededor.

—Primero fui a tu hotel, donde me informaron de tu ausencia. Saliste a cenar y desde entonces no habías vuelto. Pero por lo visto creían que habías ido a tu club.

—Entonces ¿tenías idea de esto?

—¿De qué? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Pues… de lo que ha pasado.

—Creí que por lo menos te habrías pasado por aquí. Supe desde el primer momento que venías.

—¿Lo sabías?

—Bueno, lo creía. No te dije nada después de aquella conversación que tuvimos hace un mes, pero estaba segura. Sabía que lo harías —afirmó ella.

—¿Quieres decir que persistiría?

—Que lo verías.

—¡Pero si no lo he visto! —exclamó Brydon, arrastrada, quejumbrosamente—. Hay alguien…, un monstruo espantoso al que acorralé de manera igualmente horrible. Pero no era yo.

Al oír aquello Alice se inclinó nuevamente sobre él y clavó sus ojos en los de Brydon.

—No…, no eras tú. —Y fue como si, de no haber tenido Spencer tan cerca el rostro que se cernía sobre él, hubiera podido detectar en el mismo algún significado particular que la sonrisa de Alice disfrazaba—. ¡No, gracias a Dios —repitió ella— no eras tú! Imposible, no hubieras podido ser tú.

—Ah, pero el caso es que lo era —insistió él amablemente y miró con fijeza delante de sí, como había estado haciendo por espacio de tantas semanas—. Hubiera podido conocerme a mí mismo.

—¡No habrías podido! —repuso ella con ánimo consolador. Y entonces, volviendo sobre otra cuestión, como si quisiera seguir dando explicaciones relativas a lo que había hecho, dijo—: Pero no fue sólo eso, que estuvieras ausente del hotel. Esperé hasta la hora en que nos encontramos a la señora Muldoon aquel día que vine aquí contigo; y, como te dije, llegó cuando yo aún seguía en las escaleras de fuera, desesperada porque nadie me había abierto la puerta. Al cabo de un rato, de no haber tenido la suerte de que apareciera la señora Muldoon, habría dado con el modo de encontrarla. Pero no se trataba —dijo Alice Staverton, como si una vez más asomara en ella aquella sutil intención—, no se trataba sólo de eso.

Tumbado aún, Spencer volvió la vista hacia ella.

—¿De qué más se trata entonces?

Alice afrontó su mirada y la intriga a que había dado lugar con sus palabras.

—¿Dices que fue en medio de la fría penumbra del amanecer? Pues bien, hoy, al amanecer, en medio de la penumbra y del frío, yo también te vi.

—¿Que me viste?

—Lo vi a *él* —dijo Alice Staverton—. Debió de ser en el mismo momento.

Spencer se quedó un instante callado, asimilando lo que había oído, como si deseara tener una actitud enteramente razonable.

—¿En el mismo momento?

—Sí…, otra vez mi sueño, el mismo de que te he hablado ya. Se me volvió a aparecer aquel hombre. Entonces me di cuenta de que era una señal. Aquel hombre te había encontrado.

Al oír esto Brydon se incorporó; tenía necesidad de ver mejor a Alice. Cuando

comprendió el sentido de aquel movimiento, ella le ayudó. Brydon quedó sentado, apoyado en el banco, junto a ella, cogiendo con su mano derecha la mano izquierda de Alice.

—Él no me encontró.

—Tú te encontraste a ti mismo —dijo ella con una hermosa sonrisa.

—Ah, ahora me he encontrado a mí mismo…, gracias a ti, mi vida. Pero esa alimaña de rostro horrible, esa bestia es un ser extraño y oscuro. No tiene nada que ver conmigo, ni siquiera con lo que yo hubiera podido ser —afirmó Brydon rotundamente.

Pero Alice conservaba una lucidez que parecía el aliento mismo de la infalibilidad.

—Pero ¿no se trataba precisamente de que habrías sido alguien muy distinto?

La mirada de Alice Staverton volvió a parecerle más hermosa que las cosas de este mundo.

—¿No querías justamente saber hasta qué punto habrías sido distinto? Así es como te vi esta mañana —dijo ella.

—¿Como a *él*?

—¡Eras un ser extraño y oscuro!

—Entonces ¿cómo supiste que era yo?

—Porque, como te dije hace unas semanas, mi mente y mi imaginación le habían dado muchas vueltas a lo que hubieras y a lo que no hubieras podido ser (para que veas cuánto he pensado en ti). En medio de todo eso te me apareciste…, para que mis preguntas hallaran respuesta. Así supe —prosiguió Alice— y creí que, puesto que era una cuestión tan vital para ti, según me dijiste aquel día, acabarías viendo lo que buscabas. Y cuando esta mañana volví a tener una visión supe que era porque tú habías visto al otro, y también porque entonces, desde el primer momento, de algún modo, tú querías que yo lo viera. Me pareció que él me decía eso. —Alice sonrió de modo extraño—. Así pues, ¿por qué no habría de gustarme él?

Esto hizo que Spencer Brydon se pusiera en pie.

—¿Te «gusta» ese ser horrible?

—Hubiera podido gustarme. Además —dijo ella—, para mí no era un ser horrible. Yo lo habría aceptado.

—¿«Aceptado…»? —La voz de Brydon revelaba extrañeza.

—Antes, por el interés que tenía el hecho de que fuera distinto…, sí. Y como cuando lo vi lo reconocí (cosa que tú, cuando por fin lo tuviste delante, cruelmente, no hiciste, cariño)… en fin, comprenderás que a mí tenía que resultarme menos espantoso. Y tal vez él se haya sentido contento porque me compadecí de él.

Alice también estaba de pie, junto a él; seguía cogiéndole de la mano, ofreciéndole el apoyo de su brazo. Pese a que todo aquello arrojaba una débil luz

sobre su entendimiento, Brydon preguntó, resentido, a regañadientes:

—¿Te «compadeciste» de él?

—Ha sido muy desdichado, ha sufrido muchos atropellos —dijo ella.

—¿Y yo no he sido desdichado? Basta con que me mires: ¿es que yo no he sufrido atropellos?

—Ah, yo no he dicho que me guste más él —concedió Alice después de pensarlo un momento—. Pero él tiene un aspecto lamentable, las cosas que le han pasado han hecho estragos en él. No utiliza, como tú, un elegante monóculo para la vista.

—No… —Aquello llamó la atención de Brydon—. Yo no habría sido capaz de usar algo así en pleno Nueva York. Se habrían reído de mí.

—Esos enormes quevedos de lentes convexas… los vi, me di cuenta de qué clase eran…, ese hombre ve muy mal. ¡Y la mano derecha…!

—¡Ah! —Brydon hizo una mueca de dolor…, bien fuera porque quedaba demostrada la identidad de aquel ser, bien por los dos dedos que le faltaban. A continuación añadió lúcidamente—: Tiene un millón al año, pero no te tiene a ti.

—Y él no es…, no, ¡él no es tú! —musitó Alice cuando Brydon la atrajo hacia su pecho.

Traducción de Eduardo Lago

Free Joe y el resto del mundo

El nombre de Free Joe me trae recuerdos muy amenos. Resulta imposible decir por qué, puesto que era la criatura más humilde, sencilla y seria que ha pisado nunca la tierra y lamentablemente le faltaban aquellos elementos que se asocian con la amenidad. Es cierto, por otra parte, que en 1850 los adustos ciudadanos del minúsculo pueblecito de Hillsborough, Georgia, no mostraban inclinación a contemplar con buen humor a Free Joe y que ni su nombre ni su presencia suscitaban sonrisas. Era un negro solitario, que deambulaba de un lado para otro sin propietario, arrastrado por los vientos de la circunstancia y víctima de la holgazanería.

Los problemas de una generación se convierten en las paradojas de la siguiente, sobre todo si la guerra u otro incidente por el estilo interviene para clarificar la atmósfera y facilitar la comprensión. Y es así que en 1850, Free Joe no solamente representaba un problema de gran magnitud sino que, a los ojos recelosos de Hillsborough, era la encarnación de ese peligro vago y misterioso que parecía acechar siempre en los aledaños de la esclavitud, listo para gritar una señal estridente y fantasmagórica en las ciénagas impenetrables y avanzar inadvertido bajo las estrellas de medianoche para asesinar, violar y saquear: un peligro siempre amenazante pero que nunca tomaba forma. Intangible pero real. Imposible pero no improbable. Al otro lado de la serena y sonriente fachada de seguridad, a veces se cernía el tenue perfil de la sombra espantosa de la insurrección. Con este panorama invisible de fondo, era natural que la figura de Free Joe, por simple y humilde que fuera, asumiera unas proporciones indebidas. Fuera donde fuera e hiciera lo que hiciera, no podía eludir el dedo de la observación y el ojo despierto de la sospecha. Sus palabras más banales llamaban la atención y sus acciones más nimias eran registradas.

Bajo todas aquellas circunstancias era natural que su peculiar condición se reflejara en sus hábitos y modales. Los esclavos siempre estaban soltando risotadas estridentes pero Free Joe casi nunca se reía. Los esclavos cantaban en el trabajo y bailaban en sus jolgorios, pero nadie oyó nunca cantar a Free Joe ni lo vio bailar. Había algo dolorosamente lastimero y suplicante en su actitud y algo conmovedor en su ansia por agradar. Tenía una naturaleza totalmente amigable y parecía encantado de poder divertir a los niños que convertían la plaza pública en su patio de juegos. A veces los divertía haciendo que su perrito Dan ejecutara toda clase de trucos o bien les contaba historias pintorescas acerca de las bestias del campo y los pájaros. Y a menudo lo convencían para que contara la historia de su propia liberación. La historia era breve pero trágica.

En el año del Señor de 1840, cuando un tratante de negros de talante juerguista

llegó al pueblecito de Hillsborough de camino a la región de Mississippi y trajo consigo una caravana de negros flamantes de ambos sexos, halló mucho de su interés. En el día y a la hora en que llegó había en el pueblo un buen número de hombres jóvenes que no se habían redimido de los diversos pecados de la carne. A aquellos jóvenes fue a quienes se dirigió el tratante de negros (que se llamaba mayor Frampton). Dijo ser virginiano y para probar aquella afirmación remitió a todos los jóvenes jaraneros de Hillsborough a cierto barril de coñac de melocotón que llevaba en uno de sus carromatos cubiertos. En la mente de aquellos jóvenes había ciertamente muchas menos dudas en relación a la edad y calidad de aquel coñac de las que había en relación al lugar de nacimiento del tratante de negros. El mayor Frampton pudo o no haber nacido en el viejo Sur —aquélla era una cuestión susceptible de investigaciones—, pero no se podía poner en entredicho la madurez de aquel coñac de melocotón.

A juzgar por sus palabras, el mayor Frampton era un hombre de talento asombroso. Había pasado el verano en Virginia Springs. Había estado en Filadelfia, en Washington, en Richmond, en Lynchburg y en Charleston y había acumulado un montón de experiencias que le habían resultado de gran utilidad. Hillsborough estaba oculto en los bosques del centro de Georgia y al mayor le impresionó su atmósfera general de inocencia. Veía a aquellos jóvenes que habían mostrado su disposición a probar su coñac de melocotón como a mozos campesinos crecidos que necesitaban aprender algunas de las artes y ciencias que él dominaba. De forma que el mayor montó su campamento, hablando figurativamente, y de forma provisional se convirtió en parte de la inocencia que caracterizaba Hillsborough y ocupó una parcela de la misma. Sin duda un hombre más sabio habría cometido el mismo error.

El pueblecito presentaba unas ventajas que parecían dispuestas providencialmente para amoldarse a las diversas empresas que el mayor Frampton tenía en mente. Si quería venderse algunos de sus negros, tenía la casa de subastas situada delante del edificio estucado del juzgado. Había una pista de cuatrocientos metros a su disposición y llena de actividad si lo que quería era disfrutar del placer de las carreras de caballos. Había pinares recogidos a poca distancia si quería regocijarse con el excitante pasatiempo de las peleas de gallos. También contaba con diversas habitaciones desocupadas e íntimas en el segundo piso de la taberna por si quería probar su suerte a los dados o las cartas.

El mayor Frampton probó todas estas cosas con suerte diversa antes de disputar su famosa partida de póquer con el juez Alfred Wellington, un elegante caballero con una frondosa barba blanca y unos afables ojos azules que le daban un aire de patriarca benévolo. La historia de la partida en la que tomaron parte el mayor Frampton y el juez Alfred Wellington es más que una tradición en Hillsborough, ya que todavía están vivos tres o cuatro de los hombres que estuvieron sentados a aquella mesa y

contemplaron su desarrollo. Se dice que en varios momentos de la partida el mayor Frampton destruyó el mazo de cartas con que estaban jugando y mandó a buscar otras, pero el resultado siempre era el mismo. Los afables ojos azules del juez Wellington, salvo en contadas excepciones, continuaban viendo manos invencibles de cartas, un hábito adquirido durante un largo y arduo aprendizaje desde Saratoga hasta Nueva Orleans. El mayor Frampton perdió su dinero, sus caballos, sus carromatos y a todos sus negros salvo uno, su criado personal. Cuando su mala suerte llegó a aquel punto, el mayor aplazó la partida. El sol brillaba con fuerza y la naturaleza se mostraba radiante. Se dice que también el mayor parecía radiante. Sea como fuera esto posible, se fue hacia el juzgado y rellenó los papeles que daban libertad a su criado personal. Una vez hecho esto, el mayor Frampton se fue paseando hasta un pinar recogido y se voló la cabeza.

El negro liberado de aquel modo empezó a ser conocido como Free Joe. Obligado por la ley a elegir un tutor, eligió al juez Wellington, básicamente porque su mujer Lucinda estaba entre los negros que el juez le había ganado al mayor Frampton. Durante varios años Free Joe pasó una época que se podría llamar jovial. A su mujer Lucinda no le faltaba nada y a él le resultaba relativamente fácil procurarse el sustento. Así pues, teniendo en cuenta las circunstancias, no ha de asombrar a nadie que se volviera un poco holgazán.

Los problemas de Free Joe empezaron cuando murió el juez Wellington. Los negros del juez, incluyendo a Lucinda, pasaron a su hermanastro, un hombre llamado Calderwood que resultó ser un amo severo y un tipo desabrido en general: un hombre con una mente y un carácter llenos de excentricidades. Sus vecinos solían llamarlo el «Viejo Incordio», y el nombre le quedaba tan bien que pronto fue conocido simplemente como «Incordio» Calderwood. Probablemente a él le gustaba la distinción que le daba aquel nombre, o en cualquier caso nunca protestó por el mismo, y muy pocas veces desaprovechaba la oportunidad de mostrar que lo merecía. La casa de Calderwood estaba a cuatro o cinco kilómetros del pueblo de Hillsborough y Free Joe visitaba a su mujer dos veces por semana, los miércoles y sábados por la noche.

Un domingo estaba sentado delante de la cabaña de Lucinda cuando Calderwood pasó por allí.

—¿Cómo está usted, amo? —dijo Free Joe, quitándose el sombrero.

—¿Quién eres tú? —exclamó Calderwood con brusquedad, deteniéndose para mirar al negro.

—Me llamo Joe, amo. Soy el hombre de Lucinda.

—¿A quién perteneces?

—El señor John Evans es mi tutor, amo.

—¿Tutor? Eso es mucho decir. Enséñame tu pase.

Free Joe sacó su salvoconducto y Calderwood lo leyó en voz alta y despacio, como si le resultara difícil entender el significado.

—«A quien pueda interesar. Por la presente nota certifico que el muchacho Joe Frampton tiene mi permiso para visitar a su mujer Lucinda.»

La nota estaba fechada en Hillsborough y firmada por John W. Evans.

Calderwood la leyó dos veces, luego miró a Free Joe, arqueó las cejas y enseñó sus dientes descoloridos:

—Pues sí que es bueno lo que pone aquí. Supongo que Evans es el propietario de este sitio, ¿no? ¿Y cuándo viene a instalarse?

Free Joe manoseó su sombrero. Estaba aterrado.

—Lucinda me dijo que confiaba que a usted no le importaría que yo viniera por aquí, siempre y cuando me portara bien.

Calderwood rompió el pase en pedazos y los tiró por el aire.

—No quiero negros liberados por aquí —exclamó—. Ahí está el camino. Te llevaré al pueblo. Que no te vea más por aquí. Fíjate en lo que te digo.

Free Joe ofrecía un triste espectáculo cuando se fue con su perrillo Dan correteando tras sus talones. Hay que decir en beneficio de Dan, sin embargo, que se le erizó el pelo, volvió la vista atrás y gruñó. Puede que el perro tuviera la ventaja de ser insignificante, pero cuesta imaginar que un perro lo bastante valiente como para erizar el pelo delante de las narices de Calderwood pudiera ser más insignificante que Free Joe. Pero tanto el negro como su perrillo parecieron conferirle una acepción nueva y más sombría al abandono mientras se alejaban por la carretera en dirección a Hillsborough.

Después de aquel incidente, parece que a Free Joe se le aclararon las ideas acerca de su peculiar situación. Se dio cuenta de que aunque era libre estaba más indefenso que cualquier esclavo. Al no tener propietario, cualquier hombre era su amo. Sabía que era objeto de sospechas y por tanto sus escasos recursos (¡y qué lamentablemente escasos eran!) ya no estaban destinados a obtener amabilidad ni aprecio sino simplemente tolerancia. Todos sus esfuerzos estaban orientados a mitigar las circunstancias que tendían a hacer su condición mucho peor que la de los negros que lo rodeaban: negros que tenían amigos porque tenían amo.

En lo referente a su propia raza, Free Joe era un exiliado. Aunque los esclavos envidiaran secretamente su libertad (lo cual es dudoso, a la vista de su situación miserable), lo despreciaban abiertamente y no perdían la ocasión de afrentarlo. Tal vez aquello fuera resultado en cierta medida de la actitud que Free Joe mantenía de forma deliberada hacia ellos. Sin duda el instinto le decía que tratar con arrogancia a los esclavos haría que los blancos mostraran con él la tolerancia que ansiaba, sin la cual incluso su miserable situación se volvía todavía más miserable.

Su mayor problema era no poder visitar a su mujer, pero pronto le encontró una

solución. Después de que lo obligaran a salir de la propiedad de Calderwood adquirió la costumbre de deambular en aquella dirección tan lejos como la prudencia se lo permitiera. Cerca de casa de Calderwood, pero no en su propiedad, vivía un anciano llamado Micajah Staley con su hermana Becky Staley. Eran los dos ancianos y muy pobres. El viejo Micajah tenía un brazo y una mano paralizados pero aun así conseguía ganarse precariamente el sustento con su torno.

Cuando era esclavo, Free Joe se habría burlado de aquellos representantes de la clase miserable conocida como escoria blanca, pero ahora le resultaban cordiales y le prestaban cierta ayuda. Desde la puerta trasera de su cabaña oía a los negros cantar de noche y a veces se imaginaba que podía distinguir la voz de soprano de Lucinda destacando entre las demás. En un bosque no muy lejos de la cabaña de los Staley había un álamo enorme y Free Joe se sentaba al pie del mismo durante horas, mirando en dirección a la propiedad de Calderwood. Su perrillo Dan se acostaba sobre la hojarasca cercana y los dos parecían insuperablemente cómodos.

Un sábado por la tarde Free Joe se quedó dormido a los pies de su álamo. Cuando se despertó no tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido pero el pequeño Dan le estaba lamiendo la cara, la luna brillaba en el cielo y su mujer Lucinda estaba de pie delante de él, riendo. Al ver que Free Joe se había dormido, el perro había perdido la paciencia y había hecho una excursión por su cuenta a casa de Calderwood. Lucinda se mostró partidaria de interpretar aquel incidente en términos de superstición.

—Estaba sentada delante de la chimenea —dijo ella—, cocinándome un trozo de carne, cuando de pronto oigo un golpe en la puerta y algo que rasca. Yo le doy una vuelta a la carne y hago ver que no he oído nada. Pero ahí empieza otra vez: a rascar y rascar. Me levanto y abro la puerto y ¡bendito sea Dios! ¡Pero si es el pequeño Dan y parece que se le ven las costillas más que nunca! Le doy un poco de pan y cuando se va otra vez, voy y lo sigo, porque, me digo a mí misma, a lo mejor mi negro está por ahí cerca. Ese perrillo tiene sentido común, compadre.

Free Joe se rió y dio una palmada amistosa en la cabeza de Dan. Durante bastante tiempo después de aquello no tuvo dificultades para ver a su mujer. Solamente tenía que sentarse a los pies del álamo y esperar a que el pequeño Dan fuera a buscarla. Pero al cabo de ese tiempo los otros negros descubrieron que Lucinda se estaba encontrando con Free Joe en el bosque y aquella información no tardó en llegar a oídos de Calderwood. Calderwood era lo que se llama un hombre de acción. No dijo nada, sino que un día metió a Lucinda en su calesa y se la llevó a Macon, a cien kilómetros de distancia. Se la llevó a Macon, volvió sin ella y nadie en Hillsborough ni en toda aquella comarca volvió a oír hablar de ella.

Después de aquello Free Joe se pasó muchas noches sentado en el bosque y esperando. El pequeño Dan se iba correteando alegremente y tardaba bastante tiempo en volver, pero siempre regresaba sin Lucinda. Aquello pasaba una y otra vez. Los

pihuihíes cantaban sin parar como cazadores fantasmales deambulando por una ribera lejana. La lechuza se estremecía en las profundidades del bosque. Los búhos, planeando con sus alas silenciosas, chasqueaban los picos como si se rieran de la tremenda broma de que eran víctimas Free Joe y el pequeño Dan. Y los chotacabras se gritaban entre ellos de un lado a otro de la oscuridad. Cada noche parecía más solitaria que la anterior, pero la paciencia de Free Joe estaba inmunizada contra la soledad. Sin embargo, llegó un momento en que el pequeño Dan ya no quiso ir a por Lucinda. Cuando Free Joe le hizo una señal en dirección a casa de Calderwood simplemente se revolvió con incomodidad y gimió. Luego se acostó sobre las hojas y se puso cómodo.

Una noche, en lugar de ir al álamo de siempre para esperar a Lucinda, Free Joe fue a la cabaña de los Staley, y, a fin de que su estancia fuera bienvenida, según él mismo dijo, llevó consigo una brazada de astillas de pino. En aquella comarca la señorita Becky Staley tenía bastante reputación como adivina, y las colegialas, además de otra gente mayor, a menudo ponían a prueba sus poderes en aquel sentido, a veces en broma y a veces en serio. Free Joe colocó su humilde ofrenda de leña en una esquina de la chimenea y fue a sentarse en los escalones, dejando el sombrero en el suelo de fuera de la cabaña.

—Señorita Becky —dijo acto seguido—. ¿Dónde en el nombre del Misericordioso cree usted que estará Lucinda?

—¡Caramba, que Dios ayude a este negro! —exclamó la señorita Becky, en un tono que parecía reproducir, en un curioso acuerdo entre imagen y sonido, su aspecto general destartalado—. ¡Caramba, que Dios ayude a este negro! ¿Acaso no la has estado viendo todo este bendito tiempo? Si está en alguna parte, debe de estar en casa de Incordio Calderwood, supongo yo.

—No, señora, allí no está, señorita Becky. Hace ya casi un mes que no veo a Lucinda.

—Bueno, no quiero molestarte —dijo la señorita Becky con cierta brusquedad—. Pero en mi época se consideraba un mal presagio cuando los negros tonteaban y salían juntos.

—Sí, señora —dijo Free Joe, asintiendo con jovialidad—. Sí, señora, así es, pero yo y mi parienta hemos crecido juntos y nunca han pasado muchos días sin que nos viéramos como está pasando ahora.

—A lo mejor se ha ido con otro —dijo Micajah Staley desde un rincón—. Ya sabes lo que se dice: «Amo nuevo, negro nuevo».

—Sí, señor, eso dicen, pero mi parienta no hace esas cosas con otros negros. Yo y ella hemos estado juntos desde que nacimos. Hay negros mucho mejores que yo —dijo Free Joe, juzgando su miseria con ojo crítico—, pero yo conozco a Lucinda mejor que al pequeño Dan… O que a mí mismo.

Nadie contestó a aquello y Free Joe continuó:

—Señorita Becky, le agradecería mucho que consultara sus cartas y les preguntara qué saben de Lucinda. Porque si está enferma me voy para allí. Pueden agarrarme y darme una paliza pero yo me voy para allí.

La señorita Becky sacó sus cartas, pero primero cogió una taza al fondo de la cual quedaban algunos posos de café. Estuvo un rato agitándolos lentamente y por fin le dio la vuelta a la taza sobre el hogar y la dejó allí boca abajo.

—Primero voy a girar la taza —dijo la señorita Becky—. Luego consultaré las cartas.

Mientras barajaba las cartas el fuego de la chimenea ardía débilmente y bajo su luz irregular aquella mujer de pelo cano y rasgos finos parecía merecer la extraña reputación que le habían conferido los rumores y los chismes. Estuvo un momento barajando las cartas y mirando fijamente al fuego mortecino. Luego tiró una astilla de pino a las brasas, dividió el mazo de cartas en tres montones y se los puso en el regazo. Cogió el primero de los montones, pasó las cartas lentamente con los dedos y las estudió con atención. Al primer montón le añadió el segundo. Resultó obvio que la inspección de las cartas no era satisfactoria. No dijo nada pero frunció mucho el ceño. Y todavía lo frunció más cuando añadió el resto de las cartas hasta que las cincuenta y dos hubieron sido inspeccionadas. Aunque tenía el ceño fruncido, parecía muy interesada. Sin cambiar el orden de las cartas, las volvió a pasar todas. Luego tiró una astilla más grande al fuego, volvió a barajar, hizo tres montones y los sometió al mismo examen crítico y atento.

—No me acuerdo de la última vez que las cartas hablaron de esta forma —dijo al cabo de un rato—. Por qué sucede esto, no te lo puedo decir, pero sí sé lo que dicen las cartas.

—¿Qué dicen, señorita Becky? —preguntó el negro, en un tono cuya solemnidad resultaba aligerada por la ansiedad.

—Están saliendo muy raras. Estas que estoy mirando —dijo la señorita Becky— representan el pasado. Estas de aquí son el presente. Y las otras, el futuro. Esto es un fardo —dio unos golpecitos con el pulgar sobre el as de tréboles— y esto es un viaje, más claro que la nariz en medio de la cara de un hombre. Ésta es Lucinda…

—¿Cuál es ella, señorita Becky?

—Es ésta: la reina de picas.

Free Joe sonrió. La idea pareció gustarle enormemente.

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó—. ¡Nunca oí nada igual! ¡La reina de picas! ¡Menuda gracia le va a hacer a Lucinda, vaya si no!

La señorita Becky continuó pasando las cartas hacia delante y hacia atrás con los dedos.

—Esto es un fardo y un viaje y ésta es Lucinda. Y aquí está el viejo Incordio

Calderwood.

Ella le mostró las cartas al negro y tocó el rey de tréboles.

—¡Que Dios asista a mi alma! —exclamó Free Joe con una risita—. ¡Pero si se parecen! ¡Sí, señor, es él! ¿Y qué pinta él en todo esto, señorita Becky?

La anciana añadió el segundo montón al primero, luego el tercero, sin dejar de pasar las cartas lentamente con los dedos y examinarlas con atención. Para entonces el pedazo de madera del fuego ya estaba envuelto en una capa de llamas, iluminando la cabaña y confiriéndole a la figura de la señorita Becky una extraña serenidad mientras permanecía sentada estudiando las cartas. Frunció ominosamente el ceño y murmuró algo para sus adentros. Luego dejó caer las manos en el regazo y volvió a mirar el fuego. Su sombra bailaba y brincaba en la pared y el suelo a espaldas de ella, como si, mirando el futuro por encima del hombro, pudiera ver algún extraño espectáculo. Al cabo de un rato cogió la taza que había puesto del revés sobre el hogar. Los posos del café, al ser volcados, formaban lo que parecía un mapa verdaderamente intrincado.

—Aquí está el viaje —dijo la señorita Becky en el acto—. Esto es un camino muy largo, éstos son ríos que se cruzan, ése es el fardo que alguien lleva —se detuvo y suspiró—. No aparece ningún nombre así que no te puedo dar ninguno. Cajy, ¿serías tan amable de pasarme mi pipa?

—A mí no se me dan bien las cartas —dijo Cajy mientras le pasaba la pipa—. Pero creo que puedo llenar las lagunas que faltan, Becky, porque el otro día mientras estaba terminando el rodillo de amasar de la señora Perdue oí un traqueteo en el camino. Eché un vistazo y vi a Incordio Calderwood conduciendo su calesa y con él iba Lucinda. Se me había ido por completo de la cabeza.

Free Joe estaba sentado en el umbral y manoseaba su sombrero, pasándoselo de una mano a otra.

—¿Y no los vio volver, señor Cajy? —preguntó al cabo de un momento.

—Si volvieron por este camino —dijo el señor Staley con el aire de alguien que está acostumbrado a sopesar sus palabras—, debió de ser mientras yo estaba durmiendo, porque no me he alejado de mi taller más que para ir a esa cama.

—¡Caramba, señor! —exclamó Free Joe en un tono compungido, que el señor Staley pareció contemplar como un tributo a sus extraordinarios poderes de elocuencia.

—Si quieres saber lo que creo —continuó el anciano—, te lo voy a decir sin tapujos. Lo que creo es que Incordio Calderwood se ha llevado a Lucinda fuera del condado. ¡Bendita sea tu alma! Cuando Incordio Calderwood se encuentre al demonio en el camino va a haber una refriega terrible. Recuerda lo que te digo.

Sin dejar de manosear su sombrero, Free Joe se levantó y se apoyó en la hoja de la puerta. Parecía avergonzado. Entonces dijo:

—Creo que será mejor que me vaya. La próxima vez que vea a Lucinda le voy a decir lo que la señorita Becky ha dicho de la reina de picas, ya lo creo que sí. Si eso no le hace gracia, es que a ninguna negra le ha hecho nunca gracia nada.

Hizo una pausa como si esperara algún comentario, alguna confirmación de su desgracia o al menos alguna adhesión a su sugerencia de que a Lucinda le iba a divertir enormemente el saber que había sido representada como la reina de picas. Pero ni la señorita Becky ni su hermano dijeron nada.

—Ahora está en la calesa con el señor Incordio y de pronto la ves pavoneándose como la reina de picas. Caramba, que me aspen si las negras no tienen un buen año, caramba si no lo tienen.

Con un breve «Buenas noches, señorita Becky y señor Cajy», Free Joe salió a la oscuridad seguido del pequeño Dan. Caminó hasta el álamo en donde Lucinda había tenido costumbre de encontrarse con él y se sentó. Pasó un rato largo allí sentado. Estuvo allí hasta que Dan se puso nervioso y echó a trotar en dirección a la casa de Calderwood. Amodorrado bajo el álamo, bajo la luz grisácea del amanecer, Free Joe oyó a los sabuesos de Incordio Calderwood ladrando a un kilómetro de distancia.

—¡Vaya! —exclamó, rascándose la cabeza y riendo para sus adentros—. Esos perros le están dando una buena tunda al zorro.

Pero era a Dan a quien los sabuesos estaban persiguiendo y el perrillo nunca volvió. Free Joe esperó y esperó hasta que se cansó de esperar. Regresó la noche siguiente y siguió esperando, y volvió a hacerlo durante otras muchas noches. Su espera fue en vano pero él nunca lo creyó así. Por muy descuidado y desastrado que fuera, Free Joe era lo bastante meditabundo como para tener su propia teoría. Estaba convencido de que el pequeño Dan había encontrado a Lucinda y de que alguna noche en que la luna brillara por entre los árboles, el perro lo sacaría de sus sueños mientras dormía a los pies del álamo. Entonces abriría los ojos y vería a Lucinda de pie delante de él, riendo alegremente como en los viejos tiempos. Luego pensó en lo mucho que se reirían los dos con aquello de la reina de picas.

Nadie sabe cuántas noches pasó Free Joe esperando a los pies del álamo a que vinieran Lucinda y el pequeño Dan. Él no los contó y tampoco lo hicieron Micajah Staley ni la señorita Becky. Llegó el verano y después el otoño. Una noche fue a la cabaña de los Staley, cortó una brazada de leña para los dos ancianos, se sentó en los escalones de la puerta y se quedó allí descansando. Siempre se mostraba agradecido —y también orgulloso, según parece— cuando la señorita Becky le daba una taza de café, algo que en ocasiones ella era lo bastante considerada para hacer. Aquella noche en particular se mostró especialmente agradecido.

—Sigues yendo allí al bosque para encontrarte con Lucinda, supongo —dijo Micajah Staley con una sonrisa triste. La situación no carecía de aspectos humorísticos.

—Oh, van a venir, señor Cajy, ya lo creo que sí —replicó Free Joe—. Le apuesto a que van a venir, y cuando vengan se los traeré aquí para que los vean con sus propios ojos, usted y la señora Becky.

—No —dijo el señor Staley con un gesto rápido y enfático de desaprobación—. No lo hagas. No los lleves a ningún sitio. Quédate con ellos tanto tiempo como puedas.

Free Joe soltó una risita y desapareció en la noche mientras los dos ancianos se quedaban sentados mirando el fuego. Por fin Micajah habló:

—Mira a ese negro. Míralo. Está más feliz que un chorlito en una acequia. No hay manera de preocupar a esa gente. Daría la otra mano por poder estar tan ancho y sonreír ante los problemas como ese negro.

—Los negros son así —dijo la señorita Becky con una sonrisa triste—. Y no hay manera de cambiarlo. Pero te aseguro que he visto un montón de blancos más mezquinos que Free Joe. Sonríe, y es que es negro, pero me he fijado en que le tiembla el labio de abajo cuando sale a la conversación el nombre de Lucinda. Y te aseguro —dijo, torciendo un poco el gesto y hablando con un énfasis casi feroz— que el demonio ha estado afilando sus garras para Incordio Calderwood. Ya lo verás.

—¿Yo, Rebecca? —dijo el señor Staley, cogiéndose el brazo paralítico—. ¿Yo? Espero que no.

—Bueno, pues ya te enterarás —dijo la señorita Becky, riendo de buena gana al ver la mirada de alarma de su hermano.

A la mañana siguiente Micajah Staley fue al bosque a buscar un poco de leña. Vio a Free Joe sentado al pie del álamo y la imagen le irritó.

—Levanta de ahí —gritó— y ve a trabajar. Menudos tiempos son éstos en que los negros grandes y fuertes pueden pasarse el día roncando en el bosque mientras el resto de la gente tiene que ganarse la vida. ¡Levanta de ahí!

Como no recibió respuesta, el señor Staley se acercó a Free Joe y le sacudió el hombro. Pero el negro no reaccionó. Estaba muerto. Se le había caído el sombrero, tenía la cabeza inclinada y una sonrisa en la cara. Era como si hubiera hecho una reverencia y hubiera sonreído al ver a la muerte delante de sí, humilde hasta el final. Tenía la ropa raída. Las manos ásperas y callosas. Los zapatos literalmente atados entre sí con los cordones. Un paseante que lo viera no podría imaginar que aquella criatura tan miserable había sido llamada a testificar ante Dios, el Señor de los Ejércitos.

Traducción de Javier Calvo

SARAH ORNE JEWETT

Una garza blanca

I

Los bosques ya estaban invadidos por las sombras un atardecer de junio justo antes de las ocho en punto, aunque una radiante puesta de sol lucía aún vagamente por entre los troncos de los árboles. Una niña conducía a su vaca a casa, una criatura lenta, pesada e irritante en su comportamiento, pero, a pesar de todo, una valiosa compañera. Se apartaban de la luz que quedaba y se iban adentrando en la profundidad oscura del bosque, pero sus pies ya estaban tan acostumbrados al sendero que no importaba que sus ojos lo vieran o no.

No había casi ninguna noche, a lo largo de todo el verano, en que se pudiera encontrar a la vaca esperando en la valla del prado; al contrario, su mayor placer era esconderse entre las altas matas de arándanos y, aunque llevaba un sonoro cencerro, había llegado a descubrir que si se quedaba completamente quieta no sonaba. Así que Sylvia tenía que buscarla y buscarla para encontrarla, y gritaba: «¡Vaca! ¡Vaca!» sin obtener nunca ni un «mu» por respuesta, hasta que su paciencia infantil estaba a punto de agotarse. Si el animal no hubiera dado buena leche y en gran cantidad, a sus propietarias les hubiera parecido muy diferente el caso. Además, Sylvia tenía todo el tiempo del mundo y muy pocas cosas en que emplearlo. A veces, cuando el clima era agradable, resultaba un consuelo pensar en las travesuras de la vaca como un intento inteligente de jugar al escondite y, como la niña no tenía compañeros de juegos, se dejaba arrastrar a esta diversión con gran entusiasmo. Aunque la persecución de ese día había sido tan larga que el propio precavido animal había dado una extraña señal de su paradero, Sylvia sólo se rió cuando descubrió a la señora Moolly en el pantano y la apresuró cariñosamente de vuelta a casa con una ramita de hojas de abedul. La vieja vaca no tenía intención de vagar más, por una vez incluso torció en la dirección correcta mientras se alejaban del prado y se puso a caminar junto a la carretera a paso ligero. Ahora estaba casi lista para que la ordeñaran y se paró escasas veces a pacer. Sylvia se preguntaba qué diría su abuela ante el hecho de que llegaran tan tarde. Ya hacía mucho rato que habían salido de casa, a las cinco y media en punto, pero todo el mundo conocía la dificultad de hacer este encargo en poco tiempo. La misma señora Tilley había perseguido aquel tormento con cuernos demasiadas tardes de verano como para culpar ahora a otro de entretenerse, y mientras esperaba sólo daba gracias de tener a Sylvia, que le proporcionaba una ayuda tan valiosa. La buena mujer sospechaba que Sylvia a veces perdía el tiempo sola; ¡nunca había habido una criatura que vagara tanto al aire libre desde que existía el mundo! Todos decían que

aquello era un buen cambio para una pequeña señorita que había intentado crecer durante ocho años en una ciudad industrial llena de gente, pero lo que le parecía a la misma Sylvia era que nunca había estado viva antes de ir a vivir a la granja. A menudo pensaba con nostálgica compasión en el desgraciado geranio seco que pertenecía a un vecino de aquella ciudad.

«Miedo de la gente», se dijo la vieja señora Tilley, con una sonrisa, cuando volvió a la granja después de haber tomado la insólita decisión de elegir a Sylvia en la casa llena de niños de su hija. «Miedo de la gente», decían los del pueblo. Creo que ella no tendrá muchos problemas en la casa vieja. Cuando llegaron a la puerta de la solitaria casa y se pararon para abrirla, el gato, un minino abandonado pero gordo de haberse zampado pequeños petirrojos, vino a ronronear y a restregarse contra ellas. Entonces, Sylvia susurró que aquél era un hermoso lugar para vivir y que nunca desearía volver a casa.

Las dos compañeras siguieron por el sombreado camino del bosque, la vaca con pasos lentos y la niña con pasos muy rápidos. La vaca se detuvo mucho rato en el arroyo para beber, como si el prado no fuera casi un pantano, y Sylvia se quedó quieta y esperó mientras se refrescaba los pies desnudos en el agua poco profunda y las mariposas de la luz chocaban suavemente con ella. Caminaba por el arroyo al tiempo que la vaca se ponía en marcha y escuchaba los tordos con el corazón latiéndole acelerado de placer. Las grandes ramas por encima de su cabeza se movieron un poco. Estaban repletas de pajarillos y pequeños animales que parecían completamente despiertos y ocupándose de sus cosas, o dándose las buenas noches unos a otros en parloteos soñolientos. También Sylvia sintió sueño mientras seguía caminando. Sin embargo, ya no estaba muy lejos de la casa, y el aire era suave y agradable. No acostumbraba estar en el bosque tan tarde como ahora, y eso hizo que se sintiera como formando parte de las grises sombras y de las hojas que se movían. Estaba pensando en el tiempo que parecía haber transcurrido desde que había llegado a la granja por primera vez hacía un año, y se preguntó si en la ruidosa ciudad todo seguiría exactamente igual que cuando ella estaba allí. La imagen del chico de la cara colorada que solía perseguirla y asustarla hizo que se apresurase por el sendero para escapar de la sombra de los árboles.

De repente, la pequeña niña de los bosques quedó horrorizada al oír un claro silbido no muy lejos de allí. No era el silbido de un pájaro, que hubiera resultado agradable, sino el silbido de un chico, determinado y algo agresivo. Sylvia dejó la vaca al triste destino que pudiera aguardarle, y se apresuró discretamente a esconderse entre los matorrales, pero ya era demasiado tarde. El enemigo la había descubierto y la llamó con un tono alegre y persuasivo:

—Hola, niña, ¿está muy lejos la carretera?

Temblando, Sylvia contestó casi inaudiblemente.

—Hay un buen trecho.

No se atrevió a mirar descaradamente al joven alto, que llevaba una escopeta colgada al hombro, pero salió del matorral y volvió a seguir a la vaca mientras él caminaba a su lado.

—He estado cazando algunos pájaros —dijo el extraño amablemente—, me he perdido y necesito mucho a un amigo. No tengas miedo —añadió galantemente—. Habla y dime cómo te llamas, y si crees que puedo pasar la noche en tu casa y salir a cazar temprano por la mañana.

Sylvia estaba más alarmada que antes. ¿Su abuela no le echaría la culpa? Pero ¿quién podría haber previsto un incidente como aquél? No parecía que fuese culpa suya y bajó la cabeza como si le hubieran roto el tallo, pero se las arregló para contestar «Sylvy» con mucho esfuerzo cuando su compañero volvió a preguntarle el nombre.

La señora Tilley estaba aguardando en la puerta cuando el trío se le puso a la vista. La vaca dio un fuerte mugido a modo de explicación.

—Sí, será mejor que hables en tu defensa, ¡vieja desgraciada! ¿Dónde se había escondido esta vez, Sylvy?

Pero Sylvia guardaba un sobrecogedor silencio. Sabía por instinto que su abuela no comprendía la gravedad de la situación. Seguro que está confundiendo al extraño con uno de los granjeros de la región.

El joven apoyó su escopeta junto a la puerta y dejó caer un abultado morral junto a ella. Después dio las buenas tardes a la señora Tilley, repitió su historia de caminante y preguntó si podía darle alojamiento aquella noche.

—Póngame donde quiera —dijo—. Debo partir temprano por la mañana, antes de que amanezca; pero la verdad es que estoy muy hambriento. Si pudiera darme un poco de leche, a cualquier precio, claro.

—Por Dios, claro —respondió la anfitriona, cuya hospitalidad dormida durante tanto tiempo parecía despertarse fácilmente—. Puede encontrar algún sitio mejor si sale de la carretera principal medio kilómetro más o menos, pero aquí es bienvenido. Voy a ordeñar ahora mismo, y siéntase como en casa. Puede dormir sobre cascarillas de vainas o sobre plumas —pronunció graciosamente—. Los he criado todos yo. Hay buenos prados para los gansos un poco más allá, yendo al pantano. ¡Ahora, muévete y pon un plato para el caballero, Sylvy!

Y Sylvia se movió de inmediato. Estaba contenta de tener algo que hacer y también ella estaba hambrienta.

Fue una sorpresa encontrar una morada tan limpia y cómoda en aquellos páramos de Nueva Inglaterra. El joven había conocido los horrores de su más pobre economía y la deprimente miseria de aquella parte de la sociedad que no se rebelaba ante la compañía de las gallinas. Aquélla era la mejor prosperidad de una granja pasada de

moda, aunque a tan pequeña escala que parecía una ermita. Escuchaba con entusiasmo la curiosa charla de la vieja mujer, miraba el pálido rostro de Sylvia y sus brillantes ojos grises con creciente entusiasmo e insistió en afirmar que había sido la mejor cena que había comido en un mes. Después, los nuevos amigos se sentaron juntos a la entrada de la casa mientras salía la luna.

Pronto llegaría el tiempo de las bayas y Sylvia era de gran ayuda para recogerlas. La vaca era una buena lechera, aunque era un engorro no poder perderle la pista, cuchicheó la anfitriona con franqueza, añadiendo enseguida que había enterrado a cuatro hijos, de modo que la madre de Sylvia y un hijo (que podía estar muerto) en California eran los únicos que le quedaban.

—A Dan, mi chico, se le daba bien la caza —explicó tristemente—. Nunca tuve que pedir perdices o ardillas grises cuando él estaba en casa. Ha sido un gran trotamundos, supongo, y no se le da bien escribir cartas. En esto sí que no le culpo, a mí también me habría gustado ver mundo si hubiera podido. Sylvia se parece a él —prosiguió la abuela cariñosamente, después de una pequeña pausa—. No hay un palmo de tierra que no se conozca, y los animales salvajes la tienen por una de ellos. Es capaz de adiestrar a las ardillas para que vengan y coman de su mano, y a toda clase de pájaros. El invierno pasado, hizo que los arrendajos vinieran a comer aquí, y creo que si no la hubiera vigilado, habría dejado de comer para poder echarles toda su comida. Estoy dispuesta a mantener a cualquier animal menos cuervos —le dijo—, aunque Dan tenía uno domesticado que parecía tener conocimiento, igual que la gente. Estuvo rondando por aquí un buen tiempo después de que él se marchase. Dan y su padre no se pelearon, pero su padre nunca volvió a levantar cabeza después de que Dan le plantara cara y se marchara.

El invitado no se percató de estas insinuaciones de disgustos familiares en su entusiasmado interés por algo más.

—Entonces Sylvy lo sabe todo de pájaros, ¿no es cierto? —exclamó mientras desviaba la vista hacia la niña, que estaba sentada, muy recatada pero cada vez más soñolienta, a la luz de la luna—. Estoy haciendo una colección de pájaros. La empecé cuando era niño. (La señora Tilley sonrió.) Hay dos o tres muy raros que he intentado cazar estos últimos años. Tengo la intención de llevármelos a casa si se pueden encontrar.

—¿Los tiene en jaulas? —preguntó la señora Tilley con algunas dudas, en respuesta a su entusiasta anuncio.

—Oh, no, los tengo disecados, docenas y docenas —dijo el ornitólogo—, y les he disparado o los he atrapado con un cepo a todos yo mismo. El sábado alcancé a ver una garza blanca a algunos kilómetros de aquí, y la he seguido en esta dirección. Nunca se han visto antes por esta región. Me refiero a la pequeña garza blanca. —Y se volvió de nuevo para mirar a Sylvia con la esperanza de descubrir que el extraño

pájaro era uno de sus conocidos.

Pero Sylvia estaba mirando a un sapo brincar por el estrecho sendero.

—Reconocerías a la garza si la vieras —continuó ansiosamente el forastero—. Es un extraño pájaro alto y blanco, con plumas suaves y patas largas y delgadas. Y seguramente tendría el nido en la copa de un árbol alto, hecho con ramitas, algo parecido al nido de un halcón.

El corazón de Sylvia dio un vuelco, conocía a aquel extraño pájaro blanco y una vez se había acercado sigilosamente a donde estaba en la hierba verde y brillante de la marisma, lejos, al otro lado del bosque. Había una llanura donde el sol siempre parecía extrañamente amarillo y cálido, donde crecían juncos que se mecían, pero su abuela le había advertido que podía ahogarse en el blando lodo negro de debajo y que nunca más se volvería a saber de ella. No lejos de allí estaban las marismas saladas y justo al lado, el mismo mar, en el que Sylvia pensaba y soñaba constantemente, pero que nunca había visto, cuya gran voz a veces se oía por encima del ruido del bosque en noches de tormenta.

—No puedo pensar en nada que me hiciera tan feliz como encontrar el nido de esa garza —decía el apuesto forastero—. Daría diez dólares a cualquiera que me lo enseñara —añadió desesperado—, y tengo la intención de pasarme todas las vacaciones persiguiéndolo si es necesario. Quizá sólo estaba migrando, o había sido perseguido hasta salir de su región por algún ave rapaz.

Asombrada, la señora Tilley prestaba atención a todo esto, pero Sylvia seguía mirando al sapo, sin sorprenderse, como lo habría hecho en otro momento más tranquilo, de que la criatura quisiera entrar en su agujero debajo del escalón, tarea que se veía entorpecida por los insólitos espectadores de aquella hora nocturna. Esa noche, no tuvo ideas suficientes para decidir cuántos anhelados tesoros podrían comprar los diez dólares de los que el joven había hablado sin darles mucha importancia.

Al día siguiente, el joven cazador rondó por el bosque y Sylvia le hizo compañía, pues había perdido ya el miedo inicial al agradable muchacho, que resultó ser muy amable y gentil. Le contó muchas cosas de los pájaros y de lo que sabían y de dónde vivían y de qué hacían. Y le dio una navaja, que ella recibió como un gran tesoro, como si se tratase de la única habitante de una isla desierta. En todo el día no la molestó ni la asustó ninguna vez, excepto cuando abatió a una desprevenida criatura que cantaba en su rama. A Sylvia le hubiese gustado infinitamente más sin su escopeta; no podía entender por qué mataba a los pájaros que parecía que le gustaban tanto. Pero a medida que iba pasando el día, Sylvia seguía mirando al joven con tierna admiración. Nunca había visto antes a nadie tan agradable y encantador; su corazón de mujer, dormido en la niña, se sintió vagamente estremecido con un sueño de amor. Alguna premonición de ese gran poder mecía y agitaba a aquellas jóvenes

criaturas que cruzaban el solemne bosque pisando blanda y silenciosamente, con gran cuidado. Se pararon a escuchar el canto de un pájaro; siguieron adelante con entusiasmo otra vez, separando las ramas, hablando de vez en cuando y en susurros; el joven iba delante y Sylvia lo seguía, fascinada, unos pasos detrás, con sus ojos grises oscuros de entusiasmo.

Se lamentaba porque la tan anhelada garza blanca les era esquiva, pero ella no dirigía al huésped, sólo lo seguía, y no había nada como que hablara primero. El sonido de su propia voz la hubiera aterrorizado, y ya le era bastante difícil contestar sí o no cuando era necesario. Al final empezó a caer la noche y juntos condujeron a la vaca a casa, y Sylvia sonrió con placer cuando llegaron al lugar donde justo la noche anterior había oído el silbido y se había asustado.

II

A medio kilómetro de la casa, en el extremo más lejano del bosque, donde la tierra era más elevada, se alzaba un enorme pino, el último de su generación. Si lo habían dejado para marcar el límite, o por qué razón, nadie podía decirlo; los leñadores que habían cortado a sus compañeros estaban muertos y desaparecidos desde hacía tiempo, y un bosque entero de árboles robustos, pinos, robles y arces había crecido de nuevo. Pero la majestuosa cabeza de este viejo pino los coronaba a todos y hacía de punto de referencia tanto en el mar como en la tierra a kilómetros y kilómetros de distancia. Sylvia lo conocía bien. Siempre había creído que quien trepara hasta la copa podría ver el océano; y la niña a menudo había puesto la mano en el grande y rugoso tronco y había mirado hacia arriba con nostalgia, a las oscuras ramas que el viento siempre mecía, sin importar cuán cálido y quieto pudiera ser el aire abajo. Ahora pensó en el árbol con un nuevo entusiasmo porque, si uno trepaba por él al amanecer, ¿no podría ver todo el mundo y descubrir fácilmente de dónde volaba la garza blanca, y marcar el lugar y encontrar el nido escondido?

¡Qué espíritu de aventura, qué salvaje ambición! ¡Qué soñado triunfo, alegría y gloria para más tarde por la mañana cuando pudiera dar a conocer el secreto! Era casi demasiado real y demasiado extraordinario para que su corazón infantil lo resistiera.

La puerta de la casita estuvo abierta durante toda la noche y los chotacabras vinieron hasta el mismo peldaño a cantar. El joven cazador y su vieja anfitriona estaban profundamente dormidos, pero el formidable plan de Sylvia la mantenía completamente despierta y al acecho. Se olvidó de pensar en dormir. La corta noche de verano pareció tan larga como la oscuridad del invierno y luego, al final, cuando los chotacabras pararon, y ella temía que, después de todo, la mañana llegara demasiado temprano, se escurrió fuera de la casa y siguió el camino del prado por el bosque, apresurándose hacia la llanura que había más allá, escuchando con una sensación de comodidad y compañía el perezoso gorjeo de un pájaro medio despierto

cuya rama había sacudido ligeramente al pasar. ¡Ay, si la gran ola de curiosidad humana que inundaba por primera vez aquella aburrida vida borrara las satisfacciones de una existencia íntima con la naturaleza y la silenciosa vida del bosque!

Allí estaba el enorme árbol, aún dormido bajo la luz de la luna que palidecía, y la pequeña e ilusionada Sylvia empezó con suma valentía a ascender hacia su copa, con la sangre entusiasta y cosquilleante recorriéndole todos los miembros de su cuerpo, con los pies y los dedos desnudos, con los que pellizcaba y se agarraba como garras de pájaro a la monstruosa escalera que subía y subía, casi hasta el mismo cielo. Primero tuvo que subir al roble que crecía al lado, donde casi se perdió entre las oscuras ramas y las verdes hojas, pesadas y húmedas de rocío; un pájaro se alejó aleteando de su nido y una ardilla roja corrió de un lado a otro reprendiendo mezquinamente a la inofensiva intrusa. Sylvia encontró fácilmente el camino. Había trepado por allí a menudo y sabía que aún más arriba una de las ramas superiores del roble rozaba contra el tronco del pino, justo donde sus ramas más bajas empezaban a juntarse. Allí, donde hizo el peligroso salto de un árbol al otro, era donde verdaderamente comenzaba la gran empresa.

Al final caminó sigilosamente por la balanceante rama del roble e hizo el osado salto al viejo pino. El camino fue más duro de lo que pensaba; debía llegar lejos y agarrarse deprisa, las afilarlas y secas ramitas la cogían, la agarraban y la arañaban como garras enfadadas; la resina le hacía sentir sus delgados deditos torpes y entumecidos, mientras rodeaba una y otra vez el ancho tronco del árbol, cada vez más arriba. Los gorriones y los petirrojos del bosque de abajo empezaban a despertarse y a gorjear al alba, aunque parecía mucho más claro allí arriba en el pino, y la niña sabía que debía apresurarse si quería llevar al final su proyecto.

El árbol parecía alargarse y llegar cada vez más lejos a medida que ella iba subiendo. Era como un palo mayor para la tierra navegante; esa mañana debió de quedarse verdaderamente sorprendida ante su pesada estructura mientras sentía aquella chispa de valor y coraje abriéndose camino de rama en rama. ¡Quién sabe cuán quietas se aguantaron las ramas más pequeñas para ayudar a aquella ligera y débil criatura en su camino! El viejo pino debió de amar a su nuevo habitante. Más que todos los halcones, y los murciélagos, y las mariposas, e incluso los tordos de dulce voz, estaban los latidos del valiente corazón de la niña solitaria de ojos grises. Y el árbol se estuvo quieto y plantó cara a los vientos esa mañana de junio mientras el rocío se hacía brillante en el este.

La cara de Sylvia hubiera parecido una blanca estrella si alguien la hubiera visto desde el suelo, cuando pasó la última rama espinosa y se quedó temblando y cansada pero triunfante allá arriba, en la copa del árbol. Sí, allí estaba el mar con el sol del alba pintando un resplandor dorado sobre él, y hacia aquel glorioso este volaban dos halcones con alas haciendo lentos movimientos. Cuán bajos parecían en el aire desde

esa altura cuando antes sólo los había visto allí arriba, a lo lejos y oscuros en contraste con el cielo azul. Su gris plumaje era tan suave como las mariposas, parecían estar muy cerca del árbol y Sylvia sintió como si ella también pudiera ponerse a volar entre las nubes. Hacia el oeste, los bosques y las granjas se extendían kilómetros y kilómetros en la distancia; aquí y allí había campanarios de iglesias y blancos pueblecitos, ¡era realmente un mundo inmenso e imponente!

Los pájaros cantaban cada vez más fuerte. Al final, el sol salió desconcertantemente radiante. Sylvia podía ver las velas blancas de los barcos surcando el mar, y las nubes que al principio eran de color púrpura y rosado y amarillo empezaron a desvanecerse. ¿Dónde estaba el nido de la garza blanca en aquel mar de verdes ramas? ¿Y era esa maravillosa vista y ese desfile del mundo la única recompensa por haber trepado a tan vertiginosa altura? Ahora vuelve a mirar abajo, Sylvia, donde la verde marisma asoma por entre los brillantes abedules y las oscuras cicutas; allí donde una vez viste a la garza blanca, volverás a verla; ¡mira, mira! Una blanca visión como una sola pluma flotante surge de la cicuta muerta y se hace cada vez mayor, y se alza y al final se acerca, y sobrevuela el histórico pino con un movimiento firme del ala y con el fino cuello extendido y la cabeza coronada por una cresta. ¡Pero espera! ¡Espera! ¡No muevas ni un pie ni un dedo, pequeña, no envíes una flecha de luz y de conciencia desde tus dos ojos entusiastas, ya que la garza se ha posado en una rama del pino no muy lejos de la tuya y llama a su compañera en el nido y se limpia las plumas para el nuevo día!

Un minuto más tarde, la niña suelta un largo suspiro cuando un grupo de escandalosos pájaros-gato grises también llega al árbol e, irritada por sus revoloteos y su desorden, la solemne garza se marcha. Ahora ya conoce su secreto, el salvaje, ligero y esbelto pájaro que flota y se mece, y vuelve como una flecha a su casa en el verde mundo de abajo. Entonces Sylvia, del todo satisfecha, inicia su peligroso descenso, sin atreverse a mirar por debajo de la rama en la que se apoya, a veces incluso a punto de llorar porque los dedos le duelen y sus pies magullados resbalan. Preguntándose una y otra vez qué le diría el forastero y qué pensaría cuando ella le contara cómo llegar directamente al nido de la garza.

«¡Sylvy, Sylvy!», gritaba una y otra vez la atareada abuela, pero nadie contestaba, y la pequeña cama de cascarillas estaba vacía y Sylvia había desaparecido.

El huésped se despertó de su sueño y recordando el placer del día se apresuró a vestirse para que comenzara pronto. Por el modo en que la tímida niña lo había mirado una o dos veces ayer estaba convencido de que por lo menos había visto a la garza blanca, y ahora debía convencerla para que se lo contara. Aquí llega, más pálida que nunca, y su viejo y gastado vestido está manchado de resina de pino. La abuela y el cazador están de pie en la puerta juntos, y le hacen preguntas, y ha llegado el espléndido momento de hablar del árbol de la cicuta muerto en la verde marisma.

Pero después de todo, Sylvia no habla, aunque la anciana abuela la reprende fastidiosamente y los ojos amables y suplicantes del joven muchacho la miran directamente a los suyos. Puede cubrirlas de dinero y hacerlas ricas, lo ha prometido, y ahora son pobres. Vale la pena hacerle feliz, y espera escuchar la historia que ella puede contarle.

¡No, debe mantenerse en silencio! ¿Qué es lo que de repente se lo impide y la ha dejado muda? Ha estado creciendo nueve años y ahora, cuando el gran mundo por primera vez le tiende una mano, ¿debe rechazarlo por un pájaro? En sus oídos está el murmullo de las ramas verdes del pino; recuerda cómo apareció la garza blanca cruzando el aire dorado y cómo miraron el mar y la mañana juntas, y Sylvia no puede hablar; no puede contar el secreto de la garza y entregar su vida.

Querida lealtad, que sufrió una aguda punzada cuando el huésped se marchó disgustado aquel día más tarde, ¡ella podría haberlo servido y seguido y amado como ama un perro! Muchas noches Sylvia oía el eco de su silbato rondando el sendero del prado cuando volvía a casa con la holgazana vaca. Incluso se olvidó de la pena que sentía por la fuerte detonación de su escopeta y la visión de tordos y gorriones cayendo a tierra en silencio, sus canciones acalladas y sus lindas plumas manchadas y húmedas de sangre. ¿Eran los pájaros mejores amigos de lo que hubiera sido su cazador? ¡Quién sabe! ¡Todos los tesoros estaban perdidos para ella, bosques y estío, recuerda! ¡Trae tus obsequios y tus gracias y cuéntale tus secretos a esta solitaria niña del campo!

Traducción de Nuria Llonch Seguí

Historia de una hora

Como sabían que la señora Mallard padecía del corazón, se tomaron muchas precauciones antes de darle la noticia de la muerte de su marido.

Su hermana Josephine se lo dijo con frases entrecortadas e insinuaciones veladas que lo revelaban y ocultaban a medias. El amigo de su marido, Richards, estaba también allí, cerca de ella. Fue él quien se encontraba en la oficina del periódico cuando recibieron la noticia del accidente ferroviario y el nombre de Brently Mallard encabezaba la lista de «muertos». Tan sólo se había tomado el tiempo necesario para asegurarse, mediante un segundo telegrama, de que era verdad, y se había precipitado a impedir que cualquier otro amigo, menos prudente y considerado, diera la triste noticia.

Ella no escuchó la historia como otras muchas mujeres la han escuchado, con paralizante incapacidad de aceptar su significado. Inmediatamente se echó a llorar con repentino y violento abandono, en brazos de su hermana. Cuando la tormenta de dolor amainó, se retiró a su habitación, sola. No quiso que nadie la siguiera.

Frente a la ventana abierta descansaba un amplio y confortable sillón. Agobiada por el desfallecimiento físico que rondaba su cuerpo y parecía alcanzar su espíritu, se hundió en él.

En la plaza frente a su casa, podía ver las copas de los árboles temblando por la reciente llegada de la primavera.

En el aire se percibía el delicioso aliento de la lluvia. Abajo, en la calle, un buhonero gritaba sus quincallas. Le llegaban débilmente las notas de una canción que alguien cantaba a lo lejos, e innumerables gorriones gorjeaban en los aleros.

Retazos de cielo azul asomaban por entre las nubes, que frente a su ventana, en el poniente, se reunían y apilaban unas sobre otras. Se sentó con la cabeza hacia atrás, apoyada en el cojín de la silla, casi inmóvil, excepto cuando un sollozo le subía a la garganta y le sacudía, como el niño que ha llorado al irse a dormir y continúa sollozando en sueños.

Era joven, de rostro hermoso y tranquilo, y sus facciones revelaban contención y cierto carácter. Pero sus ojos tenían ahora la expresión opaca, la vista clavada en la lejanía, en uno de aquellos retazos de cielo azul. La mirada no indicaba reflexión, sino más bien ensimismamiento.

Sentía que algo llegaba y lo esperaba con temor. ¿De qué se trataba? No lo sabía, era demasiado sutil y elusivo para nombrarlo. Pero lo sentía surgir furtivamente del cielo y alcanzarla a través de los sonidos, los aromas y el color que impregnaban el aire.

Su pecho subía y bajaba agitadamente. Empezaba a reconocer aquello que se aproximaba para poseerla, y luchaba con voluntad para rechazarlo, tan débilmente como si lo hiciera con sus blancas y estilizadas manos. Cuando se abandonó, sus labios entreabiertos susurraron una palabrita. La murmuró una y otra vez: «¡Libre, libre, libre!». La mirada vacía y la expresión de terror que la había precedido desaparecieron de sus ojos, que permanecían agudos y brillantes. El pulso le latía rápido y el fluir de la sangre templaba y relajaba cada centímetro de su cuerpo.

No se detuvo a pensar si aquella invasión de alegría era monstruosa o no. Una percepción clara y exaltada le permitía descartar la posibilidad como algo trivial.

Sabía que lloraría de nuevo al ver las manos cariñosas y frágiles cruzadas en la postura de la muerte; el rostro que siempre la había mirado con amor estaría inmóvil, gris y muerto. Pero más allá de aquel momento amargo, vio una larga procesión de años venideros que serían sólo suyos. Y extendió sus brazos abiertos dándoles la bienvenida.

En aquellos años futuros ella tendría las riendas de su propia vida.

Ninguna voluntad poderosa doblegaría la suya con esa ciega insistencia con que hombres y mujeres creen tener derecho a imponer su íntima voluntad a un semejante. Que la intención fuera amable o cruel, no hacía que el acto pareciera menos delictivo en aquel breve momento de iluminación en que ella lo consideraba.

Y a pesar de esto, le había amado, a veces; otras, no. Pero qué importaba, qué contaba el amor, el misterio sin resolver, frente a esta energía que repentinamente reconocía como el impulso más poderoso de su ser.

—¡Libre, libre en cuerpo y alma! —continuó susurrando.

Josephine, arrodillada frente a la puerta cerrada, con los labios pegados a la cerradura le imploraba que la dejara pasar.

—Louise, abre la puerta, te lo ruego, ábrela, te vas a poner enferma. ¿Qué estás haciendo, Louise? Por lo que más quieras, abre la puerta.

—Vete. No voy a ponerme enferma.

No; estaba embebida en el mismísimo elixir de la vida que entraba por la ventana abierta.

Su imaginación corría desaforada por aquellos días desplegados ante ella: días de primavera, días de verano y toda clase de días, que serían sólo suyos. Musitó una rápida oración para que la vida fuese larga. ¡Y pensar que tan sólo ayer sentía escalofríos al pensar que la vida pudiera durar demasiado!

Por fin se levantó y ante la insistencia de su hermana, abrió la puerta. Tenía en los ojos un brillo febril y se conducía inconscientemente como una diosa de la Victoria. Agarró a su hermana por la cintura y juntas descendieron las escaleras. Richards, erguido, las esperaba al pie.

Alguien intentaba abrir la puerta con una llave. Brently Mallard entró, un poco

sucio del viaje, llevando con aplomo su maletín y el paraguas. Había estado lejos del lugar del accidente y ni siquiera sabía que había habido uno. Permaneció de pie, sorprendido por el penetrante grito de Josephine y el rápido movimiento de Richards para que su esposa no lo viera.

Pero Richards había llegado demasiado tarde.

Cuando los médicos aparecieron, aclararon que Louise había muerto del corazón —de la alegría que mata.

Traducción de Olivia de Miguel

EDITH WHARTON

Las fiebres romanas

I

Tras dejar la mesa en la que habían estado almorzando, dos señoras americanas, maduras pero de buen porte, atravesaron la elevada terraza del restaurante romano y, apoyándose en la baranda, se cruzaron la mirada y luego la posaron en las glorias desplegadas del Foro y el Palatino con idéntica expresión de benévola, aunque vaga aprobación.

Mientras estaban reclinadas allí, trepó el eco alegre de una voz juvenil procedente de unas escaleras que llevaban a un patio situado más abajo.

—¡Vamos, ven! —exclamó alguien, dirigiéndose no a las damas, sino a un acompañante invisible—, y dejemos a nuestras chicas haciendo punto…

Y otra voz igual de fresca respondió riendo:

—Bueno Babs, no exactamente *haciendo punto*…

—Oye, hablaba en sentido figurado —replicó la primera—, después de todo, no les hemos dejado a nuestras pobres madres mucho más que hacer…

Y, llegados a este punto, la escalera engulló el diálogo.

Las dos señoras se miraron de nuevo, esta vez sonriendo con un leve matiz de apuro, y la más menuda y pálida sacudió la cabeza mientras un ligero rubor le cubría el rostro.

—¡Bárbara! —musitó, dirigiendo un mudo reproche a la voz burlona de la escalera.

La otra señora, bastante más robusta y de color más subido, con nariz pequeña y enérgica bajo cejas de trazos oscuros, soltó una risa de buen humor:

—¡Mira lo que nuestras hijas piensan de nosotras!

Su acompañante replicó con una mueca de desaprobación:

—No de nosotras en concreto, sino de la idea colectiva que hoy se tiene de las madres. Y ya ves… —Con un asomo de culpabilidad extrajo de su elegante bolso negro un ovillo de seda escarlata y un par de agujas de tejer—. Nunca se sabe —dijo en un susurro—. Verdaderamente, esta nueva forma de vida nos ha dejado demasiado tiempo libre, y hay veces en que me canso… hasta de mirar esto. —Dirigió su ademán a la vista esplendorosa extendida a sus pies.

La dama morena sonrió de nuevo y ambas volvieron a ensimismarse, saboreando el espectáculo con un algo de serenidad difusa que bien podría dimanar del resplandor primaveral del cielo romano. Hacía ya mucho que la hora del almuerzo había pasado, y las dos tenían el final de la enorme terraza para ellas solas. En el otro

extremo, un puñado de comensales, que se habían demorado contemplando absortos la desplegada ciudad, recogían ya sus guías de viaje y se palpaban los bolsillos en busca de alguna propina. Se fueron yendo todos y las dos damas quedaron a solas en la encumbrada atalaya barrida por la brisa.

—Vaya, no veo por qué nos tenemos que ir —dijo la señora Slade, la dama del color subido y cejas enérgicas. Por allí cerca había dos sillas de mimbre; acercándolas hasta un ángulo de la baranda, se acomodó en una de ellas, su mirada puesta en el Palatino—. A fin de cuentas, es la vista más hermosa del mundo.

—Para *mí* siempre lo será —convino su amiga, la señora Ansley, con un énfasis tan leve en el «mí» que la señora Slade, a pesar de percibirlo, se preguntó si no sería puramente accidental, como los subrayados al azar que uno siempre se encuentra en las cartas antiguas.

«Grace Ansley siempre fue bastante anticuada», pensó; y añadió en voz alta, con una sonrisa retrospectiva:

—Es un paisaje que a las dos nos resulta largamente familiar. Cuando nos conocimos aquí éramos más jóvenes de lo que son ahora nuestras hijas. ¿Te acuerdas?

—Oh sí… —asintió la señora Ansley con el mismo deje indefinido—. Ahí va el maître. Creo que se estará preguntando… —interpoló. Era evidente que estaba menos segura de sí misma, y de sus derechos en la vida, que su acompañante.

—Yo me ocuparé de que no se pregunte nada —dijo la señora Slade mientras echaba mano de un bolso tan discretamente opulento como ella.

Haciendo señas al maître, le explicó que su amiga y ella eran viejas admiradoras de Roma y que les gustaría pasar el resto de la tarde contemplando el panorama; es decir, si ello no constituía una molestia para el servicio. El maître, inclinándose ante la propina ofrecida, le aseguró que no había inconveniente, y menos aún si accedían a quedarse a cenar. Seguramente sabían que era noche de luna…

La señora Slade frunció el ceño, como si esta alusión hubiera sido inoportuna y fuera de lugar; pero, al retirarse el camarero, recompuso la sonrisa.

—Bien, ¿y por qué no? Quizá sea aconsejable… Nunca se sabe a qué hora volverán nuestras hijas. Por cierto, ¿sabes tú de *dónde* han de volver? Porque yo no lo sé.

La señora Ansley de nuevo se puso ligeramente colorada.

—Creo que esos jóvenes aviadores italianos que conocimos en la embajada las habían invitado a dar un paseo en avioneta y a tomar el té en Tarquinia. Me imagino que preferirán esperar allí y regresar a la luz de la luna.

—¡La luz de la luna, la luz de la luna! ¡Y qué papel desempeña todavía! ¿Tú crees que los jóvenes de hoy son tan sentimentales como lo éramos nosotros?

—He llegado a la conclusión de que desconozco por completo cómo son —

replicó la señora Ansley—. Aunque quizá tampoco nosotras llegamos a conocernos demasiado.

—No, quizá no.

Su amiga le dirigió una mirada tímida.

—Nunca creí que fueras una sentimental, Alida.

—Bueno, tal vez no lo sea.

La señora Slade entornó los ojos en actitud de escudriñar el pasado, y durante unos instantes ambas, que habían sido amigas desde la infancia, consideraron cuán poco se conocían. Por supuesto, cada una tenía una etiqueta lista para agregar al nombre de la otra: la señora de Delphin Slade, por ejemplo, se hubiera dicho a sí misma, o a cualquiera que se lo preguntase, que la señora de Horace Ansley había sido adorable hace veinticinco años. ¿Verdad que parecía increíble?… Sin duda todavía era encantadora, ¡y tan distinguida! De joven había sido exquisita; mucho más bella que su hija Bárbara, a pesar de que Babs resultase, de acuerdo con las nuevas modas, bastante más efectiva; tenía más gancho, como se suele decir. Qué curioso: una no se podía imaginar de dónde lo habría sacado, con esas dos nulidades como padres. Sí; Horace Ansley era…, bueno, justo la réplica de su esposa. Especímenes de museo del viejo Nueva York. Apuestos, ejemplares, irreprochables. La señora Slade y la señora Ansley habían vivido mirándose, tanto en sentido literal como figurado, durante años. Cuando las cortinas del salón del número 20 de la calle Setenta y tres Este se renovaban, la casa de enfrente, el número 23, tomaba buena nota de ello. Y también de las idas y venidas, de las compras, los viajes, los aniversarios y enfermedades: la consabida crónica de una pareja intachable. Apenas había nada que escapara a la atención de la señora Slade. Pero de todo esto se llegó a cansar poco antes de que su marido tuviera el gran golpe de suerte en Wall Street; incluso había llegado a pensar, cuando compraron una casa nueva en la parte alta de Park Avenue, que «hubiera estado mucho más entretenida viviendo enfrente de una taberna clandestina: al menos una podía tener la oportunidad de presenciar alguna que otra redada». La idea de imaginarse a Grace involucrada en un arresto le pareció tan divertida que, antes de mudarse, la lanzó en un almuerzo femenino. Le celebraron mucho la ocurrencia y la chanza se divulgó por ahí. La señora Slade, en más de una ocasión, se preguntó si habría cruzado la calle y llegado a oídos de Grace Ansley; y aunque tenía la esperanza de que no fuese así, lo contrario tampoco le preocupó demasiado. Por aquel entonces, la respetabilidad no se valoraba en su justa medida y no había ningún mal en reírse un poquito de la gente irreprochable.

Pocos años después, y en un intervalo de apenas meses, ambas perdieron a sus maridos. Hubo el correspondiente intercambio de coronas y condolencias, y en el clima ensombrecido de sus lutos reanudaron brevemente la amistad. Ahora, tras otro intervalo de tiempo, se habían encontrado en Roma, en el mismo hotel, cada una

convertida en un modesto apéndice de una hija distinguida. Que sus destinos resultasen tan similares fue algo que las unió de nuevo, lo que se prestó a alguna que otra ligera broma entre ellas y a confesarse mutuamente que, si bien en tiempos pasados debió de ser tedioso escoltar a las hijas, ahora, en ocasiones, una se aburría un poco de no hacerlo.

Claro está, pensó la señora Slade, que esta falta de ocupaciones la afectaba a ella mucho más que a la pobre Grace. Era un gran cambio, a la baja, pasar de ser la esposa de Delphin Slade a ser su viuda. Siempre se había visto, con cierto orgullo conyugal, a la misma altura que él en cuanto a dotes sociales se refiere, contribuyendo de lleno a la creación de esa pareja excepcional que fueron ellos; pero tras su muerte, la transformación fue irremediable. Como esposa de un afamado abogado, siempre con uno o dos casos internacionales entre manos, no había día que no acarreara obligaciones interesantes e inesperadas: atender de pronto a importantes colegas extranjeros, viajar apresuradamente y por motivos de negocios a Londres, París o Roma, donde sus atenciones eran generosamente correspondidas; y el regocijo de oír al pasar: «¡Cómo! ¿Que esa mujer elegante, la de los ojos bonitos, es la señora Slade? ¿La mujer de Slade, el abogado? Por lo general, las esposas de los hombres eminentes son tales adefesios…».

Sí, era cierto; después de aquello ser *la* viuda de Slade era un asunto bastante monótono. Había puesto todas sus energías en estar a la altura de la fama de su marido, y ahora sólo tenía una hija por la que vivir, pues su hijo, que parecía haber heredado las cualidades del padre, había muerto repentinamente siendo todavía un niño. Ella había intentado sobreponerse al dolor por su marido, a quien debía ayudar y quien a su vez le daba fuerzas; pero tras la pérdida de su esposo, pensar en el chico le resultaba insoportable. No le quedaba nada más que atender a su hija; pero la pequeña Jenny era tan perfecta que no precisaba excesivos desvelos maternos. «Bueno, con Babs Ansley aquí no creo que deba estar tan tranquila», pensaba a veces la señora Slade con algo de envidia, pues Jenny, que tenía menos edad que su deslumbrante amiga, pertenecía a esa clase de chicas que resulta tan poco común: era sumamente hermosa, pero en ella juventud y belleza se tornaban en algo tan sensato y digno de confianza como si esos atributos brillaran por su ausencia. Qué desconcertante resultaba esto…, y para la señora Slade, también un poco aburrido. Abrigaba la secreta ilusión de que Jenny se enamorara, incluso de un hombre que no fuera el adecuado; que tuviera que acecharla y discurrir tretas para rescatarla. Pero en cambio, era Jenny quien la vigilaba, la preservaba de las corrientes de aire, se aseguraba de que hubiera tomado el tónico…

La señora Ansley era mucho menos elocuente que su amiga y su retrato mental de la señora Slade resultaba más desdibujado. «Alida Slade es terriblemente brillante, pero no tanto como ella se cree», habría sido todo su comentario; si bien habría

añadido, para mayor entendimiento por parte de extraños, que la señora Slade había sido una muchacha sumamente airosa; mucho más que su hija, que sin duda era bella e inteligente de aquella manera, pero que carecía de la…, bueno, de la «viveza» de su madre, como alguien dijo en una ocasión. La señora Ansley gustaba de usar palabras corrientes como ésta y citarlas entre comillas, como si fueran la audacia nunca vista. No; Jenny no era como su madre. En ocasiones la señora Ansley se imaginaba que Alida Slade se hallaba decepcionada; en general había tenido una vida bastante triste. Llena de fracasos y errores; y la señora Ansley siempre había sentido un poco de lástima por ella…

Así era, pues, como se veían las dos damas, cada una desde el lado equivocado de su pequeño telescopio.

II

Permanecieron calladas largamente, la una junto a la otra. Parecía como si, para ambas, fuera un alivio dejar de lado sus actividades, algo fútiles, en presencia del vasto *memento mori* que se erguía frente a ellas. La señora Slade estaba bastante quieta, con la vista clavada en la dorada vertiente del Palacio de los Césares, y transcurridos unos momentos, la señora Ansley cesó de enredar nerviosamente en su bolsa de labor y también ella se quedó pensativa. Como a veces ocurre entre amigos, nunca hasta entonces habían tenido ocasión de estar en silencio, y la señora Ansley se sintió ligeramente azorada por lo que parecía ser, después de tanto tiempo, un mayor grado de intimidad entre ellas, intimidad que no sabía bien cómo tomar.

De repente, el aire se llenó de ese tañer profundo de campanas que de vez en cuando cubre Roma de una techumbre argentada. La señora Slade consultó su reloj:

—¿Ya han dado las cinco? —dijo con un deje de sorpresa.

—Hay sesión de bridge en la embajada, a las cinco —sugirió la señora Ansley.

Durante un buen rato su acompañante no respondió. Parecía totalmente absorta en sus pensamientos y la señora Ansley pensó que su sugerencia había pasado inadvertida. Mas pasados unos instantes, como si despertara de un sueño:

—¿Dijiste bridge? No me apetece mucho, a no ser que tú quieras… Pero no creo que yo me anime.

—Oh, no —la señora Ansley se apresuró a asegurarle—. No me importa nada. Se está tan bien aquí y, como tú dices, está esto tan lleno de viejos recuerdos… —Se arrellanó en la silla y con un gesto casi furtivo sacó la labor.

De soslayo, la señora Slade tomó nota de la actividad de su amiga, pero sus cuidadas manos permanecieron inertes sobre las rodillas.

—Estaba pensando —dijo lentamente— en cuántas cosas distintas ha encarnado Roma para cada generación de viajeros. Para nuestras abuelas, la fiebre romana; para nuestras madres, peligros amorosos, ¡y vaya si nos vigilaban!; para nuestras hijas, no

más riesgos que los que entraña pasear por la calle Mayor. No saben… lo que se pierden.

La dilatada luz dorada se iba extinguiendo y la señora Ansley se acercó el punto a los ojos.

—Sí, ¡vaya si nos vigilaban!

—Siempre pensé —prosiguió la señora Slade— que nuestras madres tuvieron las cosas bastante más difíciles que nuestras abuelas. En la época en que la fiebre romana acechaba en las calles de Roma debió de ser relativamente más fácil recluir a las hijas en las horas peligrosas; pero cuando tú y yo éramos jóvenes, con toda aquella belleza incitándonos, y el picante adicional de desobedecer, y sin más riesgos que coger un resfriado en las horas frescas del anochecer, las madres se las veían y deseaban para retenernos en casa, ¿no es cierto?

De nuevo se volvió hacia la señora Ansley, pero ésta había llegado a un punto delicado de su labor.

—Dos derecho, dos revés, echar hebra; es cierto, no les resultaba sencillo hacerlo —convino sin alzar la vista.

La señora Slade la miró de hito en hito. «¡Y puede hacer punto… delante de todo esto! ¡Qué típico de ella!»

Con ademán pensativo la señora Slade se recostó en su asiento mientras dejaba resbalar la vista en las ruinas de enfrente, en el hondón verde del Foro, en el apagado fulgor de los frontispicios de las iglesias más allá o en los majestuosos contornos del Coliseo. De repente pensó: «Está muy bien todo eso de que las jóvenes de hoy prescinden del romanticismo y de las noches de luna, pero que no me digan a mí que Babs Ansley no va a la caza de ese joven aviador, el que es marqués. Y Jenny no tiene nada que hacer a su lado. Me pregunto si será éste el motivo por el cual a Grace Ansley le agrada tanto que nuestras hijas vayan juntas a todas partes. ¡Utilizar a mi pobre Jenny para mayor lucimiento de la otra!». La señora Slade emitió una risa apenas perceptible y, al oírla, la señora Ansley dejó caer la labor:

—¿Sí?…

—¡Oh!, no es nada; sólo pensaba en que tu Babs lo arrolla todo y se sale siempre con la suya. Ese muchacho, el joven Campolieri, es uno de los mejores partidos de Roma. No pongas esa cara de inocente, querida; lo sabes de sobra. Y me preguntaba, con todos los respetos, por supuesto…, me preguntaba cómo dos personas tan ejemplares como tú y Horace os las arreglasteis para engendrar algo tan dinámico. —La señora Slade rió de nuevo con un deje de aspereza.

Las manos de la señora Ansley permanecieron inertes entre las agujas. Miró de frente a las amontonadas ruinas de esplendor y pasión que yacían a sus pies. Su delicado perfil, sin embargo, carecía casi por completo de expresión.

—Creo que sobrestimas a Babs, querida —dijo al cabo de un momento.

El tono de la señora Slade se hizo más familiar.

—No, no. La valoro en lo que vale. Y quizá te envidie por ello. Oh, mi niña es perfecta; si tuviera una invalidez crónica creo que preferiría estar en sus manos. Hay momentos en los que… Pero en fin… Siempre quise tener una hija brillante… y nunca acabé de entender por qué en su lugar tuve un ángel.

La señora Ansley se hizo eco de su risa con un leve murmullo de voz:

—Babs es un ángel también.

—¡Por supuesto, por supuesto! Pero tiene alas de arco iris. Bueno, aquí estamos las dos sentadas mientras ellas pasean con sus jóvenes junto al mar. Y todo esto no hace sino evocar el pasado de una manera un tanto demasiado aguda.

La señora Ansley había reanudado la labor. Una casi podía haber imaginado (de no haberla conocido lo suficiente, pensó la señora Slade) que también a ella le suscitaban demasiados recuerdos las dilatadas sombras de esas augustas ruinas. Pero no; simplemente estaba inmersa en su labor. ¿Y acaso tenía motivos para estar preocupada? Tenía la seguridad de que Babs volvería comprometida con el más que adecuado Campolieri. «Y venderá la casa de Nueva York y se vendrá a vivir a Roma, cerca de ellos, pero sin interferir en sus vidas… Es demasiado diplomática. Y tendrá una cocinera excelente, y la gente apropiada para jugar al bridge y tomar algún cóctel… y una vejez tranquila entre sus nietos.»

La señora Slade interrumpió el vuelo profético de sus pensamientos con una punzada de enojo consigo misma. Grace Ansley era la última persona en el mundo de la que se debía pensar con crueldad. ¿Es que nunca se cansaría de envidiarla? Quizá llevaba haciéndolo demasiado tiempo.

Se puso en pie y se reclinó en la baranda, dejando que sus ojos azorados se empaparan de la magia quieta del crepúsculo. Pero en lugar de tranquilizarla, el espectáculo pareció incrementar su desasosiego. Su mirada se desvió hacia el Coliseo. La luz dorada de sus flancos se deshacía ya en sombras púrpura y en lo alto se arqueaba el firmamento, translúcido y puro como el cristal. Era ese momento en que la tarde y la noche quedan suspendidas en un precario equilibrio.

La señora Slade se giró y puso la mano en el brazo de su amiga. El gesto fue tan inesperado que la señora Ansley la miró con sobresalto.

—El sol se ha puesto ya. ¿No te da miedo, querida?

—¿Miedo…?

—Miedo a coger la fiebre romana o una pulmonía. Aún recuerdo lo enferma que estuviste aquel invierno. De joven siempre tuviste la garganta muy delicada, ¿verdad?

—Oh, estamos bien aquí. Abajo en el Foro sí que de pronto hace un frío mortal…, pero aquí no.

—Ah, cierto, eso lo sabes tú bien porque entonces tenías que andar con mucho cuidado… —La señora Slade se volvió hacia la baranda y pensó: «Debo hacer un

esfuerzo más para no odiarla». En voz alta comentó:

—Siempre que contemplo el Foro recuerdo aquella historia que protagonizó una de tus tías abuelas. Porque era tía abuela tuya, ¿no? Una mujer tremendamente perversa.

—Oh, sí; fue mi tía Harriet. La que dicen que envió a su hermana pequeña al Foro al atardecer, a traerle para su álbum una flor que sólo brota por la noche. Todas nuestras abuelas tenían la costumbre de coleccionar flores secas.

La señora Slade asintió:

—Pero la realidad es que la mandó porque las dos estaban enamoradas del mismo hombre…

—Bueno, eso forma parte de la leyenda familiar. Dicen que la tía Harriet lo confesó todo años después. Sea como fuese, lo cierto es que su pobre hermana cogió la fiebre y se murió. Mi madre solía asustarnos con esa historia cuando éramos pequeñas.

—Y tú me asustaste *a mí* con la fiebre, aquel invierno en que estuvimos aquí de jóvenes. El invierno en que me prometí con Delphin.

La señora Ansley emitió una tenue risa.

—¿De veras que te alarmé? ¿A ti? No creo que te alarmes fácilmente.

—Fácilmente, no; pero en aquella ocasión sí me alarmé. Me asusté porque en aquel momento yo era demasiado feliz. No sé si sabes lo que quiero decir.

—Bueno, sí… —balbuceó la señora Ansley.

—Bien, supongo que por eso me impresionó tanto aquella historia de tu tía. Pensé: «Ya no existe la fiebre romana, pero hace un frío tremendo en el Foro cuando cae el sol, especialmente después de un día caluroso. Y el Coliseo es incluso más gélido y húmedo».

—¿El Coliseo…?

—Sí. Y eso que no era fácil colarse una vez cerraban las verjas por la noche. Todo lo contrario. Aunque, la gente se las arreglaba para entrar. Sobre todo los amantes que no tenían otro sitio para verse. ¿No lo sabías?

—Bueno…, yo… no me acuerdo.

—¿No te acuerdas? ¿No recuerdas haber ido a visitar alguna que otra ruina al anochecer y haber cogido una grave infección? La gente dijo que eso fue lo que te hizo enfermar. Corrió el rumor de que habías salido de noche a ver la luna.

Hubo un momento de silencio, tras el cual la señora Ansley replicó:

—¿De veras? Ha pasado ya tanto tiempo…

—Cierto. Y además tú te repusiste, así que nada ocurrió. Aunque recuerdo que a todos nos extrañó bastante… Me refiero a las explicaciones que disteis, porque tú siempre tenías tanto cuidado con la garganta, y tu madre estaba tan pendiente de ti… Porque *sí* saliste a pasear, ¿no es cierto?, aquella noche…

—Quizá sí lo hice. Incluso las chicas más prudentes cometen a veces tonterías. ¿Qué te ha hecho pensar en aquello ahora?

La señora Slade guardó silencio durante unos momentos, al cabo de los cuales exclamó:

—¡Simplemente porque ya no lo aguanto más!

La señora Ansley irguió la cabeza en un gesto vehemente. Tenía los ojos muy abiertos y pálidos.

—¿Qué es lo que no puedes aguantar?

—Que todavía ignores que siempre he sabido por qué saliste.

—¿Por qué salí…?

—En efecto. ¿Crees que estoy fanfarroneando? Pues bien, fuiste a reunirte en secreto con el hombre con el que yo estaba prometida… Y si quieres, puedo repetir cada palabra de la carta que te condujo hasta él.

Mientras la señora Slade pronunciaba estas palabras, la señora Ansley se había puesto en pie de manera tambaleante. Su bolso, sus guantes y su labor se precipitaron todos en estruendoso montón hacia el suelo. Miró a la señora Slade como si estuviera viendo a un espectro.

—No, no…, déjalo —acertó a decir.

—¿Y por qué? Escucha, si acaso no me crees. «Querida: las cosas ya no pueden seguir así. Debo verte a solas. Ven al Coliseo mañana tan pronto anochezca. Habrá alguien allí que te dejará entrar. Nadie sospechará…». Pero quizá hayas olvidado lo que la carta decía…

La señora Ansley recibió el desafío con una compostura inesperada. Una ligera propensión al vértigo la obligó a apoyarse momentáneamente en la silla; posó la mirada en su amiga y luego replicó:

—No; yo también me la sé de memoria.

—¿Y la firma? «Sólo *tuyo*, D. S.» ¿Verdad que tengo razón en decir que ésa fue la carta que te hizo salir aquella noche?

Los ojos de la señora Ansley seguían fijos en ella. A la señora Slade le pareció que una lucha interna se libraba tras la máscara en que se había vuelto su rostro. «Nunca hubiera imaginado que pudiera controlarse tanto», pensó la señora Slade, casi con resentimiento. Pero en ese momento la señora Ansley dijo:

—No sé cómo puedes saberlo. Destruí la carta en el instante en que la leí.

—Sin duda; eso era de esperar… ¡Eres tan sensata! —Su sarcasmo era ya patente —. Y puesto que destruiste la carta, te estarás preguntando cómo es posible que yo conozca el contenido, ¿no es cierto?

La señora Slade hizo una pausa, pero la señora Ansley siguió en silencio.

—Pues bien, querida, lo sé porque yo la escribí.

—¡Que tú la escribiste!

—Sí.

Se miraron un instante en la última luz dorada. Luego, la señora Ansley se derrumbó en la silla.

—¡Oh!… —murmuró, y se cubrió el rostro con las manos.

La señora Slade esperó nerviosamente a que la otra dijera o hiciera algo. No hubo respuesta, y al cabo de un rato la señora Slade exclamó:

—Te doy horror.

La señora Ansley dejó caer las manos sobre las rodillas. El rostro que desvelaron estaba surcado de lágrimas.

—No era en ti en lo que estaba pensando. Pensaba… que ésa fue la única carta que he tenido suya.

—Y ahora resulta que yo la escribí. ¿Pero acaso has olvidado que yo era la chica con la que estaba prometido? ¿No se te ocurrió pensarlo?

La señora Ansley bajó la cabeza de nuevo.

—No intento excusarme… Lo pensé…

—¿Y así y todo acudiste?

—Así y todo acudí.

La señora Slade permaneció erguida sin apartar la mirada de la figura encogida que estaba a su lado. El ardor de su ira ya se había apagado y se preguntó cómo había podido imaginar que hallaría algún tipo de placer en infligir semejante herida gratuita a su amiga. Pero tenía que justificarse.

—¿Lo entiendes, verdad? Lo descubrí… y te aborrecí, te aborrecí. Supe que estabas enamorada de Delphin… y tuve miedo; miedo de ti, de tu forma de actuar calladita, de tu dulzura, de tu…; en fin, quise quitarte de en medio, eso es todo. Sólo durante unas cuantas semanas, hasta que estuviera segura de él. Así pues, en un arranque de cólera ciega escribí aquella carta… Ahora no sé por qué te lo he contado.

—Supongo —dijo lentamente la señora Ansley— que porque nunca has dejado de odiarme.

—Tal vez. O también porque deseaba descargarme de todo el asunto. —Hizo una pausa—. Me alegro de que destruyeras la carta. Por supuesto, nunca pensé que pudieras morir.

La señora Ansley se volvió a quedar ensimismada, y la señora Slade, inclinándose por encima de ella, captó una extraña sensación de aislamiento, como si la hubieran separado de la corriente cálida de la comunicación humana.

—¡Piensas que soy un monstruo!

—No sé… Era la única carta que tenía, y ¿dices que él no la escribió?

—¡Ah, mira cómo todavía te importa!

—Me importaban esos recuerdos —dijo la señora Ansley.

Los ojos de la señora Slade siguieron clavados en ella. Era como si, tras el golpe,

toda su persona se hubiera empequeñecido y al ponerse en pie el viento se la pudiese llevar igual que a una voluta de polvo. Al contemplarla, la señora Slade sintió que los celos volvían a hacer presa en su interior. ¡Y pensar que durante todos estos años esa mujer había vivido de esa carta! ¡Cómo lo tenía que haber amado, para haber guardado como un tesoro el mero recuerdo de sus cenizas! La carta del hombre que estaba prometido con su amiga. ¿Acaso no era ella el monstruo?

—Trataste de atraerlo por todos los medios, pero fracasaste, y yo lo tuve para mí. Eso es todo.

—Sí. Eso es todo.

—Ahora desearía no habértelo contado. Jamás hubiera imaginado que te lo tomarías así; creí que la noticia te divertiría. Todo ocurrió hace tanto tiempo, como tú misma has dicho; y debes concederme que no tenía yo motivo para pensar que te lo tomarías en serio. ¿Cómo imaginarlo, cuando te casaste con Horace Ansley al cabo de dos meses? Tan pronto te levantaste de la cama, tu madre te llevó en volandas a Florencia y te casó. La gente se quedó extrañada…, a todos les sorprendió la rapidez con que lo hiciste; pero yo creí saber la respuesta. Intuí que lo habías hecho por despecho, para luego poder decir que te habías adelantado a Delphin y a mí. Las muchachas jóvenes a veces hacen las cosas más serias movidas por las razones más tontas. Y que te casaras tan pronto me convenció de que, en el fondo, nunca te había importado Delphin.

—Sí, supongo que así sería —asintió lentamente la señora Ansley.

El cielo claro se había vaciado de su fulgor áureo. El anochecer se extendía por doquier, envolviendo súbitamente en sombras las Siete Colinas. Algunas luces dispersas empezaron a parpadear por entre el follaje bajo sus pies. Resonó el sonido de pasos que iban y venían por la terraza vacía: camareros que se asomaban a la puerta principal y que, al cabo de unos instantes, reaparecían portando bandejas, manteles y botellas de vino. Cambiaron algunas mesas de sitio y pusieron en orden las sillas. Una ristra de tenues luces eléctricas comenzó a brillar. Retiraron varios jarrones con flores marchitas y trajeron otros con adornos frescos. Una señora de aspecto recio, vestida con guardapolvo de viaje, apareció de repente, preguntando en mal italiano si alguien había visto la cinta elástica que sostenía su guía de viajes, una desvencijada Baedeker. Hurgó con su bastón bajo la mesa en la que había estado almorzando, ayudada por unos cuantos camareros solícitos.

El rincón donde se hallaban la señora Slade y la señora Ansley todavía estaba desierto y sombrío. Ambas permanecieron largo tiempo en silencio. Al cabo de un rato, la señora Slade lo rompió de nuevo:

—Supongo que lo hice como una especie de broma.

—¿Una broma?

—Bueno, ya sabes que las chicas pueden ser despiadadas a veces, sobre todo

cuando están enamoradas. Recuerdo haberme reído yo sola al imaginarte esperando en la oscuridad, estrujando la vista, agudizando los oídos en espera de algún sonido, intentando acceder al interior… Claro que luego tuve remordimientos, cuando supe que habías estado tan enferma después de aquello.

La señora Ansley, que había permanecido inmóvil durante un buen rato, se volvió lentamente hacia su acompañante.

—Pero no tuve que esperar. Él lo había dispuesto todo. Estaba allí. Nos dejaron entrar inmediatamente.

La señora Slade, que estaba reclinada, se puso en pie de un brinco.

—¿Dices que Delphin estaba allí? ¿Que os dejaron entrar…? ¡Ah, no me vengas ahora con mentiras! —exclamó con violencia.

La voz de la señora Ansley se había hecho más nítida y su tono revelaba un deje de sorpresa.

—Pues claro que estaba. Naturalmente, él acudió…

—¿Acudió? ¿Y cómo iba a saber que te encontraría allí? Debes de estar soñando…

La señora Ansley titubeó imperceptiblemente, como si estuviera ordenando las ideas.

—Pero yo contesté a la carta. Le dije que estaría allí esperando. De modo que él vino.

La señora Slade se llevó las manos a la cara.

—¡Contestaste a la carta!… Nunca se me ocurrió pensar que fueras a hacerlo.

—Es raro que no pensaras en esa posibilidad, si dices que la escribiste.

—Sí. Estaba ciega de ira.

La señora Ansley se levantó, atrayendo hacia sí el zorro que le caía por los hombros.

—Hace frío aquí arriba. Será mejor que nos vayamos… Lo siento por ti —dijo, mientras se arrebujaba la garganta en su echarpe de piel.

Estas palabras inesperadas produjeron en la señora Slade una punzada de dolor.

—Sí; será mejor que nos vayamos. —Recogió bolso y abrigo—. Aunque no sé por qué dices que lo sientes por mí —replicó con un murmullo.

La mirada de la señora Ansley se desvió del rostro de su acompañante y quedó suspendida en la sombra muda y secreta del Coliseo.

—Bueno…, pues…, porque no tuve que esperar aquella noche.

La señora Slade emitió una risa estridente.

—Sí. Ahí me ganaste la partida. Pero no creo que te deba guardar rencor, después de tantos años. Al fin y al cabo, yo lo tuve todo: le tuve durante veinticinco años. Y tú, nada más que una carta que ni siquiera él escribió.

La señora Ansley de nuevo guardó silencio; luego, enfiló hacia la puerta de

salida. Inició un primer paso y se giró, encarándose a su compañera.

—Tuve a Bárbara —dijo; y adelantándose a la señora Slade, se dispuso a bajar las escaleras.

Traducido por Teresa Gómez Reus

El poli y el himno

Soapy se removió nervioso en su banco de Madison Square. Cuando los gansos salvajes graznan con fuerza por la noche y las mujeres con abrigos de piel de foca tratan con amabilidad a sus maridos y cuando Soapy se remueve nervioso en su banco del parque, no hay duda de que el invierno anda cerca.

Una hoja seca cayó sobre el regazo de Soapy. Era la tarjeta de presentación del señor Escarcha. El señor Escarcha es amable con los inquilinos habituales de Madison Square y los avisa con tiempo de su visita anual. En las esquinas de cuatro calles entrega su tarjeta al Viento del Norte, lacayo de la mansión de Al Airelibre, para que sus inquilinos se preparen.

La mente de Soapy tomó conciencia de que le había llegado el momento de desdoblarse en un peculiar Comité para la Supervisión de las Finanzas con el fin de tomar las precauciones necesarias de cara a los rigores venideros. Por consiguiente, se removió nervioso en su banco.

Las aspiraciones invernales de Soapy no eran de las más ambiciosas. No contemplaban posibles cruceros por el Mediterráneo, ni soporíferos cielos meridionales ni navegar a la deriva por la bahía del Vesubio. Lo que anhelaba el alma de Soapy eran tres meses en la Isla. Tres meses con pensión, cama y agradable compañía aseguradas, a salvo de Bóreas, y los uniformes azules, le parecían a Soapy la esencia de todo lo deseable.

Durante años la hospitalaria Blackwell’s había acogido los cuarteles de invierno de Soapy. Así como los otros neoyorquinos más afortunados habían adquirido sus billetes para Palm Beach y la Riviera cada invierno, Soapy había hecho sus humildes preparativos para su hégira anual a la Isla. Había llegado la hora. La noche anterior, tres periódicos de edición dominical, distribuidos bajo el abrigo desde los tobillos hasta pasado el regazo, no habían bastado para repeler el frío mientras dormía en su banco cerca de la fuente de la vieja plaza. De modo que la Isla se erguía imponente y oportuna en la mente de Soapy. Él despreciaba las prestaciones ofrecidas en nombre de la caridad por los empleados municipales. En opinión de Soapy, la ley era más benévola que la filantropía. Existía una ronda infinita de instituciones a las que podría acudir para recibir alojamiento y comida acordes con una vida sencilla. Pero para alguien del espíritu elevado de Soapy los dones de la caridad incluyen gravamen. Aunque no en metálico, tienes que pagar en humillación del espíritu por cada beneficio recibido de manos de la filantropía. Como César tuvo su Bruto, todo lecho de caridad debe tener su peaje en forma de baño, cada rebanada de pan su compensación a una inquisición privada y personal. Por lo tanto es preferible ser un

invitado de la ley, que, aunque regida por normas, no se entromete demasiado en los asuntos privados de un caballero.

Una vez decidido a trasladarse a la Isla, Soapy acometió de inmediato la tarea de satisfacer su deseo. Existían muchos medios sencillos para conseguirlo. El más agradable consistía en comer lujosamente en algún restaurante caro y luego, tras declararse insolvente, dejar que te entregaran tranquilamente y sin protestar a un policía. Un magistrado complaciente haría el resto.

Soapy abandonó su banco y cruzó el parque y el mar de asfalto, por donde confluyen Broadway y la Quinta Avenida. Avanzó por Broadway hasta detenerse frente a un café fastuoso en el que todas las noches se reúnen los productos más selectos de la vid, el gusano de la seda y el protoplasma.

Se sentía confiado desde el botón inferior de la americana para arriba. Iba afeitado, llevaba un abrigo decente y una corbata limpia, negra y de nudo corredizo ya hecho, que le había regalado una misionera el día de Acción de Gracias. Si conseguía llegar hasta una mesa del restaurante sin llamar la atención, tenía el éxito asegurado. La parte de Soapy que quedaría visible por encima de la mesa no levantaría las sospechas del camarero. Un pato real asado serviría, pensó Soapy…, con una botella de Chablis y seguido de Camembert, copa y puro. Con un cigarro de dólar bastaría. El total no sería lo bastante alto para despertar cualquier manifestación suprema de venganza por parte de la dirección del local y, no obstante, le dejaría ahíto y feliz para encarar el viaje hacia su refugio de invierno.

Pero en cuanto Soapy puso un pie en el restaurante, la mirada del camarero jefe cayó sobre sus pantalones raídos y sus zapatos gastados. Unas manos fuertes y raudas le dieron la vuelta y lo sacaron a la calle en silencio, evitando un innoble destino del ánade amenazado.

Soapy dejó Broadway. Parecía que su ruta hacia la Isla anhelada no iba a ser del tipo epicúreo. Había que pensar en otra manera de entrar en el limbo.

En la esquina con la Sexta Avenida destacaba el escaparate iluminado y astutamente decorado de una tienda. Soapy cogió un adoquín y lo lanzó contra el cristal. La gente apareció corriendo a la vuelta de la esquina, con un policía a la cabeza. Soapy permaneció inmóvil, de pie con las manos en los bolsillos y sonriendo ante la visión de los botones de latón.

—¿Dónde está el responsable de esto? —inquirió nervioso el agente.

—¿No se le ocurre que quizá yo tenga algo que ver con el asunto? —comentó Soapy no sin cierta sorna, pero amigablemente, como quien da la bienvenida a la buena suerte.

La mente del policía se negó a aceptar a Soapy ni siquiera como pista. Los que destrozan ventanas no se quedan a parlamentar con los subalternos de la ley. Ponen los pies en polvorosa. El policía vio a un hombre corriendo para subirse a un coche

media manzana más allá. Se sumó a la carrera con la porra en alto. Soapy, con el corazón compungido tras dos fracasos, se dedicó a vagabundear.

En la acera de enfrente había un restaurante sin demasiadas pretensiones. Ofrecía sus servicios a apetitos abundantes y bolsillos modestos. La vajilla y el ambiente eran pesados, la sopa y la mantelería ligeras. Hacia allí puso rumbo Soapy con sus zapatos acusadores y sus pantalones reveladores. Se sentó a una mesa y consumió bistec, crepes, rosquillas y pastel. Y luego le reveló al camarero el hecho de que la más diminuta de las monedas y él ni siquiera se conocían.

—Así que apúrese y llame a un poli —dijo Soapy—. No haga esperar a un caballero.

—Nada de polis —contestó el camarero con una voz blanda como galletas de mantequilla y los ojos como la guinda de un Manhattan—. ¡Eh, Con!

Dos camareros lanzaron a Soapy a la acera cruel, donde aterrizó sobre la oreja izquierda. Se levantó articulación a articulación, como se abre la regla de un carpintero, y se sacudió el polvo de la ropa. El arresto parecía un sueño optimista. La Isla parecía muy lejana. Un policía que había frente a un colmado, dos puertas más allá, se rió de Soapy y se alejó calle abajo.

Soapy hubo de recorrer cinco manzanas antes de recuperar el valor para cortejar de nuevo la captura. Esta vez la oportunidad prometía ser lo que Soapy, neciamente, calificó de «pan comido». Una joven de aspecto agradable y recatado contemplaba con alegre interés los sacapuntas y el material de escritorio expuestos en un escaparate mientras, a unos doscientos metros de la tienda, un policía enorme y de porte severo se inclinaba sobre una boca de riego.

Soapy decidió asumir el papel del despreciable y execrado «moscardón». El aspecto elegante y refinado de su víctima y la contigüidad del concienzudo poli le animaron a creer que pronto sentiría en su brazo la agradable garra oficial que le garantizaría la estancia en sus cuarteles de invierno en la pequeña, apretadísima, Isla.

Soapy enderezó la corbata de confección de la misionera, sacó a la vista los puños huidizos de la camisa, se colocó el sombrero con una inclinación seductora y se acercó sigilosamente a la joven. Le hizo ojitos, le atacaron toses y carraspeos repentinos, sonrió, babeó y repasó descaradamente toda la letanía insolente y deleznable del «moscardón». Comprobó de reojo que el policía tenía la vista clavada en él. La joven se separó unos pasos y, una vez más, dedicó toda su atención a los sacapuntas. Soapy la siguió, se colocó burdamente junto a ella, levantó el sombrero y dijo:

—¡Vaya, Bedelia! ¿No querrás venir a jugar conmigo al jardín?

El policía seguía observando. La joven perseguida no tenía más que mover un dedo y Soapy estaría prácticamente de camino a su remanso insular. Ya se imaginaba que sentía la acogedora calidez de la comisaria. La joven le miró a la cara y,

alargando un brazo, cogió a Soapy por la manga del abrigo.

—Pues claro, Mike —dijo la chica alegremente—, si me invitas a un par de jarras. Te habría hablado antes, pero el poli nos miraba.

Con la joven como una hiedra asida a su roble, Soapy pasó junto al policía dominado por el pesimismo. Parecía estar condenado a la libertad.

En la siguiente esquina, se sacó de encima a su compañera y echó a correr. Se detuvo en el distrito donde por la noche se encuentran las calles, corazones, promesas y libretos más animados. Mujeres con abrigos de pieles y hombres con sobretodos se paseaban alegremente entre el viento invernal. De repente, Soapy temió ser víctima de un hechizo atroz que le habría hecho inmune al arresto. La idea le dio pánico y cuando se encontró con otro policía holgazaneando presuntuosamente frente a un teatro refulgente, se aferró de inmediato a la opción desesperada de la «conducta desordenada».

Soapy empezó a gritar incoherencias de borracho a pleno pulmón en mitad de la calle. Bailó, aulló, despotricó e imprecó a las alturas.

El policía hizo girar la porra, se volvió de espaldas a Soapy y le comentó a un ciudadano:

—Es uno de los muchachos de Yale que celebra la paliza que le han metido a los Hartford College. Son ruidosos pero inofensivos. Tenemos instrucciones de dejarlos en paz.

Desconsolado, Soapy abandonó aquel barullo inútil. ¿Es que ningún policía lo atraparía jamás? En sus sueños, la Isla parecía una Arcadia inalcanzable. Se abotonó el delgado abrigo para protegerse del frío glacial.

En una tabacalera vio a un hombre bien vestido encendiendo un puro con una llama ondulante. El hombre había dejado el paraguas de seda junto a la puerta al entrar. Soapy entró en el establecimiento, cogió el paraguas y salió despacio. El hombre del puro le siguió a toda prisa.

—Mi paraguas —le dijo el tipo con rudeza.

—Vaya, ¿es suyo? —dijo desdeñosamente Soapy, sumando el insulto al hurto—. Bueno, ¿pues por qué no llama a un policía? He cogido su paraguas. ¿Por qué no llama a un poli? Hay uno en la esquina.

El dueño del paraguas aminoró la marcha. Soapy hizo otro tanto, con el presentimiento de que una vez más la suerte jugaría en su contra. El policía miró a los dos hombres con curiosidad.

—Por supuesto —dijo el hombre del paraguas— es…, bueno, ya sabe cómo ocurren estas cosas…, si el paraguas es suyo, le ruego me disculpe. Lo cogí esta mañana en un restaurante… Admito que es suyo, yo…, bueno, espero que usted…

—Pues claro que es mío —contestó Soapy con rudeza.

El ex hombre del paraguas se echó atrás. El policía se apresuró en ayudar a una

rubia alta con capa a cruzar la calle por delante de un tranvía que todavía estaba a dos manzanas de distancia.

Soapy se alejó en dirección este por una calle aquejada de mejoras. Tiró el paraguas de mal humor a una excavación. Refunfuñó entre dientes contra los hombres que usan casco y llevan porra. Como quería caer en sus garras, lo trataban como si fuera un rey incapaz de hacer ningún mal.

Al final Soapy llegó a una de las avenidas que dan al este donde el brillo y el oropel y el bullicio son más vistosos. Miró hacia Madison Square, puesto que el instinto de volver al hogar subsiste incluso cuando el hogar es un banco del parque.

Pero se quedó petrificado en una esquina inusualmente tranquila. Había una iglesia vieja, extraña, laberíntica y con tejado a dos aguas. De un ventanal de vidrio violeta emanaba una luz suave desde donde, no había duda, el organista se entretenía con las teclas para asegurarse de que dominaba el himno dominical. Porque del interior se escapaba una música dulce que sedujo a Soapy y lo inmovilizó contra la verja de hierro forjado.

La luna brillaba en lo alto, lustrosa y serena; había pocos vehículos y peatones; los gorriones gorjeaban soñolientos en los aleros: por un breve instante la escena podría haber correspondido al cementerio de una iglesia rural. Y el himno que tocaba el organista clavaba a Soapy a la verja de hierro, porque lo conocía bien de los días en que su vida incluía cosas tales como madres y rosas y ambiciones y amigos y pensamientos inmaculados y collares.

La conjunción del estado mental receptivo de Soapy y la influencia de la vieja iglesia desencadenó un cambio maravilloso y repentino en su alma. Soapy vio con horror arrebatado el pozo en el que había caído, los días degradados, los deseos indignos, las esperanzas muertas, las facultades disminuidas y los afanes innobles que conformaban su existencia.

Y en ese momento también su corazón respondió con emoción a este nuevo ánimo. Un impulso fuerte e instantáneo le empujó a luchar contra su destino desesperado. Se levantaría del fango, volvería a hacer un hombre de sí mismo, conquistaría el mal que se había apoderado de él. Tenía tiempo; todavía era relativamente joven: resucitaría sus antiguas ambiciones impacientes y las perseguiría sin flaquear. Aquellas notas del órgano, solemnes pero dulces, habían iniciado una revolución en su interior. Al día siguiente iría al ajetreado distrito central y encontraría trabajo. Un importador de pieles le había ofrecido trabajo de conductor en una ocasión. Al día siguiente lo encontraría y le pediría el puesto. Sería alguien. Sería…

Soapy notó una mano en el hombro. Se volvió de inmediato para encararse con el rostro amplio de un policía.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el agente.

—Nada —contestó Soapy.
—Pues acompáñame.
—Tres meses en la Isla —dijo el magistrado a la mañana siguiente en el tribunal.

Traducción de Cruz Rodríguez

STEPHEN CRANE

El hotel azul

I

El Palace Hotel de Fort Romper estaba pintado de un azul claro, una tonalidad apreciable en las patas de cierta especie de garzas, que las delata dondequiera que se encuentren. El Palace Hotel estaba, pues, profiriendo continuos gritos y aullidos de tal modo que el deslumbrante paisaje invernal de Nebraska no parecía sino una quietud gris y cenagosa. Se erguía en solitario en medio de la pradera, y cuando la nieve caía, el pueblo, apenas a doscientos metros, no podía divisarse. Pero el viajero que se apeaba en la estación de ferrocarril se veía obligado a pasar por el Palace Hotel antes de tropezarse con las casas bajas de madera que constituían Fort Romper, y era impensable que alguien pudiera pasar por delante del Palace Hotel sin echarle una mirada. Pat Scully, el propietario, había demostrado ser un consumado estratega al elegir la pintura. Es verdad que en los días claros, cuando los grandes expresos transcontinentales —largas filas de traqueteantes coches pullman— pasaban por Fort Romper, los pasajeros se veían sobrecogidos ante semejante vista, y el viajero culto, que conoce los rojos marrones y todas las variantes de verde oscuro del Este, reaccionaba con una mezcla de vergüenza, compasión y horror, soltando una risotada. Pero para los vecinos de este pueblo de las praderas y para quienes se apeaban habitualmente allí, Pat Scully había llevado a cabo una hazaña. Semejante opulencia y esplendor no tenían ningún color en común con esos credos, clases y vanidades que día tras día circulaban por los carriles de Romper.

Como si los evidentes encantos de semejante hotel azul no fuesen ya de por sí suficientemente tentadores, Scully tenía la costumbre de acudir todas las mañanas y tardes al encuentro de los premiosos trenes que paraban en Romper y ponía en práctica sus dotes de seducción ante cualquier viajero que, maletín en mano, viese indeciso.

Una mañana en que una locomotora recubierta con una costra de nieve entró en la estación arrastrando su larga hilera de vagones de mercancías y un único coche de pasajeros, Scully realizó el prodigio de atrapar a tres hombres. Uno era un tembloroso sueco de mirar agudo, con un reluciente maletón barato; otro era un alto y broncíneo vaquero, que iba camino de un rancho cerca de la frontera de Dakota; y el tercero era un silencioso hombrecillo del Este, que ni lo parecía ni iba por ahí pregonándolo. Scully los hizo prácticamente prisioneros suyos. Se mostró tan vivaz, tan simpático y tan amable, que probablemente pensaron que sería el colmo de la descortesía tratar de escabullirse. Avanzaban no sin dificultades por las crujientes aceras de madera en pos

del vehemente y pequeño irlandés. Éste llevaba una gruesa gorra de piel encasquetada en la cabeza, que hacía que sus dos orejas rojas sobresaliesen tiesas, como si fuesen de hojalata.

Finalmente, Scully, mostrando una pródiga y refinada hospitalidad, los condujo a través de los pórticos del hotel azul. La estancia en la que entraron era pequeña. No parecía sino un digno templo para la enorme estufa que, en el centro, trepidaba con la violencia propia de una deidad. El hierro se había vuelto incandescente en varios puntos de su superficie y relucía amarillo a causa del calor. Junto a la estufa, el hijo de Scully, Johnnie, jugaba al *high-five*[2] con un anciano granjero de patillas grises y rojizas. Los dos estaban enzarzados en una discusión. De cuando en cuando, el anciano granjero volvía la cara hacia una caja de serrín —de color marrón por las secreciones de tabaco— que había detrás de la estufa y escupía como si estuviese muy impaciente e irritado. Tras proferir estentóreamente una sarta de palabras, Scully puso fin al juego de cartas y envió rápidamente al piso de arriba a su hijo con parte del equipaje de los nuevos huéspedes. Luego, los condujo personalmente a un lugar donde había tres palanganas con el agua más fría que imaginarse pueda. El vaquero y el del Este se pusieron al rojo vivo por culpa de ella, hasta adquirir una especie de lustre metálico. El sueco, en cambio, se limitó a mojar los dedos con cautela, tiritando de frío. Los tres viajeros no pudieron menos de pensar, a lo largo de esta serie de pequeñas ceremonias, que Scully era una persona encantadora. Les tributaba todo tipo de atenciones, mientras hacía circular la toalla de uno a otro con aire de filantrópico desprendimiento.

Seguidamente, pasaron a la primera sala y, sentados alrededor de la estufa, escucharon los gritos de rigor de Scully a sus hijas, que estaban preparando la comida. Los huéspedes reflexionaban en silencio como hombres experimentados que se conducen con precaución entre desconocidos. No obstante, el anciano granjero, inmóvil, impertérrito en su silla junto a la parte más caliente de la estufa, apartaba con frecuencia su rostro de la caja de serrín y se dirigía con algún brillante tópico a los forasteros. Normalmente, éstos, bien el vaquero o el tipo del Este, le respondían con frases breves pero oportunas. El sueco no abría para nada la boca. Parecía ocupado en hacer cavilaciones furtivas sobre cada uno de los presentes. Podría pensarse que tenía una de esas absurdas sensaciones de sospecha que acaban convirtiéndose en sentimiento de culpa. Daba la impresión de ser un hombre despavorido.

Luego, durante la comida, el sueco habló un poco, dirigiéndose únicamente a Scully. Dijo que venía de Nueva York, donde había trabajado de sastre durante diez años. Aquello le pareció fascinante al hotelero, quien, a su vez, le contó que llevaba catorce años viviendo en Romper. El sueco preguntó por la cosecha y por el coste de la mano de obra, pero daba la impresión de que apenas escuchaba las largas

respuestas de Scully. Su mirada seguía yendo de uno a otro de los presentes.

Finalmente, con una risotada y un guiño, el sueco dijo que algunas de aquellas comunidades del Este eran muy peligrosas; y tras esta afirmación, estiró las piernas debajo de la mesa, ladeó la cabeza y volvió a soltar una sonora carcajada. Estaba claro que los demás no entendieron lo que quería decir, pues se quedaron mirándole atónitos y en silencio.

II

Cuando, todos a la vez y armando un gran estruendo, los hombres regresaron a la habitación delantera, a través de dos pequeñas ventanas podía verse el espectáculo de un turbulento mar de nieve. Los enormes brazos del viento hacían intentos —impresionantes, circulares, fútiles— para alcanzar los copos en su carrera. Un poste, que se asemejaba a un hombre impasible con la cara blanqueada, se elevaba pasmado en medio de aquella furia disoluta. En voz alta, Scully anunció la llegada de una ventisca. Los huéspedes del hotel azul, encendiendo sus pipas, asintieron con gruñidos de perezoso contento masculino. En ninguna isla en medio del mar se habría sentido nadie tan a salvo como en aquella salita, con su trepidante estufa. Johnnie, el hijo de Scully, en un tono que evidenciaba claramente lo que pensaba sobre sus dotes de jugador de cartas, desafió al anciano granjero de patillas rojigrisáceas a jugar al *high-five*. El granjero accedió con un desdeñoso y amargo rictus. Los dos se sentaron junto a la estufa y cuadraron las rodillas bajo un ancho tablero. El vaquero y el del Este seguían el juego con interés. El sueco se quedó junto a la ventana, solitario, pero con un semblante que traslucía señales de una excitación inexplicable.

La partida entre Johnnie y el de la barba gris se vio súbitamente interrumpida por un nuevo altercado. El anciano se levantó al tiempo que echaba una mirada de acalorado desdén a su adversario. Se abotonó lentamente la chaqueta y, acto seguido, salió con impresionante dignidad del cuarto. En medio del discreto silencio de los demás, el sueco reía a carcajadas. Su risa tenía algo de infantil. Para entonces, los otros hombres le miraban ya con recelo, como si quisieran averiguar qué diablos le estaba pasando.

En tono jocoso, se organizó una nueva partida. El vaquero se ofreció para jugar de compañero de Johnnie, y seguidamente todos los presentes se volvieron hacia el sueco para pedirle que compartiera su suerte con el hombrecillo del Este. Aquél, tras hacer unas preguntas sobre el juego y enterarse de que recibía muy diferentes nombres y que había jugado a él bajo otra denominación, aceptó la invitación. Avanzó hacia los jugadores con aire intranquilo, como si temiese que fueran a abalanzarse sobre él. Finalmente se sentó, recorrió con la mirada los rostros uno a uno y se echó a reír a carcajadas. Tan rara era aquella risa, que el tipo del Este dirigió al punto la mirada hacia el techo, el vaquero se quedó boquiabierto en actitud alerta y

Johnnie se detuvo, sosteniendo las cartas con dedos rígidos.

A continuación, se hizo un breve silencio. Luego Johnnie dijo:

—Bueno, empezamos, ¿no? ¡Hale, vamos ya!

Empujaron las sillas hacia delante hasta juntar las rodillas bajo el tablero. Empezaron a jugar, y el interés con que seguían el juego hizo que, al poco tiempo, los demás se olvidaran de la conducta del sueco.

El vaquero era un auténtico gallito. Cada vez que tenía buenas cartas las golpeaba, una tras otra, con inusitada energía, en la improvisada mesa, y ganaba las bazas con un aire exultante, mezcla de habilidad y orgullo, que levantaba oleadas de indignación entre sus contrincantes. Siempre que juega un gallito, la intensidad está garantizada. Los semblantes del tipo del Este y del sueco se ensombrecían cada vez que el vaquero tronaba sus ases y reyes, mientras que Johnnie, los ojos resplandecientes de alegría, no paraba de soltar risitas.

Tan absortos estaban los contendientes en el juego, que nadie reparó en los extraños modales del sueco. Sólo se fijaban en el desarrollo de la partida. Finalmente, durante una pausa entre mano y mano, el sueco le dijo de sopetón a Johnnie:

—Tengo la impresión de que en esta habitación han matado a más de un hombre.

Ante semejantes palabras, los demás se quedaron boquiabiertos y con la mirada atónita.

—¿Puede saberse de qué diablos habla? —dijo Johnnie.

El sueco volvió a lanzar una estridente risotada, cargada de una especie de falso coraje y desafío.

—¡Oh, de sobra sabes a qué me refiero! —respondió.

—¡Que me condene si lo sé! —protestó Johnnie.

La partida se interrumpió y todos se quedaron mirando al sueco. Johnnie creyó sin duda que, como hijo que era del propietario, debía hacer una pregunta aclaratoria.

—Vamos, ¿qué trata de insinuar, señor? —preguntó.

El sueco le hizo un guiño. Era un guiño de astucia. Sus dedos temblaban en el borde del tablero.

—Oh, ¿acaso piensas que no he recorrido mundo? ¿Acaso piensas que soy un pardillo?

—No pienso nada en absoluto —respondió Johnnie—, y me trae sin cuidado dónde haya podido estar. No sé qué trata de insinuar, es lo único que puedo decir. Jamás han matado a nadie en esta habitación.

El vaquero, que había estado mirando fijamente al sueco, intervino entonces:

—¿Puede saberse qué le pasa, señor?

Al parecer, el sueco creía que algo formidable le amenazaba. Podía vérsele palidecer y temblar junto a las comisuras de la boca. Dirigió una mirada suplicante hacia el hombrecillo del Este. Durante esos instantes no olvidó mantener su aire de

valentón.

—Dicen que no saben qué quiero decir —observó en tono burlón al del Este.

A su vez, éste respondió tras una cauta y prolongada reflexión:

—No le entiendo —dijo con aire impasible.

Entonces, el sueco hizo un movimiento como indicando que le habían traicionado del único flanco del que podía haber esperado comprensión, si no ayuda.

—Oh, ya veo que todos están contra mí. Ya veo…

El vaquero se hallaba presa de un gran estupor.

—Oiga —exclamó, arrojando violentamente la baraja al tablero—. Oiga, ¿qué pretende insinuar?

El sueco dio un brinco con la celeridad del que huye de una serpiente que se desliza por el suelo.

—¡No quiero pelear! —gritó—. ¡No quiero pelear!

El vaquero estiró sus largas piernas con aire indolente y deliberado, sin sacar las manos de los bolsillos. Escupió en la caja de serrín.

—¿Y quién demonios ha dicho que quiera? —inquirió.

El sueco retrocedió raudamente hacia una esquina de la habitación. A modo de protección se llevó las manos al pecho, pero estaba haciendo un esfuerzo evidente para dominar el miedo.

—Señores —dijo con voz trémula—, ¡sé bien que no voy a salir con vida de esta casa! ¡Sé bien que no voy a salir con vida de esta casa!

Sus ojos tenían la expresión propia de un moribundo. A través de las ventanas podía verse la nieve tornándose azul en la oscuridad del anochecer. El viento azotaba la casa, y algo que se había desprendido golpeaba con regularidad los listones de madera, como si un duende se dedicase a dar palmaditas.

Una puerta se abrió y apareció el mismísimo Scully. Se detuvo sorprendido al observar la actitud despavorida del sueco. Acto seguido, dijo:

—¿Puede saberse qué pasa?

El sueco le respondió rápida y vehementemente:

—Estos hombres intentan matarme.

—¡Matarle! —exclamó Scully—. ¡Matarle! Pero ¿qué dice?

El sueco hizo el gesto de un mártir.

Scully se volvió hacia su hijo con ademán severo.

—¿Qué sucede, Johnnie?

El muchacho se había vuelto ceñudo.

—Maldita sea si lo sé —respondió—, no consigo entender nada. —Se puso a barajar las cartas, batiéndolas con un chasquido airado—. Dice que en esta habitación han matado a más de un hombre, o algo por el estilo. Y dice que también van a matarle a él. No sé qué mosca le ha picado. No me extrañaría nada que estuviese

loco.

Scully miró seguidamente al vaquero en busca de una explicación, pero éste se limitó a encogerse de hombros.

—¿Matarle? —dijo Scully de nuevo al sueco—. ¿Matarle? Vamos, hombre, usted no anda bien de la chola.

—Oh, yo sé muy bien —exclamó el sueco—, sé muy bien lo que digo. Sí, estoy loco…, sí. Sí, claro que estoy loco…, claro que sí. Pero de una cosa estoy seguro… —Una especie de sudor, mezcla de sufrimiento y terror, le corría por el rostro—. Sé que no saldré con vida de aquí.

El vaquero respiró hondo, como si su mente atravesara una de las últimas fases de disolución.

—Vaya, hombre, no puedo creerlo —se dijo en voz baja.

Scully se volvió de repente y espetó a su hijo:

—¿Has importunado a este hombre?

La voz de Johnnie sonó fuerte, cargada de protesta:

—¡Caray! Dios santo, pero si no le he hecho nada en absoluto…

El sueco intervino:

—No se enfaden, señores. Me iré de esta casa. Me iré porque… —acusó dramáticamente a los presentes con la mirada— porque no quiero que me maten.

Scully estaba furioso con su hijo:

—¿Vas a decirme de una vez qué pasa, mocoso? ¿Qué pasa? A ver. ¡Habla claro de una vez!

—¡Maldita sea! —exclamó Johnnie, desesperado—, ¿no te digo que no lo sé? Di… dice que queremos matarlo, es lo único que sé. No entiendo qué mosca le ha picado.

El sueco no cesaba de repetir:

—No se preocupe, señor Scully; no se preocupe. Me largaré de esta casa. Me iré porque no quiero que me maten. Sí, claro que estoy loco…, claro que sí. Pero de una cosa estoy seguro. Me iré. Me largaré de esta casa. No se preocupe, señor Scully; no se preocupe, que yo me voy.

—Usted no se irá de aquí —dijo Scully—. Usted no se irá hasta que me entere de lo que ha sucedido. Si alguien le ha molestado, ya me encargaré yo de él. Ésta es mi casa. Usted está bajo mi techo, y no consentiré que a ningún hombre de bien le molesten aquí. —Y echó una fulminante mirada a Johnnie, al vaquero y al del Este.

—No se preocupe, señor Scully; no se preocupe, que yo me voy. No quiero que me maten.

El sueco se dirigió hacia la puerta, que daba a la escalera. Se veía que quería subir cuanto antes a recoger su equipaje.

—No, no —gritó Scully, en tono perentorio; pero el descolorido sueco pasó

delante de él y desapareció—. ¿Puede saberse a qué viene todo este jaleo? —preguntó Scully en tono grave.

Johnnie y el vaquero exclamaron al unísono:

—¡Pero si no le hemos hecho nada!

La expresión de Scully era fría.

—¿Es cierto? —inquirió.

Johnnie profirió un sonoro juramento.

—Jamás he visto nada tan absurdo. No hemos hecho absolutamente nada. Estábamos sentados aquí, jugando a las cartas, cuando…

El padre se dirigió de repente al hombre del Este:

—A ver, señor Blanc —preguntó—, ¿puede saberse qué han hecho estos chicos?

El del Este reflexionó nuevamente.

—Yo no he visto nada malo en absoluto —dijo al fin, lentamente.

Scully se puso a vociferar:

—¿A qué viene, pues, todo este jaleo? —Miró enfurecido a su hijo—. Voy a tener que darte una buena zurra, muchacho.

Johnnie estaba frenético.

—¡Pero qué demonios he hecho yo! —le gritó a su padre.

III

—Parece como si a todos se os hubiera trabado la lengua —dijo Scully, finalmente, a su hijo, al vaquero y al del Este; y nada más acabar de pronunciar esta frase cargada de desdén, salió de la habitación.

Arriba, el sueco estaba atando a toda prisa las correas de su maletón. Al oír detrás de él un ruido mientras se encontraba medio de espaldas a la puerta, dio media vuelta y pegó un brinco, soltando un grito. El rostro surcado de arrugas de Scully surgió tenuemente a la luz de la lamparilla que llevaba en la mano. Aquel fulgor amarillo, que irradiaba hacia arriba, sólo coloreaba sus prominentes facciones, quedando sus ojos, por ejemplo, sumidos en una misteriosa penumbra. Tenía toda la catadura de un criminal.

—Pero ¡vamos, hombre! —exclamó—, ¿se ha vuelto majareta?

—¡Oh, no, claro que no! —replicó el otro—. En este mundo hay personas que saben casi tanto como usted…, ¿entiende?

Durante un instante se estuvieron mirando fijamente el uno al otro. En las mejillas mortalmente pálidas del sueco había dos espinillas terminadas en punta, de un carmesí reluciente, como si alguien las hubiera pintado con sumo esmero. Scully depositó la lámpara en la mesa y, sentándose en el borde de la cama, se puso a hablar en tono meditabundo:

—Caramba, en mi vida he oído nada igual. No hay quien lo entienda. Por más

que lo intento, no logro imaginarme cómo se le metió semejante idea en la cabeza. —A continuación levantó la mirada y preguntó—: Pero ¿de verdad creía que iban a matarle?

El sueco escrutó al anciano como si intentase ver lo que pasaba por su cabeza.

—Sí —dijo al fin.

Evidentemente, pensaba que semejante respuesta podría desencadenar una violenta reacción. Al tirar de una de las correas, todo su brazo se estremeció y el codo osciló como si fuese un trozo de papel.

Scully dio un fuerte manotazo en el pie de la cama.

—Vaya, hombre, ahora que vamos a tener una línea de tranvías eléctricos la primavera que viene.

—¿Una línea de tranvías eléctricos? —repitió el sueco, estúpidamente.

—Y —dijo Scully— va a construirse una nueva vía férrea desde Broken Arm hasta aquí. Y no digamos nada de las cuatro iglesias y de la magnífica escuela de ladrillo. Y encima está también la gran fábrica. Vamos, que dentro de dos años Romper va a ser toda una me-tró-po-li.

Una vez hubo terminado de hacer el equipaje, el sueco se levantó.

—Señor Scully —dijo, con un brusco arranque—, ¿cuánto le debo?

—No me debe nada —dijo el anciano, enfadado.

—Ni mucho menos —replicó el sueco.

Sacó setenta y cinco centavos del bolsillo y se los tendió a Scully, pero éste dio un chasquido con los dedos a modo de desdeñosa negativa. Ambos se quedaron mirando, empero, de forma extraña las tres monedas de plata en la palma extendida del sueco.

—No pienso coger su dinero —dijo Scully, finalmente—. Y menos después de todo lo que ha pasado. —Luego pareció ocurrírsele una idea—. ¡Venga! —exclamó, cogiendo la lámpara y dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Venga! Sígame, no es más que un minuto.

—No —dijo el sueco, totalmente despavorido.

—Sí, sí —le instó el anciano—. ¡Vamos! Quiero que venga a ver una fotografía…, justo al otro lado del vestíbulo…, en mi habitación.

El sueco debió de inferir que le había llegado la hora. Se quedó boquiabierto y sus dientes parecían los de un difunto. Finalmente, siguió a Scully por el pasillo, pero sus pasos eran los de alguien que estuviera cubierto de cadenas.

Scully encendió la luz que había en lo alto de la pared de su dormitorio. Podía verse una ridícula fotografía de una niña. Estaba recostada en una balaustrada preciosamente decorada y resaltaba el formidable flequillo de sus cabellos. La figura tenía el donaire de un trineo en posición vertical y, sin embargo, tenía el color del plomo.

—Esa que ve ahí —dijo Scully, con ternura— es la fotografía de mi hijita, que se me murió. Se llamaba Carrie. No he visto pelo más bonito que el suyo. Tanto la quería que… —Al volverse, vio que, en lugar de contemplar la fotografía, el sueco escrutaba atentamente la penumbra a su espalda—. ¡Pero mire aquí, hombre! —exclamó Scully, en tono cordial—. Ésta es la fotografía de mi hijita, que murió. Se llamaba Carrie. Y esta otra es la fotografía de mi chico mayor, Michael. Es abogado en Lincoln, y las cosas le van bien. Al muchacho le di una buena educación, algo de lo que me alegro ahora. Es un buen chico. Fíjese bien en él. Es más listo que el hambre. Allá, en Lincoln, es todo un caballero honrado y respetado. Todo un caballero honrado y respetado —concluyó Scully, haciendo un ademán. Y, tras decir estas palabras, dio una palmada jovial al sueco en la espalda.

El sueco esbozó una leve sonrisa.

—Sólo una cosa más —dijo el anciano.

De repente, se tiró al suelo y metió la cabeza debajo de la cama. El sueco podía oír su voz amortiguada.

—La guardaría debajo de la almohada si no fuese por ese chico, Johnnie. Bueno, también por la vieja… Pero ¿dónde estará? Nunca la pongo dos veces en el mismo sitio. Ah, ya la encontré.

Acto seguido salió torpemente de debajo de la cama, arrastrando consigo un viejo abrigo enrollado en un hato.

—La pillé —dijo entre dientes. Arrodillándose en el suelo, desenrolló el abrigo y de su interior extrajo un botellón de whisky de color castaño amarillento.

Su primera maniobra fue alzar la botella a la luz. Tranquilizado, al parecer, viendo que nadie la había tocado, la alargó con un generoso movimiento hacia el sueco.

El vacilante sueco iba ya a agarrar el tonificador elemento cuando de repente apartó de un tirón la mano y miró a Scully con horror.

—Beba —dijo el anciano, afectuosamente. Se había levantado y ahora estaba de pie frente al sueco. Se hizo un silencio. Luego, Scully volvió a decir—: ¡Beba, ande!

El sueco rompió a reír a carcajadas. Agarró la botella, se la llevó a la boca y, mientras sus labios se enroscaban de forma absurda en torno a la embocadura y su garganta deglutía el líquido, no apartó ni un momento la mirada, cargada de odio, del rostro del anciano.

IV

Tras la partida de Scully, los tres hombres, siempre con el tablero encima de las rodillas, mantuvieron durante largo rato un silencio sepulcral. Luego, Johnnie dijo:

—En mi vida he visto un sueco más siniestro.

—Ése no es sueco —dijo el vaquero, en tono desdeñoso.

—Pues entonces ¿qué es? —espetó Johnnie—. Entonces ¿qué es?

—En mi opinión —contestó el vaquero, pensativo— es holandés o algo por el estilo. —Era una venerable costumbre de la región tomar por sueco a cualquier hombre de pelo rubio que hablase con acento pastoso. En consecuencia, la idea del vaquero no dejaba de ser atrevida—. Sí, señor —repitió—. En mi opinión, ese tipo es holandés o algo por el estilo.

—Bueno, en cualquier caso él dice que es sueco —repuso Johnnie entre dientes, de mal humor. Y, volviéndose hacia el hombre del Este, añadió—: ¿Qué piensa usted, señor Blanc?

—Oh, no sé —contestó el del Este.

—¿Y qué cree que le hace comportarse así? —preguntó el vaquero.

—Supongo que el miedo. —El del Este golpeó la pipa contra el borde de la estufa —. No hay más que ver que está aterrorizado.

—¿De qué? —exclamaron Johnnie y el vaquero, a la vez.

El del Este reflexionó sobre su respuesta.

—¿De qué? —exclamaron los otros dos, de nuevo.

—Oh, no sé, pero me da la impresión de que ese hombre ha leído un montón de noveluchas y se cree sumido de lleno en la acción…, en los tiros, las puñaladas y todas esas cosas.

—Pero —dijo el vaquero, totalmente escandalizado— esto no es Wyoming ni nada que se le parezca. Esto es Nebraska.

—Eso —añadió Johnnie—, ¿por qué no espera hasta que llegue *allá al Oeste*?

El viajado hombre del Este se echó a reír.

—Ni siquiera aquello es diferente…, al menos hoy día. Pero él se cree justo en medio del infierno.

Johnnie y el vaquero reflexionaron un buen rato.

—Todo es la mar de divertido —observó Johnnie, finalmente.

—Sí —dijo el vaquero—. Es todo muy extraño. Espero que no nos quedemos bloqueados por la nieve, porque entonces tendríamos que aguantar a ese hombre con nosotros todo el rato, algo que no me hace ni pizca de gracia.

—Ojalá papá le eche a la calle —dijo Johnnie.

Seguidamente, oyeron una fuerte pisada en las escaleras, acompañada de sonoras bromas en la voz del viejo Scully, y de risas, evidentemente del sueco. Los hombres que estaban en torno a la estufa se miraron estupefactos.

—¡Cielos! —dijo el vaquero.

La puerta se abrió de par en par y el viejo Scully, sonrojado y con aire jovial, entró en la habitación. Chapurreaba algo al sueco, que le seguía, riéndose con ganas. Era como si entrase una pareja de juerguistas que vinieran de un banquete.

—Vamos —dijo Scully bruscamente a los tres hombres, que seguían sentados—, córranse un poco y hágannos un sitio junto a la estufa.

El vaquero y el del Este movieron obedientemente sus sillas para hacer un sitio a los recién llegados. Johnnie, sin embargo, se limitó a arrellanarse en una actitud más relajada, pero no se movió ni un dedo.

—¡Vamos! Córrete un poco —dijo Scully.

—Sobra sitio del otro lado de la estufa —dijo Johnnie.

—¿Acaso crees que nos apetece sentarnos en medio de la corriente? —vociferó el padre.

Pero en este punto intervino el sueco, haciendo gala de una gran autoridad:

—No, no. Deje al chico que se siente donde quiera —gritó en tono intimidatorio al padre.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo Scully, respetuosamente. El vaquero y el del Este intercambiaron sendas miradas de asombro.

Las cinco sillas formaban una media luna en torno a uno de los lados de la estufa. El sueco se puso a hablar; hablaba en tono arrogante, airado, soltando groserías. Johnnie, el vaquero y el del Este observaban un mutismo absoluto, mientras que el viejo Scully parecía receptivo y animado e intervenía constantemente con expresiones de asentimiento.

Finalmente, el sueco dijo que tenía sed. Apartó la silla y dijo que iba por un vaso de agua.

—Se lo traeré yo —dijo Scully al punto.

—No —replicó el sueco, desdeñosamente—, ya me encargo yo. —Se levantó y, con aires de propietario, se encaminó hacia la zona administrativa del hotel.

En cuanto dejaron de oírse las pisadas del sueco, Scully se puso en pie de un salto y, en voz baja, dijo agitadamente a los demás:

—Arriba creía que trataba de envenenarle.

—Vaya, hombre —dijo Johnnie—, ya estoy hasta la coronilla de ese tipo. ¿Por qué no le pones de patitas en la nieve?

—Pues porque ya se le ha pasado todo —afirmó Scully—. Lo único que le sucede es que, como viene del Este, creía que éste era un lugar violento. Eso es todo. Pero ya se le ha pasado.

El vaquero miró con admiración al hombrecillo del Este.

—Dio en el clavo —dijo—. Vio claro quién era ese holandés.

—Bueno —dijo Johnnie a su padre—, puede que ya esté bien, pero para mí no está claro. Hace un rato estaba asustado, pero ahora se comporta con gran desparpajo.

El habla de Scully era en todo momento una mezcolanza de acento y modismos irlandeses, gangueo y voces del Oeste, y retazos de una dicción curiosamente formal tomada de cuentos y periódicos. De repente, descargó sobre su hijo una extraña amalgama lingüística:

—¿Qué tengo yo? ¿Qué dirijo yo? A ver, ¿puede saberse qué dirijo yo? —

preguntó con voz estentórea. Se dio una sonora palmada en la rodilla, para indicar que iba a responder él en persona y que todos debían prestar atención a sus palabras —. Dirijo un hotel —exclamó—. Un hotel, ¿te enteras? Todo huésped que esté bajo mi techo goza de sagrados privilegios. Nadie va a amenazarle. No quiero oír ni una sola palabra que le haga irse. No lo consentiré. Nadie en este pueblo podrá decir que acogió a un huésped mío porque tuvo miedo de quedarse aquí. —Súbitamente se volvió hacia el vaquero y el del Este—. ¿Tengo razón?

—Sí, señor Scully —dijo el vaquero—, creo que tiene razón.

—Sí, señor Scully —dijo el del Este—, eso mismo creo yo.

V

Durante la cena, a las seis, el sueco gorgoteaba como un cohete. A veces parecía a punto de romper a cantar ruidosamente, y el viejo Scully lo alentaba en sus chifladuras. El del Este permanecía encerrado en su mutismo; el vaquero estaba totalmente perplejo, sin probar bocado, mientras Johnnie daba cuenta ávidamente de grandes platos de comida. Las hijas del patrón, cuando se veían obligadas a reponer los panecillos, se acercaban con cautela como los indios y, una vez cumplido su cometido, se iban con innegable agitación. El sueco ejercía un dominio tiránico sobre el banquete entero, haciendo que pareciese una cruda bacanal. Daba la impresión de haber crecido de repente; lanzaba airadas miradas de desprecio al resto de los comensales. Su voz resonaba por toda la estancia. En cierta ocasión en que lanzó el tenedor como si fuese un arpón para pinchar un pan, el arma casi atravesó la mano del hombrecillo del Este, que la había alargado tranquilamente para coger el mismo pan.

Acabada la cena, mientras los hombres se dirigían al otro cuarto, el sueco propinó una fuerte palmada en el hombro a Scully.

—Caray, viejo, fue una buena, pero que muy buena cena.

Johnnie miró esperanzado a su padre; sabía que tenía aquel hombro delicado a causa de una antigua caída. Y, en efecto, por unos instantes pareció que Scully fuera a montar en cólera, pero al final esbozó una sonrisa forzada y no replicó. A la vista de ello, los otros dedujeron que admitía su responsabilidad por la nueva actitud del sueco.

Johnnie, sin embargo, haciendo un aparte con su padre, le preguntó:

—¿Por qué no le pides a alguien que te tire por las escaleras?

Scully frunció el entrecejo tristemente, a modo de respuesta.

Cuando estuvieron reunidos alrededor de la estufa, el sueco insistió en echar otra partida de *high-five*. En un primer momento, Scully desaprobó con delicadeza la idea, pero el sueco le echó una mirada furibunda. Como el anciano aceptara finalmente, el sueco se lo propuso a los demás. El tono de su voz resultaba intimidatorio. Tanto el

vaquero como el del Este se avinieron a jugar, no sin cierta desgana. Scully observó que tenía que ir a esperar el tren de las 6.58, así que el sueco se volvió con aire amenazador en dirección a Johnnie. Por un instante, sus miradas se cruzaron como cuchillas, luego Johnnie sonrió y dijo:

—Está bien, jugaré.

Formaron un cuadrado con el pequeño tablero encima de las rodillas. El sueco y el del Este volvieron a formar pareja. Al reanudarse el juego, se vio claro que el vaquero no echaba las cartas con la contundencia acostumbrada. Entretanto, Scully, junto a la lámpara, se había puesto las lentes y, con un aspecto curiosamente similar al de un anciano sacerdote, leía un periódico. Salió a tiempo para la llegada del tren de las 6.58 y, pese a todas sus precauciones, una ráfaga de viento polar se precipitó sobre la habitación al abrir la puerta. Además de desparramar las cartas por el suelo, hizo que los jugadores se helaran hasta los huesos. El sueco profirió una horrible imprecación. Cuando Scully regresó, su entrada perturbó una atmósfera acogedora y cordial. El sueco volvió a maldecir. Pero enseguida se concentraron de nuevo en el juego, con las cabezas inclinadas hacia delante y las manos moviéndose con celeridad. El sueco había adoptado la actitud propia de un gallito.

Scully cogió el periódico y durante un buen rato estuvo sumido en cuestiones que le resultaban totalmente ajenas. La lámpara alumbraba mal y hubo de interrumpir la lectura para ajustar la mecha. El periódico, al pasar las páginas, crujía con un ruido monótono y agradable. Cuando, de repente, oyó tres horribles palabras:

—¡Eres un tramposo!

Escenas así demuestran frecuentemente que el ambiente apenas tiene importancia dramática. Cualquier habitación puede ofrecer una cara trágica; cualquier habitación puede resultar cómica. Aquella pequeña guarida era ahora horrible como una cámara de tortura. Si bien eran los mismos hombres, las nuevas caras habían transformado la atmósfera en un instante. El sueco esgrimía un enorme puño ante el rostro de Johnnie, mientras que éste miraba fijamente por encima de él las relucientes pupilas de su acusador. El del Este estaba pálido, y el vaquero, boquiabierto, con esa expresión de asombro bovino que era uno de sus rasgos peculiares. Tras las tres susodichas palabras, el primer ruido que se oyó en la estancia fue producido por el periódico de Scully, que yacía olvidado a sus pies. También se le cayeron las lentes de la nariz, pero de un manotazo las alcanzó en el aire. Su mano, tras agarrarlas, quedó torpemente suspendida a la altura del hombro. Se quedó mirando a los jugadores.

El silencio no debió de durar más de un segundo. Luego, si el suelo se hubiese levantado de repente debajo de aquellos hombres, éstos no se habrían movido más deprisa. Los cinco se habían lanzado de cabeza hacia un punto común. Pero sucedió que Johnnie, al levantarse para arrojarse sobre el sueco, mostrando curiosamente un cuidado instintivo con las cartas y el tablero, dio un ligero traspié. La pérdida de ese

instante concedió tiempo a Scully para reaccionar, y también al vaquero para dar un fuerte empellón al sueco, al cual hizo retroceder a trompicones. Los hombres recobraron el habla al unísono, y de todas las gargantas salieron roncos gritos de rabia, súplica o miedo. El vaquero empujaba y zarandeaba febrilmente al sueco, mientras que el del Este y Scully sujetaban fuertemente a Johnnie; pero, a través del aire viciado, por encima de los cuerpos tambaleantes de los pacificadores, los ojos de los dos contendientes no paraban de buscarse con miradas recíprocas de desafío, que eran a la vez ardientes y aceradas.

Por supuesto, el tablero fue volcado y la baraja entera quedó desparramada por el suelo, en donde las botas de los hombres pisotearon los reyes y reinas rechonchos y floridos, mientras éstos contemplaban con sus ojos bobalicones la reyerta que se libraba encima.

La voz de Scully se oía por encima de la barahúnda:

—¡Basta ya! ¡Basta de una vez! Basta ya…

Johnnie, mientras se esforzaba por romper el cordón formado por Scully y el del Este, gritaba:

—¡Dice que hago trampa! ¡Dice que hago trampa! ¡No consentiré que nadie diga que hago trampa! ¡Si dice que hago trampa, él es un…!

El vaquero reiteraba al sueco:

—¡Basta ya! Basta, escuche…

El sueco no cesaba de gritar:

—¡Ha hecho trampa! ¡Lo he visto! Lo he visto…

En cuanto al del Este, no paraba de importunar con una voz a la que nadie prestaba atención:

—¿Pueden aguardar un momento? Oh, vamos, aguarden un momento. ¡Mira que pelearse por una partida de cartas! Aguarden un momento…

En medio de aquel tumulto no se oía con claridad ninguna frase completa. «Hace trampa… Basta… Dice…» eran los fragmentos que se alzaban entre la barahúnda y se oían con nitidez. Resultaba curioso que, aun siendo Scully, sin lugar a dudas, el que más ruido armaba, era al que menos se oía del fragoroso grupo.

Luego, de repente, se produjo un largo silencio. Fue como si cada contendiente se hubiera detenido para cobrar aliento; y aunque la estancia estaba aún caldeada por la furia de aquellos hombres, pudo apreciarse que no había peligro de un conflicto inmediato.

Al cabo de un instante, Johnnie, abriéndose paso a codazos, casi logró llegar hasta el sueco:

—¿Por qué ha dicho que yo soy un tramposo? ¿Por qué ha dicho que yo soy un tramposo? ¡Yo no hago trampa y no consiento que nadie lo diga!

A lo que el sueco replicó:

—¡Te he visto! ¡Te he visto!

—En ese caso —exclamó Johnnie—, me pelearé con quien diga que hago trampa.

—No, ni se te ocurra hacerlo —intervino el vaquero—. Al menos aquí.

—Vamos, ¿podéis estaros quietos de una vez? —dijo Scully, interponiéndose entre los dos.

Tal calma reinaba que hasta podía oírse la voz del hombrecillo del Este, que no paraba de repetir:

—Oh, vamos, ¿pueden aguardar un momento? ¡Mira que pelear por una partida de cartas! ¡Aguarden un momento!

Johnnie, dejando ver su rubicunda cara por encima del hombro de su padre, volvió a increpar al sueco:

—¿Me está llamando tramposo?

—Sí —dijo el sueco, enseñando los dientes.

—Está bien —dijo Johnnie—, en ese caso habrá pelea.

—Pues bien, peleemos —vociferó el sueco. Parecía un poseso—. ¡Peleemos! ¡Te voy a enseñar yo lo que es ser un hombre! ¡Vas a enterarte de con quién te la juegas! ¡A lo mejor crees que no sé pelear! ¡A lo mejor crees que no sé! Vas a enterarte, ¡tramposo, fullero! Sí, ¡has hecho trampa! ¡Has hecho trampa! ¡Has hecho trampa!

—Bueno, entonces prepárese, señor —dijo Johnnie, fríamente.

La frente del vaquero estaba cubierta de sudor a causa de sus esfuerzos por interceptar todo tipo de ataques. Desesperado, se volvió hacia Scully.

—¿Qué piensa hacer ahora?

Un cambio se había producido en las facciones célticas del anciano. Ahora parecía sumamente impaciente; sus ojos echaban chispas.

—Que se peleen de una vez —respondió, en tono resuelto—. No puedo soportarlo ni un minuto más. Ya he aguantado demasiado a ese maldito sueco. Que se peleen de una vez.

VI

Los hombres se prepararon para salir al exterior. El del Este estaba tan nervioso que sólo tras grandes apuros logró meter los brazos en las mangas de su nuevo abrigo de cuero. Al encasquetarse el vaquero la gorra de piel sobre las orejas, las manos le temblaban. En realidad, Johnnie y el viejo Scully eran los únicos que no daban muestras de agitación. Los preliminares se llevaron a cabo sin cruzar palabra.

Scully abrió la puerta de par en par.

—Está bien, adelante —dijo.

Al instante, una tremenda ráfaga de viento hizo que la llama de la lámpara forcejease en su mecha, mientras una bocanada de humo negro surgía del tiro de la chimenea. La estufa estaba en medio de la impetuosa corriente y su ruido aumentó

hasta igualar el fragor de una tormenta. Algunos de los naipes doblados y manchados eran levantados del suelo y lanzados implacablemente contra la lejana pared. Los hombres agacharon la cabeza y se arrojaron a la tempestad como si del mar se tratase.

No nevaba, pero el fuerte viento levantaba grandes remolinos y nubes de copos, que corrían hacia el sur a la velocidad de un proyectil. Los campos cubiertos azuleaban con el brillo de un prodigioso satén y apenas se veía nada más, salvo allá, en la pequeña y oscura estación de ferrocarril —que parecía increíblemente lejana—, en la que una luz resplandecía como una joya diminuta. Mientras los hombres avanzaban con dificultad entre la nieve que les llegaba hasta la pantorrilla, se oyó al sueco vociferar algo. Scully se dirigió a él, le puso una mano en el hombro y acercó la oreja.

—¿Qué dice? —gritó.

—Digo —volvió a vociferar el sueco— que no voy a poder resistir mucho frente a toda esta cuadrilla. Ya sé que todos se echarán encima de mí.

Scully le dio en el brazo un golpe a modo de reproche.

—Pero ¡qué cosas dice! —gritó.

El viento arrancó las palabras de los labios de Scully y las esparció lejos, a sotavento.

—Sois todos una cuadrilla de… —tronó el sueco, pero la tormenta se llevó también el resto de la frase.

Volviéndose inmediatamente de espaldas al viento, los hombres doblaron la esquina y llegaron a la zona resguardada del hotel. Era función de la pequeña casa preservar allí, en medio del gran páramo de nieve circundante, un irregular espacio en forma de uve con hierba fuertemente arraigada, que crujía bajo los pies. No resulta difícil imaginar los grandes ventisqueros que se amontonaban en la zona desprotegida del viento. Cuando el grupo llegó a la relativa paz de aquel lugar podía oírse al sueco, que seguía vociferando:

—Oh, sé bien lo que va a pasar. Ya sé que todos se echarán encima de mí. ¡No podré con todos!

Scully se volvió hacia él como si fuese un puma.

—No tiene que pegarse con todos nosotros. Tiene que pegarse sólo con mi hijo Johnnie. Si a alguien se le ocurre importunarle, tendrá que vérselas conmigo.

Inmediatamente comenzaron los preparativos. Los dos contendientes se situaron uno frente al otro, obedeciendo las destempladas órdenes de Scully, cuya cara, en la penumbra tenuemente luminosa, podría haberse representado con los trazos austeros e impersonales con que están retratados los semblantes de los veteranos militares romanos. Los dientes del hombrecillo del Este castañeteaban, mientras él daba saltitos como un juguete mecánico. El vaquero permanecía impasible.

Los contendientes no se habían despojado de ninguna prenda. Ambos llevaban su

indumentaria habitual. Tenían los puños en alto y se miraban con una calma que ofrecía rasgos de crueldad leonina.

Durante la pausa, la mente del hombrecillo del Este, como una película, captó impresiones imborrables de tres hombres: el maestro de ceremonias, que hacía gala de unos nervios de acero; el sueco, pálido, inmóvil, de aspecto terrible, y Johnnie, sereno pero feroz, brutal pero heroico. Los prolegómenos eran una tragedia mayor que la tragedia de la pelea misma, y este aspecto se acentuaba por el gemido prolongado y suave de la ventisca, que lanzaba los copos remolineantes y quejumbrosos al oscuro abismo del sur.

—¡Ya! —dijo Scully.

Los dos contendientes pegaron un salto hacia delante y se embistieron como si fuesen toros. Se oyó un ruido amortiguado de golpes y una imprecación que salía de los dientes apretados de uno de ellos.

En cuanto a los espectadores, el aliento contenido del hombrecillo del Este explotó con un estallido de alivio, un alivio total tras la tensión de los preliminares. El vaquero dio un brinco en el aire al tiempo que aullaba. Scully permanecía inmóvil, como sobrecogido, presa de un tremendo asombro y temor ante la violencia de la pelea que él mismo había consentido y organizado.

El combate, en medio de la penumbra, fue por unos momentos tal confusión de brazos al vuelo que apenas si podía verse mejor que desde una noria girando a toda velocidad. De cuando en cuando, como iluminada por un destello de luz, una cara relucía, pálida y salpicada de manchas rosáceas. Un instante después, los hombres podrían muy bien haber pasado por sombras, de no ser por las involuntarias imprecaciones que susurraban.

De repente, un holocausto de ansias destructoras se apoderó del vaquero, que se lanzó hacia delante a la velocidad de un potro cerril.

—¡Ánimo, Johnnie! ¡Ánimo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Scully se encaró con él.

—Atrás —dijo; y por su mirada, el vaquero pudo apreciar que aquel hombre era el padre de Johnnie.

Para el del Este, aquel monótono intercambio de golpes resultaba de todo punto abominable. Aquella caótica barahúnda parecía eterna a sus sentidos, que anhelaban fervientemente el final, el insustituible final. En determinado momento, los contendientes pasaron tambaleándose a su lado y, al retroceder rápidamente, los oyó respirar como si los estuvieran torturando.

—¡Mátalo, Johnnie! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

El rostro del vaquero se contrajo como una de esas máscaras mortuorias de los museos.

—¡Quieto! —dijo Scully, fríamente.

Luego se oyó un gruñido fuerte y repentino, a medias, entrecortado, y el cuerpo de Johnnie se desprendió del sueco, cayendo pesadamente en la hierba. El vaquero apenas tuvo tiempo para impedir que el enloquecido sueco se arrojara sobre su adversario tendido boca abajo.

—No, no haga nada —dijo el vaquero, interponiendo un brazo—. Aguarde un segundo.

Scully estaba junto a su hijo.

—¡Johnnie! ¡Johnnie, hijo mío! —Su voz denotaba una ternura entristecida—. ¡Johnnie! ¿Puedes seguir la pelea? —Miró con inquietud el rostro ensangrentado, vapuleado, de su hijo.

Hubo un momento de silencio, tras el que Johnnie respondió con su voz habitual:

—Sí, yo… yo…, sí.

Ayudado por su padre, logró levantarse a duras penas.

—Espera un momento hasta que puedas recobrar el aliento —dijo el anciano.

A unos pasos de allí, el vaquero estaba aleccionando al sueco:

—¡Estése quieto! ¡Aguarde un segundo!

El del Este tiraba de la manga de Scully.

—Oh, basta ya —imploraba—. ¡Basta ya! Detenga la pelea. ¡Basta ya!

—Bill —dijo Scully—, quítate de en medio. —El vaquero se echó a un lado—. ¡Adelante!

Los contendientes adoptaron nuevas medidas de cautela al volver a enfrentarse. Se miraron enardecidos el uno al otro, seguidamente el sueco lanzó un puñetazo inesperado en el que volcó todo su peso. Aunque era patente que Johnnie estaba medio aturdido de debilidad, de milagro esquivó el golpe y su puño mandó al suelo al sueco, que había perdido el equilibrio.

El vaquero, Scully y el del Este prorrumpieron en vivas como si fueran un coro de triunfal soldadesca, pero, antes de que concluyeran, el sueco había conseguido ya levantarse ágilmente y lanzarse enloquecido de ira sobre su adversario. Se armó otra barahúnda de brazos en el aire, y de nuevo el cuerpo de Johnnie salió despedido y cayó al suelo, como un bulto de un tejado. Al instante, el sueco fue tambaleándose hasta un arbolillo zarandeado por el viento y se apoyó en él, respirando como una locomotora, mientras sus ojos encendidos de rabia iban de una cara a otra y los demás se inclinaban sobre Johnnie. Había una esplendorosa soledad en su situación, que el del Este percibió cuando, al levantar los ojos del joven postrado en el suelo, vio aquella misteriosa y solitaria figura, en actitud expectante.

—¿Estás bien todavía, Johnnie? —preguntó Scully, con voz quebrada.

El hijo jadeó y abrió los ojos lánguidamente. Al cabo de un momento, respondió:

—No… no… no estoy… bien…, ya… —Seguidamente, a causa de la vergüenza y el dolor que sentía, se echó a llorar, y las lágrimas abrieron surcos en las manchas

de sangre que le cubrían el rostro—. Es demasiado… demasiado… demasiado fuerte para mí.

Scully se enderezó y se dirigió a la figura expectante.

—Forastero —dijo, en tono sereno—, por nuestra parte, todo ha terminado. —Luego, su voz adoptó esa vibrante ronquera en que suelen darse las noticias más escuetas y terribles—: Johnnie ha perdido.

Sin replicar, el vencedor se fue camino de la entrada del hotel.

El vaquero profería nuevas e indescifrables blasfemias. El del Este se asombró de lo fuerte que soplaba el viento, que parecía venir directamente de los tenebrosos témpanos del Ártico. Volvió a oír el gemido de la nieve al precipitarse en su tumba del sur. Hasta entonces, no se había percatado de que durante todo ese tiempo el frío había estado penetrándole en los huesos y se preguntaba cómo no había muerto. Sentía indiferencia ante la condición del hombre derrotado.

—¿Puedes andar, Johnnie? —preguntó Scully.

—¿Le he hecho… le he hecho daño? —inquirió el hijo.

—¿Puedes andar, muchacho? ¿Puedes andar?

La voz de Johnnie era de repente sonora. En ella se percibía una gran impaciencia.

—¡Te pregunté si le he hecho daño!

—Sí, sí, Johnnie —respondió el vaquero, en tono consolador—. Le has hecho mucho daño.

Le alzaron del suelo y, en cuanto estuvo en pie, se puso a andar a trompicones, rechazando cualquier intento de ayuda. Cuando el grupo dobló la esquina, el chaparrón de nieve casi los cegaba. Les quemaba las caras como si fuese fuego. En medio de la ventisca, el vaquero llevó a Johnnie hasta la puerta. Al entrar, varios naipes volvieron a levantarse del suelo y a golpear la pared.

El del Este se dirigió a toda prisa hacia la estufa. Tanto frío tenía que casi llegó a abrazar el hierro candente. El sueco no estaba en la sala. Johnnie se dejó caer en una silla y, doblando los brazos sobre las rodillas, hundió en ellos la cara. Scully, tras calentar primero un pie y luego el otro en el borde de la estufa, hablaba para sus adentros con un deje de amargura céltica. El vaquero se había quitado el gorro de piel y, con aire aturdido y pesaroso, pasaba una mano por sus desgreñados mechones. Arriba podía oír el crujido de la tarima, mientras el sueco iba de un lado para otro en su habitación.

El lúgubre silencio se rompió al abrirse de golpe y con estrépito una puerta que llevaba hacia la cocina. Al instante, irrumpieron en la estancia varias mujeres, que se precipitaron sobre Johnnie en medio de un coro de lamentos. Antes de que se llevaran su presa a la cocina, para bañarlo y arengarlo con esa mezcla de simpatía y exageración que es característica de las personas de su sexo, la madre se irguió y se

quedó mirando al viejo Scully con expresión de grave reproche.

—¡Qué vergüenza, Patrick Scully! —gritó—. Tu propio hijo… ¡Qué vergüenza!

—¡Basta ya! ¡Cállate! —dijo el anciano, con voz apagada.

—¡Qué vergüenza, Patrick Scully!

Las muchachas, adhiriéndose a las palabras de su madre, encogieron despreciativamente la nariz mirando a los temblorosos cómplices, el vaquero y el del Este. Seguidamente, se llevaron a Johnnie, dejando a los tres hombres sumidos en sus lúgubres meditaciones.

VII

—De buena gana me pegaría con ese holandés —dijo el vaquero, rompiendo un prolongado silencio.

Scully sacudió la cabeza tristemente.

—No, eso no. No estaría bien. No, no estaría bien.

—Vaya, ¿y por qué no? —arguyó el vaquero—. No veo qué hay de malo en ello.

—No —respondió Scully, con sombrío heroísmo—. No estaría bien. Fue una pelea de Johnnie. No hay que darle una paliza a ese hombre simplemente porque zurró a Johnnie.

—Sí, tiene razón —dijo el vaquero—; pero… más le vale que no se meta conmigo, no le aguanto ni un pelo más.

—No se le ocurra decirle ni una palabra —ordenó Scully, justo en el momento en que se oían los pasos del sueco en las escaleras. Éste hizo una aparición teatral. Abrió la puerta de golpe y, con paso arrogante, fue hasta el centro de la estancia. Nadie le miró.

—Bueno —gritó a Scully en tono insolente—, supongo que ahora me dirá cuánto le debo, ¿no?

El anciano permaneció impasible.

—No me debe nada.

—¡Ja! —dijo el sueco—, ¡ja! Conque no le debo nada, ¿eh?

El vaquero, dirigiéndose al sueco, le dijo:

—Forastero, no entiendo a cuento de qué vienen esos aires.

El viejo Scully saltó al instante:

—¡Basta! —exclamó, alargando la mano, con los dedos en alto—. ¡Cállate, Bill!

El vaquero escupió, impertérrito, en la caja de serrín.

—No he dicho nada, ¿verdad?

—Scully —dijo el sueco, en voz alta—, ¿cuánto le debo?

Podía verse claramente que estaba ataviado para irse y que tenía la maleta en la mano.

—No me debe nada —repitió Scully, en el mismo tono imperturbable.

—¡Ja! —dijo el sueco—. Supongo que tiene razón. En todo caso, sería usted quien me debería algo, ¿no cree? —Se volvió hacia el vaquero—: ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —remedó, y luego se echó a reír a carcajadas, con aire triunfal—. ¡Mátalo! —dijo, carcajeándose en tono irónico. Pero era igual que si se carcajease de un cadáver. Los tres hombres seguían quietos y silenciosos, mirando con ojos vidriosos hacia la estufa.

El sueco abrió la puerta y se adentró en la tormenta, volviéndose para echar una mirada burlona al grupo inmóvil.

Nada más cerrarse la puerta, Scully y el vaquero se levantaron de un salto y empezaron a lanzar imprecaciones. Iban de un lado para otro, agitando los brazos y dando golpes al aire con los puños.

—¡Oh, pero qué instantes más espantosos! —gimió Scully—. ¡Qué instantes más espantosos! ¡Con ese tipo ahí, mirando de reojo y burlándose! ¡De buena gana habría pagado cuarenta dólares por propinarle un puñetazo en la nariz! ¿Cómo pudiste contenerte, Bill?

—¿Que cómo pude contenerme? —exclamó el vaquero, con voz temblorosa—. ¿Que cómo pude contenerme? ¡Ni yo mismo lo sé!

El anciano se lanzó a hablar de repente con acento irlandés:

—De buena gana cogería a ese sueco —gimió— y le tumbaría en una losa de piedra y le apalearía hasta hacerle papilla.

El vaquero gruñó en tono aprobatorio.

—De buena gana le agarraría del cuello y le ma… machacaría —dio un golpetazo en una silla, haciendo un ruido similar al de un disparo—, machacaría a ese holandés hasta que no pudiera distinguírsele de un coyote muerto…

—Le apalearía hasta…

—Le enseñaría unas cuantas cosas…

Y al unísono alzaron un grito anhelante, fanático:

—¡Ay…, ay! ¡Si pudiéramos!

—¡Eso!

—¡Eso!

—Y entonces yo…

—¡Ay…, ay…!

VIII

El sueco, con la maleta fuertemente agarrada, avanzaba de costado contra la tormenta como si llevase velas desplegadas. Seguía una línea de arbolillos pelados, jadeantes, que debía de señalar la dirección que seguía el camino. Su cara, reciente aún el embate de los puños de Johnnie, hallaba más placer que dolor en el viento y la gran nevada. Finalmente, una serie de formas cuadradas aparecieron delante de él, y en

ellas reconoció las casas del centro urbano.

Llegó a una calle y se puso a andar, doblegándose ante el viento cada vez que, en una esquina, le enganchaba una terrible ráfaga.

Podía encontrarse perfectamente en un pueblo desierto. Nos imaginamos el mundo poblado de una humanidad bulliciosa y alegre, pero allí, con los bugles de la tempestad retumbando, resultaba difícil concebir que alguien habitase sobre la faz de la tierra. En semejantes circunstancias, que existieran seres humanos parecía algo realmente prodigioso, y aquellos piojos que tenían que aferrarse a una bombilla giratoria, perdida en el espacio, asolada por la enfermedad, chamuscada por el fuego y bloqueada por el hielo, adquirían un halo de misterio. A la vista de semejante tormenta, estaba claro que el engreimiento humano era el auténtico motor de la vida. Había que ser muy engreído para no morir bajo sus efectos. Pero, finalmente, el sueco encontró una taberna.

Enfrente de la taberna brillaba una indómita luz roja, y los copos de nieve se volvían del color de la sangre al pasar por el territorio al que se circunscribía el resplandor de la lámpara. El sueco abrió de un golpe la puerta de la taberna y entró. Delante de él había una franja de arena y, al final de ella, cuatro hombres bebían, sentados en torno a una mesa. En un extremo de la estancia había un mostrador resplandeciente y su guardián estaba apoyado en los codos, escuchando la conversación de los hombres de la mesa. El sueco dejó caer la maleta al suelo y, esbozando una fraternal sonrisa al tabernero, le dijo:

—¿Me pone un whisky, por favor?

El hombre puso una botella, un vaso de whisky y otro de agua helada en el mostrador. El sueco se echó una medida exagerada de whisky y de tres tragos se la bebió.

—Hace una noche de perros —observó el tabernero, en tono indiferente. Se hacía el ciego, lo que es una característica habitual entre los de su profesión; pero podía verse que furtivamente estudiaba las manchas de sangre a medio borrar del rostro del sueco—. Una noche de perros —volvió a decir.

—Oh, a mí no me parece tan mala —contestó el sueco, enérgicamente, mientras se echaba algo más de whisky.

El tabernero cogió el dinero y, tras hacer varias operaciones, lo introdujo en la caja registradora de reluciente níquel. Sonó un timbre y apareció una cartulina en la que se podía leer «20 cts».

—No —prosiguió el sueco—, la verdad es que no hace tan mal tiempo. A mí no me parece tan malo.

—¿Ah? —murmuró el tabernero, lánguidamente.

Tras varios vasos hasta arriba, los ojos del sueco empezaron a bailar y respiró con una pizca de dificultad.

—Sí, me gusta este tiempo. Me gusta. Me sienta bien. —Al parecer, intentaba transmitir un profundo significado a sus palabras.

—¿Ah? —murmuró el tabernero, y se volvió para mirar los pájaros que parecían volutas y las volutas que parecían pájaros que alguien había dibujado con jabón en los espejos de detrás del mostrador.

—Bueno, será mejor que beba otro whisky —dijo el sueco, al cabo de un rato—. ¿Quiere un poco?

—No, gracias; ahora no bebo —respondió el tabernero. Tras lo cual, preguntó—: ¿Cómo se hirió en la cara?

El sueco se puso inmediatamente a bravuconear en voz alta:

—Ah, sí, fue en una pelea. Le di una soberana paliza a un tipo, en el hotel de Scully.

El interés de los cuatro hombres de la mesa se avivó finalmente.

—¿A quién? —preguntó uno.

—A Johnnie Scully —se jactó el sueco—. El hijo del dueño. Va a estar bien molido unas semanas, se lo aseguro. Le di una buena somanta, ya lo creo. No podía levantarse. Tuvieron que llevárselo entre varios. ¿Quieren una copita?

Al instante, los hombres se retrayeron de forma sutil en una actitud de reserva.

—No, gracias —dijo uno.

La composición del grupo era bastante curiosa. Dos de ellos eran eminentes hombres de negocios de la localidad; uno era el fiscal y otro un jugador profesional, de esos a los que se tilda de «honrados». Pero un atento examen del grupo no habría permitido a un observador distinguir al jugador de los hombres de ocupaciones más respetables. De hecho, era un hombre de modales tan delicados, cuando estaba entre gente de bien, y tan juicioso en la elección de sus víctimas, que entre los representantes del sexo masculino de Romper había llegado a gozar de auténtica confianza y admiración. Le tenían por una persona con clase. El miedo y el desprecio que inspiraba su arte eran, sin duda, la razón de que aquella serena dignidad destacara llamativamente sobre la serena dignidad de cualquier otro hombre que fuera sombrerero, fabricante de billares o dependiente de una tienda de comestibles. Aparte de algún que otro desprevenido viajero que hubiese llegado en el ferrocarril, era fama que este jugador sólo hacía presa en granjeros imprudentes y seniles, los cuales, una vez rebosantes sus graneros de buenas cosechas, se dirigían al pueblo con el orgullo y la confianza propios de la estupidez más redomada. Cuando por vía indirecta se enteraban a veces del despojo de tal o cual granjero, los próceres de Romper se carcajeaban despreciativamente de la víctima y, si acaso paraban mientes en el lobo, era no sin cierto orgullo, pues sabían que jamás osaría atacar su saber y valía. Además, era bien sabido que dicho jugador tenía una mujer y dos hijos que vivían en una preciosa casa en las afueras del pueblo, en donde llevaba una vida hogareña

ejemplar; y cuando alguien se atrevía siquiera a insinuar alguna discrepancia en su carácter, la multitud vociferaba al punto toda suerte de pormenores sobre su virtuoso círculo familiar. Entonces, los hombres que llevaban vidas hogareñas ejemplares y los que no las llevaban, todos, se aunaban en una piña, observando que no había más que decir.

No obstante, cuando se le imponía una limitación —como, por ejemplo, cuando una poderosa peña de miembros del nuevo Pollywog Club se negó a permitirle que, incluso como espectador, apareciese por los locales de la entidad—, el candor y la amabilidad con que aceptaba la decisión desarmaban a muchos de sus enemigos y hacían que sus amigos le defendieran aún con más vehemencia si cabe. En todo momento establecía una distinción entre él y un respetable vecino de Romper, con tal celeridad y franqueza que sus modales parecían, de hecho, un continuo cumplido.

Y no debe olvidarse señalar el dato fundamental de la posición que disfrutaba en Romper. Es irrefutable que en todos los asuntos al margen de su actividad, en todas las cuestiones que tienen lugar habitual y generalmente entre un hombre y otro, este taimado jugador era tan generoso, tan justo, tan moral que, en un concurso, habría ahuyentado las conciencias de nueve de cada diez vecinos de Romper.

Así pues, el jugador se encontraba sentado en aquella taberna junto con los dos eminentes comerciantes locales y el fiscal.

El sueco siguió bebiendo whisky a solas, mientras farfullaba algo al tabernero, tratando de inducirle a que se diera a las libaciones.

—Vamos, hombre. Beba algo. Vamos… ¿Qué…, no? Bueno, pues aunque sólo sea una copita. Dios mío, he dado una paliza a un hombre esta noche y quiero celebrarlo. Le di una buena zurra. Señores —el sueco dijo en voz alta a los hombres de la mesa—, ¿una copita?

—¡Chisst! —dijo el tabernero.

El grupo que se encontraba en la mesa, aunque secretamente atento, había aparentado estar sumido en su conversación, pero finalmente uno de los hombres alzó la mirada hacia el sueco y, en tono cortante, dijo:

—Gracias. No queremos más.

Ante semejante respuesta, el sueco sacó el pecho como un gallo de pelea.

—Bueno —explotó—, al parecer no consigo que nadie beba conmigo en este pueblo. ¿No es así? Está bien, pues.

—¡Chisst! —dijo el tabernero.

—Oiga —gruñó el sueco—, no trate de hacerme callar. No se lo consiento. Soy un señor y quiero que la gente beba conmigo. Quiero que ellos beban conmigo. *Ahora*…, ¿entiende? —Y dio un golpe en el mostrador con los nudillos.

Los años de oficio habían endurecido al tabernero, quien se limitó a poner mala cara.

—Ya le oigo —contestó.

—Pues bien —gritó el sueco—, escuche atentamente entonces. ¿Ve a esos hombres de ahí? Pues van a beber conmigo, no se le olvide. Ahora fíjese bien en lo que hago.

—¡Oiga! —exclamó el tabernero—. ¡No se le ocurra hacer nada!

—¿Por qué no? —preguntó el sueco. Con paso majestuoso se dirigió a la mesa, y casualmente puso la mano en el hombro del jugador—. ¿Pasa algo? —inquirió en todo airado—. Le he dicho que beba conmigo.

El jugador se limitó a torcer la cabeza y a hablar por encima del hombro:

—Amigo, no tengo el gusto de conocerle.

—¡Diantre! —respondió el sueco—. Beba algo, ande.

—Ahora, muchacho —advirtió el jugador, en tono afable—, quíteme la mano de encima del hombro, lárguese y métase donde le llamen. —Era un hombrecillo delgado y resultaba extraño oírle dirigirse en semejante tono de imperturbable paternalismo al fornido sueco. Los demás hombres de la mesa no abrieron la boca.

—¡Qué! ¿Que no va a beber conmigo, petimetre enano? ¡Ya verá cómo sí! ¡Ya verá cómo sí!

El sueco había agarrado frenéticamente al jugador por la garganta y le estaba arrastrando de la silla. Los demás hombres se levantaron de un salto. El tabernero se precipitó tras el extremo del mostrador. Se produjo un auténtico tumulto y, al poco, se vio una larga cuchilla en la mano del jugador. Ésta, impulsada hacia delante, traspasó un cuerpo humano, ese baluarte de virtud, saber y poder, con la facilidad con que se calaría un melón. El sueco cayó profiriendo un grito de estupor indescriptible.

Los eminentes comerciantes y el fiscal debieron de salir atropelladamente del lugar por la puerta trasera. El tabernero se encontró cojeando, agarrado al brazo de una silla y mirando fijamente a un asesino a los ojos.

—Henry —dijo éste, mientras limpiaba la navaja en una de las toallas que colgaban bajo la barra del mostrador—, diles dónde pueden encontrarme. Estaré en casa esperándolos. —Seguidamente desapareció.

Un instante después, el tabernero estaba en la calle, en medio de la tormenta, y a voz en cuello pedía auxilio, requería la compañía de alguien.

El cadáver del sueco, a solas en la taberna, tenía la mirada fija en un horroroso cartel que colgaba encima de la caja registradora: «La caja registra el importe de su compra».

IX

Unos meses después, el vaquero estaba friendo un trozo de cerdo sobre la estufa de un pequeño rancho próximo a la frontera de Dakota, cuando se oyó un fugaz ruido de pezuñas en el exterior y, al poco, el del Este entró con las cartas y los periódicos.

—¿Sabes? —dijo el del Este de repente—, al tipo que mató al sueco le han echado tres años. No ha sido mucho, ¿verdad?

—¿Ah, sí? ¿Tres años? —El vaquero suspendió en el aire la sartén con el cerdo, mientras rumiaba la noticia—. ¿Tres años, eh? No, no parece mucho.

—No. Fue una sentencia benigna —contestó el del Este, mientras se desabrochaba las espuelas—. Parece que goza de gran simpatía en Romper.

—Si el tabernero se hubiera comportado como debía —observó el vaquero, en tono reflexivo—, le habría abierto la cabeza a ese holandés con una botella nada más empezar la reyerta y habría evitado que hubiese muertes.

—Sí, podrían haber sucedido miles de cosas —dijo el del Este, en tono cáustico.

El vaquero volvió a poner la sartén con el cerdo en el fuego, pero prosiguió con su perorata filosófica:

—Tiene gracia, ¿no? Si el sueco no hubiese dicho que Johnnie hacía trampa, en estos momentos estaría vivo. Hay que ser tonto de remate. Además, jugábamos para pasar el rato. No por dinero. Debía de estar chiflado.

—Lo siento por el jugador ese —dijo el del Este.

—Ah, y yo también —dijo el vaquero—. No deberían condenarle por matar a semejante tipo.

—Al sueco no le habrían matado si las cosas hubiesen sido como es debido.

—¿No le habrían matado? —exclamó el vaquero—. ¿Si las cosas hubiesen sido como es debido? Vaya, ¿y cuando dijo que Johnnie hacía trampa y se comportó como un burro? Y luego en la taberna, ¿no se puso claramente a provocar para que le hiriesen? —Con tales argumentos, el vaquero apabulló tanto al del Este que acabó sacándole de sus casillas.

—¡Eres un perfecto majadero! —gritó el del Este, furioso—. Eres mil veces más burro que el sueco. Y ahora, permíteme que te diga una cosa. Permíteme que te diga algo. ¡Escucha! ¡Johnnie *hizo* trampa!

—¿Johnnie? —inquirió el vaquero, con la mirada vacía. Hubo un minuto de silencio, y luego dijo categóricamente—: No es posible. Pero si sólo jugábamos para pasar el rato.

—Jugáramos o no para pasar el rato —dijo el del Este—, lo cierto es que Johnnie hizo trampa. Lo vi. Sé bien lo que digo. Lo vi con mis propios ojos. Y yo me negué a levantarme y a comportarme como un hombre. Dejé que el sueco se las arreglase a solas. Y tú…, tú te limitabas a dar bufidos de un lado para otro y a caldear los ánimos. ¡Y por si fuéramos pocos, el viejo Scully vino a enredar más las cosas! ¡Todos estamos en el ajo! Ese pobre jugador no es siquiera un nombre. Es una especie de adverbio. Todo pecado es el resultado de una colaboración. Nosotros, los cinco, hemos colaborado en el asesinato de ese sueco. Por lo general, en todo asesinato hay entre doce y cuarenta mujeres implicadas, pero en este caso parece que

sólo hay cinco hombres: tú, yo, Johnnie, el viejo Scully y ese pobre desgraciado jugador, que no es sino la culminación, el vértice de un movimiento humano, sobre el que recae todo el castigo.

El vaquero, ofendido y rebelde, exclamó a ciegas en medio de aquella niebla de misteriosa teoría:

—Bueno, al fin y al cabo, yo no hice nada, ¿verdad?

Traducción de Aurelio Martínez Benito

WILLA CATHER

El caso de Paul

Un estudio sobre el temperamento

Era la tarde que Paul tenía que comparecer ante el profesorado del instituto Pittsburgh para dar razón de sus diversas faltas. Lo habían expulsado temporalmente hacía una semana, y su padre se había presentado en el despacho del director y confesado su perplejidad respecto a su hijo. Paul entró sonriente y afable en la sala de profesores. Se le había quedado un poco pequeña la ropa, y el terciopelo marrón del cuello de su abrigo abierto estaba deshilachado y gastado; pero a pesar de todo ello tenía algo de dandi, y llevaba un alfiler de ópalo en su recién anudada corbata negra y un clavel en el ojal. Este último adorno al profesorado le pareció que no era debidamente indicativo del espíritu contrito que correspondía a un chico expulsado.

Paul era alto para su edad y muy delgado, de hombros altos y apretujados, y pecho estrecho. Sus ojos destacaban por cierto brillo histérico, y los utilizaba continuamente de una forma teatral y consciente, particularmente ofensiva en un muchacho. Las pupilas eran anormalmente grandes, como si fuera adicto a la belladona, pero alrededor de ellas había un brillo vitreo que no produce esa droga.

Cuando el director le preguntó por qué estaba allí, Paul explicó, con bastante corrección, que quería volver al colegio. Era mentira, pero Paul estaba muy acostumbrado a mentir; de hecho, le parecía indispensable para salvar las desavenencias. Se pidió a sus profesores que enunciaran sus respectivos cargos contra él, lo que hicieron con tanto rencor y encono que revelaban que no se trataba de un caso corriente. Entre las ofensas mencionadas se contaban el desorden y la impertinencia, pero todos sus profesores coincidieron en que era prácticamente imposible poner en palabras la causa real del problema, que radicaba en la actitud histéricamente desafiante del chico; en el desprecio que todos sabían que sentía por ellos y que al parecer no hacía ningún esfuerzo por ocultar. En una ocasión en que había estado haciendo la sinopsis de un párrafo en la pizarra, su profesora de lengua se había puesto a su lado y tratado de guiarle la mano. Paul se había echado atrás con un escalofrío llevándose las manos violentamente a la espalda. La perpleja mujer difícilmente se habría sentido más dolida y avergonzada si la hubiera golpeado. El insulto era tan involuntario y claramente personal como para ser inolvidable. De un modo u otro había hecho conscientes a todos sus profesores, tanto hombres como mujeres, de esa sensación de aversión física. En una clase permanecía sentado tapándose los ojos con una mano; en otra siempre miraba por la ventana durante el

recitado de la lección; en otra hacía un reportaje en directo de la clase con intención humorística.

Sus profesores creyeron esa tarde que toda su actitud quedaba simbolizada en su forma de encogerse de hombros y en el clavel impertinentemente rojo, y se abalanzaron sobre él sin piedad, con la profesora de lengua encabezando la jauría. Él aguantó sonriendo, los pálidos labios separados sobre la dentadura blanca. (Torcía continuamente los labios, y tenía la costumbre de arquear las cejas, lo cual era irritante y despectivo en sumo grado.) Chicos mayores que Paul se habrían derrumbado y vertido lágrimas bajo ese bautismo de fuego, pero a él no le abandonó ni una sola vez su sonrisa fija, y las únicas muestras de su incomodidad fueron el nervioso temblor de sus dedos al juguetear con los botones del abrigo y de vez en cuando una sacudida de la otra mano con que sostenía el sombrero. Paul siempre sonreía, siempre miraba en derredor, dando la impresión de creer que podían estar vigilándolo y tratando de detectar algo. Esa expresión consciente, como no podía distar más de la alegría infantil, solía atribuirse a su insolencia o «viveza».

En el transcurso de la investigación, una de las profesoras repitió un comentario impertinente del chico, y el director le preguntó si le parecía que era cortés hablar de ese modo a una mujer. Paul se encogió ligeramente de hombros e hizo un tic con las cejas.

—No lo sé —replicó—. No era mi intención ser educado o maleducado. Supongo que es mi manera de decir las cosas, pase lo que pase.

El director, que era un hombre comprensivo, le preguntó si no creía que había una manera de deshacerse de ella. Paul sonrió y dijo que suponía que sí. Cuando se le dijo que podía marcharse, hizo una graciosa reverencia y salió. Su reverencia no fue sino una réplica del escandaloso clavel rojo.

Sus profesores estaban desesperados, y el profesor de dibujo expresó la opinión de todos al decir que había algo en el chico que ninguno de ellos comprendía. Añadió:

—No creo realmente que esa sonrisa suya venga sólo de la insolencia; hay en ella algo como atormentado. Para empezar, ese chico no es fuerte. Me he enterado por casualidad de que nació en Colorado sólo unos meses antes de que su madre muriera de una larga enfermedad. Algo no anda bien en ese chico.

El profesor de dibujo había notado que, al mirar a Paul, sólo veías sus dientes blancos y la forzada animación de sus ojos. Una tarde calurosa en que el chico se había quedado dormido ante su tabla de dibujo, el profesor se había fijado estupefacto en lo blanca que era su cara, llena de venitas azules: cansada y arrugada como la de un viejo alrededor de los ojos, con los labios torciéndose en un tic hasta en sueños, y rígidos de una tensión nerviosa que los retiraba de los dientes.

Sus profesores abandonaron el edificio insatisfechos y tristes: humillados por

haberse sentido tan resentidos hacia un chico, por haber expresado ese sentimiento en términos hirientes, y haberse instigado mutuamente, por así decirlo, en el incongruente juego del reproche desaforado. Algunos de ellos recordaban haber visto un triste gato callejero acorralado por un grupo de atormentadores.

Por lo que se refiere a Paul, bajó corriendo la colina silbando el «Coro de los Soldados» de *Fausto*, mirando atrás frenético por si veía a alguno de sus profesores furioso ante su despreocupación. Como era avanzada la tarde y esa noche Paul trabajaba como acomodador en el Carnegie Hall, decidió subir al museo de pintura —siempre desierto a esa hora—, donde había varios estudios alegres de Raffaelli de calles de París y un par de escenas venecianas azul etéreo que siempre lo estimulaban. Se quedó encantado al no encontrar en el museo a nadie aparte del viejo guarda, sentado en una esquina con un periódico en las rodillas, un parche negro en un ojo y el otro cerrado. Paul se hizo dueño del lugar y lo recorrió de un extremo a otro confiado, silbando débilmente. Al cabo de un rato se sentó ante un Rico azul y se quedó ensimismado. Cuando se acordó de mirar el reloj eran las siete pasadas, se levantó de un salto y bajó corriendo las escaleras, haciendo una mueca a Augusto, que lo miraba desde la sala este, y un mal gesto a la Venus de Milo al pasar por delante de ella.

Cuando Paul llegó al vestuario de los acomodadores ya había allí media docena de chicos, y empezó a meterse en su uniforme, excitado. Era uno de los pocos que se aproximaban a su talla, y le parecía favorecedor, aunque sabía que la chaqueta recta y ajustada le acentuaba el pecho estrecho, del que era excesivamente consciente. Siempre se excitaba considerablemente al cambiarse, vibrando todo su ser con el afinamiento de los instrumentos de cuerda y la fanfarria preliminar de los vientos en la sala de música; pero esa noche parecía fuera de sí, y fastidió y atormentó a los chicos hasta que, diciéndole que estaba loco, lo tumbaron en el suelo y se sentaron sobre él.

Algo aplacado por su expulsión, Paul salió corriendo a la parte delantera de la sala para buscar asiento a los primeros en llegar. Era un acomodador modélico; cortés y sonriente, recorría de un lado para otro los pasillos; nada era demasiada molestia para él; llevaba mensajes y traía programas como si fuera el mayor placer de su vida, y toda la gente de su sección lo consideraba un chico encantador, y tenía la impresión de que se acordaba de ellos y los admiraba. A medida que se llenaba la sala, él se volvía más vivaz y animado, y acudía el color a sus mejillas y labios. Era como si se tratara de una gran recepción y Paul fuera el anfitrión. En el preciso momento en que los músicos salieron para ocupar sus puestos, llegó su profesora de lengua con pases para los asientos que había reservado para la temporada un prominente industrial. La mujer dio muestras de incomodidad cuando entregó a Paul las entradas, y de una altivez que le hizo sentir muy tonta después. Paul se quedó desconcertado por un

instante y le entraron ganas de echarla; ¿qué tenía que hacer ella allí entre esa gente elegante y colores alegres? Le echó un vistazo y decidió que no iba arreglada como era debido, y debía de ser estúpida para sentarse allá abajo vestida de ese modo. Seguramente le habían enviado las entradas como favor, pensó mientras localizaba un asiento para ella, y tenía tanto derecho como él a sentarse allí.

Cuando empezó la sinfonía, Paul se sentó en uno de los asientos traseros con un suspiro de alivio y se quedó ensimismado, como había hecho ante el Rico. No es que las sinfonías, de por sí, significaran algo en particular para él, pero sólo la vista de los instrumentos parecía liberar de su interior cierto espíritu potente e hilarante: algo que luchaba allí dentro, como el genio de la botella que encontró el pescador árabe. Le entraron unas repentinas ganas de vivir; las luces danzaron ante sus ojos y la sala de conciertos se iluminó en un inimaginable resplandor. Cuando la solista soprano salió al escenario, Paul olvidó hasta la desagradable presencia de su profesora y se entregó al peculiar estímulo que siempre ejercían en él tales personajes. Quiso el azar que la solista fuera una alemana que distaba de estar en su primera juventud y era madre de muchos hijos; pero llevaba un traje muy elaborado y una tiara, y, por encima de todo, exhibía ese aire indefinible del éxito, esa aureola que, a los ojos de Paul, la convertían en una verdadera reina del Amor.

Al terminar un concierto, Paul siempre se sentía irritable y desgraciado hasta que se dormía, y esa noche se sentía aún más inquieto que de costumbre. No se veía con fuerzas de desinflarse, de renunciar a esa deliciosa emoción que era lo único que podía llamarse vivir. Se retiró durante el último número y, tras cambiarse rápidamente en el vestuario, salió a hurtadillas por la puerta lateral, donde aguardaba el carruaje de la soprano. Allí empezó a pasearse de acá para allá, esperando a que ella saliera.

A lo lejos, el Schenley, en su vacía extensión, se erigía alto y cuadrado a través de la fina lluvia, las ventanas de sus doce pisos iluminadas como las de una casa de cartón bajo un árbol de Navidad. En él se alojaban todos los actores y cantantes de renombre cuando se encontraban en la ciudad, y varios de los grandes fabricantes de la región vivían allí en invierno. Paul había haraganeado a menudo alrededor del hotel, observando a la gente entrar y salir, deseando entrar en él y dejar atrás para siempre a los profesores y las aburridas responsabilidades.

Por fin salió la cantante acompañada por el director, que la ayudó a subir a su carruaje y cerró la portezuela con un cordial *Auf Wiedersehen* que dejó a Paul preguntándose si no era un viejo amor de él. Paul siguió el carruaje hasta el hotel, andando lo bastante deprisa para no estar lejos de la entrada cuando la cantante se apeó y desapareció tras las puertas batientes de cristal que abrió un negro con sombrero de copa y un abrigo largo. En el instante en que la puerta se entreabrió, Paul tuvo la sensación de entrar también. Le pareció que subía los escalones detrás de ella y entraba en el acogedor e iluminado edificio, en un mundo exótico y tropical de

superficies brillantes y refulgentes, y de placentero reposo. Visualizó las misteriosas fuentes que llevaban al comedor, las botellas verdes dentro de cubiteras, como en las fotos de cenas que había visto en el suplemento del *Sunday World*. Una ráfaga de viento hizo que la lluvia cayera con repentina vehemencia y Paul se sobresaltó al darse cuenta de que seguía fuera, sobre la nieve medio derretida del camino de gravilla; que se le colaba agua por las botas y su exiguo abrigo le colgaba empapado; que las luces de la fachada de la sala de conciertos estaban apagadas, y la lluvia caía en cortinas entre él y el resplandor naranja de las ventanas más arriba. Allí estaba lo que él quería, tangible ante él, como el mundo de hadas de una revista musical de Navidad, pero unos espíritus burlones montaban guardia en las puertas y, mientras la lluvia le azotaba la cara, se preguntó si estaba destinado a quedarse siempre fuera tiritando en la negra noche, mirando hacia arriba.

Dio media vuelta y echó a andar de mala gana hacia las vías del tranvía. Alguna vez tenía que llegar el final; su padre con ropa de dormir en lo alto de las escaleras, explicaciones que no explicaban, mentiras improvisadas apresuradamente que siempre le pillaban, su habitación del piso de arriba con el horrible empapelado amarillo, el escritorio que crujía con el grasiento joyero de felpa, y, encima de su cama de madera pintada, los retratos de George Washington y Juan Calvino, y el lema enmarcado «Dad de comer a mis ovejas» que su madre había bordado en estambre rojo.

Media hora más tarde Paul se apeaba de su tranvía y echaba a andar despacio por una de las calles laterales que salían de la vía principal. Era una calle muy respetable, donde todas las casas eran idénticas, y donde hombres de negocios de medios moderados engendraban y criaban grandes familias de niños que iban a la escuela dominical, donde aprendían el catecismo abreviado, y se interesaban por la aritmética; todos eran tan idénticos como sus casas, y estaban conformes con la monotonía de sus vidas. Paul nunca subía Cordelia Street sin un escalofrío de repugnancia. Su casa estaba al lado de la del pastor de la iglesia de Cumberland. Esta noche se acercó a ella con la falta de energía propia de la derrota, la desesperada sensación de hundirse de nuevo y para siempre en la fealdad y vulgaridad que experimentaba al volver a su casa. En cuanto se adentraba en Cordelia Street, sentía cómo las aguas se cerraban sobre su cabeza. Después de cada una de esas orgías de vida, experimentaba toda la depresión física que sigue a una bacanal: la aversión a las camas respetables, a la comida vulgar, a una casa impregnada de los olores de la cocina; una escalofriante repugnancia hacia el incoloro e insípido conjunto de la existencia cotidiana; un deseo malsano por cosas fabulosas, luces tenues y flores frescas.

Cuanto más cerca estaba de su casa, más incapaz se sentía de enfrentarse a ese espectáculo: su feo dormitorio; el frío cuarto de baño con la mugrienta bañera de

zinc, el espejo resquebrajado, los grifos goteando; su padre en lo alto de la escalera, las piernas peludas asomándole bajo la camisa de noche, los pies metidos en zapatillas. Llegaba mucho más tarde que de costumbre, de modo que sin duda habría preguntas y reproches. Se paró en seco ante la puerta. No se veía con fuerzas para verse abordado por su padre esa noche, para volver a dar vueltas en esa triste cama. No entraría. Diría a su padre que no había tenido dinero para el tranvía y llovía tanto que se había ido a casa de uno de sus compañeros y pasado allí la noche.

Entretanto estaba empapado y tenía frío. Rodeó la casa hasta la parte de detrás y probó a abrir una de las ventanas del sótano, descubrió que estaba abierta y, levantándola con cuidado, se descolgó por la pared hasta el suelo. Se quedó donde estaba, conteniendo el aliento, aterrorizado por el ruido que había hecho, pero el suelo de encima estaba silencioso y no llegaron crujidos de las escaleras. Encontró una caja de jabón y, acercándola al débil círculo de luz que salía de la puerta de la caldera, se sentó en ella. Le daban un miedo espantoso las ratas, de modo que trató de no quedarse dormido, escudriñando con desconfianza la oscuridad, todavía aterrorizado de que algo hubiera despertado a su padre. En tales reacciones, después de una de esas experiencias que transformaban en días y noches los monótonos espacios en blanco del calendario, en que se le embotaban los sentidos, Paul siempre estaba extraordinariamente lúcido. ¿Y si su padre lo hubiera oído entrar por la ventana, y hubiera bajado y disparado tomándolo por un ladrón? O ¿y si su padre hubiera bajado, pistola en mano, y él hubiera gritado a tiempo para salvarse, y su padre se hubiera quedado horrorizado al pensar en lo cerca que había estado de matarlo? O ¿y si llegara el día en que su padre se acordara de esa noche y lamentara que un grito de advertencia hubiera detenido su mano? Con esa última suposición Paul se entretuvo hasta el amanecer.

El domingo siguiente hizo bueno: el frío empapado de noviembre se vio interrumpido por el último destello del verano otoñal. Por la mañana Paul había ido a la iglesia y a la escuela dominical, como de costumbre. Los domingos por la tarde que hacía un tiempo propio de la estación, los ciudadanos de Cordelia Street siempre se sentaban en sus portales y hablaban con sus vecinos del portal de al lado, o llamaban a los del otro lado de la calle de manera amistosa. Los hombres se sentaban en alegres cojines en la escalera que conducía a la acera, mientras que las mujeres, con sus blusas de domingo, se sentaban en mecedoras en sus atestados porches, fingiendo estar totalmente relajadas. Los niños jugaban en la calle: eran tantos que parecía el patio de recreo de una guardería. Los hombres —todos en mangas de camisa, con los chalecos desabrochados— se sentaban en los escalones con las piernas muy abiertas y sacando la tripa, y hablaban de los precios de las cosas, o contaban anécdotas sobre la sagacidad de sus distintos jefes y amos. De vez en cuando echaban un vistazo a la multitud de niños peleándose, escuchaban con afecto

sus voces gangosas y de pito, sonriendo al reconocer sus propias inclinaciones reproducidas en su progenie, e intercalaban sus leyendas sobre los magnates del hierro y el acero con comentarios sobre los progresos de sus hijos en el colegio, sus notas en aritmética y las cantidades que habían ahorrado en sus huchas.

Ese último domingo de noviembre, Paul se pasó toda la tarde sentado en el escalón más bajo de su portal, mirando la calle, mientras sus hermanas, en sus mecedoras, hablaban con las hijas del pastor de la casa de al lado de cuántas blusas habían hecho la semana pasada, y cuántos barquillos se había comido alguien en la última cena de la iglesia. Cuando hacía calor y su padre estaba de un humor particularmente jovial, las niñas preparaban limonada, que siempre traían en una jarra de cristal rojo ornamentada con nomeolvides de esmalte azul. A ellas les parecía muy elegante, y los vecinos siempre hacían bromas acerca del sospechoso color de la jarra.

Aquel día el padre de Paul estaba sentado en el escalón más alto, hablando con un joven que se pasaba a un bebé inquieto de una rodilla a la otra. Daba la casualidad de que era el joven que le ponían como modelo a diario, y a quien su padre tenía la esperanza de que imitara. Era un joven de tez rubicunda, boca roja y comprimida, y ojos miopes y gastados sobre los que llevaba unas gafas de cristal grueso y patillas doradas. Era secretario de uno de los magnates de una gran compañía de acero, y en Cordelia Street se le consideraba un joven con porvenir. Corría el rumor de que, hacía cinco años —apenas tenía veintiséis ahora—, había estado un tanto disperso, y a fin de contener sus apetitos y evitar la pérdida de tiempo y energía que podría haber supuesto el que anduviera de picos pardos, había seguido el consejo de su jefe, reiterado a menudo a sus empleados, y a los veintiuno se había casado con la primera mujer a la que había logrado persuadir para compartir su fortuna. Ella resultó ser una angulosa maestra de escuela, mucho mayor que él, que también llevaba gafas de cristal grueso, y quien le había dado cuatro hijos, todos miopes como ella.

El joven explicaba cómo su jefe, en esos momentos en un crucero en el Mediterráneo, se mantenía al corriente de todos los pormenores del negocio, organizando sus horas de oficina en su yate como si nunca se hubiera ausentado, y «despachando suficiente trabajo para mantener ocupados a dos taquígrafos». Su padre le contó, a su vez, que su compañía estaba considerando instalar en el Cairo un tendido eléctrico para el ferrocarril. Paul chasqueó con los dientes; le aterrorizaba que pudieran estropearlo todo antes de que él llegara allí. Sin embargo, le gustaba oír esas leyendas sobre los magnates del hierro y el acero que se contaban y volvían a contar los domingos y días festivos: esas historias de palacios en Venecia, yates en el Mediterráneo y juego en Montecarlo despertaban su fantasía, y se interesaba por los éxitos de esos chicos encargados de ir a por cambio que se habían hecho famosos, aunque la etapa de chico de los cambios no le atraía demasiado.

Después de cenar y de ayudar a secar los platos, Paul preguntó nervioso a su

padre si podía ir a casa de George para que le ayudara con la geometría, y aún más nervioso le pidió dinero para el tranvía. Esta última petición la tuvo que repetir, porque a su padre, por principio, le desagradaba oír peticiones de dinero, ya fuera poco o mucho. Preguntó a Paul si no podía ir a casa de algún chico que viviera más cerca, y lo reprendió por dejar los deberes del colegio para el domingo; pero le dio los diez centavos. No era pobre, pero tenía la encomiable ambición de ascender en la vida. La única razón por la que dejaba que Paul trabajara de acomodador era porque creía que el chico debía ganar un poco.

Paul subió dando saltos al piso de arriba, se restregó el grasiento olor del agua de lavar los platos de las manos con la apestosa pastilla de jabón que tanto detestaba, y dejó caer en sus dedos unas gotas de agua de violetas del frasco que guardaba escondido en su cajón. Salió de la casa con el libro de geometría visiblemente bajo el brazo, y en cuanto salió de Cordelia Street y se subió a un tranvía para el centro, se sacudió el letargo de dos días embrutecedores y empezó a vivir de nuevo.

El joven galán de la compañía de repertorio permanente que actuaba en uno de los teatros del centro era un conocido de Paul, y lo había invitado a pasarse por los ensayos de los domingos por la noche cuando le fuera posible. Durante más de un año Paul había pasado casi cada minuto disponible en el camerino de Charley Edwards. Se había ganado un lugar entre los admiradores del joven actor, no sólo porque éste, que no podía permitirse contratar a un ayudante de camerino, a menudo le encontraba útil, sino porque reconocía en Paul algo parecido a lo que los clérigos llaman «vocación».

Era en el teatro y en el Carnegie Hall donde Paul vivía de verdad; el resto no era sino sueño y olvido. Éste era el cuento de hadas de Paul, y para él tenía todo el encanto de un amor secreto. En cuanto inhalaba el efervescente olor a polvo y pintura de entre bastidores, respiraba como un prisionero recién puesto en libertad, y sentía dentro de él la posibilidad de hacer o decir cosas magníficas, brillantes, poéticas. En cuanto la resquebrajada orquesta tocaba la obertura de *Martha* o se sacudía con la serenata de *Rigoletto*, todas las cosas estúpidas y feas salían de él, y sus sentidos despertaban agradable aunque delicadamente.

Tal vez porque, en su mundo, lo natural casi siempre se presentaba bajo el disfraz de la fealdad, le parecía necesario en la belleza un cierto elemento de artificialidad. Tal vez porque su experiencia de la vida en otra parte estaba tan llena de picnics con la escuela dominical, pequeñas economías, consejos sanos de cómo triunfar en la vida y el ineludible olor a comida, encontraba tan seductora esta existencia, tan atractivos a esos hombres y mujeres elegantemente vestidos, y tan conmovedores esos huertos de manzanos estrellados, siempre en flor bajo los focos.

No es fácil expresar con suficiente fuerza cuán convincentemente el vestíbulo de ese teatro era para Paul el verdadero portal del Romanticismo. Desde luego, jamás lo

sospechó ningún miembro de la compañía, y quien menos de todos Charley Edwards. Era muy semejante a las historias que corrían por Londres de judíos fabulosamente ricos que tenían salones subterráneos con palmeras y fuentes, lámparas de luz tenue y mujeres lujosamente ataviadas que nunca veían la decepcionante luz del día londinense. Así, en medio de esa ciudad envuelta en humo, enamorada de los números y del trabajo sucio, Paul tenía su templo secreto, su alfombra de los deseos, su trozo de playa mediterránea azul y blanca bañada en perpetuo sol.

Varios de los profesores de Paul tenían la teoría de que su imaginación se había visto pervertida por la ficción desmedida, pero lo cierto es que él rara vez leía. Los libros que había en su casa no eran de los que tentarían o corromperían una mente joven, y en cuanto a leer las novelas que le recomendaban algunos de sus amigos…, bueno, conseguía lo que quería mucho más deprisa de la música; cualquier clase de música, desde una orquesta hasta un organillo. Sólo necesitaba la chispa, la indescriptible emoción que convertía su imaginación en la dueña de sus sentidos, y era capaz de inventar suficientes argumentos e imágenes por sí solo. Era igualmente cierto que no era un entusiasta del teatro, por lo menos no en el sentido corriente del término. Él no quería ser actor, como tampoco quería ser músico. No sentía la necesidad de hacer ninguna de esas cosas: lo que quería era ver, estar en la atmósfera, flotar en sus olas, verse transportado, legua azul tras legua azul, lejos de todo.

Después de pasar una noche entre bastidores, el aula del colegio le parecía a Paul más repulsiva que nunca: los suelos insulsos y las paredes desnudas; los hombres prosaicos que nunca llevaban levita ni una violeta en el ojal; las mujeres con sus trajes austeros, voz estridente y lastimera seriedad al hablar de las preposiciones que gobiernan el dativo. No podía soportar que los otros alumnos creyeran, ni por un instante, que él se tomaba en serio a esa gente; debía transmitirles que todo eso le parecía trivial y, de todas maneras, estaba allí sólo como una broma. Tenía fotos dedicadas de todos los miembros de la compañía de repertorio y las enseñaba a sus compañeros de clase, contándoles las historias más asombrosas sobre su familiaridad con esa gente, cómo conocía a los solistas que iban a cantar al Carnegie Hall, las cenas a las que asistía con ellos y las flores que les enviaba. Cuando esas historias perdían su efecto y su público se volvía indiferente, se desesperaba, y se despedía de todos sus compañeros, anunciando que iba a viajar un tiempo; por Nápoles, Venecia, Egipto. El lunes siguiente regresaba discretamente, con su sonrisa nerviosa y forzada; su hermana estaba enferma y había tenido que posponer su viaje hasta la primavera.

Las cosas iban de mal en peor en el colegio. En sus ansias por hacer saber a sus profesores lo mucho que los despreciaba a ellos y sus homilías, y lo mucho que lo valoraban en otras partes, mencionó un par de veces que no tenía tiempo que perder con teoremas; añadiendo —con una contracción de la ceja y una de esas bravuconadas nerviosas que tan perplejos los dejaba— que ayudaba a los actores de

la compañía de repertorio; eran viejos amigos suyos.

El resultado final fue que el director acudió al padre de Paul, quien sacó a Paul del colegio y lo puso a trabajar. Al gerente del Carnegie Hall se le pidió que se buscara otro acomodador, al portero del teatro se le advirtió que no volviera a dejarlo entrar; y Charley Edwards con remordimientos prometió al padre del chico no volver a verlo.

Los miembros de la compañía se divirtieron enormemente al enterarse de algunas de las historias de Paul, sobre todo las mujeres. La mayoría eran mujeres trabajadoras, que mantenían a maridos o hermanos indigentes, y rieron con bastante amargura de las fervientes y floridas fantasías que habían provocado en el chico. Estuvieron de acuerdo con los profesores y el padre en que Paul era un caso difícil.

El tren del este se abría camino a través de la tormenta de nieve; el pálido amanecer empezaba a adquirir un tono gris cuando el maquinista tocó el silbato a un kilómetro y medio de Newark. Paul se levantó de un salto del asiento donde había permanecido acurrucado en un sueño agitado, limpió con una mano el cristal de la ventana empañada de aliento y miró afuera. La nieve se arremolinaba sobre las tierras blancas, y se amontonaba en los campos y a lo largo de las vallas, mientras que aquí y allá sobresalían la hierba larga y muerta, y los tallos de la maleza seca. En las casas desperdigadas había luces, y a un lado de la vía un grupo de labriegos saludaron con sus lámparas.

Paul había dormido muy poco, y se sentía sucio e incómodo. Había viajado toda la noche sentado, en parte porque le daba vergüenza, vestido como iba, viajar en un coche-cama, y en parte porque tenía miedo de que lo viera algún hombre de negocios de Pittsburgh, que podía haberse fijado en él en la oficina de Denny & Carson. Cuando el silbato lo despertó, se llevó rápidamente una mano al bolsillo del pecho y miró en derredor con una sonrisa incierta. Pero los italianos menudos y salpicados de barro seguían dormidos, las mujeres abandonadas al otro lado del pasillo estaban inconscientes con la boca abierta, y hasta los bebés llorones estaban por una vez callados. Paul volvió a acomodarse para luchar con su impaciencia lo mejor que podía.

Al llegar a la estación de Jersey City desayunó con prisas, visiblemente nervioso y mirando alerta en derredor. Una vez en la estación de la calle Treinta y tres, consultó al conductor de un coche de alquiler e hizo que lo llevara a una tienda de artículos para caballero que estaba abriendo. Pasó más de dos horas comprando con interminables reconsideraciones y gran cuidado. Se puso su nuevo traje de calle en el probador; el frac y la ropa de etiqueta los hizo llevar al coche de alquiler, junto con la ropa interior. A continuación se dirigió a un sombrerero y a una zapatería. La siguiente parada fue Tiffany’s, donde seleccionó un juego de peine y cepillo de plata, y un nuevo alfiler de corbata. No esperaría a que se lo grabaran, dijo. Por último, se

detuvo en una tienda de maletas de Broadway e hizo meter sus compras en varias bolsas de viaje.

Era poco después de la una cuando se dirigió al Waldorf, y después de pagar al cochero, entró y se encaminó a la recepción. Se registró como procedente de Washington; explicó que sus padres habían estado en el extranjero y él había bajado a esperar la llegada de su barco. Contó su historia de manera convincente, y no tuvo problemas, ya que se ofreció a pagar por adelantado al tomar su suite: dormitorio, sala de estar y cuarto de baño.

No una, sino cientos de veces, había planeado Paul esta entrada en Nueva York. Había repasado todos los detalles con Charley Edwards, y en el álbum de recortes que tenía en su casa había páginas de descripciones de hoteles de Nueva York recortadas de los periódicos de los domingos. Cuando le mostraron su sala de estar en la octava planta comprobó de un vistazo que todo estaba como debía; sólo había un detalle en su imagen mental que la estancia no cumplía, de modo que llamó pidiendo que el botones le trajera flores. Se paseó nervioso por la habitación hasta que el chico volvió, guardando su nueva ropa interior y acariciándola con deleite. Cuando llegaron las flores, se apresuró a ponerlas en agua, luego se dejó caer en una bañera caliente. Por fin salió de su cuarto de baño blanco, resplandeciente en su nueva ropa interior de seda y jugueteando con las borlas de su bata roja. Fuera, la nieve se arremolinaba con tal fuerza que apenas se veía el otro lado de la calle, pero dentro la temperatura era agradable y el aire fragante. Puso las violetas y los junquillos en un taburete al lado del sofá, y se dejó caer en él con un largo suspiro, tapándose con una manta romana. Estaba totalmente exhausto; había ido con tantas prisas, soportado tanto estrés, cubierto tantos kilómetros en las últimas cuarenta y ocho horas, que quería pensar en cómo había resultado todo. Arrullado por el susurro del viento, el calor agradable y la fresca fragancia de las flores, se sumió en una profunda y soñolienta retrospección.

Había sido increíblemente sencillo; cuando le prohibieron la entrada en el teatro y la sala de conciertos, cuando le arrebataron su hueso, todo el asunto ya estaba prácticamente decidido. El resto sólo fue cuestión de esperar a que se presentara la oportunidad. Lo único que le sorprendió fue su propio coraje, porque era bastante consciente de que siempre había vivido atormentado por el miedo, una especie de terror aprensivo que, en los últimos años, a medida que se había visto atrapado en las redes de las mentiras que había dicho, le había tensado cada vez más los músculos del cuerpo. No recordaba un instante en que no hubiera tenido miedo a algo. Incluso cuando era niño siempre había estado con él, detrás, delante o a cada lado. Siempre había estado la esquina en penumbra, el lugar oscuro al que no se atrevía a mirar, pero donde siempre parecía haber alguien vigilando, y Paul había hecho cosas que no eran agradables de ver, lo sabía.

Pero ahora experimentaba una curiosa sensación de alivio, como si por fin

hubiera arrojado el guante a la criatura de la esquina.

Sin embargo, no hacía ni un día que había estado enfurruñado; no había sido sino el día anterior por la tarde que le habían enviado al banco con los ingresos de Denny & Carson, como de costumbre; pero esta vez con instrucciones de dejar el libro de cuentas para que lo cuadraran. Había más de dos mil dólares en talones, y casi mil en billetes que había sacado del libro y guardado en silencio en sus bolsillos. En el banco había hecho un nuevo resguardo de ingreso. Había conservado suficientemente la calma como para permitirse regresar a la oficina, donde terminó su trabajo y pidió libre todo el día siguiente, sábado, ofreciendo un pretexto perfectamente razonable. No devolverían el libro, lo sabía, antes del lunes o el martes, y su padre iba a estar fuera de la ciudad la semana siguiente. Desde el momento en que se metió los billetes en el bolsillo hasta que se subió al tren nocturno a Nueva York, no había experimentado un segundo de vacilación. No era la primera vez que navegaba en aguas traicioneras.

Era asombroso lo fácil que había sido todo; allí estaba él, con el plan hecho, y esta vez no despertaría, no habría ninguna figura en lo alto de la escalera. Contempló cómo los copos de nieve se arremolinaban junto a su ventana hasta que se quedó dormido.

Cuando se despertó eran las tres de la tarde. Se levantó de un salto; ¡ya se le había ido medio de sus preciosos días! Dedicó más de una hora a vestirse, examinando con detenimiento en el espejo cada fase de su arreglo personal. Todo era absolutamente perfecto; era exactamente la clase de chico que siempre había querido ser.

Cuando bajó, tomó un coche de alquiler y subió la Quinta Avenida hasta el parque. La tormenta de nieve había amainado y los carruajes de los comerciantes corrían sigilosos de acá para allá en el crepúsculo del invierno; chicos con bufandas de algodón quitaban a paladas la nieve de los portales; los escaparates de la avenida eran bonitas pinceladas de color sobre la calle blanca. Aquí y allá en las esquinas había puestos con jardines enteros de flores abiertas detrás de vitrinas, en cuyos lados se fundían los copos de nieve: violetas, rosas, claveles, lirios del valle…, por alguna razón mucho más encantadoras y seductoras floreciendo de esa manera tan poco natural en la nieve. El mismo parque era un maravilloso decorado de invierno.

Cuando él volvió, había cesado el intervalo del crepúsculo y cambiado la melodía de las calles. La nieve caía más deprisa, se encendían luces en los hoteles que se alzaban con sus docenas de plantas en la tormenta, desafiando sin temor los recios vientos del Atlántico. Una larga hilera de coches negros bajaba por la avenida, cruzada aquí y allá por otras horizontales. Alrededor de la entrada de ese hotel había una veintena de coches, y su cochero tuvo que esperar. Chicos con librea salían y entraban corriendo del toldo extendido sobre la acera. Encima, alrededor y dentro, estruendo y clamor, las prisas y los movimientos bruscos de miles de seres humanos

tan ávidos de placer como él, y a cada lado de él se erigía la deslumbrante afirmación de la omnipotencia de la riqueza.

El chico apretó los dientes y juntó los hombros en un instante de revelación: el guión de todos los dramas, el argumento de todas las novelas románticas, el tejido nervioso de todas las emociones se arremolinaban alrededor de él como copos de nieve. Ardía como un haz de leña en una tempestad.

Cuando bajó a cenar, la música de la orquesta subía flotando por el hueco del ascensor para saludarlo. La cabeza le daba vueltas cuando salió al abarrotado pasillo y se dejó caer en una de las sillas colocadas contra la pared para recuperar el aliento. Las luces, la charla, los perfumes, la desconcertante combinación de colores…; por un instante creyó no ser capaz de soportarlo. Pero sólo por un instante; ésa era su gente, se dijo. Recorrió despacio los pasillos, cruzó los salones para escribir cartas, los salones para fumadores, los salones de recepción, como si explorara las cámaras de un palacio encantado, construido y poblado para él solo.

Cuando llegó al comedor, se sentó en una mesa próxima a una ventana. Las flores, el mantel blanco, las copas de colores, los alegres vestidos de las mujeres, los débiles taponazos de los corchos, las ondulantes repeticiones de *El Danubio azul* procedentes de la orquesta, todo inundó el sueño de Paul de desconcertante resplandor. Cuando a todo ello se sumó el matiz rosado de su champán —ese líquido frío, precioso y burbujeante que hacía espuma en su copa—, Paul se maravilló de que hubiera hombres honrados en el mundo. Eso era por lo que todo el mundo luchaba, reflexionó; a eso se debía toda la lucha. Dudaba de la realidad de su pasado. ¿Había conocido alguna vez una calle llamada Cordelia, un lugar donde hombres de negocios de aspecto cansado se subían al primer tranvía, meros remaches de una máquina, hombres deprimentes, con pelos de sus hijos siempre aferrados a los abrigos y el olor a comida impregnado en la ropa? Cordelia Street…, ah, eso pertenecía a otra época y otro lugar; ¿no había sido siempre así, no se había sentado allí noche tras noche, hasta donde le alcanzaba la memoria, contemplando pensativo las texturas tornasoladas y dando vueltas al pie de una copa como la que tenía en esos momentos entre el pulgar y el índice? Se inclinaba a pensar que así era.

No se sentía en lo más mínimo desconcertado o solo. No tenía un deseo especial de conocer a esa gente o saber nada de ella; lo único que pedía era el derecho a observar y hacer conjeturas, a ver el espectáculo. Se contentaba sólo con los meros accesorios. Tampoco se sintió solo más tarde esa noche, en su palco del Metropolitan. Se había librado por completo de sus recelos nerviosos, de su forzada agresividad, de la necesidad imperiosa de demostrar que él era distinto de su entorno. Ahora tenía la sensación de que su entorno lo decía todo por él. Nadie cuestionaba la púrpura, bastaba con que la vistiera de forma pasiva. Bastaba con que bajara la vista a su atuendo para convencerse de que allí sería imposible que alguien lo humillara.

Esa noche le costó abandonar su bonita sala de estar para irse a la cama, y permaneció largo rato sentado, contemplando la furiosa tormenta desde la ventana de su torreón. Cuando se acostó lo hizo con las luces del dormitorio encendidas; en parte por su vieja timidez, en parte para que, si se despertaba en mitad de la noche, no hubiera ni un deprimente momento de duda, ningún desagradable indicio del empapelado amarillo o de Washington y Calvino encima de su cama.

El domingo por la mañana la ciudad estaba prácticamente bloqueada por la nieve. Paul desayunó tarde, y hacia el mediodía conoció a un estrafalario joven de San Francisco, un estudiante de primer año de Yale que había bajado ese domingo para realizar una «operación arriesgada». El joven se ofreció a enseñarle el lado nocturno de la ciudad, y salieron juntos después de cenar y no regresaron al hotel hasta las siete de la mañana siguiente. Habían comenzado en la confiada efusión de una amistad creada por el champán, pero la despedida en el ascensor fue extraordinariamente fría. El estudiante se sobrepuso a tiempo para coger su tren y Paul se fue derecho a la cama. Se despertó a las dos de la tarde, muerto de sed y mareado, y llamó pidiendo agua helada, café y los periódicos de Pittsburgh.

Por lo que se refiere a la dirección del hotel, Paul no suscitó ninguna sospecha. Había que decir a su favor que llevaba sus trofeos con dignidad y no se hacía notar. Ni siquiera bajo el efecto del vino nunca se mostró bullicioso, aunque lo veía como una varita mágica que hacía milagros. Su principal codicia atañía a sus oídos y sus ojos, y sus excesos no eran ofensivos. Sus más queridos placeres eran los grises crepúsculos de invierno en su sala de estar; su silencioso disfrute de sus flores, su ropa, el amplio diván, un cigarrillo y la sensación de poder. No recordaba haberse sentido nunca tan en paz consigo mismo. La mera liberación de la necesidad de decir pequeñas mentiras, de mentir día tras día, restauró su amor propio. Nunca había mentido por placer, ni siquiera en el colegio; sólo para llamar la atención y suscitar admiración, para demostrar que era distinto de los otros chicos de Cordelia Street; y se sentía mucho más hombre, incluso más honrado, ahora que no tenía necesidad de pretensiones jactanciosas, ahora que, como decían sus amigos actores, podía «vestirse como lo exige el papel». Era muy propio de él no tener remordimientos. Sus días dorados transcurrieron sin sombra de amenaza, y él hizo cada uno de ellos lo más perfecto posible.

Al octavo día de su llegada a Nueva York descubrió que los periódicos de Pittsburgh habían explotado todo el asunto, con una abundancia de detalles que indicaba que los periódicos locales de tipo sensacionalista se hallaban en un punto bajo. La compañía de Denny & Carson anunció que el padre del chico había devuelto la totalidad de la cantidad robada y no tenía intención de demandarlo. Habían entrevistado al pastor de Cumberland, quien expresó su esperanza de recuperar al muchacho huérfano de madre, y a su profesora de catequesis, quien declaró que ella

no escatimaría ningún esfuerzo con tal fin. Había llegado a Pittsburgh el rumor de que se había visto al chico en un hotel de Nueva York, y su padre había ido al Este para buscarlo y traerlo de nuevo a casa.

Paul acababa de entrar para cambiarse para cenar; se sentó al sentir que se le aflojaban las piernas, y se llevó las manos a la cabeza. Iba a ser peor incluso que la cárcel; las tibias aguas de Cordelia Street iban a cerrarse sobre él de una vez para siempre. La monotonía gris se extendía ante él en años de desesperanza total; la escuela dominical, los Encuentros de Jóvenes, la habitación empapelada de amarillo, los húmedos trapos de cocina: todo volvía a él con una intensidad nauseabunda. Experimentó lo que solía experimentar cuando la orquesta dejaba de tocar de repente, la sensación de hundimiento de que se había acabado la obra. Rompió a sudar por la cara y se levantó de un salto y, mirando alrededor con su sonrisa blanca y deliberada, se guiñó un ojo en el espejo. Con algo de la antigua fe infantil en los milagros con que tan a menudo había ido a clase sin saberse la lección, Paul se vistió silbando y recorrió como una exhalación el pasillo hasta el ascensor.

No había ni entrado en el comedor ni reconocido la música cuando su recuerdo se vio aligerado por el viejo y elástico poder de reclamar el momento presente, elevándose con él y encontrándolo enteramente suficiente. La deslumbrante luz y el brillo a su alrededor, los meros accesorios escénicos, tenían de nuevo, y por última vez, su vieja potencia. Se demostraría a sí mismo que no tenía miedo a nada y pondría fin al asunto a lo grande. Dudó más que nunca de la existencia de Cordelia Street, y por primera vez bebió vino con imprudencia. ¿Acaso no era, después de todo, uno de esos seres afortunados nacidos para la púrpura, y no seguía siendo él mismo y seguía estando en su sitio? Tamborileó un nervioso acompañamiento de la música de Pagliacci y miró a su alrededor, diciéndose una y otra vez que había merecido la pena.

Reflexionó adormilado, en el crescendo de la música y la fría suavidad del vino, y se dijo que podría haber actuado más sabiamente. Podría haber subido a un barco de vapor y a estas alturas estar más allá de sus garras. Pero el otro lado del mundo le había parecido demasiado distante y demasiado incierto; no había podido esperar: su necesidad había sido demasiado acuciante. De poder elegir de nuevo, haría lo mismo mañana. Recorrió con una mirada llena de afecto el comedor, ahora dorado en una suave bruma. ¡Ah, había valido realmente la pena!

A la mañana siguiente lo despertaron unas dolorosas palpitaciones en la cabeza y en los pies. Se había arrojado sobre la cama sin desvestirse y dormido con los zapatos puestos. Le pesaban los miembros y las manos, y tenía la lengua y la garganta resecas. Le sobrevino uno de esos funestos ataques de lucidez que sólo experimentaba cuando estaba físicamente exhausto y tenía los nervios a flor de piel. Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, y dejó que lo invadiera la avalancha de

los acontecimientos.

Su padre estaba en Nueva York; «deteniéndose en algún que otro tugurio», se dijo. El recuerdo de los veranos sucesivos en el pórtico de su casa cayó sobre él como un peso de agua negra. No le quedaban ni cien dólares; y ahora sabía, mejor que nunca, que el dinero lo era todo, el muro que se alzaba entre todo lo que odiaba y todo lo que amaba. El fin estaba próximo; había pensado en él su primer glorioso día en Nueva York, y hasta se había provisto de una manera de cortar el hilo. En esos momentos estaba encima de su mesa; lo había sacado la noche anterior, cuando vino a ciegas del comedor, pero el brillante metal le hería la vista y le desagradaba su aspecto.

Se levantó y se movió por la habitación con doloroso esfuerzo, sucumbiendo de vez en cuando a ataques de náusea. Era la vieja depresión pero exacerbada: el mundo entero se había convertido en Cordelia Street. Sin embargo, por alguna razón, no tenía miedo a nada, estaba totalmente sereno; tal vez porque por fin había atisbado el oscuro rincón, y sabía. Lo que había visto allí era horrible, pero no tan horrible como el miedo que le había tenido, durante tanto tiempo. Ahora lo veía todo con claridad. Tenía la sensación de que le había sacado el máximo partido, que había vivido la clase de vida que estaba destinado a vivir, y durante media hora permaneció sentado, contemplando el revólver. Pero se dijo que ésa no era la manera, de modo que bajó y tomó un coche hasta el remolcador.

Cuando llegó a Newark, se bajó del tren y cogió otro coche, y dio indicaciones al cochero para que siguiera las vías de Pensilvania que salían de la ciudad. La nieve había cubierto las calzadas y se había amontonado en los campos abiertos. Sólo la hierba muerta y los tallos de maleza seca sobresalían aquí y allá, excepcionalmente negros. Una vez en el campo, Paul despidió el coche y echó a andar tambaleándose a lo largo de las vías, con una maraña de cosas irrelevantes en la mente. Parecía conservar una imagen de todo lo que había visto esa mañana. Recordaba cada una de las facciones de los dos cocheros, de la anciana desdentada a la que había comprado las flores rojas que llevaba en el abrigo, el agente al que le había comprado el billete, y todos los pasajeros que habían ido con él en el remolcador. Su mente, incapaz de sobrellevar los asuntos vitales que tenía entre manos, trabajaba febrilmente para ordenar y agrupar con destreza esas imágenes. Constituían para él una parte de la fealdad del mundo, del dolor de cabeza y el ardor amargo en la lengua que sentía. Se agachó y se llevó un puñado de nieve a la boca sin dejar de andar, pero hasta eso le pareció demasiado caliente. Cuando llegó a una pequeña ladera donde las vías pasaban por una zanja unos seis metros por debajo de él, se detuvo y se sentó.

Los claveles del abrigo habían languidecido con el frío, según advirtió, su esplendor rojo había concluido. Se le ocurrió pensar que todas las flores que había visto esa primera noche detrás de vitrinas debían de haber seguido sus pasos mucho

antes incluso. Sólo tenían un magnífico soplo de vida, a pesar de la osadía con que se burlaban del invierno fuera del cristal; y, al final, la partida parecía perdida de antemano, esa revuelta contra las homilías que gobiernan el mundo. Paul se quitó con cuidado una de las flores del abrigo, hizo un pequeño hoyo en la nieve y la enterró. Luego dormitó un rato, a causa de lo débil que estaba, insensible al parecer al frío.

Lo despertó el ruido de un tren que se acercaba y empezó a levantarse, recordando únicamente la decisión que había tomado y temiendo que fuera demasiado tarde. Permaneció de pie contemplando la locomotora que se aproximaba, con los dientes castañeteándole, los labios retirados en una sonrisa asustada; un par de veces miró hacia los lados nervioso, como si lo estuvieran observando. Cuando llegó el momento adecuado, dio un salto. Mientras caía, comprendió con despiadada claridad la necedad de sus prisas, la vastedad de todo lo que había dejado por hacer. Con más claridad que nunca desfilaron por su cabeza el azul del agua del Adriático, el amarillo de la arena argelina.

Sintió cómo algo le golpeaba el pecho, y cómo su cuerpo era lanzado rápidamente al aire, inconmensurablemente lejos y deprisa, mientras los miembros se le relajaban poco a poco. Luego, porque el mecanismo para fabricar imágenes había quedado hecho trizas, las visiones perturbadoras se fundieron y Paul cayó de nuevo en el inmenso diseño de las cosas.

Traducción de Aurora Echevarría

Quiero saber por qué

Aquel primer día en el este nos levantamos a las cuatro de la mañana. La tarde anterior habíamos saltado de un tren de mercancías a las afueras de la ciudad, y con ese instinto propio de los chicos de Kentucky habíamos recorrido las calles y encontrado enseguida el hipódromo y los establos. Eso nos tranquilizó del todo. Hanley Turner se encontró de inmediato con un negro al que conocíamos. Era Bildad Johnson, que en invierno trabaja en la caballeriza que Ed Becker tiene en nuestro pueblo natal, Beckersville. Bildad es buen cocinero como casi todos nuestros negros y, naturalmente, como a cualquiera que se precie en la parte de Kentucky de donde somos nosotros, le gustan los caballos. Bildad empieza a buscarse la vida en cuanto llega la primavera. Los negros de nuestra región son capaces de engatusarte para que les dejes hacer casi todo lo que quieren. Bildad engatusa a los mozos de cuadra y a los preparadores de los ranchos de la parte de Lexington. Los preparadores van a la ciudad al caer la tarde para charlar un poco o jugar quizá una partida de póquer. Bildad va con ellos. Siempre está haciendo pequeños favores y hablando de comida, cómo dorar el pollo en la sartén, la mejor manera de asar boniatos y preparar pan de maíz. Se te hace la boca agua sólo de oírle.

Cuando comienza la temporada y los caballos van a las carreras y por la tarde la gente habla de los nuevos potros en las calles, y todo el mundo dice cuándo piensa ir a Lexington o a la reunión hípica de primavera en Churchill Downs o a Latonia, y los jinetes que han estado en Nueva Orleans o incluso en la reunión de invierno en La Habana vienen a pasar una semana a casa antes de partir de nuevo; pues bien, en esa época del año en que nadie habla de otra cosa que de caballos en todo Beckersville y las cuadrillas ponen manos a la obra y las carreras de caballos impregnan hasta la última molécula del aire que se respira, aparece Bildad contratado como cocinero en alguna de las cuadrillas. Cuando pienso en Bildad yendo siempre a las carreras durante la temporada y luego en invierno trabajando en la caballeriza —donde están los caballos y adonde les gusta ir a los hombres para charlar de caballos—, me dan ganas de ser negro. Sí, ya sé que es una tontería, pero es que a mí también me vuelven loco los caballos. No lo puedo evitar.

Bien, debo explicarles lo que hicimos y revelar de qué estoy hablando. Los cuatro chicos de Beckersville, todos nosotros blancos e hijos de personas que viven en Beckersville habitualmente, decidimos que íbamos a ir a las carreras, pero no a Lexington o Louisville, nada de eso, sino al gran hipódromo del que tan a menudo hablaban los hombres de Beckersville, el de Saratoga. En aquel entonces éramos unos jovencitos. Yo acababa de cumplir quince años y era el mayor de los cuatro. El plan

fue idea mía, lo confieso, y fui yo el que convenció a los otros. Éramos Hanley Turner, Henry Rieback, Tom Tumberton y yo. Yo tenía treinta y siete dólares que había ganado en invierno trabajando por las noches y los sábados en la tienda de comestibles de Enoch Myer. Henry Rieback tenía once dólares, y los otros dos apenas un par de dólares por cabeza. Lo organizamos todo y guardamos el secreto hasta que terminaron las reuniones de primavera en Kentucky y algunos de nuestros hombres, aquellos a quienes más envidiábamos por su gran afición a las carreras, se hubieron largado. Entonces nos largamos también nosotros.

No les contaré los apuros que pasamos viajando en trenes de mercancías y todo eso. Pasamos por Cleveland, Buffalo y otras ciudades y vimos las cataratas del Niágara. Compramos allí algunos recuerdos, cucharas y postales y conchas con imágenes de las cataratas para nuestras madres y hermanas, pero pensamos que era mejor no enviar nada a casa. No queríamos ponerlos sobre nuestra pista y que nos echaran el guante.

Llegamos como he dicho a Saratoga al caer la noche y fuimos directamente al hipódromo. Bildad nos dio de comer. Luego nos enseñó un sitio con heno donde dormir, en un cobertizo, y prometió que no abriría la boca. Los negros saben hacer estas cosas. Nunca se chivan. Muchas veces te encontrabas a un blanco justo cuando te habías escapado de casa, te parecía buena persona y hasta te daba medio dólar o algo así, y en cuanto volvías la espalda te delataba. Los blancos son capaces de eso, pero los negros no. Se puede confiar en ellos. Y con los chavales son honrados. No sé por qué.

En la reunión de Saratoga de aquel año había muchos hombres de nuestra comarca: Dave Williams, Arthur Mulford, Jerry Myers y varios más. También había muchos de Louisville y de Lexington que Henry Rieback conocía pero yo no. Eran jugadores profesionales, y el padre de Henry también lo es. Se pasa la mayor parte del año yendo de carrera en carrera, y además escribe en revistas del ramo. Los inviernos que para en Beckersville no está allí mucho tiempo, sino que se dedica a jugar a las cartas de ciudad en ciudad. Es un hombre simpático y generoso, siempre le envía regalos a Henry, una bicicleta, un reloj de oro, un equipo completo de boy-scout y cosas así.

Mi padre es abogado. Es un buen padre, pero no gana mucho dinero y no puede comprarme cosas; de todas formas, me estoy haciendo mayor y ya no espero regalos. Él nunca me dijo nada en contra de Henry, pero los padres de Hanley Turner y de Tom Tumberton sí. Les dijeron que el dinero que tenía esa procedencia no era bueno y que no querían que sus hijos se educaran oyendo el vocabulario de los tahúres ni que pensaran en el juego y acabaran aficionándose a él.

A mí me parece bien, e imagino que ellos saben de lo que hablan, pero no veo qué tiene eso que ver con Henry ni con los caballos. Es de eso de lo que trata esta historia.

Estoy perplejo. Voy a ser un hombre y quiero pensar rectamente y ser justo, y en la reunión hípica de Saratoga vi algo que no acabo de entender.

No lo puedo evitar, los pura sangre me vuelven loco. Siempre me ha pasado. Cuando tenía diez años y vi que iba a ser un chico grande y que no podría ser jinete de carreras, casi me dieron ganas de morir. Harry Hellinfinger, cuyo padre es maestro de postas en Beckersville, se ha hecho mayor y es un gandul, pero le gusta pasarse el día en la calle y hacer bromas a los chicos, como mandarlos a la ferretería a por una barrena de mano para hacer agujeros cuadrados y bromas parecidas. Una vez me gastó una a mí. Me dijo que si me comía medio cigarro puro dejaría de crecer y tal vez podría ser jinete. Caí como un bendito. Cuando mi padre no estaba mirando, le birlé un puro del bolsillo y lo engullí como pude. Me sentó como un tiro y tuvieron que avisar al médico, y encima no me sirvió de nada. Seguí creciendo. Era una broma. Cuando le expliqué a mi padre lo que había hecho y por qué, él no me dio un azote, cosa que habría hecho la mayoría de los padres.

No mengüé de estatura ni me morí. Ese Harry Hellinfinger se lo tiene merecido. Entonces decidí que quería ser mozo de cuadra, pero también hube de renunciar a ello. Es cosa que hacen sobre todo los negros, y yo sabía que mi padre no me iba a dejar. Ni se me ocurrió pedírselo.

Si no han estado nunca locos por los pura sangre es porque no habrán estado donde los hay a docenas y entonces no saben de qué estoy hablando. Son muy bellos. No hay nada tan precioso y tan limpio y con tanto arrojo y tan bueno y tan todo como algunos caballos de carreras. En los grandes ranchos que rodean nuestro pueblo de Beckersville hay pistas de carreras, y los caballos corren allí de buena mañana. Pues bien, más de un millar de veces he saltado de la cama antes de que amaneciera y he hecho a pie los cuatro o cinco kilómetros hasta las pistas. Mamá no me deja ir, pero mi padre siempre dice: «Déjale en paz». Cojo un pedazo de pan, unto un poco de mantequilla y mermelada, me lo trago a toda prisa y salgo corriendo.

Una vez en la pista, te sientas en la cerca con los hombres, blancos y negros, que mascan tabaco y charlan hasta que sacan a los potros. Es temprano y la hierba está cubierta de rocío y en un sembrado hay un hombre arando y en un alpende donde duermen los negros están friendo cosas, y hay que ver cómo ríen los negros y cómo te hacen partir de risa con las cosas que dicen. Los blancos no saben y ciertos negros tampoco, pero los negros de las pistas sí.

Entonces sacan a los potros y algunos galopan montados por mozos de cuadra, pero casi cada mañana, en una pista grande propiedad de un hombre rico que quizá vive en Nueva York, hay siempre, casi cada mañana, unos cuantos potros y varios viejos caballos de carreras, castrados y yeguas, todos ellos sueltos.

Se me hace un nudo en la garganta cuando veo correr a un caballo. No me refiero a todos, sino a algunos. Me resulta fácil reconocerlos. Lo llevo en la sangre como lo

llevan en la suya los negros de las pistas y los preparadores. Incluso cuando sólo da unos trotes con un negro pequeño en la grupa, yo sé distinguir un caballo ganador. Si me duele la garganta y me cuesta tragar, entonces lo es. Correrá como Sam Hill en cuanto le des pista. Si no gana todas las veces será de milagro y porque le han hecho un cajón o le han sofrenado o porque salió mal. Si yo quisiera ser jugador como el padre de Henry Rieback, podría hacerme rico. Sé que podría y Henry también lo dice. Sólo tendría que esperar a que me doliera la garganta de esa manera especial y apostar todo el dinero. Es lo que haría si quisiese ser jugador, pero no quiero.

En estas pistas —me refiero a las de entrenamiento que hay alrededor de Beckersville, no a las de carreras— no sueles ver caballos como los que acabo de mencionar, pero también es bonito. Cualquier pura sangre, siempre que haya sido engendrado por una buena yegua y preparado por un hombre que sepa cómo hacerlo, es un buen corredor. Si no lo fuera, estaría tirando de un arado.

Pues bien, salen de las cuadras y los chicos a la grupa y es bonito estar allí. Te quedas encorvado sobre la cerca, recorrido por una comezón interior. Los negros ríen y cantan en los cobertizos. Preparan café y fríen beicon. Todo huele de maravilla. Nada huele mejor que el café y el estiércol y los caballos y los negros y el beicon y el humo de las pipas en una mañana de ésas. Es algo que te atrapa, así de sencillo.

Pero sigamos con Saratoga. Estuvimos allí seis días y nadie de casa se fijó en nosotros y todo salió a pedir de boca, el tiempo, los caballos, las carreras. Nos dispusimos a volver al pueblo y Bildad nos dio un cesto con pollo frito y pan y otras cosas de comer, y yo tenía dieciocho dólares cuando por fin llegamos a Beckersville. Mi madre lloró y me regañó, pero papá no dijo gran cosa. Les expliqué todo lo que habíamos hecho menos una cosa. Algo que vi e hice yo solo. De eso trata lo que escribo. Me inquietó mucho. Pienso en ello por las noches. Es lo siguiente:

En Saratoga pernoctábamos en el cobertizo que Bildad nos había enseñado y comíamos con los negros temprano y de noche, cuando la gente de las carreras se había marchado. Los hombres de Beckersville se quedaban casi todos en la tribuna y en la zona de las apuestas y no iban a los sitios donde guardan los caballos excepto a los paddocks un rato antes de una carrera, cuando ensillan a los caballos. En Saratoga no hay paddocks cubiertos como en Lexington y Churchill Downs y otras pistas de nuestra región, sino que ensillan los caballos al aire libre bajo unos árboles en una explanada de césped tan liso y bonito como el del patio que hay en casa del banquero Bohon aquí en Beckersville. Es digno de verse. Los caballos brillan, sudorosos y expectantes, y los hombres fuman cigarros y los miran, y también están allí los preparadores y los propietarios y el corazón te late con tal fuerza que casi no puedes respirar.

Entonces suena la corneta para la salida y los chicos que montan llegan corriendo con su ropa de seda puesta y hay que darse prisa para coger un sitio junto a la cerca

con los negros.

Yo quiero ser preparador o criador de caballos, y a riesgo de que pudieran verme y mandarme de vuelta a casa fui a los paddocks antes de cada carrera. Los otros chicos no, pero yo sí.

Llegamos a Saratoga un viernes, y el miércoles de la semana siguiente se iba a disputar el gran hándicap de Mullford. Corrían Middlestride y Sunstreak. Hacía buen tiempo y la pista era rápida. Aquella noche no pude pegar ojo.

Lo que pasaba era que estos dos caballos son de los que me provocan ese nudo en la garganta. Middlestride es largo y parece desgarbado y es un castrado. Pertenece a Joe Thompson, un pequeño propietario de Beckersville que sólo tiene media docena de caballos. El hándicap de Mullford tiene un recorrido de una milla y Middlestride no arranca rápido. Siempre sale un poco lento y se queda como por la mitad; entonces empieza a acelerar, y si la carrera fuese de una milla y cuarto los pasaría a todos y llegaría primero.

Sunstreak ya es otra cosa. Es un semental inquieto y pertenece al rancho más grande de cuantos hay en nuestra región, el Van Riddle, cuyo dueño es el señor Van Riddle de Nueva York. Sunstreak es como una chica en la que piensas a veces pero no ves nunca. Es un caballo fuerte y a la vez encantador. Le miras la cabeza y te dan ganas de besarle. Lo prepara Jeny Tillford, que me conoce y ha sido amable conmigo en muchas ocasiones, como cuando me deja entrar en la casilla de uno de sus caballos para verlo de cerca. No hay nada tan bonito como Sunstreak. En el poste de salida permanece reposado y sin soltar prenda, pero por dentro está a punto de reventar. Y luego, cuando se alza la barrera, sale disparado como su nombre, Sunstreak.[3] Hasta duele mirarlo; hace daño de verdad. Sunstreak agacha el cuerpo y corre como un perro de muestra. No creo que haya otro que corra como él, salvo Middlestride cuando por fin arranca y consigue desperezarse.

Yo me moría de ganas por verlos competir en la carrera: pero también lo temía. No quería ver derrotado a ninguno de los dos. Nunca habíamos visto una pareja de caballos como ésos. Lo decían los viejos de Beckersville y lo decían los negros. Era un hecho.

Bajé hasta los paddocks antes de la carrera. Eché un último vistazo a Middlestride, que no parece gran cosa cuando está en el paddock, y luego fui en busca de Sunstreak.

Era su día. Lo supe en cuanto le vi. Me olvidé por completo de que alguien podía percatarse de mi presencia y me acerqué. Todos los hombres de Beckersville estaban allí y nadie me vio excepto Jerry Tillford. Jerry me vio y entonces pasó algo. Os lo voy a contar.

Yo estaba allí de pie contemplando aquel precioso caballo. En cierta manera, aunque no sé explicarlo, supe cómo se sentía Sunstreak por dentro. Estaba sereno y

dejaba que los negros le frotaran las patas y que el propio señor Van Riddle lo ensillara, pero por dentro era un torrente incontenible. Era como el río allá en Niágara, justo antes de precipitarse al abismo. Aquel caballo no estaba pensando en correr. No necesita pensar en eso. Sólo estaba pensando en contenerse hasta el momento de iniciar la carrera. Yo lo sabía. Fue como si pudiera ver en su interior. Sunstreak iba a hacer una carrera espléndida y yo lo sabía. No fanfarroneaba ni soltaba prenda ni gambeteaba ni armaba alboroto; estaba a la espera. Igual que lo sabía yo, lo sabía Jerry Tillford, su preparador. Levanté la vista, y ese hombre y yo nos miramos a los ojos. Entonces ocurrió algo. Supongo que me gustó tanto como me gustaba el caballo porque él sabía lo que yo sabía. Me pareció que no existía en el mundo nada más que ese hombre, el caballo y yo mismo. Lloré. Jerry Tillford tenía un brillo en los ojos. Luego fui hacia la cerca para esperar el inicio de la carrera. Sunstreak era mejor que yo, más firme, y también, ahora lo sé, mejor que Jerry. Era el más tranquilo de todos, y quien tenía que correr era él.

Sunstreak llegó en cabeza, cómo no, y batió el récord mundial de la milla. Lo vi con mis propios ojos. Todo sucedió tal como yo esperaba. Middlestride se demoró en la salida y se quedó rezagado y entró el segundo, como sabía que iba a pasar. Algún día también batirá el récord del mundo. En materia de caballos, no hay quien gane a la región de Beckersville.

Vi la carrera muy tranquilo porque sabía cómo iba a terminar. Estaba seguro. Hanley Turner, Henry Rieback y Tom Tumberton estaban mucho más nerviosos que yo.

Me había ocurrido una cosa curiosa. Estaba pensando en Jerry Tillford, el preparador, y en lo feliz que se le veía durante toda la carrera. Aquella tarde me cayó tan bien que me gustó incluso más que mi padre. Pensando en eso casi me olvidé de los caballos. Era a causa de lo que había visto en su mirada estando allí en el paddock al lado de Sunstreak, antes de que empezara la carrera. Yo sabía que había trabajado con Sunstreak desde que éste era un potrillo, que le había enseñado a correr y a tener paciencia y a saber cuándo tenía que soltarse y a no cejar nunca. Sabía que para él era como una madre que ve hacer algo maravilloso a su hijo. Era la primera vez que sentía algo parecido por un hombre.

Aquella noche, después de la carrera, me separé de Tom y Hanley y Henry. Quería estar a solas, y quería estar cerca de Jerry Tillford si es que podía lograrlo. Esto es lo que pasó.

El hipódromo de Saratoga está cerca de las afueras. Es una pista muy cuidada y rodeada de árboles de hoja perenne, con mucha hierba y todo bien pintado y bonito. Si dejas atrás la pista llegas a una carretera de asfalto para automóviles, y siguiendo un buen trecho la carretera hay un desvío que lleva a una pequeña casa hacienda de extraño aspecto situada en mitad de un patio.

Aquella noche seguí la carretera porque había visto a Jerry y a varios hombres yendo en aquella dirección en un automóvil. No esperaba encontrarlo. Caminé un rato y luego me senté a pensar junto a un vallado. Quería estar muy cerca de Jerry. Al poco rato enfilé el desvío —no sé por qué razón— y llegué a aquella extraña casa. Me sentía solo y quería ver a Jerry, como cuando eres un crío y quieres tener a tu padre al lado por la noche. En ese momento apareció un automóvil. En él iban Jerry, el padre de Henry Rieback, Arthur Bedford, Dave Williams y otros dos hombres que yo no conocía. Se apearon del coche y entraron en la casa, todos salvo el padre de Henry Rieback, que discutió con ellos y dijo que no pensaba entrar. Serían sólo las nueve, pero estaban todos borrachos y la casa extraña era un lugar de mujeres de mala vida. Eso es lo que era. Me acerqué siguiendo una cerca, atisbé por una ventana y miré.

Fue eso lo que me revolvió las tripas. No lo comprendo. Las mujeres que había dentro eran todas feas y malas, indignas de ser miradas o de estar en su compañía. También eran ordinarias, salvo una que era alta y se parecía un poco a Middlestride, pero no limpia como éste sino con una boca horrenda. Era pelirroja. Lo vi todo con claridad. Me encaramé a un rosal viejo y observé. Las mujeres llevaban vestidos diáfanos y estaban sentadas en butacas. Los hombres entraron y algunos se sentaron en el regazo de las mujeres. Olía a podrido, y podrido era también lo que se hablaba allí, la clase de conversación que un chaval oye en las caballerizas de una ciudad como Beckersville en invierno pero que no espera oír donde hay señoras presentes. Era asqueroso. Un negro no entraría en un lugar así.

Miré a Jerry Tillford. Ya he dicho lo que sentía hacia él por su manera de saber lo que Sunstreak estaba pensando momentos antes de ir al poste de salida y ganar la carrera batiendo el récord mundial.

Jerry fanfarroneó en aquella casa de mujeres malas como sé que Sunstreak no habría fanfarroneado nunca. Dijo que él había hecho a ese caballo, que era él quien había ganado la carrera y batido el récord. Jerry mintió como un tonto. Yo jamás había oído tantas tonterías.

Y entonces, ¡a que no saben qué hizo! Miró a la mujer que estaba allí, la que era flaca y mal hablada y se parecía un poco a Middlestride pero no era limpia como él, y sus ojos empezaron a brillar como cuando nos había mirado a mí y a Sunstreak en los paddocks aquella tarde. Me quedé frente a la ventana —¡santo cielo!— pero deseé haberme marchado de Saratoga, haberme quedado con los chicos y los negros y los caballos. La mujer alta estaba entre él y yo, igual que Sunstreak había estado en los paddocks por la tarde.

Y de pronto, empecé a odiar a aquel hombre. Quise gritar y precipitarme en la habitación y matar a Jerry Tillford. Nunca había sentido una cosa igual. Estaba tan rabioso que me eché a llorar y cerré los puños con tal fuerza que me hice sangre en

las manos.

Y los ojos de Jerry seguían brillando, y luego fue y besó a la mujer y yo me alejé de allí y volví a las pistas y me acosté y apenas pegué ojo, y al día siguiente fui a buscar a los otros para volver a casa y no les dije nada de lo que había visto.

Desde entonces no paro de pensar en ello. No lo comprendo. Es primavera otra vez y casi tengo dieciséis años y voy a las pistas cada mañana como he hecho siempre, y veo a Sunstreak y a Middlestride y a un potro nuevo que se llama Strident que con el tiempo los ganará a todos, aunque nadie opina como yo salvo dos o tres negros.

Pero las cosas han cambiado. En las pistas el aire no sabe ni huele tan bien como antes. Y es porque un hombre como Jerry Tillford, que sabe lo que se hace, podía ver a un caballo como Sunstreak y besar a una mujer como aquélla el mismo día. No lo comprendo. Maldito sea, ¿para qué quiso hacer una cosa así? Le doy vueltas al asunto y eso me impide mirar a los caballos y oler las cosas y oír cómo ríen los negros y todo eso. A veces me enojo tanto que quiero pegarme con alguien. Me revuelve las tripas. ¿Por qué hizo eso? Quiero saber por qué.

Traducción de Luis Murillo Fort

El fuego de la hoguera

Acababa de amanecer un día gris y frío, enormemente gris y frío, cuando el hombre abandonó la ruta principal del Yukón y trepó el alto terraplén por donde un sendero apenas visible y escasamente transitado se abría hacia el este entre bosques de gruesos abetos. La ladera era muy pronunciada y el hombre se detuvo a cobrar aliento, exculpándose el descanso con el pretexto de consultar su reloj. Eran las nueve en punto. No se veía el sol ni se vislumbraba siquiera su destello aunque no había en el cielo ni una sola nube. Era un día despejado y, sin embargo, cubría la superficie de las cosas una especie de manto intangible, una melancolía sutil que oscurecía el ambiente y que se debía a la ausencia de sol. El hecho no le preocupó. Estaba acostumbrado a la ausencia de sol. Habían pasado ya muchos días desde que lo viera por última vez y sabía que habían de pasar unos cuantos más antes de que su esfera alentadora, en su camino hacia el sur, asomara fugazmente por el horizonte para ocultarse inmediatamente a la vista.

Echó una mirada atrás, al camino que había recorrido. El Yukón, de kilómetro y medio de anchura, yacía oculto bajo una capa de un metro de hielo sobre la que se había acumulado otro metro de nieve. Era un manto de un blanco inmaculado que formaba suaves ondulaciones donde el hielo se había acumulado. Hacia el norte y hacia el sur, hasta donde alcanzaba su vista, se extendía la blancura ininterrumpida, a excepción de una fina línea oscura que, partiendo de una isla cubierta de abetos, se curvaba y retorcía en dirección al sur y se curvaba y retorcía de nuevo en dirección al norte, donde desaparecía tras otra isla igualmente cubierta de abetos. Esa fina línea oscura era el camino —la ruta principal— que conducía hacia el sur, a lo largo de ochocientos kilómetros, hasta el Paso de Chilcoot, Dyea y el agua salada, y hacia el norte, a lo largo de cien kilómetros hasta Dawson, a lo largo de mil quinientos kilómetros hasta Nulato, y a lo largo de dos mil quinientos kilómetros más, hasta St. Michael, a orillas del Mar de Bering.

Pero todo aquello —la línea fina, misteriosa y prolongada, la ausencia del sol en el cielo, el tremendo frío y lo extraño y sombrío de todo aquello— no le producía al hombre ninguna impresión. No es que estuviera muy acostumbrado a ello. Era un recién llegado a esas tierras, un *chechaquo*, y aquél era su primer invierno. Lo que le pasaba es que carecía de imaginación. Era rápido y agudo para las cosas de la vida, pero sólo para las cosas, y no para calar en el significado de las cosas. Cuarenta y cinco grados bajo cero significaban cuarenta y cinco grados bajo el punto de congelación. El hecho se traducía en un frío incómodo y desagradable, y eso era todo. No le inducía a meditar sobre su fragilidad como criatura afectada por la temperatura,

ni sobre la fragilidad del hombre en general, capaz sólo de vivir dentro de unos límites restringidos de frío y de calor, ni le llevaba tampoco a perderse en conjeturas acerca de la inmortalidad o del lugar que ocupa el ser humano en el universo. Cuarenta y cinco grados bajo cero significaban para él la quemadura del hielo que provocaba dolor y de la que había que protegerse por medio de manoplas, orejeras, mocasines y calcetines gruesos. Cuarenta y cinco grados bajo cero se reducían para él a cuarenta y cinco grados bajo cero. Que pudieran significar algo más era una idea que nunca había hallado cabida en su mente.

Al volverse para continuar su camino escupió meditabundo en el suelo. Un chasquido seco, semejante a un estallido, le sobresaltó. Escupió de nuevo. Y de nuevo chasqueó la saliva en el aire antes de que pudiera llegar al suelo. Él sabía que a cuarenta y cinco grados bajo cero la saliva produce un chasquido sobre la nieve, pero en este caso lo había producido en el aire. Indudablemente la temperatura era aún más baja. Cuánto más baja, lo ignoraba. Pero no importaba. Se dirigía al campamento del ramal izquierdo del Arroyo Henderson, donde le esperaban sus compañeros. Ellos habían llegado allí desde la región del Arroyo Indio, atravesando la línea divisoria, mientras que él iba dando un rodeo para estudiar la posibilidad de extraer madera de las islas del Yukón la próxima primavera. Llegaría al campamento a las seis en punto; para entonces ya habría oscurecido, era cierto, pero los muchachos se hallarían allí, habrían encendido una hoguera y le aguardaría una cena caliente. En cuanto al almuerzo…, apretó la mano contra el bulto que sobresalía bajo la chaqueta. Lo llevaba bajo la camisa, envuelto en un pañuelo, en contacto con la piel desnuda. Aquél era el único modo de evitar que los panecillos se congelaran. Sonrió con placer al recordar aquellos panecillos abiertos, empapados en grasa de cerdo, que encerraban generosas lonchas de tocino frito.

Se introdujo entre los gruesos abetos. El sendero era apenas visible. Habían caído treinta centímetros de nieve desde que pasara el último trineo y se alegró de viajar a pie y ligero de equipaje. De hecho no llevaba más que el almuerzo envuelto en el pañuelo. Le sorprendió, sin embargo, la intensidad del frío. Sí, ciertamente hacía frío, se dijo, mientras se frotaba la nariz y las mejillas insensibles con la mano enfundada en una manopla. Era un hombre velludo, pero el vello de la cara no le protegía de las bajas temperaturas, ni sus altos pómulos, ni su nariz ávida que se hundía agresiva en el aire helado.

Pegado a sus talones trotaba un perro esquimal, el característico perro lobo de color gris que no presentaba ninguna diferencia, ni visible ni de temperamento, con respecto a su hermano, el lobo salvaje. El animal estaba abrumado por el tremendo frío. Sabía que aquél no era día para viajar. Su instinto le decía a él más que el raciocinio al hombre a quien acompañaba. En realidad la temperatura no era de cuarenta y cinco grados bajo cero, ni siquiera de poco menos de cuarenta y cinco

grados; era de menos de cincuenta grados bajo cero, de menos de cincuenta y cinco grados bajo cero. Era de sesenta grados bajo cero. Lo cual significaba sesenta grados bajo el punto de congelación. El perro no sabía nada de termómetros. Posiblemente su cerebro no tenía siquiera una conciencia clara del intenso frío como la tenía el cerebro del hombre. Pero el animal tenía instinto. Experimentaba un temor vago y amenazador que le subyugaba, que le hacía arrastrarse pegado a los talones del hombre, y que le inducía a cuestionarse todo movimiento inusitado de éste como esperando que llegara al campamento o que buscara refugio en algún lugar y encendiera una hoguera. El perro había aprendido lo que era el fuego y lo deseaba; y si no el fuego, al menos hundirse bajo la nieve y acurrucarse a su propio calor lejos del aire.

La humedad helada de su respiración cubría su pelo de una fina escarcha, especialmente allí donde el morro, los bigotes y las pestañas blanqueaban debido al aliento cristalizado. La barba rojiza y los bigotes del hombre estaban igualmente helados, pero de un modo más sólido; en él la escarcha se había convertido en hielo y aumentaba con cada exhalación húmeda y caliente. El hombre mascaba tabaco, y aquella mordaza de hielo mantenía sus labios tan rígidos que cuando escupía el jugo no podía limpiarse la barbilla. El resultado era que una barba de cristal del color y la solidez del ámbar aumentaba la longitud de su mentón. Si el hombre cayera al suelo, esa barba se rompería como el cristal en pequeños fragmentos. Pero a él no parecía importarle aquel apéndice de su persona. Era el castigo que los aficionados a mascar tabaco habían de sufrir en esas regiones, y él no lo ignoraba, pues había salido ya dos veces en días en que el frío era intenso. No tanto como ahora, eso lo sabía, pero el termómetro de Sixty Miles había marcado en esas dos ocasiones cuarenta y cinco y cuarenta y ocho grados bajo cero.

Anduvo varios kilómetros entre los abetos, cruzó una ancha llanura cubierta de matorrales achaparrados y descendió un terraplén hasta llegar al cauce helado de un riachuelo. Aquél era el Arroyo Henderson. Sabía que se hallaba a dieciséis kilómetros de la bifurcación. Miró la hora. Eran las diez. Recorría unos seis kilómetros por hora y calculó que llegaría a ese punto a las doce y media. Y decidió que al llegar celebraría el acontecimiento almorzando allí mismo.

Cuando el hombre reanudó su camino con paso inseguro, siguiendo el cauce del río, el perro se pegó de nuevo a sus talones, mostrando su desilusión con la caída del rabo entre las piernas. La vieja ruta era claramente visible, pero unos treinta centímetros de nieve cubrían las huellas del último trineo. Ni un solo ser humano había recorrido en más de un mes el cauce de aquel arroyo silencioso. El hombre siguió adelante a marcha regular. No era muy dado a la meditación, y en aquel momento no tenía nada en que pensar, excepto que comería en la bifurcación y que a las seis de la tarde estaría en el campamento con los compañeros. No tenía a nadie

con quien hablar, y aunque lo hubiera tenido le habría sido imposible hacerlo debido a la mordaza que le inmovilizaba la boca. Así que siguió monótonamente adelante mascando tabaco y alargando poco a poco su barba de ámbar.

De vez en cuando se reiteraba en su mente la idea de que hacía mucho frío y que nunca había experimentado temperaturas semejantes. Conforme avanzaba en su camino se frotaba los pómulos y la nariz con el dorso de una mano enfundada en una manopla. Lo hacía automáticamente, alternando la derecha con la izquierda. Pero por mucho que se frotara, en el instante en que dejaba de hacerlo, los pómulos se le entumecían y al segundo siguiente la nariz se le quedaba insensible. Estaba seguro de que tenía heladas las mejillas; lo sabía y lamentaba no haberse ingeniado un antifaz como el que llevaba Bud en días de mucho frío y que le protegía casi toda la cara. Pero al fin y al cabo, tampoco era para tanto. ¿Qué importancia tenían unas mejillas entumecidas? Era un poco doloroso, cierto, pero nada verdaderamente serio.

A pesar de que su mente estaba vacía de pensamientos era buen observador y reparó en los cambios que había experimentado el arroyo, en las curvas y los meandros y en las acumulaciones de troncos y ramas provocadas por el deshielo de la primavera, y tenía especial cuidado en mirar dónde ponía los pies. En cierto momento, al doblar una curva se detuvo sobresaltado como un caballo espantado, retrocedió unos pasos y dio un rodeo para evitar el lugar donde había pisado. El arroyo, el hombre lo sabía, estaba helado hasta el fondo —era imposible que corriera el agua en aquel invierno ártico—, pero sabía también que había manantiales que brotaban en las laderas y corrían bajo la nieve y sobre el hielo del río. Sabía que ni el frío más intenso helaba esos manantiales, y no ignoraba el peligro que representaban. Eran auténticas trampas. Ocultaban bajo la nieve charcos de agua de una profundidad que oscilaba entre siete centímetros y un metro. En ocasiones estaban cubiertos por una fina capa de hielo de un centímetro de grosor, oculta a su vez por la nieve. Otras veces alternaban las capas de agua y de hielo, de modo que si uno rompía la primera, continuaba rompiendo las sucesivas mojándose en ocasiones hasta la cintura.

Por eso había retrocedido con pánico. Había notado cómo cedía el suelo bajo sus pies y había oído el crujido de una fina capa de hielo oculta bajo la nieve. Mojarse los pies a aquella temperatura era peligroso. En el mejor de los casos representaría un retraso, pues se vería obligado a detenerse y a hacer una hoguera, al calor de la cual calentarse los pies y secar sus mocasines y sus calcetines. Se detuvo a estudiar el cauce y las orillas del río, y decidió que la corriente de agua venía de la derecha. Reflexionó unos instantes mientras se frotaba las mejillas y la nariz y luego dio un pequeño rodeo por la izquierda, pisando con cautela y asegurándose cuidadosamente de dónde ponía los pies. Una vez pasado el peligro se metió en la boca una nueva porción de tabaco y reemprendió el camino a buen paso.

En el curso de las dos horas siguientes tropezó con varias trampas semejantes.

Generalmente la nieve acumulada sobre los charcos ocultos tenía un aspecto hundido y glaseado que advertía del peligro. En una ocasión, sin embargo, estuvo a punto de sucumbir, pero la sospecha le detuvo a tiempo y trató de obligar al perro a que caminara ante él. El perro no quiso adelantarse. Se resistió hasta que el hombre le empujó, y sólo entonces se adentró apresuradamente en la superficie blanca y lisa. De pronto el suelo se hundió bajo sus patas, el perro se hizo a un lado con dificultad y buscó un terreno más seguro. Se había mojado las patas delanteras, y casi inmediatamente el agua adherida a ellas se había convertido en hielo. Sin perder un segundo se aplicó a lamérselas, y luego se tendió en el suelo y comenzó a arrancar a mordiscos el hielo que se había formado entre los dedos. Así se lo dictaba su instinto. Permitir que el hielo continuara allí acumulado significaba dolor. Él no lo sabía. Simplemente obedecía a un impulso misterioso que surgía de las criptas más profundas de su ser. Pero el hombre sí lo sabía, porque su juicio le había ayudado a comprenderlo, y por eso se quitó la manopla de la mano derecha y ayudó al perro a quitarse las partículas de hielo. Se asombró al darse cuenta de que no había dejado los dedos al descubierto más de un minuto y ya los tenía entumecidos. Ciertamente hacía frío. Se volvió a enfundar la manopla a toda prisa y se golpeó la mano salvajemente contra el pecho.

A las doce, el día había alcanzado la máxima claridad, pero el sol había descendido demasiado hacia el sur en su viaje invernal como para poder aparecer sobre el horizonte. La tierra se interponía entre él y el Arroyo Henderson, donde el hombre caminaba a mediodía bajo un cielo despejado sin proyectar sombra alguna. A las doce y media en punto llegó a la bifurcación. Estaba contento de la marcha que llevaba. Si seguía así, a las seis estaría con sus compañeros. Se desabrochó la chaqueta y la camisa y sacó el almuerzo. La acción no le llevó más de quince segundos y, sin embargo, notó que la sensibilidad huía de sus dedos. No volvió a ponerse la manopla sino que se limitó a sacudirse los dedos contra el muslo una docena de veces. Luego se sentó sobre un tronco cubierto de nieve a comerse su almuerzo. El dolor que le había provocado sacudirse los dedos contra las piernas se desvaneció tan pronto que le sorprendió. No había llegado siquiera a morder el primer panecillo. Volvió a sacudir los dedos repetidamente y los enfundó en la manopla, descubriendo la otra mano para comer. Trató de morder un bocado, pero la mordaza de hielo le impidió abrir la boca. Se había olvidado de hacer una hoguera para derretirla. Se rió de su descuido, y mientras se reía notó que los dedos expuestos se le habían quedado entumecidos. Sintió también que las punzadas que había notado en los pies al sentarse se hacían cada vez más tenues. Se preguntó si sería porque los pies se habían calentado o porque habían perdido sensibilidad. Movió los dedos de los pies dentro de los mocasines y comprobó que los tenía entumecidos.

Se puso la manopla apresuradamente y se levantó. Estaba un poco asustado. Dio

una serie de patadas contra el suelo hasta que volvió a sentir las punzadas de nuevo. Ciertamente hacía frío, pensó. Aquel hombre del Arroyo del Azufre había tenido razón al decir que en aquella región el frío podía ser estremecedor. ¡Y pensar que cuando se lo dijo él se había reído! No había que darle más vueltas, hacía un frío de mil demonios. Paseó de arriba abajo dando fuertes patadas en el suelo y frotándose los brazos con las manos, hasta que al volver a calentarse se tranquilizó. Sacó entonces las cerillas y comenzó a preparar una hoguera. En el nivel más bajo de un arbusto cercano encontró un depósito de ramas acumuladas por el deshielo la primavera anterior. Añadiendo ramas poco a poco a las primeras llamas logró hacer pronto una formidable hoguera al calor de la cual derritió su mordaza de hielo y a cuyo abrigo pudo comerse los panecillos. De momento había logrado vencer al frío del exterior. El perro se solazó al fuego y se tendió sobre la nieve a la distancia precisa para poder calentarse sin peligro de chamuscarse.

Cuando el hombre terminó de comer llenó su pipa y la fumó sin apresurarse. Luego se puso las manoplas, se ajustó firmemente las orejeras y comenzó a caminar siguiendo el ramal izquierdo del arroyo. El perro, desilusionado, se resistía a abandonar el fuego. Aquel hombre no sabía lo que era el frío. Probablemente sus antepasados habían ignorado lo que era el frío, el auténtico frío, el que llega a los setenta y siete grados bajo cero. Pero el perro sí lo sabía; sus antepasados lo sabían y él había heredado ese conocimiento. Sabía que no era bueno ni sensato echarse al camino con aquel frío salvaje. Con ese tiempo lo mejor era acurrucarse en un agujero en la nieve y esperar a que una cortina de nubes ocultara el rostro del espacio exterior de donde procedía el frío. Pero, por otra parte, entre el hombre y el perro no había una auténtica compenetración. El uno era esclavo del otro, y las únicas caricias que había recibido eran las del látigo y los sonidos guturales sordos y amenazadores que las precedían. Por eso el perro no hizo el menor esfuerzo por comunicar al hombre su temor. Su suerte no le preocupaba; si deseaba volver junto a la hoguera era exclusivamente por sí mismo. Pero el hombre silbó y le habló con el sonido del látigo, y el perro dio la vuelta tras sus talones y le siguió.

El hombre se metió en la boca una nueva porción de tabaco y dio comienzo a otra barba de ámbar. Pronto su aliento húmedo le cubrió de un polvo blanco el bigote, las cejas y las pestañas. No había muchos manantiales en el ramal izquierdo del Henderson, y durante media hora no vio señales de ninguno. Pero de pronto sucedió. En un lugar donde nada advertía del peligro, donde la blanda blancura ininterrumpida de la nieve parecía ocultar una superficie sólida, el hombre se hundió. No fue mucho, pero antes de lograr ponerse en pie en terreno firme se había mojado hasta la rodilla.

Se enfureció y maldijo en voz alta su suerte. Quería llegar al campamento a las seis en punto y aquel percance representaba una hora de retraso. Ahora tendría que encender una hoguera y esperar a que se le secaran los calcetines y los mocasines.

Con aquel frío no podía hacer otra cosa, eso sí lo sabía. Se volvió hacia el terraplén que formaba la ribera del riachuelo y subió a lo alto. Allá arriba, entre las ramas más bajas y en torno a los troncos de varios abetos pequeños encontró un depósito de leña seca formado por ramas principalmente, pero también por algunas ramillas de menor tamaño y de briznas de hierba del año anterior. Arrojó sobre la nieve las ramas más grandes. Éstas servirían de base para la hoguera e impedirían que se derritiera la nieve y se hundiera en ella la llama que logró obtener arrimando una cerilla a un trozo de corteza de abedul que sacó de su bolsillo. La corteza de abedul ardía con más facilidad que el papel. Tras colocar la corteza sobre la base de troncos, comenzó a alimentar la llama con briznas de hierba seca y con las ramas de menor tamaño.

Trabajó lentamente y con cautela, sabedor del peligro que corría. Poco a poco, conforme la llama se fortalecía fue aumentando el tamaño de las ramas con que la alimentaba. Estaba en cuclillas sobre la nieve y sacaba ramitas de entre la broza para aplicarlas directamente al fuego. Sabía que no podía permitirse fallar. A sesenta grados bajo cero y con los pies mojados, un hombre no puede fracasar en el primer intento de hacer una hoguera. Con los pies secos, si falla, siempre puede correr cerca de un kilómetro para restablecer la circulación de la sangre. Pero a sesenta grados bajo cero es totalmente imposible hacer circular la sangre por unos pies helados y empapados. Cuanto más se corre, más se hielan los pies mojados.

Todo esto el hombre lo sabía. El veterano del Arroyo del Azufre se lo había dicho el otoño anterior, y ahora le agradecía la advertencia. Ya no sentía los pies. Para hacer la hoguera había tenido que quitarse las manoplas, y los dedos se le habían entumecido también. Al andar a razón de seis kilómetros por hora había mantenido bien regadas de sangre la superficie de su cuerpo y las extremidades, pero en el instante en que se había detenido, su corazón había aminorado la marcha. El frío castigaba sin piedad aquel extremo inerme de la tierra, y el hombre, por hallarse en aquel lugar, era víctima del castigo en todo su rigor. La sangre de su cuerpo retrocedía ante aquella temperatura extrema. La sangre estaba viva como el perro, y como el perro quería ocultarse y ponerse al abrigo de aquel frío implacable. Mientras el hombre había andado a seis kilómetros por hora, había obligado a la sangre a circular, de grado o por fuerza, hasta la superficie, pero ahora ésta se retraía y se hundía en los recovecos más profundos de su cuerpo. Las extremidades fueron las primeras que notaron su ausencia. Los pies mojados se helaron primero, mientras que los dedos expuestos a la intemperie perdieron sensibilidad, aunque todavía no habían empezado a congelarse. La nariz y las mejillas estaban entumecidas, y la piel del cuerpo se enfriaba conforme la sangre se retiraba.

Pero estaba a salvo. El hielo sólo le afectaría a los dedos de los pies, a la nariz y a las mejillas porque el fuego comenzaba ya a cobrar fuerza. Lo alimentaba ahora con ramas del grueso de un dedo. Un minuto más y podría arrojar a él troncos del grosor

de su muñeca. Entonces podría quitarse los mocasines y los calcetines y mientras se secaban acercaría a las llamas los pies desnudos, no sin antes frotarlos, naturalmente, con nieve. La hoguera era un completo éxito. Estaba salvado. Recordó el consejo del veterano del Arroyo del Azufre y sonrió. El anciano había enunciado con toda seriedad la ley según la cual por debajo de cuarenta y cinco grados bajo cero ningún hombre debe viajar solo por la región del Klondike. Pues bien, allí estaba él, había sufrido el temido accidente, iba solo, y, sin embargo, se había salvado. Aquellos veteranos, pensó, eran como mujeres, al menos algunos de ellos. Mientras no se perdiera la cabeza no había nada que temer. Un hombre de verdad podía viajar solo. Aun así era asombrosa la velocidad a la que se le helaban la nariz y las mejillas. Y nunca había sospechado que los dedos pudieran quedar sin vida en tan poco tiempo. Y sin vida se hallaban los suyos porque apenas podía unirlos para coger una rama y los sentía lejos, muy lejos de él y de su cuerpo. Cuando tocaba una rama tenía que asegurarse con la mirada de que la había cogido. Entre él y las puntas de sus dedos no había apenas conexión.

Pero todo aquello no importaba gran cosa. Allí estaba la hoguera crepitando y chisporroteando y prometiendo vida con cada llama retozona. Trató de quitarse los mocasines. Estaban cubiertos de hielo. Los gruesos calcetines alemanes se habían convertido en láminas de hierro que le llegaban hasta media pantorrilla. Los cordones de los mocasines eran cables de acero anudados y enredados en extraña pugna. Durante unos momentos trató de deshacer los nudos con los dedos; luego, dándose cuenta de la inutilidad del esfuerzo, sacó su cuchillo.

Pero antes de que pudiera cortar los cordones ocurrió la tragedia. Fue culpa suya, o mejor dicho, consecuencia de un error suyo. No debió hacer la hoguera bajo las ramas del abeto. Debió hacerla en un claro. Pero le había resultado más sencillo recoger el material de entre las ramas y arrojarlo directamente al fuego. Las ramas del árbol bajo el que se hallaba estaban cubiertas de nieve. El viento no había soplado en varias semanas y las ramas estaban totalmente cargadas. Cada vez que había cogido una rama, había comunicado al árbol una leve agitación, imperceptible a su entender, pero suficiente como para provocar el desastre. En lo más alto del árbol una rama volcó su carga de nieve. Ésta cayó sobre las ramas inferiores y el proceso continuó hasta afectar a todo el árbol. La nieve creció como en una avalancha y cayó sin previo aviso sobre el hombre y sobre la hoguera. ¡El fuego se apagó! Donde momentos antes había ardido, no quedaba más que un desordenado montón de nieve fresca.

El hombre quedó estupefacto. Fue como si hubiera oído su sentencia de muerte. Durante unos instantes se quedó sentado mirando hacia el lugar donde segundos antes ardiera un fuego. Después se tranquilizó. Quizá el veterano del Arroyo del Azufre había tenido razón. Si tuviera un compañero de viaje, ahora no correría peligro. Su compañero podía haber encendido el fuego. Pero de este modo sólo él podía encender

otra hoguera y esta segunda vez sí que no podía fracasar. Aun si lo lograba, lo más seguro es que perdiera parte de los dedos de los pies. Ya debía de tenerlos congelados y aún tardaría en encender otro fuego.

Éstos fueron sus pensamientos, pero no se sentó a meditar sobre ellos. Mientras pasaban por su mente no dejó de afanarse en su tarea. Hizo una nueva base para la hoguera, esta vez en campo abierto, donde ningún árbol traidor pudiera sofocarla. Luego reunió un haz de ramillas y hierbas secas acumuladas por el deshielo. No podía cogerlas con los dedos, pero sí podía levantarlas con ambas manos, en montón. De esta forma cogía muchas ramas podridas y un musgo verde que podría perjudicar al fuego, pero no podía hacerlo mejor. Trabajó metódicamente; incluso reunió un montón de ramas más gruesas para utilizarlas como combustible una vez que el fuego hubiera cobrado fuerza. Y mientras trabajaba, el perro le miraba con cierta ansiedad reflejándose en sus ojos, porque le consideraba el encargado de proporcionarle fuego y el fuego tardaba en llegar.

Cuando todo estuvo listo, el hombre buscó en su bolsillo un segundo trozo de corteza de abedul. Sabía que estaba allí, y aunque no podía sentirlo con los dedos lo oía crujir mientras revolvía en sus bolsillos. Por mucho que lo intentó no pudo hacerse con él. Y, mientras tanto, no se apartaba de su mente la idea de que con cada segundo que pasaba los pies se le helaban más y más. Comenzó a invadirle el pánico, pero supo luchar contra él y conservar la calma. Se puso las manoplas con los dientes y blandió los brazos en el aire para sacudir después con fuerza las manos contra los costados. Lo hizo primero sentado y luego de pie, mientras el perro le contemplaba sentado sobre la nieve con su cola de lobo enroscada en torno a las patas para calentarlas y las agudas orejas lupinas proyectadas hacia el frente. Y el hombre, mientras sacudía y agitaba en el aire los brazos y las manos, sintió una enorme envidia por aquella criatura, caliente y segura bajo su cobertura natural.

Al poco tiempo sintió la primera señal de un asomo de sensación en sus dedos helados. El suave cosquilleo inicial se fue haciendo cada vez más fuerte hasta convertirse en un dolor agudo, insoportable, pero que él recibió con indecible satisfacción. Se quitó la manopla de la mano derecha y se dispuso a buscar la astilla. Los dedos expuestos comenzaban de nuevo a perder sensibilidad. Luego sacó un manojo de cerillas de sulfuro. Pero el tremendo frío había entumecido ya totalmente sus dedos. Mientras se esforzaba por separar una cerilla de las otras, el paquete entero cayó al suelo. Trató de recogerlo, pero no pudo. Los dedos muertos no podían ni tocar ni coger. Ejecutaba cada acción con una inmensa cautela. Dejó de pensar en sus pies, su nariz y sus mejillas heladas y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de recoger del suelo las cerillas. Decidió utilizar la vista en lugar del tacto, y en el momento en que vio dos de sus dedos debidamente colocados uno a cada lado del paquete, los cerró, o mejor dicho quiso cerrarlos, pero la comunicación estaba ya totalmente cortada y los

dedos no le obedecieron. Se puso la manopla derecha y se sacudió la mano salvajemente contra la rodilla. Luego, utilizando ambas manos, recogió el paquete de cerillas entre un puñado de nieve y se lo colocó en el regazo. Pero con eso no había conseguido nada. Tras una larga manipulación logró aprisionar el paquete entre las dos manos enguantadas. De esta manera lo levantó hasta su boca. El hielo que sellaba sus labios crujió cuando con un enorme esfuerzo consiguió separarlos. Contrajo la mandíbula, elevó el labio superior y trató de separar una cerilla con los dientes. Al fin lo logró, y la dejó caer sobre las rodillas. Seguía sin conseguir nada. No podía recogerla. Al fin se le ocurrió una idea. La levantó entre los dientes y la frotó contra el muslo. Veinte veces repitió la operación hasta que logró encenderla. Sosteniéndola entre los dientes la acercó a la corteza de abedul, pero el vapor de azufre le llegó a los pulmones, causándole una tos espasmódica. La cerilla cayó sobre la nieve y se apagó.

El veterano del Arroyo del Azufre tenía razón, pensó el hombre en el momento de resignada desesperación que siguió al incidente. A menos de cuarenta y cinco grados bajo cero se debe viajar siempre con un compañero. Dio unas cuantas palmadas, pero no despertó en las manos la menor sensación. De pronto se quitó las manoplas con los dientes y cogió el paquete entero de fósforos con la base de las manos. Como aún no tenía helados los músculos de los brazos pudo ejercer presión sobre el paquete. Luego frotó los fósforos contra la pierna. De pronto estalló la llama. ¡Setenta fósforos de azufre ardiendo al mismo tiempo! No soplaba ni la brisa más ligera que pudiera apagarlos. Ladeó la cabeza para escapar a los vapores y aplicó la llama a la corteza de abedul. Mientras lo hacía notó una extraña sensación en la mano. Su carne se quemaba. A su olfato llegó el olor y allá dentro, bajo la superficie, lo sintió. La sensación se fue intensificando hasta convertirse en un dolor agudo. Y aun así lo soportó manteniendo torpemente la llama contra la corteza que no se encendía porque sus manos ardientes se interponían, absorbiendo la mayor parte del fuego.

Al fin, cuando no pudo aguantar más, abrió las manos de golpe. Los fósforos cayeron chisporroteando sobre la nieve, pero la corteza de abedul estaba encendida. Comenzó a acumular sobre la llama briznas de hierba secas y las ramas más pequeñas. No podía seleccionar, porque la única forma de transportar el combustible era utilizando la base de las manos. A las ramas iban adheridos fragmentos de madera podrida y de un musgo verde que arrancaba como podía con los dientes. Cuidó la llama con mimo y con torpeza. Esa llama significaba la vida y no podía perecer. La sangre se retiraba de la superficie de su cuerpo, y el hombre comenzó a tiritar y moverse torpemente. Un montón de musgo verde cayó sobre la pequeña hoguera. Trató de apartarlo, pero el temblor de los dedos desbarató el núcleo del fuego. Las ramillas y las hierbas se disgregaron. Quiso reunirías de nuevo, pero a pesar del enorme esfuerzo que hizo por conseguirlo, el temblor de sus manos se impuso y las ramas se dispersaron sin remedio. Cada una de ellas elevó en el aire una pequeña

columna de humo y se apagó. El hombre, el encargado de proporcionar el fuego, había fracasado. Mientras miraba apáticamente a su alrededor, su mirada cayó sobre el perro, que, sentado frente a él, al otro lado de los restos de la hoguera, se movía con impaciencia, levantando primero una pata, luego la otra, y pasando ansiosamente de una a otra el peso de su cuerpo.

Al ver al animal se le ocurrió una idea descabellada. Recordó haber oído la historia de un hombre que, sorprendido por una tormenta de nieve, había matado a un novillo, lo había abierto en canal y había logrado sobrevivir introduciéndose en su cuerpo. Mataría al perro e introduciría sus manos en el cuerpo caliente hasta que la insensibilidad desapareciera. Después encendería otra hoguera. Llamó al perro, pero el tono atemorizado de su voz asustó al animal, que nunca le había oído hablar de forma semejante. Algo extraño ocurría, y su naturaleza desconfiada olfateaba el peligro. No sabía de qué se trataba, pero de algún modo, en algún lugar de su cerebro, se despertó el temor al hombre. Al oír su voz, agachó las orejas y redobló sus inquietos movimientos, pero no acudió a la llamada. El hombre se arrastró a cuatro patas hasta él. Su postura inusitada despertó de nuevo sospechas en el perro, que se hizo a un lado atemorizado.

El hombre se sentó en la nieve unos momentos y luchó por conservar la calma. Luego se puso las manoplas con los dientes y se levantó. Tuvo que mirar al suelo primero para asegurarse de que se había levantado, porque la ausencia de sensibilidad en los pies le había hecho perder el contacto con la tierra. Al verle en posición erecta el perro comenzó a dejar de sospechar y cuando el hombre le habló de nuevo en tono autoritario con el sonido del látigo en la voz, volvió a su servilismo acostumbrado y le obedeció. En el momento en que llegaba a su lado el hombre perdió el control. Extendió los brazos hacia él y comprobó con auténtica sorpresa que las manos no se cerraban, que no podía doblar los dedos ni notaba la menor sensación. Había olvidado que estaban ya helados y que el proceso se agravaba por momentos. Aun así, todo sucedió con tal rapidez que antes de que el perro pudiera escapar había aferrado su cuerpo entre los brazos. Se sentó en la nieve y lo mantuvo apretado contra él, mientras el perro se debatía por desasirse.

Aquello era lo único que podía hacer. Apretarlo contra sí y esperar. Se dio cuenta de que no podía matarlo. Le era imposible. Con las manos heladas no podía sacar ni empuñar el cuchillo, ni tampoco asfixiar al animal. Al fin lo soltó y el perro escapó con el rabo entre las piernas, sin dejar de gruñir. Se detuvo a unos trece metros de distancia y desde allí estudió al hombre con curiosidad, con las orejas enhiestas proyectadas hacia el frente.

El hombre se buscó las manos con la mirada y las halló colgando de los extremos de sus brazos. Le pareció extraño tener que utilizar la vista para encontrarlas. Blandió los brazos en el aire golpeándose las manos enguantadas contra los costados. Los

agitó violentamente durante cinco minutos y de este modo logró que el corazón lanzara a la superficie de su cuerpo la sangre suficiente para que él dejara de tiritar. Pero seguía sin sentir las manos. Tenía la impresión de que le colgaban como peso muerto al final de los brazos, pero cuando quería localizar esa impresión, no la encontraba.

Cierto miedo a la muerte, sordo y opresivo, le invadió. El temor se agudizó cuando cayó en la cuenta de que ya no se trataba de perder unos cuantos dedos de las manos y los pies, o de perder las manos y los pies, sino que ahora se trataba de un asunto de vida o muerte en el que llevaba todas las de perder. La idea le produjo pánico; se volvió y echó a correr sobre el cauce helado del arroyo siguiendo la vieja ruta ya casi invisible. El perro trotaba a su lado, a la misma velocidad. Corrió ciegamente sin propósito ni fin, con un miedo que no había sentido anteriormente en su vida. Mientras corría desalado entre la nieve comenzó a ver las cosas de nuevo: las riberas del arroyo, los depósitos de ramas, los álamos desnudos, el cielo. Correr le hizo sentirse mejor. Ya no tiritaba. Era posible que si seguía corriendo los pies se le descongelaran. Incluso si corría lo suficiente, quizá pudiera llegar hasta el campamento. Indudablemente, perdería varios dedos de las manos y los pies y parte de la cara, pero sus compañeros se encargarían de cuidarle y salvarían el resto. Pero al mismo tiempo otro pensamiento le decía que nunca llegaría al campamento, que se hallaba demasiado lejos, que el hielo se había adueñado de él y pronto sería un cuerpo rígido y muerto. Confinó esa idea a los lugares más recónditos de su mente, desde donde siguió pugnando por hacerse oír mientras el hombre se esforzaba por pensar en otra cosa.

Le extrañó poder correr con los pies tan helados que ni los sentía cuando los ponía en el suelo y cargaba sobre ellos el peso de su cuerpo. Le parecía deslizarse sobre la superficie sin tocar siquiera la tierra. En alguna parte había visto un Mercurio alado, y en aquel momento se preguntó si Mercurio sentiría lo mismo que él al volar sobre la tierra.

Su teoría acerca de correr hasta llegar al campamento tenía un solo fallo: su cuerpo carecía de la resistencia necesaria. Varias veces tropezó y se tambaleó, y al fin cayó al suelo. Cuando trató de incorporarse, no pudo hacerlo. Decidió sentarse y descansar; cuando lograra poder levantarse andaría en vez de correr, y de este modo llegaría a su destino. Mientras esperaba a recuperar el aliento notó que le invadía una sensación de calor y bienestar. Ya no tiritaba, y hasta le pareció sentir en el pecho una especie de calorcillo agradable. Y, sin embargo, cuando se tocaba la nariz y las mejillas no experimentaba ninguna sensación. A pesar de haber corrido del modo en que lo había hecho, no había logrado que se deshelaran, como tampoco las manos ni los pies. De pronto se le ocurrió que el hielo debía de ir ganando terreno en su cuerpo. Trató de pensar en otra cosa, de olvidarse de ello. La idea despertaba en él una

sensación de pánico y tenía miedo al pánico. Pero el pensamiento iba afianzándose y persistiendo hasta que creó la visión de su propio cuerpo totalmente helado. No pudo soportarlo y empezó a correr otra vez salvajemente. En cierto momento dejó de correr y comenzó a caminar, pero la idea de que el hielo seguía apoderándose de él le impulsó a correr de nuevo.

Y siempre que corría, el perro le seguía, pegado a sus talones. Cuando cayó por segunda vez, el animal se detuvo, enroscó el rabo sobre las patas delanteras y se sentó mirándole con una extraña fijeza. El calor y la seguridad de que disfrutaba enojaron al hombre de tal modo que le insultó hasta que el animal agachó las orejas con gesto contemporizador. Esta vez el temblor invadió al hombre con mayor rapidez. Perdía la batalla contra el hielo, que atacaba por todos los flancos a la vez. Esta idea le hizo correr de nuevo, pero no pudo sostenerse en pie más de treinta metros. Tropezó y cayó de bruces sobre la nieve. Aquélla fue la última vez que sintió pánico. Cuando recuperó el aliento y se dominó comenzó a pensar en recibir a la muerte con dignidad. La idea, sin embargo, no se le presentó de entrada en estos términos. Pensó primero que había sido ridículo correr como corre una gallina con la cabeza cortada —aquél fue el símil que primero se le ocurrió. Si tenía que morir de frío, al menos lo haría con cierta decencia. Y con esa paz recién estrenada llegaron los primeros síntomas de sopor. Qué buena idea, pensó, morir durante el sueño. Como anestesiado. Morir congelado no era tan terrible como la gente creía. Había peores formas de perder la vida.

Se imaginó el momento en que los compañeros le encontrarían al día siguiente. De pronto se vio avanzando junto a ellos en busca de su propio cuerpo. Surgía con sus compañeros de una revuelta del camino y hallaba su cadáver sobre la nieve. Ya no era parte de sí mismo porque había escapado de su cuerpo y, junto con ellos, se miraba muerto sobre el hielo. Sí, ciertamente hacía frío, pensó. Cuando volviera a los Estados Unidos les contaría a todos lo que era aquello. Recordó luego al anciano del Arroyo del Azufre. Le veía claramente con los ojos de la imaginación, cómodo, abrigado, mientras fumaba su pipa.

«Tenías razón, viejo zorro, tenías razón», dijo entre dientes el hombre al veterano del Arroyo del Azufre. Y después se hundió en lo que le pareció el sueño más tranquilo y placentero que había disfrutado jamás.

Sentado frente a él esperaba el perro. El breve día llegó a su fin con un crepúsculo lento y prolongado. Nada indicaba que se preparara una hoguera y nunca había visto el perro sentarse un hombre así sobre la nieve sin aplicarse antes a la tarea de encender un fuego. Conforme el crepúsculo se fue apagando, fue dominándole el ansia de la hoguera, y mientras alzaba y movía las patas delanteras, comenzó a gañir suavemente, al tiempo que agachaba las orejas en espera del castigo del hombre. Pero el hombre permaneció en silencio. Más tarde el perro se quejó más fuerte, y más tarde

aún se acercó al hombre, hasta que olfateó la muerte. Se irguió de un salto y retrocedió. Así permaneció, aullando bajo las estrellas que brincaban, bailaban y brillaban en el cielo gélido. Luego se volvió y avanzó por el camino a un trote ligero, hacia el campamento en el que otros hombres proporcionaban alimento y fuego.

Traducción de Carmen Criado

El uso de la fuerza

Eran unos pacientes nuevos, todo lo que sabía era el nombre, Olson. Por favor, venga lo más rápido que pueda, mi hija está muy grave.

Cuando llegué salió a recibirme la madre, una mujer enorme de aspecto asustado y muy limpio, que se disculpó y dijo simplemente: ¿Es usted el médico?, y me hizo entrar. Una vez en el fondo añadió: Debe disculparnos, doctor, la tenemos en la cocina donde está más caliente. A veces aquí hay mucha humedad.

La niña estaba completamente vestida y sentada en las rodillas de su padre cerca de la mesa de la cocina. El hombre intentó levantarse, pero le hice el gesto de que no se molestara, me quité el abrigo y me puse a echar un vistazo. Notaba que todos estaban muy nerviosos y que me miraban de arriba abajo con recelo. Como suele pasar en esos casos, no me decían más de lo necesario, me tocaba a mí informarles; para eso iban a pagarme tres dólares.

La niña casi me comía realmente con sus ojos fríos, fijos, y sin ninguna expresión en la cara. No se movió y parecía, interiormente, tranquila; una criatura extraordinariamente atractiva, y en apariencia tan fuerte como una novilla. Pero tenía la cara encendida, respiraba agitadamente, y me di cuenta de que tenía mucha fiebre. Tenía un magnífico y abundante pelo rubio. Una de esas niñas de foto reproducidas a menudo en los prospectos de anuncios y en los suplementos dominicales en fotograbado de los periódicos.

Lleva tres días con fiebre, empezó el padre, y no sabemos de dónde procede. Mi mujer le ha dado cosas, ya me entiende, como hace la gente, pero no sirvieron de nada. Y ha habido muchas epidemias por aquí. Conque será mejor que la reconozca y nos diga qué tiene.

Como suelen hacer los médicos empecé a disparar preguntas para empezar. ¿Ha tenido dolor de garganta?

Ambos padres contestaron al unísono: No… No, ella dice que la garganta no le duele.

No te duele la garganta, ¿verdad?, preguntó la madre a la niña. Pero la expresión de la pequeña no cambió ni apartó sus ojos de mi cara.

¿Ha mirado usted?

Lo he intentado, dijo la madre, pero no consigo ver nada.

Como le decía, ha habido unos cuantos casos de difteria en el colegio al que iba la niña durante aquel mes, y todos, al menos aparentemente, pensábamos en eso, aunque ninguno había hablado todavía de la cuestión.

Bien, dije yo, supongo que le echaré una ojeada a la garganta antes de nada.

Sonreí del modo más profesional y después de preguntar cómo se llamaba la niña, dije: Mathilda, abre la boca y déjame verte la garganta.

Nada que hacer.

Venga, vamos, insistí pacientemente, sólo tienes que abrir mucho la boca y dejarme echar una ojeada. Mira, dije, abriendo las dos manos, no tengo nada en las manos. Ábrela y déjame ver.

Es un hombre muy bueno, intervino la madre. Fíjate en lo amable que es contigo. Vamos, haz lo que te dice. No te va a hacer daño.

Al oírlo me rechinaron los dientes molesto. Si al menos no hubieran utilizado la palabra «daño» quizá habría podido conseguir algo. Pero no me permití andar con prisas o sentirme molesto, así que hablaba tranquilamente y lentamente me acerqué de nuevo a la niña.

Cuando acercaba la silla, de repente con un movimiento felino las dos manos de la niña salieron disparadas a clavarse instintivamente en mis ojos y casi los alcanzan. De hecho mandó mis gafas por el aire, que cayeron sin romperse, como un metro más allá, en el suelo de la cocina.

La madre y el padre casi se deshicieron pidiendo disculpas avergonzados. Eres una niña muy mala, dijo la madre, agarrándola por un brazo y dándole unos meneos. Mira lo que has hecho. Un hombre tan bueno…

Por el amor de Dios, interrumpí yo. No le diga que soy un hombre bueno. He venido a verle la garganta por si acaso tiene difteria y pudiera morir de ella. Pero eso a ella no le importa. Escucha, le dije a la niña, vamos a mirarte la garganta. Eres lo bastante mayor para entender lo que te digo. ¿Vas a abrir la boca ahora mismo o te la tendremos que abrir?

Ni un movimiento. Ni siquiera varió su expresión. Su respiración, sin embargo, se hizo más rápida. Entonces empezó la batalla. Yo tenía que hacerlo. Necesitaba hacer un cultivo de su garganta por su propio bien. Pero antes les dije a los padres que era una cuestión suya por completo. Expliqué el peligro, pero que no insistiría en reconocer la garganta mientras ellos no se responsabilizaran.

Si no haces lo que dice el médico tendrás que ir al hospital, le reconvino seriamente su madre.

¿Ah, sí? Tuve que sonreír para mí mismo. Después de todo, ya me había enamorado de aquella fierecilla, sus padres me resultaban despreciables. En la lucha que siguió cada vez se volvieron más abyectos, desagradables, mientras la niña alcanzaba las más elevadas alturas de una loca furia nacida del terror que yo le producía.

El padre hizo todo lo que pudo, y era un hombre grande, pero el hecho de que fuera su hija, su vergüenza ante su comportamiento y su temor a hacerle daño, hizo que la soltara justo en el momento crítico varias veces cuando yo casi conseguía mi

propósito, hasta que me entraron ganas de matarle. Pero su miedo a que pudiera tener difteria le hizo decir que siguiera, que siguiera aunque él mismo vacilaba, mientras la madre se acercaba y se alejaba de nosotros alzando y bajando las manos en una agonía aprensiva.

Colóquela delante de usted, en el regazo, ordené, y agárrela por las muñecas.

Pero en cuanto lo hizo, la niña soltó un grito. Me estás haciendo daño. Suéltame las manos. Suéltalas, te digo. Luego chilló histéricamente aterrada. ¡Para! ¡Para! ¡Me vas a matar!

No creo que la niña lo pueda resistir, doctor, dijo la madre.

La soltaste tú, le dijo el marido a la mujer. ¿Quieres que la niña muera de difteria?

Acérquese usted y agárrela, dije yo.

Luego sujeté la cabeza de la niña con la mano izquierda y traté de meterle el depresor de madera entre los dientes. Ella se resistió, con los dientes apretados, desesperadamente. Pero ahora yo me había puesto furioso… por culpa de una niña. Traté de contenerme pero no puede. Sabía cómo abrir una boca para reconocer una garganta. E hice todo lo que pude. Cuando por fin metí la espátula de madera entre los dientes y casi alcanzaba la cavidad de la boca, la niña la abrió un instante pero antes de que yo pudiera ver nada, la volvió a cerrar y agarró la espátula de madera entre los molares reduciéndola a astillas antes de que yo pudiera sacarla.

¿No te da vergüenza?, le gritó su madre. ¿No te da vergüenza comportarte así delante del médico?

Déme una cucharilla de mango liso cualquiera, le dije a la madre. Vamos a terminar con esto.

La boca de la niña ya estaba sangrando. Tenía un corte en la lengua y soltaba chillidos histéricos. A lo mejor yo debería haber desistido y regresado dentro de una hora más o menos. Sin duda habría sido mejor. Pero había visto al menos dos niños morir en la cama por falta de atención en casos así, y considerando que debía hacer un diagnóstico ahora o nunca volví a la carga. Pero lo peor de todo era que yo también había perdido la razón. Podría haber hecho pedazos a la niña y disfrutar haciéndolo. Era un placer atacarla. Me ardía la cara.

Hay que proteger a la fierecilla de su propia estupidez, se dice uno a sí mismo en esos casos. Otros deben protegerse contra ella. Es una necesidad social. Y todas esas cosas son verdad. Pero una furia ciega, una sensación de vergüenza de adulto, alimentada por un deseo de relajación muscular son eficaces. Uno va hasta el final.

En un irracional y definitivo asalto conseguí dominar el cuello y las mandíbulas de la niña. Forcé la pesada cuchara de plata más allá de sus dientes y alcancé la garganta hasta que ella tuvo náuseas. Y allí estaba: las dos amígdalas cubiertas de membranas. La niña había luchado valientemente para impedirme conocer su secreto. Había estado escondiendo aquella garganta enferma al menos durante tres días,

mintiéndoles a sus padres con objeto de evitar un final así.

Ahora estaba furiosa de verdad. Antes había estado a la defensiva pero ahora atacó. Trató de soltarse de su padre y saltar hacia mí mientras lágrimas de derrota le llenaban los ojos.

Traducción de Mariano Antolín Rato

Corte de pelo

Hay otro barbero que viene de Carterville y me ayuda los sábados, pero el resto del tiempo me las compongo perfectamente solo. Puede ver con sus propios ojos que esto no es Nueva York y, además de eso, casi todos los muchachos trabajan todo el día y no les sobra tiempo para dejarse caer por aquí a que les arregle un poco.

Usted es un recién llegado, ¿no es así? Me parecía que no le había visto por aquí antes. Espero que le guste lo bastante como para quedarse. Como le decía, no es Nueva York ni Chicago, pero no lo pasamos mal. No tan bien, sin embargo, desde que Jim Kendall se mató. Cuando vivía, él y Hod Meyers solían tener este pueblo en un permanente alboroto. Apuesto a que había más carcajadas aquí que en ningún otro pueblo del mismo tamaño en los Estados Unidos.

Jim era cómico, y Hod lo era casi tanto como él. Desde que Jim se fue, Hod trata de mantenerse como siempre, pero es duro seguir adelante cuando no se tiene a nadie que le secunde a uno.

Solía haber mucha diversión aquí los sábados. Este lugar está hasta los topes los sábados, a partir de las cuatro de la tarde. Jim y Hod aparecían después de su comida, alrededor de las seis. Jim se instalaba en aquel sillón, el más cercano a la escupidera azul. Fuese quien fuese el que estuviera sentado allí, se levantaba cuando entraba Jim, y se la cedía.

Usted puede pensar que era un asiento reservado, como se tiene a veces en el teatro. Hod se quedaba generalmente de pie o andaba de un lado para otro, o algunos sábados, claro, pasaba parte del tiempo sentado en esta butaca, y yo le cortaba el pelo.

Bien; Jim se sentaba un rato allí sin abrir la boca para otra cosa que escupir, y luego, finalmente, me decía:

—Whitey —mi verdadero nombre, es decir, mi verdadero nombre de pila, es Dick, pero por aquí todo el mundo me llama Whitey—, Whitey —decía—, tu nariz parece un capullo de rosa esta noche. Seguro que has estado bebiendo tu agua de colonia.

Así que yo le decía:

—No, Jim, pero tú das la impresión de haber estado bebiendo algo por el estilo, o peor.

Jim solía reír ante eso, pero entonces respondía y decía:

—No, no he estado tomando nada, pero eso no quiere decir que no me gustaría. No me importaría que fuese alcohol de madera.

Entonces Hod Meyers acostumbraba a decir:

—Tampoco le importaría a tu mujer.

Eso hacía que todo el mundo se echara a reír, porque Jim y su mujer no estaban en muy buenos términos. Ella se hubiese divorciado, sólo que no había posibilidades de que él le pasara una pensión alimenticia y ella no tenía forma de mantenerse y mantener a los niños. Nunca fue capaz de comprender a Jim. Él era realmente un poco rústico, pero tenía buen corazón.

Milt Sheppard era la víctima de toda clase de bromas de Jim y Hod. No creo que conozca a Milt. Pues bien: tiene una nuez de Adán que parece un melón. Así que yo estaba afeitando a Milt y cuando empezaba a afeitarle aquí, en el cuello, Hod chillaba:

—¡Eh, Whitey, espera un minuto! Antes de meterle la navaja, hagamos una apuesta y veamos quién se acerca más al número de semillas que tiene dentro.

Y Jim decía:

—Si Milt no hubiese sido tan acaparador hubiera pedido media sandía, y no una entera, y no se le hubiese quedado atravesada en la garganta.

Todos los muchachos estallaban en carcajadas ante eso, y el propio Milt se veía forzado a sonreír, aunque la broma fuera a su costa. ¡Jim era tan gracioso!

Allí está su jabonera, sobre el estante. Junto a la de Charley Vail. «Charles M. Vail.» Es el farmacéutico. Viene a afeitarse regularmente, tres veces por semana. Y la de Jim es la jabonera que está junto a la de Charley. «James H. Kendall.» Jim ya no necesitará su jabonera, pero la dejaré allí en memoria de los viejos tiempos. ¡Jim era un verdadero personaje!

Hace años, Jim era viajante de comercio y representaba a una empresa de alimentos en conserva de Carterville. Vendían alimentos en lata. Jim tenía toda la mitad norte del estado y viajaba cinco días a la semana. Se dejaba caer por aquí los sábados y contaba sus experiencias de la semana. Era extraordinario.

Creo que se preocupaba más por hacer bromas que por vender. Al final la empresa se deshizo de él, que vino directamente hacia aquí y le dijo a todo el mundo que le habían echado, en lugar de decir que había renunciado, como hubiese hecho la mayoría de la gente.

Era un sábado y el local estaba lleno y Jim se levantó de esa silla y dijo:

—Caballeros, tengo que anunciarles algo importante. Me han echado del trabajo.

El caso es que le preguntaron si hablaba en serio y él dijo que sí y a nadie se le ocurrió nada que decir hasta que finalmente el propio Jim rompió el hielo.

—He estado vendiendo alimentos enlatados y ahora me han enlatado a mí —dijo.

Ya ve: la empresa para la que había estado trabajando era una fábrica de alimentos en lata. Allí, en Carterville. Y ahora Jim decía que él mismo estaba enlatado. ¡Era tan chistoso, realmente!

Jim tenía un truco que solía usar cuando estaba de viaje. Por ejemplo, iba en tren y llegaban a algún pueblo pequeño como, pues, digamos, como Benton. Jim miraba

por la ventanilla del tren y leía los carteles de las tiendas.

Por ejemplo, había un cartel que ponía «Henry Smith. Mercería». Pues Jim apuntaba el nombre y el nombre del pueblo y cuando llegaba al lugar al que iba enviaba una postal a Henry Smith, a Benton, sin firma, pero escribía algo así como «Pregunte a su esposa por aquel vendedor de libros que pasó allí una tarde de la semana pasada» o «Pregúntele a su mujer gracias a quién no se sintió sola la última vez que usted fue a Carterville». Y firmaba la tarjeta: «Un amigo».

Por supuesto, él nunca conocía el resultado de ninguna de aquellas bromas, pero podía imaginar lo que era muy probable que sucediera y eso le bastaba.

Jim no trabajó demasiado regularmente después de perder su empleo con los de Carterville. Lo que ganaba haciendo diversos trabajos por el pueblo se lo gastaba casi todo en ginebra y su familia hubiese muerto de hambre si las tiendas no le hubieran fiado. La mujer de Jim trató de trabajar como modista, pero nadie va a hacerse rico cosiendo vestidos en este pueblo.

Como le decía, ella se hubiese divorciado de Jim, sólo que veía que no podría mantenerse y mantener a los niños y estaba siempre esperando que algún día Jim abandonara sus malos hábitos y le diese más de dos o tres dólares a la semana.

Hubo una época en que ella iba a ver a la persona para la cual él trabajaba y le pedía que le entregase el salario, pero después de haberlo hecho una o dos veces él empezó a impedírselo pidiendo casi toda su paga por adelantado. Se lo contó a todo el pueblo, cómo había engañado a su mujer. ¡Era un verdadero peligro!

Pero no quedó satisfecho con haber sido más listo que ella. Estaba molesto por la forma en que ella había actuado, tratando de quedarse con su paga. Y resolvió vengarse. Esperó hasta que se supo que el Circo Evans vendría al pueblo. Entonces dijo a su mujer y a sus dos hijos que les llevaría al circo. El día del circo, les dijo que iba a comprar las entradas, que le esperasen en la entrada de la tienda.

Lo cierto es que no tenía la menor intención de quedarse allí, ni de comprar las entradas, ni nada de eso. Se llenó de ginebra y pasó en el salón de billares de Wright todo el día. Su mujer y los niños esperaron y esperaron y, por supuesto, él no se dejó ver. La mujer no tenía un céntimo consigo ni en otra parte, sospecho. Así que al final tuvo que decir a los niños que no tendrían circo y ellos lloraron como si no fuesen a parar jamás.

Bueno, al parecer, mientras ellos berreaban, Doc Stair se acercó y preguntó qué sucedía, pero la señora Kendall era inquebrantable y no le dijo nada, aunque los pequeños se lo dijeron y él insistió en llevarles, a ellos y a su madre, a ver el espectáculo. Jim lo supo más tarde, y ésa era la razón por la cual se la tenía jurada a Doc Stair.

Doc Stair vino aquí hace aproximadamente un año. Es un joven bastante bien parecido y sus ropas siempre parecen hechas a medida. Va a Detroit dos o tres veces

al año y allí debe de tener un sastre que le toma las medidas y le hace la ropa por encargo. Cuesta casi el doble, pero queda muchísimo mejor que cuando se compra en la tienda.

Durante mucho tiempo todo el mundo se preguntó por qué un médico joven como Doc Stair tenía que venir a un pueblo como éste, donde ya tenemos al viejo Doc Gamble y a Doc Foot, que han pasado aquí años y siempre se repartieron la clientela.

Entonces se dijo por allí que la novia de Doc Stair lo había plantado, una novia en algún lugar de la Península Norte, y que él había venido aquí para esconderse y olvidar. En cuanto a él, decía que pensaba que no había nada como ejercer la medicina en un lugar como éste para llegar a ser un buen médico. Y que ésa era la razón por la cual había venido.

De todos modos, no pasó mucho tiempo antes de que ganara lo suficiente para vivir aquí, aunque me han dicho que nunca apremió a nadie para que le pagara lo que le debía, y lo cierto es que la gente de por aquí ha adquirido la costumbre de deber, hasta en mi profesión. Si yo tuviera todo lo que deberían haberme pagado por afeitados podría ir a Carterville y alojarme en el Mercer durante una semana y ver una película diferente cada noche. Por ejemplo, allí está el viejo George Purdy…, pero supongo que no debo difundir habladurías.

El caso es que el año pasado murió nuestro médico forense, murió de la gripe. Ken Beatty, ése era su nombre. Así que hubo que elegir a otro hombre para que hiciera de forense en su lugar y eligieron a Doc Stair. Al principio se rió y dijo que no quería, pero le hicieron aceptar. No es un empleo por el que nadie vaya a pelearse y lo que un hombre gana en él por año le alcanza apenas para comprar semillas para su jardín. Pero el doctor es de los que no saben decir que no si se le insiste lo suficiente.

Pero yo iba a hablarle de un pobre muchacho que tenemos aquí en el pueblo: Paul Dickson. Se cayó de un árbol cuando tenía unos diez años. Cayó de cabeza y eso le afectó algo y nunca volvió a estar bien. No es malo; sólo tonto. Jim Kendall tenía por costumbre llamarle pasmado: ése es el nombre que Jim daba a cualquiera que no estuviese bien de la cabeza, sólo que él llamaba calabaza a la cabeza de la gente. Ese era otro de sus chistes, llamar calabaza a la cabeza y pasmados a los locos. Sólo que el pobre Paul no está loco, sino únicamente es tonto.

Como podrá imaginar, Jim solía hacerle toda clase de bromas a Paul Dickson. Le enviaba al taller White Front a buscar una llave inglesa para la mano izquierda. Por supuesto, no tienen nada que se parezca a una llave inglesa para la mano izquierda.

Y una vez hubo una especie de feria aquí y se celebró un partido de béisbol entre gordos y delgados y antes de que empezara el juego Jim llamó a Paul y le envió a la ferretería de Schrader a buscar una llave para la caja del lanzador.

No había nada, en el terreno de las bromas, que no se le ocurriera a Jim.

El pobre Paul siempre desconfiaba un poco de la gente, debido quizá a lo mucho

que le había molestado Jim. Paul no se relacionaba demasiado con nadie, salvo con su madre, Doc Stair y una muchacha de aquí, del pueblo, llamada Julie Gregg. En realidad, ya no es una muchacha, sino que tiene unos treinta años o más.

Cuando el doctor llegó al pueblo, Paul pareció sentir que en él tenía un verdadero amigo y empezó a pasar casi todo su tiempo rondando por el despacho del médico; el único rato en que no se le encontraba por allí era cuando iba a su casa a comer o a dormir, o cuando veía a Julie Gregg haciendo sus compras.

Cuando miraba por la ventana del doctor y la veía, bajaba corriendo las escaleras y se reunía con ella y la acompañaba a las tiendas. El pobre muchacho estaba loco por Julie y ella siempre lo trataba con amabilidad y lo hacía sentirse bien recibido, aunque, desde luego, no había más que piedad por su parte.

El doctor hizo todo lo posible para mejorar la cabeza de Paul y una vez me dijo que pensaba que realmente el muchacho estaba mejorando, que había momentos en que era tan lúcido y sensato como cualquier otra persona.

Pero yo le iba a hablar a usted de Julie Gregg. El viejo Gregg se dedicaba al comercio de maderas, pero se dio a la bebida y perdió la mayor parte de su dinero y cuando murió no dejó más que la casa y un seguro que sólo alcanzó para que la muchacha saliera adelante a duras penas.

La madre era una especie de semiinválida y sólo muy rara vez salía de la casa. Julie quería venderla y mudarse a alguna otra parte después de la muerte del padre, pero la madre decía que había nacido allí y que allí moriría. Fue duro para Julie, porque los jóvenes de aquí…, pues…, ella es demasiado buena para ellos.

Ha ido a la escuela fuera del pueblo y ha estado en Chicago y en Nueva York y en otros sitios y no hay tema del que no pueda hablar, mientras usted coge al resto de la gente joven de aquí y le menciona algo que no sea Gloria Swanson y Tommy Meighan y todos piensan que está delirando. ¿Vio a Gloria en *La favorita de la legión*? ¡Se ha perdido algo…!

El caso es que el doctor Stair no llevaba aquí más de una semana cuando vino un día a hacerse afeitar y me di cuenta de quién era porque me lo habían señalado, así que le hablé de mi madre. Había pasado dos años enferma y ni Doc Gamble ni Doc Foot, ninguno de los dos, parecían haberla mejorado. Así que dijo que vendría a verla, pero que si ella estaba en condiciones de moverse sería mejor llevarla a su consultorio, donde podría hacerle un examen más completo.

Así que la llevé a su consultorio y mientras la estaba esperando en la recepción entró Julie Gregg. Cuando alguien entra en el consultorio de Doc Stair, hay un timbre que suena en la habitación interior, en la consulta, así él sabe que alguien le viene a ver.

Dejó a mi madre dentro y salió al despacho delantero y ésa fue la vez en que él y Julie se conocieron y supongo que fue eso que llaman amor a primera vista. Pero no

les sucedió lo mismo a los dos. Aquel mozo era el más guapo que ella había visto jamás en este pueblo y perdió la chaveta por él. Para él, ella no era más que una joven que quería ver al doctor.

Había venido por lo mismo que yo. Su madre había sido atendida durante años por Doc Gamble y Doc Foot, sin resultado alguno. De modo que cuando supo que había un nuevo médico en el pueblo, decidió darle una oportunidad. Él prometió ir a ver a su madre aquel mismo día.

Le dije hace un minuto que era amor a primera vista por parte de ella. No sólo lo creo así por la forma en que ella empezó a actuar a partir de entonces, sino por la manera en que lo miró aquel primer día en su consultorio. Yo no leo los sentimientos, pero estaba claramente escrito en su rostro que estaba chalada por él.

Ahora bien: Jim Kendall, además de ser bromista y bastante bebedor, era un donjuán. Sospecho que vivió lo suyo en la época en que viajaba por cuenta de los Carterville y, además de eso, tenía un par de asuntos amorosos aquí mismo, en el pueblo. Como le decía, su mujer podía haberse divorciado de él, sólo que no pudo.

Pero Jim era como la mayoría de los hombres, y de las mujeres también, supongo. Quería lo que no podía conseguir. Quería a Julie Gregg y perdía la cabeza tratando de seducirla. Sólo que él decía calabaza en lugar de cabeza.

El caso es que los hábitos de Jim y sus bromas no atraían a Julie y, por supuesto, él era un hombre casado, de modo que no tenía más posibilidades, digamos, que un conejo. Ésta es una expresión del propio Jim. Cuando alguien no tenía la menor oportunidad de ser elegido o algo por el estilo, Jim decía siempre que no tenía más posibilidades que un conejo.

No hacía esfuerzos por ocultar sus sentimientos. Aquí mismo, más de una vez, delante de todo el mundo, dijo que estaba loco por Julie y que a quien se la pudiera conseguir le daría con todo gusto su casa, con su mujer y sus hijos incluidos. Pero ella no quería saber nada de él; ni siquiera le dirigía la palabra en la calle. Él vio finalmente que no llegaría a ninguna parte con su conducta habitual, así que decidió probar el estilo más duro. Fue directamente a su casa una noche y cuando ella abrió la puerta se metió dentro por la fuerza y la agarró. Pero ella consiguió desprenderse y antes de que él pudiera detenerla se encerró con llave en la otra habitación y llamó por teléfono a Joe Barnes. Joe es el comisario. Jim alcanzó a oír a quién llamaba la muchacha y antes de que Joe llegara se largó.

Joe era un viejo amigo del padre de Julie. Joe fue a buscar a Jim al día siguiente y le dijo qué le sucedería si volvía a hacerlo.

No sé cómo corrió la voz de este pequeño incidente. Es probable que Joe Barnes se lo dijera a su mujer y ella se lo haya dicho a otras mujeres y éstas a sus maridos. De todos modos, se supo, y Hod Meyers tuvo el valor de burlarse de Jim por esa causa, aquí mismo, en este local. Jim no negó nada y hasta se rió un poco y nos dijo a

todos que esperásemos; que muchísima gente había tratado de burlarse de él, pero siempre se las hacía pagar.

Entretanto, todo el mundo en el pueblo se había enterado de que Julie estaba loca por el doctor. No creo que ella tuviese la menor idea de cómo cambiaba su cara cuando estaba con él; por supuesto que no la tenía, porque, si no, se hubiese mantenido apartada de él. Y tampoco sabía que todos nos dábamos cuenta de cuántas veces buscaba pretextos para ir al consultorio o para pasar ante él por la acera de enfrente y mirar hacia su ventana para ver si estaba allí. Yo sentía pena por ella y lo mismo le sucedía a la mayoría de la gente.

Hod Meyers seguía echándole en cara a Jim la forma en que el doctor lo había desplazado. Jim no prestaba atención a las burlas y se podía ver que estaba proyectando una de sus bromas.

Una de las características de Jim era su habilidad para cambiar la voz. Le podía hacer creer a uno que era una muchacha y era capaz de imitar la voz de cualquier hombre. Para que vea lo bueno que era para eso, le contaré la broma que me hizo una vez.

Como usted sabe, en la mayor parte de los pueblos pequeños como éste, cuando un hombre muere y es necesario afeitarlo el barbero que le afeita le saca cinco dólares por el trabajo; es decir, no se los saca a él exactamente, sino a quien encarga el trabajo. Yo sólo cobro tres dólares porque personalmente no me importa mucho afeitar a una persona muerta. Se quedan mucho más quietas que los clientes vivos. Lo único es que no se tienen ganas de conversar con ellos y uno se siente un tanto solo.

El caso es que, en uno de los días más fríos que tuvimos nunca aquí, el invierno pasado hizo dos años, sonó el teléfono en casa mientras yo estaba cenando, y era una voz de mujer que dijo que era la señora de John Scott y que su marido estaba muerto y si iría a afeitarle.

El viejo John siempre había sido un buen cliente mío, pero vivían a diez kilómetros del pueblo, en el camino a Streeter. Sin embargo, no me parecía posible decirle que no.

Así que le dije que iría, pero que tendría que ir en un taxi y eso podía costar tres o cuatro dólares, además del precio del afeitado. Y como ella, o la voz, dijo que estaba bien, le pedí a Frank Abbott que me llevara hasta allí y cuando llegué, ¿quién me abrió la puerta sino el viejo John en persona? No estaba más muerto que, digamos, un conejo.

No hacía falta ningún detective privado para descubrir quién me había hecho aquella bromita. No se le podía haber ocurrido a ningún otro que no fuera Jim Kendall. ¡Era un tío verdaderamente bromista!

Le cuento este incidente sólo para que vea cómo podía disfrazar la voz y hacerle creer a uno que era otra persona la que hablaba. Yo hubiera jurado que era la señora

Scott quien me llamaba. Al menos, una mujer.

Pues Jim aguardó hasta haber aprendido a la perfección la voz del doctor Stair; entonces fue a buscar su venganza.

Llamó a Julie una noche en que sabía que el doctor estaba en Carterville. Ella nunca puso en duda que ésa fuera la voz del doctor. Jim dijo que necesitaba verla aquella noche; no podía esperar más para decirle una cosa. Ella se emocionó enormemente y le dijo que fuese a su casa. Pero él dijo que estaba esperando una importante llamada de larga distancia y le pidió por favor que por una vez dejase de lado las formalidades y fuese ella a su consultorio. Le dijo que nadie podría hacerle daño y nadie la vería y a él le era absolutamente imprescindible conversar con ella un rato. El caso es que la pobre Julie cayó en la trampa.

El doctor siempre deja una luz encendida en su consultorio durante la noche, de modo que a Julie le pareció que había alguien allí.

Entretanto, Jim Kendall había ido al salón de billares de Wright, donde había un grupo grande de gente divirtiéndose. La mayoría había bebido grandes cantidades de ginebra, y eran tíos difíciles aun cuando estaban sobrios. Festejaban siempre las bromas de Jim y cuando él les dijo que lo acompañaran a ver algo divertido, dejaron sus partidas de cartas y de billar y le siguieron.

El consultorio del doctor está en la segunda planta. Exactamente frente a su puerta hay un tramo de escaleras que lleva al piso superior. Jim y su banda se escondieron en la oscuridad, detrás de esas escaleras.

Pues bien: Julie llegó hasta la puerta del doctor y tocó el timbre y no sucedió nada. Volvió a tocar y tocó siete u ocho veces. Luego intentó abrir la puerta y vio que estaba cerrada con llave. Entonces Jim hizo un ruido y ella lo oyó y esperó un minuto y luego dijo: «¿Eres tú, Ralph?». Ralph es el nombre de pila del doctor.

No hubo respuesta y ella debió de darse cuenta de pronto de que le habían tendido una trampa. Estuvo a punto de caer por las escaleras, con toda la banda detrás. La siguieron durante todo el camino hasta su casa, gritando: «¿Eres tú, Ralph?» y «Oh, Ralphi, querido, ¿eres tú?». Jim decía que él no podía gritar nada, por lo mucho que reía.

¡Pobre Julie! No apareció por aquí, por la calle Mayor, durante mucho, muchísimo tiempo.

Y, por supuesto, Jim y los suyos le contaron lo sucedido a todo el pueblo; a todo el pueblo menos a Doc Stair. Les daba miedo contárselo y quizá él no se hubiese enterado nunca de no ser por Paul Dickson. El pobre pasmado, como le llamaba Jim, estaba aquí en el local una noche cuando Jim seguía jactándose de lo que le había hecho a Julie. Y Paul tomó nota de cuanto pudo entender y fue corriendo a llevarle el cuento al doctor.

No hay duda de que el doctor se puso fuera de sí y juró que haría sufrir a Jim.

Pero era una cuestión bastante delicada, porque si se llegaba a saber que él le había pegado a Jim, Julie se enteraría y sabría que el doctor sabía y, por supuesto, saber que él sabía sólo serviría para hacer que ella se sintiera peor. Iba a hacer algo, pero eso le requeriría muchísima imaginación.

El caso es que un par de días más tarde, Jim estuvo de nuevo aquí, y también estuvo el pasmado. Jim iba a cazar patos al día siguiente y había venido en busca de Hod Meyers para que fuese con él. Yo sabía que Hod había ido a Carterville y que no regresaría hasta el fin de semana. Así que Jim dijo que odiaba ir solo y que suponía que iba a tener que dejarlo. Entonces habló el pobre Paul y dijo que si Jim le llevaba, iría con él. Jim lo pensó un rato y luego dijo que bueno, que suponía que un idiota era mejor que nada.

Imagino que estaría tramando salir con Paul en el bote y hacerle alguna de sus bromas, como echarlo al agua. De todos modos, dijo que Paul podría ir. Le preguntó si alguna vez había matado un pato y Paul dijo que no, que nunca había tenido un arma en las manos. Así que Jim dijo que podría sentarse en el bote y observarle a él y, si se portaba bien, quizá le prestara la escopeta para que disparara un par de tiros. Acordaron una cita para la mañana siguiente y ésa fue la última vez que vi a Jim con vida.

A la mañana siguiente, aún no hacía diez minutos que yo había abierto cuando entró Doc Stair. Parecía nervioso. Me preguntó si había visto a Paul Dickson. Le dije que no, pero que sabía dónde estaba, cazando patos con Jim Kendall. Así que el doctor dijo que eso era lo que le habían dicho, y que él no lo entendía porque Paul le había asegurado que nunca más iba a tener la menor relación con Jim Kendall mientras viviera.

Dijo que Paul le había contado la broma que Jim le había hecho a Julie, y que Paul le había preguntado qué pensaba él de la broma y que el doctor le había respondido que quien fuese capaz de hacer algo así no merecía estar vivo.

Yo dije que aquello había sido bastante duro, pero que Jim no podría resistirse a hacer ninguna broma, por pesada que fuese. Y que pensaba que en realidad era de buen corazón, pero rezumaba malicia. El doctor se volvió y salió.

A mediodía recibió una llamada telefónica del viejo John Scott. El lago al que Jim y Paul habían ido a cazar está en las propiedades de John. Paul había llegado corriendo a la casa unos minutos antes, a decir que había habido un accidente. Jim había cazado unos cuantos patos y luego le había dado la escopeta a Paul y le había dicho que probara suerte. Paul nunca había manejado un arma y estaba nervioso. Temblaba tanto que no pudo controlar el arma. Disparó y Jim cayó de espaldas en el bote muerto.

Doc Stair, al ser médico forense, se metió de un salto en el carromato de Frank Abbott y salió volando hacia la granja de Scott. Paul y el viejo John estaban en la

orilla del lago. Paul había acercado el bote a la orilla, pero habían dejado el cuerpo dentro, esperando la llegada del doctor.

El doctor examinó el cuerpo y dijo que muy bien podían llevarlo al pueblo. Era inútil dejarlo allí o llamar a un juez, porque era un caso claro de muerte accidental por disparo de arma de fuego.

Personalmente, yo nunca permitiría que nadie disparase un arma en el bote en que yo me encontrase, a menos que estuviese seguro de que sabe algo al respecto. Jim fue un tonto al dejarle su arma a un principiante, al dejar solo a un idiota. Probablemente Jim se mereciera lo que le sucedió. Pero por aquí todavía le echamos en falta. ¡Era un verdadero personaje!

¿Se lo mojo o lo peino en seco?

Traducción de Horacio Vázquez Rial

Sangre española

1

John Masters, el Grandullón, era grueso, gordo, aceitoso. Tenía lustrosas quijadas azules y dedos muy gruesos, en los que los nudillos formaban hoyuelos. Su pelo castaño estaba peinado hacia atrás y llevaba un traje color vino con bolsillos postizos, una corbata color vino y una camisa de seda tostada. Una gran banda roja y dorada rodeaba el grueso cigarro marrón que tenía entre los labios.

Arrugó la nariz, miró la carta de nuevo, procuró no hacer una mueca y dijo:

—Tira de nuevo, Dave…, y no me hagas una jugada…

Aparecieron un cuatro y un dos. Dave Aage miró solemnemente por encima de la mesa, y miró su propia mano. Era muy alto y delgado, con una larga cara huesuda y el pelo color arena mojada. Sostuvo la baraja en la palma de la mano, giró lentamente la carta de arriba y la lanzó sobre la mesa. Era la reina de picas. John Masters, el Grandullón, abrió mucho la boca, agitó el cigarro y se rió.

—Paga, Dave. Por una vez una mujer no se equivocó… —Lanzó la carta con un gesto florido. Un cinco.

Dave Aage sonrió cortésmente, pero no se movió. Una sofocada campanilla de teléfono sonó cerca de él, detrás de largas cortinas de seda que bordeaban unas ventanas muy altas. Se sacó el cigarrillo que tenía en la boca y lo puso cuidadosamente en el borde de una bandeja, sobre un taburete, junto a la mesa de juego. Después, tendió el brazo detrás de la cortina buscando el teléfono.

Habló en el receptor con una voz fría, casi un murmullo, y después escuchó largo tiempo. Nada cambió en sus ojos verdosos, ningún parpadeo de emoción atravesó su rostro. Masters se retorció y mordió con fuerza su cigarro.

Después de un largo rato, Aage dijo:

—Bien, ya le daremos noticias. —Cortó la comunicación y volvió a colocar el auricular detrás de la cortina. Recogió el cigarrillo y se tiró del lóbulo de la oreja. Masters soltó unas palabrotas.

—¿Qué mierda te pasa? Dame diez pavos.

Aage sonrió secamente y se inclinó hacia atrás. Cogió un vaso, bebió un sorbo, volvió a dejarlo y habló con el cigarrillo entre los labios. Todos sus movimientos eran lentos, meditados, casi ausentes. Dijo:

—Somos un par de vivos, John.

Masters frunció el ceño, hurgó en el bolsillo buscando un nuevo cigarro y se lo metió en la boca.

—¿Y qué?

—Supongamos que le pasara algo a nuestra oposición más dura. Ahora mismo. ¿Sería o no una buena idea?

—Hum… —Masters levantó las cejas, unas cejas tan espesas que parecía que toda su cara debiera trabajar para levantarlas. Pensó un momento, con cara agria—. Sería mierda… si no pescan pronto al tipo. Demonios, los votantes creerían que pagamos para que se hiciera.

—Estás hablando de asesinato, John —dijo Aage pacientemente—. Yo no he hablado de asesinar.

Masters bajó las cejas y tiró de un tosco pelo negro que brotaba de su nariz.

—¡Bueno, suéltalo!

Aage sonrió, soltó un anillo de humo, y contempló cómo flotaba y se dividía en frágiles nubecitas.

—Acaban de telefonearme —dijo con suavidad—. Donegan Marr ha muerto.

Masters se movió lentamente. Todo su cuerpo se movió con lentitud hacia la mesa de juego, en la que se apoyó. Cuando su cuerpo no pudo seguir avanzando, adelantó el mentón, hasta que los músculos de su mandíbula asomaron como gruesos alambres.

—¿Eh? —dijo pesadamente—. ¿Eh?

Aage asintió, tranquilo como el hielo.

—Pero tenías razón en lo del asesinato, John. Ha sido un asesinato. Hace media hora, más o menos. En su oficina. No saben quién lo ha hecho… aún.

Masters se encogió pesadamente de hombros y se echó hacia atrás. Miró a su alrededor con una expresión estúpida. De pronto soltó la carcajada. Su risa resonaba y rugía en el cuarto como si los dos hombres estuvieran en un pequeño torreón, creaba ecos aquí y allá, entre el laberinto de pesados muebles oscuros, luces de pie como para iluminar un bulevar y una doble fila de viejos óleos en marcos dorados macizos.

Aage permaneció en silencio. Aplastó el cigarrillo lentamente en la bandeja hasta que no quedó nada de la brasa, como no fuera una espesa mancha oscura. Se frotó los polvorientos dedos y esperó.

Masters dejó de reír tan abruptamente como había empezado. La habitación estaba muy silenciosa. Masters parecía cansado. Se secó la gran cara.

—Tenemos que hacer algo, Dave —dijo con tranquilidad—. Casi me había olvidado. Tenemos que acabar con esto pronto. Es dinamita.

Aage tendió la mano detrás de la cortina y sacó el teléfono, empujándolo sobre la mesa donde estaban diseminadas las cartas.

—Bueno…, sabemos cómo hacerlo, ¿no es así? —dij o con calma.

Una luz pícara brilló en los acuosos ojos pardos de John Masters, el Grandullón. Se mojó los labios y tendió la gran mano hacia el teléfono.

—Sí… —dijo ronroneando—, lo haremos, Dave. ¡Lo haremos, mierda!

Marcó un número con su grueso dedo, que apenas podía entrar en los agujeros del dial.

2

La cara de Donegan Marr parecía fría, pulcra, tranquila, incluso entonces. Iba vestido con un traje de suave franela gris y el pelo, peinado hacia atrás, era del mismo color suave que el traje; su cara era morena, juvenil. La piel era pálida en los huesos frontales, donde caía el cabello cuando él se ponía en pie. El resto de la piel era morena.

Estaba echado hacia atrás en un acolchado sillón azul de oficina. Un cigarro se había apagado en un cenicero con un sabueso de bronce en el borde. La mano izquierda colgaba junto al sillón y la derecha sostenía flojamente un revólver sobre el escritorio. Las uñas lustradas brillaban en la luz del sol, que entraba por la gran ventana cerrada tras él.

La sangre había empapado el lado izquierdo del chaleco, había ennegrecido casi la franela gris. Estaba completamente muerto, hacía rato que estaba muerto. Un hombre alto, muy moreno, esbelto y silencioso, se apoyó contra un archivo de caoba marrón y contempló fijamente al muerto. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su pulcro traje de sarga azul. Llevaba un sombrero de paja echado hacia la nuca. Pero no había nada casual en sus ojos o en su apretada boca recta.

Un hombre grande de pelo color arena tanteaba en la alfombra azul. Dijo pesadamente, inclinándose:

—No hay cartuchos, Sam.

El hombre moreno no se movió, no contestó. El otro se irguió, bostezando, y miró al hombre del sillón.

—¡Mierda! Esto va a apestar… ¡Dos meses para la elección! ¡Esto es una bofetada en la jeta de alguien!

El hombre moreno dijo lentamente:

—Fuimos juntos al colegio. Éramos amigos. Cortejamos a la misma chica. Él ganó, pero seguimos siendo amigos, los tres. Siempre fue un gran muchacho… Quizá un poco demasiado hábil.

El hombre de pelo color arena caminó alrededor del cuarto sin tocar nada. Se inclinó y olfateó el revólver sobre el escritorio. Meneó la cabeza y dijo:

—Esto no sirve… —Arrugó la nariz, olfateó el aire—. Aire acondicionado. Los tres pisos de arriba. A prueba de ruidos también. Material de alta calidad. Me han dicho que todo el edificio está electrificado. No hay ni un ribete sin electrificar. ¿Has oído algo semejante, Sam?

El hombre moreno meneó lentamente la cabeza.

—Me pregunto dónde estaba el personal —prosiguió el hombre de pelo rubio—. Un tipo importante como él debía tener más de una secretaria.

El hombre moreno meneó de nuevo la cabeza.

—Me temo que no. La muchacha había salido a almorzar. Él era un lobo solitario, Pete. Rápido como una ardilla. En unos años más se hubiera apoderado de toda la ciudad.

El hombre de pelo rubio estaba ahora detrás del escritorio, inclinado casi sobre el hombro del muerto. Miraba un calendario de anotaciones con tapa de cuero y hojas sueltas. Dijo lentamente:

—Alguien llamado Imlay tenía aquí una cita a las doce y cuarto. Es la única anotación en el calendario.

Miró un reloj barato que llevaba en la muñeca.

—La una y media. Ha pasado mucho rato. ¿Quién es Imlay?… Eh, espera un momento… Hay un tal Imlay, un abogado. Se ha presentado como candidato a juez apoyado por el grupo Masters-Aage… ¿Crees…?

Sonó un golpe brusco en la puerta. La oficina era tan larga que los dos hombres tuvieron que pensar un momento antes de adivinar a cuál de las tres puertas habían llamado. Después, el hombre de pelo rubio fue hacia la más distante, y dijo por encima del hombro:

—El tipo de la oficina del forense, creo. Di algo de esto a tu periodista favorito y te quedarás sin trabajo. ¿Queda claro?

El hombre moreno no contestó. Avanzó lentamente hacia el escritorio, se inclinó un poco hacia delante y habló con suavidad al muerto.

—¡Adiós, Donny! No te preocupes. Yo me encargo de todo. Yo cuidaré de Belle.

La puerta en el extremo de la oficina se abrió y un hombre de gestos rápidos, con un maletín, entró en la habitación, avanzó por la alfombra azul y puso el maletín sobre el escritorio. El hombre de pelo color arena cerró la puerta contra una acumulación de caras asomadas. Regresó junto al escritorio.

El hombre de ademanes rápidos torció la cabeza a un lado, examinando el cadáver.

—Dos balas —dijo—. Parecen de calibre treinta y dos. Cerca del corazón, pero sin tocarlo. Debe de haber muerto casi enseguida. Tal vez en un minuto o dos.

El hombre moreno produjo un sonido asqueado y se dirigió a la ventana. Permaneció dando la espalda al cuarto, mirando hacia fuera, las azoteas de los altos edificios y el cálido cielo azul. El hombre de pelo rubio observó cómo el forense levantaba un párpado muerto. Dijo:

—Quisiera que viniera aquí el experto en balística. ¿Puedo utilizar el teléfono? Ese Imlay…

El hombre moreno volvió levemente la cabeza, con una sonrisa apagada en los

labios.

—Utilícelo. Este caso no va a constituir un misterio.

—Oh, no sé —dijo el hombre de la oficina del forense, flexionando una muñeca y poniendo después el dorso de la mano contra la piel de la cara del muerto—. Puede que no sea un crimen político como cree usted, Delaguerra.

El hombre de pelo rubio cogió con cautela el teléfono, con un pañuelo, dejó el aparato, marcó, recogió el receptor con el pañuelo y se lo llevó al oído. Después de un momento hizo un gesto con el mentón y dijo:

—Pete Marcus. Despierta al inspector. —Bostezó, esperó de nuevo, después habló en tono diferente—. Marcus y Delaguerra, inspector, desde la oficina de Donegan Marr. Todavía no han llegado los periodistas ni los fotógrafos… ¿Eh?… ¿Que esperemos hasta que llegue aquí el comisionado?… Bien… Sí, está aquí.

El hombre moreno se volvió. El hombre del teléfono le hizo un gesto.

—Toma, «español».

Sam Delaguerra cogió el teléfono, ignorando el cuidadoso pañuelo, y escuchó. Su cara adoptó una expresión dura. Dijo con tranquilidad:

—Claro que lo conocía…, pero no dormía con él… No había aquí nadie aparte de su secretaria, una muchacha. Ella hizo sonar el timbre de alarma. Hay un nombre en un calendario… Imlay, una cita a las doce y cuarto. No, aún no hemos tocado nada… No… Bien, enseguida.

Colgó tan lentamente que el clic del teléfono apenas se escuchó. Su mano siguió en el aparato, y después cayó pesada y bruscamente a un costado. Su voz era espesa:

—Me retiran del caso, Pete. Tú tendrás que esperar hasta que llegue el comisionado Drew. Que nadie entre, blanco, negro o indio cherokee.

—¿Por qué te retiran? —exclamó con rabia el hombre de pelo arenoso.

—No lo sé. Es una orden —dijo Delaguerra, con voz opaca.

El hombre de la oficina del forense dejó de escribir en su cuaderno para mirar con curiosidad a Delaguerra, con una mirada penetrante, de soslayo.

Delaguerra atravesó la oficina y pasó por la puerta de comunicación. Fuera había una oficina más pequeña, en parte dividida por una sala de espera, con un grupo de sillones de cuero y una mesa con revistas. Dentro de una especie de mostrador había un escritorio para una máquina de escribir, una caja de caudales y algunos archivos. Una muchacha morena y pequeña estaba sentada ante el escritorio con la cara metida en un estrujado pañuelo. El sombrero se había torcido en su cabeza. Sus hombros se agitaban y sus grandes sollozos parecían cortarle la respiración.

Delaguerra le dio una palmada en el hombro. Ella le miró con la cara llena de lágrimas, la boca torcida. Él sonrió ante la cara interrogante y dijo amablemente:

—¿Ha llamado ya a la señora Marr?

Ella asintió, sin palabras, sacudida por profundos sollozos. Él le dio otra

palmadita, permaneció un momento ante ella y después salió con la boca dura y apretada y un resplandor oscuro en los negros ojos.

3

La gran casa de estilo inglés estaba bastante alejada de la estrecha y retorcida faja de cemento que llamaban De Neve Lane. El césped estaba crecido, semiocultando un sendero de piedras. Había un porche frente a la puerta principal y hiedra en la pared. Los árboles crecían alrededor de la casa, cerca de ella, dándole un aspecto un poco oscuro y remoto.

Todas las casas en De Neve Lane tenían aquel mismo calculado aire de abandono. Pero el alto seto verde que ocultaba el camino de entrada de coches y los garajes estaba tan cuidadosamente recortado como el pelo de un caniche, y no había nada oscuro o misterioso en la masa de gladiolos amarillos y color fuego que brillaban en el extremo opuesto de la pradera de césped.

Delaguerra bajó de un Cadillac descapotable de color crema. Era un modelo viejo, pesado y sucio. Una tensa lona formaba una capota sobre la parte trasera del coche. Delaguerra llevaba una gorra blanca de hilo y gafas de sol, y había cambiado su traje de sarga azul por un atuendo gris deportivo y una chaqueta con cremallera.

No parecía un policía. Tampoco había parecido un policía cuando estaba en la oficina de Donegan Marr. Avanzó lentamente por el sendero de piedras, tocó la aldaba de bronce en la puerta principal de la casa, pero no la utilizó. Apretó un timbre contiguo, casi oculto entre la hiedra.

Hubo una larga espera. Hacía mucho calor, había mucho silencio. Las abejas zumbaban sobre el cálido y brillante césped. Se oía el distante chirrido de una segadora mecánica.

La puerta se abrió lentamente y una cara negra asomó por ella, una cara larga, una triste cara negra con huellas de lágrimas en el polvo color lavanda. La cara negra casi sonrió, y dijo vacilante:

—Hola, señor Sam. ¡Me alegro tanto de verle!

Delaguerra se quitó la gorra y las gafas, y dijo:

—Hola, Minnie. Lo siento: debo ver a la señora Marr.

—Claro, pase, señor Sam.

La muchacha se hizo a un lado y él entró en un vestíbulo sombrío con suelo de mosaico.

—¿No han venido todavía los periodistas?

La muchacha meneó lentamente la cabeza. Sus cálidos ojos oscuros estaban como atontados, drogados por el shock.

—Todavía no ha venido nadie… No hace mucho que llegó la señora. No ha dicho una palabra. Simplemente se ha quedado ahí, en ese cuarto sin sol.

Delaguerra asintió, dijo:

—No hable con nadie, Minnie. Quieren mantener esto en silencio durante un tiempo, fuera de los periódicos.

—No va a poder ser, señor Sam…, no sé cómo…

Delaguerra sonrió, y empezó a avanzar sin hacer ruido con sus suelas de goma por el vestíbulo de mosaicos hasta la parte trasera de la casa. Fue recorriendo otros vestíbulos como el primero, en ángulo recto. Llamó a una puerta. No hubo respuesta. Hizo girar el picaporte y pasó a un cuarto largo y estrecho, que estaba en penumbra pese a las muchas ventanas. Los árboles crecían cerca de las ventanas y apretaban sus hojas contra los cristales. Algunas ventanas estaban ocultas por largas cortinas de cretona.

La muchacha alta, de pie en medio del cuarto, no le miró. Estaba rígida, inmóvil. Miraba fijamente a través de las ventanas. Tenía las manos apretadas a los lados.

El pelo castaño rojizo parecía recoger toda la luz que allí había y formaba un suave halo alrededor de su rostro, fríamente hermoso. Llevaba un conjunto deportivo de pana azul con bolsillos. Un pañuelo blanco con un borde azul asomaba por el bolsillo delantero, con las puntas cuidadosamente arregladas, como las del pañuelo de un petimetre.

Delaguerra esperó, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra. Al cabo de un rato la muchacha habló a través del silencio, con voz ronca, baja.

—Bueno…, le han liquidado, Sam. Al fin le han liquidado. ¿Por qué le odiaban tanto?

Delaguerra dijo, suavemente:

—Hacía un trabajo duro, Belle. Creo que jugaba lo más limpiamente posible, pero no pudo evitar tener enemigos.

Ella volvió lentamente la cabeza y le miró. Las luces se movieron en su pelo. El oro resplandeció en él. Sus ojos eran vivos, sorprendentemente azules. Su voz falló un poco al decir:

—¿Quién le ha matado, Sam? ¿Tienes alguna idea?

Delaguerra asintió lentamente, se sentó en un sillón de mimbre, y dejó entre las piernas la gorra y las gafas.

—Sí. Creemos saber quién lo hizo. Un hombre llamado Imlay, que trabajaba en un bufete de abogados.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¿Adónde irá a parar esta maldita ciudad?

Delaguerra siguió, con voz sin tono:

—Sucedió…, si estás segura de que quieres saber…, ya…

—Quiero, Sam. Sus ojos me miran desde la pared, mire yo a donde mire. Me piden que haga algo. Era muy bueno conmigo, Sam. Naturalmente teníamos nuestras

dificultades, pero… no significaban nada.

Delaguerra dijo:

—Ese Imlay espera ser elegido juez con el apoyo del grupo Masters-Aage. Está en la alegre cuarentena y parece que andaba saliendo con la bailarina de un club nocturno llamada Stella La Motte. De algún modo, en alguna parte, les tomaron fotos juntos, muy borrachos y desnudos. Donny tenía las fotos, Belle. Las han encontrado en su escritorio. Según el calendario de su escritorio tenía una cita con Imlay a las doce y cuarto. Suponemos que discutieron e Imlay le mató.

—¿Encontraste tú esas fotos, Sam? —preguntó la muchacha, rápida.

Él sacudió la cabeza y sonrió torcidamente.

—No. Si yo las hubiese encontrado creo que las habría escamoteado. Las encontró el comisionado Drew…, después que me retiraran del caso.

La cabeza de ella se volvió bruscamente. Sus vivos ojos azules se abrieron mucho.

—¿Te han retirado del caso? ¿A ti…, un amigo de Donny?

—Sí. No lo tomes tan a pecho, soy un policía, Belle. Después de todo, recibo órdenes.

Ella no habló, ni volvió a mirarle. Al cabo de un rato él dijo:

—Quisiera que me dieras las llaves de vuestra cabaña de Puma Lake. Me han encomendado ir allá y ver si encuentro alguna prueba. Donny celebraba allí reuniones.

Algo cambió en la cara de la muchacha. Se puso casi despreciativa. Su voz era vacía:

—Las traeré. No encontrarás nada allí. Si piensas ayudarles a ensuciar a Donny… para poder dejar en libertad al tal Imlay…

Él sonrió un poco, meneó lentamente la cabeza. Sus ojos parecieron muy profundos, muy tristes.

—No digas locuras, muchacha. Entregaría mi placa antes de hacer eso.

—Comprendo. —Pasó ante él, se dirigió hacia la puerta y salió del cuarto.

Él permaneció inmóvil y sentado hasta que ella salió, contemplando la pared con mirada vacía. Había una expresión herida en su cara. Masculló unas palabrotas, conteniendo el aliento.

La muchacha regresó, se acercó a él y tendió la mano. Algo tintineó en la palma.

—Las llaves, policía.

Delaguerra se puso en pie y dejó caer las llaves en el bolsillo. Su cara parecía de madera. Belle Marr se acercó a una mesa, sus uñas arañaron con rudeza una caja y extrajo de ella un cigarrillo. Dándole la espalda, dijo:

—Repito que no creo que tengas la suerte de encontrar nada. Es una lástima que sólo hayan podido chantajearle…

Delaguerra respiró lentamente, se quedó quieto un instante y después se volvió.

—Está bien —dijo suavemente. Su voz era totalmente descuidada ahora, como si aquél fuera un bonito día, como si no hubieran matado a nadie.

En la puerta se volvió de nuevo:

—Te veré cuando regrese, Belle. Quizá entonces te sientas mejor.

Ella no contestó, ni se movió. Mantenía el cigarrillo sin encender rígido ante su boca. Después de un instante Delaguerra prosiguió:

—Tendrías que entender lo que yo siento. Donny y yo fuimos como hermanos en una época. He oído que no te entendías bien con él… ¡Mierda, me alegro de haberme equivocado! Pero no seas dura, Belle. Conmigo… no tienes por qué ser dura.

Esperó unos segundos, mirando la espalda de ella. Como ella siguió sin moverse y no habló, él se fue.

4

Un estrecho camino rocoso se desprendía de la carretera y corría por el flanco de una colina, sobre el lago. Los techos de las cabañas asomaban aquí y allí, entre los pinos. Un refugio abierto estaba cortado al lado de la colina. Delaguerra metió allí su polvoriento Cadillac y trepó por un estrecho sendero.

El lago era de un azul profundo. Dos o tres canoas se deslizaban por él y se oía el ronronear de una lancha a motor en una curva en la distancia. Delaguerra prosiguió entre espesos muros de matorrales, caminando sobre la pinaza, giró ante un tronco caído y cruzó un puentecito rústico hacia la cabaña de los Marr.

Estaba hecha de troncos y tenía un amplio pórtico que miraba al lago. Parecía solitaria y vacía. El arroyuelo que corría bajo el puente se curvaba junto a la casa, y un extremo del pórtico descendía abrupto hacia las grandes piedras chatas entre las que corría el agua. Las piedras quedaban cubiertas cuando el agua crecía, en la primavera.

Delaguerra subió unos peldaños de madera y sacó las llaves del bolsillo. Abrió la pesada puerta delantera, y después permaneció un rato en el pórtico, encendió un cigarrillo y entró. Todo estaba muy quieto, muy agradable, muy fresco y claro tras el calor de la ciudad. Sobre un tronco caído, un pájaro se limpiaba las alas. Alguien, lejos en el lago, rasgaba un ukelele. Delaguerra entró en la cabaña. Vio unas polvorientas cabezas de ciervo, una gran mesa rústica llena de revistas, una antigua radio a pilas, un fonógrafo y una desnivelada pila de discos al lado. Había unos vasos largos que no habían sido lavados y media botella de whisky al lado, sobre una mesa cerca de la gran chimenea de piedra. Un coche atravesó el camino y se detuvo en algún punto, no muy lejos. Delaguerra frunció el ceño mirando a su alrededor, y dijo: «Listo» entre dientes, con una sensación de derrota. Aquello no tenía sentido. Donegan Marr no era hombre de dejar nada importante en una cabaña en la montaña.

Miró en un par de dormitorios, uno de los cuales era sólo un pasadizo con dos catres. El otro estaba mejor amueblado, con la cama hecha y un pijama femenino de colores chillones tirado encima. No parecía el estilo de ropa de Belle Marr.

En el fondo había una pequeña cocina con una estufa de leña y otra de petróleo. Abrió la puerta trasera con otra llave y salió a un pequeño pórtico a nivel del suelo. Cerca había una gran pila de leña y un hacha de doble filo sobre un aparejo de aserrar.

Entonces vio las moscas.

Un pequeño camino de madera iba desde el lado de la casa hasta un cobertizo de madera. Un rayo de sol se había deslizado entre los árboles y atravesaba el camino. A la luz del sol, una densa masa de moscas estaba apretada sobre algo pardo, pegajoso. Las moscas no querían moverse. Delaguerra se inclinó, tendió luego la mano y tocó el lugar pegajoso, se olió el dedo. Su cara quedó rígida.

Había otra mancha más pequeña de la sustancia parda más lejos, en la sombra, fuera de la puerta del cobertizo. Se sacó las llaves del bolsillo, rápidamente, y buscó la que abría el gran candado del cobertizo. Abrió la puerta de golpe.

Dentro había una gran pila de leña diseminada. No troncos recortados…, enteros. No bien colocados, sino tirados de cualquier modo. Delaguerra empezó a echar a un lado los grandes trozos rugosos.

Después de haber levantado una buena cantidad de troncos, tendió la mano y tocó dos tobillos fríos y tiesos, metidos en calcetines de hilo, y sacó al hombre muerto a la luz.

Era un hombre delgado, ni alto ni bajo, con un traje bien cortado. Los pequeños y pulcros zapatos estaban lustrados, había un poco de polvo en el lustre. No tenía cara, no tenía casi cara. Estaba hecha una masa, por un terrible golpe. La parte alta de la cabeza estaba abierta de un tajo y los sesos y la sangre se mezclaban con el escaso pelo castaño grisáceo.

Delaguerra se enderezó rápidamente y volvió a la casa, hacia la media botella de whisky en la mesa de la sala de estar. La destapó, bebió, esperó un momento y volvió a beber. Después, soltó un ahogado «¡Puf!» y se estremeció cuando el whisky fustigó sus nervios.

Volvió a la leñera, y volvió a agazaparse cuando oyó en alguna parte el motor de un automóvil. Se puso rígido. El ruido del motor aumentó, después se desvaneció y vino de nuevo el silencio. Delaguerra se contrajo, registró los bolsillos del muerto. Estaban vacíos. Uno de ellos, con etiquetas de alguna tintorería probablemente, había sido cortado y quitado. La etiqueta del sastre había sido arrancada del bolsillo interior de la chaqueta, dejando los restos de las puntadas.

El hombre estaba rígido. Debía de estar muerto desde hacía veinticuatro horas o más. La sangre de la cara se había coagulado espesamente, pero no se había secado

del todo.

Delaguerra se quedó en cuclillas ante él durante un rato, mirando el brillante resplandor de Puma Lake, el distante relampagueo del remo de una canoa. Después volvió al cobertizo y tanteó buscando un pesado tronco de madera con gran cantidad de sangre, sin encontrar ninguno. Volvió a la casa y fue hacia el pórtico delantero. Después, hacia el declive y las grandes piedras chatas del manantial.

—Sí —dijo suavemente.

Había moscas amontonadas en dos de las piedras, muchas moscas. No las había visto antes. El declive era de unos treinta metros, lo suficiente como para abrir la cabeza de un hombre si golpeaba justo allí.

Se sentó en una de las grandes mecedoras y fumó varios minutos sin moverse. Su cara estaba inmóvil. Pensaba, y sus ojos negros eran lejanos y remotos. Había una dura sonrisa, levemente sardónica, en las comisuras de su boca.

Finalmente volvió a atravesar la casa en silencio, arrastró al hombre muerto de nuevo hacia el cobertizo, lo cubrió descuidadamente con algunos troncos. Cerró con candado el cobertizo, cerró la casa con llave, regresó por el estrecho sendero hacia el camino y subió a su coche.

Eran más de las seis, pero el sol brillaba aún mientras avanzaba.

5

Un viejo mostrador de almacén servía de bar en la cervecería del camino. Habías tres taburetes bajos apoyados en él. Delaguerra se sentó en el más lejano, cerca de la puerta, y al cabo de un rato estaba contemplando el espumoso interior de un vaso vacío de cerveza. El barman era un muchacho moreno vestido con un mono de trabajo, de ojos tímidos y pelo lacio. Tartamudeaba. Dijo:

—¿Qui… quie…re otro vaaaso… se…ñor?

Delaguerra meneó la cabeza, dejó el taburete.

—Mala cerveza, muchacho —dijo con tristeza—. Tan insípida como una rubia de un prostíbulo del camino.

—Es… Pooortola… seeeñor. Se suuupone que es laaa mejor.

—Hum. Es la peor. Termínala de una vez o te quitarán la licencia. Adiós, hijo.

Fue hacia la puerta batiente y miró el soleado camino donde las sombras empezaban a alargarse. Más allá del cemento había un espacio con grava y un cerco blanco cuadriculado. Había allí dos coches aparcados: el viejo Cadillac de Delaguerra y un polvoriento y castigado Ford. Un hombre alto, vestido de pana caqui estaba junto al Cadillac, mirándolo.

Delaguerra extrajo una pipa, la llenó hasta la mitad con tabaco de una petaca con cremallera, la encendió con lento cuidado y arrojó el fósforo al rincón. Después se puso un poco tieso, mirando a través de la cortina.

El hombre alto, delgado, estaba desatando la lona que cubría la parte trasera del coche de Delaguerra. Enroscó parte de la lona y se puso a espiar mirando hacia abajo.

Delaguerra abrió despacio la puerta y dio unas largas y ágiles zancadas sobre el suelo de cemento. Sus suelas de goma hicieron ruido en la grava, pero el hombre delgado no se movió. Delaguerra se puso a su lado.

—Me pareció que me seguía —dijo pesadamente—. ¿De qué se trata?

El hombre se volvió sin prisa. Tenía una cara larga, ácida, ojos color verde. Su chaqueta estaba abierta, empujada por la mano que se apoyaba en la cadera izquierda. Mostraba una pistola sujeta por un cinto, al estilo de la caballería.

Miró a Delaguerra con una débil sonrisa torcida.

—¿Este trasto es suyo?

—¿Qué le parece?

El hombre delgado echó la chaqueta más hacia atrás y mostró una insignia de bronce en el bolsillo.

—Me parece que soy un guardabosques de Toluca, señor. Me parece que ésta no es época para cazar ciervos, y nunca hay aquí época de caza, si le interesa saberlo.

Delaguerra bajó los ojos muy lentamente, miró la parte de atrás de su coche inclinándose para ver más allá de la lona. El cuerpo de un cervatillo yacía allí apelotonado, junto a un rifle. Los dulces ojos del animal, vidriosos por la muerte, parecían mirarle con suave reproche. Había sangre seca en el esbelto cuello.

—Es muy bonito…

—¿Tiene permiso de caza?

—Yo no cazo —dijo Delaguerra.

—No le servirá de mucho: ahí lleva usted un rifle.

—Soy policía.

—Oh…, policía, ¿eh? ¿Quiere mostrarme su insignia?

—Claro.

Delaguerra buscó en el bolsillo delantero, sacó su insignia, la frotó contra la manga y la tendió en la palma de la mano. El delgado guardabosques la miró, lamiéndose los labios.

—Teniente-detective, ¿eh? Policía de la ciudad. —Su cara se volvió distante y perezosa—. Está bien, teniente. Viajaremos unos quince kilómetros en su coche. Después volveré al mío haciendo autostop.

Delaguerra guardó la insignia, golpeó con cuidado su pipa y pisoteó la ceniza en la grava. Volvió a colocar la lona, bastante floja.

—¿Arrestado? —preguntó gravemente.

—Arrestado, teniente.

—Vamos.

Se puso al volante del Cadillac. El delgado guardia dio la vuelta para subir al otro

lado y se sentó junto a él. Delaguerra puso el coche en marcha, retrocedió y comenzó a descender por el liso cemento del camino. El valle era una profunda neblina en la distancia. Tras la neblina otros picos parecían enormes contra el cielo. Delaguerra hacía marchar fácilmente el gran coche, sin prisa. Los dos hombres miraban al frente, sin hablar.

Tras un largo rato, Delaguerra dijo:

—No sabía que hubiera ciervos en Puma Lake. Es hasta donde he llegado.

—Hay una reserva ahí, teniente —dijo con tranquilidad el guarda. Miró por el polvoriento parabrisas—. Forma parte del bosque del condado de Toluca, ¿o no lo sabía?

Delaguerra dijo:

—No lo sabía. Nunca he matado un ciervo en mi vida. El trabajo de policía no me ha hecho tan duro.

El guardabosques sonrió, pero no dijo nada. El camino subió por una ladera, y después la bajada casi fue en ángulo recto. Pequeños cañones empezaron a abrirse en las colinas, a la izquierda. Algunos tenían toscos caminos semiocultos por la maleza, con huellas de ruedas.

Delaguerra enfiló brusca y súbitamente el gran coche hacia la izquierda, lo metió en un claro de tierra rojiza y hierba seca, y frenó de golpe. El coche patinó, se bamboleó y se detuvo con un temblor.

El guarda fue arrojado violentamente hacia la derecha, y después contra el parabrisas. Soltó unas palabrotas, se enderezó y se llevó la mano al revólver que tenía enfundado.

Delaguerra se apoderó de una muñeca delgada, dura, y la retorció bruscamente hacia el cuerpo del hombre. La cara del guarda se puso pálida bajo la piel morena. Su mano izquierda tanteó buscando el revólver, y después se aflojó. Habló con voz apretada, herida.

—No empeore las cosas, jefe. Me telefonearon a Salt Springs. Describieron su coche, dijeron dónde estaba. Dijeron que llevaba en él el cadáver de un ciervo. Yo…

Delaguerra aflojó la muñeca, abrió la cartuchera del cinturón de golpe, sacó el Colt y lo tiró fuera del coche.

—¡Bájese, guarda! Empiece a hacer dedo para volver. ¿Qué pasa?… ¿No le alcanza el salario para vivir? ¡Es usted quien metió ahí el cervatillo, allá en Puma Lake, estafador de mierda!

El guardabosques bajó lentamente, y permaneció en tierra con la cara sin expresión, la mandíbula suelta y floja.

—Un tipo duro —murmuró—. Lo lamentará, jefe. Formularé una queja.

Delaguerra se deslizó por el asiento hacia la puerta de la derecha. Se puso en pie ante el guarda y dijo lentamente:

—Tal vez yo esté equivocado, amigo. Tal vez usted recibió una llamada. Tal vez.

Sacó fuera del coche el cuerpo del cervatillo y lo dejó en el suelo mientras observaba al guarda. El hombre delgado no se movió, no intentó acercarse a su revólver, que yacía en la hierba, a unos cuatro metros. Sus ojos eran apagados, muy fríos.

Delaguerra volvió al Cadillac, soltó el freno y puso el coche en marcha. Volvió al camino. El guardabosques seguía sin moverse.

El Cadillac avanzó, cruzó la meseta y se perdió de vista. Cuando desapareció del todo, el guardabosques recogió su revólver y lo enfundó, escondió el ciervo tras unos matorrales y empezó a caminar por la carretera hacia la cresta de la meseta.

6

La muchacha en el escritorio de Kenworthy dijo:

—Este hombre le ha llamado tres veces, teniente, pero no ha dejado el número. Una señora ha llamado dos veces. No ha dejado nombre ni número.

Delaguerra recogió tres papelitos, leyó en ellos el nombre «Joey Chill», y las horas de llamada. Recogió un par de cartas, se tocó la gorra saludando a la muchacha y entró en el ascensor. Bajó en el cuarto piso, caminó por un estrecho y tranquilo corredor y abrió una puerta. Sin encender las luces, fue hacia los grandes ventanales, los abrió de par en par, y permaneció allí contemplando el cielo oscuro, el relampagueo de las luces de neón, los hirientes rayos de las lámparas en Ortega Boulevard, dos manzanas más allá.

Encendió un cigarrillo y fumó la mitad sin moverse. Su cara en la oscuridad parecía larga, muy turbada. Después se alejó de la ventana y fue hasta un pequeño dormitorio, encendió una lámpara de la mesita de noche y se desnudó totalmente. Se metió bajo la ducha; luego se secó, se puso ropa interior limpia y fue a la cocina a prepararse un trago. Lo bebió a sorbos y fumó otro cigarrillo mientras se vestía.

Sonó el teléfono en la salita cuando se estaba poniendo la pistolera.

Era Belle Marr. Su voz era borrosa y ronca, como si hubiera llorado horas.

—Me alegro tanto de encontrarte, Sam. Yo… yo no quise decir lo que he dicho esta tarde. Estaba aturdida, confundida, absolutamente enloquecida. Lo sabes, ¿verdad, Sam?

—Claro, pequeña —dijo Delaguerra—. No lo pienses más. De todos modos tenías razón. Acabo de llegar de Puma Lake y creo que me mandaron allí sólo para librarse de mí.

—Eres lo único que tengo ahora, Sam. No dejarás que te hagan daño, ¿verdad?

—¿Quiénes?

—Tú lo sabes…, no soy tonta, Sam. Sé que todo ha sido un plan, un vil plan de la policía para librarse de él.

Delaguerra apretó con fuerza el teléfono. Su boca se puso dura, tiesa. Durante un momento no logró hablar. Después dijo:

—Puede ser lo que parece, Belle. Una disputa sobre esas fotos. Después de todo Donny tenía derecho a decirle a un tipo de esa clase que abandonara las elecciones. Eso no era chantaje… Y él tenía un revólver en la mano, ¿sabes?

—Ven a verme en cuanto puedas, Sam. —Su voz sonaba emocionada, con una nota de intensidad.

Él tamborileó en el escritorio, vaciló de nuevo y dijo:

—Claro…, ¿cuándo fue la última vez que alguien estuvo en Puma Lake…, en la cabaña?

—No lo sé. Hace un año que no voy. Él iba… solo. Tal vez se encontraba allí con gente. No lo sé…

Él dijo algo vago, después de un momento se despidió y colgó. Miró con fijeza la pared situada sobre el escritorio. Había una luz fresca en sus ojos, un duro brillo. Toda su cara estaba tensa, ya no dudaba.

Volvió al dormitorio a buscar la chaqueta y el sombrero de paja. Al volver, recogió los tres papelitos del teléfono con el nombre «Joey Chill» en ellos, los hizo pedazos y quemó los pedazos en el cenicero.

7

Pete Marcus, el policía corpulento de pelo color arena, estaba sentado de costado en un pequeño escritorio recargado en una oficina desnuda, con otro escritorio igual frente a la pared opuesta. El otro escritorio era pulcro y ordenado; había en él un tintero verde con un lapicero de ónix, un pequeño calendario de bronce y una concha de nácar a modo de cenicero.

Un almohadón redondo de paja, que parecía para jugar al blanco, estaba colocado sobre una silla ante la ventana. Pete Marcus tenía un puñado de plumillas en la mano izquierda y las arrojaba contra el almohadón de paja, como un lanzador de cuchillos mexicano. Lo hacía distraídamente, sin mucha habilidad.

Se abrió la puerta y entró Delaguerra. Cerró la puerta y se apoyó en ella, mirando a Marcus con cara inexpresiva. El hombre de pelo color arena hizo girar la silla, la apoyó en el escritorio y se rascó el mentón con el grueso pulgar.

—Eh, «español», ¿has tenido buen viaje? El jefe te está buscando.

Delaguerra gruñó y metió un cigarrillo entre sus lisos labios oscuros.

—¿Estabas en la oficina de Marr cuando se encontraron esas fotos, Pete?

—Sí, pero yo no las encontré. Las encontró el comisionado. ¿Por qué?

—¿Viste cuándo las encontró?

Marcus le miró con fijeza un momento, y después dijo tranquilamente, alerta:

—No te preocupes: las encontró, Sam. No las puso ahí…, si es eso lo que quieres

decir.

Delaguerra asintió, se encogió de hombros.

—¿Algo en las balas?

—Sí. No eran de un treinta y dos, sino de un veinticinco. Un revólver de bolsillo de chaleco. Balas de cobre. Pero de una pistola automática, y no encontramos los cartuchos.

—Imlay recordó los cartuchos —dijo Delaguerra tranquilamente—, pero se fue sin recoger las fotos por las cuales mató.

Marcus puso los pies en el suelo y se inclinó hacia delante, mirando bajo sus leonadas cejas.

—Podría ser. Las fotos podían ser el móvil, pero el revólver en la mano de Marr destruye en cierto modo la posibilidad de premeditación.

—Buen trabajo de detective, Pete. —Delaguerra avanzó hasta la ventana y miró hacia fuera.

Después de un momento Marcus dijo, cansadamente:

—Crees que no sirvo para nada, ¿verdad, «español»?

Delaguerra se volvió lentamente, se inclinó junto a Marcus y le miró.

—No te enfades, muchacho. Eres mi compañero y estoy liquidado para el caso Marr en el cuartel general. A ti te toca algo de eso. Tú te quedaste quieto y a mí me mandaron a Puma Lake, sin ningún motivo, como no fuera para meterme el cadáver de un ciervo en la parte trasera del coche y que un guardabosques me detuviera.

Marcus se puso en pie muy lentamente, apretando los puños a los lados. Sus pesados ojos grises se abrieron mucho. Su gran nariz pareció blanca junto a los hoyos.

—Nadie ha ido aquí tan *lejos*, Sam.

Delaguerra meneó la cabeza.

—Tampoco creo eso. Pero tal vez recibieron alguna indicación para mandarme allá. Y alguien fuera del departamento se encargó de hacer el resto.

Pete Marcus volvió a sentarse. Recogió una de las puntiagudas plumillas y la tiró con rabia contra el redondo algodón de paja. La punta se clavó, tembló, se rompió, y el mango de la plumilla cayó con un chasquido al suelo.

—Oye —dijo pesadamente, sin mirar—, esto para mí es un empleo y nada más. Eso es todo. Me gano la vida, no me hago grandes ideas acerca de este trabajo, como tú. Una palabra tuya y le tiro al viejo la insignia en la jeta.

Delaguerra se inclinó y en broma le dio unos puñetazos en las costillas.

—Vamos, déjame pensar. Tengo algunas ideas. Vete a casa y emborráchate.

Abrió la puerta, salió rápidamente y caminó por un largo corredor hasta donde se ampliaba formando una estancia con tres puertas. En la del medio decía: JEFE DE DETECTIVES, ENTRE SIN LLAMAR. Delaguerra entró en una sala de recepción atravesada

por una simple reja. Un taquígrafo de la policía miró desde detrás de la reja, y después indicó con la cabeza hacia una puerta interior. Delaguerra abrió una portezuela en la reja, llamó a la puerta interior y entró.

Había dos hombres en la gran oficina. El jefe de detectives Tod McKim estaba sentado tras un pesado escritorio, y miró a Delaguerra con ojos duros cuando éste entró. Era un hombre corpulento, de miembros sueltos, que empezaba a ablandarse. Tenía una cara larga, petulante y melancólica. Uno de sus ojos no estaba del todo quieto en su cara.

El hombre sentado en una silla de respaldo curvo en el extremo del escritorio iba vestido con elegancia. Ante él, en una silla había un sombrero gris perla, unos guantes grises y un bastón de ébano. Tenía una pequeña mata de suave pelo blanco y una cara hermosamente despejada, que mantenía el color rosado gracias al constante masaje. Sonrió a Delaguerra, y le miró vagamente divertido e irónico, mientras fumaba en una larga boquilla de ámbar.

Delaguerra se sentó ante McKim. Después miró al hombre de pelo blanco brevemente y dijo:

—Buenas noches, comisionado.

El comisionado Drew saludó con descuido, pero no habló. McKim se inclinó hacia delante y clavó sus dedos romos, de uñas mordidas, en el brillante escritorio. Dijo tranquilo:

—Se ha tomado su tiempo para venir a informar. ¿Encontró algo?

Delaguerra le miró, una mirada deliberadamente sin expresión.

—No se suponía que pudiera encontrar nada…, como no fuera el cadáver de un ciervo en la parte trasera de mi coche.

Nada cambió en la cara de McKim. No se movió ni un músculo. Drew pasó una rosada y pulida uña por la garganta y chasqueó la lengua.

—Ésa no es manera de contestar al jefe, hijo.

Delaguerra siguió mirando a McKim y esperó. McKim habló lentamente con tristeza.

—Usted tiene un buen historial, Delaguerra. Su abuelo fue uno de los mejores comisarios que nunca haya tenido este condado. Le ha echado usted mucha tierra hoy. Está acusado de violar las leyes de caza, de haber interferido cuando un agente del condado de Toluca cumplía con su deber y de haberse resistido a una orden de arresto. ¿Tiene algo que decir?

Delaguerra dijo sin voz:

—¿Tengo alguna salida?

McKim meneó la cabeza muy lentamente:

—Es una acusación departamental. No hay queja formal. Falta de pruebas, creo. —Sonrió secamente, sin humor.

Delaguerra dijo tranquilamente:

—En ese caso creo que querrá usted mi placa.

McKim asintió, silencioso. Drew dijo:

—Usted es un poco rápido con el gatillo. Un poco rápido para precipitarse.

Delaguerra sacó la placa, la frotó con la manga, la miró y la empujó sobre la pulida madera del escritorio.

—Está bien, jefe —dijo muy suavemente—. Mi sangre es española, totalmente española. Sin mezcla de negro o de yanqui. Mi abuelo hubiera manejado una situación como ésta con menos palabras y más humo de pólvora, pero esto no significa que la cosa sea graciosa para mí. Deliberadamente me han tendido una trampa porque en una época fui íntimo amigo de Donegan Marr. Usted sabe y yo sé que esto nunca contó para nada en mi trabajo. El comisionado y sus padrinos políticos quizá no estén tan seguros.

Drew se puso en pie súbitamente.

—¡Caramba, a mí no puede usted hablarme así! —chilló.

Delaguerra sonrió lentamente. No dijo nada, no miró hacia Drew en ningún momento. Drew volvió a sentarse, haciendo muecas, resoplando fuerte.

Después de un momento, McKim guardó la placa en el cajón del medio del escritorio y se puso en pie.

—Está usted suspendido por el momento, Delaguerra. Manténgase en contacto conmigo. —Salió rápidamente del cuarto, por la puerta interior, sin volverse.

Delaguerra empujó hacia atrás su silla y enderezó el sombrero en su cabeza. Drew se aclaró la garganta, asumió una sonrisa conciliadora y dijo:

—Tal vez me haya precipitado un poco. El irlandés que llevo dentro. No me guarde rencor. La lección que está usted aprendiendo es algo que todos debemos aprender. ¿Me permite que le dé un consejo?

Delaguerra se puso en pie, le sonrió, una sonrisa seca que movió las comisuras de su boca, y dejó el resto de la cara como de madera.

—Ya sé cuál es, comisionado: que no me meta en el caso Marr.

Drew se rió, otra vez de buen humor.

—No exactamente. Ya no existe el caso Marr. Imlay ha reconocido que se produjo un tiroteo, por medio de su abogado, que alegará defensa propia. Se entregará mañana. No, mi consejo era otro. Vaya al condado de Toluca y pídale disculpas al guardabosques. Creo que no es necesario nada más. Pruebe y verá.

Delaguerra se dirigió tranquilamente a la puerta y la abrió. Después se volvió, con una súbita sonrisa relampagueante que mostró todos sus blancos dientes.

—Conozco a un canalla a simple vista, comisionado. A ese guardabosques ya le han pagado por la molestia.

Salió.

Drew contempló cómo se cerraba la puerta con un débil susurro, un clic seco. Su cara estaba rígida de ira. Su piel rosada se había vuelto gris sucio. Su mano temblaba enfurecida, sosteniendo la boquilla de ámbar. La ceniza cayó sobre la rodilla de sus inmaculados y bien planchados pantalones.

—Dios todopoderoso —dijo rígidamente, en el silencio—, eres un escurridizo español de mierda. Tal vez seas tan escurridizo como el hielo…, ¡pero tanto más fácil será abrir un agujero!

Se levantó, entorpecido por la furia, limpió cuidadosamente la ceniza del pantalón y alargó la mano para recoger el sombrero y el bastón. Los dedos de la mano, de esmerada manicura, temblaban.

8

Newton Street entre la Tercera y la Cuarta era una manzana de ropavejerías baratas, casas de empeño, arcadas llenas de máquinas tocadiscos, hoteles mezquinos frente a los cuales hombres de ojos furtivos deslizaban delicadamente palabras a lo largo de sus cigarrillos, sin mover los labios. A la mitad de la manzana un protuberante cartelón de madera en una marquesina decía: SALÓN DE BILLARES DE STOLL. Unos peldaños descendían desde el borde de la acera. Delaguerra bajó los peldaños.

Una oscuridad casi total reinaba frente al salón de juego. Las mesas estaban cubiertas con sus fundas, los tacos enfilados en rígidas hileras. Pero había una luz al fondo, duras luces blancas contra las cuales se apretaban cabezas y se dibujaban siluetas de hombres. Había ruido, discusiones, gritos de apuestas. Delaguerra fue hacia la luz.

Bruscamente, como ante una señal, cesó el ruido y en el silencio se oyó el agudo clic de las bolas, el sonido apagado de una bola chocando a banda y banda, el clic final de una carambola. Entonces empezó otra vez el ruido.

Delaguerra se detuvo ante una mesa con funda y sacó un billete de diez dólares de la cartera, y de un compartimento de la misma una pequeña etiqueta adhesiva. Escribió en ella «¿Dónde está Joey?», la pegó en el billete y lo dobló en cuatro. Se acercó al borde de la multitud y se abrió camino hasta quedar junto a la mesa.

Un hombre alto, pálido, con una cara impávida y pelo castaño pulcramente peinado con raya, frotaba el taco con tiza y estudiaba las posiciones en la mesa. Se inclinó hacia delante y apuntó con fuertes dedos blancos. El ruido del círculo de los que apostaban cayó como una piedra. El hombre alto hizo una carambola suave, sin esfuerzo.

Un hombre de cara gordita, en un taburete alto, cantó:

—Cuarenta para Chill. Ocho de entrada…

El hombre alto frotaba otra vez el taco con tiza. Miró cansadamente a su alrededor. Sus ojos pasaron sobre Delaguerra sin dar ninguna señal. Delaguerra se

acercó más y dijo:

—¿Apuestas, Max? Cinco contra el próximo tiro.

El hombre alto asintió:

—Acepto.

Delaguerra puso el billete doblado en el borde de la mesa. Un muchacho con camisa a rayas lo cogió. Max Chill se lo quitó como si nada, se lo metió en el bolsillo de su chaleco y dijo con voz neutra:

—Apuesta de cinco. —Y se inclinó para hacer otro tiro.

Fue un limpio tiro cruzado sobre la mesa, un tiro de experto. Se oyeron muchos aplausos. El hombre alto tendió el taco al ayudante de la camisa rayada y dijo:

—Descanso. Tengo que ir a un sitio.

Atravesó las sombras, pasó una puerta con el cartel CABALLEROS. Delaguerra encendió un cigarrillo, miró alrededor, hacia los parroquianos habituales de Newton Street. El oponente de Max Chill, otro hombre alto, pálido, impasible, se plantó frente al marcador y habló con él, sin mirarle. Cerca de ellos, solo y desdeñoso, un filipino atractivo, con un elegante traje tostado, aspiraba un cigarrillo color chocolate.

Max Chill volvió a la mesa, recogió su taco y le puso tiza. Metió la mano en el chaleco y dijo con pereza:

—Te debo cinco, compañero. —Y tendió un billete doblado a Delaguerra.

Hizo tres carambolas seguidas, casi sin detenerse. El marcador dijo:

—Cuarenta y cuatro para Chill. Doce de entrada.

Dos hombres se separaron de la multitud y se dirigieron hacia la entrada. Delaguerra marchó tras ellos, y les siguió entre las mesas cubiertas con fundas hasta el pie de la escalera. Se detuvo allí, desenvolvió el billete en la mano y leyó la dirección garabateada en la etiqueta debajo de su pregunta. Estrujó el billete en la mano y empezó a metérselo en el bolsillo.

Algo duro le tocó la espalda. Una voz gangosa como la cuerda de un banjo dijo:

—Conque ayudando a un tipo, ¿eh?

Los hoyos de la nariz de Delaguerra se estremecieron, se afinaron. Miró en los peldaños las piernas de los dos hombres que le precedían, en un brillo reflejado de las luces de la calle.

—Bien —dijo torvamente la voz gangosa.

Delaguerra se dejó caer a un lado, torciéndose en el aire. Echó hacia atrás un brazo que parecía una serpiente. Al caer, su mano se aferró a un tobillo. El rápido disparo no dio en su cabeza, rozó la punta de su hombro y fue como si un dardo de dolor atravesara su brazo izquierdo. Hubo un respirar caliente y duro. Algo sin fuerza golpeó su sombrero de paja. Se oyó una desgarradora risa aguda muy cerca. Él giró, torció el tobillo, metió allí la rodilla, empujó. Se puso en pie ágil como un gato. Apartó con fuerza el tobillo.

El filipino del traje tostado golpeó el suelo con la espalda. Un revólver bailoteó. Delaguerra le dio una patada, arrancándolo de la pequeña mano morena. Se deslizó bajo una mesa. El filipino había quedado quieto de espaldas, la cabeza hacia arriba, el sombrero de ala blanda todavía pegado a su cabeza engominada. Al fondo de la sala de juego el partido a tres bandas seguía pacíficamente. Si alguien había oído el ruido de la pelea, nadie se había movido para investigar. Delaguerra sacó una cachiporra negra del bolsillo y se inclinó. La apretada cara morena del filipino se contrajo.

—Tienes mucho que aprender. Vamos, en pie, hijo.

La voz de Delaguerra era helada, pero despreocupada. El hombre moreno se puso en pie con dificultad, levantó los brazos y después su mano izquierda se deslizó hacia su hombro derecho. La cachiporra la hizo bajar, con un descuidado movimiento de la muñeca de Delaguerra. El hombre moreno chilló agudamente, como un gatito hambriento.

Delaguerra se encogió de hombros. Su boca se movió en una sonrisa sardónica.

—Fuera, ¿eh? Vamos, gato amarillo, hasta otro rato. Ahora estoy ocupado. ¡Largo!

El filipino retrocedió entre las mesas, jadeando. Delaguerra pasó la cachiporra a la mano izquierda y cerró la derecha sobre la culata de un revólver. Permaneció así un momento, mirando al filipino a los ojos. Después se volvió, subió rápido los escalones y se perdió de vista. El hombre moreno avanzó arrimado a la pared y se agachó bajo la mesa buscando su revólver.

9

Joey Chill abrió la puerta de golpe empuñando un revólver corto, gastado, sin punto de mira. Era un hombre pequeño, trajinado, con una cara contraída y preocupada. Necesitaba afeitarse y ponerse una camisa limpia. Un pesado olor animal salía de la habitación.

Bajó el revólver, hizo una mueca agria, entró en la habitación.

—Bien, policía. Le ha costado un buen sudor llegar aquí.

Delaguerra entró y cerró la puerta. Echó hacia atrás el sombrero en su pelo de alambre y miró sin expresión alguna a Joey Chill. Dijo:

—¿Cree que recuerdo la dirección de todos los maleantes de la ciudad? Tuve que pedírsela a Max.

El hombrecito gruñó alto, se apartó, se dejó caer en la cama y metió el revólver bajo la almohada. Cruzó las manos tras la cabeza y parpadeó mirando hacia el techo.

—¿Tiene un billete de cien, policía?

Delaguerra plantó una silla frente a la cama y se sentó en ella. Sacó su pipa y la llenó lentamente, mirando con desagrado la ventana cerrada, la pintura descascarillada de la cabecera de la cama, las sábanas sucias, amontonadas, la

palangana en el rincón con dos toallas manchadas encima, la cómoda desnuda con media botella de ginebra plantada sobre una Biblia.

—¿Pasando una mala racha? —preguntó sin mucho interés.

—Estoy caliente, policía, caliente. Tengo algo que vender, ¿sabe? Vale un billete de cien.

Delaguerra guardó lentamente la petaca, con indiferencia, llevó a la pipa el fósforo encendido y aspiró con exasperante tranquilidad. El hombrecito se revolvía, mirándole de reojo. Delaguerra dijo lentamente:

—Es un buen informador, Joey, siempre lo he dicho. Pero cien dólares es mucho dinero para un simple policía.

—Lo vale, amigo. Si usted quiere que se aclare como es debido el asesinato de Marr.

Los ojos de Delaguerra quedaron fijos y helados. Sus dientes apretaron la pipa. Habló lenta, torvamente.

—Escucho, Joey. Pagaré si lo vale. Es mejor aclararlo, de todos modos.

El hombrecillo se dio la vuelta y se apoyó en el codo.

—¿Sabe quién era la muchacha en ropa interior fotografiada con Imlay?

—La conozco de nombre —dijo tranquilo Delaguerra—. No he visto las fotos.

—Stella La Motte es un seudónimo. El verdadero nombre es Stella Chill. Mi hermanita.

Delaguerra cruzó los brazos en el respaldo de la silla.

—Muy bonito —dijo—, siga.

—Ella se la armó, policía. Le chantajeó por unos gramitos de heroína de un filipino de ojos sesgados.

—¿Filipino? —Delaguerra dijo la palabra rápida, duramente. Su cara estaba tensa ahora.

—Sí, un tipo moreno. Buscavidas, bien vestido, traficante de drogas. Un mierda. Nombre: Toribo. Le llaman el Niño Caliente. Vive en un apartamento frente al de Stella. Le pasaba drogas. Después la metió en el asunto. Ella puso unas gotitas en el alcohol de Imlay y él se durmió. Dejó entonces que el filipino tomara fotos con su cámara… Hábil, ¿eh?… Y después, como una ramera, se arrepintió y nos soltó toda la historia a Max y a mí.

Delaguerra asintió silencioso, casi rígido.

El hombrecillo hizo una aguda mueca, que mostró todos sus pequeños dientes.

—¿Qué podía hacer yo? Seguir al filipino. Me convertí en su sombra, policía. Y después de un tiempo le seguí hasta el apartamento del rascacielos donde vive Dave Aage, en el Vendome… Creo que esto vale algo.

Delaguerra asintió lentamente, sacudió un poco de ceniza en la palma de la mano y la sopló:

—¿Alguien más está enterado?

—Max. Me apoyará, si lo maneja usted bien. Pero no quiere ninguna parte en esto. No le van estos juegos. Le dio dinero a Stella para que se fuera de la ciudad y zanjó el asunto. Porque esos tipos son duros.

—Max no podía saber hasta dónde siguió usted al filipino, Joey.

El hombrecillo se incorporó de golpe y puso los pies en el suelo de un salto. Su cara se volvió taciturna.

—No le engaño, policía. Nunca le he engañado.

Delaguerra dijo tranquilo:

—Lo creo, Joey. Pero quiero más pruebas. ¿Qué opina usted del asunto?

El hombrecillo resopló.

—La cosa está tan clara que hace daño. El filipino debía de trabajar antes para Masters y Aage, o tal vez llegaron a un acuerdo. Después Marr recibió las fotos y es seguro que no iba a soltarlas sin más ni más, porque él no sabía que ellos también las tenían. Imlay quería ser elegido juez, apoyado por ellos. Es uno de ellos, y sigue siendo un bandido. Y además bebe y tiene mal carácter. Eso es sabido.

Los ojos de Delaguerra brillaron un poco. El resto de su cara era como de madera tallada. La pipa en su boca era tan silenciosa como si fuera de cemento.

Joey Chill prosiguió, con una mueca:

—Entonces jugaron a lo grande. Mandaron las fotos a Marr, sin que Marr supiera de dónde venían. Después informaron a Imlay de quién las tenía, lo que eran, y le dijeron que Marr iba a apretarle. ¿Y qué podía hacer un tipo como Imlay? Salió de caza, policía…, y John Masters el Grandullón y sus compañeros iban a comerse el pato…

—O el venado —dijo Delaguerra ausente.

—¿Cómo? Bueno, la cosa funciona, ¿no?

Delaguerra sacó la cartera, extrajo el dinero, contó los billetes sobre la rodilla, los enrolló y los tiró sobre la cama.

—Quisiera unas líneas para Stella, Joey. ¿Me las da?

El hombrecillo metió el dinero en el bolsillo de la camisa y meneó la cabeza.

—No, no puedo. Inténtelo de nuevo con Max. Creo que ella se ha ido de la ciudad, y yo también me iré, ahora que tengo dinero. Porque esos tipos son duros como le dije… y tal vez no hice tan bien el seguimiento…, porque alguien me ha estado siguiendo a mí… —Se puso en pie y bostezó—. ¿Un poco de ginebra?

Delaguerra meneó la cabeza y observó al hombrecillo que iba hacia la cómoda, levantaba la botella de ginebra y ponía una generosa dosis en un vaso. Vació el vaso y fue a dejarlo sobre la mesa.

El cristal de la ventana tintineó. Hubo un ruido como el suelto abofetear de un guante. Un pedacito del cristal de la ventana cayó al suelo de madera, más allá de la

alfombra, casi a los pies de Joey Chill.

El hombrecillo permaneció inmóvil durante dos o tres segundos. Después el vaso cayó de su mano y rodó contra la pared. Sus piernas cedieron. Cayó de lado, lentamente, y giró sobre la espalda.

La sangre empezó a manar espesa por la mejilla, desde un agujero sobre el ojo izquierdo. Corrió más rápido. El agujero se agrandó y se puso rojo. Los ojos de Joey Chill miraron sin expresión el techo, como si esas cosas ya no le importaran.

Delaguerra se deslizó rápido de la silla, y se apoyó en las manos y las rodillas. Gateó a lo largo de la cama, hacia la pared de la ventana, tendió la mano y tanteó dentro de la camisa de Joey Chill. Sostuvo los dedos un rato sobre el corazón, los retiró y meneó la cabeza. Quedó encorvado en cuclillas, se quitó el sombrero, levantó con cuidado la cabeza hasta poder ver por un extremo de la ventana.

Vio la alta pared desnuda de unos almacenes, al otro lado del callejón. Había ventanas diseminadas en la pared, muy arriba, ninguna iluminada. Delaguerra volvió a bajar la cabeza, y dijo tranquilamente, conteniendo el aliento:

—Un rifle con silenciador, quizá. Y dispararon muy bien.

Su mano se movió de nuevo y con desdén sacó el fajo de billetes del bolsillo de la camisa de Joey. Avanzó arrimado a la pared hacia la puerta, siempre agazapado, extendió la mano y sacó la llave de la puerta, la abrió, se enderezó y salió rápido. Cerró con llave por fuera.

Siguió por un sucio corredor y bajó cuatro peldaños hasta un sucio vestíbulo. El vestíbulo estaba vacío. Había un mostrador con una campanilla encima y nadie detrás de él. Delaguerra se plantó ante la puerta de cristal y miró al otro lado de la calle, hacia una casa de madera donde se alquilaban habitaciones. Había un par de viejos meciéndose en sus hamacas en el porche, fumando. Parecían muy pacíficos. Los observó un par de minutos.

Salió, recorrió con agudas miradas ambos lados de la calle y anduvo junto a los coches aparcados, hacia la próxima esquina. Dos manzanas más allá, cogió un taxi y regresó al salón de Stoll, en Newton Street. Ahora, las luces estaban encendidas en toda la sala de juego. Las bolas resonaban y rodaban, los jugadores se movían dentro y fuera de un denso halo de humo de cigarrillos.

Delaguerra miró a su alrededor y después se dirigió hacia el hombre de la cara gorda, sentado en un taburete junto a la caja registradora.

—¿Usted es Stoll?

El hombre de la cara gorda asintió.

—¿Adónde ha ido Max Chill?

—Se fue hace rato, hermano. Sólo jugaron un centenar… Habrá vuelto a su casa, supongo.

—¿Dónde vive?

El hombrecillo de cara gorda le lanzó una rápida mirada parpadeante, que pasó como un rayo de luz.

—No sé.

Delaguerra se llevó la mano al bolsillo donde había llevado la placa. La dejó caer de nuevo… procurando que no cayera tan rápido. El hombre de la cara gorda hizo una mueca.

—Policía, ¿eh? Vive en el Mansfield, tres manzanas al oeste de Grand.

10

Ceferino Toribo, el guapo filipino del traje bien cortado, recogió las monedas del mostrador en la oficina del telégrafo y sonrió a la aburrida rubia que le atendía.

—¿Saldrá enseguida, tesoro?

Ella miró heladamente el mensaje.

—¿Al hotel Mansfield? Llegará en veinte minutos. Y guárdese lo de «tesoro».

—Está bien, tesoro.

Toribo se contoneó con elegancia al salir de la oficina. La rubia empujó el mensaje con el codo y dijo por encima del hombro:

—¡Este tipo debe de estar loco! ¡Mandar un telegrama a un hotel que queda a tres manzanas!

Ceferino Toribo avanzó por Spring Street, dejando una estela de humo, por encima de su pulcro hombro, que salía de un cigarrillo color chocolate. En la Cuarta dobló hacia el oeste, anduvo tres travesías más y se volvió hacia la entrada lateral del Mansfield, por la peluquería. Subió unos escalones de mármol hasta el entresuelo, pasó por la parte de atrás de un salón escritorio y subió los peldaños alfombrados hasta el tercer piso. Dejo atrás los ascensores y avanzó contoneándose por un largo corredor, mirando los números de las puertas.

Volvió hacia los ascensores y a medio camino se sentó en un espacio abierto donde había un par de ventanas que daban a un patio, una mesa de cristal y sillones. Sacó de la pitillera un nuevo cigarrillo, lo encendió, se echó hacia atrás y escuchó los ascensores.

Se inclinaba bruscamente hacia delante cuando un ascensor se detenía en el piso, y escuchaba los pasos. Los pasos se acercaron diez minutos después. Él se puso en pie y fue al extremo de la pared, donde empezaba el claro. Sacó un largo revólver delgado de bajo el brazo derecho, lo pasó a la mano derecha y lo sostuvo contra la pared, junto a su pierna.

Un mensajero filipino cuadrado y marcado de viruela avanzaba por el pasillo, con una pequeña bandeja. Toribo produjo un sonido sibilante y levantó el revólver. El filipino cuadrado giró. Su boca se abrió y sus ojos se le salieron de las órbitas al ver el revólver.

Toribo dijo:

—¿A qué habitación vas?

El filipino cuadrado sonrió muy nervioso, para aplacarle. Se acercó, mostró a Toribo un sobre amarillo en la bandeja. El número 338 estaba escrito a lápiz en el sobre.

—Deja eso —dijo Toribo con calma.

El filipino cuadrado dejó el telegrama sobre la mesa. No apartaba la mirada del revólver.

—Fuera —dijo Toribo—. Lo has metido bajo la puerta, ¿comprendes?

El filipino cuadrado torció la redonda cabeza negra, sonrió otra vez nervioso y se dirigió apresurado hacia los ascensores.

Toribo metió el revólver en el bolsillo de la chaqueta y sacó un papel blanco doblado. Lo abrió con cuidado, sacudió de él un brillante polvo blanco en el hueco formado por el pulgar izquierdo y el índice. Aspiró rápidamente el polvo, sacó un pañuelo de seda color fuego y se limpió la nariz.

Permaneció inmóvil un rato. Sus ojos adquirieron la opacidad de la pizarra y la piel de su cara morena pareció ponerse tirante sobre sus pronunciados pómulos. Respiró con fuerza entre los dientes.

Recogió el sobre amarillo, siguió hasta el final del corredor, se detuvo ante la última puerta y llamó.

Contestó una voz desde dentro. Él acercó los labios a la puerta y dijo con voz deferente, chillona:

—Telegrama para usted, señor.

Crujieron los muelles de una cama. Se oyeron pasos. Giró una llave en la cerradura y se abrió la puerta. Toribo había vuelto a sacar el delgado revólver. Cuando la puerta se abrió, se deslizó rápido por la abertura, de costado, con un gracioso movimiento de caderas. Puso el cañón del delgado revólver contra el abdomen de Max Chill.

—¡Atrás! —amenazó, y su voz tenía ahora el tono metálico de una cuerda de banjo.

Max Chill retrocedió, apartándose del revólver. Llegó hasta la cama y se sentó, cuando sus piernas chocaron con ella. Crujieron los muelles y se oyó el ruido de papel estrujado de un periódico. La pálida cara de Max Chill, bajo el pelo castaño pulcramente dividido por una raya, no tenía ninguna expresión.

Toribo cerró suavemente la puerta y corrió el cerrojo. Cuando se corrió el cerrojo la cara de Max Chill se convirtió súbitamente en una cara enfermiza. Sus labios empezaron a temblar, siguieron temblando.

Toribo dijo burlón, con voz nasal:

—Le cantaste a la policía, ¿eh? *Adiós*.

El delgado revólver saltó en su mano y siguió saltando.

Un poco de humo pálido asomó en el cañón. El ruido del revólver no era mayor que el de un martillo golpeando un clavo, o unos nudillos golpeando secamente contra la madera. Siete veces se repitió el ruido.

Max Chill se acostó muy lentamente en la cama. Sus pies seguían en el suelo. Su mirada estaba vacía, sus labios separados y una espuma rojiza brotó entre ellos. Apareció sangre en diversos puntos de su holgada camisa. Permaneció inmóvil de espaldas, mirando hacia el techo con los pies siempre en el suelo y la espuma rojiza burbujeando en los azulados labios.

Toribo pasó el revólver a la mano izquierda y lo guardó en el sobaco. Se deslizó hacia la cama y permaneció allí, mirando a Max Chill. Después de un rato la espuma roja dejó de burbujear y la cara de Max Chill fue la tranquila y vacía cara de un muerto.

Toribo volvió a la puerta y empezó a retroceder, sin apartar la mirada de la cama. Hubo un leve movimiento tras él.

Empezó a girar, mientras tendía la mano. Algo le golpeó en la cabeza. El suelo vaciló curiosamente ante sus ojos, se precipitó contra su cara. No supo en qué momento el suelo se la golpeó.

Delaguerra pateó las piernas del filipino para apartarlas de la puerta y meterlas en la habitación. Cerró la puerta, hizo girar la llave y caminó muy tieso hacia la cama, balanceando la cachiporra. Permaneció largo rato ante la cama. Después dijo, conteniendo el aliento:

—Están haciendo limpieza… Sí, están haciendo limpieza.

Volvió junto al filipino, le dio la vuelta y le registró los bolsillos. Había una bonita cartera sin ningún documento de identificación, un encendedor de oro con rubíes, una pitillera de oro, un lápiz y una navaja de oro, el pañuelo de color fuego, unas monedas sueltas, dos revólveres, unos clips para sujetarlos, y cinco paquetes de polvo de heroína en el bolsillo delantero del traje color tostado.

Lo dejó todo tirado en el suelo y se puso en pie. El filipino respiraba pesadamente, con los ojos cerrados. Un músculo se agitaba en su mejilla. Delaguerra sacó del bolsillo un rollo de alambre fino y lo enrolló alrededor de las muñecas morenas del hombre, a su espalda. Lo arrastró hasta la cama, lo sentó contra la pata, le pasó alambre por el cuello y lo ató a la pata de la cama. Ató el pañuelo color llama en el lazo de alambre.

Fue al cuarto de baño, llenó un vaso de agua y lo arrojó con fuerza a la cara del filipino.

Toribo se contrajo y se retorció cuando el alambre le tiró del cuello. Sus ojos se abrieron de golpe. Abrió la boca para chillar.

Delaguerra apretó el alambre contra el cuello moreno. El aullido se cortó, como

con un resorte. Se oyó un gorjeo de angustia. La boca de Toribo babeó.

Delaguerra aflojó otra vez el alambre y acercó su cabeza a la del filipino. Le habló amablemente, con una gentileza seca, muy apagada.

—Querías hablar conmigo, guapo. Tal vez no enseguida, tal vez no muy pronto. Pero, después de un tiempo, ibas a querer hablarme.

Los ojos del filipino giraron amarillentos. Escupió. Después sus labios se apretaron, tensos.

Delaguerra sonrió con una débil y torva sonrisa.

—Un tipo duro —dijo suavemente.

Hizo girar el pañuelo, lo apretó con fuerza, tenso, mordiendo el cuello moreno sobre la nuez de Adán.

Las piernas del filipino empezaron a saltar en el suelo. Su cuerpo se agitó en súbitas arremetidas. El moreno de su cara se convirtió en un espeso y congestionado púrpura. Sus ojos saltaron, inyectados en sangre.

Delaguerra soltó otra vez el alambre.

El filipino resopló en busca de aire. Su cabeza se bamboleó y después saltó contra la pata de la cama. Un escalofrío le sacudió.

—Sí…, hablaré —dijo.

11

Cuando sonó el timbre, Toomey Cabeza Dura puso cuidadosamente una ennegrecida ficha de diez en una sota roja. Después se lamió los labios, depositó todas las cartas y miró hacia la puerta delantera del bungalow, a través de la arcada del comedor. Lentamente, se incorporó. Era un gran bruto con suelto pelo gris y una gran nariz.

En la sala de estar, más allá de la arcada, una delgada muchacha rubia yacía en un diván, leyendo una revista bajo una lámpara con una pantalla rojiza rota. Era bonita, pero demasiado pálida, y sus delgadas y arqueadas cejas le daban una expresión de sorpresa. Dejó a un lado la revista, puso los pies en el suelo y miró a Toomey Cabeza Dura con un agudo y súbito miedo en los ojos.

Toomey señaló en silencio con el pulgar. La muchacha se puso en pie, atravesó rápidamente la arcada y pasó a la cocina por una puerta de resortes.

Cerró despacio la puerta, para no hacer ruido.

El timbre sonó de nuevo, más largamente. Toomey metió en unas zapatillas sus pies enfundados en calcetines blancos, coloco sobre su gran nariz unas gafas y agarró un revólver de un sillón que tenía al lado. Recogió un arrugado periódico del suelo y lo colocó ante el revólver que sostenía en la mano izquierda. A zancadas, sin prisa, se dirigió hasta la puerta delantera.

Bostezó al abrir, mirando con ojos adormilados tras los lentes al hombre alto que estaba en el porche.

—Bien —dijo—, ¿qué quiere?

Delaguerra dijo:

—Soy oficial de policía. Quiero ver a Stella La Motte.

Toomey Cabeza Dura levantó un brazo como un tronco, lo atravesó en el marco de la puerta y se apoyó sólidamente contra este. Su expresión siguió siendo aburrida.

—Está equivocado, jefe. Aquí no hay ninguna muñeca.

Delaguerra dijo:

—Entraré a ver.

Toomey dijo alegremente:

—¿Va a entrar?… ¡Caramba!

Delaguerra extrajo del bolsillo un revólver, suave y rápidamente, y golpeó con él la muñeca izquierda de Toomey. El periódico y el gran revólver cayeron al suelo del porche. La cara de Toomey adquirió una expresión algo menos aburrida.

—Es un truco muy viejo —exclamó Delaguerra—. Entremos.

Toomey sacudió la muñeca izquierda, retiró el otro brazo del marco de la puerta y lo lanzó con fuerza contra la mandíbula de Delaguerra. Delaguerra apartó la cabeza unos centímetros. Frunció el ceño y produjo un chasquido de desaprobación con la lengua y los labios.

Toomey se precipitó contra él. Delaguerra se hizo a un lado y golpeó con el revólver la gran cabeza gris. Toomey cayó de bruces, mitad en la casa y mitad en el porche. Gruñó, plantó las manos firmemente en el suelo y empezó a incorporarse, como si nada hubiera pasado. Delaguerra apartó de una patada el revólver de Toomey. Una puerta de resortes dentro de la casa hizo un leve ruido. Toomey estaba apoyado en una rodilla y una mano mientras Delaguerra prestaba atención al ruido. Lanzó un puñetazo al estómago de Delaguerra y le alcanzó. Delaguerra gruñó y volvió a golpear a Toomey en la cabeza, con fuerza. Toomey meneó la cabeza, rezongó:

—Darme a mí con la cachiporra es perder el tiempo, jefe.

Se dejó caer de lado, se apoderó de la pierna de Delaguerra y la levantó del suelo. Delaguerra quedó sentado en las tablas del porche, estorbando la entrada. Su cabeza golpeó contra el lado del zaguán. Quedó aturdido.

La rubia delgada se precipitó por la arcada, con un revólver automático en la mano. Apuntó con él a Delaguerra, y dijo furiosa:

—¡Largo de aquí, basura!

Delaguerra meneó la cabeza, quiso decir algo, y después contuvo el aliento, porque Toomey le retorcía el pie. Éste apretó los dientes y retorció el pie como si estuviera solo en el mundo con ese pie, y ese pie le perteneciera, y pudiera hacer con él lo que le diera la gana.

La cabeza de Delaguerra dio un respingo y su cara se puso blanca. Su boca se

contrajo en una dura mueca de dolor. Se tendió, se apoderó del pelo de Toomey con la mano izquierda, tiró de la gran cabeza hasta que el mentón asomó, a la fuerza, y lo golpeó con la culata del revólver.

Toomey se aflojó como una masa inerte, cayó sobre las piernas y giró hacia el suelo. Delaguerra no se podía mover. Se apoyaba en el suelo con la mano derecha, procurando no ser aplastado por el peso de Toomey. No pudo levantar del suelo la mano derecha con el revólver. La rubia estaba ahora cerca de él, con los ojos enloquecidos, la cara pálida de rabia.

Delaguerra dijo, con voz agotada:

—No sea tonta, Stella. Joey…

La cara de la rubia era antinatural. Sus ojos no eran naturales, con pupilas pequeñas. Un extraño resplandor apagado brillaba en ellos.

—¡Policía! —gritó casi—. ¡Policía, ah, cuánto los odio!

El revólver en la mano estalló. Los ecos llenaron el cuarto, salieron por la puerta abierta, murieron contra la alta valla de madera de la calle.

Un golpe brusco, como el que se da a un clavo, hirió el costado izquierdo de la cabeza de Delaguerra. Brilló una luz…, una cegadora luz blanca que colmó el mundo. Después todo fue oscuro. Él cayó sin ruido, en la oscuridad sin fin.

12

La luz volvió como una niebla roja ante sus ojos. Un dolor duro, amargo, rasgó el costado de su cabeza, toda su cara, y se detuvo entre sus dientes. Su lengua estaba caliente y espesa cuando intentó moverla. Procuró mover las manos. Estaban lejos de él, no eran sus manos.

Después abrió los ojos, la niebla roja desapareció y se encontró mirando una cara. Era una cara grande, muy cerca de él, una cara enorme. Era gorda, tenía suaves mandíbulas azuladas y había un cigarro con una banda brillante en la boca de gruesos labios, que hacía una mueca. La cara reía. Delaguerra cerró los ojos otra vez y el dolor le invadió, le sumergió. Se desmayó.

Pasaron segundos, o años. De nuevo veía la cara. Oyó una voz gruesa.

—Bueno, está con nosotros de nuevo. Bravo, muchacho…

La cara se acercó más, la punta del cigarro brilló como una cereza. Después tosió carraspeando, echando humo. El costado de la cabeza de Delaguerra parecía abrirse. Sintió que la sangre se deslizaba por su mejilla, cosquilleando la piel, y después que se deslizaba por una dura costra de sangre que ya se había secado en su cara.

—Eso le sentará bien —dijo la voz gruesa.

Otra voz, con algo de acento irlandés, dijo algo amable y obsceno.

La gran cara giró hacia el ruido, rezongando.

Delaguerra despertó del todo en ese momento. Vio claramente la habitación y a

los cuatro personajes que estaban en ella. La gran cara era la cara de John Masters el Grandullón.

La rubia delgada estaba acurrucada en un extremo del diván, mirando el suelo con expresión de drogada, los brazos rígidos a los lados, las manos ocultas entre los almohadones.

Dave Aage apoyaba el largo cuerpo delgado contra una pared, junto a una ventana encortinada. Su cara en forma de cuña parecía aburrida. El comisionado Drew estaba en el otro extremo del diván, bajo la lámpara deshilachada. La luz ponía plata en su pelo. Sus ojos azules eran muy brillantes, intensos.

Había un brillante revólver en la mano de John Masters el Grandullón. Delaguerra parpadeó hacia el revólver y empezó a levantarse. Una mano le empujó el pecho y le hizo retroceder. Una oleada de náusea le atravesó. La voz gruesa dijo rudamente:

—Quieto, gatito. Ya te has divertido. Esta fiesta es nuestra.

Delaguerra se mojó los labios, dijo:

—Denme agua.

Dave Aage se apartó de la pared y atravesó la arcada del comedor. Volvió con un vaso y lo llevó a la boca de Delaguerra. Delaguerra bebió.

Masters dijo:

—Los tienes bien puestos, poli. Pero no hiciste lo que debías hacer. Parece que no entiendes las sugerencias. Es una pena. Esto te liquida. ¿Entiendes?

La rubia volvió la cabeza y miró a Delaguerra con ojos pesados; luego siguió mirando a lo lejos. Aage regresó junto a la pared. Drew empezó a acariciarse un lado de la cara, con dedos nerviosos, como si la ensangrentada cabeza de Delaguerra hiciera doler su propia cara.

Delaguerra dijo lentamente:

—Matándome sólo conseguirás que te cuelguen un poco más alto, Masters. Un imbécil con buena racha sigue siendo un imbécil. Ya has matado a dos hombres sin motivo. Ni siquiera sabes lo que estás queriendo tapar.

El hombre grandote soltó algunas palabrotas, levantó el brillante revólver y después lo bajó con lentitud, con una penetrante mirada de soslayo. Aage dijo con indolencia:

—Tranquilo, John. Hay que dejarle hablar.

Delaguerra dijo con la misma voz baja, descuidada:

—La dama aquí presente es hermana de los dos hombres a los que habéis matado. Ella os había contado la historia de cómo habían comprometido a Imlay, os dijo quién tenía las fotos, cómo habían ido a parar a manos de Donegan Marr. El filipino ha cantado un poco. He pescado bastante bien la idea general. No podíais estar seguros de que Imlay fuera a matar a Marr. Tal vez Marr matara a Imlay. Pero la cosa os convenía de cualquiera de las dos formas. Sólo que, si Imlay mataba a Marr, el caso

tenía que resolverse pronto. Y allí es donde resbalasteis. Empezasteis a tapar el asunto antes de saber realmente lo que había sucedido.

Masters dijo con rudeza:

—Rápido, poli, rápido. Me haces perder tiempo.

La rubia volvió la cabeza hacia Delaguerra, hacia la espalda de Masters. Había un rudo odio verde en sus ojos. Delaguerra se encogió levemente, siguió:

—Fue un trabajo de rutina enviar asesinos a los hermanos Chill. Fue trabajo de rutina sacarme de la investigación, comprometerme y hacerme suspender porque creíais que yo estaba en la nómina de Marr. Pero no fue rutina cuando no pudisteis encontrar a Imlay, y eso os hizo reventar.

Los duros ojos negros de Masters se volvieron enormes y vacíos. Su grueso cuello se hinchó. Aage se apartó de la pared y permaneció rígido. Después de un momento, Masters rechinó los dientes y habló con mucha calma:

—Eso es bonito, poli. Hablemos de eso.

Delaguerra se tocó la cara manchada con la punta de dos dedos, y se los miró. Sus ojos parecieron viejos, sin profundidad.

—Imlay está muerto, Masters. Fue asesinado antes de que mataran a Marr.

La sala se quedó en silencio. Nadie se movía en él. Las cuatro personas que Delaguerra miraba estaban heladas de sorpresa. Después de un largo rato, Masters aspiró ruidosamente, dejó salir el aire y casi murmuró:

—Cuenta, policía, cuenta rápido o si no…

La voz de Delaguerra le interrumpió con frialdad, sin emoción alguna:

—Imlay fue a ver a Marr, efectivamente. ¿Por qué no iba a hacerlo? No sabía que le traicionaban. Pero fue anoche, no hoy. Fue con él hasta la cabaña en Puma Lake, para arreglar las cosas de manera amistosa. Ésa era la idea, de todos modos. Luego, una vez allí, pelearon e Imlay murió, cayó por el extremo del porche, se rompió la cabeza contra unas rocas. Está bien muerto en el cobertizo de la cabaña de Marr… Bien, Marr escondió el cuerpo y volvió a la ciudad. Y hoy recibió una llamada telefónica mencionando el nombre de Imlay y pidiéndole una cita para las doce y cuarto. ¿Qué podía hacer Marr? Esperar, claro, mandar a la empleada fuera para almorzar, tener un revólver a mano por si lo necesitaba aprisa. Estaba preparado para cualquier emergencia. Pero el visitante le engañó y él no usó el revólver.

Masters dijo con un gruñido:

—¡Mierda, hombre, se está haciendo el listo! Usted no puede saber todo eso. —Y se volvió a mirar a Drew.

Drew tenía la cara gris, tensa. Aage se separó algo más de la pared y se acercó a Drew. La muchacha rubia no movía un músculo.

Delaguerra dijo cansadamente:

—Claro que estoy adivinando, pero adivino para ordenar los hechos. Tiene que

ser así. Marr no era torpe con el revólver y estaba fuera de sí, preparado. ¿Por qué no disparó? Porque fue una mujer quien le visitó.

Levantó un brazo, señaló a la rubia.

—Ahí está la asesina. Estaba enamorada de Imlay, aunque le chantajeó. Es una ramera y las rameras son así. Después se arrepintió, se puso triste y fue ella misma a matar a Marr. ¡Pregúntele!

La rubia se puso en pie con un ademán lento. Su mano derecha surgió de bajo los almohadones con un pequeño revólver automático, el mismo con el que había disparado contra Delaguerra. Sus ojos verdes eran pálidos, vacíos, fijos. Masters giró y apuntó al brazo de la muchacha con el brillante revólver.

Ella disparó dos veces seguidas, sin la menor vacilación. La sangre brotó del grueso cuello de él y manchó la parte delantera de su chaqueta. Trastabilló y dejó caer el brillante revólver casi a los pies de Delaguerra. Cayó hacia delante, hacia la pared, detrás de la silla de Delaguerra, y tanteó con un brazo en busca de la pared. Su mano la alcanzó y la arañó al caer. Se desplomó pesadamente y no volvió a moverse.

Delaguerra tenía el brillante revólver casi en la mano. Drew se había puesto en pie y chillaba. La muchacha se volvió lenta hacia Aage, ignorando a Delaguerra. Aage extrajo una Luger de bajo el brazo y empujó a Drew, quitándole del medio. El pequeño revólver automático y la Luger rugieron al mismo tiempo. El pequeño revólver no dio en el blanco. La muchacha cayó sobre el diván, apretándose un pecho con la mano izquierda. Sus ojos giraron, e intentó levantar otra vez el revólver. Después cayó de lado sobre los almohadones y su mano izquierda quedó floja, abandonando el pecho. La parte delantera de su vestido fue una súbita inundación de sangre. Sus ojos se abrieron y se cerraron, se abrieron de nuevo y quedaron abiertos.

Aage giró la Luger hacia Delaguerra. Sus cejas estaban contraídas en una aguda mueca de intenso esfuerzo. Su pelo color arena, lisamente peinado, se pegaba a su huesudo cráneo, como si estuviera pintado en él.

Delaguerra disparó cuatro veces contra él, tan rápidamente que las explosiones fueron como el tabletear de una ametralladora.

En el segundo antes de la caída, la cara de Aage se convirtió en la cara delgada y vacía de un viejo, sus ojos fueron los ojos huecos de un idiota. Después, su largo cuerpo cayó de lado al suelo, sujetando aún la Luger en la mano. Una pierna se dobló debajo de él, como si no tuviera huesos.

El olor a pólvora era penetrante. El aire resonaba con el ruido de los disparos. Delaguerra se puso lentamente en pie y se movió hacia Drew con el brillante revólver.

—Su fiesta, comisionado. ¿Es así como la quería?

Drew asintió lentamente, con la cara blanca, estremecido. Tragó saliva, atravesó lentamente la sala y pasó junto al cuerpo tendido de Aage. Miró a la muchacha en el

diván y meneó la cabeza. Se acercó a Masters, se apoyó en una rodilla junto al cuerpo y lo tocó. Volvió a incorporarse.

Delaguerra dijo:

—Perfecto. ¿Qué pasó con el grandote, el matón?

—Lo mandaron lejos. No creo que quisieran matarle a usted, Delaguerra.

Delaguerra asintió levemente. Su cara empezó a ablandarse, las rígidas líneas desaparecieron. El lado que no era una máscara manchada de sangre empezó a parecer otra vez humano. Se limpió la cara con un pañuelo. Lo retiró empapado de brillante sangre roja. Lo tiró lejos y lentamente se peinó con los dedos el revuelto pelo. Algunas mechas estaban llenas de sangre coagulada.

—Vaya si querían —dijo.

La casa estaba silenciosa. No había ruidos afuera. Drew escuchó, olfateó, fue hacia la puerta delantera y miró. La calle estaba oscura, silenciosa. Volvió junto a Delaguerra. Lentamente, una sonrisa se abrió paso en su cara.

—Es endiablado —dijo— que un comisionado de policía tenga que cubrirse a sí mismo… y que un simple policía tenga que ser dejado de lado para ayudarle.

Delaguerra le miró sin expresión.

—¿Es así como quiere que quede la cosa?

Drew habló ahora con calma. El color rosado había vuelto a su cara.

—Por el bien del departamento, hombre, y de la ciudad… y por todos nosotros…, es lo mejor que podemos hacer.

Delaguerra le miró fijamente a los ojos.

—Acepto —dijo con voz muerta—, si la cosa es así *exactamente*.

13

Marcus frenó el coche y contempló con una mueca admirativa la casa, a la sombra de los grandes árboles.

—Muy bonito —dijo—, me gustaría descansar aquí un tiempo.

Delaguerra bajó del coche lentamente, como si estuviera agarrotado y muy cansado. Llevaba la cabeza descubierta, el sombrero de paja bajo el brazo. Parte del lado izquierdo de su cabeza estaba afeitada y cubierta con gasas y esparadrapo que ocultaban los puntos de sutura. Un mechón de pelo liso y negro sobresalía por el borde del vendaje, con un efecto grotesco.

—Sí…, pero yo no me quedo, amigo. Espérame.

Avanzó por el sendero de piedras que serpenteaba entre la hierba. Los árboles proyectaban largas sombras sobre el césped, en la luz de la mañana. La casa estaba muy silenciosa, con las persianas bajas, una guirnalda oscura en la aldaba de bronce. Delaguerra no fue hasta la puerta. Giró por otro sendero bajo las ventanas y avanzó siguiendo la casa, junto a los parterres de gladiolos.

Había más árboles en el fondo, más césped, más flores, más sol y sombra. Había un estanque con lirios acuáticos y un gran sapo de piedra. Más allá había un semicírculo de sillas de jardín, alrededor de una mesa de hierro con cubierta de azulejos. En uno de los sillones estaba sentada Belle Marr.

Llevaba un vestido blanco y negro, suelto e informal, y un sombrero de anchas alas sobre su pelo castaño. Estaba muy quieta, mirando el césped en la distancia. Su cara estaba pálida. El maquillaje se destacaba en ella.

Volvió lentamente la cabeza, sonrió sin alegría y señaló un asiento a su lado. Delaguerra no se sentó. Retiró el sombrero de paja de bajo el brazo, pasó un dedo por el ala y dijo:

—El caso está cerrado. Habrá averiguaciones, investigaciones, amenazas, mucha gente gritará para lograr publicidad, y este tipo de cosas. Los periódicos se cebarán en el asunto durante un tiempo. Pero por lo bajo, en el informe, todo está cerrado. Puedes empezar a olvidar.

La muchacha le miró súbitamente, abrió sus vivos ojos azules, apartó la vista y miró el césped.

—¿Te duele mucho la cabeza, Sam? —preguntó con suavidad.

Delaguerra dijo:

—No. Estoy bien… Lo que quiero decir es que esa muchacha, La Motte, mató a Masters… y a Donny. Y Aage la mató a ella. Y yo maté a Aage. Todos muertos en círculo. Cómo murió Imlay, es algo que tal vez nunca descubramos. No creo que importe ahora.

Sin mirarle, Belle Marr dijo tranquilamente:

—Pero ¿cómo supiste que era Imlay quien había estado en la cabaña? El periódico… —Se interrumpió y se estremeció súbitamente.

Él contempló con cara inexpresiva el sombrero que tenía en la mano.

—Yo no lo sabía. Pero supuse que una mujer había disparado contra Donny. Fue un buen presentimiento suponer que era Imlay el muerto de la cabaña del lago. La descripción coincidía.

—¿Cómo supiste que era una mujer… quien mató a Donny? —Su voz tenía una prolongada quietud, casi murmuraba.

—Simplemente lo supe.

Caminó unos pasos y se puso a mirar los árboles.

Lentamente dio la vuelta, regresó y permaneció otra vez ante el sillón de ella. Su cara parecía agotada.

—Fuimos muy felices juntos…, nosotros tres. Tú, Donny, yo. La vida juega malas pasadas a la gente. Todo se ha ido ahora…, toda la parte buena.

La voz de ella era aún un murmullo al decir:

—Tal vez no se haya ido del todo, Sam. A partir de ahora tendremos que vernos

mucho.

Una vaga sonrisa movió las comisuras de los labios de él y desapareció de nuevo.

—Es la primera vez que me he comprometido en algo —dijo con tranquilidad—, y espero que sea la última.

La cabeza de Belle Marr dio un pequeño respingo. Sus manos se aferraron al brazo del sillón, parecieron blancas contra la madera barnizada. Todo su cuerpo se puso rígido.

Transcurrido un instante, Delaguerra metió la mano en el bolsillo y algo dorado brilló en su mano. Lo miró con aire cansado.

—Me devolvieron la placa —dijo—. No tan limpia como estaba, pero tan limpia como la de la mayoría, supongo. Procuraré mantenerla así. —Volvió a guardarla en el bolsillo.

Con mucha lentitud, la muchacha se puso en pie ante él. Levantó el mentón y le miró con una larga mirada imperturbable. Su cara era una máscara de cal blanca bajo el maquillaje.

Dijo:

—¡Dios mío, Sam…, empiezo a entender!

Delaguerra no la miró a la cara. Miró por encima del hombro de ella hacia un vago lugar en la distancia.

Habló con tono distante:

—Claro…, pensé que era una mujer porque era un revólver pequeño, como los que suelen usar las mujeres. Pero no sólo por eso. Después de estar en la cabaña comprendí que Donny esperaba que le metieran en líos, y no iba a ser fácil para un hombre llegar hasta él. La cosa estaba perfectamente preparada para que se supusiera que lo había hecho Imlay. Masters y Aage lo supusieron así y telefonearon a un abogado para que dijera que Imlay reconocía haberlo hecho y prometiera entregarse por la mañana. De este modo era natural que todos los que ignoraban que Imlay estaba muerto cayeran en la trampa. Además, ningún policía espera que una mujer recoja los cartuchos.

»Cuando Joey Chill me contó la historia, supuse que era esa muchacha, La Motte. Pero no lo creía cuando lo dije delante de ella. Fue sucio. Eso la mató en cierto modo. Aunque no creo que tuviera muchas posibilidades de sobrevivir con esa banda…

Belle Marr seguía mirándolo con fijeza. La brisa movió un mechón de su pelo y eso fue lo único que se movió en ella.

Él apartó la mirada de la distancia, la miró gravemente un momento y desvió de nuevo la mirada. Sacó un manojo de llaves del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Tres cosas eran difíciles de descifrar hasta que se me aclaró la cabeza: lo escrito en el calendario, el revólver en la mano de Donny y los cartuchos que faltaban. Después encontré la solución. Él no murió enseguida. Tenía coraje y lo usó

hasta el final… para proteger a alguien. La escritura en el calendario era un poco temblorosa. Escribió después, cuando quedó solo, moribundo. Había estado pensando en Imlay, y al escribir el nombre contribuyó a embrollar la pista. Después sacó el revólver del cajón, para morir con él en la mano. Queda por averiguar lo de los cartuchos. También lo descifré pasado un tiempo.

»Los disparos se hicieron de muy cerca, desde el otro lado del escritorio, y había libros en un extremo del escritorio. Los cartuchos cayeron allí, quedaron en el escritorio, al alcance de la mano de Donny. No hubiera podido recogerlos del suelo. En ese llavero hay una llave de la oficina. Fui allí anoche, tarde. Encontré los cartuchos en un cenicero, con los cigarros. Nadie los había buscado allí. Después de todo, sólo encontramos lo que esperamos encontrar. —Dejó de hablar y se frotó un lado de la cara. Después de un momento añadió—: Donny hizo todo lo que pudo… y después murió. Fue un buen trabajo… y yo quiero que se salga con la suya.

Belle Marr abrió lentamente la boca. Primero salió de ella una especie de balbuceo, después palabras, palabras claras.

—No era sólo que tuviera otras mujeres, Sam…, era la clase de mujeres… —Se estremeció—. Iré a la policía y me entregaré.

Delaguerra dijo:

—No. Ya te lo he dicho. Quiero que él se salga con la suya. La policía prefiere la cosa tal como está. Es buena política. Aparta de la ciudad a la chusma de los Masters-Aage. Pone a Drew en el pináculo durante un tiempo, aunque él es demasiado débil para seguir ahí. Así que no importa… Y no vas a hacer nada de nada. Vas a hacer lo que Donny quiso que hicieras y para lo que usó sus últimas fuerzas. Quedas fuera del caso. Adiós.

Miró una vez más la pálida cara trastornada, una mirada muy rápida. Después se volvió, caminó por el césped, pasó junto al estanque con los lirios acuáticos y el sapo de piedra, bordeó el costado de la casa y llegó al coche.

Pete Marcus abrió la puerta de golpe. Delaguerra subió, se sentó, apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento, se estiró y cerró los ojos. Dijo con voz neutra:

—Conduce despacio, Pete. La cabeza me va a estallar.

Marcus puso el coche en marcha, giró en la esquina y siguió lentamente por De Neve Lane hacia la ciudad. La casa bordeada de árboles desapareció tras ellos. Los altos árboles finalmente la escondieron.

Cuando estuvieron ya muy lejos, Delaguerra volvió a abrir los ojos.

Traducción de Estela Campo

Nieve silenciosa, nieve secreta

1

Por qué tuvo que suceder precisamente, o por qué tuvo que suceder exactamente cuando tuvo lugar, era algo a lo que no podía responder, y que quizá tampoco se había preguntado. Ante todo, se trataba de un secreto, de algo que había que esconder celosamente de la madre y del padre; y a este hecho en sí se debía en gran parte el deleite. Era como una chuchería extrañamente bella para llevar, sin hablar de ella, en el bolsillo del pantalón —un sello curioso, una moneda antigua, unos diminutos eslabones de oro hallados pisoteados y deformados en el camino del parque, una piedrecita de calcedonia roja, una concha que se destacaba de las demás por una mancha o una raya infrecuente —y, como si se tratara de algo así, él experimentaba esa cálida y persistente sensación, ese sentimiento cada vez más hermoso, de llevar consigo aquella posesión a todas partes. Tampoco era sólo una sensación de posesión, era también una sensación de protección. Era como si, de alguna mágica manera, su secreto le diera una fortaleza, un muro detrás del cual podía escapar hacia un aislamiento celestial. Eso fue casi la primera cosa que él notó —aparte de la rareza de la cosa en sí misma— y era eso lo que ahora, una vez más, por quincuagésima vez, se le ocurría pensar mientras estaba sentado en el aula. Era la media hora de la clase de geografía. Con un dedo y lentamente, la señorita Buell daba vueltas a un globo terráqueo enorme que había colocado en su escritorio. Los continentes verdes y amarillos pasaban y volvían a pasar, se formulaban preguntas y los alumnos respondían, y ahora la niña sentada delante de él, Deirdre, la que tenía una extraña y pequeña constelación de pecas en la nuca, exactamente como la Osa Mayor, se ponía en pie y le respondía a la señorita Buell que el ecuador era la línea que recorre la tierra por la mitad.

La cara de la señorita Buell —vieja, pero afable, con unos rizos canosos y rígidos a ambos lados de las mejillas, y unos ojos que nadaban brillantemente, como dos pececillos, detrás de los gruesos lentes— se arrugó más aún en una sucesión de mohines aguantando la risa.

—¡Ah! Ya veo. La tierra lleva puesto un cinturón, o una faja. ¡O quizá alguien dibujó una línea alrededor de ella!

—Oh, no…, eso no…, quiero decir que…

Él no participó en la risotada general, o sólo un poquito. Pensaba en las regiones árticas y antárticas que, por supuesto, en el globo, eran blancas. La señorita Buell les hablaba ahora de los trópicos, las junglas, el calor vaporoso de los pantanos

ecuatoriales, donde los pájaros y las mariposas, y hasta las serpientes, eran como joyas vivientes. Mientras escuchaba estas cosas, ya con la sensación agradable de estar haciendo un esfuerzo a medias, interpuso su secreto entre él y las palabras. ¿De veras era un esfuerzo? Porque un esfuerzo sugería algo voluntario, y quizá incluso algo que uno hacía sin querer especialmente; mientras que esto era evidentemente placentero, y llegaba casi por sí solo. Lo único que tenía que hacer era pensar en aquella mañana, la primera, y luego en todas las demás…

¡Pero todo era tan absurdamente sencillo! Equivalía a tan poco. No era nada, sólo una idea —y precisamente ¿por qué tenía que haberse convertido en algo tan maravilloso, tan permanente?: eso era un misterio—, un misterio muy agradable, es cierto, pero también divertidamente tonto. Y no obstante, sin dejar de escuchar a la señorita Buell, quien ya estaba por la zona templada del norte, deliberadamente evocó el recuerdo de aquella primera mañana. Sucedió al poco de despertarse, o quizá en el mismo momento del despertar. Pero, precisando, ¿había de verdad un momento exacto? ¿Se despierta uno de golpe? ¿O es algo gradual? De todas maneras, fue una mañana de diciembre, después de extender una mano perezosa hacia la cabecera de la cama, después de bostezar y de haberse vuelto a arrebujar entre sus mantas calientes, de lo más agradecido de que aquello hubiera sucedido. De repente, sin venir a cuento, pensó en el cartero, se acordó del cartero. Quizá no había nada raro en eso. A fin de cuentas, escuchaba al cartero todas y cada una de las mañanas de su vida: podía oír sus pesadas botas pisando fuerte, dando la vuelta en la esquina, en la cima de la pequeña calle en forma de colina adoquinada, y luego —progresivamente más cercanos, progresivamente más resonantes— los dos aldabonazos que daba en cada puerta, cruzando y volviendo a cruzar la calle, hasta que por fin los torpes pasos llegaban trastabillando hasta su propia puerta, y, con ellos, el tremendo aldabonazo que estremecía la casa.

(La señorita Buell decía: «Extensos trigales en Norteamérica y en Siberia».

Deirdre, de momento, se había llevado la mano izquierda a la nuca.)

Pero aquella mañana en particular, la primera mañana, mientras se quedaba allí tumbado, con los ojos cerrados, por alguna razón había *esperado* al cartero. Había querido oírle dar la vuelta a la esquina. Y precisamente eso era lo curioso: nunca lo hizo. Nunca dio *la vuelta a la esquina*. Porque cuando por fin *sí* oyó los pasos, estaba seguro de que ya procedían de un poco más abajo de la cima de la colina, a la altura de la primera casa; y aun así, curiosamente los pasos sonaban distintos: más suaves, con un nuevo secreto, apagados y confusos; y a pesar de que el ritmo era el mismo, ahora decían cosas nuevas: decían paz, decían lejanía, decían frío, decían sueño. Y él comprendió la situación enseguida —nada le hubiera podido parecer más simple—: había nevado durante la noche, tal como él había deseado todo el invierno, y eso era lo que había hecho inaudibles los primeros pasos del cartero, y lo que amortiguaba

los que venían después. ¡Por supuesto! ¡Qué bonito! E incluso ahora debía de estar nevando —iba a ser un día nevado—, las largas y desiguales ráfagas blancas ventiscaban esparciéndose a lo largo de la calle, pasando por las fachadas de las viejas casas, susurrando e imponiendo silencio, formando pequeños triángulos de blancura en las esquinas, entre los adoquines, revoloteando un rato, cuando el viento las soplaba a ras de suelo hasta un rincón donde se amontonaba la nieve; y así estaría acumulándose durante todo el día, cada vez más profunda y silenciosa.

(La señorita Buell dijo: «La tierra de la nieves perpetuas».)

Durante todo este tiempo, por supuesto (mientras permanecía en la cama), había mantenido los ojos cerrados, escuchando la progresión cada vez más cercana del cartero, los pasos apagados golpeando y resbalando en los adoquines alfombrados de nieve; y todos los demás sonidos —los aldabonazos dobles, una o dos voces heladas y lejanas, un timbre sonando débil y bajo, como si estuviera debajo de una lámina de hielo— tenían esa misma propiedad ligeramente abstraída, como si estuvieran separados de la realidad por un grado, como si todo en el mundo hubiera quedado aislado por la nieve. Pero cuando por fin, agradecido, abrió los ojos, y los dirigió hacia la ventana, para ver ese milagro tan largamente anhelado y ahora tan claramente imaginado, lo que vio fue la luz del sol fulgurando sobre un tejado; y cuando, asombrado, saltó de la cama y miró hacia abajo, a la calle, esperando ver los adoquines sepultados por la nieve, no vio sino los propios adoquines brillantes y desnudos.

Fue extraño el efecto que esta sorpresa extraordinaria produjo en él; durante toda la mañana tuvo la sensación de que la nieve caía a su alrededor, una nueva y secreta mampara de nieve entre él y el mundo. Si no había soñado aquello, entonces ¿cómo podía haberlo soñado mientras estaba despierto?… ¿De qué otra forma podría explicarlo? De todos modos, la alucinación había sido tan vívida como para afectar toda su conducta. Ahora no podía recordar si fue la primera o la segunda mañana —¿o acaso la tercera?— cuando su madre le llamó la atención por ciertos detalles de su comportamiento.

—Pero, cariño —le había dicho en la mesa mientras desayunaban—, ¿qué te pasa? No parece que estés escuchando…

¡Y con cuánta frecuencia eso mismo había sucedido a partir de entonces!

(La señorita Buell preguntaba ahora si alguien sabía la diferencia entre el polo norte y el polo magnético. Deirdre levantó una temblorosa mano morena, y él pudo ver los cuatro hoyitos que marcaban los nudillos.)

Quizá no había sido ni la segunda ni la tercera mañana, ni siquiera la cuarta o la quinta. ¿Cómo podía estar seguro? ¿Cómo podía estar seguro de cuándo exactamente la deliciosa *progresión* había devenido tan clara? ¿Justo cuando todo realmente había *empezado*? Los intervalos no eran muy precisos… Sólo sabía que en algún momento

—quizá el segundo día, quizá el sexto— había notado que la presencia de la nieve era un poco más insistente, su sonido más nítido; y que, a la inversa, el sonido de los pasos del cartero se volvía más indistinto. No sólo no podía escuchar los pasos dando la vuelta a la esquina, ni siquiera podía oírlos en la primera casa. Los oía venir desde más abajo de la primera casa; y luego, unos días más tarde, desde más abajo de la segunda casa; y unos días después, más abajo de la tercera. Poco a poco, la nieve se volvía más tenaz, el susurro de su revoloteo aumentaba, los adoquines eran cada vez más sordos. Cuando cada mañana —al asomarse a la ventana, después del ritual de escuchar— descubría que los tejados y los adoquines estaban tan descubiertos como siempre, no le importaba. Después de todo, ya se lo esperaba. Incluso eso era lo que le gustaba, lo que le recompensaba: la cosa era suya, no pertenecía a nadie más. Nadie conocía su secreto, ni siquiera su madre ni su padre. Allí fuera estaban los adoquines desnudos; y, aquí dentro, la nieve. La nieve que se volvía cada vez más tenaz con el paso de los días, amortiguando el mundo, ocultando lo feo, y —sobre todo— desvaneciendo cada vez más los pasos del cartero.

—Pero, cariño —le dijo ella mientras almorzaban—, ¿qué te pasa? No parece que escuches cuando la gente te habla. Ésta es la tercera vez que te pido que me alcances tu plato…

¿Cómo podría explicarle aquello a su madre o a su padre? Por supuesto, no había nada que hacer al respecto: nada. Lo único que podía hacer era reírse desazonadamente, fingiendo estar un poco avergonzado, pedir disculpas, e interesarse repentina, y no del todo sinceramente, por lo que estaban haciendo o diciendo en la mesa: que si el gato se había quedado fuera toda la noche, que si tenía una curiosa hinchazón en la sien izquierda —quizá alguien le había dado una patada o una pedrada—, que si la señorita Kempton venía o no venía a tomar el té; que si iban a limpiar la casa —o a «ponerla patas arriba»— el miércoles en vez del viernes; que si le iban a regalar una lámpara nueva para que estudiara por las noches —quizá era la vista cansada lo que explicaba aquel nuevo despiste suyo tan peculiar—; la madre le miraba divertida mientras decía esto, pero al mismo tiempo dejaba traslucir otra emoción. ¿Una lámpara nueva? Una lámpara nueva. Sí, madre. No, madre. Sí, madre. La escuela iba bien. La geometría es muy fácil. La historia es muy aburrida. La geografía es muy interesante, particularmente cuando lo lleva a uno al polo norte. ¿Por qué el polo norte? Oh, pues, sería divertido ser explorador. Ser otro Peary o un Scott o un Shackleton. Y entonces, abruptamente, descubrió que ya no sentía interés por la charla, miró el pudín en su plato, escuchó, esperó, y de nuevo empezó: ¡ah, qué maravilloso era también al principio oírla o sentirla!, porque… ¿de veras podía oírla? ¿Podía oír la nieve silenciosa, la nieve secreta?

(La señorita Buell les hablaba de la búsqueda del paso del Noroeste, de Hendrik Hudson, del *Half Moon*.)

De hecho, aquél era el único aspecto perturbador de la nueva experiencia: el hecho de que tan a menudo provocara esa especie de mudo —y hasta conflictivo— malentendido con sus padres. Era como si intentara vivir una doble vida. Por una parte, tenía que ser Paul Hasleman, y aparentar ser esa persona —lavarse, vestirse y responder de manera inteligente cuando alguien le hablaba—; y, por otra, tenía que explorar ese nuevo mundo que se había abierto ante él. Tampoco cabía ninguna duda —ni la más mínima duda— de que el nuevo mundo era el más profundo y maravilloso de los dos. Era irresistible. Era milagroso. Simple y llanamente su belleza iba más allá de cualquier cosa —más allá tanto del lenguaje como del pensamiento—, era algo absolutamente inefable. Pero, entonces, ¿cómo iba a mantener el equilibrio entre esos dos mundos de los que era constantemente consciente? Tenía que levantarse, tenía que bajar a desayunar, tenía que hablar con su madre, ir a la escuela, hacer sus deberes, y, en medio de todo eso, tratar de no parecer demasiado tonto. Pero si durante todo ese tiempo también trataba de deleitarse con aquella otra existencia tan distinta, de la que difícilmente (por no decir en modo alguno) se podía hablar…, ¿cómo se las iba a arreglar? ¿Cómo iba a explicarlo? ¿Estaba seguro de poderlo explicar? ¿No resultaría absurdo? ¿No equivaldría sencillamente a meterse en una especie de oscuro lío?

Estas ideas iban y venían, iban y venían, tan suave y clandestinamente como la nieve; no eran precisamente un trastorno, a lo mejor hasta eran placenteras; a él le gustaba rumiarlas; casi podía palparlas, acariciarlas con la mano, sin cerrar los ojos, y sin dejar de ver a la señorita Buell y el aula y el globo terráqueo y las pecas en la nuca de Deirdre; sin embargo, en cierto sentido sí dejaba de ver, o dejaba de ver el mundo exterior evidente, sustituyéndolo por esa visión de la nieve, por el sonido de la nieve, y la aproximación lenta, casi inaudible, del cartero. Ayer los pasos del cartero se dejaron oír sólo a la altura de la sexta casa; la capa de nieve era ahora mucho más profunda, los copos caían más rápidamente y con más fuerza, el rumor de su revoloteo era más claro, más tranquilizador, más persistente. Y esta mañana —según sus cálculos— los pasos del cartero se habían dejado oír poco antes de llegar a la séptima casa, quizá sólo uno o dos pasos antes: como mucho, había escuchado dos o tres pasos antes de que sonara el aldabonazo… Y a medida que se reducía la esfera, mientras más se acercaba el límite donde por primera vez el cartero se tornaba audible, resultaba extraño cuánto más bruscamente se incrementaba la cantidad de ilusión que tenía que poner en los asuntos ordinarios de la vida cotidiana. Cada día era más difícil salir de la cama, asomarse a la ventana, mirar a la calle, como siempre, perfectamente vacía y sin nieve. Cada día era más arduo cumplir con la elemental rutina de saludar a la madre o al padre en el desayuno, responder a sus preguntas, recoger sus libros e ir al colegio. Y en la escuela, cuán extraordinariamente difícil resultaba conciliar exitosa y simultáneamente la vida pública con la otra vida que era

un secreto. A ratos deseaba hablarles a todos del asunto, realmente suspiraba por hacerlo, por soltarlo en una explosión, pero inmediatamente experimentaba una sensación lejana, como de una vaga absurdidad inherente a todo aquello —pero… ¿*era* absurdo?— y, más importante aún, experimentaba un misterioso sentimiento de poder en su afán de clandestinidad. Sí: aquello había que mantenerlo en secreto. Eso estaba cada vez más claro. Mantenerlo en secreto a toda costa, pese a quien pese y duela a quien duela…

(La señorita Buell le miró directamente, y dijo sonriendo: «¿Qué tal si le preguntamos a Paul? Estoy segura de que Paul saldrá de su ensueño el tiempo necesario para darnos la respuesta. ¿No es verdad, Paul?». Él se levantó de la silla, apoyando una mano en el pupitre tersamente barnizado, y deliberadamente traspasó la nieve con su mirada para ver la pizarra. Era un esfuerzo, pero casi le divirtió hacerlo. «Sí», dijo lentamente, «era lo que ahora llamamos el río Hudson. Él creyó que era el paso del Noroeste. Estaba decepcionado.» Se sentó de nuevo, y mientras lo hacía, Deirdre se volvió en su silla y le regaló una sonrisa tímida, de aprobación y de admiración.)

Pese a quien pese, y duela a quien duela.

Esta parte del asunto era extraña, muy extraña. Su madre era muy simpática, y también lo era su padre. Sí, todo eso era verdad. Él quería ser simpático con ellos, contarles todo, y no obstante, ¿de verdad era tan malo él por querer tener un lugar secreto para sí solo?

La noche anterior, a la hora de ir a la cama, su madre le había dicho: «Si esto sigue así, querido, tendremos que llamar al médico, ¡sí, señor! No podemos permitir que nuestro hijo…». Pero ¿qué era lo que había dicho a continuación?: «¿…que nuestro hijo viva en otro mundo?» o «¿…que viva tan alejado?». Había usado la palabra «alejado», de eso estaba seguro, y entonces su madre había cogido una revista y se había reído un poco, pero con una expresión que no era alegre. Y él sintió lástima por ella…

El timbre sonó señalando el final de la clase. El sonido le llegó como a través de largos y curvados paralelos de nieve cayendo. Vio levantarse a Deirdre, y él también se levantó, casi al mismo tiempo, pero no tan pronto como ella.

2

En el camino de vuelta a casa, que era eterno, le gustaba ver a través del acompañamiento o del contrapunto de la nieve los detalles meramente externos del recorrido. Había muchas clases de ladrillos en las aceras, y puestos de muy diversas maneras. Las cercas de los jardines también eran distintas, unas hechas con estacas de madera, otras de yeso, otras de piedra. Las ramitas de los arbustos se derramaban sobre los muros; los capullos invernales de las lilas, duros y verdes, con tallos grises,

gruesos y con vainas; otras ramas eran muy delgadas y finas y negras y estaban desecadas. Los gorriones manchados se apiñaban en los arbustos, y sus colores eran tan desteñidos como las frutas muertas que quedaban en los árboles sin hojas. Un solo estornino chilló en una veleta. En el arroyo de la calle, al lado de una alcantarilla, había un trozo de periódico rasgado y mugriento, atrapado en un pequeño delta de suciedad: la palabra ECZEMA apareció en mayúsculas y, debajo de ella, una carta de la señora Amelia D. Cravath, 2100 Pine Street, Fort Worth, Texas, especificando que después de sufrir durante años, se había curado con el ungüento Caley. En el pequeño delta, al lado del continente de fango marrón en forma de abanico y profundamente surcado por numerosos riachuelos, había unas ramitas extraviadas, caídas de la planta madre, una cerilla con la cabeza carbonizada, el erizo mohoso de un castaño de Indias, una pequeña concentración de grava centelleante en el borde del sumidero, un fragmento de cáscara de huevo, una raya de serrín amarillo que estuvo mojado y ahora estaba seco y congelado, una piedrecita de color marrón y una pluma rota. Más allá, había una acera de cemento, dividida en paralelogramos geométricos, con un placa de latón conmemorativa incrustada en un extremo, en recuerdo de los contratistas que la habían hecho, y, atravesando la acera, una desordenada sucesión de huellas de perro, inmortalizadas en la piedra sintética. Conocía muy bien esas huellas, y siempre las pisaba; tapar los hoyitos con su pie siempre le producía un extraño placer; hoy lo hizo una vez más, pero a la ligera, con cierta indiferencia, pensando todo el tiempo en otra cosa. Hacía mucho tiempo un perro había pisado por descuido el cemento cuando todavía estaba fresco. Probablemente había sacudido la cola, pero esto no había quedado grabado. Ahora, Paul Hasleman, a sus doce años, de camino a casa desde el colegio, atravesaba el mismo río, que entretanto se había congelado y petrificado. Hacia casa a través de la nieve, la nieve que caía en el sol brillante. ¿Hacia casa?

Luego venía la portada con jambas coronadas por sendas piedras en forma de huevo ingeniosamente equilibradas en sus puntas, como si fuera obra de Colón, y argamasadas en el mismo acto de equilibrio: una fuente permanente de asombro. Un poco más allá, en la pared de ladrillos, aparecía rotulada la letra H, supuestamente por algún motivo. ¿H? H.

La boca de incendios verde, con una pequeña cadena pintada de verde, sujetada al tapón metálico de rosca.

El olmo cuya corteza mostraba la gran herida gris en forma de riñón en la que siempre ponía la mano: para sentir la madera fría, pero viva. Estaba convencido de que la herida se debía a los mordiscos de un caballo atado al tronco del árbol. Pero ahora sólo merecía una caricia, una mirada meramente tolerante. Había cosas más importantes. Milagros. Cosas que estaban más allá de las reflexiones acerca de los árboles, de los simples olmos. Más allá de las meditaciones sobre las aceras, las

simples piedras, los simples ladrillos, el simple cemento. Incluso más allá de los pensamientos de sus propios zapatos, que pisaban estas aceras de manera obediente, llevando una carga —muy por encima de ellos— de intrincado misterio. Los miró. No estaban muy bien lustrados; los tenía abandonados, por un buen motivo: formaban parte del creciente cúmulo de dificultades que entrañaba el regreso diario a la vida cotidiana, la lucha de cada mañana. Levantarse, tras haber abierto por fin los ojos, asomarse a la ventana y descubrir que no hay nieve, lavarse, vestirse, bajar la escalera siguiendo sus curvas para desayunar…

Sin embargo —pese a quien pese y duela a quien duela—, tenía que perseverar en la ruptura, ya que así lo exigía la inefabilidad de la experiencia. Por supuesto, era conveniente ser amable con la madre y con el padre, especialmente teniendo en cuenta que parecían tan preocupados, pero también era preciso ser resuelto. Si decidían —como parecía probable— llamar al médico, el doctor Howells, y pedirle que examinara a Paul, que auscultara su corazón usando una especie de dictáfono, sus pulmones, su estómago, pues eso estaba bien. Se sometería al chequeo. También contestaría a sus preguntas: ¿acaso con respuestas que ellos no esperarían? No. Eso nunca estaría bien. Porque el mundo secreto había que preservarlo, a toda costa.

La casita de los pájaros en el manzano estaba vacía: no era la época de reyezuelos. La negra abertura redondeada que hacía las veces de puerta había perdido su encanto. Los reyezuelos disfrutaban de otras casas, de otros nidos, de otros árboles más remotos. Pero ésta era también una noción que consideraba sólo vaga y superficialmente, como si, de momento, se conformara con rozarla; había algo más allá, algo que ya asumía una importancia más trascendental; que ya le tentaba con guiños seductores, encandilando también los recovecos de su mente. Era curioso que a pesar de desear y esperar tanto aquello, se regodeara en aquel devaneo pasajero con la pajarera en forma de casa, como si pospusiera y enriqueciera deliberadamente el placer que se avecinaba. Sabía que se estaba retrasando, era consciente de su risueña y desinteresada —y ahora casi incomprensiva— mirada dirigida a la pequeña casita de los pájaros; sabía lo que iba a mirar después: su propia calle, la colina adoquinada, su propia casa, el riachuelo al pie de la colina, la tienda de comestibles con el hombre de cartón en la ventana; y ahora, pensando en todo esto, volvió la cabeza —todavía sonriendo— rápidamente a izquierda y a derecha, mirando a través de la luz del sol impregnada de nieve.

Y, como había previsto, la neblina de la nieve todavía estaba en la luz: un fantasma de nieve cayendo en la brillante luz solar, flotando suave y constantemente, dando vueltas y haciendo pausas, encontrándose silenciosamente con la nieve que tapaba, como con un espejismo transparente, los brillantes adoquines desnudos. Amaba la nieve, se quedó quieto, adorándola. Su belleza lo paralizó; más allá de toda palabra, de toda experiencia, de todo sueño. Aquello no se podía comparar con

ninguno de los cuentos de hadas que había leído: ninguno le había dado aquella extraordinaria combinación de etérea hermosura con algo más, un no sé qué inenarrable, casi imperceptible y deliciosamente aterrador. ¿Qué era aquello? Mientras pensaba en ello, miró hacia arriba, a la ventana de su habitación, que estaba abierta, y fue como si hubiera mirado directamente dentro de la habitación y se viera a sí mismo tumbado en la cama, medio despierto. Allí estaba: en aquel preciso instante aún estaba allí, acaso de verdad…, más verdaderamente allí que de pie aquí, en la acera de la calle-colina adoquinada, haciendo pantalla con una mano para protegerse los ojos del resplandor de la nieve solar. ¿De verdad había salido alguna vez de su habitación en todo aquel tiempo, desde aquella primera mañana? ¿No sería que todavía toda la progresión estaba verificándose allí, no sería que todavía estaba en aquella primera mañana y aún no se había despertado del todo? Incluso era posible que el cartero aún no hubiera llegado para dar la vuelta a la esquina…

Esta idea le divirtió, y cuando se le ocurrió, automáticamente levantó la cabeza para mirar la cima de la colina. Por supuesto, allí no había nada, nada ni nadie. La calle estaba vacía y silenciosa. Y ya que estaba desierta, se le antojó contar las casas: una cosa que, por extraño que parezca, nunca antes se le había ocurrido hacer. Por supuesto, sabía que no había muchas casas —o sea, no había muchas en la acera donde estaba su casa, que eran las que figuraban en la marcha del cartero— y, no obstante, le produjo una especie de sorpresa descubrir que había exactamente *seis* más arriba de su casa; su casa era la séptima.

¡Seis!

Asombrado, contempló su propia casa —miró la puerta con el número trece— y entonces se dio cuenta de que todo aquello ya debería saberlo exacta, lógica y absurdamente. De todos modos, advertirlo le produjo abruptamente —incluso un poco sobrecogedoramente— una sensación de premura. Se sintió urgido…, lo apremiaban. Porque —frunció el ceño— no podía estar equivocado: era justo encima de la *séptima* casa, su *propia* casa, donde el cartero se había tornado audible por primera vez esta mañana. Pero, de ser así —en ese caso—, ¿quería decir que mañana no escucharía nada? El golpe de aldaba que había oído debió de ser el golpe llamando a su propia puerta. ¿Significaba eso —y esta idea lo dejó realmente sorprendido— que nunca volvería a escuchar al cartero?… ¿Que mañana por la mañana el cartero ya habría pasado por la casa, andando por una capa de nieve para entonces tan profunda que sus pasos resultaran totalmente inaudibles? ¿Se acercaría por la calle nevada tan silenciosamente, tan clandestinamente, que él, Paul Hasleman, allí tumbado en la cama, no se despertaría a tiempo, o que, al despertarse, no habría escuchado nada?

Pero aquello era imposible, a menos que la aldaba estuviera cubierta de nieve, ¿congelada, quizá?… Pero, en ese caso…

Fue presa de un vago sentimiento de frustración, de una vaga tristeza, como si

sintiera que le privaban de algo que había anhelado durante mucho tiempo, algo muy valioso. Después de todo aquello, de toda esa hermosa progresión, del lento y delicioso avance del cartero por la nieve silenciosa y secreta, los aldabonazos sonando cada día y cada vez más cercanos, y los pasos acercándose más y más, el perímetro acústico del mundo reduciéndose, reduciéndose, reduciéndose día tras día, a medida que la nieve se adueñaba de todo sosegada y maravillosamente, acumulándose en capas cada vez más profundas…, ¿después de todo eso iba a verse frustrado en la única cosa que tanto deseaba: poder contar, como fuera, los últimos dos o tres pasos solemnes, cuando por fin se aproximaban a su propia puerta? ¿Al final todo iba a suceder tan súbitamente? ¿O en realidad ya había sucedido? ¿Habría tenido lugar sin ninguna lenta y sutil gradación de amenaza con la que pudiera deleitarse?

De nuevo miró hacia arriba, hacia su ventana que destellaba al sol: y esta vez lo hizo casi con la convicción de que sería mejor si *estuviera* en la cama, en aquella habitación; porque en tal caso significaría que aún debía de ser la primera mañana, y, por tanto, quedarían seis mañanas más por venir; o bien podrían ser siete, ocho o nueve —¿cómo iba a saberlo?— o incluso más.

3

Después de cenar, comenzó la inquisición. De pie frente al doctor, bajo la lámpara, se sometió en silencio a los ruidos sordos y a los golpecitos rutinarios.

—Ahora, por favor, di «¡Ah!».

—¡Ah!

—Ahora, otra vez, por favor, si no te importa.

—Ah.

—Dilo lentamente y prolóngalo, si puedes…

—Ah-h-h-h-h-h…

—Bien.

Qué tonto era todo aquello. ¡Como si tuviera algo que ver con su garganta! ¡O con su corazón, o sus pulmones!

Relajando la boca, cuyas comisuras le dolían después de todos esos estiramientos absurdos, evitó la mirada del doctor y volvió los ojos a la chimenea, más allá de los pies de su madre (unas zapatillas grises) sobresaliendo de un sillón verde, y de los pies de su padre (unas zapatillas marrones) primorosamente posadas, unas al lado de las otras, en la alfombra.

—Mmm. Desde luego, aquí no hay nada anormal…

Sentía los ojos del doctor clavándose en él, y, sólo por educación, le devolvió la mirada, pero con una sensación de evasión justificable.

—Ahora, jovencito, dime… ¿te sientes bien?

—Sí, señor, muy bien.

—¿Ningún dolor de cabeza? ¿Mareos?

—No. Creo que no.

—Vamos a ver. Vamos a coger un libro, si no te importa…, sí, gracias, ése servirá a las mil maravillas…, y ahora, Paul, me gustaría que lo leyeras, sujetándolo como lo harías normalmente…

Paul cogió el libro y leyó:

—«Y otro elogio tengo para ésta, nuestra ciudad madre, el regalo de un gran dios, gloria de la tierra más alta; el poderío de los caballos, el poder de los potros, la potencia del mar… Porque vos, hijo de Cronos, nuestro señor Poseidón, habéis entronizado en ella este orgullo, ya que en estas calles mostrasteis por primera vez el freno que doma el furor de los corceles. Y el remo bien proporcionado, apto para las manos del hombre, adquiere una velocidad prodigiosa en el mar, siguiendo a las Nereidas de cien pies… Oh, tierra elogiada por encima de todas las tierras, ahora es el momento de que esos brillantes elogios se conviertan en hechos».

Se calló, vacilante, y bajó el pesado libro.

—No…, como había pensado…, desde luego no hay ninguna evidencia de que tenga la vista cansada.

El silencio se agolpó en la habitación, y se sintió escudriñado por las tres personas que lo rodeaban…

—Podríamos examinarle los ojos…, pero creo que no es eso.

—¿Y qué puede ser? —Era la voz de su padre.

—Es sólo ese curioso despiste… —Era la voz de su madre.

En presencia del doctor, ambos parecían avergonzados, como si pidieran disculpas por la conducta de su hijo.

—Yo creo que es algo más. Ahora, Paul…, me gustaría hacerte un par de preguntas. ¿Me las responderás, verdad?… Como sabes, soy un viejo amigo tuyo, ¿verdad? ¡Eso es!…

El médico le dio dos palmadas en la espalda con su mano adiposa y luego le regaló una sonrisa fingidamente amable mientras con la uña rascaba el botón superior de su chaleco. Más allá del hombro del médico estaba el fuego, los dedos de las llamas haciendo prestidigitaciones de luz contra el fondo de la chimenea, la suave crepitación de su aleteo al azar era el único sonido.

—Me gustaría saber una cosa…, ¿hay algo que te preocupa?

De nuevo el doctor sonreía, sus párpados caían sobre las pequeñas pupilas negras, en cada una de las cuales había un diminuto punto blanco de luz. ¿Por qué tenía que responderle? En modo alguno tenía que responderle. «Pese a quien pese, y duela a quien duela»…, pero todo aquello era una lata, esa necesidad de resistencia, esa necesidad de concentración: era como si lo hubieran puesto en un escenario

brillantemente iluminado, bajo el gran incendio circular de un reflector; como si no fuera más que una foca amaestrada, o un perro de circo, o un pez sacado de la pecera y sujetado por la cola. Se lo tendrían merecido si él se hubiera limitado a ladrar o a gruñir. ¿Y mientras tanto tenía que perder estas últimas horas tan preciosas, aquellos minutos, cada uno de los cuales era más bello que el anterior, más amenazador…? Se quedó mirando, como desde una gran distancia, los puntitos de luz en los ojos del doctor, su petrificada y falsa sonrisa, y más allá, de nuevo, las zapatillas de su madre y las de su padre, y la suave danza del fuego. Incluso allí, pese a encontrarse entre aquellas presencias hostiles, y en medio de esa luz ordenada, podía ver la nieve, podía escucharla: estaba en los rincones de la sala, donde más profundas eran las sombras, debajo del sofá, detrás de la puerta entreabierta que conducía al comedor. Allí era más ameno y más suave su aletear en el aire, su susurro más silencioso, como si, por respeto al salón, hubiera decidido comportarse «educadamente»; se mantenía fuera de la vista, se eclipsaba, pero diciéndole a las claras: «¡Ah, pero espera! ¡Espera a que estemos solos! ¡Entonces empezaré a contarte algo nuevo! ¡Algo blanco! ¡Algo frío! ¡Algo dormido! ¡Algo que tiene que ver con el cesar, con la paz, y con la larga curva luminosa del espacio! Diles que se vayan. Destiérralos. Niégate a hablar. Déjalos, vete arriba, a tu habitación, apaga la luz y métete en la cama…, yo te acompañaré, yo te estaré esperando, yo te contaré un cuento mucho mejor que el de la pequeña Kay de los patines, o el fantasma de la nieve…, yo rodearé tu cama, cerraré las ventanas, amontonaré un ventisquero contra la puerta, para que nadie jamás vuelva a entrar. ¡Háblales!…». Parecía como si la voz sibilante llegara desde una lenta espiral blanca de copos que caían en un rincón, cerca de la ventana de enfrente…, pero no estaba seguro. Entonces notó que sonreía, y le dijo al médico, pero sin mirarlo, sin dejar de mirar más allá de él:

—Oh, no, creo que no…

—Pero ¿estás seguro, hijo mío? —La voz de su padre sonó suave y fríamente…, el conocido tono de sedosa amonestación…—. No has de responder enseguida, Paul…, recuerda que intentamos ayudarte…, piénsatelo, pues debes estar bien seguro, ¿vale?

Otra vez notó que sonreía ante la idea de estar muy seguro. ¡Qué chistoso! ¡Como si no estuviera seguro de que estar seguro ya no era necesario, y de que todo aquel interrogatorio era una ridícula farsa, una parodia grotesca! ¿Qué podrían saber ellos de aquello? ¿Qué podían entender esas inteligencias vulgares, esas mentes mediocres tan atadas a lo convencional, a lo ordinario? ¡Era imposible contarles nada de aquello! ¿Para qué? ¿Acaso ahora mismo, con la evidencia tan abundante, tan formidable, tan inminente, tan horrorosamente presente allí, en aquella misma habitación, podrían creérselo? ¿Podría incluso su madre creérselo? No…, saltaba a la vista que si decía cualquier cosa acerca de aquello, si hacía la más mínima alusión,

ellos se mostrarían incrédulos…, se reirían…, dirían «¡Eso es absurdo!»…, pensarían de él cosas que no eran verdad…

—Pues no, no estoy preocupado…, ¿por qué debería estarlo?

Entonces miró directamente a los párpados caídos del médico, miró primero un ojo y luego el otro, desplazándose desde un puntito de luz hasta el otro, y se echó a reír.

El doctor parecía desconcertado. Empujó la silla hacia atrás, apoyando las regordetas manos blancas en las rodillas. La sonrisa desapareció lentamente de su rostro.

—¡Paul! —dijo, y guardó un grave silencio—. Me temo que no estás tomando esto con la debida seriedad. Creo que quizá no te das cuenta…, no te das cuenta… — Respiró hondo y rápidamente se volvió hacia los otros, con un gesto de impotencia, como si no tuviera palabras con que expresarse.

Pero tanto la madre como el padre permanecieron callados…, ellos no podían ayudarlo.

—Seguramente sabes, supongo que serás consciente de que… de que no has sido tú mismo últimamente. ¿Acaso no sabes que…?

Era divertido presenciar el esfuerzo renovado del médico por sonreír, su extraño aspecto descompuesto, como de turbación confidencial.

—Me siento bien, señor —dijo, y de nuevo se rió un poco.

—Estamos intentando ayudarte. —El tono del doctor se volvió más severo.

—Sí, señor, lo sé. Pero ¿por qué? Estoy bien. Simplemente estoy *pensando*, esto es todo.

Su madre se inclinó rápidamente hacia delante, apoyando una mano en el respaldo de la silla del doctor.

—¿Pensando? —dijo—. Pero, cariño…, ¿en qué?

Era un desafío directo… y tendría que salir directamente al paso. Pero antes buscó otra vez en el rincón, cerca de la puerta, como para tranquilizarse. Sonrió de nuevo a lo que vio, a lo que escuchó. La pequeña espiral todavía estaba allí, todavía daba vueltas suavemente, como el fantasma de un gatito blanco persiguiendo el fantasma de una cola blanca, emitiendo susurros apenas perceptibles. ¡Estaba bien! Bastaría con ser capaz de mantenerse firme, y todo saldría bien.

—Oh, en todo y en nada…, ¡*tú* sabes cómo se hace!

—¿Quieres decir… fantaseando?

—¡Oh, no…, pensando!

—Pero… ¿pensando en *qué*?

—En cualquier cosa.

Se rió por tercera vez, pero esta vez, al mirar la cara de su madre, le espantó ver el efecto que su risa parecía producir en ella. Su boca se había abierto en una expresión

de horror… ¡Qué mala suerte! ¡Qué desgracia! Desde luego, él sabía que causaría dolor, pero no se le había ocurrido pensar que la cosa llegaría hasta ese punto. Quizá si… quizá si les diera sólo una pequeñísima pista reluciente…

—En la nieve —dijo.

—¿Qué demonios dices? —Era la voz de su padre. Las zapatillas marrones se acercaron en la alfombra de la chimenea.

—Pero cariño, ¿qué quieres decir? —Era la voz de su madre.

El médico se limitaba a mirarle fijamente.

—Simplemente en la *nieve*, eso es todo. Me gusta pensar en ella.

—Háblanos de ella, hijo mío.

—Pero eso es todo lo que hay. No hay nada que contar. *Vosotros* sabéis qué es la nieve.

Esto lo dijo casi enfadado, porque creía que intentaban arrinconarlo. Se volvió a un lado para no tener que seguir frente al doctor, y para ver mejor la pulgada de negrura entre el alféizar de la ventana y la cortina bajada: la fría pulgada de noche deliciosa y tentadora. Enseguida se sintió mejor, más seguro.

—Madre…, ¿ya puedo irme a dormir, por favor? Me duele la cabeza.

—Pero pensaba que habías dicho…

—Acaba de empezarme a doler. ¡Es por culpa de todas estas preguntas…! ¿Puedo, madre?

—Podrás ir cuando termine el doctor.

—¿No te parece que deberíamos entrar en este asunto a fondo y *ahora*? —Era la voz del padre. De nuevo las zapatillas marrones se acercaron un paso, la voz había adoptado el bien conocido tono de «castigo», resonante y cruel.

—¡Oh, de qué servirá, Norman…!

De pronto, todos se callaron. Y sin mirarles directamente, sabía que los tres le miraban con una intensidad extraordinaria —de hito en hito— como si hubiera hecho algo monstruoso, o como si él mismo fuera una especie de monstruo. Podía escuchar el débil e irregular aleteo de las llamas; el tictac del reloj; a lo lejos, el chisporroteo de dos risas en la cocina, interrumpidas tan súbitamente como habían empezado; el murmullo del agua en la tubería; y después, el silencio que parecía volverse más profundo, extendiéndose, dilatándose como el mundo, ensanchándose como el mundo, haciéndose eterno y sin forma definida, y concentrándose inevitable y minuciosamente, con una concentración lenta y adormilada, pero enorme en todo su poder, en el principio de un nuevo sonido. Él sabía perfectamente en qué se iba a convertir ese nuevo sonido. Podría empezar con un silbido, pero terminaría con un rugido…, no había tiempo que perder…, tenía que escapar. Aquello no debía suceder allí…

Sin decir ni una palabra más, dio media vuelta y subió la escalera corriendo.

4

Llegó por los pelos. La oscuridad ya entraba en largas olas blancas. Un prolongado silbido inundaba la noche —una inmensa furia sin fisuras, de influencia salvaje, la atravesó abruptamente—, un zumbido bajo y frío hizo temblar las ventanas. Cerró la puerta y se quitó la ropa precipitadamente en medio de la oscuridad. El suelo negro y desnudo era como una pequeña balsa sacudida por oleadas de nieve, a punto de irse a pique, ora emblanquecidamente hundida, ora saliendo a flote de nuevo, zozobrando entre espirales ondulantes de plumas. La nieve se reía: de todas partes le llegaba su voz al mismo tiempo: ciñéndolo mientras corría y saltaba a la cama triunfante.

—¡Escúchanos! —le dijo la nieve—. ¡Escucha! Hemos venido para contarte la historia de la que te hablamos. ¿Te acuerdas? Acuéstate. Cierra los ojos, ahora… ya no verás mucho… en esta blanca oscuridad, ¿quién podría o querría ver? Nosotros lo sustituiremos todo… Escucha…

Un hermoso y cambiante baile de nieve empezó en la habitación, avanzaba y retrocedía, se aplastaba hasta llegar al suelo, alzándose luego como un surtidor hasta el techo, se balanceaba, se restablecía formando un nuevo remolino de copos que entraba derramándose y riéndose por la ventana, que zumbaba, avanzaba de nuevo, levantando unos largos brazos blancos. Decía paz, decía lejanía, decía frío…, decía…

Pero entonces una cuchillada de luz horrorosa atravesó brutalmente la habitación desde la puerta que se abrió —la nieve retrocedió silbando—; algo ajeno había entrado en la habitación: algo hostil. Esa cosa corrió hacia él, se aferró a él, lo sacudió; no solamente estaba horrorizado, estaba lleno de un odio que jamás había experimentado. ¿Qué era aquello? ¿Qué era esa cruel interrupción? ¿Ese acto de ira y de odio? Era como si tuviera que extenderse la mano hacia otro mundo para poder comprenderlo: un esfuerzo del que a duras penas era capaz. Pero de aquel otro mundo todavía recordaba lo bastante para conocer los conjuros del exorcismo. Esas palabras se desgarraron de su otra vida repentinamente…

—¡Madre! ¡Madre! ¡Lárgate! ¡Te odio!

Y con ese esfuerzo, todo se resolvió, todo volvió a estar bien: el silbido sin fisuras avanzó de nuevo, las largas y oscilantes ráfagas blancas se alzaron y cayeron como enormes olas musitantes, el susurro devino más fuerte, las risas se multiplicaron.

—¡Escucha! —oyó que le decían—. Te vamos a contar la última historia, la más bella y secreta…, cierra los ojos…, es un cuento muy breve…, un cuento que cada vez se hace más corto…, que avanza hacia dentro en vez de abrirse como una flor…, es una flor que se convierte en una semilla…, una pequeña semilla fría…, ¿escuchas? Nos acercaremos más a ti…

El susurro era ahora un rugido, el mundo entero era un vasto telón móvil de nieve; pero incluso ahora decía paz, decía lejanía, decía frío, decía dormir.

Traducción de Manuel Pereira

Judas en flor

Braggioni está sentado en el borde de una silla de respaldo recto, demasiado pequeña para él, y le canta a Laura con una sedosa pero lúgubre voz. Laura ha empezado a encontrar excusas para eludir su propia casa hasta el último momento posible, porque Braggioni está allí casi cada noche. No importa cuán tarde sea, él estará allí sentado, con una hosca y expectante expresión, tironeando de su propio rizado cabello amarillo, manoseando las cuerdas de su guitarra, gruñendo una melodía entre dientes. Lupe, la criada india, recibe a Laura en la puerta y dice, con un esbozo de mirada que se dirige a la habitación de arriba: «Él espera».

Laura desea acostarse, está cansada de las horquillas y del contacto de las largas mangas ajustadas, pero le dice: «¿Tienes una nueva canción para mí esta noche?». Si él dice que sí, ella le pide que la cante. Si dice que no, recuerda la que él prefiere y le pide que la cante de nuevo. Lupe le trae una taza de chocolate y un plato de arroz. Laura come en la mesa pequeña bajo la lámpara, invitando primero a Braggioni, cuya respuesta es siempre la misma: «Ya he comido y, además, el chocolate espesa la voz».

Laura contesta: «Canta, entonces», y Braggioni se pone a cantar. Rasguea la guitarra con familiaridad, como si fuera un animal doméstico, y canta desafinando apasionadamente, llevando las notas altas a un prolongado chillido quejumbroso. Laura, que frecuenta los mercados escuchando a los que cantan baladas y se detiene cada día para oír al muchacho ciego tocar su flauta de caña en la calle Dieciséis de Septiembre, escucha a Braggioni con despiadada cortesía, porque no se atreve a sonreír ante su miserable actuación. Nadie se atreve a sonreír ante él. Braggioni es cruel con todos por una especie de insolencia especializada, pero también tan vanidoso en cuanto a sus talentos y tan sensible a los desaires, que se requeriría una crueldad y una vanidad mayores que las suyas para poner el dedo en la vasta e incurable llaga de su autoestima. Y osadía, también, porque resulta peligroso ofenderle, y nadie tiene ese coraje.

Braggioni se ama a sí mismo con tal ternura, amplitud y caridad eterna, que sus seguidores —porque él es un conductor de hombres, un hábil revolucionario, y su piel ha sido perforada en una guerra honorable— se calientan en el ardor que refleja, y se dicen entre ellos: «Tiene verdadera nobleza, un amor por la humanidad que está por encima de los meros afectos personales». El exceso de ese amor propio ha fluido de modo inconveniente sobre Laura, quien, con muchos otros, le debe su cómoda situación y su salario. Cuando él está de muy buen humor, le dice: «Estoy tentado de perdonarte que seas una *gringa. ¡Gringuita*/», y Laura, encendida, se imagina a sí misma adelantándose de pronto hacia él y, con un fuerte revés, borrándole la sebosa

sonrisa del rostro. Si él repara en sus ojos en esos momentos, no da muestras de ello.

Sabe lo que Braggioni le ofrecería y debe resistir tenazmente sin dar la impresión de resistir y, si pudiera evitarlo, no admitiría, ni siquiera ante sí misma, la lenta deriva de la intención de él. Durante esas largas noches que le han echado a perder un mes entero, ella se sienta en su mullida silla con un libro abierto sobre las rodillas, descansando los ojos sobre la rigidez consoladora de la página impresa, cuando la vista y el sonido del canto de Braggioni amenazan identificarse con todas las aflicciones que recuerda y agregar su peso a sus inquietantes premoniciones. La glotona mole de Braggioni ha llegado a ser un símbolo de sus muchas desilusiones, porque un revolucionario debería ser delgado, inspirado por una fe heroica y una vasija de virtudes abstractas. Eso es una tontería, ahora lo sabe y se avergüenza de ello. La revolución debe poseer líderes, y el liderazgo es una carrera para hombres enérgicos. Ella está, sus camaradas se lo dicen, llena de errores románticos, porque lo que define como cinismo en ellos, constituye apenas «un desarrollado sentido de la realidad». Se ve casi demasiado inclinada a decir: «Estoy equivocada, supongo que no entiendo verdaderamente los principios». Luego hace una tregua secreta consigo misma, decidida a no rendir su voluntad a tal expediente lógico. Pero no puede evitar sentir que ha sido traicionada irreparablemente por el divorcio entre su modo de vivir y su intuición de lo que la vida debe ser, y a veces se contenta casi con descansar en esa sensación de injusticia como una reserva privada de consuelo. Otras veces desea escapar, pero se queda. Ahora quiere salir volando de esa habitación, bajar las estrechas escaleras y echarse a la calle, donde las casas se apoyan una en otra como conspiradores bajo una única lámpara manchada, y dejar a Braggioni cantando para sí mismo.

En cambio, mira a Braggioni, franca y directamente, como una buena chica que entiende las normas de comportamiento. Junta las rodillas bajo la espesa sarga azul y su blanco cuello redondo no es intencionadamente monjil. Usa el uniforme de una idea y ha renunciado a las vanidades. Nació católica y, a pesar de su temor a ser vista por alguien que pudiera escandalizarse de ello, de vez en cuando entra furtivamente en alguna pequeña iglesia derruida, se arrodilla en la piedra helada y reza un avemaría con el rosario de oro que compró en Tehuantepec. No sirve de nada y termina por examinar el altar con sus flores de oropel y sus brocados raídos, y se enternece por la maltrecha imagen de algún santo varón cuyos blancos calzones guarnecidos de encaje cuelgan flojamente sobre sus tobillos o bajo la hierática dignidad de su hábito de terciopelo. Ella se ha encerrado en un conjunto de principios derivados de su formación temprana, sin dejar intacto ningún detalle en los gestos o el gusto personal, y por esta razón no está dispuesta a usar encajes hechos a máquina. Ésa es su herejía privada, porque en su grupo especial la máquina es sagrada y será la salvación de los trabajadores. Ama el encaje fino, y hay un delgado reborde de tela de

araña estriada en su cuello, que es uno de los veinte exactamente iguales envueltos en papel de seda azul sobre el cajón superior de la cómoda.

Braggioni atrapa su mirada con firmeza, como si la hubiese estado esperando. Se inclina hacia delante, balanceando su panza entre las rodillas abiertas, y canta con tremendo énfasis, pesando sus palabras. No tiene, cuenta la canción, padre ni madre, ni siquiera un amigo que le consuele; solitario como una ola del mar, viene y va, solitario como una ola del mar. Su boca se abre en un círculo y suspira hacia un lado mientras sus mejillas como globos se tornan más grasientas con el esfuerzo del canto. Sobresale prodigiosamente de sus costosas ropas. Sobre su cuello color lavanda, arrugado sobre una corbata púrpura, sujeta por un broche de diamante; sobre su canana de cuero labrado repujado en plata y cruelmente ceñida en torno de su jadeante cintura; sobre los bordes de sus brillantes zapatos amarillos, Braggioni se hincha con ominosa madurez, a la vez que destacan sus tensos calcetines de seda malva y sus tobillos rodeados por las recias tiras de cuero de los zapatos.

Cuando deja caer sus ojos sobre Laura, ella nota una vez más que son verdaderos ojos amarillos leonados de gato. Él es rico, no en dinero, le dice, sino en poder, y el poder trae aparejada la posesión inocente de las cosas y el derecho a satisfacer su amor por los pequeños lujos. «Tengo cierto gusto para los refinamientos elegantes», ha dicho alguna vez, agitando un pañuelo de seda amarilla ante la nariz de Laura. «¿Hueles esto? Es Jockey Club, importado de Nueva York.» Sin embargo, está herido por la vida. Lo dirá dentro de un instante. «Es verdad que todo se convierte en polvo entre las manos, en hiel en la lengua.» Suspira y su cinturón de cuero cruje como una cincha de montar. «Me decepciona ver cómo van las cosas. Todas.» Sacude la cabeza. «Tú, pobrecilla, te decepcionarás también. Has nacido para ello. Somos más parecidos de lo que tú crees en algunas cosas. Espera y verás. Algún día recordarás lo que te he dicho, sabrás que Braggioni era tu amigo.»

Laura siente un lento escalofrío, una sensación puramente física de peligro, una advertencia en su sangre de que la violencia, la mutilación, una muerte espantosa, la esperan con menor paciencia cada vez. Ha traducido ese miedo en algo doméstico, inmediato, y a veces vacila antes de cruzar la calle. «Mi destino personal no es nada, salvo como testimonio de una actitud mental», se recuerda a sí misma, citando algún olvidado manual de filosofía, y es lo bastante inteligente como para agregar: «De todos modos, no seré atropellada por un automóvil, si puedo evitarlo».

«Puede ser verdad que yo sea tan corrupta, en otro sentido, como Braggioni», piensa, a pesar de sí misma, «tan cruel, tan incompleta», y si esto es así, cualquier clase de muerte parece preferible. Sigue tranquilamente sentada, no echa a correr. ¿Adónde podría ir? Sin que se la invitase, ella se ha prometido a este lugar; ya no puede imaginarse viviendo en otro país, y no le produce placer el recordar la vida anterior a su llegada aquí.

¿Cuál es exactamente la naturaleza de esa devoción, sus verdaderos motivos, y cuáles sus obligaciones? Laura no lo puede decir. Pasa parte de sus días en Xochimilco, cerca de aquí, enseñando a los niños indios a decir en inglés: «El gato está sobre el felpudo». Cuando aparece en el aula, ellos se agolpan a su alrededor con sonrisas en sus sabios rostros inocentes del color de la arcilla, gritando: «¡Buenos días, mi maestra!» con voces inmaculadas, y convierten su escritorio en un fresco jardín de flores cada día.

En su tiempo libre, va a reuniones sindicales y escucha a importantes voces activas discutir sobre tácticas, métodos, política interna. Visita a los prisioneros de su propia fe política en sus celdas, donde se entretienen contando cucarachas, arrepintiéndose de sus indiscreciones, escribiendo sus memorias, redactando manifiestos y planes para sus camaradas que todavía caminan en libertad, con las manos en los bolsillos y oliendo el aire puro. Laura les lleva comida y cigarrillos y un poco de dinero, y transmite mensajes, disimulados en frases equívocas, de los hombres que están afuera y que no se atreven a poner un pie en la prisión por miedo a desaparecer en las celdas que se mantienen vacías para ellos. Si los prisioneros confunden el día y la noche, y se quejan: «Querida Laurita, el tiempo no pasa en este agujero infernal y no sé cuándo es hora de dormir si no tengo algo que me lo recuerde», ella les lleva sus narcóticos favoritos y les dice en un tono cuya piedad no los hiera: «Esta noche será verdaderamente de noche para ti», y aunque su español les divierte, la encuentran consoladora, útil. Si pierden la paciencia y la fe, y maldicen la lentitud de sus amigos en venir a rescatarles con dinero e influencia, confían en que ella no lo repita todo, y si pregunta: «¿Dónde crees que puedo encontrar dinero o influencia?», responden sin duda: «Bueno, ahí está Braggioni, ¿por qué no hace algo?».

Ella lleva de contrabando cartas del cuartel general a los hombres que se esconden de los pelotones de ejecución en callejas apartadas, en casas enmohecidas, donde se sientan en camas destartaladas y hablan amargamente como si todo México estuviera pisándoles los talones, cuando Laura sabe positivamente que podrían aparecer en el concierto de la banda en la Alameda, el domingo por la mañana, y nadie repararía en ellos. Pero Braggioni dice: «Déjalos sudar un poco. La próxima vez tendrán cuidado. Es un gran descanso tenerles apartados un tiempo». Ella no teme llamar a ninguna puerta en cualquier calle después de la medianoche, y entrar en la oscuridad, y decir a uno de esos hombres que está realmente en peligro: «Te buscarán —seriamente— mañana por la mañana, después de las seis. Aquí tienes algún dinero de Vicente. Vete a Veracruz y espera allá».

Pide prestado dinero al agitador rumano para dárselo a su encarnizado enemigo, el agitador polaco. El territorio que se disputan es el favor de Braggioni, y Braggioni mantiene el equilibrio muy bien, porque puede usarlos a los dos. El agitador polaco

habla a Laura de amor sobre mesas de cafés, esperando explotar lo que cree su secreta preferencia sentimental por él, y le da información falsa, que le pide que repita como la solemne verdad a ciertas personas. El rumano es más hábil. Se muestra generoso con su dinero en todas las buenas causas y le miente con un aire de ingenuo candor, como si fuera su amigo y confidente. Ella nunca repite nada de lo que le dicen. Braggioni nunca hace preguntas. Tiene otros medios para descubrir lo que desea saber sobre ellos.

Nadie la toca, pero todos alaban sus ojos grises y su suave y redondeado labio inferior que promete placeres, aunque siempre sea serio y casi siempre esté firmemente cerrado, y no comprenden por qué está en México. Ella va de aquí para allá haciendo recados, con la perplejidad en las cejas, llevando su carpeta de dibujos y música y papeles escolares. Ningún bailarín baila mejor de lo que Laura camina, e inspira algunos divertidos e inesperados ardores que suscitan pequeñas habladurías porque nada sale de ellos. Un joven capitán que había sido soldado en el ejército de Zapata intentó, durante un paseo a caballo cerca de Cuernavaca, expresarle su deseo con la noble simplicidad que corresponde a un rudo héroe popular; pero con gentileza, porque era gentil. Esa misma gentileza le venció, ya que cuando desmontó y sacó el pie de Laura del estribo para tratar de ayudarla a bajar tomándola entre sus brazos, el caballo, habitualmente dócil, se espantó, se encabritó y se precipitó a la carrera. El caballo del joven héroe corrió ciegamente tras su compañero de cuadra y el héroe no volvió al hotel hasta bien entrada la noche. Durante el desayuno, llegó a su mesa con traje charro completo, chaqueta de ante gris y pantalones con hileras de botones de plata a lo largo de las piernas, y estaba alegre y despreocupado. «¿Puedo sentarme con usted?» y «Es usted una amazona maravillosa. Me aterrorizaba la posibilidad de que la desmontase y la arrastrase. No me lo hubiera perdonado nunca. ¡Pero no acabo de admirarla lo bastante por su estupenda manera de montar!»

—Aprendí en Arizona —dijo Laura.

—Si vuelve a montar conmigo esta mañana, le prometo un caballo que no se espantará —dijo él.

Pero Laura recordó que debía regresar a la ciudad de México a mediodía.

A la mañana siguiente, los niños celebraron una fiesta y pasaron su tiempo libre escribiendo en la pizarra: «Amamos a nuestra maestra», y con tizas de colores dibujaron guirnaldas de flores alrededor de las palabras. El joven héroe le escribió una carta: «Soy un hombre muy necio, atolondrado, impulsivo. Debería haberle dicho en primer lugar que la amo, y entonces usted no hubiese huido. Pero me verá nuevamente». Laura pensó: «Debo enviarle una caja de lápices de colores», pero estaba tratando de perdonarse el haberle clavado las espuelas a su caballo en un mal momento.

Un jovencito moreno de pelo revuelto llegó a su patio una noche y cantó como un

alma en pena durante dos horas, pero a Laura no se le ocurría cómo quitárselo de encima. La luna tendía un manto de gasa plateada sobre los claros del jardín, y las sombras eran azul cobalto. Los capullos escarlata del árbol de Judas eran púrpura profundo, y los nombres de los colores se repetían automáticamente en su mente mientras contemplaba, no al muchacho, sino su sombra, caída como un ropaje oscuro sobre el borde de la fuente, arrastrándose en el agua. Lupe se le acercó silenciosamente y susurró un consejo experto en su oído: «Si le arroja una pequeña flor, cantará una o dos canciones más y se irá». Laura arrojó la flor y él cantó una última canción y se marchó con la flor metida en la cinta del sombrero. Lupe dijo: «Es uno de los organizadores del Sindicato de Tipógrafos y, antes de eso, vendía *corridos* en el mercado de la Merced y, antes de eso, llegó de Guanajuato, donde yo nací. Yo no confío en ningún hombre, pero menos aún en los que vienen de Guanajuato».

No le dijo a Laura que él volvería a la noche siguiente, y a la otra, ni que la seguiría a cierta distancia por el mercado de la Merced, por el Zócalo, por la avenida Francisco I. Madero, y a lo largo del Paseo de la Reforma hasta el parque de Chapultepec y por el Sendero de los Filósofos, todavía con aquella flor marchitándose en su sombrero y una exclusiva atención en sus ojos.

Ahora Laura se ha acostumbrado a él, lo cual no significa nada, salvo que el chico tiene diecinueve años y observa una convención con toda propiedad, como si estuviera fundada en una ley natural, lo que finalmente podría ser cierto. Está comenzando a escribir poemas que imprime en una prensa de madera, y los deja clavados como pasquines en su puerta. Ella está agradablemente inquieta por la abstracta y parsimoniosa vigilancia de sus ojos negros que, en su momento, se volverán fácilmente hacia otro objeto. Se dice a sí misma que arrojarle la flor fue un error, porque ella tiene veintidós años y sabe más; pero se niega a lamentarlo, y se persuade de que su negación de todos los hechos externos tal como ocurren es un signo de que se está perfeccionando en el estoicismo que se esfuerza por cultivar contra ese desastre que teme, aunque no pueda nombrarlo.

No está cómoda en el mundo. Todos lo días enseña a niños que le siguen siendo ajenos, aunque ame sus tiernas manitas redondas y su encantador salvajismo oportunista. Llama a puertas desconocidas sin saber si contestará un amigo o un extraño, y aun cuando de la acre tiniebla de ese interior ignorado emerge una cara familiar, sigue siendo la cara de un extraño. No importa lo que ese extraño le diga, ni cuál sea el mensaje que ella le lleve, las propias células de su carne rechazan el conocimiento y la afinidad con una única monótona palabra. No. No. No. Saca sus fuerzas de esa única palabra mágica, sagrada, que le impide caer en el mal. Negando todo, puede ir a todas partes con tranquilidad, pues mira todo sin asombro.

No, repite esa firme voz inmutable de su sangre, y ella mira a Braggioni sin

asombro. Él es un gran hombre, desea impresionar a esta muchacha sencilla que cubre sus grandes pechos redondos con gruesa ropa oscura y que esconde sus largas, inalcanzablemente hermosas piernas bajo una pesada falda. Es casi delgada, salvo por la incomprensible plenitud de sus pechos, como los de una madre en la lactancia, y Braggioni, que se considera buen juez de mujeres, vuelve a especular sobre el enigma de su notoria virginidad, y se toma la libertad de palabra que ella permite sin una señal de modestia, sin ninguna clase de señal, en realidad, lo cual es desconcertante.

«¡Tú crees que eres muy fría, *gringuita*! Espera y verás. ¡Te sorprenderás algún día! ¡Ojalá esté yo allí para aconsejarte!» Entorna los párpados mirándola, y sus malhumorados ojos de gato se agitan en dos miradas separadas hacia los dos puntos de luz que marcan los extremos opuestos de un sendero tersamente trazado entre las llenas curvas de sus pechos. No le desanima esa sarga azul ni su resuelta mirada fija. Dispone de todo el tiempo del mundo. El viento del canto hincha sus mejillas. «Oh, muchacha de los ojos oscuros», canta. Y reconsidera, «Pero los tuyos no son oscuros. Puedo cambiar todo eso. Oh, muchacha de los ojos verdes, tú me has robado el corazón!», entonces su mente se pierde en la canción y Laura siente que el peso de su atención se desplaza hacia alguna otra parte. Al cantar así, parece inofensivo, es completamente inofensivo, no hay nada que hacer sino estar sentada pacientemente y decir «No» cuando llega el momento. Ella suspira muy hondo y su mente se pierde también, pero no se aleja. No se atreve a ir demasiado lejos.

No por nada Braggioni ha hecho el esfuerzo de ser un buen revolucionario y un amante profesional de la humanidad. Nunca morirá de eso. Tiene la malicia, la inteligencia, la perversidad, la agudeza de juicio y la dureza de corazón estipuladas para amar al mundo provechosamente. *Nunca morirá de eso*. Vivirá para verse echado a puntapiés del comedero por otros hambrientos salvadores del mundo. Por tradición, debe cantar a pesar de su vida, que le conduce a la efusión de sangre, le dice a Laura, porque su padre era un campesino toscano que se vio arrastrado a Yucatán y se casó con una mujer maya: una mujer de raza, una aristócrata. Así que ellos le dieron el amor y el conocimiento de la música, y bajo el rasgueo de la uña de su pulgar, las cuerdas del instrumento se quejan como nervios expuestos.

En un tiempo le llamaban Delgadito todas las muchachas y las mujeres casadas que corrían tras él; era tan escuálido que se le veían todos los huesos bajo su fina ropa de algodón, y podía apretar su vacuidad hasta alcanzar la columna vertebral con sus dos manos. Entonces era un poeta y la revolución era solamente un sueño; demasiadas mujeres le amaban y mimaban su juventud, y nunca encontraba comida suficiente en ninguna parte, ¡en ninguna parte! Ahora es un conductor de hombres, hombres taimados que murmuran en su oído, hombres hambrientos que esperan durante horas ante su despacho para hablar una palabra con él, hombres demacrados con rostros salvajes que le salen al paso en la puerta de la calle con un tímido:

«Camarada, déjame decirte…» y le echan el fétido aliento de sus estómagos vacíos en la cara.

Siempre es compasivo. Les da puñados de calderilla de su propio bolsillo, les promete trabajo, habrá manifestaciones, deben unirse a los sindicatos y asistir a las reuniones, sobre todo deben estar alerta por los espías. Están más cerca de él que sus propios hermanos, sin ellos yo no puedo hacer nada… ¡Hasta mañana, camarada!

Hasta mañana. «Son estúpidos, son haraganes, son traicioneros, me cortarían el cuello por nada», le dice a Laura. Tiene buena comida y abundante bebida, alquila un automóvil y va al Paseo los domingos por la mañana, y disfruta plenamente del sueño en una cama mullida junto a una esposa que no se atreve a molestarle, y se sienta mimando sus huesos con cómodas oleadas de grasa, cantándole a Laura, que conoce y piensa esas cosas sobre él. Cuando tenía quince años, trató de ahogarse porque amaba a una muchacha, su primer amor, y ella se rió de él. «Mil mujeres han pagado por eso», y su boquita rígida se tuerce en los extremos. Ahora se perfuma el pelo con Jockey Club y confiesa a Laura: «Una mujer es en realidad tan buena como cualquier otra para mí, en la oscuridad. Las prefiero a todas».

Su esposa organiza sindicatos entre las muchachas de las fábricas de cigarrillos, y va con los piquetes y hasta habla en reuniones por la noche. Pero no se le puede hacer comprender los beneficios de la verdadera libertad. «Le digo que debo tener mi libertad, claramente. No entiende mi punto de vista.» Laura ha oído eso muchas veces. Braggioni rasguea la guitarra y medita. «Ella es una mujer instintivamente virtuosa, oro puro, de esto no hay duda. Si no lo fuera, la encerraría, y ella lo sabe.»

Su mujer, que trabaja tanto en bien de las muchachas de la fábrica, pasa parte de su tiempo libre echada en el suelo llorando porque hay tantas mujeres en el mundo y un solo marido para ella, y nunca sabe dónde ni cuándo buscarle. Él le dijo: «A menos que aprendas a llorar cuando yo no estoy aquí, tendré que marcharme para siempre». Aquel día se marchó y alquiló una habitación en el hotel Madrid.

Es este mes de separación por mor de los más altos principios lo que ha afligido no sólo a la señora Braggioni, cuyo sentido de la realidad está más allá de la crítica, sino también a Laura, que se siente hundida en una pesadilla. Esta noche, Laura envidia a la señora Braggioni, que está sola y es libre de llorar todo lo que quiera por un mal concreto. Laura acaba de volver de una visita a la prisión, y está esperando el día de mañana con una amarga ansiedad, como si el mañana pudiera no llegar, y el tiempo pudiera ser inmovilizado en esta hora, con ella completamente paralizada, Braggioni cantando por siempre jamás y el cuerpo de Eugenio aún no descubierto por el guardia.

Braggioni dice: «¿Vas a dormir?». Casi antes de que ella pueda negar con la cabeza, empieza a hablarle de los disturbios que habrá el Primero de Mayo en Morelia, porque los católicos harán un festival en honor de la Virgen Bendita y los

socialistas honran a sus mártires ese día. «Habrá dos procesiones independientes, que partirán una de cada extremo de la ciudad, y que marcharán hasta encontrarse, y el resto depende…» Le pide que le engrase y le cargue las pistolas. Poniéndose en pie, se desabrocha la canana y la coloca sobre las rodillas de ella. Los cartuchos resbalan del paño empapado en aceite y él vuelve a decir que no entiende por qué trabaja tanto por el ideal revolucionario, a menos que esté enamorada de algún hombre que luche por él.

—¿No estás enamorada de alguien?

—No —dice Laura.

—¿Y nadie está enamorado de ti?

—No.

—Pues es por tu propia culpa. Ninguna mujer necesita pedir caridad. Porque, ¿qué es lo que pasa contigo? La mendiga sin piernas de la Alameda tiene un amante perfectamente fiel. ¿Sabías eso?

Laura observa el cañón de la pistola y no dice nada, pero un largo y lento desfallecimiento crece y remite dentro de ella; Braggioni curva sus gruesos dedos sobre la garganta de la guitarra y modera delicadamente su música, y cuando vuelve a oírle, él parece haberla olvidado y está hablando con la voz hipnótica que emplea cuando se dirige, en habitaciones pequeñas, a una multitud atenta y espesa. Algún día este mundo, que ahora parece tan sosegado y eterno, hasta las orillas de todos los mares, no será más que una maraña de trincheras abiertas, de muros derrumbados y cuerpos quebrados. Todo debe ser arrancado de su lugar acostumbrado, donde ha estado pudriéndose durante siglos, arrojado hacia el cielo y distribuido, derribado nuevamente y limpio como la lluvia, sin identidad separada. Nada sobrevivirá de lo que las endurecidas manos de la pobreza hayan creado para los ricos, y a nadie se dejará con vida, salvo los espíritus elegidos destinados a procrear un mundo nuevo, libre de crueldad e injusticia, regido por la benevolente anarquía.

—Las pistolas son buenas, las amo, los cañones son aún mejores, pero al final pongo mi fe en la buena dinamita —concluye, y acaricia la pistola que ella sostiene —. Una vez soñé con destruir esta ciudad, en caso de que ofreciera resistencia al general Ortiz, pero cayó en sus manos como una pera madura.

Le desasosiegan sus propias palabras, se levanta y se queda esperando. Laura le tiende el cinturón.

—Póntelo, y ve a matar a alguien en Morelia, y serás más feliz —dice suavemente. La presencia de la muerte en la habitación la hace audaz—. Hoy he encontrado a Eugenio entrando en estupor. Se negó a permitirme llamar al médico de la prisión. Había tomado todas las tabletas que le llevé ayer. Dijo que las tomó porque estaba aburrido.

—Es un tonto y su muerte es asunto suyo —dice Braggioni, abrochándose el

cinturón cuidadosamente.

—Le dije que si hubiese esperado sólo un poco más, tú le hubieras hecho salir en libertad —dice Laura—. Dijo que no quería esperar.

—Es un tonto y es bueno librarse de él —dice Braggioni, cogiendo su sombrero.

Se marcha. Laura sabe que su humor ha cambiado, no volverá a verle durante un tiempo. Le mandará decir algo cuando la necesite para hacer recados en calles desconocidas, hablar con los extraños rostros que aparecerán, como máscaras de arcilla con el poder del habla humana, murmurando su agradecimiento a Braggioni por la ayuda. Ahora ella es libre, y piensa: «Debo huir mientras haya tiempo». Pero no se va.

Braggioni entra en su propia casa donde durante un mes su mujer ha pasado muchas horas llorando cada noche y enredándose el cabello sobre la almohada. Ahora está llorando, y llora más al verle, la causa de todas sus penas. Él echa una mirada a la habitación. Nada ha cambiado, los olores son buenos y familiares, conoce bien a la mujer que se le aproxima sin más reproche que la pena en el rostro. Le dice tiernamente:

—Eres tan buena, por favor, no llores más, querida criatura.

Ella dice:

—¿Estás cansado, ángel mío? Siéntate aquí y te lavaré los pies.

Trae un bol de agua y, arrodillada, desata los cordones de sus zapatos, y cuando desde el suelo alza sus ojos tristes bajo las pestañas renegridas, él lo lamenta todo, y estalla en lágrimas.

—¡Ah, sí, tengo hambre, estoy cansado, comamos algo juntos! —dice, entre sollozos.

Su mujer reclina la cabeza en su brazo y dice:

—¡Perdóname!

Y esta vez él se refresca en la solemne e interminable lluvia de sus lágrimas.

Laura se quita el vestido de sarga y se pone un camisón de lino blanco y se va a la cama. Vuelve la cabeza ligeramente hacia un lado y, yaciendo inmóvil, se acuerda que es hora de dormir. Los números golpean en su cerebro como pequeños relojes, puertas silenciosas se cierran solas a su alrededor. Si duermes, no debes recordar nada, los niños dirán mañana: buenos días, mi maestra; los pobres prisioneros que vienen cada día trayendo flores a su carcelera. 1-2-3-4-5… es monstruoso confundir amor con revolución, noche con día, vida con muerte. ¡Ah, Eugenio!

La campanada de la medianoche es una señal, pero ¿qué significa? Levántate, Laura, y sígueme: sal de tu sueño, de tu cama, de esta casa extraña. ¿Qué estás haciendo en esta casa? Sin una palabra, sin miedo, se levantó y buscó la mano de Eugenio, pero él la eludió con una cínica y taimada sonrisa, y se alejó. Esto no es todo, verás. Asesina, dijo, sígueme, te mostraré un país nuevo, pero está lejos y

debemos apresurarnos. No, dijo Laura, no, a menos que tomes mi mano, y se cogió primero de la baranda de la escalera, y luego de la más alta rama del árbol de Judas, que se inclinó lentamente y la depositó en tierra, y después a la saliente rocosa de un acantilado, y luego a la mellada ola de un mar que no era agua sino un desierto de piedras desmenuzadas. Adónde me llevas, preguntó maravillada pero sin miedo. A la muerte, y hay un largo camino, y debemos apresurarnos, dijo Eugenio. No, contestó Laura, no, a menos que tomes mi mano. Entonces come estas flores, pobre prisionera, dijo Eugenio con voz piadosa, toma y come, y del árbol de Judas arrancó las cálidas flores sangrantes y se las acercó a los labios. Ella vio que su mano estaba descarnada, que era un haz de pequeñas ramas blancas petrificadas, y en las cuencas de sus ojos no había luz, pero comió las flores con avidez porque colmaban tanto el hambre como la sed. ¡Asesina!, dijo Eugenio, ¡Caníbal! Éste es mi cuerpo y mi sangre. Laura gritó: ¡No!, y, ante el sonido de su propia voz, despertó temblando y tuvo miedo de volver a dormirse.

Traducción de Horacio Vázquez Rial

Una rubia imponente

I

Hazel Morse era una mujer corpulenta, de cabello claro, del tipo que incita a algunos hombres, cuando usan la palabra «rubia», a chascar la lengua y menear la cabeza pícaramente. Se enorgullecía de sus pies pequeños y su vanidad le hacía sufrir, pues los encajaba en zapatos de punta roma y tacón alto, del número más pequeño posible. Lo más curioso en ella eran las manos, extrañas terminaciones de los brazos fofos y blancos, salpicados de manchas de color canela claro, unas manos largas y temblorosas, de grandes uñas convexas. No debería haberlas desfigurado con pequeñas joyas.

No era una mujer dada a los recuerdos. A sus treinta y cinco años, su primera juventud era una secuencia borrosa y fluctuante, una película imperfecta que mostraba las acciones de unas personas desconocidas.

Su madre viuda murió tras una enfermedad muy larga, que la sumió en un letargo mental, cuando Hazel tenía veintitantos años, y poco después la joven consiguió empleo como modelo en un establecimiento mayorista de vestidos femeninos. Aún era la época de la mujer imponente, y por entonces ella tenía un color bonito, el cuerpo erguido y los pechos altos. Su trabajo no era fatigoso, conocía a muchos hombres y pasaba numerosas veladas con ellos, les reía las gracias y les decía cuánto le gustaban sus corbatas. Gustaba a los hombres, y ella daba por sentado que gustar a muchos hombres era algo deseable. La popularidad parecía valer el esfuerzo que era preciso hacer para lograrlo. Una gustaba a los hombres porque era divertida, y si les gustabas te invitaban a salir. Así pues, era divertida y tenía éxito. Era una mujer alegre y despreocupada, y a los hombres les gusta esa clase de mujer.

Ninguna otra clase de diversión, más sencilla o más complicada, le llamaba la atención. Nunca se preguntaba si no sería una ocupación mejor hacer alguna otra cosa. Sus ideas, o mejor dicho, sus aceptaciones, eran exactamente las mismas que las otras rubias imponentes de las que era amiga.

Cuando llevaba varios años trabajando en el establecimiento de vestidos, conoció a Herbie Morse, un hombre delgado, vivaz, atractivo, de ojos castaños y brillantes y la costumbre de mordisquearse con saña la piel alrededor de las uñas. Bebía mucho, cosa que a ella le parecía divertida. Normalmente le saludaba con una alusión a su estado la noche anterior.

—Vaya trompa que llevabas —solía decirle riendo—. Cuando insistías en bailar con el camarero, creí que me moría.

Se gustaron nada más conocerse. A ella le divertían muchísimo sus frases rápidas y farfulladas, sus interpolaciones de frases apropiadas para vodeviles y tiras cómicas; le emocionaba la sensación del delgado brazo masculino firmemente colocado bajo la manga de su abrigo, y quería tocarle el cabello húmedo y liso. Él se sintió atraído de inmediato, y mes y medio después de conocerse se casaron.

Le encantaba la idea de ser una novia, coqueteaba, jugaba con ella. Había tenido otras ofertas matrimoniales, y no precisamente unas pocas, pero todas sin excepción procedían de hombres gruesos y serios que habían visitado el establecimiento mayorista como compradores, hombres de Des Moines, Houston, Chicago y, como ella decía, lugares todavía más chistosos. La idea de vivir en cualquier parte que no fuese Nueva York siempre le había parecido de una enorme comicidad. No podía considerar serias las proposiciones que significarían residir en el oeste.

Ella quería casarse. Se acercaba a la treintena y los años no le sentaban bien. Su cuerpo se ensanchaba y ablandaba, el cabello se le oscurecía y lo trataba con inexpertos toques de peróxido. Había momentos en los que experimentaba accesos de temor por su trabajo, y tras dos mil veladas siendo una mujer alegre y despreocupada entre sus conocidos masculinos, había llegado a ser más meticulosa que espontánea con aquella clase de relaciones.

Herbie ganaba bastante dinero, y alquilaron un pisito en una zona residencial, cuyo mobiliario era de estilo misional californiano, con una lámpara en forma de globo de cristal de color rojo oscuro colgada del centro del techo; en la sala de estar, que contenía demasiados muebles, había un helecho bostoniano y una reproducción de la *Magdalena* de Henner, cuyo cabello rojizo contrastaba con las colgaduras azules. El dormitorio estaba pintado con esmalte gris y rosa, y había una fotografía de Herbie sobre el tocador de Hazel y otra de ésta en el escritorio de Herbie.

Cocinaba —era una buena cocinera— e iba al mercado y charlaba con los chicos que hacían el reparto y la lavandera de color. Le gustaba el piso, le encantaba su vida, amaba a Herbie. Durante los primeros meses de su matrimonio le ofreció toda la pasión de que era capaz.

No se había dado cuenta de lo fatigada que estaba. Era una delicia, un nuevo juego, una fiesta dejar de ser una mujer alegre y despreocupada. Si le dolía la cabeza o le latían los empeines, se quejaba lastimeramente, como un bebé. Si estaba de talante taciturno, no hablaba; si las lágrimas acudían a sus ojos, las dejaba caer.

Durante el primer año de matrimonio adquirió el hábito de llorar con facilidad. Incluso en su época de mujer alegre y despreocupada, de vez en cuando derramaba sus lágrimas desinteresada y pródigamente. Su conducta en el teatro era siempre motivo de regocijo. Cualquier cosa le hacía llorar: unas ropas demasiado pequeñas, el amor tanto no correspondido como mutuo, la seducción, la pureza, los servidores fieles, el matrimonio, el triángulo…

—Ahí va Hazel —decían sus amigos, al verla—. Ya vuelve a llorar a moco tendido.

Ya casada y relajada, vertía sus lágrimas sin reserva. Para ella, que había reído tanto, llorar era delicioso. Todas las penas se convertían en sus penas, ella era la ternura personificada. Lloraba larga y quedamente al leer en la prensa las noticias sobre bebés raptados, esposas abandonadas, hombres sin trabajo, gatos extraviados y perros heroicos. Incluso cuando no tenía el periódico delante, su mente giraba en torno a esas cosas, y las lágrimas se deslizaban rítmicamente por sus rollizas mejillas.

—¡Cuánta tristeza hay en el mundo cuando te paras a pensar en ello! —le decía a Herbie.

—Desde luego —respondía su marido.

No añoraba a nadie. Los viejos amigos, las mismas personas gracias a las cuales se habían conocido, habían desaparecido de sus vidas, al principio lentamente. Cuando pensaba en todo esto, lo consideraba apropiado. Así era el matrimonio, la paz conyugal.

Lo cierto era que Herbie no se divertía.

Durante algún tiempo le había gustado estar a solas con ella. El aislamiento voluntario le parecía una dulce novedad, pero con una rapidez inesperada empezó a aburrirle. Fue como si una noche el hecho de estar juntos en la sala de estar caldeada con vapor fuese cuanto él podía desear, pero a la noche siguiente estuviera harto de todo aquello.

Los nebulosos accesos de melancolía de su mujer le incomodaban. Al principio, cuando al regresar a casa la encontraba ligeramente fatigada y malhumorada, la besaba en el cuello, le daba unas palmaditas en el hombro y le rogaba que le dijera a su Herbie qué le ocurría. A ella le encantaba ese trato. Pero el tiempo fue pasando, y él descubrió que aquel estado de ánimo no se debía a ningún motivo personal.

—Por el amor de Dios —decía—. Otra vez refunfuñando. Muy bien, sigue ahí sentada refunfuñando todo lo que quieras. Yo me voy.

Y salía del piso dando un portazo y regresaba tarde y bebido.

Ella estaba totalmente perpleja por lo que le sucedía a su matrimonio. Primero fueron amantes, y entonces —como si, al parecer, no hubiera transición— eran enemigos. Ella no podía comprenderlo.

Cada vez eran más largos los intervalos desde que su marido salía de la oficina hasta que llegaba a casa. Ella sufría imaginándole atropellado y sangrando, muerto y cubierto con una sábana. Luego perdía los temores por su seguridad, se volvía adusta y se sentía herida. Cuando alguien deseaba compañía, él estaba a punto de proporcionársela. Hazel quería desesperadamente estar con él; sus propias horas sólo marcaban el tiempo hasta que él llegara. A menudo él se presentaba a cenar casi a las nueve de la noche. Siempre había bebido más de la cuenta y los efectos se disipaban

en casa, dejándole apestoso, irritado y con tendencia a proferir insultos.

Decía que pasarse la velada sentado sin hacer nada le ponía nervioso. Se jactaba, aunque probablemente no era del todo cierto, de que no había leído un libro en toda su vida.

—¿Qué puedo hacer en esta chabola, apoltronado durante toda la noche? —preguntaba retóricamente. Y volvía a salir dando un portazo.

Ella no sabía qué hacer, no podía con él, era incapaz de hacerle frente.

Reñía furiosamente con él. Se había vuelto muy hogareña y defendía esa domesticidad con uñas y dientes. Quería tener lo que llamaba «un lindo hogar», quería un marido sobrio, tierno, que estuviera en casa a la hora de la cena y llegara puntual al trabajo. Quería unas veladas dulces y reconfortantes. La idea de intimar con otro hombre le parecía horrible, y pensar que Herbie pudiera solazarse con otras mujeres la ponía frenética. Tenía la impresión de que casi todo lo que leía —novelas tomadas en préstamo de la librería del *drugstore*, relatos en las revistas, las páginas femeninas del periódico— trataba de esposas que habían perdido el amor de sus maridos. Sin embargo, los toleraba mejor que las historias de matrimonios impecables que vivían felices por siempre jamás.

Estaba asustada. En varias ocasiones, al regresar a casa por la noche, Herbie la había encontrado vestida para salir —tuvo que arreglar sus ropas, que ya no eran nuevas, para poder vestirlas— y pintada.

—¿Qué te parece si esta noche nos vamos de juerga? —le decía a modo de saludo —. Ya tendremos tiempo de estar mano sobre mano cuando nos muramos.

Entonces salían e iban a restaurantes especializados en chuletas y a cabarets baratos. Pero estas salidas terminaban mal. A ella no le divertía ver cómo Herbie empinaba el codo, no podía reírse de sus extravagancias, se ponía tensa cada vez que él se propasaba y no podía dejar de regañarle.

—Vamos, Herb, ya has bebido bastante, ¿no crees? Por la mañana te sentirás muy mal.

Él se enfadaba. Gruñir, gruñir, gruñir: Hazel no sabía hacer otra cosa. ¡Qué poco divertida era! Hacían escenas y uno u otro se levantaba y se iba enfurecido.

No podía recordar el día en que ella empezó a beber. Nada cambió en la rutina de su vida. Los días eran como gotas de lluvia que se deslizan por el cristal de una ventana. Al cabo de seis meses de matrimonio, de un año, de tres años, un día era exactamente igual a otro.

Antes nunca había tenido necesidad de beber. Podía pasarse la mayor parte de la noche sentada entre personas que bebían copiosamente sin que su ánimo decayera o le hastiara lo que los demás hacían a su alrededor. Si tomaba un cóctel, causaba tanta sorpresa a los demás que hacían comentarios jocosos durante veinte minutos. Pero ahora estaba angustiada. Con frecuencia, después de una discusión, Herbie se pasaba

la noche fuera de casa, y ella desconocía su paradero. Sentía una sofocante opresión en el pecho y su mente daba vueltas como un ventilador eléctrico.

Detestaba el sabor de los licores. La ginebra, sola o mezclada con otras bebidas, le provocaba náuseas. Tras probar diversos brebajes, descubrió que el whisky escocés era la mejor bebida para ella, y lo tomaba sin agua, porque así su efecto era más rápido. Herbie la incitaba, le alegraba verla beber. Ambos creían que el alcohol podría animar a Hazel y quizá volverían a pasarlo tan bien como antes.

—Qué chica —decía él, en tono de aprobación—. Vamos a ver si coges una buena trompa, pequeña.

Pero beber juntos no les acercaba más. Cuando Hazel bebía con él, la alegría sólo duraba un rato y luego, sin ningún motivo, lo que hacía todavía más extraño el brusco cambio, se enzarzaban en una violenta discusión. Por la mañana, al despertar, no estaban seguros de lo que había ocurrido, no recordaban lo que habían dicho y hecho, pero cada uno se sentía profundamente enojado y ofendido. Aquéllos fueron días de silencios vengativos.

Hubo un tiempo en el que compensaban sus peleas, normalmente en la cama, se besaban, se decían cosas tiernas y se aseguraban que empezarían de nuevo… «Será estupendo, Herb. Supongo que estaba cansada y he sido una gruñona, pero verás como todo va a ir como una seda.»

Ahora ya no había tiernas reconciliaciones. Sólo reanudaban sus relaciones amistosas durante el breve período de generosidad propiciado por el alcohol, antes de que más alcohol les arrastrara a nuevas batallas. Las escenas se hicieron más violentas. Se insultaban a gritos, se daban empujones y a veces intercambiaban golpes. Una vez ella resultó con un ojo morado. Herbie se horrorizó cuando lo vio al día siguiente. No fue a trabajar, siguió a su mujer de un lado a otro, sugiriéndole remedios y culpándose de su brutalidad. Pero después de tomar unas copas —«para recobrar la armonía»— ella hizo unas referencias tan apesadumbradas a su ojo lesionado que él le gritó, se fue de casa y estuvo ausente un par de días.

Cada vez que se marchaba enfurecido, la amenazaba con no volver. Ella no le creía ni pensaba en la posibilidad de la separación. En algún lugar de su cabeza o su corazón anidaba la esperanza tenue, nebulosa, de que las cosas cambiarían y Herbie sentaría la cabeza de improviso, para llevar una sedante vida matrimonial. Allí estaba su hogar, sus muebles, su marido, su sitio. No veía ninguna alternativa.

Ya no podía ocuparse animadamente de fruslerías. Su llanto ya no era por Herbie, sino por ella misma. Recorría continuamente las habitaciones y sus pensamientos giraban sin cesar en torno a Herbie. En aquellos días empezó a experimentar el odio a su soledad que ya nunca la abandonaría. Podía estar sola cuando las cosas iban bien, pero cuando la tristeza se apoderaba de ella, la soledad era horrorosa.

Empezó a beber sola, primero a pequeños sorbos que iba tomando a lo largo del

día. Sólo cuando estaba con Herbie el alcohol la ponía nerviosa y beligerante. En la soledad suavizaba las aristas de todo cuanto la hería. Vivía sumida en una bruma alcohólica, como en un sueño, y no había nada que pudiera asombrarla.

Una tal señora Martin ocupó el piso situado frente al suyo. Era una rubia corpulenta y cuarentona, y su aspecto era una muestra del que tendría la señora Morse en el futuro. Trabaron amistad y pronto se hicieron inseparables. Hazel Morse pasaba mucho tiempo en el piso de enfrente. Bebían juntas, para cobrar ánimo tras la resaca de las noches anteriores entregadas al alcohol.

Nunca confesaba sus problemas con Herbie a la señora Martin, pues era un tema que la azoraba demasiado para poder hablar del mismo con naturalidad. Daba a entender que el trabajo de su marido era el responsable de sus prolongadas ausencias. Por otro lado, eso carecía de importancia: en el círculo de la señora Martin los maridos sólo tenían papeles simbólicos. Al esposo de la señora Martin jamás se le veía el pelo, y ella nunca despejaba la incógnita de si estaba vivo o muerto. Tenía un admirador, llamado Joe, que iba a verla casi todas las noches. A menudo se presentaba con varios amigos, a los que ella se refería como «los muchachos», hombres robustos, rubicundos y joviales, de entre cuarenta y cincuenta años. La señora Morse agradecía las invitaciones que le hacían para asistir a las fiestas, pues ahora Herbie casi nunca estaba en casa por la noche. Cuando sí estaba, Hazel no visitaba a la señora Martin. Una velada a solas con Herbie significaba inevitablemente una pelea, pero aun así se quedaba con él. Nunca abandonaba del todo la vaga esperanza de que tal vez aquella noche las cosas empezarían a arreglarse.

Los muchachos traían grandes cantidades de licor a casa de la señora Martin. Cuando bebía con ellos, la señora Morse se animaba, recobraba el buen humor y se volvía audaz. No tardó en hacerse popular. Cuando había bebido lo suficiente para olvidar su pelea más reciente con Herbie, la aprobación de aquellos hombres la excitaba. ¿De modo que era una gruñona, una mujer atrozmente aburrida? Pues bien, allí había alguien que pensaba de otra manera.

Ed era uno de los muchachos. Vivía en Utica, donde, como habían informado a Hazel con admiración, tenía «su propio negocio», pero iba a Nueva York casi todas las semanas. Estaba casado. Enseñó a la señora Morse las fotos de sus hijos, y ella alabó a la pareja profusa y sinceramente. Los demás no tardaron en aceptar que Ed era su amigo particular.

Le prestaba dinero cuando todos jugaban al póker, se sentaba a su lado y, de vez en cuando, le rozaba con la rodilla durante el juego. Hazel era bastante afortunada y con frecuencia regresaba a casa con un billete de diez o veinte dólares, o un puñado de arrugados billetes de a dólar. Estaba muy satisfecha de sus ganancias. Herbie era cada vez más cicatero y se enfadaba cuando ella le pedía dinero.

—¿Para qué diablos lo quieres? —le preguntaba—. ¿Para gastarlo en whisky?

—Procuro tener la casa medianamente decente —replicaba ella—. Nunca piensas en eso, ¿verdad? Ah, no, su señoría no puede molestarse por esas minucias.

Tampoco podía señalar el día concreto en que entraron en vigor los derechos de propiedad de Ed sobre ella. Adquirió la costumbre de besarla en la boca cuando llegaba y al despedirse, y le daba rápidos y breves besos de aprobación a lo largo de la velada. Ella no sólo no ponía reparos, sino que le gustaba, pero nunca pensaba en sus besos cuando no estaban juntos.

Ed deslizaba la mano lentamente por la espalda y los hombros de Hazel.

—Eres una rubia que corta el hipo —le decía—. Una muñeca.

Una tarde, al salir del piso de la señora Martin y entrar en el suyo, encontró a Herbie en el dormitorio. Había estado ausente varias noches, entregado con toda evidencia a una juerga prolongada. Tenía el rostro grisáceo, y las manos le temblaban como si las recorriera una corriente eléctrica. Sobre la cama había dos maletas viejas, abiertas y muy cargadas. Sólo la fotografía de Hazel seguía sobre el escritorio, y en el armario, abierto de par en par, sólo quedaban los colgadores.

—Me largo —le dijo—. Lo mando todo a paseo. Tengo un trabajo en Detroit.

Ella se sentó en el borde de la cama. La noche anterior había bebido mucho, y los cuatro whiskys que acababa de tomar con la señora Martin no habían hecho más que aumentar su confusión.

—¿Es un buen trabajo? —le preguntó.

—Sí, parece bueno —dijo Herbie. Cerró una maleta con dificultad, maldiciendo entre dientes, y añadió—: Hay algo de pasta en el banco. El talonario de cheques está en el primer cajón del tocador. Puedes quedarte con los muebles y las demás cosas. —La miró con el rostro crispado y gritó—: Se acabó, maldita sea, te digo que se acabó.

—De acuerdo, de acuerdo —replicó ella—. Ya te he oído.

Le veía como si él estuviera en un extremo de un cañón y ella en el otro. Empezaba a dolerle la cabeza y el tono de su voz era melancólico y fatigado. No podía alzar la voz por mucho que se empeñara.

—¿No quieres tomar una copa antes de irte?

Él la miró de nuevo, sonriendo a medias.

—Otra vez ajumada para variar, ¿eh? Eso está bien. Anda, tomemos un trago, ¿por qué no?

Hazel fue a la cocina, preparó un vaso de whisky con agua y hielo para él y ella se sirvió dos dedos de licor que tomó de un trago. Luego se sirvió otra ración y llevó los vasos al dormitorio. Herbie había atado las dos maletas con unas correas y se había puesto el abrigo y el sombrero. Cogió el vaso que ella le ofrecía.

—Bueno —dijo él, soltando una risita incierta—. Salud y dinero.

—Salud y dinero.

Bebieron. Luego él dejó el vaso y cogió las pesadas maletas.

—He de tomar el tren de las seis.

Ella le siguió por el pasillo. Cantaba mentalmente una canción que sonaba con persistencia en el fonógrafo de la señora Martin y que a ella nunca le había gustado:

> Tanto de día como de noche,
> siempre estamos jugando.
> ¿Verdad que nos divertimos?

Al llegar a la puerta, él dejó las maletas en el suelo y la miró a la cara.

—Bueno, cuídate mucho. Estarás bien, ¿eh?

—Sí, claro.

Abrió la puerta, pero antes de salir retrocedió un paso y le tendió la mano.

—Adiós, Hazel. Buena suerte.

Ella le estrechó la mano.

—Tengo el guante húmedo, perdona —le dijo.

Cuando la puerta se cerró tras él, Hazel volvió a la cocina.

Aquella noche, cuando fue a casa de la señora Martin, rebosaba vivacidad. Los muchachos se encontraban allí, Ed entre ellos, contento de estar en la ciudad, retozón y muy bromista. Pero ella le habló sosegadamente durante un rato.

—Hoy se ha largado Herbie —le dijo—. Se ha ido a vivir al oeste.

—¿Ah, sí? —Él la miró mientras jugueteaba con la estilográfica prendida del bolsillo de chaleco—. ¿Crees que se ha ido para siempre?

—Sí, estoy segura.

—¿Y vas a seguir viviendo en ese piso? ¿Sabes lo que vas a hacer?

—No, no lo sé, pero me tiene sin cuidado.

—Vamos, mujer, no hables así. Lo que necesitas es… una copita. ¿Qué te parece?

—Sí, pero a palo seco.

Aquella noche ganó cuarenta y tres dólares al póker. Cuando terminó la partida, Ed la acompañó a su piso.

—¿No me das un besito? —le preguntó.

La rodeó con sus grandes brazos y la besó violentamente. Ella permaneció totalmente pasiva. Ed se apartó y la miró a los ojos.

—¿Estás un poco bebida, cariño? —le preguntó con ansiedad—. No irás a marearte, ¿verdad?

—¿Yo? Estoy de maravilla.

II

A la mañana siguiente, Ed se marchó con una foto de ella. Dijo que la quería para mirarla, allá en Utica. Hazel le señaló la foto sobre el escritorio de su marido y le dijo

que podía quedársela.

Metió la foto de Herbie en un cajón, diciéndose que cuando pudiera mirarla la rompería. Decidió que evitaría pensar continuamente en él y tuvo bastante éxito en su empeño. El whisky le ayudaba a obnubilar sus pensamientos y, envuelta en la bruma del alcohol, casi se sentía en paz.

Aceptó su relación con Ed sin poner objeciones y sin entusiasmo. Cuando aquel hombre estaba ausente, apenas pensaba en él. Se portaba bien con ella, le hacía frecuentes regalos y le entregaba dinero con regularidad, lo cual incluso le permitía a Hazel ahorrar. No hacía planes por anticipado, pero tenía pocas necesidades, y era mejor ingresar el dinero en el banco que tenerlo en casa inactivo.

Cuando se aproximaba el vencimiento del alquiler del piso, fue Ed quien le sugirió que se mudara. La amistad de Ed con la señora Martin y Joe se había enfriado a causa de una discusión durante una partida de póker, y era inminente su ruptura.

—Larguémonos de aquí —le dijo a Hazel—. Quiero que vivas cerca de la estación Grand Central. Eso será más conveniente para mí.

Así pues, ella alquiló un pequeño apartamento en la zona de las calles Cuarenta. Todos los días acudía una sirvienta de color para limpiar la casa y hacerle café, pues, según ella, «no pensaba ocuparse nunca más de las tareas domésticas», y Ed, que llevaba veinte años casado con una mujer apasionadamente doméstica, admiraba esta inutilidad romántica y se sentía doblemente hombre de mundo por consentirla.

El café era lo único que tomaba hasta la hora de comer, pero el alcohol la mantenía gruesa. Para ella la Prohibición no era más que una cantera de chistes, porque uno siempre podía conseguir todo el licor que le venía en gana. Nunca estaba visiblemente bebida y pocas veces se encontraba sobria del todo. Para mantener su embotamiento necesitaba un estipendio mayor. Si no podía beber lo suficiente, se apoderaba de ella una profunda melancolía.

Ed la llevó al restaurante de Jimmy. Estaba orgulloso, con el orgullo del transeúnte que podría pasar por nativo, de su conocimiento de los pequeños restaurantes nuevos que ocupaban las plantas bajas de viejos y destartalados edificios; lugares donde bastaba mencionar el nombre de un amigo cliente asiduo de la casa para obtener whisky de extraña composición y ginebra recién hecha en muchas de sus ramificaciones. El restaurante de Jimmy era el favorito de los conocidos de Ed.

Allí, y gracias a Ed, la señora Morse conoció a muchos hombres y mujeres y entabló rápidas amistades. Cuando Ed estaba en Utica, los hombres solían salir con ella. Él estaba orgulloso de la popularidad de Hazel.

Adquirió el hábito de ir sola al restaurante de Jimmy cuando no tenía ningún compromiso. Estaba segura de que allí encontraría a algún conocido. Era un club para sus amigos, tanto hombres como mujeres.

En el local de Jimmy todas las mujeres se parecían mucho, lo cual era curioso,

porque a causa de las querellas, los traslados y las oportunidades de contactos más provechosos, el personal del grupo cambiaba continuamente. Sin embargo, las recién llegadas tenían un evidente parecido con las mujeres a las que sustituían. Todas eran voluminosas y macizas, anchas de hombros y de pecho generoso, el rostro grueso, fofo y de color subido. Reían con frecuencia y estrepitosamente, mostrando unos dientes opacos, sin brillo, como cuadrados de loza. Tenían el aspecto saludable de las personas corpulentas, pero aun así daban una ligera e insana impresión de que se obstinaban en conservarse. Podrían tener treinta y seis, cuarenta y cinco o cualquier edad entre esos dos extremos.

Utilizaban su nombre y el apellido de su marido: la señora Florence Miller, la señora Vera Riley, la señora Lilian Block, y eso les daba al mismo tiempo la solidez del matrimonio y el atractivo de la libertad. Sin embargo, sólo una o dos estaban realmente divorciadas. La mayoría de ellas nunca se referían a sus tediosos maridos; algunas, que llevaban poco tiempo separadas, hablaban de ellos de un modo que tenía un gran interés biológico. Varias eran madres, de un hijo único, un muchacho interno en una escuela, o una chica de la que cuidaba su abuela. A menudo, hacia la madrugada, había exhibición de fotos familiares y abundancia de lágrimas.

Eran mujeres agradables, cordiales, amistosas, con el temperamento benévolo de las matronas. La despreocupación era su rasgo distintivo, sobre todo en cuestiones económicas. Cada vez que sus fondos disminuían, aparecía un nuevo donante: nunca fallaba. El objetivo de todas ellas era tener un hombre a su disposición, permanente, que pagara sus facturas, a cambio de lo cual abandonaría de inmediato a los demás admiradores y quizá se encariñaría muchísimo con él, pues los afectos de todas ellas, a aquellas alturas, no eran exigentes, sino generosos y fácilmente compartidos. Sin embargo, esto último resultaba más difícil cada año, y consideraban a la señora Morse como afortunada.

A Ed le fueron bien las cosas, aumentó el estipendio de Hazel y le regaló un abrigo de piel de foca. Pero ella tenía que andar con pies de plomo cuando estaban juntos, pues él insistía en que deseaba verla alegre y no le hacía caso cuando ella hablaba de dolores o debilidades.

—Mira, ya tengo mis propias preocupaciones —le decía— y no son pocas. Nadie quiere los problemas ajenos, cariño. Lo que has de hacer es desentenderte de lo malo y olvidarlo. ¿De acuerdo? Anda, sonríe. Así me gusta.

Ella nunca tenía suficiente interés para discutir con él como lo hacía con Herbie, pero quería tener el privilegio de admitir de vez en cuando que estaba triste. Su situación era un tanto extraña. Sus conocidas no tenían necesidad de reprimir sus estados de ánimo. Allí estaba la señora Florence Miller, que cada dos por tres se echaba a llorar, y los hombres intentaban animarla y consolarla. Las demás se pasaban veladas enteras recitando sus preocupaciones y achaques, y sus

acompañantes demostraban una profunda comprensión. Pero cuando ella estaba melancólica, resultaba indeseable. Una vez, en el restaurante de Jimmy, no pudo remontar su tristeza y Ed se marchó dejándola allí sola.

—¿Por qué diablos no te quedas en casa en vez de estropear la noche de los demás? —le gritó en aquella ocasión.

Incluso aquellos de sus conocidos con los que tenía una relación menos íntima parecían irritados si no la veían alegre.

—Pero ¿qué te pasa? —le decían—. Compórtate como corresponde a tu edad. Toma un trago y manda a paseo los problemas.

Cuando hacía casi tres años que se relacionaba con Ed, éste se fue a vivir a Florida. Lamentó mucho abandonar a Hazel. Le dio un cheque por una suma considerable y algunas acciones de buena cotización, y sus ojos claros estaban humedecidos cuando se despidió de ella. Ella no le añoró. Ed iba a Nueva York de tarde en tarde, quizá dos o tres veces al año, y en cuanto bajaba del tren se dirigía al piso de Hazel. Ella siempre se alegraba de su visita y nunca lamentaba que se marchara de nuevo.

Charley, un conocido de Ed al que ella había conocido en el restaurante de Jimmy, la admiraba desde hacía tiempo. Siempre había buscado oportunidades para tocarla o acercarse a ella y hablarle. Una y otra vez preguntaba a sus amigos comunes si habían oído una risa más agradable que la de Hazel. Cuando Ed se marchó, Charley pasó a ser la persona más importante de su vida. Le clasificó como «no demasiado malo». Su relación con Charley duró casi un año, y luego dividió su tiempo entre él y Sydney, otro cliente del local de Jimmy. Finalmente Charley desapareció por completo de su vida.

Sydney era un judío inteligente, menudo y bien vestido, y su compañía quizá satisfacía a Hazel más que la de otros hombres. Siempre la divertía, y su risa no era forzada.

Él la admiraba sin reservas. La suavidad y el tamaño de Hazel le encantaban y pensaba que era una mujer estupenda, cosa que le decía con frecuencia, porque se mantenía alegre y animada cuando estaba borracha.

—Una vez tuve una novia que intentaba tirarse por la ventana cada vez que bebía una cerveza —comentaba, y añadía con sentimiento—: ¡Qué cruz!

Entonces Sydney se casó con una mujer rica que le hizo cambiar de vida, y le sustituyó Billy. No…, después de Sydney llegó Fred y luego Billy. Su mente embotada por el alcohol nunca recordaba cómo los hombres entraban y salían de su vida. No había sorpresas. Su llegada no le emocionaba y su marcha no era dolorosa. Parecía conservar intacta su capacidad de atraer a los hombres. No volvió a conocer a otro tan rico como Ed, pero todos eran generosos con ella, en la medida de sus posibilidades.

Cierta vez tuvo noticias de Herbie. Encontró a la señora Martin cenando en el local de Jimmy, y la vieja amistad se reanudó vigorosamente. Joe, que seguía admirándola, había visto a Herbie durante un viaje de negocios. Se había establecido en Chicago, tenía buen aspecto y vivía con una mujer, por la que parecía estar loco. Aquel día la señora Morse había bebido copiosamente y escuchó la noticia con escaso interés, como quien oye hablar de las travesuras sexuales de alguien cuyo nombre le resultaba vagamente familiar.

—Han pasado casi siete años desde la última vez que le vi —comentó—. Siete años nada menos.

Cada vez más sus días perdían individualidad. No recordaba las fechas ni estaba segura del día de la semana.

—¡Dios mío, eso fue hace un año! —exclamaba, cuando se evocaba un acontecimiento en la conversación.

Casi siempre estaba cansada. Cansada y nostálgica. Casi cualquier cosa la entristecía, como aquellos caballos viejos que veía en la Sexta Avenida, bregando para avanzar por la resbaladiza calzada, o parados junto al bordillo, con la cabeza gacha y al nivel de las despellejadas. Las lágrimas reprimidas durante largo tiempo brotaban de sus ojos cuando pasaba balanceándose, los pies doloridos encajados en los zapatos color champaña, demasiado pequeños.

La idea de la muerte pasó por su mente y se aposentó en ella, prestándole una especie de alegría amortiguada. Pensaba que esta muerte sería agradable y reparadora.

La idea de matarse no le causó ninguna conmoción; era como si siempre hubiera estado latente en ella. Leía con avidez todas las noticias sobre suicidios que publicaban los periódicos, y que eran como una epidemia…, o quizá se debía a que buscaba esas noticias con tanta ansiedad que encontraba muchas. Su lectura la tranquilizaba, le hacía sentir una íntima solidaridad con la gran compañía de los muertos voluntarios.

Con la ayuda del whisky, dormía hasta bien entrada la tarde y luego yacía en la cama, con una botella y un vaso a mano, hasta la hora de vestirse para salir a cenar. La desconfianza que empezaba a sentir hacia el alcohol la desconcertaba un poco, como si fuera un viejo amigo que le hubiera negado un pequeño favor. El whisky aún podía consolarla, pero había momentos súbitos e inexplicables en los que la nube la abandonaba traicioneramente, y la sobrecogía el dolor, la estupefacción y el malestar que experimentan los seres vivos. Jugaba voluptuosamente con la idea de una retirada serena y somnolienta. Nunca le habían turbado las creencias religiosas y no le intimidaba la expectativa de una vida más allá de la muerte. Soñaba despierta en ese futuro en el que no tendría que ponerse unos zapatos que le apretaban, ni reírse, escuchar y admirar, ni ser nunca más una mujer alegre y despreocupada. Nunca más.

Pero ¿cómo podría hacerlo? La idea de arrojarse al vacío le provocaba náuseas. Las armas le repugnaban. Cuando iba al teatro, si uno de los actores empuñaba un revólver, se tapaba los oídos con las manos y ni siquiera podía mirar al escenario hasta que había sonado el disparo. En su piso no había gas. Miraba durante largo rato las venas azules de sus muñecas…, un corte con una navaja de afeitar y se acabó. Pero sería doloroso, y la visión de la sangre insoportable. Un veneno —algo insípido, rápido e indoloro— era lo mejor. Pero la ley no permitía su venta en las farmacias.

Pocas eran las demás cosas que ocupaban sus pensamientos.

Había conocido a otro hombre, Art, bajo, grueso y difícil de soportar cuando estaba borracho. Pero hasta conocerle sólo había tenido relaciones esporádicas con diversos hombres, y le alegraba gozar de un poco de estabilidad. También Art debía ausentarse durante semanas —era representante de lencería— y esos períodos eran un descanso para ella. Con aquel hombre se mostraba bastante animada, de un modo convincente, pero lo conseguía a costa de un esfuerzo agotador.

—La mujer más alegre del mundo —le musitaba al oído—. La más alegre.

Una noche en que él la había llevado al local de Jimmy, Hazel entró en el lavabo de señoras con Florence Miller y, mientras se pintaban los labios, compararon sus experiencias de insomnio.

—La verdad es que no puedo pegar ojo si no me acuesto bien cargada de whisky —dijo la señora Morse—. De lo contrario, doy vueltas y más vueltas sin dormirme. Dicen que estoy triste. ¡Cómo voy a estar si me paso las noches en blanco!

—Mira, Hazel —replicó la señora Miller en tono confidencial—. Yo llevaría más de un año sin dormir de no ser por el veronal. Con eso duermes como una marmota.

—¿No es un veneno o algo parecido?

—Mujer, si tomas demasiado te vas al otro barrio —dijo la señora Miller—. Yo tomo sólo cinco granos…, en tabletas. No me atrevería a bromear con eso. Pero con cinco granos puedes dormir a pierna suelta.

—¿Puedes conseguirlo en cualquier parte? —La señora Morse se sentía soberbiamente maquiavélica.

—En Jersey puedes conseguir todo el que quieras —dijo la señora Miller—. Aquí no te lo dan sin receta médica. ¿Has terminado? Será mejor que volvamos… A ver qué están haciendo los muchachos.

Aquella noche, Art dejó a la señora Morse ante la puerta de su casa. No podía quedarse porque su madre había ido a la ciudad. Ella estaba todavía sobria y no le quedaba ni una gota de whisky en casa. Permaneció tendida en la cama, contemplando el oscuro techo.

Se levantó a una hora que para ella era temprana y fue a Nueva Jersey. Nunca había subido al metro y se confundía con las diversas líneas, por lo que fue a la estación de Pennsylvania y sacó un billete de tren para Newark. Durante el viaje su

mente permaneció en blanco. Miraba los feos sombreros de las mujeres y el paisaje monótono y gris a través de la sucia ventanilla.

Una vez en Newark, entró en la primera farmacia que encontró y pidió una lata de polvos de talco, un cepillo para las uñas y una caja de tabletas de veronal. Los polvos y el cepillo servirían para disimular la petición del narcótico, como si obedeciera a una necesidad normal. El vendedor permaneció impasible, le dijo que aquel producto sólo se vendía en frascos y le dio uno pequeño que contenía diez tabletas.

Hazel fue a otra farmacia y compró un paño para limpiar la cara, un palito de naranjo y un frasco de veronal. El dependiente tampoco mostró ningún interés.

«Bueno, creo que tengo suficientes pastillas para matar un buey», pensó mientras regresaba a la estación.

Al llegar a casa, guardó los frasquitos en el cajón del tocador y se quedó mirándolos con lánguida ternura.

—Por fin están aquí, benditos sean —musitó y, besándose la punta de un dedo, tocó cada frasco.

La sirvienta de color trabajaba afanosamente en la sala.

—Hola, Nettie —le dijo la señora Morse—. Sé buena, ¿quieres? Ve al local de Jimmy y tráeme una botella de whisky.

Se puso a tararear una canción mientras esperaba el regreso de la muchacha.

Durante algunos días el whisky se portó con ella tan tiernamente como lo hizo cuando recurrió a su ayuda por primera vez. Cuando estaba sola, Hazel se hallaba en un estado de nebuloso sosiego, pero en el local de Jimmy era la mujer más alegre. Art estaba encantado con ella.

Una noche estaba citada con Art en el restaurante para cenar temprano, pues luego él partiría en viaje de negocios y estaría ausente toda la semana. La señora Morse se había pasado la tarde bebiendo. Mientras se vestía para salir, sintió que pasaba placenteramente del amodorramiento a la animación, pero en la calle le abandonaron por completo los efectos del whisky, y se apoderó de ella una angustia tan terrible que permaneció tambaleándose en la acera, incapaz por un momento de seguir andando. La noche era gris, caían minúsculos copos de nieve y el pavimento estaba helado. Cuando cruzó lentamente la Sexta Avenida, casi arrastrando los pies, un caballo grande, con varias cicatrices y enganchado a un carro, cayó de rodillas delante de ella. El carretero se puso a gritar y azotó brutalmente al animal, echando el látigo muy atrás antes de descargar cada golpe, mientras el caballo trataba de levantarse sobre el asfalto resbaladizo. Varias personas observaban la escena con interés.

Cuando la señora Morse llegó al local de Jimmy, Art la estaba esperando.

—Pero ¿qué diablos te ha pasado? —le dijo a modo de saludo.

—He visto un caballo… Esos pobres caballos me dan pena, pero no sólo ellos.

Todo es terrible, ¿no? Me siento abatida, no puedo evitarlo.

—¿Abatida? ¿Con qué me vienes ahora? ¿Por qué has de estar abatida?

—No puedo evitarlo.

—Vamos, mujer, déjate de monsergas. Tranquilízate, siéntate aquí y deja de poner esa cara.

Bebió copiosamente y puso todo su empeño en vencer aquella melancolía, pero fue en vano. Llegaron unos amigos, que comentaron lo triste que estaba, y ella no pudo hacer más que sonreírles débilmente. Se llevó varias veces el pañuelo a los ojos, procurando hacerlo de manera que sus movimientos pasaran desapercibidos, pero Art la sorprendió varias veces, frunció el ceño y se movió impaciente en su silla.

Cuando llegó la hora en que debía ir a la estación, ella le dijo que se marcharía a casa.

—No es mala idea —comentó él—. A ver si te recuperas durmiendo. Nos veremos el jueves. Y, por favor, procura animarte. ¿Lo harás?

—Sí, lo haré.

Ya en su dormitorio, se desvistió tensa y rápidamente, algo insólito en ella, pues solía hacerlo con lentitud. Se puso la camisa de dormir, se quitó la redecilla del pelo y pasó el peine por el cabello seco y abigarrado. Luego sacó los dos frasquitos del cajón y fue con ellos al baño. Había desaparecido la sensación de abatimiento y estaba tan excitada como si fuese a recibir un regalo esperado.

Desenroscó los frascos, llenó un vaso de agua y permaneció ante el espejo, con una tableta entre los dedos. De súbito hizo una elegante reverencia a su propia imagen y levantó el vaso.

—Salud y dinero —brindó.

Engullir las tabletas resultó desagradable. Eran secas y polvorientas, y se obstinaban en quedarse pegadas a mitad de la garganta. Tardó largo tiempo en tragar las veinte. Siguió contemplando su imagen con un interés profundo, impersonal, observando los movimientos de la garganta al engullir. Volvió a hablar en voz alta.

—Por favor, procura animarte de aquí al jueves. ¿Lo harás? Bien, ya sabes adónde puede irse ese hombre. Él y todos los demás.

Ignoraba cuál era la rapidez de los efectos del veronal. Tras engullir la última tableta, siguió ante el espejo, insegura, preguntándose con un interés cortés, como si no le atañera personalmente, si la muerte la sorprendería de repente, allí mismo. No tenía ninguna sensación extraña, salvo una ligera náusea causada por el esfuerzo de tragar las tabletas, y su rostro no reflejaba ninguna diferencia. Así pues, la muerte no sería inmediata, podría tardar una hora o más tiempo en llegar.

Estiró los brazos y bostezó largamente.

—Creo que me voy a la cama —dijo—. Ya estoy casi muerta.

Esta observación le pareció cómica. Apagó la luz del baño y se tendió en la cama,

riendo entre dientes.

—Ya estoy casi muerta —repitió—. ¡Tiene gracia la cosa!

III

Al día siguiente por la tarde, Nettie, la sirvienta de color, llegó al piso para hacer la limpieza y encontró a la señora Morse en la cama, cosa que no tenía nada de extraño. Normalmente, los ruidos que hacía al limpiar la despertaban, cosa que le disgustaba, por lo que Nettie, que era una muchacha considerada, trabajaba con el mayor sigilo posible.

Pero cuando, una vez aseada la sala, entró en el pequeño dormitorio, no pudo evitar un ligero tintineo mientras ordenaba los objetos del tocador. Instintivamente, miró por encima del hombro a la durmiente, y de súbito la inquietud se apoderó de ella. Se acercó a la cama y miró a la mujer tendida.

La señora Morse yacía boca arriba, con un brazo blanco y fofo extendido, la muñeca contra la frente. El cabello le colgaba rígido a lo largo del rostro. La ropa de cama estaba retirada y exponía una porción de cuello blando y una camisa de dormir de color rosa, la tela desgastada desigualmente por innumerables lavados; los grandes senos, liberados del prieto sostén, se hundían bajo los sobacos. De vez en cuando emitía unos sonidos confusos, como ronquidos, y un reguero de saliva solidificada iba desde la comisura de la boca hasta la curva de la mandíbula.

—Señora Morse —le dijo Nettie— Es muy tarde, señora Morse.

Ella no hizo ningún movimiento.

—Tiene que levantarse, señora Morse. ¿Cómo voy a hacer la cama si sigue ahí? —El pánico se apoderó de la muchacha. Agitó el hombro de la mujer—. Despierte, ¿quiere? Por favor, despierte.

De improviso la muchacha dio media vuelta, salió corriendo del piso y se detuvo ante la puerta del ascensor, cuyo botón apretó hasta que el anticuado camarín con su ascensorista de color aparecieron delante de ella. Habló atropelladamente con el chico y le llevó al piso. Él entró de puntillas y se acercó a la cama; primero con suavidad y luego con tanto vigor que dejó marcas en la piel, zarandeó a la mujer inconsciente.

—¡Eh, oiga! —le gritó, y escuchó atentamente, como si esperase oír el eco—. Vaya, está apagada como una luz —comentó.

Al ver el interés del chico por el espectáculo, Nettie dejó de sentir pánico. Ambos se sentían importantes en aquella situación anómala, y hablaron en susurros rápidos. El muchacho sugirió que iría en busca del médico que vivía en la planta baja. Nettie le acompañó. Esperaban con emoción el momento en que darían la noticia de algo desafortunado, algo placenteramente desagradable. La señora Morse se había convertido en la médium de un drama. Sin desearle lo peor, confiaban en que su

estado fuese grave, que no les decepcionara despertando y volviendo a la normalidad cuando ellos volvieran a su lado. Cierto temor a que esto ocurriera les impulsó a hablar al médico sobre el estado de la mujer en los términos más alarmantes. «Es cuestión de vida o muerte», dijo Nettie, empleando una frase bastante común en las novelas baratas que leía. Consideró que esas palabras sobresaltarían al médico.

El médico estaba en casa y la interrupción no le gustó lo más mínimo. Llevaba un batín amarillo con rayas azules. Estaba tendido en el sofá, riendo con una joven morena, de rostro escamoso a causa de los polvos de mala calidad que se había puesto, sentada en uno de los brazos del mueble. Junto a ellos había largos vasos de licor semivacíos, y el sombrero y el abrigo de la joven estaban pulcramente colgados, lo cual sugería una larga estancia. Cuando llamaron a la puerta, el médico soltó un gruñido. Siempre tenía que surgir algún fastidio, no podían dejarle a uno en paz después de una dura jornada. Pero metió varios frascos e instrumentos en un maletín, cambió el batín por la chaqueta y salió de su casa con los dos negros.

—Date prisa, cariño —le dijo la muchacha desde el sofá—. No te entretengas toda la noche.

El médico entró en el piso de la señora Morse y fue al dormitorio, seguido por Nettie y el ascensorista. La mujer no se había movido. Su sueño era profundo, pero ahora no emitía ningún sonido. El médico la miró severamente, aplicó los pulgares sobre los ojos cerrados y los apretó.

El ascensorista rió entre dientes.

—Parece como si quisiera hacerle atravesar la cama —comentó.

Aquella presión no hizo reaccionar a la señora Morse. El médico la abandonó bruscamente y con un rápido movimiento retiró la sábana y la manta hasta el pie de la cama. Con otro movimiento le subió la camisa de dormir y levantó las piernas gruesas y blancas, sombreadas por agrupamientos de diminutas venas azules. Las pellizcó repetidas veces, con largos y crueles pellizcos, por detrás de las rodillas. Ella no se despertó.

—¿Qué ha estado bebiendo? —le preguntó a Nettie, por encima del hombro.

Con la rapidez y seguridad de quien sabe dónde encontrar una cosa, Nettie fue al baño, en cuyo armario la señora Morse guardaba el whisky, pero se detuvo al ver los dos frascos, con sus etiquetas rojas y blancas delante del espejo. Se los llevó al médico.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó. Dejó caer las piernas de la señora Morse y las empujó con impaciencia al otro lado de la cama—. ¿Por qué habrá querido hacer esa tontería? Rellenarse de esa porquería… Ahora tendremos que hacerle un lavado y sacarle todo eso. Total, un fastidio. Vamos, George, llévame abajo en el ascensor. Tú espera aquí, chiquilla. La señora no se moverá.

—No se morirá cuando esté a solas con ella, ¿verdad? —dijo Nettie con lágrimas

en los ojos.

—No, mujer, no. Ni siquiera podrías matarla a hachazos.

IV

Dos días después, la señora Morse recobró el conocimiento, primero aturdida y luego con una lenta comprensión que provocaba en ella un abatimiento cada vez más intenso.

—Dios mío, Dios mío —gemía, y recorrían sus mejillas lágrimas vertidas por sí misma y por la vida.

Al oír el ruido, Nettie entró en la habitación. Durante dos días se había ocupado de las desagradables e incesantes tareas de cuidar de la enferma inconsciente, y en las dos noches respectivas sólo había dormido fragmentariamente en el sofá de la sala. Miró fríamente a la corpulenta e hinchada mujer que yacía en la cama.

—¿Qué ha tratado de hacer, señora Morse? —le preguntó—. ¿Por qué se ha tomado eso?

—Oh, Dios mío —gimió la señora Morse de nuevo, e intentó cubrirse los ojos con los brazos, pero tenía las articulaciones rígidas y frágiles, y el dolor la hizo llorar.

—Eso de tomar píldoras no se hace —dijo Nettie—. Puede dar gracias al cielo por haberse curado. ¿Cómo se siente?

—Oh, muy bien —replicó la señora Morse—. Me siento estupendamente. —Sus cálidas lágrimas de dolor parecían inagotables.

—Llorando así no va a solucionar nada —observó Nettie—. El doctor dice que podrían detenerla por hacer una cosa así. Se puso furioso.

—¿Por qué no me dejó en paz? —gimió la señora Morse—. ¿Por qué diablos no pudo dejarme?

—Es terrible que hable así, señora Morse, después de lo que hemos hecho por usted. ¡Llevo dos noches sin dormir, y no he ido a trabajar a mis otras casas!

—Oh, lo siento, Nettie, eres un cielo. Siento haberte dado tantas molestias, pero no pude evitarlo, estaba abatida. ¿Nunca has tenido ganas de hacerlo? ¿Ni siquiera cuando todo te parece horrible?

—Nunca haría una cosa así —afirmó Nettie—. Tiene que animarse, eso es lo que debe hacer. Todos tenemos nuestros problemas.

—Sí, ya lo sé —dijo la señora Morse.

—Ha llegado una bonita postal para usted —le informó Nettie—. Tal vez eso la ayude a animarse.

Le entregó la postal, y la señora Morse tuvo que taparse un ojo con una mano para poder leer el mensaje, pues su vista no se centraba correctamente.

Era de Art, una vista panorámica del Club Atlético de Detroit, en cuyo dorso había escrito: «Cariñosos saludos. Confío en que haya mejorado tu estado de ánimo.

Anímate y no te hagas mala sangre por nada. Nos veremos el jueves».

Dejó caer la postal al suelo. Una profunda tristeza se apoderó de ella, y recordó los días que había pasado en casa, tendida en la cama, las veladas en el local de Jimmy, cuando era una mujer alegre y despreocupada, haciendo que Art y los hombres que le precedieron se rieran con ella y la arrullaran; vio un largo desfile de caballos cansados, mendigos temblorosos y criaturas golpeadas, apremiadas y tambaleantes. Los pies le latían como si los tuviera encajados en los pequeños zapatos de color champaña. Su corazón parecía hincharse y endurecerse.

—Por favor, Nettie, sírveme una copa, ¿quieres?

La sirvienta pareció dubitativa.

—Mire, señora Morse —le dijo—, ha estado a punto de morir. No sé si el doctor ya le permitiría beber.

—Oh, no te preocupes por él. Ponme una copa y tráete la botella. Sírvete también un trago.

—Bueno —dijo Nettie.

Llenó dos vasos, dejando el suyo en el baño para tomarlo cuando estuviera a solas, y le llevó el otro a la señora Morse.

Hazel miró el licor y su aroma le hizo estremecerse. Pensó que quizá le sería de ayuda. Tal vez, cuando una se había pasado unos días fuera del mundo, el primer trago le devolvía la vitalidad. Quizá el whisky volvería a ser su amigo. Oró sin dirigirse a Dios, sin conocer a un Dios, pidiéndole que le permitiera emborracharse, que la mantuviera siempre borracha.

Levantó su vaso.

—Gracias, Nettie. Salud y dinero.

La sirvienta soltó una risita.

—Eso es, señora Morse. Ahora se está animando.

—Sí —dijo Hazel—. Tienes razón.

Traducción de Jordi Fibla

El lugar del pájaro maullador

El señor Martin compró el paquete de Camel el lunes por la noche en el estanco más atestado de Broadway. Era la hora de entrada al teatro y había siete u ocho hombres comprando tabaco. El dependiente ni siquiera echó un vistazo al señor Martin, que se metió el paquete en el bolsillo de su abrigo y se fue. Cualquier empleado de F&S que le hubiera visto comprar los cigarrillos se habría quedado de una pieza, puesto que era de todos sabido que el señor Martin no fumaba y nunca lo había hecho. No lo vio nadie.

Hacía solamente una semana que el señor Martin había decidido borrar del mapa a la señora Ulgine Barrows. El término «borrar» le complacía porque no sugería más que la corrección de un error: en este caso, un error del señor Fitweiler. El señor Martin había dedicado todas las noches de la semana previa a elaborar y analizar su plan. Ahora, de camino a casa, seguía dándole vueltas. Por enésima vez, lamentó el elemento de imprecisión, el margen de suposición implícito en el asunto. Tal como él lo había ideado, el proyecto resultaba fortuito y audaz, con riesgos considerables. Algo podía salir mal en cualquier momento del proceso. Y ahí radicaba lo ingenioso del plan. Nadie descubriría en él la mano cauta y meticulosa de Erwin Martin, de quien el señor Fitweiler había comentado en una ocasión: «El hombre es falible, pero Martin no». Nadie vería su mano en el proyecto, es decir, a menos que lo pillaran in fraganti.

Sentado en su apartamento, bebiendo un vaso de leche, el señor Martin repasó su caso contra la señora Ulgine Barrows, tal como había hecho en las siete últimas noches. Empezó por el principio. Los graznidos y cacareos de la señora Barrows habían profanado por primera vez los salones de F&S el 7 de marzo de 1941 (al señor Martin se le daban bien las fechas). El viejo Roberts, jefe de personal, la había presentado como la nueva consejera especial del presidente de la empresa, el señor Fitweiler. La mujer había horrorizado al señor Martin al instante, pero él no lo había demostrado. El señor Martin la había recibido con un apretón de manos seco, una mirada de estudiada concentración y una débil sonrisa. «¿Qué?», había dicho ella, mirando los papeles que había sobre la mesa del señor Martin, «¿intentando sacar el carro de la zanja?» Mientras se bebía la leche, el señor Martin rememoró aquel momento con un leve estremecimiento. Su obligación era centrarse en los delitos de la señora Barrows como consejera especial, no en los pecadillos de su personalidad. Le resultó difícil hacerlo, a pesar de plantear la objeción y justificarla. Las faltas de la mujer como tal no paraban de parlotearle en la cabeza como un testigo indisciplinado. Aquella mujer lo acosaba desde hacía casi dos años. En los pasillos, en el ascensor,

hasta en el despacho, en el que irrumpía de vez en cuando como un caballo circense, siempre le estaba chillando alguna de sus estúpidas preguntas. «¿Está sacando el carro de la zanja? ¿Preparando la huerta para los guisantes? ¿Vaciando el barreño para la lluvia? ¿Apurando hasta el último pepinillo? ¿Ocupando el lugar del maullador?»

Fue Joey Hart, uno de los dos ayudantes del señor Martin, quien tuvo que explicarle el significado de aquel galimatías. «Debe de ser una seguidora de los Dodgers», había dicho Joey. «Red Barber comenta los partidos de los Dodgers en la radio y usa esas expresiones típicas del Sur.» A continuación le había explicado una o dos. «Preparar la huerta para los guisantes» significaba destrozarlo todo a tu paso; «ocupar el lugar del pájaro maullador» era estar en una situación ventajosa, como un bateador con tres pelotas y sin strikes en contra. El señor Martin desestimó todas estas cuestiones no sin esfuerzo. Habían resultado molestas, casi le habían empujado a la distracción, pero era un hombre demasiado concienzudo para que algo tan infantil le indujera al asesinato. Era una suerte, reflexionó mientras pasaba a los cargos importantes contra la señora Barrows, que hubiera resistido tan bien la presión. Siempre había mantenido una apariencia de tolerancia educada. «Vaya, cualquiera diría que le gusta esa mujer», le había dicho una vez la señorita Paird, su otra ayudante. Él se había limitado a sonreír.

Un mazo golpeó en la mente del señor Martin y se reanudó la sesión. La señora Ulgine Barrows estaba acusada de intentar, de forma repetida, flagrante y premeditada, destruir la eficiencia y el sistema de F&S. Competía, era pertinente y esencial, poner a examen el advenimiento y ascenso al poder de la acusada. El señor Martin conocía la historia por la señorita Paird, que parecía capaz de enterarse de todo. Según esta señorita, la señora Barrows había conocido al señor Fitweiler en una fiesta, donde lo había rescatado de los abrazos de un borracho de poderosa constitución que había confundido al presidente de F&S con algún conocido entrenador de fútbol ya retirado y oriundo del medio oeste. Ella lo había conducido hasta un sofá y había ejercido sobre él su magia monstruosa. El envejecido caballero había llegado a la conclusión, allí mismo, de que estaba ante una mujer de capacidades singulares, equipada para sacar lo mejor de él y de su empresa. Una semana después la había presentado en F&S como su consejera especial. Ese día la confusión entró en la empresa. Después de que la señorita Tyson, el señor Brundage y el señor Bartlett hubieran sido despedidos y de que el señor Munson hubiera cogido su sombrero y se hubiera ido sin mediar palabra, enviando su dimisión más adelante por correo, el viejo Roberts había reunido el valor para hablar con el señor Fitweiler. Roberts comentó que el departamento del señor Munson se había visto «algo perturbado» y sugirió que quizá fuera mejor recuperar el antiguo sistema. El señor Fitweiler había dicho que desde luego que no. Él tenía una gran fe en las ideas de la

señora Barrows. «Exigen cierta aclimatación, una pequeña aclimatación, nada más», había añadido. El señor Roberts se había rendido. El señor Martin repasó con detalle todos los cambios desencadenados por la señora Barrows. Había empezado desportillando las cornisas del edificio de la empresa y ahora blandía un pico contra sus cimientos.

El señor Martin llegó entonces, en su recapitulación, a la tarde del lunes 2 de noviembre de 1942, hacía sólo una semana. Ese día, a las tres en punto, la señora Barrows había entrado de un salto en el despacho del señor Martin. «¡Buh!», le había gritado la mujer. «¿Apurando hasta el último pepinillo?» El señor Martin la había mirado desde debajo de su visera verde sin decir nada. Ella había empezado a dar vueltas por el despacho, repasándolo con sus grandes ojos saltones. «¿De verdad necesita todos estos archivadores?», le había preguntado de repente. Al señor Martin le dio un vuelco el corazón. «Cada uno de esos archivos», le había dicho él sin alterar la voz, «desempeña un papel indispensable en el sistema de F&S.» Ella le había espetado un «Bueno, ¡no prepare la huerta para los guisantes!» y se había dirigido a la puerta. Desde allí le había chillado: «¡Pero seguro que tiene aquí un montón de basura!». Al señor Martin ya no le cupo ninguna duda de que su querido departamento estaba en el punto de mira. El pico de la señora Barrows estaba alzado, en posición para descargar el primer golpe. Todavía no había caído; el señor Martin no había recibido ningún memorándum azul del embrujado señor Fitweiler transmitiéndole instrucciones sin sentido derivadas de aquella mujer obscena. Pero el señor Martin no dudaba de que había uno en preparación. Tenía que actuar con rapidez. Ya había pasado una semana preciosa. El señor Martin se levantó con el vaso de leche en la mano. «Señores del jurado», dijo para sí, «pido la pena capital para esta horrible persona.»

Al día siguiente el señor Martin siguió su rutina habitual, como de costumbre. Se limpió las gafas más a menudo y afiló un lápiz que ya estaba afilado, pero ni siquiera la señorita Paird se dio cuenta. Sólo en una ocasión vislumbró a su víctima; ésta pasó majestuosamente por su lado en el pasillo con un condescendiente «¡Hola!». A las cinco y media el señor Martin volvió a casa caminando, como de costumbre, y tomó un vaso de leche, como de costumbre. No había bebido nada más fuerte en la vida: a menos que se cuente el ginger ale. El difunto Sam Schlosser, la S de F&S, había alabado al señor Martin en una reunión de personal hacía varios años por sus hábitos comedidos. «Nuestros trabajador más eficiente ni bebe ni fuma», había dicho. «Los resultados hablan por sí solos.» El señor Fitweiler había permanecido sentado, inclinando la cabeza a modo de aprobación.

El señor Martin seguía pensando en aquel día memorable cuando entró en el Schrafft’s de la Quinta Avenida, cerca de la calle Cuarenta y seis. Llegó, como siempre, a las ocho en punto. Se acabó la cena y la página financiera del *Sun* a las

nueve menos cuarto, como siempre. Tenía por costumbre dar un paseo después de cenar. Esta vez fue paseando hasta la Quinta Avenida con aire despreocupado. Llevaba guantes y notaba las manos húmedas y calientes y la frente fría. Pasó los Camel del abrigo al bolsillo de la americana. Al hacerlo se preguntó si no serían un detalle forzado e innecesario. La señora Barrows sólo fumaba Lucky. Él tenía la intención de dar unas caladas a un Camel (después del borrón), apagarlo en el cenicero donde estuvieran los Lucky manchados de carmín y dejar así una pista falsa en el camino. A lo mejor no era una buena idea. Llevaría tiempo. Hasta era posible que tosiera demasiado alto.

El señor Martin nunca había visto la casa de la calle Doce oeste donde vivía la señora Barrows, pero se hacía una imagen bastante aproximada del lugar. Afortunadamente, la mujer había alardeado con todos de su apartamentito en una primera planta de un encantador edificio de tres pisos de ladrillo rojo. No habría portero ni ningún otro tipo de encargado; solamente los inquilinos de las plantas segunda y tercera. Mientras caminaba, el señor Martin se dio cuenta de que llegaría antes de las nueve y media. Había pensado en pasear hacia el norte por la Quinta Avenida desde Schraffts hasta un punto desde el que le llevara hasta las diez llegar a la casa. A esa hora era menos probable que entrara o saliera alguien. Pero el procedimiento habría significado un bucle extraño en la línea recta de su despreocupación y había abandonado la idea. De todos modos, era imposible imaginar cuándo entraría o saldría gente del edificio. Corría un gran riesgo a cualquier hora. Si se topaba con alguien, sencillamente tendría que clasificar el borrón de Ulgine Barrows en el archivo de inactivos para siempre. Lo mismo cabía afirmar si había alguien más en el apartamento. En tal caso diría que pasaba por allí, había reconocido el encantador edificio y había decido hacerle una visita.

Pasaban dieciocho minutos de las nueve cuando el señor Martin entró en la calle Doce. Un hombre pasó por su lado, y después un hombre charlando con una mujer. No había nadie a menos de cincuenta pasos cuando entró en la casa, situada en mitad de la manzana. En un instante había subido la escalinata de entrada y se encontraba en el pequeño vestíbulo llamando al timbre de debajo de la tarjeta que decía «Sra. Ulgine Barrows». En cuanto empezó el ruido de la cerradura, el señor Martin dio un salto adelante contra la puerta. Se coló rápidamente y cerró la puerta tras de sí. Del techo del pasillo colgaba una lámpara con una bombilla que parecía dar una luz monstruosamente brillante. No había nadie en las escaleras, que partían de la pared de la izquierda, enfrente del señor Martin. Al fondo del pasillo se abrió una puerta en la pared de la derecha. Se dirigió rápidamente hacia la puerta, de puntillas.

—Vaya por Dios, ¡mira a quién tenemos aquí! —berreó la señora Barrows, y su risotada resonó como la detonación de un disparo. El señor Martin pasó apresuradamente por su lado como en un placaje, chocando con ella.

—¡Eh! ¡Sin empujar! —dijo la señora Barrows, cerrando la puerta.

Estaban en el salón, que al señor Martin le pareció iluminado por cien lámparas.

—¿Qué le ocurre? Da más saltos que una cabra.

El señor Martin descubrió que le resultaba imposible hablar. Notaba el corazón en la garganta.

—Yo… Sí —farfulló por fin. Ella parloteaba y reía al tiempo que le ayudaba a quitarse el abrigo—. No, no. Lo dejaré aquí. —Se quitó el abrigo y lo dejó en una silla cerca de la puerta.

—El sombrero y los guantes. Está usted en la casa de una dama.

El señor Martin colocó el sombrero encima del abrigo. Se dejó los guantes puestos.

—Pasaba por aquí —dijo—. He reconocido… ¿Hay alguien más?

Ella se rió más fuerte que nunca.

—No —contestó—, estamos la mar de solos. Está blanco como la pared, señor curioso. ¿Pero qué le ha pasado? Le prepararé algo de beber. —Empezó a cruzar la sala hacia una puerta—. ¿Whisky con soda le parece bien? Anda, pero si usted no bebe, ¿verdad? —Se volvió y lo miró divertida. El señor Martin recobró la compostura.

—Me parece bien —se oyó decir. La oyó reírse en la cocina.

El señor Martin echó un rápido vistazo al salón en busca de un arma. Había contado con encontrar una en la casa. Había morillos y un atizador y algo en un rincón que parecía un bastón indio. Nada útil. Así no podía ser. Empezó a dar vueltas. Se acercó al escritorio. Encontró un abrecartas de metal con mango ornamentado. ¿Estaría lo bastante afilado? Al ir a cogerlo tiró un bote pequeño de latón. Los sellos del interior se desparramaron y el bote cayó al suelo ruidosamente.

—¡Eh! —gritó desde la cocina la señora Barrows—. ¿Ya está preparando la huerta para los guisantes?

El señor Martin se rió de una forma extraña. Recogió el abrecartas y probó la punta contra su muñeca izquierda. Era roma. No serviría.

Cuando la señora Barrows reapareció con dos vasos altos, el señor Martin, de pie y con los guantes puestos, cobró conciencia aguda de la fantasía que había forjado. Cigarrillos en el bolsillo, una bebida preparada para él: todo resultaba demasiado improbable. En algún lugar al fondo de su mente se agitó, germinó, una idea vaga.

—Por amor de Dios, quítese esos guantes —dijo la señora Barrows.

—Siempre los llevo dentro de casa.

La idea empezó a florecer, extraña y maravillosa. La señora Barrows dejó los vasos en la mesilla del café delante de un sofá y se sentó.

—Acérquese, hombrecillo extraño.

El señor Martin se acercó y se sentó a su lado. Le costó sacar un cigarrillo del

paquete de Camel, pero al final lo consiguió. Ella le ofreció una cerilla, riéndose.

—Bueno —dijo la señora Barrows, pasándole la bebida—, es sencillamente maravilloso. Usted con una copa y un cigarrillo.

El señor Martin dio una calada, sin demasiada torpeza, y bebió un sorbo del vaso.

—Bebo y fumo todo el tiempo —aseguró el señor Martin. Brindó con la señora Barrows—. Ésta por ese viejo charlatán de Fitweiler —dijo, y echó otro trago. Aquella cosa tenía un sabor horrible, pero evitó las muecas.

—Pero bueno, señor Martin —dijo ella cambiando de tono y postura—, está usted insultando a nuestro patrón. —Ahora la señora Barrows era toda asesora especial del presidente.

—Estoy preparando una bomba —dijo el señor Martin—, que mandará al infierno a ese pedazo de carcamal. —Sólo había bebido un poco y la bebida no era fuerte. No podía ser eso.

—¿Es que toma drogas? —le preguntó con frialdad la señora Barrows.

—Heroína. Pienso ir puesto hasta el culo cuando quite de en medio a ese gallina.

—¡Señor Martin! —gritó la mujer, poniéndose en pie—. Se acabó. Váyase ahora mismo.

El señor Martin echó otro trago a su bebida. Apagó el cigarrillo en el cenicero y dejó el paquete de Camel en la mesilla del café. Luego se levantó. Ella le fulminaba con la mirada. El señor Martin se puso el sombrero y el abrigo.

—Ni una palabra de esto —dijo, llevándose un dedo índice a los labios.

La señora Barrows no pudo contestarle más que:

—¡Pero bueno!

El señor Martin apoyó una mano en el pomo de la puerta.

—Ocupo el lugar del pájaro maullador —dijo.

Le sacó la lengua a la señora Barrows y se fue. Nadie le vio marcharse.

El señor Martin llegó a su apartamento, a pie, cuando aún faltaba bastante para las once. Nadie le vio entrar. Tomó dos vasos de leche después de cepillarse los dientes y se sintió eufórico. No era la borrachera, porque no se había sentido achispado. De todos modos la caminata había disipado los efectos del whisky. Se metió en cama y leyó una revista un rato. Se quedó dormido antes de medianoche.

A la mañana siguiente el señor Martin llegó a la oficina a las ocho y media, como de costumbre. A las nueve menos cuarto, Ulgine Barrows, que nunca había llegado al trabajo antes de las diez, entró en su despacho.

—¡Voy a informar al señor Fitweiler ahora mismo! —le gritó—. Si le entrega a la policía ¡nadie podrá decir que es más de lo que usted se merece!

El señor Martin la miró con sorpresa.

—¿Perdón?

La señora Barrows resopló y salió atolondradamente del despacho, dejando a la

señorita Paird y a Joey Hart estupefactos.

—¿Y ahora qué le pasa a esa bruja? —preguntó la señorita Paird.

—No tengo ni idea —dijo el señor Martin, reanudando su trabajo.

Los otros dos le miraron y luego se miraron entre sí. La señorita Paird se levantó y salió. Pasó despacio por delante de la puerta cerrada del despacho del señor Fitweiler. La señora Barrows vociferaba dentro, pero no se reía. La señorita Paird no pudo oír lo que decía la mujer. Volvió a su mesa.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, la señora Barrows salió del despacho del presidente, entró en el suyo y cerró la puerta. No fue hasta hora y media después cuando el señor Fitweiler mandó llamar al señor Martin. El jefe del departamento de archivos, pulido, silencioso, atento, se quedó de pie frente a la mesa del anciano. El señor Fitweiler estaba pálido y nervioso. Se sacó las gafas y jugueteó con ellas. Dejó escapar un pequeño bufido.

—Señor Martin —dijo el viejo—, lleva con nosotros más de veinte años.

—Veintidós —puntualizó el señor Martin.

—En ese tiempo —continuó el presidente— su trabajo y su, eh, sus modales han sido ejemplares.

—En ello confío, señor.

—Tengo entendido, Martin, que nunca ha bebido ni fumado.

—Así es, señor.

—Ah, sí. —El señor Fitweiler se limpió las gafas—. ¿Podría explicar qué hizo ayer al salir de la oficina, Martin?

El señor Martin tardó menos de un segundo en contestar con aire perplejo.

—Desde luego, señor —dijo—. Fui andando hasta casa. Luego fui a cenar a Schrafft's. Después regresé a casa a pie. Me acosté temprano, señor, y estuve un rato leyendo una revista. Me quedé dormido antes de las once.

—Ah, sí —repitió el señor Fitweiler. Se quedó callado un momento, en busca de las palabras adecuadas para decirle al jefe del departamento de archivos—. La señora Barrows —dijo por fin—, la señora Barrows ha trabajado duro, Martin, muy duro. Me duele comunicarle que la señora Barrows ha sufrido una crisis nerviosa grave. La crisis ha adoptado la forma de una manía persecutoria acompañada de alucinaciones angustiosas.

—Lo siento mucho, señor.

—La señora Barrows tiene la idea delirante de que usted la visitó anoche y se comportó de un modo, hum, indecoroso. —Alzó la mano para acallar la protesta apenada del señor Martin—. Estas afecciones psicológicas se caracterizan por la fijación que lleva a considerar la parte más inocente e inconcebible como el, hum, el origen de la persecución. No son cuestiones para neófitos, Martin. Acabo de hablar por teléfono con mi psiquiatra, el doctor Fitch. No ha querido comprometerse, claro

está, pero sus generalizaciones han bastado para confirmar mis sospechas. Le he sugerido a la señora Barrows cuando me ha relatado su, hum, su historia esta mañana que visite al doctor Fitch puesto que de inmediato he sospechado que sufría algún problema de salud. La señora Barrows, lamento decirlo, se ha ido hecha una furia y ha exigido, hum, ha pedido que le llamara a usted al orden. Quizá no lo sepa, Martin, pero la señora Barrows ha planificado la reorganización del departamento de archivos, sujeta a mi aprobación, por supuesto, sujeta a mi aprobación. De ahí que le tuviera a usted presente más que a ningún otro; pero una vez más, tenemos aquí un fenómeno para el doctor Fitch, no para nosotros. De modo que, Martin, me temo que la labor de la señora Barrows en la empresa ha llegado a su fin.

—Lo lamento muchísimo, señor.

En ese instante la puerta del despacho se abrió con la brusquedad de una explosión de gas que catapultara a la señora Barrows a su interior.

—¿No lo estará negando la rata esa? —gritó la señora—. ¡No puede salirse con la suya!

El señor Martin se levantó y se colocó discretamente junto a la silla del señor Fitweiler.

—Usted bebió y fumó en mi apartamento —le espetó al señor Martin—, ¡lo sabe muy bien! Llamó al señor Fitweiler pedazo de carcamal y dijo que lo mandaría volando al infierno cuando estuviera puesto de heroína hasta el culo. —La mujer dejó de chillar para recuperar el aliento y sus ojos brillaron con un destello nuevo—. Si no fuera usted un hombrecillo tan gris y anodino, pensaría que lo ha planeado todo. Sacándome la lengua, ¡diciendo que ocupaba el lugar del maullador porque pensó que nadie me creería! ¡Dios mío, es demasiado perfecto! —Soltó una risotada estridente e histérica y la ira volvió a apoderarse de ella. Fulminó al señor Fitweiler con la mirada —. ¿Es que no se da cuenta de que nos ha engañado, viejo tonto? ¿Es que no ve cuál es su juego?

Pero el señor Fitweiler había estado apretando a escondidas todos los botones de debajo de la mesa y los empleados de F&S empezaron a entrar en el despacho uno tras otro.

—Stockton —dijo el señor Fitweiler—, usted y Fishbein llevarán a la señora Barrows a su casa. Señora Powell, usted los acompañará.

Stockton, que había jugado un poco al fútbol en el instituto, bloqueó el avance de la señora Barrows en dirección al señor Martin. Necesitó la ayudaba de Fishbein para obligarla a salir al pasillo, atestado de taquígrafas y oficinistas. Ella seguía dirigiéndose a gritos al señor Martin con imprecaciones confusas y contradictorias. Al final, el alboroto se perdió al fondo del pasillo.

—Lamento que haya ocurrido esto —dijo el señor Fitweiler—. Le ruego que lo borre de su memoria, Martin.

—Sí, señor —dijo el señor Martin, anticipándose a su jefe y abriendo la puerta—, ya ha pasado todo. Lo olvidaré.

Salió y cerró la puerta, y recorrió el pasillo con pasos ligeros y rápidos. Cuando entró en su departamento había recuperado su habitual andar pausado y cruzó tranquilamente la sala hasta el archivo W20 con una mirada de estudiada concentración.

Traducción de Cruz Rodríguez

Regreso a Babilonia

I

—¿Y dónde está el señor Campbell? —preguntó Charlie.

—Se ha ido a Suiza. El señor Campbell está muy enfermo, señor Wales.

—Lamento saberlo. ¿Y George Hardt? —preguntó Charlie.

—Ha vuelto a América, a trabajar.

—¿Y qué ha sido del Pájaro de las Nieves?

—Estuvo aquí la semana pasada. De todas maneras, su amigo, el señor Schaeffer, está en París.

Dos nombres conocidos entre la larga lista de hacía año y medio. Charlie garabateó una dirección en su agenda y arrancó la página.

—Si ve al señor Schaeffer, déle esto —dijo—. Es la dirección de mi cuñado. Todavía no tengo hotel.

La verdad es que no sentía demasiada decepción por encontrar París tan vacío. Pero el silencio en el bar del hotel Ritz resultaba extraño, portentoso. Ya no era un bar americano: Charlie lo encontraba demasiado encopetado: ya no se sentía allí como en su casa. El bar había vuelto a ser francés. Había notado el silencio desde el momento en que se apeó del taxi y vio al portero, que a aquellas horas solía estar inmerso en una actividad frenética, charlando con un *chasseur* junto a la puerta de servicio. En el pasillo sólo oyó una voz aburrida en los aseos de señoras, en otro tiempo tan ruidosos. Y cuando entró en el bar, recorrió los siete metros de alfombra verde con los ojos fijos, mirando al frente, según una vieja costumbre; y luego, con el pie firmemente apoyado en la base de la barra del bar, se volvió y examinó la sala, y sólo encontró en un rincón una mirada que abandonó un instante la lectura del periódico. Charlie preguntó por el jefe de camareros, Paul, que en los últimos días en que la Bolsa seguía subiendo iba al trabajo en un automóvil fuera de serie, fabricado por encargo, aunque lo dejaba, con el debido tacto, en una esquina cercana. Pero aquel día Paul estaba en su casa de campo, y fue Alix el que le dio toda la información.

—Bueno, ya está bien —dijo Charlie—, voy a tomarme las cosas con calma.

Alix lo felicitó:

—Hace un par de años iba a toda velocidad.

—Todavía aguanto perfectamente —aseguró Charlie—. Llevo aguantando un año y medio.

—¿Qué le parece la situación en Estados Unidos?

—Llevo meses sin ir a América. Tengo negocios en Praga, donde represento a un

par de firmas. Allí no me conocen.

Alix sonrió.

—¿Recuerda la noche de la despedida de soltero de George Hardt? —dijo Charlie —. Por cierto, ¿qué ha sido de Claude Fessenden?

Alix bajó la voz, confidencial:

—Está en París, pero ya no viene por aquí. Paul no se lo permite. Ha acumulado una deuda de treinta mil francos, cargando en su cuenta todas las bebidas y comidas y, casi a diario, también las cenas de más de un año. Y cuando Paul le pidió por fin que pagara, le dio un cheque sin fondos.

Alix movió la cabeza con aire triste.

—No lo entiendo: era un verdadero dandi. Y ahora está hinchado, abotargado… —Dibujó con las manos una gorda manzana.

Charlie observó a un estridente grupo de homosexuales que se sentaban en un rincón.

«Nada les afecta», pensó. «Las acciones suben y bajan, la gente haraganea o trabaja, pero ésos siguen como siempre.»

El bar lo oprimía. Pidió los dados y se jugó con Alix la copa.

—¿Estará mucho tiempo en París, señor Wales?

—He venido a pasar cuatro o cinco días, para ver a mi hija.

—¡Ah! ¿Tiene una hija?

En la calle los anuncios luminosos rojos, azul de gas o verde fantasma fulguraban turbiamente entre la lluvia tranquila. Se acababa la tarde y había un gran movimiento en las calles. Los *bistros* relucían. En la esquina del Boulevard des Capucines tomó un taxi. La Place de la Concorde apareció ante su vista majestuosamente rosa; cruzaron el lógico Sena, y Charlie sintió la imprevista atmósfera provinciana de la Rive Gauche.

Le pidió al taxista que se dirigiera a la Avenue de l’Opéra, que quedaba fuera de su camino. Pero quería ver cómo la hora azul se extendía sobre la fachada magnífica, e imaginar que las bocinas de los taxis, tocando sin fin los primeros compases de *La plus que lente,* eran las trompetas del Segundo Imperio. Estaban echando las persianas metálicas de la librería Brentano, y ya había gente cenando tras el seto elegante y pequeñoburgués del restaurante Duval. Nunca había comido en París en un restaurante verdaderamente barato: una cena de cinco platos, cuatro francos y medio, vino incluido. Por alguna extraña razón deseó haberlo hecho.

Mientras seguían recorriendo la Rive Gauche, con aquella sensación de provincianismo imprevisto, pensaba: «Para mí esta ciudad está perdida para siempre, y yo mismo la eché a perder. No me daba cuenta, pero los días pasaban sin parar, uno tras otro, y así pasaron dos años, y todo había pasado, hasta yo mismo».

Tenía treinta y cinco años y buen aspecto. Una profunda arruga entre los ojos

moderaba la expresividad irlandesa de su cara. Cuando tocó el timbre en casa de su cuñada, en la Rue Palatine, la arruga se hizo más profunda y las cejas se curvaron hacia abajo; tenía un pellizco en el estómago. Tras la criada que abrió la puerta surgió una adorable chiquilla de nueve años que gritó: «¡Papaíto!», y se arrojó, agitándose como un pez, entre sus brazos. Lo obligó a volver la cabeza, cogiéndolo de una oreja, y pegó su mejilla a la suya.

—Mi cielo —dijo Charlie.

—¡Papaíto, papaíto, papaíto, papi!

La niña lo llevó al salón, donde esperaba la familia, un chico y una chica de la edad de su hija, su cuñada y el marido. Saludó a Marion, intentando controlar el tono de la voz para evitar tanto un fingido entusiasmo como una nota de desagrado, pero la respuesta de ella fue más sinceramente tibia, aunque atenuó su expresión de inalterable desconfianza dirigiendo su atención hacia la hija de Charlie. Los dos hombres se dieron la mano amistosamente y Lincoln Peters dejó un momento la mano en el hombro de Charlie.

La habitación era cálida, agradablemente americana. Los tres niños se sentían cómodos, jugando en los pasillos amarillos que llevaban a las otras habitaciones; la alegría de las seis de la tarde se revelaba en el crepitar del fuego y en el trajín típicamente francés de la cocina. Pero Charlie no conseguía serenarse; tenía el corazón en vilo, aunque su hija le transmitía tranquilidad, confianza, cuando de vez en cuando se le acercaba, llevando en brazos la muñeca que él le había traído.

—La verdad es que perfectamente —dijo, respondiendo a una pregunta de Lincoln—. Hay cantidad de negocios que no marchan, pero a nosotros nos va mejor que nunca. En realidad, maravillosamente bien. El mes que viene llegará mi hermana de América para ocuparse de la casa. El año pasado tuve más ingresos que cuando era rico. Ya sabéis, los checos…

Alardeaba con un propósito preciso; pero, un momento después, al adivinar cierta impaciencia en la mirada de Lincoln, cambió de tema:

—Tenéis unos niños estupendos, muy bien educados.

—Honoria también es una niña estupenda.

Marion Peters volvió de la cocina. Era una mujer alta, de mirada inquieta, que en otro tiempo había poseído una belleza fresca, americana. Charlie nunca había sido sensible a sus encantos y siempre se sorprendía cuando la gente hablaba de lo guapa que había sido. Desde el principio los dos habían sentido una mutua e instintiva antipatía.

—¿Cómo has encontrado a Honoria? —preguntó Marion.

—Maravillosa. Me ha dejado asombrado lo que ha crecido en diez meses. Los tres niños tienen muy buen aspecto.

—Hace un año que no llamamos al médico. ¿Cómo te sientes al volver a París?

—Me extraña mucho que haya tan pocos americanos.

—Yo estoy encantada —dijo Marion con vehemencia—. Ahora por lo menos puedes entrar en las tiendas sin que den por sentado que eres millonario. Lo hemos pasado mal, como todo el mundo, pero en conjunto ahora estamos muchísimo mejor.

—Pero, mientras duró, fue estupendo —dijo Charlie—. Éramos una especie de realeza, casi infalible, con una especie de halo mágico. Esta tarde, en el bar —titubeó, al darse cuenta de su error—, no había nadie, nadie conocido.

Marion lo miró fijamente.

—Creía que ya habías tenido bares de sobra.

—Sólo he estado un momento. Sólo tomo una copa por las tardes, y se acabó.

—¿No quieres un cóctel antes de la cena? —preguntó Lincoln.

—Sólo tomo una copa por las tardes, y por hoy ya está bien.

—Espero que te dure —dijo Marion.

La frialdad con que habló demostraba hasta qué punto le desagradaba Charlie, que se limitó a sonreír. Tenía planes más importantes. La extraordinaria agresividad de Marion le daba cierta ventaja, y podía esperar. Quería que fueran ellos los primeros en hablar del asunto que, como sabían perfectamente, lo había llevado a París.

Durante la cena no terminó de decidir si Honoria se parecía más a él o a su madre. Sería una suerte si no se combinaban en ella los rasgos de ambos que los habían llevado al desastre. Se apoderó de Charlie un profundo deseo de protegerla. Creía saber lo que tenía que hacer por ella. Creía en el carácter; quería retroceder una generación entera y volver a confiar en el carácter como un elemento eternamente valioso. Todo lo demás se estropeaba.

Se fue enseguida, después de la cena, pero no para volver a casa. Tenía curiosidad por ver París de noche con ojos más perspicaces y sensatos que los de otro tiempo. Fue al Casino y vio a Josephine Baker y sus arabescos de chocolate.

Una hora después abandonó el espectáculo y fue dando un paseo hacia Montmartre, subiendo por Rue Pigalle, hasta la Place Blanche. Había dejado de llover y alguna gente en traje de noche se apeaba de los taxis ante los cabarets, y había *cocottes* que hacían la calle, solas o en pareja, y muchos negros. Pasó ante una puerta iluminada de la que salía música y se detuvo con una sensación de familiaridad; era el Bricktop, donde se había dejado tantas horas y tanto dinero. Unas puertas más abajo descubrió otro de sus antiguos puntos de encuentro e imprudentemente se asomó al interior. De pronto una orquesta entusiasta empezó a tocar, una pareja de bailarines profesionales se puso en movimiento y un *maître d'hôtel* se le echó encima, gritando:

—¡Está empezando ahora mismo, señor!

Pero Charlie se apartó inmediatamente.

«Tendría que estar como una cuba», pensó.

El Zelli estaba cerrado; sobre los inhóspitos y siniestros hoteles baratos de los alrededores reinaba la oscuridad; en la Rue Blanche había más luz y un público local y locuaz, francés. La Cueva del Poeta había desaparecido, pero las dos inmensas fauces del Café del Cielo y el Café del Infierno seguían bostezando; incluso devoraron, mientras Charlie miraba, el exiguo contenido de un autobús de turistas: un alemán, un japonés y una pareja norteamericana que se quedaron mirándolo con ojos de espanto.

Y a esto se limitaba el esfuerzo y el ingenio de Montmartre. Toda la industria del vicio y la disipación había sido reducida a una escala absolutamente infantil, y de repente Charlie entendió el significado de la palabra «disipado»: disiparse en el aire; hacer que algo se convierta en nada. En las primeras horas de la madrugada ir de un lugar a otro supone un enorme esfuerzo, y cada vez se paga más por el privilegio de moverse cada vez con mayor lentitud.

Se acordaba de los billetes de mil francos que había dado a una orquesta para que tocara cierta canción, de los billetes de cien francos arrojados a un portero para que llamara a un taxi.

Pero no había sido a cambio de nada.

Aquellos billetes, incluso las cantidades más disparatadamente despilfarradas, habían sido una ofrenda al destino, para que le concediera el don de no poder recordar las cosas más dignas de ser recordadas, las cosas que ahora recordaría siempre: haber perdido la custodia de su hija; la huida de su mujer, para acabar en una tumba en Vermont.

A la luz que salía de una *brasserie* una mujer le dijo algo. Charlie la invitó a huevos y café, y luego, evitando su mirada amistosa, le dio un billete de veinte francos y cogió un taxi para volver al hotel.

II

Se despertó en un día espléndido de otoño: un día de partido de fútbol. El abatimiento del día anterior había desaparecido, y ahora le gustaba la gente de la calle. Al mediodía estaba sentado con Honoria en Le Grand Vatel, el único restaurante que no le recordaba cenas con champán y largos almuerzos que empezaban a las dos y terminaban en crepúsculos nublados y confusos.

—¿No quieres verdura? ¿No deberías comer un poco de verdura?

—Sí, sí.

—Hay *épinards* y *chou-fleur*, zanahorias y *haricots*.

—Prefiero *chou-fleur*.

—¿No prefieres mezclarla con otra verdura?

—Es que en el almuerzo sólo tomo una verdura.

El camarero fingía sentir una extraordinaria pasión por los niños.

—*Qu’elle est mignonne la petite! Elle parle exactement comme une française*.

—¿Y de postre? ¿O esperamos?

El camarero desapareció. Honoria miró a su padre con expectación.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Primero iremos a la juguetería de la Rue Saint-Honoré y compraremos lo que quieras. Luego iremos al vodevil, en el Empire.

La niña titubeó.

—Me gustaría ir al vodevil, pero no a la juguetería.

—¿Por qué no?

—Porque ya me has traído esta muñeca. —Se había llevado la muñeca al restaurante—. Y ya tengo muchos juguetes. Y ya no somos ricos, ¿no?

—Nunca hemos sido ricos. Pero hoy puedes comprarte lo que quieras.

—Muy bien —asintió la niña, resignada.

Cuando tenía a su madre y a una niñera francesa, Charlie solía ser más severo; ahora se exigía mucho más a sí mismo, procuraba ser más tolerante; tenía que ser padre y madre a la vez y ser capaz de entender a su hija en todos los aspectos.

—Me gustaría conocerte —dijo con gravedad—. Permítame primero que me presente. Soy Charles J. Wales, de Praga.

—¡Papá! —No podía aguantar la risa.

—¿Y quién es usted, si es tan amable? —continuó, y la niña aceptó su papel inmediatamente:

—Honoria Wales, Rue Palatine, París.

—¿Casada o soltera?

—No, no estoy casada. Soltera.

Charlie señaló la muñeca.

—Pero, madame, tiene usted una hija.

No queriendo desheredar a la pobre muñeca, se la acercó al corazón y buscó una respuesta:

—Estuve casada, pero mi marido murió.

Charlie se apresuró a continuar:

—¿Cómo se llama la niña?

—Simone. Es el nombre de mi mejor amiga del colegio.

—Estoy muy contento de que te vaya tan bien en el colegio.

—Este mes he sido la tercera de la clase —alardeó—. Elsie —era su prima —sólo es la dieciocho y Richard casi es el último de la clase.

—Quieres a Richard y a Elsie, ¿verdad?

—Sí. A Richard lo quiero mucho y a Elsie también.

Con cautela y sin darle mucha importancia Charlie preguntó:

—¿Y a quién quieres más, a tía Marion o a tío Lincoln?

—Ah, creo que a tío Lincoln.

Cada vez era más consciente de la presencia de su hija. Al entrar al restaurante los había acompañado un murmullo: «… adorable», y ahora la gente de la mesa de al lado, cada vez que interrumpían sus conversaciones, estaba pendiente de ella, observándola como a un ser que no tuviera más conciencia que una flor.

—¿Por qué no vivo contigo? —preguntó Honoria de repente—. ¿Porque mamá ha muerto?

—Debes quedarte aquí y aprender mejor el francés. A mí me hubiera sido muy difícil cuidarte tan bien.

—La verdad es que ya no necesito que me cuiden. Hago las cosas sola.

A la salida del restaurante, un hombre y una mujer lo saludaron inesperadamente.

—¡Pero si es el amigo Wales!

—¡Hombre! Lorraine… Dunc…

Eran fantasmas que surgían del pasado: Duncan Schaeffer, un amigo de la universidad. Lorraine Quarrles, una preciosa, pálida rubia de treinta años; una más de la pandilla que lo había ayudado a convertir los meses en días en los pródigos tiempos de hacía tres años.

—Mi marido no ha podido venir este año —dijo Lorraine, respondiéndole a Charlie—. Somos más pobres que las ratas. Así que me manda doscientos dólares al mes y dice que me las arregle como pueda… ¿Es tu hija?

—¿Por qué no te sientas un rato con nosotros en el restaurante? —preguntó Duncan.

—No puedo.

Se alegraba de tener una excusa. Seguía notando el atractivo apasionado, provocador, de Lorraine, pero ahora Charlie se movía a otro ritmo.

—¿Y si quedamos para cenar? —preguntó Lorraine.

—Tengo una cita. Dadme vuestra dirección y ya os llamaré.

—Charlie, tengo la completa seguridad de que estás sobrio —dijo Lorraine solemnemente—. Estoy segura de que está sobrio, Dunc, te lo digo de verdad. Pellízcalo para ver si está sobrio.

Charlie señaló a Honoria con la cabeza. Lorraine y Dunc se echaron a reír.

—¿Cuál es tu dirección? —preguntó Duncan, escéptico.

Charlie titubeó; no quería decirles el nombre de su hotel.

—Todavía no tengo dirección fija. Ya os llamaré. Vamos al vodevil, al Empire.

—¡Estupendo! Lo mismo que yo pensaba hacer —dijo Lorraine—. Tengo ganas de ver payasos, acróbatas y malabaristas. Es lo que vamos a hacer, Dunc.

—Antes tenemos que hacer un recado —dijo Charlie—. A lo mejor os vemos en el teatro.

—Muy bien. Estás hecho un auténtico esnob… Adiós, guapísima.

—Adiós.

Honoria, muy educada, hizo una reverencia.

Había sido un encuentro desagradable. Charlie les caía simpático porque trabajaba, porque era serio; lo buscaban porque ahora tenía más fuerza que ellos, porque en cierta medida querían alimentarse de su fortaleza.

En el Empire, Honoria se negó orgullosamente a sentarse sobre el abrigo doblado de su padre. Era ya una persona, con su propio código, y a Charlie le obsesionaba cada vez más el deseo de inculcarle algo suyo antes de que su personalidad cristalizara completamente. Pero era imposible intentar conocerla en tan poco tiempo.

En el entreacto se encontraron con Duncan y Lorraine en la sala de espera, donde tocaba una orquesta.

—¿Tomamos una copa?

—Muy bien, pero no en la barra. Busquemos una mesa.

—El padre perfecto.

Mientras oía, un poco distraído, a Lorraine, Charlie observó cómo la mirada de Honoria se apartaba de la mesa, y la siguió pensativamente por el salón, preguntándose qué estaría mirando. Se encontraron sus miradas, y Honoria sonrió.

—Está buena la limonada —dijo.

¿Qué había dicho? ¿Qué se esperaba él? Mientras volvían a casa en un taxi la abrazó, para que su cabeza descansara en su pecho.

—¿Te acuerdas de mamá?

—Algunas veces —contestó vagamente.

—No quiero que la olvides. ¿Tienes alguna foto suya?

—Sí, creo que sí. De todas formas, tía Marion tiene una. ¿Por qué no quieres que la olvide?

—Porque te quería mucho.

—Yo también la quería.

Callaron un momento.

—Papá, quiero vivir contigo —dijo de pronto.

A Charlie le dio un vuelco el corazón; así era como quería que ocurrieran las cosas.

—¿Es que no estás contenta?

—Sí, pero a ti te quiero más que a nadie. Y tú me quieres a mí más que a nadie, ¿verdad?, ahora que mamá ha muerto.

—Claro que sí. Pero no siempre me querrás a mí más que a nadie, cariño. Crecerás y conocerás a alguien de tu edad y te casarás con él y te olvidarás de que alguna vez tuviste un papá.

—Sí, es verdad —asintió, muy tranquila.

Charlie no entró en la casa. Volvería a las nueve, y quería mantenerse despejado

para lo que debía decirles.

—Cuando estés ya en casa, asómate a esa ventana.

—Muy bien. Adiós, papá, papaíto.

Esperó a oscuras en la calle hasta que apareció, cálida y luminosa, en la ventana y lanzó a la noche un beso con la punta de los dedos.

III

Lo estaban esperando. Marion, sentada junto a la bandeja del café, vestía un elegante y majestuoso traje negro, que casi hacía pensar en el luto. Lincoln no dejaba de pasearse por la habitación con la animación de quien ya lleva un buen rato hablando. Deseaban tanto como Charlie abordar el asunto. Charlie lo sacó a colación casi inmediatamente:

—Me figuro que sabéis por qué he venido a veros, por qué he venido a París.

Marion jugaba con las estrellas negras de su collar, y frunció el ceño.

—Tengo verdaderas ganas de tener una casa —continuó—. Y tengo verdaderas ganas de que Honoria viva conmigo. Aprecio mucho que, por amor a su madre, os hayáis ocupado de Honoria, pero las cosas han cambiado… —titubeó y continuó con mayor decisión—, han cambiado radicalmente en lo que a mí respecta, y quisiera pediros que reconsideréis el asunto. Sería una tontería negar que durante tres años he sido un insensato…

Marion lo miraba con una expresión de dureza.

—… pero todo eso se ha acabado. Como os he dicho, hace un año que sólo bebo una copa al día, y esa copa me la tomo deliberadamente, para que la idea del alcohol no cobre en mi imaginación una importancia que no tiene. ¿Me entendéis?

—No —dijo Marion sucintamente.

—Es una especie de artimaña, un truco que me hago a mí mismo, para no olvidar la medida de las cosas.

—Te entiendo —dijo Lincoln—. No quieres que el alcohol sea una obsesión.

—Algo así. A veces se me olvida y no bebo. Pero procuro beber una copa al día. De todas maneras, en mi situación, no puedo permitirme beber. Las firmas a las que represento están más que satisfechas con mi trabajo, y quiero traerme a mi hermana desde Burlington para que se ocupe de la casa, y sobre todas las cosas quiero que Honoria viva conmigo. Sabéis que, incluso cuando su madre y yo no nos llevábamos bien, jamás permitimos que nada de lo que sucedía afectara a Honoria. Sé que me quiere y sé que soy capaz de cuidarla y… Bueno, ya os lo he dicho todo. ¿Qué pensáis?

Sabía que ahora le tocaba recibir los golpes. Podía durar una o dos horas, y sería difícil, pero si modulaba su resentimiento inevitable y lo convertía en la actitud sumisa del pecador arrepentido, podría imponer por fin su punto de vista.

«Domínate», se decía a sí mismo. «No quieres que te perdonen. Quieres a Honoria.»

Lincoln fue el primero en responderle:

—Llevamos hablando de este asunto desde que recibimos tu carta el mes pasado. Estamos muy contentos de que Honoria viva con nosotros. Es una criatura adorable, y nos alegra mucho poder ayudarla, pero, claro está, ya sé que ése no es el problema…

Marion lo interrumpió súbitamente.

—¿Cuánto tiempo aguantarás sin beber, Charlie? —preguntó.

—Espero que siempre.

—¿Y qué crédito se les puede dar a esas palabras?

—Sabéis que nunca había bebido demasiado hasta que dejé los negocios y me vine aquí sin nada que hacer. Luego Helen y yo empezamos a salir con…

—Por favor, no metas a Helen en esto. No soporto que hables de ella así.

Charlie la miró severamente; nunca había estado muy seguro de hasta qué punto se habían apreciado las dos hermanas cuando Helen vivía.

—Me dediqué a beber un año y medio poco más o menos: desde que llegamos hasta que… me derrumbé.

—Mucho es.

—Mucho es —asintió.

—Lo hago sólo por Helen —dijo Marion—. Intento pensar qué le gustaría que hiciera. Te lo digo de verdad, desde la noche en que hiciste aquello tan horrible dejaste de existir para mí. No puedo evitarlo. Era mi hermana.

—Ya lo sé.

—Cuando se estaba muriendo, me pidió que me ocupara de Honoria. Si entonces no hubieras estado internado en un sanatorio, las cosas hubieran sido más fáciles.

Charlie no respondió.

—Jamás podré olvidar la mañana en que Helen llamó a mi puerta, empapada hasta los huesos y tiritando, y me dijo que habías echado la llave y no la habías dejado entrar.

Charlie apretaba con fuerza los brazos del sillón. Estaba siendo más difícil de lo que se había esperado. Hubiera querido protestar, demorarse en largas explicaciones, pero sólo dijo:

—La noche en que le cerré la puerta…

Y Marion lo interrumpió:

—No pienso volver a hablar de eso.

Tras un momento de silencio Lincoln dijo:

—Nos estamos saliendo del tema. Quieres que Marion renuncie a su derecho a la custodia y te entregue a Honoria. Yo creo que lo importante es si puede confiar en ti o no.

—Comprendo a Marion —dijo Charlie despacio—, pero creo que puede tener absoluta confianza en mí. Mi reputación era intachable hasta hace tres años. Claro está que puedo fallar en cualquier momento, es humano. Pero si esperamos más tiempo perdería la niñez de Honoria y la oportunidad de tener un hogar. —Negó con la cabeza—. Perdería a Honoria, ni más ni menos, ¿no os dais cuenta?

—Sí, te entiendo —dijo Lincoln.

—¿Y por qué no pensaste antes en estas cosas? —preguntó Marion.

—Me figuro que alguna vez pensaría en estas cosas, de cuando en cuando, pero Helen y yo nos llevábamos fatal. Cuando acepté concederle la custodia de la niña, yo no me podía mover del sanatorio, estaba hundido, y la Bolsa me había dejado en la ruina. Sabía que me había portado mal y hubiera aceptado cualquier cosa con tal de devolverle la paz a Helen. Pero ahora es distinto. Estoy trabajando, estoy de puta madre, así que…

—Te agradecería que no utilizaras ese lenguaje en mi presencia.

La miró, estupefacto. Cada vez que Marion hablaba, la fuerza de su antipatía hacia él era más evidente. Con su miedo a la vida había construido un muro que ahora levantaba frente a Charlie. Aquel reproche insignificante quizá fuera consecuencia de algún problema que hubiera tenido con la cocinera aquella tarde. La posibilidad de dejar a Honoria en aquella atmósfera de hostilidad hacia él le resultaba cada vez más preocupante. Antes o después saldría a relucir, en alguna frase, en un gesto con la cabeza, y algo de aquella desconfianza arraigaría irrevocablemente en Honoria. Pero procuró que su cara no revelase sus emociones, guardárselas; había obtenido cierta ventaja, porque Lincoln se dio cuenta de lo absurdo de la observación de Marion y le preguntó despreocupadamente desde cuándo la molestaban expresiones como «de puta madre».

—Otra cosa —dijo Charlie—: estoy en condiciones de asegurarle ciertas ventajas. Contrataré para la casa de Praga a una institutriz francesa. He alquilado un apartamento nuevo.

Dejó de hablar: se daba cuenta de que había metido la pata. Era imposible que aceptaran con ecuanimidad el hecho de que él ganara de nuevo más del doble que ellos.

—Supongo que puedes ofrecerle más lujos que nosotros —dijo Marion—. Cuando te dedicabas a tirar el dinero, nosotros vivíamos mirando por cada moneda de diez francos… Y supongo que volverás a hacer lo mismo.

—No, no. He aprendido. Tú sabes que trabajé con todas mis fuerzas diez años, hasta que tuve suerte en la Bolsa, como tantos. Una suerte inmensa. No parecía que tuviera mucho sentido seguir trabajando, así que lo dejé. No se repetirá.

Hubo un largo silencio. Todos tenían los nervios en tensión, y por primera vez desde hacía un año Charlie sintió ganas de beber. Ahora estaba seguro de que Lincoln

Peters quería que él tuviera a su hija.

De repente Marion se estremeció; una parte de ella se daba cuenta de que ahora Charlie tenía los pies en la tierra, y su instinto de madre reconocía que su deseo era natural; pero había vivido mucho tiempo con un prejuicio: un prejuicio basado en una extraña desconfianza en la posibilidad de que su hermana fuera feliz, y que, después de una noche terrible, se había transformado en odio contra Charlie. Todo había sucedido en un período de su vida en el que, entre el desánimo de la falta de salud y las circunstancias adversas, necesitaba creer en una maldad y un malvado tangibles.

—Me es imposible pensar de otra manera —gritó de repente—. No sé hasta qué punto eres responsable de la muerte de Helen. Es algo que tendrás que arreglar con tu propia conciencia.

Charlie sintió una punzada de dolor, como una corriente eléctrica; estuvo a punto de levantarse, y una palabra impronunciable resonó en su garganta. Se dominó un instante, un instante más.

—Ya está bien —dijo Lincoln, incómodo—. Yo nunca he pensado que tú fueras responsable.

—Helen murió de una enfermedad cardíaca —dijo Charlie, sin fuerzas.

—Sí, una enfermedad cardíaca —dijo Marion, como si aquella frase tuviera para ella otro significado.

Entonces, en el instante vacío, insípido, que siguió a su arrebato, Marion vio con claridad que Charlie había conseguido dominar la situación. Miró a su marido y comprendió que no podía esperar su ayuda, y, de pronto, como si el asunto no tuviera ninguna importancia, tiró la toalla.

—Haz lo que te parezca —exclamó levantándose de pronto—. Es tu hija. No soy nadie para interponerme en tu camino. Creo que si fuera mi hija preferiría verla… —consiguió frenarse—. Decididlo vosotros. No aguanto más. Me siento mal. Me voy a la cama.

Salió casi corriendo de la habitación, y un momento después Lincoln dijo:

—Ha sido un día muy difícil para ella. Ya sabes lo testaruda que es… —parecía pedir excusas—: cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza…

—Claro.

—Todo irá bien. Creo que sabe que ahora tú puedes mantener a la niña, así que no tenemos derecho a interponernos en tu camino ni en el de Honoria.

—Gracias, Lincoln.

—Será mejor que vaya a ver cómo está Marion.

—Me voy ya.

Todavía temblaba cuando llegó a la calle, pero el paseo por la Rue Bonaparte hasta el Sena lo tranquilizó, y, al cruzar el río, siempre nuevo a la luz de las farolas de los muelles, se sintió lleno de júbilo. Pero, ya en su habitación, no podía dormirse. La

imagen de Helen lo obsesionaba. Helen, a la que tanto había querido, hasta que los dos habían empezado a abusar de su amor insensatamente, a hacerlo trizas. En aquella terrible noche de febrero que Marion recordaba tan vivamente, una lenta pelea se había demorado durante horas. Recordaba la escena en el Florida, y que, cuando intentó llevarla a casa, Helen había besado al joven Webb, que estaba en otra mesa; y recordaba lo que Helen le había dicho, histérica. Cuando volvió a casa solo, desquiciado, furioso, cerró la puerta con llave. ¿Cómo hubiera podido imaginar que ella llegaría una hora más tarde, sola, y que caería una nevada, y que Helen vagabundearía por ahí en zapatos de baile, demasiado confundida para encontrar un taxi? Y recordaba las consecuencias: que Helen se recuperara milagrosamente de una neumonía, y todo el horror que aquello trajo consigo. Se reconciliaron, pero aquello fue el principio del fin, y Marion, que lo había visto todo con sus propios ojos e imaginaba que aquélla sólo había sido una de las muchas escenas del martirio de su hermana, nunca lo olvidó.

Los recuerdos le devolvieron a Helen, y, en la luz blanca y suave que cuando empieza a amanecer rodea poco a poco a quien está medio dormido, se dio cuenta de que volvía a hablar con ella. Helen le decía que tenía razón en el problema de Honoria y que quería que Honoria viviera con él. Dijo que se alegraba de que estuviera bien, de que le fuera bien. Le dijo muchas cosas más, amistosas, pero estaba sentada en un columpio, vestida de blanco, y cada vez se balanceaba más, cada vez más deprisa, así que al final no pudo oír con claridad lo que Helen decía.

IV

Se despertó sintiéndose feliz. El mundo volvía a abrirle las puertas. Hizo planes, imaginó un futuro para Honoria y para él, y de repente se sintió triste, al recordar los planes que había hecho con Helen. Helen no había planeado morir. Lo importante era el presente: el trabajo, alguien a quien querer. Pero no querer demasiado, pues conocía el daño que un padre puede hacerle a una hija, o una madre a un hijo, si los quiere demasiado: más tarde, ya en el mundo, el hijo buscaría en su pareja la misma ternura ciega y, al no poder encontrarla, se rebelaría contra el amor y la vida.

Volvía a hacer un día espléndido, vivificador. Llamó a Lincoln Peters al banco donde trabajaba y le preguntó si Honoria podría acompañarlo cuando regresara a Praga. Lincoln estuvo de acuerdo en que no había ninguna razón para aplazar las cosas. Quedaba una cuestión: el derecho a la custodia. Marion quería conservarlo durante algún tiempo. Estaba muy preocupada con aquel asunto, y se sentiría más tranquila si supiera que la situación seguía bajo su control un año más. Charlie aceptó: lo único que quería era a la niña, tangible y visible.

También estaba la cuestión de la institutriz. Charlie pasó un buen rato en una agencia sombría hablando con una bearnesa malhumorada y con una tetuda

campesina bretona, a ninguna de las cuales hubiera podido soportar. Había otras candidatas a quienes vería al día siguiente.

Comió con Lincoln Peters en el Griffon, intentando dominar su alegría.

—No hay nada comparable a un hijo —dijo Lincoln—. Pero tú comprendes cómo se siente Marion.

—Ya no se acuerda de todo lo que trabajé durante siete años en América —dijo Charlie—. Sólo recuerda una noche.

—Eso es distinto —titubeó Lincoln—. Mientras tú y Helen derrochabais dinero por toda Europa, nosotros luchábamos por salir adelante. No he sido ni remotamente rico, nunca he ganado lo suficiente para permitirme algo más que un seguro de vida. Yo creo que Marion pensaba que aquello era una especie de injusticia… Tú ni siquiera trabajabas entonces y cada vez eras más rico.

—El dinero se fue tan rápido como vino —dijo Charlie.

—Sí, y mucho fue a parar a manos de los *chasseurs* y los saxofonistas y los *maîtres d'hôtel*… Bueno, se acabó la gran fiesta. Te he dicho esto para explicarte cómo se siente Marion después de estos años de locura. Si pasas un momento por casa a eso de las seis, antes de que Marion esté demasiado cansada, acordaremos los últimos detalles sin ningún problema.

De vuelta al hotel, Charlie encontró un *pneumatique* que le habían enviado desde el bar del Ritz, donde Charlie había dejado su dirección para un antiguo amigo.

Querido Charlie:

Estabas tan raro cuando nos vimos el otro día, que me pregunté si había hecho algo que pudiera molestarte. Si es así, no me he dado cuenta. La verdad es que me he acordado mucho de ti durante el año pasado, y siempre he abrigado la esperanza de que nos viéramos de nuevo cuando yo volviera a París. Lo pasamos muy bien en aquella primavera disparatada, como aquella noche en que tú y yo robamos la bicicleta de reparto del carnicero, y aquella vez que intentamos hablar por teléfono con el presidente, cuando usabas bombín y bastón. Todos parecen haber envejecido últimamente, pero yo no me siento ni un día más vieja. ¿No podríamos vernos hoy, aunque sólo sea un rato, en honor de aquellos viejos tiempos? Ahora tengo una resaca miserable. Pero me sentiré mucho mejor esta tarde, y te esperaré a eso de las cinco en el Ritz, antro de explotación.

Siempre tuya,

Lorraine

La primera sensación de Charlie fue de espanto: espanto de haber robado, ya en edad madura, una bicicleta de reparto para pedalear, con Lorraine a bordo, por la plaza de L'Étoile, de madrugada. Al recordarlo, parecía una pesadilla. Haberle cerrado la puerta a Helen no armonizaba con ningún otro episodio de su vida, pero el incidente de la bicicleta, sí: sólo era uno entre muchos. ¿Cuántas semanas o meses de disipación habían sido necesarios para llegar a ese punto de absoluta irresponsabilidad?

Intentó recordar qué le había parecido Lorraine entonces: muy atractiva; a Helen le molestaba, aunque no dijera nada. Hacía veinticuatro horas, en el restaurante, Lorraine le había parecido vulgar, ajada, estropeada. No tenía ninguna, ninguna gana

de verla, y se alegraba de que Alix no le hubiera dado la dirección de su hotel. Y era un consuelo pensar en Honoria, imaginar domingos dedicados a ella, y darle los buenos días y saber que pasaba la noche en casa y respiraba en la oscuridad.

A las cinco tomó un taxi y compró regalos para la familia Peters: una graciosa muñeca de trapo, una caja de soldados romanos, flores para Marion, pañuelos de hilo para Lincoln.

Cuando llegó al apartamento, comprendió que Marion había aceptado lo inevitable. Lo recibió como si fuera un pariente díscolo, más que una amenaza ajena a la familia. Honoria sabía ya que se iba con su padre, y Charlie disfrutó al ver cómo, con tacto, la niña procuraba disimular su alegría excesiva. Sólo sentada en sus rodillas le dijo en voz baja lo contenta que estaba y le preguntó, antes de volver con los otros niños, cuándo se irían.

Marion y Charlie se quedaron solos un instante y, dejándose llevar por un impulso, él se atrevió a decirle:

—Las peleas de familia son muy desagradables. No respetan ninguna regla. No son como el dolor ni las heridas: son más bien como llagas que no se curan porque les falta tejido para hacerlo. Me gustaría que tú y yo nos lleváramos mejor.

—Es difícil olvidar ciertas cosas —contestó Marion—. Es cuestión de confianza. —Charlie no contestó y Marion preguntó entonces—: ¿Cuándo piensas llevártela?

—Tan pronto como encuentre una institutriz. Pasado mañana, espero.

—No, es imposible. Tengo que prepararle sus cosas. Antes del sábado es imposible.

Charlie cedió. Lincoln, que acababa de volver a la habitación, le ofreció una copa.

—Bueno, me tomaré mi whisky diario.

Se notaba el calor, era un hogar, gente reunida junto al fuego. Los niños se sentían seguros e importantes; la madre y el padre eran serios, vigilaban. Tenían cosas importantes que hacer por sus hijos, mucho más importantes que su visita. Una cucharada de medicina era, después de todo, más importante que sus tensas relaciones con Marion. Ni Marion ni Lincoln eran estúpidos, pero estaban demasiado condicionados por la vida y las circunstancias. Charlie se preguntó si no podría hacer algo para librar a Lincoln de la rutina del banco.

Sonó un largo timbrazo: llamaban a la puerta. La *bonne à tout faire* atravesó la habitación y desapareció en el pasillo. Abrió la puerta después de que volviera a sonar el timbre, y luego se oyeron voces, y los tres miraron hacia la puerta del salón con curiosidad. Lincoln se asomó al pasillo y Marion se levantó. Entonces volvió la criada, seguida de cerca por voces que resultaron pertenecer a Duncan Shaeffer y Lorraine Quarrles.

Estaban contentos, alegres, muertos de risa. Por un instante Charlie se quedó estupefacto: no podía entender cómo habían podido conseguir la dirección de los

Peters.

—Eeehhh. —Duncan agitaba el dedo pícaramente en dirección a Charlie.

Dunc y Lorraine soltaron un nuevo aluvión de carcajadas. Nervioso, sin saber qué hacer, Charlie les estrechó la mano rápidamente y se los presentó a Lincoln y Marion. Marion los saludó con un gesto de la cabeza y apenas abrió la boca. Retrocedió hacia la chimenea; su hijita estaba cerca y Marion le echó el brazo por el hombro.

Cada vez más disgustado por la intromisión, Charlie esperaba que le dieran una explicación. Y, después de pensar las palabras un momento, Duncan dijo:

—Hemos venido a invitarte a cenar. Lorraine y yo insistimos en que ya está bien de rodeos y secretitos sobre dónde te alojas.

Charlie se les acercó más, como si así quisiera empujarlos hacia el pasillo.

—Lo siento, pero no puedo. Decidme dónde vais a estar y os llamaré por teléfono dentro de media hora.

No se inmutaron. Lorraine se sentó de pronto en el brazo de un sillón y, concentrando toda su atención en Richard, exclamó:

—¡Qué niño tan precioso! ¡Ven aquí, cielo!

Richard miró a su madre y no se movió. Lorraine se encogió de hombros ostensiblemente, y volvió a dirigirse a Charlie:

—Ven a cenar. Estoy segura de que tus parientes no se molestarán. O te veo poco o te veo apocado.

—No puedo —respondió Charlie, cortante—. Cenad vosotros, ya os llamaré por teléfono.

La voz de Lorraine se volvió desagradable:

—Vale, vale, nos vamos. Pero acuérdate de cuando aporreaste mi puerta a las cuatro de la mañana y yo tuve el suficiente sentido del humor para darte una copa. Vámonos, Dunc.

Con movimientos pesados, con las caras descompuestas, irritados, con pasos titubeantes, se adentraron en el pasillo.

—Buenas noches —dijo Charlie.

—¡Buenas noches! —respondió Lorraine con retintín.

Cuando Charlie volvió al salón, Marion no se había movido, pero ahora echaba el otro brazo por el hombro de su hijo. Lincoln seguía meciendo a Honoria de acá para allá, como un péndulo.

—¡Qué poca vergüenza! —estalló Charlie—. ¡No hay derecho!

Ni Marion ni Lincoln le respondieron. Charlie se dejó caer en el sillón, cogió el vaso, volvió a dejarlo y dijo:

—Gente a la que no veo desde hace dos años y tiene la increíble desfachatez de…

Se interrumpió. Marion había dejado escapar un «Ya», una especie de suspiro sofocado, rabioso; le había dado de repente la espalda y había salido del salón.

Lincoln dejó a Honoria en el suelo con cuidado.

—Niños, id a comer. Empezad a tomaros la sopa —dijo, y, cuando los niños obedecieron, se dirigió a Charlie—: Marion no está bien y no soporta los sobresaltos. Esa clase de gente la hace sentirse físicamente mal.

—Yo no les he dicho que vinieran. Alguien les habrá dado vuestro nombre y dirección. Deliberadamente han…

—Bueno, es una pena. Esto no facilita las cosas. Perdóname un momento.

Solo, Charlie permaneció en su sillón, tenso. Oía comer a los niños en el cuarto de al lado: hablaban con monosílabos y ya habrían olvidado la escena de los mayores. Oyó el murmullo de una conversación en otro cuarto, más lejos, y el ruido de un teléfono al ser descolgado, y, aterrorizado, se cambió a otra silla para no oír nada más.

Lincoln volvió casi inmediatamente.

—Charlie, creo que dejaremos la cena para otra noche. Marion no se encuentra bien.

—¿Se ha disgustado conmigo?

—Más o menos —dijo Lincoln, casi con malos modos—. No es fuerte y…

—¿Quieres decir que ha cambiado de opinión sobre Honoria?

—Ahora está muy afectada. No sé. Llámame al banco mañana.

—Me gustaría que le explicaras que en ningún momento se me ha pasado por la cabeza traer aquí a esa gente. Estoy tan ofendido como tú.

—Ahora no le puedo explicar nada.

Charlie dejó la silla. Cogió su abrigo y su sombrero y atravesó el pasillo. Abrió la puerta del comedor y dijo con una voz rara:

—Buenas noches, niños.

Honoria se levantó y corrió a abrazarlo.

—Buenas noches, corazón —dijo, ensimismado, y luego, intentando poner más ternura en la voz, intentando arreglar algo, añadió—: Buenas noches, queridos niños.

V

Charlie se dirigió directamente al bar del Ritz con la idea furibunda de encontrarse con Lorraine y Duncan, pero no estaban allí, y cayó en la cuenta de que, en cualquier caso, nada podía hacer. No había tocado el vaso de whisky en casa de los Peters, y ahora pidió un whisky con soda. Paul se acercó para saludarlo.

—Todo ha cambiado mucho —dijo con tristeza—. Ahora el negocio no es ni la mitad de lo que era. Me han dicho que muchos de los que volvieron a América lo perdieron todo, si no en el primer hundimiento de la Bolsa, en el segundo. He oído que su amigo George Hardt perdió hasta el último céntimo. ¿Usted ha vuelto a América?

—No, trabajo en Praga.

—Me han dicho que perdió una fortuna cuando se hundió la Bolsa.

—Sí —asintió con amargura—, pero también perdí todo lo que quise cuando subió.

—¿Vendiendo a la baja?

—Más o menos.

El recuerdo de aquellos días volvía a apoderarse de Charlie como una pesadilla: la gente que había conocido en sus viajes, y la gente que era incapaz de hacer una suma o de pronunciar una frase coherente. El hombrecillo con quien Helen había aceptado bailar en la fiesta del barco, y que luego la insultó a tres metros de su mesa; las mujeres y las chicas que habían sido sacadas a rastras de los establecimientos públicos, gritando, borrachas o drogadas…

Hombres que dejaban a sus mujeres en la calle, cerrándoles la puerta, en la nieve, porque la nieve de 1929 no era real. Si no querías que fuera nieve, bastaba con pagar lo necesario.

Fue al teléfono y llamó al apartamento de los Peters; Lincoln descolgó.

—Te llamo porque no me puedo quitar el asunto de la cabeza. ¿Ha dicho Marion algo?

—Marion está enferma —respondió Lincoln, cortante—. Ya sé que tú no tienes toda la culpa, pero no puedo permitir que esto la destroce. Me temo que tendremos que aplazarlo seis meses; no puedo arriesgarme a que pase otro mal rato como el de hoy.

—Ya.

—Lo siento, Charlie.

Volvió a su mesa. El vaso de whisky estaba vacío, pero negó con la cabeza cuando Alix lo miró, interrogante. Ya no le quedaba mucho por hacer, salvo mandarle a Honoria algunos regalos; al día siguiente se los mandaría. Más bien irritado, pensó que sólo era dinero: le había dado dinero a tanta gente…

—No, se acabó —dijo a otro camarero—. ¿Cuánto es?

Algún día volvería; no podían condenarlo a estar pagando sus deudas eternamente. Pero quería a su hija, y al margen de eso ninguna otra cosa le importaba. No volvería a ser joven, lleno de las mejores ideas y los mejores sueños, sólo suyos. Estaba absolutamente seguro de que Helen no hubiera querido que estuviese tan solo.

Traducción de Justo Navarro

El otoño del delta

Pronto entrarían en el delta. La sensación le era familiar; una sensación renovada cada última semana de noviembre por espacio de más de cincuenta años: la última colina, a cuyo pie empezaba la rica e intocada llanura de aluvión como empezaba el mar en la base de sus acantilados, se diluía bajo la despaciosa lluvia de noviembre tal como el propio mar se hubiera diluido. Al principio habían viajado en carros: las armas, los enseres de cama, los perros, los víveres, el whisky, la expectación de la caza; los jóvenes, que eran capaces de conducir durante toda la noche y todo el día siguiente bajo la lluvia fría, y armar el campamento en medio de la lluvia y dormir en las mantas húmedas y levantarse con el alba a la mañana siguiente para cazar. Había habido osos entonces, y se disparaba a una gama o a un cervato tan presto como a un ciervo, y en las tardes se tiraba contra los pavos salvajes con pistola para probar la pericia en la caza al acecho y la buena puntería, y se daba a los perros todo salvo las pechugas. Pero aquéllos eran tiempos ya pasados y ahora viajaban en coches, y conducían más rápido cada año, pues las carreteras eran mejores y debían ir más lejos, ya que los territorios en los que aún existía la caza se alejaban más y más año tras año, tal como la vida de él se iba acortando año tras año, hasta que a la sazón había llegado a ser el último de los que un día hicieron el viaje en carro, sin acusar cansancio, y ahora quienes le acompañaban eran los hijos y hasta los nietos de aquellos hombres que habían manejado los carros durante veinticuatro horas bajo la lluvia y el aguanieve, tras las mulas rezumantes de vapor, y ahora le llamaban tío Ike, y él ya no decía nunca a nadie cuán cerca en verdad estaba de los setenta, pues sabía tan bien como ellos que ya nada tenía que hacer en tales expediciones, ni siquiera viajando en automóvil. Ahora, de hecho, en la primera noche de acampada, mientras yacía insomne y dolorido, entre las mantas ásperas, con la sangre sólo ligeramente caldeada por el único y suave whisky con agua que se permitía, solía decirse año tras año que aquella vez habría de ser la última. Pero acababa soportando el eventual último viaje (seguía disparando casi tan bien como solía; seguía cobrando casi tantas de las piezas que veía como antaño; ya no podía recordar cuántos ciervos habían caído ante su escopeta), y el violento y largo calor del verano siguiente lo hacía revivir en cierto modo. Así, llegaba de nuevo noviembre y volvía a encontrarse en el coche con dos de los hijos de sus viejos camaradas, a quienes había enseñado no sólo a distinguir entre las huellas de un ciervo y de una gama, sino también los ruidos que hacían ambos al moverse, y miraba hacia delante, más allá del arco brusco del limpiaparabrisas, y veía cómo la tierra se allanaba repentinamente, diluyéndose bajo la lluvia como se diluiría el propio mar, y decía: «Bien, muchachos, henos aquí otra

vez».

En esta ocasión, sin embargo, no tuvo tiempo de hablar. El conductor detuvo el automóvil sin previo aviso, haciéndolo patinar sobre el resbaladizo pavimento, y el viejo McCaslin, que había estado mirando hacia la carretera desierta, dirigió una mirada penetrante, más allá del hombre que había en medio de ellos, al rostro del conductor, el rostro más joven de todos ellos: tétricamente aquilino, bello y saturnino y cruel, miraba fijamente hacia delante con ojos sombríos a través de los humeantes limpiaparabrisas gemelos que chasqueaban una y otra vez.

—No tenía intención de venir aquí esta vez —dijo.

Su nombre era Boyd. Tenía poco más de cuarenta años. El coche era suyo, lo mismo que dos de los tres perros Walker que viajaban a su espalda, en la plataforma descubierta, al igual que poseía, o gobernaba al menos a su antojo, cualquier cosa —animal, máquina, ser humano— que por una razón u otra estuviera utilizando.

—Dijiste eso la semana pasada en Jefferson —dijo McCaslin—. Luego cambiaste de opinión. ¿Has vuelto a cambiar ahora?

—Oh, Don también viene —dijo el tercer hombre. Su nombre era Legate. Parecía no dirigirse a nadie—. Si recorriera toda esta distancia sólo por un ciervo… Pero aquí tiene una gama. Sobre dos piernas…, cuando está de pie. De piel muy clara, además. La misma que perseguía aquellas noches, el otoño pasado, cuando decía que iba a cazar mapaches. La misma, imagino, que seguía persiguiendo cuando en enero pasado se fue de caza un mes. —Rió entre dientes, con la misma voz no dirigida a nadie, no enteramente burlona.

—¿Qué? —dijo McCaslin—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Vamos, tío Ike —dijo Legate—, se trata de algo en lo que un hombre de su edad se supone dejó de interesarse hace veinte años.

Pero McCaslin ni siquiera había dirigido la mirada a Legate; seguía mirando la cara de Boyd, con los ojos empañados de los viejos tras las gafas, unos ojos todavía bastante penetrantes, que podían ver aún el cañón de la escopeta y lo que corría ante él tan bien como cualquiera de ellos. Entonces recordó: el año anterior, durante la etapa final en motora en dirección al lugar donde acamparían, perdieron una caja de alimentos que cayó al agua por la borda; Boyd, el segundo día de campamento, había ido a la población más cercana en busca de provisiones, y a su vuelta, tras pernoctar en ella, algo había cambiado en él: se internaba con su escopeta en los bosques cada amanecer, como los otros, pero McCaslin, al observarle, supo que no estaba cazando.

—Está bien —dijo—. Llévanos a Will y a mí al refugio; allí esperaremos al camión y tú podrás volverte.

—Me quedo yo también —dijo Boyd con aspereza—. También yo conseguiré mi pieza. Porque esta vez será la última.

—¿Te refieres al final de la caza del ciervo, o al de la caza de la gama? —dijo

Legate.

Pero esta vez McCaslin ni siquiera prestó atención a sus palabras; siguió mirando el rostro fiero e inmóvil de Boyd.

—¿Por qué? —dijo.

—¿No terminará Hitler con todo ello? O Yokohama o Pelley o Smith o Jones o comoquiera que vaya a llamarse en este país.

—En este país lo detendremos —dijo Legate—. Aunque se llame George Washington.

—¿Y cómo? —dijo Boyd—. ¿Cantando el *Dios bendiga a América* a medianoche en los bares y llevando en la solapa banderitas de tienda barata?

—Así que es eso lo que te preocupa… —dijo McCaslin—. No he notado todavía que este país se haya encontrado falto de defensores cuando los ha necesitado. Tú mismo pusiste tu grano de arena hace veinte años, y muy bien, por cierto, si es que significan algo las medallas que trajiste a casa. Este país es una pizca mayor y más fuerte que cualquier hombre o grupo de hombres, tanto de fuera como de dentro. Creo que podrá entendérselas con un empapelador austríaco, se llame como se llame. Mi padre y algunos hombres más, mejores que cualquiera de los que has nombrado, trataron una vez de dividirlo en dos con una guerra, y fracasaron.

—¿Y qué te ha quedado? —dijo Boyd—. La mitad de la gente sin empleo y la mitad de las fábricas cerradas por las huelgas. Demasiado algodón y maíz y demasiados cerdos, pero sin que haya lo suficiente para que la gente se vista y coma. Demasiada falta de mantequilla e incluso de armas…

—Tenemos un campamento para cazar ciervos. Si es que alguna vez llegamos… —dijo Legate—. Y eso sin mencionar a las gamas.

—Es un buen momento para mencionar a las gamas —dijo McCaslin—. A las gamas y a los cervatos. La única lucha que en cualquier lugar o tiempo haya merecido algún tipo de bendición divina ha sido la emprendida por el hombre para proteger a gamas y cervatos. Si ha de llegar la hora de luchar, es algo que conviene mencionar y recordar.

—¿No has descubierto en sesenta años que las mujeres y los niños son algo de lo que nunca hay escasez? —dijo Boyd.

—Tal vez sea ésa la razón por la cual lo único que me preocupa ahora es que nos queden todavía dieciséis kilómetros de río por delante antes de que podamos acampar —dijo McCaslin—. Así que continuemos.

Siguieron adelante. Pronto avanzaban de nuevo a gran velocidad, una velocidad, habitual en Boyd, acerca de la cual no había pedido opinión a ninguno de ellos, lo mismo que no les había advertido antes, cuando detuvo el coche bruscamente. McCaslin se relajó de nuevo, y se puso a mirar, como había hecho noviembre tras noviembre durante más de cincuenta años, la tierra que había visto cambiar. Al

principio habían sido sólo las viejas poblaciones diseminadas a lo largo del río y las viejas poblaciones diseminadas en la ladera de las colinas, desde las cuales los plantadores, con sus cuadrillas de esclavos primero y de jornaleros después, habían arrebatado a la selva impenetrables terrenos de acuáticos cañaverales y cipreses, gomeros y acebos y robles y fresnos, retazos de algodonales que con el tiempo se convirtieron en campos y luego en plantaciones, al igual que las sendas de los osos y los ciervos se convirtieron en carreteras y luego en autopistas, a cuyos flancos brotaron a su vez ciudades, como a lo largo de las orillas de los ríos Tallahatchie y Sunflower, que se unían y daban lugar al Yazoo, el Río de los Muertos de los choctaws, los cursos negros, espesos, lentos, intocados por el sol, casi sin corriente, que una vez al año dejaban de hecho de fluir y reculaban, expandiéndose, anegando la rica tierra, para descender de nuevo y retirarse, dejándola aún más rica. Aquellas cosas, en su mayoría, pertenecían al pasado. Ahora un hombre tenía que conducir trescientos kilómetros desde Jefferson antes de encontrar espacios vírgenes donde poder cazar; la tierra se extendía abierta desde las apaciguadoras colinas del este hasta las murallas de los diques del oeste, cubierta de algodón alto como un hombre a caballo y destinado a los telares del mundo, tierra negra y rica, vasta e inmensurable, fecunda hasta los umbrales mismos de las cabañas de los negros que las trabajaban y las mansiones de los blancos que las poseían, que esquilmaba la vida cazadora de un perro en un año, la vida de labor de un mulo en cinco y la de un hombre en veinte, tierra en la cual el neón de las innumerables y pequeñas poblaciones pasaba vertiginosamente a un costado y el ininterrumpido tráfico de los automóviles modelo-de-este-año discurría a gran velocidad por las anchas e impecablemente rectas autopistas, tierra en la cual, sin embargo, la sola y permanente señal de ocupación por el hombre parecían ser las enormes desmotadoras, construidas sin embargo en una semana y en cobertizos de chapa de hierro, ya que nadie, por millonario que fuera, levantaría allí para vivir más que un techado y unas paredes, con equipo de acampada en su interior, porque sabía que más o menos una vez cada diez años su casa se inundaría hasta el segundo piso, y todo lo que hubiera en ella quedaría destruido; tierra en la que no se oía ya el rugido de la pantera, sino el largo silbido de las locomotoras: trenes increíblemente largos tirados por una sola máquina, pues no había en el terreno pendientes ni otras elevaciones que las levantadas por olvidadas manos aborígenes como refugio contra las crecidas anuales, y utilizadas luego por sus sucesores indios como sepulcro de los huesos de sus padres; y todo lo que quedaba de aquel antiguo tiempo eran los nombres indios de las pequeñas poblaciones, con frecuencia relacionados con el agua: Aluschaskuna, Tillatoba, Homachitto, Yazoo.

Para primeras horas de la tarde estaban sobre el río. En el último pueblecito con nombre indio, donde acababa el camino pavimentado, habían aguardado la llegada del otro coche y de los dos camiones, uno con los enseres de cama y las tiendas, el

otro con los caballos. Luego dejaron atrás el hormigón y, alrededor de un kilómetro después, también la grava, y avanzaron trabajosamente en caravana a través de la incesante disolución de la tarde, sobre las ruedas con cadenas, dando bandazos y chapoteando en los charcos, hasta que al poco tuvo la sensación de que el movimiento retrógrado de su memoria había cobrado una velocidad inversa a su lento avance, y que aquella tierra no se hallaba ya a unos minutos del último tramo de grava, sino años, décadas atrás, y que retrocedía más y más hacia la que había sido cuando la conoció por vez primera: el camino que seguían volvía a ser una vez más la antigua senda de osos y ciervos, los menguantes campos que iban dejando atrás volvían a ser una vez más arrancados tramo a tramo y con dolor a la meditabunda e inmemorial maraña mediante hacha y sierra y arado tirado por mulas, en lugar de los despiadados paralelogramos de más de un kilómetro de anchura obra de la maquinaria para las acequias y sus presas.

Dejaron los coches y los camiones en el embarcadero; los caballos seguirían por tierra río abajo, hasta llegar a la orilla opuesta al lugar del campamento, donde cruzarían el río a nado, y los hombres y los enseres de cama y los víveres y las tiendas y los perros ocuparían la motora. Luego, con su vieja escopeta de percusión de dos cañones —que tenía más de la mitad de los años que él tenía— entre las rodillas, contempló también las últimas e insignificantes huellas del hombre —cabañas, calveros, campos pequeños e irregulares que hacía un año habían sido selva y en los que los tallos desnudos del algodón se alzaban casi tan exuberantes y altos como las cañas que los precedieron, como si el hombre, para conquistar la tierra salvaje, hubiera tenido que maridar con ella sus formas de cultivo—, que se fueron alejando y desapareciendo, hasta que al fin discurrió la tierra salvaje a ambas orillas, como él la recordaba: las marañas de zarzales y cañaverales, herméticas incluso a seis metros, el alto y formidable vuelo de los robles y gomeros y fresnos y nogales americanos que jamás resonaron bajo hacha alguna salvo la del cazador, que jamás devolvieron eco a máquina alguna salvo al latido de los viejos barcos de vapor que atravesaban aquella tierra, o a los gruñidos de las motoras de quienes —como ellos— se adentraban para habitar en ella una o dos semanas precisamente porque seguía siendo una tierra salvaje. Aún quedaban algunas espesuras vírgenes, pero para encontrarlas, había que recorrer trescientos kilómetros desde Jefferson, mientras que en un tiempo habían sido sólo cincuenta. Él la había visto no tanto siendo conquistada o destruida cuanto retirándose, ya que su designio se había ya cumplido y su tiempo era un tiempo anticuado, retirándose hacia el sur a través de aquel territorio de forma peculiar, entre las colinas y el río, hasta que lo que había quedado de ella parecía ahora concentrado y momentáneamente detenido en una tremenda densidad de meditabunda e inescrutable impenetrabilidad en la extremidad última del cono.

Llegaron al lugar donde habían montado el campamento el año anterior cuando

aún faltaban dos horas para la puesta de sol.

—Usted vaya bajo ese árbol, el más seco, y siéntese —le dijo Legate—. Haremos esto los jóvenes y yo.

Pero él no le hizo caso. Se puso a dirigir, en impermeable, la descarga de la motora, las tiendas, el hornillo, los enseres de cama, la comida que habrían de consumir ellos y los perros hasta que hubiera carne en el campamento. Mandó a dos negros a cortar leña; había hecho ya levantar la tienda del cocinero y asentar el hornillo y encender una hoguera, y había ya una comida cocinándose; entretanto, seguían clavando las estacas de la tienda grande. Luego, al comienzo del crepúsculo, cruzó en la motora hasta donde esperaban los caballos, que reculaban y resoplaban ante la presencia del agua. Cogió los extremos de las riendas y sin otro peso en la mano y ayudado de su voz condujo a los caballos hasta el agua, y una vez dentro de ella los mantuvo junto a la motora y con sólo la cabeza por encima de la superficie, como si estuvieran suspendidos de sus frágiles y endebles manos, y la motora volvió a cruzar el río y los caballos avanzaron en hilera sobre las aguas poco profundas, trémulos y jadeantes, con los ojos inquietos a la luz del crepúsculo, y al cabo la misma mano sin peso y la voz queda volvieron a aunarse y a ascender salpicando y abriéndose paso orilla arriba.

Al rato la comida estuvo lista. La última luz se había esfumado; sólo quedaba ya de ella un tenue tinte atrapado en alguna parte entre la lluvia y la superficie del agua. Él tenía en la mano el vaso de whisky aguado; ellos comían de pie sobre el suelo de barro, bajo la lona alquitranada. El negro más viejo, Isham, se había hecho ya la cama, el catre de hierro sólido y desvencijado, el colchón con manchas y no demasiado confortable, las ajadas y descoloridas mantas que abrigaban menos cada año. Luego, mientras los otros se acostaban y la cháchara última daba paso a los ronquidos, él acomodó su cuerpo delgado en la vieja y gastada grieta abierta entre el colchón y las mantas, vistiendo sólo su ropa interior de lana, holgada y con bolsas, con las gafas plegadas en el gastado estuche, bajo la almohada, al alcance de la mano, y se quedó boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados. Después abrió los ojos y siguió allí tendido, mirando la panza inmóvil de la lona sobre la que murmuraba la lluvia constante, sobre la que el fulgor de la estufa de chapa agonizaba lentamente y llegaría casi a extinguirse si el negro más joven, acostado sobre tablas delante de ella, no cumpliera su cometido de incorporarse y alimentarla de nuevo y volver a echarse.

Habían tenido una casa en un tiempo. Hacía veinte y treinta y cuarenta años, cuando la gran ciénaga estaba a sólo cincuenta kilómetros de Jefferson y el viejo mayor de Spain —que había sido el comandante del regimiento de caballería de su padre en el 61 y el 62 y el 63 y el 64, y que le había llevado a los bosques por primera vez— poseía ocho o diez partes del total de su extensión. En aquel tiempo aún vivía

el viejo Sam Fathers, mitad indio chickasaw, nieto de un jefe, y mitad negro, que fue quien le enseñó cómo y cuándo disparar; en un amanecer de noviembre, tal como el que habrían de vivir al día siguiente, le había conducido directamente hasta el gran ciprés, y él había sabido que el ciervo pasaría exactamente por allí, porque algo corría por las venas de Sam Fathers que corría también por las venas del ciervo, y habían permanecido apoyados contra el enorme tronco, el viejo y el chico de doce años, y nada había salvo el alba, y de pronto el ciervo estaba allí, salido de la nada con su color de humo, magnífico en su veloz avance, y Sam Fathers dijo: «Ahora. Dispara rápido y dispara despacio», y la escopeta se alzó sin prisa y hubo un estampido y él fue hasta el ciervo, que yacía intacto y conservando el ademán de su velocidad magnífica, y lo sangró con su propio cuchillo y Sam Fathers empapó sus manos en la sangre caliente y le marcó la cara con ella para siempre mientras él trataba de no temblar, humilde y orgulloso a un tiempo, aunque a sus doce años no había sabido expresarlo con palabras: «Te he matado; mi proceder no debe deshonrar tu vida, que te abandona. Mi conducta, ya para siempre, ha de traducirse en tu muerte». Habían tenido una casa en un tiempo. Aquel techo, las dos semanas que cada otoño habían pasado bajo él, se había convertido en su hogar. Y, pese a que desde aquel tiempo hubieran vivido las dos semanas de otoño bajo tiendas y no siempre en el mismo sitio un año y el siguiente, pese a que en la actualidad sus compañeros fueran los hijos e incluso los nietos de aquellos con quienes vivió en la casa, pese a que la casa misma no existiera ya, la convicción, el sentimiento de hallarse en el hogar se había sencillamente transferido al ámbito interior de aquella lona. Poseía una casa en Jefferson, en la cual tuvo en un tiempo una mujer y unos hijos, perdidos ya, y al cuidado de ella estaba ahora la sobrina de su mujer muerta y su familia, y él se sentía cómodo en ella, pues sus deseos y necesidades eran atendidos por una sangre emparentada al menos con la sangre elegida por él de entre la tierra entera para amar. Pero el tiempo que pasaba en ella era a la espera de noviembre, pues aquella tienda de suelo embarrado y cama sin demasiada blandura ni abrigo era su hogar, y aquellos hombres —a algunos de ellos no los veía sino aquellas dos semanas— eran más su familia que ningún otro pariente. Porque aquélla era su tierra…

Se alzó la sombra del negro más joven, que hizo desaparecer del techo de la tienda el fulgor mortecino de la estufa; los leños cayeron pesadamente en ella, y al cabo el fulgor saltó a lo alto y brilló en torno a la lona. Pero la sombra del negro seguía allí, y transcurrido un momento McCaslin se incorporó sobre un codo y vio que no era el negro, sino Boyd; el viejo habló y, al volverse el otro, vio a la luz roja de la lumbre su perfil sombrío y cruel.

—Nada —dijo Boyd—. Vuelve a dormirte.

—Desde que lo mencionó Will Legate —dijo McCaslin—, he recordado que el pasado otoño también te era difícil dormir aquí. Sólo que entonces lo llamabas salir a

cazar mapaches. ¿O era Will Legate quien lo llamaba así?

Boyd no respondió. Se volvió y se metió en su cama de nuevo. McCaslin, incorporado sobre el codo, siguió mirándole hasta que la sombra se hundió y dejó de verse sobre la lona.

—Así está bien —dijo—. Intenta dormir un poco. Mañana tenemos que tener carne en el campamento. Luego podrás quedarte en vela cuanto quieras.

Volvió a echarse, volvió a cruzar las manos sobre el pecho y a mirar el fulgor de la estufa; la lumbre, viva y uniforme otra vez, había aceptado, asimilado la leña fresca; pronto volvería a hacerse mortecina, llevándose consigo el último eco de la súbita llamarada de pasión y desasosiego de un hombre joven. Que siga despierto un rato en la cama, pensó. Algún día yacerá inmóvil durante largo tiempo sin que siquiera lo perturbe la insatisfacción. Y el estar echado y despierto, en el paraje aquel, tendría la virtud de apaciguarlo, si es que existía algo que pudiera hacerlo, si es que existía algo capaz de apaciguar a un hombre que sólo tiene cuarenta años. La tienda, el globo de lona golpeado tenuemente por la lluvia, estaba lleno de aquello una vez más. Siguió echado boca arriba, con los ojos cerrados, respirando quieta y apaciblemente como un niño, atento a aquello: aquel silencio que no era nunca silencio sino miríada. Podía casi verlo: tremendo, prístino, tomando cuerpo y cerniéndose meditativamente sobre aquella insignificante y evanescente masa confusa de humana permanencia, de humana estancia que habría de desvanecerse en una breve y única semana, y que al cabo de una semana más quedaría definitivamente atrás, sin dejar huella alguna en la soledad intocada. Porque era su tierra, aunque jamás había poseído de ella un solo centímetro. Nunca había deseado poseerla, ni aun después de ver su destino último, de empezar a contemplar cómo se iba retirando año tras año ante el asalto violento de hacha y sierra y trenes madereros, y más tarde de dinamita y de arados tirados por tractores, porque aquella tierra no podía tener dueño. Pertenecía a todos; sólo había que usarla bien, con humildad y orgullo. Entonces, súbitamente, supo por qué jamás había deseado poseer ni un solo centímetro de ella, por qué no había deseado siquiera detener aquello que la gente llama progreso. Porque, con lo que tuvo de ella, bastaba. Le pareció verse a sí mismo y a la tierra salvaje como coetáneos; le pareció que su propia etapa como cazador, como hombre de los bosques, no fue contemporánea a su primer aliento sino que le había sido transmitida —y asumida por él con alegría y humildad y júbilo y orgullo— por aquel viejo mayor de Spain y aquel Sam Fathers que le enseñaron a cazar; y que las dos etapas se alejaban juntas, no hacia el olvido, hacia la nada, sino hacia un ámbito libre de tiempo y de espacio en donde la tierra sin árboles, deformada y retorcida hasta formar casillas matemáticas de algodón exuberante para que las gentes frenéticas de otros tiempos lo convirtieran en proyectiles con que dispararse mutuamente, volvería a hallar holgado espacio para ambas —las sombras de los altos árboles no tocados

por el hacha y los cañaverales ciegos—, donde los animales salvajes y fuertes e inmortales corrían ya para siempre seguidos de infatigables y atronadoras e inmortales jaurías, abatiéndose y alzándose cual fénix ante silenciosas escopetas.

Luego vio que ya había dormido. La lámpara estaba encendida, la tienda estaba llena del movimiento de los hombres, que se levantaban del lecho y se vestían, y fuera, en la oscuridad, el negro más viejo, Isham, golpeaba con una cuchara la base de una cazuela de hojalata y gritaba:

—Levántense a tomar el café de las cuatro. Levántense a tomar el café de las cuatro.

También oyó a Legate:

—Salid fuera y dejad dormir a tío Ike. Si le despertáis, querrá venir a apostarse con nosotros. Y él no tiene nada que hacer en el bosque esta mañana.

Así que no se movió. Los oyó abandonar la tienda; escuchó los ruidos del desayuno que llegaban de la mesa dispuesta bajo la lona. Luego los oyó partir: los caballos, los perros, las últimas voces en la lejanía. Al cabo de un rato tal vez llegaría incluso a oír, a través de los bosques húmedos y desde donde el ciervo hubiere hallado abrigo nocturno, la primera resonancia, débil y clara, del primer grupo de perros, y luego se echaría a dormir de nuevo. Entonces, sin embargo, el faldón de entrada de la tienda se alzó hacia el interior y volvió a caer y algo chocó contra el pie del catre y una mano le agarró la rodilla a través de la manta y lo sacudió antes de que tuviera ocasión de abrir los ojos. Era Boyd; llevaba la escopeta en lugar del rifle. Y habló con voz rápida y áspera:

—Siento tener que despertarte. Va a…

—Estaba despierto —dijo McCaslin—. ¿Utilizarás esa arma hoy?

—Lo único que me dijiste la noche pasada fue que necesitabas carne —dijo Boyd —. Va a…

—¿Desde cuándo tienes problemas para conseguir carne con tu rifle?

—Está bien —dijo el otro con aquella áspera, contenida, furiosa impaciencia. Entonces McCaslin vio en la otra mano del hombre un objeto oblongo y grueso: un sobre—. Va a venir una mujer esta mañana; quiere verme. Dale este sobre y dile que mi respuesta es no.

—¿Qué? —dijo McCaslin—. ¿Una qué?

Se había medio incorporado sobre el codo cuando el otro, volviéndose ya en dirección a la entrada, le arrojó sobre el regazo el sobre, que golpeó sólido y pesado y sin ruido sobre la manta, y al punto empezó a deslizarse de la cama; McCaslin alcanzó a cogerlo y sintió a través del papel el grueso fajo de billetes.

—Espera —dijo—. Espera.

El otro se detuvo y miró atrás. Se miraron fijamente: el rostro viejo, fatigado, enrojecido por el sueño, sobre el lecho desordenado, y el otro rostro más joven,

oscuro y hermoso, a un tiempo airado y frío.

—Will Legate tenía razón —dijo McCaslin—. Eso era lo que llamabas cazar mapaches. Y ahora esto —añadió, sin levantar el sobre ni señalar en dirección a él en modo alguno—. ¿Qué le prometiste que no tienes el valor de enfrentarte a ella para retractarte?

—Nada —dijo Boyd—. Esto es todo. Dile que he dicho que no.

Y se fue; el faldón de la entrada de la tienda se alzó y dio paso a la fugaz y débil luz y al constante murmullo de la lluvia, y luego volvió a caer mientras McCaslin seguía medio incorporado sobre el codo, con el sobre en la mano temblorosa. Más tarde le parecería que había empezado a oír aproximarse la embarcación casi inmediatamente, antes incluso de que Boyd hubiera tenido tiempo para desaparecer. Le pareció que no había transcurrido tiempo alguno: el gruñido creciente del motor, cada vez más fuerte, cada vez más cerca, hasta que cesó repentinamente, se diluyó en el chapoteo y el salpicar del agua bajo la proa a medida que la embarcación se deslizaba hacia la orilla; el negro más joven, un muchacho, levantando el faldón de entrada de la tienda, más allá de la cual, durante un instante, McCaslin vio la embarcación, un pequeño esquife con un negro en la popa, al lado del motor, que sobresalía oblicuamente de la borda; y luego la mujer, entrando, con un sombrero de hombre y un impermeable de hombre y botas de goma, llevando un bulto de mantas y de lona y con un algo más, algo intangible, un efluvio que él sabía reconocería al instante, porque ahora sabía que Isham se lo había dicho ya, se lo había advertido al enviar a la tienda al negro joven en lugar de ir él mismo —una cara joven y unos ojos oscuros, un semblante extrañamente descolorido aunque no enfermizo, no el de una mujer del campo pese a las ropas que vestía—, le miraba, mientras él, ahora sentado sobre el catre, erguido, seguía asiendo el sobre, con la ropa interior manchada y haciendo bolsas, y las mantas revueltas y amontonadas en torno a sus caderas.

—¿Es suyo? —dijo él—. ¡No me mientas!

—Sí —dijo ella—. Él se ha ido.

—Se ha ido —dijo él—. Aquí no podrás encontrarlo. Dejó esto para ti. Me dijo que te dijera que no.

Le tendió el sobre. Estaba cerrado; no llevaba nada escrito. Sin embargo, él vio cómo ella lo cogía con una mano y lo rasgaba y dejaba caer el pulcro fajo de billetes atados sobre las mantas, sin mirarlo siquiera, y luego miraba en el interior vacío del sobre y finalmente lo arrugaba entre sus dedos y lo tiraba al suelo.

—Sólo dinero —dijo.

—¿Qué esperabas? —dijo él—. ¿Lo has conocido el tiempo suficiente o al menos con la frecuencia suficiente como para haber tenido el niño y, sin embargo, no lo has llegado a conocer hasta ese punto?

—No muy a menudo —dijo ella—. No desde hace mucho. Sólo aquella semana

del otoño pasado, aquí, y luego, en enero, envió por mí y nos fuimos al oeste, a Nuevo México, y vivimos allí seis semanas, y cociné para él y cuidé de sus ropas…

—Pero nada de matrimonio —dijo él—. Él no te prometió nada de eso. No me mientas. No tenía por qué hacerlo.

—No tenía por qué hacerlo —dijo ella—. Yo sabía lo que estaba haciendo. Lo sabía desde el principio, antes de que nos pusiéramos de acuerdo. Luego volvimos a estar de acuerdo, antes de que él dejara Nuevo México, en que aquello sería todo. Yo le creí. Debería haberle creído. No veo cómo podía haber hecho otra cosa que creerle. Le escribí el mes pasado para asegurarme, y la carta me fue devuelta sin abrir y ya no tuve ninguna duda. Así que ni yo sabía que iba a volver aquí hasta la semana pasada. Ayer, mientras esperaba allá, a un lado de la carretera, el coche pasó y él me vio y ya no tuve ninguna duda.

—Entonces ¿qué es lo que quieres? —dijo él—. ¿Qué es lo que quieres?

—Sí —dijo ella.

Él la miró airadamente, tenía el pelo blanco desordenado por la almohada, y los ojos, incapaces de enfocar por la falta de las gafas, borrosos, sin iris y en apariencia sin pupilas.

—Te encontró una tarde en una calle sólo porque aconteció que una caja de provisiones se había caído de la barca. Y un mes después te fuiste a vivir con él, y de todo ello tuviste un niño. Entonces él se quitó el sombrero y dijo adiós y desapareció. ¿No tienes ningún pariente?

—Sí. Mi tía, en Vicksburg. Me fui a vivir con ella hace dos años, cuando murió mi padre. Hasta entonces habíamos vivido en Indianápolis. Pero mi tía tenía familia y se puso a trabajar de lavandera, y yo empecé a dar clases en una escuela de Aluschaskuna…

—¿Se puso a qué? —dijo él—. ¿Se puso a lavar? —Dio un brusco respingo, se echó hacia atrás sobre un brazo, con el pelo desordenado, mirando airadamente. Ahora entendía lo que la mujer había traído también consigo, lo que el viejo Isham ya le había dicho, los labios y piel pálidos y sin color, aunque no enfermizos, los ojos trágicos y clarividentes. «*Quizá dentro de mil o dos mil años se haya mezclado en América y ya lo hayamos olvidado*, pensó. *Pero que Dios se apiade de éstos*.» Gritó, no en voz muy alta, en tono de asombro, compasión y agravio—: ¡Eres una negra!

—Sí —dijo ella.

—¿Y qué esperabas viniendo aquí?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué viniste? Has dicho que estabas esperando ayer en Aluschaskuna y que él te vio.

—Vuelvo al norte —dijo ella—. Mi primo me trajo en su barca anteayer desde Vicksburg. Va a llevarme hasta Leland, y allí cogeré el tren.

—Pues vete —dijo él. Y gritó de nuevo con aquella voz fina, no demasiado elevada—: ¡Fuera de aquí; no puedo hacer nada por ti! ¡Nadie puede hacer nada por ti!

Ella se movió, se dirigió hacia la entrada de la tienda.

—Espera —dijo él.

Ella se detuvo, se volvió. Él cogió el fajo de billetes y lo deslizó hasta el pie del catre y volvió a meter la mano debajo de las mantas.

—Ahí tienes.

—No lo necesito —dijo ella—. Me dio dinero el invierno pasado. Por lo que pudiera pasar. Lo dejamos todo arreglado cuando quedamos de acuerdo en que aquello sería todo.

—Cógelo —dijo él. Su voz empezó de nuevo a alzarse, pero volvió a bajar el tono —: Llévatelo de mi tienda.

Ella fue hasta el catre y cogió el dinero.

—Muy bien —dijo él—. Vuelve al norte. Cásate con un hombre de tu propia raza. Es tu única salvación. Cásate con un negro. Eres joven, hermosa, casi blanca, encontrarás un hombre negro que verá en ti lo que tú viste en él, sea lo que fuere; un hombre que nada te pedirá, que esperará poco de ti y que obtendrá aún mucho menos si es desquite lo que buscas. Y luego, dentro de un año, habrás olvidado todo esto, olvidarás incluso que ha sucedido, que él ha existido.

Calló; durante un instante estuvo casi a punto de dar otro respingo, pues le pareció que la mujer, sin moverse en absoluto, le estaba fulminando con sus ojos silenciosos. Pero no era así; ni siquiera se había movido; le miraba en silencio desde debajo del ala de su empapado sombrero.

—Anciano —dijo—, ¿has vivido ya tanto que has llegado a olvidar todo lo que supiste o sentiste o hasta oíste acerca del amor?

Y al poco se había ido; el fugaz destello de luz y la callada lluvia constante penetraron en la tienda, y el faldón de la entrada volvió a caer. De nuevo echado, tembloroso y jadeante, con las mantas apretadas contra la barbilla y las manos cruzadas sobre el pecho, oyó el chapoteo y el gruñido, el gemido creciente y luego decreciente del motor, hasta que se hubo perdido y de nuevo la tienda contuvo sólo el silencio y el sonido de la lluvia. Y el frío; sigue echado, tiritando ligera e ininterrumpidamente, rígido pese al temblor.

El delta, pensó. El delta. *Esta tierra, que el hombre ha librado de pantanos y ha despojado y ha hecho mudar en dos generaciones, de forma que el hombre blanco puede poseer plantaciones y viajar cada noche a Memphis, que el hombre negro puede poseer plantaciones e incluso pueblos y mantener hogares urbanos en Chicago, una tierra en la que los blancos arriendan granjas y viven como negros y los negros trabajan como aparceros y viven como animales, donde el algodón se*

planta y alcanza la altura de un hombre hasta en las grietas de las aceras, donde la usura y la hipoteca y la bancarrota y la riqueza desmedida, tanto china como africana o aria o judía, crecen y se multiplican juntas hasta el punto de que nadie puede al fin distinguir unas de otras, ni le importa… No es extraño que los bosques devastados que conocí en un tiempo no griten en demanda de justicia, pensó. Su venganza la llevará a cabo la misma gente que los ha destruido.

El faldón de la entrada de la tienda se alzó bruscamente y volvió a caer. Él no se movió salvo para volver la cabeza y abrir los ojos. Legate, encorvado sobre la cama de Boyd, buscaba desordenada y precipitadamente en ella.

—¿Qué pasa? —dijo McCaslin.

—Busco el cuchillo de desollar de Don —dijo Legate—. Hemos cazado un ciervo. He venido a llevarme los caballos.

Se incorporó con el cuchillo en la mano y se dirigió hacia la entrada.

—¿Quién lo ha matado? —dijo McCaslin—. ¿Fue Don? —dijo.

—Sí —dijo Legate alzando el faldón de la tienda.

—Espera —dijo McCaslin—. ¿Qué ha sido?

Legate se detuvo un instante en la entrada. No miró hacia atrás.

—Sólo un ciervo, tío Ike —dijo con impaciencia—. Nada extraordinario.

Y se fue; el faldón cayó a su espalda, y volvió a expulsar de la tienda la débil luz, la incesante y doliente lluvia. McCaslin se tendió de nuevo sobre el catre.

—Era una gama —dijo al espacio vacío de la tienda.

Traducción de Jesús Zulaika

Allá en Michigan

Jim Gilmore llegó a Hortons Bay procedente de Canadá y compró la herrería al viejo Horton. Era bajo y moreno, con grandes bigotes y manos grandes. Era bueno poniendo herraduras y no tenía mucho aspecto de herrero ni con el delantal de cuero puesto. Vivía encima de la herrería y comía en casa de D. J. Smith.

Liz Coates trabajaba para los Smith. La señora Smith, una mujer muy corpulenta y de aspecto aseado, decía que Liz era la chica más distinguida que jamás había visto. Liz tenía buenas piernas y siempre llevaba unos delantales a cuadros impecables, y Jim se había fijado en que siempre llevaba el pelo bien arreglado. Le gustaba su cara porque era muy alegre, pero nunca pensaba en ella.

A Liz le gustaba mucho Jim. Le gustaba su forma de andar cuando venía de la tienda, y a menudo salía a la puerta de la cocina para verlo alejarse por la carretera. Le gustaba su bigote. Le gustaba lo blancos que tenía los dientes cuando sonreía. Le gustaba mucho que no tuviera aspecto de herrero. Le gustaba lo mucho que les gustaba al señor y a la señora Smith. Un día descubrió que le gustaba el vello negro que cubría los brazos de Jim y lo pálidos que eran éstos por encima de la marca de bronceado cuando se lavaba en la palangana fuera de la casa. Le parecía extraño que le gustaran esas cosas.

Hortons Bay, el pueblo, sólo contaba con cinco casas en la carretera principal entre Boyne City y Charlevoix. Además de la tienda de comestibles y la oficina de correos, que tenía una fachada alta falsa y tal vez un carro enganchado enfrente, estaba la casa de los Smith, la de los Stroud, la de los Dillworth, la de los Horton y la de los Van Hoosen. Las casas estaban construidas en un olmedo y la carretera estaba cubierta de arena. Un poco más arriba estaba la iglesia metodista y más abajo, en la otra dirección, la escuela municipal. La herrería estaba pintada de rojo y quedaba frente a la escuela.

Una carretera empinada y cubierta de arena descendía la colina hasta la bahía atravesando un bosque maderero. Desde la puerta trasera de la casa de los Smith se alcanzaba a ver más allá de los bosques que descendían hasta el lago, y la bahía al otro lado. Era muy bonito en primavera y verano, la bahía azul brillante, y las pequeñas olas espumosas que solían cubrir la superficie del lago más allá del cabo, creadas por la brisa que llegaba de Charlevoix y del lago Michigan. Desde la puerta trasera de la casa de los Smith Liz veía cómo las barcazas que transportaban minerales flotaban en medio del lago en dirección a Boyne City. Mientras las miraba no parecían moverse, pero si entraba para secar unos platos más y volvía a salir, habían desaparecido al otro lado del cabo.

Últimamente Liz pensaba a todas horas en Jim Gilmore, aunque él no parecía hacerle mucho caso. Hablaba con D. J. Smith de su negocio, del partido republicano y de James G. Blaine. Por las noches leía *The Toledo Blade* y el periódico de Grand Rapids bajo la lámpara de la sala de estar, o iba con D. J. Smith a la bahía a pescar con un arpón y una linterna. En otoño Jim, Smith y Charley Wyman metieron en un carro una tienda de campaña, comida, hachas, sus rifles y dos perros, y fueron a las llanuras de pinos que había más allá de Vanderbilt para cazar ciervos. Liz y la señora Smith se pasaron los cuatro días anteriores cocinando para ellos. Liz quería preparar algo especial para que Jim se lo llevara, pero al final no lo hizo porque no se atrevió a pedir a la señora Smith los huevos y la harina, y temía que si los compraba ella, la señora Smith la sorprendiera cocinando. A la señora Smith le habría parecido bien, pero Liz no se atrevió.

Todo el tiempo que Jim estuvo fuera cazando ciervos, Liz no dejó de pensar en él. Lo pasó fatal en su ausencia. No dormía bien de tanto pensar en él, y al mismo tiempo descubrió que era divertido pensar en él. Si se dejaba llevar por la imaginación era aún mejor. La noche anterior a que volvieran no durmió nada, o mejor dicho, creyó no haber dormido, porque todo se mezclaba en un sueño y no sabía cuándo soñaba que no dormía y cuándo realmente no dormía. Al ver bajar el carro por la carretera se sintió desfallecer. Estaba impaciente por volver a ver a Jim y le parecía que en cuanto él estuviera allí todo iría bien. El carro se detuvo bajo el gran olmo y la señora Smith y Liz salieron a su encuentro. Todos los hombres tenían barba, y en la parte trasera del carro había tres ciervos con sus delgadas patas sobresaliendo rígidas por el borde. La señora Smith besó a D. J. y él la abrazó. Jim dijo «Hola, Liz», y sonrió. Liz no había sabido qué iba a ocurrir cuando Jim volviera, pero estaba segura de que ocurriría algo. No ocurrió nada. Los hombres habían vuelto a casa, eso era todo. Jim tiró de las telas de saco que cubrían los ciervos y Liz los miró. Uno de ellos era un gran macho. Estaba rígido y costó mucho sacarlo del carro.

—¿Lo mataste tú, Jim? —preguntó.

—Sí. ¿No es una maravilla? —Jim se lo cargó a la espalda para llevarlo a la caseta donde ahumaban la carne y el pescado.

Esa noche Charley Wyman se quedó a cenar en casa de los Smith porque era demasiado tarde para volver a Charlevoix. Los hombres se lavaron y esperaron la cena en la sala de estar.

—¿No queda nada en esa garrafa, Jimmy? —preguntó D. J. Smith, y Jim fue al cobertizo donde habían guardado el carro en busca de la garrafa de whisky que se habían llevado a la cacería.

Era una garrafa de quince litros y todavía se agitaba bastante líquido en el fondo. Jim echó un buen trago mientras regresaba a la casa. Costaba levantar una garrafa tan grande para beber de ella, y se derramó algo de whisky por la pechera de la camisa.

Los dos hombres rieron al ver a Jim entrar con la garrafa. D. J. Smith pidió vasos y Liz los trajo. D. J. sirvió tres tragos generosos.

—Vamos, D. J., éste por el que te miraba —dijo Charley Wyman.

—Ese maldito macho enorme, Jimmy —dijo D. J.

—Éste por todos los que dejamos escapar, D. J. —dijo Jim, y se bebió el whisky de un trago.

—Sabe bien a un hombre.

—No hay nada como esto en esta época del año para los achaques.

—¿Qué tal otra, chicos?

—Hecho, D. J.

—De un trago, chicos.

—Éste por el año que viene.

Jim empezaba a sentirse muy a gusto. Le encantaba el sabor del whisky, su textura. Se alegraba de haber vuelto y tener de nuevo una cama cómoda, comida caliente y la herrería. Se bebió otro vaso. Los hombres fueron a cenar muy animados, pero comportándose de forma respetable. Liz se sentó a la mesa después de servir la comida y cenó con la familia. La cena estaba buena y los hombres comieron muy serios. Después de cenar volvieron a la sala de estar mientras Liz recogía la cocina con la señora Smith. Luego la señora Smith fue al piso de arriba y poco después Smith la siguió. Jim y Charley seguían en la sala de estar. Liz estaba sentada en la cocina junto al fogón, fingiendo que leía un libro y pensando en Jim. No quería irse aún a la cama porque sabía que Jim se marcharía pronto y quería verlo salir para poder llevarse esa imagen a la cama.

Pensaba en Jim muy concentrada cuando éste salió de pronto. Tenía los ojos brillantes y el pelo un poco alborotado. Liz bajó la vista hacia su libro. Jim se acercó a ella por detrás y se detuvo, y ella lo oyó respirar hasta que, de pronto, la rodeó con los brazos. Ella notó cómo los pechos se le ponían rígidos y turgentes, y los pezones erectos bajo las manos de Jim. Estaba terriblemente asustada, nunca la había tocado nadie, pero pensó: «Por fin ha venido a mí. Ha venido de verdad».

Se mantuvo rígida porque estaba muy asustada y no sabía qué hacer, y entonces Jim la apretó con fuerza contra la silla y la besó. Fue una sensación tan brusca, intensa y dolorosa que ella creyó no poder soportarla. Sentía a Jim a través del respaldo de la silla y no podía soportarlo, pero de pronto algo dentro de ella cambió, y la sensación se volvió más agradable y más suave. Jim la sujetaba con fuerza contra la silla, pero ahora ella quería.

—Vamos a dar un paseo —susurró Jim.

Liz descolgó su abrigo del perchero de la pared de la cocina y salieron. Jim la rodeaba con el brazo, y cada pocos pasos se paraban y se apretaban el uno contra el otro, y Jim la besaba. No había luna y caminaron por la carretera con la arena

llegándoles hasta los tobillos, pasando entre los árboles en dirección al embarcadero y el almacén que había en la bahía. El agua lamía los pilares y todo estaba oscuro más allá de la bahía. Hacía frío, pero Liz estaba toda acalorada por estar con Jim. Se sentaron al abrigo del almacén y Jim la atrajo hacia sí. Ella estaba asustada. Una mano de Jim se había deslizado por debajo de su vestido y le acariciaba el pecho; la otra la tenía en el regazo. Ella estaba muy asustada y no sabía qué iba a hacerle Jim, pero se acurrucó contra él. Entonces la mano que le había parecido tan grande en el regazo se levantó y se trasladó hasta su muslo, y empezó a deslizarse hacia arriba.

—No, Jim —dijo Liz.

Jim siguió deslizando la mano hacia arriba.

—No debes, Jim. No.

Ni Jim ni su mano grande le hicieron caso.

Los tablones eran duros. Jim le había levantado el vestido y trataba de hacerle algo. Ella estaba asustada, pero quería que él siguiera. Quería, pero tenía miedo.

—No debes hacerlo, Jim. No debes.

—Tengo que hacerlo. Voy a hacerlo. Tenemos que hacerlo y lo sabes.

—No, no debemos, Jim. No tenemos que hacerlo. Esto no está bien. Es tan grande y me duele tanto. Oh, Jim. ¡Oh!

Los tablones de madera de cicuta del embarcadero eran duros, y estaban fríos y astillados, y Jim pesaba mucho encima de ella y le había hecho daño. Estaba tan incómoda y aplastada que lo empujó. Jim se había quedado dormido. No se movía. Ella salió de debajo de él y se sentó, se estiró la falda y el abrigo, y trató de arreglarse el pelo. Jim dormía con la boca ligeramente abierta. Se inclinó sobre él y le besó en la mejilla. Él siguió durmiendo. Le levantó un poco la cabeza y se la sacudió. Él la dejó caer y tragó saliva. Liz se echó a llorar. Se acercó al borde del embarcadero y miró el agua. De la bahía se levantaba niebla. Tenía frío y se sentía desgraciada, todo parecía haberse desvanecido. Regresó al lado de Jim y volvió a zarandearlo para estar segura.

—Jim —dijo llorando—. Por favor, Jim.

Jim se movió y se acurrucó un poco más. Liz se quitó el abrigo y, agachándose, lo tapó con él. Lo arropó con esmero y cuidado. Luego cruzó el embarcadero, subió por la carretera empinada y cubierta de arena, y se fue a la cama. Una fría niebla llegaba de la bahía a través del bosque.

Traducción de Aurora Echevarría

JOHN STEINBECK

Los crisantemos

La niebla alta como franela gris del invierno aislaba el valle Salinas del cielo y del resto del mundo. Se aposentaba como una tapa sobre las montañas de alrededor y convertía el gran valle en un tarro cerrado. El arado mordía hondo la superficie del terreno amplio y llano del fondo y dejaba la tierra negra brillante como el metal allí donde clavaba las rejas. En las fincas del otro lado del río Salinas, al pie de la colina, los campos de rastrojos amarillentos parecían bañados por el sol frío y pálido, pero en diciembre la luz del sol no llegaba al valle. Los espesos grupos de sauces del río ardían con hojas afiladas y amarillas.

Era una época de calma y espera. El aire era frío y tierno. Un viento ligero soplaba desde el suroeste, de manera que los granjeros confiaban vagamente en que no tardaría en llegar la lluvia; pero la niebla y la lluvia nunca van juntas.

Al otro lado del río, en el rancho de Henry Allen había poco trabajo por hacer; se había segado y almacenado el heno y los huertos estaban arados y listos para recibir la lluvia en sus entrañas cuando llegara. Al ganado de las laderas más altas le crecía la lana y se le espesaba el pelaje.

Elisa Allen, que estaba trabajando en su jardín de flores, miró al otro extremo del patio y vio a Henry, su marido, hablando con dos hombres con traje de negocios. Los tres estaban de pie junto al cobertizo del tractor, cada uno con un pie apoyado en el lateral del pequeño Fordson. Fumaban y contemplaban la máquina mientras charlaban.

Elisa los observó un momento y luego volvió a su trabajo. Tenía treinta y cinco años. El rostro enjuto y fuerte y los ojos claros como el agua. Su cuerpo parecía inmovilizado y pesado dentro de la ropa de trabajo, un sombrero negro de hombre encasquetado sobre los ojos, zapatones, un vestido estampado cubierto casi completamente por un gran delantal de pana con cuatro bolsillos enormes para las tijeras, el desplantador y el raspador, las semillas y el cuchillo con los que trabajaba. Usaba unos pesados guantes de cuero para protegerse las manos.

Estaba cortando los tallos de crisantemo viejos con un par de tijeras cortas y fuertes. De vez en cuando miraba a los hombres junto al cobertizo del tractor. La cara de Elisa era entusiasta, madura y guapa; incluso el trabajo con las tijeras rezumaba exceso de entusiasmo y fuerza. Los tallos de crisantemo parecían demasiado pequeños e inofensivos para tanta energía.

Se apartó una nube de pelo de los ojos con el dorso del guante y dejó una mancha de tierra en la mejilla. Detrás de Elisa se erguía la granja blanca y limpia, rodeada de geranios rojos hasta la altura de las ventanas. Era una casita con aspecto de muy

barrida y ventanas con aspecto de muy frotadas, y un felpudo limpio para el barro en los escalones de la entrada.

Elisa lanzó otra mirada al cobertizo del tractor. Los desconocidos estaban metiéndose en su Ford cupé. Se quitó un guante y hundió sus fuertes dedos en el bosque verde de los brotes de crisantemo nuevos que estaban creciendo alrededor de la raíces viejas. Extendió las hojas y rebuscó entre el puñado de brotes apretados. Ni áfidos, ni cochinillas, ni caracoles, ni orugas. Sus dedos de terrier destrozaban tales pestes sin darles tiempo a empezar.

Elisa dio un respingo al oír la voz de su marido. Henry se había acercado en silencio y se inclinaba por encima de la alambrada que protegía el jardín de flores del ganado, los perros y las gallinas.

—Otra vez en marcha —dijo él—. Te viene una nueva cosecha.

Elisa enderezó la espalda y volvió a ponerse el guante de jardinera.

—Sí. Este año vienen fuertes. —Su tono y su rostro traslucían cierta petulancia.

—Tienes un don con las cosas —observó Henry—. Algunos de los crisantemos amarillos de este año hacían veinticinco centímetros. Ojalá trabajaras en el huerto y consiguieras manzanas de ese tamaño.

Elisa agudizó la mirada.

—Pues a lo mejor también podría hacerlo. Tengo un don para las cosas, es verdad. Mi madre también lo tenía. Podía clavar cualquier cosa en el suelo y hacerla crecer. Decía que había que tener manos de sembradora para saber hacerlo.

—Bueno, está claro que con las flores funciona.

—Henry, ¿quiénes eran esos hombres con los que hablabas?

—Vaya, pues claro, es lo que he venido a explicarte. Son de la Western Meat Company. Les he vendido las treinta cabezas de novillos de tres años. Y casi al precio que yo quería, además.

—Bien. Bien por ti.

—Y he pensado —continuó Henry—, he pensado que es sábado por la tarde y quizá podríamos ir a Salinas a cenar en un restaurante y luego al cine… para celebrarlo.

—Bien —repitió ella—. Claro que sí. Estará muy bien.

Henry adoptó su tono de broma.

—Esta noche hay combate. ¿Qué tal ir a verlo?

—Uy, no —dijo ella jadeando—. No, no me gustaría ir al combate.

—Era broma, Elisa. Iremos al cine. Veamos. Ahora son las dos. Voy a por Scotty y bajaremos los novillos de la colina. Nos llevará unas dos horas. Llegaremos al pueblo hacia las cinco y cenaremos en el hotel Cominos. ¿Te apetece?

—Pues claro que me apetece. Está bien cenar fuera de casa.

—Muy bien. Voy a preparar un par de caballos.

—Así tendré tiempo de sobras para trasplantar algunos de estos bulbos, supongo.

Oyó a su marido llamando a Scotty junto al granero. Un poco después vio a los dos hombres cabalgando por la colina amarillo pálido arriba en busca de los novillos.

Había un pequeño cuadrado de arena para que arraigaran los crisantemos. Elisa removió la tierra con el desplantador una y otra vez, la alisó y la aplastó. Luego excavó diez zanjas paralelas para colocar los bulbos. De vuelta en el arriate de los crisantemos, arrancó las raíces crujientes, recortó las hojas de cada una con las tijeras y las apiló ordenadamente en un montoncito.

Se oyó un chirrido de ruedas y el avance de unos cascos por el camino. Elisa levantó la vista. El camino rural discurría a lo largo del denso banco de sauces y álamos de Virginia que bordeaba el río, y por allí se acercaba un curioso vehículo, con un curioso tiro. Era un coche de caballos con una cubierta redonda de lona como la de los carromatos de los primeros colonos. Tiraban de él un viejo caballo castaño y un burrito blanco y gris. Un hombretón con barba de tres días iba sentado entre los faldones de la lona y conducía al renqueante equipo. Bajo la carreta, entre las ruedas traseras, avanzaba con calma un perro mestizo larguirucho. En la lona se distinguía varias palabras pintadas con letras torpes y retorcidas. «Se arreglan ollas, sartenes, cuchillos, tijeras, cortacéspedes.» Dos líneas de artículos y el triunfalmente definitivo «Se arreglan». La pintura negra se había corrido formando goterones debajo de cada letra.

Elisa, en cuclillas en el suelo, esperó a ver pasar de largo el disparatado carromato. Pero no pasó. El vehículo giró hacia la entrada delantera de la granja entre los crujidos y chirridos de las ruedas viejas y encorvadas. El perro larguirucho salió disparado de entre las ruedas y se adelantó. Al instante los dos ovejeros de la casa corrieron a su encuentro. Luego los tres se pararon y agitando las colas erguidas, con las patas prietas y tensas y con dignidad diplomática, empezaron a girar lentamente, olisqueándose con delicadeza. La carreta avanzó hasta la alambrada de Elisa y se detuvo. Ahora el perro recién llegado, sintiéndose en inferioridad numérica, bajó la cola y se retiró bajo el vehículo con el pelo del lomo erizado y mostrando los dientes.

El hombre del carromato dijo en voz alta:

—Es un mal perro si llega a empezar la pelea.

Elisa se rió.

—Ya lo veo, ya. ¿Cuánto le cuesta empezarla por lo general?

El hombre se sumó a la risa de Elisa de buena gana.

—A veces le lleva semanas y semanas —dijo. Descendió muy rígido, por encima de las ruedas. El caballo y el burro se encorvaron como flores sin regar.

Elisa vio que era un hombre muy grande. A pesar de que el pelo y la barba empezaban a llenársele de canas, no parecía viejo. El traje negro y gastado que llevaba estaba arrugado y manchado de aceite. Las carcajadas habían abandonado su

cara y sus ojos en el momento mismo en que la voz había dejado de reír. Tenía los ojos oscuros y llenos de esa mirada inquietante que se apodera de los ojos de los camioneros y los marineros. Las manos callosas que descansaban sobre la alambrada estaban agrietadas, cada grieta era una raya negra. Se quitó el sombrero estropeado.

—Me he desviado de mi ruta habitual, señora —dijo—. ¿Este camino polvoriento cruza el río hacia la carretera de Los Ángeles?

Elisa se levantó y guardó las gruesas tijeras en el bolsillo del delantal.

—Bueno, sí, pero primero da muchas vueltas y luego vadea el río. No creo que su equipo logre superar la arena.

—Le sorprendería saber lo que son capaces de superar esas bestias —contestó él con cierta aspereza.

—¿Cuando logran arrancar?

—Sí. —El hombre sonrió un segundo—. Cuando logran arrancar.

—Bueno. Creo que ahorraría tiempo si volviera al camino de Salinas y cogiera allí la carretera.

Él paseó un dedo enorme sobre la alambrada para las gallinas arrancándole unas notas al metal.

—No tengo prisa, señora. Voy de Seattle a San Diego y vuelta atrás todos los años. Así ocupo todo mi tiempo. Unos seis meses en cada sentido. Intento seguir al buen tiempo.

Elisa se quitó los guantes y los embutió en el bolsillo del delantal con las tijeras. Se tocó el borde inferior de su sombrero de hombre, en busca de pelos furtivos.

—Parece un modo bonito de vivir —dijo Elisa.

Él se inclinó confidencialmente sobre la alambrada.

—A lo mejor se ha fijado en el anuncio del carromato. Arreglo ollas y afilo cuchillos y tijeras. ¿Necesita que le haga algo?

—Uy, no —contestó rápidamente Elisa—. Para nada. —La resistencia endureció su mirada.

—Las tijeras son lo peor —explicó él—. La mayoría de la gente simplemente las estropea cuando intenta afilarlas, pero yo sé hacerlo. Tengo una herramienta especial. Es bastante peculiar, está patentada. Pero no hay duda de que funciona.

—No. Tengo todas las tijeras afiladas.

—Está bien. Por ejemplo, una olla —continuó él con seriedad—, una olla combada o con un agujero. Puedo dejársela como nueva y así no tendrá que comprar ollas nuevas. Es un ahorro.

—No —dijo ella secamente—. Le digo que no necesito que me arregle nada.

El rostro del hombre dibujó una tristeza exagerada. La voz adoptó un tono bajo y quejumbroso.

—Hoy no he hecho nada. A lo mejor me quedo sin cenar. Verá, estoy fuera de mi

ruta habitual. En la carretera de Seattle a San Diego conozco a gente. Me guardan sus cosas para que se las afile porque saben que lo hago tan bien que les ahorro dinero.

—Lo siento —dijo Elisa, irritada—. No necesito que me arregle nada.

Los ojos del hombre abandonaron la cara de Elisa y bajaron a rebuscar por el suelo. Vagaron hasta que encontraron el arriate de crisantemos en el que había estado trabajando.

—¿Qué plantas son ésas, señora?

La irritación y la resistencia desaparecieron del rostro de Elisa.

—Oh, son crisantemos, blancos gigantes y amarillos. Los cultivo cada año, los más grandes de por aquí.

—¿Es una flor de tallo largo? ¿Que parece un soplo de humo coloreado?

—Esa misma. Qué modo tan bonito de describirla.

—Tienen un olor un poco desagradable hasta que te acostumbras.

—Tienen un olor amargo, pero huelen bien —replicó ella—, no es nada desagradable.

Él cambió rápidamente de tono.

—A mí me gusta.

—Este año he conseguido flores de veinticinco centímetros.

El hombre se asomó aún más sobre la alambrada.

—Mire. Conozco a una señora un poco más allá que tiene el jardín más bonito que haya visto. Tiene casi todos los tipos de flores menos crisantemos. La última vez que estuve arreglándole una tina con el fondo de cobre (un trabajo duro, pero se me da bien) me dijo: «Si alguna vez encuentra unos crisantemos bonitos, tráigame algunas semillas». Eso me dijo.

Los ojos de Elisa se llenaron de desconfianza e impaciencia.

—Pues no debía de saber gran cosa sobre crisantemos. Puedes cultivarlos con semillas pero resulta mucho más sencillo plantar esos pequeños brotes que ve usted aquí.

—Ah. Supongo que no puedo coger uno, ¿no?

—Pues claro que puede. Le pondré unos cuantos en arena húmeda para que se los lleve. Si los mantiene húmedos, echarán raíces en la maceta. Y luego la señora podrá trasplantarlos.

—Seguro que le gustaría tener algunos, señora. ¿Dice usted que son bonitos?

—Bonitos —dijo Elisa—. Muy bonitos. —Le brillaban los ojos. Se quitó el sombrero ajado y sacudió su preciosa melena negra—. Se los pondré en una maceta para que se los lleve. Pase al patio.

Mientras el hombre cruzaba la cerca Elisa corrió impaciente por el sendero bordeado de geranios hasta detrás de la casa. Regresó con un gran maceta roja. Ni pensó en los guantes. Se arrodilló en el suelo junto al semillero y excavó la tierra

arenosa con los dedos y luego la pasó a la maceta nueva. Después cogió el montoncito de brotes que había preparado. Los hundió en la arena con sus fuertes dedos y presionó alrededor con los nudillos.

El hombre permanecía de pie a su lado.

—Le diré lo que hay que hacer —le dijo Elisa—. Para que después se lo explique a la señora.

—Sí, intentaré acordarme.

—Bueno, mire. Éstos echarán raíces dentro de un mes más o menos. Luego tiene que trasplantarlos, separados por unos treinta centímetros cada uno, a una tierra rica como ésta, ¿ve? —Levantó un puñado de tierra oscura para que el hombre echara un vistazo—. Crecerán rápido y altos. Y recuerde: dígale a la señora que tiene que podarlos en julio, dejarlos a unos veinte centímetros.

—¿Antes de que florezcan?

—Sí, antes de florecer. —Tenía el semblante tenso de entusiasmo—. Ya volverán a crecer. Hacia finales de septiembre saldrán los capullos.

Elisa calló un momento, parecía perpleja.

—Es cuando necesitan más cuidados —dijo dubitativa—. No sabría cómo explicárselo. —Le miró fijamente a los ojos, inquisitiva. Abrió un poco la boca, como si estuviera escuchando—. Trataré de explicarme. ¿Ha oído hablar alguna vez de las manos de sembradora?

—La verdad, no, señora.

—Bueno, yo sólo puedo explicarle la sensación. Es cuando estás descartando los brotes que no quieres. Todo depende de la punta de tus dedos. Observas trabajar a tus dedos. Lo hacen todo ellos solos. Lo notas. Eligen los brotes. Nunca se equivocan. Siguen a la planta, ¿entiende? Tus dedos y la planta se comprenden. Lo notas. Cuando eres así no puedes equivocarte. ¿Lo entiende? ¿Puede entenderlo?

Elisa estaba de rodillas en el suelo con la vista levantada hacia el hombre. El pecho se le hinchaba apasionadamente.

El hombre entrecerró los ojos. Apartó la vista con timidez.

—Quizá lo entienda —dijo—. A veces, por la noche, en ese carromato…

Elisa lo interrumpió con voz ronca.

—Nunca he llevado una vida como la suya, pero sé a lo que se refiere. En la oscuridad de la noche… Vaya, las estrellas tienen las puntas afiladas y todo está en calma. ¡Y subes y subes! Las estrellas puntiagudas son atraídas hacia el interior de tu cuerpo. Es así. Caliente y agudo y… maravilloso.

Todavía de rodillas, Elisa alargó la mano hacia las piernas enfundadas en los pantalones negros y grasientos. Sus dedos indecisos estuvieron a punto de tocar la tela. Luego dejó caer la mano. Se agachó como un perro adulador.

—Lo explica de una forma muy bonita —dijo él—. Sólo que cuando no has

cenado, no lo es tanto.

Entonces ella se levantó, muy derecha y con cara avergonzada. Le ofreció la maceta y se la colocó suavemente en los brazos.

—Tenga. Déjela en la carreta, en el asiento, donde pueda vigilarla. Quizá encuentre algo que pueda arreglarme.

Rebuscó en la pila de latas de detrás de la casa y encontró dos sartenes de aluminio viejas y abolladas. Las llevó de vuelta y se las dio al hombre.

—Tenga, a lo mejor puede arreglarlas.

Él cambió de actitud. Adoptó un aire profesional.

—Se las voy a dejar como nuevas.

Montó un pequeño yunque en la parte posterior del carromato y sacó un martillo automático de una caja de herramientas grasienta. Elisa cruzó la verja para verle aporrear las abolladuras de las ollas. La boca del hombre parecía segura y cómplice. En una parte difícil de la tarea se chupó el labio inferior.

—¿Duerme en el carromato? —preguntó Elisa.

—En el mismísimo carromato, señora. Llueva o brille el sol, estoy más seco que una vaca vieja.

—Debe de ser agradable. Tiene que ser muy agradable. Ojalá las mujeres pudiéramos hacer estas cosas.

—No es vida para una mujer.

Ella levantó un poquito el labio superior, mostrándole los dientes.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede asegurarlo? —dijo Elisa.

—No lo sé, señora —replicó él—. Por supuesto que no lo sé. Aquí tiene sus cacharros, arreglados. No tendrá que comprarlos nuevos.

—¿Cuánto es?

—Bueno, cincuenta centavos. Mantengo los precios bajos y el trabajo de calidad. Por eso tengo clientes satisfechos de una punta a otra de la carretera.

Elisa le trajo una moneda de cincuenta centavos de la casa y se la dio en la mano.

—Igual un día de éstos se lleva una sorpresa y encuentra competencia. Yo también sé afilar tijeras. Y puedo arreglar los golpes de cacharros pequeños. Podría demostrarle de qué es capaz una mujer.

Él volvió a meter el martillo en la caja grasienta y apartó de la vista el pequeño yunque.

—Sería una vida solitaria para una mujer, y peligrosa también, con todos los animales que se arrastran por debajo de la carreta por las noches. —Trepó al balancín, apoyándose en la grupa blanca del burro para mantener el equilibrio. Se acomodó en el asiento y cogió las riendas—. Gracias, señora. Haré lo que me ha dicho; retrocederé hasta el camino de Salinas.

—Si tarda mucho en llegar, acuérdese de mantener la arena húmeda.

—¿La arena, señora?… ¿Arena? Ah, claro. Se refiere alrededor de los crisantemos. Así lo haré. —Chasqueó la lengua. Las bestias estiraron lujosamente de los collares. El perro mestizo ocupó su lugar entre las ruedas traseras. El carromato dio la vuelta y retrocedió lentamente por el camino por donde había venido, siguiendo el río.

Elisa se quedó de pie junto a la alambrada contemplando el lento avanzar de la caravana. Tenía la espalda recta, la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados, para que la escena penetrara en ellos vagamente. Movió los labios en silencio, formando las palabras «Adiós, adiós». Luego susurró: «Una dirección prometedora. Resplandeciente». El ruido de sus susurros la sobresaltó. Sacudió la cabeza para volver en sí y miró alrededor para comprobar si alguien la había oído. Sólo los perros la habían escuchado. Levantaron la cabeza hacia ella desde el suelo y luego estiraron el cuello y volvieron a dormirse. Elisa se volvió y entró apresuradamente en la casa.

Pasó la mano por detrás de la cocina y tocó el depósito de agua. Estaba lleno de agua caliente sobrante de la comida de mediodía. En el cuarto de baño, se quitó la ropa sucia y la tiró en un rincón. Luego se frotó con un trozo pequeño de piedra pómez piernas y muslos, espalda y pecho y brazos, hasta acabar con la piel arañada y enrojecida. Después de secarse se colocó delante del espejo del dormitorio y contempló su cuerpo. Metió estómago y sacó pecho. Se giró y se miró la espalda por encima del hombro.

Al cabo de un rato empezó a vestirse, despacio. Se puso la ropa interior más nueva, sus medias más bonitas y el vestido que era símbolo de su belleza. Se peinó cuidadosamente el pelo, se repasó las cejas con un lápiz y se pintó los labios.

Antes de acabar oyó los cascos de los caballos y los gritos de Henry y su ayudante que traían de vuelta al corral a los novillos pelirrojos. Oyó el golpe de la cancela al cerrarse y se preparó para la llegada de Henry.

Se oyeron pasos en el porche. Henry entró en la casa llamándola:

—Elisa, ¿dónde estás?

—En mi cuarto, vistiéndome. Aún no estoy lista. Tienes agua caliente en el baño. Date prisa. Se hace tarde.

Cuando le oyó chapotear en la bañera, Elisa le colocó el traje oscuro sobre la cama, con la camisa, los calcetines y la corbata a un lado. Le dejó los zapatos limpios en el suelo junto a la cama. Luego salió al porche y se sentó en posición remilgada y muy rígida. Miró al frente, hacia el camino del río donde la ristra de sauces seguía viéndose amarilla por las hojas heladas, de modo que bajo la gran niebla gris parecían una delgada tira de sol. Era el único color distinguible en aquella tarde gris. Estuvo sentada inmóvil mucho rato. Pestañeaba muy de vez en cuando.

Henry salió dando un portazo, metiéndose la corbata debajo de la americana. Elisa se enderezó y endureció el gesto. Henry se paró en seco y la miró.

—Vaya, vaya, Elisa. ¡Qué guapa estás!

—¿Guapa? ¿Te parezco guapa? ¿Qué quieres decir con «guapa»?

Henry siguió adelante.

—No sé. Quiero decir que pareces distinta, fuerte y feliz.

—¿Soy fuerte? Sí, fuerte. ¿Qué quieres decir con «fuerte»?

Él parecía desconcertado.

—Es como si estuvieras interpretando —dijo con impotencia—. Es como una representación. Pareces tan fuerte que podrías romper un ternero con la rodilla, tan feliz que te lo comerías como si fuera una sandía.

Por un momento Elisa perdió la rigidez.

—¡Henry! No hables así. No sabes lo que dices. —Recuperó la compostura—. Soy fuerte —alardeó—. Antes no sabía que era fuerte.

Henry miró hacia el cobertizo del tractor, y cuando volvió a fijarse en Elisa, era otra vez la de siempre.

—Sacaré el coche. Puedes ir poniéndote el abrigo mientras arranco.

Elisa entró en la casa. Le oyó conducir hasta la cancela y dejar el motor al ralentí y luego se tomó un buen rato para ponerse el sombrero. Estiraba de un lado y apretaba de otro. Cuando Henry apagó el motor, ella se enfundó el abrigo y salió.

El pequeño biplaza sin capota iba dando botes por el camino polvoriento que seguía el río, espantando a los pájaros y empujando a los conejos hacia los arbustos. Dos grullas batieron con fuerza las alas por encima de la hilera de sauces y se dejaron caer sobre el lecho del río.

En el camino, a lo lejos, Elisa divisó una mancha oscura. Sabía lo que era.

Intentó no mirar cuando pasaron por el lado, pero sus ojos no la obedecieron. Se dijo por lo bajo con tristeza «Podría haberlos tirado lejos del camino. No le habría costado tanto. Pero se ha quedado la maceta», razonó. «Tenía que quedarse la maceta. Por eso no ha podido tirarlos lejos del camino.»

El coche tomó una curva y Elisa vio el carromato delante de ellos. Se volvió por completo hacia su marido para no ver el pequeño carro cubierto y su equipo desparejo cuando el coche lo adelantara.

Todo pasó en un momento. Estaba hecho. Elisa no miró atrás.

Dijo en voz alta, para hacerse oír por encima del motor:

—Estará bien la cena de esta noche.

—Ya has vuelto a cambiar —se quejó Henry. Apartó una mano del volante y le dio unas palmaditas en la rodilla a Elisa—. Debería sacarte a cenar más a menudo. A los dos nos vendría bien. El rancho es demasiada presión.

—Henry, ¿podemos beber vino con la cena?

—Pues claro. ¡Hecho! Será estupendo.

Elisa permaneció en silencio un rato, luego dijo:

—Henry, ¿en esos combates, los hombres se hacen mucho daño?

—A veces un poco, pero no a menudo. ¿Por qué?

—Bueno, he leído que se rompen la nariz, que les corre la sangre por el pecho. He leído que los guantes de boxeo se empapan de sangre y pesan.

Él se giró para mirarla.

—¿Qué ocurre, Elisa? No sabía que leías ese tipo de cosas. —Detuvo el coche y luego viró a la derecha por el puente del río Salinas.

—¿Alguna vez van mujeres a los combates?

—Claro, algunas. ¿Qué pasa, Elisa? ¿Quieres ir? No creo que te gustara, pero si de verdad quieres verlo podemos ir.

Ella se relajó en el asiento.

—Uy, no. No. No quiero ir. Seguro que no. —Él no podía verle la cara—. Bastará con tomar algo de vino en la cena. Será más que suficiente. —Elisa se levantó el cuello del abrigo para que él no viera que estaba llorando débilmente: como una anciana.

Traducción de Cruz Rodríguez

Amigo de la familia

Cuando eran niñas tenían un teatro de marionetas con hombres, mujeres y hasta con arbustos, provisto de unos cables para mover las figuras. Colgaban una cortina en mitad de la habitación y montaban el escenario sobre una mesa en el centro. Los truenos se obtenían mediante una lámina de cartón que agitaban hasta hacerla bramar entre bastidores. Pero la mejor obra era una en que dejaban caer un ataúd de cristal dentro del cual se podía ver a una princesa.

—El ataúd —decía la voz de una de las niñas, leyendo detrás del escenario— se cayó y se deshizo en átomos.

Entonces izaban el ataúd con cables y desde los lados del escenario arrojaban una lluvia de pedacitos de cartón blanco.

Llegado este momento el barón siempre se ponía a aplaudir, a dar palmadas y a gritar aparentemente para imponerse al estruendo de su propia risa. Pero por entonces el telón ya estaba bajando de forma que la tormenta de sus vítores quedaba muy apropiada.

—¡Bis! ¡Bis! —exclamaba el barón.

Aquella palabra la aprendieron de él. Se levantaba de su silla, alzaba las manos y extendía mucho los brazos para aplaudir. Se hacía salir a las intérpretes y se las hacía desfilar delante de él, de la madre y de cualquier otra persona del público. Un minuto o dos más tarde, el barón iba al piano de la otra habitación y cantaba la canción de la Luciérnaga en alemán, con voz estruendosa, hasta que las paredes de la casa se hundían y su voz remontaba el vuelo.

Tenía una voz grave y profunda que inundaba las salas de conciertos y hacía temblar las piezas de cristal de las lámparas. En dos ocasiones llevaron a las niñas a Nueva York para oírlo cantar de noche en la ópera. La primera vez iba vestido con leotardos y jubón e interpretó con voz atronadora en la oscuridad. La segunda vez tenía el mismo aspecto con que ellas lo conocían: llevaba traje de etiqueta y una flor blanca en la solapa. Pero sin importar cómo se vistiera, para ellas seguía siendo un joven extranjero, gallardo y negro como un oso, haciendo que todos los demás jóvenes que venían a casa parecieran blancos como albinos e igual de insulsos.

No venía a menudo, quizá no más de dos o tres veces al año, pero antes de todas sus visitas la madre se hacía teñir su pluma de avestruz de un azul más intenso y se rizaba el pelo. Le compraba corbatas y se las metía en el cajón: las más ricas en colores que podía encontrar porque así eran las que él mismo habría elegido. No se vestía como ningún otro joven al que conocieran. Esta vez llevaba un abrigo de lana blanco como la nieve, un traje de color heliotropo y polainas blancas sobre sus

zapatos relucientes. Estaba de pie en el estribo del vagón Pullman al llegar el tren, dio un brinco y dejó escapar una exclamación antes de que el tren se detuviera por completo. Llevaba unos guantes de gamuza amarilla con refuerzos negros que se quitó para besarlas en las mejillas y darle un ramo de flores a la madre.

—Dios santo, ¿cómo están todos? —dijo con regocijo mientras ellas permanecían boquiabiertas porque se habían olvidado de que era tan alto y de que hablaba tan alto. Era bávaro y el medio oeste le resultaba tan incómodo como la tumba. Caminó de la estación hasta el coche cogido del brazo de la madre y su aspecto extranjero los envolvió a todos como una capa resplandeciente.

El barón se sentó junto a la madre en los cojines y las dos niñas, con sus sombreros de charol, se sentaron muy rectas en los asientos laterales dando la espalda a los demás y mirando el reflejo del joven en la franja de cristal.

—Yo echo mucho de menos a mi madre —dijo y en el espejo le vieron besar la palma y el dorso de la mano de su madre. Ella le mostró su pluma azul, a él le brillaron los ojos oscuros y su rostro rubicundo se llenó de matices extraños.

Se puso unos pantalones de franela blancos para el almuerzo y se aventuró en la terraza. Soltó unos gorgoritos graves y tamborileó con los dedos sobre su camisa abierta, con tanta ligereza y aplomo como si estuviera arrancando música de una caja de resonancia perfectamente torneada. Recordaba todo lo que había habido allí y los cambios que se habían llevado a cabo.

—¡Ah, este año están aquí las violetas! —le cantó con gravedad a la madre—. Le voy a decir una cosa. Me gusta mucho más así. ¡Qué idea tan magnífica ha tenido, señora Mutter!

También la madre se había cambiado de vestido.

—Hace mucho calor —dijo ella cuando las niñas se la quedaron mirando encantadas—. De pronto se ha templado tanto —dijo la madre— que me he puesto esto.

—¡Pero si es nuevo! —dijeron las niñas—. ¡Es terriblemente bonito!

—Sí —dijo la madre—. Ahora enseñémosle al barón los polluelos de paloma.

—¡Pero qué vestido tan precioso! —dijo el barón—. No le puedo quitar la vista de encima. —Se enganchó su zapato blanco impoluto en un arco de croquet y tuvo que cogerse del brazo de la madre para no perder el equilibrio.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó la madre en voz baja. Él se la quedó mirando.

—Sí —dijo el barón con su voz grave y profunda—. Sí, me he hecho una herida para el resto de mi vida.

El barón recordaba cuántas palomas había habido en otoño. Los gladiolos estaban en flor y ahora le transmitían su rubor y su languidez al aire. También recordaba la proporción exacta de ginebra y granadina del cóctel del padre. Cuando regresó a la mesa de la terraza, se arremangó para prepararlo y un vello negro y sedoso apareció

en sus brazos.

—¡Ah, ah, ah, *ahhhhhh*! —cantó, como si practicara escalas. La coctelera plateada le congelaba las manos—. ¡Ya sale del coche el señor Mutter! ¡Hola, hola, hola! —exclamó. Bajó dando zancadas los escalones del jardín como si diera la bienvenida a algún invitado que viniera de visita—. ¡Hola, hola, señor Mutter! —exclamó.

—Hola —dijo el padre con tranquilidad. De pie junto al barón parecía un hombre pequeño y las canas parecieron brotar por arte de magia sobre su cabeza—. ¿Cuándo ha llegado usted? —dijo el padre. Venía de la oficina y llevaba su traje azul oscuro.

—¡Es hora de prepararle un cóctel! —exclamó el barón con una risotada.

—Sería usted un mayordomo de primera clase —dijo el padre, pero no sonrió.

Cuando se sentaron para el almuerzo, con las niñas guardando un silencio respetuoso en un extremo de la mesa, el barón empezó a explicarles lo que su propia madre había significado para él. Los dientes le brillaban como estrellas mientras se tomaba su almuerzo con entusiasmo. El sol le daba en la cara y le arrancaba enormes y atractivas espirales a sus cejas.

—Cuando crezcáis, niñas —dijo—, le haréis algo terrible a vuestra madre. Le quitaréis la luz de esa cara tan hermosa y le pondréis algo que nunca habríais imaginado. Br-rr-rr-rr —dijo el barón en su peculiar lenguaje y se estremeció como si le hubiera invadido un ataque de frío—. A veces no puedo dormir por la noche pensando en las cosas horribles que año tras año le pongo a mi madre en la mirada. Ella no se pudo acostumbrar a que yo estuviera en el ejército. Creyó que podría convencer a todo el mundo de que me había disfrazado de oficial solamente para divertirme. Cuando iba a verla me decía: «Quítate ese uniforme», como si aquello pudiera convertirme otra vez en niño.

El barón se sirvió pollo y salsa de crema salteada con pimientos rojos. Pese a su interés por la comida tenía los pensamientos en otra parte, porque les estaba contando la primera vez que se escapó de casa.

—Señor Mutter, mi madre se pasó dos días buscándome por los cafés y visitó todas las revistas musicales de la ciudad, algo que ella odiaba. Esperaba cada noche fuera de la ópera porque no soportaba entrar y ver las escaleras por donde mi padre cayó muerto de un ataque al corazón cuando era un joven de treinta y cinco años. ¡Piensen en eso! Muerto por cantar demasiado alto, comer demasiado bien y beber demasiado vino. Esa sí que es una buena manera de diñarla, señor Mutter, ¿qué le parece? ¡Dios mío, qué espléndida mirada dejó atrás aquel hombre en la cara de mi madre!

El barón dejó sobre la mesa su cuchillo y tenedor, emocionado.

—¡Dios mío, señor Mutter! —exclamó dirigiéndose al padre—. A veces creo que podría pasarme el resto de la vida hablando con sus hijas, diciéndoles: «¡Sed buenas,

sed buenas, sed buenas con esa criatura maravillosa que Dios os ha dado durante una temporada!». A veces me vienen ganas de ponerme de rodillas —dijo el barón— y pedirles que sean buenas con esa madre maravillosa que tienen.

El padre se limpió los labios con su servilleta y se quedó mirando al barón.

—¿Se debe al parecido de ella con la madre de usted? —preguntó educadamente.

—¡Dios mío, sí! —exclamó el barón. Cogió de nuevo su cuchillo y su tenedor como si su apetito por la comida acabara de regresar—. Aquí estamos, señor Mutter, estamos vivos —dijo al cabo de un momento—. ¿Pero cree usted que alguno de nosotros podría ponerle a la señora Mutter esa espléndida mirada que un hombre muerto le puso al rostro de mi madre?

—Estoy bastante seguro de que yo no podría, vivo o muerto —dijo el padre.

—Y la pobre mujer se pasó todo el tiempo buscándome —dijo el barón—. Todo el tiempo que pasé fuera de la ciudad. Me hice mayor de la noche a la mañana y me fui al campo con una concubina. Yo…

El padre dejó su servilleta y apartó su silla de la mesa.

—Después de todo —dijo—, hay criaturas presentes cuyo desarrollo acaso sea menos precoz de lo que fue el de usted…

Las niñas no levantaron la vista. Al cabo de un minuto su padre se levantó y dijo que tenía que regresar a la oficina. El barón se puso en pie e hizo una pequeña inclinación sobre la mesa.

—No dudo de que volveré a verle esta tarde —dijo el padre.

Los demás vieron cómo la limusina del padre daba media vuelta y salía a la calle, con la gravilla crujiendo suavemente bajo los neumáticos finos y elegantes de las ruedas.

—¿Qué es una concubina? —preguntó una de las niñas.

—Es una especie de sartén —dijo la madre. Miró al barón sin sonreír—. Bueno, ¿y qué pasó después? —preguntó.

El barón le dio un cigarrillo de su pitillera y se lo encendió.

—Dios mío, fue espantoso —dijo.

—Yo pensaba que habría sido espantosamente agradable —dijo la madre.

—Dos días en el campo con una… con una… —dijo el barón.

—Con una sartén —dijo la madre, fumando—. Continúe, por favor.

Pero el barón se levantó de pronto, como si estuviera furioso, y empezó a cruzar la terraza. De pronto regresó y se plantó cuan grande era, junto a la silla de la madre.

—¡Dos días! —le dijo con voz atronadora—. ¡Dos días me tuve que pasar fugado para poder ver los árboles, el cielo, el río o cualquier cosa que fuera nueva y fresca!

—¡Como un oficial de una comedia musical! —dijo la madre en tono jovial.

—Muy bien —dijo el barón. Su rostro rubicundo subió de tono—. Muy bien —dijo, se dio media vuelta y se marchó.

Atravesó la terraza, bajó la escalera y pudieron oír el crujido de sus zapatos blancos sobre el suelo de la entrada. Las niñas, que ya se habían terminado la fruta, doblaron sus servilletas y siguieron a su madre hasta la balaustrada. Desde allí vieron cómo la coronilla del barón doblaba el recodo de la enramada de parras y desaparecía.

—Podría ser cualquier sitio —les dijo la madre. Su voz era suave y estaba llena de cariño hacia ellas. Permanecía de pie contemplando el río y la frondosa línea curva de la arboleda que dominaba las franjas resplandecientes de color azul. No había barcazas ni ferrys que estropearan el paisaje en aquel momento y la corriente era rápida y limpia, aunque la ciudad no quedaba muy lejos—. Podría ser cualquier sitio, es maravilloso —dijo la madre, y les cogió las manos a las niñas—. Es como un niño —dijo —. Será mejor que vayamos a ver.

Encontraron al barón de rodillas buscando tréboles de cuatro hojas. Las cosas le pasaban por la cabeza y desaparecían de aquella forma, sin que la rabia consiguiera mantenerlas allí. La madre y las niñas se sentaron y extendieron las faldas sobre la hierba. Vieron los tobillos cruzados de su madre y sus pequeños botines de tacón alto y luego contemplaron con timidez sus propias rodillas desnudas cubiertas de vello rubio. Intentaron cubrirse las rodillas pero no lo consiguieron. En cualquier caso, el barón estaba hablando de los nuevos papeles que iba a interpretar.

Por la tarde les escribió una ópera de un acto especialmente para ellas. Se sentó en el banco de la sala de música y lo esbozó sobre las teclas: aquellas canciones y ballets las hicieron bailar porque se parecían a muchas melodías que ya habían oído. La madre se pasó toda la tarde sentada frente a la ventana, cosiendo faldas y capas nuevas para las marionetas. Al final fue una ópera llena de canciones humorísticas, que el barón fue escribiendo ágilmente con una pluma mientras tocaba con la otra mano, registrándoles la música en forma de notas con y sin cola sobre las páginas glaseadas y pautadas.

La madre las acompañó todos los días y al cabo de poco tiempo las niñas se la aprendieron, fueron capaces de cantar todas las partes sin reírse y de mover los cables de forma que la sartén bailara.

—*Opéra-comique* en un acto —dijo el barón— que lleva por título: *La Concubina, la Cacerola y la Cafetera*. —Él mismo cantaba la parte de la cafetera, golpeándose el pecho robusto y dejando escapar gritos de alegría cuando ensayaban todos juntos. La Concubina era una sartén muy reluciente y pequeña a la que la madre había pegado un trocito de su propia pluma justo encima de los ojos que le habían pintado.

La noche del espectáculo el padre se sentó en primera fila y al subir el telón dijo:

—La Concubina se parece a vuestra madre.

—¡Qué tontería! —dijo la madre desde donde estaba interpretando los plácidos

compases iniciales. Las niñas vieron cómo negaba con la cabeza a la luz de las velas y sonreía en dirección a los invitados a la cena que ahora componían el público. El escenario que se desplegó ante todos ellos representaba los fogones de una cocina; al cabo de un momento la Cafetera apareció en escena y el barón empezó a cantar su conmovedora canción.

—*Moi, la cafetière à pression, café, café, cafetière!* —cantó con su voz profunda y maravillosa. La canción estaba tomada de la canción del Toreador pero no importaba en absoluto. La voz burbujeante del barón sonaba intensa y profunda detrás del telón mientras la Cafetera plateada con una capa purpúrea se pavoneaba por los fogones—, *Je passe, je passe, je passe le café* —cantó el barón, y en aquel momento se levantó la pequeña Concubina, que había estado acostada sobre los carbones. Le habían pintado una boca abierta para que cantara y las voces de las niñas se unieron y se elevaron juntas para entonar su discurso. Solamente pronunció una frase:

—*Quand tu es là, je ne pense qu'à ton passer le café.*

Luego el barón cantó de nuevo. Abrió mucho su boca jovial a la espalda de las niñas y su voz cayó sobre ellas como un torrente, tan próxima que hizo estremecerse sus corazones. En su garganta mágica crecía una pena espantosa, una pena tan terrible y conmovedora que los espinazos de las niñas temblaron de placer. Todas las demás ocasiones en sus vidas que habían oído música habían sido una preparación para ese momento. Las vigas y las piedras de la casa debieron de derrumbarse cuando su voz se elevó y resonó más fuerte que la propia piedra en una llamada atronadora, como si convocara a alguien a su lado:

—*Soubrette, ma poêle à frire, je t'aime!*

Todo el mundo en la sala prorrumpió en un aplauso instantáneo, pero al cabo de un momento el padre habló con una voz que se pudo oír con claridad.

—Siempre me ha gustado Bizet cantado por italianos o franceses. La interpretación teutona me deja bastante frío.

Luego, como un coro diminuto y apasionado, las voces de las niñas se elevaron gradualmente. Detrás de ellas resonó la voz del barón, suave, zumbando como un violonchelo, dándoles forma y guiándolas hacia el amor. La madre interpretó plácidamente los compases entrecortados y los frágiles pulmones de las niñas se llenaron de aire y emitieron todo el aprecio por la hermosura de su madre para que el mundo lo oyera. La Sartén correteó por el escenario reluciente hasta donde estaba la Cafetera y ambas se unieron en un abrazo.

Con el pitorro unido a la boca pintada, así es como los encontró la Cacerola, y merced a un maravilloso truco, un chorro furioso de vapor le salió de debajo de la tapa. De aquella forma los separó violentamente e hizo que la pluma azul de la Concubina temblara de agitación. Dejó caer su tapa de hojalata sobre el fogón y dio

rienda suelta a su rabia. Nuevamente fue la voz del barón la que emitió aquella furia arrogante y pomposa; pero su voz se había vuelto burlonamente aguda y frívola y en sus labios había aparecido una sonrisa.

Je suis une casserole pleine d'affaires,
je trouve les arts bien amers.
L'État Civil, les Codes, la Loi,
sont toujours respectés, grâce à moi.
Je n'ai pas le temps de m'amuser
car je fais la cuisine - c'est la vérité!
Je n'ai pas le temps pour quoi que ce soit!
Je suis une casserole!

La Cacerola inició un *pas seul* por el escenario. De pronto el padre se levantó en medio del público carcajeante.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz suave la madre en medio de la penumbra, sin dejar de tocar.

—No tengo tiempo para diversiones —dijo el padre. Hubo un revuelo sorprendido entre los invitados.

—¡No seas tonto! —gimió la madre, porque el barón había dejado de cantar.

—No me gusta el papel que me ha tocado —dijo el padre levantando la voz. Había acabado con la actuación.

—¡Pero si tú no eres la Cacerola! —exclamó la madre, y todo el mundo se rió.

Incluso el barón entre bastidores se revolvió de risa:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —resonaron sus notas gorjeantes—. ¡Dios mío, señor Mutter! —bramó con su vozarrón—. ¡Pero si usted ni siquiera se parece a una cacerola!

—¡Supongo que sí me parezco! —dijo el padre ferozmente desde la puerta—. ¡Solamente es que nunca se me había ocurrido!

A veces, por las noches, las niñas recordaban el aspecto del barón cuando se reía, o la forma en que echaba la cabeza hacia atrás bajo el sol o la forma en que sus manos se extendían sobre las teclas del piano. Aquélla fue la última vez que vino a la casa, pero después de que se marchara lo siguieron recordando mucho tiempo, y también que la madre había estado postrada en cama, y que el viento o algo parecido había gemido y sollozado junto a la ventana como una mujer que se pasara la noche llorando.

Traducción de Javier Calvo

Hasta el final y bajando la escalera

No soy ningún puñetero héroe, y cuando el Regimiento de la Princesa Patricia combatió en Passchendaele en 1917 fui lo bastante precavido como para tener doce años y estar a cinco mil kilómetros de distancia, vendiendo tapas de neopreno para las patas de los muebles, después de la escuela, a las amas de casa de Crescent Park, Rhode Island. Nunca me desvío de mi camino para buscar problemas, pero si ellos vienen a mí me enorgullezco de poder afrontarlos tan bien como cualquier otro. Una vez pasé la noche en un vagón de tercera clase de la línea ferroviaria de los Estados Federados de Malasia en compañía de setenta chinos con dentaduras postizas venidos de Swatow y Amoy y encaminados hacia el interior, a las minas de estaño de Ipoh. El puñetero motor rompió un enganche en algún recodo perdido de Negri Sembilan y allí nos quedamos sentados, con la lluvia colándose por el techo, sin una taza de té que tomar y con todos aquellos tipos fumando *chandoo* y zampando arroz con *trassi*, comparado con el cual incluso el durian es perfume de rosas. Peor todavía, el culi que había en la litera de encima de la mía no paraba de comer plátanos y de tirarme las pieles encima. Media docena de veces uno podía jurar que tenía una cobra o una víbora de Russell suelta en la cama. La cosa estaba fatal, como suele decirse, pero hice de tripas corazón y el viejo bucarán me sacó adelante. Otra vez, estando yo en Amboina, en las Molucas, un tipo que compraba *bêche-de-mer* y conchas en los grupos de islas Kai y Aru al sureste de Ceram me ofreció llevarme hasta Banda Neira en su *prahu*. Era una barcaza inmunda, de treinta y cinco toneladas, con una cubierta de popa y doble hélice, dirigida por una tripulación de Bugi dispuestos a clavarte un kris si dejabas escapar aunque fuera un diptongo de más. Bueno, ya conocen el Mar de Banda cuando empiezan los monzones, es traicionero como una mujer, levanta olas de nueve metros en un momento y se queda totalmente en calma al siguiente, con el viento aullando como un millar de demonios y las malditas aguas infestadas de tiburones. Y pensé yo, sopesando la proposición del vagabundo en aquel bar de Amboina, tranquilo, chaval, mejor te tomas otra copa y te lo piensas. Nos tomamos una segunda botella de *genever* y una tercera, hasta que me pareció que los ojos se me iban a salir de la puñetera cabeza. Dios sabe cómo me las apañé pero el caso es que el barcucho zarpó sin mí y nunca volví a saber de aquella gente. Probablemente habría vuelto a tener noticias de ellos pero me tuve que ir a Nueva York para resolver algo relacionado con mi seguridad social.

Sí, las cosas tienen que estar pero que muy mal para que yo tire la toalla, y cuando lo hago, estoy dispuesto a admitirlo. Hace un par de semanas tuve que abandonar por razones de trabajo mi retiro en Pensilvania y me quedé a pasar la

noche solo en nuestro piso de Greenwich Village. Solamente diré una cosa: he vivido lo mío y he estado a las duras y a las maduras, pero no repetiría una experiencia así ni por todos los rubíes de la pagoda de Shwe Dagon. Es solamente una forma de hablar, claro. Si alguien me ofreciera ese trato, tardaría dos días en llegar a Rangún.

Tal vez, como las circunstancias son especiales, tendría que esbozar los antecedentes. El pasado diciembre, por deferencia a la reticencia que muestra mi mujer a dormir sobre las rejillas de ventilación del metro, trasladé a mi familia a un bonito edificio viejo de piedra rojiza de la calle Nueve Oeste. Era una casa encantadora, con la fachada de ladrillo erosionada hasta adquirir un color rosa pálido bajo la hiedra, con un hueco de escalera fresco y espacioso y una balaustrada curva de nogal desgastada por las manos de incontables inquilinos morosos. Decidido a repartir tanto encanto entre el mayor número posible de gente, el propietario había dividido el edificio en ocho apartamentos y en concreto el piso de arriba había sido dividido entre dos dúplex diminutos, de los cuales el que daba a la parte de atrás fue el que alquilamos nosotros. Teníamos una vista perfecta de una tienda de alimentos naturales de la calle Ocho, y en las sombrías tardes de invierno resultaba reconfortante ver salir a los dispépticos dando tumbos con sus botes de melaza negra de caña y germen de trigo y con las caras exaltadas por la doctrina de Gayelord-Hauser. Los equipamientos, para ser honesto, eran deplorables. Los grifos del agua caliente emitían un fluido viscoso de color marrón muy parecido al cacao, los radiadores hacían un ruido continuo de tam-tam como los Reales Tamborileros Watusi y la nevera nos cocía la comida en lugar de mantenerla fría, pero a la parienta y a mí nos importaba un cuerno. Vivíamos con elegancia; podíamos respirar. Dimos gracias a nuestras estrellas por no estar encajonados en uno de aquellos inmensos apartamentos uniformes de Park Avenue, llenos de duchas con paredes, cocinas económicas y toda clase de chismes deprimentes.

Al cabo de un mes de mudarnos, uno de los inquilinos me contó una cosa fascinante; a saber, que tres décadas atrás la casa había sido objeto de un asalto audaz. Resumiendo brevemente el suceso: un domingo por la tarde, en abril de 1922, el señor Frederick Gorsline y su esposa, la pareja de ancianos que ocupaban por entonces la mansión, estaban durmiendo la siesta cuando se colaron cinco cacos liderados por un gángster francés que había servido en aquella casa como mayordomo suplente. Redujeron a los dueños de la casa y a los ocho integrantes del servicio, los encerraron en la bodega del sótano y huyeron, llevándose joyas y plata por un valor aproximado de ochenta mil dólares. Si los prisioneros escaparon con vida de la bodega fue únicamente gracias a la sangre fría y la iniciativa de su propietario de setenta y tres años; trabajando en la oscuridad total con un cortaplumas y una moneda de diez centavos, al cabo de dos horas consiguió aflojar los tornillos de la cerradura de combinación y abrir la puerta. Luego pasó siete años y gastó una parte

considerable de su fortunón en buscar a los culpables, el último de los cuales, el líder, fue detenido en Francia y llevado a la Île du Diable.

Como es natural, fui sin demora a inspeccionar la bodega con una vela de cera, o al menos algo que el tipo de la ferretería me aseguró que era una vela de cera, y me convencí de la veracidad de la historia. Incluso encontré una moneda de diez centavos encastrada en una grieta del suelo; llevaba fecha de 1936, pero descarté las últimas cifras y construí un relato bastante efectivo de mi participación en aquel caso, que la gente solía pedirme en las fiestas que hicimos la pasada primavera. Resultaba divertida la forma en que me lo pedían, a veces sin siquiera abrir la boca. A veces se limitaban a permanecer de pie y estar *ansiosos*, con lo cual yo, siendo el anfitrión, obviamente tenía que contárselo. Pero todo esto lo digo de pasada. Ustedes ya están ansiosos por oír el relato de la noche que entré allí solo.

Pues bien, llegué al centro de la ciudad un viernes por la tarde a las seis, bastante cansado y sin nada que hacer. (Resulta curioso que ellas prefieran quedarse en casa y lavarse el pelo en lugar de aceptar una cita en el último minuto. Nunca lo entenderé.) Tal como decía, estaba cansado y me apetecía una sesión tranquila leyendo a Gibbon o Trevelyan, once horas sin abrir los ojos y ponerme nuevamente en marcha hacia Pensilvania a primera hora de la mañana. Uno de mis vecinos, un joven que hace de modelo para esos anuncios de collares Bronzini en los que sale gente con el torso transfigurado por el paso de un dirigible, estaba cargando una máquina de coser portátil y un juego de cuencos para ensalada en el maletero de su MG.

—¿Qué tal? —dijo, sorprendido—. Pensaba que os habíais largado todos —le expliqué mi presencia y se estremeció—. Demasiado lúgubre. No queda ni un alma en la casa. Los Cadmus acaban de largarse a su guarida de Bucks. Hasta Benno Troglodeit se ha ido a la playa y ya sabes lo apolillado que está ese viejo.

—La soledad me trae sin cuidado —dije con solemnidad—. Cuando uno ha estado en los lugares recónditos de la Tierra en los que he estado yo, se vuelve bastante autosuficiente. Recuerdo una vez en Trebizond… —El rugido de su motor pequeño pero potente ahogó el resto de mi frase, y con un giro de muñeca se alejó por la calle Nueve. Menuda aceleración tienen los MG.

Lo vi desaparecer a lo lejos y luego subí la escalera poco a poco. De alguna forma —no sabría decir por qué— un cambio de humor asombroso se adueñó de mí, un malestar vago e indescriptible. También la casa parecía haberse alterado misteriosamente. El hueco de la escalera ya no era tan fresco ni espacioso como en el pasado. El aire parecía estancado y resultaba opresivo, como si se filtrara a través de felpa caliente, y me imaginé secretos inconfesables detrás de todas las puertas frente a las cuales pasaba. Mientras intentaba meter la llave en la cerradura de nuestro apartamento se me aparecieron las caras lívidas de Andrew y Abby Borden. Con un tic electrizante abrí la puerta, me precipité dentro y cerré a toda prisa. Bajo los débiles

rayos de luz que se colaban por entre las lamas de las persianas venecianas, pasé revista cuidadosamente a la sala de estar, con su suelo desprovisto de alfombra y sus muebles cubiertos por capas de polvo. No parecía que faltara nada pero decidí volver a inspeccionar. Me relamí y hablé en un tono apaciguador que dejaba bien claro que no sería capaz de molestar ni a un perro. «¿Hay alguien en casa?», pregunté. No hace falta decir que si alguien me hubiera contestado me hubiera caído muerto al instante. Satisfecho de que no hubiera intrusos corpóreos a la vista, subí de puntillas la escalera que llevaba a los dormitorios —caminar por las selvas del sureste de Siam me enseñó hace mucho tiempo a avanzar sin mover ni una ramita— y llevé a cabo un registro rutinario de los armarios.

Mientras estaba palpando con cuidado los abrigos en busca de algún cuerpo no autorizado, el teléfono soltó un timbrazo repentino y aterrador. Di un brinco y pegué la espalda a la pared junto al aparato, con todos los sentidos en tensión. Algo muy, muy desagradable se avecinaba. Recordaba con claridad haber dado de baja la línea telefónica un mes atrás. ¿Tenía que responder o tratar de ganar tiempo? Intenté imaginar la cara que había al otro lado de la línea, su sonrisa torcida y sus ojos pequeños y siniestros, y empezó a sudarme el cuero cabelludo. Luego recobré el equilibrio; era mejor conocer a mi enemigo que sucumbir a aquel horror desconocido y soterrado. Cogí el auricular. «Control de Cucarachas de la zona de Grand Central», dije en tono neutro. «Le habla Leonard Vesey.» Hubo una pausa tensa y, apreciando la estatura de su adversario, el desconocido colgó, frustrado.

Yo había ganado el primer asalto pero a partir de ahora mi seguridad dependía de que me mantuviera extremadamente alerta. Con el propósito de afilar mis facultades al máximo decidí tomarme dos dedos de coñac. Un registro de los armarios de la cocina no logró localizar dicho reconstituyente; sin embargo, encontré una lata de zumo de tomate caliente cuya tapa conseguí abrir con un cuchillo para despepitar manzanas. Cinco o seis gasas bastaron para obturar el tajo de nada que me hice en la muñeca y, después de quitarme toda la ropa salvo los pantalones cortos (ya que no me convenía llevar un exceso de equipaje si surgía una emergencia), abrí mi libro de Gibbon por las campañas de Diocleciano.

¡Qué espíritu tan noble insuflan aquellas épocas majestuosas, qué sabiduría y qué calma celestial! Reflexionando sobre la mezquindad de los historiadores de nuestros días, me hundí en un plácido sueño que debió de durar alrededor de cuatro horas.

Poco después de la medianoche me desperté con la convicción irrebatible de haber negligido alguna obligación vital. Me quedé rígido, pugnando por recordar de qué se trataba, y de pronto me vino a la cabeza. Con las prisas del traslado el otoño pasado me había olvidado de darle el aguinaldo de Navidad al portero de nuestra nueva morada. Supongo que su mal humor se había convertido en una manía persecutoria que ahora exigía mi extinción; debía de haberme visto entrar solo en

casa esa noche, había decidido aprovechar la oportunidad para quitarme de en medio y en ese preciso momento estaba subiendo la escalera de puntillas con una cuchilla de carnicero en la mano. Me vi a mí mismo cruelmente desmembrado, con la cabeza en una sombrerera como en *Al caer la noche* y las extremidades envueltas con lona y desperdigadas por una docena de consignas de estaciones. Los ojos se me llenaron de lágrimas de autocompasión. Era demasiado joven para morir de una forma tan absurda, víctima del capricho de un loco. ¿Qué iba a ser de mis hijos en Pensilvania, esperando un abrazo paternal y unos dulces que nunca iban a llegar? Decidí vender mi vida lo más cara posible. Me remangué figurativamente con expresión severa y ya estaba a punto de esconderme debajo de la colcha cuando un ruido metálico amortiguado procedente de abajo me dejó petrificado.

En aquel instante espantoso, todos los detalles del asalto a casa de los Gorsline regresaron con claridad cristalina y comprendí de repente la espantosa verdad. La policía, pese a haberse jactado de ello, en realidad jamás había recuperado el botín. El cerebro de la banda lo había escondido en alguna parte del edificio y ahora, después de veintinueve años en el infierno de la Guayana Francesa, regresaba para exhumarlo y saldar viejas cuentas. Como Jonathan Small en *El signo de los cuatro*, que regresaba a Pondicherry Lodge desde las Islas Andamán para recuperar el Tesoro de Agra, era una bestia desencadenada, y al dar un portazo en la bodega estaba notificando a los ocupantes de la casa que les había llegado la hora. Lo único que faltaba era el pinchazo del aguijón envenenado y el espasmo final de agonía. Diez minutos más tarde mis rasgos estarían congelados en el atroz *risus sardonicus* y sería imposible distinguirme de Bartholomew Sholto. Estaba listo.

Y sin embargo, tal es la complejidad del espíritu humano, y sobre todo de uno moldeado en el crisol de Oriente, que ni un músculo se alteró en mi mejilla enjuta. En cambio, me inundó una furia enorme y arrolladora. Me sentía decidido a entrar en la bodega y librar a la sociedad de aquella lacra repulsiva aunque me costara la vida. Me hice con la vela, abrí con valentía la puerta y descendí las escaleras con pasos felinos. Cuando ya me acercaba al rellano, una voz femenina, cargada de una ansiedad terrible, me llegó desde abajo.

—Dale con todas tus fuerzas —dijo con aspereza—. Tenemos que abrirla esta noche, como sea.

Reprimí un soplido triunfal involuntario. Así que ésas teníamos. Había una mujer implicada: sin duda había urdido toda la historia, tal como yo sospechaba desde el principio. Con el cuerpo apoyado en la balaustrada, me asomé por encima de la misma con cautela infinita y miré por el hueco de la escalera.

La imagen que vieron mis ojos habría destruido el más fenomenal de los aplomos. Envuelta en un kimono floreado que a duras penas cubría sus generosos encantos, la señora de Purdy Woolwine, la inquilina del primer piso, estaba arrodillada junto a un

cubo de basura metálico, intentando sujetarlo contra el suelo. Su pelo reluciente estaba alborotado y su cara contorsionada como la de los luchadores de los grabados japoneses. A su lado, un hombre pequeño y cetrino al que reconocí vagamente como Woolwine, había encajado un destornillador debajo de la tapa con la ayuda de un martillo y ahora intentaba arrancarla desesperadamente, con la intención obvia de deshacerse de una cesta llena hasta arriba de botellas y desperdicios de fruta. Ninguno de los dos eran conscientes de mi presencia y no la habrían descubierto salvo por el deseo insoportable de estornudar que me sobrevino. Cuando solté un «¡At-chiiis!» salvaje, se giraron bruscamente y se me quedaron mirando, desnudo salvo por los pantalones cortos y la vela en la mano, boquiabiertos en el rellano. Con un chillido atroz que hizo temblar las reproducciones de Piranesi de las paredes, la señora Woolwine se incorporó a medias y se cayó desmayada de lado.

Es fantástico cómo la gente malinterpreta de forma deliberada los incidentes más simples. Que me caiga muerto si no me pasé dos horas explicándoles lo ocurrido a los cazurros de la comisaría del Distrito Octavo. Estaban nerviosos, ¿me entienden? Tenían que encontrar un chivo expiatorio y toda esa basura aterradora. Uno habría creído que yo era Harvey Hawley Crippen[4] a juzgar por la murga que me dieron con sus tests de sobriedad y sus aspavientos acerca del voyeurismo y de Dios sabe qué más. Pero bueno, gracias a Dios todo se ha terminado. En la actualidad paso la mayor parte del tiempo en Pensilvania y, cuando llegue el otoño, probablemente encontremos un alojamiento más adecuado a las necesidades de la familia. Tal vez incluso me vaya otra vez a Oriente, entre ustedes y yo. Ya me he hartado de la vida elegante y de los juegos para el cóctel y de histéricas como la señora de Purdy Woolwine. Respiro mejor en algún sitio como Amboina, donde nadie hace preguntas, donde lo único que uno necesita es un trozo de tela de algodón en la cintura y un pellizco de arroz, y donde un hombre es dueño de su pasado.

Traducción de Javier Calvo

Invierno de moras

Estábamos ya en junio y eran más de las ocho de la mañana, pero había un fuego —no muy grande, sólo leña menuda— en el hogar de la gran chimenea de piedra del salón. Yo estaba allí de pie, casi metido en la chimenea, encorvado sobre la lumbre y jugueteando con los pies descalzos en la piedra caliente. Mientras me deleitaba con el hormigueo y la picazón que el calor producía en la piel de mis piernas desnudas, llamé a mi madre, que debía de estar en el comedor o en la cocina, y le dije:

—Pero si ya es junio, ¡no tengo que ponérmelos!

—Si has de salir, te los pones —dijo ella a voces.

Traté de calibrar el grado de autoridad y convicción que había en su voz, pero desde aquella distancia resultaba difícil. Intenté analizar su tono de voz y luego pensé que había sido una estupidez salir por la puerta de atrás y dejar que ella me viera descalzo. Si hubiera salido por delante o por la puerta lateral, ella no se habría enterado, al menos hasta la hora de cenar, y para entonces ya se estaría poniendo el sol y yo habría recorrido la finca para ver los destrozos causados por la tormenta y bajado al arroyo para ver la crecida. Pero no se me había ocurrido que pudieran impedirte ir descalzo en junio, por mucho temporal y ola de frío que hubiera habido.

Que yo recordara, nadie me lo había impedido siendo junio, y cuando tienes nueve años, lo que recuerdas te parece eterno; y es que te acuerdas de todo, y todo es importante y elemental y parece colmar el tiempo y es tan sólido que uno puede dar vueltas y vueltas a su alrededor, como si fuera un árbol, y contemplarlo. Eres consciente de que el tiempo pasa, de que tiene movimiento, pero el tiempo no es eso. El tiempo no es un movimiento, un fluir, qué sé yo, un viento; es más bien una especie de clima en el que existen las cosas, y cuando una cosa acontece, empieza a vivir y sigue viviendo y toma cuerpo en el tiempo como ese árbol alrededor del cual uno puede dar vueltas. Y si hay un movimiento, el movimiento no es el tiempo propiamente dicho, como tampoco la brisa es el clima, la brisa no hace más que agitar un poco las hojas de ese árbol que está vivo y es sólido. Cuando tienes nueve años, sabes que hay cosas que no sabes, pero sabes que cuando sabes algo es que lo sabes. Sabes cómo son las cosas y sabes que puedes andar descalzo en junio. No entiendes esa voz que te dice desde la cocina que no puedes salir de casa descalzo y corres a ver qué ha pasado y restriegas los pies sobre la hierba mojada y trémula y dejas la huella perfecta de tu pie en el barro liso, cremoso y rojo y luego meditas sobre ello como si te hubieras encontrado esa huella en la reluciente playa primordial del mundo. No has visto nunca una playa, pero has leído el libro y que esa huella estaba ahí.

La voz había dicho lo que había dicho, y yo miré furioso las medias negras y los

robustos, desgastados zapatos marrones que había llevado desde el armario hasta la alfombra del hogar. Dije una vez más «Pero si ya es junio», y esperé.

—Sí —respondió la voz desde lejos—, pero es invierno de moras.

Acababa de levantar la cabeza para replicar, para evaluar de nuevo lo que implicaba ese tono, cuando vi casualmente al hombre.

El hogar estaba situado al fondo de la sala de estar, y es que la chimenea de piedra, como en tantas otras casas de Tennessee, estaba construida al extremo de un gablete, y a cada lado de la chimenea había una ventana. Vi al hombre por la ventana del lado norte del hogar. Al verle, no dije lo que tenía en mente sino que, embobado por aquella insólita visión, observé cómo se acercaba, todavía lejano, por el sendero que bordeaba el bosque.

Lo extraño era que hubiese allí una persona. Aquel sendero corría paralelo a la cerca del corral, entre la cerca y el bosque que llegaba hasta el corral mismo, y luego dejaba atrás los gallineros y seguía bordeando el bosque hasta perderse de vista allí donde el bosque invadía el campo de la parte de atrás. El camino se adentraba entonces en el bosque. Yo sabía que cruzaba el bosque en dirección al pantano, orillaba el pantano allí donde los árboles grandes daban paso a plátanos, robles de agua, sauces y juncos, y luego seguía hasta el río. Nadie iba por allí a menos que quisiera pescar ranas en el pantano o peces en el río o cazar en el bosque, y estas personas, si no tenían la autorización de mi padre, siempre venían a pedir permiso para cruzar la finca. Pero el hombre que yo estaba viendo ahora —lo supe incluso desde aquella distancia— no era cazador ni pescador. Y ¿qué podía hacer un cazador o un pescador por allí después de una tormenta? Además, venía de la parte del río, y nadie había bajado hasta allí aquella mañana. Lo sabía a ciencia cierta, porque si alguien hubiera pasado, desde luego si hubiera pasado un desconocido, los perros habrían armado alboroto y habrían salido a por él. Pero el hombre venía del río y había cruzado el bosque. De repente me lo imaginé avanzando por el camino herboso, en la verde penumbra de bajo los árboles, sin hacer el menor ruido en el sendero, mientras una gruesa gota de agua caía de vez en cuando de una hoja o una rama de roble y golpeaba una hoja inferior con un leve sonido hueco como cuando una gota de agua choca con hojalata. Ese sonido, en el silencio del bosque, sería muy significativo.

Cuando eres un muchacho y estás en medio del bosque, cuya quietud puede ser tan grande que tu corazón casi deja de latir y hace que quieras permanecer en la verde penumbra hasta que notas que los pies se te hunden y se aferran a la tierra como raíces y sientes que tu cuerpo respira lentamente por sus poros como las hojas; cuando estás allí y esperas que la siguiente gota caiga con su leve sonido opaco sobre una hoja inferior, ese sonido parece delimitar algo, poner fin a algo, empezar algo, y te impacientas y tienes miedo de que no ocurra, y cuando ocurre, vuelves a esperar

otra vez, casi con miedo.

Pero el hombre a quien yo veía mentalmente cruzar el bosque no se detenía y esperaba, creciendo hacia el suelo y respirando con la enorme y silenciosa respiración de las hojas. En cambio, me lo imaginaba avanzando por la verde penumbra tal como lo hacía en ese momento por el camino junto al lindero del bosque, en dirección a la casa. Avanzaba ininterrumpidamente pero no deprisa, con los hombros un poco encorvados y la cabeza echada hacia el frente, como alguien que ha caminado mucho y tiene todavía mucho que recorrer. Cerré los ojos unos segundos, pensando que cuando los abriera, él ya no estaría allí. No podía haber venido de ningún sitio, y no había motivo para que viniera por donde lo hacía, camino de nuestra casa. Pero abrí los ojos y allí estaba, y seguía acercándose por el lindero del bosque. Aún no había llegado a la altura del corral de atrás.

—Mamá —dije en voz alta.

—Ponte los zapatos —dijo la voz.

—Viene un hombre —dije—, por la parte de atrás.

Ella no respondió, e imaginé que habría ido a mirar por la ventana de la cocina. Estaría mirando al desconocido, preguntándose quién era y qué quería, como uno hace siempre en el campo, y si yo entraba allí mi madre no notaría enseguida si iba descalzo o no. De modo que volví a la cocina.

Estaba junto a la ventana.

—No le conozco —dijo, sin mirarme.

—¿De dónde vendrá? —pregunté.

—No lo sé —respondió ella.

—¿Qué estaría haciendo allá en el río? Y de noche. Con la tormenta…

Ella se quedó mirando un rato por la ventana y luego dijo:

—Oh, supongo que habrá pasado por la finca de los Dunbar.

Comprendí que era una explicación totalmente lógica. El hombre no había estado en el río de noche, durante la tormenta. Había venido esta misma mañana. Podías atajar por la finca de los Dunbar si no te importaba abrirte paso entre los saúcos, sasafrases y zarzamoras que invadían prácticamente el camino viejo, que ya nadie utilizaba. Eso me satisfizo momentáneamente, pero nada más.

—Mamá —dije—, ¿qué estaría haciendo anoche en la finca de los Dunbar?

Entonces ella me miró, y supe que había cometido una equivocación, pues mi madre estaba mirando mis pies descalzos.

—No te has puesto los zapatos —dijo.

Me salvaron los perros. En ese instante sonó un ladrido que yo supe era de Sam, el collie, y luego un ladrido más ronco y agitado, que era de Bully, y vi un relámpago blanco en el momento en que Bully salía disparado del porche de atrás y corría hacia el hombre. Bully era un bulldog grande de color hueso, de esos que llamaban bulldog

de granja pero que ya no se ven, grueso de pecho y de cabeza, pero con bonitas patas largas. Podía saltar una cerca con la agilidad de un podenco. Acababa de salvar la empalizada blanca en dirección al bosque cuando mi madre salió corriendo al porche de atrás y empezó a gritar:

—¡Ven, Bully! ¡Aquí!

Bully se detuvo en el camino, esperando al hombre, pero todavía soltó varios de aquellos salvajes y gorgoteantes gañidos suyos que parecían salir del fondo de un pozo de piedra. Pude verle el torso salpicado de fango rojo, un fango de aspecto excitante, como la sangre.

El hombre, empero, no había dejado de andar incluso cuando Bully saltó la cerca y se lanzó hacia él. No había dejado de avanzar en ningún momento. Sólo había cambiado, de la derecha a la izquierda, el pequeño paquete de papel que llevaba en la mano, y se había sacado algo del bolsillo del pantalón. Entonces vi el resplandor y supe que tenía un cuchillo en la mano, probablemente una de esas navajas hechas solamente para perpetrar maldades, con una hoja larga que sale disparada cuando se acciona un botón de la empuñadura. Aquella navaja debía de tener un botón en la empuñadura, ¿cómo, si no, podía haber sacado tan rápido aquella hoja reluciente y con una sola mano?

Enseñarles la navaja a los perros fue una cosa bien curiosa, porque Bully era un animal grande y poderoso, y Sam no le iba a la zaga. Si los perros hubieran ido en serio, habrían tumbado al hombre y la habrían emprendido a dentelladas con él antes de que pudiera asestar una sola cuchillada. Debería haber agarrado un palo grueso, algo con que atizarles y que a los perros les hubiera causado respeto. Pero daba la impresión de que no sabía gran cosa de perros. Manteniendo la hoja de la navaja pegada a la pierna derecha, el hombre siguió avanzando por el camino.

Entonces mi madre había dado una voz y Bully se había detenido. En vista de lo cual, el hombre dejó que la hoja retrocediera nuevamente hacia la empuñadura y se guardó la navaja en el bolsillo. Siguió acercándose. Muchas mujeres habrían tenido miedo de un desconocido a quien sabían en posesión de un cuchillo. Es decir, si hubieran estado solas en casa sin nadie más que un niño de nueve años. Y mi madre estaba sola, pues mi padre se había marchado y Dellie, la cocinera, estaba en su cabaña porque no se encontraba muy bien. Pero mi madre no tuvo miedo. No era una mujer corpulenta pero sí muy decidida en todo cuanto hacía, y miraba fijamente a todos y a todo con aquellos ojos azules que tenía. Había sido la primera mujer del condado en montar un caballo a horcajadas (ella era entonces una muchacha y yo no había nacido aún), y la he visto agarrar una escopeta de pistón y aplastar a un gavilán como si fuera un mosquito cuando el pájaro apareció en el corral. Era una mujer constante y segura de sí misma, y cuando pienso en ella ahora, muchos años después de su muerte, recuerdo sus manos morenas y no muy grandes, pero bastante

cuadradas para ser manos de mujer, las uñas cortadas rectas. A decir verdad, más parecían manos de chico que de mujer adulta. Pero en aquel entonces a mí no se me ocurría que mi madre pudiera morir.

Ella lo vio entrar desde el porche por la verja de atrás, donde los perros (Bully había saltado de nuevo al corral) bailaban y gruñían y miraban de soslayo a mi madre para ver si su orden era en firme. El hombre pasó entre los perros, casi rozándolos, y no les hizo el menor caso. Vi que llevaba un viejo pantalón caqui, una chaqueta oscura de lana a rayas y un sombrero de fieltro gris. Llevaba puesta una camisa gris con rayas azules, sin corbata. Pero luego vi que asomaba una corbata, azul y rojiza, del bolsillo lateral de su chaqueta. Todo su atuendo estaba fuera de lugar. Debería haber llevado tejanos o un mono, un sombrero de paja o uno viejo de fieltro negro, y en cuanto a la chaqueta, aun concediendo que llevara una pelliza de lana y no un jubón, no debería haber tenido esas rayas. Eran prendas que, pese a ser lo bastante viejas y sucias para cualquier vagabundo, no cuadraban en el patio de nuestra casa, viniendo por el camino, en el centro de Tennessee, muy lejos de cualquier ciudad grande y a más de un kilómetro de la carretera.

Cuando el hombre llegó a los escalones, sin haber abierto la boca, mi madre, en un tono muy desapasionado, dijo:

—Buenos días.

—Buenos días —dijo él, y se detuvo y la examinó detenidamente. Bajo el ala del sombrero, que no se había quitado, se veía el rostro nada memorable, ni joven ni viejo tampoco, ni grueso ni delgado. Era un rostro grisáceo, a lo que contribuía la barba de dos o tres días. Sus ojos eran de un indefinido color avellana fangoso, o algo así, inyectados en sangre. Cuando abrió la boca, vi que tenía los dientes amarillos y desparejos. Un par de ellos se los habían saltado. Era fácil adivinarlo porque lucía una cicatriz, no muy antigua, en el labio inferior, justo debajo de la brecha.

—¿Está buscando trabajo? —le preguntó mi madre.

—Sí —respondió él (no «sí, señora»), y tampoco entonces se quitó el sombrero.

—No sé lo que dirá mi marido porque no está —dijo mi madre, y no le importó nada informar al vagabundo, si es que eso era, de que no había un hombre en la casa —, pero puedo encargarle un par de cosas. La tormenta me ha matado muchas gallinas. Tres jaulas llenas. Entiérrelas bien hondo para que los perros no empiecen a escarbar. En el bosque. Y arregle los gallineros que ha tirado el viento. Y allá junto al lindero del bosque hay algunos pollos ahogados. Salieron del corral y no pude hacerlos entrar. Y eso que llovía mucho: los pollos no tienen sentido común.

—¿De qué clase de pollos está hablando? —inquirió él, escupiendo sobre la acera de ladrillo. Restregó el pie sobre el lugar donde había caído la saliva y vi que llevaba unos zapatos negros, puntiagudos y planos, muy destrozados. A quién se le ocurría llevar esos zapatos en el campo.

—Ah, son de pavo —estaba diciendo mi madre—. No tienen el menor sentido común. De todos modos, no sé por qué crío pavos habiendo tantas gallinas aquí. No crecen bien cuando hay gallinas cerca, ni siquiera en corrales separados. Y yo, a mis gallinas, no pienso renunciar. —Calló un momento y volvió a adoptar el tono profesional—. Cuando termine eso, puede usted arreglar mis arriates. La tormenta ha arrastrado mucho barro, desperdicios y cascajos. Si va con cuidado, a lo mejor me salva algunas flores.

—Flores —dijo el hombre con una voz grave e impersonal que parecía preñada de significado, pero de un significado que no atiné a descifrar. Ahora que pienso en ello, creo que no fue mero desprecio. Más bien diría que el hombre se admiró, de un modo impersonal y distante, de la inminente posibilidad de hurgar en un arriate. Dijo aquella palabra y luego desvió la vista hacia el patio.

—Sí, flores —replicó mi madre con aspereza, como si no quisiera que nadie dijese o insinuase nada contra las flores— Este año estaban preciosas. —Calló y miró al desconocido—. ¿Tiene usted hambre? —preguntó.

—Sí —dijo él.

—Le prepararé alguna cosa —dijo ella— antes de que se ponga a trabajar. —Se volvió hacia mí—. Enséñale dónde puede lavarse —me ordenó, y entró en la casa.

Llevé al hombre al final del porche, donde había una bomba y un par de jofainas sobre una repisa baja para que la gente pudiera lavarse antes de entrar en casa. Me quedé allí de pie mientras él dejaba su paquete envuelto en papel de periódico y se quitaba el sombrero y buscaba con la vista un clavo donde colgarlo. Bombeó agua y metió las manos en ella. Eran unas manos grandes, y parecían fuertes, pero no tenían los surcos ni el color terroso de las manos de quienes trabajan al aire libre. Pero estaban sucias, con una mugre negra metida bajo las uñas e incrustada en la piel. Una vez se hubo limpiado las manos, llenó otra jofaina de agua y se lavó la cara. Se la secó y, con la toalla colgando todavía de sus manos, se aproximó al espejo que había en la pared de la casa. Pasó una mano por su barba crecida y luego se examinó detenidamente la cara, girándola primero a un lado y después al otro. Finalmente, retrocedió unos pasos y se echó sobre los hombros la chaqueta a rayas. Por sus ademanes, por el modo en que se alisó la chaqueta y se examinó en el espejo, se habría podido pensar que iba a la iglesia o a una fiesta.

Entonces me pilló mirándole. Clavó en mí sus ojos inyectados en sangre e inquirió con voz grave y áspera:

—¿Qué estás mirando?

—¿Yo? Nada —acerté a decir, y retrocedí un paso.

Arrojó la toalla, arrugada, a la repisa y entró en la cocina sin llamar antes a la puerta.

Mi madre le dijo algo que no pude oír bien. Me disponía a entrar de nuevo cuando

recordé que iba descalzo, y decidí volver por el corral, adonde el hombre tendría que ir para recoger las gallinas muertas. Me quedé detrás del gallinero hasta que le vi salir.

El hombre cruzó el corral con mucho escrúpulo, casi melindroso, contemplando el lodo compacto salpicado de excrementos de gallina. El barro se le pegaba a las suelas de sus zapatos negros. Yo estaba a menos de dos metros de él cuando le vi recoger la primera gallina ahogada. La levantó por una pata y la inspeccionó un momento.

Nada parece más muerto que una gallina ahogada. Las patas se encogen endebles y como desinfladas, cosa que a mí, aun siendo un niño de campo al que no le daba miedo matar cerdos ni pescar ranas con anzuelo, me producía siempre un vahído en el estómago. El cuerpo de la gallina, en vez de rollizo y esponjoso, es fibroso y flácido, con el plumón apegotado, y el cuello queda flojo como un jirón de trapo. Y los ojos están cubiertos por una membrana azulina que te hace pensar en un viejo muy viejo a punto de morirse.

El hombre inspeccionó la gallina. Luego miró a su alrededor como si no supiera qué hacer con el cadáver.

—En el cobertizo hay un canasto muy grande —dije, y le señalé el alpende contiguo al gallinero—. Y también hay una pala —añadí.

El hombre fue a por el canasto y empezó a retirar gallinas muertas, cogiéndolas por una pata para lanzarlas acto seguido a la cesta con un gesto enérgico y desagradable. De vez en cuando me lanzaba miradas con sus ojos inyectados. Cada vez parecía que iba a decirme algo, pero no. Quizá estaba tratando de decir alguna cosa, pero no esperé a que eso ocurriera. Su mirada me hacía sentir tan incómodo que decidí irme del corral.

Además, acababa de recordar que el arroyo se había desbordado y que la gente habría ido a verlo. Crucé el terreno camino del puente. Cuando llegué al tabacal, vi que los desperfectos no eran grandes. La tierra estaba bien y pocas tabaqueras habían sido arrancadas del suelo. Pero yo sabía que el tabaco había sufrido mucho en toda la región. Así lo había dicho mi padre en el desayuno.

Mi padre estaba en el puente. Cuando salí al camino por la brecha que había en el seto vivo, le vi montado en su yegua dominando las cabezas de los otros hombres que estaban allí de pie, contemplando la crecida. En ese punto, el arroyo era grande incluso sin crecida; apenas tres kilómetros más abajo desembocaba en el río, y cuando había una riada de las buenas el agua llegaba roja hasta la carretera a su paso por el puente, que era un puente de hierro, y saltaba por encima del tablero e incluso del pretil del puente. Sólo la parte superior del herraje quedaba a la vista, con el agua arremolinada y espumeando roja y blanca a su alrededor. El arroyo crecía tan deprisa y con tanta fuerza porque, unos kilómetros antes, bajaba de las colinas por gargantas

que se colmaban de agua en un santiamén cada vez que llovía. El cauce corría por un lecho profundo flanqueado de farallones de caliza hasta que llegaba a unos mil doscientos metros del puente, y cuando salía de entre aquellos riscos y venía crecido, el agua hervía y silbaba y echaba humo como si saliera de una manguera de bomberos.

Siempre que había crecida, gente de medio condado venía a ver el espectáculo. Al fin y al cabo, después de un temporal no se podía trabajar. Cuando no estropeaba la cosecha, no podías arar y te daban ganas de tomarte unas vacaciones para celebrarlo. Y si estropeaba la cosecha, entonces sólo quedaba tratar de no pensar en la hipoteca —si eras lo bastante rico para tener una—, y el que no podía permitirse una hipoteca necesitaba algo que le distrajera para no pensar en el hambre que iba a pasar en Navidad. Por eso bajaban muchos hasta el puente, a mirar la crecida. Era una forma de romper la monotonía del trabajo diario.

No se solía hablar mucho tras unos primeros minutos especulando hasta dónde había subido el agua esta vez. Hombres y chavales se quedaban allí de pie o a lomos de caballos y mulas, según el caso, o subidos a la plataforma de un carro. Se admiraban de la crecida durante un par de horas, y entonces alguien anunciaba que volvía a casa a cenar y se alejaba por la encharcada carretera gris de piedra caliza, o metía piernas a su montura y echaba a andar. Todo el mundo sabía con exactitud lo que iba a ver cuando llegara al puente, pero la gente acudía igual. Era como ir a un funeral o a la iglesia. Acudían, eso sí, siempre que fuera verano y la crecida repentina. Nadie iba a ver una riada en invierno.

Cuando salí por la brecha en el seto vivo, vi a una veintena de hombres y un montón de chiquillos, y vi a mi padre montado en su yegua, Nellie Gray. Era un hombre alto y cimbreño y tenía buena presencia. Yo siempre me enorgullecía de verle a caballo, tan recto y tranquilo, y cuando salí por la brecha del seto, lo primero que pasó fue, lo recuerdo bien, esa agradable sensación que siempre experimentaba al verle así, descansando sin desmontar del caballo. No fui hacia donde estaba él, sino que di un rodeo para buscar un buen punto de observación. De entrada, no estaba seguro de qué diría mi padre de que yo estuviera descalzo. Pero un instante después oí su voz que me llamaba: «¡Seth!».

Caminé hacia él pasando con gestos de disculpa entre los hombres, que volvieron hacia mí sus rostros grandes, cetrinos, colorados o flacos. Yo conocía a algunos de ellos, y sabía sus nombres, pero como los que me eran conocidos estaban inmersos en la multitud, mezclados con caras desconocidas, me parecían extraños y poco amistosos. No levanté los ojos para mirar a mi padre hasta que estuve casi al alcance de sus espuelas. Entonces le miré e intenté leer en su rostro si estaba enfadado por ir yo descalzo. Antes de que pudiera interpretar la expresión de su cara de pómulos salientes, él se había inclinado hacia mí y me ofrecía la mano.

—Agárrate —me ordenó.

Lo hice, di un saltito y él dijo «¡Aaaarriba!», y me izó, ligero como una pluma, al borrén de su silla de montar McClellan.

—Desde aquí lo verás mejor —dijo. Me hizo sitio en el arzón echándose un poco hacia atrás y luego, mirando sobre mi cabeza la turbulenta corriente, pareció olvidarse de mí. Pero su mano derecha estaba en mi costado, un poco más arriba del muslo, para impedir que me cayera.

Estaba yo allí sentado, sintiendo en mis hombros el leve subir y bajar del pecho de mi padre, cuando vi la vaca. Al principio, la tomé por madera de deriva que bajaba a toda velocidad entre los pliegues del cauce, pero de repente un chico bastante corpulento que había trepado a un poste de teléfono próximo a la carretera, para ver mejor, gritó:

—¡Demonios, mirad esa vaca!

Todo el mundo miró. Era una vaca, en efecto, pero habría podido ser madera de deriva porque estaba más tiesa que un tronco, dando vueltas y vueltas arroyo abajo, sacando ora las patas ora la cabeza, a la superficie del agua.

La vaca puso a hablar de nuevo a los hombres. Alguien se preguntó en voz alta si el animal iría a parar a uno de los espacios despejados que había bajo la viga superior del puente y pasaría sin más, o si quedaría enganchado en los desperdicios que la crecida había amontonado junto a las vigas de apoyo y las riostras. Alguien recordó que hacía diez años el puente había sido arrancado de sus cimientos por la gran acumulación de madera de deriva. Entonces llegó la vaca. Chocó con los desperdicios amontonados al pie de una de las vigas y allí se quedó. Durante unos segundos pareció que se iba a soltar, pero entonces vimos que había quedado enganchada. Subía y bajaba sobre el costado de una manera lánguida, insegura, agobiante. Llevaba al cuello un yugo de esos que hacen con una rama ahorquillada; sería una vaca aficionada a saltar barreras.

—Habrá saltado una cerca —dijo uno de los hombres.

Y otro:

—Pues es la última que salta, eso seguro.

Entonces se pusieron a hablar de quién podía ser el dueño de la vaca, y decidieron que probablemente era Milt Alley. Decían que tenía una vaca de las que salta y que la guardaba en una parcela vallada, río arriba. Yo no conocía a Milt Alley personalmente, pero sabía quién era, un intruso que vivía en una cabaña en una hazuela perdida entre las colinas. Era un blanco muy pobre. Tenía muchos hijos. Yo los había visto en la escuela, cuando les daba por ir. Estaban demacrados, tenían el pelo de un rubio sucio, lacio y apelmazado, y olían a algo como suero de leche pasado, no porque bebieran mucho suero de leche sino porque ése es el olor que suelen despedir los niños de esas cabañas. El mayor de los Alley dibujaba cosas

guarras y las enseñaba a los más pequeños de la escuela.

La vaca era de Alley. Parecía la clase de vaca que él podía tener, una vaca escuálida, vieja, de lomo arqueado y con un yugo alrededor del pescuezo. Me pregunté si Milt Alley tendría alguna más.

—Papá —dije—, ¿tú crees que Milt Alley tiene otra vaca?

—Se dice el señor Alley —dijo mi padre en voz baja.

—¿Crees que sí?

—Ni idea —respondió.

Un chico larguirucho, de unos quince años, que estaba mirando la vaca montado en un mulo viejo y esquelético con un trozo de arpillera sobre su dentada espina dorsal, dijo de pronto sin dirigirse a nadie:

—¿Alguien ha comido alguna vez carne de vaca ahogada?

Era la clase de chaval que podría muy bien haber sido hijo de Milt Alley, con su mono raído y descolorido, los bajos del pantalón hechos harapos y los zapatones tiesos de barro colgando de sus huesudos tobillos sin calcetines a la altura de la tripa del mulo. Después de decir lo que dijo, se le vio enfurruñarse cuando todas las miradas giraron hacia él. No lo había dicho en serio, estoy casi seguro. Era demasiado orgulloso para decir una cosa así, como lo habría sido Milt Alley. Sólo había expresado en voz alta un pensamiento, nada más.

Había un hombre de pie en la carretera, un viejo de barba blanca.

—Hijo —le dijo al avergonzado chico del mulo—, cuando seas mayor sabrás que un hombre puede comer cualquier cosa cuando le es preciso.

—Pues este año a más de uno le va a tocar hacerlo —dijo otro hombre.

—Hijo —prosiguió el viejo—, en mi época comí cosas que nadie se atrevería a imaginar. Fui soldado en las tropas del general Forrest, y no sabes las cosas que comimos cuando nos hizo falta. Comí carne de animales que echaban a correr cuando sacabas el cuchillo para cortar un pedazo y ponerlo al fuego. Había que darles un culatazo con la carabina, imagínate cómo se movían. Esa carne saltaba como los sapos, de tantos insectos como tenía.

Pero nadie estaba escuchando al viejo. El chico de la mula dejó de mirarle con expresión malhumorada, hincó los talones al mulo y echó a andar por la carretera con un movimiento que hacía pensar que en cualquier momento oirías partirse los huesos de la bestia dentro de su descarnado y escrofuloso pellejo.

—El chico de Cy Dundee —dijo un hombre, y señaló hacia la silueta que se alejaba por la carretera montado en su mulo.

—Yo creo que los hijos de Cy Dundee no le habrán hecho ascos a una vaca ahogada en más de una ocasión —dijo otro hombre.

El viejo de la barba los miró con sus ojos débiles y torpes, primero a uno y luego a otro.

—Si uno vive lo suficiente —dijo—, es capaz de comerse cualquier cosa.

Se hizo el silencio otra vez. La gente siguió contemplando la roja corriente salpicada de espuma.

Mi padre alzó la brida con la mano izquierda y la yegua giró para enfilar la carretera después de rodear al grupo. Cabalgamos hasta llegar a la verja grande, y allí mi padre desmontó para abrirla y me dejó guiar a Nellie Gray. Cuando llegó al sendero que partía del camino particular a unos doscientos metros de nuestra casa, mi padre dijo «Agárrate». Me agarré y él me hizo bajar al suelo.

—Voy a seguir a caballo para ver el maíz —dijo—. Vete a casa.

Tomó por el sendero y yo me quedé allí viéndolo alejarse. Mi padre llevaba unas botas de pelleja y una vieja pelliza de cazador, y yo pensé que tenía un aspecto muy marcial, como en un grabado. Por eso y por el modo en que montaba.

No fui a casa, sino que pasé por el huerto y por detrás del establo para ir a la cabaña de Dellie. Quería jugar un rato con Jebb, el hijo pequeño de Dellie, que era dos años mayor que yo. Además, tenía frío. Tiritaba al andar, y se me había puesto carne de gallina. El barro que se me colaba entre los dedos de los pies al caminar estaba frío como el hielo. Dellie habría encendido fuego, pero no me haría poner zapatos ni calcetines.

Era una cabaña de troncos, con uno de sus lados, puesto que estaba en una pendiente, apoyado en unas piedras de caliza, con un pequeño porche al lado, y tenía alrededor una pequeña cerca encalada y una verja con puntas de arado sobre un alambre para que sonaran cuando entraba alguien, y tenía dos robles enormes en el patio y algunas flores y un bonito excusado en la parte de atrás con madreselvas que trepaban a él. Dellie y el viejo Jebb, que era el padre de Jebb y que vivía con Dellie desde hacía veinticinco años aunque no se habían casado, procuraban tenerlo todo bonito. Se habían ganado fama en la comunidad de ser unos negros limpios e inteligentes. Dellie y Jebb eran lo que antes se llamaba «negros de gente blanca». Había una gran diferencia entre su cabaña y las otras dos que había más abajo y donde vivían otros inquilinos. Mi padre procuraba que las otras cabañas estuvieran siempre a prueba de intemperie, pero no podía encargarse de bajar a recoger toda la basura que dejaban por allí. Sus inquilinos no se molestaban en tener un pequeño huerto como Dellie y Jebb ni hacían conserva de ciruelas silvestres y confitura de maíllas, como hacía Dellie. Eran unos holgazanes, y mi padre siempre los amenazaba con echarlos. Pero nunca lo hacía. Cuando por fin se marcharon, lo hicieron por su propia cuenta y sin ningún motivo, para seguir siendo unos holgazanes en alguna otra parte. Luego vinieron otros. Pero mientras tanto vivían allá abajo, Matt Rawson y su familia y Sid Turner y la suya, y yo jugaba con sus hijos por todo el terreno cuando no estaban trabajando. Pero cuando yo no estaba por allí, a veces se portaban mal con el pequeño Jebb. Y era porque esos otros inquilinos tenían celos de Dellie y de Jebb.

Tenía tanto frío que los últimos cincuenta metros hasta la casa los hice corriendo. No bien hube cruzado la puerta del patio, vi que la tormenta había castigado mucho las flores de Dellie. El patio, como he dicho, estaba en una pendiente, y el agua había arrancado los macizos y arrastrado toda la estupenda tierra de bosque que Dellie había traído. La poca hierba que quedaba en el patio estaba como pegada al suelo, tal como la había dejado el agua de crecida. Me hizo pensar en el plumón pegado a la piel de las gallinas ahogadas que el desconocido había estado recogiendo en el corral de mi madre.

Di unos pasos en dirección a la cabaña y entonces vi que el agua drenada había sacado de debajo de la casa un montón de desperdicios e inmundicia. Más cerca del porche, el suelo ya no estaba limpio. Trapos viejos, dos o tres latas oxidadas, pedazos de cuerda podrida, restos de caca de perro, cristales rotos, papel viejo y cosas por el estilo que habían salido de bajo la casa dejando el patio de Dellie hecho una pena. Estaba tan feo como los patios de las otras cabañas, por no decir más. En realidad, más, porque no te lo esperabas. Yo nunca había imaginado que debajo de la casa de Dellie podía haber tanta porquería. No era una crítica contra ella, que debajo de su cabaña hubiera todo aquello. La basura se mete debajo de cualquier casa. Pero no fue eso lo que pensé cuando vi la inmundicia que había invadido el suelo que Dellie barría a veces con una escoba de ramitas para que estuviera limpio y bonito.

Sorteé los desechos como pude, cuidando de no pisarlos con los pies descalzos, y me llegué hasta la puerta. Cuando llamé, oí su voz diciéndome que entrara.

Dentro de la cabaña estaba oscuro, viniendo yo de afuera, pero distinguí a Dellie acurrucada en la cama bajo una colcha, y al pequeño Jebb sentado frente al hogar, donde borboteaba una lumbre baja.

—Hola —le dije a Dellie—. ¿Cómo te encuentras?

Sus grandes ojos, con aquel deslumbrante blanco que te sorprendía en su cara negra, quedaron fijos en mí, pero Dellie no respondió. No parecía ella ni actuaba como ella; Dellie siempre estaba trajinando en la cocina, murmurando para sí, riñéndonos a mí o a Jebb, haciendo toda clase de ruidos innecesarios con los cacharros y rezongando como una de esas anticuadas trilladoras de vapor cuando va sobrada de presión y hace que el regulador petardee y toda ella gruñe y se sacude. Pero Dellie estaba tumbada en la cama, bajo la colcha de patchwork, con su cara negra, que yo apenas reconocía, vuelta hacia mí y el blanco de los ojos deslumbrante.

—¿Cómo te encuentras? —repetí.

—Estoy enferma —graznó la voz, saliendo de la extraña cara negra que no estaba acoplada al corpachón menudo de su dueña, sino que emergía de un lío de sábanas. Y añadió la voz—: Muy enferma.

—Lo siento —acerté a decir.

Los ojos quedaron posados en mí un momento más, y luego la cabeza volvió a

apoyarse en la almohada. «Lo siento», dijo la voz en un tono que no era de pregunta ni de afirmación. Fue un poner en el aire esas palabras sin el menor significado, un dejarlas allí flotando como una pluma o un poco de humo, mientras los grandes ojos, con el blanco como clara de huevo duro recién pelado, miraban fijamente al techo.

—Dellie —dije al cabo de un rato—, arriba en la casa hay un vagabundo. Tiene un cuchillo.

Dellie no me escuchaba. Cerró los ojos.

Fui de puntillas a donde estaba Jebb y me acurruqué a su lado, frente al hogar. Empezamos a hablar en voz baja. Le pregunté por qué no sacaba el tren y jugábamos a trenes. El viejo Jebb había acoplado unas bobinas, a modo de ruedas, a tres cajas de puros y unos eslabones de alambre entre caja y caja para hacerle un tren a Jebb. La caja que hacía de locomotora tenía la tapa cerrada y un trozo de mango de escoba a guisa de chimenea. Jebb no quería sacar el tren, pero yo le dije que me iría a casa si no lo sacaba. Finalmente fue a buscarlo, además de las piedras de colores, los fósiles de crinoideo y demás cosas que utilizaba como carga, y nos pusimos a jugar, hablando como pensábamos que hacía la gente del ferrocarril, imitando en voz baja el ruido de la locomotora y emitiendo de vez en cuando flojos y cautos tu-tuts a modo de silbato. Tan enfrascados estábamos jugando a trenes, que los silbidos fueron subiendo de volumen. Y entonces, sin darse cuenta, Jebb lanzó un tu-tut a grito pelado avisando de que venía un cruce.

—Ven —dijo la voz desde la cama.

Jebb, que estaba a gatas, se levantó despacio y me lanzó una repentina y explícita mirada hostil.

—¡Ven! —repitió la voz.

Jebb se acercó a la cama. Dellie se incorporó a duras penas sobre un codo y musitó:

—Acércate.

Jebb obedeció.

—Lo haré aunque sea lo último que haga —dijo Dellie—. Te había avisado de que no hicieras ruido.

Entonces le abofeteó. Fue un bofetón horrible, más aún por la debilidad de la cual procedía y que ponía de manifiesto. Yo la había visto pegar a Jebb otras veces, pero siempre con esa clase de bofetada que cabe esperar de una negra refunfuñona y de buen corazón como Dellie. Pero esta vez fue distinto: un cachete horrible. Tanto, que Jebb no emitió sonido alguno. Las lágrimas le saltaron de golpe y bañaron su rostro, y su respiración se volvió entrecortada, como a jadeos.

Dellie se tumbó otra vez.

—No se puede ni estar enferma —clamó hacia el techo—. Te pones mala y no te dejan en paz. Te pisotean de mala manera. Ni enferma puede estar una. —Luego

cerró los ojos.

Salí de la habitación. Casi corrí para llegar a la puerta delantera, y de hecho crucé el porche, bajé los escalones y atravesé el patio a la carrera, sin preocuparme de si pisaba o no la porquería. Corrí casi hasta llegar a casa. Entonces recordé que mi madre se iba a enfadar por ir yo descalzo, y bajé a las cuadras.

Oí un ruido en el establo y abrí la puerta. Allí estaba Big Jebb sentado sobre un cuñete de clavos, tirando hollejas de maíz a un cuévano grande. Entré, cerré la puerta y me agaché a su lado en el suelo. Estuve así un par de minutos, antes de que uno de los dos hablara, viéndole deshollejar el maíz.

Big Jebb tenía las manos muy grandes, nudosas y con las articulaciones grisáceas, y unas palmas calludas que parecían rayadas de herrumbre, una herrumbre que se le metía entre los dedos y asomaba por el dorso. Tan fuertes y robustas eran sus manos, que con un movimiento de la palma podía coger una espiga grande de maíz y arrancar los granos de la mazorca, como una máquina. «Si trabajas tanto como yo», solía decir, «el buen Dios te dará unas manos duras como el hierro forjado.» Y, en efecto, sus manos parecían de hierro forjado, hierro viejo con rayas de herrumbre.

Era muy viejo, setenta y tantos años, treinta o más que Dellie, pero fuerte como un toro. Aparte de eso era un poco achaparrado, cargado de espaldas y con unos brazos larguísimos, el tipo que por lo visto tienen los nativos del río Congo de tanto remar en sus embarcaciones. Su cabeza era como una bala redonda, sus hombros poderosos. Tenía la piel muy negra, y el escaso cabello que conservaba exhibía mechones grises como el algodón viejo después de espadarlo. Tenía los ojos pequeños y la nariz chata, pero no grande, y el rostro más afable y más sabio del mundo, el rostro franco, triste y sabio de un animal viejo que contempla tolerante las idas y venidas de las pobres criaturas humanas que pasan ante él. Era un buen hombre, y yo le quería mucho. Acuclillado en el piso del establo, le observé deshollejar el maíz con aquellas herrumbrosas manos de hierro, mientras él me miraba con sus ojillos incrustados.

—Dellie dice que está muy enferma —dije.

—Sí.

—¿De qué está enferma?

—De pena femenina —dijo Jebb.

—¿Y eso qué es?

—Una cosa que les entra —dijo—. Una cosa que les viene cuando llega el momento.

—¿Y qué es?

—Es el cambio —dijo—. El cambio de la vida y del tiempo.

—¿Qué es lo que cambia?

—Eres demasiado pequeño para esas cosas.

—Quiero saberlo.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás todo.

Era inútil seguir preguntando, yo lo sabía muy bien. Cuando le preguntaba cosas y él me respondía así, sabía que no me lo iba a decir. Seguí observándole en cuclillas. Ahora que llevaba un rato allí quieto, empecé a sentir frío otra vez.

—¿Por qué tiemblas? —me preguntó.

—Tengo frío. Tengo frío porque es invierno de moras… —dije.

—Quizá sí y quizá no —dijo él.

—Mi madre dice que sí.

—Yo no digo que miss Sallie tenga razón o deje de tenerla. Pero la gente no lo sabe todo.

—¿Por qué no es invierno de moras?

—Ya ha pasado el momento. Todas las zarzamoras están floridas.

—Pues ella dice que sí.

—El invierno de moras no es más que una ola de frío. Tal como viene se va, y hete aquí que llega el verano, rápido como un escopetazo. No hay manera de saber si esta vez se marchará.

—Estamos en junio —dije.

—Junio —replicó él con desdén—. Eso es lo que la gente dice. Qué significa junio, ¿eh? Puede que el frío ya no desaparezca.

—¿Por qué?

—Porque esta tierra está cansada y vieja. Está cansada y no quiere producir más. El Señor dejó que una vez lloviera cuarenta días y cuarenta noches porque estaba harto de los pecadores. Quizá esta vieja tierra le diga al Señor, Oh Señor, estoy harta, déjame descansar, Señor. Y el Señor le diga, Tierra, has dado lo mejor de ti misma, has dado maíz y has dado patatas, y ellos sólo piensan en su tripa. Sí, Tierra, puedes descansar.

—¿Qué pasará entonces?

—La gente arrasará con todo. La tierra no producirá más. La gente cortará los árboles y los quemará para no pasar frío, y la tierra no dará más cosechas. Yo hace tiempo que lo vengo diciendo, que tal vez ha llegado la hora, este mismo año. Pero la gente no escucha, no quiere saber que la tierra está cansada. Puede que este año se enteren de una vez.

—¿Todo morirá?

—Todo y todos, así ha de ser.

—¿Este año?

—Eso nadie lo sabe. Quizá sí.

—Pues mi madre dice que es invierno de moras… —sentencié confiado, y me puse en pie.

—Yo no he dicho nada contra miss Sallie —dijo.

Fui hacia la puerta del establo. Tenía frío de verdad. Al correr había sudado, y ahora era peor. Me quedé allí un momento mirando a Jebb, que volvía a deshollejar maíz.

—Ha venido un vagabundo a casa —dije. Casi me había olvidado de él.

—¿Sí?

—Por el camino de atrás. ¿Qué estaría haciendo allá abajo con la tormenta?

—La gente viene y va —dijo—, no hay forma de saberlo.

—Tenía una navaja.

—Vienen y van, los buenos y los malos. Con tormenta o con sol, de día o de noche. Son gente, y como gente que son vienen y se van.

Me agarré a la puerta, tiritando. Él me miró un momento y luego dijo:

—Vete a casa, vas a coger una pulmonía. ¿Y qué dirá entonces tu madre?

Dudé un poco.

—Vete ya —dijo Jebb.

Cuando llegué al patio de atrás, vi que mi padre estaba junto al porche y que el vagabundo caminaba hacia él. Se pusieron a hablar antes de que yo llegara, pero tuve tiempo de oír que mi padre le decía:

—Lo lamento, no hay trabajo para usted. Ahora mismo tengo todos los peones que necesito. No voy a necesitar más jornaleros hasta que empiece la trilla.

El desconocido no dijo nada, se limitó a mirar a mi padre.

Mi padre sacó el monedero de piel y extrajo una moneda de medio dólar. Se la tendió al vagabundo.

—Esto es por media jornada —dijo.

El hombre miró la moneda, miró a mi padre, pero no hizo ademán de coger el dinero. La cantidad, sin embargo, era justa. En 1910 se pagaba un dólar al día. Y aquel hombre no había trabajado siquiera la media jornada.

Entonces el vagabundo alargó la mano, cogió la moneda y se la guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta. Después, pausadamente y sin la menor emoción, dijo:

—Yo no quería trabajar en su ( ) granja.

A mí me habrían molido a palos por emplear esa palabra.

Miré a mi padre. Su rostro estaba rayado de blanco bajo las quemaduras del sol.

—Lárguese de aquí —dijo—. Lárguese o no me hago responsable.

El hombre metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Era el bolsillo donde guardaba la navaja de resorte. Yo iba a gritarle a mi padre lo del cuchillo cuando vi que la mano salía sin nada. El hombre esbozó una sonrisa torva, mostrando el boquete que tenía encima de la cicatriz. En ese instante pensé que tal vez había intentado atacar a alguien con la navaja y por eso le habían saltado los dientes.

La cara inmemorable y gris mostró aquella torva, nauseabunda sonrisa suya, y

luego el hombre escupió al piso enladrillado. El escupitajo aterrizó a unos quince centímetros de la puntera de la bota derecha de mi padre. Mi padre lo miró, y yo también. Tuve la certeza de que si el escupitajo hubiera tocado su bota, algo habría sucedido. Vi el escupitajo brillante, y a un lado las recias botas de pelleja de mi padre, con sus cordones de piel y sus ojales de latón, botas gruesas salpicadas del buen lodo rojizo y bien asentadas en los ladrillos, y al otro lado los destrozados y puntiagudos zapatos negros, en los que el barro se veía triste y fuera de lugar. Entonces vi que uno de los zapatos se movía, apenas un poco, para dar finalmente un paso atrás.

El hombre describió un cuarto de circunferencia hasta el extremo del porche, con la mirada de mi padre siguiéndole en todo momento. Al llegar al extremo, el hombre alcanzó el paquete de papel de periódico que había dejado en la repisa de las jofainas y desapareció al doblar la esquina de la casa. Mi padre subió al porche y entró en la cocina sin decir palabra.

Rodeé la casa para ver qué hacía el vagabundo. Ya no le tenía miedo, por más que guardara un cuchillo. Cuando llegué a la parte delantera, le vi salir por la verja y echar a andar por el camino en dirección a la carretera. Corrí. Había recorrido unos sesenta metros del camino particular cuando yo le alcancé.

Al principio no me puse a su altura sino que le seguí, como haría cualquier chiquillo, a unos dos o tres metros de distancia, corriendo de vez en cuando para no rezagarme mucho pues él andaba a grandes trancos. Cuando llegué por primera vez a su altura, el hombre volvió la cabeza y me miró sin expresión, luego fijó la vista en el camino y siguió andando como si nada.

Cuando hubimos doblado el recodo del camino particular que dejaba la casa fuera de la vista, e íbamos ya junto al lindero del bosque, decidí ponerme a su altura. Corrí unos cuantos pasos y casi estaba a su lado, sólo unos palmos a su derecha. Seguí andando un rato en esa posición, pero él no me hacía el menor caso. Continué hasta que estuvimos a la vista de la verja grande que daba a la carretera.

Entonces le dije:

—¿De dónde viene?

Él me miró como si le sorprendiera mi presencia.

—Eso no es asunto tuyo —dijo.

Seguimos andando otros quince metros y entonces pregunté:

—¿Adónde va?

El hombre se detuvo, me estudió desapasionadamente durante unos segundos y de pronto dio un paso hacia mí y acercó su cara a la mía. Los labios se separaron, pero no como para sonreír, enseñándome los dientes que le faltaban y haciendo que la cicatriz del labio inferior se pusiera blanca de tensión.

—Deja de seguirme —dijo—. Si no paras de seguirme te rebanaré el pescuezo, hijo de puta.

Luego siguió hacia la verja y enfiló la carretera.

De eso hace treinta y cinco años. En este tiempo mi padre y mi madre han muerto. Yo era aún un muchacho, pero bastante crecido, cuando mi padre murió del tétanos a resulta de un corte que se hizo con la hoja de una segadora mecánica. Mi madre vendió la finca y se fue a vivir a la ciudad con su hermana. Pero ya no se recuperó de la muerte de mi padre, y tres años después falleció, en la plenitud de su vida. Mi tía siempre decía: «Sallie se murió de pena, tanto quería a su marido». Dellie también ha muerto, pero bastante después de que vendiéramos la granja, según he oído decir.

En cuanto al pequeño Jebb, se convirtió en un negro malo y violento. Mató a otro negro en una pelea y fue enviado a la penitenciaría, donde sigue aún, por lo que yo sé. Supongo que acabó siendo malo y pendenciero de tanto como le fastidiaban los hijos de los otros inquilinos, que tenían celos de Dellie y Jebb porque eran listos y les iba bien, y por ser negros de gente blanca.

El viejo Jebb vivió y vivió. Le vi hace diez años y ya era centenario, aunque nadie lo hubiera dicho. Residía en la ciudad, viviendo del socorro estatal —eran los tiempos de la Depresión— cuando fui a verle. Esto fue lo que me dijo:

—Soy demasiado fuerte para morir. Cuando era apenas un jovencito y vi de qué iba la cosa, recé al Señor y le dije: Oh, Señor, dame fuerzas y hazme fuerte para soportarlo todo. El Señor escuchó mi plegaria. Me dio fuerzas. Yo me sentía orgulloso de mi fortaleza y de ser muy hombre. El Señor me lo dio todo. Pero ahora se ha olvidado de mí y me ha dejado a solas con mi fuerza. Uno ya no sabe qué rezar, y no se muere ni a tiros.

Según mis noticias, Jebb seguramente vive todavía.

Esto es lo que ha pasado desde la mañana en que el vagabundo acercó su cara a la mía y me enseñó los dientes, diciendo: «Deja de seguirme. Si no paras de seguirme, te rebanaré el pescuezo, hijo de puta». Eso fue lo que dijo, que no le siguiera. Pero yo le he seguido, año tras año.

Traducción de Luis Murillo Fort

¿Nos marchamos mañana?

Hacía frío, bastante frío, como suele hacerlo en ese punto intermedio en que ya ha terminado la temporada de Florida pero todavía no ha empezado el verano en el norte. Todas las mañanas el joven alto y su mujer bajaban los escalones del porche y se iban a dar su paseo. Iban hasta la loma donde los jinetes entraban en las pistas. No se acercaban mucho a la loma y no hablaban con nadie. Solamente miraban. Pero había algo en la actitud del joven alto, en su porte, que daba la impresión de que era él quien estaba dando la salida a los jinetes, de que era su presencia lo que hacía oficial la salida. Se quedaba allí, sin sombrero y moreno, con la barbilla casi tocándole el pecho y las manos hundidas en los bolsillos de su elegante abrigo de tweed. Su mujer se quedaba a su lado cogiéndole la mano y cuando tenía que hablar acercaba su cara a la de él y levantaba la mirada. Casi siempre la respuesta de él era una sonrisa y un asentimiento, o tal vez una sola palabra que transmitía todo lo que él quería decir con palabras. Se quedaban mirando un rato a los jinetes y luego paseaban hasta el punto de salida del primer hoyo del campo de golf masculino para ver empezar a los jugadores. Su actitud allí era idéntica: no hablaban apenas y mostraban los mismos modales o actitud de ligera superioridad. Cuando ya habían visto su cuota de golfistas regresaban al porche, ella subía a sus habitaciones y un botones negro le llevaba a él sus periódicos, el *Montreal Star* y el *New York Times*. Se quedaba allí sentado perezosamente mirando los periódicos, nunca lo bastante interesado en una noticia como para no mirar a todas las personas que entraban y salían del hotel o que pasaban junto a su silla en el porche. Miraba todos los coches que entraban por el camino de entrada corto y lleno de curvas, miraba a la gente que entraba y salía, miraba cómo se alejaban los coches. Luego, cuando ya no había actividad humana, regresaba a su periódico, sosteniéndolo lejos de sí, y en su cara y en sus ojos tras las gafas de montura dorada siempre había el mismo atisbo de sonrisa.

Antes del almuerzo subía a su habitación y bajaba junto con su mujer. Después del almuerzo, como casi todos los demás, se retiraban, en apariencia para hacer una pequeña siesta y no reaparecer hasta la hora del cóctel. Solían ser los primeros en llegar al bar pequeño y jovial, y hasta que llegaba la hora de cambiarse para la cena él tenía en la mano un vaso de whisky que se hacía rellenar continuamente. Bebía despacio, dando sorbos muy pequeños. Por aquella época ella tomaba un par de vasos poco cargados por cada ocho que tomaba él. Ella siempre parecía tener una de esas revistas de formato grande en el regazo, aunque para entonces ya era ella quien solía levantar la vista, mientras que él nunca volvía la cabeza.

Poco después de que llegaran ella empezó a hablar con la gente, a saludar con la

cabeza e intercambiar algunas palabras. Era una mujercilla agradable y amistosa que no tendría treinta años. Sus ojos eran demasiado bonitos en comparación con el resto de su cara. Cuando dormía no debía de ser muy guapa, y tenía una piel muy sensible al sol. Tenía una buena constitución —manos y pies preciosos— y cuando llevaba jersey y falda su figura siempre conseguía que los jinetes y los jugadores de golf se la quedaran mirando.

Se llamaban Campbell: Douglas y Sheila Campbell. Eran la gente más joven por encima de los quince años en todo el hotel. Había unos cuantos niños, pero la mayoría de huéspedes rondaban los cuarenta. Una tarde los Campbell estaban en el bar cuando una mujer entró y al cabo de un instante de duda dijo:

—Buenas tardes, señora Campbell, ¿no habrá visto por casualidad a mi marido?

—Pues no —dijo la señora Campbell.

La mujer se acercó despacio y puso la mano en el respaldo de una silla cerca de ellos.

—Me parece que lo he perdido —dijo sin dirigirse a nadie. Luego dijo de pronto —: ¿Les importa que me siente con ustedes mientras lo espero?

—En absoluto —dijo la señora Campbell.

—Por favor, siéntese —dijo Campbell. Se puso en pie y se quedó muy rígido. Dejó su vaso en la mesa y juntó las manos detrás de la espalda.

—Lo lamento pero no recuerdo su nombre —dijo la señora Campbell.

—Soy la señora Loomis.

La señora Campbell presentó a su marido y éste dijo:

—¿No le apetece un cóctel mientras espera?

La señora Loomis lo pensó un momento y dijo que sí, que tomaría un daiquiri seco. Luego Campbell se sentó, cogió su copa y dio un sorbo.

—Creo que hemos llegado los primeros, como de costumbre —dijo la señora Campbell—. Así que tendríamos que haber visto al señor Loomis.

—Oh, no pasa nada. Siempre hay uno de nosotros que llega tarde, pero no es importante. Por eso me gusta este sitio. Por ese aire general de informalidad —sonrió —. Nunca los había visto por aquí. ¿Es el primer año que vienen?

—Sí, es el primer año —dijo la señora Campbell.

—¿Son de Nueva York?

—De Montreal —dijo la señora Campbell.

—Oh, canadienses. Este invierno en Palm Beach conocí a unos canadienses de lo más encantador —dijo la señora Loomis. Mencionó sus nombres, la señora Campbell dijo que los conocían y su marido sonrió y asintió. Luego la señora Loomis intentó recordar los nombres de otra gente a la que había conocido en Montreal (y que resultaron ser de Toronto) y entonces llegó el señor Loomis.

El señor Loomis era un hombre de cincuenta años, canoso y un poco grueso pero

vestido como un hombre joven. Tenía el pelo castaño y los párpados gruesos. Sus modales eran buenos. Fue él quien corrigió a su mujer y le dijo que aquella gente de Montreal era en realidad de Toronto. Era la primera vez que los Loomis y los Campbell hablaban más allá de cruzar unas palabras de cortesía y aquella tarde la señora Campbell se mostró casi alegre.

Los Campbell no bajaron a cenar por la noche, pero salieron a dar su paseo a la mañana siguiente. El señor Loomis los saludó con la mano en la salida del primer hoyo y ellos devolvieron el saludo: ella lo saludó con la mano y él asintiendo con la cabeza. Aquella tarde no aparecieron a la hora del cóctel. La siguiente vez que bajaron a la sala de cócteles ocuparon una mesa pequeña junto al bar donde solamente había sitio para dos sillas. Nadie habló con ellos, pero aquella noche era una de las noches en que el hotel proyectaba películas en la sala de baile y después de la película los Loomis se les unieron e insistieron en invitarlos a una copa, la última antes de irse a dormir. Y esto es lo que sucedió.

El señor Loomis sacó su cigarrera, le ofreció un puro al señor Campbell, que lo rechazó, y pidió las bebidas.

—Escocés, escocés, escocés y un cubalibre. —El cubalibre era para la señora Loomis.

Cuando el camarero anotó el pedido, el señor Campbell añadió:

—Y traiga la botella.

Durante una fracción de segundo la cara del señor Loomis mostró incredulidad. Incredulidad o, más probablemente, duda ante lo que acababa de oír con sus propios oídos. Pero al final dijo:

—Sí, traiga la botella.

Luego hablaron de la película. Todos se mostraron de acuerdo en que había sido una película horrorosa. Los Loomis dijeron que era una pena porque dos años atrás se habían cruzado con la protagonista y les había parecido de lo más encantador, en absoluto como uno se imagina que debe de ser una estrella del cine. Todos estuvieron de acuerdo en que el ratón Mickey estaba bien, aunque el señor Loomis dijo que ya se estaba cansando un poco del ratón Mickey. Llegaron las bebidas y la señora Loomis se disculpó, pero explicó que desde que había estado en Cuba le había cogido el gusto al ron y siempre tomaba ron.

—Y antes ginebra —dijo el señor Loomis. El señor Campbell ya tenía el vaso vacío; llamó al camarero para que trajera más hielo y otro cubalibre y rellenó los vasos con la botella de whisky que había en la mesa.

—Pero si ha sido idea mía —dijo el señor Loomis.

—Solamente la primera ronda —dijo el señor Campbell. Lo dejaron así; las señoras volvieron al tema de la protagonista de la película y el señor Loomis se les unió. Se enzarzaron discutiendo el historial matrimonial de la protagonista y de ahí

pasaron inevitablemente a los nombres de otras estrellas del cine y sus respectivos historiales matrimoniales. El señor y la señora Loomis aportaban las estadísticas y la señora Campbell decía sí o no cuando se requería que diera su opinión. El señor Campbell daba sorbos a su bebida sin decir nada hasta que los Loomis, que llevaban mucho tiempo casados, se dieron cuenta al mismo tiempo de su silencio y empezaron a dirigirle a él sus comentarios. Los Loomis no parecían satisfechos con la conformidad de la señora Campbell. Le dirigían a ella las primeras palabras de cada comentario porque era una oyente muy cortés, pero luego se volvían hacia él y la mayor parte de lo que tenían que decir se lo decían a él.

Durante unos instantes él sonreía y emitía un murmullo de aprobación dirigido en parte a su vaso. Pero al cabo de unos minutos ya parecía impaciente porque terminaran con su comentario o su anécdota. Empezaba a asentir antes de que llegara el momento de asentir y no paraba de hacerlo y de decir «sí, sí, sí» muy deprisa. En un momento dado, en medio de una anécdota, sus ojos, que habían estado apagándose, se encendieron de pronto. Dejó su bebida, se inclinó hacia delante, agarrándose y soltándose una mano con la otra. «Y sí, sí, sí», no paró de decir hasta que la señora Loomis terminó su historia. Luego se inclinó hacia delante todavía más y se quedó mirando a la señora Loomis con aquella sonrisa resplandeciente y con una respiración cada vez más entrecortada.

—¿Puedo contarle una historia? —dijo.

La señora Loomis sonrió.

—Pues claro.

Entonces Campbell contó su historia. En ella aparecían un sacerdote, partes de la anatomía femenina, situaciones inverosímiles, un cornudo y palabras que no se pueden imprimir. No tenía ningún sentido.

Mucho antes de que Campbell terminara su historia, Loomis frunció el ceño y miró a su mujer y a la mujer de Campbell; parecía que escuchaba a Campbell pero estaba todo el tiempo mirando a las dos mujeres. La señora Loomis no podía mirar a ningún lado: Campbell le estaba explicando la historia a ella y no miraba a nadie más que a ella. En cuanto a la señora Campbell, nada más empezar la historia cogió su bebida, dio un sorbo, dejó el vaso en la mesa y mantuvo la mirada fija en el vaso hasta que Campbell señaló con su risa que la historia se había acabado.

Acabada la historia, siguió riendo y mirando a la señora Loomis; luego le dirigió una sonrisa al señor Loomis.

—Hum —dijo Loomis, con una sonrisa rígida en la cara—. Bueno, cariño —dijo —. Creo que ya va siendo hora…

—Sí —dijo la señora Loomis—. Muchas gracias. Buenas noches, señora Campbell. Y buenas noches. —Campbell se puso en pie, rígido, e hizo una inclinación.

Cuando se hubieron marchado de la sala, Campbell se volvió a sentar y cruzó las piernas. Encendió un cigarrillo, retomó su bebida y se quedó mirando la pared de delante. Su mujer lo miró. Los ojos del hombre no se movieron un milímetro cuando se llevó el vaso a la boca.

—Oh —dijo ella de pronto—. Me pregunto si todavía debe de estar el hombre del mostrador de viajes. Me había olvidado de los billetes de mañana.

—¿Mañana? ¿Es que nos marchamos mañana?

—Sí.

Él se puso en pie y le apartó la mesa para que pudiera salir. Después de que ella se marchara, él se sentó de nuevo para esperarla.

Traducción de Javier Calvo

No hay sitio para ti, amor mío

No se conocían, ninguno de los dos conocía el local, sentados uno al lado del otro en un almuerzo, un grupo reunido de manera poco ceremoniosa cuando los amigos con los que él y ella estaban se reconocieron al otro lado del Galatoire. Era un domingo de verano, esas horas de la tarde que parecen tiempo muerto en Nueva Orleans.

En cuanto él vio su carita pálida y chata, pensó: He aquí una mujer que está teniendo una aventura. Era uno de esos extraños encuentros que producen tanto impacto que enseguida tienen que ser traducidos en alguna clase de conjetura.

Con un hombre casado, lo más probable, supuso él, cayendo rápidamente en el tópico —llevaba mucho tiempo casado— y sintiéndose más convencional, entonces, en su curiosidad, mientras ella permanecía allí sentada, con la mejilla apoyada en una mano, sin mirar más allá de las flores que había encima de la mesa, y con ese sombrero.

A él no le gustaba el sombrero, no más de lo que le gustaban las flores tropicales. No era el sombrero apropiado para ella, pensó ese hombre de negocios oriental que no tenía ningún interés en la ropa femenina, ni ojo para ella; pensó en ese objeto insólito malhumorado.

Debe de sobresalir por encima de mí, pensó ella, de modo que la gente me quiera o me odie con sólo mirarme. ¿Cómo hemos podido perder eso, la manera lenta y segura en que las personas averiguaban lo que sentían las unas por las otras, y el privilegio que la acompañaba de rehuir si parecía lo mejor? La gente enamorada como yo, supongo, revela los atajos que conducen a los secretos de todos.

Algo, sin embargo, decidió él, había quedado asentado acerca de la difícil situación de ella; por el momento, de cualquier modo; todas las partes involucradas seguían con vida, sin duda. Aun así, la difícil situación de ella era lo único de lo que él estaba totalmente seguro allí, como la única sombra reconocible en ese restaurante, donde los espejos y los ventiladores estaban ocupados agitando la luz mientras las habladurías locales se arrastraban de un lado a otro y agitaban la paz. La sombra estaba entre los dedos de ella, entre su mano pequeña y cuadrada, y su mejilla, como lo que siempre lleva mejor uno mismo. De pronto, cuando ella bajó la mano, el secreto seguía allí, y la iluminó. Era una luz intensa y audaz que emergía de debajo del ala de ese sombrero, tan próxima a todos como las flores del centro de la mesa.

¿Soñaba él con hacerla desleal a la desesperanza que tan claramente veía que ella había estado cultivando allá abajo? Sabía muy bien que no. Eran sencillamente dos norteños haciéndose compañía. Ella lanzó una mirada al gran reloj dorado que colgaba de la pared y sonrió. Él no le devolvió la sonrisa. Ella tenía esa cara inocente

que él asociaba, sin ningún motivo, con el medio oeste; tal vez porque decía: «Enséñame». Era una cara seria y vigilante, que la dejaba totalmente huérfana en compañía de esos sureños. Él calculó su edad, cosa que no pudo hacer con los demás: treinta y dos años. Él le llevaba mucha ventaja.

De todos los estados mentales humanos, la impenetrabilidad deliberada tal vez sea el que más deprisa se comunica; tal vez sea la señal más exitosa y más fatal de todas. Y dos personas pueden permitirse ser impenetrables así como cualquier otra cosa.

—Usted tampoco tiene mucha hambre —dijo él.

Las sombras de las aspas del ventilador caían sobre sus dos cabezas, según vio él sin querer en el espejo, sonriéndole a ella como un canalla. Su comentario sonó lo bastante dominante y grosero como para que todos los presentes escucharan un instante; hasta pareció la respuesta a una pregunta que ella podía haberle hecho. Las demás mujeres lo miraron. La mirada sureña —la máscara sureña— irónica de la vida es sueño, que en cualquier momento podía convertirse en un auténtico desafío, él la quería bien lejos. Se quedaba con la ingenuidad.

—Este calor me parece deprimente —dijo ella, con el corazón de Ohio en la voz.

—Bueno…, yo también estoy algo irritado con él.

Se miraron con agradecida dignidad.

—Tengo el coche en esta misma calle —dijo él cuando el grupo se levantaba para marcharse, todos ansiosos por volver a sus casas y dormir—. Si le parece bien… ¿Ha estado alguna vez al sur de aquí?

Fuera, en Bourbon Street, en el baño turco de julio, ella le preguntó a la altura de su hombro:

—¿Al sur de Nueva Orleans? No sabía que se pudiera estar más al sur. ¿Continúa sin parar? —Se echó a reír, y se colocó el exasperante sombrero de otro modo. Era más que frívolo, era llamativo, con una especie de banda de oropel alrededor de la paja y colgándole.

—Eso es lo que voy a mostrarle.

—Oh, ¿usted ya ha estado allí?

—¡No! —La voz de él retumbó sobre la acera estrecha y desigual, y rebotó en las paredes. Las descascarilladas casas de colores parecían las pieles de unas bestias desteñidas y asustadizas, y estaban calientes como un muro de vegetación que parecía soltar pelusa sobre ellos mientras se dirigían al coche aparcado allí.

—Sencillamente no puede ser peor que esto… Ya veremos.

—De acuerdo entonces —respondió ella—. Ya veremos.

Así, sus actos reducidos a gentilezas, se acomodaron en el coche, un Ford descapotable de un rojo desvaído y con la lona del techo bastante raída, que había permanecido al sol todas esas horas del almuerzo.

—Es alquilado —explicó él—. Les pedí que bajaran el techo y me dijeron que si había perdido la razón.

—Es tremendo. Un calor *degradante* —dijo ella, y añadió—: No importa.

El desconocido de Nueva Orleans siempre se dispone a partir como si siguiera una pista en un laberinto. Se abrían paso a través de las calles estrechas de un solo sentido, por delante de las flores violetas de cansinas plazas, de campanarios y estatuas marrones, del balcón con el mono negro vivo y probablemente famoso que se descolgaba por la barandilla como si estuviera sobre una pista de baile, por delante de rejas y celosías hasta los cisnes de hierro pintados de color carne de las escaleras de los bungalows de la periferia.

Mientras conducía, él extendió su mapa nuevo y señaló con un dedo. En la intersección marcada como Arabi, donde su carretera los llevaba fuera del laberinto y que él tomó, un negro menudo debajo de un paraguas negro y sentado a horcajadas en una caja en la que había escrito con tiza «Limpia Botas», levantó su mano negra y rosada, y les dijo adiós lánguidamente. Ella no lo pasó por alto y le devolvió el saludo.

Más abajo de Nueva Orleans, a ambos lados de la carretera pavimentada con hormigón se oía un rugido de insectos, no del todo armonioso, como dos bandas tocando marchas por separado. En el lado de ella seguían viéndose el río y el embarcadero, en el de él, tierra baldía y selva, y algún que otro pueblo de casas humildes. Familias más grandes que las casas abarrotaban los patios. Él asentía al conducir, y movía la cabeza de un lado para otro, mirando y hasta frunciendo el entrecejo. A medida que pasaba el tiempo y aumentaba la distancia que los separaba de Nueva Orleans, chicas de tez cada vez más oscura y cada vez más jóvenes se encaramaban por los porches y los escalones, con el cabello negro azabache recogido en lo alto de la cabeza y abanicos de hoja de palma rotos que subían y bajaban como grupos de mariposas. Los niños que se adelantaban corriendo iban casi siempre desnudos.

Ella contemplaba la carretera. Frente a las ruedas cruzaban continuamente cangrejos de río, adustos y con corazas, con grandes prisas.

—*Cómo llegó a casa la anciana* —murmuró ella para sí.[5]

Él señaló al pasar de largo a toda velocidad un cazo lleno de zinnias que esperaba en un buzón abierto a un lado de la carretera, con una notita atada al mango.

Guardaron silencio durante la mayor parte del trayecto. El sol caía a plomo. Se cruzaron con pescadores y otros hombres absortos en alguna actividad local, varios con pantalones de color azufre, andando o a caballo; se cruzaron con carros, camiones, barcos dentro de camiones, coches, barcos encima de coches…, todos acudían a su encuentro, como si allá de donde venían ellos estuviera teniendo lugar un gran acontecimiento, y tanto ella como él estuvieran decididos a perdérselo. Casi

siempre se veía a un hombre descalzo y tumbado en la litera de algún camión por lo demás vacío, con la mirada roja y cruda del hombre que duerme de día y sufre sobresaltos mientras duerme. A continuación había una especie de tierra de muertos, de la cual no venía nadie. Él se aflojó el cuello de la camisa y la corbata. Al avanzar a través del calor a gran velocidad creaban el efecto de ventiladores vueltos hacia sus mejillas. Los claros alternaban con la selva y los cañaverales, como un estampado que se repite una y otra vez. A ambos lados salían pequeños senderos de conchas; de vez en cuando un camino de tablas se adentraba en el verde amarillento.

—Por allí dentro es como una pista de baile. —Ella lo señaló.

—Allí está vuestro petróleo, creo —informó él.

Había miles, millones de mosquitos y jejenes, un universo de ellos, e iban en aumento.

Una familia de ocho o nueve miembros caminaba en fila india por la carretera en la misma dirección que el coche, golpeándose con las hojas de palma. Talones, hombros, rodillas, pecho, nuca, codos, manos, todo era alcanzado por turno, como en algún juego que cada uno jugara consigo mismo.

Él se dio una palmada en la frente y pisó el acelerador. (Su mujer no se mostraría en su faceta más comprensiva si traía de vuelta a casa la malaria.)

Cada vez había en el camino más cangrejos y otras criaturas escabulléndose y arrastrándose. Esos pequeños especímenes, pequeñas bromas de la creación, perseveraban y a veces perecían, y cuanto más bajaba la carretera más había. Por encima de los horizontes de las zanjas asomaban tortugas.

En los bordes era peor: pieles reptantes que no podían atravesarse con balas ni creerse del todo, sonrisas que habían venido del barro primigenio.

—Despierta. —El codazo norteño que ella le propinó en el brazo fue muy oportuno. Habían virado hacia un lado de la carretera. Sin disminuir la velocidad, él abrió el mapa.

Como un amanecer extraviado, la luz del río fluía hacia arriba. Subían al embarcadero por un pequeño sendero de conchas.

—¿Cruzamos por aquí? —preguntó él, educado.

Es posible que hubiera tenido cronometrado, a lo largo de los años y los kilómetros, cuánto tiempo podían hacer esperar al minúsculo remolcador. Deslizándose por el lado del embarcadero, su coche era el de última hora, el último que podía apretujarse a bordo. A la escuálida sombra de un sauce, el agua golpeaba contra la pequeña embarcación de aspecto inexperto mientras él encajaba el coche hábilmente.

—¡Dile que le ponemos tapacubos! —gritó uno de los muchos jóvenes de piel aceitunada y ojos oscuros, bien vestidos con camisas de vivos colores, que se abrazaban unos a otros en la barandilla, encantados de ver subir a bordo ese último coche.

Otro chico dibujó sus afectuosas iniciales en el polvo de la puerta que tenía a su lado.

Ella abrió la portezuela y bajó del coche, y, tras permanecer sólo un instante acorralada, empezó a subir una pequeña escalera de hierro. Apareció por encima del coche, en el pequeño puente que había debajo de la ventana del capitán y del silbato.

Desde allí, mientras el barco seguía entreteniéndose en lo que parecía un trance —como si estuviera demasiado lleno para intentar ponerse en marcha—, ella alcanzaba a ver la cubierta de abajo, semejante a una cacerola y separada por su oxidado borde del agua que arremetía brillante.

Los pasajeros que se paseaban y empujaban por ella también parecían inexpertos…, viajeros inexpertos. Lo estaban pasando en grande. Todos se conocían. Corrían las latas de cerveza, y se acordaban a gritos apuestas y nuevas apuestas sobre temas locales y particulares que entusiasmaban a todos. Un hombre pelirrojo, en un arranque de insensatez, hasta trató de regalar su camión cargado de camarones a alguien que se encontraba en el otro extremo de la embarcación —casi todos los camiones estaban llenos de camarones—, lo que suscitó mofas seguidas de protestas de «¡Son buenos! ¡Son buenos!» del que hacía el regalo. Los jóvenes se apoyaban los unos en los otros, pensando en qué hacer a continuación, poniendo los ojos en blanco ausentes.

Detrás de ella, una radio perforaba el aire. Como un gran gato justo por encima de la cabeza de ella, el capitán digería la noticia del robo de un elegante automóvil.

Por fin se produjo una terrible explosión: el silbato. Todo se estremeció a causa del ruido, todos dijeron algo…, todos los demás.

La embarcación se puso en marcha sin un movimiento perceptible, pero a ella se le voló el sombrero. Cayó describiendo una espiral a la cubierta de abajo, donde él, gracias a Dios, bajó de un salto del coche y lo rescató. Todo el mundo levantó la mirada abiertamente hacia ella, que se había llevado las manos a la cabeza.

El pequeño sauce retrocedía a medida que les era arrebatada su sombra. Ella sentía el calor como un objeto que se le hubiera caído a la cabeza. Se sujetó a la barandilla caliente que tenía delante. Era igual que estar a bordo de una estufa. Con los hombros hundidos, el cabello ondeando, la falda sacudiéndose en el repentino y recio viento, permaneció allí de pie, pensando en que todos debían de ver que lo único que hacía, con todo su ser, era esperar. Las manos aferradas, con el bolso colgado de la muñeca y balanceándose de acá para allá…, parecían tres objetos sin dueño, destiñéndose al sol; no sentía nada en la cara; tal vez lloraba y no se había enterado. Miró hacia abajo y lo vio a él, justo debajo de ella, su sombra negra, el sombrero de ella, su pelo negro. Éste, al viento, parecía excesivamente largo y ondulado. Poco podía imaginarse él que desde allí tenía un brillo rojo secreto, como el de un animal. Cuando ella levantó la vista y miró al frente, un remolino de luz se

deslizaba a través y por encima de las olas marrones, como una estrella en el agua.

Él sí subió, después de todo, las escaleras para devolverle el sombrero. Ella lo cogió —inservible— y lo sujetó junto a su falda. Lo que comentaban abajo era más educado que sus caras como reflectores.

—¿De dónde crees que es ese hombre?

—Apuesto a que de Lafitte.

—¿Lafitte? ¿Cuánto te apuestas, eh? —Todos estaban agachados a la sombra de los camiones, acuclillados y riendo.

La sombra de él caía parcialmente sobre ella; la embarcación se había adentrado con una sacudida en otra corriente. El brazo y la mano que ella tenía ahora a la sombra le parecía que habían sido arrancados del resplandor y del agua, y esperó con humildad que cayera más sombra sobre su cabeza. Le había parecido tan natural subir las escaleras y quedarse al sol.

Los chicos tenían una sorpresa: un caimán a bordo. Uno de ellos tiraba de él por medio de una cadena por la cubierta, entre los coches y los camiones, como si fuera un juguete…, una piel andante. Él pensó: Bueno, tenían que atrapar uno alguna vez. Es domingo por la tarde. De modo que lo van a tener a bordo toda la travesía, navegando por el río Mississippi… La picardía de ello envolvió a todos los que iban en el remolcador. La ronquera del silbato, comentando brevemente el incidente, pareció hacerse eco de la apreciación general.

—¿Quién quiere pelear con él? ¿Quién quiere, eh? —gritaron los dos chicos, levantando la vista.

Un chico con los brazos de color camarón daba brincos de acá para allá, haciendo ver que le había mordido.

¿Qué tenían de cómico unas mandíbulas capaces de morder? ¿Y qué peligro hubo en otro tiempo en lo repulsivo para que el último vestigio del mundo del viejo y heroico horror del dragón tuviera que pasearse capturado ante los ojos de los payasos del país?

Se fijó en que ella miraba sin parpadear el caimán. Se había situado a una distancia estudiada: la cantidad de metros y centímetros entre ella y él no le era indiferente.

Tal vez la graduada frialdad de ella era para él lo que la sombra del cuerpo de él era para ella, mientras permanecían allí de pie, navegando por el río, que parecía el mar y tenía el aspecto de la tierra que tenían debajo; llena de tierra marrón rojiza, cargada de ella. Más adelante parecía haber un filón de mineral metalífero a la vista. El río parecía crecer por el inmenso centro siguiendo la curvatura de la tierra. El sol se deslizaba por debajo de ellos. Como en memoria del tamaño de los objetos, los árboles arrancados eran arrastrados hasta el otro lado de su camino, serrando el aire y cayendo unos sobre otros.

Cuando llegaron a la otra orilla tenían la sensación de haber estado corriendo alrededor de una arena en una cuadriga, entre leones. El silbato hizo estremecer las escaleras mientras las bajaban. Los jóvenes, que de pronto parecían más altos, habían sacado sus peines de colores y se peinaban el pelo mojado solemnemente hacia delante y sin raya por encima de sus frentes radiantes. Se habían estado bañando no hacía mucho en el río.

Los coches y camiones, seguidos de los pasajeros de a pie y el caimán, anadeando como niños yendo al colegio, desembarcaron y subieron serpenteando por el atracadero cubierto de malas hierbas.

Ambos respetables y clementes, sus pellejos, pensó ella, obligándose a concentrarse en el caimán al mirar atrás. Líbranos de los desnudos de corazón. (Como le habían dicho a ella.)

Cuando llegaron a su camino pavimentado, él la oyó suspirar y la vio volver la cabeza color pajizo para mirar atrás una vez más. Ahora que llevaba el sombrero en el regazo, sus pendientes también eran llamativos. A cada lado de sus mejillas cuadradas y ligeramente aterciopeladas danzaba una pequeña bola metálica con piedrecitas pálidas.

¿Le hubiera gustado que alguien más los acompañara? Él pensó que lo más probable fuera que añorara a su marido, si lo tenía (la voz de su mujer), antes que al amante en cuya existencia él creía. No importaba lo que pensara la gente, las situaciones (si no las escenas) acostumbraban ser triples, siempre había alguien más. El que no comprendía o no podía comprender a los dos era el temible tercero.

Bajó la vista hacia el mapa, que se agitaba en el asiento entre ellos, luego la levantó y miró afuera, a la carretera. Hacia la asombrosa luz de las cuatro de la tarde.

Por ese lado del río, el camino corría por debajo del borde del embarcadero y lo seguía. Allí el calor era más profundo, más deslumbrante e intenso que el resto: su nervio. El camino se fundía con el calor del mismo modo que se fundía con el río invisible. Por la calzada se veían serpientes muertas extendidas que parecían marcadores, o franjas de mosaico, secas como plumas, que los neumáticos engullían a intervalos que empezaban a parecer cronometrados.

No, el calor los miraba de frente, estaba más adelante. Podían verlo hacerles señas con la mano, sacudiéndose en el aire por encima del blanco de la carretera, siempre un poco más adelante, brillando como una hermosa tela, con los bordes continuos verdes y dorados, fuego y azufre.

—Nunca he visto nada parecido en Siracusa —comentó él.

—Ni en Toledo —replicó ella con los labios cortados.

Estaban cruzando más terreno baldío, poblaciones cada vez más escasas e insignificantes. Debajo de todo había agua. Incluso donde habían dejado en pie un muro de selva, se oían chapoteos debajo de los árboles. En el inmenso espacio

abierto, de vez en cuando se movían unos barcos, poco a poco, a través de lo que parecían prados interminables de flores carnosas.

Ante semejante brillo y tamaño, los ojos de ella quedaron abrumados, y sintió cómo el pánico le subía por el pecho, como náuseas repentinas. ¿Cuán por debajo de preguntas y respuestas, encubrimientos y revelaciones, avanzaban ahora? Esa seguía siendo una nueva pregunta, con poder propio, a la espera. ¿Qué cara iba a salirle esa vuelta en coche?

—Me parece que la carretera que ha tomado no sigue mucho más —comentó ella alegremente—. Por allá todo es agua.

—Tiempo muerto —dijo él, y, dicho eso, giró el coche y se adentró en un repentino sendero de conchas blancas que se precipitaba estrecho hacia ellos por la izquierda.

Pasaron por encima de una de esas rejillas que no permiten pasar al ganado, donde varias flores purpúreas y con cresta asomaban de la zanja, y llegaron a un estrecho y alargado claro de césped cortado: un cementerio. Un camino pavimentado discurría entre dos pequeñas hileras de tumbas alzadas, todas pulcramente blanqueadas y ahora brillantes como rostros contra el vasto cielo arrebolado.

El camino era del ancho de un coche o poco más. Él pasó entre las tumbas despacio pero como si fuera una proeza. Los nombres iban ocupando sus sitios poco a poco en los muros a la altura del ojo, tan próximos como los ojos de una persona que se detiene a hablar, y tan lejanos en su procedencia, y en toda su música y anhelo muerto, como España. De trecho en trecho había ramilletes de zinnias, adelfas y distintas variedades de flores purpúreas, todas bastante frescas, en tarros de fruta, como bonitos ramos de bienvenida sobre cómodas.

Continuaron hasta una parcela abierta de césped verde violeta que se extendía más allá, frente a la iglesia de madera verde y blanca con trabajados parterres de flores alrededor, y papagayos sin flores en los alféizares de las ventanas. Más allá había una casa, ante cuya puerta habían dejado un bagre recién pescado del tamaño de un bebé: un pescado con bigotes y sangrando. En el patio, de una cuerda de tender, colgaba aireándose en una percha una sotana negra, oscilando a la altura de un hombre con la vaga caída de la cola de un vestido en una brisa nocturna que hubiera parecido de otro modo imaginaria desde el río, que no se veía pero se percibía.

Con el motor apagado y el rugido de los insectos a su alrededor, permanecieron sentados dentro del coche, inclinados contra los lados, contemplando el verde, blanco, negro, rojo y rosa.

—¿Cómo es tu mujer? —preguntó ella. Él levantó la mano derecha y la abrió: hierro, madera, las uñas arregladas. Ella levantó la mirada hasta su cara. Él la miró como esa mano.

Luego encendió un cigarrillo, y el retrato y la mano derecha testimonial se

desvanecieron. Ella sonrió, tan indiferente como ante alguna representación teatral; y él se enfadó en el cementerio. No se arriesgaron a continuar con el marido de ella…, si lo tenía.

Debajo de los postes que soportaban la casa del cura, donde había un bote, terminaba la tierra firme y empezaban a reproducirse impacientes los palmitos y los jacintos acuáticos; de pronto los rayos del sol, desde detrás del coche, alcanzaron esa zona hundida y cayeron sobre las flores. El cura salió al porche en ropa interior, se quedó mirando un instante el coche, como si se preguntara qué hora era, luego recogió su sotana de la cuerda y el pescado del umbral, y volvió a entrar. Le aguardaban las vísperas.

Después de dar marcha atrás entre las tumbas, él siguió conduciendo hacia el sur al atardecer. Alcanzaron a un anciano que andaba con paso ágil en su dirección, él solo. Llevaba una camisa limpia con un par de palmeras verdes estampadas en el pecho, y señaló el coche con gestos circulares.

—Están llegando al final del camino —les dijo. Señaló hacia delante, se ladeó el sombrero hacia la señora y volvió a señalar—. Fin del camino.

Ellos no entendieron que quería decir: «Llévenme». Pasaron de largo.

—Si continuamos tendrá que ser por el mar, ¿no? —le preguntó él a ella, vacilando en ese extraño punto.

—Usted sabe más que yo —respondió ella, educada.

El camino hacía rato que había dejado de estar pavimentado; estaba hecho de conchas. Conducía a un pueblo de pocos habitantes como los que habían pasado unos kilómetros atrás, pero que tenía aún más de campamento. En el borde del claro, justo delante de un sauce verde y brillante por el sol que se ponía detrás de él, la hilera de casas y cabañas miraba hacia la amplia, coloreada y movida extensión de agua que se prolongaba hasta el horizonte, y parecía un brazo del mar. Las casas sobre sus postes peludos, construidas de manera dispareja, algunas con pasarelas de madera en lugar de escaleras, eran endebles e idénticas, y no mucho más grandes que los botes atracados en el embarcadero.

—Venice —le oyó anunciar a él mientras dejaba caer el crujiente mapa en el regazo de ella.

Recorrieron el breve tramo que quedaba. El final de la carretera —ella no recordaba haber visto nunca morir una carretera— tenía forma de cuchara, con un tocón en el cuenco alrededor del cual dar la vuelta.

Lo rodeó y detuvo el coche, y bajaron, sintiéndose de pronto desamparados en medio de un vasto silencio o calma que parecía un bostezo. Se acercaron al agua; en un embarcadero en el que se veía poca actividad había hombres en grupos de dos y tres, de espaldas a ellos.

La proximidad de la oscuridad, los árboles todavía sin talar, el agua brillante y

parcialmente cubierta de una capa de flores, las chozas, el silencio, las oscuras formas de los barcos atracados, luego los primeros ruidos humanos al otro lado de las delgadas paredes…, todo eso llegó hasta ellos. Montañas de conchas, como nieve amontonada a lo largo de un día, de tonos rosas, rodeaban una choza central en la que había un cartel de cerveza. Arriba, en el porche, había un anciano sentado con un periódico abierto, y frente a él, un grueso ganso sentado en el suelo. Abajo, en el campo abierto ahora sin sol ni sombra, un anciano con un lápiz de color bajo el ala de su sombrero remendaba a última hora una vela.

Cuando ella miró alrededor, pensando que debía de haber una hoguera en alguna parte, del calor se había alzado la luna llena. Justo detrás de los árboles, enorme, de color naranja, ascendía ininterrumpidamente. Otras luces que aparecieron ante ellos, más distantes, mostraban formas de musgo colgando, o resbalaban y se partían como cerillas en el agua que invadía el borde del embarcadero donde estaban.

Ella sintió un roce en el brazo…, de él, accidental.

—Estamos en el punto de partida —dijo él.

Ella rió, pues había tomado la mano de él por un murciélago, y bajó la vista hacia un gran montón de jacintos acuáticos —todavía parcialmente abiertos, arrebolados e iluminados al mismo tiempo por la luna, a la altura de sus pies—, a través del cual se habían formado caminos de agua para los barcos. Ella se llevó las manos a la cara bajo el ala del sombrero; le pareció que sus mejillas tenían el tacto de los jacintos, toda su piel seguía llena de demasiada luz y cielo, expuesta. Se oían las severas campanadas de las vísperas.

—Algo no anda bien en mí para haberme apuntado a esta excursión, para empezar —dijo ella, como si ya lo hubiera dicho y estuviera esperanzada, solícita y enloquecedoramente de acuerdo con él.

Él le asió del brazo.

—Vamos… Veo que aquí al menos podemos tomar algo.

Pero del agua cada vez más oscura llegaba un ruido amortiguado. Venía otro barco, abriéndose paso a través de las trampas de flores oscuras, resistentes y obstinadas, a la temblorosa luz de lo que parecían ser antorchas. Esperaron al barco, cada uno poniendo a prueba la paciencia del otro. Como transportados en una bruma crepuscular o una brisa, llegaron zumbando una horda de mosquitos y jejenes, y los atacaron a ellos primero. El barco dio una sacudida y los hombres rieron. Alguien ofrecía a otro un camarón.

Luego él debió de inclinar hacia ella su oscura y urbana cabeza; ella no levantó la vista hacia él, se limitó a volverse cuando él lo hizo. Las montañas de conchas, como las chozas y los árboles, eran de pronto de un intenso color purpúreo. Habían aparecido luces en los cuadrados de las ventanas que no parecían del todo reales. En el tejado de la choza del letrero de cerveza se había encendido un estrecho letrero de

neón, el letrero solitario: «El local de Baba». Se encendió una luz en el porche.

El interior, semejante a un cobertizo, estaba intensamente iluminado y sin pintar, y no parecía terminado del todo, con un tabique que separaba esa habitación de lo que había detrás. Uno de los cuatro jugadores de cartas sentados a una mesa en el centro de la habitación era el hombre del periódico; éste asomaba del bolsillo de sus pantalones. En mitad del tabique había un mostrador en forma de ventanilla de servir que comunicaba con la otra habitación, con una greca de segunda mano de madera barnizada colgada por encima. Cruzaron la habitación y se sentaron solos en taburetes de madera. El marco que sobresalía, donde Baba debería haber estado pero no estaba, había sido decorado con una explosión de carteles humorísticos, recortes y tiras cómicas de periódico, envoltorios de hojas de afeitar y mensajes personales que sólo tenían significado para su autor o los amigos de éste.

Por allí llegaba un olor a ajo, clavo y pimienta de cayena, y una ráfaga de humo caliente escapó de una olla que alcanzaron a ver sobre un fogón en el fondo de la habitación. De pie, con un cucharón, había una inmensa espalda, seguramente femenina, con el pelo gris enroscado en lo alto. Un chico se reunió con ella, y robó con los dedos algo de la olla y se lo comió. En el Baba se estaban hirviendo camarones.

Cuando estuvo listo para atenderlos, Baba salió de detrás del mostrador, joven, negro y de excelente humor.

—La cerveza más fría que tenga. Y algo para comer… ¿Qué va a tomar usted?

—Yo nada, gracias —respondió ella—. No estoy segura de si podría comer, después de todo.

—Bueno, pues yo sí puedo —dijo él, sacando la barbilla. Baba sonrió—. Quiero un sándwich de jamón bien grande.

—Podría haberle pedido un poco de agua —comentó ella después de que Baba se hubo marchado.

Mientras esperaban sentados, todo parecía muy tranquilo. El borboteo de los camarones, las lejanas carcajadas de Baba y el ruido de los naipes, así como el golpeteo de las polillas contra las mosquiteras, parecían llegar a rachas. La respiración acompasada que oían pertenecía a un perro grande y de aspecto fiero que dormía en una esquina. Pero había mucha luz. Las bombillas colgaban desordenadamente de una especie de telaraña de viejos cables que había en las vigas sobre la habitación. En uno de los mensajes clavados con chinchetas que tenían ante ellos se leía: «¡Joe! ¡A la boya!». Estaba muy amarillento, parecía más viejo que el mismo local de Baba. Fuera, el mundo estaba totalmente oscuro.

Dos niños pequeños, casi idénticos, casi del mismo tamaño y recién bañados, entraron corriendo con un golpetazo doble de la puerta mosquitera y dieron vueltas alrededor de la mesa de juego, metiendo las manos en los bolsillos de los hombres.

—¡Cinco centavos para una gaseosa!

—¡Cinco centavos para una gaseosa!

—¡Eh, vosotros, largaos y dejadme jugar!

Rodearon y gritaron al perro, pasaron por debajo del mostrador, corrieron por la cocina y regresaron, y se encaramaron en los taburetes. Uno de ellos tenía una lagartija viva en la camisa, prendida como un broche…, como lapislázuli.

Trayendo consigo un fuerte olor a talco de geranio, habían entrado varios hombres, todos con camisas de vivos colores. Se acercaron al mostrador o se quedaron de pie mirando la partida.

Cuando Baba salió con la cerveza y el sándwich, ella lo recibió con un:

—¿Podría traerme un poco de agua?

Baba se reía de todo el mundo. Ella decidió que la mujer del fondo debía de ser su madre.

A su lado, él bebía su cerveza y comía su sándwich: jamón, queso, tomate, pepinillos en vinagre y mostaza. Apenas había terminado cuando uno de los hombres que había entrado les hizo señas desde el otro extremo de la habitación. Era el viejo de la camisa con la palmera estampada.

Ella levantó la cabeza y vio cómo él la dejaba, y cómo la observaban desde todas partes de la habitación. Transcurrió un minuto, y no se puso ni un naipe sobre la mesa. De una manera distante, como aceptando la luz procedente de Arturo, ella aceptó que era más guapa y tal vez más frágil que las mujeres que ellos veían cada día de su vida. Fue sencillamente ese pensamiento reflejado en la cara de una mujer, y a esa hora, lo que a ellos les resultó familiar.

Baba sonreía. Había dejado una botella marrón helada abierta delante de ella en el mostrador, y un grueso sándwich, y se quedó mirándola. La obligó a cenar algo, por ser como era.

—Lo que quería el viejo —explicó él cuando por fin regresó— era que uno de sus amigos se disculpara. Por lo visto la iglesia está justo fuera, y el amigo ha hecho un comentario al entrar aquí. Sus amigos le han dicho que hay una señora presente.

—He visto que le ha invitado a una cerveza —dijo ella.

—Bueno, el tipo parecía querer algo.

De pronto la máquina de discos los interrumpió desde la esquina del fondo con la misma canción que se oía en todas partes. La media docena de máquinas tragaperras colocadas a lo largo de la pared se vieron de pronto rodeadas como mayos y puestas en marcha, tomadas por nuevos batallones de niños.

Había tres niños por máquina tragaperras. Al parecer era la costumbre local que uno tirara de la palanca por el que introducía los cinco centavos mientras el tercero tapaba con la mano los dibujos a medida que se detenían, como para sorprenderlos a todos si pasaba algo.

El perro seguía durmiendo frente a la ruidosa máquina de discos, sus costillas moviéndose rápidamente como un acordeón. En un lado de la habitación, un hombre con un gorro sobre una mata de pelo blanco hacía lo posible por abrir una puerta mosquitera lateral, pero ésta estaba atascada. Era él quien había entrado con el comentario calificado de procaz y en esos momentos intentaba salir por el otro lado. Polillas del tamaño de un lingote trataban de entrar. Los jugadores de cartas prorrumpieron en gritos de burla, luego de alegría y por fin de cansina burla entre ellos; es posible que llevaran allí toda la tarde, porque eran los únicos que iban sin arreglar ni afeitar. Los dos primeros niños entraron corriendo una vez más, seguidos del golpetazo entre guiones. Esta vez consiguieron monedas y fueron apartados de un manotazo como mosquitos, y pasaron corriendo por debajo del mostrador hasta la olla que había al otro lado y se aferraron a la madre de Baba. La noche estaba en el umbral.

Ya nadie reparaba en ellos. Él comía otro sándwich, y ella, después de terminar parte del suyo, se abanicaba con su sombrero. Baba levantó el mostrador y entró en la habitación. Detrás de su cabeza había un letrero escrito con lápiz naranja: «Baile del Camarón. Domingo noche». Eso era esa noche, todavía no había sido.

Y de pronto ella hizo el ademán de bajar del taburete, tal vez deseando salir a ese lugar inexistente debajo de los escalones de la entrada para disfrutar un momento del fresco. Pero él le había cogido la mano. Se bajó de su taburete y, con paciencia, dándole la vuelta a la mano en la suya —justo cuando ella parecía estar a punto de rendirse y desmayarse—, empezó a moverla, conduciéndola. Bailaban.

—Empiezo a pensar que esto es lo que nos toca…, lo que nos merecemos —susurró ella, mirando por encima del hombro de él la habitación—. Y en todo momento es real. Es un lugar real…, lejos de allá abajo…

Bailaron agradecidos, con formalidad, una canción en lo que debía de ser un dialecto local, aunque nadie les prestaba atención siempre que estuvieran juntos, y los niños introducían sin parar los centavos de la familia en las máquinas tragaperras, golpeteando las palancas con estrépito a intervalos regulares, sin molestar a nadie cuando ganaban.

Ella se apresuró a decir, cuando sus movimientos empezaron a acoplarse demasiado bien:

—Uno de esos recortes informaba de un tiroteo que hubo aquí. Supongo que se sienten orgullosos de él. Y ese horrible cuchillo que llevaba Baba… Me pregunto cómo me llamó —le susurró al oído.

—¿Quién?

—El que se le disculpó.

Si hubieran estado a punto de sobrepasarse, habría sido ahora, mientras él la atraía más hacia sí y le hacía dar vueltas, y ella cayó en la cuenta de que él no podría evitar

verle el cardenal en la sien. Él lo tenía a menos de quince centímetros de los ojos, y ella tuvo la sensación de que resaltaba como una estrella maligna. (Le estaba bien empleado, por la mano que le había puesto en la cara cuando había tratado de mostrarse comprensiva y le había preguntado por su mujer.) Siguieron bailando cuando cambió el disco, después de haber permanecido callados e inmóviles en el ínterin, entrelazados en mitad de la habitación.

De pronto eran un equipo compenetrado, como una pareja de baile profesional española con máscaras, mientras sonaba un lento.

Seguramente, hasta los que son inmunes al mundo, por el momento, necesitan el contacto mutuo, o todo está perdido. Abrazados, dando vueltas alrededor de la pista maloliente y recién fijada con clavos, eran por fin la impenetrabilidad en acción. La habían descubierto, y casi la habían perdido: habían tenido que bailar. Eran lo que sus corazones por separado deseaban aquel día, para ellos mismos y el uno para el otro.

Se sentían tan a gusto juntos que ella levantó una vez la mirada y sonrió a medias.

—¿Para quién tenemos que exhibirnos?

Como la gente enamorada, se habían mostrado supersticiosos acerca de sí mismos casi tan pronto como habían salido a la pista, y no se atrevían a pensar en las palabras «contentos» o «desdichados», que podían alcanzarlos como un rayo, a uno o a otro.

En el calor cada vez más denso siguieron bailando, mientras el mismo Baba cantaba con el cantante de voz de mosquito el estribillo de «Moi pas l'aimez ça», marcando los *ça* con un camarón caliente entre los dedos. Contaba las fuentes que la anciana iba colocando en el mostrador, cada una colmada de camarones hervidos en su caparazón hasta adquirir un tono iridiscente, como montones de madreselvas.

El ganso salió de la habitación trasera por debajo del mostrador, y correteó entre las patas de las mesas y las piernas de la gente, sin advertir que era esquivado limpiamente por los dos bailarines, quienes aun así pensaron vagamente que era un ganso erudito, pues habían visto a un anciano leerle en alto. Los niños lo llamaron Mimi y lo ahuyentaron. El anciano de la mata de pelo de nuevo trataba de salir borracho por la puerta lateral atascada; esta vez le dio una patada, pero la puerta estaba resuelta a no moverse. El perro que dormía se estremeció y gruñó.

Les llegó el turno a los bailarines de echar centavos en la máquina de discos; Baba tenía un cajón lleno de monedas para todo. A estas alturas habían tomado cariño a todas las selecciones. Era la música que oías a lo lejos por la noche, procedente de las tabernas de la carretera que pasabas de largo, a la vuelta de las tardías esquinas de ciudades medio dormidas, elevándose hasta la colina desde el carnaval, con un peculiar compás que siempre se las arreglaba para repetirse. Parecía un lugar acogedor.

Bañados en sudor, y sintiendo el falso frescor que éste produce, se detuvieron finalmente en el porche, acariciados por el aire nocturno, un momento antes de

marcharse. Las primeras chicas en llegar subían los escalones bajo la luz del porche, todo delanteros de flores, los bucles negros proyectándose como antenas sobre las frentes de pura abundancia. El talco brillaba como mica en sus blandos brazos por donde habían vuelto a espolvorearlo al salir de la iglesia. Desprendiendo un intenso olor a geranio, cruzaron el porche en fila india con pasos cortos y los dedos entrelazados, en el momento oportuno para relajar las sonrisas de dentro. Él les sostuvo la puerta abierta.

—¿Lista para partir? —le preguntó a ella.

El trayecto de regreso fue en silencio, sin otro ruido que el del motor y los insectos que se estrellaban contra el coche. No tardaron en no ver nada por el parabrisas. Los faros atrajeron otras dos tormentas arremolinadoras, conos de criaturas voladoras que parecían capaces de encenderse en el último momento. Él detuvo el coche y se bajó para limpiar concienzudamente el parabrisas con rápidos y furiosos movimientos de conducción. En la maleza de ambos lados de la carretera había una gruesa capa de polvo con cráteres. Bajo la luna blanca ceniza, el mundo viajaba a través de estrellas muy pálidas…, muchísimas estrellas, lentas, muy altas, muy bajas.

Era una tierra extraña, anfibia, y ya estuviera cubierta de agua, sepultada bajo selva o desprovista de agua y árboles como en esos momentos, siempre producía la misma sensación de soledad. Él contemplaba la gran extensión: como estepas, como páramos, como desiertos (todos imaginarios para él); pero antes que parecerse a algo, era el Sur. El vasto, delgado, pálido y desenfocado cielo estrellado, con sus velos de relámpagos a la deriva, colgaba sobre esta tierra como sobre mar abierto. Solo en la noche, él reconoció la situación extrema de ese lugar con tanta intensidad como si todas las demás coordenadas se hubieran desvanecido…, como si de pronto hubiera empezado a nevar.

Subió de nuevo al coche y siguió conduciendo. Cuando se movió para darse una palmada furiosa en las mangas de la camisa, ella se estremeció en el viento nocturno, caliente y acariciador que generaba la velocidad. En una ocasión los faros del coche iluminaron a dos personas: una pareja de negros sentados en dos sillas, una frente a la otra, en el patio de su solitaria cabaña, medio vestidos, cada uno luchando contra la noche calurosa con trapos largos y blancos que movían incesantemente como si fueran bufandas.

En lugares abiertos y sin gente había lagos de polvo, en cuyo centro ardían fuegos humeantes para proteger las cosechas. Alrededor de ellos, en recintos desatendidos, había vacas, inmóviles a causa del calor de la noche, con los cuernos afilados contra ese resplandor.

Por fin detuvo de nuevo el coche, le pasó un brazo alrededor de los hombros y la besó…, sin saber nunca si lo había hecho con delicadeza o brusquedad. Fue la

pérdida de esa distinción lo que le dijo que era el momento. Luego sus caras se rozaron sin besarse, sin moverse, en la oscuridad durante largo rato. El calor entró en el coche y los envolvió en silencio; los mosquitos habían empezado a cubrirles los brazos y hasta los párpados.

Más tarde, al cruzar una gran distancia abierta, él vio dos fuegos al mismo tiempo. Tuvo la impresión de que llevaban mucho rato recorriendo una cara: grande, ancha y vuelta hacia arriba. En los ojos y en la boca abierta estaban esos fuegos que habían vislumbrado, donde se había reunido el ganado: una cara, una cabeza, mucho más abajo del Sur, al sur del Sur, por debajo de él. Todo un cuerpo gigante se extendía hacia abajo sin parar, siempre, constante como una constelación o un ángel. Ardiendo y tal vez cayendo, pensó él.

Ella parecía profundamente dormida, recostada en el asiento como una niña, con el sombrero en el regazo. Él siguió conduciendo con el perfil de ella a su lado, detrás de él, porque se había echado hacia delante para conducir más deprisa. Los pendientes de ella tintineaban con el movimiento acelerado a un ritmo casi constante. Podrían haber hablado como lenguas. Él miraba al frente y seguía conduciendo a una velocidad diabólica para el Ford de alquiler, sobrecalentado y para nada nuevo.

A menudo parecía que dejaban atrás una forma parecida a un cobertizo, el tejado y toda la silueta perfilados con un solitario neón: un cine en una encrucijada. La misma carretera llana, blanca y larga, que habían seguido hasta el final y dado media vuelta para regresar, parecía capaz, a esas alturas, de llevarlos de vuelta a casa.

Algo es increíble, si lo es, sólo después de ser contado, devuelto al mundo del que salió. Por motivos distintos, pensó él, ninguno de los dos contaría (a no ser que se lo arrancaran) que, sin conocerse, habían ido juntos en coche hasta una tierra desconocida y regresaban a salvo…, por un margen muy escaso, tal vez, pero margen al fin. Sobre el muro del embarcadero, como una aurora boreal, brillaba con luz mortecina el cielo de Nueva Orleans al otro lado del río. Esta vez lo cruzaron por un puente, elevándose mucho por encima de todo, uniéndose a una larga y luminosa hilera de coches vueltos hacia la ciudad.

Durante mucho tiempo después él dio vueltas por las calles perdido, girando casi al azar con el ruidoso tráfico hasta que por fin se orientó. Cuando detuvo el coche ante el siguiente letrero y se echó hacia delante con el entrecejo fruncido para leerlo, ella se irguió en su asiento. Era Arabi. Él dio una vuelta completa.

—Ahora vamos bien —murmuró él, permitiéndose un cigarrillo.

Algo que debía de haber estado con ellos todo el tiempo, de pronto ya no estaba. En un instante, grande como el miedo, se elevó, gritó como un ser humano y cayó de nuevo.

—No me sirvieron el agua —comentó ella.

Le dio el nombre de su hotel, y él condujo hasta allí y le dio las buenas noches en

la acera. Se estrecharon la mano.

—Perdona… —Porque, sólo por un instante, él creyó que eso era lo que ella esperaba de él.

Y eso fue todo lo que hizo ella, perdonarle. De hecho, de haberse despertado a tiempo de un sueño profundo, le habría hablado de sí misma.

Desapareció por la puerta de batiente con el gesto de alisarse el pelo, y él creyó ver en el vestíbulo a una figura yendo a su encuentro. Volvió a subir al coche y se quedó allí sentado.

No iba a salir para Syracuse hasta la mañana siguiente. Por fin recordó el motivo: su mujer le había aconsejado que se quedara ese día de más donde se encontrara para que ella pudiera recibir a ciertos amigos solteros de la universidad sin tenerlo a él estorbando.

Al poner en marcha el coche, reconoció en el olor del aire agotado y tibio de las calles, del que era parte inextricable el flujo del alcohol, que la noche en Nueva Orleans sólo estaba empezando. Dejó atrás el Dickie Grogan, donde la famosa Josefina sentada ante su piano arremetía *Claire de Lune*. Mientras devolvía el Ford intacto al garaje, recordó por primera vez en años cuando era un estudiante joven e imprudente en Nueva York, y los gritos, el horror y la asfixia infernal del metro tenían para él su significado primitivo como la cadencia y la expectativa del amor.

Traducción de Aurora Echevarría

Un episodio distante

Los crepúsculos de septiembre habían alcanzado su máxima intensidad de rojo la semana en que el profesor decidió visitar Aïn Taduirt, situado en la parte cálida del país. Descendió en autocar por la noche desde la meseta, con dos pequeños neceseres llenos de mapas, bronceadores y medicinas. Diez años antes había pasado en la ciudad tres días, el tiempo suficiente para establecer una amistad bastante sólida con el dueño del café, que le había escrito varias veces durante el primer año tras su visita, aunque nunca más después. «Hassan Ramani», decía el profesor una y otra vez, mientras el autocar daba tumbos atravesando al bajar capas cada vez más cálidas de aire. Unas veces frente al cielo llameante de poniente y otras mirando a las afiladas montañas, el vehículo seguía la polvorienta pista descendiendo entre los desfiladeros, entrando en una atmósfera que empezaba a oler a otras cosas aparte de al inagotable ozono de las alturas: azahar, pimienta, excrementos recocidos por el sol, aceite de oliva ardiente, fruta podrida. Cerró los ojos alegremente y vivió durante un instante en un mundo puramente olfativo. El pasado distante retornó: qué parte de él, no podía saberlo.

El conductor, cuyo asiento compartía el profesor, le habló sin apartar la vista de la carretera.

—*Vous êtes géologue?*

—¿Geólogo? Ah, no. Soy lingüista.

—No hay lenguas aquí. Sólo hay dialectos.

—Exacto. Estoy haciendo un estudio sobre las variedades del mogrebí.

El conductor se mostró despectivo.

—Siga bajando hacia el sur —dijo—. Encontrará lenguas de las que nunca ha oído hablar antes.

Cuando atravesaban la puerta de la ciudad, la habitual nube de chiquillos surgió de la polvareda y corrió gritando junto al autocar. El profesor se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo; tan pronto como el vehículo se detuvo, saltó de él abriéndose paso entre los indignados niños que tiraban en vano de su equipaje y se dirigió a paso rápido al Grand Hotel Saharien. De sus ocho habitaciones había dos disponibles: una orientada al mercado y la otra, más pequeña y barata, que daba a un patio minúsculo lleno de desperdicios y de barriles en el cual se movían dos gacelas. Tomó la habitación más pequeña y vertiendo un jarro entero de agua en la jofaina de estaño, empezó a lavarse el polvo arenoso de la cara y de las orejas. El resplandor crepuscular había desaparecido casi del cielo, y de los objetos estaba desapareciendo el tono rosa casi ante sus propios ojos. Encendió la lámpara de carburo y no pudo

evitar un gesto de desagrado a causa del olor.

Después de cenar, el profesor fue paseando despacio hasta el café de Hassan Ramani, cuya trastienda colgaba peligrosamente sobre el río. La entrada era muy baja y tuvo que agacharse un poco para entrar. Había un hombre cuidando del fuego. Un cliente daba pequeños sorbos a su té. El *qauayi* pretendió que se sentara a otra mesa de la habitación interior, pero el profesor siguió avanzando alegremente hasta la trastienda, sentándose allí. La luna brillaba a través de la celosía de cañas y no había ningún sonido fuera salvo el intermitente ladrido lejano de un perro. Cambió de mesa para poder ver el río. Estaba seco, pero había charcas aquí y allá que reflejaban el luminoso cielo nocturno. Entró el *qauayi* y le limpió la mesa.

—¿Pertenece todavía este café a Hassan Ramani? —le preguntó en el mogrebí que había tardado cuatro años en aprender.

El hombre respondió en mal francés:

—Falleció.

—¿Falleció…? —repitió el profesor sin percibir lo absurdo de la palabra—. ¿De veras? ¿Cuándo?

—No lo sé —repuso el *qauayi*—. ¿Un té?

—Sí. Pero no comprendo…

El hombre había salido ya de la habitación y estaba atizando el fuego. El profesor se quedó sentado, inmóvil, sintiéndose solo y tratando de convencerse a sí mismo de que era ridículo hacerlo. Al poco regresó el *qauayi* con el té. Le pagó, dejándole una espléndida propina a cambio de la cual recibió una grave reverencia.

—Dígame —dijo mientras el otro empezaba a alejarse—. ¿Se pueden conseguir todavía esas cajitas hechas de ubre de camella?

El hombre pareció molesto.

—A veces los reguibat traen cosas de ésas. Aquí no las compramos. —Y luego, con insolencia, añadió en árabe—: ¿Para qué una caja de ubre de camella?

—Porque me gustan —replicó el profesor. Y, sintiéndose un poco exaltado, añadió—: Me gustan tanto que quiero hacer una colección; le pagaré diez francos por cada una que me consiga.

—*Jamstache* —repuso el *qauayi* abriendo la mano izquierda rápidamente tres veces seguidas.

—Ni hablar. Diez.

—No es posible. Pero espere a más tarde y venga conmigo. Puede darme lo que quiera. Y conseguirá cajas de ubre de camella si es que hay alguna.

Se fue a la parte delantera, dejando al profesor que bebiera su té escuchando el creciente coro de perros que ladraba y aullaba a medida que la luna se elevaba en el cielo. Un grupo de parroquianos entró en el café y estuvo sentado charlando durante una hora aproximadamente. Cuando se hubieron marchado, el *qauayi* apagó el fuego

y se detuvo junto a la puerta poniéndose el albornoz.

—Venga —dijo.

En la calle había muy poco movimiento. Los puestos estaban todos cerrados y la única luz procedía de la luna. De vez en cuando pasaba un transeúnte y saludaba con un breve gruñido al *qauayi*.

—Todo el mundo le conoce —dijo el profesor, para romper el silencio entre ellos.

—Sí.

—Ojalá todo el mundo me conociera —dijo el profesor, antes de darse cuenta de lo infantil que debía de sonar aquel comentario.

—Nadie le conoce —dijo su acompañante con voz ronca.

Habían llegado al otro lado de la ciudad, subiendo al promontorio que dominaba el desierto, y a través de una gran grieta en el muro el profesor vio la interminable blancura rota en primer término por zonas oscuras de los oasis. Pasaron por la abertura y caminaron por una carretera sinuosa entre rocas descendiendo hacia el bosquecillo más próximo de palmeras. El profesor pensó: «Podría cortarme el cuello. Pero tiene un café…, seguro que le descubrirían».

—¿Está lejos? —preguntó sin darle importancia.

—¿Está cansado? —preguntó a su vez el *qauayi*.

—Es que me esperan en el hotel Saharien —mintió.

—No puede usted estar allí y aquí —dijo el *qauayi*.

El profesor rió. Se preguntó si aquello le parecería al otro un síntoma de inquietud.

—¿Lleva mucho tiempo en sus manos el café de Ramani?

—Trabajo allí para un amigo.

La respuesta entristeció al profesor más de lo que él hubiera imaginado.

—Ah. ¿Trabajará mañana?

—Es imposible decirlo.

El profesor tropezó en una piedra y se cayó haciéndose un rasguño en una mano.

—Tenga cuidado —dijo el *qauayi*.

De pronto flotó en el aire el olor dulce y negro de la carne podrida.

—¡Ag! —exclamó el profesor, sintiendo que se ahogaba—. ¿Qué es eso?

El *qauayi* se había tapado la cara con su albornoz y no respondió. Al poco dejaron atrás la pestilencia. Se encontraban en un llano. Más adelante el sendero estaba flanqueado por un elevado muro de adobe. No había brisa alguna y las palmeras estaban completamente inmóviles, pero tras las tapias se oía el ruido de agua corriente. El olor de excrementos humanos era casi constante mientras caminaban entre los muros.

El profesor esperó hasta que pareció lógico que preguntara con cierto grado de irritación:

—Pero ¿adónde vamos?

—Pronto —repuso el guía deteniéndose para recoger unas piedras en la cuneta—. Coja unas piedras —le recomendó—. Aquí hay perros malos.

—¿Dónde? —preguntó el profesor, pero se agachó y cogió tres grandes y de afiladas aristas.

Prosiguieron en el mayor silencio. Dejaron atrás los muros y se abrió ante ellos el desierto luminoso. Por allí cerca había un morabito en ruinas, con su diminuta cúpula apenas en pie y la fachada destruida por completo. Detrás se veían grupos de palmeras enanas, inútiles. Un perro cojo se les acercó corriendo enloquecido, a tres patas. Hasta que no estuvo casi junto a ellos el profesor no escuchó su gruñido grave y constante. El *qauayi* le lanzó una gran piedra, dándole directamente en el hocico. Se escuchó un extraño crujido de mandíbulas y el perro siguió corriendo de lado hacia otra parte, tropezando ciegamente contra las piedras y revolviéndose en todas direcciones como un insecto herido.

Separándose del sendero caminaron por un terreno erizado de piedras afiladas, pasaron las pequeñas ruinas y se metieron entre los árboles hasta llegar a un lugar donde el terreno descendía abruptamente ante ellos.

—Parece una cantera —dijo el profesor, recurriendo al francés para la palabra «cantera», cuyo equivalente en árabe no recordaba en aquel momento.

El *qauayi* no respondió. Se quedó inmóvil y volvió la cabeza como escuchando. Y, efectivamente, desde abajo, pero mucho más abajo, llegaba el sonido grave de una flauta. El *qauayi* agitó la cabeza varias veces. Luego dijo:

—El sendero comienza aquí. Puede usted verlo bien durante todo el camino. La piedra es blanca y la luna muy brillante. Así que puede ver bien. Ahora yo me vuelvo a dormir. Es tarde. Puede darme lo que quiera.

Allí de pie al borde del abismo, que a cada momento parecía más profundo, con el rostro oscuro del *qauayi* enmarcado por su albornoz e iluminado por la luna, el profesor se preguntó a sí mismo exactamente lo que sentía. Indignación, curiosidad, miedo, tal vez, pero sobre todo alivio y la esperanza de que no se tratara de una treta, la esperanza de que el *qauayi* de verdad lo dejaría solo y se volvería sin él.

Se separó un poco del borde y buscó en su bolsillo un billete suelto, puesto que no quería enseñar la cartera. Por suerte tenía uno de cincuenta francos; lo sacó del bolsillo y se lo entregó al hombre. Sabía que el *qauayi* se daba por satisfecho, así que no prestó atención cuando le oyó decir:

—No es bastante. Tengo que caminar un largo camino hasta mi casa y hay perros…

—Gracias y buenas noches —dijo el profesor sentándose con las piernas cruzadas y encendiendo un cigarrillo; se sentía casi feliz.

—Déme al menos un cigarrillo —suplicó el hombre.

—Eso sí —dijo él con cierta brusquedad, ofreciéndole el paquete.

El *qauayi* se acuclilló muy cerca de él. No tenía una cara agradable de ver. «¿Qué sucede?», pensó el profesor aterrorizado de nuevo mientras le ofrecía su cigarrillo encendido.

El hombre tenía los ojos semicerrados. Era el gesto más evidente de estar tramando algo que el profesor había visto jamás. Cuando el segundo cigarrillo estuvo encendido, se aventuró a decir al árabe, que seguía en cuclillas:

—¿En qué piensa?

El otro dio una chupada a su cigarrillo lentamente y pareció estar a punto de hablar. Entonces su expresión se convirtió en otra de satisfacción, pero no dijo palabra. Se había levantado un viento fresco y el profesor sintió un escalofrío. El sonido de la flauta ascendía de las profundidades a intervalos, a menudo mezclado con el susurro de las palmeras al rozarse unas con otras en la cercana espesura. «Estas gentes no son primitivas», se encontró diciendo mentalmente el profesor.

—Bueno —dijo el *qauayi* levantándose despacio—. Guarde su dinero. Cincuenta francos es bastante. Es un honor. —Entonces volvió al francés—: *Ti n'as qu'à discendre, to'droit*.

Escupió, se sonrió —¿o es que estaba ya histérico el profesor?— y se alejó deprisa, a grandes pasos.

El profesor tenía los nervios de punta. Encendió otro cigarrillo y se dio cuenta de que movía los labios automáticamente. Estaban diciendo: «¿Es esto una situación normal o estoy en un apuro? Esto es ridículo».

Permaneció sentado muy quieto durante varios minutos, esperando recuperar la sensación de realidad. Se tendió en el suelo duro y frío y miró la luna. Era casi como mirar directamente al sol. Si movía los ojos un poco podía conseguir una hilera de lunas más débiles en el cielo.

—Increíble —susurró.

Luego se incorporó rápidamente y miró a su alrededor. Nada demostraba que el *qauayi* hubiera regresado de veras a la ciudad. Se puso en pie y se asomó al borde del precipicio. A la luz de la luna el fondo parecía hallarse a kilómetros de distancia. Y no había nada que sirviese como punto de referencia; ni un árbol, ni una casa, ni una persona… Trató de escuchar la flauta, pero oyó sólo el viento contra sus oídos. Un deseo violento y repentino de volver corriendo a la carretera se apoderó de él, y se volvió para mirar en la dirección que había tomado el *qauayi*. Al mismo tiempo se palpó suavemente la cartera en el bolsillo del pecho. Escupió por el borde del acantilado. Luego orinó y escuchó atentamente, como un niño. Esto le dio ánimos para empezar a descender por el sendero del abismo. Resultaba curioso, pero no sentía vértigo, aunque prudentemente se abstenía de mirar a la derecha, más allá del borde. Era una bajada constante y abrupta. Su monotonía le producía un estado

mental no muy diferente del que le había causado el viaje en autobús. Estaba de nuevo murmurando «Hassan Ramani», una y otra vez, rítmicamente. Se detuvo, furioso consigo mismo por las asociaciones siniestras que el nombre le sugería ahora. Concluyó que estaba agotado por el viaje. «Y por el paseo», añadió.

Había bajado ya un buen trecho del gigantesco risco, pero la luna, que estaba justo encima, daba tanta luz como siempre. Sólo quedaba atrás el viento, allá arriba, soplando inconstante entre los árboles, por entre las polvorientas calles de Aïn Taduirt, entrando en el vestíbulo del Grand Hotel Saharien o deslizándose bajo la puerta de su pequeña habitación.

Se le ocurrió que debía preguntarse por qué estaba haciendo una cosa tan irracional, pero era lo bastante inteligente como para saber que, puesto que lo estaba haciendo, no era el momento de buscar explicaciones.

De pronto el terreno se tornó llano ante sus pies. Había llegado al fondo antes de lo que suponía. Siguió avanzando todavía con desconfianza, como si temiera otra sima traicionera. Sería muy difícil verla en aquel resplandor uniforme y tenue. Antes de que supiera lo que había sucedido, tenía encima al perro, una pesada masa de pelaje que trataba de empujarle hacia atrás, una afilada uña rozándole el pecho, una tensión de músculos contra él para clavarle los dientes en el cuello. El profesor pensó: «Me niego a morir de este modo». El perro cayó hacia atrás; parecía un perro esquimal. Cuando saltaba otra vez, el profesor gritó en voz muy alta. El perro se lanzó sobre él, se produjo una confusión de sensaciones y dolor en alguna parte. Se oía también un ruido de voces próximas, pero no lograba entender lo que decían. Un objeto frío y metálico era empuñado brutalmente contra su columna vertebral mientras el perro todavía tenía colgada de sus dientes una masa de ropa y tal vez carne. El profesor sabía que era el cañón de un arma y levantó las manos gritando en mogrebí:

—¡Llévense al perro!

Pero el arma lo empujó hacia delante y puesto que el perro, otra vez sobre sus patas, no volvió a saltar, dio un paso adelante. El arma seguía empujándolo, él seguía avanzando. Volvió a escuchar voces, pero la persona que había justo detrás de él no decía nada. La gente parecía correr de un lado a otro; por lo menos eso era lo que le decían sus oídos. Porque los ojos, según descubrió, seguían cerrados desde el ataque del perro. Los abrió. Un grupo de hombres avanzaba hacia él. Iban vestidos con las ropas negras de los reguibat. «Los reguibat son una nube contra la cara del sol.» «Cuando un reguibat aparece, el hombre de bien se da la vuelta.» En cuántas tiendas y mercados no había oído estas máximas pronunciadas en son de burla entre amigos. Pero nunca a un reguibat, por supuesto, pues esas gentes no frecuentan las ciudades. Envían a uno de los suyos disfrazado para organizar, con los elementos más turbios de la ciudad, la venta de los objetos conseguidos. «Una oportunidad», pensó

rápidamente, «de comprobar la veracidad de esas afirmaciones.» No dudó por un momento que la aventura resultaría una especie de advertencia contra aquella tontería por su parte, advertencia que, al recordarla, iba a resultar entre siniestra y grotesca.

Detrás de los hombres que se aproximaban vinieron corriendo dos perros rezongantes que se lanzaron a sus pies. Le escandalizó notar que nadie prestaba atención a este quebrantamiento de la etiqueta. El cañón lo empujaba con más fuerza cuando él intentaba esquivar el ruidoso ataque de los animales.

—¡Los perros! ¡Llévenselos! —volvió a gritar.

El cañón lo empujó con mayor fuerza y el profesor cayó al suelo, casi a los pies de la multitud de hombres que tenía enfrente. Los perros le tironeaban de las manos y de los brazos. Una bota los hizo apartarse a puntapiés lanzando gañidos y, después, con mayor energía, le asestó una patada al profesor en la cadera. Luego vino un concierto de puntapiés de diferentes lados que lo hicieron revolcarse violentamente durante un rato por la tierra. Durante todo este tiempo sentía manos que se le metían en los bolsillos y sacaban todo cuanto había en ellos. Trató de decir: «Tenéis ya todo mi dinero; ¡dejad de darme patadas!». Pero los músculos faciales golpeados se negaban a obedecer; se encontró haciendo gestos para hablar y eso fue todo. Alguien le propinó un terrible golpe en la cabeza y pensó: «Ahora al menos perderé el conocimiento, gracias a Dios». Pero siguió consciente de las voces guturales que no podía comprender y de que le ataban con fuerza los tobillos y el pecho. Luego se produjo un negro silencio que se abría como una herida de vez en cuando dejando entrar el sonido suave y grave de la flauta que repetía la misma sucesión de notas una y otra vez. De pronto sintió un dolor atroz por todo el cuerpo: dolor y frío. «Así que, después de todo, he estado inconsciente», pensó. A pesar de ello, el presente parecía únicamente una continuación directa de lo que había sucedido antes.

Estaba clareando débilmente. Había camellos cerca de donde se hallaba tendido; podía oír su gorgoteo y su honda respiración. No se esforzó siquiera en abrir los ojos, por si resultaba imposible. Sin embargo, al oír que alguien se acercaba, descubrió que veía perfectamente.

El hombre lo miró desapasionadamente a la luz gris de la mañana. Con una mano le cerró las ventanas de la nariz al profesor. Cuando abrió la boca para respirar, el hombre le cogió la lengua y tiró de ella con todas sus fuerzas. El profesor boqueaba y trataba de recuperar el aliento; no comprendía lo que estaba sucediendo. No pudo distinguir el dolor del tirón brutal del que le causó el afilado cuchillo. Luego se produjo un interminable atragantarse y escupir que continuó automáticamente, como si él no tuviese apenas parte en ello. La palabra «operación» no cesaba de darle vueltas en la cabeza; calmaba un poco su terror mientras él se hundía de nuevo en las tinieblas.

La caravana partió a eso de media mañana. Al profesor, que no estaba

inconsciente, sino en un estado de completo estupor, y seguía sintiendo náuseas y babeando sangre, lo metieron doblado en un saco y lo ataron al costado de un camello. El extremo inferior del enorme anfiteatro tenía una puerta natural en las rocas. Los camellos, rápidos *mehara*, iban poco cargados en este viaje. Pasaron por la puerta en fila india y remontaron despacio la suave loma que conducía arriba, al comienzo del desierto. Aquella noche, en una parada detrás de unos montes bajos, lo sacaron, todavía en un estado que no le permitía pensar, y sobre los andrajos polvorientos que quedaban de su ropa ataron una serie de curiosas cinchas hechas con una hilera de tapas de bote engarzadas unas a otras. Uno tras otro le fueron poniendo en torno al torso, a los brazos y piernas, incluso sobre la cara, estos brillantes cinturones, hasta que estuvo por completo envuelto en una armadura que lo cubría con sus escamas circulares de metal. Hubo muchas risas durante esta ceremonia de engalanamiento. Un hombre sacó una flauta y otro más joven hizo una imitación que no estaba mal de una Uled Naïl ejecutando la danza de la caña. El profesor ya no sabía lo que hacía; a decir verdad, vivía en mitad de los movimientos que hacían esas otras personas. Cuando hubieron terminado de vestirlo tal como deseaban, metieron algo de comida bajo las ajorcas de hojalata que le colgaban sobre la cara. Pese a que masticaba mecánicamente, la mayor parte acababa por caer al suelo. Lo volvieron a meter en el saco y lo dejaron allí.

Dos días más tarde llegaron a uno de sus campamentos. Allí había mujeres y niños en las tiendas y los hombres tuvieron que alejar a los perros dejados allí para protegerlos. Cuando vaciaron el saco donde estaba el profesor hubo gritos de miedo, y los hombres tardaron varias horas en convencer a todas las mujeres de que era inofensivo, aunque desde el primer momento no había quedado duda de que era una posesión valiosa. Al cabo de unos días se volvieron a poner en marcha llevándose todo consigo y viajando sólo de noche, mientras el terreno se volvía más cálido.

Aunque todas sus heridas habían sanado y ya no sentía dolor, el profesor no volvió a pensar; comía, defecaba, bailaba cuando se lo pedían y daba brincos absurdos arriba y abajo que entusiasmaban a los niños, principalmente por el maravilloso estrépito de chatarra que producía. Y por lo general dormía durante los calores del día, entre los camellos.

Dirigiendo sus pasos hacia el sureste, la caravana eludía toda forma de civilización sedentaria. A las pocas semanas llegaron a una nueva meseta, completamente inhóspita y con escasa vegetación. Acamparon y permanecieron allí dejando en libertad a los *mehara* para pastar. Todos estaban contentos; el tiempo era más fresco y se encontraban sólo a unas horas de una ruta poco frecuentada. Fue allí donde concibieron la idea de llevar a Fogara al profesor y venderlo a los tuareg.

Transcurrió un año entero hasta que llevaron a cabo su proyecto. Para entonces el profesor estaba mucho mejor adiestrado. Sabía dar volteretas con las manos, hacer

una serie de gruñidos terribles que, sin embargo, tenían cierto carácter humorístico; y, cuando los reguibat le quitaron la hojalata de la cara, descubrieron que podía hacer unas muecas admirables mientras bailaba. Le enseñaron también algún que otro gesto obsceno muy elemental que nunca dejaba de producir chillidos de delicia entre las mujeres. Ahora solamente lo sacaban después de comidas especialmente copiosas, cuando había música y regocijo. Se adaptó fácilmente a su sentido del ritual y desarrolló una especie de rudimentario «programa» que presentaba cuando le llamaban: danzaba, daba volteretas en el suelo, imitaba a ciertos animales y por último se abalanzaba sobre el grupo fingiendo estar encolerizado para ver la confusión e hilaridad resultantes.

Cuando se pusieron en camino tres hombres con él para ir a Fogara, llevaron cuatro *mehara* consigo y él montó el suyo a horcajadas con la mayor naturalidad. No se tomó precaución alguna para vigilarlo, salvo la de mantenerle entre ellos; pero siempre había un hombre detrás, cerrando el grupo. Llegaron a la vista de las murallas al amanecer y esperaron entre las rocas durante todo el día. Al anochecer el más joven se puso en marcha y regresó a las tres horas con un amigo que traía un grueso bastón. Trataron de que el profesor demostrara sus habilidades allí mismo, pero el hombre de Fogara tenía prisa por volver a la ciudad, así que subieron a sus *mehara* y se pusieron en marcha.

En la ciudad fueron directamente a la casa del aldeano y en su patio tomaron café entre los camellos. El profesor volvió a hacer su demostración; esta vez el espectáculo duró más y ellos se frotaron las manos. Llegaron a un acuerdo, se pagó una cantidad de dinero y los reguibat se retiraron dejando al profesor en la casa del hombre del bastón, que no tardó en encerrarlo en un minúsculo recinto que daba al patio.

El día siguiente fue un día importante en la vida del profesor, pues fue entonces cuando aquel dolor volvió a agitarse de nuevo en su interior. Acudió a la casa un grupo de invitados, entre los cuales había un venerable caballero, mejor vestido que los demás, al cual se pasaban el tiempo alabando, besándole con fervor las manos y los bordes de sus vestiduras. Esta persona se consideraba en la obligación de hablar en árabe clásico de vez en cuando, para impresionar a los demás, que no habían aprendido una palabra del Corán. Así que la conversación transcurría más o menos así:

—Tal vez en In Salah. Los franceses son imbéciles. La venganza de los cielos se aproxima. No la precipitemos. Alaba al más alto y maldice a los ídolos. Con pintura en la cara. Por si la policía quiere mirar de cerca.

Los demás escuchaban y asentían con la cabeza lenta y solemnemente. Y el profesor, en su cuchitril, cerca de ellos, escuchaba también. Es decir, era consciente del sonido del árabe que hablaba el anciano. Las palabras penetraban por primera vez

en muchos meses. Ruidos, y luego: «La venganza de los cielos se aproxima». Y luego: «Es un honor. Cincuenta francos es suficiente. Quédate con tu dinero. Bien». Y el *qauayi* en cuclillas junto a él al borde del precipicio. Y luego «maldice a los ídolos» y más confusión de palabras. Se dio la vuelta resollando en la arena y lo olvidó. Pero el dolor se había despertado. Se desarrollaba en una especie de delirio, porque había comenzado a recuperar de nuevo la conciencia. Cuando el hombre abrió la puerta y le empujó con el bastón, lanzó un alarido de rabia y todos se echaron a reír.

Lo hicieron levantarse, pero no quería bailar. Permaneció de pie ante ellos, mirando el suelo y negándose obstinadamente a moverse. El propietario estaba furioso y tan irritado por las risas de los demás que se sintió obligado a despedirlos diciendo que esperaría un momento más propicio para mostrarles su adquisición, pues no se atrevía a manifestar su cólera ante los mayores. Sin embargo, cuando se marcharon asestó al profesor un violento bastonazo en el hombro, le gritó diversas obscenidades y salió a la calle cerrando con un portazo. Se fue directo a la calle de las Uled Naïl, porque estaba seguro de encontrar a los reguibat allí, gastando el dinero entre las mujeres. Y en una tienda encontró a uno de ellos, todavía en la cama, mientras una Uled Naïl lavaba los vasos de té. Entró en la tienda y, antes de que intentara incorporarse siquiera, casi había decapitado al hombre. Tiró luego la navaja en la cama y salió corriendo.

La Uled Naïl vio la sangre, lanzó un grito y salió de su tienda entrando en la contigua, de la cual surgió al poco con otras cuatro que corrieron juntas al café y contaron al *qauayi* quién había matado al reguibat. Transcurrida apenas una hora, la policía militar francesa lo detenía en la casa de un amigo y lo llevaba a la fuerza al campamento. Aquella noche el profesor no recibió nada de comer y a la tarde siguiente, en el lento despertar de la conciencia provocado por el hambre creciente, estuvo andando sin rumbo fijo por el patio y las habitaciones que daban a él. No había nadie. En una habitación colgaba un calendario de la pared. El profesor lo miró nervioso, como un perro que se mira una mosca en el hocico. En el papel blanco había cosas negras que producían sonidos en su cabeza. Los escuchó: «Grande Épicerie du Sahel. Juin. Lundi, Mardi, Mercredi…».

Los minúsculos signos de tinta que forman una sinfonía pueden haber sido dibujados hace mucho tiempo, pero cuando se realizan en forma de sonido se vuelven inminentes y poderosos. De modo que en la cabeza del profesor empezó a sonar una especie de música de sentimientos que iba aumentando de volumen mientras miraba la pared de adobe y tuvo la sensación de estar interpretando algo que había sido escrito para él hacía mucho tiempo. Sintió deseos de llorar; sintió deseos de recorrer la casa rugiendo, volcando y destrozando los pocos objetos que podían romperse. Su emoción no trascendió este único deseo arrollador. Entonces, bramando con todas sus

fuerzas, la emprendió con la casa y sus enseres. Luego se precipitó contra la puerta de la calle, que ofreció cierta resistencia, y acabó por saltar. Salió trepando por el agujero que dejaban los tablones que había astillado y, todavía rugiendo y agitando sus brazos en el aire para hacer el mayor estrépito de latas posible, empezó a galopar por la silenciosa calle hacia la puerta del pueblo. Algunas personas lo miraban con gran curiosidad. Al pasar ante el garaje, el último edificio antes de llegar al elevado arco de adobe que enmarcaba el desierto, fue avistado por un soldado francés. «*Tiens*», se dijo para sus adentros, «un fanático.»

Se estaba poniendo el sol otra vez. El profesor corrió bajo el arco de la puerta, volvió la cara hacia el cielo rojo y empezó a trotar a lo largo de la Piste d'In Salah, derecho hacia el sol que se ocultaba. A sus espaldas, desde el garaje, el soldado disparó al azar, esperando hacer blanco. El proyectil silbó peligrosamente junto a la cabeza del profesor y sus gritos se elevaron hasta convertirse en un lamento indignado mientras agitaba sus brazos de una manera aún más alocada y, presa del terror, daba grandes saltos en el aire cada pocos pasos.

El soldado estuvo mirando un momento, sonriendo, mientras la figura que corveteaba se empequeñecía en la creciente oscuridad de la noche y el cascabeleo de la hojalata pasaba a formar parte del gran silencio que reinaba allí fuera, más allá de la puerta. La pared del garaje sobre la que se apoyaba irradiaba el calor que le había prestado el sol, pero aun así en el aire empezaba a medrar un frío lunar.

Traducción de Guillermo Lorenzo

Oh ciudad de sueños rotos

Cuando el tren de Chicago salió de Albany y empezó a traquetear valle fluvial abajo, camino de Nueva York, los Malloy, que ya habían vivido con anterioridad muchos momentos emocionantes, sintieron que se les aceleraba el aliento, como si no hubiese suficiente aire en el vagón. Enderezaron las espaldas y alzaron las cabezas, en busca de oxígeno, como la tripulación de un submarino condenado. La niña, Mildred-Rose, halló una envidiable manera de suprimir la incomodidad. Se quedó dormida. Evarts Malloy quiso bajar las maletas de la rejilla, pero Alice, su mujer, consultó la guía de ferrocarriles y le dijo que era demasiado pronto. Luego miró por la ventanilla y vio el noble río Hudson.

—¿Por qué le llaman el fin de América? —preguntó a su marido.

—El Rin —corrigió Evarts—. El Rin, no el fin.

—Ah.

La víspera habían abandonado su hogar en Wentworth, Indiana, y a pesar de la excitación del viaje y la brillantez del punto de destino, ambos se preguntaban de vez en cuando si no habrían olvidado cerrar la llave del gas y apagar la fogata de basura detrás del cobertizo. Al igual que esa gente que en ocasiones se ve en Times Square los sábados por la noche, se habían vestido con ropas reservadas ex profeso para aquel desplazamiento. El calzado ligero que Evarts llevaba tal vez no había salido nunca del fondo del armario desde el entierro de su padre o la boda de su hermano. Alice estrenaba guantes: se los habían regalado una Navidad haría diez años. Él, por su parte, había guardado durante años en el cajón de arriba del escritorio el deslustrado pasador del cuello de la camisa, el prendedor de la corbata con sus iniciales y su cadena dorada, los calcetines de fantasía, el pañuelo de seda artificial del bolsillo superior de la chaqueta y el falso clavel de la solapa, firmemente convencido de que la vida, algún día, le alejaría de Wentworth.

Alice Malloy tenía cabellos fibrosos y oscuros, y su rostro enjuto recordaba a veces a su marido —que la amaba más de lo que él creía— el portal de una casa de vecinos en un día de lluvia: un semblante largo, inexpresivo y apenas iluminado, un corredor por el que pasaban los suaves éxtasis e infortunios de los pobres. Evarts Malloy era muy flaco. Había sido conductor de autobús y era algo cargado de espaldas. Su hija dormía con el pulgar en la boca. Tenía el pelo oscuro, y su carita sucia era alargada como la de su madre. Cuando una violenta sacudida del tren la despertó, se chupó ruidosamente el dedo gordo hasta sumirse de nuevo en su sopor. No había podido atesorar tantas galas como sus padres (tenía sólo cinco años), pero lucía un abrigo de piel blanco. Varias generaciones atrás se había perdido el sombrero

y el manguito a juego; la piel del abrigo estaba reseca y desgarrada, pero ella la acariciaba en sueños, como si poseyera notables propiedades que la convencían de que todo iba bien, muy bien.

El revisor que recorría el vagón picando billetes desde Albany reparó en los Malloy: algo, en la pinta de aquellos tres, le preocupó. Cuando volvió a pasar, se detuvo junto a su asiento y charló un rato con ellos, primero sobre Mildred-Rose y después sobre el viaje.

—¿Primera vez que van a Nueva York? —inquirió.

—Sí —dijo Evarts.

—¿A visitar la ciudad?

—Oh, no —dijo Alice—. En viaje de negocios.

—¿A buscar trabajo? —preguntó el revisor.

—Oh, no —dijo Alice—. Cuéntaselo, Evarts.

—Bueno, en realidad no se trata de un trabajo —dijo Evarts—. Quiero decir que no busco trabajo. Verá, ya tengo un empleo.

Su actitud era amistosa y sencilla, y contó la historia con entusiasmo, porque el revisor era el primer extraño interesado en conocerla.

—Estuve en el ejército, sabe, y luego, cuando me licenciaron, volví a casa y empecé otra vez con el autobús. Soy chófer nocturno de autobús. Pero no me gustaba. Comencé a sentir dolores de estómago y conducir de noche me estropeaba la vista, así que en los ratos libres, por las tardes, comencé a escribir una comedia. Verá usted, en la nacional siete, cerca de Wentworth, donde vivimos, hay una vieja que se llama Mamá Finelli, y tiene una gasolinera y un criadero de serpientes. Es un personaje con mucho jugo y gancho, así que me decidí a escribir una comedia sobre ella. Tiene muchísimos dichos con jugo y con gancho. Bueno, pues escribí el primer acto, y entonces Tracey Murchison, el director teatral, vino de Nueva York a dar una conferencia en el Club de Mujeres sobre los problemas del teatro. Bueno, pues Alice fue a la conferencia, y cuando él se estaba quejando, cuando Murchison se quejó de la falta de jóvenes dramaturgos, Alice levanta la mano y le dice a Murchison que su marido es un joven dramaturgo y que a ver si él quiere leer la obra de su marido. ¿No fue así, Alice?

—Sí —dijo Alice.

—Bueno, el hombre se hizo de rogar —prosiguió Evarts—. Murchison venga a poner pegas, pero Alice no le dejó en paz, con toda aquella gente escuchando, y cuando el hombre acabó su conferencia, ella que se va derechita al estrado y le da la obra. La llevaba en el bolso. Después le acompañó al hotel y se sentó a su lado hasta que Murchison acabó de leer la pieza, o sea, el primer acto. El único escrito. Bueno, pues resulta que en la obra hay un papel que él quería que interpretase su mujer, Madge Beatty, y cuanto antes. Supongo que usted sabe quién es Madge Beatty. ¿Y

sabe qué hizo él entonces? ¡Se sentó, rellenó un cheque de treinta y cinco dólares y dijo que Alice y yo fuéramos a Nueva York! Así que sacamos todo el dinero de la caja de ahorros, quemamos las naves y aquí estamos.

—Bueno, me figuro que de ahí se puede sacar un montón de dinero —dijo el revisor. Luego les deseó buena suerte y se marchó.

Evarts quiso bajar las maletas en Poughkeepsie y otra vez lo mismo en Harmon, pero Alice buscó ambas localidades en su guía y le obligó a esperar. Ninguno de los dos había estado nunca en Nueva York, y conforme iban acercándose a la ciudad empezaron a mirar por las ventanillas con creciente avidez. Como Wentworth era un villorrio deprimente, hasta los tugurios de Manhattan les parecieron maravillosos aquella tarde. Cuando el tren se adentró en la oscuridad bajo Park Avenue, Alice se sintió cercada por la presencia de aquellos bloques gigantescos. Despertó a Mildred-Rose y ató el gorro de la chiquilla con trémulos dedos.

Cuando se apearon del tren, Alice advirtió que el pavimento, al fondo de la estación, tenía un brillo escarchado, y se preguntó si habrían sembrado diamantes en el cemento. Prohibió a Evarts que preguntase direcciones.

—Si se dan cuenta de que somos de pueblo, nos despluman —susurró.

Deambularon por la sala de espera de mármol, atentos al ruido del tráfico y a las bocinas de coches como si fueran la esencia de la vida. Alice había estudiado previamente un mapa de Nueva York, y al salir de la estación ya sabía adónde ir. Recorrieron la calle Cincuenta y dos hasta la Quinta Avenida. Las caras que veían al pasar les parecieron resueltas y abstraídas, como si pertenecieran a personas que regían los destinos de magnas industrias. Evarts nunca había visto tantas mujeres hermosas, tantos rostros agradables, jóvenes, prometedores de fácil conquista. Era una tarde de invierno, y la clara luz de la ciudad tenía un matiz violeta, exactamente como la luz de los campos que rodeaban a Wentworth.

Su destino, el hotel Mentone, estaba en una calle lateral, al oeste de la Sexta Avenida. Era un lugar sombrío, de aposentos malolientes y deplorable comida. El techo del vestíbulo tenía tantos estucos y dorados como las capillas del Vaticano. El alojamiento era popular entre los ancianos y atractivo para las personas de mala reputación, y los Malloy lo habían encontrado porque el Mentone se anunciaba en todas las carteleras de las estaciones ferroviarias del Oeste. Muchas almas cándidas se habían alojado allí; su humildad y su dulzura habían prevalecido sobre la evidente atmósfera de esplendor ruinoso y mezquino vicio, y habían depositado en todos los dormitorios ese humilde olor que evoca el de una tienda de piensos pueblerina en una tarde de invierno. Un botones les llevó a su habitación. En cuanto aquél se retiró, Alice inspeccionó el baño y abrió las cortinas. La ventana daba a una pared de ladrillo, pero al levantarla oyó el rumor del tráfico, que sonaba, al igual que en la estación, como la titánica e irresistible voz de la vida misma.

Esa tarde, los Malloy hallaron el camino hasta el restaurante Automático de Broadway. Gritaron de alegría ante los mágicos grifos de café y las puertas de cristal que se abrían solas.

—Mañana voy a comer alubias blancas —exclamó Alice—, y pasado mañana pastel de pollo, y al día siguiente croquetas de pescado.

Después de cenar salieron a la calle. Mildred-Rose caminaba entre sus padres, cogida de sus manos callosas. Estaba oscureciendo, y las luces de Broadway respondieron a sus sencillas plegarias. Arriba, en el aire, había enormes imágenes, brillantemente iluminadas, de sangrientos héroes, criminales amantes, monstruos y bandidos armados. Un revoltijo de luz deletreaba títulos de películas y marcas de refrescos, restaurantes y cigarros, y a lo lejos se divisaba el resplandor del crepúsculo invernal más allá del Hudson. Al este, los altos edificios iluminados parecían arder, como si hubiese caído fuego sobre sus sombrías siluetas. El aire rezumaba música, y la luz brillaba más que la del día. Vagaron entre el gentío durante horas.

El paseo fatigó a Mildred-Rose que empezó a lloriquear; al cabo, sus padres la llevaron de vuelta al hotel. Alice estaba ya desnudándose cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo Evarts.

Un botones apareció en la entrada. Tenía cuerpo de muchacho, pero su rostro era triste y arrugado.

—Sólo quería ver si están a gusto —dijo—. Quería preguntarles si les apetecía una gaseosa o un poco de agua helada.

—Oh, no, gracias, muy amable —dijo Alice—. De todas formas se lo agradecemos.

—¿Es la primera vez que vienen a Nueva York? —preguntó el botones. Cerró la puerta tras él y se sentó en el brazo de una silla.

—Sí —dijo Evarts—. Salimos ayer de Wentworth, Indiana, en el tren de las nueve y cuarto, vía South Bend. De ahí a Chicago. Comimos allí.

—Yo tomé pastel de pollo —dijo Alice—. Estaba delicioso.

Le metió a Mildred-Rose el camisón por la cabeza.

—Y por fin Nueva York —dijo Evarts.

—¿Qué les trae por aquí? —preguntó el botones—. ¿Aniversario?

Cogió un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y se dejó caer en la silla.

—Oh, no —dijo Evarts—. Nos ha tocado el gordo.

—Las vacas gordas —añadió Alice.

—¿Un concurso? —inquirió el botones—. ¿Algo parecido?

—Oh, no —dijo Evarts.

—Díselo, Evarts —le apremió Alice.

—Sí —dijo el botones—. Dígamelo, Evarts.

—Bueno, verá —dijo Evarts—, la cosa empezó así.

Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—Yo estaba en el ejército, sabe, y cuando me licenciaron volví a Wentworth…

Repitió al botones la historia que había contado al revisor.

—¡Oh, qué suerte la suya, ustedes sí que son gente de suerte! —exclamó el botones cuando Evarts concluyó el relato—. ¡Tracey Murchison! ¡Madge Beatty! Tienen suerte, mucha suerte.

Miró la habitación pobremente amueblada. Alice estaba instalando a la niña en el sofá donde iba a dormir. Sentado en el borde de la cama, Evarts columpiaba las piernas.

—Lo que usted necesita es un buen agente —sentenció el botones. Escribió un nombre y unas señas en un pedazo de papel y se lo tendió a Evarts—. La agencia Hauser es la mayor del mundo —dijo—, y Charlie Leavitt es el mejor hombre que tienen. Cuéntele a Charlie sus problemas, con toda libertad, y si él le pregunta quién le envía, dígale que le manda Bitsey. —Se dirigió hacia la puerta—. Buenas noches. Ustedes son gente de suerte. Buenas noches. Dulces sueños. Felices sueños.

Los Malloy eran los diligentes vástagos de una estirpe industriosa, y a las seis y media de la mañana estaban ya en pie. Se lavaron la cara y las orejas, y se cepillaron los dientes con jabón. A las siete en punto salieron rumbo al Automático. Evarts no había dormido. El ruido del tráfico se lo había impedido, y se pasó toda la noche pegado a la ventana. Sentía la boca arrasada de tanto fumar, y la falta de sueño le ponía nervioso. Les sorprendió ver que la ciudad dormitaba todavía. El hecho les chocó. Desayunaron y volvieron al hotel. Evarts llamó a la oficina de Tracey Murchison, pero nadie contestó. Telefoneó varias veces. A las diez en punto una muchacha respondió al teléfono.

—El señor Murchison le recibirá a las tres —le dijo, y colgó.

Como no había nada que hacer, salvo esperar, Evarts llevó a su mujer y a su hija a recorrer la Quinta Avenida. Miraron los escaparates. A las once en punto abría sus puertas la sala de conciertos de Radio City, y allá se fueron.

Fue una buena idea. Antes de adquirir los billetes merodearon por salones y lavabos una hora entera. Durante la función, un gigantesco samovar ascendió del foso de la orquesta y sacó al escenario a cincuenta cosacos que cantaban *Ojos negros* mientras Alice y la niña gritaban de alegría. La grandiosidad del espectáculo parecía esconder una simple y familiar comprensión, como si el soplo que descorría las millas y millas de doradas cortinas viniese directamente desde Indiana. La función dejó un sabor muy grato a Alice y Mildred-Rose y, de regreso al hotel, Evarts tuvo que guiarlas por la acera para que no tropezaran con las bocas de riego. Llegaron al Mentone a las tres menos cuarto. Evarts despidió con un beso a su mujer y a su hija y

se marchó a ver a Murchison.

Se perdió. Tuvo miedo de llegar tarde. Echó a correr. Preguntó la dirección a una pareja de policías y por fin llegó al edificio de oficinas.

La puerta principal del despacho era sórdida —deliberadamente sórdida, esperaba Evarts— pero no ignominiosa, pues había muchas mujeres y hombres hermosos aguardando para ver al señor Murchison. Ninguno de ellos estaba sentado, y conversaban como si les complaciera la demora que les retenía allí. La recepcionista guió a Evarts hasta otro despacho igualmente repleto, pero en él reinaba la inquietud y la prisa, como si el lugar sufriera un asedio. Allí estaba Murchison, que le recibió dinámicamente.

—Aquí mismo tengo sus contratos —dijo. Tendió a Evarts una pluma y le acercó un montón de hojas—. Ahora quiero que vaya corriendo a ver a Madge —añadió tan pronto como Evarts hubo firmado los contratos. Le miró, le arrancó de la solapa el clavel artificial y lo tiró a la papelera—. Vamos, vamos, deprisa. Le espera en el cuatrocientos de Park Avenue. Se muere de ganas de conocerle. Le está esperando. Le veré esta noche; creo que Madge ha preparado algo… Vamos, dése prisa.

Evarts se precipitó al vestíbulo y llamó impacientemente el ascensor. En cuanto salió del edificio se perdió de nuevo y erró por el barrio de las peleterías. Un policía le encaminó directamente al hotel Mentone. Alice y Mildred-Rose le esperaban en el vestíbulo, y él les contó lo que había ocurrido.

—Ahora tengo que ir a ver a Madge —dijo—. ¡Tengo que darme mucha prisa!

Bitsey, el botones, captó la conversación. Dejó caer unas bolsas que llevaba y se acercó a ellos. Explicó a Evarts el camino para ir a Park Avenue. Éste volvió a besar a su mujer y a su hija. Ellas le dijeron adiós con la mano mientras salía por la puerta.

Evarts había visto tantas películas de Park Avenue que observó su amplitud y frialdad con cierta sensación de familiaridad. Subió en ascensor al apartamento de Murchison y una sirvienta le condujo hasta una bonita sala de estar. Dentro ardía un fuego, y había flores sobre la chimenea. Se puso en pie de un salto cuando entró Madge Beatty. Era una mujer frágil, animada, rubia, y su voz ronca y experta le hizo sentirse desnudo.

—He leído su obra, Evarts —dijo—, y me encanta, me encanta, me encanta.

Se movió volublemente por la habitación, hablándole ya directamente, ya por encima del hombro. No era tan joven como parecía a primera vista, y a la luz de las ventanas daba casi la impresión de marchitez.

—Espero que infle mi papel cuando escriba el segundo acto —dijo—. Va a aumentarlo y aumentarlo y aumentarlo.

—Haré todo lo que usted quiera, señorita Beatty —dijo Evarts.

Ella se sentó y cruzó sus hermosas manos. Sus pies eran muy grandes, advirtió Evarts. Sus espinillas eran muy flacas, y ello hacía que sus pies pareciesen de mayor

tamaño.

—Nos entusiasma su obra, Evarts —dijo—. La amamos, la queremos, la necesitamos. ¿Sabe hasta qué punto la necesitamos? Tenemos deudas, Evarts, tenemos deudas terribles. —Descansó una mano sobre el pecho y habló en un susurro —. Debemos un millón novecientos sesenta y cinco mil dólares. —Dejó que la preciosa luz inundase de nuevo su voz—. Pero ahora le estoy impidiendo que escriba su magnífica obra. Le estoy apartando del trabajo, y quiero que vuelva y escriba, escriba y escriba, y quiero que usted y su mujer vengan aquí a cualquier hora después de las nueve esta noche y conozcan a algunos de nuestros amigos más queridos.

Evarts preguntó al portero cómo se volvía al hotel Mentone, pero comprendió mal las indicaciones que le dieron, y se perdió de nuevo. Dio vueltas por el East Side hasta que encontró a un policía que le señaló el camino de vuelta. Era tan tarde cuando llegó que Mildred-Rose lloraba de hambre. Los tres se lavaron, fueron al Automático y pasearon Broadway arriba y Broadway abajo hasta cerca de las nueve. Luego regresaron al hotel. Alice se puso su traje de noche y ambos besaron a la niña dándole las buenas noches. En el vestíbulo se encontraron con Bitsey y le dijeron adónde iban. Él les prometió cuidar de Mildred-Rose.

El trayecto hasta la casa de los Murchison fue más largo de lo que Evarts recordaba. El chal de Alice era muy ligero. Estaba lívida de frío cuando llegaron al edificio de apartamentos. Al salir del ascensor, oyeron de lejos a alguien que tocaba el piano y a una mujer que cantaba «A kiss is but a kiss, a sigh is but a sigh…». Una sirvienta recogió sus abrigos y el señor Murchison les saludó desde otra puerta. Alice se azoró y arregló la peonía de tela que colgaba por la parte delantera de su traje, y ambos entraron.

La habitación estaba llena de gente, las luces eran tenues y la mujer que cantaba estaba acabando la canción. Flotaba en el aire un fuerte olor a pieles de animales y un perfume astringente. Murchison les presentó a una pareja que estaba cerca de la puerta y les dejó solos. La pareja volvió la espalda a los Malloy. Evarts era tímido y callado, pero Alice, agitada, empezó a hacer conjeturas sobre la identidad de la gente que rodeaba el piano. Estaba segura de que todos eran estrellas de cine, y tenía razón.

La cantante terminó la canción, se levantó del piano y se alejó. Hubo breves aplausos y después un curioso silencio. El señor Murchison pidió a otra mujer que cantara.

—No voy a hacerlo después de ella —dijo.

La situación, fuese la que fuese, cortó la conversación. Murchison pidió a varias personas que actuaran para la concurrencia, pero todas se negaron.

—Quizá la señora Malloy quiera cantar para nosotros —dijo, amargamente.

—De acuerdo —dijo Alice.

Se colocó en el centro de la estancia. Adoptó la postura adecuada y, cruzando las

manos de forma que mantuviesen alto el pecho, empezó a cantar.

La madre de Alice le había enseñado a cantar siempre que un anfitrión se lo pidiese, y ella jamás había violado ninguna enseñanza materna. De niña había recibido lecciones de canto de la señora Bachman, una viuda de edad que vivía en Wentworth. Había cantado en las reuniones de la escuela primaria y luego en las del instituto. En las fiestas de familia, al final de la tarde, siempre llegaba el momento en que le pedían que cantase; entonces se levantaba de su sitio, en el duro sillón junto a la estufa, o salía de la cocina, donde había estado fregando, a cantar las canciones que la viuda Bachman le había enseñado.

Aquella noche la invitación fue tan inesperada que Evarts no tuvo la menor oportunidad de detener a su esposa. Había captado la amargura en la voz de Murchison y en ese momento la hubiese detenido, pero tan pronto como Alice empezó a cantar aquello dejó de preocuparle. Tenía ella una voz bien modulada, su figura era austera, conmovedora, y cantaba para aquel auditorio obedeciendo a su natural cortés. Cuando hubo superado su propio desconcierto, Evarts advirtió el respeto y la atención que los huéspedes de Murchison prestaban a la música. Muchos de ellos venían de lugarejos como Wentworth; eran gente de buen corazón y la canción sencilla que entonaba la intrépida garganta de Alice les recordaba sus comienzos. Nadie susurraba ni sonreía. Muchos habían bajado la cabeza, y Evarts vio a una mujer que se llevaba a los ojos un pañuelo. Alice ha triunfado, pensó, y seguidamente identificó la canción: *Annie Laurie*.

Años atrás, cuando la señora Bachman se la había enseñado, le enseñó también a concluirla con un toque profesional que le granjeó muchos aplausos cuando niña, muchacha y alumna de instituto, pero que, en la mal ventilada sala de estar de Wentworth, con su inexorable olor a pobreza y cocina, ya había empezado a aburrir y fastidiar incluso a su familia. En la última frase, al clamar aquello de «Déjame caer y morir», le había enseñado a caer al suelo hecha un ovillo. Ahora, con los años, se dejaba caer con menos precipitación que antaño, pero seguía haciéndolo, y Evarts se dio cuenta, al mirar su rostro sereno, de que planeaba consumar el golpe de efecto. Pensó en ir hacia ella, en abrazarla y musitarle al oído que el hotel estaba ardiendo o que Mildred-Rose se había puesto enferma. En lugar de eso, le volvió la espalda.

Alice aspiró rápidamente y atacó el último verso. Evarts había empezado a sudar tan copiosamente que la sal del sudor le entró en los ojos. «Caeré, moriré», le oyó cantar; oyó el pesado impacto de su cuerpo contra el suelo; oyó las irremediables carcajadas, las toses por causa del tabaco y los juramentos de una mujer riéndose tan fuerte que se le quebró su collar de perlas. Los invitados de Murchison parecían embrujados. Lloraban, se estremecían, se inclinaban, se daban unos a otros palmadas en la espalda y caminaban en círculos, como dementes. Cuando Evarts osó mirar la escena, Alice estaba sentada en el suelo. La ayudó a incorporarse.

—Vamos —dijo—. Vamos, querida.

La rodeó con el brazo y la llevó al vestíbulo.

—¿No les ha gustado mi canción? —preguntó. Y se echó a llorar.

—No tiene importancia, mi amor —dijo Evarts—. Ninguna importancia.

Cogieron sus abrigos y en la noche fría regresaron al hotel.

Bitsey les esperaba en el pasillo, delante de la habitación. Quiso enterarse de todo lo relativo a la fiesta. Evarts mandó a Alice dentro y habló a solas con el botones. No tenía ganas de hablar de la fiesta.

—No creo que tenga nada más que ver con los Murchison —dijo—. Voy a buscar otro director.

—Así me gusta —dijo Bitsey—. Eso es hablar. Pero primero quiero que vaya a la agencia Hauser y hable con Charlie Leavitt.

—Muy bien —dijo Evarts—. Muy bien. Iré a ver a Charlie Leavitt.

Alice lloró aquella noche hasta quedarse dormida. Tampoco esta vez Evarts concilió el sueño. Se sentó en una silla junto a la ventana. Se adormeció poco antes del alba, pero no por mucho tiempo. A las siete en punto llevó a su familia al Automático.

Bitsey subió a la habitación de los Malloy después del desayuno. Estaba muy excitado. Un periodista de uno de los periódicos de cuatro centavos informaba de la llegada de Evarts a Nueva York. En el mismo párrafo se mencionaba a un miembro del gabinete y a un rey balcánico. Luego empezó a sonar el teléfono. En primer lugar llamó un hombre que quería vender a Evarts un abrigo de visón de segunda mano. Luego telefoneó un abogado, un tintorero, una modista, una escuela de párvulos, varias agencias y un hombre que dijo que podía conseguirles un buen apartamento. Evarts dijo que no a todos los importunos, pero tuvo que discutir todas las veces antes de colgar. Bitsey le había concertado una cita al mediodía con Charlie Leavitt, y al llegar la hora, besó a Alice y a la niña y salió a la calle.

La agencia Hauser tenía su sede en uno de los edificios de Radio City. En esta ocasión, los asuntos de Evarts le permitieron cruzar las formidables puertas de aquellos inmuebles con tanto derecho —se dijo— como cualquier otro. La agencia estaba en el piso veintiséis. No pulsó el botón hasta que el ascensor ya estaba subiendo.

—Demasiado tarde —le dijo el ascensorista—. Tiene que decirme el número de su planta al entrar.

Evarts sabía que su condición de pueblerino había quedado en evidencia ante todas las personas que había en el ascensor, y se ruborizó. Subió al piso sesenta y luego descendió al veintiséis. Cuando salía, el ascensorista le dedicó una sonrisa burlona.

Había dos puertas de bronce, ensambladas por un águila partida en dos, al fondo

de un largo pasillo. Evarts empujó las alas del ave imperial y entró en un elegante vestíbulo de mansión feudal. El artesonado estaba carcomido y blanco debido a la putrefacción. A cierta distancia, detrás de una ventanilla de cristal, vio a una mujer con auriculares. Se acercó a ella, le dijo lo que quería y ella le rogó que se sentara. Evarts se sentó en un sillón de cuero y encendió un cigarrillo. La suntuosidad del vestíbulo le causó honda impresión. Luego notó que el sillón estaba cubierto de polvo. Y también la mesa, las revistas que descansaban sobre ella, la lámpara, la reproducción en bronce de *El beso* de Rodin: todo era polvoriento en la amplia habitación. Advirtió al mismo tiempo el peculiar silencio del vestíbulo. No se oía ni uno solo de los ruidos habituales en una oficina. En medio de aquella calma, desde el distante suelo, abajo, ascendió la música de un disco en la pista de hielo, donde un carillón anunciaba «¡Alégrese el mundo! ¡Ha llegado el Señor!». Las revistas de la mesa que había tras el sillón eran de hacía cinco años.

Al rato, la recepcionista le señaló una puerta doble al final del vestíbulo y Evarts se encaminó hacia allí tímidamente. Al otro lado de la puerta, el despacho era menos espacioso que la estancia que acababa de dejar, pero más sombrío y suntuoso, más imponente, y a lo lejos seguía oyéndose la música de la pista de hielo. Un hombre estaba sentado ante un escritorio antiguo. Se puso en pie en cuanto vio a Evarts.

—¡Bienvenido, Evarts, bienvenido a la agencia Hauser! —clamó—. He oído que tiene usted una obra estupenda, y Bitsey me ha dicho que ha terminado con Tracey Murchison. No he leído su obra, por supuesto, pero si Tracey la quiere, yo también la quiero, y por lo tanto también la quiere Sam Farley. He encontrado un director, una estrella y un teatro para usted, y creo que tengo concertado un trato previo a la puesta en escena. Cien mil dólares sobre un tope de cuatrocientos mil. Siéntese, siéntese.

Daba la impresión de que el señor Leavitt estaba comiendo algo o tenía algún problema con los dientes, pues al acabar cada frase movía los labios ruidosa y pensativamente, como un gastrónomo. Quizá había estado comiendo, porque tenía migas en torno a la boca. O tal vez tenía un problema con los dientes, ya que el ruido de sus labios persistió a lo largo de toda la entrevista. Leavitt llevaba encima cantidad de oro: varios anillos, una pulsera de identificación dorada, un reloj del mismo metal y una pesada pitillera de oro con joyas engastadas. La pitillera estaba vacía, y Evarts le abasteció de cigarrillos mientras conversaban.

—Ahora quiero que vuelva a su hotel, Evarts —dijo Leavitt en voz muy alta—, y que se lo tome con calma. Charlie Leavitt se ocupa de su propiedad intelectual. Quiero que me prometa que no se preocupará. Ahora bien, tengo entendido que ha firmado un contrato con Murchison. Voy a declarar ese contrato nulo e inválido, y mi abogado va a declararlo nulo e inválido, y si Murchison lo impugna, le llevaremos a juicio y haremos que el juez declare que el contrato es nulo e inválido. Antes de seguir adelante, sin embargo —suavizó la voz—, quiero que me firme estos papeles

que me confieren autoridad para representarle. —Le tendió unos papeles y una pluma estilográfica de oro—. Fírmelos —dijo, tristemente— y ganará cuatrocientos mil dólares. ¡Ustedes, los autores! —exclamó—. ¡Gente afortunada!

En cuanto Evarts hubo firmado, cambió la actitud de Leavitt, que empezó a gritar de nuevo.

—El director que le he escogido es Sam Farley. La actriz es Susan Hewitt. Sam es el hermano de Tom Farley. Está casado con Clarissa Douglas y es tío de George Howland. Pat Levy es su cuñada y Mitch Kababian y Howie Brown están emparentados con él por parte de madre. Ella se llama Lottie Mayes. Son una familia muy unida. Forman un estupendo equipo. Cuando su obra se represente en Wilmington, Sam Farley, Tom Farley, Clarissa Douglas, George Howland, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown estarán allí mismo, en aquel hotel, escribiendo el tercer acto. Cuando se represente en Baltimore, Sam Farley, Tom Farley, Clarissa Douglas, George Howland, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown le acompañarán a la ciudad. Y cuando se estrene en Broadway con una producción de gran categoría, ¿quién estará en la primera fila, animando a Evarts? —Había forzado la voz, y concluyó con un ronco susurro—: Sam Farley, Tom Farley, George Howland, Clarissa Douglas, Pat Levy, Mitch Kababian y Howie Brown.

»Ahora quiero que regrese a su hotel y que se divierta —gritó, después de haberse aclarado la garganta—. Le llamaré mañana y le diré cuándo pueden verle Sam Farley y Susan Hewitt, y voy a telefonear a Hollywood y le voy a decir a Max Rayburn que le cedo los derechos por cien mil dólares sobre un máximo de cuatrocientos mil, ni un centavo menos.

Dio palmaditas en la espalda a Evarts y le condujo amablemente hasta la puerta.

—Diviértase, Evarts —dijo.

Cuando cruzaba el vestíbulo, vio que la recepcionista estaba comiendo un bocadillo. Ella le llamó.

—¿Quiere jugar en un sorteo donde rifan un Buick descapotable, nuevo? —murmuró—. Diez centavos el número.

—Oh, no, gracias.

—¿Huevos frescos? —preguntó—. Los traigo de Jersey todas las mañanas.

—No, gracias —dijo Evarts.

Volvió corriendo, entre la multitud, al hotel Mentone, donde Alice, Mildred-Rose y Bitsey le estaban esperando. Les contó su entrevista con Leavitt.

—Cuando tenga esos cuatrocientos —dijo—, voy a mandar algún dinero a Mamá Finelli.

Entonces Alice le recordó a muchas personas de Wentworth que necesitaban dinero. Para festejarlo, aquella noche fueron a cenar espaguetis en lugar de ir al Automático. Después fueron al salón de conciertos de Radio City. Tampoco pudo

Evarts conciliar el sueño esa noche.

En Wentworth, Alice estaba considerada como el miembro más práctico de la familia. Menudeaban las bromas al respecto. Alice calculaba el presupuesto y gobernaba la economía doméstica, y a menudo se decía que Evarts hubiera perdido la cabeza de no ser por ella. Este rasgo pragmático de su carácter le impulsó a recordar a su marido al día siguiente que no había trabajado en su obra. Ella tomó la iniciativa.

—No tienes más que sentarte en la habitación —dijo— a escribir la obra, y Mildred-Rose y yo recorreremos de arriba abajo la Quinta Avenida para que puedas estar solo.

Evarts intentó trabajar, pero el teléfono empezó a sonar de nuevo y a cortos intervalos le interrumpieron un vendedor de joyas, abogados del mundillo teatral y casas de limpieza. A eso de las once contestó al teléfono y oyó una voz familiar y colérica. Era Murchison.

—Le traje de Wentworth —gritó— y le convertí en lo que usted es hoy. Ahora me dicen que ha violado mi contrato y me ha traicionado con Sam Farley. Voy a arruinarle, a hundirle en la miseria, a demandarle, voy a…

Evarts colgó y, cuando el teléfono volvió a sonar minutos después, no contestó a la llamada. Dejó una nota para Alice, se puso el sombrero y ascendió la Quinta Avenida hasta las oficinas de la agencia Hauser.

Cuando aquella mañana empujó el águila hendida de la puerta doble y entró en el señorial vestíbulo, encontró allí a Leavitt, en mangas de camisa, barriendo la alfombra.

—Oh, buenos días —dijo Leavitt—. Terapia ocupacional.

Guardó la escoba y el recogedor detrás de una cortina de terciopelo.

—Pase, pase —dijo, enfundándose la chaqueta y guiando a Evarts hacia el despacho interior—. Esta tarde va a conocer a Sam Farley y Susan Hewitt. Usted es uno de los hombres más afortunados de Nueva York. Muchos no han visto nunca a Sam. Ni siquiera una vez en su vida. No han gozado de su ingenio ni han sentido la fuerza de su personalidad única. Y en cuanto a Susan Hewitt… —Enmudeció durante un momento y luego dijo que la cita era a las tres—. Va a reunirse con ellos en la bonita casa de Sam Farley —dijo, y le dio la dirección.

Evarts intentó contarle la conversación telefónica con Murchison, pero Leavitt le interrumpió.

—Le he pedido una cosa —gritó—. Que no se preocupara. ¿Pido demasiado? Le pido que hable con Sam Farley y que eche un vistazo a Susan Hewitt y piense si es la adecuada para el papel. ¿Pido demasiado? Ahora diviértase. Compre un periódico. Vaya al zoo. Vaya a ver a Sam a las tres en punto.

Le dio una palmada en la espalda y le empujó hacia la puerta.

Evarts almorzó en el hotel con Alice y Mildred-Rose. Le dolía la cabeza. Después

de comer, subieron y bajaron por la Quinta Avenida, y al acercarse las tres, Alice y Mildred-Rose le acompañaron hasta la casa de Sam Farley. Era un edificio impresionante, con fachada de piedra tosca, como una prisión española. Dio un beso de despedida a su mujer y a su hija y tocó el timbre. Un mayordomo abrió la puerta. Evarts supo que era un mayordomo porque llevaba pantalones a rayas. El mayordomo le condujo a un salón de arriba.

—Vengo a ver al señor Farley —dijo Evarts.

—Lo sé —dijo el mayordomo—. Usted es Evarts Malloy. Tiene una cita con él. Pero no vendrá. Está jugando una partida de dados en el Acme Garage de la calle Ciento sesenta y cuatro, y no volverá hasta mañana. De todas formas, vendrá Susan Hewitt. Usted tenía que verla. ¡Oh, si usted supiera lo que ocurre aquí! —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y acercó su cara a la de Evarts—. ¡Si estas paredes hablaran! No ha habido calefacción en esta casa desde que regresamos de Hollywood, y él no me ha pagado desde el veintiuno de junio. No me importaría mucho si no fuera porque el hijo de perra nunca ha aprendido a vaciar el agua de la bañera. Se da un baño y deja el agua sucia dentro de la bañera. Para que se estanque. Por si fuera poco, ayer me corté un dedo mientras limpiaba los platos.

Una venda sucia cubría el dedo índice del mayordomo, el hombre empezó a desenrollar a toda prisa capa tras capa de la ensangrentada gasa.

—Mire —dijo, acercando la herida a la cara de Evarts—. Un corte hasta el hueso. Ayer se veía el hueso. Sangre. Sangre por todas partes. Me llevó media hora limpiarla. No se me ha infectado de milagro. —Sacudió la cabeza recordando el milagro—. Cuando venga la gatita, le diré que está usted aquí.

Salió de la habitación arrastrando tras sí toda la longitud de la venda ensangrentada.

A Evarts le ardían los ojos de fatiga. Estaba tan cansado que si hubiera posado la cabeza en algún sitio, se habría quedado dormido. Oyó el timbre de la puerta y el mayordomo recibió a Susan Hewitt. Ella subió corriendo las escaleras y entró en el salón.

Era joven, y había entrado en el salón como si fuera su casa y acabara de volver de la escuela. Era menuda, de facciones delicadas y pequeñitas; sus cabellos rubios, peinados con sencillez y que ya empezaban a oscurecer naturalmente, tenían una suave tonalidad castaña, como las vetas en la madera de pino.

—Estoy tan contenta de conocerle, Evarts —dijo—. Quería decirle que me encanta su obra.

Evarts ignoraba cómo era posible que ella la hubiera leído, pero su belleza le había dejado tan confuso que no se atrevía a preguntárselo ni a hablar. Tenía la boca seca. Podía deberse al ritmo acelerado de los últimos días o quizá se debiese a la falta de sueño —no lo sabía—, pero se sintió como si se hubiera enamorado.

—Usted me recuerda a una chica que conocí —dijo—. Trabajaba en una furgoneta que vendía bocadillos en las afueras de South Bend. ¿Nunca ha trabajado en un puesto de bocadillos en las afueras de South Bend?

—No —dijo ella.

—Y no sólo eso —prosiguió él—. Usted me recuerda todo aquello. Me refiero a los viajes nocturnos. Yo trabajaba de conductor nocturno de autobús. Usted me recuerda todo eso. O sea, las estrellas, y los pasos a nivel, y el ganado en fila a lo largo de las cercas. Y las chicas de las cafeterías. Siempre parecían tan bonitas. Pero usted nunca ha trabajado en una cafetería.

—No —dijo ella.

—Puede actuar en mi obra —dijo—. Quiero decir que es apropiada para el papel. Sam Farley puede dirigirla. Puede hacer lo que quiera.

—Gracias, Evarts —dijo ella.

—¿Puede hacerme un favor?

—¿Qué?

—Oh, ya sé que es estúpido —dijo. Se levantó y dio vueltas por la habitación—. Pero aquí no hay nadie. Nadie lo sabrá. Detesto tener que pedírselo.

—¿Qué quiere?

—¿Me permite alzarla en brazos? —dijo—. Nada más que levantarla. Quiero comprobar lo poco que pesa usted.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Quiere que me quite el abrigo?

—Sí, sí, sí —dijo él—. Quíteselo.

Susan se puso en pie. Arrojó el abrigo sobre el sofá.

—¿Puedo hacerlo ya? —preguntó él.

—Sí.

Evarts pasó ambas manos bajo los brazos de ella. La levantó del suelo y luego la depositó en tierra suavemente.

—¡Oh, es usted tan ligera! —exclamó—. Tan ligera, tan frágil. No pesa usted mucho más que una maleta. Vaya, podría transportarla, llevarla a cualquier sitio, llevarla a cuestas de una punta a otra de Nueva York.

Cogió su sombrero y su abrigo y salió precipitadamente de la casa.

Se sentía desconcertado y exhausto cuando volvió al hotel. Bitsey estaba en la habitación con Alice y Mildred-Rose. No paró de hacer preguntas acerca de Mamá Finelli. Quería saber dónde vivía y cuál era su número de teléfono. Evarts perdió la paciencia y dijo al botones que se fuera. Se tumbó en la cama y se quedó dormido mientras Alice y Mildred-Rose le hacían preguntas. Al despertar, una hora después, se sentía mucho mejor. Fueron al Automático y luego a la sala de conciertos de Radio City, y se acostaron temprano para que Evarts pudiese trabajar en su obra al día siguiente. Tampoco pudo dormir.

Después de desayunar, Alice y Mildred-Rose le dejaron solo en la habitación. Intentó trabajar. No pudo, pero aquel día no le molestaba el teléfono. La dificultad que bloqueaba su trabajo era profunda, y mientras fumaba y miraba fijamente a la pared de ladrillo, la descubrió. Estaba enamorado de Susan Hewitt. Esto podía haber sido un incentivo para su tarea, pero se había dejado la fuerza creadora en Indiana. Cerró los ojos y trató de recordar la voz fuerte y disoluta de Mamá Finelli, pero antes de que lograse captar una palabra, ésta se había perdido ya en el ruido procedente de la calle.

De haber habido algo capaz de liberar el flujo del recuerdo: el silbido de un tren, un instante de silencio, los olores de un granero, tal vez se habría sentido inspirado. Dio vueltas por la habitación, fumó, olfateó las cortinas negras de hollín de la ventana, se taponó los oídos con papel higiénico; pero no hubo manera de evocar a Indiana en el Mentone. Estuvo sentado al escritorio todo el día. No almorzó. Cuando su mujer y su hija regresaron de la sala de conciertos de Radio City, donde habían pasado la tarde, les dijo que iba a dar un paseo. Oh, pensó al salir del hotel, ¡si por lo menos pudiera oír el graznido de un cuervo!

Ascendió la Quinta Avenida con la cabeza erguida, tratando de captar en la confusión de ruidos una voz que le guiase. Caminó rápidamente hasta llegar a Radio City, y pudo oír, a lo lejos, la música de la pista de hielo. Algo le detuvo. Encendió un cigarrillo. Luego oyó que alguien le llamaba.

—Observa el altivo alce, Evarts —gritó una mujer.

Era la ronca, disoluta voz de Mamá Finelli, y pensó que el deseo le había enloquecido, hasta que se volvió y la vio sentada en uno de los bancos, junto a una fuente seca.

—Observa el altivo alce, Evarts —repitió ella, y se puso las manos, separadas como cornamentas, encima de la cabeza. En Wentworth solía recibir así a todo el mundo.

—Observe el altivo alce, Mamá Finelli —gritó Evarts. Corrió a su lado y se sentó —. Oh, Mamá Finelli, me alegra tanto verla —dijo—. No se lo creerá, pero he estado pensando en usted todo el santo día. He estado deseando poder hablar con usted. — Se volvió para beberse, literalmente, los rasgos vulpinos y la barbilla vellosa de la mujer—. ¿Cómo es que ha venido usted a Nueva York, Mamá Finelli?

—Vine en una máquina voladora —gritó ella—. He llegado hoy en una máquina voladora. Toma un bocadillo.

Estaba comiendo bocadillos que sacaba de una bolsa de papel.

—No, gracias —dijo él—. ¿Qué le parece Nueva York? ¿Qué opina de ese edificio tan alto?

—Bueno, no sé —dijo, pero él advirtió que sí sabía, y vio que ella adoptaba la expresión precisa para formular su réplica—. Supongo que es el único, porque como

hubiera dos, ¡se habrían fecundado y habrían parido!

Se mondaba de risa, golpeándose los muslos.

—¿Qué está haciendo en Nueva York, Mamá Finelli? ¿A qué ha venido?

—Bueno —dijo ella—, un hombre, un tal Tracey Murchison, me pone una conferencia telefónica y me dice que me venga a Nueva York para demandarte por difamación. Dice que has escrito una obra sobre mí y que puedo demandarte por difamación y ganar un montón de dinero y repartírmelo con él equitativamente, y que ya no tendré que trabajar en la gasolinera. Así que me envía un giro para el billete de la máquina voladora y me vengo y hablo con él, y voy a demandarte por difamación y a repartirme el dinero con él, sesenta para mí y cuarenta para él. Eso es lo que voy a hacer.

Esa misma noche, los Malloy volvieron a la marmórea sala de espera de la estación Grand Central, y Evarts se puso a buscar un tren para Chicago. Encontró uno, compró los billetes y subieron a un vagón. Era una noche lluviosa, y el oscuro, húmedo pavimento, al fondo de la estación, no relucía, pero Alice seguía pensando que lo habían sembrado de diamantes, y contaría la historia de ese modo. Habían asimilado velozmente las enseñanzas del viaje de ida, y se instalaron con pericia en varios asientos. Cuando el tren hubo partido, Alice trabó amistad con una franca pareja que estaba al otro lado del pasillo y viajaban con un bebé a Los Ángeles. La mujer tenía allá un hermano que le había escrito entusiasmado por el clima y las oportunidades.

—Vámonos a Los Angeles —dijo Alice a Evarts—. Todavía nos queda algún dinero. Podemos comprar los billetes en Chicago y tú puedes vender la obra en Hollywood, donde nadie ha oído hablar de Mamá Finelli ni del resto de esa gente.

Evarts dijo que tomaría una decisión en Chicago. Estaba agotado y se quedó dormido. Mildred-Rose se metió el dedo gordo en la boca, y pronto ella y su madre sucumbieron también al sueño. La niña acarició las pieles resecas de su abrigo y notó que le decían que todo iba bien, muy bien.

Quizá los Malloy se apearon del tren en Chicago y regresaron a Wentworth. No es difícil imaginar su retorno al hogar, pues les recibirían sus amigos y parientes, aun cuando seguramente no creyeran sus historias. O quizá, una vez en Chicago, cambiaron de tren y tomaron otro hacia el Oeste; y, a decir verdad, es más fácil imaginar esto último. Puede uno verlos jugando a las cartas en el coche salón y comiendo bocadillos de queso en las estaciones de ferrocarril mientras cruzan Kansas y Nebraska, sobre las montañas y rumbo a la costa.

Traducción de Jaime Zulaika

Las chicas con sus vestidos de verano

La Quinta Avenida resplandecía al sol cuando salieron de Brevoort y pusieron rumbo a Washington Square. El sol calentaba a pesar de ser noviembre y todo tenía el aspecto de una mañana de domingo: los autobuses, la gente bien vestida paseando lentamente en pareja y los edificios silenciosos con las ventanas cerradas.

Michael cogía a Frances por el brazo con fuerza mientras caminaban al sol por el centro de la ciudad. Paseaban ligeros, casi sonriendo, porque habían dormido hasta tarde y habían tomado un buen desayuno y era domingo. Michael se desabotonó el abrigo y dejó que ondeara a su alrededor mecido por la brisa suave. Paseaban, sin decir nada, entre la gente joven y de aspecto agradable que parecía componer la mayoría de la población en esa parte de Nueva York.

—Cuidado —dijo Frances, al cruzar la calle Ocho—. Vas a romperte el cuello.

Michael se rió y Frances rió con él.

—De todos modos no es guapa —dijo Frances—. Al menos, no lo bastante para que te arriesgues a romperte el cuello por mirarla.

Michael volvió a reírse. Más fuerte esta vez, pero con menos confianza.

—No era una chica fea. Tenía un cutis bonito. De chica de campo. ¿Cómo has sabido que la miraba?

Frances ladeó la cabeza y sonrió a su marido desde debajo del ala de borde inclinado de su sombrero.

—Mike, cariño…

Michael se rió, esta vez fue sólo una risita.

—Vale —dijo él—. Resulta evidente. Perdona. Ha sido por su cutis. No es un tipo de piel muy corriente en Nueva York. Perdona.

Frances le dio unas palmaditas en el brazo y tiró de él para que aligeraran el paso hacia Washington Square.

—Es una bonita mañana —dijo Frances—. Es una mañana maravillosa. Desayunar contigo hace que me sienta bien todo el día.

—Soy un tónico. La pastilla de la mañana. Café y bollos con Mike y estarás siempre en forma, garantizado.

—Así es. Además he dormido toda la noche, enrollada a tu alrededor como una soga.

—Sábado noche. Sólo me tomo esas libertades cuando el trabajo de la semana está hecho.

—Te estás engordando.

—¿A que sí? Yo, el flaco de Ohio.

—Me encanta, tres kilos extra de marido.

—A mí también me encanta —dijo Michael con gravedad.

—Tengo una idea.

—Mi mujer tiene una idea. Con lo guapa que es.

—No veamos a nadie hoy. Pasemos el día los dos juntos. Tú y yo. Siempre estamos hasta el cuello de gente, bebiéndonos su whisky o bebiéndonos el nuestro, sólo nos vemos en la cama…

—El Gran Punto de Encuentro. Si nos quedamos en cama lo suficiente acabarán por presentarse todos nuestros conocidos.

—Chico listo —dijo Frances—. Hablo en serio.

—Vale, te escucho en serio.

—Quiero salir con mi marido todo el día. Quiero que me hable sólo a mí y me escuche sólo a mí.

—¿Qué nos lo impide? —preguntó Michael—. ¿Qué fiesta intenta impedirme que vea a solas a mi mujer en domingo? ¿Qué fiesta?

—Los Stevenson. Quieren que nos pasemos hacia la una y nos llevarán al campo en coche.

—Los asquerosos de los Stevenson. Obviamente. Que esperen sentados. Ya pueden irse al campo ellos solitos. Mi mujer y yo tenemos que quedarnos en Nueva York y aburrirnos mutuamente *tête-à-tête*.

—¿Es una cita?

—Es una cita.

Frances se inclinó y le besó en la punta de la oreja.

—Cariño —dijo Michael—. Que estamos en la Quinta Avenida.

—Déjame que organice un programa. Un domingo en Nueva York para una pareja joven con dinero a mansalva.

—No te embales.

—Primero iremos a ver un partido de fútbol. Un partido de fútbol profesional —dijo Frances porque sabía que a Michael le gustaría—. Juegan los Giants. Será agradable estar todo el día fuera para abrir el apetito y luego iremos al Cavanagh's y nos pediremos un filete del tamaño del delantal de un herrero, con una botella de vino, y después de eso, dan una película francesa nueva en el Filmarte que todo el mundo dice que… Oye, ¿me estás escuchando?

—Pues claro —dijo él. Apartó la vista de la morena sin sombrero y peinado de bailarina, como un casco, que pasaba por su lado con la fuerza y la gracia afectadas que poseen las bailarinas. La chica paseaba sin abrigo y se la veía fuerte y dura y tenía el vientre plano, como de chico, por debajo de la falda, y balanceaba las caderas con descaro porque era bailarina pero también porque sabía que Michael la estaba mirando. Se sonrió ligeramente para sí misma y pasó de largo, y Michael lo captó

todo antes de volver la vista hacia su mujer—. Por supuesto. Vamos a ir a ver a los Giants y a comer un filete y a ver una película francesa. ¿Qué te parece?

—Muy bien —dijo Frances cansinamente—. Es el programa del día. A lo mejor prefieres pasear arriba y abajo por la Quinta Avenida.

—No —dijo Michael con cautela—. Para nada.

—Siempre miras a las otras mujeres. Hasta la última puñetera mujer de la ciudad de Nueva York.

—Anda ya, vamos —dijo Michael, fingiendo bromear—. Sólo a las guapas. Y, al fin y al cabo, ¿cuántas mujeres guapas hay en Nueva York? ¿Diecisiete?

—Más. Al menos eso es lo que a ti te parece. Dondequiera que vas.

—No es verdad. De vez en cuando, quizá, miro a una mujer que pasa. En la calle. Lo admito, tal vez en la calle miro de vez en cuando a alguna mujer…

—En todas partes. Adondequiera que vayamos. En los restaurantes, en el metro, el cine, las conferencias, los conciertos.

—Vamos a ver, cariño —dijo Michael—, yo lo miro todo. Dios me dio ojos y miro a las mujeres y a los hombres y las excavaciones subterráneas y los fotogramas en movimiento y las florecillas del campo. Inspecciono despreocupadamente el universo.

—Tendrías que ver con qué ojos inspeccionas despreocupadamente el universo de la Quinta Avenida.

—Soy un hombre felizmente casado. —Michael le apretó el codo con ternura, consciente de lo que hacía—. El señor y la señora Loomis son un ejemplo para todo el siglo veinte.

—¿Lo dices de veras?

—Frances, nena…

—¿De verdad estás felizmente casado?

—Claro que sí —dijo Michael, sintiendo que toda la mañana de domingo se le hundía dentro como si fuera de plomo—. ¿A qué demonios viene ahora hablar de todo esto?

—Me gustaría saberlo. —Frances caminaba más deprisa, con la vista al frente y el rostro inexpresivo, como siempre conseguía cuando discutía o se sentía mal.

—Estoy feliz y maravillosamente casado —explicó Michael con paciencia—. Soy la envidia de todos los hombres de entre quince y sesenta años del estado de Nueva York.

—Basta de bromas.

—Tengo una casa agradable. Tengo buenos libros y un tocadiscos y buenos amigos. Vivo en una ciudad que me gusta como me gusta y hago el trabajo que me gusta y vivo con la mujer que me gusta. Cuando me ocurre algo bueno, ¿no voy corriendo a tu lado? Cuando pasa algo malo, ¿no lloro en tu hombro?

—Sí. Miras a todas las mujeres que pasan.

—Exageras.

—A todas. —Frances apartó su mano del brazo de Michael—. Si no es guapa, te vuelves enseguida. Si es más o menos guapa, la observas durante unos siete pasos…

—¡Por Dios, Frances!

—Si es guapa, prácticamente te rompes el cuello…

—Eh, vamos a beber algo —dijo Michael, deteniéndose.

—Acabamos de desayunar.

—Ahora, escúchame, cariño —dijo Michael, eligiendo sus palabras con cuidado —, hace un día bonito y los dos deberíamos sentirnos bien, no hay motivo para que tengamos que estropearlo. Tengamos un domingo en paz.

—Podríamos tener un domingo en paz si no pareciera que te estás muriendo por salir corriendo detrás de todas las faldas de la Quinta Avenida.

—Vayamos a beber algo.

—No quiero beber nada.

—¿Qué quieres? ¿Pelear?

—No. —Frances lo dijo tan triste que a Michael le dio muchísima pena—. No quiero pelear. No sé por qué he empezado con todo esto. Muy bien, dejémoslo. Pasemos un buen rato.

Se cogieron de la mano deliberadamente y pasearon sin hablarse por entre los cochecitos de niños y los viejos italianos vestidos de domingo y las jovencitas con sus terriers escoceses por el parque de Washington Square.

—Espero que el partido esté bien —dijo Frances al cabo de un rato, en un tono que imitaba bien el que había usado en el desayuno y al inicio del paseo—. Me gustan los partidos de fútbol profesional. Se golpean unos con otros como si estuvieran hechos de cemento. Cuando se placan —dijo, tratando de hacer reír a Michael— saltan trozos. Es muy emocionante.

—Quiero decirte una cosa —dijo Michael muy serio—. No he tocado a otra mujer. Ni una vez. En estos cinco años.

—Bueno.

—Me crees, ¿verdad?

—Bueno.

Caminaron entre los bancos atestados, bajo los árboles achaparrados del parque.

—Intento no verlo —dijo Frances, como si hablara para sí—. Intento creerme que no significa nada. Algunos hombres son así, me digo, tienen que ver qué se están perdiendo.

—Algunas mujeres también son así. He conocido alguna que otra mujer en mis tiempos.

—Yo ni siquiera he mirado a otro hombre —dijo Frances sin dejar de caminar—

desde la segunda vez que salí contigo.

—Ninguna ley lo prohíbe.

—Me siento podrida por dentro, en el estómago, cuando pasamos junto a una mujer y la miras y veo esa mirada en tus ojos que es el modo en que me miraste la primera vez, en casa de Alice Maxwell. De pie en el salón, cerca de la radio, con el sombrero verde y toda aquella gente.

—Me acuerdo del sombrero.

—La misma mirada. Me hace sentir mal. Me hace sentir fatal.

—Chist, por favor, cariño, chist…

—Creo que ahora me apetecería beber algo.

Caminaron hasta un bar de la calle Ocho sin decir nada, con Michael ayudándola automáticamente en los bordillos y guiándola por entre los automóviles. Él caminaba, abrochándose el abrigo, mirándose pensativo los relucientes zapatos marrón oscuro que daban pasos hacia el bar. Ya en el bar, se sentaron junto a una ventana por la que entraba el sol, un alegre fuego ardía en la chimenea. Se acercó un camarero menudo, japonés, con galletitas saladas y les sonrió felizmente.

—¿Qué se pide después del desayuno? —preguntó Michael.

—Coñac, supongo —dijo Frances.

—Courvoisier —le pidió Michael al camarero—. Dos Courvoisier.

El camarero volvió con las copas y los dos permanecieron sentados, bebiéndose el coñac, a la luz del sol. Michael se tomó la mitad del suyo y bebió un poco de agua.

—Miro a las mujeres —dijo—. Cierto. No digo que esté bien ni mal, las miro. Si paso a su lado en la calle y no las miro, te estoy engañando, me engaño a mí mismo.

—Las miras como si las quisieras —dijo Frances, jugando con su copa de coñac —. A todas.

—En cierto modo —dijo Michael en voz baja, sin dirigirse a su mujer—, en cierto modo es verdad. No pienso en ello, pero es verdad.

—Lo sé. Por eso me siento mal.

—Otro coñac —pidió Michael en voz alta—. Camarero, dos coñacs más.

—¿Por qué me haces daño? —preguntó Frances—. ¿Qué estás haciendo?

Michael suspiró y cerró los ojos y se los frotó suavemente con la punta de los dedos.

—Me encanta el aspecto de las mujeres. Una de las cosas que más me gusta de Nueva York es que hay ejércitos enteros de mujeres. Cuando llegué a Nueva York de Ohio fue lo primero que me llamó la atención, los millones de mujeres maravillosas que hay por toda la ciudad. Iba por ahí con el corazón en un puño.

—Un niño —dijo Frances—. Eso es lo que sentiría un niño.

—Pues adivina qué, adivina qué más. Ahora soy mayor, me acerco a la mediana edad, estoy engordando y todavía me encanta pasear por la Quinta Avenida a las tres

de la tarde, por la acera del este entre las calles Cincuenta y Cincuenta y siete. A esa hora están todas en la calle, haciendo ver que van de compras, con sus pieles y sus sombreros descabellados; lo mejor del mundo, todo concentrado en ocho manzanas, las mejores pieles, las mejores ropas, las mujeres más bellas en la calle para gastarse el dinero y disfrutar haciéndolo, mirándote fríamente, fingiendo que no te miran cuando pasan por tu lado.

El camarero japonés dejó las dos bebidas sobre la mesa, sonriendo con gran felicidad.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Estupendo todo —dijo Michael.

—Si se trata sólo de un par de abrigos de pieles —dijo Frances— y sombreros de cuarenta y cinco dólares…

—No son sólo los abrigos. Ni los sombreros. Ése es solamente el escenario de un tipo de mujer en particular. Entiéndeme —dijo—, no tienes por qué escuchar todo esto.

—Quiero hacerlo.

—Me gustan las chicas de las oficinas. Limpias, con gafas, listas, alegres, que saben de qué van las cosas, que cuidan de sí mismas. —Michael tenía la vista fija en la gente que pasaba lentamente por la parte de fuera de la ventana—. Me gustan las chicas de la calle Cuarenta y cuatro a la hora del almuerzo, las actrices, todas peripuestas sin un centavo, charlando con los chicos guapos, malgastando su juventud y su viveza delante de Sardi’s, esperando a que los productores se fijen en ellas. Me gustan las vendedoras de Macy’s, que te atienden primero porque eres un hombre y hacen esperar a las clientas, que flirtean contigo a propósito de calcetines y libros y agujas de tocadiscos. Todo esto se acumula dentro de mí porque llevo diez años pensando en ello y ahora tú me has preguntado, así que, aquí lo tienes.

—Continúa.

—Cuando pienso en la ciudad de Nueva York, pienso en todas las chicas, judías, italianas, irlandesas, polacas, chinas, alemanas, negras, latinas, rusas, desfilando por la ciudad. No sé si me pasa algo especial o si todos los hombres de la ciudad van por ahí sintiendo por dentro lo mismo que yo, pero en esta ciudad me siento como si estuviera en un picnic. Me gusta sentarme cerca de las mujeres en el cine; las famosas bellezas que han tardado seis horas en arreglarse. Y las jovencitas de los partidos de fútbol, con las mejillas coloradas, y cuando llega el buen tiempo, las chicas con sus vestidos de verano… —Acabó su bebida—. Fin de la historia. Tú la pediste, recuerda. No puedo evitar mirarlas. No puedo evitar quererlas.

—Las quieres —repitió Frances inexpresiva—. Lo has dicho.

—Correcto —dijo Michael, con crueldad y sin que le importara porque ella le había obligado a explicarse—. Tú sacaste el tema y lo trataremos a fondo.

Frances se acabó la bebida y tragó dos o tres veces más.

—¿Dices que me quieres?

—Te quiero, pero también las quiero a ellas. Vale.

—Yo también soy bonita. Tan bonita como cualquiera de ellas.

—Eres guapa —dijo Michael, con sinceridad.

—Soy buena contigo —dijo Frances, suplicante—. Soy una buena esposa, una buena ama de casa, una buena amiga. Haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé —dijo Michael. La cogió de la mano.

—Te gustaría ser libre de…

—Chist.

—Dime la verdad. —Ella retiró la mano de debajo de la de él.

Michael pasó un dedo por el borde de la copa.

—Vale —dijo con delicadeza—. A veces siento que me gustaría ser libre.

—Bueno —dijo Frances desafiante, tamborileando en la mesa—, cuando quieras…

—No seas tonta. —Michael pasó su silla al lado de la mesa donde estaba Frances y le dio unas palmaditas en el muslo.

Ella se echó a llorar, en silencio, sobre el pañuelo, inclinada lo imprescindible para que nadie en el bar se percatara.

—Un día —dijo Frances, llorando— darás un paso…

Michael no dijo nada. Se quedó sentado mirando al camarero de la barra pelar lentamente un limón.

—¿No es verdad? —le preguntó Frances con aspereza—. Venga, dímelo. Habla. ¿No lo harás?

—Quizá —dijo Michael, y devolvió la silla a su lugar—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Lo sabes —insistió Frances—. ¿No es verdad?

—Sí —contestó Michael pasado un momento—, lo sé.

Entonces Frances dejó de llorar. Se sonó un par o tres de veces con el pañuelo y lo guardó y su rostro no le decía nada a nadie.

—Al menos hazme un favor —dijo ella.

—Claro.

—Deja de repetirme lo guapa que es ésta o la otra. Bonitos ojos, bonitos pechos, estupenda figura, gran voz —imitó la voz de Michael—. Guárdatelo para ti. No me interesa.

—Perdone. —Michael llamó con un gesto al camarero—. Me lo callaré.

Frances se secó el rabillo de los ojos.

—Otro coñac —le pidió al camarero.

—Dos —dijo Michael.

—Sí, señora, sí, señor —contestó el camarero, retirándose.

Frances lo miró fríamente desde el otro extremo de la mesa.

—¿Quieres que telefonee a los Stevenson? Se estará bien en el campo.

—Claro —dijo Michael—. Llámalos.

Frances se levantó de la mesa y cruzó la sala hacia el teléfono. Michael la siguió con la mirada, pensando, qué chica más guapa, bonitas piernas.

Traducción de Cruz Rodríguez

En sueños empiezan las responsabilidades

I

Creo que es 1909. Me siento como si estuviera en un cine, con el largo brazo de luz cruzando la oscuridad y girando, con los ojos fijos en la pantalla. Es una película muda como una vieja de la Biograph, en la que los actores van vestidos con ropas ridículas pasadas de moda y un destello sucede al otro a saltos repentinos. También los actores parecen ir saltando por ahí y caminar demasiado rápido. Las tomas están llenas de puntos y rayas, como si estuviera lloviendo cuando las rodaron. La iluminación es mala.

Es domingo por la tarde, 12 de junio de 1909, y mi padre camina por las tranquilas calles de Brooklyn para ir a ver a mi madre. Lleva la ropa recién planchada y el nudo de la corbata bien apretado contra el cuello alto de la camisa. Juguetea con las monedas de los bolsillos, pensando en las ocurrencias que explicará. Me siento como si ya me hubiera relajado por completo en la suave oscuridad del cine; el organista arranca aproximaciones a las emociones obvias que la audiencia sigue sin darse cuenta. Soy anónimo y me he olvidado de mí mismo. Siempre es así cuando uno va al cine, es, como suele decirse, una droga.

Mi padre camina de una calle con árboles, jardines y casas a otra, de vez en cuando llega a una avenida por donde un tranvía patina y rechina, avanzando lentamente. El conductor, que tiene un bigote daliniano, ayuda a subir a una joven con un sombrero en forma de cuenco con plumas. Ella se recoge un poco la falda larga para subir los escalones. El tipo se gana la vida sin prisas y hace sonar la campana. Resulta evidente que es domingo porque todo el mundo lleva el traje de los domingos y los ruidos del tranvía enfatizan el silencio de un día festivo. ¿Acaso no es Brooklyn la Ciudad de las Iglesias? Las tiendas están cerradas y con las persianas echadas, salvo alguna que otra papelería o farmacia con grandes bolas verdes en la ventana.

Mi padre ha optado por dar este largo paseo porque le gusta caminar y pensar. Piensa en su futuro y así llega al lugar de destino en un estado de exaltación moderada. No presta atención a las casas junto a las que pasa, en las que están celebrando la comida del domingo, ni a los numerosos árboles que patrullan cada calle, que están llegando a su follaje máximo y al momento en que cubrirán toda la calle de sombra fresca. A veces pasa un coche de caballos, con los cascos del animal cayendo como piedras en la quietud de la tarde, y de vez en cuando un automóvil con aspecto de enorme sofá tapizado resopla y pasa de largo.

Mi padre piensa en mi madre, en lo bonito que sería presentársela a la familia. Pero todavía no está seguro de querer casarse con ella y de vez en cuando le entra el pánico por el lazo que ya se ha creado entre ellos. Se tranquiliza pensando en los grandes hombres que admira que están casados: William Randolph Hearst y William Howard Taft, que acaba de convertirse en presidente de Estados Unidos.

Mi padre llega a casa de mi madre. Ha llegado demasiado temprano y de repente se siente incómodo. Mi tía, la hermana de mi madre, contesta al timbre con una servilleta en la mano porque la familia todavía está comiendo. Al entrar mi padre, mi abuelo se levanta de la mesa y se dan la mano. Mi madre ha subido corriendo a arreglarse. Mi abuela le pregunta a mi padre si ya ha almorzado y le dice que Rose bajará enseguida. Mi abuelo inicia la conversación comentando el buen tiempo de junio. Mi padre se sienta demasiado cerca de la mesa para estar cómodo, con el sombrero en la mano. Mi abuela le dice a mi tía que le coja el sombrero a mi padre. Mi tío, de doce años, entra corriendo en la casa con el pelo alborotado. Saluda a gritos a mi padre, que a menudo le ha dado cinco centavos, y luego corre escaleras arriba. Resulta evidente que el respeto que se tiene por mi padre en esta casa queda atemperado por una buena dosis de regocijo. Mi padre es imponente, aunque muy torpe.

II

Al final baja mi madre, muy elegante, y a mi padre le incomoda estar conversando con mi abuelo porque no sabe si saludar a mi madre o seguir con la conversación. Se levanta torpemente de la silla y la saluda con brusquedad. Mi abuelo los observa, examina la congruencia de los otros dos con ojo crítico, por así decirlo, y se frota toscamente la mejilla barbuda como hace siempre que reflexiona. Está preocupado; teme que mi padre no resulte ser un buen marido para su hija mayor. Llegado este punto le pasa algo a la película, justo cuando mi padre está diciéndole algo divertido a mi madre; precisamente cuando empezaba a interesarme más, vuelvo en mí y a mi infelicidad. El público se pone a dar palmadas de impaciencia. Luego se solventa el problema pero la película se reanuda en un punto ya visto y veo otra vez a mi abuelo frotándose la mejilla barbuda y sopesando el carácter de mi padre. Cuesta volver a meterse en la película otra vez y olvidarte de ti mismo, pero mientras mi madre ríe la broma de mi padre, me sumerjo en la oscuridad.

Mi padre y madre salen de la casa, mi padre vuelve a estrecharle la mano a mi madre, movido por algún desasosiego desconocido. Yo me revuelvo, también inquieto, repantingado en la dura butaca del cine. ¿Dónde está mi tío mayor, el hermano mayor de mi madre? Está estudiando arriba en su cuarto, estudia para el examen final del College of the City of New York; murió a causa de una neumonía hace veintiún años. Mi madre y mi padre pasean por las mismas calles tranquilas una

vez más. Mi madre coge a mi padre del brazo y le explica la novela que está leyendo; y mi padre juzga los personajes a medida que el argumento se le va haciendo evidente. Es una costumbre con la que mi padre disfruta muchísimo, porque siente una superioridad y confianza inmensas cuando aprueba o condena el comportamiento de otras personas. A veces se siente impelido a pronunciar un breve «Aj», siempre que el relato se vuelve lo que él llamaría sensiblero. Un tributo pagado a su virilidad. Mi madre se siente satisfecha por el interés que despierta; le está demostrando a mi padre lo inteligente e interesante que es.

Llegan a la avenida y el tranvía aparece lentamente. Esta tarde van a ir a Coney Island, a pesar de que mi madre considera inferiores tales placeres. Ha tomado la decisión de permitirse tan sólo una vuelta por el paseo marítimo y una cena agradable, evitando las diversiones desenfrenadas que quedan por debajo de la dignidad de tan digna pareja.

Mi padre le explica a mi madre el dinero que ha ganado durante la semana, exagerando una cantidad que no hay necesidad de exagerar. Pero mi padre siempre ha tenido la impresión de que la realidad se queda corta. De repente me echo a llorar. La anciana resuelta que se sienta a mi lado en el cine parece molesta y me mira con cara enfadada y yo, intimidado, paro de llorar. Saco el pañuelo y me seco la cara, lamo la lágrima que me ha caído cerca de los labios. Entretanto me he perdido algo, porque ahí están mi padre y mi madre apeándose en la última parada, Coney Island.

III

Caminan hacia el entarimado del paseo marítimo y mi padre le ordena a mi madre que inhale el olor acre del aire del mar. Ambos respiran hondo, ambos lo hacen riéndose. Comparten un gran interés por la salud, a pesar de que mi padre es fuerte y grandote y mi madre delicada. Tienen la cabeza llena de teorías sobre lo que es bueno comer y lo que no es bueno comer, y a veces se enzarzan en acaloradas discusiones sobre el tema que acaban con el anuncio por parte de mi padre, en una bravata desdeñosa, de que antes o después te tienes que morir. En el asta del paseo, la bandera americana late al ritmo del viento intermitente que llega del mar.

Mi padre y mi madre se acercan a la barandilla del paseo y miran abajo, a la playa por la que se pasean despreocupadamente un buen número de bañistas. Algunos caminan justo por donde rompen las olas. El silbato de un vendedor de cacahuetes atraviesa el aire con su silbido agradable y activo y mi padre va a comprar cacahuetes. Mi madre se queda junto a la baranda con la vista fija en el océano. A ella el océano le parece alegre; el agua centellea vivamente y las olas se desatan una y otra vez. Mi madre se fija en los niños que cavan en la arena húmeda y en los trajes de baño de las chicas de su edad. Mi padre regresa con los cacahuetes. El sol calienta sin descanso pero ninguno de los dos le presta atención. El paseo está lleno de gente

vestida con sus trajes de domingo y paseando ociosa. La marea no llega hasta el paseo y aunque lo hiciera, los paseantes no verían en ella ningún peligro. Mi madre y mi padre se apoyan en la barandilla del paseo entarimado y contemplan absortos el océano. El océano se está encrespando; las olas se acercan lentamente pero con fuerza desde muy atrás. El instante antes de que den la voltereta, el instante en que las olas arquean la espalda de una forma tan bonita, mostrando venas verdes y blancas en el fondo negro, es un instante intolerable. Al final se rompen, lanzándose fieramente sobre la arena, descendiendo a plena potencia contra la arena, brincando arriba y adelante y apagándose, por fin, en una pequeña corriente que avanza playa arriba para luego retirarse. Mis padres observan distraídos el océano, apenas interesados en su dureza. El sol sobre sus cabezas no les molesta. Pero yo miro fijamente al terrible sol que destroza la vista y al mortal, despiadado y apasionado océano, y olvido a mis padres. Miro fascinado y al final, sorprendido por la indiferencia de mi padre y de mi madre, rompo a llorar de nuevo. La anciana de mi lado me da palmaditas en el hombro y me dice «Vamos, vamos, si sólo es una película, jovencito, sólo una película», pero yo vuelvo a levantar la vista hacia el sol aterrador y el océano aterrador e, incapaz de controlar las lágrimas, me levanto y voy al servicio de caballeros, tropezándome con los pies del resto de la gente que hay sentada en mi fila.

IV

Cuando regreso, sintiéndome como si me hubiera despertado enfermo una mañana por falta de sueño, parece que han pasado varias horas y mis padres disfrutan del tiovivo. Mi padre monta un caballo negro y mi madre uno blanco, y parecen estar completando un circuito eterno con el único objeto de atrapar los aros de níquel que cuelgan de uno de los postes. Suena un organillo; el organillo se hace con el incesante girar del tiovivo.

Por un momento parece que nunca bajarán del tiovivo porque éste nunca se detendrá. Me siento como alguien que mira a la avenida desde la planta quincuagésima de un edificio. Pero al cabo de un rato se bajan; hasta la música del organillo se para. Mi padre ha conseguido diez aros, mi madre solamente dos, a pesar de que en realidad era ella quien los quería.

Pasean por el entarimado mientras la tarde desciende a pasos imperceptibles hasta el violeta increíble del anochecer. Todo se desvanece dejando paso a un resplandor relajado, incluso el murmullo incesante de la playa y las vueltas del tiovivo. Mis padres buscan un lugar para cenar. Mi padre sugiere el mejor local del paseo y mi madre pone reparos, de acuerdo con sus principios.

Sin embargo van al mejor lugar, piden una mesa junto a la ventana para poder contemplar el paseo y el océano en movimiento. Mi padre se siente omnipotente al dejar veinticinco centavos en la mano del camarero cuando pide una mesa. El lugar

está atestado y también hay música, esta vez provista por una suerte de trío de cuerdas. Mi padre pide la cena con confianza admirable.

Mientras cenan, mi padre explica sus planes de futuro y mi madre demuestra con rostro expresivo lo mucho que le interesan, lo impresionada que está. Mi padre está exultante. Le anima el vals que están tocando y su propio futuro empieza a embriagarlo. Mi padre explica a mi madre que va a ampliar el negocio, porque puede ganar grandes cantidades de dinero. Quiere sentar cabeza. Al fin y al cabo, tiene veintinueve años, vive solo desde los trece, cada vez gana más y envidia a sus amigos casados cuando va a visitarlos en la acogedora seguridad de sus hogares, rodeados, por lo visto, por los tranquilos placeres domésticos y unos niños encantadores, y entonces, cuando el vals alcanza el momento en que todos los bailarines se balancean como locos, entonces, entonces con sumo arrojo, entonces le pide a mi madre que se case con él, aunque con bastante torpeza y desconcertado, a pesar de la excitación, por cómo ha llegado a proponérselo, y ella, para empeorar aún más todo el asunto, se echa a llorar y mi padre mira nerviosamente alrededor sin saber qué hacer, y mi madre dice: «Es lo único que he deseado desde el momento en que te vi», sollozando, y a él todo esto le resulta muy difícil, a duras penas de su gusto, a duras penas lo que había imaginado que ocurriría durante sus largos paseos con un buen cigarro por el puente de Brooklyn, y entonces fue cuando yo me levanté y grité en medio del cine: «No lo hagáis. No es demasiado tarde para cambiar de opinión. No conseguiréis nada bueno, sólo arrepentimiento, odio, escándalo, y dos hijos de carácter monstruoso». La sala entera se volvió a mirarme, enfadada, el acomodador se acercó corriendo por el pasillo con la linterna encendida y la anciana de mi lado me sentó de un tirón, diciendo: «Cállese. Le echarán a la calle, y ha pagado treinta y cinco centavos por entrar». Así que cerré los ojos porque no podía soportar ver lo que estaba pasando. Me quedé sentado en silencio.

V

Pero al cabo de un rato empecé a echar ojeadas fugaces, y a la larga volví a mirar la película con gran interés, como un niño que quiere seguir enfurruñado aunque le han ofrecido un caramelo para sobornarlo. Ahora mis padres se están haciendo una fotografía en una barraca del paseo marítimo. El lugar está dominado por la luz malva que parece ser necesaria para las fotos. La cámara está preparada a un lado sobre el trípode y parece un marciano. El fotógrafo está dándoles instrucciones a mis padres para posar. Mi padre pasa el brazo sobre el hombro de mi madre y ambos sonríen enérgicamente. El fotógrafo le trae a mi madre un ramo de flores para que lo tenga en la mano pero ella lo sostiene en un ángulo incorrecto. Luego el fotógrafo se cubre con la tela negra que tapa la cámara y lo único que se ve de él es un brazo y la mano con la que agarra la bola de goma que estrujará cuando por fin saque la fotografía. Pero

no está satisfecho con el aspecto de la pareja. Está seguro de que algo falla. Una y otra vez sale de su escondite con nuevas directrices. Cada sugerencia no hace más que empeorar las cosas. Mi padre se está impacientando. Prueban con una postura sedente. El fotógrafo explica que tiene su orgullo, que no le interesa el dinero, que quiere hacer fotografías bellas. Mi padre dice: «Dése prisa, ¿quiere? No tenemos toda la noche». Pero el fotógrafo va de un lado para otro disculpándose y dando nuevas instrucciones. El fotógrafo me cautiva. Me gusta de todo corazón, porque sé exactamente cómo se siente, y a medida que critica cada nueva pose retocada de acuerdo con alguna idea desconocida de corrección, voy esperanzándome. Pero entonces mi padre dice enfadado: «Venga, ha tenido tiempo de sobras, no vamos a esperar más». Y el fotógrafo, suspirando tristemente, vuelve bajo la cubierta negra, estira el brazo y dice: «Uno, dos, tres, ¡Ya!» y saca la fotografía, con la sonrisa de mi padre convertida en una mueca y la de mi madre falsa y brillante. La fotografía tarda cinco minutos en revelarse y mis padres se deprimen mientras esperan sentados bajo la extraña luz malva.

VI

Han pasado junto a una barraca de adivino y mi madre quiere entrar pero mi padre no. Empiezan a discutir. Mi madre se pone terca, mi padre se impacienta otra vez y luego comienzan a pelearse y lo que mi padre querría hacer es largarse y dejar allí a mi madre, pero sabe que eso nunca ocurrirá. Mi madre se niega a ceder. Está al borde de las lágrimas, pero siente un deseo incontrolable de oír lo que el adivino tenga que decirle. Mi padre consiente de mala gana y los dos entran en la barraca que en cierto modo es como la del fotógrafo, puesto que está cubierta de tela negra y la luz es mortecina. Hace demasiado calor y mi padre no para de repetir que aquello es una tontería, señalando la bola de cristal que hay sobre la mesa. La adivina, una mujer gorda y baja, vestida con una túnica supuestamente oriental, entra en la habitación por la parte de atrás y los saluda con acento extranjero. Pero de repente mi padre siente que la situación es intolerable; tira del brazo de mi madre, pero ella se niega a moverse. Y entonces, terriblemente enfadado, mi padre suelta el brazo de mi madre y se va, dejando a mi madre estupefacta. Ella se dispone a seguirle, pero la adivina la agarra con fuerza del brazo y le ruega que no se vaya y yo, sentado en mi sitio, estoy más sorprendido de lo que las palabras pueden explicar porque me siento como si anduviese por una cuerda floja colgada treinta metros por encima del público de un circo y de repente la cuerda diera muestras de ir a romperse, y me levanto del asiento y otra vez me pongo a chillar lo primero que se me ocurre para comunicar mi miedo terrible y una vez más el acomodador se acerca apresuradamente por el pasillo con la linterna encendida y la anciana razona conmigo y la sorprendida sala se ha vuelto para mirarme, y yo sigo gritando: «¿Qué están haciendo? ¿Es que no saben lo que

hacen? ¿Por qué mi madre no le sigue? ¿Qué hará si no sigue a mi padre? ¿Es que mi padre no sabe lo que hace?». Pero el acomodador me ha cogido del brazo y me arrastra fuera de allí mientras me dice: «¿Y tú qué haces? ¿Es que no sabes que no puedes hacer lo que se te antoje? ¿Por qué va un joven como tú, con toda la vida por delante, a ponerse así de histérico? ¿Por qué no piensas en lo que haces? ¡No puedes actuar así ni siquiera cuando no hay gente! Si no haces lo que debes lo lamentarás, no puedes seguir así, no está bien, no tardarás en descubrirlo, todo lo que haces cuenta» y lo dijo arrastrándome por el vestíbulo del cine hasta el frío de la noche, y me desperté la cruda mañana de invierno de mi vigesimoprimer cumpleaños, con el alféizar de la ventana brillante de nieve y la mañana ya empezada.

Traducción de Cruz Rodríguez

El Rey del Bingo

La mujer que tenía delante estaba comiendo cacahuetes tostados; olían tan bien que apenas si era capaz de contener el hambre. Ni dormir podía, y lo que deseaba es que se dieran prisa y empezaran de una vez por todas con el bingo. A su derecha tenía a dos tipos dando tragos a una botella de vino envuelta en una bolsa de papel. Estaba oscuro, pero oía perfectamente sus gorgoteos. Sus tripas emitieron un profundo y punzante gruñido. Si estuviera en el Sur, pensó, podría acercarme y decir «Señora, por favor, ¿podría darme unos cuantos cacahuetes?» y me pasaría la bolsa sin ningún problema. Y de la misma manera, podría pedirles un trago a aquellos tipos. La gente del Sur se relacionaba así; no era necesario conocerse de nada. Pero aquí es distinto. Le pides algo a alguien y piensa que estás loco. Y yo no estoy loco. Estoy sin blanca, eso es todo, porque no tengo certificado de nacimiento y por eso no puedo conseguir un trabajo, y Laura se muere porque no tengo dinero para pagar a un médico. Pero no estoy loco. Y aun así, cuando miró hacia la pantalla y vio al héroe entrando clandestinamente en aquella oscura habitación y dirigiendo su linterna hacia la pared cubierta con estanterías llenas de libros, le asaltó una duda. Recordó que ahí era donde había encontrado la puerta secreta. El hombre atravesaría la pared repentinamente y descubriría a la chica atada a la cama, abierta de piernas y brazos y con la ropa hecha jirones. Se sonrió. Había visto la película tres veces y aquélla era una de las mejores escenas.

El tipo de su derecha, con los ojos abiertos de par en par, susurró a su compañero:

—¡Tío, mira ahí!

—¡Joder!

—Ya me gustaría tenerla atada así…

—¡Hey! ¡Ese loco está soltándola!

—Claro, tío, porque la quiere.

—¡Con amor o sin él!

El hombre sentado a su lado se agitaba con impaciencia, y él intentó meterse en la escena. Pero se sentía incapaz de dejar de pensar en Laura. Cansado rápidamente de ver la película, miró hacia atrás, hacia el punto donde se filtraba el haz de luz blanca de la sala de proyecciones. Empezaba delgado y se iba ensanchando, con las partículas de polvo bailando en la blancura hasta llegar a la pantalla. Resultaba extraño que el haz aterrizara justo en la pantalla y nunca se equivocara y fuera a parar a cualquier otro lugar. Pero lo tenían todo previsto. Todo estaba previsto. Imagínate ahora que al salir la chica con el vestido roto ésta empezara a despojarse del resto de sus prendas, y que cuando llegara el chico en lugar de desatarla, la dejara allí y

empezara él también a desnudarse. *Eso* sí que sería algo digno de ver. Si la película se desmandara así, los tíos de al lado se volverían locos. Sí. ¡Y habría tanta cola que resultaría imposible conseguir entradas en nueve meses! Un extraño cosquilleo le recorrió la piel. Se estremeció. El día anterior, al salir a la luz de la calle, había visto una chinche en el cuello de una mujer. Exploró su muslo a través de un agujero que tenía en el bolsillo para descubrir, solamente, carne de gallina y viejas cicatrices.

La botella gorgoteó de nuevo. Cerró los ojos. Una música de ensueño acompañaba la película, un tren silbaba en la distancia y él volvía a ser un niño que caminaba sobre un puente del ferrocarril en dirección al Sur y que, viendo acercarse el tren, daba media vuelta y echaba a correr con todas sus energías, y oía el silbido acercándose, y saltaba desde el puente hasta tierra firme en el último momento, con el suelo temblando bajo sus pies, y respiraba tranquilo deslizándose por un terraplén cubierto de carbonilla que llegaba hasta la autopista, y miraba hacia atrás para ver, aterrorizado, que el tren acababa de abandonar el raíl y le seguía por la calle y todos los blancos se reían de él, que seguía corriendo y gritando…

—¡Despiértate, amigo! ¿Qué demonios haces gritando así? ¿No ves que intentamos disfrutar de la película?

Miró al hombre agradecido.

—Lo siento, tío —dijo—. Debía de estar soñando.

—Está bien, toma un trago. Y no vuelvas a hacer tanto ruido, ¡maldita sea!

Cuando inclinó la cabeza hacia atrás para beber le temblaban las manos. No era vino, sino whisky. Whisky de centeno frío. Bebió un buen trago, decidió que era mejor no repetir y devolvió la botella a su propietario.

—Gracias, tío —dijo.

Sentía el whisky frío abriendo un camino ardiente en el interior de su cuerpo, resultaba más caliente y áspero a medida que avanzaba. Llevaba el día entero sin comer y se sentía mareado. El olor de los cacahuetes le apuñalaba como un cuchillo. Se levantó y buscó asiento en el pasillo central. Pero en cuanto se sentó, observó una hilera de jovencitas de rostros ardientes y se levantó de nuevo, pensando: Chavalas, deberíais estar bailando en otro lado y no aquí. Encontró asiento varias filas más adelante; cuando se encendieron las luces, la pantalla había desaparecido detrás de una pesada cortina de color rojo y oro; enseguida se alzó de nuevo y salieron a escena el hombre del micrófono y un ayudante uniformado.

Palpó sonriendo sus tarjetas del bingo. Al chico de la entrada no le haría ninguna gracia saber que llevaba *cinco* tarjetas encima. Bien, no todo el mundo jugaba al bingo; e incluso con *cinco* tarjetas, las oportunidades de ganar no eran muchas. Sin embargo, debía tener fe, por Laura. Estudió las tarjetas y los números, todos distintos, marcó el agujero central libre de cada una de ellas y las extendió pulcramente sobre su regazo; la sala quedó en penumbra y se repantigó en el asiento para controlar al

mismo tiempo las tarjetas y la rueda del bingo sin apenas tener que levantar la mirada.

Delante, donde acababa la penumbra, el hombre del micrófono presionaba el botón conectado a un cable largo que hacía girar la rueda y cantaba un número cada vez que ésta se detenía. Y cada vez que se oía la voz, recorría las tarjetas con un dedo en busca del número. Tenía que ser rápido, con cinco tarjetas. Estaba nervioso; había demasiadas tarjetas y el hombre de áspera voz iba demasiado rápido. Tal vez sería mejor elegir sólo una y deshacerse de las otras. Pero tuvo miedo. Tenía calor. ¿Cuánto costaría el médico de Laura? ¡Maldita sea, mira las tarjetas! Y escuchó desesperado cómo el hombre cantaba tres números seguidos que no aparecían en ninguna de las cinco tarjetas. Así nunca ganaría…

Se quedó paralizado cuando vio la fila completa de números marcados en la tercera tarjeta y el hombre tuvo tiempo de cantar tres números más antes de que se inclinara torpemente hacia delante, gritando:

—¡Bingo! ¡Bingo!

—Ése está loco —gritó alguien.

—¡Levántate, tío!

Salió al pasillo dando traspiés y subió por las escaleras hasta el escenario. La luz era tan fuerte y brillante que le cegó por un instante, se sentía como bajo el influjo de un poder extraño y misterioso. A pesar de ello, aquello le resultaba tan familiar como el sol y fue consciente de que estaba en un lugar tan familiar como el bingo.

Enseñó la tarjeta mientras el hombre del micrófono comentaba algo al público. La tarjeta abandonó su mano y el dedo de aquel hombre quedó iluminado por una fría luz. Le temblaban las rodillas. El hombre se acercó para verificar que los números de la tarjeta coincidieran con los anotados en el tablón. ¿Y si se había equivocado? Se retiró un poco porque le mareaba el olor de la gomina del pelo de aquel hombre. Pero tenía que quedarse porque el hombre seguía verificando la tarjeta. Permaneció tenso, escuchando.

—Bajo la O, el cuarenta y cuatro —cantó el hombre—. Bajo la I, el siete. Bajo la G, el tres. Bajo la B, el noventa y seis. ¡Bajo la N, el trece!

El hombre sonrió al público y él empezó a respirar más tranquilo.

—Sí, damas y caballeros, ¡es uno de los elegidos!

El público estalló en risas y aplausos.

—Acompáñeme al centro del escenario.

Avanzó lentamente, anhelando que el foco de luz no fuera tan potente.

—El bote de esta noche está valorado en 36,90 dólares y para ganarlo la rueda debe detenerse entre el doble cero, ¿entendido?

Asintió con la cabeza, conocía el ritual porque había contemplado muchas noches a los ganadores subiendo al escenario para apretar el botón que controlaba la rueda y

ganar los premios. Y ahora siguió las instrucciones como si hubiera cruzado aquel escenario resbaladizo y ganado el premio un millón de veces.

El hombre estaba contando algún chiste y él asintió sin saber por qué. Estaba tan tenso que sintió un deseo repentino de gritar y mandarlo todo a paseo. Presentía vagamente que su vida entera estaba determinada por la rueda del bingo; no sólo lo que fuera a suceder en aquel momento, que por fin había llegado, sino también todo lo anterior, desde su nacimiento, y el nacimiento de su madre y el de su padre. Siempre había estado allí, aunque no hubiera sido consciente de ello, distribuyendo las tarjetas y los números desafortunados de su vida. La sensación persistía y decidió largarse. Mejor marchar de aquí antes de ponerme en ridículo, pensó.

—Ven aquí, chico —dijo el hombre—. Aún no has empezado.

Alguien rió viéndole regresar a su sitio, dubitativo.

—¿Todos listos?

Sonrió como respuesta a la charla jactanciosa del hombre pero no le salían las palabras y sabía que su sonrisa no resultaba en absoluto convincente. De repente supo que se encontraba en la resbaladiza antesala de algo terriblemente embarazoso.

—¿De dónde eres, chico? —preguntó el hombre.

—Del Sur.

—Es del Sur, damas y caballeros —anunció el hombre—. ¿De dónde? Acércate al micro para hablar.

—De Rocky Mont —dijo—. Rocky Mont, Carolina del Norte.

—Bien, y así que decidiste bajar de la montaña y venir a los Estados Unidos —rió el hombre.

Se dio cuenta de que el hombre se estaba burlando de él pero, de pronto, sintió algo frío en la mano y que las luces ya no le enfocaban.

Se situó frente a la rueda y le embargó una sensación de soledad, pero era lo que tocaba y recordó entonces su plan. Daría a la rueda un giro rápido y breve, rozando apenas el botón. Lo había visto infinidad de veces y siempre se acercaba al doble cero cuando se hacía así. Se armó de valor; el miedo había desaparecido y sintió una profunda sensación de esperanza, como si estuviera a punto de recibir la recompensa por todo lo que había sufrido a lo largo de su vida. Presionó el botón temblando. La rueda se iluminó y, en menos de un segundo, se percató de que le resultaba imposible detenerla por mucho que quisiera. Era como tener en la mano una línea de alta tensión. Estaba tenso. A medida que la rueda aceleraba, se sentía más y más atraído por su fuerza, como si fuera ella quien gobernara su destino; y así llegó la intensa necesidad de rendirse, de girar, de perderse en su torbellino de colores. No podía parar ahora, lo sabía. Que fuera lo que tuviese que ser.

El botón seguía al abrigo de su mano, donde el hombre lo había depositado. Se percató entonces de la presencia del hombre a sus espaldas, aconsejándole por el

micrófono, mientras del público en la penumbra se alzaba un ruidoso murmullo. Movió los pies. La sensación de desamparo que hacía que parte de él deseara echarse atrás no le abandonaba, incluso ahora que el bote estaba al alcance de la mano. Apretó el botón hasta que le dolió la mano. Entonces, como el repentino chillido del silbido del metro, le asaltó una duda. ¿Y si no había girado lo suficiente la rueda? ¿Qué podía hacer y cómo podía saberlo? Y entonces supo, del mismo modo que se había cuestionado antes, que mientras siguiera presionando el botón podría controlar el bote. Únicamente él determinaría si el bote era suyo o no. Ni el hombre del micrófono tenía nada que hacer. Estaba como borracho. Y entonces, como si acabara de descender desde una montaña hasta un valle poblado de gente, escuchó los gritos del público.

—¡Baja ya de ahí, pelmazo!

—Dale una oportunidad a los demás…

—¡El viejo Jack cree que ha encontrado el final del arco iris…!

Aquel último comentario no era insultante, se volvió y sonrió tímidamente. A continuación, les dio la espalda por completo.

—No tardes tanto, chico —dijo una voz.

Asintió con la cabeza. Los gritos a su espalda no cesaban. Esa gente no entendía lo que le estaba pasando. Llevaban años jugando al bingo día y noche, intentando ganar dinero para pagar el alquiler o comprarse una hamburguesa. Pero ninguno de aquellos tipos listos había descubierto esa cosa maravillosa. La rueda giraba, los números iban pasando y experimentó un frenesí repentino de exaltación: ¡Es Dios! ¡Es el Dios verdadero! Lo dijo en voz alta:

—¡Es Dios!

Lo dijo con tanta convicción que temió desmayarse y caer sobre las candilejas. Pero la muchedumbre vociferaba con tanta potencia que nadie le oyó. Esos idiotas, pensó, yo aquí tratando de explicarles el secreto más maravilloso del mundo y ellos gritando como si se hubieran vuelto locos. Notó una mano en el hombro.

—Tienes que decidirte, chico. Llevas demasiado rato.

Apartó la mano con violencia.

—Déjame solo, tío. ¡Sé lo que me hago!

El hombre, sorprendido, tuvo que agarrarse al micrófono para no caer. Y él sonrió porque no pretendía herir los sentimientos del hombre y porque con una punzada de dolor acababa de darse cuenta de que era imposible explicarle por qué debía permanecer allí presionando el botón eternamente.

—Venga aquí —dijo, con voz cansada.

El hombre se aproximó, arrastrando el pesado micrófono por el escenario.

—Todo el mundo puede jugar al bingo, ¿no es eso? —dijo.

—Sí, pero…

Sonrió, quería ser paciente con ese blanco de aspecto pulcro vestido con camisa sport color azul y traje de gabardina.

—Eso es lo que pensaba. Cualquiera puede ganar el bote si acierta el número de la suerte, ¿verdad?

—Sí, son las reglas, pero…

—Eso es lo que pensaba —dijo—. Y el premio gordo le toca a quien sabe cómo ganarlo.

El hombre asintió estupefacto.

—Entonces, aléjese y observe cómo gano como yo quiero hacerlo. No haré daño a nadie —dijo— y le demostraré cómo se gana. Intento demostrar al mundo entero cómo tiene que hacerse.

Y como había comprendido, sonrió de nuevo para darle a entender al hombre que no tenía nada en contra de él por ser blanco y mostrarse tan impaciente. Decidió entonces no mirar más a aquel hombre y seguir presionando el botón, las voces del público le llegaban como gritos de calles lejanas. Que gritaran. Los negros de ahí abajo estaban francamente avergonzados porque él era negro como ellos. Sonrió para sus adentros, sabiendo lo que sentían. También él se avergonzaba casi siempre de lo que hacían los negros. Bien, que por una vez se avergüencen con razón. Era como un alambre negro y delgado girando con la rueda del bingo; girando hasta que él decidiera gritar; girando pero, en aquella ocasión, controlando el giro y la tristeza y la vergüenza y, obrando así, Laura se pondría bien. Las luces centellearon de repente. Retrocedió. ¿Qué pasaba? Todo ese ruido. ¿Es que no sabían que aunque él controlara la rueda también la rueda le controlaba a él y que no se detendría a no ser que dejara de presionar el botón eternamente y que él se quedaría allí, alto y seco, alto y seco en esa montaña alta y seca y que Laura moriría? Era la única oportunidad; tenía que hacer todo lo que le ordenara la rueda. Y aferrándose al botón desesperado descubrió, sorprendido, que emitía una energía nerviosa. Un hormigueo le recorrió la espalda. Percibía un poder particular.

Desafió a la multitud vociferante, los gritos penetraban sus oídos como trompetas sonando en una gramola. Las caras borrosas brillaban a la luz del bingo, ofreciéndole una percepción de sí mismo que jamás había experimentado antes. ¡Por Dios, era el protagonista del espectáculo! Tenían que reaccionar a lo que él hacía, él era su suerte. Soy yo, pensó. Que griten esos bastardos. Y entonces alguien rió también en su interior y se dio cuenta de que había olvidado incluso su propio nombre. Olvidarse del nombre es triste, una pérdida y una locura. Ese nombre se lo había puesto mucho tiempo atrás un blanco del Sur que era el amo de su abuelo. Tal vez esos tipos listos supieran cómo se llamaba.

—¿Quién soy? —gritó.

—¡Date prisa y acaba ya, pelmazo!

Tampoco lo sabían, pensó con tristeza. Esos pobres bastardos sin nombre, ni siquiera sabían cómo se llamaban ellos mismos. De hecho, ya no necesitaba para nada su viejo nombre; había vuelto a nacer. Mientras siguiera presionando el botón sería El-hombre-que-presionaba-el-botón-que-tenía-el-premio-del-Rey-del-Bingo. Era así de simple, y debía seguir presionando el botón aunque nadie lo comprendiera, aunque Laura no lo comprendiera.

—¡Vive! —gritó.

El público se calmó, igual que un enorme ventilador deteniéndose lentamente.

—Vive, Laura, pequeña. Ya lo tengo, cariño. ¡Vive! —Gritaba, y las lágrimas rodaban por sus mejillas—. ¡Sólo te tengo a TI!

Los gritos le salían de las entrañas. Sentía como si el torrente de sangre que le subía a la cabeza fuera a brotar de repente, inundándolo todo de gotas rojas, como cuando la policía le parte la cabeza a alguien con una porra. Se inclinó y vio un goteo de sangre sobre la punta de su zapato. Se tocó la cabeza con la mano que quedaba libre. Era la nariz. Dios, ¿y si algo andaba mal? Era como si el público hubiera entrado en su cuerpo y estuviera atizándole patadas en el estómago y él fuera incapaz de expulsarlo de ahí. Querían el premio, eso era todo. Querían el secreto para sí mismos. Pero nunca lo conseguirían; seguiría girando la rueda del bingo eternamente y Laura estaría a salvo en la rueda. ¿Lo estaría? Sí, tenía que ser así, de no estar a salvo la rueda dejaría de girar; no podría seguir haciéndolo. Tenía que huir, *vomitarlo* todo, y se imaginó con Laura en sus brazos, bajando por las escaleras del metro y corriendo delante de un tren, corriendo desesperadamente y *vomitando*, con la gente gritándole que saliera de ahí, pero sabiendo que era imposible abandonar los raíles porque de hacerlo le atropellaría el tren y saltar a otros raíles significaba correr en un tercer raíl ardiente, alto hasta la cintura, que lanzaría chispas azules que le cegarían hasta no poder ver nada.

Alguien cantaba y el público acompañaba la canción batiendo palmas.

> ¡Échale la botella de ron por la cabeza, Jim!
> Clap-clap-clap.
> Llamaremos al poli.
> ¡Le volará la cabeza!
> ¡Echale la botella de ron por la cabeza, Jim!

La canción le enfureció. Creen que estoy loco. Que rían. Yo haré lo que tenga que hacer.

Escuchaba con atención cuando vio que todo el mundo miraba algo en el escenario, detrás de él. Se sentía débil. Se volvió y no vio a nadie. Si no fuera porque le dolía tanto el pulgar. Ahora aplaudían. Y por un momento pensó que la rueda se había detenido. Pero era imposible, el dedo seguía apretando. Y entonces los vio. Dos hombres uniformados le hacían señas desde el fondo del escenario. Se acercaban a él,

caminando a paso lento, como un grupo de claqué bailando el tercer bis. Iban directos hacia él y retrocedió, mirando furioso a su alrededor. No disponía de nada con que enfrentarse a ellos. Únicamente aquel cable largo de color negro enchufado entre bastidores que no podía utilizar porque era lo que hacía funcionar la rueda del bingo. Retrocedió con lentitud, mirando fijamente a los hombres y con una mueca tensa e inmóvil; se acercó al fondo del escenario, percatándose de que no podía ir mucho más lejos, pues el cable se tensaba y no podía romperlo de ninguna manera. Pero tenía que hacer algo. El público vociferaba. Se quedó paralizado de repente cuando también lo hicieron los hombres, se quedaron quietos con la pierna alzada, como interrumpiendo el paso de un baile lento. No podía hacer otra cosa que correr en dirección contraria y se precipitó hacia delante, deslizándose y escabulléndose. Los hombres retrocedieron sorprendidos. Y chocó violentamente contra ellos al pasar por su lado.

—¡Cogedle!

Corrió, pero enseguida el cable se tensó, resistiéndose, dio media vuelta y siguió corriendo. Esta vez los esquivó, y descubrió que el cable no se tensaba si daba círculos alrededor de la rueda. Desplegaba los brazos para alejar a los hombres. ¿Por qué no le dejaban tranquilo? Corrió, dando círculos.

—Bajad el telón —gritó alguien.

Pero no podían. De hacerlo, se cortaría la luz que iluminaba la rueda desde la sala de proyección. Pero lo cogieron antes de que él supiera cómo; intentaba mantener la mano cerrada, les daba puñetazos y se ayudaba con las rodillas, manteniendo el botón presionado en todo momento porque aquello era su vida. Pero estaba en el suelo y vio un pie acercándose y pisándole la muñeca con crueldad. Arriba, la rueda seguía girando serenamente.

—No puedo abandonar —chilló. Luego, tranquilamente y como si les hiciera una confidencia dijo—: Chicos, no puedo abandonar.

Chocó con dureza contra su cabeza. Y en un momento se lo arrebataron. Luchó contra ellos que intentaban apartarlo del escenario, mientras contemplaba la rueda girando más lentamente cada vez hasta detenerse. Y vio, sin sorprenderse en absoluto, cómo lo hacía en el doble cero.

—Lo veis —señaló con amargura.

—Sí, claro, chico, claro, está muy bien —le dijo uno de los hombres, sonriendo.

Vio cómo el hombre hacía una señal con la cabeza en dirección a alguien que él no podía ver y se sintió muy, muy feliz; recibiría lo que todos los ganadores recibían.

Confiando en la justicia que apuntaba la sonrisa tensa del hombre, no se percató de su guiño, ni se percató tampoco del hombre que estaba inclinado a sus espaldas y que se dirigía decidido hacia la cortina del telón, que descendía lentamente, para darse un respiro. Sólo sintió un terrible dolor explotando en su cabeza y supo, aunque se le escapara, que su suerte había acabado en aquel escenario.

Traducción de Isabel Murillo Fort

BERNARD MALAMUD

El barril mágico

Hace poco tiempo vivía en la parte alta de la ciudad de Nueva York, en una habitación pequeña, casi mísera, atestada de libros, Leo Finkle, estudiante de rabino en la Universidad de Yeshivah. Después de seis años de estudio, Finkle se ordenaba en junio, y un conocido suyo le aconsejó que se casara, pues quizá así obtendría con más facilidad una congregación. Como hasta aquel momento no había tenido proyectos matrimoniales, Finkle, después de dos días atormentados en los que le dio vueltas en la cabeza a la idea, llamó a Pinye Salzman, casamentero profesional, cuyo anuncio de dos líneas había leído en el *Forward*.

El casamentero apareció una noche en el oscuro rellano del cuarto piso de la casa de huéspedes de piedra gris donde vivía Finkle, llevando firmemente asida una cartera negra con correas, raída por el uso. Salzman ya llevaba mucho tiempo en este negocio. Aunque de constitución menuda, su aspecto era digno. Se tocaba con un viejo sombrero y vestía un abrigo demasiado corto y apretado. Olía fuertemente a pescado —le gustaba muchísimo—, y aunque le faltaban unos cuantos dientes su presencia no era desagradable; a ello contribuían sus modales afables, que contrastaban, curiosamente, con unos ojos tristes. Sus ojos, sus labios, los cuatro pelos de su barba y sus dedos huesudos eran vivaces. Pero en los momentos de reposo, los suaves ojos azulados revelaban una tristeza profunda. Este rasgo intranquilizaba a Leo, aunque, para él, la situación en sí era ya bastante tensa.

Informó a Salzman inmediatamente de por qué le había mandado venir. Le explicó que su hogar estaba en Cleveland y que, aparte de sus padres, que se habían casado relativamente tarde, no tenía a nadie en el mundo. Durante seis años se había dedicado casi exclusivamente a sus estudios, y el resultado fue que, como podía comprenderse, la había faltado tiempo para dedicarse a la vida social y para frecuentar el trato de muchachas jóvenes. De modo que había pensado, antes de actuar por su cuenta y riesgo y exponerse a situaciones embarazosas, llamar a una persona experimentada para que le aconsejara en este asunto. Dejó caer en el curso de la conversación que el oficio del casamentero era tradicional y digno, muy estimado dentro de las comunidades judías, puesto que solucionaba de un modo práctico algo necesario y al mismo tiempo no suponía un obstáculo para la felicidad. Además, sus padres también se habían conocido a través de un casamentero, y, aunque ninguno de los dos había mejorado económicamente de situación, pues ambos eran pobres, el matrimonio había sido un éxito, en el sentido de que siempre se habían querido. Salzman le escuchaba azorado y sorprendido e intuía que todo aquello lo hacía Leo para disculparse ante él. Después, sin embargo, experimentó una sensación de

bienestar, y se enorgulleció de su trabajo; era una sensación que desde innumerables años atrás había desaparecido: a partir de aquel momento, apreció de todo corazón a Finkle.

Ambos se dispusieron a negociar. Leo llevó a Salzman al único rincón despejado del cuartucho, donde tenía una mesa junto a la ventana; una ventana desde la que se veía la ciudad, alumbrada por los faroles. Se sentó al lado del casamentero, pero de cara a él, e intentó con un esfuerzo de voluntad suprimir el cosquilleo que sentía en la garganta. Salzman desabrochó ansiosamente las correas de su cartera y quitó la goma estirada que sujetaba un montón de fichas manoseadas. A Leo le causaba un dolor físico el ruido y los gestos que hacía el casamentero mientras repasaba las fichas. El estudiante hacía como si no le observara y miraba fijamente por la ventana. Aunque todavía no había terminado febrero, el invierno se despedía ya; era la primera vez desde hacía años que él reparaba en estas cosas. Advirtió que una luna blanca y redonda cruzaba muy alta por el cielo, a través de las nubes que parecían un zoo. La miraba con la boca entreabierta y vio cómo desaparecía tras una inmensa gallina y después salía por el otro lado, como si fuera un huevo puesto por sí mismo. Salzman simulaba, tras las gafas que acababa de ponerse, estar enfrascado en las fichas, pero echaba de cuando en cuando una mirada a la noble cara del joven; observaba con agrado la nariz larga y severa del estudiante, los ojos castaños llenos de ciencia y cierto carácter en las mejillas oscuras y hundidas. Echó una ojeada a su alrededor —innumerables estantes atestados de libros— y dejó escapar un suave suspiro de satisfacción. Leo puso la mirada en las fichas; contó seis en la mano de Salzman.

—¿Tan pocas? —preguntó desilusionado.

—¡No me creería si le dijese las que tengo en mi oficina! —contestó Salzman—. Los cajones están llenos hasta los topes, de modo que ahora tengo que guardarlas en un barril…, pero ¿es buena cualquier muchacha para un rabino joven?

Cuando oyó esto, Leo se ruborizó y le pesó todo lo que había revelado de sí mismo en el currículum enviado a Salzman. Había creído mejor darle a conocer sus exigencias y sus gustos, pero ahora que ya lo había hecho, comprendió que le había dicho al casamentero más de lo necesario.

—¿No tiene usted fotografías de sus clientes? —preguntó vacilante.

—Primero trataremos de sus familias, de la cantidad de la dote y de las ventajas que ofrecen —replicó Salzman. Se desabrochó el estrecho abrigo y se arrellanó en la silla—. Después vendrán las fotografías, rabino.

—Llámeme señor Finkle. Todavía no soy rabino.

Salzman dijo que así lo haría; entonces lo llamaba doctor, pero a poco que Leo se distrajera, volvía otra vez a lo de rabino.

Salzman se ajustó las gafas de concha, carraspeó suavemente y leyó con entusiasmo la primera ficha.

—Sophie P. Veinticuatro años. Viuda desde hace un año. Sin hijos. Tiene estudios superiores y dos años de universidad. El padre promete ocho mil dólares y tiene un negocio al por mayor maravilloso. También posee bienes inmuebles. Por parte de la madre hay maestros en la familia y un actor, muy conocido en la Segunda Avenida.

Leo le miró sorprendido.

—¿Ha dicho que era viuda?

—Aunque sea viuda, esto no quiere decir que esté estropeada. Vivió con su marido unos cuatro meses. Era un chico enfermo…, cometió una equivocación al casarse con él.

—No me había pasado por la imaginación casarme con una viuda.

—Porque no tiene experiencia. Una viuda, especialmente si es joven y sana como esta muchacha, es una persona maravillosa para casarse con ella. Le estará agradecida durante el resto de su vida. Créame, si ahora tuviera que buscar novia, me casaría con una viuda.

Leo reflexionó, pero después negó con la cabeza.

Salzman se encogió de hombros, con un gesto de desilusión a penas perceptible. Colocó la ficha sobre la mesa de madera y comenzó a leer otra:

—Lily H. Profesora en una escuela superior. Plaza en propiedad; no es interina. Tiene ahorros y un Dodge nuevo. Vivió un año en París. Su padre es un dentista conocido desde hace treinta y cinco años. Le interesa un hombre de carrera. Familia muy americanizada. Es una oportunidad maravillosa. La conozco personalmente —explicó Salzman—. Quisiera que también usted la conociera. Es una muñequita. Además, inteligente. Le puede hablar todo el día de libros y de teatro y de lo que sea. Y siempre está al corriente de todas las novedades.

—Creo que no ha mencionado su edad.

—¿La edad? —exclamó Salzman y arqueó las cejas—. Tiene treinta y dos años.

Tras un momento, Leo dijo:

—Temo que me parecerán demasiados años.

Salzman soltó una carcajada.

—¿Y cuántos años tiene usted, rabino?

—Veintisiete.

—Y, dígame, ¿acaso hay tanta diferencia de veintisiete a treinta y dos? Mi mujer me lleva siete años y ¿cree que he sufrido por ello?…, ni pizca. Si una hija de Rotschild quisiera casarse con usted, ¿iba a decirle que no por la edad?

—Sí —dijo Leo secamente.

Salzman interpretó el sí de Leo como un no.

—Cinco años no significan nada. Le doy mi palabra de que en cuanto viva con ella una semana, olvidará su edad. ¿Qué significan cinco años? Que ha vivido más y sabe más que las jóvenes. Esta chica, Dios la bendiga, ha aprovechado bien el tiempo.

Cada año que pase, será mejor oferta.

—¿Qué asignatura enseña en la Escuela Superior?

—Idiomas. Si oyera cómo habla el francés creería estar oyendo música. Llevo veinticinco años en el negocio y la recomiendo de todo corazón. Convénzase, rabino, conozco bien el paño.

—¿Qué dice la ficha siguiente?

Salzman miró de mala gana la tercera tarjeta.

—Ruth K. Diecinueve años. Primera de clase. El padre ofrece para un novio conveniente trece mil dólares en efectivo. Es médico especialista del estómago y tiene una clientela excelente. El cuñado tiene una fábrica propia, de prendas de vestir. Es una familia muy distinguida.

Salzman parecía haber descubierto su póquer de ases.

—¿Ha dicho diecinueve? —preguntó Leo con interés.

—Recién cumplidos.

—¿Es atractiva? —Leo se ruborizó—. ¿Es bonita?

Salzman, con un gesto expresivo, se besó la punta de los dedos.

—Una muñequita. Le doy mi palabra. Deje que llame a su padre esta misma noche y verá lo bonita que es.

Pero Leo seguía preocupado.

—¿Está seguro de que es tan joven?

—Completamente seguro. El padre le enseñará su partida de nacimiento.

—¿Sabe de cierto que no le pasa nada a esta chica?

—¿Por qué habría de pasarle?

—No me explico por qué motivo una muchacha americana de su edad ha recurrido a un casamentero profesional.

Una sonrisa iluminó el rostro de Salzman.

—Por la misma razón por la que usted me ha llamado.

Leo enrojeció.

—A mí me corre prisa.

Salzman se dio cuenta de que había cometido una torpeza y rectificó rápidamente.

—Fue su padre el que vino, no ella. Quiere lo mejor para su hija, de modo que se lo busca él mismo. Cuando encuentre al chico adecuado, le presentará a su hija y los animará. Será un matrimonio mejor que si ella, una niña sin experiencia, escogiera por su cuenta. Usted lo sabe mejor que yo.

—Pero ¿no piensa usted que la muchacha debe creer todavía en el amor? —dijo Leo, inquieto.

Salzman estuvo a punto de soltar la carcajada, pero se contuvo y aseguró con seriedad:

—El amor llega cuando se encuentra la persona adecuada, no antes.

Leo entreabrió los labios resecos, pero no pronunció palabra. Se dio cuenta de que Salzman ojeaba la ficha siguiente y preguntó con astucia:

—¿Cómo es su salud…?

—Perfecta —dijo Salzman, respirando con dificultad—. Naturalmente, cojea un poquito de la pierna derecha; tuvo un accidente de coche a los doce años, pero es tan lista y tan bonita que nadie se da cuenta.

Leo se levantó fatigosamente y se acercó a la ventana. Sentía una amargura extraña y se reprochaba a sí mismo el haber llamado al casamentero. Al fin, negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió Salzman y el tono de su voz se agudizó.

—Porque detesto a los especialistas del estómago.

—¿Y por qué ha de importarle la profesión? Una vez que se case con ella, no necesitará a su padre para nada. ¿Quién va a obligarle a recibirlo en su casa los viernes por la noche?

Leo se avergonzó del giro que había tomado la conversación y despidió a Salzman. Éste se fue a su casa con la mirada cansada y melancólica.

A pesar de que, tras la partida del casamentero, Leo sintió sólo un gran alivio, al día siguiente estaba en baja forma. Lo atribuyó a que Salzman no había logrado encontrar una novia adecuada para él. No le gustaba el tipo de clientela que tenía. Pero cuando se planteó si debía o no recurrir a otro —alguien más refinado que Pinye — se preguntó si no estaba tal vez, por esencia, contra la tradición del casamentero profesional, por mucho que reconociera que no lo condenaba por completo y a pesar del respeto que sentía por sus padres. Apartó estas reflexiones de su pensamiento, pero seguía sintiéndose incómodo. Durante todo el día corrió de un lado a otro; olvidó una cita importante, no se acordó de llevar la ropa sucia a la lavandería, salió de una cafetería de Broadway sin pagar y tuvo que volver a toda prisa con la cuenta en la mano; ni siquiera reconoció a su patrona cuando pasó junto a él con una amiga y le saludó amablemente: «Muy buenas noches, doctor Finkle». Sin embargo, al llegar la noche se había tranquilizado lo suficiente para hundir las narices en un libro y olvidar así sus preocupaciones.

En este preciso momento, llamaron a la puerta. Antes de que Leo pudiera decir: «Adelante», Salzman, el cupido comercial, irrumpió en la habitación. Tenía la cara grisácea y chupada, la expresión hambrienta y parecía próximo a expirar. Sin embargo, el casamentero consiguió —con algún truco muscular— esbozar una amplia sonrisa.

—Bien, buenas noches. ¿Puedo pasar?

Leo asintió pero se sentía molesto al volver a verle, aunque no se atreviese a decirle al viejo que se fuera.

Siempre sonriendo, Salzman puso su carpeta sobre la mesa.

—Rabino, esta noche tengo buenas noticias para usted.

—Le rogué que no me llamara rabino. Todavía soy un estudiante.

—Sus preocupaciones han terminado. Tengo una novia de primera para usted.

—No quiero volver a discutir este asunto. —Leo fingía no estar interesado.

—¡El mundo entero le felicitará por su boda!

—Por favor, señor Salzman, no continúe.

—Pero antes tengo que recobrar fuerzas —dijo Salzman débilmente. Desabrochó torpemente las correas de su cartera y desenvolvió un paquete envuelto en un papel grasiento; dentro había un panecillo duro y un pequeño pescado ahumado. Con un solo gesto muy rápido quitó la piel del pescado y empezó a comérselo ansiosamente.

—En todo el día no he parado de ir de un lado a otro —murmuró.

Leo le miraba comer.

—¿No tendrá usted un tomate, ya partidito? —preguntó Salzman vacilando.

—No.

El casamentero cerraba los ojos mientras comía. Cuando terminó, limpió cuidadosamente todas las migajas y, juntamente con ellas, envolvió los restos del pescado en un papel. Sus ojos, tras las gafas, ojearon la habitación, hasta descubrir, entre los montones de libros, una cocinilla de gas. Se quitó humildemente el sombrero y preguntó:

—¿Puede darme un vaso de té, rabino?

A Leo le remordía la conciencia y se levantó para preparar el té. Se lo sirvió con una rodaja de limón y dos terrones de azúcar; Salzman estaba encantado. Después de tomar el té, la energía y el buen humor volvieron a él.

—Bien, dígame, rabino —inquirió amablemente—, ¿ha vuelto a recapacitar sobre las tres clientes de que le hablé ayer?

—No hubo necesidad de ello.

—¿Por qué no?

—Ninguna de ellas es de mi gusto.

—¿Cuál es su gusto, pues?

Leo dejó pasar la pregunta porque la respuesta que podía dar hubiera sido demasiado confusa.

Pero Salzman, sin esperar la contestación, preguntó:

—¿Se acuerda de aquella chica que le nombré…, la maestra de grado superior?

—¿La de treinta y dos años?

Pero vio con sorpresa que el rostro de Salzman se iluminaba con una sonrisa.

—La de veintinueve años.

Leo le taladró con la mirada.

—¿Lo han rebajado a veintinueve?

—Fue una equivocación —aseguró Salzman—. Hablé hoy con el dentista. Me

llevó al banco donde guardan todos los documentos y me enseñó la partida de nacimiento. Cumplió veintinueve el pasado agosto. Celebraron una fiesta en la montaña donde pasaba sus vacaciones. Cuando su padre me habló por primera vez, olvidé anotar la edad y por eso le dije a usted que tenía treinta y dos años, pero ahora recuerdo que era otra clienta, una viuda.

—¿La misma de la que me habló? Creía que tenía veinticuatro.

—Ésa es otra. ¿Soy yo culpable de que el mundo esté lleno de viudas?

—No, pero no siento interés por ellas y, a decir verdad, tampoco por las maestras de escuela.

Salzman se llevó, con un gesto muy expresivo, las manos al pecho.

—¡Gran Dios! ¿Qué puedo decirle a un hombre al que no le interesan las maestras de escuela? Pues bien, ¿por quién se interesa?

Leo enrojeció pero se dominó.

—Dígamelo…, ¿por quién siente usted interés… —Salzman siguió hablando— si no le interesa esta muchacha tan buena que habla cuatro idiomas y tiene diez mil dólares en el banco? Además su padre promete por su parte dar doce mil. También tiene coche nuevo, ropa bonita, sabe hablar de todo y creará un excelente hogar para usted. Vivir con ella será, mientras esté usted en la tierra, lo más parecido al paraíso.

—Si es tan maravillosa, ¿por qué no se casó hace diez años?

—¿Por qué? —dijo Salzman soltando una risotada— … ¿por qué? Pues porque es «exigente». Ése es el porqué. Quiere lo «mejor».

Leo estaba callado; le divertía pensar cómo se había dejado enredar. Pero Salzman había despertado su curiosidad por Lily H. y empezó a pensar seriamente en conocerla. Mientras el casamentero observaba con atención cómo Leo sopesaba en su mente todos los datos que le había expuesto, se sintió seguro de llegar a un acuerdo con él.

El sábado al atardecer, sin dejar de pensar en Salzman, Leo Finkle paseaba con Lily Hirschorn por Riverside Drive. Caminaba erguido, con paso firme, y llevaba con distinción el sombrero negro que aquella mañana había sacado intrépidamente de la polvorienta sombrerera colocada en un estante del armario; con igual elegancia llevaba el grueso abrigo negro de los sábados, que había cepillado enérgicamente. Leo poseía también un bastón, regalo de un pariente lejano, pero apartó rápidamente la tentación y lo dejó en casa. Lily, pequeña mas no carente de gracia, llevaba un vestido que anunciaba ya la llegada de la primavera. Estaba al corriente de todos los temas de conversación y hablaba con mucha animación; él meditaba sus palabras y la encontró realmente sensata: había que apuntarle un tanto a Salzman. Se sentía incómodo porque presentía que Salzman les acechaba, escondido quizá en la copa de algún árbol de la calle desde el que hacía señas con un espejo de bolsillo a la señorita; o quizá era un sátiro de pies cabrunos, que tocaba en su flauta una marcha nupcial,

mientras bailoteaba, invisible, ante ellos y esparcía flores silvestres y uvas moradas en su camino, como símbolo de una unión, aunque, claro está, todavía no había ninguna.

Lily sorprendió a Leo al comentar:

—Estaba pensando en el señor Salzman. Un tipo curioso, ¿no cree usted?

Como no sabía qué contestar, asintió.

Ella continuó valientemente y ruborizándose:

—Por mi parte, le estoy agradecida por habernos presentado. ¿Y usted?

Él contestó cortésmente:

—Yo también se lo agradezco.

—Quiero decir… —dijo con una risita, y tratando el asunto con delicadeza, o por lo menos daba esta impresión—, que si a usted le importa que nos hayamos conocido así.

A él no le desagradaba su sinceridad y reconoció que ella trataba de poner las cosas en su lugar; comprendía que se necesitaba cierta experiencia de la vida y cierta valentía para querer hacer las cosas de esta manera. Uno debía tener un pasado excepcional para aceptar un principio así.

Él le dijo que no le importaba. La profesión de Salzman era tradicional y honorable; respetable por lo que podía obtener, aunque con frecuencia, señaló Leo, no obtuviera nada.

Lily asintió con un suspiro. Siguieron paseando durante un rato y ella dijo, tras un largo silencio, y de nuevo con risita nerviosa:

—¿Sería indiscreta si le hiciera una pregunta personal? Francamente encuentro la cuestión fascinante.

Aunque Leo se encogió de hombros, ella continuó, un tanto azorada:

—¿Cómo llegó usted a su vocación? Quiero decir, ¿fue una inspiración súbita y apasionada?

Leo, después de un silencio, contestó lentamente:

—Siempre me interesó la Ley.

—¿Vio revelada en ella la presencia del Altísimo?

Él asintió e intentó cambiar de conversación.

—Tengo entendido que usted pasó una temporada en París, señorita Hirschorn.

—Oh, ¿se lo ha dicho el señor Salzman, rabino Finkle?

Leo contrajo el gesto pero ella continuó:

—Fue hace siglos y casi lo tengo olvidado. Recuerdo que tuve que volver para la boda de mi hermana.

Pero Lily no se dejaba desviar de la conversación.

—¿Cuándo… —preguntó con voz trémula— se enamoró usted de Dios?

Él la taladró con la mirada. Entonces se dio cuenta de que la muchacha no

hablaba de Leo Finkle, sino de un desconocido, de una especie de figura mística, quizá hasta de un profeta apasionado que no tenía relación ni con los vivos ni con los muertos, de un profeta que Salzman había inventado para ella. Leo se echó a temblar de indignación e impotencia. Aquel ilusionista le había dorado la píldora, igual que había hecho con él, pues esperaba conocer a una señorita de veintinueve y desde que fijó por primera vez los ojos en la cara tensa y ansiosa de ella, se dio cuenta de que había pasado los treinta y cinco y envejecía rápidamente. Sólo un gran dominio de sí mismo le permitió seguir a su lado tanto tiempo.

—No soy —dijo Leo gravemente— una persona con talento religioso. —No podía continuar porque no encontraba palabras y se sintió avergonzado y atemorizado —. Creo —añadió con voz tensa— que me acerqué a Dios, no porque lo amase, sino precisamente porque no lo amaba.

La confesión se le escapó en un tono duro y se estremeció porque no había pensado que fuera así.

Lily se desmoronó. Leo vio una multitud de panes que volaban por encima de su cabeza, como una bandada de patos; se parecían a los que había contado anoche para dormirse. Agradecido, vio que nevaba; eso, al menos, no podía ser obra de Salzman. Estaba furioso con el casamentero y se juró que lo echaría tan pronto como apareciese en su habitación. Pero Salzman no fue aquella noche y la furia de Leo se fue apaciguando; en su lugar surgió una honda desesperación. Al principio creyó que la causa había sido la desilusión con Lily, pero no pasó mucho tiempo sin que cayese en la cuenta de que se había enredado con Salzman sin profundizar mucho en sus propias intenciones. Poco a poco advertía —y sintió un vacío tan estremecedor que parecía estrangularle con innumerables manos— que había acudido al casamentero para que le buscara novia porque él era incapaz de hacerlo por sí mismo. Tuvo conciencia de ello como resultado del encuentro y la conversación con Lily Hirschorn. Las preguntas escudriñadoras de ella le habían mostrado, a él más que a ella, la verdadera naturaleza de sus relaciones con Dios; recibió un impacto estremecedor cuando llegó a la conclusión de que si exceptuaba a sus padres, no había amado nunca a nadie. O quizá podría invertirse el razonamiento: no amó nunca a Dios con toda la fuerza que debiera porque nunca amó al hombre. A Leo le pareció, y era la primera vez que se dio cuenta de ello, que su vida quedaba terriblemente desnuda. Se vio tal como era: ni amaba ni era amado. Esta amarga e inesperada revelación le llevó al borde del pánico y sólo lograba dominarse con un tremendo esfuerzo. Se cubrió el rostro con las manos y rompió en llanto.

La semana siguiente fue la peor de su vida. No comía y perdía peso. Su barba se oscureció y creció. Dejó de asistir a los seminarios y casi nunca hojeaba un libro. Pensó seriamente en dejar de ir a la Jeshivah pero le atormentaba la idea de haber perdido tantos años de estudio; imaginaba estos años como páginas arrancadas de un

libro y esparcidas por toda la ciudad y pensaba en la tremenda desilusión de sus padres y en la verdad que no se le había revelado —*mea culpa*— en los cinco libros sagrados ni en los comentarios. No sabía adónde acudir y en esa soledad desesperada no encontraba a quién recurrir; aunque pensó con frecuencia en Lily, no fue capaz de bajar las escaleras y telefonearle. Se volvió muy sensible e irritable, especialmente con su patrona, porque ella le hacía toda clase de preguntas íntimas, pero por otra parte se daba cuenta de que su comportamiento era descortés y la acorralaba en las escaleras y se disculpaba insistentemente, hasta que ella, mortificada, se le escapaba. Con todo, le consolaba pensar que era judío, y que los judíos sufrían. Pero, poco a poco, a medida que la semana larga y terrible llegaba a su fin, recobró el equilibrio y volvió a encontrar algún sentido a su vida: cumpliría el plan que se había trazado. Aunque él era imperfecto, el ideal al que aspiraba no lo era. Sin embargo, se afligía y sentía un escozor en el corazón y una ansiedad cuando pensaba en continuar buscándose una novia, pese a que, tal vez, con este nuevo conocimiento de sí mismo sería más afortunado de lo que había sido hasta entonces. Tal vez surgiera ahora la necesidad de amar y una novia para satisfacer esta necesidad. ¿Y quién necesita a un Salzman para llevar a cabo una búsqueda tan digna?

Aquella misma noche, volvió el casamentero, como un esqueleto de ojos atormentados. Era, por encima de todo, la imagen de una expectación frustrada, como si hubiera estado al lado de Lily Hirschorn, pegados los dos al teléfono durante toda la semana, en espera de la llamada que nunca llegó.

Salzman tosió suavemente y atacó directamente la cuestión:

—Bien, ¿qué le pareció ella?

La ira de Leo se removió y no pudo evitar reñir al casamentero.

—¿Por qué me mintió, Salzman?

El pálido rostro de Salzman se volvió de un blanco cadavérico; la nieve del mundo entero parecía cubrirle.

—¿No me dijo usted que tenía veintinueve años? —insistió Leo.

—Le doy mi palabra.

—Tenía treinta y cinco años cumplidos. *Por lo menos* treinta y cinco.

—No esté tan seguro; su padre me dijo…

—No importa. Lo peor de todo es que usted le mintió a ella.

—Explique cómo le mentí…

—Le dijo cosas de mí que no son verdad, como si yo fuera más de lo que soy y, por lo tanto, menos de lo que soy en realidad. Ella esperaba a alguien completamente distinto, una especie de rabino semimístico y maravilloso.

—Todo lo que dije fue que era usted un hombre religioso.

—Ya me lo supongo.

Salzman suspiró.

—Es una debilidad que tengo —confesó—. Mi mujer me dice que no debería tener tanto sentido comercial, pero cuando me encuentro con dos personas tan buenas, pienso en el matrimonio maravilloso que harían, y me siento tan feliz que hablo demasiado. —Sonrió débilmente—. Y esto es así porque el señor Salzman es tan pobre.

La ira de Leo se desvaneció.

—Bien, Salzman, temo que no tengo nada que decirle.

El casamentero le taladró con una mirada hambrienta.

—¿Ya no quiere novia?

—Sí, la quiero —respondió Leo—, pero he decidido buscarla por otro medio. Quiero establecer por mí mismo la medida de mi necesidad y colmarla plenamente.

Salzman se encogió de hombros, pero contestó:

—Oiga, rabino, si lo que usted quiere es amor, también puedo encontrárselo. Tengo clientas tan hermosas que las amará desde el momento en que vea su fotografía.

Leo sonrió tristemente.

—Temo que usted no me comprende.

Pero Salzman abrió apresuradamente su cartera y extrajo un sobre grande.

—Fotografías —dijo, y colocó con rapidez el sobre encima de la mesa.

Leo le llamó para que se llevase las fotos, pero Salzman había desaparecido ya, como por arte de magia.

Llegó marzo. Leo había vuelto a su vida de siempre; aunque todavía no había recobrado su personalidad y le faltaban energías, hacía planes para llevar una vida social más activa. Claro está que sería difícil, pero era experto en superar escollos y paulatinamente lo iría consiguiendo. Las fotos de Salzman quedaron tiradas sobre la mesa, cubriéndose de polvo. Algunas veces, mientras Leo estaba sentado estudiando o saboreando una taza de té, su mirada recaía en el sobre, pero nunca lo abrió.

Transcurrieron los días y no surgió ningún trato social digno de mención con el sexo opuesto; era difícil, dadas sus circunstancias. Una mañana, Leo subió trabajosamente las escaleras hasta su habitación y contempló fijamente la ciudad a través de la ventana. Aunque el día era radiante, la ciudad a sus ojos aparecía oscura. Durante un rato, miró a las gentes que pasaban deprisa por la calle y después se volvió con el corazón encogido hacia su cuartucho. Sobre la mesa seguía el paquete. Con un gesto súbito e incontenible, rasgó el sobre. Por espacio de media hora, en estado de excitación, de pie junto a la mesa, examinó las fotografías de las señoritas que Salzman había escogido. Finalmente, con un profundo suspiro, las dejó sobre la mesa. Había seis que poseían distintos grados de atractivo, pero si uno las examinaba detenidamente todas eran como Lily Hirschorn; todas habían dejado atrás la plenitud. Hambrientas tras sus sonrisas radiantes, entre todas ellas no había ninguna con

personalidad. La vida, pese a sus llamadas desesperadas, había pasado de largo ante sus narices: no eran más que unas fotos metidas en una cartera que apestaba a pescado. Sin embargo, después de un rato, cuando Leo intentó devolver las fotos al sobre, descubrió otra dentro. Una de esas fotos que por unos centavos se obtiene de una máquina. La contempló un momento y se le escapó un grito.

La cara de ella le impresionó profundamente. ¿Por qué? Al principio no hubiese podido decirlo. Le dio sensación de juventud, de flores de primavera, y, sin embargo, de madurez; la sensación de que había sido gastada hasta los huesos, desgastada; esto se percibía en sus ojos, extrañamente familiares y no obstante enteramente desconocidos. Tuvo la viva impresión de haberla visto antes, pero por más que lo intentaba, no podía localizarla, aunque tenía en la punta de la lengua su nombre, como si lo hubiese leído escrito por ella. Pero no podía ser; la hubiese recordado. No era, se dijo, que fuese una belleza excepcional, no, pese a que su cara tenía bastante atractivo; sin embargo, algo en ella le conmovía. Facción por facción, algunas de las señoritas de las otras fotografías la ganaban, pero ella se le metió en el corazón. Había vivido o quería vivir; por alguna razón había sufrido profundamente, quizá le pesaba cómo había vivido. Se notaba en la profundidad de aquellos ojos resentidos y en el modo en que la luz penetraba en ella y emanaba de ella y la encerraba en sí, abriendo mundos de posibilidades: esto era suyo. Leo la deseaba. Le dolía la cabeza y sus ojos se achicaron por la intensidad de su mirada. Entonces, como si una niebla oscura le invadiera la mente, tuvo miedo de ella y se dio cuenta de que había recibido, de algún modo, el impacto del mal. Sintió un escalofrío y se dijo bajito que lo mismo ocurre con todos. Leo preparó té en un cacharro pequeño y se lo tomó sin azúcar para calmarse. Pero antes de que hubiera terminado de beberlo, examinó otra vez excitado la cara y le pareció buena: buena para Leo Finkle. Sólo una cara así podría comprenderlo y ayudarle a buscar aquello, fuera lo que fuera, que él estaba buscando. Quizá podría amarle. No podía explicarse cómo había ido a parar al barril de los desperdicios de Salzman, pero sabía que necesitaba encontrarla urgentemente. Leo bajó corriendo las escaleras, agarró la guía telefónica de Bronx y buscó las señas de Salzman. No figuraba en la guía y tampoco su oficina. Ni en la guía de Manhattan. Pero Leo recordó haber apuntado su dirección en un trocito de papel, cuando leyó el anuncio de Salzman en la columna de asuntos personales del *Forward*. Subió corriendo a la habitación y hurgó desesperado entre sus papeles. No hubo suerte. Era exasperante. Justamente en el momento en que necesitaba al casamentero, no lo encontraba por ninguna parte. Por fortuna, se le ocurrió mirar en su billetero. Allí, en una tarjeta, encontró su nombre apuntado y unas señas del Bronx. No había número de teléfono; por ello, ahora Leo lo recordaba, había tenido que comunicarse con Salzman por carta. Se puso el abrigo y un sombrero encima del casquete, y corrió a la estación del metro. Estuvo sentado en el borde de su asiento durante todo el trayecto

hasta aquel apartado extremo de Bronx. Más de una vez se sintió tentado de sacar la foto y comprobar si el rostro de la chica era como lo recordaba, pero se contuvo y dejó que la foto permaneciera en el bolsillo interior del abrigo, contento de tenerla tan cerca. Cuando el tren llegó a la estación, estaba ya esperando junto a la puerta y salió disparado. Localizó rápidamente la calle del anuncio.

El edificio que buscaba estaba a menos de una travesía del metro, pero no era un edificio de oficinas y no había siquiera un altillo o una tienda que pudiera alquilarse como despacho. Era una decrépita casa de pisos. Leo encontró el nombre de Salzman apuntado con lápiz en una tarjeta mugrienta bajo el timbre de la portería, y subió tres tramos de escalones oscuros hasta su piso. A su llamada, una mujer canosa, delgada y asmática, abrió la puerta; llevaba zapatillas de fieltro.

—¿Sí? —dijo, pero no esperaba respuesta. Le escuchaba sin escuchar. Leo también hubiera jurado haberla visto antes, aunque sabía que era ilusión.

—Salzman…, ¿vive aquí? Pinye Salzman —preguntó—. El casamentero.

Ella le miró fijamente durante unos segundos interminables.

—Naturalmente.

Él sintió que se ruborizaba.

—¿Está en casa?

—No. —Y su boca, aunque no profirió más palabras, siguió abierta.

—Es un asunto urgente. ¿Me puede decir dónde tiene su oficina?

—En el aire. —Y apuntó hacia arriba.

—¿Quiere decir que no tiene oficina? —preguntó Leo.

—Sobre sus pies.

Leo echó una ojeada al piso. Era oscuro y mísero; una habitación grande, dividida por una cortina descorrida hasta la mitad; más allá se veía una cama metálica hundida. La parte más próxima de la habitación estaba abarrotada de sillas desvencijadas, viejas cómodas, una mesa de tres patas, estantes con utensilios de cocina y una cocina. Pero Salzman y su barril mágico, probablemente invención suya, no aparecían por ninguna parte. El olor a pescado frito hizo flaquear las rodillas de Leo.

—¿Dónde está? —insistió—. Tengo que ver a su marido.

Por fin ella contestó.

—¿Quién puede saber dónde está? Cada vez que se le ocurre algo nuevo, sale corriendo hacia un sitio distinto. Váyase a su casa, él le buscará.

—Dígale que soy Leo Finkle.

Ella no dio señales de haberle oído.

Leo bajó las escaleras deprimido.

Pero Salzman, jadeando, le esperaba ante su puerta. Leo quedó anonadado y jubiloso.

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí antes que yo?

—Corrí.

—Pase.

Entraron. Leo preparó té y un bocadillo de sardinas para Salzman. Mientras bebían, alcanzó por detrás del casamentero el paquete de fotos y se lo tendió.

Salzman bajó su vaso y dijo esperanzado:

—¿Ha encontrado alguna que le guste?

—No está entre éstas.

El casamentero se volvió.

—Aquí está la que quiero.

Leo mostró la foto.

Salzman se puso las gafas y cogió la foto con mano temblorosa. Quedó demudado y dejó escapar un gemido.

—¿Qué ocurre? —gritó Leo.

—Perdóneme. Ha sido una equivocación. Ésta no es para usted.

Salzman metió frenéticamente el sobre en su cartera. Guardó la foto en su bolsillo y huyó escaleras abajo.

Leo, de momento, quedó paralizado y después corrió en su persecución y acorraló al casamentero en el portal. La patrona daba gritos histéricos, pero ninguno de los dos le hizo caso.

—Devuélvame la foto, Salzman.

—No. —El dolor que reflejaba su mirada era terrible.

—Por lo menos dígame quién es.

—No se lo puedo decir. Perdóneme.

Hizo gesto de marcharse, pero Leo, fuera de sí, agarró al casamentero por su abrigo raquítico y lo zarandeó frenéticamente.

—Por favor —suspiró Salzman—, *por favor*.

Leo, avergonzado, lo soltó.

—Dígame quién es —suplicó—. Es muy importante que yo lo sepa.

—No es para usted. Es una salvaje, una salvaje. No tiene vergüenza. No es novia para un rabino.

—¿Qué quiere decir con que es salvaje?

—Como un animal. Como un perro. Para ella la pobreza era un pecado. Por esto ha muerto para mí.

—En nombre de Dios, ¿qué quiere decir?

—Que no se la puedo presentar —gritó Salzman.

—Pero ¿por qué está usted tan excitado?

—¿Me pregunta por qué? —dijo Salzman y estalló en sollozos—. Es mi niña, mi Stella: merece el infierno.

Leo se metió apresuradamente en cama y se escondió bajo las mantas. Debajo de las mantas pensó en su vida. Aunque pronto se durmió, no se libró de ella en su sueño. Despertó golpeándose el pecho. Rezó para apartarla de sí pero sus rezos no recibieron respuesta. Pasó días enteros atormentado y luchó sin tregua para no amarla, pero temía conseguirlo y lo evitaba. Resolvió devolverla al camino recto y asimismo a Dios. La idea le asqueaba y le exaltaba al mismo tiempo.

No se dio cuenta de que había llegado a una decisión final hasta que se encontró con Salzman en una cafetería de Broadway. El casamentero estaba sentado solo en una mesa del fondo; chupaba las espinas de un pescado. Parecía desmejorado y disminuido hasta casi la aniquilación.

Salzman le miró al principio sin reconocerle. Leo llevaba ahora una barba en punta y en sus ojos pesaba la sabiduría.

—Salzman —dijo—, por fin el amor ha entrado en mi corazón.

—¿Quién puede amar a una fotografía? —se burló el casamentero.

—No es imposible.

—Si puede amarla a ella, puede amar a cualquiera. Deje que le enseñe algunas clientas nuevas: acaban de mandarme sus fotografías. Una de ellas es una muñeca.

—Sólo la quiero a ella —murmuró Leo.

—No sea estúpido, doctor. No piense más en ella.

—Póngame en contacto con esa muchacha, Salzman —pidió humildemente Leo —. Quizá yo pueda hacer algo.

Salzman había dejado de comer y Leo comprendió, emocionado, que todo estaba arreglado.

Sin embargo, cuando salió de la cafetería, le asaltó la sospecha torturante de que Salzman lo había planeado todo para llegar hasta ahí.

Se le informó a Leo por carta que ella se encontraría con él en cierta esquina callejera. Y allí estaba, una noche de primavera, esperándole debajo del farol. Él llegó con un ramillete de violetas y rosas. Stella estaba junto al farol fumando. Vestía de blanco con zapatos rojos. Leo la había imaginado así, aunque en cierto momento de desasosiego había imaginado el vestido rojo y sólo los zapatos blancos. Le esperaba tímida e inquieta. Leo vio desde lejos que los ojos de ella, idénticos a los de su padre, estaban llenos de una inocencia desesperada. Vio en ella su propia redención. Violines y velas encendidas revoloteaban en el cielo. Leo corrió, tendiéndole las flores.

A la vuelta de la esquina, Salzman, apoyado contra la pared, salmodiaba plegarias por los muertos.

Traducción de Vida Ozores

Venus, Cupido, Locura y Tiempo

La casa en sí misma no hubiera hecho pensar que había algo raro en el señor Dorset o en su hermana solterona. Pero ciertos detalles en la vestimenta de ambos habían molestado y perturbado a todos durante mucho tiempo. Por ejemplo, solíamos verlos juntos en la tienda de comestibles, o incluso en uno de aquellos grandes almacenes del centro de la ciudad, con las zapatillas puestas. Al mirar con más atención, a veces veíamos asomar por debajo de sus ropas el puño de la camisa de un pijama o el dobladillo de un camisón. Semejante grado de dejadez en un vecino es tan desagradable que ya los matrimonios de West Vesey Place —la calle donde vivían los Dorset— habían dejado de bromear a propósito de ellos. ¿Se estarían volviendo locos los Dorset, aquellos pobres viejos? Y, de ser así, ¿qué se podía hacer al respecto? Algunos vecinos llegaban a tal extremo que ni siquiera podían dar crédito a sus ojos. Y cuando un niño volvía a casa contando algo inquietante sobre los Dorset, lo más probable era que le dijeran que ya era hora de que aprendiera a poner límites a su imaginación.

El señor Dorset gastaba sombreros de tweed y jerséis sin mangas. Normalmente metía el jersey dentro de sus pantalones junto con los faldones de la camisa. Para las mujeres y las muchachas de West Vesey Place esto era de muy mal gusto. Les hacía sentir como si el señor Dorset acabara de salir del lavabo y se hubiera metido el jersey dentro de los pantalones por accidente. De hecho, no había nada en el señor Dorset que no resultara ofensivo para las mujeres. Incluso el viejo coche que conducía era considerado por la mayoría de ellas como una desgracia para el barrio. Aparcado frente a su casa, como de costumbre, parecía una violación de la zonificación de West Vesey, una violación mucho peor que la casa en sí. Y lo peor de todo era ver cómo el señor Dorset lavaba el coche.

¡El señor Dorset lavaba su propio coche! No lo lavaba en el camino al garaje, ni en la entrada del garaje, sino allí fuera, en la calle de West Vesey Place. Eso solía suceder con motivo de las fiestas que a él y a su hermana les gustaba organizar para los jóvenes o cuando salían a repartir las flores de papel o los higos que él cultivaba en su propio jardín y que vendía a sus amistades. El señor Dorset aparecía en la calle con dos cubos de agua caliente y ataviado con un mono sumamente estrecho. El mono estrechísimo, de un caqui apagado hasta ser casi color piel, era aún más ofensivo para las mujeres y las chicas que su manera de ponerse el jersey. Con esponjas, trapos de gamuza y un gran cepillo para frotar la lona de la capota, el viejo empezaba por la lona, lavándola suavemente, y después lo hacía cada vez con más vigor, a medida que avanzaba hacia el capó y la carrocería, como si el coche fuera

algo vivo. Los niños del vecindario creían que cepillaba los faros delanteros exactamente como si restregara las orejas del pobre coche. Había algo brutal en la manera en que lo hacía y, no obstante, algo de ternura también. Una vieja que una vez visitó el barrio dijo que era como la limpieza de un animal destinado al sacrificio. Supongo que era un sentimiento así lo que hacía que todas las mujeres apartaran la mirada siempre que presenciaban el espectáculo del señor Dorset y la limpieza de su coche.

En cuanto a la hermana del señor Dorset, su conducta era, a su manera, tan ofensiva como la de él. Para los hombres y los chicos del barrio era ella la que parecía inaceptable. Salía a su terraza delantera a mediodía, con un batín de franela desteñida y con el cabello, teñido de negro, totalmente despeinado y colgando a la espalda como el de una india. Para nosotros, cuyas esposas y madres ni siquiera bajaban a la planta baja en bata de casa, esto era muy inquietante. Era difícil perdonarlo, a pesar del argumento de que los Dorset eran demasiado viejos y solitarios, y vivían demasiado precariamente como para preocuparse por su aspecto.

Por otra parte, una mañana de principios de otoño un chico había ido a la casa de la señorita Dorset para cobrar su reparto de periódicos, y vio cómo esa misma Louisa Dorset pasaba una aspiradora por la planta baja totalmente desnuda. La vio a través de las ventanitas ojivales que daban a la fachada de la casa, y estuvo observándola un buen rato. Limpiaba la casa preparándola para la fiesta con que iban a agasajar a los jóvenes aquella noche, y, según el chico, cuando por fin ella se sintió cansada y agobiada por el calor, se dejó caer en un sillón y cruzó las viejas y escuálidas piernas llenas de venas azules y se quedó allí sentada, totalmente desnuda, con las largas piernas cruzadas y sacudiendo un flaco pie, tan despreocupada como si no le importara que alguien pudiera entrar y verla en cualquier momento. Al cabo de un rato, el chico vio cómo se levantaba de nuevo y se dirigía a una mesa donde se puso a arreglar las flores de papel de un florero. Por suerte, era un buen chico, pese a que vivía en el arrabal de la vecindad de West Vesey Place, y se fue sin llamar a la puerta, ni cobrar por su reparto de aquella semana. Pero no pudo resistir la tentación de contar a sus amigos lo que había visto. ¡Dijo que era una cosa que nunca olvidaría! ¡Y que ella era una vieja de más de sesenta años, que si no hubiera sido tan tonta ni tan tozuda quizá habría tenido una casa llena de sirvientes que pasaran la aspiradora en vez de tener que hacerlo ella!

Esta ridícula pareja de vejestorios había renunciado a casi todo en la vida uno por el otro. Y no era en absoluto necesario. Cuando eran muy jóvenes hubieran podido disfrutar de una buena herencia, y ahora que eran mayores podrían estar atendidos por una multitud de parientes ricos. Era sólo cuestión de ser un poco tolerantes —o siquiera amables— con sus parientes. Pero esto era algo que el viejo señor Dorset y su hermana nunca consentirían. Casi siempre se referían a la familia de su padre

como «los parientes políticos de mamá», y a la familia de su madre, como «los parientes políticos de papá». El apellido de los hermanos era Dorset, no por un lado, sino por ambos. Sus padres habían sido primos lejanos. De hecho, la familia Dorset en la ciudad de Chatham había sido en otro tiempo tan grande y se había establecido allí desde hacía tanto tiempo, que hubiera sido difícil estimar cuán distante era el parentesco. Pero eso seguía siendo algo que a la vieja pareja nunca le gustaba mencionar. En la época a la que me refiero, la mayoría de los parientes cercanos de su madre se había mudado a California, y la mayoría de la familia de su padre vivía por ahí, en el noreste. Pero la señorita Dorset y su viejo hermano solterón consideraban que cualquier contacto o correspondencia —incluso un simple intercambio de tarjetas de Navidad— con estos parientes políticos era intolerable. Como ellos decían, se trataba de unos parientes políticos que respetaban sobre todo el valor del dólar, mientras que ellos, la señorita Louisa y el señor Alfred Dorset, daban importancia a otras cosas.

Vivían en una casa desvencijada y curiosamente mutilada en una calle que, exceptuando su propia casa, era la más espléndida de la ciudad. A mí y a ustedes nos hubiera dado vergüenza vivir en una casa así; incluso en los años duros a principios de la década de los treinta. Para reducir los impuestos, los Dorset habían amputado la tercera planta de su casa, causando un efecto de techo plano y feo, sin adornos ni decoración. También derribaron el ala sur y no restañaron las cicatrices con ladrillos en combinación con el resto, sino con un estuco moteado, áspero y sin revocar. Todo esto lo hizo la vieja pareja violando las estrictas leyes de zonificación de West Vesey Place, y seguramente habrían sido procesados de no ser porque se trataba de los Dorset y porque esto sucedió durante la Depresión, cuando las leyes de zonificación no se hacían respetar tan fácilmente en una ciudad como Chatham.

Cuando ellos agasajaban a los jóvenes en su casa una vez al año, la señorita Louisa Dorset disfrutaba diciéndoles: «Hemos renunciado a todo el uno por el otro. Nuestros únicos ingresos vienen de nuestras flores de papel y de nuestros higos». Aunque no demostraba ninguna habilidad ni talento para ello, la vieja hacía flores de papel. Durante los meses de invierno, su hermano la llevaba en el coche —un automóvil de quince años, con el volante en el lado incorrecto y unas cortinas laterales como cola de pescado que nunca se descorrían— para entregar aquellas flores a sus clientes. Las flores parecían más bien ramilletes de patatas fritas teñidas. Posiblemente nadie hubiera querido comprárselas si no fuera porque las vendía muy baratas, y por el hecho de que a los que tenían hijos les parecía importante estar en la lista de personas respetables de los Dorset. Tampoco nadie hubiera querido saber nada de los higos del señor Dorset. Cultivaba una docena de arbustos a lo largo de la pared trasera de su casa, cubriéndolos en invierno con unas cajas de aspecto raro que había encargado con este fin. Los arbustos eran muy prolíferos, pero los higos que

producían eran unas cosas resecas con muy poco sabor. Durante los meses de verano él y su hermana paseaban en el coche, con las cortinas laterales siempre corridas, entregando los higos a los mismos clientes que compraban las flores de papel. El dinero que ganaban apenas alcanzaba para pagar la gasolina del coche. Era un gran gasto y una gran tontería por parte de ellos.

Y sin embargo, a pesar de todo, esta absurda pareja de vejestorios, esa señorita Louisa y ese señor Alfred Dorset, se habían convertido en algo así como los árbitros sociales de nuestra ciudad. Alcanzaron esa posición porque les encantaba organizar una fiesta anual para la gente joven. Los Dorset abrían sus corazones a la gente *joven* —a la gente *muy* joven. No quiero sugerir que abrieran su pecho a los huérfanos o a los hijos de los pobres, porque no eran tontos hasta ese punto. Los invitados a esas fiestecitas tenían entre trece y catorce años y procedían de familias como aquellas a las que ellos mismos hacía mucho que se habían opuesto, eran adolescentes de las mismas casas a las cuales, en su debido tiempo, llevaron sus higos y sus flores de papel. Y cuando llegaba la noche de una de aquellas fiestas, el señor Alfred acostumbraba a ir personalmente en su viejo coche a recoger a los invitados para llevarlos a su casa. Su hermana a veces explicaba a los padres reticentes que esto ahorraba a los niños la vergüenza de ser llevados a su primer baile por mamá o por papá. Pero los padres sabían de sobra que durante veinte años los Dorset jamás habían permitido que ningún adulto pisara su casa.

En aquellas fiestecitas con baile incluido ocurrían cosas peculiares, cosas inquietantes para los adolescentes de ambos sexos que habían sido recogidos en el viejo coche. Los padres sensatos querían mantener a sus hijos apartados de esas fiestas. Pero ¿qué iban a hacer? Porque para una chica de Chatham, tener que explicar al cabo de unos años por qué nunca había ido a una fiesta en casa de los Dorset era como tener que explicar por qué nunca había sido debutante. Para un chico era como tener que explicar por qué no había ido a una escuela del noreste o por qué su padre no pertenecía al club de tenis de Chatham. Cuando uno tenía trece o catorce años, si era invitado a una fiesta de los Dorset, tenía que ir; era una manera de hacer saber a la gente desde el principio quién eras. En una ciudad concurrida y moderna como Chatham no podías permitir que la gente olvidara quién eras, ni siquiera un instante, y a cualquier edad. Eso lo sabían hasta los Dorset.

Después de una de aquellas noches en casa de los Dorset, muchas jovencitas gritaban mientras dormían. Cuando las despertaban, o medio las despertaban, sólo podían decir: «Fue simplemente el perfume de las flores de papel» o: «Soñé que de verdad podía oler las flores de papel». Muchos padres observaban que sus niños parecían «diferentes» después. Se volvían «reservados». Los padres de la generación que tenía que asistir a aquellas fiestas nunca pretendían entender lo que sucedía en la casa de los Dorset. E incluso para los que pertenecíamos a aquella desdichada

generación, era como si pasáramos media vida tratando de entender lo que realmente sucedió durante nuestra única noche bajo el techo de los Dorset. Antes de que llegara nuestro turno, habíamos estado escuchando durante años las historias de los chicos y chicas mayores. Después, seguíamos escuchando lo que contaban los que nos seguían. Y ahora, recordándolo, nada acerca de aquella única noche en que habías estado allí, parecía tan real como los vislumbres y los fragmentos de conversación procedentes de los que estaban antes o después de ti: las impresiones de segunda mano sobre la conducta de los Dorset, las cosas que decían, las miradas que intercambiaban entre sí.

Puesto que la señorita Dorset no tenía ningún sirviente, siempre abría personalmente la puerta. Sospecho que para los invitados a sus fiestas, el espectáculo de verla abrir la puerta, con su asombroso atavío, era la sorpresa más violenta de toda la noche. En estas ocasiones, tanto ella como su hermano se ataviaban como nunca antes ni después. La vieja invariablemente llevaba un vestido de noche blanco a la moda, perfectamente ajustado a su figura alta y escuálida. Un vestido de alta costura que necesariamente tenía que ser nuevo, de aquel mismo año. ¡Y que nunca más se pondría después de aquella única noche! Su pelo, largo y espeso, recién teñido para la ocasión, estaba recogido hacia arriba formando una masa vaporosa coronada por un ramillete de flores de papel amarillas y rosadas como el coral. En los labios y en las mejillas destacaba un rojo siniestro. Se había espolvoreado los largos brazos huesudos y los hombros descubiertos con una extraña especie de polvo bronceador. Por mucha que fuera la expectación que rodeaba aquella noche, nadie nunca te advertía suficientemente del cambio radical que se efectuaba en el aspecto de ella y en el de su hermano. Al final de la fiesta, la señorita Louisa podía parecer tan poco agraciada como siempre, y el señor Alfred un poco peor de lo habitual. Pero al principio, cuando los agasajados se reunían en el salón, hasta el señor Alfred parecía resplandeciente en un elegante esmoquin, luciendo la camisa, el cuello y la corbata que la moda dictaba aquel año. Su pelo entrecano estaba esmeradamente cortado, sus viejas e hinchadas mejillas recién rasuradas. Se había empolvado con el mismo polvo bronceador que su hermana. Y hasta se tenía la impresión de que también se había echado un poquito de colorete en las mejillas.

Un extraño perfume impregnaba la atmósfera de la casa. Desde el momento en que pisabas el interior, esta fragancia terrible te envolvía. Era una mezcla de incienso picante con aceite de esencia de rosas. Y por supuesto, nunca faltaba una profusión de flores de papel. Las flores estaban en todas partes: en cada armario y consola, en cada mesa taraceada y baúl labrado, en las repisas de las chimeneas de mármol, en los estantes de los libros. En el vestíbulo había unos anaqueles superpuestos especialmente para exhibir las flores, porque allí se amontonaban abrumadoramente. Había tal abundancia que apenas parecía posible que la señorita Dorset pudiera

hacerlas todas. Debía de pasar semanas y semanas confeccionándolas, incluso meses, quizá incluso todo el año que transcurría entre una fiesta y otra. En el transcurso de los meses que seguían, cuando iba por ahí repartiéndolas entre sus clientes, tendían a estar algo descoloridas y polvorientas; pero la noche de la fiesta, los colores de las flores parecían incluso más impresionantes e inverosímiles que su cantidad. Las había fucsia, de un verde-amarillo brillante, del color del coral, aguamarinas, pardas, y aun negras.

También había por doquier en la casa de los Dorset ciertos efectos curiosos de iluminación. La fuente de la luz normalmente estaba escondida y su propósito nunca era evidente de inmediato. La iluminación era un elemento más sutil que el perfume y las flores de papel, y al final resultaba más desconcertante. Un rayo de luz azul captaba la atención de un joven visitante guiándole, al parecer sin propósito, entre las flores. Entonces, justo más allá del punto donde la intensidad de la luz empezaba a disminuir, el ojo descubría algo. En una pequeña abertura entre las masas de flores —a veces una abertura más grande que una gruta— había esculturas: una réplica de plástico de *El beso* de Rodin en la sala, una antigua placa representando a *Leda y el Cisne* en la biblioteca. O bien, encima de las flores, colgaba un cuadro, normalmente un grabado en blanco y negro, pero a veces era una reproducción en colores. En el rellano de la escalera que bajaba al salón de baile del sótano, colgaba el único cuadro cuyo título, en aquel momento, teníamos posibilidad de memorizar. Era una pequeña reproducción en colores de la obra de Bronzino: *Venus, Cupido, Locura y Tiempo*. El cuadro ni siquiera tenía un marco. Estaba simplemente sujeto a la pared con chinchetas, y era evidente que lo habían arrancado —descuidadamente, quizá con prisa— de un libro o una revista. El título y el nombre del pintor aparecían impresos en el margen blanco inferior.

Con respecto a estas obras de arte, ya los chicos y chicas mayores nos habían avisado, y esperábamos aterrorizados el momento en que la señorita Dorset o su hermano nos pillaran mirando cualquiera de sus cuadros o esculturas. Una y otra vez, nos habían advertido que a lo largo de la noche, en algún momento, ella o él se avisarían con el codo para señalar, con un gesto de la cabeza o una sonrisa cómplice, a algún invitado cuya mirada se hubiera desviado hacia las flores.

Hasta cierto punto el horror que todos experimentábamos aquella noche en la casa de los Dorset proyectaba su sombra sobre toda nuestra infancia. No obstante, durante casi veinte años los Dorset siguieron organizando su fiesta anual. Y ni siquiera los padres más sensatos estaban dispuestos a mantener alejados a sus hijos.

Pero por fin sucedió algo que casi se hubiera podido predecir. Los jóvenes no se someterán eternamente al consejo prudente de sus padres, ni siquiera en West Vesey Place. Por lo menos, algunos no lo harán. Un chico llamado Ned Meriwether y su hermana Emily Meriwether vivían con sus padres en West Vesey Place, a sólo una

manzana de la casa de los Dorset. En noviembre, Ned y Emily fueron invitados a la fiesta de los Dorset, y como tenían miedo, decidieron tender una trampa a todos los implicados, incluso a sí mismos, como en efecto sucedió… Urdieron un plan para introducir en la fiesta de los Dorset a alguien que no estaba invitado.

Los padres de Emily y de Ned intuían que sus hijos les ocultaban algo y sospechaban que los dos estaban metidos en alguna travesura. Pero lograron engañarse a sí mismos con la idea de que sencillamente era natural que los jóvenes —«no son más que unos niños»— estuvieran ansiosos por ir a la casa de los Dorset. Y de esta manera, en vez de interrogarlos durante la última hora antes de que se marcharan a la fiesta, estos padres sensatos hicieron todo lo que pudieron para calmar a sus dos hijos. Así las cosas, el chico y la chica se aprovecharon de la situación.

—No podéis bajar a la puerta principal con nosotros cuando nos marchemos —insistía la hija hablando con la madre. Y convenció tanto al señor como a la señora Meriwether de que después de que ella y su hermano se hubieran vestido para la fiesta, deberían quedarse juntos en el salón de la planta de arriba, esperando hasta que el señor Dorset llegara con su coche para recoger a los dos jóvenes.

A las ocho en punto, cuando las luces del automóvil aparecieron en la calle, el hermano y la hermana estaban en la planta alta, mirando desde la ventana del salón. Se despidieron de la madre y del padre besándolos, y tras bajar la escalera y cruzar el espacioso vestíbulo alfombrado, corrieron hacia un rincón en penumbras donde estaba escondido un chico llamado Tom Bascomb. Era el chico no invitado a quien Ned y Emily iban a introducir clandestinamente en la fiesta. Habían dejado abierta la puerta principal para que Tom entrara, y hacía sólo unos minutos, desde la ventana de arriba, le habían visto llegar y atravesar el césped que crecía frente a la casa. Ahora, en aquel rincón del pasillo, se producía un rápido intercambio de abrigos y sombreros entre Ned Meriwether y Tom Bascomb; porque formaba parte del plan que Tom asistiera a la fiesta como Ned y que Ned lo hiciera como el invitado sin invitación.

En la oscuridad del rincón, Ned se movió inquieto y dejó caer el abrigo de Tom Bascomb en el suelo. Pero Tom Bascomb no estaba inquieto. Salió a la luz del pasillo y empezó a ponerse con toda su calma el abrigo que llevaría esa noche. Aquel chico no vivía en la vecindad de West Vesey Place (de hecho era el mismo muchacho que en una ocasión había visto a la señorita Dorset desnuda y limpiando la casa), y no compartía la excitación nerviosa que aquella noche provocaba en Emily y en Ned. El sonido de los pasos del señor Dorset en el jardín no le inquietaba. Cuando Ned y Emily se quedaron paralizados al escuchar esos pasos, él siguió abotonándose el abrigo y hasta se divirtió alargando un brazo para ver cuán larga le quedaba la manga.

Sonó el timbre, y desde el rincón oscuro Ned Meriwether les susurró a su hermana y a Tom: «No os preocupéis. Llegaré a la casa de los Dorset con tiempo de sobra».

En respuesta a ese afán tranquilizador, Tom Bascomb se limitó a encogerse de hombros. Poco después, cuando vio la cara enrojecida de Emily y la vio parpadear como una mona nerviosa, en sus labios jugueteó una sonrisa sinuosa. Entonces, a una señal de Emily, Tom la siguió hasta la puerta principal donde ella le presentó al viejo señor Dorset diciendo que era su hermano.

Desde la ventana del salón del piso de arriba, los señores Meriwether vieron al señor Dorset acompañado de ese chico y de esa chica atravesando el césped hacia el coche de aspecto tan peculiar. Una luz brillaba resuelta y protectoramente desde lo alto de la entrada de la casa, y en su resplandor, los padres pudieron distinguir cuán extrañamente ladeaba la cabeza su hijo y lo pequeño que parecía quedarle su nuevo sombrero de fieltro. Incluso notaron que esa noche parecía un poquito más alto.

—Espero que todo vaya bien —dijo la madre.

—¿Qué quieres decir con «bien»? —preguntó el padre de mal genio.

—Quiero decir… —empezó la madre, y entonces vaciló. No quería aludir al hecho de que el chico que estaba en el jardín no se parecía a su Ned. Habría sido revelar demasiado sus sentimientos—. Quiero decir que me pregunto si hemos hecho bien en ponerle a nuestra hija ese vestido largo a su edad y dejar que lleve mi esclavina. Me temo que esa prenda no sea realmente la más indicada. Aún es joven para ese tipo de cosas.

—¡Ah! —exclamó el padre—, pensé que te referías a otra cosa.

—¿A qué otra cosa iba a referirme, Edwin? —dijo la madre, súbitamente pasmada.

—Pensé que te referías a ese asunto del que habíamos hablado antes —dijo, aunque esto por supuesto no era lo que él había pensado que ella había querido decir. Él había pensado que ella se refería al hecho de que el chico que estaba allí fuera no se parecía a su Ned. A él le había parecido que el chico no caminaba como Ned—. La casa de los Dorset —añadió— no es un lugar decente adonde mandar a tus hijos, Muriel. Eso fue lo que creí que habías querido decir.

—Pero *no podemos* mantenerlos al margen —dijo la madre, a la defensiva.

—Oh, simplemente es que crecen más rápido de lo que pensamos —dijo el padre, mirando de reojo a su mujer.

Para entonces, el coche del señor Dorset había desaparecido de la vista, y Muriel Meriwether creyó escuchar otra puerta cerrándose en la planta baja.

—¿Qué ha sido eso? —Se sobresaltó crispando su mano en la de su marido.

—No seas tan asustadiza —dijo el esposo irritado, apartando su mano—. Son los sirvientes cerrando la cocina.

Ambos sabían que hacía mucho que los sirvientes habían cerrado la cocina. Ambos habían escuchado perfectamente el sonido de la puerta lateral cerrándose cuando salió Ned. Pero siguieron hablando y engañándose así durante casi toda la

noche.

Incluso antes de abrirle la puerta al señor Dorset, la pequeña Emily Meriwether ya sabía que no tendría ninguna dificultad en hacer pasar a Tom Bascomb por su hermano. En primer lugar, sabía que sin sus gafas el señor Dorset apenas podía ver más allá de su nariz y sabía que debido a un necio orgullo nunca se ponía las gafas, excepto cuando estaba al volante. Esto era del dominio público. En segundo lugar, Emily sabía por experiencia que ni él ni su hermana se esmeraban realmente por distinguir a un niño que conocían de otro. Por tanto, de pie en la entrada y casi susurrando, Emily sólo tuvo que presentarse a sí misma primero y luego a su falso hermano. Después los tres fueron andando en silencio hasta el coche.

Emily llevaba el segundo mejor chal de noche de su madre, una esclavina blanca de piel de conejo que, llevada por la chica, se arrastraba por el suelo. Mientras andaba entre el chico y el hombre, el suave contacto del forro de seda del chal sobre sus brazos desnudos y sus hombros le hablaba silenciosamente de una extraña muchacha que había visto en el espejo aquella noche. Y a cada paso que daba hacia el coche, la falda de su largo vestido de tafetán le susurraba su propio nombre: *Emily… Emily*. A pesar de escucharlo claramente, el nombre no le sonaba familiar. Durante este trayecto irreal desde la casa hasta el coche, en una ocasión miró de reojo al chico misterioso, a Tom Bascomb, con el afán de pedirle —aunque sólo fuera con los ojos — que le asegurara que ella era realmente ella. Pero Tom Bascomb estaba absorto en sus propias observaciones irrelevantes. Echando la cabeza hacia atrás, contemplaba el anodino cielo invernal donde, entre nubes a la deriva, unas pocas estrellas pálidas derramaban su luz apagada sobre West Vesey Place y el resto del mundo. Emily se ciñó el chal, y cuando el señor Dorset abrió la puerta del asiento trasero, cerró los ojos y se sumergió en la absoluta oscuridad del interior del coche.

Tom Bascomb le llevaba un año a Ned Meriwether y tenía casi dos más que Emily. Primero había conocido a Ned. Ambos jugaban a béisbol todos los sábados cuando Emily ni siquiera lo había visto. Sin embargo, según el propio Tom Bascomb —con quien algunos de nosotros, los mayores, hablamos semanas después de la noche en que él fue a la casa de los Dorset—, Emily siempre insistía en que era ella quien le había conocido primero. Tom no sabía explicar en qué se basaba esta afirmación falsa. Y en las dos o tres ocasiones en que logramos que Tom hablara de aquella noche, él seguía diciendo que no sabía a qué se debía que Emily y Ned discutieran acerca de cuál de los dos lo había conocido primero y lo conocía mejor.

Me parece que nosotros hubiéramos podido decirle a qué se debía. Pero no lo hicimos. Habría sido difícil decirle que en West Vesey, más tarde o más temprano, todos nosotros habíamos tenido nuestro Tom Bascomb. Tom vivía con sus padres en un bloque de pisos en una ancha calle llamada Division Boulevard, y su único vínculo real con West Vesey Place era que esa calle figuraba en la ruta del reparto de

periódicos. A horas muy tempranas él recorría en bicicleta toda West Vesey y otras calles, apuntando cuidadosamente para lanzar los periódicos impecablemente enrollados ora a una fachada en penumbras, ora a un porche con columnatas, ora al pórtico ornamentado de cada uno de los palacios o los castillos o las casas solariegas que lo miraban con desaprobación al amanecer. Estaba bien considerado como repartidor de periódicos. Si por error uno de sus periódicos se desviaba yendo a parar al balcón de la planta alta o al tejadillo de un porche, Tom siempre apuntaba con más cuidado y lanzaba otro. Incluso cuando el periódico caía entre los arbustos, Tom bajaba de su bicicleta y lo sacaba de allí. En ningún momento se le ocurría pensar que los viejos y los niños ricos bien podían salir para recoger sus propios periódicos.

En realidad, una fiesta en la casa de los Dorset era más un gran recorrido por la casa que una fiesta propiamente dicha. Treinta minutos transcurrían en el piscolabis (gelatina con frutas, galletas de té inglesas, ponche de lima), y otra media hora estaba supuestamente dedicada al baile en el salón del sótano (con música de fonógrafo). Pero lo principal era el recorrido. A medida que los invitados paseaban por la casa, deteniéndose a veces para sentarse en las habitaciones principales, ambos anfitriones los entretenían con un diálogo casi constante entre ellos. Este diálogo era famoso y estaba lleno de interés, pues versaba sobre lo mucho a lo que los Dorset habían renunciado el uno por la otra, y cuánto más elegante era la sociedad de Chatham antes que ahora. Invariablemente hablaban de sus padres, los cuales habían muerto con un intervalo de un año cuando la señorita Louisa y el señor Alfred aún no habían cumplido los veinte años; incluso hablaban de sus malvados parientes políticos. Al principio, cuando fallecieron sus padres, los malvados parientes políticos habían tratado de obligarlos a vender la casa, después intentaron separarlos y enviarlos a internados, y al final procuraron casarlos con «cualquiera». Sus dos abuelos todavía vivían en aquellos tiempos y ambos participaron en las maquinaciones, y al ver que fracasaban estrepitosamente, los desheredaron. El señor Alfred y la señorita Louisa también contaban cómo, al cabo de unos años, una procesión de «jovenzuelos y jovenzuelas» había acudido por su propia voluntad tratando de separarlos, llevándose a uno lejos de la otra. Tanto él como ella hacían muecas sólo de recordar a aquellos «fulanos» y «fulanas», a aquellos «don nadie», a aquellos «presuntos pretendientes», despistados cazadores de fortunas a los que tenían que echar con cajas destempladas.

El diálogo de los Dorset solía empezar en la sala de estar cuando el señor Dorset regresaba con su último grupo de invitados. (A veces tenía que hacer cinco o seis viajes en coche.) Allí, como más tarde en las otras habitaciones, solían empezar con una referencia a la habitación en sí o quizá a algunos de los muebles. Por ejemplo, las dimensiones extraordinarias del salón —o cuarto de recepción, como lo llamaban los Dorset— les permitiría hablar de una habitación aún mayor que habían erradicado de la casa.

—Nos apenó, y lloramos —decía la señorita Dorset— cuando desapareció el salón francés de mamá.

—Pero nosotros mismos lo hicimos desaparecer —añadía su hermano—, como hicimos con nuestros parientes políticos…, porque no podíamos permitírnoslo.

Ambos hablaban con un estilo fino y declamatorio, pero frecuentemente se interrumpían con unas risitas tristes que expresaban algo muy distinto de lo que decían y que parecían servirles para comunicarse algo aparte, no apto para nuestros oídos.

—Ése fue uno de nuestros sacrificios más grandes —decía la señorita Dorset, siempre refiriéndose al salón francés de su madre.

Y su hermano añadía:

—Pero sabía que la época de las fiestas dignas de aquella habitación ya había pasado en Chatham.

—Era la habitación que más les gustaba a mamá y a papá, pero renunciamos a ella porque sabíamos, de acuerdo con nuestra educación, a qué cosas debe uno renunciar.

A partir de ahí podían empezar a contar las anécdotas de su niñez. A veces sus padres, de repente, los dejaban durante meses, o incluso todo un año, solos con la criada o con unos sirvientes en quienes confiaban para cuidarlos.

—En aquel entonces se podía confiar en la servidumbre —explicaban.

Y:

—En aquellos tiempos los padres podían hacer esa clase de cosas, porque entonces había personas responsables que siempre podían brindar a los jóvenes la compañía adecuada.

En la biblioteca, donde la fiesta siempre se prolongaba después del salón, al señor Dorset le gustaba mostrar unas fotos de la casa antes de que derrumbaran el ala sur. Mientras los invitados se pasaban las fotos, la conversación continuaba. A menudo era allí donde contaban la historia de cómo los parientes políticos habían querido obligarlos a vender la casa.

—¡Por razones económicas! —exclamaba el señor Dorset, añadiendo con ironía —: ¡Je, je! Como si el dinero… —empezaba.

—Como si el dinero pudiera sustituir —se sumaba su hermana— el placer de vivir con tu propia gente.

—O la dicha de haber nacido en buena cuna —dijo el señor Dorset.

Después del salón de billar —donde a todos los que querían les dejaban jugar un poco con el único taco que parecía haber en la casa— y después de pasar por el comedor —donde les prometían que el piscolabis se serviría más tarde— llevaban a los invitados al salón de baile, supuestamente para bailar. Sin embargo, en lugar de animar a todos a bailar, una vez reunidos en aquel salón, la señorita Dorset anunciaba

que ella y su hermano comprendían la timidez que experimentan los jóvenes al bailar y que lo único que ella y su hermano procuraban era dar un buen ejemplo de cómo era una fiesta… De manera que sólo bailaban la señorita Louisa y el señor Alfred. Durante unos treinta minutos, en una habitación sin luz, exceptuando la de unas pocas bombillas mortecinas ocultas entre las flores, la pareja de viejos bailaba; y bailaba con tanta gracia y con una armonía tan perfecta en todos sus movimientos que los invitados se quedaban allí, sumidos en un silencio atónito, como hipnotizados. Los Dorset danzaban el vals, el two-step, e incluso el fox-trot, haciendo pausas entre bailes solamente para que el señor Dorset, entre los aplausos generales, cambiara el disco del tocadiscos.

Pero cuando acababan de bailar todos los afeites y aderezos del cuidadoso atavío de los Dorset se desvanecían. Y era una lástima que no hicieran ningún esfuerzo para restaurarlos. Durante el resto de la noche el señor Dorset iba por ahí con la pajarita colgando flácida sobre la sudada pechera de su camisa, mientras un botón de oro brillaba encima, en el cuello. Un mechón de pelo canoso, que normalmente cubría su calva, caía ahora del través, por encima de su raya, colgando como un flequillo encima de la oreja. A lo largo de su cara y de su cuello, el sudor surcaba la espesa capa de polvo. La señorita Dorset solía quedar tras el baile mucho más despeinada y desarreglada, dependiendo un poco de la moda del vestido de aquel año. Pero las gotas de sudor siempre surcaban la capa de polvo, y su pintura de labios desaparecía por completo, con el pelo desgreñado, cayendo por todos lados, y su ramillete de flores de papel colgando a la altura de la nuca. Con esta facha llevaban a los invitados de nuevo hacia arriba y no paraban hasta llegar a la segunda planta de la casa.

En el segundo piso nos mostraban las habitaciones que una vez habían ocupado los padres de los Dorset (los Dorset nunca enseñaban sus alcobas). En unas vitrinas de museo situadas en el pasillo, veíamos los vestidos, los trajes, los sombreros y hasta los zapatos que la señorita Louisa y el señor Alfred habían llevado a las fiestas cuando eran jóvenes. Y ahora se reanudaba la conversación que se había interrumpido mientras bailaban los Dorset.

—¡Ah, la época feliz —decía uno— fue cuando teníamos *vuestra* edad!

Y entonces, haciendo votos para que fuéramos felices mientras aún estábamos seguros en el corazón de nuestras familias y antes de que el mundo empezara a asfixiarnos con sus feas exigencias, los Dorset evocaban la felicidad que habían conocido cuando eran muy jóvenes. Éste era el plato fuerte de la fiesta. Haciendo infinidad de guiños, ruborizándose, soltando risitas y moviendo admonitoriamente el dedo índice —y por supuesto, de pie ante todos sus invitados—, recordaban su conducta traviesa en algún juego de salón pasado de moda o ciertos coqueteos tontos en los que se habían sorprendido mutuamente hacía mucho tiempo.

Ahora estaban otra vez de camino a la planta baja, a la que llegaban cuando

terminaban con este tema favorito. Estaban en el oscuro corredor repleto de flores de la planta baja y a punto de entrar en el comedor para disfrutar de las golosinas prometidas: la gelatina con frutas, las galletas de té inglesas, el ponche de lima.

Y entonces, el señor Dorset bloqueó el camino al comedor y evitando que su hermana abriera la puerta, exclamó:

—¡Y ahora, amigos míos, vamos a comer, a beber y a ser felices!

—Porque la noche es joven todavía —dijo su hermana.

—Esta noche tenéis que estar alegres y despreocupados —insistió el señor Dorset.

—Porque en esta casa todos somos amigos —dijo la señorita Dorset—. Somos todos jóvenes, y nos amamos todos.

—Y el amor nos puede hacer jóvenes para siempre —dijo su hermano.

—¡Recordad!

—¡Recordad siempre esta noche, dulces jovencitos!

—¡Recordad!

—¡Recordad cómo es nuestra vida aquí!

Y entonces la señorita Dorset, con la mano en el pomo de la puerta que estaba a punto de abrir, se inclinó un poco hacia los invitados y susurró en voz ronca:

—¡Es así como se es joven para siempre!

Veinte minutos después de la última vez que vio a Emily, Ned Meriwether esperaba en la acera, detrás de un gran níspero del Japón frente a la casa de los Dorset, cuando de repente vio llegar el extraño y viejo coche. En el intervalo, el coche había ido desde la casa de los Meriwether a recoger a otros invitados, de manera que no fueron sólo Emily y Tom quienes bajaron del vehículo ante la casa de los Dorset. El grupo era lo suficientemente grande como para que le resultara más fácil a Ned salir de su escondite y unirse a ellos sin que el señor Dorset lo notara. Y tras llevar al grupo desenfadadamente hasta la puerta de la casa, el señor Dorset volvió a marcharse para recoger a más invitados.

Los recibió la señorita Dorset en la puerta. Sin duda veía mejor que su hermano, pero de todas maneras no había peligro de que detectara al muchacho que no había sido invitado. Los que habíamos ido a aquella casa años antes que Ned y Emily, podíamos recordar que, durante toda la noche, cuando la casa se llenaba de jóvenes, los Dorset no presentaban a nadie ni tampoco se esforzaban en reconocer a los invitados. Ni siquiera los contaban. Quizá vagamente sí reconocían algunas caras, porque a veces, cuando iban a entregar los higos o las flores de papel a una casa, por casualidad se encontraban allí con un menor, y siempre le sonreían dulcemente a él o a ella, le preguntaban la edad, y calculaban contando con sus arrugados dedos cuántos años faltaban para que el niño o la niña en cuestión cumpliera los requisitos para recibir una invitación. Sin embargo, en ese momento, algo en la manera en que

alzaban los dedos para contar y en la forma superficial en que miraban la carita, en vez de contemplarla *a fondo*, revelaba su falta de interés en el niño como individuo. Y más tarde, cuando el niño por fin era lo suficientemente mayor para recibir la invitación, descubría que todo seguía siendo igual en la actitud de los Dorset. Incluso en su propia casa, era evidentemente para los jóvenes, como grupo, que los Dorset les abrían el corazón; mientras arreaban a los niños y a las niñas por las diversas estancias, como si fueran terneros de pura raza. Incluso cuando la señorita Dorset abría la puerta principal, lo hacía exactamente como si abriera un portón. La abría muy lentamente, medio escondida detrás del batiente, como si se protegiera de algún peligro. Y los niños, todos apiñados, entraban en tropel.

¡Cuán meticulosamente ese Ned y esa Emily Meriwether tuvieron que hacer sus planes para aquella noche! Y todo el asunto podría haber salido bastante bien si simplemente hubieran previsto el efecto que una parte de su plan —más bien una floritura que habían añadido en el último minuto— produciría en el propio Ned. Apenas diez minutos después de que entraran en la casa, Ned vio a Tom sentarse en el banco del piano, al lado de Emily. Probablemente Ned no le quitaba los ojos de encima a Tom, porque estaba seguro de cuál iba a ser su próximo movimiento. En cuanto la señorita Louisa Dorset les dio la espalda, Tom Bascomb rodeó con su brazo la fina cintura de Emily y empezó a besar su bonita cara por todas partes. Era como si con sus besos estuviera quitándole las lágrimas.

Este espectáculo en el banco del piano, y otros similares que vendrían después, había sido una inspiración concebida más o menos la víspera de la fiesta. O eso sostuvieron Ned y Emily después, cuando se defendieron ante sus padres. Pero no importaba cuándo lo hubieran concebido, formaba parte de su plan, y Ned debió de haberse creído totalmente preparado para ello. Probablemente esperaba participar en las oleadas de risitas que produciría en los otros invitados. Pero ahora que había llegado el momento —como es fácil imaginar— Ned Meriwether no se encontraba totalmente capaz de participar en la diversión. Miraba igual que los otros, pero no se contagiaba con sus risitas. Se quedó un poco apartado, y posiblemente confiaba en que Emily y Tom no notaran su incapacidad para apreciar el éxito de su comedia. Sin duda estaba perplejo ante sus propios sentimientos, ante el fracaso de su propio entusiasmo y el deseo creciente de alejarse del complot y de la propia fiesta.

Es fácil imaginar el desasosiego y la confusión de Ned aquella noche. Y yo creo que la versión que he dado de las impresiones de Emily y sus pequeñas y delicadas sensaciones mientras se dirigía a la fiesta suena a verdad, aunque en realidad esa versión procede de unas chicas que la conocían sólo un poco y que no estaban en la fiesta, que posiblemente no la habían visto después. A fin de cuentas esa versión sólo debe de representar lo que de acuerdo con la imaginación de otras chicas ella hubiera podido sentir. En cuanto a la narración de cómo el señor y la señora Meriwether

pasaron la noche, es la versión de ellos. Y no vacilaban en contársela a quien quisiera escucharlos.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que la mayoría de nosotros tuviéramos una imagen clara de los principales acontecimientos de aquella noche. Muy pronto oímos decir que las fiestas para los jóvenes ya no se repetirían, que había habido una fuga enloquecida y una persecución en la casa de los Dorset, y que había terminado cuando los Dorset encerraron con llave a algún chico —si era Ned o Tom no resultaba fácil de determinar al principio— en una especie de baño extraño cuyo suministro de agua estaba cortado, o cuyas cañerías habían sido arrancadas, creo. (Más tarde supe que no había nada particularmente siniestro en el baño en sí. Al tener cortada el agua de éste, y quizá de otros aseos también, los Dorset habían obtenido más reducciones en sus impuestos.) Pero una imagen clara de la noche en su conjunto no sería posible sin una búsqueda considerable. Por varias razones: una semana después de la fiesta, los Meriwether enviaron a su hijo y a su hija a sendos internados. Además, las versiones de los otros niños eran contradictorias y vagas; casi de una manera perversa, según parecía. Y encima, los padres se contaban unos a otros que las niñas más pequeñas tenían unas pesadillas que eran aún peores que las que habían tenido sus hermanas mayores. Y los niños se mostraban reservados y esquivos, incluso cuando los chicos mayores les preguntábamos sobre lo sucedido.

Sin embargo, una versión incompleta de los sucesos que llevaron a la persecución empezó a circular casi enseguida. Ned debió de contársela a algún chico mayor en una carta, porque contenía información que nadie más salvo Ned podía tener. Según esta versión, cuando el señor Dorset regresó de su última recogida de invitados, entró deprisa en el salón donde esperaban los otros y dijo con voz trémula de excitación: «Ahora, vamos a sentarnos, mis jóvenes amigos, y vamos a regocijarnos con una buena charla».

Los que no estaban ya sentados, corrieron para ocupar un lugar en uno de los divanes o los confidentes, o incluso en uno de los anchos bancos situados cerca de las ventanas. (No había sillas individuales en la habitación.) Es decir, todos corrieron menos Ned. Ned ni se movió. Permanecía de pie al lado de una mesita frotando los dedos sobre la superficie pulida. Y a partir de ese momento se volvió claramente sospechoso a los ojos de su anfitrión y anfitriona. Pronto la fiesta pasó del salón a la biblioteca, pero dondequiera que se pararan, Ned siempre se mantenía apartado de los demás. Se sentaba o se quedaba de pie, mirándose las uñas hasta que de nuevo una explosión de risitas llenaba la habitación. Entonces miraba justo a tiempo para ver la mejilla de Tom Bascomb contra la de Emily o su brazo rodeándole la cintura.

Durante casi dos horas Ned no le dirigió la palabra a nadie. Sufrió la conversación de los Dorset, las flores de papel, el aire perfumado, las obras de arte. Cada vez que una explosión de risitas le obligaba a levantar los ojos, miraba a Tom y a Emily, y

después apartaba la mirada. Antes de volver a mirarse las uñas, dejaba errar su mirada lentamente por la habitación hasta que sus ojos se clavaban en los de los Dorset. Parece ser que fue así como descubrió por casualidad que los Dorset entendían, o creían entender, el significado de las risitas. En el gran espejo montado sobre la repisa de la chimenea de la biblioteca los vio intercambiar unas sonrisas a medias reprimidas. Esas sonrisas duraban precisamente el mismo tiempo que las risitas, y después, en el espejo, Ned veía transformarse sus caras hasta volverse solemnes cuando los ojos de los dos ancianos —sus ojos de color ámbar, apagados, pequeñísimos e idénticos— se clavaban en él.

Después de la biblioteca la fiesta siguió su acostumbrado camino por la casa. Ya al final, tras pasar por el salón de baile donde vieron bailar a los Dorset, después de visitar la planta alta para ver las descoloridas ropas de gala en las vitrinas de museo, bajaron al pasillo de la planta baja y estaban a punto de entrar en el comedor. Los invitados ya habían escuchado a los Dorset bromear acerca de sus leves coqueteos tontos y sus travesuras en los juegos de salón cuando eran jóvenes, y ya habían escuchado las exhortaciones a estar alegres y ser felices y despreocupados. Y en ese preciso instante, cuando la señorita Dorset se inclinaba hacia ellos susurrando: «Es así como se es joven para siempre», se levantó un coro de risas, entrecortado y agudo, y sin embargo, fuerte e intensamente penetrante.

Ned Meriwether, de pie en el último peldaño de la escalera, alzó los ojos y miró por encima de las cabezas de los convidados y vio que Tom y Emily estaban medio escondidos en una enramada de flores de papel iluminadas directamente por un rayo de luz malva. Los dos se habían metido allí, en un pequeño hueco, y estaban justamente frente a la estatua de Rodin. Tom tenía un brazo sobre los hombros de Emily y la besaba suavemente, primero en el lóbulo de una oreja, y después, en la punta de la nariz. Emily se quedaba tan rígida y pálida como la escultura de yeso que estaba a sus espaldas, con sólo una tenue sonrisa en los labios. Ned los miró y enseguida dirigió su mirada hacia los Dorset.

Descubrió que la señorita Louisa y el señor Alfred miraban descaradamente a Tom y a Emily, y sonreían francamente ante semejante espectáculo. Era más de lo que Ned podía soportar.

—¿Acaso no lo *sabéis*? —lloró, como si experimentara un gran dolor físico—. ¿Es que no lo *veis*? ¿No veis lo que *son*? ¡Ellos son hermano y hermana!

Del resto de los invitados surgió una exclamación a coro. Y un instante después, malinterpretando el estallido de Ned, como si fuera algo que tuviera planeado desde el principio, y que probablemente tenía pensado —tal como imaginaban— como si fuera lo más gracioso del chiste, todos estallaron de nuevo en risas; esta vez no un coro de risas, sino un alud de sonoras carcajadas de los chicos, y una cacofonía de chillidos y gorjeos separadamente emitidos por las chicas.

Ninguno de los invitados aquella noche podía dar —ni daría— una versión satisfactoria de lo que sucedió después. Todos insistían en que ni siquiera habían mirado a los Dorset, que él, o ella, no sabían cómo la señorita Louisa y el señor Alfred habían reaccionado al principio. Sin embargo, eso era precisamente lo que *queríamos* saber los que habíamos estado allí en el pasado. Y cuando finalmente obtuvimos una versión de lo sucedido, supimos que era verídica y correcta. Porque, por supuesto, la oímos de labios de Tom Bascomb.

Puesto que el exabrupto de Ned se produjo después del baile, los Dorset estaban totalmente desmelenados. El peinado de la señorita Louisa se había derrumbado y sus cabellos le cubrían la mitad de la cara, y aquel mechón largo y flácido del señor Alfred colgaba encima de su oreja izquierda. De esta manera, permanecían en la entrada del comedor sonriendo abiertamente a las travesuras de Tom Bascomb. Y cuando Tom Bascomb, al escuchar el llanto de Ned, se giró abruptamente, las sonrisas aún no se habían borrado de las caras de los Dorset, a pesar de que las carcajadas y las risas como chillidos ahora se habían apagado. Tom dijo que durante unos instantes mantuvieron sus semblantes risueños, como máscaras, y que a decir verdad no se podía saber cómo lo tomarían hasta que de pronto la cara de la señorita Louisa, todavía con su máscara risueña, empezó a ponerse de todos los extraños colores de sus flores de papel. Entonces la sonrisa se esfumó de sus labios y se quedó boquiabierta y todo vestigio de color desapareció de su rostro. Dio un paso atrás y se apoyó en la jamba de la puerta aún con la boca muy abierta y los ojos cerrados. Si no hubiera sido porque estaba de pie, dijo Tom, cualquiera habría pensado que estaba muerta. Su hermano no la miraba, pero su sonrisa también había desaparecido, y su cara, totalmente demacrada y arrugada, momentáneamente adquirió una coloración verde-cobriza.

Sin embargo, enseguida él también palideció, no por debilidad, sino por enfado. Sus pequeños ojos marrones ahora brillaban como la resina. Dio unos pasos hacia Ned Meriwether.

—Lo que nosotros sabemos es que usted no es uno de nosotros —dijo con voz ronca—. ¡Eso lo hemos percibido desde el principio! No sabemos cómo ha podido entrar aquí, ni quién es. Pero la cuestión importante es: ¿qué hace usted aquí entre estos chicos buenos?

Esa pregunta pareció devolverle la vida a la señorita Louisa. Y sus ojos de color ámbar se abrieron desmesuradamente. Se alejó un paso de la puerta y empezó a recogerse el pelo caído sobre sus hombros, mientras se dirigía a los invitados que se apiñaban en el centro del vestíbulo:

—¿Quién es, niños? Es un intruso, esto lo sabemos. Si sabéis quién es, tenéis que decírnoslo.

—¿Que quién *soy* yo? ¡Pues soy Tom Bascomb! —gritó Ned, todavía en el último

peldaño de la escalera—. Soy Tom Bascomb, el chico que reparte los periódicos.

Entonces dio media vuelta y huyó por la escalera hacia la segunda planta. Al instante, el señor Dorset empezó a perseguirlo.

Al auténtico Tom Bascomb le había parecido que Ned creía de verdad lo que había dicho, y su primer impulso fue negarlo a gritos. Pero como era un muchacho sensato, y viendo lo mal que se habían puesto las cosas, en vez de hacer esto, Tom se acercó a la señorita Dorset y le susurró que Tom Bascomb era un chico bastante duro y que sería mejor que le permitiera a *él* llamar a la policía. Ella le dijo que el teléfono estaba en el pasillo lateral, y él empezó a alejarse.

Pero la señorita Dorset cambió de opinión. Corrió tras Tom diciéndole que no llamara. Algunos de los invitados malinterpretaron ese gesto considerándolo como el principio de otra persecución. Sin embargo, antes de que la vieja pudiera alcanzar a Tom, el propio Ned había aparecido en la entrada hacia la cual se dirigían ella y Tom. Había bajado por la escalera trasera y llamaba a Emily:

—¡Vamos a *casa*, hermana!

Un estremecedor ¡hurra! brotó del grupo de invitados. Quizá fue eso lo que hizo que Ned perdiera la cabeza, o quizá fue simplemente ver a la señorita Dorset corriendo hacia él. Sea lo que fuera, al instante empezó a subir la escalera principal de nuevo, esta vez con la señorita Dorset pisándole los talones.

Cuando Tom regresó del teléfono, reinaba la tranquilidad en el pasillo. Los invitados —todos menos Emily— habían acudido al pie de la escalera y miraban hacia arriba y escuchaban. Tom pudo escuchar a Ned diciendo en la planta alta: «Está bien. Está bien. Está bien». La pareja de viejos lo tenía arrinconado.

Emily permanecía en el pequeño nicho entre las flores. Y es esa imagen de Emily Meriwether entre las flores de papel lo que me tienta cuando pienso o escucho a alguien hablar de aquella noche. Más que todo lo demás, es esa imagen lo que podría hacerme desear haber estado allí. Nunca dejaré de preguntarme qué clase de pensamientos pasaban por su cabeza para que pareciera tan inconsciente de todo lo que sucedía mientras ella se quedaba allí, y, si vamos a eso, en qué había estado pensando durante toda la noche mientras soportaba las caricias de Tom Bascomb. Con el paso de los años, cada vez que he tenido motivos para preguntarme lo que piensa alguna chica o mujer —alguna Emily más vieja—, a mi mente acude casi siempre la imagen de aquella niña entre las flores de papel. Tom dijo que cuando regresó del teléfono parecía muy solemne y pálida, pero que su mente no parecía ser presa de ninguna excitación. Inmediatamente se acercó a ella y dijo: «Tu padre está de camino, Emily». Porque era a los señores Meriwether a quienes había telefoneado, por supuesto, y no a la policía.

A Tom le parecía que para él la fiesta ya se había acabado. No había nada más que pudiera hacer. El señor Dorset ahora estaba en la planta alta vigilando la puerta

del extraño baño donde Ned estaba encerrado. La señorita Dorset servía ponche de lima a los otros invitados en el comedor, siempre con una oreja levantada para escuchar la llegada de la policía a la que Tom había fingido llamar. Cuando por fin sonó el timbre y la señorita Dorset se apresuró a abrir la puerta, Tom se deslizó silenciosamente por la galería y a través de la cocina y salió de la casa por la puerta de atrás mientras los señores Meriwether entraban por la puerta delantera.

No era nada difícil hacer que Edwin y Muriel Meriwether, los padres de los niños, hablaran sobre lo que había pasado tras su llegada aquella noche. Ambos eran personas sensatas y de mentalidad abierta, y no eran tan conservadores como algunos de los otros vecinos de West Vesey. Como les gustaban los chismorreos de cualquier clase y los cuentos razonablemente cómicos, contaban cómo sus hijos les habían engañado aquella noche y cómo luego ellos se habían engañado a sí mismos. Tendían a culparse más a sí mismos que a los chicos por lo que pasó. Al enviarlos a los internados, intentaban proteger a sus hijos de cualquier daño o vergüenza que pudiera resultar de todo aquello. En sus conversaciones nunca se referían directamente a la conducta reprensible de Tom o a los posibles motivos que hubieran podido tener los niños para concebir semejante plan. Trataban de salvar a los niños e intentaban salvar a Tom, pero desgraciadamente no se les ocurrió tratar de salvar a los Dorset, ese par de pobres viejos.

Cuando la señorita Louisa abrió la puerta, el señor Meriwether dijo:

—Soy Edwin Meriwether, señorita Dorset, y vengo para buscar a mi hijo Ned.

—Y a tu hija Emily, espero —le susurró su mujer.

—Y a mi hija Emily.

Antes de que la señorita Dorset pudiera responder, Edwin Meriwether vio al señor Dorset bajando la escalera. Con su mujer, Muriel, pegada a su lado, Edwin cruzó el pasillo dando grandes zancadas hasta el pie de la escalera.

—Señor Dorset —empezó—, mi hijo Ned…

Edwin y Muriel escucharon ahora a sus espaldas a la señorita Dorset decir:

—Todos los invitados se encuentran en el comedor.

Desde donde estaban los dos padres, podían ver el comedor. Y se dieron prisa en entrar allí. El señor Dorset y su hermana, por supuesto, los siguieron.

Muriel Meriwether fue directamente a donde estaba Emily, quien se encontraba en medio de un grupo de chicas.

—Emily, ¿dónde está tu hermano?

Emily no dijo nada, pero uno de los chicos contestó:

—Creo que lo tienen encerrado en algún lugar, en la planta de arriba.

—¡Oh, no! —exclamó la señorita Louisa, con una horquilla del moño en la boca, pues aún seguía distraídamente atareada con sus cabellos—. Es el intruso a quien mi hermano tiene encerrado en la planta de arriba.

El señor Dorset empezó a hablar con Edwin en un tono confidencial.

—Mi querido vecino —dijo—, el chico que reparte los periódicos en nuestra calle consideró correcto colarse en nuestra fiesta esta noche. Pero desde el principio lo identificamos como a un intruso.

Muriel Meriwether preguntó:

—¿Dónde *está* el repartidor de periódicos? ¿Dónde está ese chico, Emily?

Una vez más uno de los chicos se ofreció para contestar:

—Se fue por la puerta de atrás, señora Meriwether.

Los ojos del señor Alfred y de la señorita Louisa buscaban a Tom en la habitación. Al final sus ojos se cruzaron y sonrieron de manera evasiva.

—*Todos* los niños hacen travesuras esta noche —dijo la señorita Louisa, y era como si hubiera dicho: «Todos los niños *hacemos*». Luego, aún sonriendo, agregó—: Tu corbata se ha desatado, hermano. ¿Qué van a pensar el señor y la señora Meriwether?

El señor Alfred jugueteó un momento con la corbata, pero pronto dejó de manosearla. Ahora, mirando tímidamente a los señores Meriwether, y diciendo que sí con la cabeza en dirección a los chicos, dijo:

—Me temo que todos hemos hecho una mala pasada al señor y a la señora Meriwether.

La señorita Louisa le dijo a Emily:

—Hemos escondido a nuestro hermano en alguna parte, ¿no es así?

La madre de Emily dijo con firmeza:

—Emily, dime dónde está Ned.

—Está en la planta alta, madre —dijo Emily en un susurro.

El padre de Emily le dijo al señor Dorset:

—Lléveme a ver al chico que está en la planta de arriba.

Las expresiones esquivas y tímidas desaparecieron de las caras de los dos Dorset. Sus ojos eran unas pequeñas piscinas oscuras llenas de incredulidad que se contraían cada vez más con el paso de los segundos. Y ahora ambos se afanaban en arreglarse el pelo.

—*Nosotros* reconocemos a los buenos niños cuando los vemos —dijo la señorita Louisa de mal humor. Había un tono quejumbroso en su voz cuando añadió—: Sabíamos desde el principio que ese chico que está allá arriba no debía estar entre nosotros. Queridos vecinos, no es sólo el dinero lo que importa, ¿saben?

Lo dijo haciendo pucheros, como una niña a punto de llorar.

—¿No es sólo el dinero…? —repitió Edwin Meriwether.

—Señorita Dorset —dijo Muriel con una nueva suavidad en su timbre de voz, como si acabara de reconocer que estaba hablándole a una niña—, tiene que haber algún error…, un malentendido.

El señor Alfred Dorset dijo:

—¡Oh, nosotros no cometemos errores de esa clase! Las personas *son* diferentes. No es algo que puedas señalar con el dedo, pero no es el dinero.

—No sé de qué habláis —dijo Edwin, exasperado—. Pero voy a subir esa escalera y a buscar a ese chico. —Y se dirigió a la escalera con el señor Dorset detrás, dando pasitos rápidos, pasitos como los de un joven intentando llevar el paso de un adulto.

Entonces la señorita Louisa se sentó en una de las sillas de respaldo alto del comedor apoyadas contra el revestimiento de paneles de madera. Temblaba, y Muriel se acercó y se quedó de pie a su lado. Ninguna de las dos hablaba, y casi enseguida Edwin Meriwether bajó de nuevo la escalera con Ned. La señorita Louisa miró a Ned, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó en tono de acusación, como si sospechara que Ned y su padre habían encerrado al señor Dorset en el baño.

—Creo que se ha marchado —dijo Edwin—. Nos dejó y desapareció en una de las habitaciones de allá arriba.

—Entonces tengo que verlo —dijo la señorita Louisa. Por un momento, parecía incapaz de levantarse. Por fin lo consiguió dándole un empujón a la silla y se alejó con los pasos lentos y firmes de un sonámbulo. Muriel Meriwether la siguió hasta el pasillo y mientras miraba a la vieja subir las escaleras, apoyándose pesadamente en el pasamanos, experimentó el impulso de seguirla y ofrecerle ayuda. Pero algo hizo que diera media vuelta y regresara al comedor. Quizá imaginaba que su hija, Emily, podría necesitarla ahora.

Los Dorset no volvieron a aparecer aquella noche. Después de que la señorita Dorset subiera a la planta alta, Muriel se puso a telefonear a los padres de algunos de los otros chicos y chicas. Al cabo de quince minutos, media docena de padres se habían reunido allí. Era la primera vez en muchos años que un adulto ponía los pies en el interior de la casa de los Dorset. Era la primera vez que un padre inhalaba el aire perfumado o veía las aglomeraciones de flores de papel y aquellas sutiles iluminaciones y las estatuas. Con la excusa de discutir si deberían o no apagar las luces y cerrar la casa, los padres se quedaron allí mucho más tiempo de lo necesario antes de llevar a los jóvenes a sus respectivas casas. Algunos incluso probaron el ponche de lima. Pero en presencia de sus hijos no hicieron ningún comentario sobre lo que había pasado y no dejaban traslucir sus propias impresiones; ni siquiera su opinión acerca del ponche. Al final decidieron que dos de los hombres deberían apagar todas las luces de la planta baja y las del salón de baile, en el sótano. Tardaron mucho en encontrar los interruptores ya que la iluminación era indirecta. En la mayoría de los casos, simplemente recurrieron a desenroscar las bombillas. Mientras tanto, los niños se dirigieron al gran armario empotrado que estaba detrás de la

escalera para recoger sus chales y abrigos. Cuando Ned y Emily Meriwether volvieron a reunirse con sus padres en la puerta principal para salir de la casa, Ned llevaba su propio abrigo y, en la mano, su propio sombrero.

La señorita Louisa y el señor Alfred Dorset vivieron casi diez años más después de aquella noche, pero ya no vendían sus higos ni sus flores de papel y, por supuesto, nunca más agasajaron a los adolescentes. Muchas veces me he preguntado si, a partir de entonces, criarse en Chatham resulta exactamente igual que antes. Un no sé qué de terror debía de salir de la experiencia. La mitad del miedo de llegar a la mayoría de edad debía desvanecerse con el pavor que ocasionaban las fiestas de los Dorset.

Después de aquella noche, a veces se veía el viejo coche desplazándose sigilosamente por el pueblo, pero ya nunca más se le vio aparcado frente a la casa. Normalmente estaba en la entrada lateral, donde los Dorset podían entrar y salir del vehículo sin ser vistos. También tomaron un criado; principalmente para que les hiciera las compras, supongo. A veces era un hombre, a veces una mujer, nunca la misma persona durante más de un par de meses seguidos. Los hermanos Dorset murieron durante la segunda guerra mundial cuando ya muchos de los que habíamos asistido a sus fiestas no estábamos en Chatham. Pero circulaba el rumor —y me inclino a creerlo— de que después de muertos, cuando se vendió la casa, el abrigo y el sombrero de Tom Bascomb aparecieron en el armario empotrado que estaba detrás de la escalera.

El propio Tom fue piloto durante la guerra y se convirtió en un gran héroe. Tenía tanto éxito y consiguió tanta fama que nunca regresó a vivir en Chatham. Supongo que encontró mejores oportunidades en algún otro lugar, y creo que nunca sintió el vínculo con Chatham que experimentan las personas con la clase de educación que recibió Ned. Ned también participó en la guerra, por supuesto. Estaba en un navío y después de la guerra regresó a vivir a Chatham, aunque en verdad no fue hasta entonces cuando pasó mucho tiempo allí desde que sus padres lo enviaran al internado. Emily regresó a casa e hizo su presentación en sociedad dos o tres años antes de la guerra, pero ya estaba comprometida con algún joven en el Este; ya nunca regresa, excepto para llevar a sus hijos a ver a sus abuelos durante unos días en Navidades o en Semana Santa.

Según tengo entendido, Emily y Ned están ahora bastante distanciados. Me lo ha dicho la propia mujer de Ned Meriwether. La mujer de Ned sostiene que la noche en que Ned y Emily fueron a la fiesta de los Dorset marcó el principio de esta frialdad, marcó el fin de su intimidad infantil y el inicio de una timidez, una reserva, incluso una animadversión entre ellos que condenó a sus padres a un eterno dolor, esos padres sensatos que se habían quedado sentados en el salón de la planta de arriba, aquella noche, esperando hasta que se produjo la llamada de Tom Bascomb.

La mujer de Ned es una chica que conoció cuando estaba en el navio. Era una

Wave,[6] y su educación no había sido como la suya. Según parece, no está tan contenta con su vida en lo que ella llama «la Chatham auténtica». Ella y Ned se mudaron hace poco a una urbanización suburbana, que tampoco le gusta y a la cual llama «la Gran Chatham». En una fiesta una noche ella me preguntó cómo Chatham había llegado a tener ese nombre (lo dijo sólo por decir algo y recurría a mi interés por tales cosas), y cuando le dije que la ciudad llevaba el nombre del conde de Chatham y señalé que estaba ubicada en el condado de Pitt, ella estalló en carcajadas.

—¡Qué elegante! —dijo—. ¿Por qué nadie me lo había dicho antes?

Pero lo que más me interesa de la mujer de Ned es que después de unas copas le gusta hablar de Ned, de Emily, de Tom Bascomb y de los Dorset. Tom Bascomb se ha convertido en una especie de héroe para ella —y no quiero decir héroe en tiempos de guerra— a pesar de que, al no haberse criado en Chatham, jamás lo haya visto. Pero es una chica lista, y a veces me dice: «Háblame de Chatham. Háblame de los Dorset». Y yo trato de contárselo. Le digo que debería recordar que Chatham está considerada una ciudad un poco antigua. Le digo que debería recordar que fue uno de los primeros asentamientos de personas de habla inglesa al oeste de las montañas Alleghenies y que, al final de la Revolución americana, cuando los veteranos empezaron a acudir en tropel hacia el oeste por la ruta del desierto, o bajando por el río Ohio, Chatham ya era conocida como un pueblo próspero. Entonces ella me dice que la estoy aburriendo, porque es difícil para ella concentrarse en cualquier aspecto de la historia que no tenga como centro a Tom Bascomb y aquella noche en casa de los Dorset.

Pero yo la obligo a escuchar. O, al menos, lo hice una vez. La familia Dorset, insistí en decir, estaba en Chatham incluso en aquellos tiempos lejanos, justo después de la Revolución, pero habían llegado aquí en unas circunstancias bastante distintas a las del resto de los primeros pobladores. ¿Y eso qué podía importar, preguntó la mujer de Ned, después de ciento cincuenta años? ¿Qué podían importar las diferencias entre los primeros habitantes después de la llegada de los irlandeses a Chatham, de los alemanes, de los italianos? Pues, en West Vesey Place, sí que podía importar. Tenía que importar. Y si la diferencia resultara ser falsa, importaría incluso más, y tanto más necesario sería destacarla.

Pero dejadme decir aquí que Chatham está ubicada en un estado cuya historia suscita muy poco interés en la mayoría de sus moradores —no en los recién llegados como la mujer de Ned, sino en los veteranos— y que por tanto la desconocen. Por ejemplo, casi ninguno de nosotros sabe a ciencia cierta si durante la década de los sesenta del siglo XIX nuestro estado se separó o no. En cuanto a la ciudad misma, algunos sostenemos que geográficamente es norteña y, culturalmente, sureña. Otros dicen que es lo contrario. Somos propensos a sentirnos desplazados en Chatham, y, por consiguiente, no nos resulta agradable decir que es simplemente una ciudad

fronteriza. La opinión que uno tenga sobre esta cuestión tan importante depende de si nuestra familia tiene un buen nombre sureño o es una de las que tienen su origen en Nueva Inglaterra, porque éstas son las dos categorías principales de las viejas familias de la alta sociedad de Chatham.

Pero en realidad —dije a la esposa de Ned— la familia de los Dorset nunca estuvo en ninguna de estas categorías. El primer Dorset llegó a Chatham, con su familia y sus posesiones, incluso con cierto capital, directamente desde una ciudad de la región central de Inglaterra. Los Dorset no vinieron como pioneros, sino pagándose el viaje durante todo el trayecto. No se molestaron en detenerse durante una o dos generaciones para echar raíces en Pensilvania o en Virginia o en Massachusetts. Y ésta era la distinción que algunos siempre querían hacer. Aparentemente, a aquellos primeros Dorset les interesaba tanto echar raíces en el Nuevo Mundo como les había importado lo que fuera que hubieran dejado atrás en el Viejo. Constituían una oscura familia mercantil que llegó para invertir en una nueva ciudad del Oeste. Al cabo de dos generaciones, el negocio —¡no, la industria!— que establecieron los enriqueció más de lo que hubieran podido imaginar al principio. Durante medio siglo fueron considerados —si es que alguna vez una familia ha sido vista así— como nuestra primera familia.

Y entonces, los Dorset dejaron Chatham —prácticamente se fueron todos menos un solterón ya mayor y una solterona—; se fueron de la ciudad tal y como habían llegado, sin que les importara mucho lo que dejaban atrás, ni adónde iban. Era gente de la ciudad, y eran americanos. Sabían que lo que tenían en Chatham, podían comprarlo con creces en otros lugares. Para ellos Chatham era una inversión que había dado resultado. Se fueron a vivir a Santa Bárbara y a la Laguna Beach, en Newport y en Long Island. Y la verdad que al resto de nosotros nos resultaba tan difícil de admitir era que, a pesar de nuestras familias de Massachusetts y de Virginia, nos parecíamos más a los Dorset —aquellos Dorset que se habían marchado de Chatham— de lo que nos diferenciábamos de ellos. Su espíritu estaba justo un poco más cerca de ser la misma esencia de Chatham que el nuestro. La diferencia evidente era que nosotros teníamos que quedarnos aquí y fingir que nuestra vida tenía un sentido que no tenía. Y aunque fuera sólo por una especie de casualidad que la señorita Louisa y el señor Alfred hicieran el papel de árbitros sociales entre los jóvenes durante unos cuantos años, francamente nadie podía cuestionar su derecho divino a hacerlo.

—Puede que estuvieran en su derecho —dijo la mujer de Ned en ese momento—, pero imagínate lo que hubiera podido pasar.

—No se trata de lo que hubiera podido pasar —dije—. Se trata de lo que pasó. De no ser así, ¿de qué se supone que hemos estado hablando tú y yo?

—De no ser así —dijo ella con un estremecimiento incontenible—, yo no estaría

siempre arrinconándote en estas fiestas para hablarte de mi marido y de la hermana de mi marido, y de cómo es que hoy en día se quieren tan poco.

Y lo único que se me ocurrió decir fue que ahora probablemente estábamos tratando nuestro tema bastante bien.

Traducción de Manuel Pereira

Conversación con mi padre

Mi padre tiene ochenta y seis años y está en la cama. Su corazón, ese motor sanguíneo, es tan viejo como él y ya no realiza determinados trabajos. Aún le inunda la cabeza de lucidez mental. Pero ya no consigue que las piernas lleven por la casa el peso de su cuerpo. A pesar de mis metáforas, él dice que ese fallo muscular no se debe a su viejo corazón, sino a la falta de potasio. Sentado en una almohada y apoyado en tres, me da consejos de última hora y acaba por hacerme una petición:

—Me gustaría que escribieras un relato sencillo sólo una vez más —me dice—. Como los que escribió Maupassant, o Chejov, como los que escribías tú antes. Personajes reconocibles y lo que les pasa.

—Bueno, ¿por qué no? No hay problema —le digo.

Deseo complacerle, aunque no recuerdo haber escrito de ese modo. Me *gustaría* intentarlo, contar una historia así, si se refiere a las que empiezan: «Había una mujer…», seguido de una trama, esa línea continua entre dos puntos que he despreciado siempre, y no por razones literarias sino porque elimina toda esperanza. Tanto los personajes reales como los imaginarios merecen el destino abierto de la vida.

Al fin pensé en una historia que se desarrollaba durante dos años en mi calle, justo enfrente de casa. La escribí, y luego se la leí a mi padre en voz alta.

—A ver qué te parece esto, papá —le dije—. ¿Te refieres a algo así?

Había una vez en mis tiempos una mujer que tenía un hijo. Vivían muy bien en un pequeño apartamento de Manhattan. El hijo se hizo yonqui más o menos a los quince años, lo cual no es insólito en nuestro barrio. Entonces la madre se hizo yonqui también, para no perder la amistad del muchacho. Dijo que formaba parte del mundo juvenil, en el que ella se sentía en su elemento. Al cabo de un tiempo y por diversas razones, el chico rompió con todo y se fue de la ciudad, dejando a su madre, indignado. Ella sufría, sola y desesperada. Todos la visitamos.

—Bueno, papá, ya está —dije—. Una historia triste y sin adornos.

—Pero yo no me refería a eso —repuso mi padre—. Me has interpretado mal adrede. Sabes que hay mucho más. Lo sabes. Lo has omitido todo. Turgueniev no lo hubiera hecho. Y Chejov tampoco. En realidad, hay escritores rusos tan buenos como los mejores de los que no has leído nada, de los que no tienes ni idea, y que saben escribir una historia normal y corriente sin omitir todo lo que has omitido tú. No pongo objeciones a los hechos, sino a que los personajes se sienten en los árboles a hablar sin ton ni son, voces de nadie sabe dónde…

—Olvida ése, papá. Dime qué he omitido ahora. En éste.

—El aspecto de ella, por ejemplo.

—Bueno. Creo que es bastante guapa. Sí.

—¿Y el cabello?

—Oscuro, con trenzas gruesas, como si fuera una jovencita o una extranjera.

—¿Y qué eran sus padres?, ¿cuál es su origen? ¿Por qué es ella como es? Es importante, ¿sabes?

—De fuera de la ciudad. Profesionales. Los primeros que se divorciaron en su condado. ¿Qué tal? ¿Suficiente? —le pregunté.

—Tú lo tomas todo a broma —me contestó—. ¿Y el padre del chico? ¿Por qué no lo mencionas? ¿Quién era? ¿O es que lo tuvo sin casarse?

—Exacto —repuse—. Lo tuvo sin casarse.

—¡Por amor de Dios!, ¿es que nadie se casa en tus relatos? ¿Es que nadie tiene un segundo para pasar por el ayuntamiento antes de saltar a la cama?

—No —dije—. En la vida real, sí. Pero en mis relatos, no.

—¿Por qué me contestas de ese modo?

—Vamos, papá, sólo es la historia de una mujer moderna e inteligente que vino a Nueva York llena de interés-amor-confianza-emoción, y de su hijo; de lo mal que lo pasa en este mundo. El hecho de estar o no estar casada tiene poca importancia.

—Tiene mucha importancia —afirmó él.

—Muy bien —dije.

—Muy bien, muy bien, allá tú —dijo él—, pero escúchame. Creo lo de que es guapa, pero no creo que sea muy inteligente.

—Pues lo es —insistí—. En realidad, ése es el problema de los relatos. Los personajes empiezan fantásticamente. Te parecen extraordinarios, pero a medida que sigues escribiendo resulta que sólo son mediocres con una buena educación. A veces ocurre lo contrario, el personaje es una especie de bobalicón, pero luego te supera y no hay forma de que se te ocurra un final bastante bueno.

—¿Y qué haces entonces? —me preguntó.

Mi padre había sido médico durante veinte años y luego artista durante otros veinte, y todavía se interesaba por los detalles, el oficio, la técnica…

—Bueno, entonces hay que dejarlo hasta que consigas llegar a algún acuerdo con el personaje testarudo.

—Creo que ahora estás diciendo tonterías, ¿no te parece? —me preguntó. Y añadió—: Empieza otra vez. Da la casualidad de que esta tarde no voy a salir. Vuelve a contar la historia. A ver cómo te sale ahora.

—De acuerdo —dije—. Pero te advierto que no es cosa de cinco minutos.

Segunda tentativa:

Había una vez una mujer muy guapa que vivía al otro lado de la calle, enfrente de

casa. Nuestra vecina tenía un hijo a quien quería porque le conocía desde que había nacido (cuando era una bolita desvalida, en la primera infancia, en la edad de abrazar y forcejear, de los siete a los diez años, así como antes y después). El muchacho cayó en las garras de la adolescencia y se hizo yonqui. No era un caso perdido. En realidad era un optimista, un ideólogo, un apóstol persuasivo. Escribía artículos muy convincentes para el periódico del colegio que demostraban una inteligencia aguda. Gracias a sus importantes contactos y a su machaconería, consiguió que se distribuyera en los quioscos del sur de Manhattan una revista titulada *¡Ay, Caballo Dorado!* para llegar a un público lector más numeroso.

La madre se hizo también yonqui porque no quería que él se sintiera culpable (decía que el sentimiento de culpa es la raíz del noventa por ciento de todos los cánceres diagnosticados clínicamente en Estados Unidos en la actualidad), y porque siempre había creído que era mejor permitir los malos hábitos en casa, donde podían controlarse. Su cocina fue famosa durante un tiempo como centro de adictos intelectuales que sabían lo que hacían. Algunos se creían artistas como Coleridge, y otros científicos y revolucionarios como Leary. Ella solía estar colocada, pero conservaba ciertos reflejos maternales y procuraba que hubiera siempre en casa zumo de naranja en abundancia, miel, leche y pastillas de vitaminas. Sin embargo, sólo guisaba chiles, y eso una vez a la semana. Cuando hablamos seriamente con ella, con preocupación vecinal, nos explicó que era su participación en la cultura juvenil y que lo consideraba un honor, que prefería la compañía de los jóvenes que la de personas de su misma edad.

Una semana, el chico se balanceaba sumido en su sopor durante la proyección de una película de Antonioni, cuando una joven militante muy estricta le dio un codazo fuerte al sentarse a su lado. Acto seguido, le ofreció albaricoques y frutos secos para elevar el nivel de azúcar, le habló con acritud y lo llevó a casa.

Había oído hablar de él y de su obra; también ella escribía, dirigía y publicaba una buena revista, *Sólo de Pan Vive el Hombre*. En el acaloramiento orgánico de la presencia continua de aquella muchacha, él no pudo evitarlo y volvió a interesarse por sus músculos, arterias y conexiones nerviosas. En realidad, empezó a amarlos, a ensalzarlos y elogiarlos con cancioncillas cómicas en *Sólo de Pan Vive*…

Los dedos de mi carne trascienden
mi alma trascendental
la tensión de los hombros vuelve
los dientes me han devuelto la integridad

Alimentó su mente (aquella gloria de voluntad y resolución) con manzanas crudas, frutos secos, germen de trigo y aceite de soja. Explicó a sus amigos: «Creo que a

partir de ahora no perderé la cabeza. Aguantaré el mono». Dijo que estaba a punto de iniciar un viaje de respiración profunda. ¿Quieres hacerlo tú también, mamá?, preguntó amablemente.

El muchacho hablaba tan bien y de forma tan inteligente, que los chavales del barrio que tenían su misma edad empezaron a decir que en realidad él nunca había sido adicto, sólo un periodista que se había metido en ello por la historia. La madre intentó dejarlo varias veces. Sin su hijo y sin los amigos de su hijo, se había convertido en un hábito solitario. Sólo consiguió reducirlo a niveles tolerables. El chico y su novia cogieron la copiadora electrónica y se trasladaron a las afueras arboladas de otra ciudad. Fueron muy estrictos. Le dijeron a la madre que no volverían a verla hasta que no llevara setenta días sin tomar drogas.

La madre se quedó sola. Y de noche, leía y releía llorando los siete números de *¡Ay, Caballo Dorado!* Le parecían tan sinceros como siempre. Nosotros cruzábamos de vez en cuando la calle para hacerle una visita y consolarla. Pero si mencionábamos a nuestros hijos que estaban en la universidad o en el hospital o colgados en casa, ella exclamaba «¡Mi niño! ¡Mi niño!» y se echaba a llorar a lágrima viva desesperada sin poder parar. FIN.

Mi padre guardó silencio. Luego me dijo:

—Primero: tienes un buen sentido del humor. Segundo: veo que no sabes contar una historia normal y corriente. Así que no pierdas el tiempo. Y tercero —añadió con tristeza—: supongo que significa que estaba sola, que la dejaban así, a la madre. Sola. ¿Enferma, quizá?

—Sí —contesté.

—Pobre mujer. Pobre chica, haber nacido en una época de estúpidos. Vivir entre estúpidos. Fin. El fin. Has hecho bien en ponerlo. Fin.

Yo no quería discutir, pero tuve que decirle:

—Bueno, no es forzosamente el fin, papá.

—Sí lo es —repuso él—, qué tragedia. El fin de una persona.

—No, papá. No tiene por qué serlo —le supliqué—. Es una mujer de cuarenta años. Podría ser multitud de cosas diferentes en el mundo con el tiempo. Profesora, o asistenta social. ¡Una ex yonqui! A veces, vale más que un doctorado en pedagogía.

—Bobadas —repuso él—. Ése es tu mayor problema como escritora. Te niegas a reconocerlo. ¡Tragedia! ¡Pura y simple tragedia! ¡Tragedia histórica! Sin esperanza. Fin.

—Vamos, papá —insistí—. Ella podría cambiar.

—Tienes que afrontarlo también en tu propia vida. —Tomó un par de pastillas de nitroglicerina—. Ponlo en cinco —añadió luego, señalando la botella de oxígeno. Se colocó los tubos en la nariz e inspiró a fondo. Cerró los ojos y me dijo—: No.

Yo había prometido a la familia que le dejaría decir siempre la última palabra en

las discusiones, pero en este caso tenía una responsabilidad distinta. Esa mujer vive al otro lado de mi calle. Yo la conozco y yo la he inventado. La compadezco. No voy a dejarla ahí en esa casa llorando. (En realidad, tampoco lo haría la vida, que no tiene compasión como yo.)

Por consiguiente: ella cambió. Su hijo no volvió a casa nunca, claro. Pero ahora mismo es la recepcionista de un dispensario del East Village. Casi todos los clientes son jóvenes, algunos antiguos amigos. El director médico le ha dicho: «Ojalá tuviéramos a tres personas con su experiencia en el dispensario…».

—¿Le dijo eso el médico? —preguntó mi padre, quitándose los tubos de oxígeno de la nariz—: Mentiras. Mentiras otra vez.

—No, papá, podría ocurrir realmente así, el mundo da muchas vueltas.

—No —insistió él—. La verdad ante todo. Se derrumbará. Una persona ha de tener carácter. Y ella no lo tiene.

—No, papá —dije—. Se acabó. Tiene un trabajo. Olvídalo. Trabaja en ese dispensario.

—¿Cuánto tiempo va a durar? —me preguntó él—. ¡Tragedia! También tú. ¿Cuándo vas a afrontarlo?

Traducción de Ángela Pérez

Bienvenido a la jaula de los monos

Pete Crocker, el sheriff de Barnstable County, que abarcaba todo Cabo Cod, entró en el Salón Federal de Suicidios Éticos de Hyannis una tarde de mayo y les explicó a las dos Azafatas de seis pies de altura allí presentes que no debían alarmarse, pero que creían que un cabezahueca de mala reputación llamado Billy el Poeta se dirigía al Cabo.

Un cabezahueca era una persona que se negaba a tomar sus píldoras para el control de natalidad ético tres veces al día. Dicha negativa se castigaba con diez mil dólares de multa y diez años de prisión.

Esto ocurría en un tiempo en que la población de la Tierra era de diecisiete mil millones de personas. Eran demasiados mamíferos grandes para un planeta tan pequeño. La gente vivía apretada como drupas.

Las drupas son los bultitos pulposos que componen la superficie de una frambuesa.

Así que el Gobierno Mundial atacaba la superpoblación desde dos flancos. Por un lado fomentaba el suicidio ético, que consistía en ir al Salón de Suicidios más cercano y pedir a una Azafata que te matara sin dolor mientras descansabas en un sillón articulado. Por otro, el control de la natalidad ético era obligatorio.

El sheriff explicó a las Azafatas, que eran chicas guapas, tenaces y muy inteligentes, que se estaban organizando controles de carretera y búsquedas casa por casa para atrapar a Billy el Poeta. La principal dificultad radicaba en que la policía no sabía qué aspecto tenía el Poeta. Las pocas personas que le habían visto y le conocían eran mujeres, y discrepaban fabulosamente en cuanto a la altura, el color del cabello, la voz, la constitución y el color de piel de Billy el Poeta.

—No necesito recordaros, chicas —continuó el sheriff—, que un cabezahueca es muy sensible de cintura para abajo. Si Billy el Poeta consigue colarse aquí y empieza a causar problemas, una buena patada en el lugar adecuado hará maravillas.

El sheriff se refería al hecho de que las píldoras para el control ético de la natalidad, único método legal de contracepción, entumecían a la gente de cintura para abajo.

Muchos hombres decían que sentían las nalgas como hierro frío o madera de balsa. Muchas mujeres decían que sentían las nalgas como algodón mojado o ginger ale pasado. Las píldoras eran tan eficaces que podían vendársele los ojos a un hombre que hubiera tomado una, pedirle que recitara el Discurso de Gettysburg, darle una patada en las pelotas mientras lo hacía y el tipo no se saltaría ni una sílaba.

Las píldoras eran éticas porque no interferían en la capacidad reproductiva de la

persona, lo cual habría sido antinatural e inmoral. Las píldoras se limitaban a eliminar todo el placer del sexo.

Por lo tanto, ciencia y moral iban de la mano.

Las dos Azafatas de Hyannis eran Nancy McLuhan y Mary Kraft. Nancy era una rubia cobrizo. Mary era una morena azabache. Su uniforme se componía de pintalabios blanco, pintura de ojos cargada, body púrpura sin nada debajo y botas de cuero negro. Atendían un negocio pequeño, con sólo seis cabinas de suicidio. En una semana muy buena, por ejemplo la semana antes de Navidad, podían llegar a dormir hasta sesenta personas. Se hacía mediante una jeringuilla hipodérmica.

—El mensaje principal que tengo para vosotras, chicas —dijo el sheriff Crocker —, es que todo está bajo control. Podéis seguir con el negocio como siempre.

—¿No se olvida parte de su mensaje principal? —le preguntó Nancy.

—No te entiendo.

—No le he oído decir que probablemente viene directo a nosotras.

El sheriff se encogió de hombros con inocencia desgarbada.

—No estamos seguros.

—Pensaba que eso era lo único que todo el mundo sabe de Billy el Poeta: que está especializado en desflorar Azafatas de Salones de Suicidio Ético. —Nancy era virgen. Todas las Azafatas eran vírgenes. También tenían que cursar estudios avanzados en psicología y enfermería. También tenían que ser rellenitas y sonrosadas, y medir al menos seis pies.

América había cambiado en muchos sentidos, pero todavía tenía que adoptar el sistema métrico decimal.

A Nancy McLuhan le ponía enferma que el sheriff intentara protegerlas a ella y a Mary de toda la verdad sobre Billy el Poeta, como si fueran a tener un ataque de pánico por oírla. Así se lo dijo al sheriff.

—¿Cuánto tiempo cree usted que duraría una chica en el SSE —dijo refiriéndose al Servicio de Suicidio Ético— si se asustara tan fácilmente?

El sheriff dio un paso atrás y retrajo la barbilla.

—No mucho, supongo.

—Muy cierto —dijo Nancy remontando la distancia que los separaba y ofreciéndole para oler el canto de la mano en posición de golpe de karate. Todas las Azafatas eran expertas judocas y karatecas—. Si quiere comprobar lo indefensas que estamos sólo tiene que acercarse a mí como si fuera Billy el Poeta.

El sheriff sacudió la cabeza y le contestó con una sonrisa vidriosa.

—Mejor que no.

—Es lo más inteligente que ha dicho hoy —dijo Nancy, dándole la espalda mientras Mary se reía—. No estamos asustadas: estamos enfadadas. O quizá ni siquiera eso. No vale la pena. Estamos aburridas. Qué aburrido que tenga que venir

desde tan lejos, que tenga que montar todo este jaleo, para… —Dejó la frase inacabada—. Es demasiado absurdo.

—No estoy tan enfadada con él como con las mujeres que le dejan hacerlo sin luchar —dijo Mary—, que le dejan hacerlo y luego no son capaces de decirle a la policía qué aspecto tiene. ¡Azafatas de Suicidio!

—Alguien no lleva al día su karate —dijo Nancy.

Billy el Poeta no era el único en sentirse atraído por las Azafatas de los Salones de Suicidio Ético. Todos los cabezahuecas sentían esa atracción. Enajenados por la locura sexual derivada de no tomar nada, pensaban que los labios blancos y los ojos grandes y los bodys y las botas de una Azafata anunciaban *sexo, sexo, sexo*.

La verdad era, claro está, que el sexo era la última cosa que una Azafata tenía en la cabeza.

—Si Billy sigue su *modus operandi* habitual —dijo el sheriff—, estudiará vuestros hábitos y vuestro vecindario. Y luego elegirá a una de las dos y le enviará un poema soez por correo.

—Encantador —dijo Nancy.

—Se sabe que también utiliza el teléfono.

—¡Qué valiente! —añadió Nancy. Por encima del hombro del sheriff, vio que llegaba el cartero.

Se encendió una luz azul encima de la puerta de una cabina a cargo de Nancy. La persona del interior quería algo. Era la única cabina en funcionamiento en ese momento.

El sheriff le preguntó a Nancy si cabía la posibilidad de que la persona de dentro fuera Billy el Poeta y ella contestó:

—Bueno, si lo es le puedo romper el cuello usando el pulgar y el índice.

—Un Abuelo Sexy —dijo Mary, que también lo había visto. Un Abuelo Sexy era cualquier anciano, mono y senil, que protestaba y bromeaba y recordaba anécdotas durante horas antes de permitir que la Azafata lo durmiera.

—Nos hemos pasado dos horas intentando elegir su última comida —gruñó Nancy.

Y entonces entró el cartero con una única carta. Iba dirigida a Nancy, con lápiz borroso. Nancy resplandecía de enfado y asco mientras la abría, sabedora de que contendría un ejemplo de las porquerías de Billy.

Tenía razón. Dentro del sobre había un poema. No era un poema original. Era una canción de los viejos tiempos que había adoptado un nuevo significado desde que se generalizara el entumecimiento derivado del control ético de la natalidad. Decía así, de nuevo en lápiz borroso:

Caminábamos por el parque a oscuras,

tocándole el culo a las estatuas.
Si el caballo de Sherman se deja,
tú también puedes.

Cuando Nancy entró en la cabina de suicidio para ver qué quería el ocupante, el Abuelo Sexy estaba tumbado en el sillón verde menta sobre el que habían muerto sin sufrir cientos de personas a lo largo de los años. Repasaba el menú del Howard Johnson de al lado y seguía el ritmo del hilo musical que emitía el altavoz de la pared amarillo limón. La habitación era un bloque de hormigón pintado. Tenía una ventana con barrotes y persiana veneciana.

Había un Howard Johnson al lado de cada Salón de Suicidio Ético y viceversa. El Howard Johnson tenía el tejado naranja y el Salón de Suicidio tenía el techo púrpura, pero ambos eran el Gobierno. Prácticamente todo era el Gobierno.

Además, prácticamente todo estaba automatizado. Nancy y Mary y el sheriff tenían suerte de tener trabajo. La mayoría de la gente no lo tenía. El ciudadano medio andaba alicaído por casa y veía la televisión, que era el Gobierno. Cada cuarto de hora el televisor le animaba a votar con inteligencia o a consumir con inteligencia, o a orar en la iglesia de su elección, o a amar al prójimo, o a acatar las leyes…, o a pasarse por el Salón de Suicidio Ético más próximo y descubrir lo amable y comprensiva que podía ser una Azafata.

El Abuelo Sexy era una rareza, puesto que lucía las marcas de la vejez, era calvo, tembloroso y tenía manchas en las manos. La mayoría de la gente aparentaba veintidós años, gracias a las inyecciones antienvejecimiento que se ponían dos veces al año. Que el viejo pareciera viejo demostraba que las inyecciones habían sido descubiertas después de que el dulce pájaro de su juventud se hubiera escapado.

—¿Nos hemos decidido ya por nuestra última cena? —le preguntó Nancy. Detectó la irritación en su propia voz, se oyó desvelar la exasperación que le provocaba Billy el Poeta, el aburrimiento que le despertaba el viejo. Estaba avergonzada, aquella actitud no era nada profesional por su parte—. La chuleta de ternera empanada es muy buena.

El viejo ladeó la cabeza. Con la astucia ávida de la segunda infancia, la había atrapado siendo poco profesional, desagradable, y la iba a castigar por ello.

—No parece muy amable. Creía que se suponía que todas debían ser amables. Creía que se suponía que éste era un lugar agradable.

—Le pido perdón —le dijo Nancy—. Si le he parecido antipática, no tiene nada que ver con usted.

—Pensé que quizá la estaba aburriendo.

—No, no —le dijo animosamente—, para nada. La verdad es que sabe usted cosas muy interesantes. —Entre otras cosas, el Abuelo Sexy aseguraba haber

conocido a J. Edgar Nation, el farmacéutico de Grand Rapids padre del control de natalidad ético.

—Pues entonces demuestre interés. —El viejo podía permitirse imprudencias así. La cosa era que podía irse cuando quisiera hasta el momento en que pidiera la aguja: y tenía que pedir la aguja. Era la ley.

El arte de Nancy, y el de todas las demás Azafatas, consistía en asegurarse de que los voluntarios no se fueran, en persuadirlos, adularlos y halagarlos pacientemente a cada paso del camino.

Así que Nancy tenía que sentarse en la cabina, fingir que le maravillaba la frescura de la historia que le explicaba el viejo, una historia que todos conocían, sobre cómo J. Edgar Nation había experimentado con el control de la natalidad ético.

—Él no tenía la menor idea de que un día los seres humanos tomarían su píldora —dijo el Abuelo Sexy—. Su sueño era introducir la moral en la jaula de los monos del zoo de Grand Rapids. ¿Lo sabía usted? —preguntó con severidad.

—No. No, no lo sabía. Es muy interesante.

—Él y sus once hijos fueron a misa un día de Pascua. Y hacía tan buen día y el oficio había sido tan bello y puro que decidieron dar un paseo por el zoo. Se sentían en la gloria.

—Hum. —La escena descrita estaba tomada de una obra que emitían por televisión cada Pascua.

El Abuelo Sexy se metió con calzador en la escena, charlando con los Nation justo antes de que entraran en la jaula de los monos.

—«Buenos días», le dije. «La verdad es que es una bonita mañana.» «Buenos días tenga usted, señor Howard», me dijo él. «No hay nada como una mañana de Pascua para que un hombre se sienta limpio y recién nacido y en paz con los designios del Señor.»

—Hum. —Nancy oía el teléfono sonando débil y persistentemente a través de la cercana puerta insonorizada.

—Así que entramos juntos en la jaula de los monos, ¿y qué le parece que vimos?

—No logro imaginarlo. —Alguien había contestado al teléfono.

—¡Vimos a un mono toqueteándose las partes íntimas!

—¡No!

—¡Sí! Y J. Edgar Nation se disgustó tanto que fue directo a su casa y empezó a trabajar en una píldora que conseguiría que los monos en primavera fueran una visión digna de una familia cristiana.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Nancy.

—Nancy —dijo Mary—, te llaman al teléfono.

Cuando Nancy salió de la cabina se encontró al sheriff atragantándose con risitas

de placer al imponer el cumplimiento de la ley. Varios policías escondidos en el Howard Johnson tenían pinchado el teléfono. Creían que era Billy el Poeta quien llamaba. Habían localizado el origen de la llamada. La policía estaba de camino para atraparle.

—Manténgalo al teléfono, que no cuelgue —le susurró el sheriff a Nancy, y le pasó el teléfono como si fuera de oro macizo.

—¿Sí? —dijo Nancy.

—¿Nancy McLuhan? —dijo un hombre. Había camuflado la voz. Podría estar hablando por un kazoo—. Llamo de parte de un amigo común.

—Oh.

—Me pidió que le enviara un mensaje.

—Ya veo.

—Es un poema.

—Muy bien.

—¿Preparada?

—Preparada. —Nancy oía el chillido de las sirenas de fondo al otro extremo de la línea.

Su interlocutor también tenía que oír las sirenas, pero recitó el poema sin la menor emoción. Decía así:

> Empápate en Loción Jorgen.
> Aquí llega el hombre
> explosión de población.

Le atraparon. Nancy lo oyó todo: los golpes y las pisadas, la trifulca y los gritos.

Sintió una depresión glandular al colgar el teléfono. Su bravo cuerpo se había preparado para una lucha que no tendría lugar.

El sheriff salió dando saltos del Salón de Suicidios, con tantas prisas por ver al famoso criminal que había ayudado a atrapar que se le cayó un fajo de papeles del bolsillo de la gabardina.

Mary los recogió y llamó al sheriff. Él se detuvo un momento, dijo que los papeles ya no importaban y le preguntó a Mary si le gustaría acompañarle. Siguió un tira y afloja entre las chicas, con Nancy persuadiendo a Mary para que fuera asegurándole que no tenía ninguna curiosidad por conocer a Billy. Así que Mary se marchó, pasándole despreocupadamente el fajo a Nancy.

Los papeles resultaron ser fotocopias de poemas que Billy había enviado a Azafatas de otros lugares. Nancy leyó el primero. Le daba gran importancia a un peculiar efecto secundario de las píldoras para el control ético de la natalidad: no sólo entumecían a la gente, también la hacían mear azul. El poema se titulaba «Lo que el

Cabezallena le dijo a la Azafata de Suicidios», y decía así:

No paseé, no sembré,
y gracias a las píldoras, no pequé.
Amé las multitudes, el ruido, la peste.
Y al mear, meé celeste.

Comí bajo un tejado naranja,
bailé con el progreso como una bisagra.
Bajo el tejado púrpura he venido hoy
para mear mi vida en azul.

Azafata virgen, de la muerte reclutadora,
la vida encanta, pero tú eres más encantadora.
Llora mi polla, hija púrpura…
Sólo echó agua azul celestial.

—¿Nunca había oído esa historia sobre cómo J. Edgar Nation inventó el control ético de la natalidad? —quiso saber el Abuelo Sexy. Se le quebró la voz.

—Nunca —mintió Nancy.

—Creía que todos la conocían.

—Yo nunca la había oído.

—Cuando acabó con los monos, aquello parecía el Tribunal Supremo de Michigan. Mientras, hubo una crisis en Naciones Unidas. La gente que sabía de ciencia decía que había que reproducirse menos, y la gente que sabía de moralidad decía que la sociedad se vendría abajo si la gente utilizaba el sexo únicamente por placer.

El Abuelo Sexy se levantó del sillón, se acercó a la ventana, separó dos lamas de la persiana. No había gran cosa que ver. La vista quedaba bloqueada por la parte trasera de un termómetro falso de veinte pies de alto que daba a la calle. Medía los miles de millones de habitantes de la Tierra, de cero a veinte. La columna de líquido de mentira era una tira de plástico rojo traslúcido. Indicaba la gente que había en la Tierra. Muy cerca de la base, una flecha negra marcaba lo que los científicos consideraban la población deseable.

El Abuelo Sexy miraba la puesta de sol a través del plástico rojo y también de la cortina, de modo que tenía la cara ribeteada de sombras y rojo.

—Dígame —preguntó—, cuando muera, ¿cuánto bajará el termómetro? ¿Un pie?

—No.

—¿Una pulgada?

—No exactamente.

—Conoce la respuesta, ¿verdad? —dijo y la miró de frente. La senilidad de su voz y su mirada se había desvanecido—. Una pulgada de esa cosa equivale a 83.333 personas. Lo sabía ¿verdad?

—Eh… Podría ser. Pero, en mi opinión, ésa no es la forma correcta de planteárselo.

Él no le preguntó cuál era la forma correcta en su opinión. En cambio, completó una idea propia.

—Le diré otra cosa que es verdad: soy Billy el Poeta y usted es una mujer muy guapa.

Con una mano se sacó un revólver corto del cinturón. Con la otra, se arrancó la calva y la frente arrugada, que resultaron ser de goma. Ahora aparentaba veintidós años.

—La policía querrá saber qué aspecto tengo cuando todo haya pasado —le dijo a Nancy con una sonrisa maliciosa—. En caso de que no se le dé bien describir a la gente, y es sorprendente la cantidad de mujeres a las que les ocurre:

> Mido cinco pies con dos,
> tengo azules los ojos,
> pelo castaño hasta los hombros…
> Un elfo varonil
> muy pagado de sí
> al que las damas llaman ardiente.

Billy era dos pulgadas más bajo que Nancy. Ella pesaba unos dieciocho kilos más. Le dijo a Billy que no tenía ninguna oportunidad, pero Nancy estaba equivocada. Él había aflojado los barrotes de la ventana la noche anterior y la obligó a salir por el agujero y colarse por una boca de alcantarilla que quedaba oculta de la calle por el gran termómetro.

La llevó a las cloacas de Hyannis. Billy sabía adónde iba. Tenía una linterna y un mapa. Nancy tuvo que ir delante por la estrecha pasarela, mientras su sombra bailaba burlonamente a la cabeza. Intentó averiguar dónde estaban en relación con el mundo real de la superficie. Supuso con acierto que pasaban bajo el Howard Johnson, deduciéndolo de los ruidos que oyó. La maquinaria que procesaba y servía la comida era silenciosa. Pero para que la gente no se sintiera tan sola al comer allí, los diseñadores habían ideado efectos sonoros para la cocina. Eso fue lo que oyó Nancy: una grabación en cinta del entrechocar de la plata y las risas de negros y puertorriqueños.

Después se perdió. Billy tenía poco que decirle salvo «Derecha» o «Izquierda» o «No intentes nada raro, Juno, o te vuelo la puta cabeza».

Sólo en una ocasión mantuvieron algo parecido a una conversación. Billy la inició, y también la acabó.

—¿Qué coño hace una chica con esas caderas vendiendo muerte? —le preguntó desde detrás.

Ella osó detenerse.

—Puedo contestar a eso —le dijo. Confiaba en darle una respuesta que lo marchitara como el napalm.

Pero él le dio un empujón y se ofreció otra vez a volarle la puta cabeza.

—Ni siquiera quieres oír mi respuesta —le provocó—. Tienes miedo de oírla.

—Nunca escucho a una mujer hasta que se le pasa el efecto de las píldoras —dijo con sorna Billy. Así que ése era su plan: mantenerla prisionera al menos ocho horas. Era el tiempo que tardaban las pastillas en perder su efecto.

—Menuda norma idiota.

—Una mujer no es una mujer hasta que el efecto se desvanece.

—Desde luego sabes cómo hacer que una mujer se sienta un objeto en lugar de persona.

—Dale las gracias a las píldoras.

Había ochenta millas de alcantarillas bajo Hyannis y su periferia, que abarcaba una población de cuatrocientas mil drupas, cuatrocientas mil almas. Nancy perdió el sentido del tiempo allí abajo. Cuando Billy anunció que por fin habían llegado a su destino, ella tuvo la impresión de que podría haber pasado un año.

Puso a prueba esa espeluznante sensación pellizcándose un muslo, para ver qué decía el reloj químico de su cuerpo. El muslo seguía entumecido.

Billy le ordenó trepar por unos travesaños de hierro dispuestos sobre una obra reciente. Por encima se veía un círculo de luz enfermiza. Resultó ser luz de luna filtrada por polígonos plásticos de una enorme cúpula geodésica. Nancy no tuvo que pronunciar la pregunta típica de la víctima, «¿Dónde estoy?». Sólo había una cúpula así en Cabo Cod. Estaba en Puerto Hyannis y albergaba el antiguo Complejo Kennedy.

Era un museo sobre el estilo de vida en tiempos más expansivos. El museo estaba cerrado. Solamente se abría en verano.

La boca de alcantarilla por la que emergió Nancy seguida de Billy estaba situada en una extensión de cemento verde, que señalaba dónde había estado el césped de los Kennedy. Sobre el cemento, frente a las antiguas casas de madera, se erigían estatuas de los catorce Kennedy que habían sido presidentes de los Estados Unidos del Mundo. Jugaban a fútbol americano.

El Presidente del Mundo en tiempos de la abducción de Nancy era, casualmente, una ex Azafata de Suicidios llamada Ma Kennedy. Su estatua nunca se sumaría a este particular partido de fútbol. De acuerdo, se llamaba Kennedy, pero no era auténtica.

La gente se quejaba de su falta de estilo, la encontraban vulgar. En la pared de su despacho tenía una placa que decía: NO TIENES QUE ESTAR LOCO PARA TRABAJAR AQUÍ, PERO AYUDA LO SUYO, y otra que decía: ¡PIENSA! y otra más que decía: UN DÍA DE ÉSTOS TENDRÍAMOS QUE ORGANIZARNOS.

Su despacho estaba en el Taj Mahal.

Hasta que llegó al Museo Kennedy, Nancy McLuhan confiaba en que antes o después tendría la oportunidad de romper hasta el último hueso del cuerpecillo de Billy, quizá hasta podría dispararle con su propia pistola. No le habría importado hacerlo. Le parecía más asqueroso que una garrapata henchida de sangre.

No fue la compasión lo que le hizo cambiar de opinión. Fue descubrir que Billy tenía una banda. Había al menos ocho personas alrededor de la boca de alcantarilla, hombres y mujeres en idéntica cantidad, con la cabeza cubierta por medias. Las mujeres agarraron a Nancy con manos firmes y la mandaron tranquilizarse. Eran todas tan altas como ella y la cogían por partes donde podrían hacerle ver las estrellas si hacía falta.

Nancy cerró los ojos, pero esto no la protegió de la conclusión evidente: esas pervertidas eran hermanas del Servicio de Suicidio Ético. Esto la alteró tanto que preguntó en voz alta y amarga: «¿Cómo podéis romper vuestros juramentos de este modo?».

De inmediato le hicieron tanto daño que se doblegó y rompió a llorar.

Cuando volvió a enderezarse tenía muchas más cosas que decir, pero mantuvo la boca cerrada. Especuló en silencio sobre qué demonios podía conseguir que las Azafatas de Suicidio se volvieran contra la idea misma de decencia. La condición de cabezahueca por sí sola no era explicación suficiente. Tenían que estar drogadas.

Nancy repasó mentalmente todas las drogas terribles sobre las que le habían hablado en la escuela, convenciéndose de que aquellas mujeres habían ingerido la peor de todas. Esa droga era tan potente, le habían explicado a Nancy sus profesores, que hasta una persona entumecida de cintura para abajo copularía repetida y entusiásticamente tras tomar un único vaso. Ésa tenía que ser la respuesta: las mujeres, y probablemente también los hombres, habían estado bebiendo ginebra.

Empujaron a Nancy hasta el interior de la casa de madera central, que estaba a oscuras como todas las demás, y Nancy oyó que los hombres ponían a Billy al corriente de las novedades. En estas novedades Nancy percibió un atisbo de esperanza. Quizá hubiera ayuda en camino.

El miembro de la banda que se había encargado de la llamada obscena a Nancy había hecho creer a la policía que habían atrapado a Billy el Poeta, cosa que era mala para Nancy. La policía todavía no sabía que Nancy había desaparecido, le dijeron dos hombres a Billy, y se había enviado un telegrama a Mary Kraft de parte de Nancy

donde se aseguraba que ésta había tenido que ir a Nueva York por asuntos familiares urgentes.

Ahí fue donde Nancy vio un resquicio de esperanza: Mary no se creería lo del telegrama. Mary sabía que Nancy no tenía familia en Nueva York. Ninguna de los sesenta y tres millones de personas que vivían allí era pariente de Nancy.

La banda había desactivado la alarma antirrobo del museo. También habían cortado muchas de las cadenas y sogas que evitaban que los visitantes tocaran nada de valor. No era ningún misterio quién y con qué las habían cortado. Uno de los hombres iba armado con unas brutales tijeras de podar.

Condujeron a Nancy hasta un dormitorio del servicio de la planta alta. El hombre de las tijeras cortó las sogas que barraban el paso de la estrecha cama. Acostaron a Nancy y dos hombres la agarraron mientras un mujer le inyectaba un somnífero.

Billy el Poeta había desaparecido.

Mientras Nancy caía bajo los efectos del tranquilizante, la mujer que la había pinchado le preguntó la edad.

Nancy estaba decidida a no responder, pero descubrió que la droga le impedía negarse a responder.

—Sesenta y tres —murmuró.

—¿Cómo se siente una cuando es virgen a los sesenta y tres?

Nancy se oyó responder a través de una niebla aterciopelada. Le sorprendió la respuesta, quería protestar, esa respuesta no podía ser suya.

—Sin sentido.

Momentos después, le preguntó torpemente a la mujer:

—¿Qué había en la jeringuilla?

—¿Qué había en la jeringuilla, cielo? Bueno, cielo, lo llaman «suero de la verdad».

La luna estaba baja cuando Nancy se despertó, pero la noche seguía en el exterior. Las sombras eran alargadas y había luz de velas. Nancy nunca había visto arder una vela.

Lo que despertó a Nancy fue un sueño sobre mosquitos y abejas. Los mosquitos y las abejas se habían extinguido. Así como los pájaros. Pero Nancy soñó que millones de insectos pululaban a su alrededor de cintura para abajo. No la picaban. La abanicaban. Nancy era una cabezahueca.

Volvió a dormirse. Cuando se despertó otra vez, tres mujeres la conducían a un cuarto de baño con las cabezas todavía cubiertas por medias. El cuarto estaba lleno del vapor de alguien que se había bañado antes. Las huellas mojadas de otra persona cruzaban el suelo y el aire olía a perfume de pino.

Recuperó la voluntad y la inteligencia mientras la bañaban, perfumaban y vestían con un camisón blanco. Cuando las mujeres retrocedieron para contemplarla, les dijo

con calma: «Puede que ahora sea una cabezahueca. Pero eso no significa que tenga que pensar y actuar como tal».

Nadie se lo discutió.

La llevaron abajo y la sacaron al exterior de la casa. Esperaba que la hicieran bajar por otra boca de alcantarilla. El marco perfecto para ser violada por Billy, pensaba, las cloacas.

Pero la condujeron a través del cemento verde, donde solía estar el césped, y luego a través del cemento amarillo, donde solía estar la playa, y luego hasta el cemento azul, donde solía estar el puerto. Había veintiséis yates que habían pertenecido a diversos Kennedy hundidos hasta la línea de flotación en cemento azul. Iba a ser al más antiguo de estos yates, el *Marlin*, en otro tiempo propiedad de Joseph P. Kennedy, adonde acompañaran a Nancy.

Amanecía. Debido a los altos edificios de apartamentos que rodeaban el Museo Kennedy, pasaría una hora antes de que la luz directa del sol alcanzara el microcosmos de debajo de la cúpula geodésica.

Nancy fue escoltada hasta la escalera que daba al camarote de proa del *Marlin*. Las mujeres le indicaron por señas que debía bajar los cinco escalones sola.

Nancy se quedó momentáneamente paralizada, así como las otras dos mujeres. Y había dos estatuas verdaderas en el retablo del puente. De pie junto al timón había una estatua de Frank Wirtanen, antiguo capitán del *Marlin*. A su lado estaba su hijo y segundo de a bordo, Carly. No prestaban la menor atención a la pobre Nancy. Tenían la vista fija en el cemento azul del otro lado del parabrisas.

Nancy, descalza y con un fino camisón blanco, descendió valientemente hasta el camarote de proa, bañado de luz de velas y aroma de pino. La escotilla de la escalera fue cerrada con cerrojo a su espalda.

Las emociones de Nancy y el mobiliario antiguo del camarote eran tan complejas que al principio Nancy no pudo discernir a Billy el Poeta de su entorno, de la caoba y el cristal emplomado. Luego lo vio al fondo del camarote, con la espalda apoyada en la puerta del puente de proa. Iba vestido con un pijama de seda color púrpura y cuello mao. El pijama estaba ribeteado en rojo y sobre el pecho sedoso de Billy se retorcía un dragón dorado. Escupía fuego.

A modo de anticlímax, Billy llevaba gafas. Sostenía un libro.

Nancy se colocó en el penúltimo escalón, agarró con firmeza los asideros de la escalera de cámara. Enseñó los dientes, calculó que se necesitarían diez hombres del tamaño de Billy para moverla de allí.

Entre los dos había una mesa grande. Nancy había imaginado que el camarote estaría dominado por una cama, posiblemente con forma de cisne, pero el *Marlin* era una barca diurna. El camarote era cualquier cosa menos un serrallo. Era tan voluptuoso como un comedor de clase media-baja en Akron, Ohio, hacia 1910.

Había una vela sobre la mesa. Además de una heladera, dos copas y una botella de champán. El champán era tan ilegal como la heroína.

Billy se quitó las gafas, la saludó con una sonrisa tímida y avergonzada y dijo:

—Bienvenida.

—De aquí no paso.

Él accedió.

—Ahí estás muy guapa.

—¿Y qué se supone que tengo que decir yo? ¿Que estás despampanante? ¿Que me embarga un deseo incontenible de lanzarme entre tus brazos viriles?

—Si quisieras hacerme feliz, así lo conseguirías, desde luego. —Dijo esto con humildad.

—¿Y qué pasa con mi felicidad?

La pregunta pareció desconcertar a Billy.

—Nancy… Para eso es todo esto.

—¿Qué pasa si mi idea de la felicidad no coincide con la tuya?

—¿Y cuál crees tú que es mi idea de la felicidad?

—No voy a lanzarme entre tus brazos y no voy a beber ese veneno y no voy a moverme de aquí a menos que alguien me obligue. Así que creo que tu idea de la felicidad va a resultar ser ocho personas agarrándome sobre esa mesa mientras me apuntas valientemente con una pistola en la cabeza… y haces lo que quieras. Así es como va a tener que ser, de modo que ¡llama a tus amigos y acabemos!

Y así lo hizo.

Él no le hizo daño. La desvirgó con una destreza clínica que a ella le pareció repugnante. Cuando todo acabó, él no se mostró chulesco ni orgulloso. Al contrario, estaba terriblemente deprimido y le dijo a Nancy: «Créeme, de haber existido otro modo…».

A lo que ella respondió con un rostro imperturbable y silenciosas lágrimas de humillación.

Los ayudantes de Billy bajaron una litera plegable de la pared. Era poco más ancha que una estantería para libros y colgaba de cadenas. Nancy se dejó acostar y volvió a quedarse a solas con Billy el Poeta. Grande como era, como un contrabajo embutido en aquel estante estrecho, Nancy se sentía como cosita pequeña y penosa. La habían tapado con una manta áspera de los excedentes de guerra. Fue idea suya subir una esquina de la manta para taparse la cara.

Nancy adivinaba por los ruidos lo que Billy estaba haciendo, que no era mucho. Billy estaba sentado a la mesa, de vez en cuando suspiraba o resoplaba, y pasaba páginas de un libro. Encendió un cigarro y el olor del tabaco se coló bajo la manta. Billy inhaló, luego tosió y tosió y tosió.

Cuando amainaron las toses, Nancy dijo con aversión a través de la manta:

—Eres fuerte, imperioso, potente. Tiene que ser maravilloso ser tan viril.

Billy suspiró.

—No soy una cabezahueca demasiado típica —dijo Nancy—. Ha sido horrible… Todo me ha parecido horrible.

Billy resopló y pasó una página.

—Supongo que a las otras mujeres les encantó…, nunca tenían bastante.

—No.

Nancy se descubrió la cara.

—¿Qué quiere decir no?

—Todas eran como tú.

Con esto bastó para que Nancy se sentara y lo mirara fijamente.

—Las mujeres que te han ayudado esta noche…

—¿Qué les pasa?

—¿Les hiciste lo mismo que a mí?

Él no levantó la vista del libro.

—Correcto.

—Entonces ¿por qué no te matan en lugar de ayudarte?

—Porque lo comprenden. —Y luego añadió con suavidad—: Están agradecidas.

Nancy salió de la cama, se acercó a la mesa, se asió a su borde y se inclinó hacia él. Y le dijo muy tensa:

—Yo no te estoy agradecida.

—Lo estarás.

—¿Y qué podría obrar el milagro?

—El tiempo —contestó Billy.

Billy cerró el libro y se levantó. Nancy se sentía turbada por el magnetismo de aquel hombre. De algún modo, él volvía a estar al mando.

—La experiencia por la que has pasado, Nancy, es una noche de bodas típica para una chica mojigata de hace cien años, cuando todos eran cabezashuecas. El novio se las apañaba sin ayudantes, porque por lo general la novia no estaba predispuesta a matarlo. Por lo demás, el espíritu de la ocasión era muy similar. Éste es el pijama que llevaba mi tatarabuelo en su noche de bodas en las Cataratas del Niágara. Según su diario, su novia lloró toda la noche y vomitó dos veces. Pero con el paso del tiempo, se volvió una entusiasta del sexo.

Era el turno de réplica de Nancy, que no replicó. Comprendía la historia. Le asustaba comprender tan fácilmente que el entusiasmo sexual pudiera crecer más y más a partir de un comienzo horripilante.

—Eres una cabezahueca muy típica. Si te paras a pensarlo, te darás cuenta de que estás enfadada porque soy un amante pésimo, además de un canijo de aspecto cómico. Y de ahora en adelante no podrás evitar soñar con un compañero

verdaderamente digno de una Juno como tú. Lo encontrarás: alto, fuerte y caballeroso. El movimiento cabezahueca crece a pasos agigantados.

—Pero —dijo Nancy, y lo dejó aquí. Miró el amanecer por el ojo de buey.

—Pero qué.

—El mundo está hecho un lío por culpa de los cabezahuecas de los viejos tiempos. ¿No lo ves? —alegaba sin demasiada convicción—. El mundo ya no puede permitirse el sexo.

—Pues claro que puede permitírselo. Lo que ya no puede permitirse es la reproducción.

—Entonces ¿para qué están las leyes?

—Son leyes malas. Si retrocedes a lo largo de la historia, descubrirás que la gente que se ha mostrado más deseosa por gobernar, por crear las leyes, hacerlas cumplir y decirle a todo el mundo cómo quiere el Señor todopoderoso que sean las cosas en la Tierra, todas esas personas se han permitido a sí mismas y a sus amigos todo lo que han querido. Pero se han sentido absolutamente asqueadas y aterrorizadas por la sexualidad natural de los hombres y las mujeres corrientes. El porqué no lo sé. Es una de las muchas preguntas que me gustaría plantear un día a las máquinas. Pero una cosa sí sé: ese asco y terror han triunfado por completo. Hoy casi todos los hombres y las mujeres parecen algo recogido por un gato en la calle. La única belleza sexual que puede contemplar hoy un ser humano cualquiera está en la mujer que lo matará. El sexo es la muerte. Una ecuación simple y desagradable: «Sexo es muerte. QED». Ahora comprendes, Nancy, que he pasado esta noche y otras muchas iguales intentando devolver cierta cantidad de placer inocente al mundo, que en este sentido es más pobre de lo necesario.

Nancy se sentó y asintió en silencio.

—Te diré lo que hizo mi abuelo al alba de su noche de bodas —dijo Billy.

—No creo que quiera escucharlo.

—No es nada violento. Es… Se supone que es tierno.

—A lo mejor por eso no quiero oírlo.

—Le leyó un poema a su novia. —Billy tomó el libro de la mesa y lo abrió—. En su diario dice qué poema. Aunque no somos marido y mujer y aunque quizá no volvamos a vernos en años, me gustaría leerte este poema para que sepas que te he querido.

—Por favor…, no. No podría soportarlo.

—De acuerdo, dejaré el libro aquí, con la página marcada, por si quieres leerlo más adelante. Es el poema que empieza:

¿Cómo te quiero? Déjame contar las maneras.
Te quiero hasta lo más profundo, ancho y alto

que alcanza mi alma cuando se pierde de vista
tras los límites del Ser y la Gracia ideal.

Billy dejó un frasco encima del libro.

—También te dejo estas píldoras. Si te tomas una al mes, nunca tendrás hijos. Y seguirás siendo cabezahueca.

Y se marchó. Se marcharon todos menos Nancy.

Cuando Nancy por fin levantó la vista hacia el libro y el frasco, vio que estaba etiquetado. En la etiqueta ponía lo siguiente:

BIENVENIDO A LA JAULA DE LOS MONOS

Traducción de Cruz Rodríguez

WILLIAM H. GASS

El chico de Pedersen

PRIMERA PARTE

1

Big Hans dio un grito, así que yo salí. El establo estaba oscuro, pero el sol brillaba sobre la nieve. Hans llevaba algo que había cogido del pesebre. Yo grité, pero Hans no me oyó. Alcanzó la casa con lo que llevaba antes de que yo llegara a las escaleras. Era el chico de Pedersen. Hans había dejado al chico sobre la mesa, como si se tratase de un jamón, y había puesto agua a hervir. No decía nada. Supongo que creía que ya había hecho suficiente ruido con sus gritos desde el pesebre. Madre estaba atareada con las ropas del chico, que estaban endurecidas por el hielo. Cuando respiraba, ella hacía un ruido que sonaba como *uf*. El agua rompió a hervir y Hans dijo:

Trae nieve y llama a tu padre.

¿Para qué?

Tráeme nieve.

Cogí el cubo grande que había debajo del fregadero y la pala que había junto al fogón. Intenté no hacerlo demasiado aprisa y nadie dijo nada. Había un talud de nieve sobre el borde del porche, así que cogí unas paletadas de allí. Cuando entré con el cubo, Hans dijo:

Tiene ceniza. Trae más.

Con las cenizas se derretirá.

Que no. Cierra la boca y vete a llamar a tu padre.

Madre extendió masa de pan sobre la mesa donde Hans había dejado al chico de Pedersen, como si lo fuera a poner de relleno. La mayor parte de su ropa estaba en el suelo, donde iba a formar un charco. Hans empezó a frotar con nieve la cara del chico. Madre dejó de intentar quitarle la ropa y se quedó simplemente de pie, con las manos extendidas como si las tuviera mojadas, mirando primero a Hans y luego al chico de Pedersen.

Tráelo.

¿Para qué?

Ya te lo he dicho.

Digo a padre—

Sé muy bien lo que quieres decir. Venga.

Encontré una caja de cartón de leche condensada y con la pala la llené de nieve. Pero, como me imaginaba, era demasiado pequeña. Encontré otra llena de trapos y

una esponja vieja que tiré. Sopas Campbell. También la llené con lo que quedaba del talud. La nieve se derretiría en el fondo de las cajas, pero me daba igual. Ahora el chico estaba desnudo. Me alegré de tener la mía más grande.

Parece un gorrino enfermo.

Cállate y ve a buscar a tu padre.

Está durmiendo.

Ya.

No le gusta que lo despierten.

No me digas. ¿Es que acaso no lo sé tan bien como tú? Ve a buscarlo.

Pero ¿para qué lo quieres?

Su whisky nos va a hacer falta.

Para eso sí sirve. Le desinfectará ese arañazo de la cara. Si es que no se le ha acabado.

El agua estaba hirviendo.

¿Qué vamos a hacer con esto?, dijo madre.

Espera, Hed. Ahora quiero que te vayas. Ya me he cansado de hablar. Vete, ¿me oyes?

Me fui a despertar al viejo. No le gustaba que lo molestaran. Tenía un sueño profundo y espeso. El chico de Pedersen, como a mí, le importaba un comino. El chico de Pedersen no era más que un niño. No servía para nada. Yo, sí. Y el viejo se enfadaría, porque, estando como estaba, no iba a darse cuenta de nada. Decidí que odiaba a Hans, aunque no fuera nada nuevo. Precisamente entonces odiaba a Hans porque me imaginaba cómo iba a mirarme padre —como si yo fuera el reflejo del sol sobre la nieve y por mi culpa le escocieran los ojos. Tenía los ojos cansados y nunca había tenido buena vista, pero con el whisky se le avivaría la mirada cuando yo hiciera ruido, se le enrojecerían los ojos y se pondría furioso. Decidí que también odiaba al chico de Pedersen, que se estaba muriendo en nuestra cocina mientras yo estaba fuera y no podía verlo, muriéndose solamente para dar gusto a Hans y obligándome a mí a subir las escaleras y a atravesar un corredor helado, al fondo estaría mi padre, roncando y resoplando, cubierto con mantas como un montón de estiércol bajo la nieve. Qué iba a importarle el chico de Pedersen. Qué le iba a importar que le despertaran para pedirle un poco de whisky para desinfectar la herida de un chico y que de paso descubrieran uno de sus escondrijos. Sólo eso lo pondría furioso estando sereno. Intenté no darme prisa a pesar del frío que hacía y de que el chico de Pedersen estuviera en la cocina.

Tal y como yo esperaba, estaba bien tapado. Lo sacudí por un hombro mientras lo llamaba por su nombre. Su nombre lo hizo dejar de roncar, pero no se movió, excepto para darse media vuelta cuando lo sacudí. Las mantas dejaron al descubierto su nuca escuálida y le vi la cabeza, alborotada como las semillas de un diente de león, pero

tenía la cara vuelta hacia la pared —sobre ella se recortaba la pálida sombra de su nariz— y pensé: bueno, ahora no tienes pinta de matón borracho. No estaba seguro de si seguía dormido. Era un cerdo farsante. Había oído su nombre. Le sacudí un poco más fuerte y me puse a hacer ruido. Padre—, padre—, eh, dije.

Yo estaba demasiado agachado. Aunque debería haber tenido cuidado. Siempre se tumbaba pegado a la pared para que tuvieras que inclinarte cuando fueras a despertarlo. Era muy listo. Te hacía perder la paciencia. Yo tenía que haber tenido más cuidado, pero estaba pensando en el chico de Pedersen, completamente desnudo en mitad de la masa de pan. Cuando levantó el brazo di un salto hacia atrás, pero me alcanzó en un lado del cuello, haciendo que se me saltaran las lágrimas, y retrocedí tosiendo. Padre estaba de lado, mirándome con los ojos entreabiertos y una mano, con la que me había dado el puñetazo, sobre la almohada.

Largo de aquí.

No dije nada —tenía un nudo en la garganta— pero me quedé mirándolo. Tenía tan malas intenciones como una mula, daba coces a traición con las patas traseras. De todas formas, era mejor que me hubiera dado. Cuando fallaba se ponía furioso.

Largo de aquí.

Me ha mandado Hans. Me ha dicho que te despertase.

A la mierda Hans. Largo de aquí.

Se ha encontrado al chico de Pedersen junto al pesebre.

Largo de aquí.

Padre tiró de las mantas. Estaba chasqueando la lengua.

El chico está más helado que un carámbano. Hans le está dando friegas de nieve. Lo tiene en la cocina.

¿A Pedersen?

No, padre. Al chico de Pedersen. Al chico.

No hay nada que robar del pesebre.

No estaba robando, padre. Estaba allí tirado. Cuando lo encontró Hans estaba congelado. Estaba allí cuando lo encontró Hans.

Padre se echó a reír.

En el pesebre no tengo nada escondido.

No lo entiendes, padre. Es el chico de Pedersen. El chico—

Lo entiendo perfectamente.

Padre había levantado la cabeza, le brillaban los ojos, se mordía el lugar donde antes tenía el bigote.

Vaya si lo entiendo. Ya sabes que no quiero ver a Pedersen. Ese chulo. ¿Para qué voy a verlo? Ese maricón de agricultor. Para qué tenía que venir, ¿eh? Largo de aquí, maldita sea. Y no vuelvas. Haz lo que te salga de los cojones, so imbécil. Tú y Hans. Pedersen. Ese chulo de mierda. Ese maricón de agricultor. No vuelvas. Fuera.

Mierda. Fuera. Fuera. Fuera.

Hablaba a gritos y respiraba con dificultad, apretando el puño que tenía sobre la almohada. En la muñeca tenía unos pelos largos y negros. Se le rizaban sobre el puño de la camisa.

Hans me obligó a venir. Hans dice que—

Que se vaya a la mierda Hans. Todavía es más bestia que tú. Y un buen cretino. Ya te enseñaré a ti yo como le he enseñado a él, maldita sea. Fuera de aquí. ¿Quieres que te tire el orinal?

Estaba a punto de levantarse, así que me fui dando un portazo. Empezaba a darse cuenta de que se había puesto demasiado furioso para poder volver a dormirse. Entonces se ponía a tirar cosas. Una vez salió tras Hans y le tiró el orinal por la barandilla. Padre había estado cagando y vomitando en el orinal. Hans cogió un hacha. Ni siquiera se molestó en limpiarse y antes de calmarse llegó a echar abajo un trozo de la puerta de padre. No habría llegado tan lejos si padre no se hubiera encerrado en su habitación dando tales carcajadas que hacía temblar la casa. Lo del orinal ponía a padre de muy buen humor —siempre que se acordaba. Yo tenía la impresión de que la historia no se les había olvidado a ninguno de los dos, la tenían enterrada en las tripas entre risotadas y juramentos, que pugnaban por salir como un animal enjaulado. Mientras bajaba no dejé de oír las maldiciones de padre.

Hans había cubierto el pecho y el vientre del chico con unas toallas empapadas en agua hirviendo. Con nieve le frotaba las piernas y los pies. La mesa estaba cubierta del agua de las toallas y de nieve y la masa había empezado a ponerse pastosa, adhiriéndose a la espalda y al trasero del chico.

¿Es que no se va a despertar?

¿Y tu padre?

Cuando me marché estaba despierto.

¿Qué ha dicho? ¿Te ha dado el whisky?

Me ha dicho que a la mierda Hans.

No te pases de listo. ¿Le has pedido el whisky?

Sí.

¿Y qué?

Dijo que a la mierda Hans.

No te pases de listo. ¿Qué piensa hacer?

Probablemente volver a dormirse.

Entonces vete a por el whisky.

Ve tú. Coge el hacha. A padre le dan miedo las hachas.

Escucha, Jorge, ya me he cansado de tus chulerías. El chico está muy mal. Como no consigamos que trague un poco de whisky puede que se muera. ¿Quieres que se muera el chico, eh? Ve a donde está tu padre y trae el whisky.

A padre le da igual el chico.

Jorge.

Que no. No le importa nada y a mí tampoco me gusta que me rompan la cabeza. A él le da lo mismo y yo no quiero que me llene de mierda. No le importa nadie. Lo único que le interesa es el whisky y la cicatriz que tiene en la cara. Lo que quiere es emborracharse como un cerdo. Lo demás le da igual. No le importa nada. Ni el chico de Pedersen. Ni el chulo de su padre. Ni tampoco el chico.

Yo lo traeré, dijo madre.

Ya le daría yo a Hans. Estaba considerando si lanzarme sobre él, pero cuando madre dijo que iría a por el whisky, se quedó tan sorprendido como yo y se tranquilizó. Madre nunca se acercaba al viejo cuando estaba durmiendo. Ya no. Desde hacía mucho tiempo. Cuando se lavaba la cara por la mañana, lo primero que ella veía era la cicatriz que le había hecho en la barbilla con la hebilla de una bota y puede que aún lo viera tirándosela, con el calcetín sucio colgando cuando la lanzó por los aires. Recordarlo le debía resultar tan normal como a Hans recordar haber ido a coger el hacha mientras todavía estaba empapado por las heces repugnantes de padre, verdosas y pestilentes.

No, no vayas, dijo Hans.

Sí, Hans, nos hace falta, dijo madre.

Hans movió la cabeza, pero ninguno de los dos intentamos detenerla. De haberlo hecho, tendría que haber ido uno de nosotros. Hans siguió dando friegas al chico…, frotaba…, frotaba.

Voy a por más nieve, dije.

Cogí la pala y el cubo y salí al porche. No sé dónde fue madre. Creía que había ido arriba y esperaba oírla subir las escaleras. Había sorprendido a Hans tanto como a mí al decir que iría ella y volvió a sorprenderlo al volver tan pronto, porque cuando entré con la nieve ya estaba allí con una botella que tenía tres plumas en la etiqueta, y que Hans, de muy mal humor, tenía agarrada por el cuello. Uy, de qué forma tan rara se comportaba, hurgando por los cajones con mucho cuidado, y sujetando la botella con el brazo extendido como si fuera una serpiente. Estaba enfadado porque había creído que madre iba a hacer algo tremendo, casi una heroicidad, especialmente en su caso —lo conozco bien…, lo conozco bien…, a veces se nos ocurren las mismas cosas—, pero madre no había pensado en nada semejante. No nos podíamos desquitar. No era como cuando te timan en la feria. Siempre lo intentan, así que es de esperar. Pero ahora Hans había dado a madre algo suyo —los dos se lo dimos cuando creímos que iba a ver a padre—, algo valioso, sus mejores sentimientos; pero como ella no sabía lo que le habíamos dado, no había forma de recuperarlo.

Hans dejó el tapón al descubierto y finalmente lo desenroscó. También estaba irritado porque sólo había una manera de tomar lo que ella había hecho. Madre había

encontrado uno de los escondrijos de padre. Lo había encontrado y no había dicho ni palabra, mientras que Hans y yo nos habíamos pasado todo el invierno buscándolos, todos los inviernos desde aquella primavera en que llegó Hans y yo encontré la primera botella al mirar dentro del retrete. A padre le encantaban los escondrijos. Sabía que nosotros los andábamos buscando y le divertía. Pero lo de madre. Seguramente lo habría encontrado por casualidad, pero no había dicho nada y no sabíamos ni cuándo ni cuántos habría descubierto sin decirnos nada. Seguro que padre acabaría por darse cuenta. A veces no lo dejaba traslucir porque las escondía tan bien que ni él mismo era capaz de encontrarlas o porque miraba y no encontraba nada, y entonces pensaba que, a lo mejor, no había escondido ninguna o que ya se la había bebido. Pero esto sí lo iba a descubrir porque estábamos gastándolo. Cualquier idiota se daría cuenta de lo que había pasado. Si averiguaba que lo había descubierto madre —mala cosa. Estaba orgulloso de sus escondrijos. Lo único que le producían era orgullo. Supongo que no resultaba fácil engañarnos a Hans y a mí. Pero a madre no la consideraba gran cosa. Y si lo averiguaba —que la había descubierto una mujer — iba a haber problemas.

Hans echó un poco en un vaso.

¿Vas a ponerle más toallas?

No.

¿Por qué? El calor sobre la piel es bueno, ¿no?

No donde está más congelado. El calor es bueno para donde no hay hielo. Por eso sólo le he puesto toallas en el pecho y en el vientre. Tiene que descongelarse. Deberías saberlo.

Las toallas se habían desteñido.

Madre metió el dedo gordo del pie entre la ropa del chico.

¿Qué vamos a hacer con esto?

Hans comenzó a echar whisky en la boca del chico, pero se le llenó la boca sin que llegara a tragar nada y enseguida le resbalaba por la barbilla.

Ven, ayúdame a levantarlo. Tengo que abrirle la boca.

Yo no quería tocarlo y esperaba que fuera madre quien lo hiciese, pero ella seguía mirando al suelo, al montón de ropa del chico y al charco que había al lado y no se movió.

Vamos, Jorge.

Bueno.

Levanta, despacio… Levanta.

Ya estoy levantando.

Lo cogí por los hombros. La cabeza se le cayó hacia atrás. Se le abrió la boca. Tenía rígida la piel del cuello. Estaba muy frío.

Levántale la cabeza. Se va a ahogar.

Tiene la boca abierta.

La garganta está obstruida. Se va a asfixiar.

Se va a asfixiar de todas formas.

Levántale la cabeza.

No puedo.

No lo cojas así. Rodéalo con los brazos.

Bueno. Caray.

Estaba pero que bien frío. Le pasé un brazo alrededor del cuerpo con mucho cuidado. Hans le había metido los dedos en la boca.

Seguro que así se ahoga.

Cállate. Y cógelo como te he dicho.

Estaba mojado y muy frío. Yo tenía un brazo por detrás de su espalda. Parecía que estaba muerto.

Échale la cabeza un poco hacia atrás…, no demasiado.

Estaba frío y muy flaco. Seguro que estaba muerto. Teníamos un cadáver en la cocina. Estaba muerto desde el principio. Ya estaba muerto cuando lo entró Hans. Yo no lo sentía respirar. Estaba terriblemente flaco, tenía el pecho hundido entre las costillas. Estábamos a punto de meterlo en el horno. Hans lo estaba adobando. Yo lo tenía agarrado con un brazo, sujetándolo. Estaba muerto y yo lo estaba agarrando. Notaba que se me ponían los pelos de punta.

Bueno. Caray.

Está muerto. Lo *está*.

Lo has soltado.

¿Muerto?, dijo madre.

Está muerto. Lo he notado. Está muerto.

¿Muerto?

¿Es que eres idiota? Se ha dado con la cabeza contra la mesa.

¿Está muerto? ¿Está muerto?, dijo madre.

Claro que no, todavía no está muerto. Mira lo que has hecho, Jorge; todo está lleno de whisky.

Está muerto. Lo *está*.

Aún no. Todavía no lo está. Ahora deja de dar gritos y levántalo.

No respira.

Sí respira, *está* respirando. Levántalo.

No. No pienso sujetar a un muerto. Sujétalo tú si quieres. Puedes echarle todo el whisky que te dé la gana. Haz lo que quieras. Yo, ni hablar. No pienso sujetar a un muerto.

Si está muerto, dijo madre, ¿qué vamos a hacer con esto?

Jorge, maldita sea, vuelve aquí—

Me fui al pesebre donde lo había encontrado Hans. Aún había un hoyo en la nieve y unas huellas todavía no cubiertas de nieve por el viento. El chico debía haber estado de pie, porque eran muy vacilantes. Se notaba que se había aproximado a un talud y luego había regresado y se había agazapado al lado del pesebre, contra el que parecía haberse golpeado antes de caerse, quedándose luego quieto; por eso había dado tiempo a que la nieve se amontonase a su alrededor, de tal modo que enseguida lo habría cubierto por completo. Quién sabe, pensé, con esta nevada puede que no lo hubiéramos encontrado hasta la primavera. Me alegraba de que Hans lo hubiera descubierto, aunque estuviese muerto en nuestra cocina. Me veía saliendo de casa una mañana con el sol brillando en lo alto y cayendo gotas de los aleros, la nieve salpicada de gotas de agua y quebrándose el hielo del arroyo; yo salía y pasaba al lado del pesebre sobre el borde del talud de nieve…; había salido a jugar con la nieve… y me veía resbalar, hundirme en el talud grande que siempre se forma contra el pesebre y notaba algo bajo un pie, el chico de Pedersen, encogido, reblandeciéndose.

Eso habría sido mucho peor que tener que sujetar su cadáver en la cocina. Habría sido mucho más inesperado y habría sido mucho peor que hubiera ocurrido cuando yo estuviera jugando. No habría habido ningún aviso, ninguna posibilidad de estar prevenido antes de que sucediera; yo no habría sabido con qué había tropezado hasta no haberme agachado, incluso aunque el viejo Pedersen hubiera venido entre la nieve buscando al chico y aunque todo el mundo hubiera pensado que, con toda probabilidad, el chico estaría enterrado bajo la nieve en alguna parte; que, quizá, alguien lo encontraría algún día después de un buen vendaval, surgiendo de un prado como una negra roca desnuda; pero probablemente en primavera alguien lo encontraría en algún lugar perdido, derritiéndose entre el barro, y tendría que meterlo en su casa y luego llevarlo a casa de Pedersen y enseñárselo a la señora Pedersen. Aun así, aunque lo supiera todo el mundo y esperase que uno de los Pedersen lo encontrara antes para no tener que sacarlo del barro o desengancharlo de la maleza y meterlo en casa de uno y luego llevárselo a la señora Pedersen envuelto en sus ropas putrefactas y empapadas —aun así, ¿quién iba a pensar que al hundírsele inesperadamente un pie en la nieve de un talud mientras estás jugando ibas a dar con el chico de Pedersen allí, hecho un ovillo, precisamente al lado de tu propio pesebre? Estaba bien que Hans hubiera bajado por la mañana y lo hubiera encontrado, incluso aunque estuviera muerto en nuestra cocina y yo hubiera tenido que sujetarlo.

Cuando viniera Pedersen preguntando por su chico, esperando quizá que el chico hubiera llegado sano y salvo a nuestra casa y se hubiera quedado, aguardando a que amainara la ventisca antes de volver a su casa, padre saldría a su encuentro y le invitaría a un trago y le diría que él era quien tenía toda la culpa por haber levantado tantas vallas contra la nieve. Conociendo a mi padre, yo sabía que diría a Pedersen

que buscase bajo los taludes que la nieve había formado contra las vallas, y Pedersen se pondría tan furioso que se abalanzaría sobre padre y se marcharía precipitadamente, clamando la venganza de Dios, como tanto le gustaba hacer. Pero, ahora, como lo había encontrado Hans y estaba muerto en nuestra cocina, padre no hablaría mucho cuando viniera Pedersen. Probablemente se limitaría a ofrecerle un trago y no mencionaría las vallas. A lo mejor Pedersen venía esta mañana. Eso sería lo mejor, porque padre todavía estaría durmiendo. Si padre seguía durmiendo cuando llegase Pedersen, no tendría ocasión de hablar de las vallas, ni de ofrecer un trago, ni de llamar chulo, ni cerdo, ni maricón a Pedersen. Entonces Pedersen no tendría que rechazar el trago, ni escupir el tabaco sobre la nieve, ni clamar al cielo, y podría coger a su chico y marcharse a su casa. Ojalá llegase enseguida Pedersen. Ojalá viniera a llevarse de nuestra cocina aquel cadáver húmedo y frío. Tal y como me sentía, no creía que hoy pudiera comer. Con cada bocado vería al chico de Pedersen en la cocina mientras lo adobaban para servirlo en la mesa.

Había amainado el viento. El sol brillaba sobre la nieve. De todas formas, sentí frío. No quería entrar en casa, pero notaba que el frío me envolvía como debía haberlo envuelto a él cuando estaba de camino. Se habría deslizado sobre él como una sábana, helada al principio, especialmente en la parte de los pies, y él posiblemente habría movido los dedos dentro de las botas, habría deseado enroscar una pierna en la otra, como hace uno al meterse en la cama. Pero entonces, poco a poco, se empieza a entrar en calor, las sábanas se empiezan a poner calentitas hasta que te sientes realmente a gusto y te quedas dormido. Sólo que cuando el chico de Pedersen se quedó dormido junto a nuestro pesebre no sería como quedarse dormido en tu cama, porque ni la sábana dejó de estar fría ni él entró en calor. Ahora seguía igual de frío en nuestra cocina, con el agua hirviendo y madre preparando el pan para cocerlo, mientras que yo estaba pisoteando la nieve junto al pesebre. Tenía que entrar. Miré, pero no distinguí a nadie en el camino. Lo único que vi fueron una serie de huellas medio borradas bailoteando sobre la nieve, que se perdían bajo un talud. No había nada más. No había nada: ni un árbol, ni un poste, ni una roca desnuda, ni un matorral cubierto de nieve que señalase el lugar donde aquellas huellas salían del talud, como si alguien hubiera surgido de entre la nieve que cubría el suelo.

Decidí dar la vuelta por la parte delantera, aunque no me dejasen pasar por el salón. La nieve me llegaba hasta la ingle, pero estaba pensando en el chico tumbado sobre la mesa de la cocina en mitad de la masa del pan, pringoso de whisky y agua, como si repentinamente hubiera llegado a nuestra cocina la primavera, desconociendo que él había estado siempre allí, y hubiera derretido la losa de su tumba y lo hubiera dejado allí para que nosotros lo encontrásemos, aterido, rígido y desnudo; y ¿quién sería el que lo tendría que llevar a casa de Pedersen y se lo entregaría a la señora Pedersen desnudo y con todo el trasero lleno de harina?

Solamente la espalda. El chaquetón verde. El gorro negro de lana. Los guantes amarillos. La escopeta.

Hans no dejaba de repetirlo. Era como si esperase que las palabras cambiaran de significado. Me miraba, sacudía la cabeza y volvía a repetirlas.

«Los encerró en el sótano, así que me escapé.»

Hans llenó el vaso. Estaba sucio de whisky y harina.

«No dijo nada en todo el rato.»

Puso la botella sobre la mesa y el fondo se hundió suavemente en la masa, inclinándose extrañamente hacia un lado como si —al igual que todo el mundo— se hubiera vuelto loca.

Eso es todo lo que dice que vio, dijo Hans, con la mirada fija sobre la huella del trasero del chico sobre la masa. Solamente la espalda. El chaquetón verde. El gorro negro de lana. Los guantes amarillos. La escopeta.

¿Nada más que eso?

Hizo una larga pausa.

Sólo eso.

Tiró el whisky y se quedó mirando al fondo del vaso.

¿Y cómo iba a acordarse de tantos colores?

Se inclinó con las piernas abiertas, los codos apoyados en las rodillas, y sujetó el vaso entre las dos manos, inclinándolo para ver cómo el resto del whisky se desplazaba por el fondo.

¿Cómo lo sabe? Es decir, ¿cómo está tan seguro?

Cree que lo sabe, dijo Hans con voz cansada. Cree que lo sabe.

Cogió la botella y tenía adherido un pegote de masa.

Bueno. Eso es todo. Lo cree así. Ya vale, ¿no?, dijo Hans.

Qué desorden, dijo madre.

Estaba delirando, dijo Hans. No podía pensar en otra cosa. Tenía que decirlo. Tenía que soltarlo. Si hubieras visto cómo gemía.

Pobrecito Stevie, pobrecito, dijo madre.

¿Estaba delirando?

Pero ¿es que te crees que se lo ha inventado?, dijo Hans.

Tiene que haber estado soñando. Mira —¿cómo pudo llegar hasta allí? ¿De dónde venía? ¿Caído del cielo?

Llegó en mitad de la ventisca.

Precisamente, Hans, así tuvo que ser. Estuvo nevando muy fuerte durante el día entero. No amainó hasta caer la tarde, ¿no? Así tuvo que ser. ¿Y qué probabilidades hay? ¿Eh?

Pues que ocurriera ya es bastante, dijo Hans.

Pero escucha, joder. No es de por aquí. Si no es de por aquí, tendrá que haber venido de alguna parte. No pudo haberlo hecho con la ventisca ni aunque hubiera conocido esta zona.

Llegó con la ventisca. Saldría de la tierra como un gusano. Hans se encogió de hombros. La cosa es que vino.

Hans se sirvió un trago, a mí no me dio.

Vino con la ventisca, dijo. Vino de la misma forma que llegó el chico. El chico no tenía muchas posibilidades, pero llegó. Está aquí, ¿no? Ahora está arriba. Eso no tienes más remedio que creértelo.

Cuando llegó el chico no había ventisca.

Se estaba levantando.

No es lo mismo.

Bueno. El chico tuvo unos cuarenta y cinco minutos, quizá una hora, antes de que la cosa empezara a ponerse fea. No es bastante. Hace falta todo, no solamente el comienzo. Cuando se levanta una ventisca más te vale estar donde quieres llegar, si es que quieres ir a alguna parte.

Eso es lo que quiero decir. ¿Lo ves, Hans? El chico tuvo una oportunidad. Conocía el camino. Venía de un sitio. Además, tenía miedo. Estaba asustado. No iba a andar por ahí zascandileando. Y ha tenido suerte. Ha tenido la posibilidad de tener suerte. Pero el de los guantes amarillos no ha tenido esa posibilidad. Tuvo que venir desde más lejos. Tuvo que hacer todo el camino en mitad de la ventisca. Pero no conoce el camino y tampoco está demasiado asustado, a no ser que lo esté de la nevada. No tiene ni la posibilidad de tener suerte.

Dices que el chico estaba asustado. De acuerdo. Explícame de qué.

Hans mantenía los ojos fijos en el whisky que brillaba en el vaso. Lo sujetaba con fuerza.

¿Y no estaba asustado el de los guantes amarillos?, dijo. ¿Cómo puedes saber que no estaba asustado por algo, aparte del vendaval, de la nevada, del frío y de la ventisca?

Bueno, no lo sé, pero parece probable, ¿no? De todas formas, el chico, bueno, puede que no estuviera asustado al principio. A lo mejor lo andaba buscando su padre para zurrarlo y se las piró. Luego se da cuenta de que viene otra ventisca y de que está perdido y cuando llega a nuestro pesebre no sabe dónde está.

Hans sacudió lentamente la cabeza.

Que sí, Hans, joder, que sí. El chico está asustado porque se ha escapado. No quiere decir la estupidez que ha hecho. Así que se inventa toda la historia. Es solamente un crío. Se ha inventado todo.

A Hans no le convencía. No quería creer al chico más que yo mismo, pero si no lo

hacía, entonces el chico le habría tomado el pelo. Y eso tampoco lo quería aceptar.

Que no, dijo. ¿Es que es como para inventárselo? ¿Acaso se te ocurre algo así —cuando estás delirando, congelado, con fiebre y sin saber ni dónde ni con quién estás ni nada— y vas y te lo inventas?

Sí.

No. Verde, negro, amarillo: tampoco te inventas los colores. No te inventas lo de que meten a tu gente en el sótano para que se queden congelados. No te inventas lo de que no dice ni pío, ni tampoco que solamente le ves la espalda, ni la ropa que exactamente lleva puesta. Es más que una invención, más que una pesadilla. Es una de esas cosas que ves de repente y te impresiona tanto que nunca puedes olvidarlo por más que lo intentes; los sueños pasan, pero una cosa así acaba por apoderarse de ti; es como cuando se te engancha un cardo a la ropa e intentas quitártelo de encima mientras sigues con lo tuyo, pero nada, que no se quita, sólo se suelta un poco, y cuando quieres darte cuenta llevas una hora intentando despegártelo. Yo lo sé.
A mí suele pasarme eso. A todo el mundo. Te cansas enseguida de intentar quitártelo. Si fuera una simple pelusa, bueno, pero es que no lo es. Nunca lo es. El chico tuvo que ver algo que lo impresionó; se le quedó tan grabado que posiblemente no dejó de verlo mientras corría hacia aquí. No podía evitarlo. Estaba tan impresionado que tenía que soltarlo en cuanto pudo. Le impresionó. Esas cosas no te las inventas, Jorge.

No. Llegó en medio de la ventisca, igual que el chico. No tenía por qué haber venido, pero vino. No sé ni cómo, ni exactamente cuándo; sólo que debió de ser durante la ventisca de ayer. Llegaría a casa de Pedersen inmediatamente antes o inmediatamente después de que dejara de nevar. Llegó y metió a todos en el sótano donde guardan la fruta para que se congelasen, y puedes estar seguro de que no le faltarían razones para hacerlo.

Tienes masa pegada al culo de la botella de padre.

No se me ocurrió otra cosa que decir. Lo que Hans decía parecía correcto. Parecía correcto, pero no podía ser correcto. No podía ser. En cualquier caso, el chico de Pedersen se había escapado de su casa ayer por la tarde probablemente al amainar la ventisca, y esta mañana había aparecido en nuestro pesebre. Yo sabía que estaba aquí. Hasta ahí llegaba. Yo lo había sostenido. Lo había sentido muerto entre las manos, aunque ahora ya no debía de estarlo. Hans lo había acostado en el piso de arriba, pero yo todavía lo veía en la cocina, desnudo y esquelético, cubierto con dos toallas humeantes, el whisky resbalándole por la comisura de la boca, la suciedad de entre los dedos de los pies, marcando sobre la masa de madre la huella de su trasero.

Intenté coger la botella. Hans la retiró.

Pero no lo vio hacerlo, dije.

Hans se encogió de hombros.

Entonces no está seguro.

Está seguro, ya te lo he dicho. ¿Es que si no estuvieras seguro ibas a salir huyendo en mitad de una ventisca?

No había ventisca.

Se estaba levantando.

Yo no salgo cuando hay una ventisca.

Una mierda.

Hans me apuntó con el extremo de la botella lleno de masa.

Una mierda.

La agitó.

Vienes del establo —como esta mañana. Como sabes muy bien, en mil leguas a la redonda no hay nadie que lleve guantes amarillos y una escopeta. Vienes del establo sin pensar en nada concreto. Entras —acabas de entrar cuando ves a un tipo que no habías visto en la vida, a ese que no estaba en mil leguas a la redonda, que ni de lejos hubieras sospechado que existiera, y lleva guantes amarillos y chaquetón verde y nos tiene a mí, a tu madre y a tu padre en fila con las manos tras la nuca, así—

Hans se puso el vaso y la botella detrás de la cabeza.

Nos tiene a mí, a tu madre y a tu padre en fila con las manos tras la nuca y tiene un rifle entre los guantes amarillos y está apuntando hacia la cara de tu madre, subiendo y bajando lentamente el cañón.

Hans se levantó y violentamente agitó la botella delante de la cara de madre. Ella se sobresaltó y la apartó. Hans se detuvo antes de acercarse a mí. En su enorme cara, los ojos parecían botones negros y yo intenté que no se notara que me encogía en la silla.

¿Y qué has hecho tú?, rugió Hans. Dejar que un chiquillo se dé un golpe en la cabeza contra la mesa.

Vete a—

Hans tenía otra vez la botella ante sí, agitándola delante de mis narices.

Hans Esbyorn, dijo madre, no atosigues al chico.

Vete a—

Jorge.

Yo no huiría, madre.

Madre suspiró. No lo sé. Pero no grites.

Me cago en la mar, madre.

Y tampoco digas palabrotas. Por favor. Ya has dicho bastantes. Tú y Hans. Los dos.

Pero yo no saldría huyendo.

Sí, Jorge, sí. Estoy segura de que no escaparías, dijo.

Hans volvió a su sitio y se sentó y se acabó el trago y se sirvió otro. Ahora que ya me había liado, podía quedarse tranquilo. Era un cabrón.

Naturalmente que saldrías huyendo, dijo, humedeciéndose los labios con la lengua. Tal vez fuera lo mejor que podías hacer. Quizá todos huiríamos. Sin escopeta, sin nada con que hacerle frente.

Pobrecito. ¿Y qué vamos a hacer con esto?

Ponlo a secar, Hed, joder.

¿Dónde?

Bueno, ¿dónde sueles poner la ropa a secar?

Oh, no, dijo, no me parecería bien.

Entonces, joder, Hed, qué quieres que te diga. Joder.

Por favor, Hans, por favor. No me gusta oír esas cosas.

Se quedó mirando al techo.

Dios santo. Qué desastre de cocina. No soporto verla así. Y el pan sin cocer.

Eso era todo lo que se le ocurría. Eso era lo único que tenía que decir. Yo le importaba un pito. Yo no contaba. No era su cocina. Yo no habría salido huyendo.

Al cuerno el pan, dije.

Cierra el pico.

Por mí podía ponerse todo lo furioso que le pareciera. Me daba igual. ¿Qué me importaba que estuviera furioso? Lo mismo que si me hubiera hecho un rasguño en un pie o que sintiera cualquier otra molestia o que la cama estuviera fría. Pero me encontré mejor cuando dejó de mirarme para echar un trago. Iba a retorcerle los cojones.

Bueno, dije. Vale. Vale.

Estaba considerando todo el asunto con la mirada perdida en el fondo del vaso.

En el sótano deban de haberse quedado congelados.

En el fondo brillaba un poco de licor. Le iba a retorcer los cojones como si fueran la boca de un costal.

¿Qué piensas hacer?

Volvía a tener un aspecto furioso, aunque no tanto como antes. Estaba viendo algo en el fondo del vaso.

He salvado al chico, ¿no?, dijo por fin.

Quién sabe.

No lo has salvado.

No. No lo he salvado.

Entonces ya va siendo hora de que hagas algo, ¿no?

¿Por qué? No creo que se hayan quedado congelados. Quien lo cree eres tú. Tú eres quien cree que salió huyendo en busca de ayuda. Tú. Tú lo has salvado. Muy bien. Tú no has dejado que se diera con la cabeza contra la mesa. Fui yo. No tú. No. Tú eres quien le ha estado dando friegas. Muy bien. Lo has salvado. Pero eso no es lo

que quería el chico. Vino buscando ayuda. Por lo menos, según tú. No vino a que lo salvaras. Lo has salvado, pero ¿qué piensas hacer para ayudarlo? Te sientes superior, ¿eh?, pensando en lo que has hecho. Eres su salvador, ¿eh, Hans? ¿Cómo se siente uno?

Hijo de puta.

Muy bien, lo seré. No importa. Tú has hecho todo. Tú lo has encontrado. Tú has organizado la marimorena, venga a dar órdenes a todo el mundo. Estaba más muerto que vivo. Lo sé porque lo he sujetado. Quizá tú creyeras que estaba vivo, pero no importa. No —pero no podías dejarlo en paz. Friegas. Pues yo lo noté… frío… Joder.

¿No estás orgulloso? Estaba muerto aquí mismo, muerto. Y no había ningunos guantes amarillos. Y ahora resulta que sí. Eso te pasa por tanto frotar. Friegas. ¿No estás contento? No quieres creer que el chico te estaba contando mentiras para engañarte. Así que estaba muerto. Y ahora no. Para ti no lo está. Para ti, no.

También para ti está vivo. Te has vuelto loco. Todo el mundo puede darse cuenta de que está vivo.

No lo está. No para mí. Nunca lo ha estado. Lo único que he visto es que estaba muerto. Frío… Yo lo he sentido… Joder. ¿No te alegras? Lo tienes en tu cama. Muy bien. Lo has subido tú. En tu cama, Hans. Fue a ti a quien le contó la historia al oído. Además te la has creído, así que para ti está vivo. Para mí, no. Para mí no lo está.

No puedes decir eso.

Pues lo digo, ¿me oyes? Friegas… Además del chico, con la ventisca llegó otra cosa, Hans. Y no quiero decir que fuera el de los guantes amarillos. No lo hizo. No pudo. Pero hubo de venir algo más. No se te ocurrió pensarlo mientras le estabas dando friegas.

Hijo de puta.

Hans, por favor, Hans, dijo madre.

Déjalo. No me importa, ya te lo he dicho. Te estoy preguntando qué piensas hacer. Tú te lo has creído. Lo has hecho. ¿Qué vas a hacer? Tendría gracia que ahora el chico se estuviera muriendo ahí arriba mientras estamos aquí sin hacer nada.

Jorge, dijo madre, qué horror —en la cama de Hans.

Bueno, pues imagínate que no le diste friegas suficientes —no eran suficientemente fuertes ni se las diste durante el tiempo necesario, Hans. Imagínate que se te muere en la cama. Podría ser. Estaba frío. Lo sé. Tendría gracia, porque el de los guantes amarillos —ése no se va a morir. No va a ser fácil acabar con él.

Hans no dijo nada ni tampoco se movió.

Yo no soy juez. No valgo para salvar la vida a nadie, como dices tú. No me importa. Pero si ibas a dejarlo, ¿por qué empezaste a darle friegas? Me parece terrible que el chico de Pedersen se diera semejante caminata en medio de la tormenta, asustado y muerto de frío, y tú te has molestado en darle friegas para salvarle la vida

y para que se recuperase y te contase un cuento y te convenciera y ahora resulte que no vas a hacer nada más que quedarte sentado haciendo manitas con esa botella. No es algo que te puedas quitar de encima así por las buenas.

Pero no ha dicho nada.

Aunque los sótanos son muy fríos, no se suelen helar.

Yo me recosté en la silla. Hans permanecía sentado.

Pues si no se suelen helar, ya está.

La superficie de la mesa de la cocina parecía estar llena de barro en las zonas que no estaban cubiertas. Toda ella estaba salpicada de pegotes de masa y de charcos de agua. Había surcos como de herrumbre sobre la mesa y las toallas se habían desteñido. Por todas partes había goterones de agua y whisky llenos de arena. Algo, que parecía whisky, goteaba lentamente hasta el suelo y a la par que el agua resbalaba hacia el charco formado por el montón de ropa. Las cajas estaban empapadas. La mesa y el fogón estaban rodeados de pisadas oscuras. Encontraba gracioso que las cajas se hubieran deshecho tan pronto. La botella y el vaso eran como postes a los que se aferrase Hans.

Madre comenzó a recoger las ropas del chico. Iba cogiéndolas una por una, con delicadeza, por los extremos, levantando una manga como si se tratase de la pata aplastada, rota y reseca de una rana muerta sobre la carretera por el calor del verano. Con aquella forma de cerrar las manos sobre ellas, daba la impresión de que no se trataba de algo humano, sino de animales —algo muerto y putrefacto que surgiese de la tierra. Se las llevó, y cuando volvió quise decirle que las enterrara —que las ocultase rápidamente bajo la nieve—, pero me alarmé ante la forma en que entró, con los brazos extendidos, abriendo y cerrando los temblorosos dedos, deslizándose como una cosechadora entre dos surcos.

3

¿Se os ha ocurrido pensar en un caballo?, dijo padre.

¿Un caballo? ¿De dónde iba a sacar un caballo?

De cualquier sitio —por el camino— de cualquier sitio.

Pero ¿lo iba a lograr a caballo?

En algo vendría.

Pero no a caballo.

Tampoco andando.

Yo no he dicho que viniera.

Los caballos no se pierden.

Sí se pierden.

Tienen sentido de la orientación.

Se dicen muchas gilipolleces de los caballos.

En una ventisca un caballo tomaría el camino de su casa.

Si se dejan sueltos, se van a casa.

Claro.

Si robas un caballo y lo dejas a su aire, te acaba por llevar al establo de donde lo robaste.

Es difícil controlarlos.

Entonces tendría que haberlo montado.

Y saber hacia dónde iba.

Sí, y haber ido hacia allí.

Si es que tenía un caballo.

Si robó un caballo antes de la nevada y lo montó, cuando se levantó la ventisca el caballo estaría demasiado lejos y no sabría cómo volver a su casa. Tienen un gran sentido de orientación…

Una mierda.

¿Dónde está la diferencia? Lo consiguió. ¿Qué más da cómo lo hizo?, dijo Hans.

Estoy considerando si pudo hacerlo, dijo padre.

Y yo te estoy diciendo que sí lo hizo, dijo Hans.

Y yo te digo que no. El chico se ha inventado toda la historia, dije yo.

El caballo se detendría. Olería el viento y se detendría.

Yo los he visto dar la vuelta.

Pues siempre van en contra del viento.

Pudo haberse hecho con él.

Si es que era dócil y no estaba demasiado asustado.

Los percherones son dóciles.

Según.

A algunos no les gusta que los monten.

Ni tampoco les gustan los desconocidos.

Depende.

¡Qué coño!, dijo Hans.

Padre se echó a reír. Sólo estoy haciendo suposiciones, dijo. Sólo son suposiciones, Hans. Nada más.

Padre había visto la botella. Enseguida. Tenía los ojos entrecerrados. Pero no se le había pasado por alto. La había visto y también el vaso que Hans tenía en la mano. Yo esperaba que dijera algo. Hans también. Llevaba con el vaso en la mano el tiempo suficiente como para que nadie pensara que estaba asustado y entonces lo dejó sobre la mesa como si nada, como si ya no hubiera razón alguna para tenerlo en la mano ni tampoco razón para soltarlo, pero de todas formas lo había dejado, sin pensar. Yo le había hecho un gesto, pero no me había visto o por lo menos había hecho como que

no me había visto. Padre no había dicho ni palabra sobre la botella, aunque la había visto inmediatamente. Supongo que deberíamos agradecérselo al chico de Pedersen, aunque también teníamos la botella gracias a él.

Él es quien tiene toda la culpa por poner tantas cercas contra la nieve, dijo padre. Uno creería que, después de todo el tiempo que lleva aquí, ya debería conocer mejor los elementos.

A Pedersen no le gusta que le pillen desprevenido, padre; eso es todo.

Y un cuerno. Será cabrón, que le gusta ser precavido. Precauciones, precauciones, precauciones. Siempre está tomando precauciones, pero nunca acaba de *estarlo*. No, nunca. El verano pasado, en lugar de preocuparse de la cosecha, se puso a tomar precauciones contra la langosta. Joder. ¿Qué hay que hacer para no tener langosta? Bueno, pues la mejor forma de acabar teniéndola es hacer eso —tomar precauciones contra la langosta.

Una leche.

¿Que una leche? ¿Una leche dices, Hans?

Sí, he dicho que una leche.

Claro, es que tú eres de los previsores, ¿verdad? Como Pedersen, ¿eh? Lo que pasa es que piensas con el culo. Si echas veneno para un millón, ¿sabes qué acabará pasando? Pues que tendrás dos millones de langostas. Qué listos. Qué tíos tan listos. Pedersen anduvo *buscándose* las langostas, *pidiendo* las langostas, *suplicando* tener langostas. Bueno, pues ahora ha estado buscándose la nevada, de rodillas, con los brazos en cruz. ¿Y acaso estaba prevenido? ¿Contra una nevada? ¿Contra una buena nevada? ¿Es que se puede estar prevenido contra una buena nevada? Será imbécil. Nadie habría dejado a un hijo suyo cruzar las cercas. ¿Para qué demonios, digo yo, para qué demonios tuvo que mandarlo aquí? Coño, tienes que saber preocuparte de tus cosas. Mirad —padre señaló hacia la ventana. Mirad —mirad— qué os estaba diciendo—, nevando…, siempre nevando.

¿Has visto que alguna vez no nevase en invierno?

Estabas prevenido, supongo.

Siempre nieva.

También habrías previsto lo del chico de Pedersen, supongo. Estabas esperándolo ahí afuera, dejando que se te helasen los cojones.

Padre soltó una carcajada y Hans enrojeció.

Pedersen es un imbécil. Los sabelotodos nunca aprenden. Huy, no, naturalmente que no. Ése no se ha enterado de que hay cosas que afectan al trigo y que caen del cielo. Tiene el cuello torcido de tanto mirar al cielo, de observar las nubes —ah, cuánta mierda. Hasta es incapaz de no perder de vista a su hijo en una ventisca. Joder, tienes que aprender a cuidarte de tus cosas. Pero ya te ocuparás tú de no perderlo de vista, ¿eh, Hans? Cuanto más grandes, más tontos sois.

Hans tenía el rostro rojo y abotargado como los bordes irritados de una herida. Se inclinó y cogió el vaso. Padre estaba sentado en una esquina de la mesa de la cocina, balanceando una pierna. Tenía el vaso cerca de la rodilla. Hans se acercó a padre y lo cogió. Padre lo miraba y riéndose flexionaba la rodilla. La botella estaba sobre la repisa y padre miraba atentamente cómo la cogía Hans.

Ah. ¿Es que tienes la intención de beberte mi whisky, Hans?

Sí.

Pedir permiso es de buena educación.

No lo he pedido, dijo Hans, inclinando la botella.

Supongo que vendrá bien que haga unas galletas, dijo madre.

Hans levantó la vista para mirarla, manteniendo la botella inclinada. No se sirvió.

¿Galletas, madre?, dije yo.

Debería preparar algo para el señor Pedersen y no tengo nada.

Hans enderezó la botella.

Hay que tener una cosa en cuenta, dijo esbozando una sonrisa. ¿Cómo es que no ha venido Pedersen aquí en busca de su hijo?

¿Y por qué iba a venir?

Hans me guiñó el ojo a través del vaso. Pero por muchos guiños que me hiciera, no me iba a poner de su parte.

¿Por qué no? Somos los que estamos más cerca. Si el chico no está aquí podría pedirnos que le ayudáramos a buscarlo.

No es probable.

De todas formas, no ha venido. ¿Qué te parece eso?

No me interesa, dijo padre.

¿Por qué no? Pues a mí me parece que es algo que deberías haber tenido en cuenta ya hace rato.

A mí no.

¿No?

Pedersen es un imbécil.

Eso es lo que tú te crees. Te lo he oído muchas veces. Bueno, puede que lo sea. ¿Cuánto tiempo esperas que pase buscando por ahí antes de venir?

Mucho. Posiblemente mucho.

Ya hace mucho tiempo que se fue el chico.

Padre se estiró la camisa de dormir sobre las rodillas. Llevaba la de rayas.

¿Cuánto tiempo es mucho tiempo?, dijo Hans.

El que el chico lleva fuera.

Pedersen pronto estará aquí, dijo padre.

¿Y si no lo está?

¿Qué quieres decir con eso de si no lo está? Pues si no lo está, no lo está.

Pues nada, joder. Me importa un cojón. Si no viene, pues no viene. Me da igual lo que haga.

Claro, dijo Hans. Claro.

Padre cruzó los brazos. Parecía un juez. Balanceó la pierna. ¿Dónde has encontrado la botella?

Hans la hizo oscilar.

Las escondes bien, ¿eh?

Soy yo quien hace preguntas. ¿Dónde la has encontrado?

Hans se lo estaba pasando muy bien.

No fui yo.

Jorge, ¿eh? Padre se mordió un labio. Así que tú eres el cochino espía. No me miraba y me daba la impresión de que no era a mí a quien se dirigía. Lo dijo como si estuviera pensando en voz alta. No me engañaba ni despierto ni dormido.

Yo no he sido, padre.

Intenté llamar la atención de Hans para que se callara, pero se estaba divirtiendo de lo lindo.

El pequeño Hans no es idiota, dijo Hans.

No.

Ahora padre no le prestaba atención.

¿Qué tiene eso que ver?, dijo padre.

¿Por qué no ha venido? También lo estaría buscando. ¿Cómo es que no está aquí?

Santo cielo, había olvidado por completo al pequeño Hans, dijo madre mientras cogía apresuradamente un tazón del vasar.

¿Qué te traes entre manos, Hed?

Estoy haciendo galletas.

¿Galletas? ¿Para qué demonios? Galletas. No quiero galletas. Haz café. Te has pasado las horas sin hacer nada.

Para Pedersen y el pequeño Hans. Cuando vengan les vendrá bien tomar café con galletas y también les daré mermelada de saúco. Gracias por recordarme el café, Magnus.

¿Quién ha encontrado la botella?

Ella sacó unas cucharadas de harina de una lata.

Padre había estado sentado, balanceando la pierna. Ahora se quedó quieto y se puso en pie.

¿Quién la ha encontrado? ¿Quién ha sido? Maldita sea, ¿quién la ha encontrado? ¿Cuál de vosotros ha sido?

Madre estaba intentando medir la harina, pero le temblaban las manos. La harina se salió del cucharón y rebasó los bordes de la taza, y yo pensé: Sí, tú habrías salido huyendo. Te tiemblan las manos.

¿Por qué no se lo preguntas a Jorge?, dijo Hans.

Cómo lo odié, pasarme el muerto, el muy cobarde. Y eso que tenía unos buenos brazos.

Semejante mocoso, dijo padre.

Hans se reía tanto que le temblaba la barriga.

Nunca podría encontrar algo que hubiera escondido yo.

En eso tienes razón, dijo Hans.

Sí que podría, dije yo. Lo he hecho.

Es un mentiroso, ¿eh, Hans? La has encontrado tú.

Por alguna razón padre lo encontraba divertido y volvió a sentarse en el ángulo de la mesa. ¿A quién odiaba más, a Hans o a mí?

Nunca he dicho que la haya encontrado Jorge.

Tengo por peón a un mentiroso. Ladrón y mentiroso. ¿Por qué razón iba a seguir dando trabajo a un mentiroso? Supongo que porque soy blando con él y tiene una carita tan dulce. Pero ¿por qué a un ladrón…, con esos ojillos que parecen lunares móviles…, por qué?

Yo no soy como tú. Yo no me paso el día bebiendo para poder dormir por las noches y durante medio día siguiente, ni me cago en la cama, ni en mi habitación, ni por la casa.

Tampoco te matas a trabajar. El pequeño Hans abulta la mitad que tú y vale el doble. Tú…, tú no tienes cojones. Las palabras de padre no se entendían con claridad.

¿Y el pequeño Hans? El pequeño Hans no ha aparecido. Los Pedersen deben de estar bastante preocupados. A lo mejor esperan noticias. Pero Pedersen no viene. El pequeño Hans no viene. Ahí fuera hay un millón de ventisqueros. El chico podría estar en el fondo de cualquiera de ellos. Si alguien lo tenía que ver, éramos nosotros, y, si no, nadie lo habría visto hasta la primavera a no ser que el viento hubiera cambiado, lo que no es probable.

Pero nadie viene a preguntar. Yo diría que es muy raro.

Eres el mayor hijo de puta que…, dijo padre.

Sólo estoy considerándolo, nada más.

¿Dónde la has encontrado?

Se me ha olvidado. Tengo que pensarlo. Iba a echar un trago.

¿Dónde?

Las escondes muy bien, dijo Hans.

Te lo estoy preguntando. ¿Dónde?

No he sido yo, ya te lo he dicho; yo no la he encontrado. Ni Jorge tampoco.

Eres un cabrón, Hans, dije.

Es que ha dado crías, dijo Hans. Ya sabes, como aquel tipo que se quedó preñado de tanto echarse el aliento. O a lo mejor la ha encontrado el chico —y la tenía

escondida debajo del abrigo.

¿Quién ha sido?, rugió padre, levantándose rápidamente.

La ha encontrado Hed. No las escondes bien y Hed la ha encontrado con toda facilidad. Sabía perfectamente dónde tenía que mirar.

Cierra el pico, Hans, dije.

Hans inclinó la botella. Hace tiempo que debía saber dónde la tenías. A lo mejor sabe dónde están escondidas todas. No eres tan listo. Quizá se haya quedado con todas, ¿eh? Y ya no son tuyas, qué te parece.

Hans se sirvió un trago. Entonces padre le quitó el vaso de la mano de una patada. La zapatilla de padre salió volando y pasó rozando la cabeza de Hans y rebotó contra la pared. El vaso no se rompió. Cayó junto al fregadero y rodó lentamente hasta los pies de madre, dejando un leve surco. De la cuchara brotó una ligera nube blanca. Había whisky sobre la camisa de Hans y sobre la pared y los vasares y un charco en el suelo donde había caído el vaso. Madre tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Tenía aspecto abatido y gemía y lloriqueaba.

Bueno, dijo padre, pues iremos. Iremos ahora mismo, Hans. Y espero que te metan un balazo en las tripas. Jorge, sube a ver si ese hijo de puta todavía sigue vivo.

Hans se estaba restregando las manchas de la camisa y humedeciéndose los labios cuando yo pasé corriendo agazapado junto a padre y salí.

SEGUNDA PARTE

1

No corría viento. Los arneses crujían, la madera crujía, los patines hacían el mismo ruido que una sierra que cortase con suavidad y todo era blanco alrededor de las patas de Simon, el caballo. Padre sujetaba las riendas entre las rodillas y Hans, él y yo estábamos muy juntos. Teníamos la cabeza inclinada y encogíamos los pies, deseando poder meter las dos manos en el mismo bolsillo. Solamente Hans respiraba por la nariz. No hablábamos. Ojalá pudiera calentarme los dientes con los labios. Teníamos una manta que no servía para nada. Bajo ella hacía igual de frío y padre dio un trago de una botella que tenía a su lado sobre el asiento.

Intenté que no se me pasara la sensación que tenía cuando enganchamos a Simon, cuando todavía no tenía frío y decidimos arriesgarnos a tomar el camino del norte que lleva a casa de Pedersen. Era tortuoso e iba a dar junto al bosquecillo que hay detrás del establo. Pensábamos que desde allí podríamos echar un vistazo. Intenté no dejar escapar aquella sensación, que era algo así como un baño lleno de agua caliente difícil de mantener a la misma temperatura. Era como si me dispusiera a emprender

algo especialmente importante —como un caballero dispuesto a iniciar una gesta— algo que merecería la pena recordar. Soñaba que salía del establo y me lo encontraba de espaldas en la cocina, luchaba con él, lo derribaba y le arrancaba de la cabeza el gorro de lana con el cañón de la pistola. Soñaba que al salir del establo, parpadeando ante la luz, lo encontraba allí, cogía la pala y lo sorprendía. Eso sucedía entonces, cuando todavía no tenía frío, cuando yo hacía algo grande, incluso heroico, como para recordarlo para siempre. No podía pensar en el corral trasero de Pedersen, ni en el porche ni en el establo. No me veía allí, ni tampoco a él. Solamente me lo podía imaginar donde yo ya no estaba —silenciosamente de pie en nuestra cocina, subiendo y bajando la escopeta ante el rostro de madre y madre apartándolo, intentando a la vez no moverse ni un milímetro para evitar que le diera un tiro.

Cuando sentí frío me abandonó esa sensación. No podía imaginármelo con la escopeta, el gorro y los guantes amarillos. No podía imaginarme que me encontraba con él. No estábamos en ninguna parte y no me importaba. Padre conducía el trineo sin perder de vista el accidentado camino blanco y bebía de la botella. Los tacones de las botas de Hans rechinaban sobre el respaldo del asiento. Yo intentaba mantener la boca cerrada y respirar y no pensar por qué carajo tenía que hacerlo.

No era como un paseo en trineo en un atardecer al principio del invierno, cuando el aire está inmóvil, la tierra cálida y las estrellas son como copos que acaban de nacer para no descender nunca. Desde luego, el aire estaba inmóvil, el sol frío y alto. A nuestra espalda, entre las cunetas que marcaban el camino, se veían las huellas del trineo y los agujeros que hacía Simon. Delante de nosotros descendía formando taludes. Padre tenía los ojos entrecerrados, como si realmente supiera hacia dónde nos dirigíamos. De Simon, el caballo, se desprendía vapor. De los arreos colgaba hielo. Se le había formado una costra de nieve sobre el pecho. Yo tenía miedo de que se cortara los corvejones con la corteza helada y quería echar un trago de la botella de padre. Hans parecía dormir y temblaba en sueños. Yo tenía el trasero dolorido.

Llegamos hasta un talud que cruzaba el camino y padre enfiló a Simon hacia donde él sabía que no había cercas. Padre pensaba regresar al camino, pero tras rodear el talud me di cuenta de que era imposible. Estaba lleno de escarpados taludes que lo cruzaban.

No hay por qué hacerlo, dijo padre.

Era lo primero que decía padre desde que me dijo que subiera a ver si todavía seguía vivo el chico de Pedersen. A mí no me pareció que estaba vivo, pero dije que suponía que sí. Padre había ido a coger su escopeta lo primero de todo, sin vestirse, con un pie todavía descalzo, así que fue con cuidado y se subió la escopeta meciéndola entre los brazos, abierta y apuntando hacia el suelo. Tenía una mancha oscura en la parte de la rabadilla de haber estado sentado en la mesa. Hans tenía su escopeta y el cuarenta y cinco que había robado en la Marina. Me hizo cargarlo y

cuando me lo hube metido en el cinturón me dijo que se me podría disparar y que ya no podría follar nunca. Sentía la pistola como un trozo de hielo contra la barriga y se me clavaba el cañón. Madre había puesto unos emparedados y un termo de café en un saco. El café se enfriaría. Yo tendría las manos frías cuando fuera a comerme los míos, aunque no me quitara los guantes. Tampoco resultaría fácil masticar. Al beber estaría fría la boca del termo y se me derramaría por la mejilla y se quedaría congelado; y si usaba el vaso, el metal se me pegaría a los labios como un whisky de mala calidad que no se quisiera saborear y luego me quemaría y se me despellejarían al despegármelo.

Simon se metió en un hoyo. No podía salir y se asustó y patinó el trineo. Hasta ahora la corteza había estado dura, pero esta vez el patín delantero derecho la rompió y nos quedamos atascados en la nieve blanda del interior. Padre gruñía impaciente entre dientes y tranquilizó a Simon.

Vaya una estupidez, dijo Hans.

Ha perdido el equilibrio, joder. Ni que fuera yo el caballo.

No sé. Este Simon es un gilipollas, dijo Hans.

Padre echó un trago con mucho cuidado.

Da la vuelta y sácalo.

Jorge está en la parte de fuera.

Da la vuelta y sácalo.

Ve tú. Da tú la vuelta. Tú has dejado que se atascara.

Da la vuelta y sácalo.

A veces la nieve parecía tan azul como el cielo. No sé cuál de los dos parecía más frío.

Ya voy yo, joder, dije. Estoy en la parte de fuera.

Tu viejo está en la parte de fuera, dijo Hans.

Creo que sé muy bien dónde estoy, dijo padre. Creo que sé dónde estoy.

¿Os queréis callar de una vez? Ya voy yo, dije.

Tiré la manta y me puse en pie, pero estaba terriblemente entumecido. El resplandor de la nieve me cegó y también la angustia del espacio que nos rodeaba. Al bajar me di un golpe en el tobillo contra el estribo de hierro del costado. El dolor me recorrió la pierna, haciéndome estremecer como el mango de un hacha que recibe un mal golpe. Solté un juramento y tardé en saltar. La nieve parecía tan firme y dura como el cemento y sólo podía pensar en la botella.

Hace diez años que sabes que hay ahí un estribo, dijo padre.

La nieve me llegaba hasta la ingle. La pistola me quemaba. Rodeé el hoyo como pude, intentando andar de puntillas para no hundirme hasta la ingle en la nieve, pero no sirvió de nada.

¿Es que te has convertido en un pájaro?, dijo Hans.

Agarré a Simon e intenté sacarlo con suavidad. Padre soltaba palabrotas desde el asiento. Simon coceaba, se sacudía y embestía hacia delante. El patín delantero derecho se hundió. El trineo giró sobre sí mismo y la parte derecha golpeó violentamente a Simon en las patas traseras detrás de los corvejones. Simon retrocedió y de una coz hizo saltar un trozo del costado del trineo y luego dio un tirón hacia delante y se enredaron las riendas. El trineo volvió a girar y, tras una sacudida, quedó libre el patín derecho. La botella de padre salió rodando. Desde donde yo estaba sentado sobre la nieve vi cómo intentaba agarrarla. Simon continuó tirando hacia delante. El trineo se deslizó lateralmente y cayó dentro del hoyo de Simon, quedando el patín izquierdo completamente fuera de la nieve. Simon tiraba hacia arriba, aunque padre había perdido las riendas y seguía pidiendo a gritos su botella. Yo tenía los ojos llenos de nieve y la notaba descender por la espalda.

Simon no tenía por qué haber hecho semejante cosa, dijo Hans imitando a padre.

¿Dónde está mi botella?, dijo padre, mirando por encima del costado del trineo hacia la nieve pisoteada. Jorge, vete a buscar mi botella. Se ha hundido en la nieve por este lado.

Intenté sacudirme la nieve sin que me siguiera entrando más en los bolsillos y por dentro de la chaqueta.

Sal a buscarla tú. Es tu botella.

Padre se inclinó hacia mí.

Si no fueras tan imbécil no se me habría caído. ¿Quién te ha enseñado a manejar un caballo? Porque no lo has aprendido de mí. Nunca he visto hacer tontería mayor.

Padre hizo un círculo con los brazos.

La botella ha caído por aquí. No puede haber ido muy lejos. Estaba tapada, gracias a Dios. No se me saldrá.

La nieve me corría por la espalda. El cuarenta y cinco se me había escurrido del cinturón. Tenía miedo de que, como me había dicho Hans, se me disparara. Lo apreté con el antebrazo derecho. No quería que se me cayera por dentro de los pantalones. No me gustaba. Padre me daba instrucciones a voz en cuello.

Tú la escondiste, dije. Se te da muy bien. Así que ahora la buscas tú. Yo no sé. Lo has dicho tú mismo.

Jorge, sabes que necesito la botella.

Pues entonces, mueve el culo y ponte a buscarla.

Sabes que me hace falta.

Pues bájate.

Si me bajo no va a ser a buscar la botella. Te voy a meter en la nieve hasta que te ahogues, mocoso de mierda.

Empecé a dar patadas contra la nieve.

Hans dejó escapar una risita.

Hay un tirante roto, dijo.

¿Qué te hace tanta gracia?

Ya te dije que el tirante estaba gastado.

Yo daba patadas. Padre me miraba los pies.

Ahí no, joder. Señaló con la mano. Tú lo sabes todo, Hans, supongo, dijo sin dejar de mirarme. En cuanto se te ocurre la menor cosa tienes que decírselo a alguien. De ese modo ya lo sabe alguien más. Entonces ya se puede hacer lo que haya que hacer y tú no tienes que —joder, ahí no, por *allí*. ¿Verdad, Hans? ¿Nunca te falla? Más adentro.

¿Cómo es que siempre hay alguien que te lo haga? Nunca he logrado saberlo. Supongo que con el trabajo eres como un chulo de putas. Tienes que meterte más adentro, ya te lo he dicho.

Arreglar tirantes no es asunto mío.

Eh, mete las manos. Que está limpia. Haces lo mismo que con el estiércol.

¿Y por qué no es asunto tuyo? ¿Es que sólo te dedicas a dar por culo a las ovejas?

Mira a ver por allí. Ya te la deberías haber tropezado. No, por *allí*; por aquí, no.

Nunca he arreglado tirantes.

Coño, como que no ha hecho falta arreglarlos desde que estás aquí. Jorge, haz el favor de dejar de frotarte la picha con la pistola y usa las dos manos.

Tengo frío, padre.

Yo también. Por eso tienes que encontrar la botella.

Y si la encuentro, ¿me vas a dar un trago?

¡Anda, ni que te hubieras hecho un hombre en dos días!

Pues ya he echado unos cuantos.

Ja. ¿De qué, eh? ¿Has oído, Hans? Ya he echado unos cuantos. Supongo que para curarte, como dice tu madre. El alcohol, el alcohol, Jorge Segren… Ja. Dice que ya ha echado unos cuantos.

Padre.

Que ha echado unos cuantos. Que ha echado unos cuantos. Que ha echado unos cuantos.

Padre. Tengo frío, padre.

Bueno. Pues pon atención, coño, no des saltitos de pollo.

Pues de todas formas estamos listos, dijo Hans.

Como no encontremos la botella sí que vamos a estar listos.

Puede que tú lo estés. Tú eres el único que necesita la botella. Jorge y yo no la necesitamos, pero tú, viejo, ahí estás, perdido en la nieve.

Tenía los guantes mojados.

Se me había metido nieve por dentro de las mangas. Y estaba empezando a entrarme en las botas. Me detuve para ver si podía sacármela con el dedo.

A lo mejor está todavía caliente el café de madre, dije.

Puede. Sí. Claro. Pero ese café es para mí, hijo. No he comido nada. Ni siquiera he desayunado. ¿Por qué te has parado? Vamos, Jorge, coño, que hace frío.

Eso lo sé yo mejor que tú. Estás ahí sentado, tan tranquilo y tan cómodo, venga a dar órdenes; pero yo soy quien está trabajando y se me mete la nieve por dentro.

Claro. Sí. Es verdad.

Padre se recostó e hizo una mueca. Tiró de la manta y Hans tiró del otro extremo.

Es más fácil entrar en calor cuando uno se está moviendo, todo el mundo lo sabe. ¿No es cierto, Hans? ¿No es más fácil entrar en calor cuando uno se mueve?

Sí, dijo Hans. Sobre todo cuando no se tiene una manta.

Vamos, Jorge, vas a entrar en calor…, muévete. No querrás que se te congele la polla. Y, además, si te mueves no te saldrán callos en el culo. ¿A que no, Hans?

Naturalmente.

Hans lo sabe muy bien. Está completamente lleno de callos.

Así te arranquen la lengua.

No la encuentro, padre. A lo mejor está todavía caliente el café de madre.

Maldito mocoso, has dejado de buscarla. Ponte a buscarla como te he dicho y encuéntramela. Encuéntrala rápido, me oyes. No vas a volver a subirte a este trineo hasta que la hayas encontrado.

Empecé a aplastar la nieve con los pies sin darme demasiada prisa y padre se sonó con los dedos.

Con el frío se te salen los mocos, dice, qué listo.

Si encontrara la botella, volvería a meterla con el pie debajo de la nieve. No dejaría de darle patadas hasta incrustarla en un talud. Padre nunca sabría dónde estaba. Tampoco volvería al trineo. De todos modos, no iban a ir a ninguna parte. A pesar de que había una buena tirada, me iría a casa. Si volvía la vista atrás, se verían nuestras huellas sobre el camino. Se juntaban antes de perderse de vista. En casa se estaría calentito y valdría la pena la caminata. Era aterrador —el blanco espacio infinito. Tendría que mantener la cabeza agachada. Todo estaba lleno de taludes y ventisqueros. Yo nunca había querido ir a casa de Pedersen. Eso fue cosa de Hans y de padre. Yo sólo tenía frío…, frío… y estaba asustado y harto de la nieve. Eso haría si la encontraba —meterla debajo de un talud. Luego, más adelante, mucho más adelante, un día de primavera saldría a buscar por aquí la vieja botella, que sobresaldría entre la nieve derretida, clavada en el barro, y la escondería en el establo y podría echar un trago siempre que quisiera. Me compraría cigarrillos de verdad, puede que un cartón, y también los escondería. Entonces padre notaría un día que yo olía a whisky al entrar y creería que había encontrado uno de sus escondrijos. Se pondría como una fiera y no sabría qué decir. Sería primavera y creería que ya las había recogido como solía hacer, recolectaba la cosecha según él. Eché un vistazo

para ver si había algo que sirviera para señalar el sitio, pero todo estaba cubierto de nieve. Sólo había taludes y hoyos llenos de nieve y las largas huellas sobre el camino. Tal vez nos habíamos atascado en un barrizal. Quizá salieran espadañas en primavera y vendrían los grajos. O puede que tuviera poca agua y al principio se llenaría de limo y luego se resquebrajaría al secarse. Padre nunca averiguaría cómo me había hecho con la botella. Algún día se iba a poner demasiado chulo y yo le metería la cabeza debajo de la bomba o le atizaría en su culo flaco con el envés de una horca llena de estiércol. Hans se iba a pasar de listo y algún día—

Joder, ¿te quieres mover?

Tengo frío, padre.

Pues vas a tener mucho más.

Bueno, de todos modos estamos apañados, dijo Hans. No vamos a ninguna parte. Se ha roto el tirante.

Padre dejó de observarme trajinar en la nieve. Frunció el ceño y miró a Simon. Simon estaba quieto, con la cabeza baja.

Simon está tiritando, dijo. Se me ha olvidado que estaría sudando. Hace tanto frío que se me ha olvidado.

Padre quitó la manta a Hans de un tirón, como si Hans fuese una cama que estuviera deshaciendo, y se bajó de un salto. Hans gritó, pero padre no le hizo caso. Extendió la manta sobre Simon.

Tenemos que hacer que se mueva. Si no va a quedarse entumecido.

Padre pasó la mano con ternura sobre las patas de Simon.

No parece que se haya hecho daño con el trineo.

Se ha roto el tirante.

Entonces Hans se puso en pie. Se golpeó el cuerpo con las manos y empezó a dar saltos.

Tendremos que empujarlo hasta la casa, dijo.

¿Hasta la casa, eh?, dijo padre, echando a Hans una extraña mirada de soslayo. Es una buena tirada.

Tú puedes ir montado, dijo Hans.

Padre pareció sorprenderse y adquirió un aspecto aún más raro. No era propio de Hans decir algo así. Hacía demasiado frío. Le hacía sentirse generoso. Algo bueno había en el frío.

¿Por qué?

Padre se movía con dificultad, dando palmaditas a Simon, pero no dejaba de mirar a Hans, como si fuera Hans quien pudiera soltar una coz.

Hans echó una buena meada.

Joder, el tirante.

Hans estaba tomando muchas precauciones. Hans tenía un frío espantoso. Tenía la

nariz roja. La de padre estaba blanca, pero parecía que estaba congelada. La tenía tan blanca como siempre —como si esa parte se le hubiera muerto hacía mucho tiempo. Me preguntaba de qué color tendría yo la nariz. La mía era más grande y tenía la punta más afilada. Era la nariz de madre, decía madre. Yo era en general más corpulento que padre. También era más alto que Hans. Me pellizqué la nariz, pero tenía los guantes empapados, así que no noté nada excepto que me dolió la nariz al pellizcármela. No podía tenerla demasiado fría. Hans estaba señalando los extremos del tirante que arrastraban sobre la nieve.

Haz un nudo, decía padre.

No aguantará, decía Hans meneando la cabeza.

Haz un buen nudo y aguantará.

Hace demasiado frío para hacer un nudo fuerte. El cuero está demasiado rígido.

Qué coño va a estar demasiado rígido.

Bueno, pues es demasiado grueso. No se pueden hacer nudos.

Seguro que tú puedes.

Se quedará ladeado.

Pues que vaya ladeado.

Simon no podrá tirar bien si se queda ladeado.

Tendrá que apañárselas como pueda. No pienso dejar aquí el trineo. Joder, podría volver a nevar antes de que volviera con otro tirante. ¿O es que piensas traerlo tú?

Cuando llegue a casa voy a quedarme allí y me voy a tomar el desayuno aunque sea la hora de cenar… No pienso volver aquí en medio de otra ventisca para acabar como el chico de Pedersen.

Claro, asintió Hans. Vamos a sacar esto de aquí y a llevarnos a Simon a casa antes de que se quede tieso. Yo ataré el tirante.

Hans se bajó y yo dejé de pisotear la nieve. Padre observaba a Hans con mucha atención desde el otro lado de Simon y yo le veía sonreír como si se le hubiera ocurrido alguna guarrada. Me dispuse a subir al trineo, pero padre me dio un grito y me hizo seguir buscando.

Puede que la encontremos cuando movamos el trineo, dije.

Padre se echó a reír, pero no por lo que yo había dicho. Abrió la boca de par en par, mirando a Hans, y soltó una risotada, aunque parecía tranquilo. Sí, a lo mejor, dijo, y continuó acariciando a Simon. Puede que sí, ¿eh? Yo no encontré la botella y Hans anudó el tirante. Tuvo que quitarse los guantes para hacerlo, pero acabó enseguida y la verdad es que me dejó admirado. Padre ayudaba pacientemente a Simon mientras Hans empujaba hacia arriba. Se soltó y de repente se puso en movimiento —resbalando sobre la superficie. Oí un ruido parecido al estallido de una bombilla. Sobre la huella del trineo se extendió una mancha parduzca. Padre volvió la mirada hacia allí sin soltar el ronzal y con las piernas bien abiertas sobre la nieve.

Oh, no, dijo. Oh, no.

Pero Hans no se pudo contener. Levantó una pierna, sacándola de la nieve.

Daba palmadas. Sus hombros se estremecían. Se agarraba la barriga. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Oh-oh-oh, gritaba, sujetándose los costados. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Tú-tú-tú, gritaba. Tenía enrojecidas las mejillas, la nariz y la frente. Encontrada— encontrada— encontrada, se ahogaba.

Padre estaba completamente aterido. El cabello blanco que le salía por debajo del gorro parecía estar rígido y de punta, brillando como la nieve. Hans continuó riéndose. Nunca lo había visto tan complacido. Dio un traspiés, desfalleció —padre estaba tan inmóvil como un poste. Hans comenzó a jadear y a toser, estaba agotado. Enseguida volvería a sentir frío, cansancio, y entonces desearía poder echar un trago de la botella. El que se hubiera roto se le había subido a la cabeza. El reguero había dejado de extenderse y se diluía entre la nieve pisoteada y aplastada. Podríamos derretir la nieve y bebérnosla, pensé. Yo necesitaba la botella con todas mis fuerzas. Odiaba a Hans. Odiaría a Hans durante toda mi vida —mientras hubiera nevadas.

Hans resoplaba exhausto cuando padre me dijo que me subiera al trineo. Entonces Hans se montó con un gran esfuerzo. Padre quitó la manta a Simon y la tiró en el trineo. Luego hizo que Simon se pusiera en movimiento. Me cubrí con la manta e intenté dejar de tiritar. Nuestro fogón, pensé, era negro… bueno… negro… maravillosamente lleno de hollín negro… y por las aberturas salía un brillo como de cerezas maduras. Pensé en el agua hirviendo sobre el fogón, el vapor lleno de vida, silbando, blanco y cálido, al revés que mi aliento, que formaba lentamente nubes al salir para quedar colgando mortecino del aire inmóvil.

Hans dio un salto.

¿Adónde vamos?, dijo. ¿Adónde vamos?

Padre no dijo nada.

Éste no es el camino, dijo Hans. ¿Adónde vamos?

La pistola se me clavaba en el estómago. Padre miraba a la nieve con los ojos entreabiertos.

Por amor de Dios, dijo Hans. Siento lo de la botella.

Pero padre siguió adelante.

2

El bosquecillo estaba sembrado de espinosos agracejos que crecían junto a los troncos de los árboles, quedando ocultos bajo la nieve. Los robles eran altos, las ramas extendidas, la corteza de los troncos oscura y arrugada. Había lugares en los que se percibían las espirales de hierbas muertas y heladas desde la raíz y se habían formado montones de nieve a través de los cuales sobresalían las negras espinas del

agracejo. El viento había derribado algunas ramas sobre los taludes. El sol proyectaba las sombras de otras ramas sobre las laderas y las doblaba sobre las crestas. Al otro lado del bosquecillo se elevaba el terreno. La nieve se elevaba. Padre y Hans llevaban las escopetas. Íbamos protegidos por los taludes sin asomar la cabeza. Yo oía nuestra respiración y cómo crujían la nieve, el suelo y nuestras botas. Caminábamos con lentitud y todos teníamos frío.

Sobre la nieve, a través de las ramas, vi el tejado de casa de Pedersen y más cerca el establo de Pedersen. Nos dirigimos hacia el establo. De vez en cuando padre se detenía para ver si salía humo, pero no se veía nada en el cielo. Hans tropezó con un arbusto y se clavó un espino que le atravesó el guante de lana. Padre le hizo un gesto para que guardara silencio. A través de los guantes yo sentía la pistola —pesada y fría. El viento casi había descubierto el terreno por donde íbamos. Yo mantenía la vista fija sobre los tacones de Hans, porque si miraba hacia arriba me dolía la nuca. Cuando lo hacía para ver si había humo, una brisa suave me daba en la mejilla y parecía que la piel se me quedaba pegada al hueso. Sólo pensaba en cómo poner el pie sobre las huellas de Hans y en cómo, bajo el gorro, me ardían las orejas y en cómo me dolían los labios y en que un solo movimiento me causaba dolor. Padre continuaba adelante por donde alguna enloquecida ráfaga de viento había penetrado entre los robles, arrastrando la nieve, desnudando la tierra y parcheando los troncos. A veces teníamos que abrirnos camino atravesando algún pequeño talud para no dar demasiados rodeos. El tejado de la casa de Pedersen surgió sobre los taludes a medida que nos acercábamos, hasta que alcanzamos a ver una esquina y la chimenea, muy negra bajo el sol, surgiendo de la brillante pendiente inclinada, como si fuera un puro apagado clavado en la nieve.

Yo pensé: se ha apagado el fuego, deben de estar congelados.

Padre se detuvo y señaló la chimenea con la cabeza.

Ves, dijo tristemente Hans.

Precisamente entonces vi cómo una nube de nieve flotaba sobre la cumbre de una loma y sentí que me escocían los ojos. Padre miró rápidamente al cielo, pero estaba despejado. Hans dio una patada contra el suelo, abatió la cabeza y dijo una palabrota en voz baja.

Bueno, dijo padre, parece que hemos hecho un viaje en balde. No hay nadie en casa.

Todos los Pedersen están muertos, dijo Hans, todavía con la mirada baja.

Cállate. Me di cuenta de que padre tenía los labios agrietados…, ahora era como un agujero seco, seco. Se le movió un músculo del mentón. Cállate, dijo.

Un jirón de nieve se desprendió repentinamente del extremo de la chimenea y desapareció. Yo permanecía lo más quieto posible dentro de los tubos de mis ropas, la nieve bailoteaba ante mis ojos, solo, asustado, ante el espacio que se estaba formando

en mi interior, un yermo desnudo y cegador como el páramo exterior, ardientemente frío, erizado de olas, y deseaba hacerme un ovillo, meter la cabeza entre los muslos, pero sabía que, al helarse, las lágrimas me dejarían las pestañas pegadas. Me empezaron a gruñir las tripas.

¿Qué te pasa, Jorge?, dijo padre.

Nada. Solté una risita. Que tengo frío, supongo, dije. Eructé.

Joder, dijo Hans en voz alta.

Cierra el pico.

Metí la punta de la bota en la nieve. Quería sentarme y si hubiera podido encontrar algo sobre lo que hacerlo me habría sentado. Lo único que deseaba era irme a casa o sentarme. Hans había dejado de dar patadas contra el suelo y tenía la mirada fija en los árboles que habíamos cruzado al venir. Si hubiera alguien en casa, habría encendido el fuego.

Se sorbió la nariz y se la frotó con la manga.

Cualquiera lo habría hecho —¿no? Empezó a elevar el tono de voz. Cualquiera que estuviera en esa casa habría encendido el fuego. Los Pedersen probablemente están por ahí buscando al tonto del chico. Seguramente salieron a toda prisa sin preocuparse del fuego. Ahora estará apagado. Por la voz, parecía tener todo más claro. Si alguien hubiera venido mientras estaban fuera y hubiese entrado, lo primero de todo habría encendido fuego en algún sitio y habríamos visto el humo. Hace demasiado frío para no haberlo hecho.

Padre cogió la escopeta que había traído abierta sobre el brazo izquierdo y, lenta y deliberadamente, puso el cañón vertical. Cayeron dos cartuchos y se los metió en el bolsillo de la chaqueta.

Eso significa que no hay nadie en la casa. No hay humo, recalcó, y eso quiere decir que no hay *nadie*.

Hans suspiró. Bueno, refunfuñó desde lejos. Vámonos.

Yo quería sentarme. Aquí estaba el sofá, ahí la cama —la mía— blanca y mullida. Y las escaleras frías y llenas de ruidos. Y yo tenía el dolor de muelas frío y seco que siempre me daba en casa y la gélida tormenta de mi barriga y los ojos irritados. Sobre la masa estaba la huella del trasero del chico. Quería sentarme. Quería regresar a donde habíamos dejado atado a Simon y sentarme inmóvil en el trineo.

Sisisí, vamos, dije.

Padre sonrió, el muy canalla —el muy cabrón—, y eso que no sabía ni la mitad de lo que yo sabía ahora, con el corazón paralizado y las orejas ardiendo.

Por lo menos podríamos dejar una nota diciendo que Hans ha salvado a su chico. Me parece un detalle de buena vecindad. Y además hemos hecho un largo camino. ¿No?

¿Qué coño sabrás tú de buena vecindad?

De un salto hundió los cartuchos en la nieve y les dio puntapiés hasta incrustar uno en un talud, dejando solamente el casquillo a la vista. El otro se hundió en la nieve antes de romperse. La negra pólvora se extendió bajo sus pies.

Padre se echó a reír.

Vámonos, padre, tengo frío, dije. Mira, soy un cobarde. Ya lo sé. No me importa. Tengo mucho frío.

Deja de lloriquear, todos tenemos frío. Mira qué frío tiene Hans.

Claro, ¿tú no?

Hans estaba aplastando los granos negros.

Sí, dijo padre, haciendo una mueca. Un poco. Tengo un poco de frío. Se dio la vuelta. ¿Crees que sabrás volver?

Empecé a caminar y volvió a reírse, fuerte y desapaciblemente, maldita sea su estampa. Le odiaba. Joder, de qué manera. Pero ya no como a un padre. Como al espacio rutilante. De todas formas, nunca me había gustado el cabrón de Pedersen, dijo cuando nos pusimos en marcha. Pedersen es uno de esos que siempre se anda buscando problemas. Los va pidiendo. Que se las arregle él solo para buscar al chico. Ya sabe dónde vivimos. Puede que no sea de buenos vecinos, pero yo nunca lo he querido por vecino.

Sí, dijo Hans. Que se las arregle solo el muy cabrón.

No debería haber dejado al chico cruzar las cercas. ¿Por qué demonios tuvo que mandarnos al chico para que nos ocupáramos de él? Se estuvo buscando la nevada. Se la estuvo buscando. ¿Y estaba preparado? ¿Eh? ¿Lo estaba? ¿Contra la nieve? No hay quien esté prevenido ante una nevada.

El muy cabrón no hubiera venido a avisarte si hubiera sido yo quien se hubiera perdido, dije, pero no era consciente de lo que yo mismo decía; era algo que dije por decir. Vecino o no, dije, se lo ha buscado. Sentía cómo el trineo se deslizaba debajo de mí.

No sabe ni hacer la o con un canuto, dijo Hans.

Yo iba deprisa. No me importaba que me viera o no. Tenía la mirada puesta en los huecos que había entre los árboles. Estaba buscando el sitio donde habíamos dejado a Simon y el trineo. Creía que primero vería a Simon, quizá su aliento surgiendo tras un talud o junto al tronco de un árbol. Resbalé sobre un poco de nieve que el viento no se había llevado del camino que habíamos traído. Todavía llevaba la pistola en la mano derecha, así que perdí el equilibrio. Cuando adelanté una pierna para apoyarme, me hundí en el talud hasta el hombro entre los espinos del agracejo. Salté hacia atrás y me di un buen golpe. Hans y padre lo encontraron gracioso. Pero las piernas que tenía ante mí no me pertenecían. Me había disuelto en el aire ardiente. Era extraño. De la nieve que yo había removido con el pie surgía el casco de un caballo y no sentí el menor terror ni sorpresa alguna.

Parece un casco, dije.

Hans y padre estaban callados. Levanté la mirada hacia ellos, lejanos. Ahora nada. Tres hombres en la nieve. Una bufanda roja y unos mitones…, las brasas y el hielo…, la viva imagen de enero. Pero ¿y tras ellos sobre las colinas desiertas? Entonces se me ocurrió pensar: hasta aquí llegó a caballo. Contemplé el casco y la herradura, que no encajaban en la imagen. En enero no hay caballos muertos. Y sobre las colinas habría muchas huellas de trineos, árboles verdes y toboganes. Hasta aquí. O un lago helado lleno de bulliciosos patinadores. Tres hombres. Una mierda: uno. Un caballo muerto y una escopeta. Y muy claramente se me ocurrió una pregunta, como si una chica me hubiera gritado desde el calendario: ¿Es que no piensas levantarte y seguir andando? Quizá era la imagen de Navidad. El enorme tronco y la madera anaranjada sobre la que yo me tumbaba con mi pijama de franela. Acababa de recibir una pistola que mataba soldados. Y la pregunta era: ¿es que no me iba a levantar y seguir andando? Los zapatos de padre y los de Hans eran tan resistentes como las herraduras del caballo. ¿Estaban clavados? ¿Habrían robado los cuerpos? ¿Quién los habría dejado allí de pie? Y las galletas de Navidad con la forma del húmedo trasero del chico…, a lo mejor adornadas con una guinda para compensar la palidez de la masa…, un ascua del fogón. Pero yo no podía decir eso parece un casco o eso parece una herradura y seguir adelante, porque Hans y padre estaban tras de mí a la expectativa, con sus gorros de lana y dando palmadas con los mitones…, como una imagen de enero. Sonrientes. Yo estaba aprendiendo a patinar.

Parece que llegó a caballo hasta aquí.

Finalmente, padre dijo con voz ronca: ¿de qué estás hablando?

Dijiste que tenía un caballo.

¿De qué estás hablando?

De este caballo.

¿Es que nunca has visto una herradura de caballo?

Es el casco de un caballo, dijo Hans. Vamos.

¿De qué estás hablando?, volvió a decir padre.

Del hombre que asustó al chico de Pedersen. Del hombre que vio.

Tonterías, dijo padre. Es uno de los caballos de Pedersen. Reconozco la herradura…

Es verdad, dijo Hans.

Pedersen sólo tiene un caballo.

Y es éste, dijo Hans.

Este caballo es castaño, ¿no?

El caballo de Pedersen tiene las patas traseras castañas. Lo recuerdo, dijo Hans.

Es negro.

Tiene las patas traseras castañas.

Empecé a apartar la nieve. Yo sabía que el caballo de Pedersen era negro.

Qué coño, dijo Hans. Vámonos. Hace demasiado frío para estar aquí discutiendo sobre el color del maldito caballo de Pedersen.

El caballo de Pedersen es negro. No tiene ninguno castaño.

Hans se volvió furioso hacia padre. Has dicho que reconocías la herradura.

Eso creía. Pero no.

Yo seguía quitando la nieve. Hans se inclinó y me apartó. El caballo era blanco allí donde la nieve se le adhería al pelaje.

Es castaño, Hans. El caballo de Pedersen es negro. Éste es castaño.

Hans continuó empujándome. Vete al carajo, decía una y otra vez con una voz muy rara.

Sabías muy bien que no era el caballo de Pedersen.

Parecía una canción. Me levanté con cuidado, quitando el seguro. Cuando el invierno estuviera más avanzado a lo mejor alguien encontraría sus zapatos surgiendo de la nieve. Me parecía que ya le había dado un tiro a Hans. Yo sabía dónde tenía la escopeta —debajo de aquellas revistas, en su cajón— y aunque nunca antes me hubiera parado a pensarlo, todo bailaba ante mis ojos con tanta naturalidad que debió haber sucedido así. Naturalmente, yo mataba a todos —a padre en la cama, a madre en la cocina, a Hans al volver de hacer su trabajo. Muertos no serían tan diferentes, sólo que no serían tan vulgares.

Jorge, vamos —ten cuidado con eso, Jorge. Jorge.

Se le había caído la escopeta sobre la nieve. Tenía ambas manos extendidas hacia delante. Luego yo recorrería toda la casa, habitación tras habitación.

Eres amarillo, Hans.

Retrocedía lentamente, protegiéndose con los brazos — retrocedía — retrocedía —

Jorge…, Jorge…, eh, cuidado… Jorge… Parecía una canción.

Después yo vería sus revistas con la polla en la mano, cachondo de la cabeza a los pies.

Ya te he matado, amarillo Hans. Ya no puedes gritar ni darme empujones ni putearme en el establo.

Eh, espera, Jorge —escucha—. ¿Qué? Jorge…, espera… Parecía una canción.

Luego solamente el viento y el fogón bien caliente. Temblando, me puse de puntillas. Padre se me acercó y moví la pistola para apuntarlo. Continué moviéndola de un lado para otro… Hans y padre… Padre y Hans. Se acabó. La nieve se amontonaría en los ángulos de las ventanas. En primavera yo cagaría con la puerta abierta para ver los grajos.

No seas imbécil, Jorge, dijo padre. Ya sé que tienes frío. Nos iremos a casa.

… amarillo, amarillo, amarillo, amarillo… Como una canción.

Pero Jorge, yo no soy amarillo, dijo padre, sonriendo amistosamente.

Os he pegado un tiro a cada uno.

No seas imbécil.

He pegado un tiro a toda la casa. A ti también.

Qué raro no haberlo notado.

No se siente nunca, ¿no? ¿Acaso los conejos lo notan?

Joder, se ha vuelto loco, Mag, está loco—

Yo no quería. Yo no lo escondía nunca, como hacías tú, dije. Nunca lo creí.

Yo no soy amarillo, pero tú sí lo eres; tú me has hecho venir, pero los amarillos sois vosotros. Siempre habéis sido amarillos.

Lo único que te pasa es que tienes frío.

Que tenga frío o se haya vuelto loco, da igual, joder.

Sólo tiene frío.

Entonces padre me quitó la pistola y se la metió en el bolsillo. La escopeta le colgaba del brazo izquierdo, pero me dio una bofetada y me mordí la lengua. Padre escupió. Me di la vuelta y eché a correr por el camino que habíamos traído, con una mano sobre la mejilla para mitigar el dolor.

Mocoso de mierda, gritó Hans a mis espaldas.

3

Padre regresó al trineo donde yo estaba agazapado bajo la manta y sacó una pala de la parte trasera.

¿Estás mejor?

Un poco.

¿Por qué no tomas un poco de café?

Ya se habrá enfriado. Además, no tengo ganas.

¿Y unos emparedados?

No tengo hambre. No quiero nada.

Padre se dio la vuelta con la pala.

¿Qué vas a hacer con eso?, dije.

Un túnel, dijo, y tras rodear el talud se perdió de vista, el sol lanzando destellos sobre la pala.

Casi le llamé para que volviera, pero recordé la expresión de su cara y no lo hice. Simon piafó. Me arrebujé todavía más en la manta. No lo creí. Sólo me lo había creído un segundo, cuando lo dijo. Era una broma. Y yo tenía demasiado frío para andarme con bromas. ¿Para qué querría la pala? No serviría de nada que sacaran el caballo. Ya se veía que no era el de Pedersen.

Pobre Simon. Estaba mejor que ellos. Nos habían abandonado en medio del frío.

A padre se le había olvidado que llevaba una pala en el trineo. Podría haberla usado yo cuando estuve buscando la botella. Aquello también había sido una broma. Padre habría estado pensando qué gracia tiene Jorge, venga a dar patadas a la nieve; voy a esperar un poco a ver si se acuerda de la pala. Tendría gracia que se le olvidara a Jorge, pensaría, allí sentado, bien tapado con la manta, estirando el cuello de un lado para otro como una gallina. Cuando volviéramos a casa lo iban a contar tantas veces que acabaría por ponerme malo. Agaché la cabeza y cerré los ojos. Muy bien. No me importaba. Con tal de entrar en calor, lo aguantaría. Pero no podía ser. A padre también se le debió olvidar la pala, como a mí. Daría algo por la botella. Ahora no había ni una gota. Tenía mucho más frío con los ojos cerrados. Intenté pensar en la ropa interior y en las chicas de las fotos. Sentí un calambre en la nuca.

¿Entonces de quién es el caballo?

Decidí seguir un poco más con los ojos cerrados para ver si lo conseguía. Luego lo dejé. Dentro de los ojos tenía un hilo de luz. Brillaba más que la nieve y era igual de blanco. Los abrí y me estiré. Me mareaba con la cabeza baja. Todo estaba borroso. Había muchas líneas azules que se movían.

¿Acaso conocían el caballo? Puede que fuera de Carlson o incluso de Schmidt. Puede que el de los guantes amarillos fuera Carlson o Schmidt y que el chico, al volver inesperadamente del establo sin saber que había llegado Carlson, lo viera en la cocina con una escopeta en la mano, igual que habría estado Schmidt, y que entonces el chico se asustase y saliera corriendo porque no lo había entendido y había estado nevando mucho, y cómo habría llegado Schmidt hasta allí, o Carlson, si es que se trataba de uno de los dos, así que el chico se asustó y salió corriendo y llegó hasta nuestro pesebre, donde la nieve se apiló a su alrededor y Hans lo encontraría por la mañana.

Y nosotros habíamos sido unos perfectos idiotas. Sobre todo Hans. Sentí un escalofrío. El frío se me había metido en las tripas. El sol se había acercado al oeste. A su alrededor el cielo estaba cubierto de neblina. Las zonas bajas de los taludes se estaban volviendo azules.

No se habría asustado tanto. ¿Para qué iban a haber salido Carlson o Schmidt con semejante ventisca? Si alguien se hubiera puesto enfermo quedaba más cerca el pueblo que Pedersen o nosotros. Con este tiempo era un trecho demasiado largo. Además, no se habrían dejado sorprender. Pero si el caballo era robado, ¿a quién se lo podrían robar sino a Carlson o a Schmidt o quizá a Hansen?

Va al establo antes de la nevada, posiblemente por la noche, y entiende de caballos. Lo saca engañado con avena o con heno. Sale huyendo. Empieza la ventisca. Se sujeta con fuerza al caballo, inclinado contra el viento, cuidando de no tropezar con las cercas, buscando huellas, un camino. Llega hasta el bosquecillo. Puede que no lo conociera. El caballo se engancha en los espinos, se encabrita, cae

con las patas dobladas; o le derriba la rama baja de un roble sobre un montón de nieve; o puede que el caballo se encabritara al clavársele los espinos. El caballo se aparta un poco, no demasiado. Después se detiene —muerto. Y él —él se queda perplejo, abrasado por el viento, consumido como una piedra arrastrada por un torrente. Está cansado y muerto de frío con tanta nieve. El viento aúlla. Está ciego. Tiene hambre, frío y miedo. La nieve le azota el rostro, agotándolo poco a poco. De pie, quieto, solo, el viento la arrastra a su alrededor. Luego la nieve lo oculta. El viento lo cubre con una dura capa de nieve. Solamente se le podría encontrar si se deshiciera el talud con una pala, o si lloviera, allí tumbado junto al caballo.

Tiré de la manta y bajé de un salto y salí corriendo por el sendero que habíamos hecho entre los árboles y los taludes, resbalándome, haciendo sesgos, intentando desentumecerme, pero siempre con la cabeza levantada, mirando cautelosamente hacía delante.

No estaban donde el caballo. Junto al sendero yacían un casco y parte de la pata que yo había dejado al descubierto, como si no fueran parte de nada. Al verlos así, como si el vendaval los hubiera hecho caer de un árbol, me asusté. Ahora corría un poco de brisa y me di cuenta de que tenía hinchada la lengua. Las huellas de Hans y padre continuaban —hacia el establo de Pedersen. Ya se me había pasado la emoción. Me acordé de que había dejado la manta sobre el asiento en lugar de haber tapado a Simon. Pensé regresar. Padre había dicho que un túnel. Tenía que ser una broma. Pero ¿qué hacían con la pala? A lo mejor se lo habían encontrado junto al establo. ¿Y si en realidad se tratase de Schmidt o de Carlson? Pensé cuál preferiría yo que fuera. Seguí las huellas de padre con más lentitud. Ahora caminaba inclinado. El tejado del establo de Pedersen se agrandó; la neblina se había espesado; nubecillas de nieve surgían aquí y allá de las cimas de los taludes, como si los hubiesen pellizcado, y se alejaban flotando vaporosamente.

Estaban haciendo un túnel. No me oyeron llegar. Era verdad que estaban haciendo un túnel.

Hans estaba horadando el talud grande. Iba desde el bosquecillo hasta el establo, haciendo una amplia curva. Llegaba hasta la parte más baja del tejado y trepaba por él como si debajo no hubiera un establo. Parecía que se había concentrado allí toda la nieve del invierno. Si el talud no hubiera terminado en el bosquecillo habría sido estupendo para montar en trineo. Se podría subir por una escalera hasta el borde del tejado y dejarse caer desde allí. La superficie parecía bastante dura.

Hans y padre habían hecho un agujero como de tres metros en el talud. Hans cavaba y padre hacía pequeños montones tras él con lo que sacaba Hans. Calculé que hasta el establo habría unos treinta metros. Si hubiéramos estado en casa y no hiciera tanto frío, habría sido divertido. Pero llevaría un día entero. Eran idiotas.

He estado pensando, empecé, y Hans se detuvo en el interior del túnel, dejando en

el aire la pala llena de nieve.

Padre ni se volvió ni se detuvo.

Puedes ayudarnos a cavar, dijo.

He estado pensando, dije, y Hans dejó caer la pala, esparciendo la nieve, y salió. He estado pensando, dije, que estáis haciendo el túnel donde no es.

Hans me señaló con la pala. Empieza a cavar.

Nos hace falta algo para sacar la nieve, dijo padre. Va habiendo demasiada distancia.

Padre dio una patada a la nieve y sacudió los brazos. Estaba sudando y Hans también. Era una tontería tremenda.

Ya os he dicho que estáis cavando donde no es.

Díselo a Hans. Es idea suya. Es un gran zapador.

Pues tú dijiste que era una buena idea, dijo Hans.

¿Yo?

Bueno, dije, no creo que vayáis a encontrarlo ahí dentro.

Padre rió entre dientes. Tampoco va a encontrarnos él.

Si está donde yo creo, no va a encontrar a nadie.

Ah, claro —crees. Hans se acercó. ¿Dónde?

Donde acabó. La verdad es que no me importaba lo que hiciera Hans. Podía acercarse todo lo que quisiera. Bajo la nieve al lado del caballo.

Hans fue a decir algo, pero padre se mordió un labio y movió la cabeza.

Probablemente Schmidt o Carlson, dije.

Una mierda, nada de Schmidt o Carlson, dijo padre.

Claro que no, dijo Hans.

Hans vació la pala, furioso, y se acercó a mí llevándola como si fuera un hacha.

Hans ha estado trabajando como una mula, dijo padre.

Nunca acabarás.

No.

Es demasiado alto.

Claro.

Entonces, ¿por qué lo estáis haciendo aquí?

Por Hans. Porque quiere Hans.

Pero ¿por qué razón, coño?

Para poder llegar al establo sin que nos vea.

¿Y por qué no vais dando la vuelta por detrás del talud?

Por Hans. Hans dice que no. Hans dice que desde una ventana de arriba nos puede ver al otro lado del talud.

Qué coño.

Tiene un rifle.

Pero ¿cómo sabéis que está arriba?

No lo sabemos. Ni siquiera sabemos si está aquí. Pero está el caballo.

Está donde os he dicho.

No. Eso es lo que tú quisieras. Y Hans también, ¿no? Pero no lo está. ¿Qué fue lo que entonces vio el chico —un fantasma?

Me metí en el túnel y fui hasta el final. Todo parecía azul. El aire estaba frío y húmedo. Podría haber sido divertido, la nieve sobre mi cabeza, dura y granulosa, la emoción del túnel, jugar. El aspecto de una mina, todos los sonidos apagados, las marcas de la pala sobre la nieve. Claro que sabía cómo se sentía Hans. Habría sido maravilloso hacer una madriguera, desaparecer bajo la nieve, dormir al amparo del viento entre sábanas suaves, sentirse a salvo. Retrocedí. Fuimos a por Hans para volver a casa. Padre, sonriente, me dio la pistola.

Oímos cómo la pala cortaba la corteza de la nieve y cómo resoplaba Hans. Usaba la pala como si fuera una horca. Había cortado la nieve formando terrones alrededor del caballo. Gruñía al clavar la pala. Luego empezó a golpear con la pala contra la nieve, aplastándola y perforando la superficie con el borde de la hoja.

Hans. No sirve para nada, dijo padre.

Pero Hans continuó dando golpes con la pala, sacando y aplastando la nieve, dando golpes aquí y allí, como si estuviera intentando matar una serpiente.

Estás perdiendo el tiempo. No sirve para nada, Hans. Jorge no tenía razón. No está donde el caballo.

Pero Hans seguía cada vez más deprisa.

Hans. Padre tuvo que decirlo en tono áspero y seco.

La pala horadó la nieve. Golpeó contra una piedra y resonó. Hans se puso de rodillas y empezó a sacar nieve con las manos. Se detuvo al ver la piedra.

TERCERA PARTE

1

La yegua de Pedersen estaba en el establo. Padre la tranquilizó. Le acarició los ijares con la mano. Apoyó la cabeza contra el pescuezo y le susurró algo al oído. La yegua se sacudió y relinchó. Hans abrió la puerta una rendija y atisbo hacia el exterior.

Hizo un gesto a padre para que hiciera callar a la yegua, pero padre estaba donde el pesebre. Pregunté a Hans si había visto algo y Hans movió la cabeza. Advertí a padre que había un cubo. Había apaciguado a la yegua. En el cubo había algo que parecían esponjas. Si eran esponjas, estaban endurecidas. Hans se apartó de la puerta y se frotó los ojos. Se apoyó en la pared.

Entonces padre fue a mirar por la rendija.

No parece que haya nadie en la casa.

Hans tenía hipo. Soltaba palabrotas entre dientes e hipaba.

Padre gruñó.

Ahora la yegua estaba tranquila y nosotros respirábamos con precaución, y si se hubiera levantado el viento no lo habríamos podido oír ni tampoco si hubiera arrastrado nieve. En el establo hacía menos frío y la poca luz que había estaba suavizada por el heno y la madera. Estábamos resguardados del sol y era agradable dejar descansar la vista sobre los aperos y el cuero en reposo. Como Hans, me apoyé en la pared y me puse la pistola en el cinto. Tener la mano libre me produjo una sensación agradable. La cara me ardía y me sentía soñoliento. Podía hacer un hueco entre el heno. Aunque hubiera ratas, me dormiría. Todo en el establo estaba en calma. De las paredes colgaban aperos y arreos y sobre el suelo descansaban cubos, sacos y arpilleras. Bajo la paja y el heno nada se movía. La yegua estaba tranquila. Y Hans y yo descansábamos apoyados en la pared, Hans aspirando bocanadas de aire y reteniéndolo, y esperábamos a padre, que no hacía ningún ruido. Solamente el rayo de sol que se le colaba entre las piernas extendiéndose sobre el suelo y trepando, peligrosamente blanco, por el cubo, parecía tener vida.

No lo parece, dijo padre por fin. Aunque nunca se puede saber.

Quién va a ir, pensé. No está lejos. Entonces todo habrá terminado. Sólo hay que cruzar el corral. No está más lejos que el camino del otro lado del talud. Sólo nos miran las ventanas. Si ha estado aquí, ya se ha ido y ahí fuera no hay ningún peligro.

Se ha ido.

A lo mejor, Jorge. Pero si vino montando el caballo castaño con que has tropezado, ¿cómo es que no se llevó la yegua de Pedersen cuando se marchó?

Dios, susurró Hans. Está aquí.

Podría estar en el establo. Nunca lo distinguiríamos.

Hans hipó. Padre se rió débilmente.

Vete al cuerno, dijo Hans.

Creía que se te iba a pasar el hipo.

Déjame mirar, dije.

Debe de haberse marchado, pensé. No está muy lejos.

Debe de haberse marchado. Nunca vino. No está muy lejos, pero ¿quién va a ir? Entrecerrando los ojos, distinguí la casa con gran esfuerzo. La parte más próxima, el comedor, daba hacia donde estábamos nosotros. El porche quedaba a la izquierda y estaba más lejos. Se podía ir hasta la pared más cercana y bordearla por debajo de las ventanas. Él podría verte desde la ventana del porche. Pero se había marchado. Pero para averiguarlo, yo no quería cruzar el breve espacio nevado a

merced del viento.

Ojalá se callara Hans. Yo estaba calculando la distancia. Aparte de eso, me encontraba a gusto apoyando la espalda en la pared. Se produjo un largo silencio mientras Hans contenía la respiración y luego permanecimos a la expectativa.

El viento se arremolinaba alrededor del muñeco de nieve. Ahora había unas largas sombras azuladas junto al muñeco. Por el este, el cielo estaba despejado. La nieve tapizaba levemente el porche detrás del muñeco. De la boca de la bomba colgaba un carámbano. No se veían huellas por ninguna parte. Pregunté habéis visto el muñeco de nieve y oí refunfuñar a padre. La nieve llegaba hasta la cintura del muñeco. El viento le había arrancado los ojos de la cara. Una chimenea silenciosa era una casa vacía.

Ahí no hay nadie, dije. A Hans volvió a darle el hipo, así que salí corriendo.

Llegué corriendo hasta la pared del comedor y me dejé caer contra ella. Ahora vi que por el oeste había nubes en el cielo. Se estaba levantando viento. Hans y padre podían venir. Yo daría la vuelta a la esquina pegado a la pared. Allí estaba el porche. El solitario muñeco de nieve estaba junto a él.

Vale, grité, caminando sin precipitación.

Padre se acercó precavidamente desde el establo con la escopeta entre los brazos. Andaba despacio para hacerse el valiente, pero yo estaba de pie a pecho descubierto y sonreí.

Padre se sentó abrazándose las rodillas cuando yo oí el rifle y Hans dio un grito. La escopeta de padre se quedó apuntando hacia arriba. Retrocedí hasta la casa. Dios mío, pensé. Es de verdad.

Necesito echar un trago.

Yo estaba sujetando la casa. La nieve había sido arrastrada contra ella.

Necesito un trago. Me hizo un gesto con la mano.

Cállate. Cállate. Moví la cabeza. Cállate. Cállate y muere, pensé.

Necesito un trago, tengo la garganta seca, dijo padre.

Padre se estremeció cuando se volvió a oír el rifle. Parecía extender las manos hacia mí. Los dedos me resbalaron sobre los tablones. Intenté clavarlos en ellos, pero me resbalaba la espalda. Cerré los ojos desesperado. Yo sabía que iba a volver a oír el rifle a pesar de que los conejos no los oyen. Había llegado silenciosamente. Me resbaló la espalda. De todas formas es difícil dar a un conejo con esa manera que tienen de saltar. Pero los chacales se quedan sentados, como padre. Sentí cómo los copos de nieve se me deshacían sobre la cara al caer sobre ella. Dios mío, me iba a pegar un tiro. ¿Por qué padre había inclinado la cabeza? No mires. Sentía cómo los copos de nieve me caían suavemente en la cara y se deshacían. El resplandor me hacía daño, tenía que entrecerrar los ojos. La cicatriz de la cara de padre debe de estar terriblemente seca. No mires. Sí…, se estaba levantando

viento…, los copos caían con más rapidez.

2

Cuando tenía tanto frío que ya me daba igual, me arrastré hasta el lado meridional de la casa y rompí el cristal de una ventana con la pistola que había olvidado tener y me descolgué hasta el sótano desgarrándome la chaqueta con el cristal. Me dolían los tobillos, así que me acurruqué entre los huecos oscuros que había entre las cajas enmohecidas. Inmediatamente me quedé dormido.

Creía haberme despertado enseguida aunque la luz que entraba por la ventana era rojiza. Los metió en el sótano, recordé. Pero me quedé donde estaba, sintiendo tanto frío que tenía la impresión de haberme separado de mí mismo y me pregunté si no habría sido todo más que un truco para meterme en el sótano como compensación por habérsele escapado el chico. Bueno, él actuaba tan repentinamente. El chico de Pedersen —a lo mejor había sido una advertencia. No: Me gustaba más la idea de que hubiera habido un intercambio de prisioneros. Volvía a encontrarme en terreno conocido. No era como si me hubieran hecho un regalo. Un territorio nuevo y desierto. Mientras veníamos, no había dejado de sentir que escapaba de mí mismo, impelido quizá por el frío. De todas formas me sentía extraño, tenía los ojos abrasados y la mirada borrosa, estaba hecho trizas. Bueno, él actuaba con tanta rapidez y silencio. El conejo simplemente tropezó. Los tomates nada sienten al congelarse. Pensé en la suavidad del túnel, la huella de la pala sobre la nieve. Supongo que la nieve tendría una profundidad de unos treinta metros. Profunda, profunda. Una cueva azulada, de tono cada vez más oscuro su color azul. Y luego túneles que saldrían de ella como ramas de árboles y habitaciones agradables. ¿Estaríamos ya en febrero? Recordaba una película en la que los meses salían volando de un calendario como si fueran hojas. Unas chicas con llamativos esquijamas encarnados se perdían en la distancia sobre sus esquíes. El silencio del túnel. Más y más adentro. Escaleras. Unas escaleras anchas y empinadas. Y balcones. Ventanas de hielo y una dulce luz verdosa. Ah. Todavía habría nieve en febrero. Salgo del establo. Las cuchillas silbando. Me inclino peligrosamente, pero aun así continúo deslizándome. Ahora hasta el camino, el ligero camino nevado, y el chico de Pedersen flotando boca abajo. Ahora estarían todos hundidos en la nieve, ¿no? Bueno, más o menos, ¿no? El chico, por haber matado a su familia. Pero ¿y yo?

Se iba a congelar. Pero yo lo dejaría atrás, eso era lo bueno, ya estaba en camino. Sí. Qué raro. Me había convertido en algo que yo palpaba buscando heridas, como rozaduras en el cuero desgastado, como si se tratase de encontrar moho y herrín en los tablones y los clavos, pero era difícil hacerlo y se me habían entumecido los dedos dentro de los guantes y tenía las puntas doloridas. Tenía mocos. Muy

interesante. Curioso. Sentía calambres en una pierna y seguramente era eso lo que me había hecho despertar. Como en la distancia, sentí los puntos blandos de mis hombros dentro de la chaqueta, la gruesa línea del gorro enmarcándome la frente y sobre el suelo duro mis todavía más duros pies y contra el pecho las rodillas dobladas. Los sentía, pero los sentía de forma distinta…, como la presión de un cerrojo a través del acero o la cincha de un arreo de cuero o la presión de la madera contra la madera en el entarimado del suelo…, como una torsión o un pinzamiento, como el doloroso ceder de unas poleas muy tensas o como diques rebosantes en los manantiales del crudo invierno.

No alcanzaba a ver la caldera, pero se había apagado. Sabía que las brasas estaban frías. Un arco iris se reflejaba en la ventana rota proyectando un dibujo de colores sobre el suelo. Una vez entró el viento y apareció un copo de nieve. La escalera se adentraba en la oscuridad. Si apareciera un rayo de luz escaleras abajo, supuse que tendría que disparar. Busqué la pistola. Entonces divisé el sótano donde guardan la fruta y la puerta cerrada tras la que se encontraban los Pedersen.

¿Estarían muertos ya? Lo estaban todos menos yo. Más o menos. Hans no lo estaba en realidad, a no ser que el tipo lo hubiera encontrado, dando gritos mientras corría. Hans había huido como un cobarde. Lo sabía. Sería mejor que estuviera vivo y la nieve acabase con él. Yo no tenía sus revistas, pero recordaba cómo eran, tan gordas metidas en el sostén.

La puerta de madera tenía una tranca también de madera. Descorrí la tranca con facilidad, pero la puerta estaba encajada. No tenía por qué haberse atorado, pero *estaba* atrancada —atrancada por la parte superior. Intenté ver qué era lo que había en la parte de arriba poniéndome de puntillas, pero no podía flexionar los dedos de los pies y me caía hacia un lado. No tiene por qué atrancarse, pensé. No hay ninguna razón. Volví a tirar con mucha fuerza. Al abrirse cayó una astilla. Una cuña. ¿Para qué? Tenía una tranca. En aquella parte todavía hacía más frío y el aire estaba impregnado de olor a tierra húmeda.

A lo mejor estaban encogidos como cuando el chico se desvaneció. Puede que tuvieran las ropas congeladas y el pelo endurecido. ¿De qué color tendrían la nariz? ¿Me atrevería a pellizcárselas? Bueno. Si la vieja estaba muerta, le echaría un vistazo al coño. No estaba Hans para darles friegas. Hans había salido huyendo. La nieve le pillaría. Aquí abajo no había agua caliente ni fogón. Había que tomar precauciones antes de hacer una cosa así. Pensé en cómo se habían endurecido las esponjas del cubo.

Volví a meterme entre las cajas y me puse a observar las escaleras. Bajo la luz del sol la astilla era anaranjada. Me habría oído romper el cristal o cuando cedió la puerta o cuando cayó la cuña. Él estaba esperando detrás de la puerta en la parte superior de la escalera. Lo único que yo tenía que hacer era subir. Estaba al acecho. Desde el

principio. Estaba al acecho mientras permanecimos en el establo. Estaba al acecho cuando padre salió con la escopeta entre los brazos. No corría riesgos y esperaba.

Yo sabía que yo no sabía esperar. Yo sabía que tendría que volver a salir. Allí también me estaría acechando. Me sentaría lentamente sobre la nieve, como padre. Sería una lástima, especialmente después de todo lo que yo había tenido que soportar, porque estaba a punto de sucederme algo maravilloso, lo sentía agitarse extrañamente en mi interior, en esa parte de mi cuerpo que echaba a volar y que desde lo alto observaba el montón formado por mis rígidas ropas. Oh, lo que había olvidado padre. Podríamos haber utilizado la pala. Yo habría encontrado la botella. Con ella nos hubiéramos vuelto a casa. Yo me habría recuperado junto al fuego. Habría vuelto a entrar en calor junto a él. Pero al pensar en ello, dejó de apetecerme. Yo ya no quería volver a ser de aquella forma. No. Me alegré de que se le hubiera olvidado la pala. Pero él estaba…, estaba al acecho. Padre siempre decía que él sí sabía esperar; que Pedersen no sabía. Pero padre y yo, no sabíamos —solamente Hans se quedó atrás cuando salimos, cuando quien sí sabía esperar estaba al acecho. Él sabía que yo no sabía esperar. Él sabía que me congelaría.

Puede que los Pedersen sólo estuvieran dormidos. Tenía que asegurarme de que el viejo no me estuviera mirando. Qué cosas. Padre simulaba dormir. ¿Podría simular también la muerte? Ella no era gran cosa. Gorda. Canosa. Pero un coño es un coño. Palideció la luz que entraba por la ventana. El cielo que alcanzaba a ver parecía cubierto de humo. Los trozos del cristal roto ya no brillaban. Oía el viento. La nieve aumentó junto a la ventana. De una viga colgaba una telaraña como una red de cristal. Uno tras otro los copos caían hacia dentro y luego se desvanecían. Con desesperación conté: tres, once, veinticinco. Uno centelleó a mi lado. Quizá los Pedersen sólo *estuvieran* dormidos. De nuevo me acerqué a la puerta y miré hacia el interior. Las hileras de vasos y botellas reflejaban algo de luz. Palpé el piso con el pie. De repente pensé en serpientes. Seguí arrastrando el pie. Llegué hasta los rincones, pero el suelo estaba vacío. La verdad es que fue un alivio. Volví a esconderme entre las cajas. Ahora soplaba el viento, arrastrando la nieve, y los cristales brillaban en lugares inesperados. Las mortecinas cabezas de los clavos de la tapa de un barril tenían un fulgor blanquecino. Oh, por amor de Dios. Dentro de la casa, sobre mi cabeza, escuché el ruido de una puerta al cerrarse de golpe. Se había cansado de esperar. El chico tiene que congelarse por haber matado a su familia.

La escalera no tenía barandilla y era empinada. Parecía colgar del aire. Gracias a Dios, los peldaños eran firmes y no crujían. La oscuridad se cerró bajo mis pies. El terror de la altura. Pero yo simplemente ascendía con el trineo bajo el brazo. Un minuto más tarde saldría disparado desde el alero sobre el empinado talud, dejando a mis espaldas una polvareda de nieve. Me aferraba a la escalera, estirado. Si cayera al vacío, flotaría como una estrella negra. No es el calendario de marzo. A lo mejor me

encontraban en la primavera colgando de esta escalera como el capullo de un gusano en hibernación. Ascendí lentamente y empujé la puerta. El papel de la cocina tenía macetas, grandes y verdes. De cada una de ellas, surgía una gran flor roja. Empecé a reírme. Me gustaba el papel. Me encantaba; era mío; pasé el dedo sobre las macetas verdes y sobre el borde de las enormes flores que brotaban de ellas mientras reía. A la izquierda de la puerta, en la parte alta de la escalera, había una ventana que daba sobre el porche trasero. Vi cómo el viento arrastraba la nieve hacia el muñeco. El cielo estaba cubierto en toda su extensión por una luz plomiza y la nieve tenía aspecto ceniciento. Sobre el porche había huellas profundas y precisas.

Estaba a punto de celebrarlo, pero me acordé a tiempo y rápidamente me escondí en un armario, acurrucándome entre las escobas, tapándome los ojos con los brazos. En la parte inferior de una colina alargada había una manada de ovejas. Había sido mi dibujo favorito de un libro que tenía a los ocho años. No había personas.

Me había puesto furioso y a padre le había dado risa. Lo tenía desde mi cumpleaños en primavera. Luego lo escondió. Era cuando teníamos el retrete en la parte de atrás. Dios, qué frío hacía allí, tan negro por abajo. Lo encontré en el retrete, desgajado y con las hojas por el suelo helado y encharcado. Y vi cómo flotaban unas ovejas llenas de rizos dentro del agujero. Hasta había hielo. Me lo habían quitado y yo me puse a revolcarme y a dar patadas. Padre se partía de risa. Sólo conseguí salvar a un chico gordo y mofletudo que no me gustaba. La vaca estaba rasgada. Madre dijo que algún día tendría otro igual. Durante algún tiempo, aunque se hubiera amontonado la nieve, estuviera el cielo cubierto y soplara el viento, todos los días esperaba que volviera mi tía y me trajera un libro como madre había dicho que sucedería. Nunca vino.

Y yo casi ya tenía las revistas de Hans.

Pero él podría regresar. Aunque no me perseguiría hasta mi casa, no, ahora no. Dios santo, el calendario estaba nuevo, se percibían las líneas con claridad, los colores eran brillantes y alegres y sobre el hielo había ochos y labios rojos que cantaban y la nieve me pertenecía así como el cielo, hermoso y deslumbrante, fieramente azul. Pero él era capaz. Era rápido.

Si no hiciera tanto frío, no sabría qué pensar, pero no había tanta humedad como entre las cajas y olía a jabón. En la cocina había luz. Entraba por la rendija que había dejado abierta en la puerta del armario para sentirme más tranquilo. Pero la luz se estaba debilitando. A través de la rendija se veía el fregadero, ahora lechoso: los copos comenzaron a resbalar desde el cielo y a rozarse contra el cristal antes de volver a ser atrapados por el viento y salir de nuevo volando. No se veían en la luz grisácea. Entonces —de repente— surgían de ella como pajas desprendidas del trigo y barrían la ventana al arremolinarse el viento. Se agitaba una cosa negra. Estaba entre la nieve gris. Dio un salto y luego desapareció. El gorro negro de lana, pensé.

Al salir tropecé con un cubo, y cuando corría apresuradamente hacia la ventana, me falló la pierna izquierda y me di un golpe contra el fregadero. La luz era más débil. La nevada se hacía más intensa. Mi nieve. Casi estaba nivelando el terreno. Con cada ráfaga ascendía. Después, cuando en un momento de calma descendió la nieve y hubo luz suficiente para ver cómo crecían las sombras del talud, vi su espalda sobre un caballo. Vi cómo agitaba la cola. Y la nieve regresó. Revuelo de cortinas blancas. Se había marchado.

3

Una vez, cuando sobre el camino se formaban remolinos de polvo y los campos estaban cubiertos de trigo alto y espeso, y las hojas de todos los árboles estaban grises y abarquilladas y lacias, me adentré en el prado, donde los dientes de león habían empezado a formar semillas y las tierras bajas estaban agrietadas, agarrando una escoba que era mi escopeta, y estuve azuzando entre las varas de oro a los saltamontes que huían en bandadas como si fueran codornices y los mataba a tiros. El viento cálido y la maleza olían a trigo. La boca me sabía a polvo y la casa y el establo y todos los cubos me hacían daño en los ojos cuando los miraba. Sobre la escoba cabalgaba entre las rocas parduzcas. Divisé a Simon, el caballo, bajo la sombra de un árbol. Cabalgando sobre la escoba entre la hierba dorada del prado y formando con el puño la culata de una pistola, disparé contra el indio que montaba a Simon. Cabalgaba a través de la llanura reseca. Me adentré en el riachuelo seco. Tras de mí dejé una nube de polvo. Iba deprisa y gritaba. El tractor era de un brillante color naranja. Relucía. El polvo se arremolinaba tras él. Oculto en el riachuelo, aceché su llegada. Esperaba mientras hacía una curva aproximándose hacia donde yo me encontraba. Estaba al acecho. Tenía los ojos casi cerrados. Salté dando un grito y me lancé a caballo sobre la reseca llanura. Mi caballo tenía la cola dorada. El polvo se arremolinaba a mi espalda. Padre estaba en el tractor con un sombrero de anchas alas. Haciendo con el puño una pistola, con su culata y su cañón, a toda velocidad, le disparé. Padre detenía el tractor, se apeaba e íbamos andando hasta el arbolillo donde se encontraba Simon con la cabeza inclinada. Nos sentábamos bajo el árbol y padre sacaba una botella de agua de entre las raíces y bebíamos. Hacía gárgaras antes de tragársela. Limpiaba la boca y me la pasaba. Yo echaba un trago como si estuviera bebiendo algo más fuerte y se la devolvía. Padre echaba otro trago y suspiraba y se levantaba. Luego decía: ¿has echado de comer a las gallinas como te he dicho?; y yo decía que sí, y entonces él decía: ¿qué tal va la caza?; y yo decía: bastante bien. Él asentía con la cabeza como si estuviera de acuerdo y daba a Simon una palmada en las ancas y se iba, pero siempre me decía que no estuviera demasiado rato jugando al sol. Me quedaba mirando cómo se marchaba por el riachuelo, abanicándose la cara

con el sombrero antes de volver a ponérselo. Entonces yo daba a la botella un trago en secreto y me secaba los labios y la boca de la botella. Después me iba y dejaba que las ambrosías me rascasen las rodillas y luego, a veces, me iba a casa.

Había empezado a notarse el calor del fuego. Me froté las manos. Me comí una galleta rancia.

Padre se había llevado la carreta al pueblo. Brillaba el sol. Padre había ido a la estación a recoger a Hans. Había nieve, pero también barro, y los campos volvían a estar verdes. El barro se adhería a las ruedas de la carreta. A veces el aire era fragante y con la marcha del invierno el riachuelo se había llenado de agua. A través de una rendija de la puerta del retrete vi la carreta camino de la estación. A los once años yo tenía la manía de mirar al suelo. Algo brillaba entre el agua. Entonces fue cuando encontré la primera. Brillaba el sol. El barro se adhería a las ruedas de la carreta y padre iba a esperar el tren y la nieve fluía por el riachuelo. Tenía una repisa debajo del asiento. Se podía alcanzar. Ya tenía la manía de esconderlas. De modo que la encontré y lo derramé por el agujero. Aquél fue el último año que usamos el retrete, porque lo derribamos cuando llegó Hans.

Me comí una manzana que había encontrado. Tenía la piel marchita, pero la carne estaba dulce.

Yo pensaba que Hans era más fuerte que Simon, el caballo. Me dejaba ayudarlo a hacer su trabajo y hablábamos, y luego me enseñó algunas fotos de las revistas. ¿Has visto algo así por aquí?, decía, sacudiendo la cabeza. Tetas como éstas sólo las tienen las vacas. Y me tomaba el pelo, riéndose al pasar rápidamente las páginas, y yo casi no podía verlas. O venía y me daba un azote en el culo. Los dos juntos derribamos el retrete. Hans lo odiaba. Decía que era un trabajo asqueroso, propio de soldados. Pero decía que yo le había ayudado mucho. Me contó que las chicas japonesas tenían la raja de lado y que no tenían pelos. Me prometió enseñarme la foto de una y a pesar de la lata que le di, no lo hizo nunca. Quemamos las tablas en un montón enorme en la parte trasera del establo y las llamas eran de un color naranja fuerte como el sol poniente y salían nubes de humo negro. Está empapada de orines, dijo Hans. Nos quedamos de pie junto a la hoguera hasta que se deshizo y salieron las estrellas y brillaron las brasas y me hablaba de la guerra en voz baja y de los disparos de los grandes cañones.

A padre le gustaba el verano. Le hubiera gustado que todo el año fuera verano. Una vez me dijo que el whisky le hacía sentir el verano. Pero a Hans le gustaba la primavera, como a mí, aunque a mí también me gustase el verano. Hans hablaba y me enseñaba esto y lo otro. Una vez se midió la picha cuando la tenía tiesa. Observábamos corretear a las alondras entre la maleza y cómo les temblaban las plumas de la cola al emprender el vuelo. Contemplábamos la espuma que el agua turbia de la primavera hacía entre las rocas del riachuelo y oíamos los relinchos de

Simon y los chirridos de la bomba del agua.

Después padre cogió manía a Hans y me dijo que no debería andar tanto con Hans. Y luego, en el invierno, como tenía que pasar, Hans cogió manía a padre y Hans decía a madre cosas terribles sobre lo que bebía padre, y un día padre lo oyó. Padre se pasó el día furioso y terrible con madre. Era una noche como ésta. El viento soplaba con fuerza y se veía venir una buena nevada y yo había encendido el fuego y estaba sentado junto a él, soñando. Madre vino a sentarse a mi lado y luego vino padre, echando chispas, mientras que Hans se quedaba en la cocina. Yo solamente oía el fuego y en el fuego veía la cara de madre, triste y tranquila, durante toda la noche, sin tener que volver la cabeza, y oía beber a padre, y nadie, incluido yo, dijo una sola palabra durante aquella larga noche. Hans fue a despertar a padre a la mañana siguiente y padre le tiró el orinal, y Hans cogió el hacha y las carcajadas de padre hicieron temblar la casa. Poco tiempo después Hans y yo empezamos a odiarnos y a buscar las botellas de padre cada uno por su lado.

El fuego estaba languideciendo. Había algunas llamas azuladas, pero casi todas eran de color naranja. A pesar de todos los preparativos que padre decía que había hecho Pedersen, en la casa no había mucha leña. Era agradable no tener frío, pero yo ya no estaba tan resentido con el tiempo como antes. Pensé que a partir de ahora me iba a gustar el invierno. Me senté lo más cerca que pude y me desperecé y bostecé.

Aunque él tuviera la picha más gorda… yo estaba aquí y él en medio de la nieve. Me encontraba satisfecho.

Ahora estaba en medio del viento, y ahora estaba en medio del frío, y ahora tendría sueño como lo tenía yo. Tendría la cabeza inclinada igual que la tendría de inclinada el caballo y se balancearía agotado sobre la silla porque tenía que seguir resistiendo y se balancearía muerto de sueño con los ojos cerrados y los gruesos párpados llenos de nieve, y con nieve en el pelo y en las pestañas, y por dentro de las mangas y del cuello y de las botas. Estaba bien que fuera él quien estuviera allí y que no fuera yo el que estuviera sobre un caballo como una estaca contra el viento, con el caballo ya probablemente parado y con el cuello doblado frente al vendaval, y no me gustaría estar allí fuera, solo, tumbado en la blanca y fría oscuridad, muriéndome a solas, quedándome enterrado mientras todavía intentaba seguir respirando, sabiendo que solamente saldría a la superficie con la primavera y que enseguida me ablandaría el sol y me acosarían los perros. Debe de haberse detenido el caballo por mucho que consiguiera que el otro caminase. Puede que consiga que éste ande hasta caerse, o que se caiga él, o se rompa algo. Puede que llegue hasta algún sitio. Quizá. Hasta la casa de Carlson o de Schmidt. Ya lo había conseguido una vez, aunque sin tener derecho a ello ni tampoco suerte. Pero lo había conseguido. Ahora se encontraba en medio de la inmensidad de la nieve. Iba a venir más. El viento traía más. Ahora estaba allí en medio, y podría seguir y podría escapar porque ya lo había hecho antes.

Tal vez formaba parte de la nevada. Puede que viviera allí, como los peces en los lagos. En primavera no pasaban cosas así. Me quedé sorprendido al oír mi risa, la casa estaba tan vacía y el viento era tan uniforme que no había ruidos.

Lo veía llegar hasta nuestro pesebre, el caballo se metía hasta las rodillas en el talud que allí se formaba. Lo veía entrar en la cocina sin que, con el viento, lo oyeran. Yo veía a Hans sentado en la cocina. Estaba bebiendo como bebía padre —levantando la botella. Madre estaba allí, con las manos como un cepo sobre la mesa. También estaba allí el chico de Pedersen, desnudo sobre la harina, con la cintura cubierta con toallas, el agua y el whisky goteando regularmente. Hans miraba, miraba los sucios dedos de los pies del chico, lo miraba igual que me miraba a mí, con sus ojillos negros, chasqueando la lengua. Y entonces vería el gorro, el chaquetón, los guantes sujetando el rifle y sucedería lo mismo que cuando padre le quitó el vaso a Hans de un puntapié, sólo que esta vez la botella rodaría por el suelo y se derramaría. Madre se preocuparía porque le iban a manchar la cocina y se levantaría y mezclaría la masa para las galletas con una temblorosa cuchara y pondría el café a calentar.

Desaparecerían igual que los Pedersen. Los quitaría de en medio hasta que acabara el invierno. Pero dejaría al chico, porque había habido un intercambio con nosotros y cada uno de nosotros se encontraba en su nuevo territorio. ¿Por qué estaba entonces tan pálido que casi parecía transparente? Dispara. Vamos. Date prisa. Dispara.

El caballo había andado en círculo. No había sabido por dónde ir. Él no sabía que el caballo había dado la vuelta. Tenía las manos flojas sobre las riendas y por eso el caballo había dado la vuelta. Todo estaba blanco y negro, y todo era lo mismo. No había camino alguno que tomar. No había huellas. El caballo había dado la vuelta. No había sabido qué camino tomar. Solamente había nieve que llegaba hasta los ijares del caballo. Lo único que sentía era un frío que le calaba hasta los huesos y que la nieve se le metía en los ojos. No había podido. ¿Cómo iba a haberse dado cuenta de que el caballo había dado la vuelta? ¿Cómo iba a poder montar y arrear al caballo si no tenía adónde ir y todo era blanco y negro, y todo era lo mismo? Naturalmente, el caballo había dado la vuelta, claro que había hecho un círculo. Los caballos saben lo que hacen. Dicen muchas gilipolleces sobre los caballos. Pues no, padre, no. Lo saben. Lo dijo Hans. Lo saben. Hans lo sabe muy bien. Tiene razón. Aquella vez tuvo razón con lo del trigo. Dijo que tenía el tizón y lo tenía. Tenía razón con las ratas, que se comen los zapatos, se comen lo que pillan; por eso ha dado la vuelta el caballo. Eso fue hace mucho tiempo. Sí, padre, pero, aunque sucediera hace mucho tiempo, Hans tenía razón y, además, qué sabes tú, siempre estabas bebiendo…; en verano, no…; no, padre; tampoco en primavera ni en otoño…; no, padre; pero sí en invierno, y ahora estamos en invierno y estás metido en la cama, como debe ser —no me hables, cállate. La botella me lo ha transformado en primavera, igual que te ha hecho

entrar en calor el tipo ese a ti. Cállate. Cállate. Desde que era pequeño quería con todas mis fuerzas tener un perro o un gato. Ya sabes cómo son esas fotos de Hans, las chicas tienen los pezones tan grandes como el cuello de una botella… Cállate. Cállate. No voy a sentirlo. Ya no eres un hombre. Se te ha roto la botella en medio de la nieve. La aplastó el trineo, ¿te acuerdas? No voy a sentirlo. Siempre andabas intentando zurrarme, padre, sí, claro que sí. Siempre tenía frío en tu casa, padre. Jorge —yo también. No, era yo quien lo tenía. Yo era el que siempre estaba cubierto de nieve. Hasta en verano me daban escalofríos a la sombra del árbol. Y, padre, yo no te tocaba, ¿recuerdas?; así que deja de atormentarme. Él sí. Puede que haya venido. Oh no mierda por favor. Vuelta. Se despierta. Advierte que el caballo se ha detenido. Se sienta y se balancea, y cree que el caballo sigue adelante y entonces ve que no. Intenta arrearlo, pero el caballo se ha detenido definitivamente. Se apea y lo arrea hasta el establo, y allí está el establo, el establo donde cogió el caballo. Luego, en el establo, empieza a ver con nitidez y percibe que hay algo sólido en el corral, donde sabe que se encuentra la casa y en uno de los momentos en que la ventisca amaina ve el resplandor anaranjado, el resplandor del fuego y mi imagen a su lado, completamente estirado, con la cabeza entre los brazos y casi dormido. Si me hubieran regalado un perro, le habría puesto de nombre Shep.

Me puse en pie de un salto y corrí hacia la cocina, deteniéndome solamente para volver a coger la pistola y para coger apresuradamente del armario el cubo con el que había tropezado haciendo aquel tremendo ruido. El grifo jadeaba. El cogedor que había en el cubo bajo el fregadero hizo un ruido metálico. Luego corrí hacia el fuego y empecé a removerlo dando la vuelta a los troncos y después golpeé los leños con el atizador para que se me llenara el pelo de chispas.

Me acurruqué tras un sillón en un rincón alejado del fuego. Entonces me acordé de que me había olvidado la pistola en la cocina. Tenía los pies descalzos y me dolían. La habitación estaba bañada por una luz anaranjada y había unas sombras oscuras que se movían. Gemía el viento y la casa crujía con ruido de pasos. Me encontraba solo ante lo que pudiera pasar. Empecé a preguntarme si los Pedersen tendrían un perro, si el chico de Pedersen tendría un perro o quizá un gato, y dónde estaría si es que lo tenían y si yo sabría cómo se llamaba y si vendría si lo llamaba. Intenté imaginarme su nombre como si fuera algo que hubiera olvidado. Era consciente de encontrarme completamente confuso y asustado y medio loco e intenté pensar una y otra vez maldita sea o qué coño o joder en lugar de imaginarme todo aquello, pero no funcionó. Lo que pudiera aparecer se encontraba a solas conmigo y yo a solas con lo que fuera.

La carreta tenía una rueda enorme. Padre tenía una bolsa de papel. Madre me tenía cogido de la mano. El caballo alto agitaba la cola. Padre tenía una

bolsa de papel. Los dos nos escondimos. Madre me tenía cogido de la mano. La carreta tenía una rueda enorme. El caballo alto agitaba la cola. Los dos nos escondimos. Padre tenía una bolsa de papel. Madre me tenía cogido de la mano. La carreta tenía una rueda enorme. Padre tenía una bolsa de papel. El caballo alto agitaba la cola. La carreta tenía una rueda enorme. Los dos fuimos a escondernos. El caballo alto agitaba la cola. Madre me tenía cogido de la mano. Los dos fuimos a escondernos. La carreta tenía una rueda enorme. Padre tenía una bolsa de papel. Madre me tenía cogido de la mano. El caballo alto agitaba la cola. Padre tenía una bolsa de papel. Los dos fuimos a escondernos.

El viento estaba en calma. La nieve estaba en calma. El sol ardía sobre la nieve. La chimenea estaba fría y los troncos convertidos en ceniza. Yo estaba tumbado en el suelo con las piernas encogidas y abrazándome a mí mismo. Mientras dormía, el fuego se había ido quedando gris y, vencida la noche, vi cómo el polvo flotaba, brillaba y luego se posaba. Las paredes, la alfombra, los muebles, todo cuanto divisaba por encima de mi codo, parecía pálido y mortecino, entumecido y rígido a causa del frío. Tenía la sensación de no haber visto estas cosas anteriormente. Nunca había visto una mañana perdida, el aspecto enfermizo y rígido de un amanecer en invierno ni cómo se quedaba una habitación cuando quitaban los muebles para guardarlos ni cómo el polvo los iba cubriendo suavemente.

Me puse los calcetines. No recuerdo en absoluto haber salido de detrás del sillón, aunque debí hacerlo. Cogí unas cerillas de la cocina y unos trozos de papel arrugado de una caja que había junto a la chimenea y los puse en el suelo, barriendo las cenizas hacia un lado. Luego los cubrí con astillas. Creo que eran trozos de una banasta de naranjas. Y luego un tronco. Encendí el papel y salió una llamarada y se rizaron algunos trozos de astilla, y se puso roja y negra, y recreció hasta que por fin se prendieron las astillas cuando soplé sobre ellas. Aunque las acerqué, no se me calentaron las manos, así que me di friegas en los brazos y en las piernas, y me puse a dar saltitos, pero todavía me dolían los pies. Entonces el fuego crepitó. Otro tronco. Me di cuenta de que no podía silbar. Me calenté la espalda. Fuera, la nieve. Formando montones. Había largas sombras rígidas en la base de los taludes, pero las cimas que miraban hacia el este brillaban. Después de haber entrado un poco en calor, di una vuelta por la casa sin calzarme y se me engancharon los calcetines en los peldaños. Miré debajo de todas las camas y dentro de todos los armarios y detrás de casi todos los muebles. Recordé que las cañerías estaban heladas. Cogí el cubo que había debajo del fregadero y abrí la puerta del porche de atrás, cegada por un talud, y llené el cubo de nieve con un cogedor. La nieve llegaba hasta los hombros del muñeco de nieve. La bomba estaba atascada. No había huellas por ningún sitio.

Encendí el fogón y puse nieve en un cazo. Siempre hacía falta una gran cantidad

de nieve para hacer un poco de agua. El fogón era tan negro como el carbón. Volví a la chimenea y eché más troncos. El fuego comenzaba a crepitar y la habitación iba adquiriendo un aire alegre, aunque siempre hacía falta tanto fuego. Como pude, me puse las botas, no sé por qué, tenía el presentimiento de que iba a ver un caballo.
La puerta principal no tenía echado el cerrojo. Posiblemente, ninguna puerta. Él podría haber entrado tranquilamente. Se me había olvidado. Pero ahora sabía que no era ésa su intención. Solté una carcajada para ver cómo sonaba la risa. Otra vez.

Santo cielo.

No quedaba rastro del camino. Cercas, matojos, maquinaria vieja: lo que suele haber en cualquier corral había desaparecido bajo la nieve. Lo único que veía eran las pendientes nevadas y las largas líneas de sombra y las cimas rígidas y brillantes casi a punto de quebrarse, pero todavía endurecidas y el sol brumoso que se elevaba desprendiendo astillas de luz anaranjada como una valla que se hubiera venido abajo. Por allí se había marchado él, aunque no hubiera nada que demostrase que se había ido. Nada parecido a un roce oscuro contra la ladera de un talud como si hubiera sido causado por una rama derribada por el viento o la cabeza de un caballo tan desnuda como una roca; las cercas de Pedersen no habían servido para proteger nada; podría estar tumbado, arrebujado contra la grupa del caballo; mientras yo observaba, nada se movía entre las sombras que pudiera tomarse por algo sólido, no por nieve, y que alguna vez hubiera tenido vida.

Vi la ventana que yo había roto. La puerta del establo estaba entreabierta, profundamente atorada en la nieve. La casa proyectaba una estrecha sombra hacia un extremo del establo donde se prolongaba sobre el talud que Hans había horadado. Ahora era más alto. Luego yo abriría un camino hasta allí. Y quizá hiciera más profundo el túnel. Perforaría todo el talud como si fuera un árbol hueco. Tenía tiempo. También vi los robles, limpios de nieve, las ramitas tan tiesas como púas. Se había cubierto el camino que yo había seguido desde el establo hasta la casa y sobre él brillaba el sol. El viento había arrastrado la nieve formando un gran talud que se curvaba contra la parte de la casa donde yo había estado. Cuando volví la cabeza, el sol arrancó un destello de la escopeta de padre. La nieve se había amontonado a su alrededor en gran cantidad. Sólo quedaba al descubierto la boca del cañón y me lanzó deslumbrantes reflejos contra los ojos cuando volví la cabeza hacia mi derecha. Hasta la primavera no había nada que hacer. Otro muñeco de nieve se derretiría. Me dirigí hacia la fachada de la casa, ante mí oscilaba una mancha negra. Hoy el inmenso cielo estaba despejado.

Me gustaba no tener que quitarme la nieve de las botas a patadas contra el suelo y el fuego crepitaba agradablemente y el agua hervía suavemente. No había razón para sentir lástima. Yo había sido el valiente y ahora me encontraba libre. La nieve me protegería. Enterraría a padre y a los Pedersen y a Hans, e incluso a madre, si me

apetecía. Yo no había querido venir, pero ahora no me importaba. El chico y yo nos habíamos portado como unos valientes y ahora valía la pena recordarlo. De qué forma tan misteriosa había llegado aquel tipo en medio de la ventisca y nos había ofrecido una ocasión tan maravillosa —me hacía pensar en cómo me habían dicho que debería sentirse uno en la iglesia. El invierno, por fin, había terminado con ellos y esperaba que el chico estuviera realmente tan calentito como yo lo estaba ahora, por completo, absolutamente resplandeciente de alegría.

Traducción de Ana Antón Pacheco

Los blues de Sonny

Lo leí en el periódico, en el metro, al ir a trabajar. Lo leí y no daba crédito, así que volví a leerlo. Luego es posible que me quedara mirando fijamente la letra de molde que deletreaba su nombre, que explicaba con detalle la noticia. Me quedé mirándolo en las luces oscilantes del vagón, en las caras y los cuerpos de la gente, y en mi propia cara, atrapado en la oscuridad que rugía fuera.

Era imposible de creer, y no dejé de repetírmelo mientras salía de la estación de metro y me encaminaba al instituto. Y, al mismo tiempo, no había ninguna duda. Tenía miedo, miedo por Sonny. Volvió a hacerse real para mí. Un gran bloque de hielo se instaló en mi estómago y fue derritiéndose poco a poco a lo largo de todo el día, mientras daba mis clases de álgebra. Era una clase de hielo especial. No paraba de derretirse, recorriéndome las venas con hilillos de agua helada, y, sin embargo, nunca disminuía de tamaño. A veces se endurecía y parecía expandirse hasta que creía que se me iban a salir las entrañas, o iba a asfixiarme o a gritar. Siempre ocurría en un momento en que recordaba algo específico que Sonny había dicho o hecho alguna vez.

Cuando Sonny tenía la misma edad que los chicos de mis clases, había tenido una cara despierta y transparente, de tono cobrizo; unos ojos castaños increíblemente francos, y una gran dulzura y necesidad de privacidad. Me preguntaba qué aspecto tendría ahora. Lo habían detenido la noche anterior en una redada en un apartamento del centro, por vender y consumir heroína.

Yo no podía creerlo; pero lo que quiero decir con eso es que no lograba hacerle un sitio dentro de mí. Llevaba mucho tiempo manteniéndolo fuera. No había querido saber. Había tenido mis sospechas, pero no les había puesto nombre, no había parado de desecharlas. Me decía a mí mismo que Sonny era insensato, pero no estaba loco. Y siempre había sido un buen chico, nunca se había vuelto duro, malo o irrespetuoso como pueden volverse los chicos, tan deprisa, tanto, sobre todo en Harlem. Me resistía a creer que algún día vería a mi hermano hundirse, sin llegar a nada, toda esa luz que irradiaba su cara apagada, en la misma condición en que había visto a tantos de ellos. Pero había ocurrido, y allí estaba yo, explicando álgebra a un montón de chicos que, por lo que yo sabía, podían estar metiéndose un chute cada vez que iban a las letrinas. Tal vez les servía más que el álgebra.

Estaba seguro de que la primera vez que Sonny se había metido caballo no tendría muchos años más que esos chicos que estaban ante mí. Esos chicos vivían ahora como nosotros habíamos vivido entonces, crecían con prisas, golpeándose la cabeza contra el bajo techo de sus posibilidades reales. Estaban llenos de rabia. Lo único que

conocían de verdad eran dos oscuridades, la oscuridad de su vida, que se cernía sobre ellos, y la oscuridad del cine, que les impedía ver esa otra oscuridad, y con la que ahora soñaban con rencor, más juntos de lo que habían estado nunca, y al mismo tiempo más solos.

Cuando sonó el último timbre y terminó la última clase, exhalé hondo. Era como si hubiera estado conteniendo la respiración todo ese tiempo. Tenía la ropa húmeda…, es posible que tuviera el aspecto de haber estado en un baño turco, totalmente vestido, toda la tarde. Me quedé sentado largo rato en el aula, yo solo. Escuché a los chicos fuera, en el patio, gritando, soltando palabrotas y riendo. Me fijé en su risa, tal vez por primera vez. No era la risa alegre que —Dios sabe por qué— uno asocia con los niños. Era burlona y aislada, su intención era denigrar. Estaba llena de desencanto, y en esto también radicaba la autoridad de sus palabrotas. Tal vez yo los escuchaba porque pensaba en mi hermano y en ellos oía a mi hermano. Y a mí mismo.

Un chico silbaba una melodía, muy complicada y muy sencilla al mismo tiempo, parecía brotar de él como de un pájaro, y sonaba fenómeno, desplazándose a través de todo ese aire áspero y brillante, limitándose a sostenerse a través de todos esos otros ruidos.

Me levanté y me acerqué a la ventana, y miré al patio de abajo. Era el principio de la primavera, y la savia fluía por los chicos. De vez en cuando pasaba entre ellos un profesor a paso rápido, como si estuviera deseando salir de ese patio y perder de vista a esos chicos, quitárselos de la cabeza. Empecé a recoger mis cosas. Pensé que lo mejor era volver a casa y hablar con Isabel.

El patio estaba casi desierto cuando bajé las escaleras. En la oscuridad de una puerta vi a un chico exactamente igual que Sonny. Casi lo llamé por su nombre. Luego vi que no era él sino alguien a quien los dos conocíamos, un chico de nuestro edificio. Había sido amigo de Sonny. Nunca había sido amigo mío, era demasiado pequeño para mí, y de todas maneras nunca me había caído bien. Y ahora, aun cuando ya era mayorcito, seguía merodeando ese edificio, haraganeando por sus esquinas, siempre colocado y desastrado. Yo me lo encontraba de vez en cuando, y él a menudo se lo montaba para pedirme veinticinco o cincuenta centavos. Siempre tenía una buena excusa, y yo siempre se los daba. No sé por qué.

Pero ahora, de pronto, lo odiaba. No podía soportar su forma de mirarme, en parte como un perro, en parte como un niño astuto. Quería preguntarle qué demonios estaba haciendo allí, en el patio del colegio.

Se acercó a mí medio arrastrando los pies.

—Veo que tienes el periódico. Así que ya lo sabes.

—¿Te refieres a lo de Sonny? Sí, ya estoy enterado. ¿Cómo es que no te detuvieron a ti?

Él sonrió. Eso lo hacía repulsivo, y te traía también a la memoria el aspecto que había tenido de niño.

—Yo no estaba allí. No me junto con esa gente.

—Estupendo. —Le ofrecí un cigarrillo, y lo observé a través del humo—. ¿Has venido hasta aquí sólo para decirme lo de Sonny?

—Así es. —Medio sacudía la cabeza y tenía una mirada extraña, como si estuviera a punto de poner los ojos bizcos. El sol brillante volvía mate su húmeda piel marrón oscura, hacía que sus ojos parecieran amarillos y mostraba el polvo de su pelo ensortijado. Olía a coño, y me aparté un poco de él.

—Pues gracias. Pero ya lo sabía y tengo que irme a casa.

—Te acompaño un rato —dijo.

Echamos a andar. Seguía habiendo un par de chicos parados sin hacer nada en el patio, y uno de ellos me dio las buenas noches y miró con extrañeza al chico que estaba a mi lado.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó él—. Me refiero a Sonny.

—Mira, hace más de un año que no veo a Sonny, no estoy seguro de si voy a hacer algo. De todos modos, ¿qué demonios puedo hacer?

—Es cierto —se apresuró a decir él—, no hay nada que puedas hacer. Ya no puedes ayudar al bueno de Sonny, supongo.

Era lo que yo estaba pensado y por tanto me pareció que él no tenía ningún derecho a decirlo.

—Pero me ha sorprendido de Sonny —continuó; tenía una extraña manera de hablar, con la mirada al frente como si hablara consigo mismo—; pensé que era un chico listo, le creía demasiado listo para que se dejara pillar.

—Supongo que él también se lo creía —dije con aspereza— y es así como lo pillaron. ¿Y tú qué? Apuesto a que eres muy listo, maldita sea.

Entonces él me miró fijamente, sólo un minuto.

—No soy listo —dijo—. Si lo fuera me habría hecho con una pistola hace mucho.

—Mira, no me cuentes tus penas, si por mí fuera te caerían unas cuantas. —Luego me sentí culpable…, culpable probablemente por haber dado siempre por hecho que el cabrón no tenía nada que contar, y mucho menos penas, y me apresuré a preguntarle—: ¿Qué va a pasarle ahora?

Él no me respondió. Se había recluido en alguna parte.

—Es extraño —dijo, y por el tono de su voz podríamos haber estado hablando de la ruta más rápida para llegar a Brooklyn—, cuando he visto los periódicos esta mañana, lo primero que me he preguntado ha sido si yo tenía algo que ver con ello. Me he sentido algo así como responsable.

Empecé a escuchar con más atención. La boca del metro estaba en la esquina, justo delante de nosotros, y me detuve. Él también se detuvo. Estábamos frente a un

bar y él se agachó ligeramente para mirar dentro, pero la persona a la que buscaba no parecía estar allí. La máquina de discos sonaba a todo volumen con un tema negro y con ritmo, y observé a medias cómo la camarera iba bailando de la máquina de discos hasta su puesto detrás de la barra. Le escudriñé la cara mientras respondía riendo a algo que alguien le decía, sin dejar de seguir el ritmo de la música. Cuando sonreía uno veía a la niña, intuía a la mujer sentenciada que seguía luchando detrás de esa cara arruinada de la semiputa.

—Yo nunca le di nada a Sonny —dijo el chico por fin—, pero hace mucho vine colocado al instituto, y Sonny me preguntó qué se sentía. —Hizo una pausa, yo no podía soportar mirarlo, observé a la camarera, y escuché la música que parecía hacer estremecer la acera—. Le dije que era una sensación increíble. —La música cesó, la camarera se detuvo y se quedó mirando la máquina de discos hasta que volvió a oírse música—. Era cierto.

Todo eso me llevaba a algún lugar donde yo no quería ir. No quería saber qué se sentía. Llenaba de amenaza todo, a la gente, las casas, la música, a la morena y voluble camarera; y esa amenaza era lo que los hacía reales.

—¿Qué va a pasarle ahora? —volví a preguntar.

—Lo enviarán a alguna parte y tratarán de curarlo. —Sacudió la cabeza—. Tal vez hasta crean que se ha desenganchado. Luego lo soltarán. —Hizo un gesto, arrojando el cigarrillo a la cuneta—. Eso es todo.

—¿Qué quieres decir con eso es *todo*?

Pero yo sabía qué quería decir.

—Quiero decir que eso es *todo*. —Volvió la cabeza y me miró, con las comisuras de la boca hacia abajo—. ¿No sabes lo que quiero decir? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo demonios quieres que sepa lo que quieres decir? —Casi lo susurré, no sé por qué.

—Es cierto —dijo él al aire—, ¿cómo va a saber él lo que yo quiero decir? —Se volvió de nuevo hacia mí, paciente y tranquilo, y sin embargo me pareció que temblaba, temblaba como si estuviera a punto de desmoronarse. Volví a sentir ese hielo en mis entrañas, el terror que había sentido a lo largo de toda la tarde; y volví a observar a la camarera, que se movía por el bar, lavando vasos y cantando—. Escucha. Lo soltarán y empezará de nuevo. Eso es lo que quiero decir.

—Quieres decir… que lo soltarán. Y entonces él volverá a las andadas. Quieres decir que nunca se desenganchará. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Eso es —dijo él, alegremente—. Ya ves lo que quiero decir.

—Dime —dije yo por fin—, ¿por qué quiere morir? Debe de querer morir. Se está matando. ¿Por qué quiere morir?

Él me miró sorprendido. Se pasó la lengua por los labios.

—No quiere morir. Quiere vivir. Nadie quiere morir, nunca.

Entonces quise preguntarle… tantas cosas. Pero él no habría podido responderme, o, de haberlo hecho, yo no habría soportado las respuestas. Empecé a andar.

—Bueno, supongo que no es asunto mío.

—Va a ser duro para el bueno de Sonny —dijo él. Llegamos a la boca del metro —. ¿Es ésta tu parada? —preguntó.

Asentí. Bajé un escalón.

—¡Maldita sea! —exclamó él de pronto. Lo miré. Él volvió a sonreír—. Me he dejado la pasta en casa. ¿No tendrás un dólar? Sólo un par de días, eso es todo.

De pronto algo dentro de mí cedió y amenazó con salir a raudales. Ya no lo odiaba. Sentí que un minuto más y me echaría a llorar como un crío.

—Claro —dije—. No te preocupes. —Miré en mi cartera y no tenía un dólar suelto, sólo cinco—. Toma, ¿aguantarás con eso?

Él no lo miró, no quiso mirarlo. Una terrible expresión hermética le cubrió la cara, como si quisiera mantener oculto el número del billete, de él y de mí.

—Gracias —dijo, y ahora se moría por verme marchar—. No te preocupes por Sonny. Tal vez le escriba o algo por el estilo.

—Claro —dije yo—. Hasta luego.

—Hasta pronto —dijo él.

Seguí bajando las escaleras.

Y no escribí a Sonny ni le envié nada durante mucho tiempo. Cuando por fin lo hice fue justo después de que muriera mi hija pequeña, y él me escribió una carta que me hizo sentir como un cabrón.

Decía así:

Querido hermano:

No sabes cuánto necesitaba tener noticias de ti. He querido escribirte muchas veces, pero pensaba en cuánto daño debo de haberte hecho y no escribía. Pero ahora me siento como un hombre que ha estado tratando de salir de un hoyo muy hondo, muy hondo y apestoso, y acaba de ver el sol allá arriba, fuera. Tengo que salir de aquí.

No puedo explicarte gran cosa de cómo he acabado aquí. Quiero decir que no sé cómo explicarlo. Supongo que me daba miedo algo, o trataba de huir de algo, y ya sabes que nunca he aguantado mucho (sonrisa). Me alegro de que papá y mamá estén muertos y no vean qué ha sido de su hijo, y te juro que si hubiera sabido lo que hacía nunca os hubiera hecho tanto daño ni a ti ni a tantas otras buenas personas que han sido tan amables conmigo y que creían en mí.

No quiero que creas que tiene que ver con que sea músico. Es algo más. O tal vez menos. No puedo pensar con claridad aquí dentro y trato de no pensar en qué va a ser de mí cuando salga. A veces creo que voy a perder la chaveta y que *nunca* saldré, y otras que regresaré directo. Pero te diré una cosa, antes me vuelo la tapa de los sesos que volver a pasar por esto. Pero eso es lo que todos dicen, o eso me aseguran. Si te digo cuándo voy a ir a Nueva York y pudieras venir a recogerme, te lo agradecería. Da recuerdos a Isabel y a los niños, y lo sentí mucho por la pequeña Gracie. Ojalá pudiera ser como mamá y decirte que es la voluntad del Señor, pero no sé, me parece que lo único que no se acaba nunca son los problemas, y no sé de qué sirve echar la culpa de ellos al Señor. Pero tal vez sirve de algo si tienes fe.

Tu hermano,

Sonny

A partir de entonces me mantuve en estrecho contacto con él y le enviaba lo que

fuera, y fui a recogerlo cuando volvió a Nueva York. Cuando lo vi, muchas cosas que creía olvidadas se agolparon en mi memoria. Eso se debía a que yo había empezado por fin a preguntarme sobre Sonny, sobre su vida interior. Esa vida, fuera la que fuese, le había envejecido y adelgazado, y había profundizado la lejana quietud con que siempre se había movido. No se parecía nada a mi hermano pequeño. Sin embargo, cuando sonrió, cuando nos estrechamos la mano, el hermano pequeño al que yo nunca había conocido me miró desde las profundidades de su vida interior, como un animal a la espera de ser camelado para salir a la luz.

—¿Qué tal sigues? —me preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

—Francamente bien. —Toda su cara sonreía—. Me alegro de volverte a ver.

—Me alegro de verte.

Los siete años que nos llevábamos se abrían entre los dos como un abismo: me pregunté si esos años servirían algún día como un puente. Estaba recordando, y me dejó sin aliento, que lo había visto nacer; y había oído las primeras palabras que había balbuceado. Cuando empezó a andar, dejó a mi madre para venir derecho a mí. Y lo cogí justo antes de que cayera al suelo al dar sus primeros pasos en este mundo.

—¿Cómo está Isabel?

—Bien. Se muere por verte.

—¿Y los niños?

—También bien. Están impacientes por ver a su tío.

—Oh, vamos. Sabes que no se acuerdan de mí.

—¿Bromeas? Por supuesto que se acuerdan.

Él volvió a sonreír. Nos subimos a un taxi. Teníamos muchas cosas que decirnos, demasiadas para saber por dónde empezar.

Cuando el taxi se puso en marcha, pregunté:

—¿Sigues queriendo ir a la India?

Se echó a reír.

—Todavía te acuerdas. Ni hablar. Este sitio ya es lo bastante indio para mí.

—Era de ellos —dije.

Y él rió de nuevo.

—Sabían muy bien lo que se hacían cuando se deshicieron de él.

Hace años, cuando él tenía unos catorce, había estado obsesionado con la idea de ir a la India. Había leído libros sobre gente que permanecía sentada en rocas, desnuda, con toda clase de tiempo, pero sobre todo malo, naturalmente, y andaba descalza sobre brasas de carbón y ganaba sabiduría. Yo le decía que me parecía que se estaban alejando de la sabiduría lo más deprisa posible. Creó que me despreciaba un poco por eso.

—¿Te importa —preguntó— si pedimos al taxista que vaya a lo largo del parque?

Por el lado oeste… Hace tanto que no veo la ciudad.

—Por supuesto que no —dije. Temí dar la impresión de que le seguía la corriente, pero confié en que no se lo tomara así.

De modo que avanzamos entre el verde del parque y la elegancia fría y sin vida de los hoteles y edificios de apartamentos, hacia las durísimas y gráficas calles de nuestra niñez. Esas calles no habían cambiado, aunque habían surgido complejos de viviendas subvencionadas, como rocas en medio de un mar hirviendo. La mayoría de las casas en las que habíamos crecido habían desaparecido, lo mismo que los almacenes en los que habíamos robado, los sótanos en los que habíamos probado por primera vez el sexo, los tejados desde los que habíamos arrojado latas y ladrillos. Pero casas exactamente iguales a las casas de nuestro pasado seguían dominando el paisaje, chicos exactamente iguales a los chicos que habíamos sido nosotros se asfixiaban en esas casas y bajaban a las calles en busca de luz y aire, y se veían a sí mismos cercados por la miseria. Alguno escapaba de la trampa, pero la mayoría no lo hacía. Los que salían siempre dejaban atrás una parte de sí mismos, como algunos animales se amputaban una pata y la dejaban atrás en la trampa. Tal vez podía decirse que yo había escapado, después de todo era profesor de instituto; o que lo había hecho Sonny, que hacía años que no vivía en Harlem. Sin embargo, mientras el taxi avanzaba hacia el norte de la ciudad a través de calles que parecían oscurecerse a toda prisa con gente oscura, y yo estudiaba con disimulo la cara de Sonny, se me ocurrió que lo que los dos buscábamos por separado a través de nuestras ventanillas respectivas era esa parte de nosotros mismos que habíamos dejado atrás. Siempre es a la hora de los problemas y la confrontación cuando duele el miembro ausente.

Llegamos a la calle Ciento diez y empezamos a subir por la Avenida Lenox. Yo conocía esa avenida de toda la vida, pero volví a verla tal como la vi el día que me enteré por primera vez de los apuros de Sonny, llena de una amenaza oculta que era su mismo soplo de vida.

—Ya casi hemos llegado —dijo Sonny.

—Casi. —Los dos estábamos demasiado nerviosos para decir algo más.

Vivimos en un complejo de viviendas subvencionadas. No lleva mucho tiempo en pie. Lo que unos días después de construido parecía inhabitable de puro nuevo ahora está en un estado lamentable, naturalmente. Parece una parodia de la vida buena, limpia y anónima; sabe Dios que la gente que vive aquí hace todo lo posible por convertirlo en una parodia. El césped de aspecto machacado que lo rodea no basta para tornar verdes sus vidas, los setos jamás contendrán las calles, y lo saben. Las grandes ventanas no engañan a nadie, no son lo bastante grandes para hacer sitio donde no lo hay. No se molestan con las ventanas, miran la pantalla del televisor. El parque de columpios y toboganes lo frecuentan sobre todo niños que no juegan a la taba, ni saltan a la comba, ni patinan, ni se columpian, y los encuentras allí en cuanto

se hace de noche. Nos mudamos allí en parte porque no está lejos de donde yo doy clases, y en parte por los niños; pero en realidad es como las casas donde Sonny y yo crecimos. Pasan las mismas cosas, tendrán los mismos recuerdos. En cuanto Sonny y yo entramos en la casa, tuve la sensación de estar trayéndolo de vuelta al peligro por el que casi había muerto intentando escapar de él.

Sonny nunca ha sido muy hablador. De modo que no sé por qué asumí que estaría muriéndose por hablar conmigo cuando acabamos de cenar la primera noche. Todo fue bien, mi hijo mayor se acordaba de él y al pequeño le cayó bien, y Sonny se había acordado de traer algo para cada uno; e Isabel, que es en realidad mucho más simpática que yo, es mucho más abierta y se da mucho más, se había esforzado mucho con la cena y se alegraba sinceramente de verlo. Además, siempre ha sabido tomar el pelo a Sonny de una forma que yo nunca he sabido. Fue agradable verla de nuevo con una expresión tan llena de vida, y oírla reír y verla hacer reír a Sonny. No estaba o no parecía estar para nada preocupada o incómoda. Charló como si no hubiera ningún tema que tuviera que evitarse, y logró que Sonny superara su leve rigidez inicial. Y menos mal que ella estaba allí, porque yo volvía a estar lleno de ese terror helado. Todos mis movimientos me parecían torpes y todas mis palabras me sonaban cargadas de un sentido oculto. Trataba de recordar todo lo que había oído sobre la drogadicción y no podía evitar escudriñar a Sonny en busca de indicios. No lo hacía con malicia. Trataba de averiguar algo de mi hermano. Me moría por oírle decir que estaba fuera de peligro.

«¡Seguridad!», gruñía mi padre cada vez que mi madre sugería que nos mudáramos a un barrio que no fuera peligroso para los niños. ¡Al demonio la seguridad! No hay ningún lugar ni ninguna persona que no sea un peligro para los niños.

Siempre hablaba en esos términos, pero en realidad no era tan malo como parecía, ni siquiera los fines de semana, cuando se emborrachaba. De hecho, siempre estaba a la caza de «algo un poco mejor», pero murió antes de encontrarlo. Murió de repente, un ebrio fin de semana en mitad de la guerra, cuando Sonny tenía quince años. Él y Sonny nunca se habían llevado muy bien. Y era en parte porque Sonny era el niño de sus ojos. Era porque quería tanto a Sonny y temía por él, que siempre se peleaba con él. Es inútil pelearse con Sonny. Se limita a retroceder y encerrarse en sí mismo, donde nadie pueda alcanzarlo. Pero la principal razón por la que nunca congeniaron es porque se parecían demasiado. Mi padre era grande, bruto y gritón, todo lo contrario de Sonny, pero los dos tenían… esa misma necesidad de privacidad.

Mi madre trató de decirme algo de esto a la muerte de mi padre. Yo estaba en casa de permiso.

Ésa fue la última vez que vi a mi madre con vida. Así y todo, esta imagen se mezcla en mi mente con otras de cuando ella era más joven. Como siempre la veo es como solía estar los domingos por la tarde, cuando los viejos se quedaban charlando

después de la gran comida dominical. Siempre la veo vestida de azul celeste, sentada en el sofá. Y a mi padre sentado en el sillón, no muy lejos de ella. Y la sala de estar llena de gente de la iglesia y parientes. Allí están todos, sentados alrededor de la sala de estar, mientras fuera la noche se aproxima con sigilo, pero nadie lo sabe aún. Es posible ver crecer la oscuridad contra los cristales de las ventanas, y oír los ruidos de la calle, o tal vez el ritmo metálico de una pandereta procedente de una de las iglesias cercanas, pero en la habitación reina un silencio total. Por un momento nadie habla, pero todas las caras parecen ensombrecerse, como el cielo fuera. Y mi madre se balancea ligeramente por la cintura, y a mi padre se le cierran los ojos. Todos están mirando algo que no alcanza a ver un niño. Por un instante se han olvidado de los niños. Tal vez hay uno tumbado sobre la alfombra, medio dormido. Tal vez alguien tiene a otro en el regazo y le acaricia distraído la cabeza. Tal vez, acurrucado en una gran silla en la esquina, hay otro niño, callado y con los ojos muy abiertos. El silencio, la oscuridad que se aproxima y la oscuridad de las caras asustan oscuramente al niño. Espera que la mano que le acaricia la frente no pare nunca…, nunca muera. Espera que nunca llegue el día en que los viejos dejen de sentarse en la sala de estar, hablando de donde han venido, y qué han visto, y qué les ha pasado a ellos y a los suyos.

Pero algo penetrante y observador en el niño le dice que tiene forzosamente que acabarse, que ya se está acabando. En cualquier momento alguien se levantará y encenderá la luz. Entonces los viejos se acordarán de los niños y ya no hablarán más por ese día. Y cuando la luz inunda la habitación, el niño se ve inundado de oscuridad. Sabe que cada vez que eso ocurre, está un poco más cerca de la oscuridad de fuera. La oscuridad de fuera es de lo que han estado hablando los viejos. Es de donde han venido. Lo que soportan. El niño sabe que ya no hablarán más porque si él sabe demasiado sobre lo que les ha ocurrido a ellos, sabrá demasiado y demasiado pronto sobre lo que va a ocurrirle a él.

La última vez que hablé con mi madre recuerdo que yo estaba impaciente. Quería ir a ver a Isabel. Entonces no estábamos casados y teníamos que aclarar muchas cosas entre nosotros.

Mi madre estaba allí sentada, junto a la ventana. Tarareaba una vieja canción de iglesia, *Lord, you brought me from a long ways off*. Sonny estaba fuera, en alguna parte. Mi madre vigilaba sin cesar las calles.

—No sé si volveré a verte después de que te marches de aquí —dijo—. Pero espero que no olvides lo que he intentado enseñarte.

—No hables así —dije yo, y sonreí—. Todavía tienes cuerda para rato.

Ella también sonrió, pero no dijo nada. Se quedó callada largo rato. Y yo dije:

—Mamá, no te preocupes por nada. Te escribiré continuamente, y recibirás los talones…

—Quiero hablarte de tu hermano —dijo ella de pronto—. Si me pasara algo, no tendrá a nadie que mire por él.

—Mamá —dije yo—, no va a pasaros nada ni a ti ni a Sonny. Sonny está bien. Es un buen chico y tiene cabeza.

—No es cuestión de ser buen chico ni de tener cabeza —dijo mi madre—. No son sólo los malos o los tontos los que se ven arrastrados. —Se interrumpió y me miró—. Tu padre tenía un hermano —añadió, y sonrió de una manera que me hizo ver que sufría—. No lo sabías, ¿verdad?

—No, no lo sabía —respondí, y le escudriñé la cara.

—Pues sí —dijo ella—, tu padre tenía un hermano. —Volvió a mirar por la ventana—. Sé que nunca viste llorar a tu padre. Pero yo sí le vi, y más de una vez, a lo largo de todos estos años.

—¿Qué fue de su hermano? —pregunté—. ¿Cómo es que nadie ha hablado nunca de él?

Era la primera vez que veía a mi madre mayor.

—Lo mataron cuando tenía pocos años menos de los que tienes tú ahora. Yo lo conocí. Era un buen chico. Tal vez un poco diablillo, pero nunca deseó nada malo a nadie. —Luego se interrumpió y la habitación quedó en silencio, exactamente como se había quedado a veces esas tardes de domingo. Mi madre seguía vigilando las calles—. Trabajaba en el molino y, como a todos los jóvenes, le gustaba tocar los sábados por la noche. Los sábados por la noche él y tu padre iban de un local a otro, asistían a bailes o se juntaban con gente que conocían, y el hermano de tu padre cantaba, tenía buena voz, y se acompañaba con la guitarra. Bueno, ese sábado por la noche en concreto, él y tu padre volvían a casa de algún local, y los dos estaban un poco bebidos, y esa noche había luna, iluminaba tanto como la luz del día. El hermano de tu padre se sentía a gusto y silbaba para sí, con la guitarra colgada del hombro. Bajaban una colina y debajo de ellos había una carretera que salía de la autopista. Bueno, pues el hermano de tu padre, que siempre fue juguetón, decidió bajar corriendo, y así lo hizo, con la guitarra golpeándole y haciendo ruido detrás de él, cruzó la carretera y se puso a hacer pipí detrás de un árbol. Y tu padre, que estaba divertido, siguió bajando la colina más bien despacio. De pronto oyó el motor de un coche y en ese preciso momento su hermano salió de detrás del árbol a la carretera a la luz de la luna. Y empezó a cruzarla. Y tu padre echó a correr colina abajo, dice que no sabe por qué. El coche estaba lleno de hombres blancos. Estaban todos borrachos, y cuando vieron al hermano de tu padre, dejaron escapar un gran hurra y un grito, y fueron derechos hacia él. Se divertían, sólo querían asustarlo, como hacen a veces, ya sabes. Pero estaban borrachos. Y supongo que el chico, también borracho y asustado, perdió la cabeza o algo así. Cuando saltó era demasiado tarde. Tu padre dice que lo oyó gritar cuando el coche lo arrolló, y oyó la madera de la guitarra partirse, y las

cuerdas soltarse, y a los blancos gritando, y el coche siguió su camino y no se ha parado hasta el día de hoy. Y para cuando tu padre hubo bajado la colina su hermano no era más que sangre y pulpa.

Brillaban lágrimas en la cara de mi madre. Yo no sabía qué decir.

—Nunca lo mencionó —dijo— porque nunca dejé que lo mencionara delante de vosotros. Tu padre se puso como loco esa noche y durante muchas noches después. Decía que nunca en su vida había visto nada tan oscuro como esa carretera cuando los faros del coche dejaron de verse. No había nada ni nadie en esa carretera, sólo tu padre, su hermano y esa guitarra reventada. Ah, tu padre nunca se recuperó del todo. Hasta el día que murió estuvo convencido de que cada hombre blanco que veía era el que había matado a su hermano.

Se interrumpió y, sacando un pañuelo, se secó los ojos y me miró.

—No te cuento todo esto para asustarte o volverte amargado o hacerte odiar a nadie. Te lo digo porque tienes un hermano. Y el mundo no ha cambiado.

Supongo que yo no quería creerlo. Y ella lo vio en mi cara. Me dio la espalda y se volvió de nuevo hacia la ventana, recorriendo esas calles con la mirada.

—Pero yo glorifico a mi Redentor —dijo por fin— porque ha llamado a tu padre antes que a mí. No quiero arrojarme flores, pero confieso que me reconforta saber que ayudé a tu padre a pasar por este mundo. Tu padre siempre se comportó como el hombre más duro y más fuerte de la tierra. Y todo el mundo lo tomó por tal. ¡Pero si no me hubiera tenido allí, para ver sus lágrimas…!

Volvía a llorar. Sin embargo, yo era incapaz de moverme. Dije:

—Dios mío, mamá, no tenía ni idea de que fuese así.

—Oh, cariño —respondió ella—, hay un montón de cosas que no sabes. Pero vas a enterarte. —Se levantó de la ventana y se acercó a mí—. Tienes que coger fuerte a tu hermano y no dejarlo caer, no importa lo que parezca que le esté pasando y lo mucho que te enfades con él. Vas a enfadarte con él muchas veces. Pero no olvides lo que te he dicho, ¿me oyes?

—No lo olvidaré —dije—. No te preocupes, no lo olvidaré. No dejaré que le pase nada a Sonny.

Mi madre sonrió como si le divirtiera algo que veía en mi cara. Luego:

—Es posible que no puedas impedir que le pase algo. Pero tienes que hacerle saber que estás allí.

Dos días después me casaba, y luego me marché. Tenía un montón de cosas en la cabeza y me olvidé por completo de la promesa que le había hecho a mi madre, hasta que volví en barco de permiso especial para su funeral.

Y después del funeral, a solas con Sonny en la cocina vacía, traté de averiguar algo de él.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté.

—Voy a ser músico —respondió él.

Porque durante el tiempo que yo había pasado fuera, él había pasado de bailar al ritmo de la máquina de discos a enterarse de quién tocaba qué, y qué hacían con el instrumento, y se había comprado una batería.

—¿Quieres decir que quieres ser batería? —Por alguna razón tenía la impresión de que ser hatería podía estar bien para otra gente, pero no para mi hermano Sonny.

—No creo que llegue a ser nunca un gran batería —dijo él, mirándome con mucha gravedad—. Pero creo que puedo tocar el piano.

Fruncí el entrecejo. Nunca había hecho el papel de hermano mayor con tanta seriedad antes, de hecho casi nunca le había preguntado a Sonny una maldita cosa. Me di cuenta de que me hallaba ante algo que no sabía cómo manejar, que se me escapaba. De modo que fruncí un poco más el entrecejo y pregunté:

—¿Qué clase de músico quieres ser?

Él sonrió.

—¿Cuántas clases crees que hay?

—Habla en serio —dije.

Él rió, echando la cabeza hacia atrás. Luego me miró.

—Estoy hablando en serio.

—Pues entonces, por el amor de Dios, deja de hacer bromas y responde a una pregunta seria. Me refiero a si quieres ser concertista de piano, o quieres tocar música clásica y demás, o qué. —Mucho antes de que yo terminara, él volvía a reír—. ¡Por el amor de Dios, Sonny!

Se calmó, no sin dificultad.

—Lo siento. ¡Pero se te ve tan… asustado! —Y volvió a estallar en carcajadas.

—Puede que te parezca divertido ahora, niño, pero no lo será tanto cuando tengas que ganarte la vida con ello, para que lo sepas. —Estaba furioso porque sabía que se reía de mí y yo no sabía por qué.

—No —dijo él, muy serio ahora, y temiendo, tal vez, haberme herido—. No quiero ser pianista clásico. No es eso lo que me interesa. Quiero decir —hizo una pausa, mirándome fijamente, como si con su mirada pudiera ayudarme a comprender, luego hizo un ademán en vano, como si su mano tal vez pudiera ayudar— que tendré que estudiar mucho, y tendré que estudiar de *todo*, pero quiero tocar con músicos de jazz. —Se interrumpió—. Quiero tocar jazz.

Bueno, la palabra nunca había sonado tan pesada y tan real como sonó esa tarde en la boca de Sonny. Me limité a mirarlo, probablemente con el entrecejo muy fruncido. Sencillamente no podía entender por qué demonios quería pasar el tiempo en clubes nocturnos, haciendo el payaso en un escenario mientras la gente se daba empujones en una pista de baile. Parecía… indigno de él. Yo nunca había pensado en ello antes, nunca me había visto obligado a hacerlo, pero supongo que siempre había

encasillado a los músicos de jazz dentro del grupo que mi padre llamaba «gente para pasarlo bien».

—¿Hablas en serio?

—Ya lo creo que estoy hablando en serio.

Se le veía más desvalido que nunca, y disgustado, y profundamente dolido.

—¿Quieres decir… como Louis Armstrong? —sugerí amablemente.

Su cara se cerró como si se la hubiera golpeado.

—No. No estoy hablando de esa mierda tradicional y anticuada.

—Mira, Sonny, lo siento, no te enfades. Sencillamente no lo entiendo. Nómbrame a alguien…, ya sabes, a un músico de jazz al que admires.

—Bird.

—¿Quién?

—¡Bird! ¡Charlie Parker! ¿No te enseñan nada en el maldito ejército?

Encendí un cigarrillo. Me sorprendió y divirtió un poco descubrir que me temblaba la mano.

—He estado desconectado —dije—. Tendrás que tener paciencia conmigo. Dime, ¿quién es ese Parker?

—Sólo es uno de los más grandes músicos de jazz vivo —respondió Sonny hoscamente, con las manos en los bolsillos, dándome la espalda—. Tal vez el más grande —añadió con amargura—. Probablemente por eso nunca has oído hablar de él.

—Está bien —dije—, soy ignorante, lo siento. Ahora mismo saldré y compraré todos los discos en venta, ¿de acuerdo?

—Por mí no lo hagas —dijo él con dignidad—. Me da lo mismo lo que escuches. No me hagas favores.

Empezaba a darme cuenta de que nunca lo había visto tan ofendido. Al mismo tiempo me decía que probablemente sería una de esas fases por las que pasan los chicos, y que no debería darle tanta importancia ni presionarlo tanto. Sin embargo, no creí que hubiera nada malo en preguntar.

—¿No lleva mucho tiempo todo eso? ¿Se puede vivir de ello?

Se volvió de nuevo hacia mí y se medio apoyó, medio sentó en la mesa de la cocina.

—Todo lleva tiempo —dijo— y…, sí, puedo ganarme la vida con ello. Pero lo que parece que no soy capaz de hacerte comprender es que es lo único que quiero hacer.

—Bueno, Sonny —dije yo con delicadeza—, ya sabes que la gente no siempre puede permitirse hacer exactamente lo que quiere…

—No, no lo sé —dijo Sonny, sorprendiéndome—. Creo que la gente debe hacer lo que quiere hacer, ¿para qué vive si no?

—Te estás haciendo mayorcito —dije yo, desesperado— y ya va siendo hora de que empieces a pensar en tu porvenir.

—Estoy pensando en mi porvenir —dijo Sonny sombrío—. Pienso en él todo el tiempo.

Me rendí. Decidí que si no cambiaba de idea, siempre podríamos hablar de ello más tarde.

—Entretanto —dije— tienes que terminar el colegio. —Ya habíamos decidido que se iría a vivir con Isabel y los padres de ella. Me constaba que no era la solución ideal, porque los padres de Isabel tenían tendencia a ser esnob y no habían mostrado especial interés en que ella se casara conmigo. Pero no se me ocurría otra—. Y tenemos que instalarte en casa de Isabel.

Hubo un largo silencio. Se apartó de la mesa de la cocina y se acercó a la ventana.

—Es una idea pésima. Y lo sabes.

—¿Tienes alguna mejor?

Se paseó por la cocina un momento. Era tan alto como yo, y había empezado a afeitarse. De pronto tuve la sensación de que no le conocía en absoluto.

Se detuvo junto a la mesa de la cocina y cogió mis cigarrillos. Mirándome entre divertido y burlón, se llevó uno a los labios.

—¿Te molesta?

—¿Ya fumas?

Él encendió el cigarrillo y asintió, observándome a través del humo.

—Sólo quería comprobar si tenía el coraje de hacerlo delante de ti. —Sonrió y exhaló una gran nube de humo hacia el techo—. Ha sido fácil. —Me miró—. Vamos, apuesto a que tú ya fumabas a mi edad, dime la verdad.

No dije nada, pero la verdad estaba escrita en mi cara, y él rió. Pero esta vez la carcajada estuvo cargada de tensión.

—Claro. Y apuesto a que no es lo único que hacías.

Me estaba asustando un poco.

—Déjate de joder —dije—. Ya habíamos decidido que ibas a vivir con Isabel y sus padres. ¿Qué te ha pasado de repente?

—Lo decidiste tú —señaló él—. Yo no decidí nada. —Se detuvo delante de mí, apoyándose contra la cocina, los brazos cruzados relajadamente—. Mira, hermano, no quiero quedarme en Harlem, en serio. —Hablaba con apremio. Me miró, luego miró por la ventana de la cocina. Había algo en su mirada que yo nunca había visto, un aire pensativo, una preocupación muy suya. Me froté el músculo del brazo—. Ha llegado el momento de que me largue de aquí.

—¿Adónde quieres ir, Sonny?

—Quiero enrolarme en el ejército. O en la marina, me da igual. Si digo que soy lo bastante mayor, me creerán.

Entonces me puse furioso. Era porque estaba muy asustado.

—Debes de estar loco. ¿Para qué demonios quieres enrolarte en el ejército?

—Ya te lo he dicho. Para salir de Harlem.

—Sonny, ni siquiera has terminado el colegio. Y si realmente quieres ser músico, ¿cómo esperas estudiar en el ejército?

Me miró, atrapado, angustiado.

—Hay maneras. Puede que se me ocurra una especie de acuerdo. De todos modos, cuando salga tendré mis derechos como veterano.

—Si es que sales. —Nos miramos—. Sonny, por favor. Sé razonable. Sé que el montaje está lejos de ser perfecto, pero tenemos que poner todo de nuestra parte.

—No aprendo nada en el colegio —dijo—. Ni siquiera cuando voy. —Me dio la espalda, abrió la ventana y tiró el cigarrillo al estrecho callejón. Me quedé mirando su espalda—. Al menos, no estoy aprendiendo nada que me gustaría aprender. —Golpeó la ventana con tanta fuerza que pensé que el cristal iba a saltar por los aires, luego se volvió hacia mí—. ¡Y estoy harto del pestazo de estos cubos de basura!

—Sonny —dije yo—. Sé cómo te sientes. Pero si no terminas ahora el colegio, lamentarás más tarde no haberlo hecho. —Le sujeté por los hombros—. Y sólo te falta otro año. No está tan mal. Y yo volveré y te juro que te ayudaré a hacer lo que quieras hacer. Intenta aguantar hasta que yo vuelva. ¿Lo harás, por favor? ¿Por mí?

No respondió ni me miró.

—Sonny. ¿Me oyes?

Se apartó.

—Te oigo. Pero tú nunca oyes nada de lo que yo digo.

No supe qué decir a eso. Él miró por la ventana y luego hacia mí.

—Está bien —dijo con un suspiro—. Lo intentaré.

—En casa de Isabel tienen un piano —dije yo, tratando de animarlo un poco—. Puedes practicar en él.

Y, en efecto, eso lo animó durante un minuto.

—Es cierto —dijo él para sí—. Lo había olvidado. —Relajó un poco la cara. Pero la preocupación, el aire pensativo, seguía proyectándose en ella de la manera en que las sombras se proyectan en una cara que mira fijamente el fuego.

Pero pensé que nunca pararía de oír hablar de ese piano. Al principio Isabel me escribía diciendo lo estupendo que era que Sonny se tomara tan en serio su música, y cómo, en cuanto llegaba del colegio, o de donde fuera que había estado cuando se suponía que estaba en el colegio, iba derecho al piano y no se separaba de él hasta la hora de cenar. Y, después de cenar, volvía al piano y se quedaba allí hasta que todos se iban a acostar. Se pasaba sentado al piano todos los sábados y todos los domingos. Luego se compró un tocadiscos y empezó a escuchar discos. Ponía un disco una y otra vez, a veces todo el día, y lo acompañaba improvisando al piano. O ponía una

parte del disco, un acorde, un cambio, una progresión, y luego la tocaba al piano. A continuación volvía al disco, y luego al piano.

En fin, la verdad es que no sé cómo lo aguantaron. Isabel al final confesó que no era como vivir con una persona, era vivir con ruido. Y el ruido no tenía ningún sentido para ella, no tenía ningún sentido para ninguno de ellos, naturalmente. Empezaron en cierto modo a sufrir a causa de esa presencia que vivía en su casa. Era como si Sonny fuera una especie de dios o monstruo. Se movía en una atmósfera que no era la de ellos. Le daban de comer y él comía, se lavaba, entraba y salía de la casa; desde luego, no era horrible ni desagradable ni maleducado, Sonny no era ninguna de esas cosas; pero parecía estar envuelto en una nube, un fuego, una visión muy particular; y no había manera de llegar a él.

Al mismo tiempo, aún no era un hombre, pero tampoco un niño, y tenían que mirar por él en todos los sentidos. Desde luego, no podían echarlo. Tampoco se atrevían a montarle una gran escena a causa del piano porque hasta ellos se daban cuenta, como yo a tantos miles de kilómetros de distancia, de que cuando Sonny se sentaba a ese piano tocaba por su vida.

Pero no había estado yendo al colegio. Un día llegó una carta del consejo escolar, y la madre de Isabel la abrió; al parecer había habido otras cartas, pero Sonny las había roto. Ese día, cuando Sonny entró, la madre de Isabel le enseñó la carta y le preguntó dónde había pasado el tiempo. Y finalmente le sonsacó que había estado en Greenwich Village, con músicos y otros tipos, en el apartamento de una chica blanca. Y eso la asustó y empezó a chillarle, y lo que le salió, una vez que se disparó —aunque lo niega hasta la fecha—, fueron todos los sacrificios que estaban haciendo para darle un hogar decente, y lo poco que se los agradecía.

Sonny no tocó el piano ese día. Por la noche la madre de Isabel se había calmado, pero había que vérselas con el anciano, y con la misma Isabel. Dice Isabel que hizo todo lo posible por mantener la calma, pero perdió el control y se echó a llorar. Dice que se quedó mirando la cara de Sonny. Podía ver, sólo con mirarlo, lo que le estaba pasando. Y lo que le estaba pasando era que habían penetrado en su nube, lo habían alcanzado. Aun cuando lo habían hecho con dedos infinitamente más delicados que los dedos humanos en general, él no podía evitar tener la sensación de que lo habían desnudado y escupido a su desnudez. Porque él también tenía que ver que su presencia, esa música que para él era cuestión de vida o muerte, había sido una tortura para ellos, y la habían aguantado, no por él, sino por mí. Y Sonny no pudo soportarlo. Lo puede soportar un poco mejor ahora que entonces, pero sigue costándole y, con franqueza, no conozco a nadie a quien no le cueste.

El silencio de los siguientes días debió de ser más ruidoso que el ruido de toda la música tocada desde el principio de los tiempos. Una mañana, antes de ir a trabajar, Isabel entró en la habitación de Sonny para coger algo y se dio cuenta de que habían

desaparecido todos sus discos. Y supo con certeza que se había marchado. Y así era. Se fue todo lo lejos que la marina estaba dispuesta a llevarlo. Al cabo de un tiempo me envió una postal desde algún lugar de Grecia, y fue la primera noticia que tuve de que Sonny seguía con vida. No volví a verlo hasta que los dos vivimos en Nueva York y hacía mucho que había terminado la guerra.

Entonces ya era un hombre, por supuesto, pero yo no quería verlo. Pasaba de vez en cuando por casa, pero discutíamos casi cada vez que nos veíamos. No me gustaba cómo se comportaba, relajado y como distraído todo el tiempo, ni me gustaban sus amigos, y su música me parecía una mera excusa para llevar la vida que llevaba. Me parecía rara y desordenada.

Luego tuvimos una discusión bastante horrible y no volví a verlo en meses. Al final averigüé dónde vivía, en una habitación amueblada del Village, y traté de hacer las paces con él. Pero había montones de personas en la habitación, y Sonny estaba tumbado en la cama, y no quiso bajar conmigo al piso de abajo, y trataba a esas otras personas como si ellas fueran su familia y no yo. De modo que me puse furioso y entonces él se puso furioso, y yo le dije que por mí lo mismo daba que estuviera muerto que llevando esa vida. Entonces él se levantó y me dijo que no me preocupara más por él, que por lo que a mí se refería, él había *muerto*. Luego me empujó hasta la puerta y las otras personas hicieron como que no pasaba nada, y él cerró la puerta con un portazo detrás de mí. Me quedé en el pasillo, mirando fijamente la puerta. Oí reír a alguien en la habitación, y se me llenaron los ojos de lágrimas. Empecé a bajar las escaleras, silbando para contener el llanto. Seguí silbando para mí: *You going to need me, baby, one of these cold, rainy days*.

Leí sobre los apuros de Sonny en primavera. La pequeña Grace murió en otoño. Era una niña preciosa, pero sólo vivió poco más de dos años. Murió de polio y sufrió. Tuvo un poco de fiebre un par de días, pero no parecía nada serio, así que nos limitamos a tenerla en cama. Habríamos llamado al médico, pero le bajó la fiebre y parecía estar bien. Nos pensamos que sólo había sido un resfriado. Un día, Grace estaba levantada y jugando en el salón, e Isabel, que estaba en la cocina preparando el almuerzo para los chicos, la oyó caerse. Cuando tienes muchos hijos no siempre echas a correr cuando uno se cae, a no ser que se ponga a gritar o algo así. Y, esta vez, Grace se quedó callada. Pero Isabel dice que oyó ese ruido sordo y luego ese silencio, le pasó algo que la asustó. Fue corriendo al salón y allí estaba la pequeña Grace, toda retorcida en el suelo, y la razón por la que no había gritado es porque no podía respirar. Y cuando lo hizo, fue el sonido más espantoso, dice Isabel, que ha oído en toda su vida, y todavía lo oye a veces en sueños. A veces me despierta con un ruido como si se ahogara, bajo, quejumbroso, y tengo que despertarla rápidamente y abrazarla, y por donde Isabel se aprieta contra mí llorando me parece una herida mortal.

Creo que es posible que escribiera a Sonny el mismo día en que enterraron a la pequeña Grace. Estaba sentado en el cuarto de estar, a oscuras, yo solo, y de pronto pensé en Sonny. Mi problema hizo real el suyo.

Un sábado por la tarde, cuando Sonny llevaba casi dos semanas viviendo con nosotros, o quedándose en nuestra casa, me encontré vagando por el cuarto de estar, bebiendo de una lata de cerveza y tratando de reunir el coraje para registrar la habitación de Sonny. Él había salido, solía hacerlo en cuanto yo llegaba, e Isabel había llevado a los niños a ver a sus abuelos. De pronto me detuve ante la ventana del cuarto de estar y me quedé observando la Séptima Avenida. La idea de registrar la habitación de Sonny me dejó paralizado. A duras penas me atrevía a confesarme a mí mismo qué buscaba. Ni sabía qué haría si lo encontraba. O si no lo hacía.

En la acera del otro lado, cerca de la entrada de un local en el que hacían parrilladas, varias personas celebraban una anticuada reunión evangelista. El cocinero, con un mugriento delantal blanco, el pelo castaño rojizo y metálico al pálido sol, y un cigarrillo entre los labios, estaba de pie en el umbral, observándolos. Varios chicos y gente de más edad interrumpieron sus recados y se quedaron allí, junto con varios hombres mayores, así como un par de mujeres de aspecto duro que controlaban todo lo que pasaba en la avenida, como si les perteneciera, o ellas le pertenecieran a ella. Pues bien, ellos también observaban la reunión evangelista, que era dirigida por tres hermanas con hábito negro y un hermano. Todo lo que tenían eran sus voces, sus Biblias y una pandereta. El hermano daba su testimonio, y mientras lo hacía, dos de las hermanas permanecieron juntas, como diciendo amén, y la tercera se paseó con la pandereta extendida, y un par de personas arrojaron monedas en ella. Luego terminó el testimonio del hermano, y la hermana que había estado haciendo la colecta puso las monedas en la palma de su mano y se las guardó en el bolsillo de su largo hábito. Luego alzó las manos y, agitando la pandereta en el aire y contra una mano, se puso a cantar. Y las otras dos hermanas y el hermano se unieron a ella.

De pronto era extraño estar observando, aunque había visto esas reuniones toda mi vida. También las habían visto, por supuesto, todos los demás que estaban allá abajo. Y, sin embargo, se detuvieron, observaron y escucharon, y yo me quedé inmóvil junto a la ventana. *Tis the old ship of Zion*, cantaban, y la hermana de la pandereta marcaba el ritmo continuo y sonoro, *it has rescued many a thousand!*[7] Ni una de las almas reunidas bajo el sonido de sus voces oía esa canción por primera vez, ni una sola había sido rescatada. Claro que no parecía haber ningún rescate en marcha. Ni creían particularmente en la santidad de las tres hermanas y el hermano, sabían demasiado de ellos, sabían dónde vivían y cómo. La mujer de la pandereta, cuya voz dominaba el aire, cuya cara brillaba de alegría, estaba separada por muy poco de la mujer que la observaba con un cigarrillo en sus gruesos y cuarteados

labios, el pelo un nido de cuco, la cara cubierta de cicatrices e hinchada de muchas palizas, los ojos negros y brillantes como el carbón. Tal vez las dos lo sabían, lo cual explicaba por qué las pocas veces que se dirigían la una a la otra se trataban de hermanas. Mientras el canto llenaba el aire, se produjo un cambio en las caras que observaban y escuchaban: los ojos se concentraron en algo interior, la música pareció extraer un veneno de ellas y el tiempo casi pareció desaparecer de las caras derruidas, beligerantes, hoscas, como si huyeran de nuevo a su primera condición mientras soñaban con la última. El cocinero de las parrillas sacudió a medias la cabeza y sonrió, luego tiró el cigarrillo y desapareció en su local. Un hombre se palpó los bolsillos en busca de calderilla y esperó con ella en la mano, impaciente, como si acabara de acordarse de una cita urgente al otro lado de la avenida. Parecía furioso. Entonces vi a Sonny en el borde del corro. Llevaba un cuaderno ancho y liso de tapas verdes que le hacía parecer, desde donde yo estaba, casi un colegial. El sol cobrizo hacía resaltar el cobre de su piel, sonreía ligeramente, estaba muy quieto. De pronto cesó el canto y la pandereta volvió a convertirse en un plato de recolecta. El hombre furioso arrojó sus monedas y se esfumó, lo mismo que un par de mujeres, y Sonny dejó caer algo de calderilla en el plato, mirando a la mujer a la cara con una leve sonrisa. Luego empezó a cruzar la avenida hacia casa. Tiene un andar lento, saltarín, parecido al de los jazzeros de Harlem, sólo que él ha impuesto al suyo su propio medio compás. Nunca me había fijado.

Me quedé junto a la ventana, aliviado y aprensivo a la vez. Cuando Sonny desapareció de mi vista, empezaron a cantar de nuevo. Seguían haciéndolo cuando la llave dio la vuelta en la cerradura.

—Eh —dijo.

—Eh. ¿Quieres una cerveza?

—No. Bueno, tal vez. —Pero se acercó a la ventana y se quedó a mi lado, mirando fuera—. Qué voz tan agradable.

Cantaban *If I could only hear my mother pray again!*

—Sí —dije—, y sabe tocar la pandereta.

—Pero qué canción más horrible —dijo, y se echó a reír. Dejó caer el cuaderno en el sofá y desapareció en la cocina—. ¿Dónde están Isabel y los niños?

—Creo que querían ver a sus abuelos. ¿Tienes hambre?

—No. —Volvió al cuarto de estar con su lata de cerveza—. ¿Quieres venir conmigo a un sitio esta noche?

Me di cuenta, no sé cómo, de que no podía rehusar.

—Claro. ¿Adónde?

Se sentó en el sofá, cogió su cuaderno y empezó a pasar hojas.

—Voy a juntarme con varios colegas en un garito del Village.

—¿Quieres decir que vas a tocar esta noche?

—Eso es. —Bebió un trago de cerveza y volvió a acercarse a la ventana. Me miró de reojo—. Si puedes soportarlo.

—Lo intentaré —dije.

Me sonrió y contemplamos juntos cómo se disolvía la reunión al otro lado de la calle. Las tres hermanas y el hermano cantaban con la cabeza gacha *God be with you till we meet again*. Las caras que los rodeaban estaban muy silenciosas. Luego terminó la canción y la pequeña multitud se dispersó. Observamos cómo las tres mujeres y el hombre solitario echaban a andar despacio por la avenida.

—Mientras ella cantaba antes —dijo Sonny, bruscamente—, su voz me ha recordado por un momento lo que se siente a veces con la heroína…, cuando te entra en las venas. Te hace sentir como calor y frío al mismo tiempo. Y como distante. Y… seguro. —Bebió un sorbo de cerveza, rehuyendo deliberadamente mi mirada. Le observé la cara—. Te hace sentir… que controlas. A veces necesitas experimentar eso.

—¿Sí? —Me senté despacio en el sillón.

—A veces. —Se acercó al sofá y volvió a coger su cuaderno—. Algunas personas lo necesitan.

—¿Para tocar? —pregunté. Y mi voz era muy desagradable, llena de desprecio y cólera.

—Bueno… —me miró con los ojos muy abiertos, llenos de preocupación, como si, de hecho, esperara que ellos me dijeran cosas que él no era capaz de decir de otro modo—, eso creen. ¡Y si lo creen…!

—¿Y qué crees tú? —pregunté.

Se sentó en el sofá y dejó la lata de cerveza en el suelo.

—No lo sé —dijo, y yo no pude saber si respondía mi pregunta o continuaba con sus pensamientos. Su cara no me lo dijo—. No es tanto para tocar como para resistirlo, para ser capaz de hacerlo. A cierto nivel. —Frunció el entrecejo y sonrió—. Para evitar venirte abajo.

—Pero esos amigos tuyos parecen venirse abajo muy deprisa, maldita sea.

—Es posible. —Jugueteó con el cuaderno. Y algo me dijo que debía contener la lengua, que Sonny estaba haciendo lo posible por hablar y que yo debía escuchar—. Pero, por supuesto, tú sólo conoces a los que se han venido abajo. Algunos no lo hacen…, o al menos aún no lo han hecho, y eso es todo lo que puede decir cualquiera de nosotros. —Hizo una pausa—. Luego están los que viven realmente en el infierno y lo saben, y se dan cuenta de lo que está ocurriendo, pero siguen. No sé. —Suspiró, dejó caer el cuaderno y cruzó los brazos—. Algunos tipos, lo sabes por su forma de tocar, se meten algo constantemente. Y puedes ver que, bueno, eso hace que sea real para ellos. Pero, claro —cogió la cerveza del suelo, bebió y volvió a dejarla—, ellos también *quieren*, tienes que entenderlo. Hasta algunos de los que dicen que no…,

algunos, no todos.

—¿Y tú qué? —pregunté; no pude evitarlo—. ¿Tú quieres?

Se levantó, se acercó a la ventana y permaneció callado largo rato. Luego suspiró.

—Yo —dijo. Luego—: Mientras estaba abajo, al venir a casa, oyendo cantar a esa mujer, me di cuenta de pronto de cuánto debía de haber sufrido… para cantar así. Es repugnante pensar que tienes que sufrir tanto.

—Pero no es posible dejar de sufrir…, ¿verdad, Sonny?

—Creo que no —dijo, y sonrió—, pero eso no ha detenido a nadie a la hora de intentarlo. —Me miró—. ¿No?

Vi en esa mirada burlona que entre los dos, y para siempre, más allá del poder del tiempo o del perdón, se interponía el hecho de que yo había guardado silencio —¡tanto tiempo!— cuando él había necesitado unas palabras de ayuda. Se volvió de nuevo hacia la ventana.

—No, no hay manera de dejar de sufrir. Pero lo pruebas todo para no ahogarte en ello, para mantenerte a flote y hacer que se parezca…, en fin, a ti. Como cuando haces algo y sufres las consecuencias, ¿sabes? —Yo no dije nada—. Bueno, ya sabes —dijo él impacientándose—, ¿por qué sufre la gente? Tal vez es mejor hacer algo para darle un motivo, cualquiera.

—Pero hace un momento estábamos de acuerdo en que no es posible dejar de sufrir. ¿No es mejor limitarse a aceptarlo?

—¡Pero nadie se limita a aceptarlo! —exclamó Sonny—. ¡Esto es lo que te estoy tratando de decir! Todo el mundo intenta no hacerlo. Estás obsesionado por la manera en que lo intentan algunas personas…, ¡tú no eres así!

Me empezó a picar el vello de la cara, la notaba húmeda.

—Eso no es cierto —dije—, no es cierto. Me importa un comino lo que hacen los demás, ni siquiera me importa cuánto sufren. Sólo me importa lo que tú sufres. —Y él me miró—. Por favor, créeme —dije—. No quiero verte… morir tratando de no sufrir.

—No moriré —dijo él con un tono desapasionado— tratando de no sufrir. Al menos no más deprisa que cualquier otro.

—Pero no hay necesidad —dije, tratando de reír—, ¿verdad? ¿De matarte?

Quería decir más, pero no pude. Quería hablar de la fuerza de voluntad, y de cómo la vida podía ser…, en fin, bella. Quería decir que todo estaba dentro de uno; pero ¿lo estaba? O, más bien, ¿no era ése precisamente el problema? Y quería prometerle que nunca volvería a fallarle. Pero todo hubiera sonado a palabras huecas y mentiras.

De modo que hice la promesa en mi fuero interno y recé para no romperla.

—A veces es horrible, dentro de uno —dijo él—, ése es el problema. Vas por esas calles negras, malolientes y frías, y no hay ni una jodida alma con quien hablar, no se

mueve nada, y no hay forma de sacarlo…, de sacar esta tormenta interior. No puedes hablar de ella ni hacer el amor con ella, y cuando por fin tratas de aceptarla y tocar, te das cuenta de que nadie te está escuchando. De modo que eres tú el que tiene que escuchar. Tienes que hallar el modo de escuchar.

Luego se apartó de la ventana y volvió a sentarse en el sofá, como si de pronto se hubiera quedado sin resuello.

—A veces harías cualquier cosa por tocar, hasta le cortarías el cuello a tu madre. —Me miró riendo—. O a tu hermano. —Luego se puso serio—. O a ti mismo. No te preocupes, ahora estoy bien y creo que estaré bien. Pero no puedo olvidar… dónde he estado. No me refiero sólo físicamente, sino dónde he estado. Y qué he sido.

—¿Qué has sido, Sonny? —pregunté.

Sonrió…, pero permaneció sentado de lado en el sofá, con el codo en el respaldo, tamborileando con los dedos en la boca y la barbilla, sin mirarme.

—He sido algo que no reconocí, que no sabía que podía ser. No sabía que alguien podía serlo. —Se interrumpió y se encerró en sí mismo. Se le veía joven y desvalido, y al mismo tiempo envejecido—. Te lo digo, no porque me sienta culpable ni nada por el estilo…, tal vez sería mejor que lo hiciera, no lo sé. De todos modos, no puedo hablar realmente de ello. Ni contigo ni con nadie. —Y esta vez se volvió hacia mí—. ¿Sabes? A veces, y era cuando más fuera estaba del mundo en realidad, tenía la sensación de estar dentro de eso, de estar realmente con eso, y podía tocar, o no me hacía falta tocar, sencillamente salía de mí, estaba allí. Y ahora que lo pienso, no sé cómo tocaba, pero sí sé que a veces hice cosas horribles a otras personas. No es que les hiciera algo a ellas, es que no eran reales. —Cogió la lata de cerveza; estaba vacía; la hizo girar entre las palmas—. Y otras veces, bueno, necesitaba un chute, necesitaba un rincón donde tumbarme, necesitaba despejar un lugar para escuchar… y no podía encontrarlo y… me volvía loco, me hacía cosas horribles a mí mismo, era terrible conmigo mismo. —Empezó a apretar la lata entre las manos, observé cómo el metal empezaba a ceder. Éste brillaba mientras él jugueteaba con él como si fuera un cuchillo, y temí que se cortara, pero no dije nada—. En fin. No puedo explicártelo. Estaba solo en el fondo de algo, apestando, sudando, llorando y temblando, y lo olía, ¿sabes?, olía mi propio tufo, y me decía que iba a morir si no me alejaba de él, y al mismo tiempo, sabía que todo lo que estaba haciendo era encerrarme con él. Y no sabía —hizo una pausa, todavía aplastando la lata de cerveza—, no sabía, y sigo sin saberlo, algo no paraba de decirme que tal vez era bueno oler tu propio tufo, pero yo no creía que fuera eso lo que había estado tratando de hacer… y… ¿quién puede soportarlo? —Y de pronto dejó caer la lata destrozada, mirándome con una ligera sonrisa. Luego se levantó y se acercó a la ventana como si fuera una piedra imán. Le escudriñé la cara, él miraba la avenida—. No pude decírtelo cuando mamá murió…, pero la razón por la que quería tan desesperadamente largarme de Harlem era para

alejarme de las drogas. Y cuando luego huí, era de eso de lo que huía en realidad. Cuando volví, no había cambiado nada, yo no había cambiado…, sólo tenía más años. —Y se interrumpió, tamborileando con los dedos en el cristal. El sol había desaparecido, pronto sería de noche. Le examiné la cara—. Puede pasar otra vez —dijo, casi como si hablara consigo mismo. Luego se volvió hacia mí—. Puede pasar otra vez —repitió—. Sólo quiero que lo sepas.

—De acuerdo —dije, por fin—. De modo que puede pasar otra vez. Está bien.

Sonrió, pero era una sonrisa apesadumbrada.

—Tenía que tratar de decírtelo —dijo.

—Sí —dije—, lo entiendo.

—Eres mi hermano —dijo, mirándome a la cara, sin sonreír en absoluto.

—Sí —repetí—, sí, lo entiendo.

Se volvió de nuevo hacia la ventana y miró fuera.

—Todo ese odio de allá abajo —dijo—, todo ese odio, sufrimiento y amor. Es un milagro que no haga saltar en pedazos la avenida.

Fuimos al único club nocturno que había en una oscura y corta calle del centro. Nos metimos por el estrecho, bullicioso y atestado bar hasta la entrada de la sala grande, donde estaba el escenario. Y nos quedamos allí de pie un instante, porque las luces eran muy tenues en esa habitación y no veíamos nada. Luego:

—Hola, chico —dijo la voz, y un negro enorme, mucho mayor que Sonny o que yo, salió de esa iluminación atmosférica y pasó un brazo alrededor del hombro de Sonny—. He estado aquí sentado, esperándote —dijo.

Tenía también una voz potente, y varias cabezas en la oscuridad se volvieron hacia nosotros.

Sonny sonrió y, apartándose un poco, dijo:

—Creole, éste es mi hermano. Te he hablado de él.

Creole me estrechó la mano.

—Me alegro de conocerte, hijo —dijo, y quedó claro que se alegraba de conocerme allí, por Sonny. Y sonrió—. Tienes un verdadero músico en la familia. —Y, retirando el brazo del hombro de Sonny, le dio unas afectuosas palmaditas con el dorso de la mano.

—Bueno. Lo he oído todo —dijo una voz a nuestras espaldas. Era otro músico amigo de Sonny, un negro más negro que el carbón, de aspecto jovial, que no levantaba un palmo del suelo. Enseguida empezó a confiarme a voz en cuello las cosas más horribles sobre Sonny, su dentadura brillando como un faro, su risa brotando de él como el comienzo de un terremoto.

Y resultó que todos los que estaban en la barra conocían a Sonny, o casi todos; algunos eran músicos, trabajaban allí o cerca, o no trabajaban, otros eran asiduos del local, y otros habían venido a propósito para oír tocar a Sonny. Éste me presentó a

todos y ellos se mostraron muy educados conmigo. Sin embargo, estaba claro que para ellos yo no era más que el hermano de Sonny. Allí yo estaba en el mundo de Sonny. O mejor, su reino. Porque no había ninguna duda de que en sus venas corría sangre real.

Iban a tocar pronto, y Creole me instaló a mí solo en una mesa de un oscuro rincón. Entonces los observé, a Creole, al negro menudo, a Sonny y a los demás, haciendo barullo justo debajo del escenario. La luz de los focos no los alcanzaba por muy poco y, observándolos reír, gesticular y moverse, tuve la sensación de que estaban teniendo mucho cuidado en no entrar de forma repentina en ese círculo de luz; si entraban de forma repentina, sin pensarlo, perecerían abrasados. Luego, mientras yo observaba, uno de ellos, el negro menudo, se adentró en la luz, cruzó el escenario y empezó a juguetear con la batería. A continuación, en plan cómico pero al mismo tiempo extremadamente ceremonioso, Creole cogió a Sonny del brazo y lo condujo hasta el piano. Una voz femenina gritó el nombre de Sonny y varias manos empezaron a aplaudir. Y Sonny, también cómico y ceremonioso, y tan conmovido, creo, que podría haberse echado allí mismo a llorar, pero sin disimularlo ni hacer ostentación de ello, sobrellevándolo como un hombre, sonrió y, llevándose las dos manos al corazón, hizo una profunda reverencia.

Creole se acercó entonces al violín bajo y un hombre delgado y moreno, de piel muy brillante, subió de un salto al escenario y recogió del suelo la trompa. Allí estaban los cuatro, y la atmósfera en el escenario y en la sala empezó a cambiar y a tensarse. Alguien se acercó al micrófono y los anunció. Siguieron toda clase de murmullos, y varias personas de la barra se hicieron callar mutuamente. La camarera correteaba por la sala, tomando frenéticamente nota de las últimas copas que le pedían, las parejas se arrimaron y los focos situados sobre el escenario, sobre el cuarteto, se volvieron azul añil. De pronto todos habían cambiado de aspecto. Creole recorrió por última vez la sala con la mirada, como cerciorándose de que todas las gallinas estaban en el corral, y, con un brinco, empezó a tocar el violín. Y allá iban.

Lo único que sé de música es que no todo el mundo la escucha de verdad. E incluso en las raras ocasiones en que algo se abre dentro de nosotros, y la música entra, lo que sobre todo oímos, u oímos corroborado, son evocaciones personales, privadas, que se desvanecen. Pero el que crea la música está oyendo algo más, está viéndoselas con el estruendo que se eleva del vacío e imponiendo orden en él en cuanto alcanza el aire. Lo que se evoca en él es, por tanto, de otra índole, más terrible porque carece de palabras, y al mismo tiempo triunfal, por esa misma razón. Y su triunfo, cuando triunfa, es nuestro. Yo me limitaba a observar la cara de Sonny. Era una cara afligida, se estaba esforzando mucho, pero él no estaba con ella. Y tuve la impresión de que, en cierto modo, todos los que tocaban con él estaban esperándolo, esperándolo y empujándolo. Pero cuando empecé a observar a Creole, caí en la

cuenta de que era él quien contenía a todos. Los tenía atados corto. Allá arriba, llevando el compás con todo el cuerpo, gimiendo a través de su violín, con los ojos cerrados, escuchaba todo, pero escuchaba a Sonny. Mantenía un diálogo con él. Quería que Sonny se alejara de la orilla y nadara resueltamente hacia las aguas profundas. Él era la prueba de que no era lo mismo nadar en aguas profundas que ahogarse; él había estado allí y lo sabía. Y quería que Sonny lo supiera. Esperaba a que Sonny hiciera algo sobre el teclado que le diera a entender que se había metido en el agua.

Y mientras Creole escuchaba, Sonny se sumergió en lo más profundo de su ser, exactamente como alguien que sufre lo indecible. Jamás se me había ocurrido lo horrible que debe de ser la relación entre el músico y su instrumento. Tiene que llenar ese instrumento de vida, la suya. Tiene que conseguir que haga lo que él quiere. Y un piano sólo es un piano. Está hecho de mucha madera, cables, martillos grandes y pequeños, y marfil. Si bien se puede hacer infinidad de cosas con él, la única manera de averiguarlo es probarlo; probarlo y obligarle a hacer todo.

Y hacía más de un mes que Sonny no veía un piano. Y no estaba en las mejores relaciones con su vida, ni con la vida que tenía por delante. Él y el piano tartamudearon, fueron para un lado, se asustaron, pararon; fueron para el otro lado, les entró el pánico, esperaron, volvieron a empezar; luego pareció que habían encontrado un rumbo, pero volvieron a asustarse y se quedaron parados. Y la expresión que vi en la cara de Sonny no la había visto nunca. Todo había sido expulsado a la fuerza y, al mismo tiempo, cosas que por lo general estaban escondidas estaban siendo destruidas, por el fuego y el fragor de la batalla que tenía lugar dentro de él allá arriba.

Sin embargo, al observar la cara de Creole cuando se acercaban al final del primer tema, tuve la sensación de que había ocurrido algo, algo que yo no había oído. Cuando terminaron hubo aplausos desperdigados y, sin previo aviso, Creole empezó a tocar de nuevo, algo casi sardónico, *Am I Blue*. Y, como si se hallara a sus órdenes, Sonny empezó a tocar. Algo empezó a ocurrir, y Creole soltó las riendas. El negro seco y vil dijo algo horrible con la batería, Creole respondió y la batería le replicó. Entonces la trompa insistió, dulce y alta, algo distante tal vez, y Creole escuchó, comentando algo de vez en cuando, seco, e impulsor, hermoso, sereno y antiguo. Luego todos volvieron a reunirse y Sonny volvía a formar parte de la familia. Lo supe por su cara. Parecía haber encontrado, allí mismo, debajo de sus dedos, un piano flamante. Y parecía incapaz de dominarlo. Luego, contentos sencillamente con Sonny, todos parecieron coincidir con él en que los pianos nuevos eran, sin duda, divertidísimos.

De pronto Creole dio un paso al frente para recordarles que estaban tocando blues. Hizo mella en todos ellos, hizo mella en sí mismo, y la música se tensó e

intensificó, y la revelación hizo vibrar el aire. Creole empezó a decirnos de qué iban los blues. No trataban de nada muy nuevo. Pero él y sus chicos allá arriba lo mantenían nuevo aun a riesgo de perderse, destruirse, enloquecer o morir, para descubrir nuevas maneras de hacernos escuchar. Porque, si bien nunca hay nada nuevo en la historia de cómo sufrimos, y cómo disfrutamos, y cómo podemos llegar a triunfar, siempre hay que oírla. No hay otra historia que contar, es la única luz que tenemos en toda esta oscuridad.

Y esta historia, según esa cara, ese cuerpo, esas recias manos sobre las cuerdas, adopta un aspecto diferente en cada país, alcanza nuevas profundidades en cada generación. Escuchad, parecía decir Creole, escuchad. Estos son los blues de Sonny. Se lo hizo saber al negro bajito de la batería, y al hombre moreno y brillante de la trompa. Creole ya no trataba de persuadir a Sonny para que se metiera en el agua. Le deseaba buena suerte. Luego retrocedió un paso, muy despacio, llenando el aire de la enorme insinuación de que Sonny hablara por sí mismo.

Luego todos se reunieron alrededor de Sonny, y Sonny tocó. De vez en cuando uno de ellos parecía decir amén. Los dedos de Sonny llenaron el aire de vida, su vida. Pero esa vida contenía la de muchos otros. Y Sonny retrocedió todo el camino hasta volver a empezar con la sobria y rotunda afirmación de la primera frase de la canción. Y empezó a hacerla suya. Era muy hermosa, porque no era apresurada y había dejado de ser un lamento. Me pareció oír, con el fuego con que la había hecho suya, con el fuego con que todavía teníamos que hacerla nuestra nosotros, que podíamos dejar de lamentarnos. La libertad se agazapaba a nuestro alrededor, y comprendí por fin que él podía ayudarnos a liberarnos si lo escuchábamos, que él nunca sería libre hasta que lo hiciéramos. En su cara ya no se libraba ninguna batalla, pero oí por todo lo que había pasado y por lo que seguiría pasando hasta que descansara en paz. Había hecho suya esa larga lista de antepasados, de la que sólo conocíamos a nuestros padres. Y la devolvía, como hay que devolverlo todo, de tal manera que, pasando por la muerte, viviera eternamente. Volví a ver la cara de mi madre y sentí, por primera vez, cómo debían de haberle magullado los pies las piedras del camino por el que había andado. Vi la carretera iluminada por la luna donde había muerto el hermano de mi padre. Y eso trajo a mi memoria algo más, y me transportó más allá, volví a ver a mi hijita, volví a sentir las lágrimas de Isabel y sentí cómo las mías volvían a aflorar. Y, sin embargo, era consciente de que era sólo un instante, que el mundo esperaba fuera, hambriento como un tigre, y los problemas se extendían por encima de nosotros, más largos que el cielo.

Luego todo terminó. Creole y Sonny exhalaron, los dos totalmente empapados en sudor y sonriendo. Hubo muchos aplausos y algunos eran sinceros. En la oscuridad, la joven camarera pasó por mi lado y le pedí que sirviera copas a la banda. Hubo un largo descanso mientras hablaban allá arriba, a la luz añil, y al cabo de un rato vi a la

joven dejar un whisky y leche encima del piano de Sonny. Éste no pareció darse cuenta, pero poco antes de que empezaran a tocar de nuevo, bebió un sorbo y miró en mi dirección, asintiendo. Luego volvió a dejar la copa encima del piano. Mientras empezaban a tocar de nuevo, ésta brilló para mí, y se estremeció por encima de la cabeza de mi hermano como el cáliz de aturdimiento.

Traducción de Aurora Echevarría

El negro artificial

Cuando se despertó, el señor Head descubrió que la habitación estaba iluminada por la luz de la luna. Se sentó y miró fijamente las tablas del suelo color plata y después el terliz de su almohada, que parecía ser brocado, y al momento vio la mitad de la luna a un metro de distancia en el espejo de afeitarse, parada, como si estuviera pidiendo permiso para entrar. Rodó hacia delante y arrojó una luz dignificante sobre todo. La sencilla silla apoyada en la pared parecía firme y atenta, como si estuviera esperando una orden, y los pantalones del señor Head colgados en el respaldo tenían un aire casi noble, como si se los acabara de dar un hombre de la nobleza a su criado; pero la luna tenía la cara seria. Contemplaba la habitación y lo que había detrás de la ventana, donde ella flotaba sobre el establo, y parecía contemplarse a sí misma con la mirada de una persona joven que ve ante sí la perspectiva de la vejez.

El señor Head le podía haber dicho que la edad era una bendición y que sólo con los años puede el hombre adquirir ese entendimiento sosegado de la vida que lo convierte en un guía adecuado para la juventud. Ésta, al menos, había sido su propia experiencia.

Se sentó y se agarró a los barrotes de hierro de los pies de la cama, incorporándose hasta que pudo ver la esfera del despertador, que estaba encima de un cubo boca abajo, junto a la silla. Eran las dos de la madrugada. La alarma del despertador no funcionaba, pero él no dependía de ningún medio mecánico para despertarse. Sesenta años no habían podido debilitar sus reflejos; sus reacciones físicas, como las morales, estaban guiadas por su voluntad y por su fuerte carácter, y esto se podía ver claramente en su rostro. Tenía la cara muy alargada, con la mandíbula redondeada y la nariz larga y deprimida. Sus ojos eran vivos, pero tranquilos, y a la milagrosa luz de la luna tenían un aspecto de serenidad y de vieja sabiduría, como si pertenecieran a uno de los grandes consejeros de la humanidad. Podía haber sido Virgilio, llamado a medianoche para ir a ver a Dante o, mejor, Rafael, despertado por una ráfaga de luz de Dios para que volara al lado de Tobías. El único sitio oscuro de la habitación era el jergón de Nelson, bajo la sombra de la ventana.

Nelson estaba tendido de costado y encogido, con las rodillas bajo la barbilla y los talones bajo el trasero. Su traje y su sombrero nuevos seguían en las cajas en las que los habían enviado. Las cajas estaban en el suelo, a los pies del jergón, donde las podía alcanzar con la mano nada más despertarse. El jarro de agua, que estaba fuera de la sombra y se veía blanco como la nieve a la luz de la luna, parecía vigilarlo como un pequeño ángel de la guarda. El señor Head se volvió a tumbar en la cama,

sintiéndose totalmente seguro de que podría cumplir la misión moral del día siguiente. Pensaba levantarse antes que Nelson y tener el desayuno preparado cuando éste se levantara. El chico siempre se molestaba cuando el señor Head se levantaba primero. Tendrían que salir de casa a las cuatro para llegar al empalme del ferrocarril antes de las cinco y media. El tren debía llegar a las cinco cuarenta y cinco y tenían que estar a tiempo, porque iba a parar allí sólo para recogerlos.

Éste iba a ser el primer viaje del chico a la ciudad, aunque él decía que sería el segundo porque había nacido allí. El señor Head había intentado hacerle ver que cuando nació no tenía el suficiente uso de razón para darse cuenta de dónde estaba, pero esto no causó el menor efecto en el chico, y el muchacho continuó insistiendo en que éste iba a ser su segundo viaje. Sería el tercero del señor Head. Nelson había dicho:

—Habré estado allí dos veces y sólo tengo diez años.

El señor Head lo contradijo.

—Si no has estado allí desde hace quince años, ¿cómo sabes que no te vas a perder? —preguntó Nelson—. ¿Cómo sabes que no ha cambiado?

—¿Me has visto alguna vez perdido? —preguntó el señor Head.

Nelson nunca lo había visto perderse, pero era un chico que no quedaba nunca satisfecho si no daba una respuesta insolente, y contestó:

—Aquí no hay ningún sitio donde perderse.

—Llegará el día —profetizó el señor Head— en que descubras que no eres tan listo como crees.

Había estado pensando en este viaje durante varios meses, pero en su mayor parte lo concebía en términos morales. Debía ser una lección que el chico no olvidara jamás. Debía descubrir que no tenía ningún motivo para estar orgulloso sólo porque había nacido en una ciudad. Debía descubrir que la ciudad no era un lugar magnífico. El señor Head quería que él viera todo lo que hay que ver en una ciudad, de forma que estuviera contento de quedarse en casa el resto de su vida. Se quedó dormido pensando en cómo el chico iba a descubrir por fin que no era tan listo como pensaba.

Lo despertó a las tres y media el olor de la carne al freírse y se bajó de la cama de un salto. El jergón estaba vacío y las cajas de ropa estaban abiertas, tiradas en el suelo. Se puso los pantalones y entró corriendo en la otra habitación. El muchacho estaba haciendo pan de maíz y había frito ya la carne. Estaba sentado en la semioscuridad de la mesa, bebiendo café frío en una lata. Llevaba puesto su traje nuevo y tenía calado hasta los ojos su sombrero gris nuevo. Era demasiado grande para él, pero lo habían comprado una talla más grande porque esperaban que le creciera la cabeza. No decía nada, pero todo en él mostraba su satisfacción por haberse levantado antes que el señor Head.

El señor Head se acercó al hornillo y llevó la carne a la mesa en la sartén.

—No hay prisa —dijo—. Llegarás allí muy pronto, y quizá no te guste cuando la veas.

Se sentó frente al muchacho, cuyo sombrero caía ligeramente hacia atrás descubriendo su cara intensamente inexpresiva, con la misma forma que la del anciano. Eran abuelo y nieto, pero se parecían lo suficiente como para ser hermanos, y hermanos de edades no muy distintas, porque el señor Head tenía una expresión juvenil a la luz del día, mientras que el chico tenía aspecto de viejo, como si ya lo supiera todo y se alegrara de olvidarlo.

El señor Head había tenido esposa e hija, y cuando la esposa murió, la hija se escapó y después de un tiempo regresó con Nelson. Más adelante, una mañana, no llegó a levantarse de la cama, se murió, y dejó al señor Head solo al cuidado del niño de un año. Había cometido el error de contarle a Nelson que había nacido en Atlanta. Si no se lo hubiera contado, Nelson no hubiera insistido en que ése iba a ser su segundo viaje.

—Puede que no te guste ni lo más mínimo —continuó el señor Head—. Estará llena de negros.

El chico puso cara de saber tratar a un negro.

—Bueno —dijo el señor Head—, tú no has visto nunca a un negro.

—No te has levantado muy temprano —dijo Nelson.

—Nunca has visto a un negro —repitió el señor Head—. No ha habido un negro en este condado desde que echamos al último hace doce años, y eso fue antes de que tú nacieras.

Miró al chico como si lo estuviera desafiando a decir que había visto a un negro.

—¿Cómo sabes que yo no he visto nunca a un negro cuando viví allí? —preguntó Nelson—. Probablemente vi a muchos negros.

—Si viste a alguno, no sabías lo que era —dijo el señor Head completamente exasperado—. Un niño de seis meses no puede distinguir a un negro de otra persona.

—Yo creo que reconoceré a un negro cuando lo vea —dijo el chico.

Se levantó, se puso derecho su resbaladizo sombrero gris y se fue fuera al retrete.

Llegaron al empalme del ferrocarril un rato antes de la hora en que el tren debía llegar y esperaron a medio metro de la vía. El señor Head llevaba una bolsa de papel con algunos bollos y una lata de sardinas para el almuerzo. Un sol naranja de aspecto burdo, saliendo por el este de detrás de una cadena de montañas, daba al cielo un color rojo apagado a sus espaldas, pero delante de ellos estaba todavía gris. Tenían enfrente una luna gris y transparente, apenas más visible que la huella de un pulgar, y sin luz ninguna. Una pequeña caja de cambio de estaño y un tanque negro de combustible era lo único que había para marcar el lugar del empalme; las vías eran dobles y no convergían de nuevo hasta esconderse detrás de las curvas, a ambos lados del descampado. Los trenes que pasaban parecían emerger de un túnel de árboles y,

golpeados durante un momento por el frío cielo, desaparecían de nuevo aterrorizados por el bosque. El señor Head tuvo que arreglar con el agente de billetes que el tren parara allí. Secretamente temía que no se detuviera, en cuyo caso sabía que Nelson le diría:

—Nunca pensé que el tren iba a parar a recogerte.

Bajo la tenue luz de la luna, las vías parecían blancas y frágiles. Ambos, el anciano y el niño, miraban fijamente hacia delante, como si estuvieran esperando una aparición.

De pronto, antes de que el señor Head pudiera decidir volver a casa, hubo un profundo silbido de aviso y el tren apareció deslizándose muy despacio, casi en silencio, alrededor de la curva de árboles, a unos doscientos metros, por la vía, con su luz delantera amarilla brillando. El señor Head todavía no estaba seguro de que el tren parara y sintió que haría todavía más el idiota si pasaba despacio junto a ellos sin detenerse. Sin embargo, tanto él como Nelson estaban preparados para ignorar al tren si no se paraba.

La máquina locomotora pasó, llenándoles la nariz con el olor a balasto caliente, y luego el segundo vagón se paró exactamente delante de donde ellos estaban esperando. Un revisor con la cara de un abotagado y viejo dogo estaba en la escalerilla como si los estuviera esperando, aunque no parecía importarle ni lo más mínimo si se subían o no.

—A la derecha —dijo.

Tardaron sólo una fracción de segundo en montarse y el tren ya había empezado a andar cuando entraron en el silencioso vagón. La mayoría de los viajeros estaban todavía durmiendo, unos con las cabezas recostadas en los brazos de los asientos, otros estirados en dos asientos y algunos tumbados, con los pies en el pasillo. El señor Head vio dos asientos desocupados y empujó a Nelson hacia ellos.

—Pasa ahí, junto a la ventanilla —dijo el abuelo con un tono de voz normal, que resultaba muy alto a esa hora de la mañana—. A nadie le importa si te sientas allí, porque está libre. Siéntate allí.

—Te he oído —murmuró el chico—. No tienes que gritar.

Se sentó y miró por la ventanilla. Vio en ella una cara pálida, como la de un fantasma, frunciéndole el ceño bajo el ala de un pálido sombrero fantasmagórico. Su abuelo, que también miró por la ventanilla, vio un fantasma diferente, pálido, pero sonriéndole bajo un sombrero negro.

El señor Head se sentó y se acomodó. Sacó el billete y empezó a leer en voz alta todo lo que estaba impreso en él. La gente empezó a moverse. Algunos se despertaron y lo miraron.

—Quítate el sombrero —dijo a Nelson.

Se quitó el suyo y lo puso sobre su rodilla. Tenía un poco de pelo blanco, que se

le había vuelto del color del tabaco con el paso de los años y que se extendía hasta su nuca. La parte delantera de su cabeza estaba calva y arrugada. Nelson se quitó el sombrero y se lo puso sobre la rodilla. Esperaron a que el revisor viniera y les pidiera los billetes.

El hombre que estaba frente a ellos se había estirado sobre dos asientos, con los pies apoyados en la ventanilla y la cabeza sobresaliendo por el pasillo. Llevaba un traje azul claro y una camisa amarilla con el botón del cuello desabrochado. Acababa de abrir los ojos, y el señor Head iba a presentarse, cuando llegó el revisor de la parte de atrás del tren y gruñó:

—Billetes.

Cuando el revisor se hubo ido, el señor Head le dio a Nelson el billete de vuelta y le dijo:

—Ahora métete esto en el bolsillo y no lo pierdas, o tendrás que quedarte en la ciudad.

—Quizá me quede —dijo Nelson como si le hubiera hecho una sugerencia razonable.

El señor Head no le hizo caso.

—Es la primera vez que este chico se monta en un tren —explicó al hombre que estaba frente a ellos y que ahora estaba sentado en el borde del asiento, con los dos pies en el suelo.

Nelson se puso de nuevo su sombrero rápidamente y se volvió hacia la ventanilla con enojo.

—Nunca ha visto nada —continuó el señor Head—. Ignorante como el día en que nació, pero quiero que se harte de una vez para siempre.

El chico se inclinó hacia delante, sobre su abuelo y hacia el desconocido.

—Nací en la ciudad —dijo—. Nací allí. Éste es mi segundo viaje.

Dijo esto con una voz alta y firme, pero el hombre no pareció entenderlo. Tenía unos profundos círculos morados bajo los ojos.

El señor Head atravesó el pasillo y le dio una palmadita en el brazo.

—Lo que hay que hacer con un chico —dijo sabiamente— es mostrarle todo lo que hay por mostrar. No hay que guardarse nada.

—Sí —dijo el hombre.

Miró sus pies hinchados y levantó el izquierdo unos veinte centímetros del suelo. Después de un minuto, lo bajó y levantó el otro pie. La gente de todo el vagón había empezado a levantarse y a moverse. Bostezaban y se estiraban. Se oían distintas voces por todos lados. Y después un murmullo general. De repente, la expresión serena del señor Head cambió. Su boca casi se cerró y una luz, a la vez feroz y prudente, brilló en sus ojos. Estaba mirando al final del vagón. Sin darse la vuelta, cogió a Nelson del brazo y lo empujó hacia delante.

—Mira —dijo.

Un enorme hombre de color café se acercaba hacia ellos lentamente. Vestía traje claro y corbata de raso amarilla con un alfiler de rubíes. Una de sus manos descansaba sobre su estómago, que sobresalía majestuosamente bajo la chaqueta abotonada, y la otra sostenía el puño de un bastón negro, que levantaba y apoyaba con un movimiento deliberado hacia un lado cada vez que daba un paso. Avanzaba muy lentamente, con sus enormes ojos negros mirando sobre las cabezas de los pasajeros. Tenía un pequeño bigote negro y el pelo blanco y rizado. Detrás de él había dos mujeres jóvenes de color café, una con un vestido amarillo y la otra con uno verde. Iban andando a su misma velocidad y charlaban con voz baja y ronca mientras lo seguían.

La mano del señor Head agarraba fuerte e insistentemente el brazo de Nelson. Cuando pasó la procesión, la luz de una sortija de zafiros en la oscura mano que sostenía el bastón se reflejó en el ojo de Head, pero ni él levantó la cabeza, ni el enorme hombre lo miró. El grupo siguió avanzando por el pasillo y salieron del vagón. El señor Head dejó de agarrar con fuerza el brazo del chico.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Un hombre —dijo el muchacho mirándolo con indignación, como si estuviera cansado de que menospreciara su inteligencia.

—¿Qué tipo de hombre? —continuó el señor Head con voz inexpresiva.

—Un hombre gordo —dijo Nelson.

El chico empezaba a sentir que sería mejor ser prudente.

—¿No sabes de qué tipo? —dijo el señor Head con tono decisivo.

—Un anciano —dijo el chico.

El muchacho tuvo el repentino presentimiento de que no iba a disfrutar del día.

—Era un negro —dijo el señor Head, y se reclinó en el asiento.

Nelson saltó en el asiento y se quedó mirando hacia el final del vagón, pero el negro se había ido ya.

—Creía que reconocerías a un negro al haber visto tantos durante tu primera visita a la ciudad —continuó el señor Head—. Ése es su primer negro —dijo al hombre que estaba frente a ellos.

El chico se deslizó hacia abajo en su asiento.

—Me dijiste que eran negros —dijo con voz enfadada—. Nunca me dijiste que eran oscuros. ¿Cómo esperas que sepa algo cuando no me dices las cosas bien?

—Eres sólo un ignorante, eso es todo —dijo el señor Head.

Se levantó y se sentó enfrente, en un asiento que había libre junto al hombre con quien hablaba.

Nelson se dio de nuevo la vuelta y miró hacia el lugar por donde el negro había desaparecido. Sintió que el negro había pasado deliberadamente por el pasillo para

ponerlo en ridículo y lo odió con un odio intenso, bruto y descarado. Entendió entonces por qué a su abuelo no le gustaban los negros. Miró hacia la ventanilla y su cara allí reflejada parecía sugerir que podría no estar a la altura de las exigencias del día. Se preguntó si podría incluso reconocer la ciudad cuando llegaran allí.

Después de contarle varias historias, el señor Head se dio cuenta de que el hombre con quien estaba hablando estaba dormido. Se levantó y propuso a Nelson dar un paseo por el tren y ver sus distintas partes. Estaba particularmente interesado en que el chico viera el servicio, así que fueron primero al servicio de caballeros y examinaron la instalación sanitaria. El señor Head le enseñó el refrigerador de agua como si lo hubiera inventado él mismo y le mostró a Nelson la jofaina con un solo grifo donde los pasajeros se lavaban los dientes. Pasaron por varios vagones y llegaron al coche restaurante.

Era el vagón más elegante del tren. Estaba pintado de un vivo color amarillo yema y tenía en el suelo una alfombra color vino. Había grandes ventanillas por encima de las mesas, y las magníficas vistas de los lugares que se veían desde el tren estaban reproducidas en miniatura en los lados de las cafeteras y vasos. Tres negros de piel muy oscura, con trajes blancos y delantales, corrían de un lado a otro del pasillo balanceando las bandejas e inclinándose sobre los viajeros que estaban desayunando. Uno de ellos se dirigió al señor Head y a Nelson y dijo levantando dos dedos:

—Mesa para dos.

Pero el señor Head contestó en voz alta.

—¡Hemos comido antes de salir!

El camarero llevaba unas enormes gafas marrones que aumentaban el tamaño del blanco de sus ojos.

—Échense a un lado entonces, por favor —dijo con un airoso movimiento del brazo, como si estuviera espantando moscas.

No se movieron ni un milímetro, ni Nelson ni el señor Head.

—Mira —dijo el señor Head.

En una esquina del comedor había dos mesas, separadas del resto por una cortina color azafrán. Una de las mesas estaba vacía, pero la otra, frente a ellos, la ocupaba el enorme negro, sentado de espaldas a la cortina. Estaba hablando en voz baja con las dos mujeres mientras untaba mantequilla en un panecillo. Tenía una cara ancha y triste y su cuello desbordaba por ambos lados del cuello blanco de la camisa.

—Los han cercado —le explicó el señor Head. Luego dijo—: Vamos a ver la cocina.

Recorrieron todo el coche restaurante, pero el camarero negro fue rápidamente detrás de ellos.

—¡No se permite que los pasajeros entren en la cocina! —dijo con una voz

arrogante— ¡NO se permite que los pasajeros entren en la cocina!

El señor Head se detuvo donde estaba y se dio la vuelta.

—Y hay una buena razón para ello —le gritó al pecho del negro—, porque las cucarachas harían que los pasajeros salieran corriendo.

Todos los pasajeros se rieron y el señor Head y Nelson salieron sonriendo. El señor Head era conocido donde vivía por su rápido ingenio y Nelson se sintió de repente muy orgulloso de él. Se dio cuenta de que el anciano sería su único apoyo en el lugar extraño al que se estaban dirigiendo. Estaría completamente solo en el mundo si alguna vez se separara de su abuelo. Una terrible agitación lo estremeció y sintió ganas de agarrarse al abrigo del señor Head y quedarse así, como un niño.

Cuando volvían a sus asientos, pudieron ver a través de las ventanillas por las que pasaban cómo el campo empezaba a verse salpicado de casas y chozas, y que había una carretera paralela a la vía del tren. Corrían por ella coches, pequeños y rápidos. Nelson sintió que había menos aire para respirar que hacía treinta minutos. El hombre que se sentaba frente a ellos se había ido y no había nadie cerca con quien el señor Head pudiera entablar una conversación, así que miró por la ventanilla a través de su propio reflejo y fue leyendo en voz alta el nombre de los edificios que veían al pasar:

—¡La Corporación Química Dixie! —anunció—. ¡Harina Doncella del Sur! ¡Productos de Algodón Belleza del Sur! ¡Mantequilla de cacahuete de Patty! ¡Almíbar de Caña Mamá del Sur!

—¡Cállate! —dijo Nelson.

En todo el vagón, la gente estaba empezando a levantarse y a coger los equipajes de las rejillas encima de sus cabezas. Las mujeres se estaban poniendo sus abrigos y sombreros. El revisor metió la cabeza en el vagón y gruñó:

—¡Primeeeeera parada!

Nelson se levantó de un salto de su asiento, tembloroso. El señor Head tiró de su hombro y lo hizo sentar de nuevo.

—Quédate sentado —dijo con un tono solemne—. La primera parada está en las afueras de la ciudad. La segunda parada está en la estación central.

Se había enterado de esto en su primer viaje, cuando se había bajado en la primera parada y había tenido que pagar a un hombre quince centavos para que lo llevara al centro de la ciudad. Nelson, muy pálido, se volvió a sentar. Por primera vez en su vida, entendió que su abuelo era imprescindible para él.

El tren se paró, se bajaron unos pocos pasajeros y empezó de nuevo a deslizarse como si nunca hubiera dejado de moverse. Fuera, detrás de hileras de desvencijadas casas marrones, se levantaba una línea de edificios azules y, tras ellos, un cielo rosado pálido y grisáceo se desdibujaba en el horizonte. El tren estaba entrando en la estación. Mirando hacia abajo, Nelson vio líneas y líneas de vías doradas multiplicándose y entrelazándose. Entonces, antes de que pudiera empezar a

contarlas, se asustó al ver el reflejo de su cara en la ventanilla, gris pero inconfundible, y miró hacia el otro lado. El tren estaba en la estación. Él y el señor Head se pusieron en pie de un salto y corrieron hacia la puerta. Ninguno de los dos se dio cuenta de que se habían dejado la bolsa de papel con la comida en el asiento.

Anduvieron con dificultad por la pequeña estación y salieron por una pesada puerta al ruido del tráfico. Una multitud de gente se apresuraba al trabajo. Nelson no sabía dónde mirar. El señor Head se apoyó en la pared de un edificio y miró airadamente hacia delante.

Finalmente Nelson dijo:

—¿Cómo se ve todo lo que hay que ver?

El señor Head no contestó. Luego, como si el ver a la gente que pasaba le hubiera dado la clave, dijo:

—Anda.

Y comenzó a caminar por la calle. Nelson lo seguía sujetándose el sombrero. Le llegaban tantos ruidos y tantas cosas que ver que en la primera manzana apenas distinguía lo que estaba viendo. En la segunda esquina, el señor Head se dio la vuelta y miró hacia atrás, a la estación de la que habían salido, una terminal color masilla con una cúpula de hormigón en lo alto. Pensó que, si lograba no perder de vista la cúpula, sería capaz de volver a la estación por la tarde para coger el tren de vuelta.

Mientras caminaban, Nelson empezó a distinguir detalles y a tomar nota de los escaparates de las tiendas, abarrotados de toda clase de mercancías: artículos de ferretería, de mercería, piensos para pollos, licores… Pasaron por una que llamó particularmente la atención del señor Head, donde entrabas, te sentabas en una silla con los pies sobre un taburete y un negro te limpiaba los zapatos. Caminaban despacio, se paraban en la entrada de las tiendas y se quedaban allí para que él pudiera ver qué pasaba en cada lugar, pero no entraron en ningún sitio. El señor Head estaba decidido a no entrar en ninguna tienda de la ciudad, porque en su primer viaje se había perdido en una muy grande y encontró la salida sólo después de que mucha gente le hubiera insultado.

A mitad de la siguiente manzana, llegaron a una tienda con una báscula en la puerta. Los dos se subieron en ella por turno, pusieron una moneda de un centavo y recibieron un papelito cada uno. El del señor Head decía: «Usted pesa cincuenta y cinco kilos. Es honrado y valiente y todos sus amigos le admiran».

Puso el papelito en su bolsillo sorprendido de que la máquina hubiera acertado con su carácter, pero se hubiera equivocado en su peso, porque se había pesado no hacía mucho en una balanza de grano y sabía que pesaba cincuenta kilos. El papelito de Nelson decía: «Usted pesa cuarenta y cuatro kilos. Tiene un gran destino por delante, pero tenga cuidado con las mujeres morenas».

Nelson no conocía a ninguna mujer y pesaba sólo treinta y cuatro kilos. El señor

Head señaló que la máquina probablemente había impreso un cuatro en lugar de un tres.

Continuaron caminando. Al final de la quinta manzana ya no se veía la cúpula de la estación terminal. El señor Head giró a la izquierda. Nelson se hubiera podido quedar una hora delante de cada escaparate, si no hubiera habido otro todavía más interesante al lado. De repente dijo:

—Yo nací aquí.

El señor Head se volvió y lo miró con horror. Había un brillo sudoroso en su cara.

—De aquí es de donde soy yo —dijo el chico.

El señor Head estaba asombrado. Se dio cuenta de que había llegado el momento de una acción drástica.

—Déjame enseñarte una cosa que todavía no has visto —dijo.

Lo llevó a una esquina donde había una alcantarilla.

—Agáchate y mete ahí la cabeza —añadió el abuelo.

Agarró la espalda del abrigo del chico mientras éste se inclinaba y metía la cabeza en la alcantarilla. La retiró rápidamente cuando oyó el borboteo del agua en las profundidades, bajo la acera. Entonces, el señor Head le explicó el sistema de alcantarillado, cómo recorría toda la ciudad, cómo contenía todos los desagües y estaba lleno de ratas, y cómo un hombre podía resbalarse allí y ser arrastrado por los interminables y negrísimos túneles. En cualquier momento, cualquier hombre de la ciudad podía ser absorbido por las alcantarillas y ya no se volvería a saber nada de él. Lo describió tan bien, que hizo temblar a Nelson durante unos segundos. Relacionó los pasajes del alcantarillado con la entrada al infierno y comprendió por primera vez cómo estaba organizado el mundo en sus zonas más profundas. Se apartó del bordillo.

Entonces dijo:

—Sí, pero puedes no acercarte a los agujeros. —Su cara tomó ese aspecto que irritaba tanto a su abuelo—. De aquí es de donde soy yo —añadió Nelson.

El señor Head estaba consternado, pero sólo murmuró:

—Ya te hartarás.

Y continuaron andando. Después de otras dos manzanas, giró a la izquierda pensando que estaba rodeando la cúpula; y tenía razón, porque a la media hora estaban pasando de nuevo por delante de la estación. Al principio, Nelson no se dio cuenta de que estaba viendo las mismas tiendas dos veces, pero cuando pasaron por la que ponías los pies encima de un taburete mientras que un negro te limpiaba los zapatos, se dio cuenta de que estaban andando en círculo.

—Ya hemos estado aquí —gritó—. ¡No creo que sepas dónde estás!

—Me he despistado un momento —dijo el señor Head.

Y doblaron por una calle diferente. No quería apartarse demasiado de la cúpula y, después de seguir dos manzanas en la nueva dirección, giró a la izquierda. Esta calle

tenía viviendas de madera de dos y tres pisos. Cualquiera que pasara por la acera podía curiosear las habitaciones y el señor Head, mirando a través de una ventana, vio a una mujer tumbada en una cama de hierro, cubierta por una sábana y mirando hacia fuera. Su mirada de complicidad lo estremeció. Pasó por allí un niño en bicicleta con aspecto violento que pareció salir de la nada y le obligó a saltar hacia un lado para no ser atropellado.

—No les importa atropellarte —dijo—. Será mejor que permanezcas cerca de mí.

Siguieron caminando un rato por calles como ésta, antes de que se acordara de girar de nuevo. Las casas por las que pasaban ahora estaban todas sin pintar, y la madera parecía carcomida. La calle de en medio era más estrecha. Nelson vio un hombre de color, luego otro. Luego otro.

—En estas casas viven los negros —observó.

—Bueno, vamos a irnos a otro sitio —dijo el señor Head—. No hemos venido para ver negros.

Doblaron por otra calle, pero continuaron viendo negros por todos lados. A Nelson empezó a picarle la piel. Y empezaron a andar más deprisa para marcharse del vecindario lo antes posible. Había hombres de color en camiseta, de pie en las puertas, y mujeres de color meciéndose en sus hundidos porches. Niños de color jugaban junto a los bordillos y dejaban de hacerlo para mirarlos cuando pasaban. Pronto empezaron a pasar hileras de tiendas con clientes de color dentro, pero no se paraban en sus puertas. Ojos negros en caras negras los miraban desde todas las direcciones.

—Sí —dijo el señor Head—, aquí es donde tú naciste, justo aquí con todos estos negros.

Nelson frunció el ceño.

—Creo que has hecho que nos perdamos —dijo.

El señor Head se volvió bruscamente y buscó la cúpula. No se veía por ningún sitio.

—No he hecho que nos perdamos —dijo—. Sólo estás cansado de andar.

—No estoy cansado, tengo hambre —dijo Nelson—. Dame una galleta.

Se dieron cuenta entonces de que habían perdido la comida.

—Tú eres el que llevaba la bolsa —dijo Nelson—. Yo la hubiera cuidado.

—Si quieres dirigir este viaje, me iré por mi cuenta y te dejaré aquí —dijo el señor Head.

Se alegró de ver al chico ponerse pálido. Sin embargo, se dio cuenta de que estaban perdidos y que se estaban alejando de la estación cada vez más. Él también tenía hambre y empezaba a tener sed, y ambos habían empezado a sudar de pensar que estaban en el barrio negro. Nelson tenía los zapatos puestos, y no estaba acostumbrado a ellos. Las aceras de hormigón eran muy duras. Los dos querían

encontrar un sitio donde sentarse, pero esto era imposible, y siguieron caminando. El chico murmuró en voz baja:

—Primero pierdes la comida y luego haces que nos perdamos nosotros.

El señor Head refunfuñaba de vez en cuando:

—¡Cualquiera que desee haber nacido en este infierno negro puede ser de aquí!

El sol estaba ya muy avanzado. Les llegaba el olor de las comidas que se estaban guisando. Los negros estaban todos en sus puertas mirándolos pasar.

—¿Por qué no les preguntas la dirección a uno de estos negros? —dijo Nelson—. Nos hemos perdido por tu culpa.

—Aquí es donde naciste. Tú mismo puedes preguntar si quieres —dijo el señor Head.

Nelson tenía miedo de los negros y no quería que ningún niño negro se riera de él.

Más adelante vio a una enorme mujer de color apoyada en una puerta, en la acera. Llevaba el pelo levantado unos diez centímetros alrededor de toda la cabeza y estaba descansando, descalza, sobre sus pies marrones. Tenía puesto un vestido rosa ajustado que dejaba ver su figura. Cuando pasaron a su lado, ella levantó lentamente una mano hasta su cabeza y los dedos desaparecieron entre su pelo.

Nelson se paró. Sintió que los ojos oscuros de la mujer le cortaban la respiración.

—¿Cómo se vuelve a la ciudad? —dijo con una voz que no sonaba como la suya.

Después de un momento le contestó:

—Estás en la ciudad ahora.

Lo dijo en un tono bajo, que hizo sentir a Nelson como si lo hubieran rociado con agua fría.

—¿Cómo se vuelve al tren? —preguntó con la misma voz aguda.

—Puedes coger un coche —dijo ella.

Se dio cuenta de que se estaba burlando de él, pero estaba demasiado paralizado incluso para fruncir el ceño. Se quedó allí, observando con detenimiento cada detalle de ella. Los ojos del chico viajaban desde sus grandes rodillas hasta su frente, y luego hacían un recorrido triangular, desde el brillante sudor de su cuello hacia abajo, atravesando sus enormes pechos, y, sobre su brazo desnudo, de vuelta hacia el lugar donde sus dedos permanecían ocultos entre su pelo. De repente sintió ganas de que ella se inclinara, lo levantara hacia arriba, y lo estrechara entre sus brazos. Luego quiso sentir su aliento en la cara. Deseó mirar dentro y dentro de sus ojos, mientras ella lo abrazaba más y más fuerte. Nunca había tenido un sentimiento semejante. Sintió como si estuviera deslizándose por un túnel negrísimo.

—Puedes andar una manzana hacia allá y coger un coche que te lleve a la estación, encanto —dijo la mujer.

Nelson se hubiera desplomado a sus pies si el señor Head no lo hubiera apartado bruscamente.

—Te comportas como si no tuvieras sentido común —gruñó el señor Head.

Bajaron rápidamente la calle y Nelson no se dio la vuelta para mirar a la mujer. Se echó el sombrero hacia delante, sobre su cara, que estaba todavía ardiendo de la vergüenza. Los fantasmas burlones que había visto en la ventanilla del tren, y todos los presentimientos que había tenido en el camino, volvieron a aparecer, y recordó que el papelito de la báscula le había dicho que tuviera cuidado con las mujeres morenas, y que el de su abuelo había dicho que era honrado y valiente. Agarró la mano del anciano, una señal de dependencia que mostraba en muy raras ocasiones.

Siguieron por la calle hacia las vías del tranvía, por donde uno largo y amarillo venía haciendo ruido. El señor Head no se había subido nunca en un tranvía y lo dejó pasar. Nelson estaba callado. De vez en cuando su boca temblaba ligeramente, pero su abuelo, absorto en sus problemas, no le prestaba atención. Se quedaron en la esquina y ninguno de los dos miraba a los negros que pasaban ocupándose de sus asuntos como si fueran blancos, excepto que la mayoría se paraban y miraban al señor Head y a Nelson. Se le ocurrió al señor Head que, como el tranvía iba por unas vías, podían simplemente seguirlas. Le dio a Nelson un suave empujón y le explicó que iban a caminar siguiendo las vías, hasta la estación del tren, y se pusieron en marcha.

Al poco tiempo, para alivio suyo, empezaron a ver personas blancas otra vez y Nelson se sentó en la acera, apoyado en la pared de un edificio.

—Tengo que descansar un poco —dijo—. Tú has perdido la comida y has hecho que nos perdamos nosotros, así que ahora puedes esperar un rato que descanse.

—Tenemos delante las vías del tranvía —dijo el señor Head—, todo lo que tenemos que hacer es no perderlas de vista. Y tú te podías haber acordado de la comida tanto como yo. Aquí es donde tú naciste. Aquí tenías tu antiguo hogar. Éste es tu segundo viaje.

Se sentó y continuó así un rato, pero el chico, que se sentía bastante aliviado al haber sacado los pies de los zapatos, no le contestó.

—Te has quedado allí parado, sonriendo como un chimpancé, mientras que una mujer negra te daba instrucciones. ¡Dios santo! —dijo el señor Head.

—Yo sólo dije que había nacido aquí —dijo el chico con voz temblorosa—. Yo no he dicho nunca ni que me gustaría ni que no me gustaría. Nunca dije que quería venir. Lo único que dije es que había nacido aquí, y yo no tuve nada que ver con eso. Quiero irme a casa. Nunca quise venir aquí. Todo ha sido una maravillosa idea tuya. ¿Cómo sabes que no estamos siguiendo las vías del tranvía en dirección equivocada?

Esto último también se le había ocurrido al señor Head.

—Toda esta gente es blanca —dijo.

—Antes no pasamos por aquí —dijo Nelson.

Éste era un barrio de edificios de ladrillo que podían estar, o no, habitados. Unos

pocos coches vacíos estaban aparcados junto al bordillo de la acera y había algún que otro transeúnte.

El calor de la calzada traspasaba el fino traje de Nelson. Se le empezaron a cerrar los párpados, y después de unos minutos la cabeza se inclinó hacia delante. Los hombros se le movieron una o dos veces y luego cayó sobre su costado y se quedó tumbado, agotado, en un ataque de sueño.

El señor Head lo miraba en silencio. Él también estaba muy cansado, pero no se podían dormir los dos a la vez, y de todas formas no podía dormirse, porque no sabía dónde estaba. Dentro de poco Nelson se despertaría, recuperado gracias a su sueño, y muy gallito empezaría a quejarse de nuevo de que había perdido la comida y de que había hecho que ellos se perdieran. «Lo pasarías fatal si yo no estuviera aquí», pensó el señor Head. Y luego se le ocurrió otra idea. Miró la figura del chico tumbado durante unos minutos; después se puso en pie. Justificó lo que iba a hacer en que algunas veces es necesario dar a un chico una lección que no olvide jamás, especialmente cuando el chico está siempre reafirmando su posición con el mayor descaro. Caminó hacia la esquina sin hacer ningún ruido, a unos siete metros de distancia, y se sentó sobre un cubo de basura tapado en un callejón, desde donde podía vigilar y observar a Nelson cuando se despertara solo.

El muchacho se dormía a ratos, medio consciente de los vagos ruidos y de las formas negras que subían de una parte de él hacia la luz. Su cara se torció durante el sueño y metió las rodillas bajo la barbilla. El sol daba una triste y apagada luz sobre la estrecha calle; todo parecía exactamente como era. Después de un rato el señor Head, encorvado como un mono viejo sobre el cubo de basura, decidió que, si Nelson no se despertaba pronto, haría un gran ruido golpeando con el pie el cubo de basura. Miró su reloj y descubrió que eran las dos en punto. Su tren salía a las seis y la posibilidad de perderlo era demasiado horrible hasta para pensarla. Movió el pie hacia atrás y dio una patada al cubo de basura, y resonó en todo el callejón un golpe sordo.

Nelson se puso en pie gritando. Miró hacia donde su abuelo debía haber estado y abrió los ojos de par en par. Pareció arremolinarse varias veces y después, levantando los pies y echando la cabeza hacia atrás, se lanzó calle abajo, como un desbocado potrillo salvaje. El señor Head saltó del cubo y galopó detrás de él, pero ya casi había perdido al chico de vista. Vio un rayo gris que desaparecía en diagonal una manzana más arriba y corrió tan rápido como pudo mirando a ambos lados en cada cruce, pero sin verlo. Luego, cuando pasó por el tercer cruce, completamente sin aliento, vio media manzana más abajo en la calle una escena que lo dejó totalmente paralizado. Se agachó detrás de una caja con basura para observar y enterarse de lo que pasaba.

Nelson estaba sentado con las dos piernas separadas y a su lado yacía una anciana gritando. Había comestibles esparcidos en la acera. Se había reunido ya una multitud

de mujeres para asegurarse de que se hacía justicia, y el señor Head oyó claramente gritar a la anciana desde la acera:

—¡Me has roto el tobillo y tu padre va a pagar por ello! ¡Hasta el último centavo! ¡Policía!

Algunas de las mujeres tiraban del hombro de Nelson, pero el chico parecía demasiado aturdido para poder ponerse en pie.

Algo obligó al señor Head a salir de detrás de la caja de basura y a avanzar, pero muy lentamente. Nunca en su vida había hablado con un policía. Las mujeres estaban apiñadas alrededor de Nelson, como para poder todas de repente saltar sobre él y hacerlo pedazos. La anciana seguía gritando que su tobillo estaba roto y llamando a un policía. El señor Head avanzaba tan despacio, que parecía que daba un paso hacia atrás después de cada paso hacia delante, pero cuando estaba a unos tres metros de distancia, Nelson lo vio y se levantó de un salto. El chico lo agarró por las caderas y se aferró a él jadeando.

Todas las mujeres se enfrentaron al señor Head. La lesionada se sentó y gritó:

—¡Usted, señor! Pagará hasta el último penique de la cuenta del médico por lo que su chico me ha hecho. ¡Es un delincuente juvenil! ¿Dónde hay un policía? ¡Que alguien tome nota del nombre y la dirección de este hombre!

El señor Head estaba intentando separar los dedos de Nelson de la parte posterior de sus piernas. La cabeza del anciano se había metido dentro del cuello de su camisa como una tortuga. Sus ojos estaban vidriosos de miedo.

—¡Su chico me ha roto el tobillo! —gritó la anciana—. ¡Policía!

El señor Head se imaginó que un policía se acercaba por detrás. Miró hacia delante, a las mujeres que estaban todas furiosas, agolpadas como una pared sólida para bloquearle la fuga.

—¡Éste no es mi chico! —dijo—. No lo había visto nunca.

Sintió que los dedos de Nelson soltaban sus piernas.

Las mujeres se echaron hacia atrás, mirándolo horrorizadas. Como si les repeliera tanto un hombre que es capaz de negar su propia imagen y parecido, que no pudieran soportar ponerle las manos encima. El señor Head caminó por un espacio que le fueron abriendo en silencio las mujeres, y dejó a Nelson atrás. Delante de él no vio nada excepto un túnel vacío que una vez había sido la calle.

El chico se quedó de pie donde estaba, con el cuello inclinado y las manos colgándole a los lados. Tenía el sombrero tan hundido en la cabeza que ya no se le veía ninguna arruga. La mujer lesionada se levantó y lo amenazó con el puño, y las otras lo miraron con pena, pero él no se dio cuenta de nada. No había ningún policía a la vista.

Al minuto empezó a moverse mecánicamente, sin hacer ningún esfuerzo por alcanzar a su abuelo, simplemente lo seguía a una distancia de unos veinte pasos.

Caminaron así cinco manzanas. El señor Head llevaba los hombros caídos y tenía el cuello tan inclinado hacia delante, que no se le veía desde atrás. Le daba miedo volver la cabeza. Finalmente echó una rápida y esperanzadora ojeada por encima de su hombro. A unos seis metros detrás de él, vio dos pequeños ojos perforándole la espalda como puntas de tenedor.

El chico no tenía una naturaleza propensa a perdonar, pero ésta era la primera vez en su vida que tenía algo que perdonar; el señor Head nunca le había dado motivos. Después de andar otras dos manzanas, se dio la vuelta y lo llamó con una voz fuerte y desesperadamente alegre:

—¡Vamos a tomarnos una Coca-Cola en algún sitio!

Nelson, con una dignidad que nunca había mostrado anteriormente, se dio la vuelta y se quedó parado, dándole la espalda a su abuelo.

El señor Head empezó a sentir la profundidad de su rechazo. Mientras iban andando, su rostro se iba llenando de arrugas y parecía más hundido. No veía nada de lo que había por donde pasaban, pero se dio cuenta de que habían perdido las vías del tranvía. No se veía por ningún lado la cúpula y la tarde estaba avanzando. Sabía que si les cogía la oscuridad en la ciudad, les pegarían y les robarían. La velocidad de la justicia de Dios es lo que esperaba que cayera sobre sí mismo, pero no soportaba pensar que sus pecados pudieran también afectar a Nelson y que, incluso ahora, estuviera llevando al chico a su perdición.

Continuaron caminando manzana tras manzana por un interminable barrio de casas de ladrillo pequeñas, hasta que el señor Head casi tropezó con un grifo de agua que había a unos veinte centímetros del borde de un terreno de césped. No había bebido agua desde por la mañana temprano, pero sintió que ahora no la merecía. Luego pensó que Nelson tendría sed y que los dos beberían y se reconciliarían. Se agachó y puso la boca en el grifo, y un chorro de agua fresca penetró en su garganta. Luego gritó con una voz desesperada:

—¡Ven y bebe un poco de agua!

Esta vez el chico lo miró durante casi sesenta segundos. El señor Head se levantó y caminó como si hubiera bebido veneno. Nelson, aunque no había bebido agua desde que bebió en el tren en un vaso de papel, pasó junto al grifo despreciando beber donde lo había hecho su abuelo. Cuando el señor Head se dio cuenta de esto, perdió toda esperanza. Su cara, a la luz del atardecer, parecía desfigurada y desamparada. Podía sentir el imperturbable odio del chico moviéndose a una velocidad constante detrás de él y sabía que (si por algún milagro se libraban de ser asesinados en la ciudad) continuaría de la misma forma el resto de su vida. Sabía que ahora estaba entrando en un lugar oscuro y extraño donde nada era como había sido antes, una larga vejez sin respeto y un final que sería bienvenido porque sería el final.

En cuanto a Nelson, su mente se había congelado alrededor de la traición de su

abuelo, como si estuviera intentando preservarla intacta para presentarla en el juicio final. Caminaba sin mirar a ningún lado, pero de vez en cuando su boca se movía nerviosamente y era entonces cuando sentía, desde algún lugar lejano de su interior, que una misteriosa y oscura forma se extendía, como si pudiera derretir su congelada visión en un ardiente abrazo.

El sol desapareció por detrás de una hilera de casas y, casi sin darse cuenta, se adentraron en un elegante barrio donde las enormes casas estaban separadas del borde de la carretera por jardines con pilas para pájaros. Aquí todo estaba completamente desierto. Tras recorrer varias manzanas, no vieron ni siquiera un perro. Las grandes casas blancas parecían icebergs parcialmente sumergidos en la distancia. No había aceras, sólo calles, y éstas daban vueltas y vueltas en círculos ridículos e interminables. Nelson no hizo ningún movimiento para acercarse al señor Head. El anciano sintió que si veía una alcantarilla se dejaría caer allí y se dejaría llevar; y pudo imaginar al chico allí sin hacer nada, mirando sólo con un mínimo interés mientras él desaparecía.

Un fuerte ladrido llamó su atención y, al levantar la mirada, vio a un hombre gordo acercándose con dos dogos. Agitó los dos brazos como un náufrago en una isla desierta.

—¡Me he perdido! —gritó—. Me he perdido y no puedo encontrar el camino. Yo y este chico tenemos que coger el tren y no encuentro la estación. ¡Oh, Dios mío, me he perdido! ¡Oh, ayúdeme, Dios mío, me he perdido!

El hombre, que era calvo y llevaba pantalones de golf, le preguntó qué tren estaba intentando coger y el señor Head intentó sacar los billetes, temblando tan violentamente que casi no podía sujetarlos. Nelson se había acercado a unos cinco metros y estaba mirando.

—Bueno —dijo el hombre gordo devolviéndole los billetes—, no tendrán tiempo de volver a la ciudad, pero pueden coger ese tren en la parada suburbana. Está a tres manzanas de aquí.

Y empezó a explicarle cómo llegar allí.

El señor Head lo miraba como si estuviera retornando lentamente de entre los muertos. Cuando el hombre acabó, se marchó con sus perros saltándole sobre los talones. El señor Head se volvió hacia Nelson y le dijo sin aliento:

—¡Vamos a volver a casa!

El chico estaba a unos tres metros de distancia, su cara estaba pálida bajo su sombrero gris. Tenía los ojos triunfalmente fríos. No había luz en ellos, ningún sentimiento, ningún interés. Simplemente estaba allí, una pequeña figura, esperando. La casa no significaba nada para él.

El señor Head se dio la vuelta lentamente. Sintió que ahora sabía cómo sería el tiempo sin estaciones, cómo sería el calor sin luz y cómo sería el hombre sin

salvación. No le importaba no llegar al tren y, de no haber sido por lo que de repente llamó su atención, como un grito en la oscuridad de la noche, podría haber olvidado que había una estación a la que dirigirse.

No había andado ni ciento cincuenta metros por el camino, cuando vio muy cerca de él la figura de yeso de un negro sentado, inclinado hacia delante sobre una cerca baja de ladrillo amarillo que rodeaba un amplio jardín. El negro era del tamaño de Nelson, y estaba inclinado hacia delante en un ángulo inestable, porque la masilla que lo sostenía a la pared se había agrietado. Uno de sus ojos era totalmente blanco y sostenía en la mano un trozo de sandía marrón.

El señor Head se quedó mirándolo en silencio, hasta que Nelson se paró a una corta distancia. Luego, cuando los dos estaban allí parados, el señor Head susurró:

—¡Un negro artificial!

No era posible decir si el negro artificial era joven o viejo; parecía demasiado miserable para ser lo uno o lo otro. Lo habían hecho con la intención de que pareciera feliz, porque tenía la comisura de los labios hacia arriba, pero en cambio, el ojo astillado y el ángulo en el que estaba colgado le daban un extraño aspecto miserable.

—¡Un negro artificial! —repitió Nelson con el mismo tono que el señor Head.

Los dos se quedaron allí, con los cuellos levantados haciendo casi el mismo ángulo y los hombros encorvados casi exactamente de la misma forma, con las manos temblándoles de la misma manera dentro de sus bolsillos. El señor Head parecía un niño anciano y Nelson parecía un anciano en miniatura. Se quedaron mirando al negro artificial, como si se estuvieran enfrentando con algún gran misterio, algún monumento a la victoria de otro que les hubiera unido en su derrota común. Ambos podían sentir cómo se disolvían sus diferencias como un acto de misericordia. El señor Head nunca había sabido antes cómo era la misericordia porque había sido demasiado bueno para merecerla, pero ahora lo sabía. Miró a Nelson y entendió que debía decirle algo al chico para mostrar que todavía era sabio, y en la mirada que el chico le devolvió vio una ávida necesidad de esta confirmación. Los ojos de Nelson parecían implorarle que le explicara de una vez por todas el misterio de la existencia.

El señor Head abrió los labios para hacer una declaración grandiosa y se oyó a sí mismo diciendo:

—No tienen los suficientes negros reales aquí. Tienen que tener uno artificial.

Al momento el chico asintió con un extraño movimiento de su boca y dijo:

—Vámonos a casa antes de que nos perdamos otra vez.

El tren se detenía en la parada suburbana justo cuando ellos llegaban a la estación. Subieron juntos y diez minutos antes de llegar al empalme, el lugar donde se tenían que bajar, se fueron hacia la puerta y se quedaron preparados para saltar si el tren no paraba; pero paró, justo cuando la luna, recobrado todo su esplendor, salió de una nube e inundó todo el descampado de luz. Cuando se bajaron, la hierba temblaba

suavemente en las sombras de plata y escoria de hulla que bajo sus pies brillaba con una fresca luz negra. Las copas de los árboles que cercaban el empalme como paredes protectoras de un jardín estaban más oscuras que el cielo, del que colgaban gigantescas nubes blancas iluminadas como faroles.

El señor Head se quedó muy quieto y se sintió conmovido de nuevo por el acto de misericordia, pero esta vez sabía que no había palabras en el mundo que pudieran nombrarlo. Entendió que se originaba en la angustia, que no se le niega a ningún hombre y que se le da de forma extraña a los niños. Entendió que era todo lo que un hombre podía llevarse a la muerte para ofrecer a su Creador, y de pronto enrojeció de vergüenza al pensar la poca que tendría para llevarse con él. Se quedó horrorizado, juzgándose a sí mismo con la minuciosidad de Dios, mientras que la acción de misericordia cubría su orgullo como una llama y lo consumía. Nunca anteriormente se había considerado a sí mismo un gran pecador, pero ahora vio que su verdadera depravación le había sido ocultada para no desesperarlo. Se dio cuenta de que se le habían perdonado los pecados, desde el principio de los tiempos, cuando él había concebido en su propio corazón el pecado de Adán, hasta el momento presente, cuando había negado al pobre Nelson. Comprendió que no había ningún pecado tan monstruoso como para que él no pudiera declararlo como suyo y, como Dios amaba en la misma proporción en que perdonaba, se sintió preparado en ese momento para entrar en el Paraíso.

Nelson, componiendo su expresión bajo la sombra del ala de su sombrero, lo observaba con una mezcla de cansancio y sospecha, pero cuando el tren pasó a su lado y desapareció como una serpiente asustada en el bosque, su cara incluso se iluminó y murmuró:

—Me alegro de haber ido una vez, ¡pero no volveré nunca más!

Traducción de María José Sánchez Calero

Mentirosos enamorados

Cuando Warren Mathews se trasladó a vivir a Londres con su esposa y su hija de dos años, temía que la gente se preguntara sobre su aparente holgazanería. No serviría de mucho explicar que tenía «una Fulbright», ya que sólo algunos norteamericanos sabían de qué se trataba; la mayoría de los ingleses le mirarían con cara de no entender nada o sonreirían amablemente hasta que se lo explicara y, aun haciéndolo, seguirían sin comprenderlo.

—¿Por qué explicárselo? —diría su mujer—. No les importa. ¿Y qué pasa con todos los norteamericanos que viven aquí de renta? —Y volvería a enfrascarse en los fogones, en la colada, en la plancha o en la rítmica y grácil labor de cepillar su larga melena castaña.

Era una muchacha bonita, de facciones angulosas, llamada Carol, casada demasiado joven según ella misma y que tardó poquísimo en descubrir que odiaba Londres. Era grande, gris y desapacible; podías pasarte horas paseando o sentado en un autobús sin ver nada agradable, y la llegada del invierno trajo consigo una fétida niebla sulfurosa que lo teñía todo de amarillo, se filtraba a través de las puertas cerradas hasta penetrar en las estancias y aquejaba los ojos haciendo saltar lágrimas de dolor.

Además, ella y Warren no funcionaban desde hacía tiempo. Puede que ambos hubieran confiado en que la aventura inglesa arreglaría las cosas, pero en esos momentos resultaba difícil recordar si realmente habían confiado o no en ello. No se peleaban mucho. Las peleas formaban parte de la fase inicial de su matrimonio. Pero no disfrutaban de la compañía mutua y había días en que parecían incapaces de hacer algo en aquel diminuto y aseado piso sin tropezar el uno con el otro. «Oh, lo siento», murmuraban después de cada pequeño encontronazo o empellón. «Perdón…»

Aquel pisito en un sótano había sido su único golpe de suerte; pagaban un alquiler simbólico, pues era propiedad de Judith, la tía inglesa de Carol, una viuda elegante de setenta años que vivía sola en el apartamento de arriba y que a menudo les recordaba con cariño lo «encantadores» que eran. Ella también era encantadora. El único inconveniente, debidamente discutido de antemano, era que Judith tenía que utilizar la bañera de abajo porque en su casa no había. Cada mañana, llamaba tímidamente a la puerta y entraba, toda sonrisas y disculpas, enrollada en un regio albornoz que le llegaba hasta los pies. Luego, salía del baño envuelta en oleadas de perfume y con su hermoso rostro de anciana sonrosado y fresco como el de un niño, y se encaminaba lentamente hacia el salón. A veces se quedaba a charlar un rato y a veces no. En una ocasión, y con la mano apoyada en el pomo de la puerta, dijo:

—¿Sabéis? Cuando arreglamos la casa y acordamos alquilar el sótano, me acuerdo que pensé «¿Y si no me *gustan*?». Y ahora es una maravilla, porque los dos me gustáis muchísimo.

Se las arreglaron para responder al cumplido con todo el cariño posible; después, una vez hubo marchado, Warren dijo:

—Muy amable de su parte, ¿no te parece?

—Sí, muy amable. —Carol estaba sentada en la alfombra, luchando por embutir el pie de su hija en una bota de piel roja—. Estáte quieta, cariño —dijo—. Dale un respiro a mamá, ¿vale?

La niña, Cathy, iba cada día a una guardería del barrio llamada The Peter Pan Club. En un principio, lo decidieron así para que Carol tuviera tiempo libre para buscar trabajo en Londres y así complementar los ingresos que recibían de la Fulbright; luego resultó que había una ley que prohibía emplear extranjeros a no ser que el extranjero en cuestión aportara unas cualidades de las que carecieran los trabajadores británicos, y éste no era precisamente el caso de Carol. Pero Cathy siguió en la guardería, pues parecía que le gustaba y además, aunque sus padres nunca llegaron a expresarlo en palabras, era bueno que estuviera el día entero fuera de casa.

Y aquella mañana en particular, Carol se sentía especialmente contenta ante la perspectiva de pasar el día a solas con su marido: la noche anterior había decidido que era el momento de anunciarle su decisión de dejarle. Seguramente, él también habría llegado a la conclusión de que las cosas no funcionaban. Ella regresaría con la niña a Nueva York; una vez instalada, buscaría trabajo de secretaria, recepcionista o de lo que fuera y haría su vida. Naturalmente, seguirían en contacto por correo y cuando él acabara su año de beca podrían…, bien, podrían repensárselo y discutirlo.

Durante todo el camino a The Peter Pan Club, arrastrando de la mano a una parlanchina Cathy, y durante todo el camino de vuelta, sola y con prisas, Carol estuvo ensayando el discurso; cuando llegó el momento, sin embargo, resultó una escena mucho menos complicada de lo que se había imaginado. Warren ni se mostró sorprendido o, como mínimo, no la frenó con actitudes que pudieran echar por tierra sus argumentos.

—De acuerdo —repetía apesadumbrado, sin apenas mirarla—. De acuerdo… — Luego, al cabo de un rato, hizo una pregunta preocupante—. ¿Qué le diremos a Judith?

—Sí, también lo he pensado —respondió ella—, y *resultaría* muy violento decirle la verdad. ¿Crees que podríamos explicarle que alguien de mi familia se ha puesto enfermo y que por eso he de regresar a casa?

—Sí, pero tu familia es *su* familia.

—Oh, eso es una tontería. Mi padre era su hermano, pero está muerto. Ni siquiera

conoce a mi madre y, de todos modos, se divorciaron hace Dios sabe cuántos años. Y no existen más vías de…, cómo lo diría, sí, más vías de comunicación ni nada por el estilo. Jamás lo descubrirá.

Warren reflexionó un instante.

—De acuerdo —dijo por fin—, pero no seré yo quien se lo diga. Se lo explicas tú, ¿te parece bien?

—Perfecto, si estás de acuerdo, ya se lo diré yo.

Parecía todo solucionado: cómo explicárselo a Judith y el complicado tema de su separación. Pero por la noche, ya tarde, después de que Warren permaneciera sentado largo rato contemplando absorto el cálido resplandor azul y rosado de los filamentos de cerámica del hogar de gas, dijo:

—¿Carol?

—¿Qué? —Estaba arreglando el sofá para dormir allí aquella noche.

—¿Cómo supones que será ese hombre?

—¿A qué te refieres? ¿*Qué* hombre?

—Sí. El tipo que esperas encontrar en Nueva York. Ya sé que será mejor que yo en muchos aspectos y que será infinitamente más rico. Pero me refiero a cómo será. ¿Qué *aspecto* tendrá?

—No pienso escuchar estas tonterías.

—De acuerdo, pero dímelo. ¿Qué aspecto tendrá?

—Y yo qué sé —respondió impaciente—. Mira, igualito que un billete de dólar.

Una semana antes de que zarpara el barco de Carol, The Peter Pan Club preparó una fiesta para celebrar el tercer cumpleaños de Cathy. Era una ocasión estupenda para tomar helado y pastel a la hora del té, así como el tradicional pastel de carne, tostadas con mermelada y unos vasos de un líquido brillante que era algo así como el equivalente inglés del Kool-Aid. Warren y Carol permanecieron juntos en un rincón, sonriendo a su feliz hija como prometiéndole que, de una manera u otra, siempre serían sus padres.

—Así, señor Mathews, que se quedará solo una temporada —comentó Marjorie Blaine, la directora de la guardería. Era una cuarentona de buen ver, fumadora empedernida, divorciada desde hacía mucho tiempo, a la que Warren le había echado el ojo alguna vez—. Pásese por el pub —dijo—. ¿Conoce el Finch’s, en Fulham Road? Es un pub pequeño y bastante destartalado, pero la gente que lo frecuenta es muy agradable.

Y él le respondió que seguro que se dejaría caer por allí.

Llegó el día de la partida y Warren acompañó a su esposa y a su hija a la estación, dejándolas en el andén del tren que las conduciría hasta el barco.

—¿No viene papá? —preguntó Cathy, asustada.

—No pasa nada, cariño —le explicó Carol—. De momento tenemos que dejar a

papá aquí pero volverás a verle muy pronto. —Y se perdieron rápidamente entre la multitud.

Uno de los regalos que recibió Cathy en su fiesta de cumpleaños era una caja de música de cartón con un divertido pato amarillo y una tarjeta de felicitación. La caja tenía una pequeña manivela en un lateral que al girarla hacía que sonara la melodía *Cumpleaños feliz*. De vuelta a casa, Warren la encontró tirada en el suelo junto a la cama por hacer de Cathy y en compañía de otros juguetes baratos olvidados con las prisas. Se sentó en su escritorio abarrotado de papeles y libros, y mientras tomaba un whisky hizo sonar la cancioncilla un par de veces. Entonces, sólo por ganas de experimentar como un niño, giró la manivela en dirección opuesta y la melodía sonó al revés, lentamente. Y una vez empezó, no podía parar, o no quería, porque aquella débil y confusa melodía le sugería toda la sensación de pérdida y soledad del mundo.

Dum *dee* dum da da-da
Dum *dee* dum da da-da…

Era alto y muy delgado, siempre consciente de lo desgarbado de su aspecto, incluso aunque nadie le viera…, incluso cuando su vida entera se hubiera reducido a sentarse allí, solo, tonteando con una caja de música de juguete, a cinco mil kilómetros de casa.

Era marzo de 1953 y tenía veintisiete años.

—Oh, pobre hombre —dijo Judith cuando bajó a tomar su baño a la mañana siguiente—. Es tan triste estar solo. Debes de echarlas mucho de menos.

—Sí, bueno, son sólo unos pocos meses.

—Pero es terrible. ¿No hay nadie que pudiera cuidar de ti? *¿No* conocisteis a nadie que pudiera hacerte un poco de compañía?

—Sí, conocimos a gente —dijo él—, pero nadie…, ya sabe, nadie que yo quiera tener a mi lado en este momento.

—En este caso, deberías salir y hacer *nuevas* amistades.

Hacia primeros de abril, Judith, siguiendo su costumbre, se trasladó a su casa de campo en Sussex. Permanecería allí hasta septiembre. Volvería a la ciudad de vez en cuando para pasar unos días, le explicó a Warren, pero «No te preocupes, siempre te llamaré con antelación antes de volver a bajar».

Así que se encontraba realmente solo. Una noche fue al pub Finch’s con la vaga idea de convencer a Marjorie Blaine para que le acompañara a casa y acostarse con ella en la cama que en su día fue de Carol y suya. Entró en el abarrotado bar y la encontró sola, pero parecía vieja y borracha.

—Oh, señor Mathews. Venga aquí conmigo.

—Warren —dijo él.

—¿Cómo?

—La gente me llama Warren.

—Ah. Sí, bien, estamos en Inglaterra, ya ve; somos terriblemente formales. —Y tras un momento añadió—: Nunca he acabado de entender a qué se dedica, señor Mathews.

—Tengo una Fulbright —respondió—. Se trata de un programa norteamericano de becas en el extranjero. El gobierno paga el viaje y …

—Sí, Estados Unidos *está* muy bien para esas cosas, ¿verdad? Y debería suponer que usted es una persona muy inteligente. —Le miró de reojo—. Es lo que suele pasar con la gente que no ha vivido mucho. —Entonces se encogió, como esperando recibir un bofetón—. Perdón —dijo rápidamente—, perdón por lo que acabo de decir. —Pero se recuperó al instante—. ¡Sarah! —gritó—. ¡Sarah, ven a conocer al joven señor Mathews que quiere que le llamen Warren!

Había un grupo de gente bebiendo a su lado y una de sus integrantes, una bonita chica alta, se volvió, le sonrió y le tendió la mano. Pero en cuanto Marjorie Blaine dijo: «Es norteamericano», la sonrisa se congeló y dejó caer la mano.

—Encantada —dijo. Y volvió a su sitio.

No era el mejor momento para un norteamericano en Londres. Acababan de elegir a Eisenhower y de ejecutar a los Rosenberg; Joseph McCarthy estaba en alza y la guerra de Corea, con su desganado contingente de tropas británicas, parecía que iba a durar eternamente. Y aun así, Warren Mathews sospechaba que incluso en la mejor de las circunstancias se sentiría igualmente extraño y nostálgico. El mismo idioma inglés, hablado por los nativos, tenía tan poco que ver con su propia lengua que en cada conversación se le escapaban muchas cosas. Nada estaba claro.

Siguió intentándolo, pero incluso en noches mejores, en pubs más divertidos que el Finch’s y en la compañía de extraños mucho más agradables, seguía sintiéndose incómodo; y nunca conocía a chicas atractivas y solteras. Las chicas, ya fueran terrible o vagamente bonitas, siempre estaban cogidas del brazo de hombres cuya conversación, implacablemente ingeniosa, le dejaba con una sonrisa de perplejidad. Y se sintió muy consternado cuando descubrió cuántas de las insinuaciones, disimuladas o a viva voz, de esa gente no eran otra cosa que comentarios humorísticos sobre la homosexualidad. ¿Es que Inglaterra estaba obsesionada con el tema? ¿O es que sólo era una predilección de esta tranquila e «interesante» parte de Londres, es decir, Fulham Road, el punto de unión de los barrios de Chelsea y South Kensington?

Una noche tomó un autobús nocturno hasta Piccadilly Circus. «¿Para qué quieres ir allí?», le habría dicho Carol. Iba ya por más de la mitad del recorrido cuando se percató de que nunca más tendría que responder preguntas de ese tipo.

En 1945, siendo casi un adolescente en su primer permiso militar después de la guerra, le había sorprendido el paseo nocturno de prostitutas llamadas entonces Comando Piccadilly, y no podía olvidar cómo se habían acelerado los latidos de su corazón viéndolas ir y venir una y otra vez: chicas en venta. Se habían convertido en el hazmerreír de los soldados más sofisticados, algunos de los cuales disfrutaban tumbándose junto a las paredes de los edificios y arrojándoles peniques a los pies cuando pasaban por la acera, y Warren hubiera anhelado tener el coraje suficiente como para desafiar aquella burla. Le habría gustado elegir a una chica, comprarla y poseerla, sin importar cómo resultara, y se había despreciado por dejar pasar las dos semanas completas del permiso sin haberlo hecho.

Sabía que, como mínimo hasta el pasado otoño, seguía funcionando una versión modificada de aquel espectáculo, porque Carol y él lo habían presenciado de camino hacia algún teatro del West End. «No puedo creerlo», había dicho Carol. «¿De verdad son todas prostitutas? Es la cosa más triste que he visto en mi vida.»

Últimamente, los periódicos hablaban de la apremiante necesidad de «limpiar Piccadilly» antes de la inminente ceremonia de coronación, pero hasta el momento los esfuerzos de la policía debían de haber sido poco serios porque un montón de chicas seguía deambulando por allí.

Casi todas eran jóvenes e iban extremadamente maquilladas; vestían con los llamativos colores típicos de los caramelos y los huevos de Pascua y, o bien paseaban arriba y abajo, o permanecían inmóviles amparadas en la penumbra. Necesitó beberse tres whiskys solos para templar los nervios y, aun así, seguía sin tenerlas todas consigo. Era consciente de lo poco elegante de su aspecto. Llevaba una americana gris con los viejos pantalones del ejército y sus zapatos estaban casi para tirar. Pero ni el mejor traje del mundo habría evitado la sensación de desnudez que experimentó cuando tuvo que elegir aceleradamente entre cuatro chicas que deambulaban por Shaftesbury Avenue, y se dirigió a una de ellas para preguntarle:

—¿Estás libre?

—¿Que si estoy libre? —respondió, mirándole a los ojos durante menos de un segundo—. Cariño, llevo libre toda mi vida.

Ni media manzana llevaban caminando y ella ya había acordado el precio, excesivo, pero dentro de las posibilidades de Warren; entonces ella le preguntó si le importaría dar un breve paseo en taxi. Y en el taxi le explicó que nunca utilizaba los hoteles baratos ni las pensiones de la zona, como la mayoría de las chicas, porque tenía una hija de seis meses y no le gustaba dejarla sola mucho tiempo.

—Lo entiendo —dijo él—. Yo también tengo una hija. —Y se preguntó al instante por qué había sentido la necesidad de explicarle aquello.

—¿Sí? ¿Y dónde está tu mujer?

—Ha vuelto a Nueva York.

—Entonces ¿estás divorciado o qué?

—Bueno, separado.

—¿Ah, sí? Terrible.

Permanecieron un rato en silencio hasta que ella dijo:

—Oye, si quieres besarme o cualquier cosa, puedes hacerlo, pero no acepto muchos achuchones en el taxi, ¿de acuerdo? No estoy para esas cosas.

Y sólo entonces, besándola, empezó a descubrir cómo era. Unos rizos de color amarillo enmarcaban su cara, que se iluminaba y oscurecía cada vez que pasaban por debajo de la luz de una farola; tenía los ojos bonitos, a pesar de la cantidad de rímel que se había puesto; su boca era agradable; y aunque intentó mantener las manos quietas, averiguó rápidamente que su cuerpo era firme y esbelto.

El viaje en taxi no fue corto. Terminó justo en el instante en que Warren empezaba a cuestionarse si se detendrían sólo cuando tropezaran con una pandilla de matones que lo sacarían por la fuerza del asiento trasero, le apalizarían, le robarían y se largarían en el taxi con la chica. Pero terminó por fin ante un silencioso bloque de pisos situado en lo que imaginaba sería el noreste de Londres. Entraron en una casa de aspecto tosco aunque tranquilo a la luz de la luna; ella le advirtió que no hiciera ruido con un «Shh» y recorrieron de puntillas el pasillo con suelo de linóleo que conducía a su dormitorio. Encendió la luz y cerró la puerta a sus espaldas.

Ella echó un vistazo a la pequeña que dormía tranquila y bien tapada en el mismo centro de una enorme cuna amarilla colocada junto a una pared. Junto a la pared opuesta, a un metro y medio de distancia, estaba la cama de matrimonio en la que se suponía que Warren iba a disfrutar de lo lindo.

—Sólo quiero asegurarme de que respira —explicó la chica en cuanto acabó la inspección de la cuna; entonces observó cómo él colocaba sobre el tocador la cantidad acordada de libras y billetes de diez chelines. Apagó la luz del techo y dejó encendida la lamparita de la mesilla de noche. Empezó a desnudarse y él, nervioso y sin dejar de observarla, hizo lo propio. Sin contar el aspecto de baratillo de las bragas de algodón, el oscuro vello púbico que revelaba la falsedad de su rubia cabeza, las piernas cortas y las rodillas algo gruesas, estaba bien, por lo demás. Y era muy joven.

—¿Disfrutas alguna vez de esto? —preguntó él en cuanto se metieron en la cama.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, sólo, ya sabes…, al cabo de un tiempo de tanto…, ya no debes poder… —Y dejó de hablar, como si se hubiese quedado paralizado de repente.

—Oh, no —le aseguró—. Quiero decir que depende mucho del tipo, pero no, no soy un bloque de hielo ni nada de eso. Ya lo verás.

Y así, con una gracia totalmente inesperada, acabó convirtiéndose para él en una chica de verdad.

Se llamaba Christine Phillips y tenía veintidós años. Era de Glasgow y llevaba cuatro

años en Londres. Sabía de sobras que sería un auténtico simplón de creerse todo lo que le contó entrada la noche, sentados en la cama, fumando y bebiendo cerveza caliente; sin embargo, había decidido no tener prejuicios. Y si mucho de lo que explicó resultaba predecible (le explicó, por ejemplo, que no tendría que estar en la calle de estar dispuesta a aceptar un trabajo de «azafata» en un club, pero que había desestimado muchas ofertas de ese tipo porque esos lugares eran «bares de alterne sumamente caros»), hizo algunos comentarios imprudentes que provocaron un abrazo tierno por parte de él, como cuando le explicó que puso a su hija el nombre de Laura «porque siempre he pensado que era el nombre de niña más bonito del mundo. ¿No crees?».

Y empezó a comprender por qué apenas tenía acento escocés o inglés; debía de haber conocido a tantos norteamericanos, soldados, marineros y civiles perdidos por la calle, que su idioma original había quedado en nada.

—¿Y cómo te ganas la vida, Warren? —preguntó—. ¿Te mandan dinero de casa?

—Algo así. —Y explicó, una vez más, en qué consistía el programa Fulbright.

—¿De verdad? —dijo—. Debes de ser inteligentísimo.

—No necesariamente. En Estados Unidos ya no se necesita ser muy listo para nada.

—Bromeas.

—No del todo.

—¿Eh?

—Quiero decir que sólo bromeo un poco.

Y después de permanecer un rato pensativa, dijo:

—Me hubiera gustado poder estudiar más. Me hubiera encantado ser lo suficientemente inteligente como para escribir un libro, porque tengo material para escribir un libro y más. ¿Sabes cómo lo titularía? —Entornó los ojos y esbozó unas letras en el aire—. Lo titularía *Esto es Piccadilly*. La gente no sabe lo que sucede de verdad ahí. Ay, Dios mío, podría explicarte cosas que…, bien, no importa. Olvídalo.

—Oye, Christine —dijo él más tarde, cuando volvieron a meterse en la cama.

—¿Eh?

—¿Quieres que nos contemos la historia de nuestras vidas?

—De acuerdo —respondió ella, ilusionada como un niño, y él tuvo que volver a explicarle, tímidamente, que sólo bromeaba un poquito.

El llanto del bebé les despertó a las seis de la mañana. Christine se levantó y le dijo que podía seguir durmiendo un rato. Cuando volvió a despertarse estaba solo en el dormitorio, que olía débilmente a maquillaje y orina. Se oía a varias mujeres hablando y riendo. No sabía qué hacer, así que decidió levantarse, vestirse y largarse de allí.

Entonces entró Christine y le preguntó si le apetecía una taza de té.

—¿Por qué no vienes si ya estás listo? —dijo, entregándole la ardiente taza— Así conocerás a mis amigas.

La siguió hasta una estancia combinación de cocina y salón, cuyas ventanas daban a un solar vacío lleno de malas hierbas. Una mujer regordeta que rondaría la treintena estaba planchando; había conectado la plancha a un enchufe situado en el techo. La acompañaba otra chica de la edad de Christine, cómodamente instalada en una butaca, con un vestido que le llegaba a la altura de las rodillas y zapatillas, dejando que los rayos del sol acariciaran sus hermosas piernas desnudas. La estufa de gas se reflejaba en un espejo ovalado y el aroma del vapor y el té lo inundaba todo.

—Warren, ésta es Grace Arnold —dijo Christine, refiriéndose a la mujer de la plancha que levantó la cabeza para saludarle— y esta es Amy.

Amy se pasó la lengua por los labios, sonrió y le dijo:

—Hola.

—Y seguramente en un minuto conocerás a los niños —prosiguió Christine—. Grace tiene seis. Grace y *Alfred*, claro. Alfred es el hombre de la casa.

Warren empezó a juntar gradualmente las piezas del rompecabezas, entre sorbo y sorbo de té, escuchando y asintiendo con la cabeza, sonriendo y preguntando cuando correspondía. Alfred Arnold era pintor de interiores o, más bien dicho, «pintor y decorador». Él y su esposa, con tantas bocas que alimentar, alquilaban dos habitaciones a Christine y Amy, aun a sabiendas de cómo se ganaban la vida, y habían acabado por convertirse en una especie de familia.

¿Cuántos hombres, educados y nerviosos, se habrían sentado en ese sofá por las mañanas, contemplando el ir y venir y el centelleo de la plancha de Grace Arnold, intrigados inevitablemente por el soleado espectáculo de las piernas de Amy, escuchando las conversaciones de las tres mujeres y preguntándose cuándo sería prudente marcharse? Pero Warren Mathews carecía de motivos para volver a casa, así que empezó a plantearse que podía pasar un buen rato disfrutando de aquel agradable encuentro social.

—Tienes un nombre muy bonito, Warren —observó Amy, cruzando las piernas —. Siempre me ha gustado ese nombre.

—¿Warren? —dijo Christine—. ¿Quieres quedarte a comer con nosotros?

Y al instante aparecieron encima de la pulcra mesa de la cocina huevos fritos y tostadas con mantequilla que todos saborearon con la elegancia y delicadeza de la que habrían hecho gala en un sitio público. Christine se sentó a su lado y en una ocasión le apretó la mano tímidamente.

—Si no tienes prisa —dijo en cuanto Grace empezó a recoger la mesa—, podríamos ir a tomar una cerveza. El pub abre de aquí a media hora.

—Bien —dijo él—. Perfecto.

Porque lo último que deseaba era marcharse de allí, ni siquiera cuando los seis

niños llegaron alborotados de jugar en la calle como hacían cada mañana. Todos querían sentarse en su falda, jugar con él y acariciarle el pelo con los dedos pringosos de mermelada. Era una pandilla chillona, ruidosa y rebosante de salud. La mayor era una niña muy despierta llamada Jane cuyo aspecto recordaba el de una persona de raza negra; aunque tuviera la piel blanca, sus rasgos y su cabello eran completamente africanos. Reía y se alejaba de él para preguntarle:

—¿Eres el novio de Christine?

—Claro que sí —respondió.

Y así se sentía cuando salieron solos los dos en dirección al pub de la esquina. Le gustaba su manera de caminar. Su aspecto, con el impermeable beige y la bufanda subida hasta la altura de las mejillas, nada tenía que ver con el de una prostituta y le encantó sentarse a su lado en aquel banco de cuero y en aquella vieja sala de color marrón donde todo, incluso los rayos de sol que penetraban de vez en cuando, parecía estar empapado de cerveza.

—Oye, Warren —dijo ella al cabo de un rato, dando vueltas a su brillante jarra de cerveza sobre la mesa—. ¿Quieres quedarte otra noche?

—Bien, no, la verdad… es que no puedo permitírmelo.

—No me refería a eso —dijo ella, apretujándole la mano—. Sólo quedarte. Porque me apetece.

Nadie tenía que decirle el triunfo de la virilidad que significaba tener una puta joven dispuesta a ofrecer sus servicios gratis. Ni necesitaba la referencia a *De aquí a la eternidad* para saberlo, aunque siempre recordaría cómo le vino a la cabeza la novela en cuanto atrajo la cara de ella hacia la suya. Le había hecho sentirse tremendamente fuerte.

—Eso es fantástico, Christine —dijo en voz ronca y la besó. Entonces, antes de volver a besarla, repitió:

—Es realmente fantástico, Christine.

Y pasaron la tarde utilizando sin cesar la palabra «fantástico». Christine parecía incapaz de apartarse de él, exceptuando los breves intervalos que destinaba al cuidado del bebé; en una de las ocasiones, Warren se quedó solo en el salón y Christine reapareció bailando lentamente al son de imaginarios violines hasta dejarse caer en sus brazos como en las películas. En otro momento, acurrucada contra él en el sofá, se puso a susurrarle al oído una conocida canción titulada *Unforgettable*, acompañando la palabra del título, cada vez que tocaba, con una significativa caída de ojos.

—Eres fantástico, Warren —siguió diciendo—. ¿Sabes qué? Eres realmente fantástico.

Y él le repitió, una y otra vez, que también ella era fantástica.

Cuando Alfred Arnold, un hombre robusto, cansado y de aspecto tímidamente

agradable, llegó del trabajo, su esposa y la joven Amy se apresuraron a preparar el ritual de bienvenida que consistía en despojarle del abrigo, acercarle una silla y traerle una copa de ginebra. Christine se mantuvo al margen y permaneció colgada del brazo de Warren hasta que llegó el momento de presentarle formalmente al hombre de la casa.

—Encantado de conocerte, Warren —dijo Alfred Arnold—. Haz como si estuvieras en tu casa.

Para cenar había carne de ternera enlatada y patatas hervidas. Todo el mundo comentó que estaba buenísima y durante la sobremesa Alfred se dedicó a recordar lacónicamente sus tiempos de prisionero de guerra en Burma.

—Cuatro años —dijo, indicando la cifra con los dedos de la mano—. Cuatro años.

Y Warren comentó que debió de ser terrible.

—¿Alfred? —dijo Grace—. Enséñale a Warren tu mención.

—Oh, no, mi amor; no quiero molestar a nadie con eso.

—Enséñasela —insistió ella.

Y Alfred cedió. Extrajo una pequeña cartera negra del bolsillo del pantalón y de las profundidades de la misma emergió un pedazo de papel manchado y doblado mil veces. Estaba casi roto por los pliegues pero, a pesar de ello, todavía podía leerse el contenido: era un reconocimiento por parte del ejército británico al soldado A. J. Arnold, prisionero de guerra de los japoneses en Burma, elogiado por sus carceleros como un trabajador bueno y formal en la construcción de un puente ferroviario en 1944.

—¡Vaya! —dijo Warren—. Eso está muy bien.

—Ya conoces a las mujeres —le dijo en confianza Alfred, devolviendo el papel a su lugar de origen—. Las mujeres siempre quieren sacar a la luz este tipo de cosas. Yo casi tengo olvidado ese condenado asunto.

Christine y Warren muy pronto se las ingeniaron para escabullirse, acompañados por una sonrisa de complicidad de Grace, y en cuanto la puerta del dormitorio se cerró tras ellos se abrazaron y, sin poder evitarlo, se vieron arrastrados a un forcejeo apasionado. Se despojaron rápidamente de sus ropas en lo que les pareció una carrera de obstáculos interminable; estaban de nuevo en la cama, gozando el uno del otro, juntos otra vez.

—Oh, Warren —dijo ella—. Oh, Dios. Oh, Warren. Te quiero.

Y él se oyó repetir, más de una vez, más veces de las que fuera capaz de creer o recordar, que también la quería.

Poco después de medianoche, tumbados en silencio, se preguntó cómo era posible que esas palabras hubieran salido tan fácilmente y tan a menudo de su boca. Y casi simultáneamente, cuando Christine empezó a hablar de nuevo, se percató de que ella

había bebido mucho. En el suelo, junto a la cama, había una botella de ginebra casi vacía y dos vasos empañados y llenos de huellas que constituían la prueba del delito. Sin embargo ella, en ese momento, parecía haberle tomado la delantera. Volvió a servirse y se acomodó entre las almohadas para empezar a hablar de nuevo de una forma que hacía adivinar que meditaba cuidadosamente cada frase para conseguir un determinado efecto dramático, igual que una niña que pretende ser actriz.

—¿Sabes una cosa, Warren? Todo lo que siempre he querido me lo han arrebatado. Toda mi vida. Cuando tenía once años lo que más deseaba en el mundo era una bicicleta y por fin mi padre me la compró. Era barata y de segunda mano, pero me encantaba. Y un día, aquel mismo verano, se puso furioso y quiso castigarme por algo, no recuerdo exactamente por qué, y me la quitó. Jamás volví a verla.

—Sí, claro, eso debió dolerte —dijo Warren e intentó encarrilar la conversación hacia derroteros menos sentimentales—. ¿En qué trabaja tu padre?

—Es un empleadillo. Trabaja en la compañía del gas. Nos llevamos muy mal y tampoco me llevo bien con mi madre. Nunca voy a casa. No, pero lo que acabo de explicarte es cierto: todo lo que siempre quise… me lo quitaron. —Hizo una pausa, como pretendiendo controlar el tono de voz y cuando reanudó la conversación, recuperada la confianza, lo hizo en el tono bajito y discreto reservado para las confidencias—. ¿Warren? ¿Quieres que te cuente lo de Adrian? ¿El padre de Laura? Me gustaría explicártelo, de verdad, si es que te interesa.

—Claro.

—Adrian es oficial del ejército americano. Comandante. O tal vez ya sea teniente coronel, dondequiera que esté. No sé ni dónde está y lo más curioso del caso es que ni siquiera me importa, de verdad, ya no me importa en absoluto. Adrian y yo nos llevábamos perfectamente hasta que le dije que estaba embarazada; entonces se quedó helado. Así de simple, helado. Me imagino que nunca pensé en que iba a pedirme que me casara con él ni nada por el estilo…; tenía una novia rica de la alta sociedad esperándole en Estados Unidos, y yo estaba al corriente. Pero se enfrió completamente y me dijo que abortara, y yo le dije que no. Le dije: «Pienso tener el bebé, Adrian». Y él me respondió: «De acuerdo». Me dijo: «De acuerdo, pero tendrás que apañártelas solita, Christine. Tendrás que sacar el bebé adelante como puedas». Y entonces decidí ir a ver a su superior.

—¿A su superior?

—Sí, *alguien* tenía que ayudarme —dijo—. *Alguien* tenía que hacerle comprender sus responsabilidades. Dios mío, nunca olvidaré ese día. El comandante general del regimiento era un hombre muy solemne, el coronel Masters. Estaba sentado en su despacho, me miró, me escuchó y asintió con la cabeza unas cuantas veces. Adrian estaba a mi lado sin abrir la boca; estábamos los tres en el despacho. Al final, el coronel Masters dijo: «Bien, señorita Phillips, por lo que a mí respecta la situación es

la siguiente: usted ha cometido un error; ha cometido un error y tendrá que vivir con él».

—Sí —dijo Warren, inquieto—. Sí, claro, debió de ser…

Pero no tuvo que acabar la frase, ni hacer un comentario para darle a entender que no se había creído ni una palabra de la historia, porque ella se echó a llorar. Empezó a sollozar, completamente acurrucada y con la cara oculta entre las manos; depositó el vaso vacío en el suelo, volvió a meterse en la cama y dio media vuelta, llorando y llorando.

—Vamos —dijo él—. Vamos, pequeña, no llores. —No podía hacer nada, salvo abrazarla y aguardar a que se tranquilizara.

Pasado un buen rato, ella preguntó:

—¿Queda más ginebra?

—Algo.

—Mira, acabémosla, ¿de acuerdo? A Grace no le importará o si quiere que se la pague, se la *pagaré*.

A la mañana siguiente amaneció con la cara hinchada de tanto llorar y dormir. Intentó ocultarse con las manos y comentó:

—Jesús, creo que anoche me emborraché un poco.

—No pasa nada, los dos bebimos mucho.

—Lo siento —dijo ella, con el tono impaciente y casi desafiante que utiliza la gente muy acostumbrada a pedir perdón—. Lo siento. —Ya se había ocupado del bebé y deambulaba por la habitación envuelta en un triste albornoz verde—. Dime una cosa, Warren. ¿Volverás?

—Claro. Te llamaré.

—No, aquí no hay teléfono. ¿Pero volverás pronto? —Le siguió hasta la puerta delantera y él se volvió para contemplar el claro encanto de sus ojos—. Si vienes durante el día —dijo— siempre estoy en casa.

Durante unos días, holgazaneando en su escritorio o deambulando por las calles y el parque disfrutando del primer tiempo primaveral del año, Warren descubrió que le resultaba imposible pensar en otra cosa que no fuera en Christine. En su vida hubiera imaginado que pudiera sucederle algo así: una joven prostituta escocesa enamorada de él. Con una confianza que le era completamente extraña, empezaba a verse como un raro y privilegiado aventurero del corazón. El recuerdo de Christine entre sus brazos susurrando «Te quiero» le hacían sonreír como un tonto y, en otros momentos, percibía un placer distinto y más sutil considerando todo lo que ella tenía de patético: su ignorancia sin gracia alguna, la ropa interior barata, el llanto de borracha. Incluso su historia sobre «Adrian» (un nombre a buen seguro extraído de las revistas femeninas) era fácil de perdonar o lo sería en cuanto averiguara una forma inteligente y amable de hacerle saber que se había dado cuenta de que aquello era una mentira.

Encontraría, asimismo, una manera de explicarle que en realidad no había querido decir que la quería, pero todo aquello podía esperar. No había ninguna prisa, y era primavera.

—¿Sabes lo que me gusta más de ti, Warren? —le preguntó ya muy entrada la tercera o cuarta noche que pasaban juntos—. ¿Sabes lo que realmente me encanta de ti? Es que noto que puedo confiar en ti. Y eso es lo que quise toda mi vida: alguien en quien confiar. Y ya ves que sigo cometiendo errores una y otra vez porque confío en la gente que luego resulta ser…

—Shh, shh —dijo él—, vamos, pequeña. Durmamos un poco.

—Pero espera. Escucha sólo un momento, ¿de acuerdo? Quiero decirte algo, Warren. Conocí a un chico que se llamaba Jack. Siempre me decía que quería casarse conmigo y todo eso, pero el problema es el siguiente: Jack es un jugador. Y siempre será un jugador. Y supongo que te imaginas lo que quiero decir.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir dinero, eso es lo que quiero decir. Apostar por él, cubrirle las pérdidas, ayudarle a llegar hasta final de mes. Dios mío, me pongo enferma sólo de pensar en esto ahora. Durante casi un año. ¿Y sabes cuánto me devolvió? No te lo creerás, pero pienso decírtelo igualmente. O no, espera…, te lo mostraré. Aguarda un segundo. —Se levantó de repente y encendió la luz del techo. La explosión repentina de luz hizo lloriquear al bebé. —No pasa nada, Laura —dijo Christine, calmándola y sin parar de revolver el primer cajón del tocador; encontró lo que buscaba y volvió con ello a la cama—. Aquí. Mira. Lee esto.

Era una hoja de ese papel barato cuadriculado que utilizan los niños en el colegio, sin fecha ninguna.

Querida señorita Phillips:

Le adjunto la cantidad de dos libras y diez chelines. Es todo lo que puedo proporcionarle en este momento y no habrá más, ya que me embarcan de regreso a los Estados Unidos la semana próxima y me apartan del servicio.

Mi comandante me ha dicho que usted le telefoneó cuatro veces el mes pasado y tres este mes y esto debe terminar. Se trata de un hombre muy ocupado que no debe ser molestado con llamadas de este tipo. No vuelva a llamarle, ni tampoco al sargento primero ni a nadie de esta organización.

John F. Curtis

—¿No es detestable? —dijo Christine—. De verdad, Warren, ¿no crees que es la cosa más detestable del mundo?

—Sí, claro. —Volvió a leerla. Era la frase que empezaba con «Mi comandante» la que lo echaba todo al traste, acabando para siempre con «Adrian» y dejándole claro que John F. Curtis era el padre de la criatura—. ¿Podrías apagar ahora la luz, Christine? —dijo, devolviéndole la carta.

—Sí, cariño. Sólo quería que lo vieras.

Sin duda, lo que había querido ver era si realmente era tan tonto como para tragarse también aquella historia.

Cuando la habitación quedó de nuevo a oscuras y ella yacía acurrucada contra su espalda, él preparó un discurso tranquilo y razonable. Le diría: «Pequeña, no te enfades, pero escucha. No intentes explicarme más cuentos de este tipo. Ni me creí lo de Adrian ni me creo tampoco lo de Jack el Jugador. ¿Por qué no acabamos con todo esto de una vez por todas? ¿No sería mejor que intentáramos explicarnos la verdad?».

Lo que evitó que hablara, al considerarlo detenidamente, fue pensar que lo que iba a decirle la humillaría y la pondría hecha una furia. Saltaría de la cama y empezaría a gritar en un instante, vilipendiándolo en el lenguaje característico de su profesión hasta despertar a la niña y, entonces, sería el fin.

Tal vez hubiera un momento apropiado para preguntarle la verdad (tendría que encontrarlo, y pronto), pero fuera o no por cobardía, tuvo que reconocer —mirando a la pared, con el dulce brazo de ella rodeándole la cintura— que ése no era el momento.

Unas noches después, en casa, descolgó el teléfono y se sorprendió al oír su voz:

—Hola, cariño.

—¿Christine? Hola, ¿cómo… cómo has conseguido mi número?

—Me lo diste tú. ¿No te acuerdas? Me lo apuntaste.

—Ah, sí, claro —dijo él, sonriendo tontamente al auricular.

Aquello era alarmante. El teléfono del sótano era una extensión del aparato que Judith tenía arriba. Sonaban simultáneamente y cuando Judith estaba en casa siempre cogía el teléfono a la primera o segunda llamada.

—Escucha —decía Christine—. ¿Puedes venir el jueves en lugar del viernes? Es el cumpleaños de Jane y celebramos una fiesta. Cumple nueve…

Al colgar se quedó sentado mucho tiempo, encorvado, con la actitud de quien se cuestiona sin cesar preguntas muy complicadas y secretas. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil de darle el número de Judith? Y pronto recordó otra cosa, una segunda estupidez que le hizo levantarse de repente y empezar a deambular arriba y abajo: también sabía su dirección. Una vez en el pub se había quedado sin efectivo para pagar las cervezas y le había entregado a Christine un cheque para cubrir la deuda.

—A los clientes les resulta muy útil tener los cheques personales con la dirección impresa junto al nombre. —Les había explicado un empleado del banco a Warren y Carol cuando abrieron la cuenta corriente el año pasado—. ¿Quieren que se los pida así?

—Sí, naturalmente —había respondido Carol—. ¿Por qué no?

Era jueves y estaba casi llegando a casa de los Arnold cuando se dio cuenta de que había olvidado comprarle un regalo a Jane. Encontró una tienda de caramelos. Insistió a la dependienta para que le llenase de caramelos una bolsa de papel enorme, hasta conseguir la cantidad que él consideraba adecuada para despertar el interés de una niña de nueve años.

Y lo consiguiera o no, la fiesta de Jane resultó ser un tremendo éxito. Había niños por todos los rincones de aquel piso luminoso y desvencijado y, llegado el momento de sentarse en la mesa (tres mesas unidas), Warren se quedó un poco retirado observando el festejo, rodeando a Christine con el brazo y pensando en aquella otra fiesta que tuvo lugar en The Peter Pan Club. Alfred llegó a casa con un oso panda de peluche gigante que puso en brazos de Jane; sin dejar de reír se agachó para recibir el largo y efusivo abrazo de su hija. Muy pronto Jane se vio obligada a controlar su delirio en el instante en que el pastel de cumpleaños hizo su aparición. Frunció el entrecejo, cerró los ojos, pensó en un deseo y apagó las nueve velas de un soplo. El salón entero prorrumpió en aplausos y gritos de entusiasmo.

Después se sirvió bebida en abundancia para los mayores, los invitados fueron desfilando hacia sus casas y los pequeños Arnold se acostaron. Christine abandonó la estancia llevándose una copa, dispuesta a acostar al bebé. Grace había empezado a preparar la cena sin muchas ganas y cuando Alfred se excusó y se retiró a descansar un rato, ella bajó el fuego y abandonó los fogones para reunirse con él.

Warren se había quedado a solas con Amy, que estaba maquillándose ante el espejo oval colocado encima de la repisa de la chimenea. Era mucho más guapa que Christine y él decidió tomar asiento en el sofá con una copa en la mano y contemplarla. Era alta, de piernas largas y esbeltas, tenía un culo que daban ganas de atizarle una buena palmada y los pechos pequeños y respingones. Una melena oscura le cubría los hombros y para aquella velada había elegido una falda negra estrecha y una blusa de color melocotón. Era una chica orgullosa y encantadora y él no quería ni pensar en los extraños que acabarían poseyéndola por dinero al final de la noche.

Amy había terminado de maquillarse los ojos y empezó con su boca, deslizando lentamente el lápiz labial por sus labios carnosos hasta que brillaron como el mazapán, luego hizo morritos y un labio acarició y rozó al otro; finalmente los separó e inspeccionó las posibles huellas que el carmín pudiera haber dejado en su perfecta dentadura. Cuando hubo acabado, guardó el instrumental en un estuche de plástico y lo cerró. Siguió mirándose al espejo un minuto más, sin hacer nada, y fue entonces cuando Warren se percató de que ella era consciente de que había estado sentado como un espectador, presenciando su intimidad durante largo rato. Al final se volvió de repente, con los hombros bien altos, y con una mirada tan a la defensiva como si él estuviera junto a ella con la intención de meterle mano.

—Estás muy guapa, Amy —le comentó, sin levantarse del sofá.

Ella relajó los hombros y soltó un suspiro de alivio, aunque sin sonreír.

—Jesús —dijo—. Me has dado un susto de muerte.

Se puso el abrigo y salió de casa. En aquel momento Christine reapareció en la sala, con el aspecto lánguido y comodón de una chica que ha encontrado un buen motivo para quedarse en casa y hacer novillos en el trabajo.

—Déjame sitio —dijo, sentándose a su lado—. ¿Cómo te lo has pasado?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. —Y entonces dudó, como si le costara un gran esfuerzo iniciar la charla —. ¿Has visto alguna película buena?

—No.

Le cogió la mano y la apretó entre las suyas.

—¿Me has añorado?

—Claro que sí.

—Y un cuerno. —Y le soltó la mano como si le diera asco—. La otra noche me acerqué a tu casa para darte una sorpresa y te vi entrar con una chica.

—No, no es cierto —replicó él—. Venga, Christine, sabes perfectamente que no lo hiciste. ¿Por qué siempre me cuentas…?

Ella entornó los ojos, amenazante.

—¿Estás llamándome mentirosa?

—Dios mío —dijo él—, no seas así. ¿Por qué quieres ser así? Déjalo, ¿de acuerdo?

Ella pareció pensárselo.

—De acuerdo —respondió—. Mira: estaba oscuro y yo estaba en la otra acera; tal vez me equivoqué de casa; tal vez vi a otro con la chica, así que de acuerdo, lo dejamos. Pero quiero decirte algo: jamás me digas que soy una mentirosa, Warren. Te lo advierto. Porque te juro por Dios —y señaló con énfasis hacia su dormitorio—, te juro por la vida de mi hija, que no lo soy.

—Mira los tortolitos —dijo Grace Arnold. Apareció en el umbral de la puerta colgada del brazo de su esposo—. No *me* dais celos. Alfred y yo somos también un par de tortolitos, ¿verdad, mi amor? Tantos años casados y aún estamos como tortolitos.

Cenaron judías medio quemadas y Grace siguió relatando con todo detalle la inolvidable noche en que ella y Alfred se conocieron. Fue en una fiesta; Alfred había ido solo, todo timidez, vestido aún con el uniforme del ejército, y en el momento en que Grace le vio entrar pensó: Es él. Sí, es él. Bailaron un poco al son de la música del fonógrafo, aunque Alfred no era muy bailarín; luego salieron, se sentaron en un muro bajo de piedra y hablaron. Sólo hablaron.

—¿De qué hablamos, Alfred? —preguntó ella, intentando recordar en vano.

—No lo sé, mi amor —respondió, algo incómodo y rojo como un tomate, peleándose con el tenedor para pinchar las judías—. No creo que fuera de muchas cosas.

Y Grace siguió hablando con su público, ahora en un tono más bajo e íntimo.

—Hablamos… de todo y de nada —dijo—. ¿Sabéis? Era como si nos conociéramos de toda la vida, como si los dos supiéramos que éramos el uno para el

otro. —Esta última afirmación sonaba excesivamente sentimental incluso en boca de Grace, y se echó a reír a carcajadas—. Y la parte más divertida —dijo, sin parar de reír—, la parte más divertida fue que mis amigos abandonaron la fiesta poco después que nosotros porque iban al cine. Así que fueron al cine y vieron la sesión entera, después fueron al pub y estuvieron allí hasta que cerraron y casi amanecía cuando pasaron por la misma calle y nos encontraron a Alfred y a mí sentados en el mismo sitio, hablando sin parar. Dios mío, cuando veo a mis amigos aún se ríen de mí por aquello. Dicen: «¿De qué hablabais, Grace?». Y yo me río y les contesto: «Oh, no tiene importancia. Hablábamos, eso es todo».

Se hizo un silencio respetuoso en torno a la mesa.

—¿No es maravilloso? —inquirió Christine, muy tranquila—. ¿No es maravilloso que dos personas… puedan conocerse así?

Y Warren dijo que sí, que lo era.

Ya tarde, la misma noche, sentados los dos en la cama desnudos y tomando una copa, ella dijo:

—Bien, te diré una cosa, de todos modos: no me habría importado lo más mínimo tener la vida de Grace. Me refiero a la parte que vino *después* de que conociera a Alfred; no la de antes. —Hizo una pausa y luego siguió hablando—. Supongo que nunca te lo habrías imaginado, por su forma de comportarse…, supongo que nunca te habrías imaginado que ella también fue una chica de Piccadilly.

—¿Ella?

—Sí, ella. De verdad. Durante años, cuando la guerra. Y se metió en ello porque no sabía hacer nada más, como todas nosotras; entonces tuvo a Jane y no sabía cómo salir adelante. —Y Christine le sonrió y le miró de reojo—. Nadie sabe quién fue el padre de Jane.

—Oh.

Y si Jane acababa de cumplir nueve años significaba que fue concebida y nació cuando miles de soldados norteamericanos negros estaban acuartelados en Inglaterra; se decía que hacían de las suyas con las chicas inglesas, que provocaban a las tropas blancas y buscaban peleas que acabaron sólo cuando todo finalizó con el enorme cataclismo del desembarco de Normandía. Alfred Arnold todavía estaría prisionero en Burma por aquellos días; aún faltaría un año para su liberación.

—Nunca lo negó —dijo Christine—. Nunca mintió al respecto; de verdad. Alfred sabía dónde se metía desde el principio. Y es probable que ella incluso se lo contara la primera noche que se conocieron, porque sabía que no podía esconderlo…, o tal vez él ya lo supiera porque todas las chicas de la fiesta eran de Piccadilly; no lo sé. Pero lo que sí sé es que él lo sabía. La apartó de la calle, se casó con ella y adoptó a su hija. No se encuentran muchos hombres así. Y Grace es mi mejor amiga y ha hecho muchas cosas por mí, pero a veces actúa como si no supiera lo afortunada que

es. A veces…, no, esta noche no; esta noche estaba así por ti…, pero a veces trata a Alfred como una porquería. ¿Te lo imaginas? ¿Un hombre como Alfred? Me saca de quicio.

Se levantó para llenar las copas y en el instante en que ella volvió a sentarse, él supo exactamente cuál debía ser su próxima jugada.

—Me imagino que tú también andarás buscando un marido, ¿no es así, pequeña? —dijo—. Es totalmente comprensible y me gustaría que supieras que me encantaría pedirte, ya sabes, que te casaras conmigo, pero lo cierto es que no puedo. No puedo.

—Claro —dijo ella, tranquila, sin levantar la mirada del cigarrillo sin encender que sostenía entre los dedos—. Está bien, olvídalo.

Se sentía satisfecho por la forma en que había quedado zanjado el tema, incluso con la mentira piadosa del «me encantaría». Su desconcertante y peligrosa intrusión en la vida de aquella extraña chica había terminado y podía empezar a prepararse para una retirada airosa.

—Encontrarás al hombre que mereces, Christine —le dijo cálidamente—, y pronto, seguro, porque eres una chica encantadora. Mientras, quiero que sepas que yo siempre…

—Mira, acabo de decirte que lo *olvides*, ¿vale? Dios, ¿crees que *me* importa? ¿Crees que me importas una mierda? Escucha. —Estaba de nuevo en pie, desnuda y con un aspecto poderoso en la penumbra, amenazándole con un dedo a escasos centímetros de su cara—. Escucha, mequetrefe. Puedo tener a quien quiera, cuando quiera y espero que te quede bien claro. Si estás aquí es únicamente porque me dabas lástima, y también eso quiero que te quede claro.

—¿Por qué te daba lástima?

—Naturalmente, con toda esa mierda de tu mujer que acababa de marcharse y tu hijita. Sentí lástima y pensé ¿bien y por qué no? Ése es mi problema; nunca aprendo. Tarde o temprano siempre pienso ¿por qué no? Y entonces ya está. Oye: ¿tienes idea del dinero que habría podido ganar en este tiempo? No, ni lo has pensado, ¿a que no? Oh, no, todo corazón y florecitas y romanticismo y mierda, ¿verdad? ¿Sabes lo que pienso que eres? Un chulo.

—¿Qué quieres decir con chulo?

—No sé lo que quiere decir en tu país —dijo—, pero aquí es el hombre que vive de lo que gana una…, no importa. Al diablo con ello. Joder. Estoy agotada. Muévete hacia un lado. Si todo lo que vamos a hacer es dormir, durmamos.

Pero en vez de acostarse, se levantó en silencio y con la dignidad temblorosa de un hombre insultado, empezó a vestirse. Ella se volvió de espaldas, sin al parecer darse cuenta o no importarle lo que él hacía, pero antes de que hubiera transcurrido mucho rato, cuando él se abotonaba la camisa, estaba mirándole dispuesta a pedirle perdón.

—¿Warren? —dijo con vocecita temblorosa—. No te vayas. Siento haberte llamado eso y nunca volveré a decirlo. Ven, por favor, y quédate conmigo.

Fue suficiente para que sus dedos se detuvieran y dejara de abotonarse la camisa; y enseguida, suficiente como para que empezara a desabotonarla de nuevo. Marcharse así, sin aclarar nada, era quizá peor que quedarse. Además, había una innegable ventaja en que ella le viera como un hombre capaz de perdonar.

—Oh —dijo ella en cuanto volvió a la cama—. Mucho mejor, esto está mucho mejor. Ven, acércate y déjame…, aquí. Aquí. Oh. Oh, no creo que a nadie en el mundo le guste estar solo por la noche. ¿No te parece?

Fue una tregua frágil y agradable que duró hasta la mañana, cuando se despidió sin problemas, aunque nervioso.

Pero durante todo el trayecto en metro a casa, se estuvo arrepintiendo de no haberlo dejado todo claro. A lo largo del camino fue abriendo posibilidades a distintas explicaciones finales. «Mira, Christine, creo que esto no funciona en absoluto…» o «Pequeña, si crees que soy un chulo o algo parecido, creo que ha llegado el momento de…», hasta que se dio cuenta, por las miradas incómodas que desviaban los otros pasajeros del vagón, que estaba moviendo los labios, sonriendo y gesticulando.

—¿Warren? —Era la conocida y melodiosa voz de Judith que le telefoneaba aquella misma tarde desde Sussex—. Creo que iré a la ciudad el martes y me quedaré un par de semanas. Espero no molestarte demasiado.

Le dijo que no fuera tonta y que tenía muchas ganas de verla. Apenas colgó el teléfono volvió a sonar. Era Christine.

—Hola cariño.

—Oh, hola. ¿Cómo estás?

—Bien, pero no me porté muy bien contigo anoche. A veces me pongo así. Sé que es horrible, pero es así. ¿Me dejas que intente arreglarlo? ¿Puedes venir el martes por la noche?

—No lo sé, Christine, he estado pensando. Quizá deberíamos…

Su voz cambió.

—¿Vas a venir o no?

La dejó esperando sin decir nada durante uno o dos segundos antes de decirle que sí… y lo hizo sólo porque sabía que sería mejor acabar con el asunto personalmente que por teléfono.

No pasaría la noche con ella. Se quedaría únicamente el rato necesario para dejárselo todo claro; si había gente en la casa la llevaría al pub y allí hablarían en privado. Y decidió no ensayar más discursos: encontraría las palabras adecuadas cuando llegara el momento, y también el tono.

Aparte de que aquello debía ser el final, lo más importante, lo más complicado de

todo, era que tenía que mostrarse amable. En caso contrario, si ella se sintiera ofendida, tendrían muchos problemas posteriores por teléfono, riesgo que no podía correr estando Judith en casa, o situaciones peores aun. Se imaginaba a Christine con él tomando el té en la salita de Judith («¿Por qué no invitas a tu amiga, Warren?») igual que solían hacer a menudo él y Carol en el pasado. Veía a Christine esperando la llegada de una pausa en la conversación, depositando decidida la taza y la cucharilla en la mesa para añadir mayor énfasis a sus palabras y diciendo: «Mire, señora. ¿Sabe lo que es su simpático sobrino? ¿Lo sabe? Pues se lo diré. Es un chulo».

Había planeado llegar después de la cena pero resultó que aquella noche habían empezado tarde, pues aún estaban todos sentados a la mesa y Grace Arnold le invitó a unirse a ellos para cenar.

—No gracias —dijo él, pero tomó asiento junto a Christine y se sirvió una copa. Le pareció de mala educación no sentarse.

—¿Christine? —dijo—. ¿Quieres venir un rato al pub conmigo cuando acabes de cenar?

—¿Para qué? —le respondió con la boca llena.

—Porque quiero hablar contigo.

—Podemos hablar aquí.

—No, no podemos.

—¿Así que se trata de temas serios? De acuerdo, hablaremos luego.

Y Warren sintió que sus planes empezaban a desmoronarse como un castillo de arena.

Amy parecía estar de muy buen humor. Reía a carcajadas ante cualquier comentario de Alfred y Warren; cantó el estribillo de *Unforgettable* con el mismo sentimiento con que lo hizo Christine en aquella otra ocasión; después se situó en el centro de la habitación, se descalzó y regaló al público un baile acompañado de un cadencioso movimiento de caderas al son del tema musical de la película *Moulin Rouge*.

—¿Cómo es que no sales esta noche, Amy? —preguntó Christine.

—No sé; no tengo ganas. A veces me apetece quedarme tranquila en casa.

—¿Alfred? —dijo Grace—. Mira si queda zumo de lima, cariño, y si queda podemos preparar un combinado con ginebra.

En la radio sonaba música de baile y Grace se fundió en los brazos de Alfred al son de un viejo vals.

—Me encanta el vals —explicó—. Siempre me ha encantado el vals. —Y calló de repente al tropezar con la tabla de planchar. Todo el mundo se echó a reír a carcajadas.

—…es maravilloso tener tan buenos amigos —dijo Grace Arnold, rompiendo el

precinto de una nueva botella de ginebra—. ¿Qué os parece si esta noche nos quedamos todos aquí como si nada de lo que ocurre en el mundo nos importara, sólo estar juntos?

Y así fue. Más tarde, Alfred y Warren se sentaron en el sofá y empezaron a discutir las diferencias y similitudes entre los ejércitos británico y norteamericano, como un par de viejos soldados en tiempo de paz; luego Alfred se excusó para servirse otra copa y Amy ocupó, sonriente, el lugar que quedó vacío. Rozó el muslo de Warren con la punta de los dedos, para iniciar una nueva conversación.

—Amy —dijo Christine desde el otro extremo de la estancia—. Aparta las manos de Warren o te mato.

Y todo empezó a ir mal a partir de ahí. Amy se levantó de un brinco negando haber hecho nada malo; Christine rechazó furiosa sus explicaciones; Grace y Alfred observaban la escena con una débil sonrisa, como si estuvieran presenciando un accidente callejero, y Warren deseaba evaporarse.

—*Siempre* estás igual —gritó Christine—. Desde que te traje a esta casa andas tonteando y sobando a todos mis hombres. Eres una furcia barata, una guarra.

—Y tú eres una *puta* —vociferó Amy, antes de estallar en lágrimas. Se abalanzó hacia la puerta dispuesta a marcharse, pero no lo hizo; se vio obligada a dar media vuelta, tapándose la boca con la mano, su mirada aterrorizada, para ser testigo de lo que Christine estaba diciéndole a Grace Arnold.

—Escucha, Grace —Christine hablaba en voz alta y en un tono peligrosamente convincente—, eres mi mejor amiga, pero tienes que elegir. O ella o yo. De verdad. Porque juro por la vida de mi hija —y señaló teatralmente hacia su habitación—, juro por la vida de mi hija que no me quedo ni un día más en esta casa si está ella.

—Oh —dijo Amy, acercándose—. Oh, eso sería una guarrada. Eres una puerca…

Y las dos chicas se enzarzaron de inmediato en un combate a puñetazo limpio, o intentando dar puñetazos, arrancándose la ropa y tirándose del pelo. Grace intentó separarlas, pero fue un intento modesto que acabó en otro bofetón que la hizo rodar por el suelo. En ese instante, Alfred entró en escena.

—Mierda —dijo—. Separaos. Separaos. —Consiguió separar bruscamente a Christine del cuello de Amy y evitó que la pelea continuara empujando al sofá a Amy, que se tapó la cara y se echó a llorar.

—Brujas —dijo Alfred, tropezando y levantándose de inmediato—. Jodidas brujas.

—Prepara un poco de café —sugirió Grace desde la silla donde había aterrizado y Alfred se dirigió hacia la cocina a trancas y barrancas y puso un cazo de agua a calentar. Encontró un bote de café instantáneo y sirvió una cucharada en cinco tazas limpias, respiraba con dificultad; y entonces se puso a deambular con paso airado por la habitación, con los ojos abiertos de par en par y una mirada que daba a entender

que nunca se habría imaginado que eso pudiera llegar a ocurrirle a un hombre como él.

—Jodidas brujas —repitió—. Brujas. —Y estampó un puñetazo en la pared con todas sus fuerzas.

—Soy consciente de que Alfred estaba muy enfadado —comentó más tarde Christine—, pero pienso que no debería haberse lesionado la mano de esa manera. Fue terrible.

—¿Puedo pasar? —preguntó Grace llamando tímidamente a la puerta. Entró, estaba despeinada y parecía feliz. Seguía con el mismo vestido pero era evidente que no llevaba portaligas, pues las medias negras de nylon lucían caídas y arrugadas a la altura de los tobillos. Tenía las piernas blancas y con poco vello.

—¿Cómo va la mano de Alfred? —preguntó Christine.

—Mejor, la ha puesto en remojo en agua caliente —explicó Grace—, pero la mete y la saca todo el rato y se la pone en la boca. Se pondrá bien. Mira, Christine. Tienes razón en lo de Amy. No es buena. Lo sé desde el primer día que la trajiste a esta casa. No quería decir nada porque era tu amiga, pero es la pura verdad. Y quiero que sepas, Christine, que eres mi favorita. Que siempre serás mi favorita.

Warren escuchaba, tapado hasta la barbilla con las sábanas y añorando el silencio de su hogar.

—¿Te acuerdas del día que perdió todos los resguardos de la tintorería y mintió?

—Oh, sí. ¿Y te acuerdas aquel día que tú y yo nos arreglábamos para ir al cine? —dijo Grace—. ¿Y no teníamos tiempo para preparar bocadillos y tomamos un huevo y una tostada para ir más rápido? Y ella pululando por allí diciendo «¿Para qué preparáis huevos?». Estaba celosa porque no le habíamos dicho nada del cine y actuaba como una niña.

—Es que *es* una niña. Es una… es una inmadura.

—Sí, Christine, tienes toda la razón. Y te diré lo que acabo de decidir: se lo diré mañana a primera hora. Le diré así de claro: «Lo siento, Amy, pero ya no eres bienvenida en mi casa…».

Warren abandonó la casa antes del amanecer e intentó dormir en su casa, aunque sólo podría hacerlo un par de horas ya que tenía que estar vestido y sonriente para cuando Judith bajara a arreglarse.

—La verdad es que tienes *buen* aspecto, Warren —comentó Judith—. Tienes el aspecto tranquilo y sereno de un hombre responsable de sus actos. No queda ni rastro de esa cara trasnochada que a veces llegó a preocuparme.

—¿Oh? —dijo él—. Muchas gracias, Judith. Tú también tienes muy buen aspecto, aunque la verdad es que lo tienes siempre.

Sabía que el teléfono sonaría, pero esperaba que lo hiciera a partir del mediodía. Judith salía a comer a esa hora o, cuando decidía ahorrar, para ir a la compra. Paseaba

por el vecindario con una bolsa de red dispuesta a que se la llenaran los tenderos, sus caballerosos admiradores. Hace muchas generaciones que los ingleses y las inglesas saben reconocer a una dama en cuanto la ven.

La vio bajar al mediodía desde las ventanas que daban a la calle, una figura anciana y frágil que descendía lentamente por la escalera en dirección a la calle. Y menos de un minuto después el teléfono sonó; estaba tan nervioso que le pareció que sonaba más fuerte de lo normal.

—Te fuiste con prisas —dijo Christine.

—Sí, no podía dormir. ¿Cómo ha ido con Amy esta mañana?

—Oh, ahora todo va bien. Ya ha pasado todo. Tuvimos una larga conversación las tres y al final Grace permite que se quede.

—Bien, me parece bien. Pero me sorprende que aún *quiera* quedarse.

—¿Bromeas? ¿Amy? ¿Crees que tiene a donde ir? Dios mío, estás loco si piensas que *Amy* tiene a donde ir. Y ya me conoces, Warren: a veces me enfado, pero nunca podría dejar a nadie en la calle. —Hizo una pausa, se oía perfectamente cómo mascaba chicle. Hasta entonces no se había dado cuenta de que le gustara el chicle.

Se le ocurrió por un momento que tenerla ahí, mascando chicle rítmica y tranquilamente, era la mejor oportunidad para romper con ella, fuera por teléfono o no, pero ella empezó a hablar de nuevo antes de que a él le diera tiempo de hacerse a la idea.

—Escucha, cariño, creo que no podré verte durante una temporada. Ni hoy, ni mañana por la noche, ni durante el fin de semana. —Y soltó una risita—. Tengo que ganar algún dinerillo, ¿verdad?

—Sí, *claro* —dijo él—. Por supuesto; ya lo sé. —Y hasta que esas palabras de consentimiento no salieron de su boca no se percató de que era exactamente lo que habría dicho un chulo.

—Pero puedo ir a tu casa alguna tarde —sugirió Christine.

—No, no lo hagas —replicó él rápidamente—. Por… por las tardes siempre voy a la biblioteca.

Quedaron para una tarde de la semana siguiente, a las cinco en casa de ella; pero algo en su tono de voz le hizo sospechar a Warren que ella no estaría allí…, que faltar intencionadamente a esa cita sería su forma callada de librarse de él o, como mínimo, de empezar a hacerlo: el chulo no es siempre el mismo. Y por lo tanto, cuando llegó el día, no le sorprendió en absoluto que no estuviese.

—Christine no está, Warren —le explicó Grace Arnold, retirándose educadamente de la puerta para dejarle pasar—. Me dijo que te explicara que te llamaría. Ha tenido que marchar unos días a Escocia.

—Oh, ¿es eso? ¿Problemas en casa?

—¿Qué quieres decir con «problemas»?

—Sólo quería decir si hay un… —Y Warren se encontró articulando el tipo de excusas poco convincentes que en su día él y Carol, en una época que le parecía parte de una vida anterior, acordaron que serían suficientes para Judith—. ¿Hay alguien enfermo en la familia o algo así?

—Sí, se trata de eso. —Grace parecía agradecida por su ayuda—. Hay un enfermo en la familia.

Y él le comentó que lo sentía.

—¿Quieres tomar algo, Warren?

—No gracias. Hasta pronto, Grace. —Se volvió para marcharse y descubrió que ya estaba pensando en las frías palabras de despedida. Pero no había llegado aún a la puerta cuando tropezó con Alfred que volvía de trabajar. Llevaba el antebrazo escayolado en cabestrillo, desde el codo hasta la punta de los dedos.

—Dios mío —dijo Warren—, tiene pinta de ser incomodísimo.

—Te acostumbras —dijo Alfred—, como a todo.

—¿Sabes cuántos huesos se ha roto, Warren? —preguntó Grace, casi vanagloriándose de ello—. Tres. Tres huesos.

—Uauh. ¿Y cómo te las arreglas para trabajar, Alfred, con el brazo así?

—Bueno. —Y Alfred logró esbozar una sonrisa de culpabilidad—. Ahora es como si tuviera un chollo.

Ya en la puerta, marchándose apresurado, Warren se volvió y dijo:

—Grace, dile a Christine que he pasado por aquí, ¿de acuerdo? Y dile también que no me creo ni una palabra de todo eso de Escocia. Ah, y si quiere llamarme dile que no se moleste. Hasta luego.

De vuelta a casa, se repitió una y otra vez que probablemente nunca más sabría nada de Christine. Le habría gustado un final más satisfactorio; de todos modos, tal vez habría sido imposible llegar a un final satisfactorio. Y cada vez estaba más feliz con sus últimas palabras: «Si quiere llamarme, dile que no se moleste». En las circunstancias actuales era el mensaje correcto, entregado de la forma más correcta.

El teléfono volvió a sonar entrada la noche; Judith estaría dormida, a buen seguro, y Warren se abalanzó sobre él antes de que pudiera despertarla.

—Escucha —dijo Christine, su voz carente de todo cariño e incluso de educación, similar a la de un delator en una película de cine negro—. Sólo te llamo para decirte algo que deberías saber. Alfred está muy enfadado contigo. Realmente enfadado.

—¿Él? ¿Por qué?

Casi la veía con los labios apretados y el ceño fruncido.

—Porque has llamado mentirosa a su mujer.

—Venga, no me lo creo…

—¿Que no me crees? De acuerdo, espera y verás. Te lo digo por tu bien. Cuando un hombre como Alfred cree que han insultado a su mujer es cuando empiezan los

problemas.

El día siguiente era domingo, el hombre de la casa estaría presente, y Warren pasó casi la mañana entera decidiendo si era conveniente ir y hablar con él. Le parecía una tontería y le aterrorizaba la idea de encontrarse con Christine; pero cuando lo hubiera hecho, habría conseguido acabar con todo de una vez.

No necesitó ni acercarse a la casa. A la vuelta de la esquina tropezó con Alfred y los seis niños paseando por la calle, vestidos de domingo y, posiblemente, camino del zoo. Jane pareció alegrarse de verle: iba cogida de la mano sana de Alfred, la izquierda, y llevaba una cinta de color rosa recogiendo su melena africana.

—Hola, Warren —dijo. Los otros pequeños se acercaron y le hicieron corrillo.

—Hola Jane. Estás muy guapa. —Y se encaró al hombre—. Alfred, tengo entendido que te debo una disculpa.

—¿Disculpa? ¿Por qué?

—Christine me contó que estabas enfadado conmigo por lo que le dije a Grace.

Alfred parecía perplejo, como enfrentado a temas tan complejos y sutiles que nunca lograría comprender.

—No —dijo—. No, para nada.

—Muy bien, entonces. Pero quería decirte que no quise…, ya sabes.

Alfred hizo una pequeña mueca al colocar mejor el brazo en el cabestrillo.

—Te daré un consejo, Warren —dijo—. Nunca hagas caso de todo lo que dicen las mujeres. —Y le guiñó el ojo como un viejo camarada.

Cuando Christine volvió a llamarle lo hizo con un fervor infantil, como si no hubiese pasado nada… Warren nunca sabría cuál fue el motivo de su cambio de actitud, ni tuvo nunca que sopesar lo verdadero o lo falso de la misma.

—Oye, cariño —dijo—, creo que el ambiente ya está más tranquilo en casa. Me refiero a que ya se ha calmado y todo eso. Por lo tanto, si quieres venir mañana por la noche o pasado, o cuando puedas tal vez…

—Espera un momento —le dijo—. Escucha un momento, corazón. Oh, y por cierto, creo que ha llegado el momento de cortar con tanto «cariño» y «corazón». Escúchame. —Se había puesto en pie, tenía el cable del teléfono enrollado en su cuerpo como una serpiente y la mano libre, en un puño, dando bandazos en el aire, como un político ofreciendo el discurso y subrayando sus palabras finales—. Escúchame. Alfred no sabía de qué demonios le hablaba cuando intenté disculparme. ¿Me entiendes? Está bien. Eso en primer lugar. Y en segundo lugar, ya he tenido suficiente. No me llames más, Christine, ¿me has entendido? No me *llames* más.

—De acuerdo, cariño —dijo en un tono debilitado que se desvaneció por completo en cuanto colgó.

Y él seguía con el auricular pegado a la mejilla, respirando con dificultad, en el momento en que oyó que Judith colgaba con cuidado el teléfono de la planta de

arriba.

Bien, ¿y qué importaba? Se aproximó a una enorme caja de cartón llena de libros y le dio un puntapié tan fuerte que voló a más de un metro de distancia, y al caer levantó una nube de polvo; buscó en su alrededor otros objetos a los que dar una patada, o un puñetazo, o algo que estrujar y romper, pero volvió a derrumbarse en la silla y se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra. Sí, sí, a la mierda con todo. ¿Y qué? ¿Qué importaba?

Al cabo de un rato, con el ritmo cardíaco recuperado, se percató de que no podía apartar de su cabeza la voz de Christine, convertida en nada cuando musitó «De acuerdo, cariño». No había habido nada que temer. En ningún momento, ni cuando se había puesto tan duro con ella; ella se habría esfumado de su vida en un instante… «De acuerdo, cariño.» Incluso, quizá, con una sonrisa atenta y amedrentada. Al fin y al cabo, no era más que una desgraciada que deambulaba por las calles de Londres.

Unos días después recibió una carta de su esposa que lo cambió todo. Desde que había vuelto a Nueva York, le enviaba una carta semanal, en tono amistoso y escrita con prisas, mecanografiada en la oficina donde había encontrado trabajo. Pero aquélla estaba escrita a mano, en papel de color azul claro y tenía el aspecto de haber sido redactada con mucho esmero. Decía que le quería, que le echaba muchísimo de menos y que quería que volviese a casa…, aunque añadía que era él quien tenía que elegir.

«…Cuando pienso en nosotros, comprendo que todo era más culpa mía que tuya. Yo confundía tu amabilidad con debilidad. Y ése debe de haber sido mi peor error porque es el que con mayor dolor recuerdo, pero hubo muchos otros…»

Muy propio de ella, dedicaba un largo párrafo a temas relacionados con la vivienda. Le explicaba que en Nueva York apenas había apartamentos disponibles pero que había logrado encontrar un lugar bastante agradable: tres habitaciones en un segundo piso de un vecindario correcto, y que el alquiler era sorprendentemente…

Pasó por alto todo lo dedicado al alquiler, el contrato, las dimensiones de las habitaciones y las ventanas y dilató el tiempo dedicado a leer el final de la carta.

«No creo que los de la Fulbright pongan problemas si decides volver antes del plazo. Oh, espero que… que quieras hacerlo. Cathy se pasa el día entero preguntándome cuándo volverá papá y yo siempre le digo que pronto.»

—Tengo que hacerte una terrible confesión —dijo Judith aquella tarde, mientras tomaban el té—. La otra noche escuche tu conversación y, claro, cometí la gran tontería de colgar antes de que tú lo hicieras y seguro que te enteraste de que estaba allí escuchando. Lo siento muchísimo, Warren.

—Oh —dijo él—, no importa, de verdad.

—No. Viviendo tan cerca es inevitable que existan pequeñas invasiones de

intimidad. Pero quería que supieses que yo…, no importa. Ya me entiendes. —Y al cabo de un instante le miró a hurtadillas—. Nunca me hubiera imaginado que tuvieses ese carácter, Warren. Tan duro. Tan gritón y dominante. De todos modos, debo decirte que no me importa mucho por el tono de voz de la chica. Parecía un poco vulgar.

—Sí, es una larga historia. —Y bajó la vista para contemplar la taza de té, consciente de que estaba sonrojándose, hasta que estuvo convencido de que podía levantar la cabeza y cambiar de conversación—. Judith, creo que regreso a casa muy pronto. Carol ha encontrado un piso en Nueva York y tan pronto como…

—Oh, entonces lo habéis arreglado —dijo Judith—. Oh, esto es maravilloso.

—¿Arreglado qué?

—Lo que sea que os fuera tan mal. Oh, estoy tan contenta. ¿No creerías que me tragué la tontería esa de la enfermedad de un familiar? ¿Acaso existe algún caso de una esposa joven que cruce el océano sólo por ese motivo? Me enfadé un poco con Carol por suponer que yo iba a creerme esa excusa. Me hubiera gustado decirle: venga, explícamelo. Explícamelo. Porque mira, Warren, cuando envejecemos… —Se echó a llorar y se secó las lágrimas con la mano—. Cuando envejecemos queremos que las personas que amamos sean felices.

La noche antes de partir, con las maletas preparadas y el sótano lo más aseado que un día completo de limpieza daba de sí, Warren se sentó dispuesto a emprender la tarea que había dejado para el final, limpiar el escritorio. La mayoría de libros eran para tirar y los papeles necesarios cabían en cualquier bolsa. Dios, se marchaba de allí; Dios, volvía a casa. Y al recoger las últimas cosas descubrió la cajita de música.

Volvió a hacerla sonar, lentamente, como si quisiera recordar siempre esa cancioncilla melancólica. Y se permitió recordar la imagen de Christine entre sus brazos susurrando «Oh, te quiero», porque eso también quería recordarlo y la dejó caer en la papelera.

Traducción de Isabel Murillo Fort

Una poética para bravucones

Soy «Empujón», el bravucón, y odio a los chicos nuevos en el barrio y a los mariquitas, a los chavales estúpidos y a los listos, a los niños ricos y a los pobres, a los que llevan gafas, a los que hablan raro, a los que presumen, a los *boy scouts*, a los sabiondos y a los que hacen los deberes y riegan las plantas… y a los cojos, *especialmente* a los cojos. No amo a nadie que sea amado.

Una vez empujé a aquel muchacho pelirrojo (yo doy empujones, no doy puñetazos ni palizas; agredo con violencia marginal, detesto la fuerza *real*) y su madre sacó la cabeza por la ventana y gritó algo que nunca olvidaré: «¡Empujón, oye, tú, Empujón, tú te metes con él porque te gustaría tener su pelo rojo!». Es verdad; me *gustaría* tener su pelo rojo. Me gustaría ser alto, o gordo, o delgado. Me gustaría tener otros ojos, otras manos, y una madre que vaya de compras al supermercado. Me gustaría ser un hombre, un chiquillo, una de las chicas del coro. Soy un ambicioso, un negrito de Boston en lo más íntimo de mi corazón, explorando el mundo. Ambiciono insaciablemente, y exploro el territorio. (¿Sabéis qué me hace llorar? La Declaración de la Independencia. «Todos los hombres nacen iguales.» Eso es hermoso.)

Si eres un bravucón como yo, usas la cabeza. No basta ser un tipo duro. Si les pegas, se chivan. Y entonces, ¿adónde vas a parar? Yo ni siquiera soy particularmente fuerte. (Antes era fuerte. Solía hacer ejercicios, iba al gimnasio, pero la fuerza te compromete, y casi nunca es una ventaja leer los anuncios de las clases de judo. Además, los bravucones que están cachas de ninguna manera son bravucones: son *atletas*. Para ellos, pegar a otros tíos es un deporte.) Pero lo que pierdo en tamaño y fuerza, lo recupero en coraje. Tengo mucho coraje. Es mentira eso de que los bravucones sólo echan bravatas en apariencias, y que son unos cobardes en el fondo. Si eres un cobarde, no duras en este rollo.

Lo que mejor hago es torturar.

Un niño tiene unas flechas y un arco de juguete. «Déjame tirar una flecha», le digo.

Sospecha de mí, me conoce.

—Lárgate, Empujón —dice sospechando de Empujón gracias a los consejos de su mamá.

—¡Vamos! —le digo—. ¡Vamos!

—No, Empujón. No puedo. Mi madre me dijo que no puedo.

Estiro los brazos, los extiendo. Soy un pájaro: lento, poderoso, suelto, libre. Muevo la cabeza ofreciendo un perfil que se parece a un pico. Soy el Pájaro del Trueno.

—En mi escuela hay una maestra que me da clases de magia —digo—. Arnold Salamancy, dale tus flechas a Empujón. Si me das una, te devuelvo dos. Empujón es el Dios del Barrio.

—Lárgate, Empujón —dice el chico, titubeando.

«Vale», se dice Empujón a sí mismo. «Muy bien. Desapareceré. Primero, los dedos.» Mis dedos se cierran formando un doble puño. «Ahora mis antebrazos.» Se cierran como navajas contra los bíceps. «Ahora los brazos.» En menos que canta un gallo chasquean en mi espalda, se meten entre los omóplatos como una mochila. (Soy proteico, con articulaciones dobles.) «La cabeza», digo.

—No, Empujón —exclama el niño, aterrado.

Me estremezco y todo regresa a su sitio, todo se reorganiza a partir del tallo que soy, como una marioneta sacudida.

—La flecha, la flecha. Habrá dos donde antes había una.

Me da una flecha.

—*¡Follón, follón, que una se convierta en dos!* —La rompo por el medio y le devuelvo las dos mitades.

Bueno, como se ve, no *hay* ninguna magia. Si la hubiera, ya la habría aprendido. Descubriría las palabras, las curvas lentas y los pasos extraños, extraería sangre y conseguiría las hierbas, renovaría el fuego como una vestal. Averiguaría los principales conjuros. *Entonces* cambiaría las cosas. ¡*Empujón* sí que lo haría!

Pero lo único que hay son los trucos del casuista, los retruécanos, la poética del bravucón.

Ya sabéis cuáles son las fórmulas:

—¿Alguna vez has visto una cerilla arder dos veces? —le preguntas a un chico. La enciendes. La apagas. Y enseguida le quemas el brazo clavándole en la carne la cabeza del fósforo caliente.

—¿Jugamos a la «Gestapo»? —le dices a otro.

—¿Cómo se juega a eso?

—¿Cómo te llamas?

—Morton.

Le doy una bofetada:

—Mientes.

—Adán y Eva y Pellízcame-Fuerte fueron al lago para darse un chapuzón. Adán y Eva se ahogaron. ¿Quién quedó con vida?

—Pellízcame-Fuerte.

Lo pellizco.

Juegos de palabras físicos, acertijos. ¡Empujón el castigador, el hacedor de adivinanzas!

Pero tiene que haber algo más que trucos en toda esta martingala.

No sé qué es. A veces creo que *yo* soy el único chico nuevo. En el aula, en la escuela, en el patio, en el barrio, tengo la sensación de que acabo de mudarme, de que nadie me conoce. ¿Sabéis qué me gusta a mí? Estar entre multitudes. Esperar entre el gentío del aeropuerto la llegada de un avión. Alguien pregunta la hora. Soy el primero en responder. O en el estadio de béisbol, cuando llega el vendedor. Pasa el perrito caliente a lo largo de la gradería. Yo también quiero tocarlo con mis manos. Tocar el dólar que sube por las gradas, pasar el cambio que baja de mano en mano.

Soy ingenioso, soy paciente.

Un chico se dirige al centro de la ciudad en el tren elevado. Va con su trajecito, le ha sacado brillo a los zapatos, lleva una gorra. Viene de recorrer las agencias de viajes, las oficinas de turismo, consiguiendo folletos, mapas, fotos de las montañas, para un trabajo de clase que le han pedido en el colegio: un chico que busca puntos extra. Le sigo. Sale del Centro de Información Turística Italiano cargado de folletos. Ya en el tren elevado, me cambio de asiento, frente a la ventana. Dos manzanas después, choco con él cuando baja al andén. Es una *colisión*… Los folletos caen de sus brazos. Fingiendo confusión, pisoteo su Florencia de papel. Aplasto su Riviera con mi tacón. Subo al Vesubio y saqueo su Roma y bailo encima de la isla de Capri.

El Museo Industrial es otro lugar excelente para encontrar niños. Separo al hermanito de cinco o seis años de algunos de los que van en el rebaño de niños de once o doce años. «Date prisa», le digo. Lo llevo deprisa y corriendo a lo largo de los pasillos, escaleras arriba, de sala en sala, hasta llegar a un rellano del entresuelo. Jadeando, me detengo un minuto. «Tengo galletas. ¿Quieres que te dé una?» Él asiente con la cabeza; y le doy una bofetada. Lo llevo deprisa a un auditorio y allí lo abandono. Estará perdido durante horas.

Me acerco a un muchacho en el cine:

—Tú le diste una hostia a mi hermano —le reprocho—. Después de la peli… te estaré esperando fuera.

Me gusta malear los partidos de béisbol. Agarro la pelota y la sostengo por encima de la cabeza. «¿La quieres? Ven a cogerla.»

Entro en una barbería. Hay un chico que espera su turno sentado. «Yo soy el próximo», le digo, «¿te enteras?»

Un día Eugene Kraft llamó a mi puerta. Eugene me tiene miedo, de modo que me ayuda. Tiene quince años y algo no funciona bien en sus glándulas salivares y babea. Siempre tiene el mentón agrietado. Le digo que debería beber mucho ya que pierde tanta agua.

—Empujón, Empujón —dice al entrar pasándose un pañuelo por el mentón—. Empujón, ha llegado un nuevo chico…

—Será mejor que cojas un vaso de agua, Eugene.

—No, Empujón, te lo digo en serio, hay un chico nuevo…, acaba de mudarse.

Tienes que verlo.

—Eugene, por favor, bebe un poco de agua. Te estás quedando seco. Nunca te he visto así. Por dentro eres un desierto, Eugene.

—Vale, Empujón, pero después tienes que ver…

—Traga, Eugene. Es mejor que tragues.

Él traga saliva a raudales.

—Empujón, ese muchacho es la hostia. Espera, y ya verás.

—Me tienes muy preocupado, Eugene. Te mueres de sed, Eugene. Ven a la cocina conmigo.

Lo empujo por la puerta. Está muy excitado. Nunca le he visto tan excitado. Me habla por encima del hombro, con la boca inundándose, sus dientes como piedrecitas en el fondo de una pecera.

—Tiene una chaqueta deportiva con un monograma sobre el corazón. Como un rey, Empujón. No bromeo.

—Ten cuidado con la moqueta, Eugene.

Abro los grifos del fregadero. Abro más el del agua caliente.

—Usa tus pañuelos de papel, Eugene. Sécate el mentón.

Eugene se seca y mete el Kleenex en su bolsillo. Todos los bolsillos de Eugene están inflados. Con los bolsillos hinchados, parece un contrabandista chapucero.

—Sécate, Eugene. Traga, te estás ahogando.

—Tiene un acento raro…, te vas a morir. —Excitado, se seca un poco la boca, como un comensal, como un tuberculoso.

—Bebe un poco de agua, Eugene.

—No, Empujón. No tengo sed…, de veras.

—No seas tonto, chico. Eso se debe a que tu boca está muy mojada. Lo que importa es que por dentro te estás secando. Es lógico. Bebe un poquito de agua.

—Tiene un corte de pelo alucinante.

—*Bebe* —le ordeno. Lo zarandeo—. *¡Bebe!*

—Empujón, no tengo vaso. Por lo menos dame un vaso.

—No puedo, Eugene. Tienes una enfermedad terrible. ¿Cómo voy a dejarte usar nuestros vasos? Mete la cabeza bajo el grifo y abre la boca.

Él sabe que tendrá que hacerlo, que no pararé hasta que lo haga. Se inclina en el fregadero.

—Empujón, es el agua *caliente* —se queja. El agua le salpica la nariz, salpica sus gafas y por un momento sus ojos se dilatan, están enormes. Saca la cabeza rápidamente y se araña la frente con el grifo.

—Eugene, has tocado el grifo. Ten cuidado, por favor. Estás demasiado cerca del grifo. Mete la cabeza más en lo hondo del fregadero.

—Está *caliente*, Empujón.

—El agua caliente evapora mejor. Con esa enfermedad tuya tienes que evaporar los fluidos antes de que lleguen a tus glándulas.

Bebe de nuevo del grifo.

—¿Crees que es suficiente? —pregunto al cabo de un rato.

—Ya lo creo, Empujón, de verdad que lo creo —dice jadeando.

—Eugene —digo gravemente—, creo que lo mejor es que compres una cantimplora.

—¿Una cantimplora, Empujón?

—Eso es. Así siempre tendrás agua cuando la necesites. Compra uno de esos modelos de los *boy scouts*. Esas en las que caben dos litros, con las correas de lona.

—Pero, Empujón, tú odias a los *boy scouts*.

—Pero hacen buenas cantimploras, Eugene. *¡Y llévala siempre colgada!* No quiero volver a verte sin ella. Cómprala hoy mismo.

—Vale, Empujón.

—¡Prométemelo!

—Vale, Empujón.

—Dilo.

Hizo esa clase de promesa formal que tanto me gusta oír.

—Bueno —dije—, vamos a ver a ese nuevo chico tuyo.

Me llevó al patio del colegio.

—Espera —dijo—, ya verás.

Se me adelantó dando unos saltitos.

—Eugene —le dije, llamándole para que regresara—. Vamos a entendernos. No me importa cómo sea ese nuevo chico, nada cambia entre tú y yo.

—¡Ay, Empujón! —dijo.

—Nada, Eugene. Hablo en serio. No te librarás de mí.

—Vale, Empujón, eso ya lo sé.

Había un grupo de chicos en un rincón lejano del patio. Sentados en la tierra, recostados contra la cerca metálica, rodeados de bates, guantes y pelotas. (Allí era donde se contaban los chistes verdes. A veces yo pasaba por el patio de los niños pequeños y les contaba todo lo que sus papaítos hacían con sus mamaítas.)

—Allí. ¿Lo ves? ¿Lo ves? —A pesar de sí mismo, Eugene parecía estar ronco.

—Cállate —le dije, parándolo, y me quedé inmóvil, como un cazador. Lo miré fijamente.

Era un *príncipe*, os lo digo de verdad.

Era alto, muy alto, incluso estando sentado. Sus piernas largas en sus holgados y caros pantalones de lana hacían pensar en un chico que ha navegado, que ha pilotado aviones a reacción; que es dueño de un caballo, y que a lo mejor hasta habla latín —¿qué cosa *no* sabría?—; era alguien inventado, de ficción, como un joven en una obra

de teatro con una madre bella y un padre guapo; a quien le sirven el desayuno en la mesa y a quien le llevan la correspondencia en bandeja de plata incluso a los catorce, los quince y los dieciséis años. Tendría sus aficiones: los sellos, las estrellas, esas cosas que, estando muertas, son preciosas. Llevaba una chaqueta deportiva, marrón como la madera, gruesa como una dura corteza. Los botones eran capullos de cuero. Sus zapatos parecían esculpidos en cuero de sillas de montar, tallados en culatas de fusil. Su ropa alguna vez había crecido en la naturaleza. *Cómo se sentirá uno estando dentro de esa ropa*, pensé.

Le miré la cara, su piel clara, y le adiviné los huesos, blancos como la madera blanqueada. Sus ojos contenían cielos. Su pelo rubio se arremolinaba en la cabeza como un sol hecho de lápices de colores.

—Mira, míralo —dijo Eugene—. El muy marica. ¡Pégale, Empujón!

El chico nuevo hablaba con los demás y me acerqué para escuchar su voz. Era clara, afable, pero con un acento vagamente extranjero; como la carne sazonada con hierbas.

Cuando me vio, se calló, sonriendo. Me saludó con la mano. Los otros no me miraban.

—Hola —dijo—. Ven con nosotros si quieres. Estoy hablando de los tigres con los chicos.

—Tigres —dije.

—Hazle la «cerilla que arde dos veces», Empujón —susurró Eugene.

—¿Tigres, eh? —dije—. ¿Tú qué sabes de los tigres? —Mi voz sonó aguda.

—*La «cerilla que arde dos veces», Empujón.*

—No tanto como un maestro *Tugjah*, como les decía a los chicos. En la India hay unos hombres de la casta alta; se llaman *Tugjahs*. En una ocasión fui aprendiz de uno en las llanuras sureñas y quizá hubiera llegado a ser un maestro, pero los chinos rojos atacaron la frontera norte y… bueno, digamos, pues, que tuve que irme. De todas maneras, esos *Tugjahs* tienen una relación tan íntima con los tigres como la vuestra con los perros. No quiero decir que los críen como mascotas. La relación va más allá. El perro es un animal que presta servicios, viene a ser como sus elefantes.

—¿Alguna vez has visto arder una cerilla dos veces? —pregunté de repente.

—Pues no, ¿lo puedes hacer tú? ¿Usas una cerilla especial?

—No —dijo Eugene—, es una cerilla normal y corriente. Usa una cerilla normal y corriente.

—¿Crees que lo puedes hacer con una de las mías?

Sacó una caja de cerillas del bolsillo y me la alargó. Estaba forrada exactamente con la misma tela de su chaqueta, y en el centro había un monograma con un escudo de armas idéntico al que llevaba sobre el corazón.

Me quedé un momento con la caja de cerillas y luego se la devolví.

—No me apetece —dije.

—Entonces, en otro momento, quizá —dijo.

Eugene me susurró:

—Su acento, Empujón, su *acento* raro.

—En otro momento, quizá —dije. Soy un buen imitador. Puedo remedar el ceceo particular de un chico, su tartamudez, la densidad de su garganta. Había por allí dos o tres a los que casi había hecho llorar cuando puse mi espejo frente a sus voces. Puedo parodiar sus cojeras, sus formas de caminar como patos, esa manera de correr como las chicas, sus saltos torpes. Puedo lanzar la pelota como ellos la lanzan, cogerla como ellos la cogen. Eché un vistazo a mi alrededor—. En otro momento, quizá —volví a decir. Nadie me estaba mirando.

—Lo siento *mucho* —dijo el recién llegado—, no nos han presentado. ¿Tú eres…?

—Lo siento *mucho* —dije—. ¿Tú eres…?

Parecía perplejo. Luego pareció triste, decepcionado. Nadie dijo nada.

—No suena igual —susurró Eugene.

Era verdad. Mi voz no se parecía en absoluto a la suya. Sólo podía imitar los defectos, las imperfecciones.

A un niño se le escapó una risita.

—Sshh —dijo el príncipe. Se llevó un dedo a los labios.

—Míralo —dijo Eugene entre dientes—. Es un mariquita.

Empezó a hablarles de nuevo. Me puse en cuclillas, a corta distancia. Empecé a cerner grava a través de los dedos entreabiertos de mis manos, la ampolleta de un reloj de arena alimentando a la otra.

Él hablaba de las junglas, de los desiertos. Hablaba de antiguas rutas comerciales recorridas por bestias extrañas. Describió ciudades perdidas y un lago que superaba en profundidad el nivel más hondo del mar. Contó una historia acerca de un chico que había sido secuestrado por unos bandidos. En el relato figuraba una mujer —no estaba claro si era la madre del chico—, la habían torturado. Sus ojos se nublaron un momento cuando llegó a esa parte y tuvo que hacer una pausa antes de proseguir. Luego contó cómo el chico había escapado —lo hizo de una manera muy ingeniosa— y encontrado ayuda, unos hombres de la tribu de las montañas montados en elefantes. Los elefantes arremetieron contra la cueva donde la *mo* —la *mujer*— todavía estaba prisionera. La cueva empezó a desplomarse y podía matarla, pero un macho viejo entró corriendo y, protegiéndola con su cuerpo, recibió el impacto de las rocas que caían. Su elefante es un animal que presta servicios.

Puse un pequeño fragmento de grava entre mi pulgar y el índice, y le di un golpecito para que describiera una parábola por encima de sus cabezas. Algunos de los otros que me habían visto, miraban fijamente, pero el chico nuevo seguía

hablando. Poco a poco fui reduciendo el alcance de mis piedrecitas, haciendo que éstas se aproximaran a su cabeza.

—¿Ves? —dijo Eugene en voz baja—. Tiene miedo. Hace como si no lo notara.

Las curvas seguían reduciéndose. Las piedrecitas volaban más rápidas, más rectas. Nadie lo escuchaba ahora, pero él seguía hablando.

—…de magia —dijo—, lo que los occidentales llaman «un brujo». Existen especias que producen estos efectos. El *Bogdovii* de verdad podía estimular el crecimiento de las rocas con el polvo. Los comerciantes holandeses estaban listos para comenzar una guerra con tal de conseguir la fórmula. ¿Imagináis lo que eso podría significar para los Países Bajos? Sin canteras a las cuales acceder, nunca han podido construir un sistema permanente de diques. Pero con el polvo del *Bogdovii* —levantó una mano y cogió al vuelo la piedrecita, despreocupadamente, como si hubiera sido una pelota de ping-pong— podrían convertir un grano de arena en una piedrecita, usar las piedrecitas para cultivar piedras, las piedras para cultivar rocas. Este pequeño fragmento de grava, por ejemplo, se podría convertir en una montaña. —Puso la piedrecita entre el pulgar y el índice, como yo había hecho, y le dio un golpecito; salió disparada de su uña como un misil y se elevó describiendo un arco imposible. Desapareció—. El *Bogdovii* nunca reveló cómo se hacía.

Me puse en pie. Eugene me siguió.

—Escucha —me dijo—, tienes que pegarle.

—Traga —le dije—. ¡Traga, cerdo!

Me he pasado la vida persiguiendo lo vulnerable: Empujón el buscador de puntos débiles, revolviendo el cemento imperfecto de la personalidad, un hacedor de derrumbes. Pero ¿qué cosa no es vulnerable, *quién* no lo es? Existe lo indescriptible, de modo que lo describo, lo impensable, lo cual pienso. A fin de cuentas, el diablo y yo hacemos el trabajo sucio de Dios.

Me marché a casa después de dejarlo. Una vez en la puerta del patio, me volví, y los chicos todavía lo rodeaban. El inútil de Eugene se había acercado al grupito. *Él* le hizo sitio para que se sentara contra la cerca.

Me encontré con Frank, el chico gordo. Hizo un movimiento como para cruzar la calle, pero yo lo había visto y retrocedió torpemente. Pude ver que él pensaba que yo me desquitaría por ese gesto, pero pasé indiferente ante esa gordura desagradable en la que una vez me había deleitado. Cuando lo dejé atrás, parecía perplejo, un poco dolido, un poco —y esto era asombroso— culpable. *Sí*, culpable. ¿Por qué *no* culpable? Los perdonados se cansan de su inmunidad. Nada podía perdonarse, y yo no perdonaba nada. Nunca he dejado ninguna cuenta pendiente. ¿A quién más le importan estos gorditos, estos idiotas y guarros y payasos, estos cojos y sosos y brutos y tontos, los niños con la boca llena de papilla, todos esos confinados en la mente y en el corazón, todos estos pringados? Frank el gordo lo sabía, y pasó por mi

lado atemorizado. Su cuerpo ancho y obeso se había puesto rígido, cómicamente forzado a adoptar una postura marcial cuando me vio, y cuando pasé, de nuevo se volvió flácido, ya había provocado yo otra rendición. ¿A quién le importaba?

Las calles estaban llenas de fracasados. Déjalos. Déjalos en paz. Ahora había un dechado, un dechado de virtudes que andaba suelto. ¿Qué podría estar haciendo aquí, por qué había venido, y qué querría? Era imposible que este héroe viniera desde la India y desde todas partes a establecer su hogar aquí; que viviera en un piso, igual que Frank el gordo o *yo*; que compartiera nuestras vidas.

Por la tarde fui a buscar a Eugene. Estaba en el parque, subido a un árbol. Tenía un libro en el regazo. Estaba entre dos ramas, recostado contra el ancho tronco.

—Eugene —lo llamé.

—Empujón, están cerradas. Es domingo, Empujón. Las tiendas están cerradas. Busqué la cantimplora. Las tiendas están cerradas.

—¿Dónde está?

—¿Quién, Empujón? ¿Qué quieres, Empujón?

—A *él*. A tu colega. El príncipe. ¿Dónde está? Dímelo, Eugene, o sacudiré este árbol hasta que te caigas. Lo quemaré para que bajes. Te lo juro. ¿Dónde está?

—No, Empujón. Yo me equivoqué con ese tío. Es simpático. Es muy simpático. Empujón, me habló de un doctor que podría ayudarme. Déjalo en paz, Empujón.

—¿Dónde está, Eugene? *¿Dónde?* Contaré hasta tres…

Eugene se encogió de hombros y bajó del árbol.

Encontré el nombre que Eugene me dio —raro, extranjero— escrito en el timbre del vestíbulo exterior. El timbre de la puerta sonó y la abrí de un empujón. Miré en el interior, y miré hacia arriba, la escalera alfombrada, la barandilla con sus ángulos.

—¿Qué quiere? —La voz de la mujer sonaba vieja, cascada, preocupada.

—Al chico nuevo —grité—, al chico nuevo.

—Es para ti —la escuché decir.

—¿Sí? —Su voz, la que no podía imitar.

Subí el primer escalón. Me apoyé contra la pared y miré hacia arriba a través de los balaustres altos y cuadrados. Era como estar dentro de un órgano de tubos.

—¿Sí?

Desde donde yo estaba, al pie de las escaleras, sólo podía ver un bota. Llevaba botas.

—¿Sí? ¿Qué pasa, por favor?

—*Tú* —rugí—. ¡Maniquí a la moda, molde de la forma, soy yo! ¡Soy Empujón, el bravucón!

Escuché sus pasos rápidos y ligeros bajando las escaleras; una urgencia elástica, esponjosa. Tintineaba, el muy cabrón. Tenía monedas, podía verlas: toscas, de oro, irregularmente circulares; diosas profusamente vestidas a relieve, sus cabezas

suavizadas y desgastadas por los dedos, sus brazos desvanecidos; y llaves para cajas extrañas, gruesas puertas. Vi sus botas. Retrocedí.

—Te he hecho bajar —dije.

—Por favor, no grites. Hay una mujer enferma. También un chico que tiene que estudiar. Y un hombre con dolor de huesos. Un hombre que necesita dormir.

—Lo conseguirá —dije.

—Salgamos fuera —dijo él.

—No. ¿Vives aquí? ¿Qué haces? ¿Vas a estar en nuestra escuela? ¿Decías la verdad?

—Shhh. Por favor. Estás muy excitado.

—Dime tu nombre —dije. Con su nombre podría hacer campaña contra él, pensé. Su *nombre*. Arañado en la nueva acera, escrito con tiza en las paredes, garabateado en papeles caídos en la calle. Dejarlo atrás como tantas otras pistas, darle una fama, quitársela, acuchillarla y tacharla, borrar y denigrar: mis brujerías de niño—. Dime tu nombre.

—Me llamo John —dijo en voz baja.

—¿Cómo?

—John.

—¿John qué? Vamos. Soy Empujón, el bravucón.

—John Williams —dijo.

—¿John Williams? ¿John Williams? ¿Nada más? ¿Sólo John Williams?

Sonrió.

—¿Quién es esa que aparece en el timbre? ¿El nombre que está en el buzón?

—Ella me necesita —dijo.

—Corta el rollo.

—La ayudo —dijo.

—Basta ya.

—Hay un hombre que está sufriendo. Una mujer ya muy mayor. Un marido que está preocupado. Una esposa desesperada.

—El bravucón eres tú —dije—. Ese John Williams tuyo es un animal que presta servicios —grité en el pasillo.

Dio media vuelta y empezó a subir las escaleras. Sus pantorrillas florecían en sus fundas de cuero.

—*Gigoló* —le susurré.

Se volvió en el rellano. Negó tristemente con la cabeza.

—Ya lo veremos —dije.

—Ya veremos qué es lo que veremos —respondió él.

Esa noche pinté su nombre en la pared del gimnasio con letras enormes. Por la mañana todavía estaba allí, pero no era lo que yo quería. No había ningún hechizo en

las letras enormes, ningún grito, ninguna maldición. Yo nunca me había movido con una pandilla, no había habido ninguna sensación de compañerismo en mi frenesí, pero ese garabato en la pared parecía cosa de vándalos, la obra infame de unos rufianes. Cuando lo mirabas te sorprendías de que hubieran acertado con la ortografía.

Asombrosamente, nadie lo había borrado. Y cada día el nombre gigantesco suscitaba más simpatías, algo así como una hospitalidad incrementada, una obsequiosa bienvenida. Era como si John Williams fuera una estrella del fútbol americano, o alguien que regresara tras un largo secuestro. Finalmente tuve que borrarlo yo.

Algo había cambiado.

Eugene no llevaba su cantimplora. Los chicos no interrumpían sus conversaciones cuando me acercaba. Una tarde una chica me guiñó un ojo. (Empujón nunca se ha metido con las chicas. En ellas, la sumisión forma parte de su naturaleza. Son ornamentales. Que no se me malinterprete, por favor. De alguna manera ellas funcionan como parte del paisaje, como flores en un funeral. Tienen una alegría extraña. Son las organizadoras de las concentraciones para levantar el espíritu del cole y animar los bailes. Ellas realizan cada año el libro conmemorativo con las fotos de los alumnos y profesores de ese curso. Son Damas Grises de nacimiento. No puedo intimidarlas.)

John Williams estaba en el colegio, pero exceptuando un par de fugaces encuentros en el pasillo, nunca lo veía. Los maestros repetían las cosas que él había dicho en las clases. Leían admirados sus exámenes. En el gimnasio, el entrenador describía las jugadas que él había hecho, sus proezas en el lanzamiento de pesos. Todos hablaban de él, y las chicas convertían cualquier referencia a él en una especie de señal amorosa. Si alguien sugería que él le había sonreído a una de ellas, la chica aludida se ruborizaba, o, lo que era peor, se mostraba misteriosamente reservada. (*Entonces* sí que podía haberla castigado, *entonces* sí.) Poco a poco su nombre empezó a materializarse en todos los cuadernos de las chicas, en los márgenes de sus libros de texto. (Me molestaba recordar lo que *yo* había hecho en la pared.) Los grandes libros forrados con lona, con sus J y sus W cuidadosamente elaboradas, asumían el aspecto de antiguas fábulas iluminadas. Era el bordado inconsciente del amor, el resplandeciente garabato de la esperanza. Incluso en la administración se hablaba de él. En las reuniones de estudiantes y profesores, la directora anunció que John Williams había superado todos los récords existentes en la recaudación de fondos para obras de caridad de la escuela. Ella jamás había visto un civismo tan grande como el suyo, dijo.

Una cosa era vivir con un bravucón, y otra vivir con un héroe.

Entiendo el odio de todos y el amor de nadie; los motivos de queja de todos, la

satisfacción de nadie.

Vi a Mimmer. Mimmer debía de haberse graduado hace años. Vi a Mimmer el idiota.

—Mimmer —dije—, estás en su aula.

—Es muy inteligente.

—Sí, pero ¿te parece justo? Tú te quemas las pestañas más que él. Te he visto estudiando. Pasas horas entre los libros. Y no sacas nada con eso. Él nació sabiendo. Tú podrías haberte servido de un poco de eso que a él le sobra. No es justo.

—Es muy listo. Es maravilloso —dice Mimmer.

Slud es cojo. Lleva unos zapatos con un tacón extragrueso para equilibrarse.

—Eh, Slud —digo—, lo he visto correr.

—Ha ganado en la carrera de caballos en el parque. Fue estupendo —dice Slud.

—¿Verdad que es guapo, Clob? —Clob tiene un aspecto contagioso, radiactivo. Tiene un acné implacable. Es feo *debajo de* su acné.

—Conquista a todas las chicas —dice Clob.

Él lo conquista *todo*, pienso. Pero estoy solo con mi envidia, flotando en mi codicia. Es como si fuera un profeta para sordos. Imbéciles, imbéciles, quiero gritar, idiotas y conformistas. ¿De qué os sirve su sonrisa, de qué os sirve su buen corazón?

El otro día hice algo muy estúpido. Fui a la cafetería y aparté a un chico de un empujón y ocupé su puesto en la cola. Fue una tontería, pero el miedo de todos casi ha desaparecido, y sentí que tenía que demostrar de qué estoy hecho. El chico se limitó a sonreír y dejarme pasar. Entonces alguien gritó mi nombre. Era *él*. Me volví para enfrentarme a él.

—Empujón —dijo—, has olvidado coger tus cubiertos.

Se los pasó a la chica que estaba delante de él y ella se los dio al chico que estaba delante de ella y llegaron hasta mí a lo largo de toda la larga cola.

Urdo planes, conspiro. Trampas, pienso; trucos y trampas. Recuerdo los viejos tiempos cuando había maneras de romper dedos, aplastar los dedos de pies, formas de tirar de las narices, de retorcer las cabezas, y de dar puñetazos en los brazos: la antigua Ley del Miedo que yo solía imponer, la desaparecida magia del fraudulento bravucón. Pero nada funciona contra él, pienso. ¿Cómo es que sabe tanto? Está preparado para los bravucones, de ése uno no se puede fiar.

Todo va de mal en peor.

En la cafetería, come con Frank. «No comas esas patatas», le aconseja. «Helado tampoco, Frank. Un bocadillo, acuérdate. Perdiste tres libras la semana pasada.» El gordinflón le sonríe con todo su amor. John Williams lo envuelve en un brazo. Parece estar apretándolo para que adelgace.

Está ayudando a Mimmer a estudiar. Revisa sus lecciones y le enseña los trucos, los caminos más cortos para hacer las cosas. «Mimmer, quiero que tu nombre figure

junto al mío en la lista de honor de los estudiantes.»

Lo veo con Slud el cojo. Van al gimnasio. Los vigilo desde el balcón. «Vamos a desarrollar esos brazos, amigo mío.» Hacen pesas. Los músculos de Slud crecen, florecen en sus huesos.

Me apoyo en la barandilla y grito: «Él podrá doblar barras de hierro. Pero ¿puede pedalear una bicicleta? ¿Puede andar sobre un terreno accidentado? ¿Puede subir una colina? ¿Puede esperar en una cola? ¿Puede bailar con una chica? ¿Puede subir por una escalera de mano o saltar de una silla?».

Debajo de mí, el extasiado Slud está sentado en un banco y levanta una pesa. La sostiene con el brazo totalmente extendido, al nivel de su pecho. La levanta más, más. La levanta por encima de los hombros, la garganta, la cabeza. Echa la cabeza hacia atrás para ver lo que ha hecho. Si ahora se cayera la pesa, le aplastaría la garganta. Miro hacia abajo, veo su sonrisa.

Veo a Eugene en los pasillos. Lo detengo.

—Eugene, ¿qué ha hecho por ti? —pregunto. Sonríe (antes nunca lo hacía) y veo cómo se inunda su boca—. La marea alta —digo con satisfacción.

Williams le ha presentado una chica a Clob. Han salido juntos en una doble cita.

¡Hace una semana John Williams vino a mi casa para verme! No lo dejé entrar.

—Por favor, abre la puerta, Empujón. Me gustaría charlar contigo. ¿No vas a abrir la puerta? ¿Empujón? Creo que deberíamos hablar. Creo que te puedo ayudar a ser más feliz.

Estaba furioso. No sabía qué decirle.

—No quiero ser más feliz. Lárgate. —Era lo que los niños solían decirme a mí.

—*Por favor*, déjame ayudarte.

—*Por favor*, déjame… —empecé a remedar como un eco—. Por favor, déjame en paz.

—Deberíamos ser amigos, Empujón.

—Nada de tratos. —Me atraganto. Estoy a punto de llorar. ¿Qué puedo hacer? *¿Qué?* Quiero matarlo.

Cierro la puerta con dos vueltas y regreso a mi habitación. Todavía está allí fuera. He intentado vivir mi vida tratando de mantener siempre al cordero lejos de mi puerta.

Esta vez se ha pasado; y pienso tristemente que tendré que pelear con él, tendré que luchar contra él. Empujón empujado. Pienso tristemente en el dolor. Empujón empujado. Tendré que pelear con él. No para salvar el honor, sino su opuesto. Cada vez que lo vea, tendré que pelear con él. Y luego pienso: *¡por supuesto!* Y sonrío. Me ha hecho un favor. Lo supe enseguida. Si pelea conmigo, fracasará. Si consiente en pelear conmigo, perderá. *¡El Empujón empujado empuja!* ¡Es la física! ¡La ley natural! Yo sé que me ganará, pero yo no me prepararé, no entrenaré, no usaré los

trucos que conozco. ¡Será fuerza contra fuerza, y mi fuerza es la fuerza de diez porque mi mandíbula es de cristal! *Él no lo sabe todo, no lo sabe todo*. Y pienso que podría salir ahora, todavía está allí fuera. Podría pegarle en el pasillo, pero pienso: No, quiero que ellos lo vean, ¡quiero que *ellos* lo vean!

Al siguiente día estoy muy excitado. Busco a Williams. No está en los pasillos. No lo encuentro en la cafetería. Después lo busco en el patio donde lo vi por primera vez. (Ahora los tiene organizados. Les enseña juegos tibetanos, juegos japoneses; consigue que jueguen los deportes extinguidos de los muertos.) No me defrauda. Allí está, en el patio, rodeado por un círculo, un corro de fieles.

Me sumo al corro. Me abro paso a empujones entre dos chicos que conozco. Ellos tratan de cambiarse de sitio; murmuran y se muestran preocupados.

Williams me ve y me saluda con la mano. Su sonrisa podría hacer crecer las flores.

—Chicos —dice—, chicos, hacedle sitio a Empujón. Cogeos todos de las manos, chicos.

Me dan la bienvenida al círculo. Uno me coge una mano, luego otro. Cedo ambas tranquilamente.

Aguardo. *Él no lo sabe todo*.

—Chicos —comienza—, hoy vamos a aprender un juego que los caballeros de los nobles y los reyes de la antigua Francia solían jugar en otro siglo. Ahora puede que no os deis cuenta, chicos, porque hoy cuando pensamos en un caballero pensamos, también, en su gran caballo de batalla, pero el hecho es que el caballo era un animal poco común; no era un animal doméstico europeo en modo alguno, sino asiático. En la Europa occidental, por ejemplo, no hubo caballos de tiro ni de carga hasta el siglo octavo. Simplemente un caballo era demasiado caro como para ponerlo a trabajar en los campos. (Esto explica, incidentalmente, el exceso de hambrunas en la Europa occidental, mientras que no existe evidencia de hambruna en Asia hasta el siglo noveno, cuando el comercio de caballos euroasiáticos estaba en su apogeo.) No sólo era caro comprar un caballo, sino también mantenerlo. No se desarrolló un pienso barato en Europa hasta el siglo décimo. Entonces, por supuesto, cuando consideramos los riesgos aterradores a los que lógicamente se enfrentaban los caballos de batalla de los caballeros, empezamos a comprender lo caro que debía de ser para un noble (a menos que fuera extremadamente rico) darles caballos a todos y cada uno de sus caballeros. Antes tenía que estar bastante seguro de que los caballeros que los recibían sabrían gobernarlos. (Sólo los caballeros andantes —un cuerpo de élite, de primera categoría— solían tener caballos. Hoy no nos damos cuenta de que la mayoría de los caballeros eran caballeros de *casa*; les llamaban *chevalier chez*.) De manera que —continuó tras una pausa— este juego se creó para que el noble, el rey, determinara cuáles de sus caballeros tenían en las manos suficiente habilidad y la

fuerza como para controlar un caballo. Sin mover los pies, hay que sacudir al que está a tu lado para que pierda el equilibrio. Cada hombre tiene dos oponentes, de modo que es difícil. Si cae un hombre, o si toca el suelo con la rodilla, está eliminado. El círculo va reduciéndose, pero hay que cerrar filas de nuevo inmediatamente. Ahora, vamos a hacerlo una sola vez, sólo para practicar…

—Un momento —interrumpo.

—¿Sí, Empujón?

Salgo del círculo, avanzo y le pego tan fuerte como puedo en la cara.

Se tambalea hacia atrás. Los chicos refunfuñan. Se recupera. Se frota la mandíbula y sonríe. Creo que va a dejar que le pegue otra vez. Estoy preparado para eso. Él sabe qué pretendo hacer y usará su pasividad. De cualquier manera, gano yo, pero estoy empeñado en que me pegue. Estoy preparado para darle una patada, pero cuando levanto el pie me coge por el tobillo y lo tuerce con fuerza. Doy una vuelta de carnero en el aire. Me suelta y caigo pesadamente boca arriba. Estoy sorprendido de lo fácil que ha sido, pero me quedaré satisfecho si ellos han entendido. Me levanto y ya me estoy yendo cuando, de repente, siento una mano en mi hombro. Él me hace girar violentamente. Me pega.

—*Sic semper tyrannus* —dice eufórico.

—¿Dónde está tu otra mejilla? —pregunto cayendo de espaldas.

—Una mejilla para los tiranos —me grita. Se lanza encima de mí y levanta el puño y me estremezco. Su ira es terrorífica. No quiero que me pegue otra vez.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? —grito a los niños, pero he perdido el hilo de mi razonamiento anterior. De ninguna manera le he ganado. No puedo acordarme de lo que había querido hacer.

Baja el puño y se quita de encima de mi pecho y todos le aplauden.

—¡Hurra! —gritan—. ¡Hurra, hurra! —Las palabras me suenan raras.

Me ofrece la mano cuando intento levantarme. Es tan difícil saber qué hacer. Dios mío, es tan difícil saber cuál es el gesto correcto. Ni siquiera sé eso. Él lo sabe todo, y yo ni siquiera sé eso. Soy un tonto en el suelo, incorporándome a medias, apoyándome en una mano, mientras a la otra, todavía no extendida, le pica la palma donde yace la necesidad. Es mejor dar que recibir, ciertamente. Pero lo mejor de todo es no necesitar en absoluto.

Aterrado, adivinando lo que me falta, me levanto solo.

—¿Amigos? —me pregunta. Me ofrece la mano.

—Chócala, Empujón. —Es la voz de Eugene.

—Venga, Empujón. —Se me acerca Slud cojeando.

—Empujón, el odio es tan feo —dice Clob, con el rostro resplandeciente.

—Te sentirás mejor, Empujón —me aconseja suavemente Frank, ahora más delgado, más alto.

—No seas tonto, Empujón —dice Mimmer.

Niego con la cabeza. Puede que me equivoque. Probablemente me equivoco. Finalmente lo único que sé es lo que me hace sentir bien.

—De ninguna manera —bramo—. No hago tratos.

Empiezo a hablar, a salpicarlos con mi odio. No son un blanco fácil ahora.

—Sólo los caballeros andantes (el cuerpo de primera categoría) solían tener caballos. Puede que Slud baile y que Clob bese, pero nunca lo harán bien. *Empujón no es ningún animal que presta servicios*. No. *No*. ¿Me oyes, Williams? No hay ninguna magia, pero un *no* todavía es más fuerte que un *sí*, y pongo mi fe en la desconfianza. —Me vuelvo hacia los chicos—: ¿Con qué os habéis conformado? Sólo los caballeros andantes solían tener caballos. *¿Con qué os habéis conformado?* ¿Acaso hace Mimmer las cuentas con la cabeza en vez de con los dedos? Y a ti, ¿te gusta mucho pasar tanta hambre para estar más flaco? Slud, podrás estrangularme, pero corriendo no puedes alcanzarme. ¡Y tú, Clob, nunca podrás afeitarte sin dolor, y la fealdad, déjame decírtelo, sigue siendo algo subjetivo!

John Williams llora mi pérdida. Está acongojado. Nadie lo tiene todo; ni siquiera John Williams. No me tiene *a mí*. Nunca me tendrá, creo. Si toda mi vida estuviera destinada sólo a negarle eso, casi bastaría. Ahora, si quisiera, podría imitar su voz. Su corrupción empezó cuando me perdió a mí.

—Tú —le grito ensañándome para que le duela—, que eres tan *indulgente*, no me concedas ningún perdón. ¡Empujón, el bravucón, te odia con todo su corazón!

—Que alguien le haga callar —lloriquea Eugene. Su boca derrama saliva cuando habla.

—¡Traga! *¡Cerdo, traga!*

Viene hacia mí corriendo.

De pronto levanto los puños y se detiene en seco. Siento el poder en mí mismo. Soy Empujón, Empujón el bravucón, el Dios del Barrio, la encarnación de la envidia, los celos y la necesidad. Rivalizo, lucho, emulo, compito, soy un contendiente en todas las justas que haya. No me creé a mí mismo. Probablemente no puedo salvarme a mí mismo, pero quizá ésa sea la única necesidad que tengo. Saboreo mi carencia y es así como gano, al no tener nada que perder. ¡Eso no es suficientemente bueno! Deseo, y deseo, y moriré deseando, pero primero tendré algo. Esta vez tendré algo. Lo digo en voz alta. «Esta vez tendré algo.» Doy un paso hacia él. El poder me da vértigos. Es enorme. Lo siento. Ellos retroceden. Se agachan a la sombra de mis alas extendidas. Esta vez no es una patraña, sino por fin la magia real, la cosa auténtica: la cábala de mi odio, de mi intransigencia.

La lógica no es nada. El deseo es más fuerte.

Me acerco a Eugene.

—*Tendré algo* —rujo.

—Apártate —grita—, te voy a escupir en el ojo.

—*Tendré algo*. Tendré el terror. Tendré la sequía. Traeré la escasez. La hambruna es contagiosa. También lo es la sed. La privación, la privación, la desolación, el vacío. Secaré tus glándulas. Envenenaré tu pozo.

Está ahogándose, buscando aire, masticando de manera furiosa. Abre la boca. Está seca. Su garganta está sequísima. Hay arena en su lengua.

Refunfuñan. Están aterrados, pero se acercan para ver. Estamos todos juntos. Slud, Frank, Clob, Mimmer, los demás, John Williams y yo. No me reconciliaré, no reduciré mi odio a la mitad. *Es* lo único que tengo, todo lo que puedo tener. Mi amargo consuelo de bravucón. Con eso basta. Haré que eso baste.

No puedo tolerar que estén cerca de mí. Los rechazo. Los hago retroceder de un empujón. Los obligo a largarse por la fuerza. Los empujo, los aparto a empujones. *Me abro paso a empujones*.

Traducción de Manuel Pereira

El levantamiento indio

Defendíamos la ciudad lo mejor que podíamos. Las flechas de los comanches caían en nubes sobre nosotros. Sus hachas de guerra chocaban estrepitosamente contra el pavimento amarillo y blando. Había trincheras a lo largo del bulevar Mark Clark y habían puesto alambre luminoso en los setos. La gente intentaba entender. Hablé con Sylvia.

—¿Tú crees que es buena esta vida?

Sobre la mesa había discos, libros, manzanas. Me miró.

—No.

Las patrullas de paracaidistas y voluntarios con brazaletes vigilaban los altos y lisos edificios. Interrogamos al comanche capturado. Le mantuvimos la cabeza hacia atrás entre dos mientras otro le echaba agua en las narices. Sacudía el cuerpo, se atragantaba y gemía. Sin dar crédito a un informe confuso, precipitado y exagerado sobre el número de víctimas en los distritos exteriores, donde árboles, farolas y cisnes se habían reducido a campos de fuego abierto, entregamos los útiles de atrincheramiento a los que parecían más dignos de confianza y desviamos las compañías de armamento pesado para que no pudieran sorprendernos por aquella dirección. Y yo estaba allí sentado, cada vez más borracho, cada vez más enamorado. Hablamos:

—¿Conoces *Dolly* de Fauré?

—¿De Gabriel Fauré?

—Sí.

—Entonces la conozco —contestó ella—. Hasta podría decir que la interpreto algunas veces, cuando me siento triste o feliz, aunque exige cuatro manos.

—¿Cómo lo haces?

—Acelero —dijo ella—, prescindo del compás.

Y cuando rodaron la escena de la cama me pregunté cómo te sentirías bajo la mirada de cámaras, tramoyistas, electricistas, operadores de la cabina de montaje, ¿nerviosa?, ¿estimulada? Y cuando rodaron la escena de la ducha yo estaba lijando un tablero para una puerta de alma hueca contraviniendo cuidadosamente los ejemplos de los manuales y las instrucciones que cuchicheaba uno que había resuelto ya el problema. Después de todo, yo había hecho otros tableros, uno cuando vivía con Nancy, otro cuando vivía con Alice, otro cuando vivía con Eunice, otro cuando vivía con Marianne.

Los pieles rojas, lo mismo que una multitud que se dispersase en una plaza aterrada por algo trágico o por un ruido fuerte y repentino, se amontonaban en

oleadas contra las barricadas que habíamos hecho con ventanas de tramoya, seda, programas de trabajo cuidadosamente planeados (que incluían escalas para el progreso ordenado de otros colores), vino en damajuanas y togas. Analicé la composición de la barricada más próxima y encontré en ella dos ceniceros de cerámica, uno de color castaño oscuro y otro de color castaño oscuro con una franja de color naranja en el borde; una sartén, dos botellas de vino tinto de litro; tres botellas de cuarto de litro de Black & White, aquavit, coñac, vodka, ginebra, jerez Fad #6; un tablero de mesa hueco de contrachapado de abedul con patas negras de hierro forjado; una manta, rojo naranja, con rayas azul oscuro; una almohada roja y otra azul; una papelera de paja trenzada; dos floreros de cristal; sacacorchos y abrelatas; dos platos y dos copas de cerámica marrón castaño oscuro; un cartel amarillo y morado, una flauta yugoslava de madera tallada y de color castaño oscuro; y otros objetos. Yo decidí que no sabía nada.

Los hospitales espolvoreaban las heridas con polvos cuya eficacia no estaba demostrada del todo, ya que las demás existencias se habían agotado rápidamente el primer día. Yo decidí que no sabía nada. Unos amigos me pusieron en contacto con una tal señorita R., una profesora, heterodoxa, dijeron, excelente, dijeron, había resuelto con éxito casos difíciles, las contraventanas de acero hacían la casa segura. Yo acababa de saber por un Cupón de Aflicción Internacional que a Jane le había pegado una paliza un enano en un bar de Tenerife, pero la señorita R. no me permitió hablar de eso.

—Tú no sabes nada —dijo—, tú no sientes nada, tú estás inmerso en la más salvaje y terrible ignorancia, te desprecio, niño mío, *mon cher*, corazón mío. Puedes asistir, pero no debes hacerlo ahora, debes asistir más tarde, un día o una semana o una hora, me estás poniendo mala…

Procuré no valorar estos comentarios como enseñó Korzybski. Pero era difícil. Después, ellos se retiraron en un amago cerca del río y nosotros irrumpimos en aquel sector con un batallón reforzado formado a toda prisa con zuavos y taxistas. Esta unidad fue aplastada en la tarde de un día que empezó con cucharas y cartas en vestíbulos y bajo ventanas con hombres que saboreaban la historia del corazón, órgano muscular coniforme que mantiene la *circulación de la sangre*.

Pero es a ti a quien necesito ahora, aquí en medio de este levantamiento, con las calles amarillas y amenazadoras, lanzas cortas, horribles con piel en el cuello e inexplicables monedas de concha en la hierba. Es cuando estoy contigo cuando soy más feliz, y es por ti por quien hago este tablero de mesa hueco con patas negras de hierro forjado. Sujeté a Sylvia por su collar de uñas de oso.

—Disuade a tus bravos —dije—. Nos quedan muchos años de vida.

Había una especie de mugre corriendo por el arroyo, un torrente amarillento, inmundo que sugería excrementos, o nerviosismo, una ciudad que no sabe lo que ha

hecho para merecer calvicie, errores, infidelidad.

—Tú con suerte sobrevivirás hasta maitines —dijo Sylvia. Echó a correr por la rue Chester Nimitz abajo lanzando gritos agudos.

Se supo entonces que se habían infiltrado en nuestro gueto y que la gente del gueto en lugar de oponer resistencia se había unido en un ataque fluido y bien coordinado con pistolas de fabricación casera, telegramas y medallones, logrando que se hinchase y se desmoronase el sector del frente al cargo del IRA. Enviamos más heroína al gueto, y jacintos, haciendo un pedido de otras cien mil de esas flores delicadas y pálidas. Estudiamos la situación en el plano con sus habitantes desplegados y con emociones exclusivamente personales. Nuestras zonas eran azules y las suyas verdes. Le enseñé el plano azul-y-verde a Sylvia.

—Vuestras zonas son verdes —dije.

—La primera vez que me disteis heroína fue hace un año —dijo Sylvia.

Cruzó rápidamente George C. Marshall Allée, lanzando gritos agudos. La señorita R. me metió en una habitación grande pintada de blanco (¡saltando y bailando en la luz tenue, y yo estaba nervioso!, ¡y había gente mirando!) en la que había dos sillas. Me senté en una silla y la señorita R. se sentó en la otra. Ella vestía un traje azul que contenía una figura roja. No había nada excepcional en su persona. Yo estaba decepcionado por su vulgaridad, por la desnudez de la habitación, por la ausencia de libros.

Las chicas de mi barrio llevaban bufandas azules largas que les llegaban hasta las rodillas. A veces escondían comanches en sus habitaciones. Las bufandas azules amontonadas en una habitación creaban una gran niebla azul. Block abrió la puerta. Llegaba con armas, flores y hogazas de pan. Y era amistoso, cordial, entusiasta, así que expliqué un poco de la historia de la tortura, repasando la literatura técnica y citando las mejores fuentes modernas francesas, alemanas y americanas, indicando las moscas que se habían congregado en previsión de algún color nuevo reciente.

—¿Cuál es la situación? —pregunté.

—La situación es clara —dijo él—. Nosotros controlamos el sector sur y ellos el sector norte. El resto es silencio.

—¿Y Kenneth?

—Esa muchacha no está enamorada de Kenneth —dijo Block con franqueza—. Está enamorada del abrigo de Kenneth. Cuando no lo lleva puesto está acurrucada debajo de él. Una vez lo cacé bajando las escaleras solo. Miré dentro. Sylvia.

Yo una vez cacé el abrigo de Kenneth bajando solo por las escaleras pero el abrigo era una trampa y dentro había un comanche que me asestó una estocada con un cuchillo corto horrible en la pierna que se me dobló y me hizo precipitarme por la balaustrada, a través de una ventana y pasar a otra situación. Creyendo que tu cuerpo, brillante como era, y tu espíritu graso y fluido, distinguido y furioso como era, no

podían ser cantidades estables a las que uno pudiera corresponder con zalamerías más de una, dos, u otro número de veces, dije:

—¿Ves la mesa?

En Skinny Wainwright Square se pusieron en movimiento y lucharon las fuerzas verdes y azules. Los árbitros abandonaron el campo arrastrando cadenas. Y luego la parte azul se amplió, la verde se redujo. Empezó a hablar la señorita R.

—Un antiguo rey de España, un Bonaparte, vivió durante un tiempo en Bordentown, Nueva Jersey. Pero eso no tiene ningún valor.

Hizo una pausa.

—La pasión que la belleza de las mujeres despierta en los hombres sólo puede satisfacerla Dios. Eso es *muy* valioso (es Valéry), pero no es lo que tengo que enseñarte, viejo verde, mierda, sinvergüenza, sangre de mi sangre.

Le enseñé la mesa a Nancy.

—¿Ves la mesa?

Sacó una lengua roja como un análisis de sangre.

—Yo hice una mesa como ésa una vez —dijo con franqueza Block—. Hay gente en todo el país que ha hecho mesas como ésa. Dudo mucho que se pueda entrar en un hogar estadounidense y no encontrar una como mínimo, o huellas de que la hubo, como por ejemplo zonas descoloridas en la alfombra.

Y después los hombres del Séptimo de Caballería interpretaron en el jardín piezas de Gabrieli, Vivaldi, Albinoni, Marcello, Boccherini. Vi a Sylvia. Llevaba una cinta amarilla bajo una larga bufanda azul.

—¿De qué lado estás tú en realidad? —le grité.

—La única forma de discurso que yo apruebo —dijo la señorita R. con su voz seca y tersa— es la letanía. Creo que nuestros maestros y profesores así como los simples ciudadanos deberían limitarse a lo que se puede decir con seguridad. Así que cuando oigo las palabras *peltre*, *culebra*, *té*, *jerez Fad 6*, *servilleta*, *fenestración*, *corona*, *azul*, en boca de un funcionario público o de algún joven bisoño no me siento decepcionada. Cabe también una ordenación vertical —dijo la señorita R.—, como

peltre
culebra
jerez Fad 6
servilleta
fenestración
corona
azul

A mí me atraen los líquidos y los colores —dijo—, pero tú, tú debes buscar algo más,

virgen mía, querido mío, cardo mío, tesoro mío, mi propiedad. Los jóvenes —dijo la señorita R.— cuando se dan cuenta de cuál es la naturaleza de nuestra sociedad, buscan combinaciones cada vez más desagradables. Algunas personas —dijo la señorita R.— buscan las ideas o la sabiduría, pero yo me atengo a la palabra dura, parda, nuciforme. Podría demostrar que hay suficiente emoción estética aquí como para satisfacer a cualquiera que no sea un loco puñetero.

Yo estaba allí sentado en solemne silencio.

Flechas incendiarias iluminaron mi camino hacia la oficina de correos de Patton Place donde miembros de la brigada Abraham Lincoln ofrecían sus últimas cartas exhaustas, postales, calendarios. Abrí una carta pero dentro había una punta de flecha comanche de piedra, engarzada por Frank Wedekind en una elegante cadena dorada y felicitaciones. Tu pendiente repiqueteó contra mis gafas cuando me incliné hacia delante para acariciar la zona blanda y destrozada donde había estado el audífono.

—¡Parad ya! ¡Parad ya! —urgí, pero los que estaban a cargo del levantamiento se negaron a atender a razones y a comprender que era cierto y que nuestra reserva de agua se había evaporado y que nuestro crédito no era ya lo que había sido en tiempos.

Conectamos cables eléctricos a los testículos del comanche capturado. Yo estaba allí sentado cada vez más borracho, cada vez más enamorado. Cuando accionamos el interruptor habló. Dijo que se llamaba Gustave Aschenbach. Había nacido en L…, una población rural de la provincia de Silesia. Era hijo de un alto funcionario de la judicatura y sus antepasados habían sido oficiales, jueces, funcionarios de departamento… Y nunca puedes acariciar a una chica del mismo modo más que una, dos, u otro número cualquiera de veces, por mucho que puedas querer cogerle, estrecharle o sujetarle de algún otro modo la mano, o la mirada, o alguna otra característica, o incidente, que previamente conocieses. En Suecia, los niñitos suecos nos vitorearon cuando lo único que hacíamos era descargar un autobús cargado con paquetes, pan y foie-gras y cerveza. Fuimos a una vieja iglesia y nos sentamos en el sitial del rey. El organista estaba practicando. Y luego entramos en el cementerio de al lado de la iglesia. *Aquí yace Anna Pederson, una buena mujer*. Yo arrojé un hongo en su tumba. El oficial que estaba a cargo del vertedero informó por radio que la basura había empezado a ponerse en marcha.

¡Jane! Me enteré a través de un Cupón de Aflicción Internacional que te había pegado una paliza un enano en un bar de Tenerife. Eso no parece propio de ti, Jane. Sobre todo porque tú le pegas al enano una patada en su pequeña entrepierna de enano antes de que pueda clavarte los dientes en esa pierna sabrosa y tentadora, ¿a que sí, Jane? Tu aventura con Harold es criticable, tú lo sabes, ¿a que sí, Jane? Harold está casado con Nancy. Y también hay que pensar en Paula (la hija de Harold), y en Billy (el otro hijo de Harold). ¡Creo que tienes un sentido de los valores un poco raro, Jane! Se extienden en todas direcciones sartas de lenguaje para unir el mundo en un

todo apresurado y obsceno.

Y no puedes volver nunca a las felicidades del mismo modo, el cuerpo brillante, el espíritu distinguido recapitulando momentos que ocurrieron uno, dos o cualquier otro número de veces en rebeliones, o en el agua. El consenso arrollador de la nación comanche destrozó nuestras defensas internas en tres puntos. Block disparaba con una pistola engrasadora desde el piso superior de un edificio proyectado por Emery Roth & Sons.

—¿Ves la mesa?

—¡Vamos, para ya con esa mesa puñetera!

Los funcionarios municipales estaban atados a los árboles. Guerreros oscuros entraron sigilosamente en la boca del alcalde con su paso de andar por el bosque.

—¿Quién quieres ser tú? —le pregunté a Kenneth y él dijo que quería ser Jean-Luc Godard, pero después, cuando la situación permitiese conversaciones en grandes habitaciones iluminadas, galerías rumorosas con alfombras españolas en blanco y negro y esculturas problemáticas en apacibles y rojos catafalcos. Los vómitos de la pelea estaban densamente esparcidos por la cama. Te acaricié la espalda, las cicatrices blancas abultadas.

Matamos a un gran número de ellos en el sur por sorpresa con helicópteros y cohetes, pero descubrimos que los muertos eran niños y que venían más del norte y del este y de otros lugares donde hay niños que se disponen a vivir.

—Piel —dijo dulcemente la señorita R. en la habitación blanca y amarilla—. Éste es el Comité de Clemencia. ¿Tendrías la bondad de quitarte el cinturón y los cordones de los zapatos?

Yo me quité el cinturón y los cordones de los zapatos y contemplé (lluvia desde una gran altura destruyendo las perspectivas de silencio y pulcras y ordenadas hileras de casas de las parcelaciones) en sus salvajes ojos negros, pintura, plumas, abalorios.

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez

JOHN UPDIKE

A & P

Entran esas tres chicas con nada más que el bañador puesto. Yo estoy en la tercera caja, de espaldas a la puerta, de modo que no las veo hasta que están junto al pan. La que primero me llamó la atención fue la del bikini verde a cuadros. Era una chica rolliza, muy morena y con un culo grande y encantador, de aspecto blando, con esas dos medialunas blancas justo debajo, donde el sol nunca parece llegar, en la parte superior de detrás de las piernas. Me quedé parado con un paquete de galletas HiHo en la mano, tratando de recordar si lo había marcado o no. Vuelvo a marcarlo y la clienta empieza a ponerme como un trapo. Es una de esas vigilantes-de-cajas-registradoras, una bruja de cincuenta tacos con carmín en los pómulos y sin cejas, y sé que le ha alegrado la vida cogerme en una falta. Lleva cincuenta años vigilando cajas registradoras y seguramente no ha visto una equivocación en su vida.

Para cuando conseguí calmarla y meter su compra en una bolsa —me suelta un pequeño resoplido al pasar; de haber nacido en el momento adecuado la habrían quemado en Salem—, para cuando logré que siguiera su camino, las chicas ya habían rodeado el pan y regresaban, sin carrito, en dirección a mi caja a lo largo de los mostradores, por el pasillo que hay entre las cajas registradoras y los cubos Special. Ni siquiera iban calzadas. Allí estaba la rolliza del bikini —era de un color verde intenso, las costuras del sujetador seguían rígidas y ella tenía la barriga todavía muy pálida, de modo que acababa de comprárselo (el bikini)—, allí estaba ella, con una de esas caras mofletudas de fresón, los labios apretujados bajo la nariz, ella y una chica alta de pelo negro que no se le había rizado del todo, con esas marcas de moreno debajo de los ojos y la barbilla demasiado larga —ya sabes, la clase de chica que las otras chicas encuentran muy «llamativa» y «atractiva» pero que no acaba de conseguirlo, como ellas muy bien saben, lo que explica por qué les cae tan bien—, y la tercera, que no era tan alta. Ella era la reina. En cierto modo conducía a las otras dos, que echaban miraditas alrededor y se encorvaban. Ella no miraba alrededor, la reina no, se limitaba a andar en línea recta y despacio sobre esas piernas largas y blancas de *prima donna*. Bajaba con un poco de excesiva fuerza sobre los talones, como si nunca anduviera tanto tiempo descalza, apoyándolos en el suelo y dejando que el peso se desplazara hacia los dedos, como si tanteara el suelo a cada paso, poniendo en ello un poco de movimiento extra deliberado. Nunca sabes con seguridad cómo funciona la mente de una chica (¿crees realmente que allí dentro hay una mente o sólo un pequeño zumbido como una abeja en un tarro de cristal?), pero te dabas cuenta de que ella era la que había convencido a las otras para que la acompañaran allí, y ahora estaba enseñándoles a hacerlo, a andar despacio y

mantenerse erguidas.

Llevaba un bañador de un color rosa sucio —tal vez beige, no lo sé—, cubierto todo él de protuberancias y, lo cual me perturbó, los tirantes bajados. Éstos estaban retirados de los hombros y le caían sueltos sobre la parte superior de los brazos, y, supongo que como consecuencia, el bañador se le había resbalado ligeramente, de modo que todo alrededor de la parte superior de la tela había ese borde brillante. De no haber estado allí, uno no habría sabido que podía existir algo más blanco que esos hombros. Sin los tirantes, entre la parte superior del bañador y la coronilla no había nada aparte de ella misma, ese plano limpio y desnudo de la parte superior del pecho que descendía desde los huesos de los hombros como una lámina metálica abollada inclinada a la luz. Me refiero a que era más que bonito.

Tenía el pelo de un color roble decolorado por el sol y la sal, y recogido en un moño que se deshacía, y una cara algo mojigata. Supongo que es la única cara que *puedes* tener para entrar en el A & P con los tirantes bajados. Iba con la cabeza tan alta que el cuello, que se elevaba de esos hombros blancos, parecía como dado de sí, pero a mí no me importaba. Cuanto más largo fuera el cuello más habría de ella.

Con el rabillo del ojo debía de haberse fijado en mí y, por encima de mi hombro, en Stokesie, que observaba en la segunda caja, pero ella no se inclinó. No esta reina. Siguió recorriendo los estantes con la mirada, luego se detuvo y se volvió tan despacio que el vientre me rozó el interior del delantal, y llamó a las otras dos, que se apretujaron contra ella pidiendo socorro, y entonces las tres echaron a andar por el pasillo de comida-para-gato-y-perro-cereales-para-el-desayuno-macarrones-arroz-pasas-especias-pasta-para-untar-sobre-pan-espaguetis-refrescos-crackers-y-galletas.
Desde la tercera caja yo alcanzaba a ver ese pasillo hasta el mostrador de la carne, y las seguí con la mirada. La rolliza del bronceado jugueteó con las galletas, pero se lo pensó mejor y volvió a dejarlas en el estante. Los borregos que empujaban sus carritos por el pasillo —las chicas caminaban en contra del tráfico habitual (no es que tengamos señales de dirección única ni nada parecido)— eran bastante cómicos. Los veías dar una sacudida, pegar un brinco o hipar cuando reparaban en los hombros blancos de la reina, pero volvían a clavar rápidamente la mirada en sus carros y seguían empujando. Apuesto a que podrías volar con dinamita un A & P, y la gente en general seguiría alargando el brazo, tachando los copos de avena de sus listas y murmurando: «Veamos, había una tercera cosa, empezaba por E, espárragos, no, ah, sí, espaguetis» o lo que sea que murmuran. Pero no había duda, eso los zangoloteó. Unas cuantas esclavas del hogar con rulos hasta miraron hacia atrás después de pasar por su lado empujando sus carritos, para asegurarse de que habían visto correctamente.

Ya sabes, una cosa es una chica en bañador en la playa, donde con el resplandor nadie se ve demasiado bien de todos modos, y otra en el frío del A & P, bajo los tubos

fluorescentes y contra todos esos paquetes amontonados, deslizando sus pies descalzos por nuestro suelo de baldosas de goma a cuadros verdes y crema.

—Oh, papi —exclamó Stokesie a mi lado—, estoy tan mareado.

—Agárrame, querido —dije yo. Stokesie está casado y con dos bebés apuntados ya en su fuselaje, pero que yo sepa ésa es la única diferencia. Tiene veintidós años, y yo he cumplido diecinueve este abril.

—¿No te parece de mal gusto? —pregunta, el hombre casado responsable recuperando el habla. He olvidado decir que cree que será gerente algún día soleado, tal vez en 1999, cuando se llame Gran Compañía de Té de Alexandrov y Petrooshki o algo por el estilo.[8]

Lo que él quería decir es que nuestro pueblo está a ocho kilómetros de una playa, con una gran colonia de veraneantes en el promontorio, pero nosotros estamos en medio del pueblo, y las mujeres suelen ponerse una blusa, o pantalones cortos o algo antes de bajar del coche. Y de todos modos suelen ser mujeres con seis hijos y varices en las piernas, y a nadie, incluidas ellas mismas, podría importarles menos. Como digo, estamos en medio del pueblo, y si te paras ante nuestras puertas principales ves dos bancos, la iglesia congregacionalista, el puesto de periódicos, tres agencias inmobiliarias y unas veintisiete taladradoras viejas levantando Central Street porque ha vuelto a estropearse la alcantarilla. No es que estemos en el cabo; estamos al norte de Boston, y en esta ciudad hay gente que hace veinte años que no ve el mar.

Las chicas habían llegado al mostrador de la carne y preguntaban algo a McMahon. Él señaló, ellas señalaron y desaparecieron tras una pirámide de melocotones Diet Delight. Todo lo que veíamos ahora era al viejo McMahon dándose palmaditas en la boca y siguiéndolas con la mirada midiendo sus articulaciones. Pobres chicas, empecé a compadecerme de ellas, no podían evitarlo.

Aquí viene la parte triste de la historia, al menos mi familia dice que lo es, aunque a mí no me lo parece tanto. Los grandes almacenes estaban bastante vacíos porque era un jueves por la tarde, de modo que no había gran cosa que hacer aparte de apoyarse en la caja registradora y esperar a que volvieran a aparecer las chicas. Todo el establecimiento era como un flíper, y yo no sabía de qué túnel saldrían. Al cabo de un rato salieron del pasillo del fondo rodeando las bombillas, los discos con descuento de los Caribbean Six o canciones de Tony Martin o alguna otra porquería en la que te asombra que se gaste la pasta la gente, paquetes de seis chocolatinas y juguetes de plástico envueltos en celofán que se caen en pedazos en cuanto los mira un niño. Por allá vienen, la reina todavía abriendo la marcha con un pequeño tarro gris en las manos. Están cerradas de la caja tres a la siete, y la veo titubear entre Stokes y yo, pero Stokesie, con su habitual suerte, atrae a un viejo con pantalones grises muy holgados que se acerca dando traspiés con cuatro latas gigantes de zumo de piña (¿qué hacen esos vagabundos con todo ese zumo de piña?), así que las chicas

se dirigen hacia mí. La reina deja el tarro y yo lo cojo entre mis dedos helados. Arenques de Primera Calidad en Nata Agria Kingfish; 49 centavos. Ahora tiene las manos vacías, sin anillos ni pulseras, desnudas como las creó Dios, y me pregunto de dónde va a salir el dinero. Todavía con esa expresión mojigata saca un billete doblado de un dólar del hueco que hay en el centro del borde superior de su bañador rosa con protuberancias. El tarro se volvió pesado en mis manos. La verdad, me pareció tan encantador.

De pronto la suerte de todos empieza a agotarse. Lengel entra después de discutir en el aparcamiento con un camión lleno de coles, y se dispone a escabullirse por esa puerta en la que se lee GERENTE, detrás de la cual se esconde el día entero, cuando se fija en las chicas. Lengel es un hombre bastante gris que da catequesis a niños los domingos y demás, pero eso no se le pasa por alto. Se acerca y dice:

—Niñas, no estáis en la playa.

La reina se sonroja, aunque tal vez es una quemadura del sol que advierto por primera vez, ahora que está tan cerca.

—Mi madre me ha pedido que compre un tarro de arenques para el aperitivo. —La voz me sobresalta, de la forma en que lo hacen las voces cuando ves a alguien por primera vez, brotando tan apagada e insulsa, y al mismo tiempo tan pija, al recalcar «compre» y «aperitivo». De pronto me deslicé a través de su voz en su sala de estar. Su padre y otros hombres estaban de pie, con americana color crema y pajarita, y las mujeres iban con sandalias y pescaban arenques con un palillo de una gran fuente de cristal, y todos bebían algo de color agua con una oliva y hojas de menta. Cuando mis padres tienen visitas compran limonada y, si es una reunión realmente animada, Schlitz en vasos altos con una tira cómica de *They'll Do It Every Time* en cada uno.

—Eso está muy bien —dijo Lengel—. Pero no estáis en la playa.

El hecho de que lo repitiera me pareció divertido, como si se le acabara de ocurrir y llevara todos esos años pensando que el A & P era una gran duna y él el jefe de los socorristas. No le gustó que yo sonriera —como he dicho, no le pasaba nada por alto —, pero se concentró en mirar a las chicas con esa expresión de director de la escuela dominical.

Los colores de la reina no se deben al sol ahora, y la rolliza del bikini a cuadros, la que me gustaba más de espaldas —un culo realmente encantador—, salta:

—No estábamos comprando. Sólo hemos venido a por una cosa.

—Eso no cambia nada —dice Lengel, y veo por la forma en que mueve los ojos que no se había fijado antes en que va en bikini—. Queremos que vayáis decentemente vestidas cuando vengáis aquí.

—Somos decentes —replica de pronto la reina, sacando el labio inferior y picándose al recordar de dónde viene, un lugar desde el cual la gente que lleva el A & P debe de parecer bastante horrible. Los Arenques de Primera Calidad brillan con luz

mortecina en sus ojos muy azules.

—No quiero discutir con vosotras, chicas. En adelante venid con los hombros cubiertos. Son las normas. —Lengel se da media vuelta. Ésas son las normas para usted. Normas es lo que quiere la gente importante. Lo que los demás queremos es delincuencia juvenil.

Todo el tiempo habían ido llegando clientes con carros pero, como puedes imaginarte, los borregos, al ver la escena, se habían amontonado frente a Stokesie, quien abrió una bolsa de papel con tanta delicadeza como si pelara un melocotón, sin querer perderse una sílaba. Yo notaba en el silencio que todo el mundo se estaba poniendo nervioso, sobre todo Lengel, quien me preguntó:

—¿Has marcado su compra, Sammy?

Pensé antes de responder.

—No. —Pero no era en eso en lo que pensaba yo. Busco las teclas, 4, 9, COM, TOT…, es más complicado de lo que te piensas, y después de hacerlo lo bastante a menudo empieza a componer una cancioncilla que oyes con letra, en mi caso: «¡Hola (*bing*), gente (*gung*) feliz (*plaf*)!», siendo el *plaf* el cajón al abrirse de golpe. Aliso el billete, con ternura como puedes imaginarte, acaba de salir de entre las dos cucharadas de vainilla más cremosa que sabía que podían existir, pongo medio dólar y un centavo en su mano estrecha y rosada, acurruco los arenques en una bolsa, le retuerzo el cuello y se la doy, sin dejar de pensar.

Las chicas, y lo comprendo perfectamente, tienen prisa por largarse, de modo que digo a Lengel:

—Yo renuncio —lo bastante rápido para que ellas me oigan, esperando que se detengan y me miren, su insospechado héroe.

Ellas siguen andando, pasan por la célula fotoeléctrica, las puertas se abren de golpe y ellas cruzan temblorosas el aparcamiento hasta su coche, la Reina, la de Cuadros y la Mema Alta y Gorda (no estaba tan mal como materia prima), dejándome con Lengel y el tic nervioso de su ceja.

—¿Has dicho algo, Sammy?

—He dicho que renuncio.

—Eso me ha parecido oír.

—No tenía por qué avergonzarlas de ese modo.

—Eran ellas las que estaban avergonzándonos.

Empecé a decir algo que salió como «Memeces». Es una expresión típica de mi abuela y sé que le habría puesto contenta.

—No creo que sepas lo que estás diciendo —dijo Lengel.

—Sé que no lo cree —dije—. Pero yo sí lo creo. —Tiré del lazo de detrás de mi delantal y empecé a quitármelo por los hombros. Un par de clientes que se habían acercado a mi caja chocaron entre sí, como cerdos asustados en un tobogán.

Lengel suspira y se vuelve muy paciente, viejo y gris. Hace años que es amigo de mis padres.

—Sammy, no quieres hacer esto a tus padres —me dice.

Es cierto, no quiero. Pero creo que una vez que empiezas un gesto es fatal no llevarlo hasta el final. Doblo el delantal, con «Sammy» cosido en rojo en el bolsillo, lo dejo en el mostrador y pongo la pajarita encima. La pajarita es de ellos, por si te interesa.

—Lo lamentarás el resto de tu vida —dice Lengel, y sé que eso también es cierto, pero el recuerdo de cómo ha hecho sonrojar a esa bonita chica me deja tan crujiente por dentro que aprieto la tecla de «Sin Venta», la máquina runrunea «gente» y el cajón se abre con un *plaf*. Una ventaja de que esta escena tenga lugar en verano es que puedo finalizarla con una salida elegante, no he de ir por el abrigo y los chanclos de goma, me limito a cruzar despacio la célula fotoeléctrica con la camisa blanca que mi madre me planchó anoche, la puerta se abre sola y fuera el sol patina sobre el asfalto.

Busqué a mis chicas con la mirada, pero habían desaparecido, cómo no. No había nadie aparte de un matrimonio joven gritando a sus hijos por una chocolatina que ellos no habían cogido junto a la portezuela de una furgoneta Falcon azul claro. Al volver la vista hacia los grandes escaparates, por encima de las bolsas de musgo de turba y los muebles de jardín de aluminio amontonados en la acera, alcancé a ver a Lengel en mi puesto en la caja, cobrando a los borregos que desfilaban ante él. Tenía la cara gris y la espalda rígida, como si le acabaran de inyectar hierro, y se me encogió el estómago al comprender lo hostil que iba a ser el mundo para mí en el futuro.

Traducción de Aurora Echevarría

La conversión de los judíos

—A quién se le ocurre abrir la boca, para empezar —dijo Itzie—. ¿Por qué siempre tienes que abrir la boca?

—Yo no saqué el tema, Itz, no lo hice —dijo Ozzie.

—De todos modos, ¿a ti qué más te da Jesucristo?

—Yo no saqué el tema de Jesucristo. Fue él. Yo ni siquiera sabía de qué me hablaba. Jesús es una figura histórica, decía una y otra vez. Jesús es una figura histórica. —Ozzie imitó la voz monumental del rabino Binder—. Jesús fue una persona que vivió como tú y como yo —continuó Ozzie—. Es lo que dijo Binder…

—¿Ah sí? ¡Y qué! A mí qué me va en que viviera o dejara de vivir. ¡Y por qué tienes que abrir la boca!

Itzie Lieberman estaba a favor de mantener la boca cerrada, sobre todo en relación a las preguntas de Ozzie Freedman. La señora Freedman ya había tenido que verse en dos ocasiones con el rabino Binder por las preguntas de Ozzie y este miércoles a las cuatro y media sería la tercera. Itzie prefería mantener a su madre en la cocina; él optaba por las sutilezas por la espalda tales como gestos, muecas, gruñidos y otros ruidos de corral menos delicados.

—Jesús fue una persona normal, pero no fue como Dios y nosotros no creemos que sea Dios. —Poco a poco, Ozzie le explicaba la postura del rabino Binder a Itzie, que no había asistido a la escuela hebrea la tarde anterior.

—Los católicos —intervino Itzie amablemente— creen en Jesucristo, creen que es Dios. —Itzie Lieberman empleaba la expresión «los católicos» en su sentido más amplio, para incluir a los protestantes.

Ozzie recibió la observación de Itzie con una ligera inclinación de la cabeza, como si se tratara de una nota al pie, y continuó.

—Su madre fue María y su padre, probablemente, José. Pero el Nuevo Testamento dice que su verdadero padre fue Dios.

—¿Su verdadero padre?

—Sí. Ésa es la cuestión, se supone que su padre fue Dios.

—Tonterías.

—Lo mismo dice el rabino Binder, que es imposible…

—Pues claro que es imposible. Todo eso son tonterías. Para tener un hijo tienes que tener relaciones —teologizó Itzie—. María tuvo que tener relaciones.

—Es lo que dice Binder: «La única manera de que una mujer conciba es mantener relaciones sexuales con un hombre».

—¿Dijo *eso*, Ozz? —Por un momento pareció que Itzie dejaba de lado la cuestión

teológica—. ¿Dijo eso, relaciones sexuales? —Una sonrisita ondulada se formó en la mitad inferior del rostro de Itzie como un mostacho blanco—. ¿Y vosotros qué hicisteis, Ozz? ¿Os reísteis o algo?

—Levanté la mano.

—¿Sí? ¿Qué dijiste?

—Entonces le hice una pregunta.

A Itzie se le iluminó la cara.

—¿Sobre qué? ¿Las relaciones sexuales?

—No, le pregunté sobre Dios, sobre cómo si había sido capaz de crear el cielo y la tierra en seis días, y todos los animales y los peces y la luz en seis días (sobre todo la luz, esto siempre me sorprende, que creara la luz). Crear los animales y los peces, eso está muy bien…

—Está más que bien. —La apreciación de Itzie era honesta, pero carente de imaginación: como si Dios hubiera colado una pelota directa.

—Pero crear la luz… O sea, si lo piensas, es muy fuerte. En fin, le pregunté a Binder que si Dios había podido hacer todo eso en seis días, y había podido elegir los seis días que quiso de la nada, por qué no iba a poder permitir que una mujer tuviera un hijo sin mantener relaciones sexuales.

—¿Dijiste relaciones sexuales, Ozz? ¿A Binder?

—Sí.

—¿En medio de la clase?

—Sí.

Itzie se dio un manotazo en un lado de la cabeza.

—En serio, no es broma —dijo Ozzie—, eso no fue nada. Después de todo lo demás, eso no fue nada.

Itzie lo consideró un instante.

—¿Qué dijo Binder?

—Volvió a empezar con la explicación de que Jesús era una figura histórica y que vivió como tú y como yo pero que no era Dios. De modo que le dije que eso ya lo había entendido. Que lo que yo quería saber era otra cosa.

Lo que Ozzie quería saber siempre era otra cosa. La primera vez había querido saber cómo podía el rabino Binder llamar a los judíos «El pueblo elegido» si la Declaración de Independencia aseguraba que todos los hombres habían sido creados iguales. El rabino Binder intentó hacerle ver la distinción entre igualdad política y legitimidad espiritual, pero lo que Ozzie quería saber, insistió con vehemencia, era otra cosa. Ésa fue la primera vez que su madre tuvo que visitar al rabino.

Luego vino el accidente aéreo. Cincuenta y ocho personas murieron en un accidente de avión en La Guardia. Al repasar la lista de bajas en el diario, la madre de Ozzie había descubierto ocho apellidos judíos entre los muertos (su abuela sumó

nueve pero contaba Miller como apellido judío); debido a estos ocho su madre dijo que el accidente era «una tragedia». Durante el debate de tema libre de los miércoles Ozzie había llamado la atención del rabino Binder sobre esta cuestión de que «algunos de sus parientes» siempre estuvieran buscando los apellidos judíos. El rabino Binder había empezado a explicar la unidad cultural y demás cosas cuando Ozzie se levantó y dijo desde su sitio que lo que él quería saber era otra cosa. El rabino Binder insistió en que se sentara y entonces Ozzie gritó que ojalá los cincuenta y ocho hubieran sido todos judíos. Esa fue la segunda vez que su madre visitó al rabino.

—Y siguió explicando que Jesús fue una figura histórica, así que yo seguí preguntándole lo mismo. En serio, Itz, intentaba hacerme quedar como un estúpido.

—¿Y al final qué hizo?

—Al final se puso a gritar que me hacía el tonto a propósito y me creía muy listo y que viniera mi madre y que sería la última vez. Y que si dependiese de él yo nunca celebraría el bar-mitzvah. Entonces, Itz, empezó a hablar con esa voz de estatua, muy lenta y profunda, y me dijo que mejor que meditara lo que le había dicho sobre el Señor. Me mandó a su despacho a pensármelo. —Ozzie se inclinó hacia Itzie—. Itz, estuve pensando durante una hora interminable y ahora estoy convencido de que Dios pudo hacerlo.

Ozzie había planeado confesar su última transgresión a su madre en cuanto ésta llegara a casa del trabajo. Pero era un viernes por la noche de noviembre y ya había oscurecido, y cuando la señora Freedman cruzó la puerta de casa se quitó el abrigo, dio un beso rápido a Ozzie en la mejilla y se dirigió a la cocina para encender las tres velas amarillas, dos por el sabbat y una por el padre de Ozzie.

Cuando su madre encendiera las velas se llevaría lentamente los brazos contra el pecho, arrastrándolos por el aire como para persuadir a las gentes de mente indecisa. Y las lágrimas anegarían sus ojos. Ozzie recordaba que los ojos de su madre se habían llenado de lágrimas incluso en vida su padre, así que no tenía nada que ver con la muerte del esposo. Tenía que ver con encender las velas.

Mientras su madre acercaba una cerilla encendida a la mecha apagada de una vela de sabbat sonó el teléfono y Ozzie, que estaba al lado, levantó el auricular y amortiguó el ruido apoyándoselo en el pecho. Tenía la impresión de que no debía oírse ningún ruido cuando su madre encendía las velas; hasta la respiración, si sabías hacerlo, debía suavizarse. Ozzie apretó el auricular contra el pecho y contempló a su madre arrastrar lo que fuera que arrastraba y sintió que también sus ojos se llenaban de lágrimas. Su madre era un pingüino de pelo canoso, cansado y rechoncho cuya piel gris había empezado a sentir la fuerza de la gravedad y el peso de su propia historia. Ni siquiera cuando se arreglaba tenía aspecto de una elegida. Pero cuando encendía las velas tenía mejor aspecto, como el de una mujer que supiera, por un

momento, que Dios podía hacer cualquier cosa.

Al cabo de unos minutos misteriosos acabó. Ozzie colgó el teléfono y se acercó a la mesa de la cocina, donde su madre había empezado a preparar los dos servicios para la comida de cuatro platos del sabbat. Le dijo que tenía que ver al rabino Binder el miércoles siguiente a las cuatro y media y luego le explicó por qué. Por primera vez en su vida en común, su madre le cruzó la cara de un bofetón.

Durante el hígado y la sopa Ozzie no paró de llorar; no le quedaba apetito para el resto.

El miércoles, en el aula más grande del sótano de la sinagoga, el rabino Marvin Binder, un hombre de treinta años, alto, guapo, de espalda ancha y pelo negro y fuerte, se sacó el reloj del bolsillo y vio que eran las cuatro. Al fondo de la sala, Yakov Blotnik, el cuidador de setenta años, limpiaba lentamente el ventanal, murmurando por lo bajo, sin saber si eran las cuatro o las seis, lunes o miércoles. Para la mayoría de los estudiantes, los murmullos de Yakov Blotnik, junto con su barba castaña y rizada, la nariz aguileña y los gatos negros que siempre iban pisándole los talones, lo convertían en una maravilla, un extranjero, una reliquia, hacia quien mostrar alternativamente miedo o irreverencia. A Ozzie los murmullos siempre le habían parecido una curiosa y monótona oración; curiosa porque el viejo Blotnik llevaba murmurando sin parar tantos años que Ozzie sospechaba que el viejo había memorizado las oraciones y se había olvidado de Dios.

—Hora de debate —anunció el rabino Binder—. Sois libres para hablar sobre cualquier cuestión judía: religión, familia, política, deporte…

Se hizo el silencio. Era una tarde de noviembre ventosa y nublada y no parecía que existiera ni pudiera existir algo llamado béisbol. Así que esta semana nadie dijo nada acerca de aquel héroe del pasado, Hank Greenberg, cosa que limitaba considerablemente los temas de debate.

Y la paliza espiritual que Ozzie Freedman acababa de recibir del rabino Binder había impuesto sus límites. Cuando llegó el turno de que Ozzie leyera del libro de hebreo, el rabino le preguntó enfurruñado por qué no leía más deprisa. Ozzie no progresaba. Ozzie dijo que podía leer más rápido pero que si lo hacía estaba seguro de que no entendería lo que leía. No obstante, ante la insistencia del rabino, lo intentó y demostró gran talento pero en mitad de un pasaje largo se paró en seco y dijo que no entendía ni una palabra de lo que leía y volvió a empezar a ritmo de tortuga. Entonces recibió la paliza espiritual.

En consecuencia, cuando llegó la hora de debate ninguno de los estudiantes se sentía demasiado libre para opinar. Sólo el murmullo del viejo Blotnik respondió a la invitación del rabino.

—¿Hay algo que os gustaría debatir? —volvió a preguntar el rabino Binder, mirándose el reloj—. ¿Alguna pregunta? ¿Algún comentario?

Se oyó una tímida queja en la tercera fila. El rabino pidió a Ozzie que se levantara y compartiera sus pensamientos con el resto de la clase.

Ozzie se levantó.

—Se me ha olvidado —dijo, y se sentó en su sitio.

El rabino Binder se aproximó un asiento más a Ozzie y se apoyó en el borde del pupitre. Era la mesa de Itzie y la figura del rabino a un palmo de su cara le obligó de golpe a prestar atención.

—Vuelve a levantarte, Oscar —dijo el rabino Binder con calma—, y trata de ordenar tus ideas.

Ozzie se levantó. Todos los compañeros de clase se volvieron y le observaron rascarse la frente sin convencimiento.

—No se me ocurre nada —anunció, y se dejó caer en el asiento.

—¡Levanta! —El rabino Binder se adelantó desde el pupitre de Itzie al que quedaba justo enfrente de Ozzie; cuando la espalda rabínica lo dejó atrás, Itzie se llevó la mano a la nariz para burlarse de él, provocando las risitas ahogadas de la sala. El rabino Binder estaba demasiado ocupado en sofocar las tonterías de Ozzie de una vez por todas para preocuparse por las risitas—. Levántate, Oscar. ¿Sobre qué querías preguntarme?

Ozzie eligió una palabra al azar. La que le quedaba más cerca.

—Religión.

—Vaya, ¿ahora sí te acuerdas?

—Sí.

—¿Cuál es la pregunta?

Atrapado, Ozzie escupió lo primero que se le ocurrió.

—¡Por qué Dios no puede hacer lo que se le antoja!

Mientras el rabino Binder se preparaba una respuesta, una respuesta definitiva, Itzie, tres metros por detrás de él, levantó un dedo de la mano izquierda, lo movió con gesto harto significativo hacia la espalda del rabino y casi consiguió que la clase entera se viniera abajo.

El rabino se volvió rápidamente para ver qué había ocurrido y en mitad de la conmoción Ozzie le gritó a la espalda lo que no le habría dicho a la cara. Fue un sonido monótono y fuerte con el timbre de algo que llevaba guardado desde hacía unos seis días.

—¡No lo sabe! ¡No sabe nada sobre Dios!

El rabino se volvió de nuevo hacia Ozzie.

—¿Qué?

—No lo sabe…, no sabe…

—Discúlpate, Oscar, ¡discúlpate! —Era una amenaza.

—No sabe…

La mano del rabino golpeó la mejilla de Ozzie. Quizá sólo pretendiera cerrarle la boca al chico, pero Ozzie se agachó y la palma le dio de lleno en la nariz.

Un chorro de sangre rojo y breve cayó en la pechera de Ozzie.

Siguió un momento de confusión generalizada. Ozzie gritó «¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!» y salió corriendo de clase. El rabino Binder se tambaleó hacia atrás, como si la sangre hubiera empezado a circularle con fuerza en sentido contrario, luego dio un paso torpe hacia adelante y salió en pos de Ozzie. La clase siguió la enorme espalda con traje azul del rabino y antes de que el viejo Blotnik tuviera tiempo de darse la vuelta, la sala estaba vacía y todo el mundo subía a toda velocidad los tres pisos que conducían al tejado.

Si comparásemos la luz del día con la vida del hombre: el amanecer con el nacimiento y el crepúsculo —la desaparición por el horizonte— con la muerte, entonces, cuando Ozzie Freedman se coló por la trampilla del tejado de la sinagoga, coceando como un potro los brazos extendidos del rabino Binder, en ese momento el día tenía cincuenta años de edad. Como regla general, cincuenta o cincuenta y cinco refleja fielmente la edad de las tardes de noviembre puesto que es en ese mes, en esas horas, cuando la percepción de la luz no parece ya una cuestión de visión, sino de oído: la luz se aleja chasqueando. De hecho, cuando Ozzie cerró la trampilla en las narices del rabino, el agudo chasquido del cerrojo se podría haber confundido por un momento con el sonido de un gris más denso que acababa de cruzar zumbando el cielo.

Ozzie se arrodilló cargando todo su peso sobre la puerta cerrada; estaba convencido de que en cualquier momento el rabino la abriría con el hombro, convertiría la madera en astillas y lo catapultaría hacia el cielo. Pero la puerta no se movió y lo único que oyó por debajo de él fueron pies que se arrastraban, primero pasos fuertes y luego débiles, como un trueno al alejarse.

Una pregunta le vino repentinamente a la cabeza. ¿Es posible que éste sea yo? No era una pregunta fuera de lugar para un niño de trece años que acaba de calificar a su líder religioso de hijo de puta, dos veces. La pregunta se le repetía cada vez más fuerte —¿Soy yo? ¿Soy yo?— hasta que descubrió que ya no estaba arrodillado, sino que corría como un loco hacia el borde del tejado; le lloraban los ojos, su garganta chillaba y los brazos se le agitaban en todas direcciones como si no le pertenecieran.

¿Soy yo? ¡Soy yo YO YO YO YO! Tengo que serlo… pero ¿lo soy?

Es la pregunta que un ladrón debe plantearse la noche que fuerza su primera ventana, y se dice que es la pregunta con que los novios se interrogan ante el altar.

En los pocos segundos de locura que le llevó al cuerpo de Ozzie propulsarlo hasta el borde del tejado, su autoexamen empezó a volverse confuso. Al bajar la vista hacia la calle comenzó a hacerse un lío con el problema que subyacía a la pregunta: ¿era soy-yo-el-que-llamó-hijo-de-puta-a-Binder o soy-yo-el-que-brinca-por-el-tejado? Sin

embargo, la escena de abajo lo aclaró todo, porque hay un instante en toda acción en que si eres tú o algún otro es una cuestión meramente teórica. El ladrón se embute el dinero en los bolsillos y sale pitando por la ventana. El novio firma por dos en el registro del hotel. Y el chico del tejado se encuentra una calle llena de gente que lo mira, con los cuellos estirados hacia atrás, los rostros levantados, como si él fuera el techo del planetario Hayden. De repente sabes que eres tú.

—¡Oscar! ¡Oscar Freedman! —Una voz se elevó desde el centro del gentío, una voz que, de haberse visto, se habría parecido a la escritura de los pergaminos—. ¡Oscar Freedman, baja de ahí! ¡Inmediatamente! —El rabino Binder le señalaba con un brazo rígido y al final de dicho brazo, un dedo le apuntaba amenazador. Era la actitud de un dictador, pero uno (los ojos lo confesaban todo) a quien el ayuda de cámara le había escupido en la cara.

Ozzie no contestó. Sólo miró al rabino Binder lo que dura un parpadeo. En cambio sus ojos empezaron a encajar las piezas del mundo de abajo, a separar personas de lugares, amigos de enemigos, participantes de espectadores. Sus amigos rodeaban al rabino Binder, que seguía señalando, en grupitos irregulares parecidos a estrellas. El punto más alto de una de aquellas estrellas compuestas por niños en vez de ángeles era Itzie. Menudo mundo, con todas aquellas estrellas allá abajo y el rabino Binder… Ozzie, que un momento antes no había sido capaz de controlar su propio cuerpo, empezó a intuir el significado del control mundial: sintió Paz y sintió Poder.

—Oscar Freedman, cuento hasta tres y te quiero abajo.

Pocos dictadores cuentan hasta tres para que sus sometidos hagan algo; pero, como siempre, el rabino Binder sólo parecía dictatorial.

—¿Listo, Oscar?

Ozzie dijo que sí con la cabeza, aunque no tenía la menor intención en este mundo —ni en el de abajo ni en el celestial al que acababa de acceder— de bajar, ni siquiera si el rabino Binder contaba hasta un millón.

—Muy bien —dijo el rabino Binder. Se pasó una mano por su pelo negro de Sansón como si tal fuera el gesto prescrito para pronunciar el primer dígito. Luego, cortando un círculo en el cielo con la otra mano, habló.

—¡Uno!

No se oyó ningún trueno. Al contrario, en ese momento, como si «uno» fuera la entrada que había estado esperando, la persona menos atronadora del mundo apareció en la escalinata de la sinagoga. Más que salir por la puerta de la sinagoga, se asomó a la oscuridad exterior. Agarró el pomo de la puerta con una mano y levantó la vista hacia el tejado.

—¡Oy!

La vieja mente de Yakov Blotnik se movía con lentitud, como si llevara muletas,

y aunque no lograba precisar qué hacía el chico en el tejado, sabía que no era nada bueno, es decir, no-era-bueno-para-los-judíos. Para Yakov Blotnik la vida se dividía de forma simple: las cosas eran buenas-para-los-judíos o no-buenas-para-los-judíos.

El viejo se palmeó la mejilla chupada con la mano libre, con suavidad. «¡Oy, Gut!» Y luego, tan rápido como pudo, bajó la cabeza y escudriñó la calle. Estaba el rabino Binder (como un hombre en una subasta con sólo tres mil dólares en el bolsillo, acababa de pronunciar un tembloroso «¡Dos!»), estaban los estudiantes y poco más. De momento no-era-demasiado-malo-para-los-judíos. Pero el chico tenía que bajar inmediatamente, antes de que alguien lo viera. El problema: ¿cómo bajar al chico del tejado?

Cualquiera que haya tenido alguna vez un gato en el tejado sabe cómo bajarlo. Llamas a los bomberos. O primero llamas a la operadora y le preguntas por el número de los bomberos. Y después sigue un gran lío de frenazos y campanas y gritos de instrucciones. Y luego el gato está fuera del tejado. Para sacar a un chico del tejado haces lo mismo.

Es decir, haces lo mismo si eres Yakov Blotnik y una vez tuviste un gato en el tejado.

Cuando llegaron los coches de bomberos, cuatro en total, el rabino Binder había contado cuatro veces hasta tres para Ozzie. Mientras el gran camión grúa daba la vuelta a la esquina, uno de los bomberos saltó en marcha y se lanzó de cabeza hacia la boca de incendios amarilla de delante de la sinagoga. Empezó a desenroscar la tobera superior con una llave inglesa enorme. El rabino Binder se le acercó corriendo y le tiró del hombro.

—No hay ningún fuego…

El bombero farfulló algo por encima del hombro y siguió manipulando la tobera acaloradamente.

—Pero si no hay fuego, no hay ningún fuego… —gritó Binder. Cuando el bombero farfulló otra vez el rabino le asió la cabeza con ambas manos y la apuntó hacia el tejado.

A Ozzie le pareció que el rabino Binder intentaba arrancarle la cabeza al bombero, como si descorchara una botella. No pudo evitar reírse ante la estampa que formaban: era un retrato de familia, rabino con solideo negro, bombero con casco rojo y la pequeña boca de agua agachada a un lado como un hermano menor, con la cabeza descubierta. Desde el borde del tejado Ozzie saludó al retrato, agitando una mano con sorna; al hacerlo se le resbaló el pie derecho. El rabino Binder se cubrió los ojos con las manos.

Los bomberos trabajaban rápido. Antes de que Ozzie hubiera recuperado el equilibrio ya sostenían una gran red amarillenta y redonda sobre el césped de la sinagoga. Los bomberos que la aguantaban miraron a Ozzie con expresión severa,

insensible.

Uno de los bomberos volvió la cabeza hacia el rabino Binder.

—¿Qué le pasa al chico? ¿Está loco o algo así?

El rabino Binder se retiró las manos de los ojos, despacio, dolorido, como si fueran esparadrapo. Luego comprobó: nada en la acera, ningún bulto en la red.

—¿Va a saltar o qué? —gritó el bombero.

Con una voz que en nada recordaba a una estatua, el rabino Binder contestó por fin.

—Sí, sí, creo que sí… Ha amenazado con saltar…

¿Amenazar con saltar? Bueno, la razón por la que estaba en el tejado, recordaba Ozzie, era escapar; ni siquiera se le había ocurrido lo de saltar. Solamente había escapado corriendo y la verdad era que en realidad no se había dirigido hacia el tejado, más bien lo habían empujado hasta allí sus perseguidores.

—¿Cómo se llama el chico?

—Freedman —contestó el rabino Binder—. Oscar Freedman.

El bombero miró a Ozzie.

—¿Qué te ocurre, Oscar? ¿Es que quieres saltar?

Ozzie no contestó. Francamente, antes ni lo había pensado.

—Mira, Oscar, si vas a saltar, salta… y si no vas a saltar, no saltes. Pero no nos hagas perder el tiempo, ¿quieres?

Ozzie miró al bombero y luego al rabino Binder. Quería ver al rabino Binder cubriéndose los ojos otra vez.

—Voy a saltar.

Y correteó por el borde del tejado hasta la punta, donde no le esperaba ninguna red más abajo, y batió los brazos a los lados, haciéndolos silbar en el aire y palmeándose en los pantalones para acentuar el compás. Empezó a gritar como un motor, «Uiiii… uiii…» y a asomar la mitad superior del cuerpo por el borde del tejado. Los bomberos iban de un lado para otro intentando cubrir el suelo con la red. El rabino Binder le murmuró unas palabras a alguien y se cubrió los ojos. Todo ocurrió muy rápido, entrecortadamente, como en una película muda. La muchedumbre, que había llegado con los coches de los bomberos, emitió un largo oooh-aaah de fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Con los nervios nadie le había prestado demasiada atención al gentío salvo, por supuesto, Yakov Blotnik, que contaba cabezas colgado del pomo. «Fier und tsvansik… finf und tsvantsik… Oy, Gut!» No era como con el gato.

El rabino Binder oteó entre los dedos, comprobó la acera y la red. Vacías. Pero allí estaba Ozzie corriendo hasta la otra punta. Los bomberos corrían con él pero no lograban igualarlo. Ozzie podía saltar y aplastarse contra el suelo cuando quisiera y para cuando los bomberos salieran pitando hacia allí, lo único que podrían hacer con

la red sería cubrir el revoltijo.

—Uiii… uiiii…

—Eh, Oscar…

Pero Oscar ya había salido hacia la otra punta, blandiendo sus alas con fuerza. El rabino Binder no podía soportarlo más: los bomberos salidos de ninguna parte, el niño suicida gritón, la red. Cayó de rodillas, exhausto, y con las manos recogidas delante del pecho como una pequeña cúpula, rogó:

—Oscar, detente, Oscar. No saltes, Oscar. Baja, por favor… Por favor, no saltes.

Y desde el fondo de la muchedumbre una voz, una voz joven, gritó una única palabra al chico del tejado.

—¡Salta!

Era Itzie. Ozzie dejó de aletear un momento.

—Adelante, Ozz: ¡salta! —Itzie rompió su punta de la estrella y valerosamente, con la inspiración no de un listillo sino de un discípulo, se desmarcó—. ¡Salta, Ozz, salta!

Todavía de rodillas, con las manos aún recogidas, el rabino Binder se retorció hacia atrás. Miró a Itzie y luego, agonizante, otra vez a Ozzie.

—¡OSCAR, NO SALTES! POR FAVOR, NO SALTES…, por favor, por favor…

—¡Salta! —Esta vez no fue Itzie, sino otra punta de la estrella. Para cuando la señora Freedman llegó a su cita de las cuatro y media con el rabino Binder, todo el pequeño cielo patas arriba le gritaba y le rogaba a Oscar que saltara y el rabino Binder ya no le suplicaba que no saltara, sino que lloraba en la cúpula de sus manos.

Como es comprensible, la señora Freedman no lograba imaginar qué hacía su hijo en el tejado. Así que lo preguntó.

—Ozzie, Ozzie mío, ¿qué haces? Ozzie mío, ¿qué ocurre?

Ozzie dejó de gritar y aminoró el aleteo de los brazos hasta una velocidad de crucero, del tipo que los pájaros adoptan con los vientos suaves, pero no contestó. Se quedó de pie contra el cielo bajo, nublado y cada vez más oscuro —ahora la luz chasqueaba rápidamente, como un motor pequeño—, aleteando suavemente y contemplando a aquel pequeño fardo que era su madre.

—¿Qué estás haciendo, Ozzie? —La señora Freedman se volvió hacia el rabino arrodillado y se acercó tanto que entre su estómago y los hombros de Binder sólo quedó una tira de anochecer del grosor de una hoja de papel—. ¿Qué está haciendo mi niño?

El rabino Binder la miró, pero también él enmudeció. Lo único que movía era la cúpula de sus manos; la sacudía adelante y atrás como un pulso débil.

—Rabino, ¡bájelo de ahí! Se matará. Bájelo, mi único niño…

—No puedo —dijo el rabino Binder—, no puedo… —Y volvió su hermosa cabeza hacia la muchedumbre de niños detrás de él—. Son ellos. Escúchelos.

Y por primera vez la señora Freedman vio a la muchedumbre de niños y oyó lo que bramaban.

—Lo hace por ellos. A mí no me escuchará. Son ellos. —El rabino Binder hablaba como si estuviera en trance.

—¿Por ellos?

—Sí.

—¿Por qué por ellos?

—Ellos quieren que él…

La señora Freedman alzó ambos brazos como si dirigiera el cielo.

—¡Lo hace por ellos! —Y luego, en un gesto más viejo que las pirámides, más viejo que los profetas y los diluvios, dejó caer los brazos a los lados—. Tengo un mártir. ¡Mire! —Ladeó la cabeza hacia el tejado. Ozzie seguía aleteando suavemente —. Mi mártir.

—Oscar, baja, por favor —gimió el rabino Binder.

Con una voz sorprendentemente inalterada, la señora Freedman llamó al chico del tejado.

—Ozzie, baja, Ozzie. No seas un mártir, mi niño.

Como si de una letanía se tratara, el rabino Binder repitió sus palabras:

—No seas un mártir, mi niño. No seas un mártir.

—Adelante, Ozz: ¡sé un Martin! —Era Itzie—. Sé un Martin, sé un Martin. —Y todas las voces se unieron en el canto por el martinio, fuera lo que fuera—. Sé un Martin, sé un Martin…

Por alguna razón cuando estás en un tejado cuanto más oscurece menos oyes. Ozzie solamente sabía que dos grupos querían dos cosas nuevas: sus amigos se mostraban musicales y enérgicos en su petición; su madre y el rabino salmodiaban monótonamente lo que no querían. La voz del rabino ya no iba acompañada de lágrimas, como la de su madre.

La gran red miraba a Ozzie fijamente como un ojo ciego. El gran cielo encapotado empujaba hacia abajo. Desde debajo parecía una chapa ondulada gris. De repente, al mirar ese cielo indiferente, Ozzie comprendió extrañado lo que esa gente, sus amigos, pedía: querían que saltara, que se matara; lo cantaban: tan felices los hacía. Y había otra cosa aún más extraña: el rabino Binder estaba de rodillas, temblando. Si había algo que preguntarse ahora no era «¿Soy yo?», sino «¿Somos nosotros?… ¿Somos nosotros?».

Resultó que estar en el tejado era cosa seria. Si saltaba ¿se convertirían los cantos en baile? ¿Lo harían? ¿Con qué acabaría el salto? Ansiosamente, Ozzie deseó poder rajar el cielo, hundir en él las manos y sacar el sol; y el sol, como una moneda, llevaría impreso SALTAR O NO SALTAR.

Las rodillas de Ozzie se balanceaban y doblaban como si le estuvieran preparando

para zambullirse. Se le tensaron los brazos, rígidos, congelados, desde los hombros hasta la punta de los dedos. Sintió como si cada parte de su cuerpo fuera a votar si debía matarse o no… como si cada parte fuera independiente de él.

La luz dio un chasquido inesperado y la nueva oscuridad, como una mordaza, acalló el canto de los amigos por un lado y la letanía de la madre y el rabino por el otro.

Ozzie paró de contar votos, y con una voz curiosamente aguda, como la de alguien que no estuviera listo para pronunciar un discurso, habló.

—¿Mamá?

—Sí, Oscar.

—Mamá, arrodíllate, como el rabino Binder.

—Oscar…

—Arrodíllate —le dijo— o salto.

Ozzie oyó un quejido, luego un ruido rápido de ropas, y cuando miró abajo hacia donde estaba su madre vio la coronilla de una cabeza y un círculo de vestido por debajo. Estaba arrodillada junto al rabino Binder.

Ozzie habló de nuevo.

—¡Todo el mundo de rodillas!

Se oyó a todo el mundo arrodillarse.

Ozzie miró alrededor. Con una mano señaló hacia la entrada de la sinagoga.

—¡Haced que se arrodille!

Siguió un ruido, no de gente arrodillándose, sino de miembros y ropa estirándose. Ozzie oyó al rabino Binder susurrar con brusquedad «… o se matará» y cuando volvió a mirar, Yakov Blotnik había soltado el pomo de la puerta y por primera vez en su vida estaba de rodillas en la postura gentil para orar.

En cuanto a los bomberos… no es tan difícil como cabría imaginar sostener una red de rodillas.

Ozzie volvió a mirar alrededor; y luego llamó al rabino Binder.

—¿Rabino?

—Sí, Oscar.

—¿Cree en Dios, rabino Binder?

—Sí.

—¿Cree que Dios puede hacer cualquier cosa? —Ozzie asomó la cabeza en la oscuridad—. ¿Cualquier cosa?

—Oscar, yo creo que…

—Dígame que cree que Dios puede hacer cualquier cosa.

Siguió un segundo de duda. Luego:

—Dios puede hacer cualquier cosa.

—Dígame que Dios puede hacer un niño sin que haya relaciones sexuales.

—Puede.

—¡Que me lo diga!

—Dios —admitió el rabino Binder— puede hacer un niño sin que haya relaciones sexuales.

—Haga que lo diga él. —No cabía duda sobre quién era él.

Pasado un momento Ozzie oyó una cómica voz de viejo decirle algo a la oscuridad creciente acerca de Dios.

A continuación Ozzie hizo que todos lo dijeran. Y luego les hizo decir que creían en Jesucristo: primero uno por uno y luego todos juntos.

Cuando acabó la catequesis caía la noche. Desde la calle pareció que el chico del tejado suspiraba.

—¿Ozzie? —se atrevió a decir una voz femenina—. ¿Ahora bajarás?

No hubo respuesta, pero la mujer esperó, y cuando por fin una voz contestó se oyó débil y llorosa, cansada como la de un viejo que acabara de tañer las campanas.

—Mamá, ¿no lo comprendes? No deberías pegarme. Él tampoco debería pegarme. No deberías pegarme por Dios, mamá. No deberías pegar a nadie por Dios…

—Ozzie, por favor, baja.

—Prométemelo, prométeme que no pegarás nunca a nadie por Dios.

Sólo se lo había pedido a su madre pero, por alguna razón, todos los que estaban arrodillados en la calle prometieron que nunca pegarían a nadie por Dios.

Una vez más, se hizo el silencio.

—Ahora puedo bajar, mamá —dijo por fin el chico del tejado. Miró a ambos lados como si comprobara los semáforos de la calle—. Ahora puedo bajar…

Y lo hizo, justo en el centro de la red amarilla que brillaba en el filo de la noche como una aureola demasiado grande.

Traducción de Cruz Rodríguez

Chico de ciudad

—Phillip —dijo ella—, esto es una locura.

Yo no estaba de acuerdo ni en desacuerdo. Ella quería una respuesta. Le mordí el cuello. Me besó la oreja. Eran casi las tres de la mañana. Acabábamos de regresar. El apartamento estaba oscuro y silencioso. Nos encontrábamos en el suelo del salón y ella repitió: «Phillip, esto es una locura». El miriñaque crujió como la carbonilla. El mobiliario se dibujaba en la oscuridad: el canapé, las sillas, una mesa con una lámpara. Los cuadros parecían manchas borrosas en la pared. Pero no había luz, nada que mirar, como si no tuviera ojos. Estaba debajo de mí, ardiente. La alfombra estaba caliente, blanda como el barro, nos hundíamos en ella. El miriñaque crujió como las astillas. Nuestros vientres desnudos entrechocaron. El aire ardía como los pedos. Lo tomé como un aplauso. Las sillas sonreían satisfechas y escupían entre sus patas. La lámpara de araña chasqueaba los dientes. El reloj hacía tictac como si quisiera hacer estallar el cristal. «Phillip», dijo ella. «Esto es una locura.» Una vocecita contraria a sus intenciones. No suficiente como para detenerme. En el pasado había sido hombre de sentimientos. Íbamos a conciertos, paseábamos por el parque, temblábamos en la habitación de la criada. Ahora en el vestíbulo, un instante fugaz de cabellos y zarpas. Nos arrastramos hasta el suelo del salón. Ella decía: «Phillip, esto es una locura». Luego el silencio, excepto en mi cabeza, donde se había organizado una mesa negociadora, repleta de ceniceros. Sacerdotes, ministros y rabinos corrían para coger sitio. Quería su opinión, pero llegó el momento. Se esfumaron. Una voz indecisa, gritando débilmente: «Arrugarás la alfombra, Phillip, romperemos algo…». Sus uñas pellizcaban mi espalda como hormigas. Esperaba un comentario para matar aquello dulcemente. No dijo nada. Respiraba fuerte y tenía mocos en la nariz. Resonaba en mis oídos como banderas al viento. Soñé que estábamos en el Cadillac de su madre, ondeando banderas. Escuché su voz antes de oír las palabras. «Phillip, esto es una locura. Mis padres están en la habitación de al lado.» Su mejilla vibró junto a la mía, sentía sus pechos clavándose como nudillos en mis pezones. Yo ardía. La muerte dulce asesinada. Ardía de odio. Un rabino me señalaba con el dedo. «No deberías odiar.» Me apoyé sobre los codos, burlándome del dolor. Ella sacudió las caderas y tensó los músculos del vientre y del cuello. Dijo: «Muévete». Moverse era una orden. Sus padres estaban a diez metros de distancia. Junto al vestíbulo, entre Utrillos y Vlamincks, si encendía la luz podría verlos detrás de la puerta. Tal vez el señor Cohen, igual que nosotros, estaría ocupado con la parienta. El cabello me acariciaba la mejilla. «Vamos a la habitación de la criada», susurró. Me sentí aliviado. Intentó moverse. La besé en la boca. El miriñaque crujió como el azúcar. Yo era un cerdo y

no podía moverme. El tictac del reloj era histérico. Los tictac se amontonaban como insectos. Sus muslos se sosegaron. Sus dedos recorrían mi cuello como si buscara botones. Se durmió. Me dejé caer como un cerdo aporreado, con los ojos abiertos y los labios colgando. Caí dormido sobre ella, sobre la alfombra, sobre nuestra ropa esparcida.

Las hojas de las persianas seguían sin revelar la luz del amanecer. En mis oídos siseaba su respirar. Yo quería seguir durmiendo, pero necesitaba un cigarrillo. Pensé en la fría avenida, en el solitario trayecto en metro. ¿Dónde podría comprar un periódico, tomar un café? Esto era una locura, un peligro, una pérdida de tiempo. Llegaría la criada, sus padres se despertarían. Tenía que hacer algo. Extendí la mano sobre la alfombra en busca de la camisa, toqué una pata en forma de garra de león, y luego el cable de una lámpara.

Pasos desnudos sobre el entarimado.

Ella se despertó, arañándome el cuello. «Phillip, ¿has oído?» Le susurré: «Tranquila». Mis ojos rodaron como los de Milton. Los muebles aparecían entre las sombras, girando como un remolino. «Dios mío», recé, «que no me pase nada.» Los pasos se desvanecieron. No nos atrevíamos a respirar. El reloj seguía con su tictac. Ella tembló. Presioné mi mejilla contra su boca para impedir que hablara. Escuchamos el crujir del pijama, el respirar flemático, alguien se rascaba la cabeza. Una voz. «Verónica, ¿no crees que ya es hora de que mandes a Phillip a casa?»

En su garganta nació un murmullo de asentimiento que acarició mi mejilla y que se ahogó como un niño en un pozo. Hablaba el señor Cohen. Estaba a un palmo de nuestras piernas. Tal vez menos. Era imposible saberlo. Se rascaba la cabeza. Su voz retumbó en la oscuridad con la pregunta quintaesencial. El señor Cohen, rascándose la entrepierna, estaba más presente que a plena luz de día. Considerable. Ni rastro de su esposa, cuyas energías le mantenían comiendo, durmiendo, dominando la situación. Jugaba al pinacle cuatro noches a la semana. ¿Eran sus palabras? ¿O se trataba del oráculo de la señora Cohen, que yacía insomne, enfadada, esperando que él me echara? Ni respiré. Ni me moví. Marcharía sin respuesta si a lo que venía era a pedir explicaciones. Sus ojos no se habían acostumbrado aún a la oscuridad. No veía bien. Estábamos tendidos a sus pies como gusanos. Se estiró desperezándose y emitió varios sonidos guturales.

Siempre llevamos con nosotros la cuestión de la autoridad. ¿Quién es el responsable de apretar el gatillo, de pulsar los botones, del gas, del fuego? Me asaltaban las dudas. Mi corazón está del lado del intelecto, y me presionaba, como cuando los riñones están llenos de orina. La voz de la señora Cohen acabó con mis dudas, mis sentimientos, mi intelecto. Salía del dormitorio.

—Por el amor de Dios, Morris, no seas banal. Dile a ese tipo que se marche a su casa y que tenga en vela toda la noche a sus padres, si es que los tiene.

Las lágrimas de Verónica resbalaban por mis mejillas. El señor Cohen suspiró, resopló y vociferó:

—Verónica, dile a Phillip… —Su pie pisó mi culo. Me clavó contra su hija. Y yo la clavé contra su alfombra—. No puedo creerlo —dijo.

Caminó como un antílope, levantando las pezuñas sigilosamente hasta la altura de la rodilla, pero pisando fuerte. Consciente del peligro implícito en sus movimientos, impulsivo, lanzando su patada. Su pie me recordó su peso y su carácter, una tonelada de desgraciado dando pisotones, con un nivel de comprensión tan primario que sólo podríamos compararlo con el de las chinches. Que me pisoteen los ejércitos hasta hacerme trizas… Ya gritaré «Cohen» cuando llegue el momento.

Verónica chilló, se contrajo, se agitó, lanzó un alarido, se apretó contra mí, y como una rana liberándose de la mano de un niño me puse en pie, con las piernas abiertas, desnudo y con los ojos abiertos de par en par. La mirada del señor Cohen estaba clavada en la mía. Un secreto compartido. Nos mirábamos como hombres que se conocen accidentalmente en el infierno. Hacía esfuerzos, conteniéndose para no atizarme un bofetón ni protestar:

—No pienso creer ni una palabra.

Verónica dijo:

—¿Papá?

—¿Quién sino, holgazana?

La alfombra se movió. Fui a parar contra las persianas, se rompió el cristal y me di rápidamente la vuelta. Verónica dijo: «Phillip», y salí en pelotas, parecía un gorrión en medio de aquella habitación, aquí, allí, americano primitivo, barroco, rococó. Verónica gimió: «Phillip». Y el señor Cohen gritó: «Le mataré». Me detuve en la puerta, agarrado al pomo. La señora Cohen vociferaba desde el dormitorio: «Morris, ¿se ha roto algo? Contéstame».

—Mataré a ese bastardo.

—Morris, si se rompe algo te pudrirás un mes entero.

—Mamá, cállate ya —dijo Verónica—. Phillip, vuelve.

Hubo un portazo. Estaba fuera, desnudo como un lobo.

Necesitaba serenidad. Sin serenidad la calle resultaba imposible. La sangre me inunda el cerebro, pensé de repente. Caminaré boca abajo. La barba estaba de moda. Levanté las piernas, pulsé el botón del ascensor con un pie, me coloqué frente a la puerta y esperé. Doblé un codo a modo de rodilla. La postura de los modelos, natural, serena. La sangre me bajaba al cerebro, flipaba como con la hierba. Había causado una mala impresión. No había otra forma de entenderlo. De acuerdo. Necesitábamos empezar de nuevo. Como todo el mundo. Aunque pocos son los que saben cuándo llega ese momento. El señor Cohen nunca me había dirigido la palabra; esto era un gran avance. En nuestra relación había habido un falso elemento. Ahora estaba

eliminado. No quería engañarme pensando que el problema era que no tenía nada que decirme. Ya había tenido suficiente con su silencio. Merecía la pena quedarse desnudo para ver lo despiadado que podía llegar a ser mi pensamiento. Lo tenía calado. También a la señora Cohen. Aprendía a cada segundo que pasaba. Era un chico de ciudad. Nada que ver con un pisamierda de Jersey. Yo era el metro, el autobús de la Quinta Avenida. Podía perfectamente ser un poli. Me llamaba Phillip y mi estilo era la ciudad de Nueva York. Pulsé el botón del ascensor con el pie. Cuando llegó al vestíbulo sonó el timbre de aviso y despertó a Ludwig. Venía a por mí, destrozado de sueño. No era la primera vez. Siempre me hacía bajar, me acompañaba a través del vestíbulo y me sacaba a la calle. Como si de él tiraran los cables del ascensor. Retrocedí, consciente de mis genitales colgando al revés. Una consideración absurda; de una forma u otra, éramos dos hombres. Su uniforme reforzaba las distinciones sociales, que desaparecían en cuanto me veía. «Esa cosa que siempre se coloca como no es debido.» «¡Fuera tus pertenencias!» La mejor obra versa sobre un hombre desnudo. Recordé la imagen del rey Lear, desnudo, corriendo por los trigales. Estaría bien. Pensé en el uniforme de Ludwig, sombrero, cuello de tralla. Pretendía ser el reflejo de su autoridad. Tal vez le violentara verme desnudo desde su posición de autoridad. A esas horas le despertaba poca gente. Peor aun, jamás le había dado propina. ¿Había sido yo capaz de tanta indiferencia mes tras mes? Cuando estás en medio de una crisis lo descubres todo. Y luego es demasiado tarde. Incluso te conoces a ti mismo. Necesitamos pasar una crisis diaria. No quise pensar más en eso. Desvié mi mente hacia cosas tangibles. Volví a las sillas, el canapé, la mesa y la lámpara de araña. ¿Dónde estaba mi ropa? Tirada en la alfombra. Tropecé con unos botones, águilas estampadas en latón. Los reconocí como los botones del abrigo de Ludwig. Aguilas, picos como cuchillos, pidiendo a gritos una propina. Jódete, pensé. ¿Quién es Ludwig? Un abrigo enorme, un silbato, guantes blancos y un sombrero al estilo del general MacArthur. Le comprendía perfectamente. Y él, ni empezar a comprenderme podía. Un hombre desnudo resulta misterioso. Pero aparte de eso, ¿qué otra cosa sabía? Quedaba con Verónica Cohen y volvía tarde a casa. ¿Sabía que me había quedado sin trabajo? ¿Que vivía en un barrio pobre del centro? Por supuesto que no.

Seguramente el sombrero ocultaba una mentalidad guarra. Se imaginaría que Verónica y yo manteníamos relaciones sexuales. Y se sentía ofendido. No porque pretendiera gozar de ese privilegio, uniformado y con el sombrero de soldado, sino porque, en cierta manera, se sentía propietario del edificio y de los que en él residían. Yo venía de otro mundo. *El* otro mundo contra el que Ludwig defendía a los habitantes del edificio. Yo era como un ladrón robando a hurtadillas y le convertía en mi cómplice. Socavaba su autoridad, su dedicación. Me despreciaba. Era evidente. Pero nadie piensa en eso. Y me reí pensando en ello. Mis genitales brincaban. Se abrió la puerta del ascensor. No abrió la boca. Entré a paso de foca. La puerta se

cerró. Al instante me avergoncé de mis pensamientos. No tenía ningún derecho. Era un hombre mejor que yo. Su perfil recordaba un aguafuerte de Durero. Buen material del campo. ¿Cómo habría acabado trabajando en esto? La existencia precede la esencia. Controlando el ascensor, silencioso, resistente, me infundió fuerzas para salir a la calle. Tal vez habría salido el sol y los pájaros volaran. Se abrió la puerta. Ludwig me precedió por el vestíbulo. Necesitaba suelas nuevas. La puerta del vestíbulo era media tonelada de vidrio revestida de uvas y hojas de parra de hierro. Poca cosa para Ludwig. Se volvió y me miró a los ojos. Observé cómo se movían sus labios.

—Le diré algo. Lo que haga es su problema. Pero ¿por qué la hace tan desgraciada? No la deja dormir. Tiene ojeras.

Ludwig tenía sentimientos. Y hablaban a los míos. Había un hombre debajo del uniforme. La esencia precede la existencia. Medio dormido, espeso con una ojeras impresionantes, y era capaz de ver, de comprender. La discreción impuesta por su trabajo prohibía cualquier cosa tangible, un jersey, un sombrero. «Ludwig», susurré, «eres un gran tipo.» No me importaba que me oyera o no. Sabía que le había hablado. Sabía que acababa de decirle algo amable. Sonrió, manteniendo la puerta abierta con ambas manos. Salí a la calle. No vi a nadie, puse los pies en el suelo y eché un vistazo al interior a través de los cristales de la puerta. Tal vez por última vez. No quería marchar, me invadía la melancolía. Ludwig se dirigió al sofá situado al fondo del vestíbulo. Se sacó el abrigo, lo enrolló a modo de almohada y se acostó. Era la primera vez que lo veía hacer eso, siempre salía con prisas y marchaba corriendo al metro. Como si la vida del edificio me fuera completamente indiferente. Como un ladrón, de hecho. Cogía el botín y volaba hacia el metro. Me quedé un momento más, observando al bueno de Ludwig y odiándome. Adoptó la postura modesta y piadosa del sueño. Una pierna aquí, la otra allá. Su bondadosa cabeza reposando en el abrigo. El brazo cruzando el estómago, la mano entre las caderas. Cerró la mano en un puño y la movió arriba y abajo.

Bajé por la avenida, pegado a los edificios. Me dedicaría a filosofar después. Ahora quería dormir, olvidar. No me quedaba energía para enfrascarme en complejidades, morales: Ludwig bizqueando, machacando su pelvis en ese precioso vestíbulo. Espejos, macetas de vidrio, ficus de tres metros de altura. Como si él fuera el creador de todo aquello. Como si fuera parte de su trabajo. Me apresuré. Tenía los edificios a mi izquierda, el parque a mi derecha. Todos los edificios tenían portero; y Dios sabe lo que habría en el parque. No había tráfico. No se veía a nadie. Los semáforos centelleaban abajo y arriba de la calle Cincuenta y nueve y más allá. El viento presionaba mi cara como el aliento del señor Cohen. Aborrecible. Imperdonable bajo ninguna circunstancia, un padre maldiciendo a su hija. ¿Por qué? ¿Un sobresalto a medianoche? Freud hablaba de los padres y las hijas. Era demasiado

evidente, demasiado horrible. Me estremecí y aceleré el paso. Eché a correr. En pocos minutos estaba en las escaleras del metro salpicadas de escupitajos. Me esperaban vómitos. Los escupitajos no asustan si vas descalzo. Y de hacerlo, no me quejaría. Eran lo suficientemente desagradables como para levantarme el ánimo. Bajé las escaleras pisando fuerte, pateando, levantando bien los pies en cada escalón. Era un chico de ciudad, sin remilgos y al que no le importaba pegarse los pies con cualquier cosa.

En la taquilla había un negro. Llevaba gafas, camisa blanca, corbata negra de punto y aguja de corbata plateada. Tenía un lunar en la mejilla derecha. Manchas grises en el pelo, como si se hubiera esparcido cenizas. Leía el periódico. No oyó que me acercaba, ni vio cómo le examinaba. Camisa, gafas, corbata…, sabía perfectamente cómo dirigirme a él. Tosí. Levantó la vista.

—No llevo dinero, señor. Déjeme pasar, por favor. Paso por aquí cada semana y le juro que le pagaré la próxima vez.

Me miró, simplemente. Y su mirada se encendió. Por instinto, me imaginé lo que sentía. Nada de favores a los blancos. Nada de poner en entredicho su lealtad con las autoridades por mi culpa.

—Eh, tío, ¿vas desnudo?

—Sí.

—Échate un poco hacia atrás.

Retrocedí.

—Estás desnudo.

Asentí con la cabeza.

—Saca tu jodido culo desnudo de aquí.

—Señor —dije—, ya sé que corren tiempos difíciles, ¿pero no podríamos ser un poco razonables? Ya sé que…

—Vamos, tío, lárgate.

Me agaché como si estuviera a punto de saltar el torniquete de entrada. Él también se agachó. Vendría a por mí. Me encogí y salí corriendo hacia las escaleras. La ciudad era infinita. Había otros metros. ¿Por qué se había enfadado tanto? ¿Me habría tomado por un pervertido? Tal vez yo andaba corriendo desnudo por ahí simplemente para enojarle. De no ser así, su enfado resultaba incomprensible. Me había hecho sentir como un pervertido. Primero un ladrón, luego un pervertido. Necesitaba un cigarrillo. Apenas podía respirar. El aire fresco me iría bien. Verónica estaba en lo alto de la escalera, mirando hacia abajo. Traía mi ropa.

—Pobre, pobre —decía.

Yo no dije nada. Agarré los calzoncillos y me los puse. Tenía el tabaco preparado. Intenté encender un cigarrillo pero se apagó la cerilla. Tiré al suelo el cigarrillo y la caja de cerillas. Ella lo recogió mientras me vestía. Me encendió un cigarrillo y me

sujetó por el codo para que pudiera mantener el equilibrio. Cogí el cigarrillo en cuanto acabé de vestirme. Volvimos hacia su casa. La palabra «gracias» me atravesaba la cabeza como un clavo. Se mordió el labio.

—¿Qué tal en casa? —Mi voz sonó hosca y tranquila, como si la respuesta no me importara en absoluto.

—Bien —respondió, con mi mismo tono de voz. Me imitaba a menudo. A veces me gustaba que lo hiciera, otras no. Y ahora no me había gustado. Descubrí que estaba enfadado. No tenía ni idea de que estaba enfadado hasta que ella habló. Arrojé el cigarrillo en la cuneta y, de repente, supe por qué. No la amaba. El cigarrillo chisporroteó en la cuneta. Como la verdad. No la amaba. Cabello negro, ojos verdes, no la amaba. Piernas esbeltas. No. La noche anterior la había mirado y me dije: «Odio el comunismo». Lo que quería ahora era pisotearle la cabeza. Sólo eso. Y si era un pensamiento perverso, pues bien, que lo fuera. No me daba ningún miedo reconocerlo.

—¿Bien? ¿De verdad? ¿No me mientes?

Bla, bla, bla. ¿Quién hacía esas preguntas? Un zombi; no el Phillip del vestíbulo y la alfombra. Ése murió durante la fuga. Lo sentía mucho, lo sentía mucho, de verdad, pero vestido de nuevo sabía que determinados sentimientos no sobrevivirían la humillación. Lo tenía tan claro que me asustaba. Tal vez ella también se sintiera como yo. Tendría que aceptarlo, en cualquier caso. La naturaleza de los tiempos. Somos criaturas históricas. Verónica y yo habíamos acabado. Antes de llegar a la puerta de su casa se lo diría. Las palabras me saldrían con toda naturalidad, le harían daño. Verónica, permíteme que te pisotee la cabeza o hemos terminado. Tal vez habremos terminado igualmente. Su mirada sería más profunda, aportaría cierta filosofía al único rasgo encantador de su cara. Amanecía. Un nuevo día. Cruel, pero el cambio es cruel. Yo podría soportarlo. El amor es infinito y único. Las mujeres no. Ni los hombres. La condición humana. Casi insoportable.

—No, no es cierto —dijo ella.

—¿El qué?

—Que las cosas van bien en casa.

Asentí con la cabeza, un gesto de inteligencia, suspiré.

—Por supuesto que no. Dime la verdad, por favor. No quiero oír nada más.

—Papá ha tenido un infarto.

—Oh, Dios —grité—. Dios mío, no.

Le cogí la mano, cayó. La dejo caer. Volví a cogerla. No había manera. La dejé así. La dejó colgando entre los dos. Nos miramos. Dijo:

—¿Qué ibas a decir? Ibas a decir algo.

Seguí mirándola sin decir nada.

—No te sientas culpable, Phillip. Volvamos a casa y tomemos un café.

—No sé qué decir.

—No digas nada. Está en el hospital y mi madre está con él. Subamos y no digas nada.

—No digas nada. ¿Vamos a tomarnos un café como imbéciles virtuosos y no decir nada? ¿Qué somos? ¿Nihilistas o algo similar? ¿Asesinos? ¿Monstruos?

—Phillip, no hay nadie en casa. Prepararé café y unos huevos…

—¿Y qué tal rosbif? ¿Queda rosbif en la nevera?

—Phillip, es *mi* padre.

Estábamos en la puerta. Di una sacudida. Estaba en trance. Esto era la vida. ¡Muerte!

—De acuerdo, tu padre. Lo aceptaré. No puedo hacer menos.

—Phillip, calla. Ludwig.

Se abrió la puerta. Saludé a Ludwig. ¿Qué sabía él de la vida y la muerte? Un uniforme, un vestíbulo tranquilo…, eso es la vida y la muerte. Se acercó a los mandos del ascensor.

—Siempre con la mano en los botones, ¿eh, Ludwig?

Verónica sonrió tímidamente, agradecida. Le gustaba verme en esas situaciones. Ludwig dijo:

—Efectivamente.

—Ludwig es nuestro portero desde hace muchos años, Phillip. Desde que yo era pequeña.

—Uauh —repliqué.

—Tiene razón.

Se abrió la puerta. Verónica dijo:

—Gracias, Ludwig.

Y yo dije:

—Gracias, Ludwig.

—De nada.

—De nada, a veces no entiendo cómo hablas. Ludwig, ¿cuánto tiempo llevas en este país?

Verónica tenía la llave en la cerradura.

—¿Cuándo aprenderás a hablar americano, chico?

—Phillip, ven aquí.

—Estoy hablando con Ludwig.

—Ven aquí ahora mismo.

—Tengo que irme, Ludwig.

Ella fue directa al baño. Yo me quedé esperando en el pasillo, entre Vlamincks y Utrillos. Los Utrillos eran pálidos y planos. Los Vlamincks eran gruesos, retorcidos y rojos. Carne cruda en una pared, rocas secas en la otra. A la señora Cohen le gustaban

los contrastes. Oí los sollozos de Verónica. Había abierto el grifo del lavabo, lloraba, se sentó, meó. Vio que la miraba y cerró la puerta de una patada.

—En un momento así…

—No me gusta que me mires.

—¿Y entonces por qué dejas la puerta abierta? La verdad es que ni tú misma sabes lo que quieres.

—Vete, Phillip. Espérame en el salón.

—Pero dime ¿por qué has dejado la puerta abierta?

—Phillip, vas a volverme loca. Vete. No puedo hacer nada contigo ahí de pie.

En el salón empecé a encontrarme mejor. El canapé, la lámpara de araña y la alfombra eran buena compañía. El señor Cohen estaba en todas partes, una presencia difusa. Jugueteaba con la calderilla del bolsillo, miraba por la ventana y estaba feliz de ver el parque. Dio uno de sus pequeños pasos de antílope y empecé a llorar. Era una más de sus plañideras. El rabino decía lo de siempre: el señor Cohen era generoso, bueno, querido por su esposa y por su hija. «¿Cuánto pesaría?», grité. Sonó el teléfono.

Verónica se dirigió corriendo hacia el recibidor. La seguí y permanecí a su lado mientras cogía el teléfono. Me quedé ahí quieto, tieso como un perchero. Gimoteaba: «Sí, sí…». Yo asentía con la cabeza sí, sí, pensando que era mejor que no, no. Colgó el auricular.

—Era mi madre. Papá está bien. Mamá se quedará con él en el hospital y volverán mañana a casa.

Me miró a los ojos. Fijamente, como si los míos fueran tan planos y opacos como los suyos. Y lentamente, y con voz de estúpido, le dije:

—¿Se puede hacer eso? ¿Pasar la noche en el hospital acompañando a un paciente? ¿Dormir en su habitación?

Ella seguía mirándome a los ojos. Me encogí de hombros y bajé la vista. Me agarró por la camisa. Susurró. Dije:

—¿Qué? —susurró de nuevo.

—Fóllame.

El tictac del reloj recordaba un partido de criquet. Los Vlamincks salpicaban sangre. Nos hundimos en la alfombra como si fueran arenas movedizas.

Traducción de Isabel Murillo Fort

Tres rosas amarillas

Chejov. La noche del 22 de marzo de 1897, en Moscú, salió a cenar con su amigo y confidente Alexei Suvorin. Suvorin, editor y magnate de la prensa, era un reaccionario, un *self-made man* cuyo padre había sido soldado raso en Borodino. Al igual que Chejov, era nieto de un siervo. Tenían eso en común: sangre campesina en las venas. Pero tanto política como temperamentalmente se hallaban en las antípodas. Suvorin, sin embargo, era uno de los escasos íntimos de Chejov, y Chejov gustaba de su compañía.

Naturalmente, fueron al mejor restaurante de la ciudad, un antiguo palacete llamado L'Ermitage (establecimiento en el que los comensales podían tardar horas —la mitad de la noche incluso— en dar cuenta de una cena de diez platos en la que, como es de rigor, no faltaban los vinos, los licores y el café). Chejov iba, como de costumbre, impecablemente vestido: traje oscuro con chaleco. Llevaba, cómo no, sus eternos quevedos. Aquella noche tenía un aspecto muy similar al de sus fotografías de ese tiempo. Estaba relajado, jovial. Estrechó la mano del maître y echó una ojeada al vasto comedor. Las recargadas arañas anegaban la sala de un vivo fulgor. Elegantes hombres y mujeres ocupaban las mesas. Los camareros iban y venían sin cesar. Acababa de sentarse a la mesa, frente a Suvorin, cuando repentinamente, sin el menor aviso previo, empezó a brotarle sangre de la boca. Suvorin y dos camareros lo acompañaron al cuarto de baño y trataron de detener la hemorragia con bolsas de hielo. Suvorin lo llevó luego a su hotel, e hizo que le prepararan una cama en uno de los cuartos de su suite. Más tarde, después de una segunda hemorragia, Chejov se avino a ser trasladado a una clínica especializada en el tratamiento de la tuberculosis y afecciones respiratorias afines. Cuando Suvorin fue a visitarlo días después, Chejov se disculpó por el «escándalo» del restaurante tres noches atrás, pero siguió insistiendo en que su estado no era grave. «Reía y bromeaba como de costumbre», escribe Suvorin en su diario, «mientras escupía sangre en un aguamanil.»

Maria Chejov, su hermana menor, fue a visitarlo a la clínica los últimos días de marzo. Hacía un tiempo de perros; una tormenta de aguanieve se abatía sobre Moscú, y las calles estaban llenas de montículos de nieve apelmazada. Maria consiguió a duras penas parar un coche de punto que la llevase al hospital. Y llegó llena de temor y de inquietud.

«Anton Pavlovich yacía boca arriba», escribe Maria en sus *Memorias*. «No le permitían hablar. Después de saludarle, fui hasta la mesa a fin de ocultar mis emociones.» Sobre ella, entre botellas de champaña, tarros de caviar y ramos de flores enviados por amigos deseosos de su restablecimiento, Maria vio algo que la

aterrorizó: un dibujo hecho a mano —obra de un especialista, era evidente— de los pulmones de Chejov. (Era de este tipo de bosquejos que los médicos suelen trazar para que los pacientes puedan ver en qué consiste su dolencia.) El contorno de los pulmones era azul, pero sus mitades superiores estaban coloreadas de rojo. «Me di cuenta de que eran ésas las zonas enfermas», escribe Maria.

También Leon Tolstoi fue una vez a visitarlo. El personal del hospital mostró un temor reverente al verse en presencia del más eximio escritor del país. (¿El hombre más famoso de Rusia?) Pese a estar prohibidas las visitas de toda persona ajena al «núcleo de los allegados», ¿cómo no permitir que viera a Chejov? Las enfermeras y médicos internos, en extremo obsequiosos, hicieron pasar al barbudo anciano de aire fiero al cuarto de Chejov. Tolstoi, pese al bajo concepto que tenía del Chejov autor de teatro («¿Adónde le llevan sus personajes», le preguntó a Chejov en cierta ocasión. «Del diván al trastero, y del trastero al diván»), apreciaba sus narraciones cortas. Además —y tan sencillo como eso—, lo amaba como persona. Había dicho a Gorki: «Qué bello, qué espléndido ser humano. Humilde y apacible como una jovencita. Incluso anda como una jovencita. Es sencillamente maravilloso». Y escribió en su diario (todo el mundo llevaba un diario o dietario en aquel tiempo): «Estoy contento de amar… a Chejov».

Tolstoi se quitó la bufanda de lana y el abrigo de piel de oso y se dejó caer en una silla junto a la cama de Chejov. Poco importaba que el enfermo estuviera bajo medicación y tuviera prohibido hablar, y más aún mantener una conversación. Chejov hubo de escuchar, lleno de asombro, cómo el conde disertaba acerca de sus teorías sobre la inmortalidad del alma. Recordando aquella visita, Chejov escribiría más tarde: «Tolstoi piensa que todos los seres (tanto humanos como animales) seguiremos viviendo en un *principio* (razón, amor…) cuya esencia y fines son algo arcano para nosotros… De nada me sirve tal inmortalidad. No la entiendo, y Lev Nikolaievich se asombraba de que no pudiera entenderla».

A Chejov, no obstante, le produjo una honda impresión el solícito gesto de aquella visita. Pero, a diferencia de Tolstoi, Chejov no creía, jamás había creído, en una vida futura. No creía en nada que no pudiera percibirse a través de cuando menos uno de los cinco sentidos. En consonancia con su concepción de la vida y la escritura, carecía —según confesó en cierta ocasión— de «una visión del mundo filosófica, religiosa o política. Cambia todos los meses, así que tendré que conformarme con describir la forma en que mis personajes aman, se desposan, procrean y mueren. Y cómo hablan».

Unos años atrás, antes de que le diagnosticaran la tuberculosis, Chejov había observado: «Cuando un campesino es víctima de la consunción, se dice a sí mismo: “No puedo hacer nada. Me iré en la primavera, con el deshielo”». (El propio Chejov moriría en verano, durante una ola de calor.) Pero, una vez diagnosticada su afección,

Chejov trató siempre de minimizar la gravedad de su estado. Al parecer estuvo persuadido hasta el final de que lograría superar su enfermedad del mismo modo que se supera un catarro persistente. Incluso en sus últimos días parecía poseer la firme convicción de que seguía existiendo una posibilidad de mejoría. De hecho, en una carta escrita poco antes de su muerte, llegó a decirle a su hermana que estaba «engordando» y que se sentía mucho mejor desde que estaba en Badenweiler.

Badenweiler era un pequeño balneario y centro de recreo situado en la zona occidental de la Selva Negra, no lejos de Basilea. Se divisaban los Vosgos casi desde cualquier punto de la ciudad, y en aquellos días el aire era puro y tonificador. Los rusos eran asiduos de sus baños termales y de sus apacibles bulevares. En el mes de junio de 1904 Chejov llegaría a Badenweiler para morir.

A principios de aquel mismo mes había soportado un penoso viaje en tren de Moscú a Berlín. Viajó con su mujer, la actriz Olga Knipper, a quien había conocido en 1898 durante los ensayos de *La gaviota*. Sus contemporáneos la describen como una excelente actriz. Era una mujer de talento, físicamente agraciada y casi diez años más joven que el dramaturgo. Chejov se había sentido atraído por ella de inmediato, pero era lento de acción en materia amorosa. Prefirió, como era habitual en él, el flirteo al matrimonio. Al cabo, sin embargo, de tres años de un idilio lleno de separaciones, cartas e inevitables malentendidos, contrajeron matrimonio en Moscú, el 25 de mayo de 1901, en la más estricta intimidad. Chejov se sentía enormemente feliz. La llamaba «mi poney», y a veces «mi perrito» o «mi cachorro». También le gustaba llamarla «mi pavita» o sencillamente «mi alegría».

En Berlín Chejov había consultado a un reputado especialista en afecciones pulmonares, el doctor Karl Ewald. Pero, según un testigo presente en la entrevista, el doctor Ewald, tras examinar a su paciente, alzó las manos al cielo y salió de la sala sin pronunciar una palabra. Chejov se hallaba más allá de toda posibilidad de tratamiento, y el doctor Ewald se sentía furioso consigo mismo por no poder obrar milagros y con Chejov por haber llegado a aquel estado.

Un periodista ruso, tras visitar a los Chejov en su hotel, envió a su redactor jefe el siguiente despacho: «Los días de Chejov están contados. Parece mortalmente enfermo, está terriblemente delgado, tose continuamente, le falta el resuello al más leve movimiento, su fiebre es alta». El mismo periodista había visto al matrimonio Chejov en la estación de Potsdam cuando se disponían a tomar el tren para Badenweiler. «Chejov», escribe, «subía a duras penas la pequeña escalera de la estación. Hubo de sentarse durante varios minutos para recobrar el aliento.» De hecho, a Chejov le resultaba doloroso incluso moverse: le dolían constantemente las piernas, y tenía también dolores en el vientre. La enfermedad le había invadido los intestinos y la médula espinal. En aquel instante le quedaba menos de un mes de vida. Cuando hablaba de su estado, sin embargo —según Olga—, lo hacía con «una casi

irreflexiva indiferencia».

El doctor Schwöhrer era uno de los muchos médicos de Badenweiler que se ganaba cómodamente la vida tratando a una clientela acaudalada que acudía al balneario en busca de alivio a sus dolencias. Algunos de sus pacientes eran enfermos y gente de salud precaria, otros simplemente viejos o hipocondríacos. Pero Chejov era un caso muy especial: un enfermo desahuciado en fase terminal. Y un personaje muy famoso. El doctor Schwöhrer conocía su nombre: había leído algunas de sus narraciones cortas en una revista alemana. Durante el primer examen médico, a primeros de junio, el doctor Schwöhrer le expresó la admiración que sentía por su obra, pero se reservó para sí mismo el juicio clínico. Se limitó a prescribirle una dieta de cacao, harina de avena con mantequilla fundida y té de fresa. El té de fresa ayudaría al paciente a conciliar el sueño.

El 13 de junio, menos de tres semanas antes de su muerte, Chejov escribió a su madre diciéndole que su salud mejoraba: «Es probable que esté completamente curado dentro de una semana». ¿Qué podía empujarle a decir eso? ¿Qué es lo que pensaba realmente en su fuero interno? También él era médico, y no podía ignorar la gravedad de su estado. Se estaba muriendo: algo tan simple e inevitable como eso. Sin embargo, se sentaba en el balcón de su habitación y leía guías de ferrocarril. Pedía información sobre las fechas de partida de barcos que zarpaban de Marsella rumbo a Odessa. Pero *sabía*. Era la fase terminal: no podía no saberlo. En una de las últimas cartas que habría de escribir, sin embargo, decía a su hermana que cada día se encontraba más fuerte.

Hacía mucho tiempo que había perdido todo afán de trabajo literario. De hecho, el año anterior había estado casi a punto de dejar inconclusa *El jardín de los cerezos*. Esa obra teatral le había supuesto el mayor esfuerzo de su vida. Cuando la estaba terminando apenas lograba escribir seis o siete líneas diarias. «Empiezo a desanimarme», escribió a Olga. «Siento que estoy acabado como escritor. Cada frase que escribo me parece carente de valor, inútil por completo.» Pero siguió escribiendo. Terminó la obra en octubre de 1903. Fue lo último que escribiría en su vida, si se exceptúan las cartas y unas cuantas anotaciones en su libreta.

El 2 de julio de 1904, poco después de medianoche, Olga mandó llamar al doctor Schwöhrer. Se trataba de una emergencia: Chejov deliraba. El azar quiso que en la habitación contigua se alojaran dos jóvenes rusos que estaban de vacaciones. Olga corrió hasta su puerta a explicar lo que pasaba. Uno de ellos dormía, pero el otro, que aún seguía despierto fumando y leyendo, salió precipitadamente del hotel en busca del doctor Schwöhrer. «Aún puedo oír el sonido de la grava bajo sus zapatos en el silencio de aquella sofocante noche de julio», escribiría Olga en sus memorias. Chejov tenía alucinaciones: hablaba de marinos, e intercalaba retazos inconexos de algo relacionado con los japoneses. «No debe ponerse hielo en un estómago vacío»,

dijo cuando su mujer trató de ponerle una bolsa de hielo sobre el pecho.

El doctor Schwöhrer llegó y abrió su maletín sin quitar la mirada de Chejov, que jadeaba en la cama. Las pupilas del enfermo estaban dilatadas, y le brillaban las sienes a causa del sudor. El semblante del doctor Schwöhrer se mantenía inexpresivo, pues no era un hombre emotivo, pero sabía que el fin del escritor estaba próximo. Sin embargo, era médico, debía hacer —lo obligaba a ello un juramento— todo lo humanamente posible, y Chejov, si bien muy débilmente, todavía se aferraba a la vida. El doctor Schwöhrer preparó una jeringuilla y una aguja y le puso una inyección de alcanfor destinada a estimular su corazón. Pero la inyección no surtió ningún efecto (nada, obviamente, habría surtido efecto alguno). El doctor Schwöhrer, sin embargo, hizo saber a Olga su intención de que trajeran oxígeno. Chejov, de pronto, pareció reanimarse. Recobró la lucidez y dijo quedamente: «¿Para qué? Antes de que llegue seré un cadáver».

El doctor Schwöhrer se atusó el gran mostacho y se quedó mirando a Chejov, que tenía las mejillas hundidas y grisáceas, y la tez cérea. Su respiración era áspera y ronca. El doctor Schwöhrer supo que apenas le quedaban unos minutos de vida. Sin pronunciar una palabra, sin consultar siquiera con Olga, fue hasta el pequeño hueco donde estaba el teléfono mural. Leyó las instrucciones de uso. Si mantenía apretado un botón y daba vueltas a la manivela contigua al aparato, se pondría en comunicación con los bajos del hotel, donde se hallaban las cocinas. Cogió el auricular, se lo llevó al oído y siguió una a una las instrucciones. Cuando por fin le contestaron, pidió que subieran una botella del mejor champaña que hubiera en la casa. «¿Cuántas copas?», preguntó el empleado. «¡Tres copas!», gritó el médico en el micrófono. «Y dese prisa, ¿me oye?» Fue uno de esos excepcionales momentos de inspiración que luego tienden a olvidarse fácilmente, pues la acción es tan apropiada al instante que parece inevitable.

Trajo el champaña un joven rubio, con aspecto de cansado y el pelo desordenado y en punta. Llevaba el pantalón del uniforme lleno de arrugas, sin el menor asomo de raya, y en su precipitación se había atado un botón de la casaca en una presilla equivocada. Su apariencia era la de alguien que se estaba tomando un descanso (hundido en un sillón, pongamos, dormitando) cuando de pronto, a primeras horas de la madrugada, ha oído sonar al aire, a lo lejos —santo cielo—, el sonido estridente del teléfono, e instantes después se ha visto sacudido por un superior y enviado con una botella de Moët a la habitación 211. «¡Y date prisa, ¿me oyes?!»

El joven entró en la habitación con una bandeja de plata con el champaña dentro de un cubo de plata lleno de hielo y tres copas de cristal tallado. Habilitó un espacio en la mesa y dejó el cubo y las tres copas. Mientras lo hacía estiraba el cuello para tratar de atisbar la otra pieza, donde alguien jadeaba con violencia. Era un sonido desgarrador, pavoroso, y el joven se volvió y bajó la cabeza hasta hundir la barbilla

en el cuello. Los jadeos se hicieron más desaforados y roncos. El joven, sin percatarse de que se estaba demorando, se quedó unos instantes mirando la ciudad anochecida a través de la ventana. Entonces advirtió que el imponente caballero del tupido mostacho le estaba metiendo unas monedas en la mano (una gran propina, a juzgar por el tacto), y al instante siguiente vio ante sí la puerta abierta del cuarto. Dio unos pasos hacia el exterior y se encontró en el descansillo, donde abrió la mano y miró las monedas con asombro.

De forma metódica, como solía hacerlo todo, el doctor Schwöhrer se aprestó a la tarea de descorchar la botella de champaña. Lo hizo cuidando de atenuar al máximo la explosión festiva. Sirvió luego las tres copas y, con gesto maquinal debido a la costumbre, metió el corcho a presión en el cuello de la botella. Luego llevó las tres copas hasta la cabecera del moribundo. Olga soltó momentáneamente la mano de Chejov (una mano, escribiría más tarde, que le quemaba los dedos). Colocó otra almohada bajo su nuca. Luego le puso la fría copa de champaña contra la palma, y se aseguró de que sus dedos se cerraran en torno al pie de la copa. Los tres intercambiaron miradas: Chejov, Olga, el doctor Schwöhrer. No hicieron chocar las copas. No hubo brindis. ¿En honor de qué diablos iban a brindar? ¿De la muerte? Chejov hizo acopio de las fuerzas que le quedaban y dijo: «Hacía tanto tiempo que no bebía champaña…». Se llevó la copa a los labios y bebió. Uno o dos minutos después Olga le retiró la copa vacía de la mano y la dejó encima de la mesilla de noche. Chejov se dio la vuelta en la cama y se quedó tendido de lado. Cerró los ojos y suspiró. Un minuto después dejó de respirar.

El doctor Schwöhrer cogió la mano de Chejov, que descansaba sobre la sábana. Le tomó la muñeca entre los dedos y sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco, y mientras lo hacía abrió la tapa. El segundero se movía despacio, muy despacio. Dejó que diera tres vueltas alrededor de la esfera a la espera del menor indicio de pulso. Eran las tres de la madrugada, y en la habitación hacía un bochorno sofocante. Badenweiler estaba padeciendo la peor ola de calor conocida en muchos años. Las ventanas de ambas piezas permanecían abiertas, pero no había el menor rastro de brisa. Una enorme mariposa nocturna de alas negras surcó el aire y fue a chocar con fuerza contra la lámpara eléctrica. El doctor Schwöhrer soltó la muñeca de Chejov. «Ha muerto», dijo. Cerró el reloj y volvió a metérselo en el bolsillo del chaleco.

Olga, al instante, se secó las lágrimas y comenzó a sosegarse. Dio las gracias al médico por haber acudido a su llamada. Él le preguntó si deseaba algún sedante, láudano, quizá, o unas gotas de valeriana. Olga negó con la cabeza. Pero quería pedirle algo: antes de que las autoridades fueran informadas y los periódicos conocieran el luctuoso desenlace, antes de que Chejov dejara para siempre de estar a su cuidado, quería quedarse a solas con él un largo rato. ¿Podía el doctor Schwöhrer ayudarla? ¿Mantendría en secreto, durante apenas unas horas, la noticia de aquel

óbito?

El doctor Schwöhrer se acarició el mostacho con un dedo. ¿Por qué no? ¿Qué podía importar, después de todo, que el suceso se hiciera público unas horas más tarde? Lo único que quedaba por hacer era extender la partida de defunción, y podría hacerlo por la mañana en su consulta, después de dormir unas cuantas horas. El doctor Schwöhrer movió la cabeza en señal de asentimiento y recogió sus cosas. Antes de salir, pronunció unas palabras de condolencia. Olga inclinó la cabeza. «Ha sido un honor», dijo el doctor Schwöhrer. Cogió el maletín y salió de la habitación. Y de la Historia.

Fue entonces cuando el corcho saltó de la botella. Se derramó sobre la mesa un poco de espuma de champaña. Olga volvió junto a Chejov. Se sentó en un taburete y cogió su mano. De cuando en cuando le acariciaba la cara. «No se oían voces humanas, ni sonidos cotidianos», escribiría más tarde. «Sólo existía la belleza, la paz y la grandeza de la muerte.»

Se quedó junto a Chejov hasta el alba, cuando el canto de los tordos empezó a oírse en los jardines de abajo. Luego oyó ruidos de mesas y sillas: alguien las trasladaba de un sitio a otro en alguno de los pisos de abajo. Pronto le llegaron voces. Y entonces llamaron a la puerta. Olga sin duda pensó que se trataba de algún funcionario, el médico forense, por ejemplo, o alguien de la policía que formularía preguntas y le haría rellenar formularios, o incluso (aunque no era muy probable) el propio doctor Schwöhrer acompañado del dueño de alguna funeraria que se encargaría de embalsamar a Chejov y repatriar a Rusia sus restos mortales.

Pero era el joven rubio que había traído el champaña unas horas antes. Ahora, sin embargo, llevaba los pantalones del uniforme impecablemente planchados, la raya nítidamente marcada y los botones de la ceñida casaca verde perfectamente abrochados. Parecía otra persona. No sólo estaba despierto, sino que sus llenas mejillas estaban bien afeitadas y su pelo domado y peinado. Parecía deseoso de agradar. Sostenía entre las manos un jarrón de porcelana con tres rosas amarillas de largo tallo. Le ofreció las flores a Olga con un airoso y marcial taconazo. Ella se apartó de la puerta para dejarle entrar. Estaba allí —dijo el joven— para retirar las copas, el cubo del hielo y la bandeja. Pero también quería informarle de que, debido al extremo calor de la mañana, el desayuno se serviría en el jardín. Confiaba asimismo en que aquel bochorno no les resultara en exceso fastidioso. Y lamentaba que hiciera un tiempo tan agobiante.

La mujer parecía distraída. Mientras el joven hablaba apartó la mirada y la fijó en algo que había sobre la alfombra. Cruzó los brazos y se cogió los codos con las manos. El joven, entretanto, con el jarrón entre las suyas a la espera de una señal, se puso a contemplar detenidamente la habitación. La viva luz del sol entraba a raudales por las ventanas abiertas. La habitación estaba ordenada; parecía poco utilizada aún,

casi intocada. No había prendas tiradas encima de las sillas; no se veían zapatos ni medias ni tirantes ni corsés. Ni maletas abiertas. Ningún desorden ni embrollo, en suma; nada sino el cotidiano y pesado mobiliario. Entonces, viendo que la mujer seguía mirando al suelo, el joven bajó también la mirada, y descubrió al punto el corcho cerca de la punta de su zapato. La mujer no lo había visto: miraba hacia otra parte. El joven pensó en inclinarse para recogerlo, pero seguía con el jarrón en las manos y temía parecer aún más inoportuno si ahora atraía la atención hacia su persona. Dejó de mala gana el corcho donde estaba y levantó la mirada. Todo estaba en orden, pues, salvo la botella de champaña descorchada y semivacía que descansaba sobre la mesa junto a dos copas de cristal. Miró en torno una vez más. A través de una puerta abierta vio que la tercera copa estaba en el dormitorio, sobre la mesilla de noche. Pero ¡había alguien aún acostado en la cama! No pudo ver ninguna cara, pero la figura acostada bajo las mantas permanecía absolutamente inmóvil. Una vez percatado de su presencia, miró hacia otra parte. Entonces, por alguna razón que no alcanzaba a entender, lo embargó una sensación de desasosiego. Se aclaró la garganta y desplazó su peso de una pierna a otra. La mujer seguía sin levantar la mirada, seguía encerrada en su mutismo. El joven sintió que la sangre afluía a sus mejillas. Se le ocurrió de pronto, sin reflexión previa alguna, que tal vez debía sugerir una alternativa al desayuno en el jardín. Tosió, confiando en atraer la atención de la mujer, pero ella ni lo miró siquiera. Los distinguidos huéspedes extranjeros, dijo, podían desayunar en sus habitaciones si ése era su deseo. El joven (su nombre no ha llegado hasta nosotros, y es harto probable que perdiera la vida en la primera gran guerra) se ofreció gustoso a subir él mismo una bandeja. Dos bandejas, dijo luego, volviendo a mirar —ahora con mirada indecisa— en dirección al dormitorio.

Guardó silencio y se pasó un dedo por el borde interior del cuello. No comprendía nada. Ni siquiera estaba seguro de que la mujer le hubiera escuchado. No sabía qué hacer a continuación; seguía con el jarrón entre las manos. La dulce fragancia de las rosas le anegó las ventanillas de la nariz, e inexplicablemente sintió una punzada de pesar. La mujer, desde que había entrado él en el cuarto y se había puesto a esperar, parecía absorta en sus pensamientos. Era como si durante todo el tiempo que él había permanecido allí de pie, hablando, desplazando su peso de una pierna a otra, con el jarrón en las manos, ella hubiera estado en otra parte, lejos de Badenweiler. Pero ahora la mujer volvía en sí, y su semblante perdía aquella expresión ausente. Alzó los ojos, miró al joven y sacudió la cabeza. Parecía esforzarse por entender qué diablos hacía aquel joven en su habitación con tres rosas amarillas. ¿Flores? Ella no había encargado ningunas flores.

Pero el momento pasó. La mujer fue a buscar su bolso y sacó un puñado de monedas. Sacó también unos billetes. El joven se pasó la lengua por los labios fugazmente: otra propina elevada, pero ¿por qué? ¿Qué esperaba de él aquella mujer?

Nunca había servido a ningún huésped parecido. Volvió a aclararse la garganta.

No quería el desayuno, dijo la mujer. Todavía no, en todo caso. El desayuno no era lo más importante aquella mañana. Pero necesitaba que le prestara cierto servicio. Necesitaba que fuera a buscar al dueño de una funeraria. ¿Entendía lo que le decía? El señor Chejov había muerto, ¿lo entendía? *Comprenez-vous?* ¿Eh, joven? Anton Chejov estaba muerto. Ahora atiéndeme bien, dijo la mujer. Quería que bajara a recepción y preguntara dónde podía encontrar al empresario de pompas fúnebres más prestigioso de la ciudad. Alguien de confianza, escrupuloso con su trabajo y de temperamento reservado. Un artesano, en suma, digno de un gran artista. Aquí tienes, dijo luego, y le encajó en la mano los billetes. Diles ahí abajo que quiero que seas tú quien me preste este servicio. ¿Me escuchas? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

El joven se esforzó por comprender el sentido del encargo. Prefirió no mirar de nuevo en dirección al otro cuarto. Ya había presentido antes que algo no marchaba bien. Ahora advirtió que el corazón le latía con fuerza bajo la casaca, y que empezaba a aflorarle el sudor en la frente. No sabía hacia dónde dirigir la mirada. Deseaba dejar el jarrón en alguna parte.

Por favor, haz esto por mí, dijo la mujer. Te recordaré con gratitud. Diles ahí abajo que he insistido. Di eso. Pero no llames la atención innecesariamente. No atraigas la atención ni sobre tu persona ni sobre la situación. Diles únicamente que tienes que hacerlo, que yo te lo he pedido… y nada más. ¿Me oyes? Si me entiendes, asiente con la cabeza. Pero sobre todo que no cunda la noticia. Lo demás, todo lo demás, la conmoción y todo eso…, llegará muy pronto. Lo peor ha pasado. ¿Nos estamos entendiendo?

El joven se había puesto pálido. Estaba rígido, aferrado al jarrón. Acertó a asentir con la cabeza.

Después de obtener la venia para salir del hotel, debía dirigirse discreta y decididamente, aunque sin precipitaciones impropias, hacia la funeraria. Debía comportarse exactamente como si estuviera llevando a cabo un encargo muy importante, y nada más. De hecho *estaba llevando a cabo* un encargo muy importante, dijo la mujer. Y, por si podía ayudarle a mantener el buen temple de su paso, debía imaginar que caminaba por una acera atestada llevando en los brazos un jarrón de porcelana —un jarrón lleno de rosas— destinado a un hombre importante. (La mujer hablaba con calma, casi en un tono de confidencia, como si le hablara a un amigo o a un pariente.) Podía decirse a sí mismo incluso que el hombre a quien debía entregar las rosas le estaba esperando, que quizá esperaba con impaciencia su llegada con las flores. No debía, sin embargo, exaltarse y echar a correr, ni quebrar la cadencia de su paso. ¡Que no olvidara el jarrón que llevaba en las manos! Debía caminar con brío, comportándose en todo momento de la manera más digna posible. Debía seguir caminando hasta llegar a la funeraria y detenerse ante la puerta.

Levantaría luego la aldaba y la dejaría caer una, dos, tres veces. Al cabo de unos instantes, el propio patrono de la funeraria bajaría a abrirle.

Sería un hombre sin duda cuarentón, o incluso cincuentón, calvo, de complexión fuerte, con gafas de montura de acero montadas casi sobre la punta de la nariz. Sería un hombre recatado, modesto, que formularía tan sólo las preguntas más directas y esenciales. Un mandil. Sí, probablemente llevaría un mandil. Puede que se secara las manos con una toalla oscura mientras escuchaba lo que se le decía. Sus ropas despedirían un tufillo de formaldehído, pero perfectamente soportable, y al joven no le importaría en absoluto. El joven era ya casi un adulto, y no debía sentir miedo ni repulsión ante esas cosas. El hombre de la funeraria le escucharía hasta el final. Era sin duda un hombre comedido y de buen temple, alguien capaz de ahuyentar en lugar de agravar los miedos de la gente en este tipo de situaciones. Mucho tiempo atrás llegó a familiarizarse con la muerte, en todas sus formas y apariencias posibles. La muerte, para él, no encerraba ya sorpresas, ni soterrados secretos. Éste era el hombre cuyos servicios se requerían aquella mañana.

El maestro de pompas fúnebres coge el jarrón de las rosas. Sólo en una ocasión durante el parlamento del joven se despierta en él un destello de interés, de que ha oído algo fuera de lo ordinario. Pero cuando el joven menciona el nombre del muerto, las cejas del maestro se alzan ligeramente. ¿Chejov, dices? Un momento, en seguida estoy contigo.

¿Entiendes lo que te estoy diciendo?, le dijo Olga al joven. Deja las copas. No te preocupes por ellas. Olvida las copas de cristal y demás, olvida todo eso. Deja la habitación como está. Ahora ya todo está listo. Estamos ya listos. ¿Vas a ir?

Pero en aquel momento el joven pensaba en el corcho que seguía en el suelo, muy cerca de la punta de su zapato. Para recogerlo tendría que agacharse sin soltar el jarrón de las rosas. Eso es lo que iba a hacer. Se agachó. Sin mirar hacia abajo. Cogió el corcho, lo encajó en el hueco de la palma y cerró la mano.

Traducción de Jesús Zulaika

El manejo del dolor

Una mujer que no conozco está preparando té a la manera india en mi cocina. Hay un montón de mujeres que no conozco en mi cocina, susurrando y moviéndose con mucha discreción. Abren puertas, hurgan en la despensa y procuran no preguntarme dónde están guardadas las cosas. Me hacen pensar en cuando mis hijos eran pequeños, el día de la Madre, o cuando Vikram y yo estábamos cansados, y nos preparaban grandes tortillas medio crudas. Yo me quedaba en la cama fingiendo que no los oía.

El doctor Sharma, el tesorero de la Sociedad Indocanadiense, me arrastra hasta el pasillo. Quiere saber si estoy agobiada por el dinero. Su mujer, que acaba de subir del sótano con una bandeja de tazas y vasos vacíos, lo reprende.

—No molestes a la señora Bhave con detalles mundanos.

Está tan monstruosamente preñada que debe de haber salido de cuentas hace días. Le digo que no debería cargar cosas pesadas.

—Shaila —dice sonriendo—, éste es el quinto.

Luego coge a un adolescente por el faldón de la camisa. Éste se quita los walkman de la cabeza. Tiene que ser uno de sus cuatro hijos, todos tienen la misma frente abollada y sentenciada.

—¿Cuál es la versión oficial ahora? —quiere saber ella.

El niño vuelve a ponerse los auriculares.

—Se andan con evasivas, madre. Están diciendo que podría ser un accidente o una bomba terrorista.

Los chicos llevan toda la mañana murmurando: bomba sij, bomba sij. Los hombres, sin pronunciar la palabra, asienten con la cabeza. La señora Sharma se lleva una mano a la frente al oír tal palabra. Al menos han parado de hablar de los detritos del espacio y los láser rusos.

En el comedor hay dos radios encendidas. Están sintonizadas con distintas emisoras. Alguien debe de haberlas bajado de los dormitorios de los niños. Yo no he entrado en ellos desde que Kusum cruzó corriendo el jardín delantero en albornoz. Estaba tan graciosa que le abrí la puerta riendo.

El gran televisor del estudio zumba a través de los canales americanos y los canales por cable.

—¡Maldita sea! —exclama un hombre con amargura—. ¿Cómo pueden estos predicadores seguir como si no hubiera pasado nada?

Quiero decirle que no somos tan importantes. Echas un vistazo al público, al predicador con su túnica azul y su bonito pelo blanco, a las palmeras plantadas en

macetas bajo un cielo azul, y sabes que todo les trae sin cuidado.

El teléfono suena sin parar. El doctor Sharma se ha hecho cargo de él.

—Estamos con ella —no deja de decir—. Sí, sí, el doctor le ha dado calmantes. Sí, sí, los calmantes están teniendo el efecto necesario.

Me pregunto si las pastillas solas explican esta calma. No paz, sino un silencio aislante. Siempre he sabido dominarme, pero nunca me he reprimido. El sonido me alcanza, pero tengo el cuerpo en tensión, listo para gritar. Oigo sus voces a mi alrededor. Oigo a los niños y a Vikram gritar: «¡Mamá!», «¡Shaila!», y sus gritos me aíslan, como unos auriculares.

La mujer que ha puesto agua a hervir cuenta una y otra vez su historia.

—Fui la primera en recibir la noticia. Mi primo me llamó de Halifax antes de las seis de la mañana, ¿os lo imagináis? Se había levantado para rezar sus oraciones, y su hijo estaba estudiando para sus exámenes de medicina y oyó en un canal de rock que había pasado algo a un avión. Primero dijeron que había desaparecido del radar, como si una goma gigante lo hubiera alcanzado. Su padre me llamó por teléfono, de modo que le dije: ¿Qué quieres decir con «algo»? ¿Un secuestro? Y él dijo, *behn*, aún no han confirmado nada, pero pregunta a tus vecinos, porque van muchos en ese avión. De modo que telefoneé inmediatamente a la pobre Kusum. Sabía que su marido y su hija tenían billetes para ayer.

Kusum vive al otro lado de la calle enfrente de mí. Ella y Satish se habían mudado hacía menos de un mes. Dijeron que necesitaban una casa más grande. Toda esta gente, los Sharma y los amigos de la Sociedad Indocanadiense, habían asistido a la fiesta de inauguración de la casa. Satish y Kusum prepararon tandoori casero en su gran parrilla de gas y hasta los vecinos blancos se llenaron los platos hasta arriba de ese pollo rojo chillón, chamuscado y jugoso. Su hija más pequeña había bailado, y hasta nuestros hijos se habían despegado de la transmisión de la Copa Stanley para hacer acto de presencia de mala gana. Todo el mundo hizo fotos para sus álbumes y para los periódicos de la comunidad —otra de nuestras familias había tenido éxito en Toronto—, y ahora me pregunto cuántas de esas caras felices han desaparecido.

—¿Por qué nos da Dios tantas cosas si desde el principio se propone arrebatárnoslas? —me pregunta Kusum.

Asiento. Estamos sentadas en las escaleras enmoquetadas, con las manos cogidas como niñas.

—Ni una sola vez le dije que le quería —digo yo. Había sido tan bien educada que nunca me sentí cómoda llamando a mi marido por su nombre de pila.

—No te preocupes —dice Kusum—. Él lo sabía. Mi marido lo sabía. Lo notaban. Las chicas modernas tienen que decirlo porque lo que sienten es falso.

La hija de Kusum, Pam, entra corriendo con una bolsa de fin de semana. Lleva su uniforme de McDonald’s.

—¡Mamá! ¡Tienes que vestirte! —El pánico le vuelve hosca—. Un periodista viene para aquí.

—¿Por qué?

—¿Quieres hablar con él en albornoz? —Empieza a peinar el pelo largo de su madre. Ella es la hija que siempre está en apuros. Sale con chicos canadienses y frecuenta el centro comercial, comprando jerséis ceñidos. La menor, la santurrona según Pam, la que tiene una voz tan dulce que cuando cantó *bhajans* para recaudar fondos para Etiopía hasta un hombre ahorrador como mi marido extendió un talón de cien dólares, *ella* estaba en ese avión. Iba a pasar julio y agosto con los abuelos porque Pam no quería ir. Pam dijo que prefería trabajar como camarera en un McDonald's. «Si se trata de escoger entre Bombay y el País de las Maravillas, me quedo con el País de las Maravillas», había dicho.

—Déjame en paz —grita Kusum—. ¿Sabes qué me gustaría hacer? Si no tuviera que cuidar de ti ahora me ahorcaría.

La joven cara de Pam enrojece de dolor.

—Gracias —dice—, no dejes que te detenga.

—Shhh. —La preñada señora Sharma regaña a Pam—. Deja tranquila a tu madre. El señor Sharma se ocupará de los periodistas y rellenará los formularios. Él dirá lo que haya que decirse.

Pam se mantiene en sus trece.

—¿Crees que no sé lo que está pensando mamá? *Por qué*, eso es lo que está pensando. ¡Es de mal gusto! A mamá le gustaría que mi hermana pequeña estuviera viva y yo muerta.

La mano de Kusum en la mía está temblorosamente caliente. Seguimos sentadas en las escaleras.

Telefonea antes de venir, preguntando si necesito algo. Se llama Judith Templeton y es una representante del gobierno provincial.

—¿Multiculturalismo? —pregunto yo.

Y ella responde que «en parte», pero que su circunscripción es más amplia.

—Me han dicho que usted conocía a mucha gente que iba en ese vuelo —dice—. Tal vez si accediera a ayudarnos a llegar a los demás…

Ella me da tiempo al menos para poner a hervir agua para el té y ordenar la sala de estar. Tengo varias samosas de la fiesta de inauguración de Kusum que podría freír, pero luego pienso: ¿por qué prolongar esta visita?

Judith Templeton es mucho más joven de lo que me ha parecido por teléfono. Viste un traje azul, camisa blanca y corbata de topos. Lleva el pelo rubio muy corto, y sus únicas joyas son unos pendientes de perla en forma de gota. Su maletín, de un brillante cordobán, está nuevo y tiene aspecto caro. Está sentada con él en el regazo. Cuando mira por las ventanas a la calle, las lentillas parecen flotar delante de sus ojos

azul pálido.

—¿Qué clase de ayuda quiere de mí? —pregunto. Ha rehusado el té, por cortesía, pero yo insisto, junto con varias galletas algo pasadas.

—No tengo experiencia —reconoce ella—. Quiero decir que tengo un máster en Asistencia Social y he trabajado en conexión con víctimas de accidentes, pero no tengo experiencia con una tragedia a esta escala…

—¿Quién va a tenerla? —pregunto yo.

—…y con las complicaciones de cultura, idioma y costumbres. Alguien mencionó que la señora Bhave es un pilar…, porque se lo ha tomado con más calma.

Al oír esto tal vez frunzo el entrecejo, porque ella alarga una mano y casi me coge la mía.

—Espero que comprenda lo que quiero decir, señora Bhave. Hay cientos de personas en Metro directamente afectadas como usted, y algunas no hablan inglés. Hay varias viudas que nunca han manejado dinero o cogido un autobús, y padres ancianos que todavía no han comido o salido de sus cuartos. Varias casas y apartamentos han sido saqueados. Algunas esposas siguen histéricas, y algunos maridos están en estado de shock y profunda depresión. Queremos ayudar, pero tenemos las manos atadas en muchos sentidos. Hay dinero que distribuir, y documentos legales…, estas cosas hay que hacerlas. Contamos con intérpretes, pero no siempre tenemos el toque humano, o tal vez el toque humano adecuado. No queremos cometer errores, señora Bhave, por eso queremos pedirle que nos ayude.

—Más errores, querrá decir —digo yo.

—Los asuntos policiales no están en mis manos —responde.

—Nada de lo que pueda hacer yo cambiará nada —digo—. Cada uno debe llorar a su manera.

—Pero usted lo está llevando muy bien. Todo el mundo ha dicho: La señora Bhave es la persona más fuerte de todas. Tal vez si los demás la vieran y hablaran con usted, eso los ayudaría.

—Según los criterios de la gente a la que usted llama histérica, me estoy comportando de manera muy rara y muy mala, señorita Templeton. —Quiero decirle: Ojalá pudiera gritar, matarme de hambre, meterme en el lago Ontario, tirarme de un puente—. No me verían como un modelo. Yo no me veo como modelo.

Soy un bicho raro. Nadie que me conozca me imaginaría reaccionando de esta manera. Esta terrible calma se niega a abandonarme.

Ella me pregunta si puede volver a telefonearme, a mi regreso del largo viaje que todos debemos hacer.

—Por supuesto —digo—. No tenga reparos en llamar, a cualquier hora.

Cuatro días más tarde encuentro a Kusum acuclillada en una roca que domina una bahía de Irlanda. No es una roca grande, pero sobresale bruscamente por encima del

agua. Es lo más cerca de ellos que podremos llegar nunca. Las brisas de junio le hinchan el sari y le desprenden de las horquillas el pelo, que le llega a las rodillas. Tiene la expresión desconcertada de una criatura del mar que se ha quedado encallada con las mareas.

Han transcurrido cien horas desde que Kusum cruzó mi jardín tambaleándose y gritando. Mientras esperábamos en el hospital, hemos oído contar muchas historias. La policía y los diplomáticos nos dicen cosas creyendo que somos fuertes, que saber nos ayuda a llorar las muertes, y tal vez sea así. Algunos, lo sé, prefieren no saber, o sus propias versiones. El avión se partió en dos, dicen. Los pasajeros perdieron el conocimiento al instante. Nadie sufrió. Mis niños debían de haber acabado de desayunar. Les encantaba comer en los aviones, les encantaba el tamaño pequeño de los platos, cuchillos y tenedores. El año pasado se guardaron el salero y el pimentero de la compañía aérea. Media hora más y habrían llegado a Heathrow.

Kusum dice que no podemos escapar de nuestro destino. Dice que toda esa gente, nuestros maridos, mis hijos, su hija con voz de ruiseñor, todos esos hindúes, cristianos, sijs, musulmanes, parsis y ateos que iban en ese avión, estaban destinados a morir juntos a poca distancia de esa bonita bahía. Se lo ha dicho una *swami* de Toronto.

Me tomo mi valium.

Seis de los «familiares» —dos viudas y cuatro viudos— hemos preferido pasar el día de hoy junto al mar en lugar de permanecer sentados en una sala de hospital, examinando fotografías de los cadáveres. He visto veintisiete fotos en dos días. Se muestran muy amables con nosotros, los irlandeses son muy comprensivos. A veces esa comprensión significa poner a nuestra disposición un autocar turístico para hacer esta excursión a la bahía, para que podamos fingir que vemos a nuestros seres queridos a través de las olas cristalinas o en las formas de las nubes moteadas por el sol.

Podría morir aquí también y ser feliz.

—¿Qué es eso de allá? —Kusum está de pie, agitando las manos, y por un momento veo aparecer entre las olas la forma de una cabeza. Ella está de pie en el agua, yo en la roca. La marea está baja, y una roca redonda y negra, del tamaño de una cabeza, acaba de alzarse de las olas. Ella se vuelve, con el bajo del sari goteando y arruinado, y en su cara hay un resquicio de esperanza, como lo había en la mía hace cien horas, riendo aún, pero sabiendo en el fondo que sólo la mayor tragedia juntaría a dos mujeres a las seis de la mañana de un domingo. Observo cómo las facciones se le relajan en una expresión vacía.

—El agua estaba tibia, Shaila —dice por fin.

—No puedes —digo yo—. Tenemos que esperar a que llegue nuestra hora.

Llevo cuatro días sin probar bocado, sin cepillarme los dientes.

—Lo sé —dice ella—. Me digo a mí misma que no tengo derecho a llorar. Están en un lugar mejor. Mi *swami* dice que debería alegrarme por ellos. Dice que la depresión es muestra de egoísmo.

Tal vez soy egoísta. Egoístamente me separo de Kusum y echo a correr, golpeando las piedras con las sandalias, hasta la orilla del agua. ¿Y si mis hijos no están inmovilizados bajo los restos del avión? ¿Y si no se han quedado encallados una milla por debajo de esa franja de mar picado, azul e inocente? ¿Y si a causa de las fuertes corrientes…?

Me he estropeado el sari, uno de los mejores que tengo. Kusum se ha reunido conmigo, metida hasta las rodillas en el agua que me parece una piscina. Podría sentarme en el agua, y mi marido me cogería la mano y los niños me salpicarían agua a la cara sólo para verme gritar.

—¿Te acuerdas de lo bien que nadaban mis hijos, Kusum?

—Vi las medallas —responde ella.

Uno de los viudos, el doctor Ranganathan de Montreal, se acerca a nosotras con los zapatos en la mano. Es ingeniero electrónico. Alguien del hotel mencionó que su trabajo es famoso en todo el mundo, algo acerca del lugar donde se dan cita la física y la electricidad. Ha perdido una gran familia, algo indescriptible.

—Con un poco de suerte —me sugiere—, un buen nadador podría llegar sin problema a alguna isla. Es perfectamente posible que haya muchas, muchos islotes microscópicos desperdigados alrededor.

—¿No lo dice por decir? —Le hablo al doctor Ranganathan de Vinod, mi hijo mayor. El año pasado empezó también clases de buceo.

—Es el deber de un padre esperar —dice él—. Es una tontería descartar posibilidades que no han sido demostradas. Yo mismo no he perdido la esperanza.

Kusum está sollozando otra vez.

—Querida señora —dice él, asiéndole el brazo con la mano libre. Y ella se calma —. ¿Cuántos años tiene Vinod? —Es muy prudente, como todos. *Tiene*, no *tenía*.

—Catorce. Ayer cumplió catorce años. Su padre y su tío iban a llevarlo al Taj y organizarle una gran fiesta de cumpleaños. Yo no pude ir con ellos porque no puedo tomarme dos semanas de vacaciones en junio en mi estúpido trabajo. Tramito facturas en una agencia de viajes y junio es un mes en el que se viaja mucho.

El doctor Ranganathan vacía los bolsillos de su americana. Rosas chafadas, de tonos rosados cada vez más oscuros, flotan en el agua. Las ha arrancado de algún jardín. No ha pedido permiso a nadie, pero hace poco ha salido en los periódicos locales un artículo sobre ello. Cuando vean a una persona india, denle flores, por favor.

—Un joven fuerte de catorce años —dice él— tiene muchas posibilidades de tirar de otra más joven hasta un lugar seguro.

Mis hijos, aunque se llevan cuatro años, están muy unidos. Vinod no dejaría que Mithun se ahogara. *Ingeniería eléctrica*, pienso, estúpidamente tal vez: este hombre sabe secretos importantes del universo, cosas próximas a mí. El alivio me deja mareada. Con razón no han aparecido las fotografías de mis hijos en la galería de fotos de los cadáveres rescatados.

—Qué rosas más bonitas —comento.

—A mi mujer le encantaban las rosas de color rosa. Cada viernes tenía que llevar a casa un ramo. Yo le decía: ¿Por qué? ¿Después de veintitantos años de matrimonio todavía necesitas una prueba concluyente de mi amor? —Ha identificado a su mujer y a tres de sus hijos. Luego a otros de Montreal, los afortunados, familias intactas sin ningún superviviente. Suelta una risita mientras regresa andando por el agua a la orilla. Luego se vuelve para hacerme una pregunta—: Señora Bhave, ¿quiere arrojar rosas a sus seres queridos? Me quedan dos grandes.

Pero tengo otras cosas que arrojar: la calculadora de bolsillo de Vinod; un aeromodelo B-52 medio pintado por mi Mithun. Lo querrán en su isla. ¿Y para mi marido? Para él dejo caer en las aguas tranquilas y cristalinas un poema que escribí ayer en el hospital. Por fin sabrá lo que siento por él.

—No se caiga, las rocas están resbaladizas —previene el doctor Ranganathan. Me tiende una mano.

Luego es hora de volver al autocar, hora de volver apresuradamente a nuestros puestos de espera en los bancos del hospital.

Kusum se cuenta entre los afortunados. Los afortunados han volado hasta aquí, han identificado por triplicado a sus seres queridos, y a continuación volarán con los cuerpos a la India para realizar allí las ceremonias adecuadas. Satish es uno de los pocos varones que salió a la superficie. Las fotos de las caras que hemos visto en las paredes de una oficina en Heathrow, y aquí, en el hospital, son en su mayoría de mujeres. Las mujeres tienen más grasa en el cuerpo, me explicó una monja con tono práctico. Flotan mejor.

Hoy me ha detenido por la calle un marinero joven. Había cargado cadáveres, y se había metido en el agua cuando —comprueba mi cara en busca de signos de fortaleza— se avistaron los primeros tiburones. Yo no me sonrojo y él se derrumba.

—No se preocupe —le digo—. Gracias. —Me he enterado de lo de los tiburones por el doctor Ranganathan. En su mente metódica, la ciencia genera comprensión, no suscita terror. Es el deber del tiburón. Para cada ciervo hay un cazador, para cada pez un pescador.

Los irlandeses no son tímidos; se acercan corriendo a mí y me dan un abrazo, algunos de ellos llorando. No puedo imaginar reacciones semejantes en las calles de Toronto. Son perfectos desconocidos, y eso me conmueve. Algunos llevan consigo flores que dan a cada indio que ven.

Después de almorzar me aferra un policía a quien he llegado a conocer bastante bien. Dice que cree haber encontrado a Vinod. Le explico lo excelente nadador que es Vinod.

—¿Quiere que esté con usted mientras mira las fotos? —El doctor Ranganathan entra delante de mí en la galería de fotos. En estos asuntos es un científico, y yo le estoy agradecida. Es una nueva perspectiva—. Han hecho milagros —dice—. Estamos en deuda con ellos.

Los primeros dos días los policías nos enseñaron las fotos de una en una; ahora tienen prisa, están impacientes por amortajar a los posibles, hasta a los probables.

La cara de la foto es la de un chico muy parecido a Vinod; los mismos ojos inteligentes, las mismas cejas espesas en forma de V. Pero las facciones, hasta las mejillas, están más hinchadas, más anchas y más blandas.

—No. —Otras fotografías atraen mi mirada. Hay otros cinco chicos que se parecen a Vinod.

La monja encargada de consolarme recorre la primera fotografía con la punta de un dedo.

—Cuando llevan un tiempo en el agua, señora, parecen un poco más pesados.

«Los huesos están rotos debajo de la piel», me dijeron el primer día. «Trate de acoplar sus recuerdos. Es importante.»

—No es él. Soy su madre. Lo sabría.

—¡Conozco a éste! —exclama de pronto el doctor Ranganathan al fondo de la galería—. ¡Y a éste! —Creo que nota que no quiero encontrar a mis hijos—. Son los hermanos Kutty. También eran de Montreal. —No quiero llorar. Al contrario, estoy eufórica. En el hotel tengo mi maleta llena de ropa seca para mis hijos.

El policía se echa a llorar.

—Lo siento tanto, señora. De verdad que creía que lo habíamos encontrado.

Precedidos por la monja y con el policía detrás, los desafortunados sin los cuerpos de nuestros hijos salimos en fila de la galería improvisada.

De Irlanda, la mayoría continuamos hasta la India. Kusum y yo tomamos el mismo vuelo directo a Bombay, para que yo pueda ayudarla a pasar rápidamente la aduana. Pero tenemos que vérnoslas con un hombre uniformado. Éste tiene en la cara grandes furúnculos que se le hinchan y brillan de sudor mientras discutimos con él. Pretende que Kusum espere en la cola y se niega a asumir la autoridad porque su jefe se ha tomado un descanso. Pero Kusum se niega a perder de vista los ataúdes y yo no voy a abandonarla, aunque sé que mis padres, ancianos y diabéticos, deben de estar esperando dentro de un coche mal ventilado en un aparcamiento abrasador.

—¡Eh, cabrón! —grito al hombre de los furúnculos a punto de reventar. Otros pasajeros se apretujan contra mí—. ¿Cree que estamos pasando contrabando en esos ataúdes?

Hubo una vez en que éramos mujeres bien educadas; éramos esposas sumisas que íbamos con la cabeza cubierta con un velo y hablábamos con voz tímida y dulce.

En la India me vuelvo, una vez más, la hija única de unos padres adinerados y achacosos. Vienen a darme el pésame viejos amigos de la familia. Algunos de ellos son sij, y, sin querer, me encojo por dentro. Mis padres son personas progresistas; no echan la culpa a las comunidades de unos pocos individuos.

En Canadá es otro cantar.

—Quédate más tiempo —me ruega mi madre—. En Canadá hace frío. ¿Qué vas a hacer allá sola?

Me quedo. Pasan tres meses. Luego otro.

—¡Vikram no habría querido que renunciaras a nada! —protestan. Llaman a mi marido por el nombre con que nació. En Toronto se lo cambió por el de Vik, para que a los compañeros que trabajaban con él en la oficina les pareciera tan fácil como Rod o Chris—. ¿Sabes?, los muertos no están separados de nosotros.

Mi abuela, la consentida hija de un zamindar rico, se afeitó la cabeza con cuchillas oxidadas cuando se quedó viuda a los dieciséis años. Mi abuelo murió de diabetes infantil a los diecinueve, y ella se vio a sí misma como presagio de mal agüero. Mi madre creció sin padres y fue educada con indiferencia por un tío mientras su verdadera madre dormía en un cobertizo detrás de la casa principal y comía con los criados. Se hizo racionalista. Mis padres aborrecían la mortificación fútil.

La hija del zamindar siguió creyendo obstinada en los rituales védicos; mis padres se rebelaron. Yo estoy atrapada entre dos formas de sabiduría. A los treinta y seis años, soy demasiado vieja para volver a empezar, demasiado joven para rendirme. Como el espíritu de mi marido, voy y vengo entre mundos.

Cortejando la afasia nos dedicamos a viajar. Viajamos con nuestra falange de criados y parientes pobres. A estaciones de montaña y a centros de turismo en el mar. Jugamos a bridge-contrato en polvorientos clubes. Subimos a lomos de pequeños y gruesos ponies por senderos de montaña que se medio derrumban. En té-bailes dejamos que nos den dos vueltas alrededor de la pista. Llegamos a los lugares santos para los que no habíamos tenido tiempo antes. En Varanasi, Kalighat, Rishikesh, Hardwar, astrólogos y quirománticos me buscan y por una tarifa me ofrecen consuelos cósmicos.

A los viudos que hay entre nosotros ya les están presentando a candidatas para una nueva esposa. Ellos no pueden resistir la llamada de la costumbre, la autoridad de sus padres y hermanos mayores. Deben casarse; es el deber de un hombre cuidar de una esposa. Las nuevas esposas serán jóvenes viudas con hijos, en la penuria pero de buena familia. Serán esposas afectuosas, pero los hombres las rehuirán. He recibido

llamadas de esos hombres por las crepitantes líneas telefónicas indias. «Sálvame», me dicen esos acaudalados, cultos y exitosos cuarentones. «Mis padres me están concertando una boda.» En un mes habrán enterrado a una familia y regresado a Canadá con una nueva esposa y parte de la familia.

Yo tengo relativamente suerte. A nadie se le ocurre buscar un marido para una desafortunada viuda.

Entonces, el tercer día del sexto mes de esta odisea, en un templo abandonado de un diminuto pueblo del Himalaya, mientras hago mis ofrendas de flores y confites al dios de una tribu de animistas, mi marido desciende hasta mí. Está acuclillado junto a un *sadhu* escuálido y con una túnica apolillada. Vikram lleva el traje color vainilla que llevaba la última vez que lo abracé. El *sadhu* arroja pétalos sobre la llama de una lámpara de mantequilla, recitando mantras en sánscrito, y se aparta las moscas de la cara. Mi marido me coge las manos entre las suyas.

Eres hermosa, empieza a decir. Luego: *¿Qué estás haciendo aquí? ¿Debo quedarme*?, pregunto. Él se limita a sonreír, pero la imagen ya se está desvaneciendo. *Debes terminar sola lo que empezamos juntos*. Ninguna alga le adorna la boca. Habla demasiado deprisa, como solía hacer cuando éramos una familia envidiada en nuestro apartamento construido en dos niveles. Ha desaparecido.

En la sala del altar, sin ventanas y llena de humo de varillas de incienso y lámparas de mantequilla, una mano sudada busca a tientas mi blusa. No grito. El *sadhu* se coloca bien la túnica. Las lámparas sisean y chisporrotean.

Cuando salimos del templo, mi madre me pregunta:

—¿Has sentido algo extraño allí dentro?

Mi madre no tiene paciencia con los fantasmas, los sueños proféticos, los hombres santos y los cultos.

—No —miento—. Nada.

Pero ella sabe que me ha perdido. Sabe que en unos días me marcharé.

Kusum ha puesto en venta su casa. Quiere vivir en un ashram en Hardwar. Mudarse a Hardwar fue idea de su *swami*. Su *swami* lleva dos ashrams, uno en Hardwar y otro aquí, en Toronto.

—No huyas —le digo.

—No estoy huyendo —dice ella—. Estoy buscando paz interior. ¿Crees que tú o ese Ranganathan estáis mejor?

Pam se marcha a California. Quiere trabajar de modelo, dice. Dice que en cuanto reciba su parte del dinero del seguro, abrirá un estudio de yoga y aeróbic en Hollywood. Me envía postales tan descaradas que no me atrevo a dejarlas en la mesa de centro. Su madre ha renunciado a ella y al mundo.

Los demás no perdemos el contacto, de eso se trata. Hablar es todo lo que nos queda, dice el doctor Ranganathan, que también se ha enfrentado a sus parientes y

regresado solo a Montreal y a su trabajo. ¿Con quién mejor hablar que con otros familiares?, dice. Hemos sido fundidos de nuevo en una nueva tribu.

Me llama dos veces a la semana desde Montreal. Cada miércoles por la noche y cada sábado por la tarde. Está cambiando de empleo, se va a Ottawa. Pero Ottawa está a más de ciento sesenta kilómetros de distancia y se ve obligado a conducir trescientos cincuenta kilómetros al día. No se ve con fuerzas de vender su casa. La casa es un templo, dice; la cama doble del dormitorio principal es un trono. Él duerme en una cama plegable. Un devoto.

Todavía hay varios familiares histéricos. La lista de Judith Templeton de los que necesitan ayuda y los que han «aceptado» está casi en perfecto equilibrio. Aceptación significa hablar de tu familia en pasado y hacer planes activos para seguir adelante con tu vida. En Seneca y Ryerson imparten cursos que podríamos estar haciendo. Su brillante maletín de cuero está lleno de catálogos de universidades y listas de sociedades culturales que necesitan nuestra colaboración. Ha hecho una labor impresionante, le digo.

—En los libros de texto sobre el manejo del dolor —replica ella (yo soy su confidente, me doy cuenta, uno de los pocos familiares cuyo dolor no ha derivado en extrañas obsesiones)— hay fases que superar: rechazo, depresión, aceptación, reconstrucción. —Ha hecho un gráfico que muestra que, seis meses después de la tragedia, ninguno seguimos rechazando la realidad, pero sólo unos pocos estamos reconstruyendo. «Aceptación deprimida» es la fase de estancamiento a la que hemos llegado. Volverse a casar es un gran paso en la reconstrucción (aunque está un poco sorprendida, hasta escandalizada, por lo deprisa que varios hombres han tomado una nueva familia). Vender la casa, y cambiar de trabajo y de ciudad, es saludable.

¿Cómo voy a decirle a Judith Templeton que mi familia me rodea y que, como personajes de epopeya, ha cambiado de forma? Me ve serena y aceptando, pero le preocupa que no tenga un empleo, una carrera. Mis mejores amigos están en peor situación que yo. No puedo decirle que mis días, hasta mis noches, son emocionantes.

Me pide que le ayude con las familias con las que no logra comunicarse. Una pareja de ancianos de Agincourt cuyos hijos murieron apenas unas semanas después de que los hubieran traído de un pueblo del Punjab. Por sus nombres sabemos que son sijs. Judith Templeton ha ido a verlos con un traductor dos veces con ofertas de dinero para volar a Irlanda, con formularios bancarios, con formularios de poderes, pero se han negado a firmar o a abandonar ese diminuto apartamento. El dinero de sus hijos está inmovilizado en el banco. Los apartamentos-inversión de sus hijos han sido destrozados por inquilinos, el mobiliario mal vendido. Los padres temen que cualquier papel que firmen o cualquier dinero que reciban ponga fin a las obligaciones de la compañía o del país para con ellos. Temen estar vendiendo a sus hijos por dos billetes de avión a un lugar que nunca han visto.

El alto edificio de apartamentos es una torre de indios y antillanos, y unos cuantos orientales. En la parada de autobús más cercana hay mujeres con sari formando fila. Unos niños practican criquet en el aparcamiento. Dentro del edificio, hasta yo retrocedo un poco ante la ferocidad de los vapores de la cebolla, la peculiar e inmediata manera india de freír *ghee*, pero Judith Templeton mantiene un flujo constante de información. Esos pobres ancianos están en peligro inminente de perder su casa y todos sus servicios.

—Son sijs —le digo—. No se abrirán a una mujer hindú. —Y lo que quiero añadir es: Por mucho que me esfuerzo, me pongo rígida al ver barbas y turbantes. Recuerdo los tiempos en que todos confiábamos los unos en los otros en este país nuevo, lo único que nos preocupaba era el país nuevo.

Las dos habitaciones están poco iluminadas y mal ventiladas. Las luces están apagadas, y en la mesa de centro chisporrotea un quinqué. La anciana encorvada nos ha hecho pasar, y su marido se está enrollando un turbante blanco sobre su cabello impregnado de aceite que le llega a la cintura. Ella va inmediatamente a la cocina, y oigo el ruido más característico de un hogar indio, agua de grifo golpeando y llenando una pava.

No han pagado las facturas, por miedo, y porque no saben extender un talón. El teléfono no funciona, y pronto lo seguirán la luz, el gas y el agua. Han dicho a Judith que sus hijos se ocuparán de ello. Son buenos chicos, y siempre han ganado bien y cuidado de sus padres.

Conversamos un poco en hindi. No mencionan el accidente y me pregunto si debería sacar el tema. Si creen que estoy allí sólo como una mera traductora es posible que se sientan insultados. En Toronto hay cientos de sijs que hablan punjabí y que lo harían mejor. De modo que digo a la anciana:

—Yo también he perdido a mis hijos y a mi marido en el accidente.

Al instante se le llenan los ojos de lágrimas. El hombre murmura unas palabras que parecen una bendición.

—Dios nos da y Dios nos quita —dice.

Quiero añadir: Pero sólo los hombres destruyen sin dar nada a cambio.

—Mis hijos y mi marido no van a volver —digo—. Tenemos que comprenderlo.

Esta vez responde la anciana:

—Pero ¿quién puede saberlo? El hombre solo no decide tales cosas. —Ante lo cual su marido le da la razón.

Judith pregunta por los papeles del banco, los formularios para la cesión de fondos. De un plumazo tendrán un administrador provincial que pague sus facturas, invierta su dinero, les envíe una pensión mensual.

—¿Conocen a esta mujer? —les pregunto.

El hombre levanta una mano de la mesa, le da la vuelta y parece examinar los

dedos, uno por uno, antes de responder.

—Esta joven siempre está viniendo aquí, le ofrecemos té y nos deja papeles para que los firmemos. —Recorre con la mirada un montón de papeles que hay en la esquina de la habitación—. Pronto nos quedaremos sin té. ¿Se marchará entonces?

La anciana añade:

—He preguntado a los vecinos y nadie más acoge a visitantes *angrezi*. ¿Qué hemos hecho?

—Es su trabajo —trato de explicar—. El gobierno está preocupado. Pronto no tendrán ustedes dónde quedarse, no tendrán luz, ni gas, ni agua.

—El gobierno recibirá su dinero. Dígale que no se preocupe, que somos gente honorable.

Trato de explicar que el gobierno quiere dar dinero, no recibir. Él alza una mano.

—Que lo reciban —dice—. Ya estamos acostumbrados a eso. No es ningún problema.

—Somos gente fuerte —dice su mujer—. Dígaselo.

—¿Quién necesita toda esta maquinaria? —pregunta el marido—. Es insano, la luz brillante, el aire frío en un día caluroso, la comida fría, los cuatro aros de gas. Dios proveerá, no el gobierno.

—Cuando vuelvan nuestros hijos —dice la madre.

Su marido sorbe con los dientes.

—Basta de charla —dice.

—¿Los ha convencido? —interviene Judith. Los cierres automáticos de su maletín de cordobán estallan como petardos en el silencioso apartamento. Deja en la mesa el fajo de papeleo legal—. Si no saben escribir sus nombres basta con que hagan una X, ya se lo he dicho.

La anciana ha ido a la cocina arrastrando los pies y no tarda en salir con una tetera y dos tazas.

—Este trabajo me parece que me va a costar la vejiga —me dice Judith sonriendo —. Si hubiera una forma de llegar a ellos. Por favor, déles las gracias por el té. Dígales que son muy amables.

Asiento en dirección a Judith y les digo en hindi:

—Les da las gracias por el té. Cree que son muy hospitalarios pero no tiene ni la menor idea de lo que eso significa.

Quiero decir: Síganle la corriente. Quiero decir: Mis hijos y mi marido también están conmigo, más que nunca. Miro al anciano a los ojos y leo en ellos el obstinado mensaje de campesino: *He protegido a esta mujer lo mejor que he podido. Es la única persona que me queda. Ya pueden darme o quitarme lo que quieran que no firmaré. No fingiré que acepto.*

En el coche, Judith dice:

—¿Comprende ahora con qué me enfrento? Estoy segura de que son encantadores, pero su terquedad e ignorancia me están volviendo loca. Creen que firmar un papel es firmar la sentencia de muerte de sus hijos, ¿verdad?

Yo estoy mirando por la ventanilla. Quiero decir: *En nuestra cultura, es el deber de un padre esperar*.

—Bien, Shaila, la siguiente mujer es un verdadero desastre. Llora día y noche, y se niega a recibir atención médica. Tal vez tengamos que…

—Déjeme en la boca del metro —digo.

—¿Cómo dice? —Puedo sentir esos ojos azules clavados en mí.

No sería propio de ella desobedecer. Se limita a desaprobarlo, y se detiene en una esquina para dejarme bajar. Habla con voz quejumbrosa.

—¿Es algo que he dicho? ¿Algo que he hecho?

De pronto podría responderle de mil maneras, pero opto por no hacerlo.

—¿Shaila? Hablemos de ello —oigo, luego cierro la portezuela de un portazo.

Una esposa y madre empieza una nueva vida en un nuevo país, y esa vida se ve interrumpida. Sin embargo, su marido le dice: Acaba lo que hemos empezado. Nosotros, que permanecimos al margen de la política y recorrimos medio mundo hasta llegar aquí para evitar las luchas políticas y religiosas, hemos sido los primeros en morir por ellas en el Nuevo Mundo. Ya no sé qué empezamos, ni cómo terminarlo. Escribo cartas a los editores de los periódicos locales y a los miembros del Parlamento. Ahora al menos reconocen que fue una bomba. Un diputado responde con sus condolencias y un reto. ¿Quiere cambiar las cosas? Colabore en una campaña. En la mía. Politice el voto indio.

El viejo abogado de mi marido me ayuda a abrir un fondo de inversiones. Vikram era ahorrador y un cuidadoso inversor. Había ahorrado las matrículas de los internados y las universidades de los chicos. Vendo la casa rosa por cuatro veces lo que pagamos por ella y tomo un pequeño apartamento en el centro. Estoy buscando una organización benéfica a la que apoyar.

Estamos en pleno invierno de Toronto, cielos grises, aceras heladas. Me quedo en casa, mirando la televisión. He intentado evaluar la situación, cómo vivir mejor mi vida, cómo terminar lo que empezamos hace tantos años. Kusum me ha escrito desde Hardwar diciendo que por fin ha encontrado la serenidad. Ha visto a Satish y ha oído cantar de nuevo a su hija. Había salido en peregrinación, y cruzaba un pueblo, cuando oyó la voz de una niña cantando uno de los *bhajans* preferidos de su hija. Siguió la música a través de la miseria de un pueblo del Himalaya, hasta un cobertizo donde una niña, una réplica exacta de su hija, avivaba unas brasas de carbón bajo el fogón. En cuanto ella apareció, la niña exclamó: «¡Mamá!» y se fue corriendo. ¿Qué pensaba de eso?

Pienso que sólo puedo envidiarla.

Pam no llegó a California, pero me escribe desde Vancouver. Trabaja en unos grandes almacenes, dando consejos sobre cómo maquillarse a chicas indias y orientales. El doctor Ranganathan ha renunciado a hacer tantos kilómetros al día, y ha dejado su trabajo y aceptado un puesto académico en Texas, donde nadie conoce su pasado y se ha prometido no contarlo. Ahora me llama una vez a la semana.

Espero, escucho y rezo, pero Vikram no ha vuelto a mí. Las voces, las formas y las noches llenas de visiones terminaron bruscamente hace varias semanas.

Lo interpreto como una señal.

Un día excepcionalmente bonito y soleado de la semana pasada, al volver de hacer un recado en Yonge Street, crucé el parque desde el metro hasta mi apartamento. Vivo equidistante del Parlamento de Ontario y la Universidad de Toronto. No hacía frío, pero algo en los árboles pelados me llamó la atención. Levanté la vista de la gravilla hacia las ramas y el cielo azul más allá. Me pareció oír un crujido de formas más grandes y esperé un momento a ver si oía las voces. Nada.

—¿Qué? —pregunté.

Luego, mientras permanecía parada en el sendero mirando al norte, hacia Queen's Park, y al oeste, hacia la universidad, oí las voces de mi familia una última vez. *Ha llegado tu hora*, dijeron. *Adelante, sé valiente*.

No sé dónde terminará este viaje que he emprendido. No sé qué dirección tomaré. Dejé caer el paquete en un banco del parque y eché a andar.

Traducción de Aurora Echevarría

JOHN EDGAR WIDEMAN

Papi Basura

No te aflijas
por lo que aún no ha acontecido…

Papi Basura era un perro. Lemuel Strayhorn, el del carro de los helados que siempre está a la vuelta de la esquina de Hamilton viniendo por Homewood Avenue, fue quien le puso ese nombre al perro y como fue él quien se lo puso, el perro pasó a ser suyo; y Papi Basura debía de estar de acuerdo porque se sentaba en la acera al lado de Lemuel Strayhorn o dormía a la sombra debajo de aquel carro de dos ruedas o cuando hacía demasiado frío para vender helados seguía a Strayhorn por los callejones en todos los encargos y chanchullos que el tipo llevaba a cabo en invierno, para poder tener comida en el fogón y humo en la chimenea de su pequeña cabaña situada detrás de Dumferline. Ahora aquel perro lleva mucho tiempo muerto, pero Lemuel Strayhorn sigue vendiendo por las calles sus vasos de papel llenos de hielo picado rociado de sirope y se ríe y dice:

—Claro que me acuerdo de aquel chucho chiflado. Pues claro. Hice bien en llamarlo Papi Basura, pero ya no me acuerdo de por qué. Pero tuvo que haber una razón. En su momento debió de haber una buena razón. Tú eres de los French, ¿verdad? Una de las chicas de John French. Se te ve más claro que el agua en la cara, chica. ¿Cuál de ellas eres? Déjame ver. Estaba Lizabeth, que era la mayor, luego Geraldine y otra más.

Ella contesta:

—Geraldine, señor Strayhorn.

—Claro que sí. Es verdad. Y has traído a todas estas criaturas preciosas a por unos helados.

—Usted sigue haciendo los mejores.

—Claro que sí. Llevo en esta esquina desde antes de que nacieras. Conocí a tu padre el día que llegó a Homewood.

—Éste es su nieto, el hijo mayor de Lizabeth, John. Y estos dos niños son sus hijos. Las niñas son de la hija de Lizabeth, Shirley.

—Tienes unos muchachos muy majos, y unas chicas muy guapas también. Todavía me acuerdo de cómo John French fanfarroneaba de sus hijos. Tendría que estar aquí hoy. ¿Todos queréis helados? ¿Grandes o pequeños?

—Pequeños para los niños, yo tomaré uno mediano, por favor, y uno grande para él, seguro.

—Vosotros, pequeños, venid aquí y decidme cuál queréis. Cereza, limón, uva, naranja y tutti-frutti. Los tengo todos.

—Te acuerdas del señor Strayhorn, ¿verdad, John?

—Ajá. Y creo que me acuerdo también de Papi Basura.

—A lo mejor viste un perro por aquí, hijo, pero no era Papi Basura. No, eres demasiado joven.

—El señor Strayhorn tenía a Papi Basura cuando yo era niña. Era un perro marrón, grande y larguirucho. Parecía un lobo. Te daba un susto de muerte si no sabías que era manso y nunca se metía con nadie.

—No se metía con nadie si no se metían con él. Pero cuando se arrancaba era un perro peleón. Los demás perros no se atrevían ni a ladrar cuando pasaba Papi Basura. En su día dio algunas buenas tundas, sí, señor.

—Ojalá se acordara de por qué le puso el nombre.

—A mí también me gustaría acordarme, pero ha pasado mucho tiempo. Hay cosas de las que me acuerdo como si fuera ayer, pero con otras es como si le preguntaras a una farola. Caramba, señorita French. Llevo sirviendo helados en esta esquina cuatrocientos años por lo menos.

—Está usted como siempre. Y apuesto a que todavía se acuerda de lo que se quiere acordar. Yo le veo buen aspecto, señor Strayhorn. Parece que va a seguir aquí otros cuatrocientos años.

—A lo mejor sí. Sí, señorita, tal vez. Vosotros, niños, comeos los helados ahora, no os manchéis esa ropa tan bonita y que Dios os bendiga a todos.

—Le volveré a preguntar por el nombre.

—Tal vez me acuerde la próxima vez. Pregúntame otra vez.

—Seguro.

Estuvo nevando toda la noche y por la mañana Homewood parecía más pequeño. La blancura suavizaba los bordes de las cosas y difuminaba las distancias. Los árboles se combaban, el suelo se elevaba un poco más de lo habitual, el resplandor de la nieve no permitía ver a lo lejos y obligaba a prestar atención a lo que uno tenía justo delante, lo que era familiar, ahora alterado y armonizado por el manto de blancura. El mundo parecía más pequeño hasta que uno salía a él y comprendía que el viento había congelado aquel resplandor que hacía que la nieve fuera tan lustrosa y que las ráfagas repentinas espolvorearan la cara con partículas heladas a la deriva a medida que uno avanzaba para estar más cerca del lugar al que quería ir, el mismo lugar que al escrutar el nuevo día y la nieve intacta desde la ventana parecía más cerca de lo habitual.

La única forma de subir por el callejón de detrás de Dumferline era pisar con fuerza la nieve como si las suelas gastadas de los zapatos y las perneras de los pantalones embutidas dentro de los calcetines tuvieran la utilidad real de apartar la nieve. Strayhorn miró tras de sí hacia las pisadas que había dejado en la nieve. No parecía que hubiera hecho muchas eses. Parecía el rastro de alguien que ya se hubiera

pimplado una jarra de Dago Red esta mañana. Las huellas del perro erraban todavía más que las suyas y formaban una serie de cruces nerviosos tributarios de su trayectoria original. Al perro no parecían importarle la nieve ni el frío, a veces incluso parecía lo bastante tonto como para que le gustaran; se revolcaba de lado, agitaba las patas o saltaba con todas sus energías, luego caía y aterrizaba sobre la panza, despatarrado en medio de una lluvia de partículas blancas. Aquel animal enorme seguía teniendo mucho de cachorro. Hay perros que nunca acaban de crecer. En cuanto a aquel campeón de las incursiones en los cubos de basura al que llamaba Papi Basura, Strayhorn sabía que no se estaba aferrando a sus modales de cachorro tanto como a la pura locura, una locura que ni la edad ni ninguna otra cosa iban a cambiar.

Strayhorn levantó el pie y se sacudió la nieve. Se sostuvo un segundo sobre un solo pie pero no se le ocurrió nada que hacer con su pie limpio, de forma que lo volvió a hundir en la nieve. Limpiarse los pies era una pérdida de tiempo. Iba a ser un día frío y cruel. Pronto los pies se le iban a congelar y ya no los iba a sentir. Se le iban a quedar insensibles hasta que pudiera calentarlos delante del fuego. Volvió a pisar la capa de hielo y el crujido de su pie rompió un silencio más viejo que la humanidad, que el callejón y que la ciudad asentada sobre las colinas escarpadas.

Alguien había colocado una tapa de madera descascarillada encima de un cubo de hojalata. Papi Basura estaba de pie sobre las patas traseras, empujando con las patas delanteras y el hocico la tapa cubierta de nieve. La simetría perfecta de la corona de nieve fue lo primero en desaparecer, hendida por el hocico largo y nervioso del perro. Después cayó el cubo. Luego el chucho escuálido se sentó encima del cubo metálico, montándose en él y saliendo despedido todo al mismo tiempo, de modo que parecía una foca torpe intentando mantener el equilibrio sobre una pelota. No era nada nuevo para Strayhorn. La nieve amortiguaba el estruendo infernal de costumbre, pero las uñas del perro arañaban con tanta fuerza como siempre los cubos de basura. La basura vertida tenía un aspecto colorido y brillante sobre la nieve y atrajo la atención de Strayhorn por un momento, pero una mirada fugaz era lo único que podía permitirse, porque sabía que la gente humilde que vivía en las barracas de detrás de Dumferline no tiraba nunca nada a menos que no sirviera más que para la basura. No había más que sobras roñosas y gruñó por encima del hombro para que el perro dejara de trastear y lo siguiera.

Cuando levantó la vista para contemplar de nuevo sus huellas solitarias, la nieve que el viento levantaba, la gruesa alfombra de nieve entre las casas adosadas, la blancura que tapaba las repisas de las ventanas, los umbrales y los trozos abigarrados de las cercas, el cubo volcado y la basura vertida sobre la nieve, vio que el perro no le había hecho caso sino que permanecía con las patas rígidas, gimiendo ante una caja que había caído del cubo.

Maldijo al perro y le silbó para que se apartara de las tonterías que lo estaban ocupando. «La basura de los negros no vale una mierda», murmuró Strayhorn, en parte dirigiéndose al perro, en parte hacia las casuchas miserables y lúgubres medio tapadas por la nieve de aquella mañana resplandeciente. «Por qué está gimoteando y por qué vuelvo atrás para verlo. La mitad de las cosas que hago son como preguntarle a un tonto por qué es tonto.»

Volver al callejón significaba volver a enfrentarse con el viento. Con el viento cortante que le azotaba directamente la cara y con las ráfagas cruzadas que soplaban con brusquedad entre las casas adosadas. Le iba a sacar los ojos a aquel chucho. Le iba a enseñar a venir cuando él lo llamaba por mucho que una rata muerta o un gato muerto metido en una caja le despertara las narices.

—Papi Basura, te voy a romper la cabeza. —Pero el perro era demasiado rápido y el manotazo de Strayhorn se perdió en el aire gélido donde un momento antes había estado el pescuezo del perro. Strayhorn intentó darle un puntapié a la caja. Si no hubiera estado intentando golpear al perro y la nieve no hubiera entorpecido sus movimientos, habría mandado la caja por los aires, pero su pie no hizo más que volcarla.

Al principio Strayhorn pensó que era una muñeca. Una muñeca de color marrón oscuro que había caído de la caja. Una muñeca vieja como las que encontraba a veces en la basura de la gente, demasiado rotas para seguir jugando con ellas. Una muñeca diminuta, ajada y con la piel oscura. Pero cuando miró de cerca, se apartó y se volvió a acercar, gimiendo, con las piernas rígidas como el perro, supo que era algo muerto.

—Oh, mierda. Oh, mierda, Papi Basura. —Al arrodillarse, oyó al perro jadeando a su espalda, vio el penacho de vapor caliente y rancio y olió su pellejo mojado. El cuerpo estaba tendido boca abajo en la nieve, sin que nada más que la cabeza y los hombros sobresalieran de los papeles de periódico de la caja. Algunos papeles habían volado y el viento los arrastraba por la corteza helada de la nieve.

La criatura estaba muerta y Strayhorn no podía tocarla ni tampoco dejarla donde estaba. Papi Basura se acercó con sigilo. Esta vez el golpe rápido y brutal le dio en pleno cráneo. El perro se apartó, levantando un montón de nieve con las patas, gruñendo y rechinando una sola vez los dientes antes de empezar a gimotear desde una distancia prudencial. Debajo del sobretodo del ejército, Strayhorn llevaba un chaleco de cazador de lana gris que John French le había dado después de ganar un montón de dinero y comprarse uno nuevo de cuero con broches metálicos. Strayhorn dejó el abrigo encima del cubo de basura que el perro no había volcado, se sacó aquel chaleco sin botones y lo extendió sobre la nieve. Ahora el frío le venía de dentro. Ya no le afectaba nada relacionado con el clima. Strayhorn caminó de rodillas hasta que su sombra se proyectó sobre la caja. Trataba de decirle a sus manos lo que tenían que hacer pero las manos se rebelaban. Maldijo sus guantes harapientos, en cuyo interior

los dedos entumecidos se negaban a obedecer sus órdenes.

La caja era demasiado grande y tenía las esquinas demasiado cuadradas para envolverla en el chaleco de lana. Strayhorn no quiso tocar nada más que papeles de periódico al sacar el cuerpo congelado, de forma que cuando lo tuvo colocado en el centro del jersey y hubo envuelto sus bordes grisáceos, el paquete que había hecho contenía también medio periódico que crujió como hojas secas cuando lo cogió contra el pecho. Una vez que lo tuvo abrazado no pudo dejarlo, de forma que forcejeó con su abrigo como si solamente tuviera un brazo, tirando de él hasta que consiguió ponérselo. No ponérselo del todo pero sí llevarlo por encima, de forma que aleteaba como si tuviera vida propia con unos movimientos que excitaban a Papi Basura y le daban algo con que jugar mientras retozaba detrás de Strayhorn y Strayhorn deshacía sus pasos, abrazando a la criatura muerta contra el calor de su pecho, gimiendo y parpadeando y soltando lágrimas a medida que el viento le golpeaba la cara.

Una hora más tarde, Strayhorn estaba en Cassina Way llamando a gritos a John French. Lizabeth le chistó con toda la inflexibilidad de una niña a quien su madre había dicho: «Dile a ese idiota que se largue. Dile que tu padre se ha ido a trabajar». Cuando la niña volvió a entrar en casa y cerró la puerta a su espalda, Strayhorn se acordó de los pajarillos de madera que salen de los relojes, pían su mensaje y desaparecen. Sabía que no le caía bien a Freeda French. No era nada personal, tampoco nada que él o ella pudieran cambiar, solamente afectaba a la parte de él que formaba parte de lo que arrastraba a John French a la esquina con los demás hombres para charlar, jugar y beber vino. Entendía por qué ella nunca hacía otra cosa que saludarlo con la cabeza o decirle «Buenos días, señor Strayhorn» si él la obligaba a hacerlo llevándose la mano al sombrero u ocupando una parte tan grande de la acera cuando ella pasaba a su lado que ella no podía fingir que no lo veía. «Señor Strayhorn» era el nombre por el que lo había conocido aquella mujer, Freeda Hollinger, ya antes de ser Freeda French, desde el momento en que fue lo bastante mayor como para ir sola por las calles de Homewood. Pero él lo entendía y nunca le había preocupado hasta aquella mañana en que se vio de pie en medio de la nieve, hasta los tobillos, que se amontonaba frente a los tres escalones traseros de la casa de John French situada junto al solar de Cassina Way, hasta aquel momento en que por primera vez en su vida pensó que aquella mujer podía tener algo que darle, que decirle. Como ella era madre, sabría qué hacer con la criatura muerta. Él podría aliviarse de aquella carga y ella lo tocaría a él con una de sus manos finas de mujer blanca, y aunque lo siguiera llamando «Señor Strayhorn» no pasaría nada. Una mujercita como aquélla. Unas manitas como las suyas haciendo algo que las manos de él no podían hacer. Las manos duras y escarbadoras de él habían estado en todas partes y lo habían tocado todo. Deseaba que Freeda French hubiera salido a la puerta. Deseaba no estar ya de pie sin saber qué decir ni qué hacer, como un perro que

levanta la pata trasera y tiñe de amarillo la nieve cuando pasa por debajo de la ventana de alguien.

—Se supone que el tipo tenía que venir a buscarme a primera hora de la mañana. Quiere que le empapele todo el piso de abajo. Siete u ocho habitaciones, además de cocina y baños. Una casa vieja y grande en Thomas Boulevard delante del parque. Así que he cogido mis cosas y he movido el culo con toda la nieve que hay esta mañana y os podéis creer que el blanco hijo de puta no se ha presentado. Strayhorn, esta mañana estoy de malas.

Strayhorn había encontrado a John French en el Bucket of Blood bebiendo un vaso de vino tinto. Ya eran las once y Strayhorn no había querido pasar tanto tiempo fuera. Dejar a la criatura sola en aquella cabaña suya que era como una cubitera era casi tan malo como tirarla a un cubo de basura. No importaba de quién fuera ni lo muerta que estuviera, era algo más que una cosa muerta ahora que la había encontrado, la había rescatado y la había dejado envuelta en el chaleco sobre la pila de colchones en la que dormía. Ahora la criatura dormía allí. Esperando a que alguien hiciera lo correcto. Se le debía algo y Strayhorn sabía que tenía que encargarse de ello y cuidarse de que la deuda se pagara. Pero no podía hacerlo solo. No podía volver con toda aquella nieve, abrir la puerta y hacer él solo lo que había que hacer.

—Pero voy a sacar una buena tajada en cuanto encuentre a ese blanco. Y me voy a gastar hoy una parte. No hay mejor día para gastarlo. Por mucho frío que haga ahí fuera, me parece que no me voy a alejar mucho de esta barra hasta la hora de dormir. McKinley, dale algo de beber a este como-se-llame. Y no empieces a mirarme así con esos ojos saltones. Ya te he dicho que voy a tener un trabajo que me va a dar mucha pasta en cuanto pille a ese blanco.

—Parece que buscas más que encuentras.

—Y tú parece que hablas más que sirves, negro. Trae para aquí esos ojos de sapo y llénanos los vasos.

—Te he estado buscando toda la mañana, colega.

—Pues me has encontrado. Pero no has encontrado dinero si es lo que buscas.

—No. No es eso, colega. Es otra cosa.

—¿Otra vez te persigue alguien? ¿Ya has estado haciendo el idiota con la mujer de otro? Si has estado robando otra vez u Oliver Edwards te vuelve a perseguir…

—No, no. No es nada de eso.

—Entonces tiene que ser el mismísimo Sabueso del Infierno el que te pisa los talones porque pareces la muerte en persona recalentada.

—French, esta mañana he encontrado a una criatura muerta.

—¿Qué dices?

—Shhh. No grites. Esto no le importa a McKinley ni a nadie. Escucha lo que te cuento y no armes jaleo. He encontrado a una criatura. Envuelta en periódicos y más

tiesa que una tabla. Alguien la ha metido en una caja y ha tirado la caja en el callejón de las basuras de Dumferline.

—Nadie es capaz de hacer eso. Nadie sería capaz de hacer una cosa así.

—Es la puñetera verdad. Esta mañana he pasado por el callejón con Papi Basura. La ha encontrado el perro. Ha tumbado un cubo de basura y la caja ha caído fuera. He estado a punto de darle una patada, John French. Casi le doy una patada a la pobre criatura.

—¿Y ya estaba muerta cuando la has encontrado?

—Más muerta que este vaso.

—¿Y qué has hecho?

—No sabía qué hacer y me la he llevado a mi cabaña.

—Muerta y congelada.

—Tirada en la basura como si no fuera más que un trozo de carne.

—Joder.

—Échame una mano, French.

—Joder. Joder, tío. Está claro que la has visto. Me lo creo. Se te ve en la cara. Dios bendiga a América. McKinley, tráenos una botella. Puedes quedarte mis herramientas, o sea que tráenos una botella y no digas ni una palabra.

Lizabeth está cantándole al muñeco de nieve que ha hecho en el solar que hay junto a su casa. No hay una gota de viento, los copos enormes caen verticalmente y ella interrumpe su canción para ponerse un poco de nieve en la lengua. Antes que ella han estado aquí otros niños que han estropeado la blancura perfecta del solar. Han dejado un montículo de nieve que ella había usado para empezar su muñeco. Tal vez ese montículo ya fuera antes un muñeco de nieve. Uno grande, más grande que ninguno que ella pueda hacer, porque se han oído gritos y chillidos desde primera hora de la mañana y eso quiere decir que ha habido un montón de niños en el solar y que probablemente han estado trabajando juntos para construir un muñeco de nieve gigante hasta que alguno de ellos se ha enfadado o ha tenido un impulso perverso y le ha dado un porrazo al muñeco y luego los demás se le han unido y ha empezado a volar nieve en todas direcciones y el muñeco se ha desplomado pisoteado por los niños que corrían y se tiraban bolas de nieve. Hasta que no ha quedado nada de él y los niños han seguido con su pelea. Lizabeth ve surcos en la nieve de donde los niños deben de haber sacado las bolas más grandes para la cabeza y el cuerpo del muñeco. Su madre le ha dicho: «Espera a que esos brutos se larguen. De todos modos solamente debe de haber niños». Así que se ha subido a la tabla, ha restregado el plato sucio de su padre y se ha sentado en su silla mullida pensando en la nieve limpia y perfecta que sabe que ya no podrá ver cuando la dejen salir; y ha soñado que su padre la paseaba en hombros hasta Bruston Hill y los llevaba a ella y al trineo hasta un sitio tranquilo y situado en una pendiente pero no en lo alto de todo y que

ella esperaba a que él se pusiera al pie de la pendiente y diera unas palmadas y le gritara: «Vamos, pequeña».

—Si vas a la policía encontrarán alguna razón para meterte en la cárcel. El hospital no tiene sitio para los enfermos, ya no digamos para los muertos. El de la funeraria va a pedir dinero antes de tocar nada. Y la iglesia. La iglesia ya tiene sus propios problemas por los que llorar. Y van a hacer tantas preguntas como la policía. No se puede quedar aquí y tampoco lo podemos devolver.

—Todo eso ya lo sé, John French. Es lo que te he dicho.

Junto a ellos, la llama de la lámpara de queroseno tiembla como si el frío hubiera penetrado hasta el fondo de su corazón azul. La cabaña sin ventanas de Strayhorn siempre está a oscuras salvo por la luz que se cuela por las rendijas de los tablones, unas rendijas que ahora gimen o aprietan el viento hasta arrancarle silbidos estridentes. Los dos hombres están sentados en unos cajones de madera cuyas tablas han sido reforzadas colocándoles bloques de piedra debajo. Otro de los cajones, apoyado en el lado más estrecho, sirve de base para la lámpara de queroseno. John French mira por encima del hombro de Strayhorn hacia la esquina oscura donde éste tiene su lecho de colchones amontonados.

—Tenemos que enterrarlo, colega. Tenemos que salir con este frío de mierda y enterrarlo. Pero no en el patio de nadie. Tenemos que subir al cementerio donde llevan a los negros muertos. —Tan pronto como terminó de hablar, John French se dio cuenta de que no sabía si el cadáver era blanco o negro. Estando en Homewood y en la parte de detrás de Dumferline no podía ser otra cosa que una criatura negra, o al menos eso había dado por sentado. ¿Pero qué persona de Homewood podía haberlo tirado allí? Ni siquiera los negros rurales venidos del Sur que vivían en el callejón de Dumferline eran capaces de algo así. Nadie a quien él conociera. Salvo quizá los blancos racistas, que eran capaces de hacer cualquier cosa a un negro, ya fuera hombre, mujer o niño.

Papi Basura estaba tumbado al lado de la chimenea apagada, roncando y tirándose pedos todo el tiempo. Detrás de él, en la oscuridad, estaba la criatura muerta. A John French se le ocurrió ir a echarle un vistazo. Se le ocurrió ponerse en pie, recorrer el suelo de tierra y abrir el chaleco en el que Strayhorn afirmaba haberla envuelto. Su chaleco. Su maldito chaleco de caza había acabado sirviendo para aquello. Se le ocurrió llevar la lámpara a la esquina oscura, deshacer el fardo de periódicos y colocar la luz sobre el cuerpo muerto. Pero ni siquiera más vino del que podía recordar y media botella de ginebra le habían preparado para aquello. ¿Qué importaba? Blanco o negro. Niño o niña. Un mestizo resultado de la incursión de algún negro en la cama de una blanca o de la visita de un blanco a una casa de negros. Todo el mundo sabía que ocurría cada noche. En Homewood vivía gente de todos los colores del arco iris y la gente continuaba hablando de blancos y de negros

como si hubiera una pared de ladrillo entre unos y otros y nadie supiera cómo traspasarla.

—¿Lo has mirado, Strayhorn?

—Es una cosita minúscula. No hace falta mirarlo mucho para saber que está muerto.

—No entiendo cómo alguien ha podido hacerlo. Son tiempos difíciles y todo eso, pero ¿cómo puede alguien ser tan frío?

—Sí que son tiempos difíciles. Yo me paso el día ahí fuera peleándome y te aseguro que la cosa está muy mal.

—No me importa lo mal que esté. Hay cosas que la gente no tiene que hacer. Si ese perro tuyo va y se muere de pronto, seguro que encuentras una forma de enterrarlo.

—En eso tienes razón. Por muy tonto e ingrato que sea, no lo voy a tirar en la basura de nadie.

—Bueno, pues ya me entiendes. A la gente le está pasando algo. Quiero decir que la cosa también estaba mal en el Sur. No hacía tanto frío, pero los blancos te podían romper el cuello cuando les diera la gana. Me acuerdo de que mi padre vino a casa con medio cubo de tripas una Nochebuena después de haber trabajado todo el día matando cerdos para los blancos. Medio cubo de tripas es lo único que le dieron y eso que tenía que alimentar a seis negritos además de mi madre y mi abuela. Los blancos eran malos como el demonio pero no llevaban a la gente a hacer lo que hace en esta ciudad. En el Sur uno conocía a la gente. Y uno conocía a sus enemigos. Ahora parece que ya no puedes confiar en nadie a quien veas por la calle. Blancos, negros, no hay diferencia. Homewood está cambiando. La gente está cambiando.

—No tengo nada. No lo voy a tener nunca. Pero en verano vivo bien y en invierno siempre encuentro alguna manera de sobrevivir. Cuando quiero una mujer, la consigo.

—Tú estás loco, pero no de esa forma perversa en que la gente se está volviendo loca. Tienes tu carro y al perro y un sitio donde dormir. Y no vas a hacer daño a nadie para conseguir más. A eso me refiero. La gente hace cualquier cosa para conseguir más de lo que tiene.

—Los negros han estado peleándose y montando broncas desde que vinieron al mundo.

—Todo el mundo se pelea. Yo me he peleado con la mitad de los negros de Homewood. Pelearse es otra cosa. Cuando dos hombres se empiezan a dar de hostias no es asunto de nadie más. Pelearse no hace daño a nadie. Aunque de vez en cuando se muera algún negro.

—John French, estás diciendo tonterías.

—Si entiendo lo que hay de tonto en esas tonterías, ya no serán tonterías.

—Estás diciendo chifladuras. Es la ginebra la que está hablando.

—No es la ginebra. Soy yo el que habla y digo la verdad.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Tienes una pala?

—Tengo una con el mango roto.

—Pues cógela, vámonos y hagamos lo que tenemos que hacer.

—Todavía no ha oscurecido.

—Aquí dentro está oscuro como un pozo.

—Fuera no ha oscurecido. Tenemos que esperar.

John French cogió la botella que tenía junto a la pierna. Aquel pequeño movimiento bastó para avisarle de lo difícil que iba a ser levantarse del cajón. Dentro hacía casi tanto frío como fuera, los huesos se le congelaban y la rigidez en la espalda que ya le acompañaba siempre por culpa de doblarse y estirarse todo el tiempo para empapelar paredes se convirtió en una pelota dura que iba a tener que extender centímetro a centímetro con dolor cuando se pusiera de pie. Su puño se cerró en torno al cuello de la botella. Se la llevó a los labios, dio un trago largo y se la pasó a Strayhorn. La ginebra le quemó en la boca a John French. La retuvo ahí, entumeciéndole los labios y las encías, e inhaló los vapores. Por un momento le pareció que su cabeza era un globo y que alguien se lo estuviera llenando de gas y que de un momento a otro el globo iba a estallar o bien a despegarse de sus hombros y empezar a flotar.

—Te lo has acabado, negro. No has dejado ni un trago. —Strayhorn habló con la boca medio tapada por la manga del abrigo.

—Faltan dos o tres horas para que se haga oscuro. Te aseguro que no me voy a quedar todo ese rato aquí sentado. ¿No tienes madera para el fuego?

—La guardo.

—Entonces vámonos.

—Me tengo que quedar. Alguien tiene que estar aquí.

—Alguien tiene que beberse otra copa.

—Yo no vuelvo a irme.

—Pues quédate. Ya volveré. Joder. Fuiste tú el que lo encontró, ¿verdad?

Cuando John French consiguió abrir la puerta, la luz gris penetró como una mano que agarrara todo lo que había dentro de la cabaña, lo sacudiera y lo asfixiara antes de que la puerta se cerrara de golpe y cortara la mano gris por la muñeca.

Es la hora más calurosa de un día de julio. Papi Basura está enroscado debajo del carro de los helados, encogido y principesco en el único lugar a la sombra de toda la calle a la una de la tarde. De vez en cuando su cola correosa golpea el pavimento. Ya es viejo para la mayoría de sus juegos de cachorro pero cuando duerme sigue siendo un cachorro, piensa Strayhorn, y observa cómo la cola del animal se eleva y cae como

siguiendo un pulso irregular pero persistente que discurriera bajo las calles de Homewood.

—Señor Strayhorn. —La joven que le habla tiene la cara larga y pálida de John French. Es grande y huesuda como él y tiene el mismo pelo liso y sano que tenía John French. Ella lo lleva largo hasta los hombros pero a él se le ha caído y solamente le queda una tira estrecha por encima de las orejas como si alguien hubiera bosquejado la trayectoria de una sierra.

—¿Ha visto a mi padre, señor Strayhorn?

—Pasó por aquí ayer, señorita French.

—¿Y hoy? ¿Lo ha visto hoy?

—Hum.

—Señor Strayhorn, mi padre tiene que ir a casa. Lo necesitamos en casa ahora mismo.

—Bueno… Déjame ver…

—¿Está jugando? ¿Están jugando allí arriba junto a las vías? Usted sabe si están allí.

—Creo que le he visto con algunos de los muchachos…

—Maldita sea, señor Strayhorn. Lizabeth va de parto. ¿Lo entiende? Ya es hora y lo necesitamos en casa.

—Tranquila, chica. Apuesto a que está allí. Vete a casa. Yo y Papi Basura vamos a buscarlo. Tú ve a casa.

—Negrita, negrita, papaíto está bien, negrita querida. —Lizabeth oye la canción cada vez más cerca. Sí, es él. ¿Quién otro iba a ser? Llora. De dolor y de felicidad. Le han traído a la criatura para que la vea. Una criatura preciosa de verdad. Ahora Lizabeth está sola de nuevo. Débil y llena de dolor. Tiene la impresión de estar en el sitio incorrecto. Estaba tan gorda y ahora apenas se encuentra a sí misma en la inmensidad blanca de la cama. Solamente el dolor le indica que no ha desaparecido por completo. Ese dolor blanco y perfecto.

Lizabeth está sudando y querría tener un peine aunque sabe que sería incapaz de sentarse y desenredarse el pelo. Su pelo largo y liso. Como el de su madre. Y el de su padre. Ese pelo enredado sobre la almohada junto a su cara. Está sudando y llorando y se han llevado a su criatura. Escucha pasos, ruidos procedentes de las demás camas de la sala. Tantas barrigas abultadas, tantas sábanas blancas y nombres que olvida todo el tiempo pero que no se atreve a preguntar otra vez porque es demasiado tímida. ¿Y adónde se han llevado a su hijo? ¿Por qué no hay nadie que le diga lo que necesita saber? Escucha el silencio y al final escucha a alguien cantar: «Negrita. Querida, querida negrita». La canción borracha de su padre flota cada vez más cerca y la voz de una enfermera dice «No», dice «No puede entrar ahí», pero su padre no desafina ni una sola nota y ella ve a la enfermera con su ropa perfectamente blanca y

a su padre que ni siquiera la mira sino que se limita a dejar plantado ese uniforme y a pasearse ufano entre las camas, cada vez más cerca y cantando, cantando una canción de negros ignorantes que la avergüenza horrores y diciendo esa palabra sucia que le da ganas de esconderse debajo de las sábanas. Pero es él y va a ir con ella y va a alargar la mano sin dejar de cantar y le va a tocar la frente húmeda y su mano va a estar fría y ella va a oler el vino en su aliento y ella empieza a cantar en voz baja el nombre que él siempre ha tenido para ella y que siempre tendrá, «Papi John, Papi John», al compás de la canción de negros que él está cantando en voz bien alta para que lo oiga todo el mundo.

—Tienes que decir algo. Tú eres el que mejor habla. Se te dan bien las palabras. —John French y Lemuel Strayhorn llevan horas trabajando. Detrás y debajo de ellos, las calles de Homewood están desiertas, vacías y quietas como si la gente negra del Sur no hubiera oído hablar de los molinos, las minas y la libertad, como si no hubieran oído los rumores y los bulos, no hubieran empaquetado sus cosas y llenado sus maletas de cartón con todo lo que podían llevar consigo y se hubieran metido en los trenes rumbo al Norte. Vacías y quietas como si todos los seres humanos hubieran huido de la tormenta de nieve, de aquella nevada que nunca va a detenerse y que va a sepultar Dumferline, Tioga, Hamilton, Kelley, Casssina, Allequippa, todas las calles de Homewood van a desaparecer en silencio, tan deprisa como las pisadas de los hombres que ahora suben por Bruston Hill. John French va primero, apoyándose en la pala partida como si fuera un bastón, clavando la hoja metálica en la nieve de forma que repiquetea en el pavimento como un tambor marcando el ritmo de su avance. Strayhorn va detrás, tambaleándose porque lleva el fardo de trapos y papeles aferrado con ambas manos contra el regazo, pensando, cuando el viento le da bastante paz, en lo que va a decir si alguien le detiene y le pregunta qué lleva. Y por último el perro, Papi Basura, trotando en una trayectoria más recta de lo habitual, una trayectoria de la que no se desvía ni siquiera cuando un gato, invisible, deja escapar un bufido mientras la sigue ascendiendo con rumbo al cementerio.

A pesar del viento, la nieve y el frío cortante, los hombres están ruborizados y acalorados dentro de sus ropas. Si uno estuviera a más de un par de metros de ellos no vería que están cavando. Vuela demasiada nieve por el aire y la noche es demasiado oscura. Pero a una manzana de distancia uno los oiría forcejear con la tierra helada, maldecir, resoplar y gruñir a medida que se turnan con la pala de mango partido. Han decidido antes de empezar que el agujero tiene que ser hondo, de un metro ochenta de profundidad por lo menos. Si uno estuviera lo bastante cerca y los viera todo el tiempo, vería que finalmente el agujero se hace lo bastante hondo para que uno de los hombres desaparezca en él con la pala mientras el otro se sienta exhausto al borde del hoyo esperando su turno. Vería cómo la botella de color verde oscuro es vaciada y clavada por el cuello en la nieve como una lápida en miniatura.

Vería cómo uno de ellos hiende el suelo duro como una piedra mientras el otro da vueltas al montículo creciente de nieve y tierra, echándose el aliento en los dedos y golpeando el suelo con los pies, dejando huellas erráticas como las de Papi Basura en la nieve intacta del cementerio.

—No tengo lápida para marcar este sitio. Y no conozco tu nombre, criatura. No sé quién te trajo a este mundo. Pero ahora nada de eso importa. Ahora estás sola. En este mismo lugar enterré a mis gemelas. En este lugar de lágrimas. No se me ocurre nada que decir salvo que también nacieron y murieron muy deprisa. Pero las quisimos. No hubo tiempo ni de ponerle nombre a una de ellas antes de que muriera. A la otra la llamamos Margaret, por su tía, mi hermana pequeña, que también murió muy joven. Como dicen los predicadores, que tu alma encuentre reposo. Descansa en paz, criatura.

Strayhorn permanece mudo con el fardo en brazos. John French parpadea para sacudirse la nieve de las pestañas. Oye a Strayhorn gruñir «Amén» y luego Strayhorn oscila como una figura vista debajo del agua. Su perfil se mueve, se disuelve, las líneas de su contorno se hinchan y se dividen.

—¿Cómo vamos a meterlo ahí? No podemos tirarlo sin más a ese suelo congelado.

John French se saca del bolsillo del abrigo el trapo rojo a cuadros que usa para sonarse. Lo había olvidado todo este tiempo. Se seca los ojos y se suena la nariz. Mira al cielo. Los copos de nieve parecen caer todos en trayectoria oblicua desde un mismo punto en las alturas. Si pudiera colocar el pulgar en ese punto o meter el pañuelo, podría parar la nevada. El cielo se aclararía y podrían ver las estrellas.

Se arrodilla al borde del agujero y empuja un poco de nieve limpia hacia la negrura del fondo. Sigue empujando hasta que el fondo del hoyo está recubierto de un manto suave y brillante.

—Es lo mejor que podemos hacer. Déjala con cuidado. Échate hacia delante todo lo que puedas y déjala con cuidado.

Traducción de Javier Calvo

Testimonio de un piloto

Entre los diez y los doce años, yo jugaba la mayor parte del tiempo en el patio trasero de una casa de madera de tres pisos que mi padre había comprado y luego alquilado, su primera operación inmobiliaria. Vivíamos justo delante, pero era en aquella casa donde se podía jugar de verdad. Tenía un jardín limpio aunque lleno de maleza, una cerca al fondo invadida por las enredaderas y al otro lado de la cerca un maizal que ya no era de nuestra propiedad. No estábamos en el campo. Estábamos en un pueblo, en Clinton, Mississippi, al oeste de Jackson y al este de Vicksburg. Había en aquel jardín unos cuantos robles americanos, unos ciruelos jóvenes y un montón de matas de madreselvas. Al fondo, junto a la cerca, había tres robustos y desnudos cinamomos.

En Mississippi es difícil conseguir una buena vista. Pero mis amigos y yo la teníamos en la esquina trasera de aquel jardín. Por encima de los maizales veíamos una casa solitaria con tejado de hojalata justo antes de las vías del ferrocarril y al otro lado de las mismas otras casas más lúgubres todavía, con tejados de hojalata más oxidados y humo saliendo de las chimeneas a finales de otoño. Aquello era el pueblo de los negros. Con unos prismáticos que teníamos podíamos ver cómo trasteaban los niños de color y a veces una cerda o dos con sus crías, encerradas en corrales diminutos de tablones. Gracias a los prismáticos una tarde de octubre vimos cómo unos hombres acorralaban a un puerco enorme y lo golpeaban en la sesera. Usaron un hacha y el bicho continuó corriendo varios minutos, con la cabeza agachada, antes de desplomarse. Cuando por fin se desplomó, me pareció que los hombres se reían. Uno de ellos se tambaleaba y era evidente que estaba borracho desde la distancia de trescientos metros a la que yo estaba mirando. Era el que llevaba el cuchillo más largo. Por culpa de aquella escena me pasé cinco años de mi vida creyendo que los negros eran unos salvajes y unos cobardes. Luego la criada le trajo a mi madre una salchicha y cuando mi madre la puso en la sartén yo salí de casa disparado.

Crucé directamente la calle y me fui sin desayunar al jardín trasero de la casa de apartamentos de nuestra propiedad. Era sábado. Al cabo de un momento Radcleve me vio. Sus padres le habían obligado a cortar el césped que había junto a la propiedad de mi padre. Apagó la cortadora de césped eléctrica y yo fui hasta su cerca, que era de alambre. Su madre mantenía impecables los parterres de flores a todo precio; tenía un cajón de mantillo y gramillón tan tupido como una alfombra.

Radcleve también se dedicaba a los experimentos químicos violentos. Cuando tenía ocho años tiró un paquete entero de cartuchos del 22 contra la acera de enfrente de nuestra casa hasta que uno estalló y le dejó la pantorrilla llena de fragmentos de

plomo incrustados, muchos de los cuales continuaban encastrados en los sitios donde los cirujanos no se atrevían a hurgar. Radcleve ya sabía fabricar pólvora con azufre, nitrato de potasio y carbón vegetal a los diez años. Cuando se le acababan los ingredientes de su juego de química se compraba más por correo. Cuando Radcleve era muy pequeño, su padre, un hombre silencioso que era el propietario del concesionario de Chevrolet del pueblo, adquirió una tienda de deportes en bancarrota y en medio de su patio trasero construyó una casa, pulcra y pintada sin imaginación, con una habitación y una estufa, donde en adelante había de depositar la guarnición de juguetes de Radcleve, todos los juguetes que podía necesitar hasta su adolescencia. Allí dentro había cosas para las que Radcleve y yo no éramos lo bastante mayores y cuyo verdadero uso no conocíamos. Cuando teníamos once años sacamos de la caja las pelotas de golf Dunlop sin usar y buscamos en una estantería las raquetas de tenis, luego salimos al jardín y estuvimos sirviendo una pelota de golf tras otra, atizándolas con las raquetas y enviándolas al maizal, fuera de la vista. Al romperse las cuerdas simplemente entramos a buscar otra raqueta. Nos fascinaba el hecho de que un buen golpe pudiera mandar aquellas pelotitas diminutas a la estratosfera. Entonces bajó el padre de Radcleve. A mí no me hizo caso. Metió a Radcleve en casa y le llenó el cuerpo de cinturonazos. Pero al cabo de una semana Radcleve había inventado el mortero. Era un tubo de acero dentro del cual encajaba perfectamente una pila de linterna, como una bala en la boca de un arma. En la base había practicado un agujero para pasar la mecha de un petardo M-80 que sirviera de carga explosiva. Era un cañón majestuoso, montado sobre una pila de ladrillos en el jardín trasero de la propiedad de mi padre, el sitio donde podíamos jugar libremente. Cuando disparaba tenía un violento retroceso, soltaba un humo espeso y se oía cómo la pila de linterna salía volando. De forma que aquella mañana cuando me fui de casa como protesta por la salchicha de cerdo le dije a Radcleve que trajera el mortero. Su madre y su padre habían ido a pasar el día a Jackson y él se vino con su tubo, las pilas y los explosivos M-80. Tenía tres centenares.

Hasta entonces habíamos disparado al bosque que había a la derecha del pueblo de los negros. Moví los ladrillos hacia la derecha y fabriqué una cureña bastante buena orientada hacia el pueblo de los negros. Cuando Radcleve apareció llevaba dos pares de prismáticos al cuello. Unos eran unos prismáticos alemanes recién afanados y tan grandes como dos botellas de whisky. Le dije que quería disparar hacia la casa donde habíamos visto que mataban al cerdo. Localizamos la casa tras un buen rato de buscar con los prismáticos.

En el patio había niños. Todos entraron en la casa. Por la puerta de atrás salieron dos hombres. Me pareció reconocer al borracho de la otra tarde. Ayudé a Radcleve a corregir la dirección del cañón. Calculamos la altura que necesitábamos para alcanzar el sitio. Radcleve puso el M-80 en la recámara con la mecha sobresaliendo del

agujero. Encendí la mecha. Nos apartamos. El M-80 hizo un estruendo ensordecedor y soltó humo, pero yo permanecí concentrado en aquella casa a lo lejos. Levanté los prismáticos. Esperamos seis o siete segundos. Oí un alegre estruendo metálico.

—¡Le hemos dado a la primera! ¡A la primera! —grité.

Radcleve estaba entusiasmado:

—¡En todo el tejado!

Reforzamos la cureña de ladrillos. Radcleve recordaba con exactitud la elevación correcta del cañón. De forma que lo colocamos, lo cargamos, encendimos la mecha y nos apartamos. La pila volvió a aterrizar estruendosamente en el tejado. Miré con la esperanza de ver si había alguna mella o agujero en el tejado. No entendía por qué no había negros saliendo asustados de la casa. Disparamos muchas más veces nuestro mortero y las pilas siempre daban en el tejado. A veces solamente se oía un ruido opaco pero otras veces se oía un estruendo metálico enorme. Yo seguía mirando por los prismáticos, asombrado de que los negros no salieran de casa para ver qué les estaba golpeando en el tejado. Radcleve se aplicaba a la tarea mejor que yo. Lo miré y vi que tenía los enormes prismáticos alemanes mucho más bajos que los míos. Estaba mirando al otro lado del maizal, en donde no había nada más que tallos podridos.

—Lo que hemos estado tocando es el tejado de la casa que hay a este lado de las vías. Ahí vive gente blanca —me dijo.

Volví a coger mis prismáticos. Miré en dirección al patio de aquella casa blanca de madera situada a nuestro lado de las vías, casi junto a las mismas. Cuando localicé el tejado metálico, encontré cuatro muescas importantes. Vi una de nuestras pilas encastrada en una especie de cráter. Dirigí los prismáticos hacia el patio y vi a una mujer rubia de mediana edad mirando en nuestra dirección.

—Alguien viene hacia nosotros. Es un hombre que ha salido de aquella casa y me parece que tiene una especie de pistola rara. Podría ser un arma automática.

Recorrí todo el maizal con los prismáticos. Luego, en línea con la casa, vi al hombre. Venía en nuestra dirección pero tenía problemas para pasar por las hileras de tallos muertos del maizal.

—No es más que un chaval como nosotros. Y lo que lleva es un saxo —le dije a Radcleve. Yo hacía poco que había entrado a tocar la batería en la banda de música de la escuela y conocía todos los instrumentos extraños que componían la sección de vientos.

Estuve mirando con los prismáticos al muchacho del saxo hasta que lo tuvimos a tres metros. Era Quadberry. Se llamaba Ard, diminutivo de Arden. Sus zapatos eran planchas de un metro cuadrado de barro del maizal. Cuando nos vio al otro lado de la cerca y por encima de él, me señaló con el brazo:

—¡Mi padre dice que paréis!

—No estábamos haciendo nada —dijo Radcleve.

—Mi madre ha visto que el humo salía de aquí. Mi padre tiene resaca.

—¿Tiene qué?

—Es un dolor de cabeza por ser indiscreto. Tienes suerte de que esté así. Ha cogido el atizador para daros una tunda pero no puede moverse más allá de donde tiene la cabeza.

—¿Cómo te llamas? Tú no estás en la banda de música —dije, señalando el saxo.

—Soy Ard Quadberry. ¿Por qué no dejas de mirarme con los prismáticos?

La razón es que era un tipo raro, con las puntas del pelo blancas, una nariz árabe y además su nombre. Y encima el saxo.

—Mi padre es doctor en la universidad. Mi madre se dedica a la música. Mejor será que dejéis de hacer eso. Yo estaba ensayando en el garaje y he visto cómo una de esas pilas de linterna caía del tejado. ¿Me dejáis ver con qué las disparáis?

—No —dijo Radcleve. Luego dijo—: Si tocas ese trasto.

Quadberry se quedó allí a tres metros delante de nosotros en el campo, flaco, con los pies y los pantalones embadurnados de barro y aquel instrumento brillante y complejo colgado del cuello.

Quadberry empezó a chupar la lengüeta. El gesto no me resultó agradable y cuando empezó a tocar su cara mostraba una oralidad demasiado desesperada. Por eso yo prefería la batería. Con un instrumento como aquél uno tenía que enzarzarse a chupetazos. Pero lo que Quadberry estaba tocando resultaba agradable y elaborado. No me cupo duda de que tenía experiencia y no se le escapaban ruidos estridentes como les pasaba a los niños de once años que tocaban el saxo en la sala de ensayos de la banda. Terminó con una melodía limpia y ascendente, sosteniendo la última nota alta, limpia y firme.

—¡Bien! —le dije.

Quadberry intentaba salir de las hileras empantanadas del maizal para acercarse a nosotros, pero se lo impedía el peso de sus zapatos.

—Ha sonado como un pato. Como una pata —dijo Radcleve, que estaba de rodillas amasando una bola de barro con uno de los M-80 en el interior. Yo lo vi y fui cómplice porque no hice nada. Radcleve encendió la mecha y tiró la bola por encima de la cerca. Los M-80 son petardos muy potentes. Son como las cargas que usan para lanzar los fuegos artificiales a doscientos metros de altura el Cuatro de Julio en los clubs de campo. Aquél en particular explotó con más fuerza que la mayoría de M-80.

Cuando miramos por encima de la cerca vimos a Quadberry todo lleno de porquería, salpicaduras de sangre y trozos de tallos de maíz. Estaba tapando la boquilla de su instrumento con las dos manos. Luego vi que le salía sangre de lo que parecía ser el ojo derecho. Me pareció que le salía sangre directamente del ojo.

—¿Quadberry? —le dije.

Se dio media vuelta y no volvió a dirigirme la palabra hasta que tuve dieciocho años. Se alejó tapándose el ojo y tambaleándose por entre los tallos de maíz. Radcleve lo miraba por los prismáticos. Radcleve estaba temblando pero también se mostraba intrigado.

—Su madre ha gritado. Ahora está corriendo por el campo en dirección a él.

Yo pensé que lo habíamos dejado ciego, pero no. Creí que los Quadberry iban a llamar a la policía o a mi padre pero no lo hicieron. El resultado final de aquello fue que a Quadberry le quedó una muesca blanca permanente al lado del ojo derecho, una marca que parecía una corona diminuta y deforme.

Me pasé desde sexto curso hasta la mitad del duodécimo sin hacerle caso ni a él ni a su herida. Me iba bien como batería y con las chicas, pero si Quadberry aparecía a menos de quince metros de mí y de mi novia más querida y cariñosa, yo me escabullía. Quadberry creció igual que el resto de nosotros. Su padre siguió siendo doctor —profesor titular de Historia— en la universidad local. Su madre siguió siendo rubia y dedicándose a la música. Tocaba el órgano en una iglesia episcopaliana de Jackson, la gran capital situada a dieciséis kilómetros al este de nuestro pueblo.

En cuanto a Radcleve, nunca consiguió tener oído para la música pero siguió a mi lado; era mi compinche. Estaba arrepentido por lo de Quadberry pero no tanto como yo. Solamente había tirado la granada de barro por encima de la cerca para ver qué pasaba. No había querido lisiar a nadie. Quadberry había actuado con su saxo y Radcleve había actuado con la granada de barro. Era una lástima que les hubiera dado por intercambiar talentos.

Radcleve entró en un largo período de no hacer prácticamente nada tras renunciar a los explosivos violentos. Luego se ejercitó copiando tiras cómicas, desde *Steve Canyon* hasta *Major Hoople*, hasta convertirse en un dibujante bastante versátil con algunas caras y cuerpos de su invención considerablemente provocativos y llenos de gestos intrigantes. Nunca conseguía llenar los bocadillos con las frases ingeniosas que los personajes necesitaban. A veces escribía «Hum» o «¿Qué?» en los bocadillos vacíos. Nos veíamos muy a menudo. A Radcleve no le daba miedo Quadberry. Una vez llegó a preguntarle qué opinión le merecía su futuro como dibujante. Quadberry le contestó que si cogía todos sus dibujos y se los metía por donde le cupieran podía convertirse en un muerto bastante interesante. Después de aquello Radcleve también empezó a tenerle un poco de miedo.

Cuando yo estaba en el último curso teníamos una banda de música extraordinaria. Decían que el pasado mes de abril habíamos superado a todas las demás bandas no profesionales en la competición estatal. Luego llegó la noticia de que un saxofonista nuevo y flamante iba a entrar en la banda como primer músico. Era alguien que pasaba los veranos en campamentos de música de Vermont y que se iba a unir a nosotros para la temporada de conciertos. Nuestro director, un esteta

encantador llamado Richard Prender, nos anunció tras un silencio orgulloso que el muchacho en cuestión se uniría a nosotros la noche siguiente. La consecuencia era que todo el mundo tenía que correrse un asiento o dos y hacer sitio para aquel chico y su talento. Aquello me preocupó. Yo siempre había dictado el gusto dominante entre toda la sección de percusión. Sabía tocar rock y jazz y ni siquiera me hacía falta estar allí. Yo también podría estar en Vermont tocando el piano o el contrabajo. Miré al chaval que tocaba el primer saxo y que iba a ser reemplazado al día siguiente. Durante dos años se había creído que era la estrella y de pronto entraba un chaval que era tres veces mejor que él.

El nuevo era Quadberry. Llegó con aire de mansedumbre y cuando apareció casi tocó el suelo con la cabeza, de tan encogido que iba para que nadie se fijara en él. Las chicas de la banda esperaban que fuera atractivo, pero Quadberry se negó a ello y se mantuvo tan oculto entre la sección de saxos que no resultaba ni atractivo, ni feo, ni mono ni nada. Era prácticamente invisible salvo por el sonido de su saxo y sus ojos casi cerrados, la nariz árabe, el pelo castaño con su halo de puntas blancas, la oralidad desesperada, el instrumento gigante encajado en la cara; era un Quadberry neblinoso, que amaba su herida con un éxtasis íntimo y lleno de dignidad.

Digo lleno de dignidad por lo que salía del extremo de su saxo. Era mejor de lo que Prender nos había dicho. Gracias a Quadberry, nuestro director podría llevar el arreglo del *Bolero* de Ravel a la competición estatal. Quadberry haría el solo de saxo. Pasaría al saxo alto y haría la sinuosa melodía moruna. Cuando él tocaba yo oía la calidez, oía el instrumento que por fin había introducido la *voz* humana en el reino de la música. Podía sonar como los murmullos de los negros del campo y luego podía ascender y convertirse en una belleza inhumanamente despreocupada, suspendida entre los estallidos amotinados de helio que rodeaban Saturno. A mí ya me encantaba el *Bolero* por la presencia constante de los tambores. La percusión actuaba todo el tiempo, acompañando a los tresillos gradualmente ascendentes, insistente, insistente, indignada al final e intentando robarles todo el protagonismo a los instrumentos de viento y al resto. Yo conocía a un chaval corpulento y con el pelo pajizo llamado Wyatt, que tocaba la viola en la Sinfónica de Jackson y la tuba circular en nuestra banda —uno de los raros casos de transformismo musical de mi época— y que siempre aseguraba que había descubierto la parte central del *Bolero* un domingo por la tarde en la FM mientras mantenía siete contactos sexuales con cierta chica llamada B., una flautista de flequillo negro y piel como la mayonesa, y que los tambores de Ravel los habían ayudado a adentrarse más y más en una ceremonia de sexo español. Los más expertos de la banda estuvimos todos de acuerdo en que el *Bolero* era exactamente la pieza que podía hacer que la banda se luciera: sobre todo ahora que teníamos a Quadberry, capaz de hacer su entrada en la pieza como un verdadero bandido español. Cómo tocaba el instrumento aquel chaval. Tal como yo había

sospechado, era un genio. Su solo no era exactamente igual que el del saxofonista de la Filarmónica de Nueva York, sino mejor todavía. Llegó y nunca nos abandonó. Me llegó al alma y estoy seguro de que se coló bajo las faldas de las chicas. Casi me había vuelto sordo tocando la batería en los grupos de jazz y rock más famosos del estado, pero ahora oía con nitidez la voz que recorría aquel saxo y salía del mismo. Sonaba como un hombre de cuarenta años lleno de preocupaciones, como un hombre que llevara mucho tiempo apoyando la frente en las manos.

La siguiente vez que tuve a Quadberry cara a cara, de hecho la primera vez que lo vi cara a cara desde que teníamos once años y él estaba sangrando en el maizal, fue a finales de febrero. Aquel último semestre yo solamente tenía tres clases y subía a menudo a la sala de ensayos para holgazanear, quejarme y no perder el contacto con la batería. Prender me dejaba guardar mi batería en uno de los cuartos de instrumentos, tapada con una lona, y yo la arrastraba hasta la sala de ensayos y la aporreaba de lo lindo. A veces un grupo de estudiantes de segundo año subía y yo los dejaba maravillados, aporreando la batería como si no solamente estuviera sordo sino que también fuera incapaz de verlos a ellos, como si yo no estuviera allí. Si veía a una de aquellas chicas de segundo con una cara o un cuerpo excepcional, era capaz de hacer milagros técnicos que ni siquiera me sabía capaz de hacer. Me asombraba a mí mismo. Me convertía en una amenaza para Buddy Rich y Sam Morello. Pero aquel día, cuando entré en el cuarto de los instrumentos me encontré a Quadberry en un extremo del mismo y al fondo, en un rincón oscuro, a un pequeño intérprete de bombardino de noveno curso con la cara roja. El niño estaba llorando y sonriendo burlonamente al mismo tiempo.

—Maricaberry —murmuró el niño.

Quadberry se tiró encima de él, lleno de furia. Agarró el cuello de la camisa del chaval, le abofeteó y le retorció el brazo detrás de la espalda en una presa implacable de lucha libre, de esas que hacen que los luchadores de la tele griten de dolor. Luego el niño se soltó, le dio un porrazo a Quadberry en los labios y echó a correr hacia mi lado de la sala. Volvió a murmurar «Maricaberry» y llegó hacia la puerta. Quadberry dio un salto y logró atraparlo en el umbral. Ahora que tenía al chaval debajo, Quadberry se puso a aporrearle la cabeza usando el puño como si fuera un mazo. El niño siguió llamándolo «Maricaberry» todo el tiempo. No había aprendido la lección. Como parecía que el chaval iba a acabar con una conmoción cerebral, me acerqué a ellos, toqué a Quadberry y le dije que parara. Quadberry obedeció y se separó del chaval, que salió a rastras a la sala de ensayos. Pero luego se dio media vuelta otra vez, miró en nuestra dirección con una sonrisa magullada y dijo «Maricaberry». Quadberry hizo el gesto de ir a por él pero yo lo detuve.

—¿Por qué estabas pegando a ese pequeñajo? —le dije. Quadberry estaba sudando y su mirada estaba inflamada de odio. Se había convertido en un tipo alto,

aunque flaco. Con su metro ochenta y cinco, era más alto que yo.

—No paraba de llamarme Maricaberry.

—¿Y a ti qué más te da? —le pregunté.

—Sí que me importa —dijo Quadberry, y me dejó solo.

Íbamos a dar un concierto en el Auditorio del Millsaps College. Era abril. Nos subimos a los autobuses, algunos fueron en sus coches y en conjunto éramos una multitud considerable. El viaje a Jackson no duraba más que veinte minutos. El director, Prender, seguía al autobús con su Volkswagen. Había una niebla espesa. Una ambulancia con la sirena ululando se pasó de carril y se estampó de cara contra él. Prender, que imagino que estaba pensando en el *Bolero* y oyendo con la imaginación a los jóvenes instrumentistas de viento de su banda —tal vez estaba acordándose de la espectacular entrada gitana de Quadberry o tal vez estaba meditando sobre la sección de percusiones de la que yo era el rey— se elevó por los aires hasta el paraíso de los directores de bandas de música. Nos lo dijo el tutor de los estudiantes mientras montábamos nuestras cosas en el escenario. El tutor de los estudiantes era un alumno de último curso de la universidad local y estaba muy afligido, casi hasta el extremo de babear, por el amor y el respeto que había sentido hacia Dick Prender y ahora también afligido por un aprecio desgarrador hacia su fantasma. Lo mismo nos pasaba a todos nosotros.

Yo quería con locura al severo y tierno director pero no lo supe hasta que me encontré berreando junto con el resto de los chavales de la sección de percusiones. Les dije que siguieran montando las cosas, que siguieran afinando, que siguieran atornillando los atriles, que siguieran trayendo los timbales. Rendirse y echarse a berrear parecía una traición a Prender. Pillé a unas clarinetistas que intentaban irse del escenario para llorar. Les dije que hicieran el puñetero favor de volver al escenario. Me obedecieron. Luego me encontré con el tutor de los estudiantes. Le tenía que decir la mía.

—Escucha. Yo digo que toquemos el *Bolero* y dejemos lo demás. Es nuestro número fuerte. No podemos tocar *Brighton Beach* ni *Neptune's Daughter*. No nos saldrían bien. Y son demasiado alegres.

—No vamos a tocar nada —dijo él—. Tío, tocar sería obsceno. ¿Llegaste a oír cómo Preston tocaba el piano? ¿Sabes que fue un tío genial en todo lo que hizo?

—Tocamos. Él nos preparó y vamos a tocar.

—Tío, tú no puedes tocar más de lo que yo puedo dirigir. Estás llorando como una magdalena. Y mira a los demás. Tío, es como un rebaño. Un rebaño de llorones.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no estás reuniendo a todo el mundo? —Esto lo dijo Quadberry, que acababa de llegar a toda prisa—. He conseguido sentar a los mocosos de mi sección, pero sigue habiendo gente que abandona el escenario, mequetrefes y llorones que tiran sus instrumentos al suelo.

—No voy a dirigir —dijo aquel universitario con bigote.

—Pues lárgate. ¡Eres débil, débil!

—Tío, aquí hay adolescentes devastados. Esto es Villadepresión. Nadie puede…

—Vamos. Monta un número. Déjanos en la estacada.

—Tío, yo…

Quadberry ya estaba en el podio, agitando los brazos.

—¡Ya estamos todos! ¡Ya está aquí la banda! Decidles a vuestros amigos que vuelvan a sus asientos. Vamos a tocar el *Bolero*. Sacad el *Bolero* y empezad a afinar. Yo voy a dirigir. Estaré aquí delante de vosotros. ¡Miradme a *mí*! No os atreváis a traicionar a Prender. No os atreváis a traicionarme a mí. Se os tiene que oír a vosotros. Y se me tiene que oír a mí. Prender quería que se me oyera a mí. Yo soy la estrella y yo digo que nos sentemos y toquemos.

Y lo hicimos. Afinamos y permanecimos soterradamente ansiosos a la espera del momento de tocar el *Bolero*, aunque no creíamos que Quadberry fuera capaz de dirigirnos con su saxo colgado del cuello y tocar su solo al mismo tiempo. Los jueces, que por lo visto no se habían enterado de la muerte de Prender, se dirigieron a sus mesas en la platea alta.

Uno de ellos gritó «¡Listos!» y Quadberry alzó la mano al instante, con los dedos rígidos como si rodearan el mango de algo parecido a una antorcha. No era así como lo hacía Prender pero tenía que servir. Empezamos la pieza sin errores y Quadberry la fue dirigiendo con una sola mano. Miraba con expresión de hostilidad a la sección de vientos. Me alegré de que no nos mirara así a mí ni a la sección de percusiones. Pero seguro que él sabía que nosotros nos mantendríamos firmes y elegantes porque yo era el rey de la sección. En cuanto a los otros, sobre todo los solistas, lo estaban haciendo de maravilla por miedo a él. Prender nunca había logrado que sonaran así. Los chicos se convirtieron en hombres y las chicas en mujeres mientras Quadberry dirigía el *Bolero*. Incluso yo crecí un poco como persona, aunque Quadberry no miró en mi dirección. Cuando se volvió hacia la gente del auditorio para empezar su solo, supe que ahora era cosa mía. Yo y la batería éramos el metrónomo. No era ningún problema. Yo tenía el talento de mantener el metrónomo en marcha en medio de cualquier clase de caos sonoro.

Pero aquello le ocupaba la mente a uno por completo y no pude prestar atención a la aventura en solitario de Quadberry al saxo. Lo único que vi era que parecía atormentado, pálido y diminuto. Le había brotado sudor en la frente. Se inclinó mucho hacia delante. Llevaba la chaqueta roja con botones metálicos, los pantalones negros y el corbatín negro en el cuello, igual que el resto de nosotros. Vestido con aquel uniforme se inclinaba tanto sobre el saxo que casi no se le veía. Por un momento, antes de vislumbrar el brillo de su instrumento por entre los atriles, me dio la impresión de que se había caído de bruces del escenario. Se inclinó tanto para

hacer su número profundamente oral y el brazo con el que nos estaba dirigiendo desapareció tan de repente que lo único que pensé era que le había dado un ataque.

Cuando se terminó el *Bolero*, el público se puso en pie y se despellejó las manos de tanto aplaudir. Los jueces también estaban aplaudiendo. La banda se puso en pie, llorando de nuevo, por Prender y por lo bien que lo habíamos hecho. El tutor de los alumnos apareció corriendo para abrazar a Quadberry, que lo esquivó con los hombros caídos. El público seguía aplaudiendo de forma descabellada. Yo quería ver a Quadberry con mis ojos. Me abrí paso entre las espaldas rojas, entre los corbatines y los zapatos blancos. Me encontré con el primer clarinetista, que había tocado su parte como un ángel. Estaba sentado cerca del podio y había podido oír a Quadberry.

—¿Lo ha hecho bien Quadberry? —le pregunté.

—¿Estás de broma? Si estoy llorando es por lo bien que lo ha hecho. Demasiado bien. No voy a volver a tocar el clarinete jamás. —El clarinetista guardó las piezas de su instrumento dentro del estuche como si fueran ropa interior y un cepillo de dientes.

Encontré a Quadberry colocando las secciones de su saxo alto en los receptáculos de terciopelo de su estuche.

—Hurra —le dije—. Joder, hurra por ti.

Arden también estaba sonriendo, enseñando un montón de dientes que yo nunca le había visto. Tenía una sonrisa pícara. Sabía que había vencido una adversidad monstruosa.

—Hip, hip, hurra por mí —dijo—. Mira a ésa. Casi le meto el pabellón del saxo en la cara.

Había una mujer de unos treinta años sentada en la primera fila del auditorio. Llevaba un vestido de tirantes con una hendidura exagerada en la parte delantera. Parecía una mujer que deambulaba por Nueva Orleans y era capaz de hacerte polvo el corazón con los pies. Continuaba hipnotizada por Quadberry. Lo miraba fijamente y tenía una mancha de humedad en la hendidura del vestido.

—Has tocado bien.

—¿Bien? ¿Que he tocado bien? Sí.

Intentaba no mirarla directamente. Mírame a *mí*, le indiqué a la mujer con la expresión de mi cara: yo tocaba *la batería*. Ella se levantó y se marchó.

—Lo único que he hecho ha sido caminar cuesta abajo por un valle —dijo Quadberry—. Otro hombre tocaba por mí, un mago. —Miró el estuche de su saxo—. Me siento mala persona por no ser capaz de llorar como los demás. Míralos. Mira cómo lloran.

Cierto, los chicos y chicas de la banda seguían llorando en torno al escenario. Varios padres y madres habían venido con ellos y también tenían la mirada vidriosa. La mezcla de tristeza y música soberbia había sido insoportable.

Una chica llorosa apareció junto a Quadberry. Hacía de majorette en la temporada

de fútbol americano y tocaba el tercer saxo en la temporada de conciertos. Ni siquiera su violenta tristeza podía borrar la belleza de la cara de aquella chica. Yo llevaba años mirándola —la conciencia que ella tenía de su propia belleza, el orgullo de sus piernas con el vestido de majorette— y había salido con su hermana pequeña, una versión menor de ella aunque una ninfómana mucho más gratificante, la compasión por la cual se había convertido en una afición para varios de nosotros. Pues aquí estaba Lilian en persona llorando en la cara de Quadberry. Ella le dijo que se había bajado del escenario al enterarse de lo de Prender, que había dejado su instrumento y todo lo demás, se había ido a una taberna al otro lado de la calle y se había bebido dos cervezas a toda prisa en busca de algún consuelo. Pero luego había regresado por la puerta principal del auditorio, se había sentado mareada por la cerveza y había visto a Quadberry y la forma milagrosa en que había interpretado el *Bolero*. Y ahora la atormentaban la culpa por su debilidad y su cobardía.

—No te hemos echado de menos —le dijo Quadberry.

—Por favor, perdóname. Dime algo para arreglarlo.

—Pues no respires en mi dirección. El aliento te huele a cerveza.

—Quiero hablar contigo.

—Coge el estuche de mi saxo y ve fuera, entra en mi coche y espérame. Es el Plymouth feo que hay delante del autobús de la escuela.

—Ya lo sé.

Lilian Field, aquella preciosidad deshecha en lágrimas, con la elegancia casi recatada de su porte y con aquella voz que alertaba de un desvanecimiento inminente, cogió el estuche del saxo de Quadberry y el de ella y bajó del escenario.

Les dije a los chicos de percusión que recogieran sus trastos. En mi maleta guardé mis cosas y también me las apañé para robar unas llaves de batería, dos pares de escobillas, un platillo turco de cincuenta centímetros, un tambor Gretsch que quería para mi colección, un taco de madera, unos mazos de timbal, un afinador y una partitura del *Bolero* llena de notas al margen que yo había tomado al dictado de Dick Prender, pensando que en el futuro tal vez querría mirar aquella partitura cuando tuviera un ataque de nostalgia como el que estoy teniendo ahora mientras escribo esto. Nunca había robado nada de verdad antes y ahora estaba robando para mi arte. Prender estaba muerto, la banda ya había terminado por aquel año y aquél había sido mi último curso. El instituto se había terminado. Yo estaba robando de un barco que se hundía. Apenas si pude levantar mi maleta. Mientras la iba empujando por el escenario, Quadberry apareció de nuevo.

—Puedes volver en mi coche si quieres.

—Pero si vas con Lilian.

—Por favor, vuelve conmigo… Con nosotros. Por favor.

—¿Por qué?

—Para ayudarme a librarme de ella. Le huele el aliento a cerveza. A mi padre siempre le olía así. Siempre que estaba amistoso olía así. Y además se parece mucho a mi madre.

Nos interrumpió el director de la banda de Tupelo. Apoyó la batuta en el brazo de Quadberry:

—Lo has hecho de maravilla con el *Bolero,* hijo, pero eso no quiere decir que seas el amo del escenario.

Quadberry cogió un extremo de la maleta y me ayudó a bajarla por los peldaños de la escalera trasera del auditorio. Los autobuses se habían ido. Allí quedaba su Plymouth feo de color ocre. Era un tono experimental, chillón y fallido que habían ideado los de Chrysler. Lilian estaba sentada delante, vestida con la camisa y la pajarita. Se había quitado la chaqueta.

—¿Vas a venir en el coche conmigo? —me preguntó Quadberry.

—Creo que estropearía algo. Nunca la has visto de majorette. Y no es tonta. Le gusta pavonearse un poco pero no es tonta. Está en el Club de Historia.

—Mi padre tiene un doctorado en Historia. Y ella huele a cerveza.

—Se ha bebido un par de latas de cerveza cuando se ha enterado de lo de Prender —le dije.

—Se pueden hacer muchas cosas cuando te enteras de una muerte. Lo que he hecho yo, por ejemplo. Ella se ha escapado. Se ha desmoronado.

—Nos está esperando —le dije.

—Si algo no voy a hacer en mi puñetera vida es beber.

—Nunca he visto de cerca a tu madre, pero Lilian no se parece a tu madre. No se parece a la madre de nadie.

Fui con ellos en el coche sin decir nada hasta Clinton. Lilian no ocultó su decepción por que yo estuviera en el coche, pero no dijo nada. Yo ya sabía lo que iba a pasar y me tuve que fastidiar. Otras chicas del pueblo no estarían tan disgustadas por que yo fuera en el coche. Busqué defectos en la cara y el cuello de Lilian pero no había ninguno. ¿No podía haber un solo lunar, un poro dilatado, una encía demasiado visible, un solo pelo fuera de lugar junto a la oreja? No. La memoria, con toda su ópera de mentiras, me atormenta ahora. Lilian era una belleza perfecta, incluso sudando, incluso —y sobre todo— con aquella camisa blanca de hombre y la pajarita apretándole el cuello de la misma, que dejaban ver sus senos sin formar y sus pezones escasos.

—No me lleves a la sala de ensayos. Gira por aquí y déjame en casa —le dije a Quadberry. Pero no giró.

—No le digas a Arden lo que tiene que hacer. Puede hacer lo que quiera —dijo Lilian sin dirigirse a mí y hablándome a mí al mismo tiempo. Yo no podía soportar su odio. Le pedí a Quadberry que por favor parara el coche y me dejara salir donde

fuera. El patio delantero de aquella caravana ya servía. Me pasó las llaves y yo saqué a rastras la maleta del maletero, luego le tiré las llaves y le di un puntapié al coche para que siguiera su camino.

Mi banda se reunía los veranos. Éramos los Diablos del Bop, así nos llamábamos. Dos de los miembros eran de la Universidad de Mississippi y el bajista era de la Memphis State University, pero aquella vez cuando nos juntamos no llamé al saxo tenor, que se había ido a la Mississippi Southern, porque Quadberry quería tocar con nosotros. Durante el año académico los chavales de la facultad y yo formábamos grupillos para sacarnos veinte dólares los fines de semana, tocando en los bailes del Moose Lodge, para las fraternidades de estudiantes de medicina de Jackson, en los centros de recreo de adolescentes de Greenwod y sitios así. Pero cuando llegaba el verano volvíamos a ser los Diablos del Bop y nuestro caché subía a mil doscientos dólares por concierto. Si alguien quería el mejor rock y el mejor bop y tenía pasta, nos llamaban a nosotros. El verano después de mi último curso en el instituto tocamos en Alabama, Louisiana y Arkansas. Nuestra fama se extendía por la carretera interestatal.

Aquél fue el verano en que me quedé sordo.

Años atrás Prender había invitado a un viejo amigo de un instituto de Michigan. Me dijo que fuera a su casa para conocer a aquel amigo, que había sido batería de Stan Kenton y que ahora dirigía una banda igual que Prender. El tipo estaba casi completamente sordo y me advirtió con toda sinceridad del peligro de perder el oído. Me dijo que llegaría un punto en que tenías que inclinarte hacia delante y concentrar toda tu capacidad auditiva en lo que la banda estaba tocando y que ése era el momento de dejarlo por una temporada, porque si no lo hacías te volvías irreparablemente sordo como él en un mes o dos. Yo le escuché pero no conseguí tomarme sus palabras en serio. Era un viejo que tenía sus problemas. A mis oídos les quedaban muchos años. No fue así. Aquel verano después de graduarme del instituto toqué la batería tan fuerte que me quedé sordo como una tapia.

Estábamos, por ejemplo, en la Armería de la Guardia Nacional en Lake Village, Arkansas, con Quadberry en primera fila en el escenario que nos habían construido. En la pista había centenares de adolescentes sudorosos. Cuatro chicas con vestidos de tirantes, mostrando todo lo que podían, estaban a pie de escenario con una lujuria expansiva e ingenua en la mente. Yo había empezado a tocar tan fuerte para una de aquellas chicas que perdí el control por completo. Los guitarristas tuvieron que subirse el volumen al máximo para compensar. De aquella forma me quedé sordo. De cualquier manera, nuestra idea efectista era dejar que Quadberry tocara una balada tranquila en medio de una serie atronadora de temas de rock and roll. Yo sacaba las escobillas y asombrábamos al público con nuestra sensibilidad. Para agosto, yo estaba tan sordo que tenía que mirar cómo los dedos de Quadberry cambiaban de notas en el

saxo y usar la vista para mantener el compás. Los otros miembros de los Diablos del Bop me decían que tocaba fuera de tiempo. Yo fingía que experimentaba con los ritmos cuando la verdad era que ya no oía nada. Y tampoco era un batería elegante. Me había quedado sordo por culpa de mi falta de elegancia.

Y aquello mismo —la elegancia— era exactamente lo que hacía que Quadberry fuera un as del saxo. Durante los aullidos, durante las ráfagas atronadoras, Quadberry mantenía su elegancia. El ruido no afectaba a su personalidad. Era firme como una roca. No desentonaba. Podía darle caña al saxo cuando tocaba hacerlo pero también podía hacer de acompañante durante una hora. Luego, cuando lo dejábamos solo para que hiciera el solo en algún tema tipo *Take five*, lo tocaba con una técnica tan celestial que llegaba a eclipsar a Paul Desmond. Las chicas que había junto al escenario no provocaban que tocara a demasiado volumen ni con demasiado vibrato.

Ahora Quadberry tenía novia, la misma Lilian de Clinton, que eclipsaba a las demás chicas con vestidos de tirantes que rodeaban el escenario. Yo lo había felicitado para mis adentros por conseguir algo como levantarse junto a aquella belleza, pero durante junio y julio, cuando yo todavía oía un poco, nunca le oí decir una palabra sobre ella. Una noche de agosto, cuando ya me había quedado sordo y lo estaba llevando a él a casa en coche, Quadberry me pidió que encendiera la luz interior y me habló de una forma deliberadamente lenta. Sabía que yo estaba sordo y contaba con que fuera capaz de leerle los labios.

—No… te rías… de ella… ni de mí… Creemos… que ella… tiene… un problema.

Yo meneé la cabeza. Nunca se me ocurriría reírme de él ni de ella. Ella me detestaba porque había salido con su pobre hermana durante unas semanas, pero a mí Lilian jamás me había parecido ridícula a pesar de toda su altanería. Lo único que pensé fue que aquel suceso me parecía monumentalmente curioso.

—No lo sabe nadie más que tú —me dijo.

—¿Por qué me lo has contado?

—Porque yo me marcho y tú tienes que cuidar de ella. No se la confiaría a nadie más que a ti.

—Ella me odia a muerte. ¿Adónde te vas?

—A Annapolis.

—Y un cuerno te vas a ir a Annapolis.

—Es la única facultad que me ha aceptado.

—¿Vas a tocar el saxo en un barco?

—No sé qué voy a hacer.

—¿Cómo… cómo puedes dejarla?

—Ella quiere que vaya. Está muy excitada porque me voy a Annapolis. William [así me llamo yo], no se me ocurre otra chica con más amor en su interior que Lilian.

Yo entré en la universidad local, igual que Lilian. Ella iba a la misma clase de química que yo. Pero la tenía a varias filas de distancia. Aprender algo resultaba difícil estando sordo. El profesor no hacía pantomima, pero al final siempre iba a la pizarra y escribía las fórmulas algebraicas de los problemas, para mi alivio. Seguí adelante y saqué un notable. Al final del trimestre yo me estaba pavoneando delante de la hoja de calificaciones que el profesor había colgado y vi por casualidad la nota de Lilian. Solamente había conseguido un aprobado. La bella Lilian solamente había sacado un aprobado y yo con mi impedimento tenía un notable.

Había sido un curso de química muy difícil. Yo había estado vigilando todo el tiempo el vientre de Lilian. No creció. Yo había esperado verla como una sandía, transformada en una asombrosa figura materna.

Tras obtener mi notable y Lilian su aprobado, reuní aplomo y fui a verla. Ella me abrió la puerta. Sus padres no estaban en casa. Yo nunca había querido aquella tarea de vigilarla que Quadberry me había encomendado y así se lo dije. Ella me invitó a entrar. Las habitaciones olían a esmalte de uñas y a tabaco de pipa. Yo había esperado que su hermana pequeña no estuviera en casa y mi deseo se hizo realidad. Estábamos solos.

—Ya puedes dejar de vigilarme.

—¿Estás embarazada?

—No. —Ella se echó a llorar—. Quería estarlo. Pero no lo estoy.

—¿Qué sabes de Quadberry?

Ella dijo algo pero me estaba dando la espalda. Me miró esperando una respuesta pero yo no tenía nada que decir. Sabía que había dicho algo pero no la había oído.

—Ya no toca el saxo —me dijo.

Aquello me puso furioso.

—¿Por qué no?

—Demasiadas matemáticas, ciencias y navegación. Quiere volar. Ése es su sueño ahora. Quiere pilotar un avión F no-sé-cuántos.

Le pedí que repitiera aquello y lo hizo. Lilian estaba realmente llena de amor, tal como había dicho Quadberry. Entendió que yo estaba sordo. Tal vez se lo había dicho Quadberry.

El resto del tiempo que pasé en su casa me limité a admirar su belleza y a ver cómo se movían sus labios.

Acabé la carrera. Me resulta interesante el hecho de que mantuve una media de notable y lo hice sordo, aunque ya me imagino que esto no resulta interesante para la gente que no es sorda. Me encantaba la música y nunca podía oírla. Me encantaba la poesía y nunca oí una sola palabra de labios de los poetas invitados que venían al campus. Adoraba a mi padre y a mi madre pero no volví a oír una palabra de ellos.

Una Nochebuena Radcleve volvió de la Universidad de Mississippi y tiró un M-80 en la calle por los viejos tiempos. Lo vi explotar pero solamente noté una ligera presión en los oídos. Yo asistía a fiestas donde la lujuria se desataba y una vez me fui a casa con dos chicas (soy medianamente atractivo) que vivían en sendos apartamentos de aquellas casas viejas de dos pisos de los años veinte y me quité la camisa y les hice el amor. Pero no tengo ni idea de cuál fue su reacción. Cuando me levanté estaban aturdidas y sonrientes pero no tengo ni idea de si les di el placer final o no. Espero que sí. Siempre he tenido debilidad por las mujeres y me gusta verlas satisfechas hasta que se les salgan los ojos.

A través de Lilian me llegó la noticia de que Quadberry se había licenciado en Annapolis y ahora iba a pilotar aviones en el *Bonhomme Richard*, un portaaviones que zarpaba para Vietnam. Él le envió un telegrama diciéndole que aterrizaría en el aeropuerto de Jackson a las diez de cierta noche. De forma que Lilian y yo fuimos a esperarlo. A ella el sitio ya le resultaba familiar. Trabajaba de azafata y sus circuitos estaban principalmente en el Sur. Llevaba un impermeable beige y unas sandalias rojas. Yo llevaba un jersey negro de cuello alto y una cazadora de pana, me sentía importante, tan importante que apenas podía soportarlo. Ya me había convertido en el redactor más importante de la agencia publicitaria Gordon-Marx de Jackson. Llevaba un año sin ver a Lilian. Su mirada estaba afligida, sus ojos ya no eran del mismo azul brillante que cuando era una belleza recatada. Tomamos un café juntos. Yo la quería. A juzgar por lo que yo sabía, le era fiel a Quadberry.

Él aterrizó en un avión F no-sé-cuántos de la armada a las diez en punto. Ella salió corriendo por el asfalto del aeropuerto para darle la bienvenida. La vi subir la escalerilla. Pude verlo a él con su casco azul. Luego ella bajó la escalerilla. Luego Quadberry volvió a cerrar la carlinga. Giró el avión de forma que las llamas de sus motores traseros quedaron en nuestra dirección. Enfiló nuevamente la pista de despegue. Lo vimos lanzarse a la noche en mitad de la pista de despegue con rumbo al oeste, hacia San Diego y el *Bonhomme Richard*. Lilian estaba llorando.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Ha dicho «Soy un dragón. América es hermosa como no te la imaginas». Quería darte un mensaje. Se ha alegrado de que vinieras.

—¿Cuál era el mensaje?

—Lo mismo. «Soy un dragón. América es hermosa como no te la imaginas.»

—¿No ha dicho nada más?

—Ni una palabra.

—¿No ha expresado ningún amor por ti?

—No era Ard. Era alguien con una mueca de sorna y un casco.

—Se va a la guerra, Lilian.

—Le he pedido que me besara y él me ha dicho que me bajara del avión, que iba

a encender los motores y que era peligroso.

—Arden se va a la guerra. Está de camino a Vietnam y quería que lo supiéramos. No quería que lo viéramos simplemente a él. Quería que lo viéramos en el avión. Él *es* ese avión negro. No se puede besar a un avión.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —gimió la pobre Lilian.

—Tenemos que esperar. Él no tenía que despegar y desaparecer de ese modo. Lo ha hecho para decirnos que ya no está con nosotros.

Lilian me preguntó qué tenía que hacer ella ahora. Yo le dije que tenía que venirse conmigo al apartamento en la casa de 1920 de Clinton donde yo vivía. Se suponía que yo tenía que cuidar de ella. Lo había dicho Quadberry. Su directiva de seis años atrás seguía vigente.

Ella se echó a dormir un rato en el sofá-cama. Era la única cama que había en mi apartamento. Yo me quedé de pie en la cocina a oscuras y me bebí un cuarto de botella de ginebra con hielo. No quería encender la luz y despertarla. La idea de Lilian durmiendo en mi apartamento me hacía sentir como un capellán de visita en Tierra Santa. Me quedé allí, emborrachándome y mordiéndome la lengua cada vez que me asaltaba una fantasía lasciva. Aquel avión negro en el que Quadberry quería que lo viéramos, sus motores traseros en llamas, su despegue en plena noche a mitad de la pista…, ¿qué había querido decirnos con aquel montaje? ¿Estaba diciéndonos que lo recordáramos para siempre o que no lo olvidáramos nunca? Pero yo tenía mi vida y no la iba a dedicar a cuidar de su recuerdo ni de su novia del instituto. ¿Qué había querido decir con «América es hermosa como no te lo imaginas»? Yo, William Howly, sabía bastante sobre la hermosa América, incluso estando sordo. Quedarme sordo me había ayudado a estar más cerca de la gente. No tenía más que unos cinco amigos, pero conocía los movimientos de sus labios, el sudor de debajo de sus narices, el movimiento de sus lenguas sobre las coronas de los dientes y su forma de tocarse los labios con los dedos. «Quadberry», me dije, «no hace falta acercarse a las estrellas con tu avión negro para ver a la hermosa América.»

Ya estaba decidido a tumbarme en el suelo de la cocina para pasar la noche cuando Lilian encendió la luz y apareció en ropa interior. Tenía un cuerpo perfecto salvo por un poco de grasa en la parte superior de los muslos. Había tomado el sol y tenía los brazos, piernas y vientre morenos, de forma que mi primer instinto fue arrancarle la ropa interior blanca para lamerla, chuparla y decirle algo fabuloso a la carne que acababa de desvelar.

Ella estaba moviendo la boca.

—Dilo otra vez, más despacio.

—Me siento sola. Cuando ha despegado su avión creo que ha querido decir que no va a volver a verme nunca. Creo que ha querido decir que se reía de nosotros dos. Es un astronauta y nos desprecia.

—¿Quieres que vaya a la cama contigo?

—Sé que eres un intelectual. Podemos dejar la luz encendida para que veas lo que digo.

—¿Quieres hablar? ¿No se trataría solamente de sexo?

—Nunca podría ser solamente sexo.

—Estoy de acuerdo. Ve a dormir. Déjame decidir si quiero ir contigo. Apaga la luz.

De nuevo me encontré en la oscuridad, y se me ocurrió que no solamente iba a engañar a Quadberry, sino a toda la familia Quadberry, si hacía lo que era más natural.

Me quedé dormido.

Quadberry hacía de escolta de los B-52 que iban en misiones de bombardeo al norte de Vietnam. Salía catapultado del *Bonhomme Richard* con su traje de piloto a temperaturas de cuarenta grados, a menudo de noche, y forzaba al máximo el F-8 —su carlinga diminuta, su fuselaje enorme y alargado de dos millones de dólares, las alas, la cola y el motor a reacción, Quadberry, el genio al mando de su dragón, rumbo a los seis mil metros de altura para refrescarse. Se reunía con la gran tortuga aérea que era el B-52, se colocaba en posición, con su carlinga llena de luces verdes y anaranjadas, y encendía su transistor de radio. Solamente había una banda de música realmente buena, y no tenía nada que ver con el viejo rock and roll americano de Camboya: era la ópera de la China Comunista. A Quadberry le encantaba. Le encantaba la horda nasal del final, cuando los campesinos derrotaban al viejo alcalde gordo y diletante. Luego viraba el avión cuando veía los incendios bajos y repentinos que aparecían después de que el B-52 les soltara su alimento. Eran siete horas de viaje. A veces se dormía pero su cuerpo sabía cuándo despertar. Otros treinta minutos y llegaba al barco que lo estaba esperando sobre las olas.

Todos sus viajes no eran tan fáciles. Tenía que volar a plena luz del día y no perder al B-52 y a veces un misil SAM aparecía entre ambos. Dos de sus compañeros habían sido abatidos por aquellos misiles. Pero Quadberry, igual que con el saxo, tenía una técnica infinita. Ponía su avión perpendicular en el aire y hacía que los SAM parecieran idiotas. Incluso abatió dos de ellos. Luego, un día a pleno sol, un MIG apareció suspendido en el aire al mismo nivel que él y su escuadrón. Quadberry no se lo podía creer. Los demás miembros del escuadrón no supieron qué hacer pero Quadberry sabía dónde y cómo podía disparar al MIG. Voló por debajo de sus cañones y salió detrás de él. Sabía que el MIG iba a por uno de los B-52 y no a por él. El MIG estaba tan concentrado en el enorme B-52 que se olvidó de Quadberry. Estaba claro que era un piloto suicida no profesional. Quadberry se puso encima de él, le lanzó un misil y se apartó de su trayectoria. El misil destruyó la cola del MIG. Luego

Quadberry quiso ver si el piloto lograba salir de la carlinga. Le pareció que sería reconfortante si el tipo lograba lanzarse en paracaídas. Pero lo que Quadberry vio fue que el tipo intentaba hacer chocar su avión mutilado con el B-52, de forma que viró, disparó con los cañones y vaporizó al piloto y su carlinga. Era el primer hombre al que mataba.

En su siguiente salida, Quadberry fue alcanzado por un misil de tierra. Pero su avión siguió volando. Continuó durante un centenar de kilómetros y bajó al mar. Allí estaba el *Bonhomme Richard*, de forma que descendió. Tenía la espalda herida pero por Dios que aterrizó en la cubierta. Sus compañeros lo cogieron en brazos y le cortaron el paracaídas. La espalda le dolió durante semanas pero por lo demás estaba bien. Descansó y se recuperó durante un mes en Hawai.

Y luego se cayó por la proa del barco. Así de fácil, su F-6 hizo plaf y se hundió como una roca. Quadberry vio el barco elevarse delante de sí. Sabía que no tenía que lanzarse todavía. Si se lanzaba tan deprisa se golpearía la cabeza contra el casco y lo harían pedazos las hélices del motor. De forma que esperó. Su avión se estaba hundiendo en las aguas verdes y él veía cómo el casco del portaaviones se iba haciendo más pequeño, pero podía respirar con la máscara de oxígeno y no le parecía una decisión urgente. El barco podía alejarse. A una profundidad que después resultó ser de veinte metros pulsó el botón de eyección. El dispositivo lo lanzó, felizmente, y Quadberry se encontró de pronto a tres metros de la superficie, nadando contra la masa casi aplastante de su paracaídas sumergido. Pero dos compañeros habían salido en helicóptero y uno de ellos estaba suspendido de la escalerilla para ayudarlo a salir del agua.

Ahora a Quadberry le dolía la espalda de verdad. Se le había acabado aquella guerra y todas las demás.

Lilian, la azafata, murió en un accidente aéreo. Su avión explotó por culpa de la bomba de un secuestrador, una bomba desmañada que se suponía que no tenía que explotar, a veinticuatro kilómetros de La Habana. El pobre piloto, los pobres pasajeros y las pobres azafatas quedaron desparramados como bengalas de carne por toda la costa de Cuba. Un pescador encontró un asiento del avión. Castro expresó sus condolencias.

Quadberry regresó a Clinton dos semanas después de que murieran Lilian y los demás pasajeros del vuelo a Tampa. No se había enterado de la noticia. De forma que le dije que Lilian había muerto cuando fui a buscarlo al aeropuerto. Quadberry estaba flaco y bastante apagado con su indumentaria de civil: un traje gris y una corbata pasada de moda. Ya no tenía las puntas del pelo blancas —su halo había desaparecido — porque llevaba el pelo muy corto. La nariz árabe parecía un defecto lastimoso en una cara con un bigote ceniciento que ahora estaba más que anémica. Parecía más bajo, encorvado. Lo cierto era que estaba enfermo, la espalda lo estaba matando. El

aliento le olía a los martinis que se había tomado en el avión y en la mano derecha flácida llevaba un puro mojado. Le conté lo de Lilian. Murmuró algo sin mirarme que no entendí.

—Tienes que hablar mirándome, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de mí, Quadberry?

—Mis padres no han venido, claro.

—No, ¿por qué?

—Mi padre me escribió una carta después de que bombardeáramos Hué. Me decía que no me había enviado a Annapolis para que bombardeara la arquitectura de Hué. Había estado allí una vez y había tenido alguna experiencia importante: le había hecho un francés a la reina de Hué o algo así. En todo caso, me decía que yo tenía que hacer un montón de penitencia por lo que había hecho. Pero él y mi madre son personas distintas. ¿Por qué no ha venido ella?

—No lo sé.

—No te lo pregunto a ti. Se lo pregunto a Dios.

Negó con la cabeza. Luego se sentó en el suelo. La gente tenía que rodearlo para pasar. Le pedí que se levantara.

—No. ¿Cómo está el viejo Clinton?

—Horroroso. Parcelas de aluminio, cigarreras con cuatro columnas delante, todo más apretado que una colmena. Tenemos un depósito de agua de color turquesa; tenemos un centro comercial, un supermercado Jitney Jungle gigante y quinceañeros de quinta división invadiéndolo todo como hormigas. —¿Por qué estaba siendo tan sincero justo ahora, con Quadberry sentado en el suelo y vencido, escorado como una vela vieja de mala calidad?—. Ya no es nuestro pueblo, Ard. Va a ser doloroso volver. A mí me duele todos los días. Levántate, por favor.

—Y Lilian ni siquiera está allí.

—No. Es una nube sobre el golfo de México. Una vez volaste por encima de Pensacola. ¿Te acuerdas de aquellas nubes rosas y azules tan bonitas? Así es como me la imagino ahora.

—¿Hubo funeral?

—Ya lo creo. Lo ofició su pastor metodista y fue un montón de gente a la funeraria de Wright Ferguson. Estaban tus padres. Tu padre no tendría que haber ido. Apenas podía caminar. Por favor, levántate.

—¿Por qué? ¿Qué voy a hacer, adónde voy a ir?

—Tienes tu saxo.

—¿Hubo ataúd? ¿Fuisteis todos a ver la nube azul y rosa que había dentro? —Ahora estaba siendo mordaz de la misma forma que lo había sido a los once años, a los catorce y a los diecisiete.

—Sí, un ataúd muy recargado.

—Lilian es la Azafata Desconocida. No me pienso levantar.

—Te digo que todavía tienes tu saxo.

—No, no es verdad. Intenté tocarlo en el barco después de mi última lesión en la espalda. Nada que hacer. No puedo doblar la espalda para tocar. El dolor me mata.

—Pues no te levantes. ¿Por qué te estoy pidiendo que te levantes? No soy más que un batería sordo y demasiado orgulloso para comprarme un audífono. No soporto rellenar el impreso. ¿Acaso yo no tocaba bien la batería?

—De maravilla.

—Pero no podemos quedarnos así para siempre. Si nos quedamos mucho más rato vendrá la policía y te obligará a levantarte.

Pero no vino la policía. La que vino fue la madre de Quadberry. Me miró a la cara y me cogió de los hombros antes de ver a Ard en el suelo. Cuando lo vio lo hizo levantarse y lo abrazó con pasión. Los sollozos la hacían estremecerse. Agarraba a Quadberry como si fuera una cuerda con la que intentara atarse. Le daba besos sin parar. La madre de Quadberry era una mujer atractiva de cincuenta años. Yo me limitaba a aguantarle el bolso. Él se quejó de que le dolía la espalda. Por fin ella lo soltó.

—Ahora vámonos —dije.

—Tu padre está en el coche intentando dejar de llorar —dijo su madre.

—Qué bonito —dijo Quadberry—. Pensé que aquí se había muerto todo el mundo. —Abrazó a su madre—. Vamos todos y divirtámonos un rato juntos. —Tenía el cabello de su madre en los labios—. ¿Tú te vienes? —me preguntó.

—Vamos a pasarlo en grande —dije yo.

Fingí que los seguía con mi coche a su casa de Clinton. Pero mientras pasábamos por Jackson cogí la salida 55 hacia el norte y los perdí de vista, mostrando, en mi opinión, una elegancia considerable. No quería entrometerme en aquella reunión. Yo tenía un apartamento inmejorable en Old Canton Road en una enorme casa de yeso, de estilo español, con un balcón, helechos, yucas y una puerta verde por la que entré. Cuando me desperté no tuve que hacerme café ni freírme un huevo. La chica que dormía en mi cama lo hizo por mí. Era la hermana pequeña de Lilian, Esther Field. Esther era guapa de una forma discreta y yo estaba orgulloso de haberla domado para que limpiara y cocinara para mí. La familia Field apreciaba el que yo viviera con ella. Yo le había presentado a la escoba y la sartén y le habían caído de maravilla. También había aprendido a hablar muy despacio cuando tenía que decirme algo.

Esther cogió el teléfono cuando Quadberry me llamó varios meses más tarde. Me dio este mensaje. Quadberry quería saber mi opinión sobre una decisión que tenía que tomar. Había un tal doctor Gordon, un cirujano del Emory Hospital de Atlanta, que decía que podía curarle la lesión de espalda. La espalda de Quadberry lo estaba matando. Incluso levantar el teléfono para contar aquello ya le suponía una tortura. El cirujano decía que tenía una probabilidad del setenta y cinco por ciento contra el

veinticinco por ciento. Un setenta y cinco por ciento de salir con éxito y un veinticinco de que la operación fuera fatal. Esther esperó a que le diera mi opinión. Le dije que le dijera a Quadberry que fuera al Emory. Había tenido suerte en Vietnam y no iba a perderla en aquella operación de nada.

Esther le pasó el mensaje y colgó.

—Me ha dicho que el cirujano es de su edad. Es una especie del genio del John Hopkins Hospital. El tal Gordon ha publicado un montón de artículos sobre operaciones de la médula —dijo Esther.

—Muy bien. Todo perfecto. Ven a la cama.

Sentí su boca y su voz en los oídos, pero solamente pude oír una especie de latido. Lo único que podía hacer era buscar la humedad, los pezones y el cabello.

A Quadberry le salió mal la jugada del Emory Hospital de Atlanta. El brillante cirujano de su edad lo perdió. Quadberry murió. Murió con su nariz árabe señalando el techo.

Por eso cuento esta historia y nunca contaré otra.

Traducción de Javier Calvo

STUART DYBEK

Chopin en invierno

El invierno en que Dzia-Dzia vino a vivir con nosotros en el edificio de la señora Kubiac en la calle Dieciocho fue el invierno en que la hija de la señora Kubiac, Marcy, volvió a casa embarazada de su universidad en Nueva York. Marcy había conseguido una beca para estudiar música. Era la primera persona de la familia de la señora Kubiac que iba al instituto, no digamos ya a la universidad.

Desde su vuelta a casa yo solamente la había visto una vez. Estaba jugando en el rellano delante de nuestra puerta y cuando ella subió las escaleras los dos nos saludamos con la cabeza. No parecía embarazada. Estaba delgada y llevaba un abrigo negro con el cuello de piel plateada levantado y el pelo largo y rubio metido por dentro del cuello. Tenía la cara pálida y los mismos ojos azules asustados que la señora Kubiac.

Pasó a mi lado sin apenas verme y continuó hasta el rellano siguiente. Luego hizo una pausa, se inclinó sobre la barandilla y me preguntó:

—¿Eres el mismo niño que yo oía llorar por las noches?

Su voz era amable pero burlona.

—No lo sé —dije.

—Si te llamas Michael y la ventana de tu dormitorio está justo debajo de la mía, entonces eres tú —me dijo—. Cuando eras pequeño a veces te oía llorar por las noches a pleno pulmón. Me temo que yo oía lo que tu madre no podía oír. El ruido subía.

—¿De verdad no te dejaba dormir?

—No te preocupes por eso. Tengo el sueño muy ligero. Me despierta la nieve al caer. Siempre pensaba que ojalá pudiera ayudarte en aquellos momentos en que estábamos los dos despiertos en plena noche con todo el mundo roncando.

—No me acuerdo de haber llorado —dije.

—La mayoría de la gente no se acuerda cuando vuelven a ser felices. Parece que ahora eres bastante feliz. Sigue así, chaval. —Sonrió. Tenía una sonrisa encantadora. Sus ojos parecían sorprenderse de ello—. ¡Chao! —Se despidió con los dedos.

—Chao —dije, imitando su gesto. Nada más irse empecé a echarla de menos.

Nuestra patrona, la señora Kubiac, bajaba por las tardes a tomar el té y lloraba cuando le hablaba a mi madre de Marcy. Nos contó que Marcy no quería decirle quién era el padre de su hijo. No se lo quería decir al cura. No quería ir a la iglesia. No quería ir a ninguna parte. Incluso el médico tenía que ir a casa; y el único médico que Marcy permitía que la viera era el doctor Shtulek, el que había sido su pediatra.

—Yo le digo: «Marcy, cariño, tienes que hacer algo» —decía la señora Kubiac—. «¿Qué pasa con todos los sacrificios, los ensayos, las lecciones, los profesores, los premios? Mira a la gente rica: no dejan que nada interfiera en lo que quieren.»

La señora Kubiac le contaba a mi madre aquellas cosas en un tono estrictamente confidencial, con una voz que empezaba siendo un susurro reservado pero iba subiendo de volumen a medida que recitaba su letanía de problemas. Cuanto más fuerte hablaba más entrecortado se volvía su inglés, como si la preocupación y la angustia forzaran su capacidad idiomática más allá de sus límites. Por fin sus sentimientos la abrumaban: empezaba a llorar y a hablar en bohemio, lengua que yo no podía entender.

Yo me sentaba fuera de la vista debajo de la mesa del comedor y hacía galopar mis vaqueros de plástico por un bosque de patas de sillas mientras oía a la señora Kubiac hablar de Marcy. Quería saberlo todo sobre ella y cuanto más oía más preciada se volvía la sonrisa que me había dirigido en las escaleras. Era como un vínculo secreto entre nosotros. En cuanto me convencí de ello, escuchar a la señora Kubiac empezó a parecerme un acto de espionaje. Yo era el amigo de Marcy y conspiraba con ella. Ella me había hablado como si yo no formara parte del mundo que ella rechazaba. Fueran cuales fueran las razones por las que se guiaba, fueran cuales fueran sus secretos, yo estaba de su lado. En mis fantasías diurnas yo le demostraba una y otra vez mi lealtad.

Por las noches la oíamos tocar el piano: un murmullo amortiguado de escalas que me resultaban vagamente familiares. Tal vez me acordaba de cuando Marcy ensayaba años atrás, antes de irse a Nueva York. Las notas resonaban a través del techo de la cocina mientras yo secaba los platos de la cena y Dzia-Dzia permanecía sentado con los pies en agua. Todas las noches Dzia-Dzia metía los pies en un cubo lleno de agua humeante en donde dejaba caer una tableta que burbujeaba y teñía el agua de inmediato de un color rosa brillante. Entre el agua humeante y aquel tinte rosáceo, sus pies y sus piernas hasta las rodillas, donde terminaban sus pantalones remangados, parecían permanentemente escaldados.

A Dzia-Dzia parecía que los pies se le estaban convirtiendo en pezuñas. Tenía los talones y las plantas llenos de callos escamosos y tan hinchados que habían perdido la forma. En los dedos nudosos le crecían unas uñas retorcidas y amarillas como dientes de caballo. A Dzia-Dzia se le habían congelado los pies de joven cuando había recorrido a pie la mayor parte del camino de Cracovia a Gdansk, en lo más crudo del invierno, para escapar del alistamiento en el ejército prusiano. Más tarde se le habían vuelto a congelar cuando trabajaba en las minas de oro de Alaska. La mayor parte de lo que yo sabía acerca del pasado de Dzia-Dzia estaba relacionado con la historia de sus pies.

A veces mis tíos hablaban de él. Parecía que había tenido una vida itinerante:

vendiendo perros a los igorrotes en las Filipinas después de la guerra entre españoles y americanos; en las minas de carbón de Johnstown, Pensilvania; llevando barcazas en los Grandes Lagos; conduciendo el ferrocarril al Oeste. Nadie en la familia quería tener mucho que ver con él. Los había abandonado tantas veces, decía mi tío Roman, que había sido peor que crecer sin padre.

Mi abuela lo llamaba *Pan Djabel*, 'señor Diablo', aunque lo decía como si le divirtiera. Él la llamaba *gorel*, 'rústica', y aseguraba venir de una familia adinerada y culta a quienes los prusianos habían arrebatado sus tierras.

—¡Terratenientes, claro! —le dijo una vez el tío Roman a mi madre—. Además de comportarse como un bastardo, según mamá, resulta que lo era en sentido literal.

—¡Romey, calla! ¿De qué sirve amargarse? —dijo mi madre.

—¿Quién se amarga, Ev? Es que ni siquiera fue capaz de presentarse para el entierro. Eso nunca se lo perdonaré.

Dzia-Dzia no había ido al funeral de la abuela. Volvía a estar desaparecido y nadie había podido encontrarlo. Dzia-Dzia se limitaba a desaparecer durante años enteros sin decir nada a nadie. Luego aparecía de la nada, se quedaba unos días, maltrecho y oliendo a alcohol, con sus dos trajes puestos uno encima del otro, y volvía a desaparecer.

—¿Quieres encontrarlo? Pregunta a los maleantes de los barrios bajos —decía el tío Roman.

Mis tíos explicaban que dormía en vagones de carga, sótanos y edificios abandonados. Cuando miraba por la ventanilla de un autobús y veía grupos de ancianos de pie alrededor de cubos de basura ardiendo detrás de vallas publicitarias, me preguntaba si Dzia-Dzia estaría entre ellos.

Ahora que estaba viejo y había fracasado se sentaba en nuestra cocina, con los pies doloridos y entumecidos como si hubiera bajado descalzo por la calle Dieciocho nevada.

Eran mis tíos y tías quienes decían que Dzia-Dzia había «fracasado» . Aquella palabra siempre me ponía nervioso. Yo también fracasaba: en ortografía, en inglés, en historia, en geografía y en casi todo salvo en aritmética, y aquello solamente porque usaba números en vez de letras. Principalmente fracasaba en escritura. Las monjas se quejaban de que mi caligrafía era totalmente ilegible, que tenía la ortografía de un refugiado y que si no mejoraba tal vez tendrían que hacerme repetir curso.

Mi madre mantenía mis fracasos en secreto. Era de Dzia-Dzia de quien hablaban en las visitas de los domingos en voz demasiado baja para el oído de un anciano. Dzia-Dzia los miraba con ferocidad pero no negaba lo que estaban diciendo de él. No había hablado desde su reaparición y nadie sabía si aquel enmudecimiento se debía a su senilidad, a simple terquedad o si se había vuelto sordo. Además de los pies, ahora se le habían congelado también los oídos. De las orejas le salían mechones de canas a

juego con las cejas puntiagudas. Yo me preguntaba si no oiría mejor si se los cortaba.

Aunque Dzia-Dzia y yo pasábamos las noches solos en la cocina, no me hablaba más a mí que a la familia los domingos. Mi madre se quedaba en el salón, inmersa en sus cursos de contabilidad por correspondencia. El piano retumbaba a través del techo. Yo lo sentía más que lo oía, sobre todo las notas graves. A veces sonaba algún acorde que hacía rechinar la cubertería en el cajón y zumbar los vasos.

Marcy me había parecido muy delgada cuando me la crucé en la escalera, delicada e incapaz de aquel despliegue de energía. Sin embargo, su piano era enorme y tenía un aspecto poderoso. Recordaba haber ido una vez al piso de arriba a visitar a la señora Kubiac. El piano estaba en desuso —con la cubierta bajada y las teclas tapadas—, dominando el apartamento. Bajo la luz vespertina relucía mucho, como si la madera oscura fuera una especie de cristal. Los pedales eran de bronce pulimentado y a mí me recordaban a los pedales que accionaban los maquinistas para poner en marcha los tranvías.

—¿Verdad que es bonito, Michael? —me preguntó mi madre.

Yo asentí varias veces con la esperanza de que la señora Kubiac me dejara tocarlo, pero no fue así.

—¿Cómo lo han metido aquí? —pregunté. Me parecía imposible que pudiera caber por una puerta.

—No fue fácil —dijo la señora Kubiac, sorprendida—. Le provocó una hernia al señor Kubiac. Lo trajeron en barco desde Europa. Un anciano alemán, un gran músico, se lo hizo traer para dar conciertos, pero luego enfermó y lo abandonó. Se volvió a Alemania. Dios sabe qué le sucedió, creo que era judío. Lo subastaron para pagar la factura de su hotel. Así es la vida, ¿no? De otra forma no habríamos podido pagarlo. No somos ricos.

—De todos modos debió de ser muy caro —dijo mi madre.

—Solamente me costó un matrimonio —dijo la señora Kubiac, y sonrió, pero era una sonrisa forzada—. Así es la vida también, ¿no? —preguntó—. Tal vez a una mujer le va mejor sin marido, ¿no? —Entonces, durante un instante fugaz, la vi mirar a mi madre y luego apartar la vista. Era una mirada que yo había aprendido a reconocer en la gente que se sorprendía a sí misma diciendo algo que podía recordarnos a mi madre o a mí que a mi padre lo habían matado en la guerra.

La cubertería rechinaba y los vasos zumbaban. Sentía en los dientes y los huesos las notas graves que retumbaban en el techo y las paredes como truenos lejanos. No se parecía a escuchar música y sin embargo cada vez más a menudo me daba cuenta de que Dzia-Dzia cerraba los ojos, crispaba la cara en una mueca de concentración y balanceaba ligeramente el cuerpo. Yo me preguntaba qué estaría oyendo. Una vez mi madre me había contado que Dzia-Dzia tocaba el violín cuando ella era niña, pero que la única música por la que le había visto mostrar algún interés era la *Hora de la*

Polka de Frankie Yankovitch, que ponía a todo volumen y escuchaba con la oreja casi pegada a la radio. Fuera lo que fuera que Marcy tocaba, no se parecía a Frankie Yankovitch.

Una noche, después de semanas de silencio entre nosotros solamente interrumpido por gruñidos, Dzia-Dzia dijo:

—Eso es boogie-woogie.

—¿Cómo, Dzia-Dzia? —pregunté, asustado.

—Es la música que tocan los negros.

—¿La que viene de arriba? Es Marcy.

—Está enamorada de un hombre de color.

—¿Qué le estás diciendo, papá? —le preguntó mi madre. Acababa de entrar en la cocina justo mientras Dzia-Dzia estaba hablando.

—Le hablaba del boogie-woogie. —Dzia-Dzia sacudía las piernas en el cubo de forma que el agua rosácea se derramaba sobre el linóleo.

—No quiero que se hable de esa forma en esta casa.

—¿De qué forma, Evusha?

—No quiero que oiga esos prejuicios en esta casa —dijo mi madre—. Ya los oirá bastante en la calle.

—Solamente le he dicho boogie-woogie.

—Será mejor que vayas a bañarte los pies en el salón junto a la estufa —dijo mi madre—. Podemos poner periódicos en el suelo.

Dzia-Dzia se quedó sentado y frunció la cara como si no oyera.

—Ya me has oído, papá. Te he dicho que te bañes los pies en el salón —repitió mi madre, casi gritando.

—¿Cómo, Evusha?

—Gritaré todo lo fuerte que haga falta, papá.

—Boogie-woogie, boogie-woogie, boogie-woogie —murmuró el anciano mientras salía del cubo, con los pies descalzos chapoteando en el linóleo.

—Y límpiate la cabeza de paso —murmuró mi madre a su espalda, demasiado bajo para que él la oyera.

Mamá siempre insistía en que se hablara con educación en casa. Alguien que no dijera «por favor» o «gracias» le resultaba tan ofensivo como alguien que dijera palabrotas.

Se dice «acabado», no «acabao», corregía siempre mi madre. O bien decía: «Si quieres decir “¡Eh!”, te vas a un establo». Consideraba que «y tal» era una manifestación de pereza, como no recoger los calcetines sucios del suelo.

Incluso cuando se emborrachaban un poco en las fiestas familiares que se celebraban los domingos en nuestro piso, mis tíos intentaban no decir palabrotas, y eso que todos habían estado en el ejército y en los marines. Tampoco se les permitía

llamar «boches» a los alemanes ni «japos» a los japoneses. En lo concerniente a mi madre, de todos los malos usos del idioma, los comentarios racistas eran los más ignorantes y por tanto los más ofensivos.

De todas formas, mis tíos no hablaban mucho de la guerra, aunque siempre que se reunían se creaba en la sala cierta impresión de que por debajo de la charla distendida y las bromas compartían un estado de ánimo soterrado y triste. Mamá había reemplazado la foto de mi padre con uniforme por una foto anterior que lo mostraba sentado en el estribo del coche que habían tenido antes de la guerra. Estaba sonriendo y acariciando al terrier escocés del vecino. Aquélla y la foto de su boda eran las únicas fotos que mamá no tenía guardadas. Ella sabía que yo no me acordaba de mi padre y casi nunca me hablaba de él. Pero algunas veces me leía en voz alta pasajes de sus cartas. Había un fragmento en particular que me leía por lo menos una vez al año. Lo había escrito durante un bombardeo, poco antes de que lo mataran.

Cuando esto continúa sin tregua uno aprende a odiar de verdad. Uno empieza a odiarlos como pueblo y a querer castigarlos a todos: civiles, mujeres, niños, ancianos. Da lo mismo, son todos iguales, ninguno es inocente. Y momentáneamente el odio y la rabia te impiden volverte loco de miedo. Pero si te permites odiar y creer en el odio, entonces no importa qué suceda, has perdido. Eve, me encanta nuestra vida juntos y quiero volver a casa contigo y con Michael, y en la medida de lo posible, quiero ser el mismo hombre que se fue.

Yo quería oír más pero no me atrevía a pedirlo. Tal vez porque todos los demás estaban intentando olvidar. Tal vez porque tenía miedo. Cuando las lágrimas brotaban en los ojos de mamá yo me sorprendía a mí mismo queriendo mirar a otra parte como había hecho la señora Kubiac.

Además de sus criterios habituales acerca del lenguaje que permitía en la casa, había otra cosa que hizo que mi madre perdiera los nervios y echara a Dzia-Dzia de su sitio en la cocina. Se había vuelto muy sensible, sobre todo en lo concerniente a Dzia-Dzia, debido a lo que le había pasado a la madre de Shirley Popel.

La madre de Shirley había muerto hacía poco. Mi madre y Shirley eran amigas íntimas desde la escuela primaria y después del funeral Shirley había venido a casa y nos había contado toda la historia.

Su madre se había roto la cadera al caerse del bordillo mientras barría la acera de enfrente de su casa. Era una mujer que sonreía constantemente con una boca sin dientes y que, a decir de todo el mundo, tenía mucho aspecto de campesina. Después de cuarenta años en Estados Unidos apenas hablaba inglés y ni siquiera en el hospital se avino a quitarse su babushka.

Todo el mundo la llamaba Babushka, o la forma corta Babush, que quiere decir ‘abuela’, incluso las monjas del hospital. Además de la cadera rota, Babush cogió neumonía. Una noche el médico llamó a Shirley para decirle que Babush había empeorado de repente. Shirley fue al hospital de inmediato y llevó con ella a su hijo de trece años, Rudy. Rudy era el favorito de Babushka y Shirley confiaba en que

verlo le insuflaría a la abuela el deseo de vivir. Era un sábado por la noche y Rudy iba vestido para tocar en su primer baile. Quería ser músico y llevaba una ropa que se había comprado con el dinero ahorrado repartiendo periódicos. Se la había comprado en el Smoky Joe's de Maxwell Street: mocasines de ante azul, calcetines de color azul eléctrico, traje amarillo limón de solapa vuelta con hombreras y pantalones de pinzas y camisa de satén de color esmeralda. A Shirley le parecía que estaba majo.

Cuando llegaron al hospital encontraron a Babush conectada a unos tubos y respirando oxígeno.

—Mamá —dijo Shirley—. Ha venido Rudy.

—Rudish —dijo Babush—. Vas vestido como un negro. —De repente se le pusieron los ojos en blanco. Se dejó caer hacia atrás, tragó saliva y se murió.

—Y aquéllas fueron las últimas palabras que nos dijo, Ev. —Lloraba Shirley—. Las palabras que nos acompañarán el resto de nuestras vidas, pero sobre todo al pobrecito Rudy: «Vas vestido como un negro».

Durante las semanas que siguieron a la visita de Shirley, no importaba quién llamara, mamá le explicaba aquella historia por teléfono.

—Ésa no va a ser la clase de últimas palabras que se van a oír en esta familia si puedo evitarlo —prometió más de una vez, como si aquélla fuera una posibilidad real —. Por supuesto —añadía a veces—, Shirley siempre ha dejado que Rudy hiciera lo que le daba la gana. No me parece precisamente majo que un chico vaya a visitar a su abuela al hospital vestido como un maleante.

Fueran cuales fueran las últimas palabras de Dzia-Dzia, se las guardó para sí mismo. Su silencio, sin embargo, se había roto. Tal vez en su mente aquello fuera una derrota que lo llevaba de ser un fracasado a ser un fracasado total. Regresó a la cocina como un fantasma rondando su antigua silla. Un fantasma que se aparecía siempre que yo estaba solo practicando caligrafía.

Nadie más pareció percibir el cambio, pero quedó claro por el hecho de que dejó de bañarse los pies. Mantuvo la farsa de quedarse sentado allí con los pies en el cubo. El cubo lo acompañaba de la misma forma en que los fantasmas arrastran cadenas. Pero ya no seguía el ritual de hervir el agua: hervirla hasta que la tetera chillaba pidiendo compasión, verter tanta agua que el linóleo se encharcaba y una nube de humo lo envolvía, y por fin dejar caer la tableta que soltaba aquellos furiosos borbotones rosáceos y desprendía un olor vagamente metálico como el de un termómetro roto.

Sin su cubo humeante, las ventanas empañadas se despejaron. El edificio de la señora Kubiac se levantaba un piso por encima del resto de la manzana. Desde nuestra ventana en el cuarto piso yo podía mirar los tejados a nuestro mismo nivel y ver cómo la nieve se acumulaba en ellos antes de llegar a la calle.

Me senté en un extremo de la cocina copiando las palabras que iban a salir en el

test de ortografía del día siguiente. Dzia-Dzia se sentó en el otro, murmurando sin parar, como si finalmente fuera libre para esclarecer todo el embrollo del pasado que nunca había mencionado: guerras, revoluciones, huelgas, viajes a lugares extraños, todo mezclado, y para hablar de música, sobre todo de Chopin.

—Chopin —susurró con voz ronca, señalando al techo con la misma reverencia con que las monjas señalan el paraíso. Luego cerró los ojos y los orificios nasales se le abrieron como si estuviera inhalando la fragancia del sonido.

A mí me sonaba igual, el mismo retumbar y los mismos golpes amortiguados que llevábamos oyendo desde que Marcy había vuelto a casa. Notaba la intensidad de los crescendos que hacían rechinar la cubertería, pero nunca se me ocurrió preguntarme qué estaría tocando. Lo que importaba era que la oía tocar todas las noches, sentía su interpretación en el piso de arriba casi como si estuviera en nuestro apartamento. Así de cerca parecía.

—Todas las noches Chopin. Es lo único en que piensa, ¿no?

Yo me encogí de hombros.

—¿No lo sabes? —susurró Dzia-Dzia como si yo estuviera mintiendo y él me estuviera siguiendo la corriente.

—¿Cómo lo voy a saber?

—Y supongo que tampoco conoces el *Grande Valse Brillante* cuando lo oyes, ¿verdad? ¿Cómo ibas a saber que Chopin tenía veintiún años cuando lo compuso? Más o menos la misma edad que la chica de arriba. Lo compuso en Viena, antes de ir a París. ¿No os enseñan eso en la escuela? ¿Qué estudias?

—Ortografía.

—¿Cómo se escribe *dummkopf*?

La música del piano penetraba en oleadas en la cocina templada y yo me concentraba en las palabras de mi ejercicio de ortografía, y después en escritura. Yo hacía recuperación de caligrafía. Practicar caligrafía por las noches era como hacer fisioterapia. Mientras me concentraba en el trazado correcto de las letras mi mano izquierda manchaba de grafito las hojas sueltas de papel.

Ahora que hablaba, Dzia-Dzia ya no parecía contentarse con sentarse y escuchar en silencio. Interrumpía todo el tiempo.

—Eh, zurdo, para de escribir con la nariz. Escucha cómo toca.

—No muevas la mesa, Dzia-Dzia.

—¿Conoces ésta? ¿No? Es el *Valse Brillante*.

—Creía que era la otra.

—¿Qué otra? ¿La que era en mi bemol? Ésa era el *Grande Valse Brillante*. Ésta es en la bemol. Hay otra en la bemol, el Opus cuarenta y dos. Se llama *Grande Valse*. ¿Lo entiendes?

Siguió parloteando acerca del mi bemol y el la bemol y de los sostenidos y los

opus y yo volví a mis emes mayúsculas. Mis deberes consistían en escribir quinientas emes. Volvía a fracasar en caligrafía y mi mano izquierda, como de costumbre, se llevaba las culpas que no merecía. El problema con la eme mayúscula no era mi mano. Era que nunca habían logrado convencerme de que las letras pudieran tener todas la misma anchura. Cuando yo escribía, la eme mayúscula automáticamente me salía el doble de ancha que la ene y la hache, y éstas el doble que la jota.

—Éste era el vals favorito de Paderewski. Ella lo toca como un ángel.

Yo asentí, mirando mis deberes con desesperación. Había cometido el error de conectar las emes mayúsculas formando largos ramales. Ahora las letras me silbaban en la cabeza, ahogando la música, y me pregunté si no habría estado silbando en voz alta.

—¿Quién es Paderewski? —le pregunté, pensando que podía ser uno de los viejos amigos de Dzia-Dzia, tal vez de Alaska.

—¿Sabes quiénes son George Washington, Joe DiMaggio y Walt Disney?

—Claro.

—Me lo imaginaba. Paderewski era como ellos pero tocaba a Chopin. ¿Lo entiendes? Fíjate, zurdo, en el fondo sabes mucho más de lo que crees.

En lugar de ir al salón a leer tebeos o a jugar con mis vaqueros mientras mi madre permanecía enfrascada en sus cursos por correspondencia, empecé a pasar más tiempo en la mesa de la cocina y a quedarme haciendo deberes como excusa. Mi ortografía empezó a mejorar y por fin se encaminó a la perfección. La inclinación de mi caligrafía giró hacia la derecha. Empecé a oír melodías en lo que hasta entonces me habían parecido escalas lejanas.

Todas las noches Dzia-Dzia me hablaba de Chopin. Me describía los preludios, las baladas o las mazurcas, de forma que aunque no los hubiera oído me los podía imaginar, sobre todo los favoritos de Dzia-Dzia, los nocturnos, temblando como estanques oscuros.

—Está intentando sacar los valses —me explicó Dzia-Dzia, hablando como de costumbre en su voz baja y ronca como si estuviera llevando a cabo una explicación confidencial—. Es joven pero ya conoce el secreto de Chopin: un vals puede decir más sobre el alma que un himno.

Cuando llegaba la hora de irme a la cama, la mesa ya temblaba tanto que era imposible seguir practicando caligrafía. Delante de mí, Dzia-Dzia, con el pelo, las cejas y los mechones de las orejas encrespados y blancos, se balanceaba en su silla con los ojos fuertemente cerrados y una mueca de éxtasis en la cara mientras aporreaba la mesa con los dedos. Golpeaba la mesa en toda su anchura, inclinando el cuerpo y agitándolo mientras sus dedos recorrían el teclado imaginario. La mano izquierda aporreaba los acordes que hacían rechinar la cubertería y la derecha volaba a toda prisa a través del hule raído. Sus pies golpeaban el cubo vacío. Si yo lo miraba

y luego cerraba los ojos, me parecía que estaban sonando dos pianos.

Una noche, Dzia-Dzia y Marcy tocaron de tal forma que pensé que en cualquier momento la mesa se iba a romper y el techo se iba a hundir. La bombilla empezó a parpadear en la lámpara del techo y luego se apagó. El piso entero quedó a oscuras.

—¿Se ha ido la luz ahí también? —gritó mamá desde el salón—. No os preocupéis, debe de ser un fusible.

Las ventanas de la cocina brillaban con el resplandor de la nieve. Miré afuera. Todos los edificios de la calle Dieciocho estaban a oscuras y las farolas se habían apagado. Asperjando alas de nieve, una máquina quitanieve con las luces amarillas girando desapareció por la calle Dieciocho como un último chisporroteo de electricidad. No había tráfico. La manzana parecía desierta, como si la ciudad entera hubiera sido abandonada. La nieve llenaba el vacío. Sus copos enormes flotaban suavemente entre los edificios a oscuras, cubriendo las salidas de incendios, mientras en los tejados la ventisca se elevaba hacia las nubes.

Marcy y Dzia-Dzia no dejaron de tocar.

—Michael, ven aquí con la estufa, o si te quedas ahí, enciende los fogones —dijo mi madre.

Encendí los fogones de la cocina. Se inflamaron en la oscuridad como coronas azules de llamas y proyectaron la sombra vacilante de Dzia-Dzia sobre las paredes. Dzia-Dzia inclinó la cabeza y elevó los brazos mientras aporreaba las notas. Las paredes y los cristales de las ventanas temblaban bajo las ráfagas del viento y la música. Me imaginé una lluvia de polvo de yeso cubriendo la cocina y una retícula de grietas extendiéndose por los platos.

—¿Michael? —me llamó mi madre.

—Estoy sacando punta al lápiz. —Me puse de pie con el afilador y lo accioné con tanta fuerza como pude. Luego me senté otra vez y seguí escribiendo. La mesa se balanceaba debajo de mi lápiz pero las letras se formaban perfectamente. Escribí palabras nuevas, palabras que nunca había oído antes pero cuyos significados me quedaban claros a medida que las escribía, como si estuvieran en otro idioma en el que las palabras se entendieran por su sonido, igual que la música. Después de que volviera la luz no conseguí recordar qué significaban y las deseché.

Dzia-Dzia se recostó nuevamente en su silla. Estaba ruborizado y se secó la frente con una servilleta de papel.

—Te ha gustado ésa, ¿no? —dijo—. A ver, ¿cuál era? —preguntó. Siempre me preguntaba lo mismo y poco a poco yo había empezado a reconocer las melodías.

—*La polonesa* —aventuré—. En la bemol mayor.

—Aaaah. —Negó la cabeza en gesto de decepción—. Crees que todo lo que tenga un poco de espíritu es *La polonesa*.

—¡El *Estudio Revolucionario*!

—Era un vals —dijo Dzia-Dzia.

—¿Cómo podía ser un vals?

—Un vals póstumo. ¿Sabes qué quiere decir póstumo?

—¿Qué?

—Quiere decir música de una persona que ya ha muerto. La clase de vals que acaba regresando del otro mundo. Chopin lo escribió para una joven a la que amaba. Mantuvo en secreto sus sentimientos pero nunca la olvidó. Tarde o temprano los sentimientos salen a la luz. Los muertos son tan sentimentales como todo el mundo. ¿Sabes lo que pasó cuando Chopin murió?

—No.

—Hicieron repicar campanas por toda Europa. Era invierno. Los prusianos las oyeron. Saltaron sobre sus caballos. Por entonces tenían caballería, no tanques, solamente caballos. Cabalgaron hasta la casa donde Chopin yacía en una cama junto a un gran piano. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y yeso secándosele sobre las manos y la cara. Los prusianos subieron las escaleras al trote y entraron al asalto en la habitación, arremetiendo con los sables. Los caballos se encabritaron y levantaron las patas delanteras. Despedazaron el piano y acuchillaron la música. Vertieron el queroseno de las lámparas y le prendieron fuego. Luego empujaron el piano de Chopin hasta la ventana: era uno de esos ventanales grandes que se abren y fuera tienen un pequeño balcón. El piano no cabía, así que siguieron empujando hasta hacerlo pasar, llevándose por delante una parte de la pared. Cayó tres pisos hasta la calle y cuando golpeó el suelo hizo un ruido que estremeció a la ciudad. Luego se quedó allí humeando. Los prusianos pasaron al galope por encima y se marcharon. Después, unos amigos de Chopin volvieron a hurtadillas, le sacaron el corazón y lo enviaron en un joyero para que lo enterraran en Varsovia.

Dzia-Dzia se detuvo y escuchó. Marcy había empezado a tocar de nuevo, algo muy delicado. Si me hubiera preguntado entonces qué estaba tocando, yo habría dicho que un preludio, el que se titulaba *La gota de lluvia*.

Escuchaba los preludios los sábados por la noche, sumergido hasta las orejas en el agua del baño. La música venía del piso de arriba por las cañerías y resonaba con tanta nitidez debajo del agua como si llevara puestos unos auriculares.

Descubrí otros lugares que transmitían la interpretación de Marcy. A veces las polonesas reverberaban por un viejo sumidero de basuras cubierto por el papel de las paredes del comedor. Incluso en el salón, siempre que no hubiera nadie escuchando la radio o pasando las páginas del periódico, era posible oír un vago rastro de las mazurcas junto a la pared condenada en donde el conducto de la estufa desaparecía en lo que antaño había sido una chimenea. Y cuando salía a jugar al rellano, abrigado como si fuera a escalar los ventisqueros amontonados en la calle Dieciocho, oía el eco del piano por los corredores. Empecé a aventurarme cada vez más en las

escaleras que llevaban al piso de arriba, hasta que llegó un momento en que prácticamente escuchaba delante de la puerta de la señora Kubiac, listo para salir corriendo si se abría de pronto, confiando en poder encontrar una excusa si me sorprendían allí y al mismo tiempo casi deseando que me pillaran.

No le mencioné a Dzia-Dzia que había subido las escaleras, ni tampoco ninguno de los sitios de escucha que había descubierto. Nunca parecía interesado en ningún sitio que no fuera la mesa de la cocina. Era como si estuviera pegado a la silla y hubiera echado raíces en el cubo.

—¿Ya te vas? ¿Adónde vas con tanta prisa? —me preguntaba al final de todas las veladas, no importaba lo tarde que fuera, cuando yo dejaba el lápiz y empezaba a guardar los libros en la cartera.

Yo lo dejaba allí sentado, con los pies en el cubo vacío, y los dedos, cubiertos de los mismos mechones blancos que le salían de las orejas, todavía dibujando arpegios sobre la mesa, aunque Marcy ya hubiera dejado de tocar. No le había contado que últimamente desde mi habitación, cuando ya todo el mundo se había ido a dormir, a veces la oía tocar con tanta claridad como si estuviera sentado a sus pies.

Marcy cada vez tocaba menos, sobre todo después de la cena, que había sido su hora habitual de tocar.

Dzia-Dzia seguía haciendo temblar la mesa por las noches, con los ojos cerrados y el pelo alborotado, aporreándola con los dedos, pero sus golpes sobre el hule ya eran el único sonido además de su respiración, rítmica y trabajosa, como si estuviera teniendo un sueño o subiendo unas escaleras.

Al principio no me di cuenta pero aquellos solos de Dzia-Dzia marcaron el inicio de su regreso al silencio.

—¿Qué está tocando la chica, zurdo? —preguntaba con más insistencia que nunca, como si todavía necesitara comprobar que yo lo sabía.

Lo habitual era que ahora yo sí lo supiera. Pero al cabo de un tiempo me di cuenta de que ya no me estaba poniendo a prueba. Lo preguntaba porque el sonido cada vez le llegaba más lejano. Parecía capaz de sentir el latido de la música pero ya no distinguía las melodías. Al preguntarme, tal vez confiaba en que si sabía lo que Marcy estaba tocando pudiera oírlo con más claridad.

Luego empezó a preguntarme qué era lo que estaba tocando cuando Marcy no tocaba.

Yo me inventaba las respuestas:

—*La polonesa*… En la bemol mayor.

—¡*La polonesa*! Siempre dices lo mismo. Presta más atención. ¿Estás seguro de que no es un vals?

—Tienes razón, Dzia-Dzia. Es el *Grande Valse*.

—¿El *Grande Valse*? ¿Y ése cuál es?

—En la bemol, Opus cuarenta y dos. El favorito de Paderewski, ¿te acuerdas? Chopin lo escribió cuando tenía veintiún años, en Viena.

—¿En Viena? —preguntó Dzia-Dzia, luego dio un puñetazo en la mesa—. ¡No me digas los números y las letras! ¡La bemol, fa sostenido, Opus cero, Opus mil! ¿A quién le importa? ¡Haces que parezca un bingo en lugar de Chopin!

Nunca estaba seguro de si no podía oír porque no se acordaba o si no se acordaba porque no podía oír. En apariencia todavía oía bien.

—Para de hacer ruido con ese lápiz todo el tiempo, zurdo, y así no tendré que preguntarte qué es lo que está tocando —se quejaba.

—Oirías mejor, Dzia-Dzia, si quitaras la tetera del fogón.

Estaba regresando a su ritual de hervir agua. La tetera pitaba como una sirena. Las ventanas se empañaban. Los tejados y el cielo desaparecían detrás de una capa de vapor. El vapor formaba halos en torno a las bombillas del techo. El olor vagamente metálico de las tabletas rosáceas y borboteantes se notaba cada vez que uno respiraba.

Marcy ya no tocaba casi nunca. Lo poco que tocaba sonaba apagado y lejano como si lo filtrara aquella neblina. A veces, mirando por las ventanas empañadas, me imaginaba que la calle Dieciocho tenía aquel aspecto, con halos de vapor rodeando las farolas y los faros de los coches, nubes formándose alrededor de los tubos de escape y las bocas de alcantarilla, la respiración de los transeúntes elevándose en forma de penachos de vapor y la nieve revoloteando como humo blanco.

Todas las noches el agua silbaba en el pitorro de la tetera como si saliera de una válvula quemada, haciendo un ruido sordo mientras llenaba el cubo y desbordándose hasta caer sobre el linóleo combado. Dzia-Dzia permanecía sentado, con los tobillos huesudos sumergidos a medias y los pantalones remangados en las rodillas. Volvía a llevar dos trajes, uno encima del otro, señal segura de que estaba a punto de ponerse en marcha de nuevo y desaparecer sin decir adiós. Los dedos de su mano izquierda seguían tamborileando inconscientemente sobre la mesa mientras sus pies permanecían en el agua. El vapor ascendía por las arterias de sus piernas escaldadas, flotaba en su regazo, mojaba los botones de sus dos chalecos y reseguía su bigote y los mechones de pelo blanco hasta envolverlo por completo. Permanecía sentado dentro de una nube, con la mirada vidriosa y adormecida.

Empecé a acostarme temprano. Dejaba mis deberes sin acabar, le daba un beso de buenas noches a mi madre y me iba a mi cuarto.

Mi habitación era pequeña y apenas tenía sitio para algo más que la cama y el escritorio. Pero no tan pequeña como para que no hubiera cabido Dzia-Dzia. Tal vez, si le hubiera dicho que Marcy tocaba ahora casi todas las noches después de que todo el mundo se fuera a dormir, Dzia-Dzia no habría vuelto a llenar la cocina de vapor. Me sentí culpable pero ya era demasiado tarde, y cerré la puerta deprisa antes de que el vapor entrara en mi habitación y me empañara la ventana.

Era una ventana de una sola hoja. Yo podía tocarla desde el pie de la cama. Comunicaba con un conducto de ventilación triangular empotrado y daba al tejado del edificio de al lado. Años atrás un niño de mi edad llamado Freddy había vivido en aquel edificio, de forma que todavía lo llamábamos el tejado de Freddy.

La ventana de Marcy estaba encima de la mía. La música me llegaba con tanta nitidez como Marcy decía que le había llegado mi llanto. Cuando cerraba los ojos me imaginaba sentado en la alfombra oriental junto a su enorme piano. El conducto de ventilación amplificaba la música igual que antes había amplificado las discusiones entre el señor y la señora Kubiac, sobre todo los gritos durante las noches posteriores a la marcha del señor Kubiac, noches en que volvía borracho y trataba de instalarse allí nuevamente. Discutían sobre todo en bohemio, pero cuando el señor Kubiac empezaba a pegarle, la señora Kubiac chillaba en inglés:

—¡Ayuda! ¡Policía! ¡Que alguien me ayude! ¡Me está matando!

Al cabo de un rato la policía solía venir y se llevaba al señor Kubiac. Creo que a veces era mi madre quien los llamaba. Una noche el señor Kubiac intentó enfrentarse a la policía y le dieron una paliza terrible.

—¡Lo están matando delante de mis ojos! —empezó a gritar la señora Kubiac.

El señor Kubiac logró escaparse y, perseguido por la policía, corrió por los pasillos del edificio aporreando las puertas, suplicando a la gente que le abriera. También llamó a nuestra puerta. Nadie en todo el edificio le dejó entrar. Aquélla fue su última discusión.

Siempre hacía frío en la habitación. Yo me metía todavía vestido debajo de la *piersyna* rellena de plumas de oca para ponerme el pijama. Habría hecho más calor si hubiera entreabierto un poco la puerta, pero la mantenía cerrada por el vapor. La ventana empañada de mi habitación me recordaba demasiado al invierno en que había tenido neumonía. Era uno de mis primeros recuerdos: el silbido borboteante del vaporizador y el olor a benzoína mientras yo yacía hundido en las almohadas, viendo cómo el vapor se condensaba y se convertía en escarcha en el cristal de la ventana hasta que la luz del sol se desdibujaba. Recuerdo que una vez intenté rascar la capa de escarcha con la llave de un ratón de cuerda para ver cuánta nieve había caído y que mi madre me pilló. Se puso furiosa porque yo había salido del calor de las mantas y me preguntó si quería curarme o ponerme peor y morirme. Más tarde, cuando le pregunté al doctor Shtulek si me estaba muriendo, me puso el estetoscopio en la nariz y escuchó.

—Todavía no —me dijo, sonriendo.

El doctor Shtulek venía a menudo para ver cómo respiraba. Su estetoscopio estaba frío igual que el resto de instrumentos de su bolsa. Pero a mí me caía bien, sobre todo cuando desenchufó el vaporizador.

—Ya no necesitamos esto —explicó.

La noche parecía muy tranquila sin su jadeo continuo. Desde la calle Dieciocho llegaba el traqueteo de las cadenas para la nieve y el rascar de las palas. Tal vez aquélla fue la primera vez en que oí a Marcy practicar escalas. Para entonces ya me había acostumbrado a dormitar de día y a permanecer despierto de noche. Empecé a gatear por debajo de mi *piersyna* como si fuera un túnel hasta la ventana para rascar la capa de escarcha. Rascaba durante noches enteras, siempre con miedo de volver a caer enfermo por desobedecer. Por fin pude ver la nieve en el tejado de Freddy. Algo había cambiado mientras yo estaba enfermo: habían puesto un cortavientos encima de la chimenea que a veces desviaba el humo hacia nuestro piso. En la oscuridad parecía que en aquel tejado hubiera alguien con un sombrero antiguo. Yo me imaginaba que era un soldado alemán. Había oído que el casero de Freddy era alemán. El soldado estaba en posición de firmes pero su cabeza giraba lentamente hacia atrás y hacia delante con cada ráfaga de viento. La nieve caía de lado sobre el tejado y él resistía el embate de las ráfagas, fumando un puro. De la punta salían chispas. Cuando se giraba por completo y miraba en mi dirección con su cara sin rasgos, yo me volvía a esconder debajo de la *piersyna*, regresaba por el túnel hasta mi almohada y fingía que estaba dormido. Me parecía que una persona dormida despertaba más compasión que una despierta. Me quedaba inmóvil, temeroso de que el soldado estuviera marchando por el tejado para observarme a través de los agujeros que yo había rascado en la escarcha de la ventana. Fue una noche como aquélla cuando oí llorar a mi madre. Iba de habitación en habitación llorando como yo nunca había oído llorar a nadie. Debí de llamarla porque entró en mi habitación y me arropó con las mantas.

—Todo irá bien —susurró—. Vuelve a dormir.

Se sentó en mi cama, cerca de los pies para poder mirar por la ventana, y lloró en voz baja hasta que le empezaron a temblar los hombros. Yo fingía que estaba dormido. Lloró de aquella manera durante muchas noches después de que a mi padre lo mataran. No era a mí a quien Marcy oía, sino a mi madre.

Solamente después de que Marcy empezara a tocar de madrugada me acordé de mi madre llorando. En mi habitación, con la puerta cerrada para que no entrara el vapor, me parecía que estaba tocando sólo para mí. Yo me despertaba escuchando y me daba cuenta gradualmente de que la música había estado sonando mientras yo dormía y que mis sueños se habían estado conformando a ella. Durante las últimas semanas de aquel invierno Marcy solamente tocó nocturnos. A veces parecían viajar por encima de los tejados, pero casi siempre tocaba tan bajo que únicamente el conducto de ventilación me permitía oírlos. Yo me sentaba acurrucado bajo las mantas junto a la ventana para escuchar y miraba las dunas blancas del tejado de Freddy. El soldado había desaparecido hacía mucho tiempo con su casco oxidado. El humo se elevaba sin cortavientos que lo desviara. Por el aire flotaban copos negros con los extremos incandescentes como nieve ardiendo. El hollín, la música y las ráfagas de nieve

desprendida de los montones sacudían el cristal de la ventana. Incluso cuando los carámbanos empezaban a deshacerse y las calles a convertirse en ríos parduzcos de nieve fangosa, la ventisca continuaba en el conducto de ventilación.

Marcy desapareció en cuanto el tiempo empezó a mejorar. Dejó una nota que decía: «Mamá, no te preocupes».

—Y nada más —dijo la señora Kubiac, desplegando la nota para que la viera mi madre—. Ni siquiera «con cariño». Ni siquiera la ha firmado con su nombre. Todo el tiempo que le estuve diciendo «haz algo» se lo pasó tocando el piano, y ahora que hace algo, ya es demasiado tarde, a no ser que vaya al carnicero. Ev, ¿qué tengo que hacer?

Mi madre ayudó a la señora Kubiac a llamar a los hospitales. Todos los días llamaban a la morgue. Al cabo de una semana, la señora Kubiac llamó a la policía y cuando quedó claro que no podían encontrar a Marcy, igual que no habían sido capaces de encontrar a Dzia-Dzia, la señora Kubiac empezó a llamar a gente de Nueva York: profesoras, antiguas compañeras de habitación, caseros. Usaba nuestro teléfono. «Descontadlo del alquiler», nos decía. Por fin, la señora Kubiac se fue a Nueva York en persona a buscar a Marcy.

Cuando volvió de Nueva York parecía cambiada, como si la fatiga hubiera disipado su frenesí. Su pelo era de un tono distinto del gris que no dejaba ver que alguna vez había sido rubio. Tenía los hombros encorvados cuando bajaba las escaleras de camino a las novenas. Ya nunca bajaba a nuestro piso a tomar el té y charlar durante largos ratos. Pasaba gran parte de su tiempo en la iglesia, indistinguible entre las demás mujeres de su mismo país, habituales de la misa de réquiem matinal, todas con babushkas y vestidas de negro como una cofradía de viudas, entonando interminables letanías plañideras delante del altar lateral de la Virgen Negra de Czestochowa.

Cuando por fin llegó una carta de Marcy, explicando que todo aquel tiempo había estado viviendo en el South Side en un vecindario de negros cerca de la universidad, y que tenía un hijo al que había llamado Tatum Kubiac —«Tatum» por un famoso pianista de jazz— ya pareció no importar gran cosa. La señora Kubiac los visitó una vez pero no volvió a hacerlo. La gente ya había aprendido a no mirarla cuando se mencionaban ciertos temas: hijas, nietos, música. Ella misma había aprendido a no mirarse a sí misma. Después de visitar a Marcy intentó vender el piano pero los de las mudanzas no supieron cómo bajarlo por la escalera ni tampoco pudieron imaginar cómo lo habían subido.

Hizo falta tiempo para que la música se apagara. Yo todavía oía fragmentos por el conducto de ventilación, detrás de las paredes y los techos, debajo del agua del baño. Los ecos viajaban por las cañerías y los sumideros, los tiros cegados de chimeneas y los pasillos a oscuras. El edificio de la señora Kubiac parecía lleno de pasadizos

secretos. Y cuando la música desapareció por fin, sus canales permanecieron, sin transmitir nada más que silencio. No el silencio común de la ausencia, sino un silencio puro más allá de la ensoñación y del recuerdo, tan intenso como la música a la que reemplazaba, y que, igual que la música, tenía el poder de cambiar a cualquiera que lo escuchaba. Acallaba el ajetreo apiñado del viejo edificio. Siempre había estado ahí detrás de los chirridos, las corrientes de aire y los portazos, detrás de la estática de la radio, del ruido de la cisterna del retrete, los pasos y el crepitar de la sartén, detrás del ruido de los aspiradores, las teteras y los bebés, y de las voces con sus retales de conversaciones, discusiones y risas que salían flotando de los pisos donde la gente se encerraba con todas sus intimidades. Incluso cuando ya no echaba de menos a Marcy, seguía oyendo el silencio que había dejado detrás.

Traducción de Javier Calvo

Optimistas

Lo que voy a contar sucedió cuando yo tenía tan sólo quince años, en 1959, el año en que mis padres se divorciaron, el año en que mi padre mató a un hombre y fue a la cárcel por ello, el año en que dejé mi casa y el colegio, mentí acerca de mi edad para engañar al ejército y ya no volví más. El año, dicho de otro modo, en que la vida cambió para todos nosotros para siempre —en que, a decir verdad, concluyó de un modo que jamás habríamos llegado a imaginar ni en nuestros sueños más locos.

Mi padre se llamaba Roy Brinson, y trabajaba para la Great Northern, en Great Falls, Montana. Era segundo maquinista de locomotora de maniobras, y cuando no podía ejercer tal función a causa de las listas de antigüedad trabajaba fuera de plantilla en el apartadero de la estación, como encargado o ayudante de encargado, cambiando de vía las locomotoras y enganchándolas y desenganchándolas a los trenes de mercancías de las líneas este y sur. En 1959 tenía treinta y siete o treinta y ocho años, y era un hombre menudo, de ojos azul oscuro y aspecto juvenil. Le gustaba su empleo en el ferrocarril, porque el salario era alto y el trabajo liviano, y porque podía tomarse unos días libres —o incluso meses— cuando le venía en gana y sin que nadie lo importunara con preguntas. Era un feudo sindical, y siempre había quien vigilaba por ti cuando tenías vuelta la espalda.

—Es el paraíso del obrero —solía decir mi padre, y se echaba a reír.

Mi madre no trabajaba entonces, aunque *había* trabajado de camarera en los bares de la ciudad y le gustaba su trabajo. Pero mi padre pensaba que Great Falls estaba haciéndose más dura que en tiempos de su infancia, que era una ciudad ya en la pendiente, como su propio nombre sugería, y que mi madre debía quedarse más tiempo en casa, porque yo estaba en una edad muy vulnerable a las asechanzas de la calle. Vivíamos en una casa alquilada de dos pisos, en Edith Street, cerca de la estación de trenes de mercancías y del río Missouri, y por las noches, desde la ventana de mi cuarto, yo oía el hondo palpitar de las locomotoras en la vía muerta y veía cómo avanzaban sus luces por los raíles oscuros. Mi madre solía pasar la mayor parte del tiempo en casa, leyendo o viendo la televisión o cocinando, pero a veces iba al cine por la tarde, o a nadar en la piscina cubierta de la Asociación de Jóvenes Cristianas. En su ciudad natal —Havre, Montana, mucho más al norte— no había habido nunca piscinas cubiertas, y el hecho de poder nadar en invierno, mientras aullaba el viento y la nieve cubría las calles, le parecía el más regio de los lujos. Y solía volver a casa avanzada la tarde, con el pelo castaño mojado y las mejillas encendidas, de espléndido humor y —según decía— con una gran sensación de libertad.

Lo que voy a contar sucedió una noche de noviembre. Eran malos tiempos para el ferrocarril —especialmente en Montana—, y peores aún para los segundos maquinistas. Se reducía la jornada de trabajo de cada operario para evitar el paro, y todo el mundo sabía, incluido mi padre, que a la postre todos se quedarían sin empleo, aunque nadie sabía exactamente cuándo, ni quién encabezaría la lista de despidos, ni qué habría de depararles el futuro. Mi padre llevaba trabajando en el ferrocarril diez años, por lo general en máquinas de carbón y de petróleo en el apartadero de Sheridan, cerca de Forsythe, Montana. Pero aún era joven en el oficio y figuraba en el escalafón con un número muy bajo, y presentía que cuando llegaran los despidos los primeros en caer serían los más jóvenes.

—Harán lo que puedan por nosotros, pero puede que no baste —decía.

Y se lo oí decir en muchas ocasiones: en la cocina, con mi madre, o en el jardín, mientras arreglaba su motocicleta, o en el Missouri, mientras pescábamos coregonus en los bancos y lechos poco profundos. Pero no sé si realmente lo pensaba, o si tenía de hecho alguna razón para pensarlo. Era un optimista. Los dos —él y mi madre— eran optimistas.

Sé que para finales de verano de aquel año había dejado de tomarse días libres para pescar, y ya no iba a los barrancos a acechar la llegada de los ciervos. En aquella época trabajaba más, estaba más tiempo fuera de casa, hablaba más del trabajo, de lo que opinaba el sindicato sobre tal o cual asunto, de procesos en curso en Washington —lugar del que yo nada sabía—, y de accidentes y enfermedades de hombres que conocía, amenazas contra su sustento que, por la lógica proximidad, él debía de sentir como una amenaza potencial contra el suyo propio, y contra la vida misma de todos nosotros.

Mi madre había hecho amistades en la piscina de la Asociación de Jóvenes Cristianas. Una de ellas era una mujer corpulenta llamada Esther, que en una ocasión vino con mi madre a casa y tomó café en la cocina y habló de su novio y rió ruidosamente durante largo rato, pero a quien ya nunca volví a ver. Y otra era una mujer, Penny Mitchell, cuyo marido trabajaba en la Cruz Roja de Great Falls y tenía su oficina en la planta alta del edificio de la Asociación. Mi madre y Penny y su marido solían jugar a la canasta las noches en que mi padre trabajaba hasta muy tarde. Instalaban la mesita de juego en el salón, y bebían y comían sándwiches hasta la medianoche. Y yo, acostado en mi cama, escuchaba en la emisora de Calgary la retransmisión —a lo largo y ancho de la vasta pradera desierta— de un partido de hockey, y oía abajo las risas y el ruido de las cartas, y luego los sonidos de pisadas que salían y de la puerta principal y de los cacharros en la pila y de los armarios. Y al rato se abría la puerta de mi cuarto y entraba la luz y mi madre ponía en su sitio una silla. Yo veía su silueta, y oía que me decía: «Vuelve a dormirte, Frank». Y la puerta volvía a cerrarse, y yo me dormía casi siempre al cabo de un instante.

Fue una de esas noches en que Penny y Boyd Mitchell estaban en casa cuando sobrevino la tragedia. Mi padre había hecho su jornada habitual en la locomotora de maniobras, y luego unas horas extra de ayudante en las cuadrillas de apoyo (práctica ilegal según las normas de la compañía, pero tolerada por el sindicato, que veía cómo se avecinaban los malos tiempos y sabía que nada podría hacerse cuando llegaran, y permitía por tanto que cada cual trabajara cuanto le viniera en gana). Yo estaba en la cocina solo, comiendo un sándwich en la mesa, y mi madre en el salón jugando a las cartas con Penny y Boyd. Bebían vodka y comían los otros sándwiches que mi madre había preparado, y de pronto oí que se acercaba la motocicleta de mi padre. Eran las ocho, y yo sabía que no se le esperaba hasta medianoche.

—Ahí está Roy —oí decir a mi madre—. He oído la moto. Qué alegría.

Oí ruido de sillas y de vasos sobre la mesa.

—A lo mejor quiere jugar —dijo Penny Mitchell—. Podemos jugar los cuatro.

Fui hasta la puerta de la cocina y miré a través del comedor. No creo que supiera que algo malo sucedía, pero creo que sabía que sucedía algo inusual, y quería enterarme por mí mismo.

Mi madre estaba de pie junto a la mesita de juego cuando entró mi padre. Y sonreía. Pero yo jamás había visto en rostro alguno la expresión que vi en mi padre aquella noche. Parecía enloquecido. Tenía el semblante desencajado, la mirada extraviada. Hacía frío fuera, y viento, pero había venido en moto desde la estación sin otro abrigo que su camisa de franela. Tenía la cara congestionada, y el pelo alborotado (no llevaba gorra), y recuerdo que sus puños apretados estaban blancos, como exangües.

—Dios mío —dijo mi madre—. ¿Qué es lo que pasa, Roy? Pareces un loco.

Se volvió y me buscó con la mirada, y supe que se trataba de algo que a su juicio yo no debía ver. Pero no dijo nada. Volvió a mirar a mi padre, se acercó a él y le tocó una mano, donde sin duda había acusado más el frío. Penny y Boyd Mitchell seguían sentados en la mesita de juego, mirando la escena. Y Boyd, quién sabe por qué, sonreía.

—Ha pasado algo horrible —dijo mi padre.

Alargó la mano y cogió del colgador una chaqueta de pana, y se la puso allí mismo, en el salón, y luego se sentó en el sofá y se rodeó con fuerza con los brazos. Su cara pareció enrojecer aún más. Llevaba sus botas negras de puntera de acero, las que usaba diariamente en el trabajo, y me quedé mirándolas y pensé lo frío que debía sentirse dentro de ellas, en su propia casa. Pero no me acerqué.

—¿Qué ha pasado, Roy? —dijo mi madre. Se sentó junto a él en el sofá y le cogió una mano entre las suyas.

Mi padre miró a Boyd Mitchell y a su mujer, como si hasta entonces no hubiera reparado en su presencia. No los conocía mucho, y pensé que iba a pedirles que se

marcharan. Pero no lo hizo.

—He visto morir a un hombre esta noche —le dijo a mi madre; luego sacudió la cabeza y bajó la mirada—. Estábamos entrando en ese viejo apartadero con rampa de la Novena Avenida. Llevábamos un convoy de vagones de carbón. Hace apenas una hora. Yo miraba hacia fuera por mi lado, como hacemos siempre que salimos de una curva. Y veo un furgón con la puerta abierta, lo cual no es nada raro. Pero entonces veo a un tipo sentado en el hueco, tratando de largarse a toda prisa. Creo que era un vagabundo; el convoy acababa de llegar de Glasgow. Pero en el momento mismo en que iba a saltar, el convoy se arquea y los vagones chocan unos contra otros. Suele pasar. Pero el hombre pierde el equilibrio justo al dar contra la grava, y cae hacia atrás, sobre las vías. Lo miro: las ruedas de los vagones le pasan por encima de un pie. —Mi padre miró entonces a mi madre—. Le aplastan uno de los pies.

—Dios mío —dijo mi madre, y bajó la mirada sobre su regazo.

Mi padre entornó los ojos.

—Pero entonces se ha movido. Como si se revolviera para tratar de escapar. No ha gritado, y le he visto la cara. Nunca lo olvidaré. No parecía asustado; parecía como si estuviera haciendo algo realmente trabajoso, como si estuviera concentrado en alguna tarea delicada. Pero al revolverse se ha echado hacia atrás, y los vagones siguientes le han pasado por encima de una mano.

Mi padre, entonces, se miró sus propias manos, las cerró y apretó los puños.

—¿Y qué has hecho? —dijo mi madre. Parecía aterrorizada.

—Me he puesto a gritar. Y Sherman ha parado la máquina. Pero era demasiado tarde.

—¿Y no has hecho nada más? —preguntó Boyd Mitchell.

—Bajarme —dijo mi padre— y correr hacia el furgón. Y allí me doy de bruces con un hombre cortado en tres pedazos. ¿Qué podía hacer? No gran cosa. Me he agachado junto a él y le he tocado la otra mano: estaba fría como el hielo. Tenía los ojos abiertos, y miraba al cielo sin poder fijar la mirada.

—¿Ha dicho algo? —dijo mi madre.

—Ha dicho: «¿Dónde estoy?». Y yo le he dicho: «No te preocupes, amigo, estás en Montana. Todo va a ir bien». Pero, santo Dios, estaba en las últimas. Me he quitado la chaqueta y se la he puesto encima. No quería que viera lo que le había pasado.

—Tendrías que haberle hecho unos torniquetes —dijo Boyd Mitchell con brusquedad—. Puede que hubiera servido de algo. Puede que le hubieras salvado la vida.

Mi padre, entonces, miró a Boyd Mitchell como si hubiera olvidado que estaba allí y le sorprendiera oír el sonido de su voz.

—No entiendo de eso —dijo mi padre—. No tengo la menor idea de esas cosas.

Estaba muerto. Lo había atropellado un furgón. Respiraba aún, pero para mí ya estaba muerto.

—Eso sólo puede dictaminarlo un médico en ejercicio —dijo Boyd Mitchell—. Uno está moralmente obligado a hacer todo lo que esté en su mano.

Supe, por el tono de su voz, que a Boyd no le gustaba mi padre. Apenas lo conocía, pero no le gustaba. Y yo no tenía la menor idea de por qué. Boyd Mitchell era un hombre grande y fornido, de cara rubicunda y pelo rizado —guapo a su modo, pero con tripa—, y lo único que yo sabía de él era que trabajaba para la Cruz Roja y que mi madre era amiga de su mujer, y quizá de él, y que los tres jugaban a las cartas cuando mi padre estaba en el trabajo.

Mi padre dirigió a mi madre una mirada en la que vi la cólera.

—¿Qué hace esta gente aquí, Dorothy? Esto no es asunto suyo.

—Puede que tengas razón —dijo Penny Mitchell; dejó su mano de cartas sobre la mesita y se puso en pie. Mi madre miró a su alrededor como si hubiera oído un ruido extraño en el salón y no lograra localizar la causa.

—Alguien tendría que haber hecho algo —dijo Boyd Mitchell; se apoyó sobre la mesa y adelantó el cuerpo en dirección a mi padre—. Y no hay excusa que valga. —Sacudía la cabeza en señal de negativa—. Ese hombre no tenía que haber muerto. —Cruzó sus grandes manos sobre las cartas y miró a mi padre con fijeza—. El sindicato tapará el asunto, ¿no es eso? Como de costumbre. ¿No es lo que hace en estos casos?

Mi padre se levantó entonces del sofá; su semblante se había alterado, pero seguía terso, joven. Parecía un joven a quien acabaran de reprender y que no supiera muy bien cómo reaccionar.

—Fuera de aquí —dijo, alzando la voz—. Dios mío, pero qué digo… Si ni siquiera te conozco.

—Pero yo a ti sí te conozco —dijo Boyd Mitchell, furioso—. Eres uno de esos que viven gracias al sindicato. No valéis para nada. Ni siquiera para ayudar a un moribundo. Sois nefastos para el país, pero no vais a durar.

—Boyd, por el amor de Dios —dijo Penny Mitchell—. No digas eso. No le digas eso.

Boyd Mitchell miró airadamente a su mujer.

—Digo lo que me da la gana —dijo—. Y él va a escucharme, porque no sabe qué hacer. Porque no puede hacer otra cosa.

—Levántate —dijo mi padre—. Ponte en pie.

Había vuelto a apretar los puños.

—Muy bien, como quieras —dijo Boyd Mitchell.

Lanzó una mirada a su mujer. Y yo caí en la cuenta de que Boyd Mitchell estaba borracho, de que tal vez ni sabía lo que estaba diciendo, o lo que había pasado; de que tal vez, en su estado, las palabras le salían involuntariamente de los labios, y quienes

lo conocían lo sabían. Pero mi padre no lo sabía: sabía sólo lo que había oído.

Boyd Mitchell se levantó y se metió las manos en los bolsillos. Era mucho más alto que mi padre. Llevaba una camiseta Western blanca y pantalones de sarga y botas de cowboy, y un gran reloj de pulsera de plata.

—Muy bien —dijo—. Ya estoy de pie. ¿Y ahora qué?

Vi que se tambaleaba ligeramente.

Mi padre lanzó el puño por encima de la mesita de juego y golpeó a Boyd Mitchell en el tórax. Con la mano derecha, en pleno pecho. No fue un golpe de embestida, sino un golpe limpio y fulminante que hizo que mi padre perdiera el equilibrio y lanzara como un bufido. Boyd Mitchell gimió, e inmediatamente cayó al suelo con el cuerpo grande y pesado doblado sobre sí mismo. Y el ruido que hizo al desplomarse sobre el suelo de mi casa era un ruido que yo jamás había oído antes. El ruido del cuerpo de un hombre cayendo al suelo como un saco. Un ruido único. He vuelto a oírlo años después en otras partes, en cuartos de hoteles y en bares, y es un ruido que a nadie agrada escuchar.

Se puede golpear a un hombre de muchas maneras; lo sé hoy y lo sabía entonces, porque me lo había dicho mi padre. Se puede golpear a un hombre para insultarlo, o para hacerle sangrar, o para derribarlo, o para dejarlo inconsciente. Y se puede golpear a un hombre para matarlo. Así de fuerte. Y así es como mi padre golpeó a Boyd Mitchell: tan fuerte como pudo, en el pecho y no en la cara, contrariamente a lo que podría pensar quien no entienda de estas cosas.

—Oh, Dios —dijo Penny Mitchell. Boyd yacía de costado ante el televisor, y Penny se había arrodillado a su lado—. Boyd —dijo—, ¿estás herido? Oh, Dios. No te muevas, Boyd. Quédate aquí en el suelo.

—Bien. Ya está —dijo mi padre—. Ya está bien.

Estaba de pie contra la pared, a un par de metros de la mesita de juego por encima de la cual había golpeado a Boyd Mitchell. La luz de la sala era muy viva, y los ojos de mi padre estaban muy abiertos y vagaban de un lado para otro. Parecía sin resuello, y seguía apretando los puños, y yo sentía que su corazón latía dentro de mi propio pecho.

—Está bien, hijo de la gran puta —dijo a grandes voces. No creo que le hablara siquiera a Boyd Mitchell. Sólo decía palabras que le venían a los labios.

—Roy —dijo mi madre con calma—. Boyd está mal. Está herido.

Miraba fijamente a Boyd Mitchell. Imagino que no sabía qué hacer.

—Oh, no —dijo Penny Mitchell con voz muy excitada—. Mírame, Boyd. Mira a Penny. Te han dado un puñetazo.

Tenía las manos abiertas sobre el pecho de Boyd, y los delgados hombros casi pegados a él. Y no lloraba. Supongo que estaba histérica y no podía llorar.

Todo había sucedido en cinco minutos, quizá en menos. Yo no había dejado la

puerta de la cocina en ningún momento. Y entonces salí y fui hasta la sala donde estaban mi padre y mi madre y Boyd y Penny. Y vi a Boyd y a Penny en el suelo, y miré a Boyd. A la cara, porque quería ver qué le había sucedido. Tenía los ojos en blanco. Y la boca abierta, y dentro de ella vi su gruesa lengua rosa. Respiraba pesadamente, y sus dedos —los dedos de ambas manos— se movían. Se agitaban como unos dedos nerviosos, inquietos a causa de algo. Creo que ya estaba muerto, y creo que Penny Mitchell sabía que estaba muerto, porque decía: «Oh, por favor, por favor, por favor, Boyd».

Y fue entonces cuando mi madre llamó a la policía, y creo que fue entonces cuando mi padre abrió la puerta de casa y salió a la noche.

Lo que sucedió después fue lo que cabía esperar que sucediera. Boyd Mitchell dejó de respirar al cabo de un minuto, se puso pálido y frío y empezó a parecer un cadáver allí mismo, en el suelo de nuestra sala. Su garganta emitió un ruido, uno solo, y Penny Mitchell lanzó un grito, y mi madre se arrodilló junto a ella y le pasó un brazo por el hombro para confortarla mientras lloraba. Luego hizo que se levantara y fuera a su dormitorio —el de mi padre y ella— y se acostara en la cama. Luego ella y yo nos quedamos sentados bajo la viva luz de la sala, con el cadáver de Boyd en el suelo, y sencillamente nos miramos durante largo rato (tal vez diez minutos, tal vez veinte). No sé lo que mi madre pudo pensar durante ese tiempo, porque no lo dijo. No preguntó siquiera dónde estaba mi padre. No me pidió que me fuera a mi cuarto. Quizá pensó en su vida, en lo que sería de ella a partir de aquella noche. O quizá pensó lo siguiente: que las gentes hacen a veces las peores cosas de que son capaces, y que sin embargo el mundo acababa luego volviendo a la normalidad. Es muy posible, pues, que estuviera esperando a que empezaran de nuevo a suceder cosas normales. Probablemente era eso, dado su peculiar carácter.

Pero lo que yo pensé, sentado allí en la sala con Boyd muerto a nuestros pies, lo recuerdo muy bien porque lo he pensado otras veces, hasta el punto de considerar incluso que mi vida real comenzó a partir de aquel momento y aquel pensamiento, lo que pensé fue lo siguiente: que toda situación encierra en sí misma muchas posibilidades, y que basta nuestra presencia para vernos implicados. Aquélla había sido una noche atroz. Pero ¿cómo íbamos a saber que acabaría de aquel modo hasta que fue demasiado tarde y nos cambió a todos para siempre? Comprendí, sin embargo, que los problemas, los verdaderos problemas, eran algo que debía evitarse, puesto que una vez que todo ha pasado queda sólo uno mismo para responder a los interrogantes, aun cuando uno mismo —como en mi caso— no sea culpable de nada.

Poco después llegó la policía. Primero un coche y luego otros dos, todos con sus luces giratorias rojas. El vecindario estaba iluminado; la gente salía de sus casas y se quedaba al aire frío de los jardines, mirando; gente que yo no conocía, gente que no nos conocía en absoluto.

—Ya tienen espectáculo —dijo mi madre. Estábamos mirando por la ventana—. Tendremos que mudarnos. No nos dejarán en paz.

Llegó una ambulancia; sacaron a Boyd Mitchell en una camilla, tapado con una sábana. Penny Mitchell salió del dormitorio y, sin decir nada a mi madre ni a nadie, subió en un coche de policía y se perdió en la oscuridad.

Entraron dos policías en casa; uno de ellos hizo unas preguntas a mi madre en la sala, y otro me interrogó a mí en la cocina. Quería saber lo que había visto, y se lo conté. Dije que Boyd Mitchell había injuriado a mi padre por alguna razón que yo ignoraba, y que luego se había levantado y había tratado de pegarle, y que mi padre le había dado un empujón, y eso era todo. Me preguntó si mi padre era un hombre violento, y le contesté que no. Me preguntó si mi padre tenía una amiga, y le contesté que no. Me preguntó si mi madre y mi padre se habían peleado alguna vez, y le contesté que no. Me preguntó si quería a mi padre y a mi madre, y le contesté que sí. Y no me preguntó más.

Salí de la cocina y fui a la sala a reunirme con mi madre. Cuando los policías se marcharon nos quedamos de pie en la puerta, y vimos a mi padre en la calle oscura, junto a la puerta abierta de un coche de policía. Estaba esposado. Y por alguna razón que ignoro no llevaba puesta la camisa ni la chaqueta de pana; estaba desnudo de cintura para arriba en la noche fría, con la camisa echada a la espalda. Me pareció ver que tenía el pelo mojado. Luego oí que un policía le decía:

—Roy, vas a coger frío.

Y mi padre dijo:

—Me gustaría estar muy lejos de aquí. En China, por ejemplo. —Y sonrió al policía. No creo que llegara siquiera a vernos, o al menos no hizo el menor ademán de habernos visto. Y ni mi madre ni yo hicimos nada, porque estaba bajo custodia policial, y cuando uno está en manos de la policía no hay nadie que pueda hacer nada.

A las diez de la noche todo había terminado. Dos horas después, hacia la medianoche, mi madre y yo fuimos a la ciudad y sacamos a mi padre de la cárcel. Yo me quedé en el coche mientras mi madre entraba en el edificio; desde el asiento miré las altas ventanas de las celdas, protegidas por tela metálica y barrotes. En el interior de la planta baja la iluminación era amarilla, y oí voces y vi formas que iban de un lado para otro. Alguien dijo con voz sonora dos veces: «A ver, a ver. Marie, ¿sigues ahí?». Y luego volvió el silencio, y ya sólo oí los coches que pasaban despacio junto al nuestro.

En el camino de vuelta, mi madre conducía mientras mi padre miraba las torres de alta tensión que bordeaban el río, y las luces de las casas de la orilla opuesta, en Black Eagle. Llevaba una camisa a cuadros que alguien le había prestado en las dependencias policiales, y se había peinado cuidadosamente. Nadie dijo nada en el trayecto, pero yo no entendía por qué la policía metía a alguien en la cárcel por haber

matado a un hombre y dos horas después lo dejaba irse a su casa. Para mí era un misterio, pero yo quería verlo libre y que nuestra vida volviera a seguir su curso; aunque no veía el modo de que ello fuera posible, y sabía de hecho que ya nada podría ser como antes.

Al llegar a casa vimos que habíamos dejado encendidas todas las luces. Era la una de la madrugada, y aún seguían iluminadas algunas casas vecinas. Al otro lado de la calle vi a un hombre en una ventana, con las manos pegadas al cristal, al acecho, observándonos.

Mi madre entró en la cocina, abrió el grifo para hacer café y puso las tazas sobre la mesa. Mi padre, de pie en el centro de la sala, miraba a su alrededor las sillas, la mesita de juego aún con las cartas de la partida, las puertas abiertas que daban a las demás habitaciones. Era como si hubiera olvidado su propia casa, como si volviera a verla y no le gustara.

—No sé qué podría tener en contra mía —dijo mi padre. Me lo dijo a mí, pero se lo decía también al mundo y a nadie en concreto—. ¿No crees que tú sabrías lo que alguien tiene contra ti, Frank?

—Sí —dije—. Lo sabría.

Estábamos los dos, mi padre y yo, de pie en medio de la sala iluminada. Inmóviles, ociosos.

—Quiero que seamos felices aquí —dijo mi padre—. Quiero que disfrutemos de la vida. No tengo nada contra nadie. ¿Me crees?

—Sí —respondí—. Te creo.

Mi padre me miró con sus ojos azul oscuro y frunció el ceño. Y entonces, por primera vez, deseé que mi padre no hubiera hecho lo que había hecho, y que hubiera resuelto las cosas de otra manera. Lo vi como un hombre que cometía errores, un hombre que podía hacer daño a los demás, arruinar vidas, poner en grave riesgo la felicidad ajena. Un hombre que no entendía lo bastante las cosas. Era como un jugador, aunque en aquel tiempo yo no supiera siquiera lo que era ser un jugador.

—Todo cambia tan deprisa en estos tiempos —dijo mi padre.

Mi madre, de pie en la puerta de la cocina, nos miraba. Llevaba un delantal rosa con flores, y estaba donde yo había estado horas atrás. Nos miraba a mi padre y a mí como si los dos no fuéramos sino una persona.

—¿No crees, Dorothy? —dijo mi padre—. Toda esta confusión. Todo pasa tan deprisa. Mira lo que ha pasado aquí mismo.

Mi madre, para entonces, parecía muy segura acerca de las cosas, muy lúcida. Dijo:

—Deberías haberte controlado más. Eso es todo.

—Lo sé —dijo mi padre—. Lo siento. Perdí el control. No tenía intención de echarlo todo a perder, pero creo que eso es lo que he hecho. Me equivoqué de medio

a medio.

Mi padre cogió la botella de vodka, desenroscó el tapón y bebió un trago largo, y luego volvió a poner la botella sobre la mesa. Aquella noche había visto morir a dos hombres de manera trágica. ¿Quién podía reprocharle que bebiera?

—Antes, en la cárcel —dijo, mirando fijamente una fotografía enmarcada que había en la pared, junto a la puerta del vestíbulo; volvía a hablar de forma casi automática—, había un hombre conmigo en la celda. Yo no había pisado una celda en mi vida, ni siquiera de chico. Y ese hombre me ha dicho: «Puedo jurar que usted no ha estado nunca en la cárcel por la forma que tiene de estar erguido. Los tipos que han estado no andan así de derechos. Andan encorvados. Usted no es carne de cárcel. Anda demasiado erguido». —Mi padre volvió a mirar la botella de vodka como si quisiera beber más, pero fue sólo una mirada—. Las desgracias suceden —dijo. Hizo oscilar los brazos a ambos costados y las palmas le golpearon los muslos como badajos—. Puede que estuviera enamorado de ti, Dorothy —dijo—. Puede que el problema fuera ése.

Y lo que yo hice entonces fue ponerme a mirar la fotografía de la pared, la que mi padre había mirado antes y yo llevaba toda la vida viendo. La había visto quizá un millar de veces. Eran dos adultos con un niño pequeño en una playa. Un hombre y una mujer sentados en la arena, con el mar al fondo. Estaban en traje de baño, y sonreían a la cámara. Yo siempre había pensado que el bebé era yo y la pareja de adultos mis padres. Pero de pronto caí en la cuenta de que aquel niño no era yo; de que aquel niño era mi padre y los adultos sus padres, mis abuelos, a quienes nunca conocí y que habían muerto hacía tiempo, y de que la fotografía era mucho más antigua de lo que yo había imaginado. Me pregunté por qué no me había dado cuenta de ello antes, por qué no lo había descubierto en el curso de los años de forma espontánea, por qué no lo había sabido siempre. Pero no importaba demasiado. Porque lo que importaba —comprendí— era que mi padre era ahora un hombre caído, como el hombre a quien él horas atrás había visto caer bajo las ruedas del furgón. Y me sentí impotente para brindarle ayuda, tan impotente como él ante aquel hombre mutilado. Quise decirle que lo amaba, pero por un motivo u otro no lo hice.

Más tarde, en la madrugada, estuve echado en la cama con la radio encendida, escuchando noticias de lugares distantes, como Calgary y Saskatoon, e incluso más lejanos, como Regina y Winnipeg; frías, oscuras ciudades que —sabía— no vería jamás. Tenía la ventana abierta, y durante largo rato había estado sentado en el alféizar mirando la calle, oyendo hablar a mis padres abajo, oyendo sus pisadas, oyendo cómo las botas de puntera de acero de mi padre golpeaban el piso, y luego el crujido de los muelles de su cama de matrimonio, y luego el silencio. De más allá de la otra orilla del río me llegaba el rumor de los camiones: camiones de ganado y de grano camino de Idaho, o de Helena, o del apartadero del ferrocarril donde mi padre

manejaba las locomotoras de maniobras. Las casas del vecindario estaban de nuevo a oscuras. Vi la motocicleta de mi padre en el jardín, y a través del aire nocturno creí incluso oír las cataratas, creí oír cada sonido de ellas, sonidos que me llegaban en torbellinos y anegaban mi cuarto… y creí incluso *sentirlas*, tan frías e invernales que el calor y la tibieza me parecieron posibilidades que ya jamás volvería a conocer.

Al rato mi madre entró en mi habitación. La luz cayó sobre mi cama, y ella metió una silla y la colocó en su sitio. Vi que me estaba mirando. Cerró la puerta, se acercó y apagó la radio; luego cogió la silla y la llevó hasta la ventana, cerró la ventana y se sentó. Yo veía la silueta de su cara recortada contra la tenue luz de la calle. Encendió un cigarrillo y no me miró. Yo aún seguía teniendo frío bajo las mantas.

—¿Cómo te sientes, Frank? —dijo, mientras fumaba el cigarrillo.

—Bien.

—¿Piensas que ahora tu casa es una casa horrible?

—No.

—Espero que no —dijo ella—. No creas que lo es. No guardes resquemores contra nadie. Pobre Boyd. Ha muerto.

—¿Por qué crees que ha ocurrido? —pregunté, aunque no creía que ella fuera a responder. Me pregunté si yo querría en verdad saberlo.

Mi madre echó una bocanada de humo contra el cristal de la ventana; luego aspiró profundamente y dijo:

—Debió de ver en tu padre algo que odiaba. No sé qué. ¿Quién sabe? Puede que a tu padre le pasara algo parecido con Boyd. —Sacudió la cabeza y miró hacia el exterior iluminado por las farolas—. Recuerdo una vez… —dijo—. Estaba todavía en Havre, en los años treinta. Vivíamos en un motel que mi padre tenía a medias con alguien, en la Autopista Dos, y mi madre andaba por allí pero no se ocupaba de ninguno de nosotros. Mi padre tenía una amiga fija, una mujer grande que se llamaba Judy Belknap. Era una india assiniboin. Una piel roja. Pero me solía llevar a excursiones campestres cuando mi padre se hartaba de mí y no me soportaba más. Me llevaba a la montaña, río arriba por el Milk. Me enseñaba todo lo que sabía de animales y plantas y helechos y esas cosas. Y una tarde estábamos sentadas mirando unos patos salvajes que había en una pequeña bifurcación del arroyo, sobre el hielo. Empezaba a hacer frío, como ahora. Y Judy se levantó de pronto y se puso a dar palmadas. Palmadas, nada más. Y todos los patos alzaron el vuelo; todos menos uno, que se quedó allí en el hielo. Supongo que tendría las patas heladas. Ni siquiera intentó volar: se quedó quieto, posado sobre el hielo. Judy me dijo: «Es una simple coincidencia. Dottie. Es la vida salvaje. Siempre hay alguno que se queda atrás». Y aquello, no sé por qué, pareció dejarla satisfecha. Luego volvimos al coche. Ya ves —dijo mi madre—. Puede que lo de esta noche haya sido lo mismo. Una simple coincidencia.

Subió la ventana, tiró la colilla fuera y echó la última bocanada de humo. Y luego dijo:

—Ahora a dormir, Frank. No te preocupes, todo irá bien. Saldremos de ésta. Sé optimista.

Y cuando me dormí tuve un sueño. Soñé que un avión, un bombardero, se estrellaba. Caía del gélido cielo, se estrellaba contra el río helado y brincaba y se deslizaba y volcaba sobre el hielo, con las alas como navajas, y se abalanzaba sobre nuestra casa, donde los tres dormíamos, arrasándolo todo a su paso. Y cuando me incorporé en la cama oí a un perro en el jardín, con el collar tintineante, y a mi padre llorando: *Uaaahhh, uaaahhh*… Así, quedamente. Aunque después no pude estar seguro de si lo había oído sollozar de esa manera o fue parte del sueño, un sueño que deseé no haber tenido nunca.

Las cosas más importantes de una vida cambian a veces tan súbitamente, tan irreversiblemente, que su protagonista puede llegar a olvidar lo más esencial de ellas y sus implicaciones; hasta tal punto queda prendido por lo fortuito de los sucesos que han motivado tales cambios y por la azarosa expectativa ante lo que habrá de suceder después. Hoy no logro recordar el año exacto del nacimiento de mi padre, ni cuántos años tenía cuando lo vi por última vez, ni cuándo tuvo lugar esa última vez. Cuando uno es joven, tales cosas parecen inolvidables y cruciales. Pero cuando los años pasan se desdibujan y se pierden.

Mi padre estuvo cinco meses en la cárcel de Deer Lodge por matar a Boyd Mitchell accidentalmente, por haber empleado una violencia desmedida en el golpe. En Montana uno no puede matar a un hombre en el salón de su casa y salirse de rositas, y lo que recuerdo es que mi padre alegó *nolo contendere*, algo muy parecido a declararse culpable.

Mi madre y yo seguimos viviendo en nuestra casa durante su ausencia. Pero cuando mi padre salió de la cárcel y volvió a su trabajo en las locomotoras de maniobras, empezaron las disputas entre ellos: discutían por esto o por aquello, y porque mi madre quería que nos fuéramos a vivir a otro lugar (se habló de California y de Seattle, recuerdo). Y después se separaron, y ella se fue de casa. Y a continuación me marché yo: me enrolé en el ejército mintiendo sobre mi edad. Tenía dieciséis años.

Lo único que sé de mi padre es que al cabo de un tiempo empezó a llevar una vida que ni en sus peores sueños hubiera imaginado. Perdió el trabajo en el ferrocarril y se divorció de mi madre (que, de tiempo en tiempo, reaparecería en su vida). Se vio envuelto en lances de alcohol y de juego y de malversación de fondos, e incluso oí decir que se le llegó a ver armado. Yo estaba al margen de todo ello. Cuando uno tiene la edad que yo tenía, y vive a su aire en el mundo y está solo, se las arregla mejor que en cualquier otro momento de la vida, porque a sus ojos todo es nuevo y

puede intentarlo todo y pensar que el estar solo no habrá de durar siempre. Todo lo que sé de mi padre, finalmente, es que en cierta ocasión estuvo en Laramie, Wyoming, y no en muy buen estado. Y que luego ya no se le volvió a ver.

El mes pasado vi a mi madre. Yo estaba comprando en un supermercado que hay al borde de la interestatal en Anaconda, Montana, no lejos de Deer Lodge, donde había cumplido su condena mi padre. Creo que no la había visto desde hacía quince años, aunque ahora tengo cuarenta y tres y quizá fue hace más de quince años. Pero al verla me dirigí hacia donde estaba y le dije:

—Hola, Dorothy. Soy Frank.

Ella me miró y sonrió y dijo:

—Oh, Frank. ¿Cómo estás? Hace siglos que no te veo. Me alegra mucho verte.

Llevaba una camisa vaquera y tejanos y botas, y aparentaba unos sesenta años. Tenía el pelo peinado hacia atrás y sujeto en la nuca, y la encontré guapa, aunque me dio la sensación de que había bebido. Eran las diez de la mañana.

A su lado había un hombre con una cesta llena de compras, y mi madre se volvió a él y dijo:

—Dick, ven a conocer a mi hijo Frank. Llevamos siglos sin vernos. Frank, te presento a Dick Spivey.

Estreché la mano de Dick Spivey. Era un hombre más joven que mi madre y mayor que yo, alto, de cara delgada y pelo negro azulado e hirsuto, con botas vaqueras como las de mi madre.

—Deja que hablemos un momento, Dick —dijo mi madre.

Le cogió una muñeca y se la apretó, y le sonrió. Y Dick se dirigió hacia la caja.

—Bien, Frank. ¿A qué te dedicas ahora? —preguntó mi madre. Me puso una mano en la muñeca, como acababa de hacer con Dick Spivey, pero mantuvo la ligera presión sobre ella—. ¿Qué has hecho en los últimos años?

—Estuve en Rock Springs, en el boom del carbón —dije—. Lo más seguro es que vuelva.

—Supongo que estarás casado.

—Lo estuve. Pero ahora no.

—Muy bien —dijo ella—. Tienes muy buen aspecto. —Me sonrió—. Nunca harás las cosas como es debido. Te lo dice tu madre. Tu padre y yo empezamos nuestra relación marital en Havre, y solíamos bromear sobre ello. Nos reíamos mucho. Tú no te enterabas de nada, claro. Eras demasiado niño. Cometimos muchos errores.

—Hace mucho tiempo de eso. Son cosas que ignoro.

—Recuerdo muy bien aquellos tiempos —dijo mi madre—. Fueron tiempos muy felices. Creo que había *algo* en el aire, ¿no crees? Tu padre era tan nervioso. Y Boyd se puso tan furioso de repente. Había como cierta desesperación en todo ello,

imagino. Todo aquello de los sindicatos y demás. Nosotros no entendíamos nada de nada, por supuesto. Intentábamos ser gente decente.

—Es cierto —dije. Y lo creía sinceramente.

—Sigue gustándome nadar —dijo mi madre. Se pasó los dedos por el pelo como si lo tuviera mojado. Volvió a sonreírme—. Hace que me sienta más libre.

—Estupendo. Me alegro.

—¿Ves alguna vez a tu padre?

—No. Nunca.

—Yo tampoco —dijo—. Me lo has recordado.

Miró hacia Dick Spivey, que estaba de pie junto a la puerta del supermercado, con la bolsa de la compra en las manos, mirando el aparcamiento a través del ventanal. Era marzo, y caían pequeños copos de nieve sobre los coches. No parecía tener ninguna prisa.

—Quizá no supe comprender a tu padre lo bastante —dijo—. Quién sabe. Quizá ni siquiera estábamos hechos el uno para el otro. Perder el amor es lo peor que puede sucederle a uno, y eso es lo que nos pasó a nosotros. —No respondí, pero sabía a lo que se refería, y también sabía que era cierto—. Me gustaría que nos conociéramos mejor, Frank —dijo luego. Bajó la mirada, y creo que se ruborizó—. Pero seguimos conservando los sentimientos más hondos, ¿no es cierto? Los dos, tú y yo.

—Sí. Los conservamos.

—Bien. Ahora tengo que irme, Frank.

Me apretó con fuerza la muñeca, y se alejó hacia la caja. Luego salió con Dick Spivey en dirección al aparcamiento.

Terminé de hacer mis compras y pasé por caja y salí al aparcamiento. Y subí en mi coche. Pero cuando lo ponía en marcha vi que el Chevrolet verde de Dick Spivey volvía a entrar en el aparcamiento y se detenía a cierta distancia, y vi a mi madre bajarse de él y venir con paso apresurado a través de la nieve hacia mi coche. Bajé la ventanilla, nuestras caras se encontraron y quedaron unos instantes frente a frente.

—¿Se te pasó por la cabeza alguna vez… —dijo mi madre, mientras prendían en su pelo los copos de nieve—, llegaste a pensar alguna vez que yo estaba enamorada de Boyd Mitchell? ¿Algo semejante? ¿Llegaste a pensarlo alguna vez?

—No. Nunca lo pensé.

—¿No? Bien. No lo estaba. Boyd estaba enamorado de Penny. Yo estaba enamorada de Roy. Ésa es la realidad. Y quiero que la sepas. Tienes que creerme. ¿Me crees?

—Sí. Te creo.

Se inclinó y me besó en la mejilla a través del hueco de la ventanilla, y cogió mi cara entre sus manos, y la retuvo por espacio de un instante que me pareció eterno, y al cabo se dio la vuelta y se fue. Y me dejó allí solo.

Traducción de Jesús Zulaika

JOY WILLIAMS

Tren

El interior del vagón era de color violeta. Las dos niñas estaban encantadas porque era su color favorito. De hecho, en lo único en que estaban de acuerdo era en su gusto por el color violeta. Danica Anderson y Jane Muirhead tenían diez años. Habían viajado en coche desde Maine hasta Washington DC con los padres de Jane y ahora regresaban en tren a Florida, con los padres de Jane, ciento nueve personas más y cuarenta y dos automóviles. Era septiembre. Danica llevaba con Jane desde junio. La madre de Danica iba a casarse de nuevo y había necesitado los meses de verano para instalarse y tenerlo todo a punto para que Dan se sintiera a gusto cuando llegara en septiembre. Le había escrito en agosto preguntándole qué le gustaría de especial para cuando regresara. Dan le respondió que le gustaría un buen sacapuntas de los que se cuelgan en la pared y sábanas de seda. También quería pan vaquero para cenar. Dan se imaginaba que no iba a conseguir nada de eso. Su madre ni tan siquiera le había preguntado qué era el pan vaquero.

Las niñas exploraron el tren entero, de arriba abajo. Vieron a todo el mundo excepto al maquinista. Luego se aposentaron en sus asientos violetas. Jane le hizo muecas a un bebé precioso que jugaba con un conejo de tela hasta que el pequeño empezó a llorar. Dan cogió su estuche de lápices y se puso a escribir a Jim Anderson. Le escribía una postal.

«Jim», escribió, «te echo de menos y te veré muy pronto. En cuanto nos veamos iremos a nadar enseguida.»

—Escribes muy sucio —observó Jane—. Todo apretado. Si no fuera porque estás escribiéndole a un perro, nadie sería capaz de leer eso.

Dan escribió su nombre en la parte inferior de la postal y la adornó dibujando cruces y círculos.

—Escribir a Jim Anderson es una tontería, lo mires por donde lo mires. Es un golden retriever, por el amor de Dios.

Dan miró a su amiga con dulzura. Estaba acostumbrada a que Jane le gritara y que expresara su disgusto e impaciencia. Jane había vivido en Manhattan, y se le habían pegado ciertas actitudes. Jane era un tesoro de la ciudad de Nueva York que actualmente estaba de prestado en el estado de Florida donde, durante los últimos dos años, su padre había trabajado dirigiendo una magnífica inversión centrada en un local de cenas espectáculo y un puerto deportivo. A Jane le gustaba llevar pañuelos en la cabeza a modo de diadema. Prefería de postre las uvas con azúcar moreno y crema de leche al helado con galletas. Le gustaban las alcachofas. *Adoraba* las alcachofas. *Adoraba* las representaciones de la *Suite del Cascanueces* del New York City Ballet,

sobre todo la parte en que las Gotas de Rocío y los almibarados Pétalos de Rosa danzaban el «Vals de las Flores». Jane había visto el *Cascanueces* cuatro *veces*, por el amor de Dios.

Dan y Jane, y los padres de Jane, habían pasado el verano con la abuela de Jane en su casa de Maine. Las niñas no habían visto mucho a los Muirhead. Los Muirhead siempre estaban navegando. Siempre estaban «fondeando por la costa», como decían ellos. Fuera lo que fuese eso, por el amor de Dios, como decía Jane. La abuela de Jane tenía una casa junto al mar y sabía hacer pizza y dulces y navegar en canoa. La llamaba *pizza'za*. Cantaba himnos en la ducha. Les cosía lentejuelas en los pantalones vaqueros y les hacía bendecir la mesa antes de comer. Después de bendecir la mesa, la abuela de Jane pedía perdón por las cosas que había hecho y las que había dejado por hacer. Si se lo pedían, se sentaba a charlar con ellas antes de acostarse. Jane estaba loca por su abuela y se portaba bastante bien en su presencia. Una noche, hacia el final del verano, Jane tuvo un sueño en el que unos hombres vestidos de negro y con gorros de baño blanco irrumpían en la casa de su abuela, cogían todas sus posesiones y las dejaban tiradas en la calle. Luego la lluvia lo mojaba todo. Jane se despertó llorando. Dan también había llorado. Jane y Dan eran amigas.

El tren seguía en la estación a pesar de que hacía dos horas que tendría que haber salido. Acababan de anunciar que el tren llevaba dos horas de retraso.

—Saldremos de noche —dijo Jane. Arrancó la postal de la mano de Dan—. Ésta sí que es buena —comentó—. Creo que se la envías a Jim Anderson para así poder guardártela después. —Leyó en voz alta—: Es una fotografía del Phantom Dream Car atravesando un muro de televisores en llamas ante una multitud entusiasmada en el Cow Palace de San Francisco.

Al principio del verano, la madre de Dan le había dado cien dólares, cuatro conjuntos nuevos de ropa interior y tres docenas de postales con sello. Casi todas las postales eran normales y corrientes, pero había unas cuantas con fotografías singulares. Durante el verano, la madre de Dan quería recibir noticias de ella un par de veces por semana. Se había casado con un hombre llamado Jake, que era carpintero. Jake ya le había construido a Dan tres librerías. Y parecía que esto era su límite en cuanto a lo que sabía hacer por Dan.

—Sólo me quedan tres —dijo Dan—, pero cuando llegue a casa empezaré mi propia colección.

—Yo ya he superado esta fase —dijo Jane—. Es una fase más. No creo que seas una gran escritora de cartas. Mira lo que escribes, «Me he puesto morena. Con cariño, Dan»… «Me he comprado un disco volador de color verde. Con cariño, Dan»… «La señora Muirhead tiene otitis. Con cariño, Dan»… «El señor Muirhead se rompió una costilla haciendo esquí acuático. Con cariño, Dan»… Cuando escribes tienes que explicar algo.

Dan no replicó. Conocía a Jane desde hacía mucho tiempo y soportaba lo que la madre de Jane calificaba como su «efervescencia».

Jane le dio un empujón en la espalda y vociferó:

—¡Danica Anderson, por el amor de Dios! ¡Qué hace una pamplinas como tú en un viaje tan fabuloso como éste!

El tren empezó a moverse y las niñas se dirigieron al salón-bar Starlight del vagón siete donde el señor y la señora Muirhead les habían dicho que estarían tomando un cóctel. Dudaron al pasar por el vagón donde el mago del tren entretenía al público y se quedaron un momento contemplando el espectáculo. El mago realizó el truco del sombrero mágico, el truco del pañuelo cortado y vuelto a pegar, el truco del salero mágico y el truco de la moneda que desaparecía. El público, en su mayoría jubilados, disfrutaba de lo lindo.

—No me interesan los trucos —le susurró Jane a Dan—, pero las burradas que dice me encantan.

El mago era un hombre joven con la cara llena de granos. Realizó muchos trucos con cartas. Una y otra vez, adivinaba la carta de la baraja que la gente había elegido. Y cada vez que acertaba, el público aplaudía y gritaba feliz. Jane y Dan pasaron de largo.

—La verdad es que tú no eliges la carta —dijo Jane—. El mago te hace creer que la eliges. Lo hace todo con el dedo meñique. —Empujó a Dan hacia el salón-bar Starlight, donde la señora Muirhead estaba sentada en una banqueta mirando por la ventana, viendo pasar lentamente un cobertizo y un arbusto desangelado. Bebía un martini. El señor Muirhead estaba en otra mesa conversando con un joven vestido con pantalones vaqueros y chaqueta amarilla. Jane no se sentó.

—Mamá —dijo—, ¿puedo comer tu aceituna?

—Por supuesto que no —respondió la señora Muirhead—, está empapada en ginebra.

Jane, con Dan a remolque, se dirigió hacia la mesa de su padre.

—Papá —preguntó Jane—, ¿por qué no te sientas con mamá? ¿Estáis peleados?

Dan se quedó boquiabierta con la pregunta. El señor y la señora Muirhead peleaban continuamente como verdaderas víboras. Sus discusiones eran barrocas, majestuosas y, aunque con frecuencia extraordinarias, en absoluto instructivas. A la hora de desayunar podían pelearse por culpa de un incidente acontecido durante el cóctel de la noche anterior o por un comentario tonto hecho quince años atrás. A la hora de cenar, podían gritarse por culpa del destino, al que calificaban con diversos nombres, que les había hecho conocerse. Desconocían el significado de las palabras perdón, comprensión y cooperación. Eran contrincantes de pura sangre. Dan estaba segura de que llegaría un día en que el señor Mooney, el director del colegio, llamaría a Jane para comunicarle de la mejor forma posible que sus padres se habían partido la

crisma el uno al otro y sus sesos estaban esparcidos por la terraza hawaiana.

El señor Muirhead miró a las niñas apenado y acarició la mejilla de Jane.

—No estoy sentado con tu madre porque estoy sentado con este joven. En estos momentos estamos enfrascados en una conversación fascinante.

—¿Por qué siempre hablas con chicos jóvenes? —preguntó Jane.

—Jane, cariño —dijo el señor Muirhead—. Responderé a tu pregunta. —Bebió un trago de su copa y suspiró. Se inclinó hacia ella y le dijo muy serio—: Hablo con chicos jóvenes porque tu madre no me permite hablar con chicas jóvenes. —Permaneció un momento en esa posición, acariciando la mejilla de Jane, y luego volvió a erguirse.

El joven extrajo un cigarrillo de la chaqueta y dudó un instante. El señor Muirhead le ofreció una caja de cerillas.

—Decora coches con sus dibujos.

El joven asintió.

—Cinturones. Perlas y hojuelas. Llamas. Todo por encargo.

El señor Muirhead sonrió. Parecía más feliz. Al señor Muirhead le encantaba conversar. Le encantaba «que la gente se le confiase». Dan imaginaba que Jane había heredado esa buena cualidad de su padre y que la había distorsionado de forma personal y perversa.

—Me apuesto lo que quieras a que tienes un Trans Am.

—Tienes toda la razón —dijo el joven—. Es de color azul hielo. ¿Te gusta ese color? Tal vez seas demasiado joven para eso. —Extendió la mano para mostrarle un pedrusco llamativo engarzado en lo que parecía ser oro—. Del mismo color que el anillo —confirmó.

Dan asintió con la cabeza. Aún le impresionaban los adultos. Su imagen, misteriosa y poco creíble, seguía teniendo un poder de atracción sobre ella y la confundía. Pero Jane no mostraba interés alguno por el joven. Le pedía más a la vida. Y albergaba grandes pretensiones sobre su futuro. El señor Muirhead pidió ginger ale para las niñas y otra ronda para el joven y él. El tren, con el misterio de todos los trenes, se detenía de vez en cuando, incluso retrocedía, revelando de nuevo los mismos paisajes desconocidos. El mismo prado verde con aquella luz sesgada, la misma hilera de casas de madera, todas ellas con las persianas cerradas para evitar el calor, las mismas barcas sobre sus remolques esperando en dique seco. La luna asomaba por debajo de una espectacular tormenta de rayos y truenos. Todo el mundo lo comentaba. Cerca del tren, una bandada de pájaros negros volaba raso cruzando un camino de tierra.

—Los pájaros no son más que reptiles voladores, ¿lo sabéis, verdad? —dijo Jane de repente.

—¡Dios mío, qué idea tan horrible! —dijo el señor Muirhead. Estaba algo

desencajado y parecía despeinado.

—Es cierto, es cierto —canturreó Jane—. Triste pero cierto.

—¿Te refieres como lagartijas y serpientes? —preguntó el joven. Soltó un bufido y sacudió la cabeza.

—Sí, son reptiles *glorificados* —comentó el señor Muirhead, recuperando un poco el sentido del tiempo y el lugar.

De pronto, Dan se sintió muy sola. No es que sintiera nostalgia de su hogar, aunque en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por estar jugueteando en su barquita de aluminio en compañía de Jim Anderson. Pero ya no volvería a vivir en aquel lugar que ella consideraba «su casa». La ciudad era la misma, pero el lugar era otro. La casa en la que había vivido desde que nació pertenecía ahora a otra gente. Durante el verano, su madre y Jake habían comprado otra casa que Jake pensaba arreglar.

—Los reptiles tienen escamas —dijo el joven—, o si no son largos y delgados.

Dan se sentía como si le estuvieran echando un rapapolvo. Notaba que los ojos se le hinchaban como magdalenas. Estaba rodeada de extraños que decían locuras. Incluso su madre decía locuras razonándolas de modo que conseguía que Dan la viese también como a una extraña. La madre de Dan se lo explicaba todo a Dan. Su madre le había explicado que no debía preocuparse por tener hermanos o hermanas. Su madre había discutido con ella la particular naturaleza del problema. Dan no quería ni saber la mitad de las cosas que su madre le explicaba. No habría hermanos ni hermanas. Sólo Dan, su madre y Jake viviendo juntos en la casa, cuidando intensamente los unos de los otros, compartiendo juntos una vida agradable, sin cometer ningún error.

Dan se disculpó para ir al baño, que estaba situado en el piso de abajo. La señora Muirhead la llamó cuando pasó por su lado y le entregó una hoja de papel doblada.

—¿Serías tan amable de entregarle esto al señor Muirhead? —le pidió.

Dan volvió hasta donde estaba el señor Muirhead, le entregó la nota y bajó al baño. Se sentó en el pequeño inodoro y se echó a llorar mientras el tren seguía su ritmo constante.

Al cabo de un rato oyó la voz de Jane.

—Te estoy oyendo, Danica Anderson. ¿Qué te ocurre?

Dan no respondió.

—Sé que eres tú —dijo Jane—. Veo tus estúpidos zapatos y tus estúpidos calcetines.

Dan se sonó, pulsó el botón del inodoro y dijo:

—¿Qué decía la nota?

—No lo sé —dijo Jane—. Papá se la tragó.

—¡Se la tragó! —exclamó Dan. Abrió la puerta del retrete y fue al lavabo. Se

lavó las manos y se echó agua en la cara. Rió—. ¿De verdad que se la tragó?

—En ese salón-bar Starlight están todos locos —dijo Jane. Jane se cepilló el pelo. Siempre tenía el pelo lleno de enredos y por mucho que lo cepillara nunca conseguía librarse totalmente de ellos. Miró a Dan a través del espejo—. ¿Por qué llorabas?

—Pensaba en tu abuela —dijo Dan—. Comentó que un año dejó el árbol de Navidad hasta Pascua.

—¿Y por qué pensabas en mi abuela? —gritó Jane.

—Pensaba en cuando cantaba —dijo Dan, sorprendida—. Me gusta cómo canta.

Dan recordaba a la abuela de Jane cantando sobre las aguas oscuras de la Muerte y las almas que se ahogan en ellas, el Propiciatorio y el Médico del Amor. Oía su voz cruzando las delgadas paredes de la casa de Maine, atravesando las cortinas oscuras y perdiéndose en la noche.

—No quiero que pienses en mi abuela —dijo Jane, pellizcándole el brazo a Dan.

Dan intentó no pensar en la abuela de Jane. En una ocasión la había visto caer al salir del agua. La playa era un pedregal. Las piedras eran redondas y resbaladizas. La abuela de Jane se había rasguñado el brazo entero y se había hecho sangre en el labio.

Las niñas salieron al pasillo y vieron que la señora Muirhead estaba allí de pie. La señora Muirhead estaba muy morena. Llevaba el pelo recogido en un moño alto que dejaba al descubierto un tapón de algodón en el oído izquierdo. Permanecieron las tres juntas, balanceándose y chocando la una contra la otra debido al movimiento del tren.

—Este oído me está matando —dijo la señora Muirhead—. Creo que me ocultan algo. Me cruje y oigo ruidos secos. Es como si tuviera dentro un pájaro partiendo semillas constantemente. —Se palpó el hueso situado entre la mejilla y la oreja—. Creo que deberían retirarle la licencia al médico que me visitaba. Es verdad, era atractivo y competente, pero en la última visita entró su secretaria a preguntarle algo mientras estaba limpiándome el oído y le puso la mano en el cuello. ¡Su secretaria le acarició el cuello! ¡Y yo allí sentada! —La señora Muirhead estaba sofocada.

Las tres miraron por la ventana. El tren iba acortando camino pero las cosas del exterior, aunque se esfumaban en un instante, parecían moverse lentamente.

Bajo la luz de una farola, un hombre daba patadas a su camioneta.

—No me gustan los trenes —comentó la señora Muirhead—. Los encuentro deprimentes.

—Es por la falta de oxígeno —dijo Jane— provocada por el hecho de tener que compartir el aire con toda esa gente.

—Querida, eres una esnob —suspiró la señora Muirhead.

—Vamos a cenar —anunció Jane.

—¿Cenar? —dijo la señora Muirhead—. ¡Agh!

Las niñas la dejaron mirando por la ventana, una hermosa mujer desconsolada

con un vestido de color verde con una hilera de ranas bailarinas.

El vagón restaurante estaba casi lleno. Las ventanas reflejaban las figuras de los comensales. El paisaje apenas se veía, estaba oscuro y el tren seguía avanzando.

Jane se dirigió hacia una mesa ocupada por un hombre y una mujer que comían en silencio.

—Me llamo Crystal —se presentó Jane— y ésta es Clara, mi hermana gemela.

—¡Clara! —exclamó Dan. Jane siempre le inventaba nombres insípidos.

—Éramos trillizas —prosiguió Jane—, pero la otra murió al nacer. Se le enrolló el cordón al cuello o algo así.

La mujer miró a Jane y sonrió.

—¿En qué trabajan? —insistió la inagotable Jane.

Hubo un silencio. La mujer seguía sonriendo y entonces el hombre dijo:

—Yo no hago nada. No tengo que hacer nada. Me hirieron en Vietnam, me llevaron al hospital de la base y estuvieron intentando reanimarme durante cuarenta y cinco minutos. Luego desistieron. Pensaron que había muerto. Cuatro horas después me desperté en el depósito de cadáveres. El ejército me da una buena pensión. —Se levantó echando hacia atrás la silla y se marchó.

Dan se quedó mirándole, asombrada, con un bollo a medio camino de la boca.

—¿Es verdad que su marido estuvo muerto tanto rato? —preguntó.

—¿Mi marido? ¡Ja! —respondió la mujer—. Jamás había visto a ese hombre antes de sentarme a cenar.

—Me apuesto lo que quiera a que usted es una mujer trabajadora que no cree en los hombres —dijo Jane con malicia.

—¡Cómo lo has adivinado, Crystal! Es verdad, los hombres son una alucinación colectiva de las mujeres. Es como cuando un grupo de chiflados se reúnen en la cima de una colina para ver platillos volantes. —La mujer comió un pedazo de pollo.

Jane parecía sorprendida y dijo:

—Una vez mi padre fue a una fiesta de disfraces envuelto de la cabeza a los pies en papel de aluminio.

—Una olla —intentó adivinar la mujer.

—¡No! ¡Un astronauta! ¡Un astronauta alienígena!

Dan se echó a reír recordando la ocasión. Notaba que Jane había encontrado en aquella mujer un alma gemela.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Jane—. ¿No nos lo dirá?

—A las drogas —respondió la mujer. Las niñas se encogieron—. ¡Ja! —dijo la mujer—. De hecho, me dedico a analizar drogas para empresas farmacéuticas. Y también realizo investigaciones para un fabricante de perfumería. Investigo las feromonas humanas.

Jane miró a la mujer cara a cara.

—Ya sé que no sabes lo que es una feromona, Crystal. Para decirlo a lo bruto, la feromona es el olor que desprende una persona en concreto y que hace que otra haga o sienta una cosa determinada. Es una señal irresistible.

Dan pensó en las raíces de mangle y en los bosques de naranjos. En el olor a gas que desprendía la estufa de la abuela de Jane cuando se encendía la luz piloto. Le gustaba el olor del Atlántico cuando el agua se secaba en la piel y el olor del pelo de Jim Anderson mojado por la lluvia. La verdad es que existían olores que invitaban a seguirlos.

Jane contemplaba atónita a la mujer y repiqueteaba con los dedos en la silla.

—Relájate, Crystal, eres tan sólo una niña. Ni siquiera *tienes* olor todavía —dijo la mujer—. Yo trabajo en todo tipo de cosas. A veces formo parte de un grupo de control y otras no. Nunca se sabe. Cuando formas parte de un grupo de control recibes un placebo. Un placebo, Crystal, es algo que no es nada, pero tú no sabes que no es nada. Crees que te dan algo que te cambiará o que hará que te sientas mejor o más sana o más atractiva o lo que sea, pero no es nada.

—Ya sé lo que es un placebo —murmuró Jane.

—Estupendo, Crystal, eres un prodigio. —La mujer extrajo un libro del bolso y empezó a leerlo. El libro tenía una funda de algodón que ocultaba el título.

—¡Ja! —dijo Jane, levantándose de repente e intentando con ello volcar un vaso de agua—. ¡No me llamo Crystal!

Dan agarró el vaso antes que cayera y salió corriendo tras ella. Regresaron al salón-bar Starlight. El señor Muirhead estaba sentado con otro joven. Esta vez, el joven lucía barba rubia y tenía aspecto intelectual.

—¡Oh, un viaje maravilloso! —dijo un exuberante señor Muirhead—. ¡La de gente maravillosa que se conoce en un viaje así! Es un joven de lo más fascinante. Es escritor. Ha estado en todas partes. Está trabajando en un libro sobre los cementerios del mundo. ¿No es un tema genial? Le he comentado que si alguna vez pasa por nuestra ciudad, venga a nuestro restaurante y le invitaré a probar cangrejos de roca.

—Hola —dijo el joven a las niñas.

—Hablábamos de Père-Lachaise, el legendario cementerio parisino —dijo el señor Muirhead—. Tan melancólico. Tan grande y romántico. Jane, tu madre y yo lo visitamos cuando estuvimos en París. Paseamos por él en un claro y frío día de otoño. Chicas, los deseos del corazón humano no tienen fronteras. Los secretos del corazón humano son innumerables. Contemplar el cementerio de Père-Lachaise fue una experiencia conmovedora. Paseábamos y tu madre se puso a gritarme, Jane. ¿Sabes por qué, cariñito? Me gritaba porque en Nueva York yo había dejado el coche aparcado en la calle Ochenta y cuatro Este. Tu madre decía que los empleados de aquel aparcamiento nunca cerraban bien el contacto y que nos quedaríamos sin batería. Decía que no había un alma en toda la ciudad de Nueva York que no supiera

que los empleados de aquel aparcamiento de la calle Ochenta y cuatro Este eran unos idiotas que siempre se cargaban las baterías. Antes de hablar de Père-Lachaise, chicas, este joven y yo estábamos hablando del Panteón, situado en las afueras de Guanajuato, en México. Y resulta que yo también conozco el Panteón. Tu madre quería unos azulejos para el vestíbulo y fuimos a México a por ellos. Tú te quedaste con la señora Murphy, Jane, ¿te acuerdas? Ella fue quien te enseñó a preparar la ensalada de huevo. En cualquier caso, el Panteón es un cementerio amurallado, no muy distinto al Campo Santo de Génova, en Italia, pero la razón por la que todo el mundo lo visita es para ver las momias. Al parecer el clima excepcionalmente seco de las montañas ha conservado los cuerpos, y hay un pequeño museo de momias. Es grotesco, por supuesto, y la verdad es que me dio que pensar. Me refiero a que una cosa es pensar en estar todos reunidos en un paraíso de esplendor eterno, como cree tu abuela, y la otra es pensar, como los budistas, que las posibilidades latentes ensimisman el corazón en el momento de la muerte, pero no perecen y, en consecuencia, permiten que el ser renazca, e incluso existe otra posibilidad, y es creer como los condenados científicos en una de las leyes esenciales de la física que afirma que la energía nunca se pierde. Una cosa, chicas, es pensar en cualquiera de esas teorías y otra muy distinta es estar en un pequeño museo contemplando esas miserables momias. Sus caras mostraban todavía el horror y la indignación. Casi lloré sintiendo lo efímero de esta vida. Salimos fuera a respirar un poco de aire fresco y compré un paquete de cigarrillos en un pequeño puesto donde también vendían postales y carretes de fotografía. Busqué el encendedor en el bolsillo y el encendedor no estaba ahí. Había perdido mi encendedor. Se trataba de un encendedor muy caro que tu madre me había regalado la Navidad anterior, Jane, y tu madre se puso a gritarme. Llovía, una lluvia cálida y suave, y el suelo estaba cubierto por pétalos de buganvillas. Tu madre me agarró por el brazo y me recordó que el encendedor era un regalo suyo. Me recordó la chaqueta que me había comprado. En el cine me cayeron encima palomitas con mantequilla y aún se ve la mancha. Me recordó la hamaca que me había comprado cuando cumplí los cuarenta y que yo permití que se pudriera bajo la lluvia. Me recordó el bolso de bandolera que me compró y que yo detestaba, es cierto. Me lo olvidé en el jardín y lo mutilé con el cortacésped. Y descendiendo por la empedrada colina en dirección a Guanajuato, tu madre me recordó todos y cada uno de los regalos que me había hecho, tanto materiales como sentimentales. Y remarcó como yo había perdido e ignorado todos y cada uno de ellos.

Nadie dijo nada.

—Luego —continuó el señor Muirhead—, está el cementerio de Módena, en Italia.

—Ése aún no está acabado —dijo apresuradamente el joven—. Se trata de un diseño visionario del arquitecto Aldo Rossi. En nuestra conversación, simplemente

intentaba describirle el proyecto.

—Puedo asegurarle —dijo el señor Muirhead— que cuando acabe el proyecto y lleve a mi pequeña familia de vacaciones a Italia, pasearemos, juntos y asustados, por el desventurado paisaje del cementerio de Módena, y la madre de Jane estará gritándome.

—Bien, tengo que irme —dijo el joven. Se levantó.

—Hasta otra —dijo el señor Muirhead.

—¿De verdad vendían postales de momias en ese sitio? —preguntó Dan.

—Sí, de verdad, pequeña —respondió el señor Muirhead—. En este mundo hay postales de todo. Así es el mundo.

La multitud congregada en el salón-bar Starlight estaba alborotándose. La señora Muirhead se dirigió hacia ellos y, exhalando un profundo suspiro, tomó asiento junto a su esposo. El señor Muirhead gesticulaba y abría la boca formando palabras, pero sin decir nada, como si estuviera hablando con las niñas.

—¿Qué? —dijo la señora Muirhead.

—Estaba explicando a las niñas las diferencias entre los hombres y las mujeres. Los hombres son más aventureros y agresivos y poseen más habilidades espaciales y mecánicas. Las mujeres son más consistentes, educadas y estéticas. Los hombres ven mejor que las mujeres, pero las mujeres tienen mejor oído —dijo el señor Muirhead.

—Muy gracioso —comentó la señora Muirhead.

Las niñas desaparecieron ante la melancólica mirada que el señor y la señora Muirhead se cruzaban y pasearon por los vagones del tren, regresando de vez en cuando a sus asientos para hundirse en los desordenados nidos que allí habían creado. Hacia medianoche decidieron visitar de nuevo el vagón de juegos donde antes habían visto que la gente jugaba al backgamon, a las cartas, a Diplomacia, a los anagramas y al Cluedo. Seguían ahí, deshaciéndose de reinas de diamantes, moviendo tropas en Asia Menor y acusando al coronel Mustard de cargarse a alguien en el conservatorio con una llave inglesa. Cada vez que había una pausa en el juego salía a colación el accidente.

—¿Qué accidente? —preguntó Jane.

—El tren chocó contra un Buick —dijo un hombre—. Hacia medianoche. —El hombre tenía las orejas muy grandes y llevaba un tatuaje en el antebrazo.

—Ya no salen juegos buenos —se quejaba una mujer—. Son los mismos de siempre.

—¿Te dormiste? —acusó Jane a Dan.

—¿Cuándo habrá pasado? —dijo Dan.

—No lo hemos visto —comentó disgustada Jane.

—Los dos adolescentes han salido ilesos —dijo el hombre—. Vivos para reírse después del accidente. Son jóvenes y estúpidos. El maquinista no se reirá tanto. Los

accidentes acarrean un montón de papeleo. El maquinista pasará una semana entera rellenando papeles. —El tatuaje del hombre decía MAMÁ y PAPÁ.

—Bestias —dijo Jane.

Las niñas volvieron al comedor. Estaba a oscuras y en un pequeño televisor pasaban *Superman*. Jane se durmió al instante. Dan presenció cómo Superman giraba la tierra al revés para que Lois Lane no sucumbiera bajo un deslizamiento de tierra. El tren silbó al pasar junto a un conjunto de viejos edificios iluminados; en el letrero se leía SEWER KING. Jane se despertó en cuanto finalizó la película.

—Cuando vivíamos en Nueva York —dijo adormilada—, estaba yo una tarde sentada en la cocina haciendo los deberes cuando vino una chica y se sentó a la mesa junto a mí. ¿No te lo había contado nunca? Era invierno y nevaba. Esa persona simplemente entró con el abrigo cubierto de nieve y se sentó junto a mí.

—¿Y quién era? —preguntó Dan.

—Era yo, pero de mayor. Tendría unos treinta años, más o menos.

—Era un sueño —dijo Dan.

—Era media tarde. ¡Te lo prometo! Yo estaba haciendo los deberes. Y me dijo: «Nunca has movido un dedo para ayudarme». Y entonces me pidió un vaso con hielo.

Unos instantes después, Dan dijo:

—Sería la señora de la limpieza.

—¡La señora de la limpieza! ¡La señora de la limpieza, por el amor de Dios! ¡Qué sabrás tú de señoras de la limpieza!

Dan notó que se le erizaba el pelo, como si alguien estuviera cepillándolo de abajo arriba, y se dio cuenta de que estaba furiosa, más furiosa de lo que pudo haberlo estado todo el verano, porque había pasado el verano entero sintiéndose humillada cada vez que Jane se mostraba desagradable con ella.

—Escucha —dijo Dan—, no vuelvas a hablarme así nunca más.

—¿Hablarte cómo? —dijo Jane con tranquilidad.

Dan se levantó y se marchó, mientras Jane decía:

—Lo que no comprendo es cómo pudo entrar en casa. Mi padre tiene casi una docena de cerrojos en la puerta.

Dan regresó a su asiento, el vagón estaba oscuro y tranquilo y contempló la noche también oscura. Intentó comprender cómo había ocurrido todo. Suponía, más o menos, que la situación había explotado. Y que era inevitable. Pensó en aquel sueño de Jane en que unos hombres con gorros de baño blancos sacaban a la calle todas las cosas de la abuela. El interior quedaba vacío y el exterior lleno. Dan empezaba a sentir lástima de sí misma. Estaba sola, sin amigos ni padres, sentada en un tren entre un lugar y otro, asustándose con el sueño de otra persona en mitad de la noche. Se levantó y cruzó los vagones en movimiento para ir a buscar un vaso de agua al salón-bar Starlight. Después de las cuatro de la mañana ya no parecía el salón-bar Starlight.

No servían bebidas y habían apagado las estrellas luminosas. Se había convertido en un lugar más donde sentarse. El señor Muirhead estaba allí, solo. Debía de haberse ganado a los camareros porque estaba bebiendo un Bloody Mary.

—¡Hola, Dan! —dijo.

Dan se sentó frente a él. Y al cabo de un momento dijo:

—He pasado un verano muy agradable. Gracias por invitarme.

—Espero que hayas disfrutado del verano, pequeña —dijo el señor Muirhead.

—¿Cree que Jane y yo seremos siempre amigas? —preguntó Dan.

El señor Muirhead pareció sorprendido.

—Definitivamente no. Jane no tendrá amigos. Jane tendrá maridos, enemigos y abogados. —Masticó el hielo estrepitosamente con su blanca dentadura—. Me alegro de que hayas pasado un buen verano, Dan, y espero también que estés disfrutando de tu infancia. Cuando te hagas mayor verás que es como si cayera una sombra. Todo está radiante y soleado y de repente llega esa maldita *ala* o lo que quiera que sea.

—Oh —dijo Dan.

—Bien, de hecho, sólo he oído hablar de eso —dijo el señor Muirhead—. ¿Sabes qué quiero ser de mayor? —Esperó su sonrisa—. De mayor quiero ser un indio y así podré utilizar mi nombre indio.

—¿Y cuál es su nombre indio? —preguntó Dan, sonriendo.

—Mi nombre indio es «El que cabalga sobre un caballo lento, fuerte y resistente».

—Es muy bonito —dijo Dan.

—¿Verdad que sí? —dijo el señor Muirhead, mordisqueando el hielo.

Amanecía. La luz del día empezaba a iluminar la ciudad de Jacksonville. Caía sin prejuicios sobre el matadero, Dairy Queens y el palacio de justicia, sobre los aparcamientos, las palmeras y un anuncio gigante de pasteles.

El tren avanzaba lentamente por una curva, y mirando hacia atrás, por encima de la cabeza del señor Muirhead, Dan observó el tren en toda su longitud. El piso superior de aquellos vagones con techo en forma de burbuja aparecía oscuro y siniestro bajo la primera luz de esperanza de la mañana.

Dan extrajo las tres postales que aún llevaba en la cartera y las miró. Una mostraba a Thomas Edison bajo un ficus gigante. Otra, una choza hecha con papel de alquitrán en medio del desierto de Nuevo México, donde se suponía que los hombres habían inventado la bomba atómica. La otra era una de esas postales para completar con respuestas rápidas que mostraba una marsopa haciendo malabarismos con un pomelo.

—Oh, me acuerdo de estas postales —dijo el señor Muirhead, cogiendo la última de ellas—. Se trata de marcar lo que quieres. —Leyó en voz alta—: «¿Cómo estás? Estoy bien □ solo □ feliz □ triste □ sin blanca □ estupendamente □». —El señor Muirhead se rió entre dientes. Leyó—: «He sido bueno □ malo □. He visto el golfo de

México □ el océano Atlántico □ campos de naranjos □ atracciones interesantes □ a ti en mis sueños □». Me gusta ésta —dijo el señor Muirhead sin dejar de reír.

—Puede quedársela —dijo Dan—. Me gustaría que se la quedara.

—Eres una niña encantadora —dijo el señor Muirhead. Se quedó contemplando el vaso y luego miró por la ventana—. ¿Qué crees que ponía en la nota que me diste de parte de la señora Muirhead? —preguntó—. ¿Crees que me perdí algo?

Traducción de Isabel Murillo Fort

El otro Miller

Miller lleva dos días de pie bajo la lluvia esperando, junto al resto de la Compañía Bravo, que unos hombres de otra compañía aparezcan tambaleantes en la pista forestal donde ellos, los de la Bravo, aguardan emboscados. Cuando suceda esto, si llega a suceder, Miller sacará la cabeza del agujero donde está escondido y disparará todo el cargador de fogueo en dirección a la pista. Y lo mismo hará el resto de la Compañía Bravo. Y una vez hecho, saldrán de sus agujeros, se subirán a los camiones y volverán a la base.

Ése es el plan.

Miller no cree que vaya a funcionar. Todavía no ha visto un plan que funcione, y éste tampoco lo hará. Su escondrijo tiene varios centímetros de agua. Ha de mantenerse de pie en unos pequeños salientes que ha excavado en las paredes, pero la tierra es muy arenosa y éstos se derrumban continuamente. Lo que significa que tiene las botas empapadas. Además sus cigarrillos están húmedos. Además la primera noche de maniobras, masticando uno de los caramelos que se había traído para combatir el agotamiento, se le rompió el puente que tiene en los molares. Le ataca los nervios cómo se levanta y rechina cuando lo toca con la lengua, pero anoche perdió toda su fuerza de voluntad y ahora no puede evitar estar todo el rato tocándolo.

Cuando piensa en la otra compañía, sobre la que se supone que van a caer ellos, Miller ve una columna de hombres secos, recién comidos, alejándose del agujero donde él los aguarda. Los ve moverse fácilmente con unos ligeros macutos a la espalda. Los ve parándose a descansar y a fumar un pitillo, estirándose sobre fragantes hojas de pino, bajo los árboles, y el murmullo de sus voces haciéndose más y más tenue conforme se van quedando dormidos.

Ésta es la pura verdad, por Dios que es verdad. Miller lo sabe igual que sabe que va a pescar un resfriado, porque siempre tiene esa mala suerte. Si él estuviera en la otra compañía, serían ellos los que estarían metidos en estos agujeros.

Miller hurga con la lengua en el puente roto y siente una punzada de dolor. Se pone rígido, le arden los ojos, aprieta los dientes contra el aullido que intenta escaparse de su garganta. Lo domina y observa a los hombres a su alrededor. Los pocos que alcanza a ver están aturdidos y pálidos. Del resto sólo distingue las capuchas de los ponchos, que sobresalen del suelo como si fueran rocas con forma de proyectil.

En este momento, con la mente en blanco a causa del dolor, Miller oye cómo rebota la lluvia en su propio poncho. Y luego oye el zumbido estridente de un motor. Un jeep se acerca por la pista, salpicando, patinando de lado a lado y lanzando una

estela de goterones de barro. El propio jeep está cubierto de barro. Se desliza hasta detenerse frente a la posición de la Compañía Bravo y toca el claxon dos veces.

Miller mira alrededor para ver qué hacen los otros. Nadie se ha movido. Todos siguen de pie en sus agujeros.

El claxon vuelve a sonar.

Una pequeña figura emerge de entre unos árboles un poco más allá. Miller sabe que es el sargento por su estatura, tan corta que el poncho le llega casi hasta los tobillos. El sargento camina lentamente hacia el jeep; sus botas están completamente embarradas. Cuando llega junto al vehículo, introduce la cabeza por la ventanilla; un momento después la saca. Mira al suelo y da un puntapié a uno de los neumáticos, como si se hubiera concentrado para hacerlo. Luego alza la vista y grita el nombre de Miller.

Miller se lo queda mirando. Hasta que el sargento no vuelve a gritar su nombre, Miller no empieza la dura tarea de salir del escondrijo. Los otros hombres alzan sus pálidas caras para verlo cuando él pasa renqueante junto a sus agujeros.

—Acércate, muchacho —le dice el sargento. Se aleja un poco del jeep y le hace un gesto con la mano.

Miller lo sigue. Pasa algo. Miller lo sabe porque el sargento lo ha llamado «muchacho» en lugar de «pedazo de animal». Ya ha empezado a sentir un ardor en el lado izquierdo, donde tiene la úlcera.

El sargento mira al suelo.

—El caso es —empieza a decir. Se para y se vuelve hacia Miller—. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Carajo! ¿Sabías que tu madre estaba enferma?

Miller no dice nada, se limita a apretar los labios.

—Debía de estar enferma, ¿no?

Miller sigue callado y el sargento continúa:

—Falleció anoche. Te acompaño en el sentimiento.

Alza la vista y mira a Miller con tristeza, y Miller ve que la mano derecha del sargento empieza a elevarse por debajo del poncho y luego vuelve a caer al lado del cuerpo. Miller se da cuenta de que el sargento quiere darle unas varoniles palmadas en la espalda, pero el movimiento no llega a cuajar. Sólo se puede hacer esto si se es más alto o al menos se tiene la misma estatura que el otro.

—Estos chicos te llevarán a la base —le dice el sargento señalando al jeep con la barbilla—. Cuando llegues, llamas a la Cruz Roja y ellos se encargarán del resto. Intenta descansar un poco —añade, y luego se aleja en dirección a los árboles.

Miller recupera su equipo. Uno de los hombres junto a los que pasa en su camino de vuelta al jeep le dice:

—¡Eh, eh, Miller! ¿Qué ha sucedido?

Miller no contesta. Teme que si abre la boca empezará a reírse y lo echará todo a

perder. Se sube al jeep con la cabeza gacha y los labios apretados y no levanta la vista hasta que no han dejado atrás la compañía, como a un kilómetro o así. El grueso cabo que va sentado al lado del conductor lo observa.

—Siento lo de tu madre —dice—. Eso sí que es un buen bajón.

—Lo que más —dice el conductor, que también es cabo. Le lanza una rápida mirada por encima del hombro.

Por un instante Miller ve su propia cara reflejada en las gafas de sol del conductor.

—Algún día tenía que suceder —susurra, y vuelve a bajar la vista.

A Miller le tiemblan las manos. Se las mete entre las rodillas y mira a través del plástico de la ventanilla los árboles que van dejando atrás. La lluvia tamborilea en la lona del techo. Él está a cubierto, y el resto sigue ahí fuera. Miller no puede dejar de pensar en los otros, de pie, empapándose bajo la lluvia, y ese pensamiento le da ganas de reírse y de golpearse la pierna. Nunca había tenido tanta suerte en su vida.

—Mi abuela murió el año pasado —dice el conductor—. Pero, claro, no es lo mismo que perder a una madre. Lo siento, Miller.

—No os preocupéis por mí —dice Miller—. Lo superaré.

El cabo gordo le dice:

—Mira, no creas que tienes que reprimirte por nosotros. Si tienes ganas de llorar o cualquier cosa, no te cortes. ¿No es verdad, Leb?

El conductor asiente con la cabeza.

—Suéltalo todo.

—No os preocupéis —dice Miller.

Le gustaría dejarles claro a estos tíos que no tienen que sentirse en la obligación de mostrarse afligidos todo el camino hasta Fort Ord. Pero si les contara lo que ha sucedido, darían la vuelta y lo devolverían a su agujero.

Miller sabe lo que ha sucedido. Hay otro Miller en el batallón con las mismas iniciales que él, W. P., y a este Miller es al que se le ha muerto la madre. Siempre están confundiendo su correo, y ahora la han liado con esto. Miller se hizo una idea clara del asunto en cuanto el sargento empezó a preguntarle por su madre.

Por una vez, todo el mundo está fuera y él está a cubierto. A cubierto, camino de una buena ducha, ropa seca, una pizza y un catre caliente. Ni siquiera ha tenido que hacer algo malo para conseguirlo. Ha hecho lo que le han dicho. El error era de ellos. Mañana descansará como le ha dicho el sargento que haga, irá a la enfermería por lo del puente y, tal vez, por qué no, al cine a la ciudad. Luego llamará a la Cruz Roja. Para cuando se aclare todo, será demasiado tarde para mandarlo de vuelta a las maniobras. Y lo mejor de todo es que el otro Miller no lo sabrá. El otro Miller tendrá todo un día más para pensar que su madre está viva. Incluso se podría decir que le está haciendo el favor de mantenerla viva.

El hombre sentado al lado del conductor se vuelve de nuevo y observa a Miller. Tiene unos ojos pequeños y oscuros en una cara grande, blanca, perlada de sudor. En su placa dice que se apellida Kaiser. Mostrando unos dientes pequeños y cuadrados, infantiles, dice:

—Lo estás llevando muy bien, Miller. La mayoría de los tíos se derrumban al enterarse.

—Yo también me derrumbaría —dice el conductor—. Cualquiera se derrumbaría. Es *humano*, Kaiser.

—Claro —dice Kaiser—. No estoy diciendo que yo sea diferente. Ése será el peor día de mi vida, el día que muera mi madre. —Parpadea rápidamente, pero no antes de que Miller vea cómo se empañan sus ojos diminutos.

—Todos tenemos que irnos —dice Miller—, antes o después. Ésa es mi filosofía.

—Qué fuerte —dice el conductor—. Profundo de verdad.

Kaiser lo mira fijamente y le dice:

—Tranquilo, Lebowitz.

Miller se inclina sobre el asiento delantero. Lebowitz es un apellido judío. Eso significa que Lebowitz debe de ser judío. A Miller le gustaría preguntarle por qué está en el ejército, pero teme que Lebowitz se lo tome a mal. En su lugar le pregunta con un tono informal:

—No se ven muchos judíos hoy en día en el ejército.

Lebowitz mira al retrovisor. Sus gruesas cejas se arquean sobre las gafas de sol, luego mueve la cabeza y dice algo que Miller no llega a percibir.

—Tranquilo —repite Kaiser. Se vuelve hacia Miller y le pregunta que dónde tendrá lugar el funeral.

—¿Qué funeral? —dice Miller.

Lebowitz se echa a reír.

—¡Joder, tío! —exclama Kaiser—. ¿Es que nunca has oído hablar de eso que se llama *stock*?

Lebowitz se queda callado un momento. Luego vuelve a mirar al retrovisor y dice:

—Lo siento, Miller. Se me ha ido la olla.

Miller se encoge de hombros. En sus prospecciones bucales, la lengua presiona el puente con demasiada fuerza, y eso le obliga a contraerse súbitamente.

—¿Dónde vivía tu madre? —pregunta Kaiser.

—En Redding —contesta Miller.

Kaiser asiente.

—Redding —repite.

No deja de mirar a Miller, lo mismo que Lebowitz, que tiene la vista dividida entre el retrovisor y la carretera. Miller se da cuenta de que esperaban un tipo de

actuación diferente a la que él les está ofreciendo, más emotiva y todo eso. Ya han visto a otros soldados perder a sus madres mientras estaban movilizados y tienen unos estándares a los que él no parece conformarse. Mira por la ventanilla. Están atravesando un puerto. A la izquierda de la carretera se ven parches de azul entre los árboles; luego llegan a una zona sin árboles y Miller ve el mar abajo, despejado hasta el horizonte bajo un intenso cielo azul. Salvo por algunos jirones de niebla en las copas de los árboles, han dejado las nubes atrás, en las montañas, sobre los soldados allí apostados.

—No me malinterpretéis —dice Miller—. Me apena mucho que haya muerto.

—Eso es lo que tienes que hacer. Echarlo fuera —dice Kaiser.

—Sencillamente no la conocía muy bien —dice Miller, y tras esta monstruosa mentira le invade una sensación de ingravidez. Al principio le resulta incómoda, pero casi inmediatamente empieza a disfrutarla. A partir de este momento puede decir cualquier cosa. Pone cara de tristeza—. Supongo que estaría más deshecho y todo eso si no nos hubiera abandonado como lo hizo. A mitad de la cosecha. Se largó sin más.

—Oigo un montón de rabia en tus palabras —le dice Kaiser—. Venga, sácalo todo. Reconócelo.

Miller lo ha sacado todo de una canción, pero ya no se acuerda de más. Baja la cabeza y se mira la puntera de las botas.

—Acabó con mi padre —dice pasado un rato—. Le rompió el corazón. Y me quedé yo con cinco hermanos, todavía chicos, que criar, además de atender la granja.

Miller cierra los ojos. Ve el sol poniéndose por detrás de un campo labrado y una banda de chavales avanzando entre los surcos con rastrillos y azadones al hombro. Mientras el jeep traza las cerradas curvas de la bajada del puerto, él les va describiendo las dificultades por las que tuvo que pasar como hermano mayor de la familia. Cuando llegan a la autopista de la costa y giran en dirección norte, pone fin a su historia. El jeep deja de traquetear y de colear. Ganan velocidad. Los neumáticos susurran suavemente en el asfalto. El aire silba una sola nota contra la antena de la radio.

—En cualquier caso —dice Miller—, hace dos años que no recibo una carta de ella.

—Parece de película —dice Lebowitz.

Miller no está muy seguro de cómo tomárselo. Espera a ver qué más dice, pero Lebowitz se queda callado. Igual que Kaiser, que hace ya varios minutos que le ha dado la espalda. Los dos tienen la vista clavada en la carretera. Miller se da cuenta de que han perdido interés. Se queda muy decepcionado, porque él se lo estaba pasando en grande tomándoles el pelo.

Una de las cosas que les contó es cierta: hace dos años que no recibe una carta de su madre. Al principio de entrar en el ejército le escribió mucho, al menos una vez

por semana, a veces dos, pero Miller le enviaba todas las cartas de vuelta sin abrir, y pasado un año, ella desistió. Intentó telefonearlo unas cuantas veces, pero él no se ponía al teléfono, de modo que también desistió de llamar. Miller quiere que entienda que su hijo no es de los que ponen la otra mejilla. Es un hombre serio. Si lo enfadas, lo pierdes.

La madre de Miller lo enfadó al casarse con un hombre con el que no debería haberse casado. Phil Dove. Dove era el profesor de biología del instituto. Miller tenía problemas en clase y su madre fue a hablar con Dove y terminó prometida con él. Cuando Miller intentaba hacerla entrar en razón, ella se negaba a escuchar. Por su forma de actuar se diría que había pescado a un pez gordo en lugar de a alguien que tartamudeaba al hablar y se pasaba la vida diseccionando cangrejos.

Miller hizo todo lo que pudo para impedir la boda, pero su madre estaba ciega. No quería darse cuenta de lo que tenía, de lo bien que estaban los dos sin necesidad de nadie más. A él esperándola infaliblemente en casa, con una cafetera recién hecha, cuando ella volvía del trabajo. Los dos tomándose el café y charlando de cualquier cosa o, tal vez, sin decir nada, sencillamente sentados hasta que la cocina se quedaba en penumbra y sonaba el teléfono o el perro empezaba a quejarse para que lo sacaran. Pasear al perro por el depósito de agua. Volver y cenar lo que les apetecía, a veces nada, a veces lo mismo tres o cuatro días seguidos, viendo los programas de la tele que les gustaban y yéndose a la cama cuando querían y no porque lo quería otra persona. Sencillamente el hecho de estar los dos en su propia casa.

Phil Dove confundió tanto a su madre que ésta olvidó lo buena que era su vida. Se negaba a ver que lo estaba echando todo a perder.

—Tú terminarás yéndote, en cualquier caso —le decía ella—. Te irás el año que viene o el otro.

Lo que mostraba lo equivocada que estaba con respecto a él, porque él nunca la habría dejado, nunca, por nada del mundo. Pero cuando él decía esto, ella se reía como si supiera algo que él no sabía, como si él no hablara en serio. Pero él hablaba en serio. Hablaba en serio cuando le prometía que no se iría y hablaba en serio cuando prometía que nunca volvería a dirigirle la palabra si se casaba con Phil Dove.

Ella se casó. Miller se quedó en un motel esa noche y las dos siguientes, hasta que se le acabó el dinero. Entonces se alistó en el ejército. Sabía que eso iba a afectarla, porque todavía le faltaba un mes para terminar en el instituto y porque su padre había muerto estando en el ejército. No en Vietnam, sino en Georgia, en un accidente. Se le cayó encima el contenedor lleno de agua hirviendo en el que él y otro hombre estaban sumergiendo la loza del comedor. Miller tenía seis años por entonces. Después de eso, a la madre de Miller le entró un odio feroz por el ejército, no porque su marido hubiera muerto —ella sabía de la guerra a la que se iba él, sabía de las emboscadas y de los terrenos minados—, sino por la forma en que había sucedido. Decía que el

ejército ni siquiera logra que los hombres mueran de una forma digna.

Tenía razón, además. El ejército era exactamente tan malo como ella pensaba, o peor. Te pasabas todo el tiempo esperando. Llevabas una existencia completamente estúpida. Miller la detestaba, minuto a minuto, pero había cierto placer en ese odio porque pensaba que su madre debía de saber lo desgraciado que era. Y ese conocimiento le causaría un gran dolor. Nunca sería tanto, sin embargo, como el dolor que ella le había causado, un dolor que se expandía de su corazón a su estómago, a sus dientes y a todo el resto del cuerpo, pero era el peor dolor que él podía causarle y serviría para que ella lo tuviera siempre presente.

Kaiser y Lebowitz se describen uno al otro sus hamburguesas favoritas. Su idea de la hamburguesa perfecta. Miller intenta no escuchar, pero sus voces no desaparecen, y pasado un rato no puede pensar en nada más que en filetes de carne picada, tomate y mostaza y filetes de carne picada entrecruzados con las marcas de la plancha, humeantes, con cebolla dorada por encima. Está a punto de pedirles que cambien de tema cuando Kaiser se vuelve y dice:

—¿Qué? ¿Hay gusa?

—No sé —responde Miller—. Supongo que algo me entraría.

—Estábamos pensando en hacer una paradita. Pero si quieres que continuemos, no tienes más que decirlo. Tú eres el dueño de la situación. Quiero decir, técnicamente, se supone que tenemos que llevarte directamente a la base.

—Podría tomar algo —dice Miller.

—Así se hace. En momentos como éstos hay que conservar las fuerzas.

—Podría tomar algo —vuelve a decir Miller.

Lebowitz alza la vista al retrovisor, mueve la cabeza y vuelve a mirar a la carretera.

Toman el siguiente cambio de sentido y se dirigen tierra adentro hasta un cruce donde hay dos gasolineras enfrente de dos restaurantes. Uno de los restaurantes tiene los cierres echados, así que Lebowitz se mete en el aparcamiento del Dairy Queen, al otro lado de la carretera. Apaga el motor, y los tres hombres permanecen sentados, inmóviles en el repentino silencio. Entonces Miller oye a lo lejos el sonido de un metal golpeando otro metal, el graznido de un cuervo, el crujido de Kaiser rebulléndose en el asiento. Un perro ladra delante de un remolque medio oxidado aparcado al lado. Un perro flaco, blanco y con los ojos amarillos. Ladra y se rasca al mismo tiempo, levantando una pata temblorosa, contra un cartel que muestra la palma de una mano y bajo ésta la leyenda: CONOZCA SU FUTURO.

Se bajan del jeep y Miller cruza el aparcamiento detrás de Kaiser y Lebowitz. El aire es caliente y huele a combustible. En la gasolinera, al otro lado de la carretera, un hombre de piel rosada, en bañador, intenta hinchar las ruedas de una bicicleta, tirando de la goma y maldiciendo a voces. Miller mueve con la lengua el puente roto, lo

levanta ligeramente. Considera si debe intentar comerse una hamburguesa y decide que mientras tenga el cuidado de masticar con el otro lado no tiene por qué dolerle.

Pero le duele. Después de un par de bocados, Miller aparta su plato a un lado. Con la barbilla descansando en una mano, escucha a Lebowitz y a Kaiser discutir sobre si se puede de verdad predecir el futuro. Lebowitz habla de una chica que conocía que tenía poderes.

—Por ejemplo. Íbamos en el coche —dice—, y de pronto ella me decía exactamente lo que yo estaba pensando. Era increíble.

Kaiser se termina la hamburguesa y bebe un sorbo de leche.

—No es para tanto. Yo también podría. —Arrastra hasta su lado de la mesa la hamburguesa de Miller y le da un bocado.

—Pues venga —dice Lebowitz—. Inténtalo. No estoy pensando en lo que tú crees que estoy pensando.

—Sí, sí que lo estás.

—Ahora sí —dice Lebowitz—, pero antes no.

—Yo no dejaría que una vidente se me acercara siquiera —dice Miller—. Cuanto menos sepas, mejor estás, al menos así lo veo yo.

—Más filosofía casera de la cosecha privada de W.P. Miller —dice Lebowitz. Mira a Kaiser, que se está terminando la hamburguesa de Miller—. Venga, ¿por qué no? Yo estoy dispuesto, si tú quieres.

Kaiser mastica como un rumiante. Traga y se limpia los labios con la lengua.

—Pues sí —dice—. ¿Por qué no? Siempre que aquí al compañero no le importe.

—Importarme ¿qué? —pregunta Miller.

Lebowitz se levanta y se pone las gafas de sol.

—No te preocupes por Miller. Miller es un hombre tranquilo. Miller mantiene la cabeza sobre los hombros cuando a su alrededor todo el mundo ha perdido la suya.

Kaiser y Miller se levantan de la mesa y siguen a Lebowitz afuera. Lebowitz se inclina a la sombra de un contenedor y se limpia las botas con un pañuelo. Unas brillantes moscas azules revolotean a su alrededor.

—Importarme ¿qué? —repite Miller.

—Hemos pensado que vamos a probar esa vidente —le responde Kaiser.

Lebowitz se endereza y los tres cruzan el aparcamiento.

—En realidad yo casi preferiría que siguiéramos camino —dice Miller.

Cuando llegan al jeep se para, pero Lebowitz y Kaiser continúan.

—¡Eh, escuchad! Tengo que hacer muchas cosas —les dice sin que los otros se vuelvan—. Tengo que llegar a casa.

—Ya sabemos lo destrozado que estás —le dice Lebowitz, y sigue andando.

—No tardaremos nada —dice Kaiser.

El perro ladra una vez y luego, cuando ve que pretenden ponerse al alcance de sus

dientes, rodea el remolque corriendo. Lebowitz llama a la puerta. Ésta se abre y aparece una mujer de cara redonda con unos ojos oscuros y hundidos y unos labios carnosos. Tiene un ligero estrabismo; un ojo parece que está mirando algo situado a su lado, mientras que el otro mira a los tres soldados que están en la puerta. Tiene las manos cubiertas de harina. Es gitana; gitana de verdad. Es la primera vez que Miller ve gitanos de verdad, pero la reconoce como reconocería a un lobo si alguna vez se encontrara con uno. Su presencia le hace hervir la sangre en las venas. Si él viviera en este lugar, volvería por la noche con más hombres, gritando y con antorchas en la mano, y la echarían de allí.

—¿Está de servicio ahora? —pregunta Lebowitz.

Ella asiente, limpiándose las manos en la falda. Éstas dejan unos surcos blancos en el colorido *patchwork*.

—¿Los tres? —pregunta.

—¿Usted qué cree? —pregunta Kaiser. Habla en un tono extrañamente alto.

La mujer vuelve a asentir y su ojo sano pasa de Lebowitz a Kaiser y de Kaiser a Miller. Se queda mirando a este último, sonríe, arroja una sarta de palabras inconexas e incomprensibles, o tal vez un hechizo, como si esperara que Miller lo entendiera. Tiene uno de los dientes delanteros completamente negro.

—No —dice Miller—. Yo no, señora. Yo no. —Y niega con la cabeza.

—Pasen —dice la mujer poniéndose a un lado. Lebowitz y Kaiser suben los escalones y desaparecen en el interior del remolque—. Pase —repite. Y moviendo sus manos todavía blanquecinas de harina le hace un gesto para que entre.

Miller retrocede, sin dejar de agitar la cabeza.

—Déjeme —le dice a la mujer, y antes de que ésta pueda contestar se vuelve y se aleja.

Vuelve al jeep y se sienta al volante con las puertas abiertas para que entre el aire. Miller siente cómo el calor va absorbiendo la humedad de su ropa de faena. Huele a la lona mohosa del techo del jeep y a su cuerpo agrio. Al otro lado del parabrisas, que está cubierto de barro salvo por un par de sucios semicírculos situados en cada extremo, ve a tres chicos orinando solemnemente contra la pared de la gasolinera.

Miller se inclina para aflojarse las botas. Peleando con los cordones húmedos se le agolpa la sangre en la cara y su respiración se acelera.

—Joder con los cordones —dice—. Maldita lluvia.

Consigue deshacer los nudos y se sienta derecho, jadeando. Mira al remolque. Maldita gitana.

No puede creerse que esos dos idiotas hayan entrado de veras. Venga a largar y a hacer el tonto. Eso demuestra lo imbéciles que son, porque todo el mundo sabe que no se juega con los videntes. No hay forma de saber lo que podría decir un vidente, y una vez dicho ya no se puede impedir que suceda. Después de oír lo que te aguarda

ahí fuera, deja de estar ahí fuera, está aquí dentro. Para eso también podrías abrirle la puerta a un asesino.

El futuro. ¿Es que no sabía ya todo el mundo lo bastante del futuro sin tener que andar profundizando en los detalles? Sólo hay que saber una cosa sobre el futuro: todo va a peor. Sabido esto, lo sabes todo. Asusta pensar en los datos concretos.

Miller no tiene intención de pensar en los datos concretos. Se quita los calcetines empapados y se da un masaje en los pies, cuya blanca piel está completamente arrugada por la humedad. De vez en cuando alza la vista y mira al remolque, en donde la gitana está vaticinando el destino de Kaiser y Lebowitz. Miller canturrea unas notas. No pensará en el futuro.

Porque es verdad: todo va a peor. Un día estás sentado delante de tu casa metiendo palitos en un hormiguero, oyendo el tintineo de los cubiertos y las voces de tu madre y tu padre charlando en la cocina; y al día siguiente una de las voces ha desaparecido. Y no vuelves a oírla. El paso de hoy a mañana es una emboscada.

Da miedo pensar en lo que te aguarda. Miller ya tiene una úlcera, y las muelas llenas de agujeros. Su cuerpo ha empezado a avisarlo. ¿Qué pasará cuando tenga sesenta años? ¿O incluso dentro de cinco? Hace unos días, Miller vio en un restaurante a un tío de su edad, más o menos, en una silla de ruedas; una mujer le daba cucharadas de sopa mientras hablaba con las otras personas sentadas a la mesa. Las manos del chico descansaban enroscadas sobre su regazo, como un par de guantes que alguien hubiera dejado allí por descuido. El pantalón se le había subido casi hasta la rodilla, dejando ver una pierna pálida, inservible, con la carne pegada al hueso. Apenas podía mover la cabeza. La mujer que le daba de comer estaba demasiado entretenida charloteando con sus amigos y apenas reparaba en dónde metía la cuchara. La mitad de la sopa iba a parar a la camisa del chico. Éste tenía, sin embargo, unos ojos brillantes y una mirada alerta. Miller pensó: «Eso podría sucederme a mí».

Podías encontrarte estupendamente y de pronto un día, sin que hicieras nada especial, un fallo en la circulación sanguínea te afectaba una zona del cerebro. Dejándote así. Y si no te sucedía al instante, te acabaría sucediendo sin duda a la larga, lentamente. Ése era el fin al que estabas destinado.

Miller morirá un día. Lo sabe y se enorgullece de saberlo cuando todos los demás sólo fingen que lo saben, porque en secreto creen que vivirán para siempre. Pero ésa no es la razón por la que cree que no se puede pensar en el futuro. Hay algo todavía peor que eso, algo que no se debe tener en cuenta y que él no tendrá en cuenta.

No lo tendrá en cuenta. Miller se reclina en el asiento y cierra los ojos, pero todos sus esfuerzos por adormecerse fracasan; detrás de sus párpados está completamente espabilado, nervioso y triste, buscando en contra de su voluntad aquello que teme encontrar, hasta que no le sorprende encontrarlo. Una simple verdad. Su madre

también va a morir. Como él. Y no se puede saber cuándo. Miller no puede dar por supuesto que estará esperándolo para recibir su perdón cuando él finalmente decida que ya la ha hecho sufrir bastante.

Miller abre los ojos y mira las desnudas formas de los edificios al otro lado de la carretera, cuyos contornos se difuminan en la suciedad del parabrisas. Vuelve a cerrar los ojos. Oye su respiración y siente el dolor conocido, casi muscular, de saber que está fuera del alcance de su madre. Que se ha colocado donde su madre no puede verlo ni hablarle ni tocarlo de esa manera suya, poniéndole descuidadamente las manos en los hombros cuando pasa por detrás de donde está él sentado y le pregunta algo o sencillamente se para perdida en sus pensamientos. Se supone que ésta ha sido su forma de castigarla, pero en realidad se ha convertido en un castigo para él. Comprende que tiene que acabar con aquello. Lo está matando.

Tiene que acabar con aquello, y como si llevara todo aquel tiempo planeando ese día, Miller sabe exactamente lo que hará. En lugar de dirigirse a la Cruz Roja al llegar a la base, preparará su petate y cogerá el primer autobús de vuelta a casa. Nadie le culpará por ello. Ni siquiera cuando descubran el error que han cometido, porque es lo natural en un hijo afligido por la muerte de su madre. En lugar de castigarlo, probablemente le pedirán disculpas por haberle dado semejante susto.

Tomará el primer autobús, aunque no sea un exprés. Irá lleno de mexicanos y de soldados. Miller se sentará junto a una ventanilla y dormitará. De vez en cuando saldrá de sus ensoñaciones y contemplará las verdes colinas y la rica tierra de los sembrados y las estaciones en las que entra el autobús, unas estaciones envueltas en el humo de los tubos de escape y en el rugido de los motores, donde la gente al otro lado de la ventanilla le mirará atontada, como si también acabara de despertarse. Salinas. Vacaville. Red Bluff. Cuando llegue a Redding, Miller tomará un taxi. Le dirá al taxista que se pare en Schwartz y que le espere unos minutos mientras compra un ramo de flores, y luego continuará camino, bajando por Sutter hasta Serra, pasará por la discoteca, el instituto, la iglesia de los mormones. Torcerá a la derecha al llegar a Belmont. A la izquierda en Park. Inclinado entonces sobre el asiento delantero irá diciendo: «Un poco más allá, más allá, más allá, ahí, ésa de ahí es».

El sonido de las voces en el interior cuando llama al timbre. Se abre la puerta, las voces se acallan. ¿Quién es toda esta gente? Hombres de traje, mujeres con guantes blancos. Alguien tartamudea su nombre; le suena extraño, casi olvidado. W-W-Wesley. Una voz masculina. Miller está en el umbral, huele a perfume. Entonces alguien le saca las flores de la mano y las deja con las otras en la mesita. Vuelve a oír su nombre. Es Phil Dove viniendo hacia él desde el otro extremo de la habitación. Avanza despacio, con los brazos extendidos, como un ciego.

—Wesley —dice—. Gracias a Dios que ya has llegado.

Traducción de Pilar Vázquez

Valentía

Después de que todo terminara, Aldenburg se oyó a sí mismo decir que nunca se había considerado de esos hombres que saben qué hacer en una emergencia y que tampoco era particularmente valiente. Más bien había creído siempre todo lo contrario. Era una verdad que dolía pero era así. Los problemas de su vida privada lo debilitaban y no tenía agallas para hacer nada para cambiarlos, y además lo sabía, en el fondo, en ese nivel donde uno no puede enmascarar las cosas mediante la racionalización, la distracción o la bravata; tampoco mediante la bebida. De hecho, no habría sido capaz de llevar a cabo ninguna heroicidad si no hubiera pasado la noche sentado en el mismo bar en cuya puerta tuvo lugar el accidente.

El bar se llamaba Sam's. Por la noche el letrero de neón de Budweiser del escaparate era la única luz encendida en aquel extremo de la calle. Aldenburg se había quedado después de cerrar y la borrachera se le había pasado jugando al blackjack con monedas de un centavo en compañía de Mo Smith, el dueño, un señor muy agradable que había perdido a un hijo en la guerra del Golfo, estaba solo, tenía insomnio y agradecía la compañía.

Había sido un invierno muy triste: días grises y fríos como huesos, noches oscuras sin estrellas, tormentas de hielo incesantes y un viento que azotaba la faz del mundo como la desolación encarnada. Hablaron un poco de esto y de todas las aberraciones que los rodeaban. *Aberración* era una palabra de Smitty. La usaba en casi todos los contextos para referirse de forma imprecisa a las cosas que no podía entender o para las que no encontraba un nombre de inmediato. «Pásame esa… aberración de ahí, ¿quieres?», decía, refiriéndose a una jarra de agua. O decía: «La presidencia de Reagan fue una aberración», y a veces parecía que significaba lo mismo en todos los casos. A Smitty le gustaba sobre todo hablar del fin del mundo. Constantemente estaba encontrando indicios de la decadencia de todo, en todas partes donde miraba. Todo era una aberración.

A Aldenburg le gustaba escucharlo a veces, y si en alguna ocasión se empezaba a cansar de sus augurios tétricos simplemente dejaba de escucharlo. Aquella noche le dejó hablar sin hacerle mucho caso. Había estado luchando por llegar a fin de mes y por resolver los problemas de su matrimonio, sintiéndose deprimido la mayor parte del tiempo porque había tenido un matrimonio feliz e intentando resolverlo todo, aunque la verdad era que seguía portándose mal y resultaba obvio que no se esforzaba por resolver nada: volvía tarde a casa y le daba que pensar a su mujer.

Los problemas actuales tenían que ver principalmente con su cuñado, Cal, que había regresado de la gran victoria en la guerra del Golfo necesitando un bastón para

caminar. Ahora Cal vivía con ellos y la victoria no significaba gran cosa. Estaba completamente amargado. Había quedado herido en una explosión en Riyadh —los dos hombres que iban con él murieron en el acto— menos de una semana antes del final de las hostilidades y había tenido que pasar por tres operaciones quirúrgicas sucesivas y once meses de terapia en un hospital militar de Washington. Había perdido gran parte de la rodilla izquierda, parte del pie y el tobillo izquierdos y la terapia no le había servido de mucho. Iba a necesitar el bastón durante el resto de su vida. Ni siquiera tenía veinticinco años y ya caminaba como un hombre de ochenta, inclinado sobre el bastón y arrastrando la pierna mala.

La mujer de Aldenburg, Eva, no podía soportarlo, no soportaba el ruido ni la mera idea del bastón. Y mientras que Aldenburg opinaba que Cal tenía que salir y buscar algún trabajo, Eva parecía pensar que no había que pedirle nada. Aldenburg se sentía prácticamente un estorbo en su propia casa. Tenía más de cuarenta años y los aparentaba. Tenía problemas de espalda y los pies planos, y el dinero que sacaba vendiendo zapatos no bastaba para mantener a tres personas adultas, por no mencionar a los amigos de Cal que siempre estaban de visita: la mayoría amigos del instituto, donde Cal había sido la estrella cuando jugaba de *quarterback*. La novia de Cal, Diane, regentaba un pequeño salón de belleza en el pueblo y acababa de comprarse una casa que estaba reformando, así que también estaba siempre de visita. Parecía que nunca hubiera una parte de la casa donde uno pudiera estar solo. Y últimamente Eva había empezado a hacer insinuaciones a toda aquella gente acerca de las dificultades de su matrimonio: catorce años con Aldenburg sin tener hijos. Como si el hecho de que no hubieran tenido hijos fuera culpa de alguien.

Solamente Dios sabía lo que Eva contaba cuando él no estaba en casa.

Hacia el final de aquella larga noche Smitty dijo:

—Por supuesto, un hombre no pasa tanto tiempo en un bar si tiene un hogar feliz al que volver.

Aldenburg solamente tuvo que escuchar el final de la frase para saber que estaba hablando de él.

—Smitty —dijo—, a veces miro a mi alrededor y te juro que no sé cómo he llegado hasta aquí.

—Pensaba que habías venido andando —dijo Smitty.

Los dos se rieron.

Pasadas las tres de la mañana, Smitty hizo café y dejaron de beber. Un café fuerte y oscuro, para contrarrestar los efectos de la indulgencia nocturna, como decía Smitty. Había roto una vieja norma y también había bebido un montón de whisky. Cada vez resultaba más duro estar solo, dijo.

Aldenburg lo entendía.

—Aquella maldita aberración no duró lo bastante para crear ningún héroe por

debajo del rango de general —dijo Smitty—. Mi hijo fue un héroe.

—Es cierto —dijo Aldenburg—. Pero piensa en alguien como mi cuñado. El tipo está en un cruce mirando el paisaje y de pronto le explota un quemador de petróleo. ¿Me entiendes? El tipo está por la calle con un par de compañeros del parque de automóviles, hablando de fútbol, y plaf. Un accidente idiota.

—No creo que importe mucho la forma en que suceda —dijo Smitty, negando con la cabeza. A su hijo le habían disparado en el corazón.

—Lo siento, colega —le dijo Aldenburg.

—Mierda —dijo Smitty, se rascó el pescuezo y miró a otro lado.

En la ventana empezó a verse luz. Encima de la mesa barnizada a la que estaban sentados había un cenicero de metal abarrotado con los cigarrillos que se había fumado.

—¿Qué día es hoy, a todo esto? —preguntó Smitty.

—Viernes. Entro a trabajar a las once. Tengo una reunión de vendedores. No voy a dormir.

—Deberías quedarte ahí detrás e intentar dormir un poco.

Aldenburg se lo quedó mirando.

—¿Y tú cuándo duermes, por cierto?

—Echo alguna cabezada por las tardes —dijo Smitty—. Nunca mucho más que eso.

—Estoy hecho una mierda —le dijo Aldenburg—. Me duele el hígado. Creo que es el hígado.

—Ve adentro y duerme un rato.

—Me encontraré peor si lo hago.

Oyeron voces y portezuelas de coches cerrándose.

—Ah, oye —dijo Smitty—. He invitado a unos muchachos de la fábrica a que se pasen para tomar café y comerse unos huevos. —Fue a abrir la puerta, moviéndose despacio, como si le dolieran los huesos. Se le veía la curva de la columna vertebral por debajo de la camisa. Solamente tenía cincuenta y tres años.

Aldenburg se quedó en el reservado, con las cartas y el cenicero lleno delante. Encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia el techo, deseando haberse ido a casa. Entraron Brad y Billy Pardee con Ed Crewly. Los tres llevaban chaquetas de cazador y cajas de herramientas y el frío les daba un aspecto rubicundo y saludable. Brad tenía cuatro años más que Billy pero parecían gemelos, con el mismo pelo azabache, las narices chatas idénticas y los dientes blanquísimos. Ed Crewley había sido tiempo atrás el delantero que recibía los pases largos de Cal en los partidos del instituto; era un tipo alto y flaco, de brazos y piernas larguiruchos, de aspecto desgarbado pero ágil cuando se movía. Era uno de los que siempre estaban de visita en su casa desde que Cal había vuelto de la guerra. Cuando regresaba de la tienda por las noches,

Aldenburg se los encontraba a todos en su sala de estar, viendo un partido de baloncesto o alguna telecomedia, con todas las sillas ocupadas, cerveza y patatas fritas y una bandeja de queso para ellos, como si todavía durara la fiesta de bienvenida del héroe.

Nunca había tenido agallas para decir nada acerca de aquello. Alguna vez le había sugerido algo a su mujer pero ella no quería oír hablar del tema.

Ahora Brad se estaba jactando de que él, Billy y Ed habían llamado para decir que no iban a trabajar porque estaban enfermos. Estaban planeando ir en coche al monte a cazar aves. Billy se volvió y vio a Aldenburg sentado en el reservado.

—Eh, Gabriel —dijo—. Has llegado temprano, ¿no?

—Pues sí —le dijo Aldenburg, mirando de reojo a Smitty, cuya cara permaneció inexpresiva.

—Sentaos en la barra —les dijo Smitty—. Voy a freír el beicon. Serviros el café vosotros mismos.

—Anoche estuve en tu casa —dijo Crewly—. No te vi.

—Llegué bastante tarde, Ed.

—Me encantaría empezar el día con una cerveza —dijo Brad.

—A mí también —dijo su hermano. Tenían el fin de semana por delante y estaban eufóricos.

Smitty puso las cervezas en la barra.

—Me fui de tu casa bastante tarde —le dijo Ed Crewly a Aldenburg—. Eva supuso que estarías aquí.

—Anoche estuve aquí, Ed. Es verdad.

—Te quedaste hasta tarde, ¿eh? —Crewly tenía una cara adusta y deprimente y la nariz muy larga. Su piel era de un rojo oscuro, del color de la arcilla cocida.

Aldenburg negó con la cabeza, fumando su cigarrillo.

—Apuesto a que Gabriel se ha pasado la noche aquí —dijo Billy Pardee.

—Toda la noche —dijo Aldenburg sin mirarlos.

—Joder, Gabriel —dijo Brad Pardee—. ¿Y para qué pagas el alquiler?

Aldenburg se lo quedó mirando.

—Lo pago para mi mujer, mi cuñado y todos sus amigos.

Billy dejó su cerveza y sacudió la mano como si acabara de tocar algo muy caliente.

—¡Uau! —dijo—. Me parece que alguien acaba de soltar la cruda realidad. Me parece que huele a quemado.

Aldenburg los miró y deseó haberse ido a casa antes de que llegaran. Se había quedado por pura inercia.

—Problemas con su mujer —dijo Smitty. Estaba apoyado en el marco de la puerta para vigilar el beicon y sostenía un cigarrillo entre el índice y el pulgar, como

si fuera un puro. El humo se le arremolinaba delante de la cara y tenía un ojo guiñado. Lo más raro de Smitty era que siempre que tenía delante a aquellos tipos desaparecía todo rastro de su amabilidad genuina. Había algo en la adustez despreocupada de aquellos hombres que lo afectaba; cuando se juntaba con ellos parecía presidir las reuniones, como un observador o un científico, interesado pero sin involucrarse. Los otros actuaban para él; intentaban superarse mutuamente delante de él.

—Eh, Gabriel —dijo Brad Pardee—, venga. ¿Es verdad que has pasado la noche aquí?

—¿Vas a ir a trabajar hoy, Gabriel? —dijo Billy—. Necesito unas botas.

Aldenburg levantó su taza vacía de café, como si les ofreciera un brindis.

—Vendemos botas, en efecto.

—¿Qué estás bebiendo, Gabriel?

—Ya no hay nada —dijo Aldenburg—. Fuera lo que fuera.

—Tienes mal aspecto, colega. Tienes cara de sueño y muy mala pinta. —Billy se dirigió a los demás—. ¿Verdad que tiene mal aspecto?

Se estaban divirtiendo a su costa, tal como él podía prever que iban a hacer. Apagó su cigarrillo y encendió otro. Debido a que Ed Crewly pasaba un montón de tiempo en su casa, sabían muchas cosas de él y probablemente no le tenían mucho respeto, aunque tampoco le deseaban ningún mal. Todo era bastante amable. Cuando se levantó, moviéndose despacio, cruzó el bar hasta llegar a la barra y se sirvió un whisky, los demás reaccionaron como si hubiera llevado a cabo una proeza, silbando y aplaudiendo. Vio que Smitty se había ido a la cocina y lo sintió; por alguna razón quería tenerlo como público.

Lo miraron un momento mientras se bebía el whisky —casi con respeto— y luego se olvidaron de él. Smitty les trajo el desayuno y ellos se lo zamparon. Al cabo de unos minutos salieron por la puerta, riendo y llenos de energía. Como chavales saliendo de la escuela.

No hacía cinco minutos que se habían ido cuando tuvo lugar el accidente.

Había vuelto a la barra para servirse otro whisky, tras decidir que le daba igual los problemas que aquello pudiera causarle, incluyendo la pérdida de su empleo. Estaba pasando por delante de la puerta abierta, con el whisky en la mano, cuando un movimiento en el exterior le llamó la atención. Vio un autobús escolar acercándose lentamente desde la izquierda, con el sol matinal reflejándose en su superficie metálica de color amarillo anaranjado, y en el preciso instante en que Aldenburg estaba mirando aquel reflejo brillante, el autobús fue embestido de lado por un coche blanco y alargado que venía lanzado, un Cadillac. El Cadillac pareció surgir de la nada, como un misil, y se hundió en el costado del autobús con un estruendo terrible, un ruido de cristales rotos. Aldenburg dejó caer el vaso de whisky y salió corriendo al

frío de la calle, con el whisky chapoteándole en los ojos. En lo que pareció un abrir y cerrar de ojos llegó al espacio encharcado entre el morro aplastado del Cadillac y la portezuela del autobús, que debía de haberse abierto de golpe como resultado del choque; allí había una mujer joven tendida de espaldas, con medio cuerpo en la calle y los brazos extendidos como si hubiera dado un salto desde el asiento del conductor. Había algo atrozmente fuera de lugar en una mujer hermosa tirada en la calle de aquella forma. Aldenburg se encontró a sí mismo levantándola; se agachó sin pensarlo, reunió fuerzas, se la apoyó en las piernas y le pasó los brazos por debajo de los hombros. Le costó bastante no caerse él mismo de espaldas. De alguna forma había conseguido llegar allí y levantarla. En el escalón metálico que tenía delante vio a un niño tumbado sobre las pantorrillas de la mujer, con un brazo sobre los tobillos de ella, inconsciente, con el pelo oscuro ensangrentado y un temblor nervioso en el cuello y los hombros. Se oyó un gemido, luego un grito. Aldenburg sostuvo a la mujer, intentó dar un paso y recobrar el equilibrio. Ella lo miró de arriba abajo pero no pareció verlo.

—Tranquila —se oyó decir a sí mismo Aldenburg.

El niño ya no se movía. El grito se prolongó en otra parte del autobús. ¿Eran realmente gritos? Algo emitía un gemido agudo y terrible. Miró a la mujer y pensó, absurdamente, en el whisky que había bebido y en su aliento.

—¿Todo el mundo está bien? —gimió ella, pero no parecía que se estuviera dirigiendo a él.

Él hizo el gesto de levantarse y ella dijo: «No».

—Aguante —le dijo él—. La ayuda está en camino.

Pero la mujer ya no respiraba. Aldenburg notó el cambio. Pesaba demasiado para él. Aldenburg movió una pierna hacia atrás, retrocedió lentamente, alejándose del autobús, y todo el peso de la mujer recayó sobre él. Los pies de ella golpearon el escalón abollado, saliendo de debajo del brazo del niño, y cayeron con un ruido sordo sobre la acera. Aldenburg empezó a arrastrarla lejos de allí. Dio un paso tambaleante, luego otro, y por fin consiguió dejarla tendida sobre la calle. El suelo estaba frío y mojado y él se sacó la chaqueta, la dobló y se la puso debajo de la cabeza; luego se acordó de que tenía que levantarle los pies por el shock. Le levantó la cabeza con cuidado y le puso la chaqueta doblada debajo de los pies. Era como si ya no existiera nada ni nadie salvo aquella mujer y él, a cámara lenta. Y ella no respiraba.

—Se ha ido —dijo una voz desde alguna parte.

Era Smitty. Smitty se acercó al autobús pero de pronto retrocedió, renqueante. Algo se le había debilitado en las rodillas—. Hay fuego —dijo—. Dios mío, creo que va a explotar.

Aldenburg puso las manos sobre el pecho de la mujer con suavidad. Le daba miedo que pudiera tener los huesos del pecho rotos. Intentó apretar un poco pero

luego lo pensó mejor y se inclinó para insuflarle aire en la boca. De nuevo fue consciente de su aliento y se sintió como si estuviera actuando mal: de alguna forma estaba invadiendo la privacidad de la mujer. Vaciló, pero enseguida volvió a soplarle en la boca. No tuvo que hacerlo más que unas pocas veces antes de que ella empezara a respirar por su cuenta. Ella tragó saliva, lo miró a la cara y pareció que intentaba gritar. Pero estaba respirando.

—Está herida —le dijo Aldenburg—. Se va a poner bien.

—Los niños —dijo ella—. Cuatro…

—¿Puede respirar bien? —dijo él.

—¿Qué ha pasado? —Ella empezó a llorar.

—No se mueva —le dijo él—. No intente moverse.

—No —dijo ella.

Aldenburg se puso en pie. Se oyeron sirenas a lo lejos y le vino a la cabeza la idea un poco cruel de que probablemente se dirigieran a otro accidente en otra parte de la ciudad. Vio la cara de Smitty y comprendió que en aquel momento se encontraba solo y fascinantemente apartado de todo lo que había sido su vida hasta entonces.

—¡Llama a la ambulancia! —le gritó a Smitty.

—Va a explotar —dijo Smitty. Luego fue a la puerta del bar y entró.

Aldenburg se dirigió al espacio que quedaba entre el Cadillac, con el radiador humeante y los fluidos derramados, y el autobús, en donde el niño yacía sobre un charco cada vez más grande de sangre junto a la puerta abierta. Allí había un hombre de pie con las manos extendidas como si tuviera miedo de tocar algo.

—Fuego —dijo el hombre. Tenía una herida en la frente y parecía perplejo. Aldenburg comprendió que era el conductor del Cadillac. Olía a alcohol.

—Apártese de en medio —dijo Aldenburg.

Del interior del autobús salió un grito. Sí que eran gritos. Vio un niño en una de las ventanillas, con la cara llena de cortes y sangrando. Se asomó a la portezuela del coche y miró la cara del niño, de aquel niño. Tenía los ojos cerrados. Parecía dormido.

—¿Hijo? —dijo Aldenburg—. ¿Me oyes?

No hubo respuesta. Pero respiraba. Aldenburg se quitó la camisa, la usó para tapar la hemorragia y el niño abrió los ojos.

—Eh —dijo Aldenburg.

Los ojos lo miraron.

—¿Has visto en la vida una cara tan fea? —Siempre le decía lo mismo a los hijos de los demás cuando se lo quedaban mirando. Empezó a sacar al niño de la portezuela y a alejarlo de las llamas.

—¿Dónde te duele?

—En todas partes.

Las sirenas sonaron más alto. El niño empezó a llorar.

—Tengo miedo —dijo. Tenía una línea de sangre alrededor de la boca.

El asiento del conductor estaba ardiendo. Todo el autobús estaba ardiendo. El humo se elevaba hacia el cielo. Había llamas sobre la superficie del combustible vertido en la calle. Llevó al niño unos metros por la calle y las sirenas parecieron sonar más alto, como si estuvieran más cerca. Pero el tiempo se había detenido. Era el único que se estaba moviendo. Estaba lleno de vida, pletórico de energía. El ruido se alejó y Aldenburg se metió de nuevo en el autobús, arrastrándose por el suelo. El interior estaba demasiado caliente para tocarlo. El calor y el humo lo dejaron sin aliento y lo marearon. Había más niños en el suelo, y entre los asientos y debajo de los asientos, un enredo de brazos y piernas. De alguna forma, uno detrás de otro, consiguió sacarlos a todos en medio de la lenta intensidad del incendio. No había lugar para pensar ni para decidir. Continuó regresando hasta que no quedó nadie en el autobús. Lo había vaciado y los paneles de asientos quedaron ardiendo lentamente. Las ambulancias y las patrullas de rescate empezaron a llegar.

Se había acabado.

Tenían las llamas bajo control aunque el humo continuaba elevándose hacia el cielo gris y Aldenburg no tenía la sensación de haber llegado al final. Tenía la impresión de llevar allí todo el día y al mismo tiempo todo no parecía haber durado más que unos segundos: había sido una misma acción continua, iniciada cuando dejó caer el vaso de whisky al suelo en el bar de Smitty y salió corriendo…

Después se sentó en el bordillo junto a la mujer joven, la conductora, allí donde los enfermeros la habían colocado para atenderla. Aldenburg se sentó con una pierna extendida, la otra rodilla doblada y el brazo apoyado en ella, en la postura de un hombre satisfecho de su trabajo. Se daba cuenta de que la gente lo estaba mirando.

—Ya sé que se supone que no hay que moverlos —le dijo a los enfermeros—, pero dadas las circunstancias…

Nadie contestó. Estaban ocupados con los heridos, como tenía que ser. Se quedó sentado mirándolos y luego miró cómo el autobús continuaba humeando. Lo habían cubierto con una especie de espuma. Vio que tenía ampollas en el dorso de las manos y zonas oscurecidas donde el fuego y la ceniza le habían dejado marcas. En un momento dado la mujer lo miró y parpadeó. Él sonrió y la saludó con la mano. Era absurdo y volvió a sentir que lo era.

—Lo siento —dijo.

Pero no lo sentía. No estaba triste. Se puso en pie y dos hombres de la cadena de televisión se le acercaron, deseosos de hablar, deseosos de saber qué había pensado al arriesgar su vida por salvar a aquellos niños y a la conductora, todos los cuales habrían muerto sin duda por culpa del humo tóxico o quemados. Era cierto. Aldenburg se dio cuenta de que era cierto. Allí estaba el autobús carbonizado; les

llegaba el olor acre de sus restos. Los bomberos seguían rociándolo y los agentes de policía mantenían a una distancia segura a la multitud que se estaba congregando. Estaban llegando más ambulancias y empezaron a llevarse a los heridos. Le pareció ver una o dos camillas tapadas con sábanas, los muertos.

—¿Cuántos muertos? —preguntó. Se quedó mirando la cara de un extraño con blazer y corbata roja—. ¿Cuántos?

—Ninguno —dijo la cara—. Por lo menos todavía. Algunos están en situación crítica.

—¿La conductora?

—Es la que está peor.

—Había dejado de respirar. Yo la he hecho respirar otra vez.

—Le han puesto respiración asistida. Sus constantes vitales están mejorando. Parece que vivirá.

Había dos camiones de la televisión y todo el mundo quería hablar con Aldenburg. Smitty les había dicho que se había arriesgado pese a la explosión y el fuego. Él, Gabriel Aldenburg.

—Sí —dijo Aldenburg en respuesta a sus preguntas— Gabriel. Se escribe exactamente igual que el ángel, señor. Sí. Aldenburg. Aldenburg. —Se lo deletreó—. Vendedor de zapatos. Sí. ¿Cómo es que yo estaba aquí? Bueno, yo…

Se quedaron todos sosteniendo los micrófonos en su dirección. Las cámaras estaban grabando.

¿Sí?

—Bueno, yo estaba… estaba ahí dentro —dijo, señalando la puerta del bar de Smitty—. He llegado temprano para desayunar.

Detrás de la gente de las televisiones había más hombres escribiendo en cuadernos.

—No —dijo—. Esperen un momento. Es mentira.

Ahora todos lo estaban mirando.

—Seguid grabando —dijo uno de los hombres de la televisión.

—He pasado la noche ahí. Últimamente he pasado muchas noches ahí.

Silencio. Nada más que el ruido de las bombas de incendios funcionando perezosamente, y luego otra ambulancia se detuvo y envió su aullido al cielo ennegrecido de la ciudad.

—Las cosas no me van muy bien en casa —dijo. Y luego empezó a contarlo todo: que se sentía mal en su casa, el desánimo constante que había tenido que afrontar. Le contó a todo el mundo que nunca se había considerado una persona con muchas agallas. Se oyó a sí mismo usar esa palabra.

Los hombres de los cuadernos habían dejado de escribir. La gente de la televisión se limitaba a mirarlo.

—Lo siento —les dijo—. No me sentía bien diciéndoles una mentira.

Nadie dijo nada durante lo que pareció un rato largo.

—Bueno —dijo—. Supongo que eso es todo. —Miró más allá de los micrófonos y las cámaras, en dirección a la multitud que se aglomeraba en aquella parte de la calle. Vio a Smitty, que le saludó con la cabeza, y luego la gente de las televisiones empezó otra vez. Querían saber qué había sentido al entrar en el autobús en llamas. ¿Pensó que estaba arriesgando su vida?

—No ardía tanto —les dijo—. De veras. Solamente había humo.

—¿Le han contado quién conducía el Cadillac? —preguntó uno de ellos.

—No, señor.

—Wilson Bolin, el presentador de las noticias de la televisión.

A Aldenburg el nombre le resultaba familiar.

—¿Está herido?

—Magulladuras y cortes sin importancia.

—Muy bien. —Tenía la extraña sensación de estar hablando en medio de la nada, de que sus palabras se perdían en el vacío. Le llegaron voces del remolino de caras. Se sentía mareado y ahora se lo estaban llevando a otra parte de la calle. Un médico le tomó la presión sanguínea y alguien más, una mujer, empezó a ponerle en la mejilla un líquido que escocía.

—Es superficial —le dijo la mujer al médico—. Casi todo son manchas.

—Oigan, ¿puedo irme ya? —les preguntó Aldenburg.

No. Le tomaron su nombre. Le hicieron toda clase de preguntas: a qué se dedicaba, de dónde venía, acerca de su familia. Les dijo todo lo que querían saber. Se sentó en el asiento trasero de un coche y respondió a las preguntas, contándolo todo otra vez, y se preguntó qué le debía de suceder a un hombre que presentaba las noticias y que iba conduciendo borracho a las siete de la mañana. Dijo que sentía cierta afinidad con el señor Bolin, y vio que dos mujeres entre las muchas personas que lo estaban escuchando intercambiaban una mirada divertida.

—Miren, no soy un niño ni nada parecido —dijo hoscamente—. No estoy aquí para divertirlos ni para hacerles reír. Hoy he hecho algo bueno. Algo que no haría todo el mundo…, que no haría mucha gente.

Por fin fue con más periodistas a la parte trasera de un camión de la televisión y respondió a más preguntas. Dijo la verdad con justeza, tal como él la percibía, porque era imposible no hacerlo.

—¿Por qué cree que lo ha hecho? —le preguntó un hombre.

—Tal vez porque llevo toda la noche bebiendo.

—No lo dice en serio.

—He sido muy infeliz —le dijo Aldenburg—. Tal vez solamente sentí que no tenía nada que perder. —Resultaba liberador poder hablar así de aquellas cosas, ser

libre para soltarlo. Era como si se le estuviera elevando el alma. Un peso que la había estado oprimiendo se había ido volando por el cielo junto con el humo del autobús en llamas. Se sentía preciso y claro por dentro.

—Fue un acto de valentía impresionante, señor.

—Tal vez. No lo sé. Si no hubiera sido yo, habría sido otro. —Tocó el hombro del individuo, experimentando una oleada de generosidad y afecto hacia él.

No fue a trabajar y se marchó a casa. Iba a ser un día soleado y luminoso. Sintió la punzada de un viejo optimismo, cierta conciencia que había poseído años atrás, de joven, de todas las posibilidades maravillosas de la vida; como cuando él y Eva se casaron y él regresó caminando a casa de su primer trabajo a jornada completa, en la fábrica, un hombre casado, satisfecho de cómo le estaba yendo la vida, preguntándose qué iban a hacer él y Eva por la noche, feliz de imaginar que lo iban a decidir juntos. Caminó deprisa y cuando estuvo al lado de casa miró el reflejo de la luz en las ventanas y se sintió feliz. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan ligero por dentro.

Su cuñado estaba en el sofá de la sala de estar, rodeado de revistas. A Cal le gustaban las fotos de *Life* y los artículos de *Sport*. Los coleccionaba. Tenía números antiguos hasta de 1950. Desde que volvió del Golfo, Eva había visitado las tiendas de anticuario del condado y unas cuantas casas de subastas para conseguirle más ejemplares antiguos, pero no había tenido mucha suerte.

—¿Qué te ha pasado? —dijo Cal cuando Aldenburg entró—. ¿Dónde has estado?

—¿Dónde has estado *tú*, colega? —le preguntó Aldenburg—. ¿Has salido para algo?

—Sí. He corrido la milla. ¿Qué te ha dado? ¿Por qué estás tan gallito de pronto?

—Ninguna entrevista de trabajo, ¿no?

—Ya sabes dónde te las puedes meter, Gabriel.

—Simple curiosidad.

—Oh, qué atrevido. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Fue hasta el espejo de la repisa de la chimenea. Le sorprendió encontrarse la misma cara de siempre. Se limpió una mancha de color de hollín que tenía en la barbilla.

—Mierda.

—¿Te has metido en una pelea o algo así?

—Sí —dijo Aldenburg—. Soy un tipo duro.

La novia de Cal, Diane, apareció en la entrada del comedor.

—Oh —dijo—. Estás en casa.

—¿Dónde está Eva? —le preguntó Aldenburg a Cal. Luego miró a Diane. Era pelirroja y llevaba el pelo corto como un chico, tenía pecas y los ojos verdes. Tenía la cara de alguien acostumbrado a salirse con la suya.

—¿Dónde has estado *tú* toda la noche? —dijo ella—. Como si no lo supiera.

—En lo alto de la montaña —le dijo Aldenburg—. Respirando aire enrarecido.

—Gabriel —dijo ella—. Estás raro.

—¿Estás segura de que te quieres casar con Cal?

—No seas mezquino.

—¿Qué coño es esto? —dijo Cal, mirándolo—. Si tienes algún problema, Gabriel, a lo mejor tendrías que soltarlo.

—Hoy precisamente no tengo un solo problema en el mundo —le dijo Aldenburg.

—Aquí pasa algo. ¿Qué está pasando?

Aldenburg no le hizo caso y recorrió la casa llamando a su mujer. Eva estaba en el dormitorio, sentada ante su tocador y maquillándose.

—Sigue así —dijo ella—. Vas a perder el trabajo.

—Me han querido dar el día libre —dijo él—. En realidad, estaban orgullosos de dármelo.

Ella se volvió y se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa?

—¿Ves algo?

—Ya vale.

—¿Pero ves algo?

Ella se dio media vuelta y miró el espejo.

—Gabriel, no tengo tiempo para juegos.

—Esto es serio.

Ella no dijo nada y siguió concentrada en lo que estaba haciendo.

—¿Me has oído?

—Te he oído —dijo ella después de un momento.

—¿Y bien?

Ahora ella lo miró a él.

—Gabriel, ¿qué demonios es esto?

—¿Quieres ver la tele un momento? —dijo él.

—¿De qué estás hablando? Mírate. ¿Te has metido en una pelea?

—He pasado una mala noche —dijo él.

—Eso ya lo veo.

—Mírame a los ojos.

Diane apareció en el umbral de la habitación.

—Cal y yo nos vamos a mi casa. Creo que nos quedaremos a pasar la noche allí.

—Una idea maravillosa —dijo Aldenburg.

Diane sonrió y se marchó.

Eva se lo quedó mirando.

—Mírame a los ojos en serio —él se acercó.

—Hueles como una destilería —dijo ella—. Estás borracho.

—No —dijo él—. No estoy borracho. ¿Sabes qué ha pasado?

—Llevas bebiendo desde anoche hasta ahora.

—Escúchame.

Su mujer lo miró. Aldenburg se había alejado un poco de ella.

—¿Qué? —dijo ella.

—Hoy he salvado vidas humanas. —Sintió que lo conmovía la verdad de lo que estaba diciendo. Por primera vez se paró a pensarlo y se hizo una idea razonable de lo sucedido. Sonrió a su mujer.

—Qué —dijo ella.

—No me has oído —le dijo él—. ¿Has oído lo que te he dicho?

—Gabriel —dijo Eva—. He estado pensando. Otra vez. He tenido toda la noche para pensar. He pensado mucho, Gabriel.

Él esperó.

—Deja de sonreír así. Esto no es fácil. —Ella tomó aliento—. Voy a decirlo tal cual, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo él.

—Me… me separo de ti.

Aldenburg miró las manos de su mujer, el espejo donde se veían su espalda y sus hombros, el suelo con las sombras proyectadas por las ventanas llenas de luz.

—Diane tiene sitio para mí en su casa. Y desde allí puedo buscar otro sitio. Cuando ella y Cal se casen…

Aldenburg esperó.

—Es una decisión que tendría que haber tomado hace mucho tiempo —dijo su mujer.

—No lo entiendo —dijo él.

—¿No me has estado escuchando?

—¿Y *tú* a mí? —dijo él—. ¿No has oído lo que te he dicho?

—Oh, *venga*, Gabriel, esto es serio.

—Te lo estoy diciendo, ha pasado de *verdad* —gritó él.

—Gabriel… —empezó ella.

Volvió a la sala de estar; Cal y Diane estaban sentados en su sofá. Diane había encendido la televisión y estaban viendo un concurso. No lo miraron cuando entró. Sabían de qué habían estado hablando y percibían lo extraño de la situación. Fue a la puerta y miró la calle. El sol se había ido. Había grupos de nubarrones negros al este. Aldenburg se dirigió a ellos:

—Pensaba que os ibais a tu casa —le dijo a Diane. Apenas podía controlar su voz.

—Y nos vamos. En cuanto Cal termine de ver este programa.

—¿Por qué no os vais ahora?

—¿Por qué no te preocupas de tus propios problemas?

—Fuera —dijo Aldenburg—. Los dos.

Cal se levantó y cogió su bastón. Aldenburg apagó la tele, luego se quedó junto a la puerta mientras ellos salían.

—Escucha, por si te importa —le dijo Cal—, yo me opuse.

Aldenburg asintió con la cabeza pero no dijo nada.

Cuando se hubieron marchado él volvió al dormitorio. Eva se había acostado en la cama. Él se sentó al otro lado, dándole la espalda. De pronto se sentía muy cansado y mareado.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? —dijo ella.

—¿Acaso te importa lo más mínimo? —dijo él.

—Gabriel, ya sabías que esto iba a pasar…

Él se puso en pie y se quitó la camisa. Notaba las quemaduras en los brazos. Le dolía todo. Entró en el baño y se lavó la cara y las manos. Luego se cepilló los dientes. En el dormitorio, Eva permanecía tumbada muy quieta. Él apartó las mantas de su lado de la cama.

—No estoy durmiendo —dijo ella—. Voy a salir dentro de un minuto.

Aldenburg se sentó en el borde de la cama y se imaginó a sí mismo llegando a casa con la noticia de lo que había hecho, como si fuera un premio. Lo que la gente vería aquella noche en la tele, si es que todavía podían ver algo, sería a Aldenburg contando lo infeliz que era su vida en casa. No, aquello lo cortarían. La idea le hizo reír.

—¿Qué? —dijo ella—. No me parece que nada de esto sea divertido.

Él negó con la cabeza e intentó recobrar el aliento.

—¿Gabriel? ¿Qué te hace gracia?

—Nada —consiguió decir—. Olvídalo. De veras. Es demasiado ridículo para mencionarlo.

Él se acostó. Estuvieron un rato sin decir nada.

—Nos irá mejor a los dos —dijo ella—. Ya lo verás.

Aldenburg cerró los ojos e intentó recuperar la sensación de importancia que había tenido mientras tanteaba por el suelo del autobús escolar en llamas. Llevaba mucho tiempo sin dormir. Notaba un zumbido grave en los oídos y ahora la voz de su mujer parecía llegarle desde muy lejos.

—Es por el bien de todos —dijo ella—. Si lo piensas de verdad, verás que tengo razón.

De repente, Aldenburg sintió una oleada tremenda de ansiedad. La tranquilidad y la firmeza evidente de ella le causaron un pánico tremendo. Se sintió muy despierto. Cuando se levantó para encender el pequeño televisor portátil, ella dejó escapar una débil exclamación de sorpresa. Se sentó en el borde de la cama, accionando el mando

del televisor y cambiando de canal.

—¿Qué haces? —murmuró ella—. ¿Es que no has oído nada?

—Escucha —le dijo él—. No hables. Quiero que veas algo.

—Gabriel.

—Espera —dijo él, oyendo el temblor de su propia voz—. Mierda, Eva. Por favor. Solamente un minuto. Lo darán dentro de un minuto. Un minuto, ¿vale? ¿Qué es un puñetero minuto? —Siguió cambiando de canal, pero en ninguno daban noticias. Todo eran dibujos animados y programas matinales de difusión nacional—. ¿Dónde está? —dijo—. ¿Dónde coño está?

—Gabriel, ya basta —dijo su mujer—. Me estás asustando.

—¿Asustándote? —dijo él—. ¿Asustándote? Espera un minuto. Tú mira lo que van a dar. Te prometo que te vas a alegrar.

—Escucha, no va a cambiar nada —dijo ella, empezando a llorar.

—Espera —dijo él—. Lo va a cambiar todo.

—No escucha… Basta…

Él se puso en pie y le cogió los brazos por encima de los codos. Le parecía terrible que ella también quisiera quitarle aquello.

—Escucha —dijo—. Quiero que veas esto, Eva. Quiero que *veas* con quién te casaste. Quiero que *sepas* quién te mantiene a ti y al puñetero héroe de tu hermano. —Cuando se dio cuenta de que la estaba zarandeando y cogiéndola demasiado fuerte la soltó. Ella se sentó en la cama, llorando, con las manos sujetándose el cuello de una forma extraña:

—No puedo… —No le salían las palabras—. Gabriel…

—Eva —dijo él—. No quería… Escucha, lo siento. Eh, yo… Soy el bueno, cariño. De veras. No te lo vas a creer.

—Sí —ella asintió brevemente. El vio miedo en sus ojos.

—Solamente quería que vieras una cosa —dijo él, sentándose junto a ella, deseoso de arreglar de alguna forma aquello, aquel nuevo problema. Pero entonces se dio cuenta de lo mucho que su mujer se había alejado de él. De pronto se sintió fuera de lugar, casi ridículo. Se dio cuenta de que iba a tener que seguir siendo el mismo de siempre. Se puso en pie y el dolor de huesos le hizo estremecerse. Apagó la televisión. Ella todavía estaba sorbiéndose la nariz, sentada allí y mirándolo.

—¿Qué? —dijo ella. Era casi un desafío.

Aldenburg no encontró fuerzas para responder. Extendió un brazo y le tocó el hombro, muy suavemente para que ella entendiera que no importaba lo que hiciera o dijera, no debía tenerle miedo.

Traducción de Javier Calvo

TIM O’BRIAN

Las cosas que llevaban

El teniente Jimmy Cross llevaba cartas de una joven llamada Martha, estudiante de tercer año en el Mount Sebastian College de Nueva Jersey. No eran cartas de amor, pero el teniente Cross no perdía las esperanzas, así que las guardaba dobladas y envueltas en plástico en el fondo de la mochila. Al caer la tarde, después de un día de marcha, cavaba su pozo de tirador, se lavaba las manos bajo una cantimplora, desenvolvía las cartas, las sostenía con las puntas de los dedos y se pasaba la última hora de luz cortejándola. Imaginaba románticas acampadas en las Montañas Blancas de New Hampshire. A veces saboreaba la solapa engomada de los sobres, porque su lengua había estado allí. Por encima de todo, deseaba que Martha lo amara como él la amaba, pero sus cartas, por lo general animadas, eludían todo lo que tuviera que ver con el amor. La muchacha era virgen, Cross estaba casi seguro. Estudiaba inglés en Mount Sebastian, y escribía de un modo hermoso sobre los profesores y las compañeras de cuarto y los exámenes semestrales, sobre el respeto que sentía por Chaucer y el gran afecto que le inspiraba Virginia Woolf. Citaba versos con frecuencia; nunca mencionaba la guerra, salvo para decir: «Jimmy, cuídate». Las cartas pesaban trescientos gramos. Estaban firmadas «con amor, Martha», pero el teniente Cross comprendía que «amor» era sólo un modo de despedirse y no significaba lo que él a veces quería creer. Cuando empezaba a caer la noche, devolvía las cartas con cuidado a la mochila. Lentamente, un poco distraído, se levantaba y deambulaba entre sus hombres revisando las posiciones; después, en plena oscuridad, regresaba a su pozo y vigilaba la noche mientras se preguntaba si Martha sería virgen.

Las cosas que llevaban eran determinadas, en general, por la necesidad. Entre las indispensables o casi indispensables estaban abrelatas P-38, navajas de bolsillo, pastillas para encender fuego, relojes de pulsera, placas de identificación, repelente contra los mosquitos, chicle, caramelos, cigarrillos, tabletas de sal, paquetes de Kool-Aid, encendedores, fósforos, aguja e hilo de coser, certificados de pago de haberes militares, raciones de campaña y dos o tres cantimploras de agua. En conjunto estos objetos pesaban entre cinco y siete kilos, dependiendo de los hábitos de cada hombre o de su metabolismo. Henry Dobbins, que era corpulento, llevaba raciones suplementarias; le gustaba en especial el melocotón en almíbar espeso mezclado con bizcocho desmenuzado. Dave Jensen, que no descuidaba la higiene ni en campaña, llevaba un cepillo de dientes, hilo dental y varias pastillas pequeñas de jabón que había robado de los hoteles cuando estuvo de permiso en Sydney, Australia. Ted Lavender, que no se quitaba el miedo de encima, llevaba tranquilizantes hasta que le

pegaron un tiro en la cabeza en las afueras de la aldea de Than Khe a mediados de abril. Por necesidad, y porque lo mandaban las ordenanzas, todos llevaban cascos de acero que pesaban más de dos kilos incluyendo el forro y la cubierta de camuflaje. Llevaban las guerreras y los pantalones de faena de reglamento. Muy pocos llevaban ropa interior. En los pies llevaban botas para la jungla —casi un kilo—, y Dave Jensen llevaba tres pares de calcetines y una lata de polvos desinfectantes del Dr. Scholl como precaución contra el pie de trinchera. Hasta que le pegaron el tiro, Ted Lavender llevaba doscientos gramos de droga de la mejor calidad, que para él era una necesidad. Mitchell Sanders, el radio, llevaba condones. Norman Bowker, un diario. El Rata Kiley llevaba tebeos. Kiowa, bautista devoto, llevaba un Nuevo Testamento ilustrado que le había regalado su padre, que daba clases en una escuela dominical de Oklahoma City. Como defensa contra tiempos difíciles, sin embargo, Kiowa también llevaba la desconfianza de su abuela hacia el hombre blanco y la vieja hacha de caza de su abuelo. La necesidad imponía que llevaran más cosas. Como el terreno estaba minado y lleno de trampas, era obligatorio que cada hombre llevara chaleco antibalas de flejes de acero forrados de nailon, que pesaba dos kilos y medio, pero que en días calurosos parecía mucho más pesado. Debido a la rapidez con que podía llegarle la muerte, cada hombre llevaba al menos una gran venda-compresa, por lo común en la badana del casco para tenerla bien a mano. Debido a que las noches eran frías, y a que los monzones eran húmedos, cada uno llevaba un poncho de plástico verde que podía usarse como impermeable, como colchoneta o como tienda improvisada. Con el forro acolchado, el poncho pesaba cerca de un kilo, pero valía su peso en oro. En abril, por ejemplo, cuando le pegaron el tiro a Ted Lavender, usaron su poncho para envolverlo en él, después para transportarlo a través de los arrozales y por fin para alzarlo hasta el helicóptero que se lo llevó.

Los llamaban quintos o reclutas.

Llevar algo era cargarlo sobre sí, como cuando el teniente Jimmy Cross cargaba su amor por Martha colinas arriba y a través de los pantanos. En forma intransitiva, cargar significa tomar sobre sí o sostener, pero las obligaciones y las responsabilidades que llevaba implícitas iban mucho más allá de la intransitividad.

Casi todos cargaban con fotografías. En la cartera, el teniente Cross llevaba dos fotografías de Martha. La primera era una instantánea en color dedicada «con amor», aunque él no se hacía ilusiones. Martha estaba de pie contra una pared de ladrillo. Sus ojos, que miraban directamente a la cámara, eran grises y apagados, y tenía los labios levemente abiertos. Por la noche, a veces, el teniente Cross se preguntaba quién habría tomado la foto, porque sabía que Martha había salido con chicos, porque la amaba tanto, y porque podía ver la sombra del fotógrafo deformada contra la pared de ladrillo. La segunda fotografía había sido recortada del anuario de 1968 de Mount Sebastian. Era una toma en movimiento —voleibol femenino— y Martha estaba

inclinada horizontalmente respecto al suelo, estirándose, con las palmas de las manos en primer término, la lengua fuera, la expresión franca y llena de espíritu de competición. No parecía sudar. Llevaba shorts blancos de gimnasia. Aquellas piernas, pensaba Cross, eran casi con seguridad las piernas de una virgen, secas y sin vello; la rodilla izquierda estaba rígida y soportaba todo el peso de Martha, que era poco más de cuarenta kilos. El teniente Cross recordaba haber tocado aquella rodilla izquierda. Fue en un cine a oscuras, recordó, y la película era *Bonnie and Clyde*, y Martha llevaba una falda de tweed, y durante la escena final, cuando le tocó la rodilla, se volvió y le dirigió una mirada compungida y solemne que le hizo retirar la mano, pero siempre recordaría el tacto de la falda de tweed y de la rodilla debajo de ella, y el sonido de los disparos que mataban a Bonnie y Clyde, qué embarazoso fue aquello, qué lento y opresivo. Recordaba haberse despedido de ella con un beso en la puerta del dormitorio estudiantil. En aquel preciso momento, pensaba, debería haber hecho algo valeroso. Debería haberla llevado en brazos hasta su cuarto y debería haberla atado a la cama y debería haberle tocado la rodilla izquierda toda la noche. Debería haberse arriesgado. Cada vez que miraba las fotografías, se le ocurrían nuevas cosas que debería haber hecho.

Lo que llevaban dependía en parte de su graduación y en parte de su especialidad en el campo de batalla.

Como teniente y jefe de un pelotón, Jimmy Cross llevaba una brújula, mapas, códigos para descifrar claves, prismáticos y una pistola del calibre 45 que pesaba más de un kilo cargada. Llevaba una lámpara estroboscópica y cargaba sobre sí la responsabilidad de la vida de sus hombres.

Como radio, Mitchell Sanders llevaba la emisora PRC-25, que pesaba como un muerto: casi diez kilos con la batería.

Como sanitario, el Rata Kiley llevaba un talego de lona lleno de morfina y plasma y tabletas contra la malaria y esparadrapo y tebeos y todas las cosas que un sanitario debe llevar, incluyendo remedios contra heridas especialmente graves, con un peso total de casi nueve kilos.

Como hombre corpulento, y por lo tanto encargado de la ametralladora, Henry Dobbins llevaba la M-60, que pesaba doce kilos descargada, pero que casi siempre iba cargada. Además, Dobbins llevaba entre cuatro y seis kilos de munición en cintas arrolladas alrededor del pecho y los hombros.

Como la mayoría de ellos eran soldados rasos, llevaban el fusil de asalto M-16 accionado por toma de gases. El arma pesaba poco más de tres kilos descargada y cerca de tres kilos y medio con el cargador de veinte proyectiles. Dependiendo de factores múltiples, como la topografía y la psicología, los soldados llevaban entre doce y veinte cargadores, por lo común en cartucheras de lona, lo que representaba de tres kilos y medio a cinco kilos más. Si disponían de él, también llevaban el equipo

de mantenimiento del M-16 —baquetas y cepillos de púas de acero, trapos y tubos de aceite LSA—, todo lo cual pesaba cerca de medio kilo. Algunos soldados llevaban el lanzagranadas M-79: dos kilos y medio descargado, un arma razonablemente liviana, salvo por la munición, que era pesada. Cada proyectil pesaba más de trescientos gramos. Pero Ted Lavender, que estaba asustado, llevaba treinta y cuatro proyectiles cuando le pegaron un tiro y lo mataron en las afueras de Than Khe, y se desplomó bajo un peso excepcional: más de nueve kilos de munición, más el chaleco antibalas y el casco y las raciones de agua y el papel higiénico y los tranquilizantes y todo lo demás; y además el miedo, imposible de pesar. Se vino abajo. No hubo crispaciones ni sacudidas. Kiowa, que vio cómo pasaba, dijo que fue igual que el desplome de una roca o una gran bolsa de arena, o algo por el estilo: sólo ¡pum!, después, abajo —no como en las películas, en las que el moribundo se contorsiona y hace posturitas e incluso alguna pirueta; nada de eso, dijo Kiowa, el pobre hombre sólo cayó como un plomo. ¡Pum! Abajo. Nada más. Era una mañana radiante de mediados de abril. El teniente Cross sintió dolor y se culpó de lo ocurrido. Despojaron a Lavender de la cantimplora y la munición, y el Rata Kiley dijo lo que todos sabían: «¡Está muerto!», y Mitchell Sanders usó la radio para informar de que un soldado americano había muerto en combate y pedir un helicóptero. Después envolvieron a Lavender en su poncho. Lo llevaron a un arrozal seco, pusieron centinelas y se sentaron a fumar la droga del muerto hasta que llegó el helicóptero. El teniente Cross permaneció apartado. Imaginó el rostro joven y terso de Martha, y pensó que la amaba más que a nada, más que a sus hombres, y ahora Ted Lavender había muerto porque la amaba tanto que no podía dejar de pensar en ella. Cuando llegó el helicóptero, subieron a Lavender a bordo. Después incendiaron Than Khe. Marcharon hasta el atardecer, y entonces cavaron sus pozos, y aquella noche Kiowa no paró de explicar que había que verlo para creerlo, con qué rapidez ocurrió todo, cómo el pobre hombre se desplomó igual que un saco. «¡Pum!, abajo», decía. Igual que un saco.

Además de las tres armas comunes —el M-60, el M-16 y el M-79— llevaban lo que se presentara, o lo que pareciera apropiado para matar o para seguir vivo. Llevaban lo que hubiera a mano. En diversas épocas, en diversas situaciones, llevaron M-14 y CAR-15 y K suecos y subfusiles, y AK-47 y Chi-Coms y carabinas Simonov capturadas, y Uzis del mercado negro y revólveres Smith & Wesson del calibre 38, y LAW de 66 mm y escopetas, y silenciadores y cachiporras y bayonetas, y explosivo plástico C-4. Lee Strunk llevaba una honda; un arma de la que echar mano como último recurso, decía. Mitchell Sanders, manoplas de bronce. Kiowa llevaba el hacha emplumada de su abuelo. Uno de cada tres o cuatro hombres llevaba una mina Claymore: un kilo y medio con la espoleta. Todos llevaban granadas de mano: cuatrocientos treinta y cinco gramos cada una. Todos llevaban al menos un bote M-18 de humo coloreado: setecientos cincuenta gramos. Algunos llevaban granadas de gas

lacrimógeno. Algunos llevaban granadas de fósforo blanco. Llevaban todo lo que podían soportar y un poco más, incluyendo un silencioso temor por el terrible poder de las cosas que llevaban.

En la primera semana de abril, antes de que Lavender muriera, el teniente Jimmy Cross recibió un amuleto que le envió Martha para que tuviera buena suerte. Era un simple guijarro, que pesaba treinta gramos como máximo. Suave al tacto, era de color blanco lechoso con pintas anaranjadas y violetas, y ovalado, como un huevo en miniatura. En la carta que lo acompañaba, Martha escribía que había encontrado el guijarro en la costa de Jersey, exactamente donde la tierra y el agua se tocaban en la marea alta, donde las cosas se unían pero también se separaban. Era esa cualidad de estar separados y a la vez juntos, escribía, lo que la había inspirado a recoger el guijarro y llevarlo durante varios días en el bolsillo del pecho, donde no parecía tener peso, y después a enviarlo por correo aéreo, como muestra de sus más sinceros sentimientos hacia él. Al teniente Cross esto le pareció romántico. Pero se preguntaba cuáles eran, exactamente, los más sinceros sentimientos de Martha, y qué quería decir al hablar de separados y a la vez juntos. Le hubiera gustado saber cómo eran las olas y las mareas en la costa de Jersey aquella tarde en que Martha vio el guijarro y se inclinó a rescatarlo de la geología. En su imaginación veía pies descalzos. Martha era poetisa, y tenía la sensibilidad de la poetisa, y sus pies tenían que ser morenos y estar descalzos, con las uñas de los dedos sin pintar, helados y sombríos como el océano en marzo, y aunque era doloroso, se preguntó quién habría estado con ella aquella tarde. Veía un par de sombras moviéndose por la faja de arena donde las cosas se unían pero también se separaban. Eran celos de un fantasma, lo sabía, pero no podía evitarlo. ¡La amaba tanto! Mientras iban de marcha, durante aquellos tórridos días de principios de abril, llevó el guijarro en la boca, haciéndolo girar con la lengua, paladeando su sabor a sal marina y humedad. Su mente se dispersaba. Le resultaba difícil concentrar su atención en la guerra. A veces les aullaba a sus hombres que abrieran la columna, que estuvieran ojo avizor, pero después volvía a soñar despierto que caminaba con los pies descalzos por la costa de Jersey, con Martha, sin que nada cargara sobre sus hombros. Sentía que se elevaba. Sol y olas y vientos suaves, todo amor y delicadeza.

Lo que llevaban variaba según la misión.

Cuando una misión los encaminaba a las montañas, llevaban mosquiteros, machetes, lona embreada y matarratas, todo el matarratas que podían.

Si una misión parecía especialmente arriesgada, o si tenía que ver con un sitio que sabían que era peligroso, llevaban todo lo que podían. En ciertos terrenos muy minados, donde la tierra estaba sembrada de artefactos mortíferos, se turnaban para llevar el detector de minas, de casi quince kilos de peso. Con los auriculares y la gran placa sensible, el equipo constituía un tormento para la espalda y los hombros, era

difícil de maniobrar, y a menudo resultaba inútil debido a la metralla dispersa en la tierra, pero lo llevaban de todos modos, en parte por seguridad, en parte por la ilusión de seguridad.

Para tender emboscadas, o en otras misiones nocturnas, llevaban chucherías peculiares. Kiowa siempre llevaba el Nuevo Testamento y un par de mocasines, por el silencio. Dave Jensen llevaba vitaminas con alto contenido en carotina, para favorecer la visión nocturna. Lee Strunk llevaba su honda; la munición, decía, nunca sería problema. El Rata Kiley llevaba coñac y caramelos. Hasta que le pegaron un tiro, Ted Lavender llevaba el periscopio, para ver a la luz de las estrellas, que pesaba casi tres kilos con el estuche de aluminio. Henry Dobbins llevaba unas medias de su novia alrededor del cuello como una bufanda. Todos llevaban fantasmas. Cuando llegaba la oscuridad, se movían en fila india a través de las praderas y los arrozales hasta las coordenadas de la emboscada, donde colocaban en silencio las Claymores y se tendían a pasar la noche esperando.

Otras misiones eran más complicadas y exigían equipo especial. A mediados de abril, la que les tocó fue inspeccionar y destruir los intrincados complejos de túneles en la zona de Than Khe, al sur de Chu Lai. Para volar los túneles, llevaban bloques de medio kilo de pentrita, un potente explosivo, cuatro bloques por hombre, treinta y cuatro kilos entre todos. Llevaban cables, detonadores y explosores alimentados por batería. Dave Jensen llevaba tapones para los oídos. Muy a menudo, antes de volar los túneles, el alto mando les daba la orden de inspeccionarlos, lo que era considerado un mal asunto, pero por lo general se encogían de hombros y cumplían las órdenes. A causa de su corpulencia, Henry Dobbins estaba exento de trabajo en el túnel. Los otros lo echaban a suertes. Antes de que Lavender muriera había diecisiete hombres en el pelotón, y quien sacaba el número diecisiete se quitaba el equipo y se arrastraba con la cabeza por delante llevando una linterna y la pistola del calibre 45 del teniente Cross. El resto se desplegaba como medida de seguridad. Se sentaban o arrodillaban, sin mirar el agujero, prestando atención a los sonidos procedentes del suelo bajo sus pies, imaginando telarañas y fantasmas, lo que hubiera allá dentro, cómo se estrechaban las paredes del túnel, cómo la linterna parecía cada vez más pesada en la mano, cómo la visión del túnel parecía comprimirlo todo, incluso el tiempo, cómo había que avanzar culebreando con el culo y los codos, cómo te invadía la sensación de que te tragaban y cómo empezabas a preocuparte por cosas raras: ¿Se agotaría la linterna? ¿Tendrían la rabia las ratas? Si gritabas, ¿hasta dónde llegaría el sonido? ¿Lo oirían tus camaradas? ¿Tendrían el coraje de entrar a sacarte? En algunos sentidos, aunque no muchos, la espera era peor que el propio túnel. La imaginación era una asesina.

El 16 de abril, cuando Lee Strunk sacó el número diecisiete, se rió y murmuró algo y bajó con rapidez. La mañana era calurosa y muy quieta. «Mal asunto», dijo

Kiowa. Miró la abertura del túnel, y después, a través de un arrozal seco, contempló la aldea de Than Khe. Nada se movía. No había nubes, ni pájaros, ni gente. Mientras esperaban, los hombres fumaban y tomaban Koo-Aid, casi sin hablar, sintiendo simpatía por Lee Strunk pero también agradeciendo su buena suerte en el sorteo. «Unas veces ganas, otras pierdes», dijo Mitchell Sanders, «y si llueve, y se suspende el partido, te conformas con que tu entrada sea válida el día que se vuelva a disputar.» Era un chiste viejo y nadie se rió.

Henry Dobbins comía una barra de chocolate. Ted Lavender se echó un tranquilizante a la boca y se fue a mear.

Pasados cinco minutos, el teniente Jimmy Cross se acercó al túnel, se inclinó y examinó la oscuridad. Problemas, pensó; tal vez un derrumbe. Y de pronto, sin desearlo, estaba pensando en Martha. Las tensiones y fracturas, el rápido desmoronamiento, los dos enterrados vivos bajo todo aquel peso. Un amor denso, aplastante. Arrodillado, mirando el agujero, trató de concentrarse en Lee Strunk y la guerra, en todos los peligros, pero su amor era demasiado para él, se sentía paralizado, quería dormir dentro de los pulmones de Martha y respirar su sangre y sentirse calmado. Quería que ella fuera virgen y no lo fuera, todo a la vez. Quería conocerla. Secretos íntimos: ¿Por qué la poesía? ¿Por qué tanta tristeza? ¿Por qué aquel matiz gris en sus ojos? ¿Por qué estaba tan sola? No solitaria; simplemente, sola: yendo en bicicleta por el campus universitario o sentada en la cafetería…, incluso bailando, estaba sola… y era esa soledad lo que lo llenaba de amor. Recordó que se lo había dicho una tarde. Y cómo asintió ella y apartó la mirada. Y cómo, más tarde, cuando la besó, recibió el beso sin devolverlo, con los ojos muy abiertos, sin miedo, no con los ojos de una virgen, sino inanimados y distantes.

El teniente Cross miraba el túnel. Pero no estaba allí. Estaba enterrado con Martha bajo la blanca arena de la costa de Jersey. Estaban muy juntos, y el guijarro en su boca era la lengua de la joven. Cross sonreía. Era vagamente consciente de lo quieto que estaba el día y de los sombríos arrozales, y sin embargo no conseguía preocuparse por las cuestiones de seguridad. Estaba más allá de eso. No era más que un chico enamorado que estaba en la guerra. Tenía veinticuatro años. No podía evitarlo.

Unos instantes después, Lee Strunk se arrastró fuera del túnel. Salió sonriendo, sucio pero vivo. El teniente Cross le saludó con un movimiento de cabeza y cerró los ojos mientras los demás daban palmadas en la espalda a Strunk y bromeaban sobre los que volvían de entre los muertos.

—¡Gusanos! —dijo el Rata Kiley—. ¡Recién salidos de la tumba! ¡Jodido zombi!

Los hombres se rieron; todos sentían gran alivio.

—¡De vuelta de la ciudad del miedo! —dijo Mitchell Sanders.

Lee Strunk emitió un alegre sonido espectral, una especie de gemido, aunque muy

feliz, y en ese exacto momento, cuando de la boca de Strunk salió aquel sonido agudo y quejumbroso, cuando hizo «¡Buuu!», exactamente entonces, Ted Lavender recibió un tiro en la cabeza mientras regresaba de mear. Estaba tendido con la boca abierta. Tenía los dientes rotos. Había una quemadura hinchada y negra bajo su ojo izquierdo. El pómulo había desaparecido.

—¡Oh, mierda! —dijo el Rata Kiley—, este hombre ha muerto. Este hombre ha muerto —siguió diciendo, en tono grave—, este hombre ha muerto. Quiero decir que la ha diñado, en serio.

Las cosas que llevaban estaban determinadas hasta cierto punto por la superstición. El teniente Cross llevaba su guijarro de la buena suerte. Dave Jensen llevaba una pata de conejo. Norman Bowker, por lo demás una persona muy amable, llevaba un pulgar que le había regalado Mitchell Sanders. El pulgar era pardo oscuro, gomoso al tacto, y pesaba cuarenta gramos como máximo. Se lo habían cortado al cadáver de un vietcong, un muchacho de quince o dieciséis años. Lo encontraron en el fondo de una acequia, con graves quemaduras y moscas en la boca y los ojos. El muchacho llevaba shorts negros y sandalias. En el momento de la muerte también llevaba una bolsita de arroz, un fusil y tres cargadores llenos.

—Si queréis mi opinión —dijo Mitchell Sanders—, aquí hay una moraleja muy clara.

Cogió con la mano la muñeca del muchacho muerto. Se quedó quieto un momento, como si le tomara el pulso, después le dio unas palmaditas en el estómago, casi con afecto, y empleó el hacha de Kiowa para quitarle el pulgar.

Henry Dobbins preguntó cuál era la moraleja.

—¿La moraleja?

—Ya sabes. La *moraleja*.

Sanders envolvió el pulgar en papel higiénico y se lo tendió a Norman Bowker. No había sangre. Sonriendo, pateó la cabeza del muchacho, miró cómo se dispersaban las moscas y dijo:

—Es como en aquel viejo programa de la tele: Paladín. Con revólver, viajarás.

Henry Dobbins lo pensó.

—Sí, bueno —dijo al fin—. No veo la moraleja.

—¡Ahí *está*, hombre!

—¡Vete a la mierda!

Llevaban papel, sobres, lápices y estilográficas que les proporcionaba el Ejército. Llevaban imperdibles, bengalas, cohetes de señales, rollos de alambre, hojas de afeitar, tabaco para mascar, llevaban varillas de incienso y sonrientes estatuillas de Buda que habían arrebatado al enemigo, llevaban velas, lápices pastel, banderas con barras y estrellas, cortaúñas, folletos con consejos sanitarios, sombreros, machetes y

mucho más. Dos veces por semana, cuando llegaban los helicópteros de abastecimiento, llevaban rancho caliente en marmitas verdes y holgadas bolsas de lona llenas de cervezas y gaseosas heladas. Llevaban bidones de plástico con agua, que tenían una capacidad de nueve litros. Mitchell Sanders llevaba un uniforme de camuflaje almidonado para ocasiones especiales. Henry Dobbins llevaba insecticida Black Flag. Dave Jensen llevaba sacos terreros vacíos que podían ser llenados por las noches para mayor protección. Lee Strunk llevaba loción bronceadora. Algunas cosas las llevaban en común. Se turnaban para llevar la potente emisora PRC-77 para enviar mensajes cifrados, que pesaba quince kilos con la batería. Compartían el peso de los recuerdos. Cargaban lo que otros ya no podían soportar. A menudo, se llevaban unos a otros, heridos o débiles. Llevaban infecciones. Llevaban juegos de ajedrez, pelotas de baloncesto, diccionarios vietnamita-inglés, divisas para indicar la graduación, condecoraciones como la Estrella de Bronce o el Corazón de Púrpura, tarjetas de plástico que llevaban impreso el Código de Conducta. Llevaban enfermedades, entre ellas la malaria y la disentería. Llevaban liendres y tiña, y sanguijuelas y algas de arrozal, y diversas clases de hongos y musgos. Llevaban la propia tierra —el Vietnam, el país, el suelo—, un fino polvo rojo-anaranjado que les cubría las botas y los uniformes y las caras. Llevaban el cielo. La atmósfera entera llevaban: la humedad, los monzones, el hedor del musgo y la putrefacción, todo; llevaban la gravedad. Marchaban como las mulas. A la luz del día soportaban el fuego de los francotiradores, por la noche el de los morteros, pero no era una batalla, sino sólo una marcha sin fin, de aldea en aldea, sin propósito, sin nada que perder ni ganar. Marchaban sólo por marchar. Avanzaban con pasos pesados, lentamente, aturdidos, inclinados hacia delante contra el calor, sin pensar, simples acumulaciones de sangre y huesos, simples soldados rasos que hacían la guerra con las piernas, afanándose colina arriba y bajando hacia los arrozales y cruzando los ríos y volviendo a subir y bajar, siempre marchando, un paso y después el siguiente y después otro, pero sin volición, sin voluntad, porque era algo automático, era pura anatomía, y la guerra se reducía por entero a una cuestión de actitud y porte personal; la marcha lo era todo, una especie de inercia o de vacío, un oscurecimiento del deseo y el intelecto y la conciencia y la esperanza y la sensibilidad humanas. Llevaban los principios en los pies. Sus cálculos eran biológicos. No tenían el menor sentido de la estrategia o la misión. Registraban las aldeas sin saber qué buscar, al desgaire, pateando los recipientes llenos de arroz, cacheando a niños y ancianos, haciendo volar túneles, a veces incendiando y a veces no, para formar después y pasar a la próxima aldea, y luego a otras aldeas, donde siempre ocurría lo mismo. Llevaban sus propias vidas. Las presiones eran enormes. En el calor del comienzo de la tarde se quitaban los cascos y las guerreras y caminaban descalzos, lo que era peligroso pero ayudaba a aflojar la tensión. A menudo descartaban cosas a lo largo de la marcha. Puramente

por comodidad, tiraban raciones de campaña, hacían estallar las Claymores y las granadas; no importaba, porque al caer la noche los helicópteros de abastecimiento llegaban con más, y un día o dos después con más aún, sandías y cajas de munición y gafas de sol y jerséis de lana. Los recursos eran asombrosos: fuegos artificiales para el Cuatro de Julio, huevos coloreados por Pascua; era el gran ajuar de guerra norteamericano: los frutos de la ciencia, las chimeneas fabriles, las industrias conserveras, los arsenales de Hartford, los bosques de Minnesota, los talleres mecánicos, los vastos campos de maíz y de trigo… Iban cargados como trenes de mercancías, lo llevaban sobre la espalda y los hombros, y a pesar de todas las ambigüedades de Vietnam, de todos los misterios y cosas desconocidas, al menos les quedaba una permanente seguridad: la de que nunca les faltarían cosas que llevar.

Después que el helicóptero se llevó a Lavender, el teniente Jimmy Cross condujo a sus hombres a la aldea de Than Khe. Lo quemaron todo. Mataron a los pollos y a los perros, cegaron el pozo, dieron aviso a la artillería y contemplaron sus devastadores efectos, luego marcharon durante varias horas a través de la tarde cálida, y después, al amanecer, mientras Kiowa explicaba cómo había muerto Lavender, el teniente Cross advirtió que temblaba.

Trató de no llorar. Con la zapa, que pesaba dos kilos y cuarto, empezó a cavar un agujero en la tierra.

Sentía vergüenza. Se odiaba a sí mismo. Había amado a Martha más que a sus hombres, y como consecuencia Lavender ahora estaba muerto, y eso era algo que debería llevar como una piedra en el estómago el resto de la guerra.

Todo lo que podía hacer era cavar. Empleaba la zapa como un hacha, tajando, sintiendo a la vez amor y odio, y más tarde, cuando era noche cerrada, se quedó sentado en el fondo de su pozo de tirador y lloró. Lo hizo durante largo rato. En parte, sentía pena por Ted Lavender, pero sobre todo era por Martha, y también por él, porque ella pertenecía a otro mundo, que no era del todo real, y porque era una estudiante en el Mount Sebastian College de Nueva Jersey, una poetisa y una virgen y alguien que permanecía al margen de aquello, y porque se daba cuenta de que no lo amaba y nunca lo amaría.

—Como un saco —susurró Kiowa en la oscuridad—. Lo juro por Dios: ¡pum!, abajo. Ni una palabra.

—Ya lo oí —dijo Norman Bowker.

—Una putada, ¿sabes? Todavía se estaba subiendo la cremallera. Ni tiempo de subírsela le dieron.

—De acuerdo, está bien. Ya basta.

—Sí, pero tendríais que haberlo visto, el tipo sólo…

—Te *oí*, hombre. Como un saco. ¿Por qué coño no te *callas*?

Kiowa sacudió la cabeza tristemente y miró de reojo el pozo donde el teniente Jimmy Cross estaba sentado contemplando la noche. El aire era denso y húmedo. Una niebla cálida y espesa se había asentado sobre los arrozales y se sentía la quietud que precedía a la lluvia.

Después de un rato, Kiowa suspiró.

—Una cosa es evidente —dijo—. El teniente está muy afectado. Quiero decir ese llanto…, el modo como se lo tomó…, no fue fingido ni nada, una pena honda, en serio. Al hombre le ha afectado.

—Seguro —dijo Norman Bowker.

—Digas lo que digas, al hombre le ha afectado.

—Todos tenemos problemas.

—Lavender no.

—No, supongo que no —dijo Bowker— Hazme un favor, ¿quieres?

—¿Callarme?

—Eres un indio listo. ¡Cállate!

Kiowa se encogió de hombros y se quitó las botas. Quería decir algo más, sólo para quedarse más tranquilo, pero en cambio abrió el Nuevo Testamento y se lo acomodó bajo la cabeza como almohada. La niebla hacía que las cosas parecieran huecas y desprendidas. Trató de no pensar en Ted Lavender, pero no pudo evitar recordar con qué rapidez había ocurrido todo, y de qué modo tan sencillo: se desplomó muerto, y pensó que era penoso no sentir más que sorpresa. Parecía poco cristiano. Deseaba poder sentir una gran tristeza, o incluso ira, pero por más vueltas que le diera no experimentaba ninguna emoción. Por encima de todo, se sentía complacido de estar vivo. Le gustaba el olor del Nuevo Testamento bajo la mejilla, el cuero y la tinta y el papel y la cola, fueran cuales fuesen los productos químicos. Le gustaba oír los sonidos de la noche. Incluso la fatiga le parecía espléndida, la rigidez de los músculos y la conciencia punzante del propio cuerpo, un sentimiento de flotación. Disfrutaba de no estar muerto. Tendido en el suelo, Kiowa admiró la capacidad del teniente Jimmy Cross para la pena. Quería compartir el dolor de aquel hombre, deseaba que le afectara como afectaba a Jimmy Cross. Y sin embargo, cuando cerraba los ojos, lo único que podía sentir era el placer de haberse quitado las botas y la niebla enroscándose alrededor de él y el suelo húmedo y los olores de la Biblia y el consuelo acolchado de la noche.

Después Norman Bowker se irguió en la oscuridad.

—¡Por todos los santos! —dijo—. Si quieres hablar, *habla*. Suéltalo todo.

—Olvídalo.

—¡Venga, hombre! Si hay algo que odio, es un indio silencioso.

Por lo general, se llevaban a sí mismos con compostura, con una especie de dignidad. De vez en cuando, sin embargo, había momentos de pánico, cuando chillaban o

deseaban chillar pero no podían, cuando se retorcían y soltaban gemidos y se cubrían la cabeza y decían: «¡Dios mío!», y se arrastraban por la tierra y disparaban las armas a ciegas y se encogían y sollozaban y rogaban que cesara aquel estruendo y enloquecían y hacían promesas estúpidas a sí mismos y a Dios y a sus madres y a sus padres, esperando no morir. De modos distintos, les pasaba a todos. Después, cuando el fuego terminaba, parpadeaban y espiaban hacia arriba. Se palpaban el cuerpo, avergonzados, tratando de pasar inadvertidos. Haciendo un esfuerzo, se ponían en pie. Como a cámara lenta, fotograma tras fotograma, el mundo volvía a su vieja rutina: el silencio absoluto, luego el viento, después la luz del sol, más tarde voces. Era la carga de estar vivos. Con gestos torpes, los hombres se reunían, primero en privado, después en grupos, convirtiéndose otra vez en soldados. Reparaban las filtraciones de sus ojos. Verificaban las bajas, llamaban a los helicópteros, encendían cigarrillos, trataban de sonreír, se aclaraban la garganta y escupían y empezaban a limpiar las armas. Después de un tiempo alguien sacudía la cabeza y decía: «Por poco me cago en los pantalones, de veras», y alguno de los que lo oían se echaba a reír, lo cual significaba que habían estado apurados, sin duda, pero que el tío aquel no se había cagado en los pantalones, porque tampoco había sido para tanto, y en todo caso nadie que hubiera hecho tal cosa hablaría después de ello. Entrecerraban los ojos en la luz solar densa, opresiva. Por unos instantes, quizá se quedaban en silencio, encendían un porro y observaban cómo pasaba de hombre en hombre, inhalando, reteniendo la humillación. «Ha sido jodido», decía tal vez uno de ellos. Pero entonces cualquier otro sonreía o alzaba las cejas y decía: «Joder, casi me han abierto un agujero nuevo en el culo, *casi*!».

Había muchas poses como ésa. Algunos se comportaban con una especie de ansiosa resignación, otros con orgullo o con rígida disciplina militar o con buen humor o con celo machista. Temían morir, pero les daba aún más miedo demostrarlo.

Siempre encontraban motivos para inventarse chistes.

Empleaban un vocabulario duro para no parecer blandos.

Quemado, decían. *Despanzurrado, liquidado, no tuvo tiempo ni de subirse la cremallera*. No era crueldad, sólo sentido escénico. Eran actores. Cuando alguien moría, era como si no muriera del todo, porque aquello parecía seguir un misterioso guión, y porque casi habían aprendido de memoria su papel, en el que la ironía se mezclaba con la tragedia, y porque llamaban a la Muerte con otros nombres, como para enquistar y destruir su intrínseca realidad. Pateaban los cadáveres. Cortaban pulgares. Hablaban en jerga de soldado. Contaban historias sobre la provisión de tranquilizantes de Ted Lavender, acerca de que el pobre hombre no sintió nada, sobre lo increíblemente tranquilo que estaba.

—Hay una moraleja aquí —dijo Mitchell Sanders.

Estaban esperando el helicóptero para Lavender, fumando la droga del muerto.

—La moraleja es bastante obvia —dijo Sanders, y guiñó un ojo—. Hay que mantenerse apartado de las drogas. En serio, en cualquier momento te arruinan el día.

—Muy agudo —dijo Henry Dobbins.

—Te joden la mente, ¿lo entendéis? Empiezas a decir chorradas. No te queda nada, sólo sangre y sesos.

Tuvieron que hacer un esfuerzo para reírse.

Eso es todo, decían. Una y otra vez —eso es todo, amigo mío, eso es todo—, como si la propia repetición fuera una manifestación de compostura, de equilibrio entre estar loco y casi loco, sabiendo que eso es todo significaba tomarse las cosas con calma y dar tiempo al tiempo, porque no puedes cambiar lo que no se puede cambiar, eso es todo, eso es absoluta y positiva y jodidamente *todo*.

Eran duros.

Llevaban todo el bagaje de emociones de los hombres que podían morir. Pena, terror, amor, añoranza: eran cosas intangibles, pero aun siendo intangibles tenían una masa y una gravedad específica propias, tenían un peso tangible. Llevaban recuerdos vergonzosos. Llevaban el secreto compartido de la cobardía apenas contenida, el instinto de correr o quedarse paralizados o esconderse, y en muchos sentidos ésa era la carga más pesada de todas, porque nunca podían desprenderse de ella y exigía un equilibrio y una postura perfectos. Llevaban sus reputaciones. Llevaban el temor más grande del soldado, que es el temor a ruborizarse. Los hombres mataban y morían porque les daba vergüenza no hacerlo. Era lo que los había llevado a la guerra en primer lugar, nada positivo, ningún sueño de gloria u honor, sino sólo evitar el rubor del deshonor. Morían para no morirse de vergüenza. Se arrastraban dentro de túneles y avanzaban en cuña y soportaban el fuego enemigo. Cada mañana, a pesar de lo desconocido que podía esperarlos, obligaban a sus piernas a moverse. Aguantaban. Seguían cargando. No se sometían a la alternativa obvia, que era, sencillamente, cerrar los ojos y derrumbarse. Algo muy fácil. Aflojar los músculos y tropezar y caerte al suelo y quedarte despatarrado y no hablar y no moverte hasta que los compañeros te alzaban y te metían en el helicóptero que rugía y hundía la nariz y te devolvía al mundo. Todo se reducía a dejarse caer y, sin embargo, nadie se dejaba caer nunca. No era coraje, exactamente; la razón última no era el valor. Más bien estaban demasiado asustados para ser cobardes.

En términos generales, no exteriorizaban estos sentimientos y mantenían la máscara de la compostura. Se burlaban cuando el corneta llamaba a reconocimiento médico. Hablaban con amargura de los tipos que se habían librado disparándose un tiro en los dedos de los pies o las manos. Maricas, decían. Hominicacos. Eran palabras feroces, burlonas, con apenas un rastro de envidia o de respeto, pero incluso así aquella imagen jugueteaba detrás de sus ojos.

Imaginaban el cañón contra la carne. ¡Era tan fácil! Apretar el gatillo y

destrozarse un dedo del pie. Lo imaginaban. Imaginaban el dolor rápido, dulce, la evacuación al Japón, el hospital con cálidas camas y bonitas geishas enfermeras.

Y soñaban con pájaros de libertad.

Por la noche, de guardia, con los ojos clavados en la oscuridad, eran llevados lejos por reactores jumbo. Sentían el tirón del despegue. *¡Arriba!*, aullaban. Y después la velocidad —alas y motores; una azafata sonriente—, pero era algo más que un avión, era un ave auténtica, un gran pájaro plateado y liso con plumas y espolones y un chirrido agudo. Estaban volando. Los pesos caían; no había nada que cargar. Reían y contenían el aliento, sintiendo el frío bofetón del viento y la altura, elevándose, pensando *¡Terminó, me fui!*; estaban desnudos, eran livianos y libres, todo era levedad, brillo y velocidad y vivacidad, eran livianos como la luz y sentían un zumbido de helio en el cerebro y un burbujeo mareante en los pulmones cuando se alzaban por encima de las nubes y la guerra, más allá del deber, más allá de la gravedad y la mortificación y la confrontación global. *¡Sin loi!*, aullaban. *Lo siento, hijos de puta, pero me libré, me lo estoy pasando en grande, viajo en un crucero espacial, ¡me largué!* Era una sensación de descanso y falta de preocupaciones, de cabalgar sobre las olas ligeras y de navegar en el gran pájaro plateado de la libertad por encima de las montañas y los océanos, por encima de América, por encima de las granjas y las grandes ciudades dormidas y los cementerios y las autopistas y los arcos dorados de McDonald’s; era un vuelo, una especie de huida, una especie de caída, una caída cada vez desde más alto, subiendo en espiral desde el borde de la tierra, más allá del sol, a través del enorme, silencioso vacío donde no había cargas y donde todo pesaba exactamente nada. *¡Me fui!*, gritaban. *¡Lo siento, pero me fui!* Y así por la noche, sin soñar del todo, los soldados se entregaban a la levedad, eran llevados, eran pura y simplemente transportados.

La mañana siguiente a la muerte de Ted Lavender, el teniente Jimmy Cross se agachó en el fondo de su pozo de tirador y quemó las cartas de Martha. Después quemó las dos fotografías. Caía una lluvia persistente, lo que dificultó su tarea, pero empleó pastillas de parafina para encender un pequeño fuego que protegió con su cuerpo mientras sostenía las fotografías sobre la tensa llama azul con la punta de los dedos.

Se daba cuenta de que era sólo un gesto. Estúpido, pensó. Sentimental, también, pero, sobre todo, simplemente estúpido.

Lavender estaba muerto. No podría quemar la culpa.

Además, tenía las cartas en la cabeza. E incluso ahora, sin las fotografías, el teniente Cross podía ver a Martha jugando al voleibol con los shorts blancos de gimnasia y la camiseta amarilla. Podía verla moviéndose en la lluvia.

Cuando el fuego se apagó, el teniente Cross se puso el poncho sobre los hombros y desayunó.

En aquello no había un misterio tan grande, decidió.

En las cartas quemadas, Martha nunca había mencionado la guerra, salvo para decir: «Jimmy, cuídate». Se mantenía distante. Se despedía diciéndole «con amor», pero no sentía amor, y todas las frases bonitas y los tecnicismos no importaban. La virginidad ya no le importaba. Odiaba a Martha. Sí, de veras. La odiaba. También la amaba, pero con un amor cruel, entreverado de odio.

La mañana llegó, húmeda y difusa. Todo parecía imbricarse sin solución de continuidad, la niebla y Martha y la lluvia cada vez más intensa.

Después de todo, él era un soldado.

Sonriendo a medias, el teniente Jimmy Cross sacó sus mapas. Sacudió la cabeza con fuerza, como para despejársela, se inclinó hacia delante y empezó a planear la marcha del día. Dentro de diez minutos, o tal vez veinte, despertaría a los hombres y recogerían sus cosas y enfilarían hacia el oeste, donde los mapas mostraban que el terreno era verde y acogedor. Harían lo que siempre habían hecho. La lluvia podía agregar cierto peso, pero por lo demás sería uno de tantos días que habían tenido que sobrellevar.

Era realista a este respecto. Sentía un nuevo peso en el estómago. Amaba a Martha, pero al mismo tiempo la odiaba.

Basta de fantasías, se dijo.

De ahora en adelante, cuando pensara en Martha, sería sólo para recordar que aquél no era lugar para ella. Dejaría de soñar despierto. Aquello no era Mount Sebastian, era otro mundo, donde no había poemas bonitos ni exámenes semestrales, un sitio donde los hombres morían porque no tomaban precauciones y se comportaban de un modo estúpido. Kiowa tenía razón. ¡Pum!, abajo, y estabas muerto, muerto y bien muerto.

Por un instante, en la lluvia, el teniente Cross vio los ojos grises de Martha mirándolo.

Comprendió.

Era muy triste, pensó. Las cosas que los hombres llevaban dentro. Las cosas que los hombres hacían o sentían que tenían que hacer.

Estuvo a punto de saludarla con una inclinación de cabeza, pero se contuvo.

Regresó, en cambio, a sus mapas. Ahora estaba decidido a cumplir sus deberes con firmeza y sin negligencia. Eso no ayudaría a Lavender, lo sabía, pero desde aquel mismo momento se comportaría como un oficial. Se libraría del guijarro de la buena suerte. Se lo tragaría, tal vez, o usaría la honda de Lee Strunk, o se limitaría a dejarlo caer junto al camino. En las marchas impondría una estricta disciplina. No descuidaría enviar grupos de seguridad a los flancos, para prevenir dispersiones o amontonamientos, para hacer que la tropa avanzara al ritmo correcto y con los intervalos correctos. Insistiría en la limpieza de las armas. Haría que le entregaran lo que quedaba de la droga de Lavender. Más tarde, quizá, reuniría a los hombres y les

hablaría con franqueza. Aceptaría la culpa por lo que le había pasado a Ted Lavender. Sería un hombre en ese sentido. Los miraría a los ojos, manteniendo la barbilla alta, y les comunicaría las nuevas órdenes con voz tranquila, impersonal, con voz de teniente, sin dejar lugar a la discusión o al argumento. A partir de aquel mismo instante, les diría, no abandonarían el equipo a lo largo del camino. Se comportarían como era debido. Cada uno de ellos reuniría su equipo y cuidaría de él procurando mantenerlo en orden y listo para ser utilizado.

No toleraría el relajamiento. Se mostraría enérgico, mantendría las distancias.

Habría malhumor entre los hombres, desde luego, y tal vez algo peor, porque los días parecerían más largos y las cargas más pesadas, pero el teniente Jimmy Cross se recordó a sí mismo que su obligación no era ser amado, sino mandar. Dejaría de lado el amor; ahora no era un factor de peso. Y si alguien discutía sus órdenes o se quejaba, simplemente apretaría los labios y cuadraría los hombros en la correcta posición de mando. Podía saludarlos con un movimiento de cabeza. O no. Podía encogerse de hombros y decir, simplemente, «¡Adelante!», entonces ellos cargarían sus cosas y formarían la columna y marcharían hacia las aldeas al este de Than Khe.

Traducción de Elvio E. Gandolfo

Hora de Greenwich

—Estoy pensando en las ranas —le ha dicho Tom a su secretaria por teléfono—. Diles que iré cuando se me ocurra un enfoque serio para las ranas.

—No sé de qué estás hablando —ha dicho ella.

—No importa. Yo me encargo de las ideas y tú de pasar los mensajes. Tienes suerte.

—Tú tienes suerte —ha dicho su secretaria—. Esta tarde me tienen que sacar dos muelas del juicio.

—Qué horror —ha dicho él—. Lo siento.

—¿Lo sientes lo bastante como para acompañarme?

—Tengo que pensar en las ranas —ha dicho él—. Si Metcalf te pregunta, dile que me tomo el día libre para pensar en ellas.

—El seguro médico de aquí no cubre las operaciones dentales —ha dicho ella.

Tom trabaja en una agencia de Madison Avenue. Esta semana está intentando encontrar la forma de vender cierto jabón en forma de rana, un jabón importado de Francia. Y no es lo único que tiene en la cabeza. Ha colgado y se ha dirigido al hombre que esperaba detrás de él para usar el teléfono.

—¿Ha oído eso? —ha dicho Tom.

—¿Cómo dice? —ha preguntado el hombre.

—Dios santo —ha dicho Tom—. Jabón en forma de rana.

Se ha alejado caminando y ha ido a sentarse enfrente de su pizzería favorita. Ha leído su horóscopo en el periódico (neutral), ha mirado por la ventana de la cafetería y ha esperado a que abriera la pizzería. A las once y cuarenta y cinco ha cruzado la calle y ha encargado una porción de pizza siciliana con todo. Debía de tener una expresión rara en la cara cuando ha hablado con el tipo del mostrador porque el tipo se ha reído y ha dicho:

—¿Está seguro? ¿Con todo? Hasta usted parece sorprendido.

—Esta mañana he salido para el trabajo y no he llegado —ha dicho Tom—. Después de zamparme la pizza voy a preguntarle a mi ex mujer si mi hijo puede volver a vivir conmigo.

El tipo ha apartado la mirada y ha sacado una bandeja de debajo del mostrador. Cuando Tom se ha dado cuenta de que estaba poniendo nervioso al tipo, ha ido a sentarse. Cuando la pizza estaba lista, ha ido a buscarla al mostrador y ha pedido un vaso grande de leche. Ha sorprendido al tipo del mostrador mirándolo una vez más; desgraciadamente, ha sido en un momento en que se estaba bebiendo la leche demasiado deprisa y se le ha caído por la barbilla. Se ha limpiado la barbilla con una

servilleta pero incluso en ese momento estaba preocupado, pensando en lo que quedaba del día. Se dirigía a casa de Amanda en Greenwich y, como de costumbre, ha sentido una mezcla de alivio (ella se había casado con otro hombre pero le había dado a él una llave de la puerta trasera) y de ansiedad (Shelby, el marido de ella, lo trataba con educación pero resultaba obvio que no le gustaba verlo a menudo).

Su intención al salir del restaurante era sacar el coche del garaje y dirigirse allí inmediatamente para decirle que quiere a Ben. Que por alguna razón, en la confusión de la situación, ha perdido a Ben y quiere recuperarlo. En cambio, se ha sorprendido a sí mismo deambulando por Nueva York para relajarse y ser capaz de plantear una petición racional. Al cabo de una hora aproximadamente, se ha dado cuenta de que se estaba interesando por la ciudad como si fuera un turista. Por los edificios altos, por los maniquíes con las pelvis adelantadas hasta casi tocar el cristal de los escaparates, por los libros apilados en las librerías en forma de pirámides. Ha pasado por delante de una tienda de animales; tenía el escaparate lleno de tiras de papel y serrín. Mientras miraba, una adolescente ha abierto la puerta interior del escaparate y ha dejado dos cachorros castaños, uno con cada mano, sobre el serrín. Durante un segundo la mirada de ella se ha encontrado con la de él y luego ha empujado a uno de los cachorros hacia Tom con una sonrisa. Luego la mirada del perro también se ha encontrado con la de él. Ninguno de los dos lo ha vuelto a mirar; el perro se ha ocultado bajo una pila de papel y la chica se ha girado y ha regresado a su trabajo. En el momento en que él y la chica se han llamado mutuamente la atención, Tom se ha acordado del momento, a principios de semana, en que una prostituta muy atractiva le habló mientras pasaba por delante del Sheraton Centre. Él dudó un momento, pero solamente porque ella tenía una mirada muy inteligente: unos ojos separados y unas cejas invisibles bajo un flequillo tupido y rubio. Cuando él dijo no, ella parpadeó y la inteligencia desapareció. Tom no pudo entender cómo algo así era posible físicamente; ni siquiera el ojo de un pez se nublaba tan deprisa en el momento de morir. Pero la mirada de la prostituta se enturbió en el mismo segundo en que él le dijo que no.

Luego se ha desviado para ir al cine: *Cantando bajo la lluvia*. Ha salido después de que Debbie Reynolds, Gene Kelly y Donald O’Connor bailaran sobre el sofá y lo volcaran. Todavía sonriendo por la escena, ha ido a un bar. Cuando el local ha empezado a llenarse, se ha mirado el reloj y le ha sorprendido ver que la gente ya estaba saliendo del trabajo. Lo bastante borracho como para desear que lloviera porque la lluvia es divertida, ha ido caminando a su apartamento, se ha dado una ducha y se ha dirigido al garaje. Al lado de su garaje hay un cine y antes de darse cuenta de lo que hacía ha entrado a ver *La invasión de los ultracuerpos*. Le ha asombrado el perro con cabeza humana, pero no por la razón obvia sino porque le ha recordado al cachorro de pelo castaño que ha visto antes. Parecía un presagio: la

visión pesadillesca de lo que podía pasarle a un perro si nadie lo quería.

Seis de la madrugada: Greenwich, Connecticut. La casa pertenece a Amanda desde que murió su madre. Las cenizas de la ex suegra de Tom están en una lata sobre la repisa de la chimenea del comedor. La lata está sellada con cera. Lleva un año muerta y en ese año Amanda ha dejado su apartamento en Nueva York, ha obtenido un divorcio rápido, se ha vuelto a casar y se ha mudado a la casa de Greenwich. Ahora tiene otra vida y Tom tiene la sensación de que debe entrar en ella con cuidado. Mete la llave que ella le dio en la cerradura y abre la puerta con tanta suavidad como si estuviera desactivando una bomba. El gato de ella, Rocky, aparece y se lo queda mirando. A veces Rocky deambula con él alrededor de la casa. Ahora, sin embargo, salta al antepecho de la ventana con tanta ligereza y tan inadvertido como una pluma pasa por la arena.

Tom mira a su alrededor. Ella ha pintado de blanco las paredes de la salita y de rojo el baño de la planta baja. Las vigas del comedor han sido descubiertas. Tom conoció un día al carpintero: un italiano pequeño y nervioso que debió de preguntarse por qué la gente quería mondar sus casas hasta dejarlas en un simple esqueleto. En el recibidor, Amanda ha colgado fotografías de alas de pájaro.

De camino a casa de Amanda, Tom ha estrellado su coche. Ha podido seguir conduciéndolo, pero solamente porque ha encontrado una barra metálica para cambiar ruedas en el maletero y la ha usado para hacer palanca, separar el guardabarros delantero retorcido del neumático y de ese modo la rueda pudiera girar. En el mismo segundo en que se ha salido de la carretera (ha debido de quedarse un instante dormido), se le ha ocurrido que Amanda iba a valerse del accidente para no confiarle a Ben. Mientras estaba forcejeando con la barra metálica, un tipo ha parado su coche, ha salido y le ha dado un consejo beodo:

—Nunca se compre una moto —ha dicho—. Con las motos uno pierde el control y ya no tiene salvación.

Tom ha asentido.

—¿Conocía usted al hijo de Doug? —ha preguntado el tipo.

Tom no ha dicho nada. El hombre ha negado con la cabeza en gesto melancólico y ha abierto el maletero. Tom le ha visto sacar un montón de luces de emergencia del maletero, encenderlas y colocarlas en la carretera. El tipo ha seguido viniendo con más y más luces de emergencia en las manos. Parecía confuso por el hecho de tener tantas. Ha procedido a encender las luces sobrantes, una por una, y a colocarlas en semicírculo alrededor del morro del coche, donde Tom estaba trabajando. Tom se ha sentido como un santo en su hornacina.

Cuando la rueda ha quedado liberada, Tom ha conducido hasta la casa de Amanda, maldiciéndose por su patinazo y por haber topado con el buzón de una casa. Al entrar en la casa, ha encendido con gesto brusco el reflector del patio trasero y ha

entrado en la cocina para hacerse un café antes de comprobar nuevamente los daños.

En la ciudad ha hecho una última parada para comer huevos y bagels en un veinticuatro horas antes de sacar el coche del garaje. Ahora le da la impresión de que le duelen los dientes de masticar. El café caliente le sabe bien. La luz débil del amanecer, casi inalcanzable desde donde Tom puede colocar su silla sin dejar de estar sentado a la mesa, le resulta agradable cuando le da en el hombro. Cuando dejan de dolerle los dientes se da cuenta de que tiene la boca insensible. Allí donde le da el sol, siente que la lana de su jersey calienta de la forma que se supone que ha de calentar un jersey, incluso cuando no le está dando el sol. El jersey fue un regalo de Navidad de su hijo. Ella, por supuesto, se hizo cargo y lo envolvió: lo metió en una caja envuelta en papel blanco reluciente y Ben escribió en la caja BEN con letras grandes. Unas letras garabateadas que parecían alas de pájaro.

Amanda y Shelby están en el piso de arriba. Desde su lado de la puerta, Tom puede ver un reloj digital en la repisa de la chimenea de la habitación contigua, un poco más allá de la lata de las cenizas. A las siete la alarma sonará un momento y Shelby bajará las escaleras con su pelo gris, bajo una luz matinal cada vez más clara, como una de esas lámparas baratas en forma de caracol de mar que venden en la costa. Caminará con andares soñolientos, se asegurará de que se ha subido la bragueta y beberá café de una de las tazas de porcelana fina de Amanda, que él sostiene con las palmas de ambas manos. Tiene unas manos tan grandes que hay que fijarse bien para ver que está sosteniendo una taza en lugar de estar bebiendo café directamente de las manos del mismo modo que uno bebe agua de un arroyo.

Una vez, cuando Shelby ya se marchaba a las ocho de la mañana con rumbo a la ciudad, Amanda levantó la vista de la mesa del comedor en la que los tres estaban desayunando —Tom creía estar pasando un rato normal y amigable— y le dijo a Shelby:

—Por favor, no me dejes sola con él.

Shelby pareció perplejo y avergonzado cuando ella se levantó y lo siguió a la cocina:

—¿Quién le dio la llave, cariño? —susurró Shelby.

Tom miró a través del umbral. Shelby tenía la mano en la cadera de ella: un gesto en parte socarronamente sexual y en parte posesivo.

—No intentes decirme que tienes miedo de algo —dijo Shelby.

No hay manera de que Ben se levante. A menudo duerme hasta las diez o las once. Allí arriba en su cama, bañado por la luz del sol.

Tom vuelve a mirar la lata con las cenizas que hay sobre la chimenea. Si es cierto que existe otra vida, ¿qué pasaría si algo saliera mal y él se reencarnara en un camello y Ben en una nube y no hubiera forma de que los dos se reunieran? Quiere a Ben. Lo quiere ahora.

La alarma suena, tan fuerte como si un millón de locos estuvieran golpeando latas. Se oyen los pasos descalzos de Shelby. El sol proyecta un rectángulo de luz en el centro de la sala. Shelby pisará ese parche de luz como si fuera una alfombra extendida por el pasillo de una iglesia. Hace seis o siete meses, Tom fue a la boda de Shelby y Amanda.

Shelby está desnudo y sorprendido de verlo. Se detiene en seco y se pone el albornoz marrón que lleva al hombro; le pregunta a Tom qué está haciendo aquí y le da los buenos días al mismo tiempo.

—Todos los puñeteros relojes de esta casa atrasan dos minutos o adelantan cinco —dice Shelby. Camina de puntillas sobre las baldosas frías de la cocina, pone agua a hervir y se arropa con su albornoz—. Creí que este suelo se calentaría en verano —dice Shelby, suspirando. Se apoya sucesivamente en un pie y en el otro, como un boxeador calentándose, y se frota las manos.

Amanda baja la escalera. Lleva unos vaqueros con el dobladillo vuelto, sandalias negras de tacón alto y una blusa de seda negra. Se detiene en seco igual que Shelby. No parece alegrarse de ver a Tom. Se lo queda mirando sin decir nada.

—Quiero hablar contigo —dice Tom. Parece inseguro. Como un animal atrapado, intentando mantener la mirada serena.

—Me voy a la ciudad —dice ella—. A Claudia le van a quitar un quiste. Es un jaleo. Tengo que encontrarme con ella a las nueve. Ahora no me apetece hablar. Hablemos esta noche. Vuelve esta noche. O quédate a pasar el día. —Ella se pasa las manos por el pelo caoba. Ocupa una silla y acepta el café que le trae Shelby.

—¿Más? —le dice Shelby a Tom—. ¿Quieres algo más?

Amanda mira a Tom a través del humo que sube de su taza de café.

—Creo que todos estamos llevando la situación muy bien —dice ella—. No me arrepiento de haberte dado la llave. Shelby y yo lo discutimos y los dos pensamos que debías tener acceso a la casa. Pero en el fondo di por sentado que usarías la llave… Yo pensaba en situaciones más… de emergencia.

—Esta noche no he dormido muy bien —dice Shelby—. Me gustaría pensar que no va a haber una escena para empezar el día.

Amanda suspira. Parece tan trastornada por Shelby como lo está por Tom.

—Tal vez pueda decir algo sin que saltes encima de mí —le dice a Shelby—. Porque fuiste tú quien me dijiste que no me comprara un Peugeot y ahora ese maldito trasto no funciona. Si te quedas aquí, Tom, podrías llevar a Inez al mercado en coche.

—Ayer vimos siete ciervos corriendo por el bosque —dice Shelby.

—Oh, corta el rollo, Shelby —dice Amanda.

—Son tus problemas los que estamos intentando resolver, Amanda —dice Shelby —. Mejora un poco tu lenguaje, ¿no?

Inez lleva una ramita de polemonio en el pelo y camina como si se sintiera guapa. La

primera vez que Tom vio a Inez, ella estaba trabajando en el jardín de su hermana; concretamente, estaba descalza en el jardín con un falda larga de algodón y barriendo el suelo. Llevaba una cesta atiborrada de lirios y margaritas. Tenía diecinueve años y acababa de llegar a Estados Unidos. Aquel año vivió con su hermana y el marido de su hermana, Metcalf. Metcalf el amigo de Tom, el tipo más loco de la agencia. Metcalf empezó a estudiar fotografía solamente para sacarle fotos a Inez. Al final su mujer se puso celosa y le pidió a Inez que se marchara. Tuvo problemas para encontrar trabajo; a Amanda le cayó bien, le dio lástima y convenció a Tom para que se fuera a vivir con ellos después de tener a Ben. Inez se fue con ellos y se llevó varias cajas de fotografías de ella, una maleta y un jerbo que se murió durante su primera noche en la casa. Todo el día siguiente Inez se lo pasó llorando y Amanda la abrazó. Inez siempre había dado la impresión de ser un miembro de la familia, desde el primer día.

Al borde del estanque donde Tom está hablando con Inez hay un perro negro, jadeante, contemplando un Frisbee. Su amo levanta el Frisbee y el perro se lo queda mirando transfigurado como si estuviera viendo un rayo de luz caído del cielo. El Frisbee sale volando, traza una trayectoria curva y el perro lo coge cuando desciende de nuevo.

—Le voy a pedir a Amanda que Ben se venga a vivir conmigo —le dice Tom a Inez.

—Nunca lo aceptará —dice Inez.

—¿Qué crees que pensaría Amanda si yo secuestrara a Ben? —dice Tom.

—Ben se está adaptando —dice ella—. Me parece una mala idea.

—¿Crees que te estoy tomando el pelo? Te secuestraría a ti junto con él.

—Amanda no es mala persona —dice Inez—. Piensas demasiado en darle preocupaciones. Ella también tiene problemas.

—¿Desde cuándo defiendes a la mujer que te explota?

Su hijo coge un palo. El perro lo mira de lejos. El dueño del perro lo llama por su nombre: «¡Sam!». El perro gira la cabeza con rapidez. Va saltando por la hierba, con la cabeza levantada, mirando fijamente el Frisbee.

—Tendría que haber ido a la universidad —dice Inez.

—¿A la universidad? —dice Tom. El perro sigue corriendo—. ¿Qué habrías estudiado?

Inez se agacha por detrás de Ben y lo coge en brazos. El niño forcejea, como si quisiera que lo dejaran en el suelo, pero cuando Inez se inclina para dejarlo él se agarra a ella. Llegan al sitio donde Tom ha aparcado el coche e Inez deja a Ben en el suelo.

—Acuérdate de parar en el mercado —dice Inez—. Tengo que comprar algo para cenar.

—Amanda llegará harta de sushi y de agua Perrier. Apuesto a que no van a querer cenar.

—Tú sí que vas a querer cenar —dice ella—. Tengo que comprar algo.

Tom conduce hasta el mercado. Después de entrar en el aparcamiento, Ben va a la tienda con Inez en lugar de a la licorería de al lado con su padre. Tom compra una botella de coñac y se guarda el cambio en el bolsillo. El empleado sube y baja las cejas varias veces como Groucho Marx y mete un folleto publicitario en la bolsa con una foto que muestra una bebida de color verdeazul en una copa de champán.

—Inez y yo tenemos secretos —dice Ben en el trayecto de vuelta a casa. El niño está de pie en el asiento de atrás, abrazando el cuello de ella.

Ben está cansado y siempre que lo está se dedica a provocar a la gente. Amanda no cree que haya que condescender con Ben: le lee a R.D. Laing en lugar de leerle cuentos de hadas. Le da comida francesa y su única indulgencia hacia él es servirle la salsa por separado. Amanda se niega a enviarlo al jardín de infancia. Si lo hubiera hecho, cree Tom, si hubiera estado con otros niños de su edad, se habría quitado algunas manías.

—Por ejemplo —dice Inez—. A lo mejor me caso.

—¿Con quién? —dice él, tan sorprendido que nota las manos frías en el volante.

—Con un hombre que vive en la ciudad. No lo conoces.

—¿Estás saliendo con alguien? —dice él.

Le da gas al coche para subir la rampa de entrada a la casa, resbaladiza por culpa del barro que forman los aspersores de riego. Forcejea con el volante y espera el momento de sentir que el coche puede subir. El coche patina un momento pero luego remonta hasta arriba de todo. Tom se desvía hacia el jardín, junto a la puerta trasera, dejando sitio para que Shelby y Amanda puedan entrar en el garaje.

—Es de suponer que si estoy pensando en casarme con alguien es que he estado saliendo con él —dice Inez.

Inez lleva con ellos desde que nació Ben, hace cinco años, y ahora tiene gestos y expresiones que son de Amanda: por ejemplo, la media sonrisa paciente con que Amanda le dice que medio le divierte y medio le desconcierta su falta de sofisticación. Cuando Amanda se divorció de él, Tom fue a buscarla al aeropuerto Kennedy y ella apareció en la zona de llegadas con un cargamento de piñas en los brazos. Cuando la vio, Tom le dedicó esa misma media sonrisa paciente.

A las ocho todavía no han vuelto e Inez está preocupada. A las nueve siguen sin volver.

—Ayer Amanda me dijo algo de una obra de teatro —le susurra Inez a Tom.

Ben está jugando con un rompecabezas en la habitación contigua. Es su hora de ir a la cama —ya pasada— y está más despierto que Einstein. Inez va a su habitación y Tom la oye razonar con Ben. Inez es más tranquila que Amanda. Conseguirá lo que

quiere. Tom lee el periódico del mercado. Sale una vez por semana. Hay artículos sobre ciervos que saltan a la carretera y sobre señoras con pretensiones artísticas que hacen batik y que organizan muestras en la biblioteca. Oye a Ben correr escaleras arriba, perseguido por Inez.

Se oye correr el agua. Tom oye a Ben reírse por encima del ruido del agua. Le alegra que Ben esté tan bien adaptado. Cuando él tenía cinco años a ninguna mujer se le habría permitido estar con él en el baño. Ahora que tiene casi cuarenta años le gustaría estar en la bañera en el lugar de Ben; que Inez le enjabonara la espalda y sus dedos le resbalaran por la piel.

Hace mucho tiempo que piensa en el agua, en viajar a algún sitio desde el que se pueda ir a pie a la playa y ver el océano. Cada año que pasa en Nueva York se inquieta más. A menudo se despierta de noche en su apartamento, oye el ruido del aire acondicionado y a la mujer del piso de arriba arrastrando las zapatillas de satén por culpa del insomnio. (Ella se las ha enseñado para explicarle que sus pasos no pueden ser de ninguna forma lo que le quita el sueño.) Cuando no puede dormir por las noches, abre los ojos solamente un poco y finge, como hacía cuando era niño, que los muebles no son lo que parecen. Mira con ojos entrecerrados la cómoda alta de caoba hasta convertirla en el tronco de una palmera. Parpadeando muy deprisa hace que la lamparilla de noche se encienda y se apague como una boya flotando en el agua e intenta imaginar que su cama es un barco y que está zarpando, tal como él y Amanda hicieron años atrás, en Maine, allí donde Perkins Cove se ensancha hasta convertirse en un mar picado y oscuro como la tinta.

En el piso de arriba, el agua deja de correr. Silencio. Un silencio muy largo. Inez se ríe. Rocky da un salto a las escaleras y uno de los tablones cruje cuando sube los peldaños. Amanda no le va a dejar quedarse con Ben. No hay ninguna duda. Al cabo de unos minutos, oye a Inez reírse y simular una nevada sosteniendo en alto el bote de talco y dejando que caiga encima de Ben en la bañera.

Tom decide que al menos quiere pasar una noche plácida. Se quita los zapatos y sube las escaleras. No hace falta trastornar la tranquilidad de la casa. La puerta del dormitorio de Shelby y Amanda está abierta. Ben e Inez están encogidos dentro de la cama y ella le está leyendo bajo la luz tenue. Está acostada junto al niño encima de la enorme colcha azul extendida sobre la cama, de lado y de espaldas a la puerta, moviendo lentamente un brazo en el aire: «Los soldados hicieron alto a la entrada del pueblo…».

Ben ve a su padre y finge que no lo ha visto. Ben quiere a Inez más que a ninguno de ellos. Tom se marcha para que ella no lo vea y deje de leer.

Va a la sala donde Shelby tiene su estudio. Enciende la luz. El interruptor tiene un potenciómetro y la luz es muy tenue. Tom la deja así.

Examina una fotografía del pico de un pájaro. Al lado hay una fotografía del ala

de un pájaro. Se acerca a las fotografías y apoya la mejilla en el cristal. Está preocupado. No es propio de Amanda no regresar cuando sabe que él la está esperando. Siente que la frialdad del cristal se le extiende por el cuerpo. No hay razón para pensar que Amanda haya muerto. Cuando Shelby conduce va tan despacio como un anciano.

Va al baño, se echa agua en la cara y se seca con la que le parece que es la toalla de Amanda. Vuelve al estudio y se echa en el sofá-cama, debajo de la ventana abierta, esperando a que llegue el coche. Está acostado sin moverse en una cama extraña, en una casa que solía visitar dos o tres veces al año cuando él y Amanda estaban casados: una casa que siempre estaba decorada con flores por el cumpleaños de Amanda. Que olía a pino recién podado en Navidad, una época en la que siempre había nidos de ajenjo en los centros de mesa con bolas de Navidad diminutas en el interior como huevos de colores milagrosos. La madre de Amanda ha muerto. Él y Amanda están divorciados. Amanda está casada con Shelby. Todos estos acontecimientos resultan irreales. Lo real es el pasado y la Amanda de hace años: la Amanda cuya imagen no se puede quitar de la cabeza, aquella escena que no puede olvidar. Sucedió un día en que no esperaba descubrir nada. Se limitaba a hacer su vida con una tranquilidad que nunca volvería a tener y, en cierto sentido, lo que sucedió fue tan doloroso que incluso el dolor causado por la marcha de ella y porque se fuera con Shelby resultaba tenue en comparación. Amanda —vestida únicamente con su bonita ropa interior, en el dormitorio del apartamento que compartían en la ciudad, de pie junto a la ventana— entrelazó las manos a la altura de las muñecas, tapándose los pechos, y le dijo a Ben: «Ya no hay. Ya no hay leche». Ben, con pañales y una camiseta, la miró desde la cama. La taza de leche lo esperaba en la mesilla de noche: se la iba a beber con tanta seguridad como Hamlet se bebía la copa de veneno. La manita de Ben en la taza, los pechos de ella nuevamente desnudos, la mano de ella encima de la de él, la taza inclinada, el primer sorbo. Aquella noche Tom había levantado la cabeza de su almohada, la había apoyado en la de ella y se había hundido en la cama hasta colocar la mejilla en su pecho. Sabía que no podría dormir de lo asombrado que estaba por la forma repentina en que ella había dicho una frase tan impactante. «Nena…», empezó a decir él, pero ella lo interrumpió. «No soy tu nena.» Y se separó de él, de Ben. ¿Quién habría adivinado que lo que ella quería era otro hombre, un hombre con quien se iría a dormir en medio del océano enorme de una colcha de satén azul, en una cama tan grande como el océano? La primera vez que vino a Greenwich y vio aquella cama, mientras Amanda lo miraba a él, había hecho visera con la mano y había mirado al otro extremo de la habitación como si pudiera ver China.

El día que Tom fue de visita a Greenwich por primera vez tras el divorcio, Ben y Shelby no estaban. Pero Inez sí que estaba y los acompañó cuando Amanda insistió

en enseñarle cómo había redecorado toda la casa. Lo hizo porque Amanda se lo había pedido y también porque le pareció que de aquella forma a él le resultaría un poco menos extraño. De una forma distinta a la forma en que quería a Amanda, Tom siempre querría a Inez por haber hecho aquello.

Ahora Inez entra en el estudio y vacila mientras sus ojos se acostumbran a la oscuridad.

—¿Estás despierto? —susurra—. ¿Estás bien?

Camina despacio hasta el sofá-cama y se sienta. Tom tiene los ojos cerrados y está seguro de que podría dormir para siempre. Ella le coge la mano: él sonríe mientras empieza a hundirse en el sueño. Un pájaro extiende el ala con la gracia de un abanico abriéndose. Los soldados están apostados en lo alto de la colina. Hay una cosa que siempre recordará de Inez: cuando llegó a trabajar el lunes siguiente al fin de semana en que Amanda le había hablado a Tom de Shelby y le había dicho que quería el divorcio, Inez le susurró a Tom en la cocina: «Sigo siendo tu amiga». Inez se le acercó para susurrar aquello, de la misma forma en que un amante vergonzoso podría acercarse para decir «Te quiero».

Ella le había dicho que era su amiga y él le había contestado que nunca lo había puesto en duda. Luego se habían quedado de pie, quietos y en silencio, como si las paredes de la habitación fueran montañas y sus palabras pudieran volar hacia ellas.

Traducción de Javier Calvo

T. CORAGHESSAN BOYLE

El Lago Grasiento

Está más o menos a una milla bajando
por el lado oscuro de la carretera 88.
Bruce Springsteen

Hubo un tiempo en que la cortesía y los buenos modales estaban pasados de moda, cuando era bueno ser malo, cuando se cultivaba la decadencia como si fuera de buen gusto. En aquel entonces, todos éramos unos tipos peligrosos. Llevábamos chupas raídas, nos movíamos por ahí, encorvados de hombros y con mondadientes en la boca, esnifábamos pegamento y éter y lo que según alguien era cocaína. Cuando sacábamos los ruidosos coches de nuestros padres a la calle, dejábamos atrás una raya de goma de media manzana de largo. Bebíamos ginebra y mosto, Tango, Thunderbird y Bali Hai. Teníamos diecinueve años. Éramos malos. Leíamos las obras de André Gide y adoptábamos poses elaboradas para demostrar que todo nos importaba un carajo. Por la noche, íbamos al Lago Grasiento.

Subiendo por el centro de la ciudad, a lo largo de la calle principal, pasando las urbanizaciones, los centros comerciales, los semáforos cediendo el paso a la tenue iluminación del río de faros y los árboles ciñendo el asfalto como un muro negro sin fisuras: ése era el camino que conducía al Lago Grasiento. Los indios lo llamaban Wakan, una referencia a la transparencia de sus aguas. Ahora era un lago fétido y turbio, las orillas de fango destellando con vidrios rotos y salpicadas de latas de cerveza y los restos chamuscados de las hogueras. Sólo había una isla asolada a unos cien metros de la orilla, tan desprovista de cualquier vestigio de vegetación que parecía como si la fuerza aérea la hubiera bombardeado. Íbamos al lago porque todo el mundo subía hasta allí, porque queríamos olfatear la brisa preñada de posibilidades, fisgar a una chica cuando se quitaba la ropa y se sumergía en la oscuridad purulenta, beber cervezas, fumar marihuana, aullar a las estrellas, disfrutando del trepidante rugido del rock and roll en discordante contrapunto con el susurro primigenio de las ranas y los grillos. Eso era la naturaleza.

Yo estaba allí una noche, a una hora ya avanzada, en compañía de dos tipos peligrosos. Digby llevaba una estrella de oro en la oreja derecha y dejaba que su padre le pagara los estudios en la Cornell; Jeff pensaba dejar la escuela para meterse a pintor/músico/propietario de una de esas tiendas donde venden artículos para fumadores de marihuana. Ambos eran expertos en reglas de urbanidad, rápidos con sus visajes de burla y desprecio, capaces de conducir un Ford con pésimos amortiguadores en una carretera llena de baches y surcos a ciento treinta y cinco

kilómetros por hora mientras liaban un porro tan compacto como el palo de caramelo Tootsie Pop. Podían recostarse contra una tarima llena de amplificadores enormes y allí codearse con los mejores o salir a la pista de baile danzando como si sus articulaciones tuvieran cojinetes. Tenían estilo, eran diestros y raudos, y nunca se quitaban sus gafas de espejo, lo mismo las llevaban en el desayuno que en la cena, en la ducha, en los armarios empotrados, en las cuevas. En fin, eran malos.

Yo conducía. Digby aporreaba con las manos el salpicadero y gritaba con los Toots & The Maytals mientras Jeff sacaba la cabeza por la ventanilla y veteaba la puerta del Bel Air de mi madre con su vómito. Principiaba junio y el aire soplaba suave como una mano acariciando una mejilla, era la tercera noche de las vacaciones de verano. Las primeras dos noches habíamos estado por ahí hasta el amanecer, buscando algo que nunca encontramos. Aquella tercera noche habíamos recorrido de arriba abajo la calle principal sesenta y siete veces, entrando y saliendo de cuanto bar y club se nos antojó dentro de un radio de treinta kilómetros, parando dos veces para comprar un cubo de pollo y hamburguesas de cuarenta centavos, mientras discutíamos si íbamos o no a una fiesta en casa de una chica que era amiga de la hermana de Jeff, y lanzábamos dos docenas de huevos a los buzones y a los autoestopistas. Eran las dos de la madrugada; los bares estaban cerrando. No había otra cosa que hacer que irnos al Lago Grasiento con una botella de ginebra con sabor a limón.

Las luces traseras de un coche nos hicieron guiños cuando entramos en el aparcamiento de tierra con sus matas de malas hierbas y sus ondulaciones como de lavadero; era un Chevy del 57, en perfecto estado, de un azul metálico. Al otro lado del aparcamiento, como el dermatoesqueleto de un descarnado insecto cromado, una moto se apoyaba en su caballete. Y eso era todo lo que había de emocionante: algún motorista yonqui y medio tonto, y algún adicto a los coches tirándose a su novia. Sea lo que fuere lo que estábamos buscando, no íbamos a encontrarlo en el Lago Grasiento. No aquella noche.

Pero, entonces, de repente, Digby trató de arrebatarme el volante. «¡Oye, es el coche de Tony Lovett!», gritó mientras intentaba pisar el freno y el Bel Air se acercaba hasta el brillante parachoques trasero del Chevy aparcado. Digby tocó el claxon, riéndose y dándome instrucciones para que encendiera las luces largas. Las encendí y las apague en un rápido parpadeo. Era divertido. Un chiste. Tony se vería obligado a sacarla prematuramente creyendo que iba a enfrentarse a unos policías de aspecto sombrío con linternas. Tocamos prolongadamente la bocina, y con los faros descargamos destellos estroboscópicos de alta velocidad, y salimos del coche para pegar nuestras caras jocosas en los cristales de las ventanillas del coche de Tony; a lo mejor hasta podíamos vislumbrar la teta de alguna zorrita. Luego le daríamos unas palmaditas en la espalda al avergonzado de Tony, armaríamos un pequeño jaleo

amigable y, después, a perseguir nuevas aventuras dilatando los límites del atrevimiento.

El primer error, el que desencadenó el alud, fue cuando se me cayeron las llaves. En medio de la excitación, al salir del coche con la botella de ginebra en una mano mientras en la otra llevaba los porros, se me cayeron en la hierba; en la hierba nocturna, misteriosa, pútrida y tenebrosa del Lago Grasiento. Fue un error táctico, tan perjudicial e irreversible como la decisión de Westmoreland de atrincherarse en Khe Sanh. Un error que presentí como un puñetazo intuitivo, y me quedé allí parado, junto a la puerta abierta, escudriñando vagamente en la noche que se encharcaba alrededor de mis pies.

El segundo error —inextricablemente ligado al primero— fue identificar el coche como el de Tony Lovett. Incluso antes de que aquel tipo saliera disparado del coche con toda su mala hostia, sus tejanos grasientos y sus botas de ingeniero, empecé a darme cuenta de que aquel azul metálico era mucho más claro que el azul color huevo de petirrojo del automóvil de Tony y que éste no tenía altavoces instalados en el asiento trasero. A juzgar por sus expresiones, Digby y Jeff también llegaban —vacilantes, pero inevitablemente— a la misma conclusión inquietante que yo.

De todos modos, no había forma de entrar en razones con aquel camorrista grasiento: evidentemente, era un hombre de acción. La primera y brutal patada de cancán me la atizó con la puntera de acero de su bota debajo del mentón, rompiéndome mi diente favorito y dejándome tumbado en la tierra. Como un idiota, me había agachado para buscar las llaves entre las hierbas tiesas como cuchillos, formulando testudíneamente prolongadas asociaciones mentales, reconociendo que las cosas habían salido mal, que estaba metido en un buen lío, y que la llave de contacto extraviada era mi santo grial y mi salvación. Las tres o cuatro patadas que recibí después me las asestó principalmente en la nalga derecha y en el duro hueso sacro.

Mientras tanto, Digby saltaba por encima de los parachoques que se besaban y le asestó un bestial golpe de kung fu en la clavícula al tipo grasiento. Digby acababa de terminar un curso de artes marciales para conseguir los créditos de educación física, y llevaba dos noches contándonos historias apócrifas al estilo Bruce Lee y hablándonos del puro poder de los golpes propinados con muñecas, tobillos y codos relampagueantes como si fueran resortes. El tío grasiento no se dejó impresionar. Simplemente retrocedió un paso, su cara como una máscara tolteca, y derribó a Digby de un solo puñetazo, directo, sonoro…, pero para entonces, Jeff también se había metido en la bronca, y yo empezaba a incorporarme de la tierra, con una mezcla de sobresalto, ira e impotencia atravesada en la garganta.

Jeff estaba montado en la espalda del tipo, mordiéndole la oreja. Digby en el suelo, soltando tacos. Yo fui a por la llave de tuerca que estaba debajo del asiento del

conductor. La guardaba allí porque los tipos pendencieros siempre guardan las llaves de tuerca debajo del asiento del conductor, precisamente para ocasiones como aquélla. Daba igual que no me hubiera visto metido en una pelea desde el sexto grado, cuando un niño con un ojo legañoso y dos arroyos de mocos colgando de los orificios nasales casi me rompió la rodilla con un bate de béisbol marca Louisville; daba igual que hasta entonces sólo hubiera tocado la llave de tuerca exactamente dos veces para cambiar los neumáticos: estaba allí. Y fui a por ella.

Estaba aterrado. La sangre se agolpaba en mis orejas, me temblaban las manos, mi corazón daba vuelcos como en una carrera de motocross equivocando las marchas. Mi adversario estaba sin camisa, y una sola cuerda muscular destelló a lo ancho de su pecho mientras se agachaba hacia delante para quitarse a Jeff de encima, como si fuera un abrigo mojado. «¡Hijoputa!», escupió, una y otra vez, y en ese momento me di cuenta de que los cuatro —Digby, Jeff y yo incluidos— coreábamos «Hijoputa, hijoputa», como si fuera un grito de guerra. (¿Qué sucedió después?, le pregunta el detective al asesino escudriñándolo a la sombra del ala de su sombrero Trilby ladeado. No sé, dice el asesino, algo me poseyó. Indudablemente.)

Con la palma de la mano Digby golpeaba la cara del camorrista mientras yo me abalanzaba al estilo kamikaze, como un autómata, enfurecido, aguijoneado por la humillación —desde la primera patada en el mentón hasta este instante de primitivo instinto asesino no habían transcurrido más de sesenta segundos hiperventilados con las glándulas inundadas—; arremetí contra él y le pegué con la llave de tuerca en la oreja. El efecto fue instantáneo y pasmoso. Él era un especialista en trucos cinematográficos y estábamos en Hollywood, él era un globo enorme lleno de dientes haciendo muecas y yo un hombre con un alfiler recto y vertical. El tipo se desplomó. Se meó en los calzoncillos. Se cagó en los pantalones.

Un solo segundo, grande como un zepelín, pasó flotando. Lo rodeábamos de pie, apretando los dientes, estirando los cuellos, contrayendo los músculos de los brazos, crispando las manos y sacudiendo las piernas espasmódicamente por las descargas glandulares. Nadie dijo nada. Simplemente mirábamos a aquel tío, el adicto de los coches, el ligón, el chico malvado y grasiento derrotado. Digby me miró; también lo hizo Jeff. Todavía empuñaba la llave de tuerca, en cuya curva había un mechón de pelo adherido, como pelusa de diente de león, como plumón. Nervioso, la solté dejándola caer al suelo, y ya imaginaba los titulares, las caras picadas de viruela de los inquisidores de la policía, el brillo de las esposas, el estruendoso sonido metálico de los barrotes, las grandes sombras negras alzándose desde el fondo de la celda… cuando, de repente, un alarido atroz y desgarrador me traspasó con la potencia de todas las sillas eléctricas del país.

Era la zorra. Era bajita, estaba descalza, en bragas y con una camisa de hombre. «¡Animales!», gritó mientras corría hacia nosotros con los puños cerrados y la cara

cubierta por unos mechones de pelo secados con secador de mano. Llevaba una cadena plateada en el tobillo, y las uñas de los pies destellaban en el brillo de los faros. Creo que todo sucedió por culpa de aquellas uñas. Desde luego, la ginebra y la marihuana, y hasta el pollo Kentucky Fried, podían haber influido, pero fue la visión de aquellos dedos de los pies llameantes lo que nos provocó; el sapo saliendo del pan en *El manantial de la doncella*, un niño manchado con pintalabios: ya era impura. Nos lanzamos sobre ella como los hermanos trastornados de Bergman —como los tres monos sabios, que no ven, ni oyen, ni hablan— jadeando, resollando, rasgando su ropa, apretando sus carnes. Éramos unos chicos malos, y estábamos asustados, acalorados, cachondos, y tres pasos más allá del límite; cualquier cosa podía pasar.

Pero no pasó nada.

Antes de que la pudiéramos empujar contra la capota del coche, nuestros ojos enmascarados por la lujuria, la avaricia y la maldad más puramente primitivos fueron deslumbrados por un par de faros entrando en el aparcamiento. Allí estábamos, sucios, ensangrentados, culpables, disociados de la humanidad y la civilización, con el primer crimen a nuestras espaldas, y el segundo a punto de consumarse, con trozos de medias de nylon y el elástico de un sostén colgando de nuestros dedos, con las cremalleras abiertas, relamiéndonos los labios; allí estábamos, atrapados en las luces de los focos. Pillados.

Salimos pitando. Primero corrimos hacia el coche, y luego, dándonos cuenta de que no había modo de arrancarlo, hacia el bosque. No pensaba en nada. Pensaba sólo en escapar. Los faros me perseguían como dedos acusadores. Desaparecí.

Ram-bam-bam, corrí a través del aparcamiento, pasando por delante de la moto y entrando en la maleza feculenta que bordeaba el lago, con los insectos volando y chocando contra mi cara, flagelado por las malas hierbas, entre las ranas y las serpientes y las tortugas de ojos rojos que salían y chapoteaban en la noche: ya estaba hasta los tobillos de fango y agua tibia y aún seguía corriendo impetuosamente. Detrás de mí, los gritos de la chica iban en aumento, desconsolados, incriminadores, los gritos de las sabinas, de las mártires cristianas, de Ana Frank sacada a rastras del desván. Yo seguí huyendo, perseguido por aquellos gritos, imaginando a los polis y a los sabuesos. El agua me llegaba a las rodillas cuando comprendí lo que estaba haciendo: pretendía escapar nadando. Cruzar a nado el ancho Lago Grasiento y esconderme en el denso bosque que crece en la otra orilla. Allí nunca me encontrarían.

Respiraba entre sollozos, entre gritos ahogados. El agua chapoteaba suavemente contra mi cintura mientras veía las ondas bruñidas por la luna, los felpudos de algas enmarañadas aferrándose a la superficie como costras. Digby y Jeff habían desaparecido. Me detuve. Escuché. La chica estaba más callada ahora, los gritos se habían convertido en sollozos, pero se oían voces masculinas, irritadas, excitadas, y

el motor del segundo coche ronroneando al ralentí. Me adentré en aguas más profundas, sigiloso, acorralado, con el lodo chupándome las zapatillas de lona. Cuando estaba a punto de sumergirme —en el mismo instante en que bajé el hombro para dar la primera brazada cortante— tropecé con algo. Algo incalificable, obsceno, algo blando, empapado, cubierto de musgo. ¿Una masa de hierbas flotantes? ¿Un leño? Cuando alargué la mano para tocarlo, cedió como un pato de goma, cedió como la carne.

En una de esas repugnantes epifanías para las que nos preparan las películas y la televisión y las visitas de la infancia a los velatorios para contemplar las encogidas facciones maquilladas de los abuelos muertos, comprendí qué era aquello que flotaba tan inadmisiblemente en la oscuridad. Lo comprendí, y retrocedí horrorizado, asqueado, con la mente abruptamente tironeada en seis direcciones distintas (yo tenía diecinueve años, no era más que un niño, un chaval, y he aquí que en el espacio de cinco minutos había matado a un tipo grasiento y ahora chocaba con el cadáver de otro, hinchado de agua), pensando: Las llaves, las llaves, ¿por qué demonios tenía que haber perdido las llaves? Trastabillé hacia atrás, pero el lodo se aferró a mis zapatillas deportivas, me arrebató una, y, perdiendo el equilibrio, de repente caí de bruces en la negra masa flotante, manoteando desesperadamente mientras evocaba la imagen de las ranas y las apestosas ratas almizcleras revolcándose en la marea negra de sus propios jugos delicuescentes. ¡Aaaaarrrgh! Salí disparado del agua como un torpedo, el cadáver giró sobre sí mismo mostrando una barba llena de musgo y unos ojos fríos como la luna. Debí de gritar, agitándome allí, entre las hierbas, porque de pronto las voces a mi espalda volvieron a avivarse.

—¿Qué ha sido eso?

—Son ellos, son ellos: ¡ellos intentaron… *violarme*! —Sollozos.

La voz de un hombre, con el acento monótono del medio oeste:

—¡Hijos de puta, os mataremos!

Ranas, grillos.

Luego otra voz, áspera, con un dejo del Lower East Side de Manhattan, comiéndose las palabras:

—¡Hijoputa!

Reconocí el virtuosismo verbal del malvado chico grasiento con botas de ingeniero. A pesar del diente roto, de la zapatilla perdida, del fango, los líquidos viscosos y cosas peores que me empapaban, de estar agachado entre las hierbas, aguantando la respiración, esperando a que me apalizaran total y definitivamente, aunque acababa de abrazar a un fétido y espeluznante cadáver de tres días, a pesar de todo eso, de repente, sentí una ráfaga de alegría y reivindicación: ¡El hijo de la gran puta estaba vivo! Pero al instante se me helaron las tripas. «Salid de ahí, hijos de puta, maricones!», gritó el malvado tío grasiento. Soltó tacos hasta quedarse sin

aliento.

Los grillos empezaron de nuevo, luego las ranas. Me quedé aguantando la respiración. Súbitamente se produjo un sonido entre los juncos, un silbido, un chapoteo: ¡plaf, plaf! Estaban lanzando piedras. Las ranas se callaron. Me protegí la cabeza con las manos. Silbido tras silbido, ¡plaf, plaf! Un trozo de feldespato del tamaño de una bola de billar rebotó en mi rodilla. Me mordí un dedo.

Fue entonces cuando se acordaron del coche. Escuché un portazo, una palabrota, y luego oí cómo hacían añicos los faros; casi era un sonido alegre, festivo, como cuando se descorchan botellas. Y luego vino la resonancia metálica de los guardabarros, metal contra metal, y después el estrépito glacial de los parabrisas. Avancé palmo a palmo, primero a gatas, luego arrastrándome, apretando el abdomen contra el lodo, pensando en las guerrillas y los comandos de *Los desnudos y los muertos*. Aparté la hierba y miré el aparcamiento entornando los ojos.

Las luces del segundo coche —un Trans-Am— seguían encendidas, bañando la escena en una misteriosa iluminación teatral. Blandiendo la llave de tuerca, el tío grasiento golpeaba la puerta del Bel Air de mi madre como un demonio vengador mientras su sombra subía por los troncos de los árboles. ¡Zas, zas! ¡Zas, zas! Los otros dos tíos —unos tipos rubios, con chaquetas del club estudiantil— le ayudaban con ramas de árboles y pedruscos del tamaño de calaveras. Uno de ellos recogía botellas, piedras, lodo, envolturas de caramelos, condones usados, tapas de botellas de refrescos y otras porquerías y lo tiraba todo por la ventanilla del conductor. Pude ver a la zorra, una bombilla blanca detrás del parabrisas del Chevy del 57. «Bobbie», lloriqueaba haciéndose oír por encima de los golpes, «*vámonos*.»

El chico grasiento se detuvo un momento, apuntó para darle un buen trastazo a la luz trasera izquierda, y luego lanzó la llave de tuerca al centro del lago. Después, puso en marcha el coche y se largaron.

Una cabeza rubia le dijo que sí a la otra cabeza rubia. Una le dijo algo a la otra en una voz demasiado baja para que yo la escuchara. Probablemente pensaron que ayudando a aniquilar el coche de mi madre habían cometido una imprudencia, y pensaron también que había tres chicos malos vinculados con ese mismo coche, observándolos desde el bosque. Tal vez también concibieron otras posibilidades: la policía, el calabozo, jueces, reparaciones, abogados, padres airados, la censura de su club estudiantil. Sea lo que fuere lo que pensaron, de pronto dejaron caer las ramas, las botellas y los pedruscos y corrieron hacia su coche, al unísono, como si formara parte de una coreografía. Cinco segundos. Eso fue lo que tardaron. El motor rugió, las ruedas rechinaron, una nube de polvo se levantó del aparcamiento lleno de surcos, y luego volvió a depositarse en la oscuridad.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, inmerso en la atmósfera pestilencial de la descomposición, con la chaqueta pesándome más que un oso, y el lodo primigenio

amoldándose sutilmente a mi ingle y a mis testículos. Me dolía la mandíbula, sentía punzadas de dolor en la rodilla, me escocía el coxis. Me pasó por la cabeza la idea de suicidarme, me preguntaba si tendría que ponerme una prótesis dental, buscaba en los recovecos de mi cerebro alguna excusa que dar a mis padres: un árbol se había desplomado sobre el coche, el camión de una panadería chocó de lado con nosotros, alguien chocó con nosotros y se dio a la fuga, unos vándalos se cebaron en el automóvil mientras jugábamos al ajedrez en casa de Digby. Luego pensé en el hombre muerto. Probablemente era la única persona en el planeta que estaba metida en un lío mucho peor que el mío. Pensé en él, en la niebla sobre el lago, los inquietos insectos zumbando, y sentí el zarpazo del miedo, sentí cómo la oscuridad abría sus fauces dentro de mí. ¿Quién era, me pregunté, aquella víctima del tiempo y de las circunstancias que flotaba tristemente en el lago, a mis espaldas? Sin duda era el propietario de la moto, otro chico malo, más viejo que nosotros, que había terminado así. Acribillado a balazos durante un turbio asunto de drogas, ahogado borracho mientras se divertía en el lago. Otro titular. Mi coche estaba destrozado; él estaba muerto.

Cuando la mitad oriental del cielo pasaba del negro a un azul intenso, y los árboles empezaron a separarse de las sombras, me levanté del fango y salí al descampado. Para entonces los pájaros habían empezado a relevar a los grillos, y el rocío salpicaba las hojas. Había un olor en el aire, puro y dulce a la vez, el olor del sol inflamando los capullos y haciéndolos florecer. Contemplé el coche. Yacía allí como los restos de un accidente en la carretera, como una escultura de acero que había sobrevivido a una civilización desaparecida. Todo estaba tranquilo. Eso era la naturaleza.

Estaba dando vueltas alrededor del coche, aturdido y desaliñado como el único superviviente de un bombardeo aéreo, cuando Digby y Jeff salieron de entre los árboles que estaban detrás de mí. Digby tenía la cara manchada de tierra; la chaqueta de Jeff había desaparecido y del hombro de su camisa colgaba un jirón. Atravesaron el aparcamiento encorvando los hombros, parecían avergonzados, y sin hablar se pusieron a mi lado y miraron boquiabiertos el automóvil destrozado. Nadie dijo nada. Al cabo de un rato, Jeff abrió la puerta del conductor y empezó a quitar los cristales rotos y las porquerías del asiento. Miré a Digby. Se encogió de hombros.

—Menos mal que no rajaron los neumáticos —dijo.

Era verdad: los neumáticos estaban intactos. No había parabrisas, los faros estaban rotos, y la carrocería, como si hubiera pasado por el martillo de una feria del condado donde cada mazazo cuesta veinticinco centavos, pero los neumáticos estaban llenos de aire hasta la presión reglamentaria. Podíamos conducir el coche. En silencio, los tres nos metimos dentro para quitar el fango y las astillas de vidrio de la tapicería. No dije nada del motociclista. Cuando terminamos, metí la mano en el

bolsillo para coger las llaves, sentí una desagradable punzada en la memoria, me maldije a mí mismo, y empecé a buscar entre las hierbas. Casi enseguida las descubrí, a sólo un metro y medio de la puerta abierta, destellando como joyas en la primera flecha de luz solar. No había motivos para ponernos filosóficos: me senté al volante y arranqué el motor.

En ese preciso instante entró ruidosamente en el aparcamiento el Mustang plateado con las calcomanías de llamaradas. Los tres nos quedamos paralizados; entonces Digby y Jeff entraron en el coche dando sendos portazos. Vimos el Mustang balanceándose y meneándose encima de los surcos hasta que por fin se detuvo de un frenazo al lado de la motocicleta abandonada al otro lado del aparcamiento.

—Vamos —dijo Digby.

Yo vacilaba, con el Bel Air ronroneando debajo de mí.

Del Mustang salieron dos chicas. Tejanos estrechos, tacones de aguja, cabelleras como pelaje congelado. Se inclinaron sobre la moto, iban de acá para allá sin rumbo, y luego fueron hasta donde crecían los juncos formando una cerca verde alrededor del lago. Una de ellas hizo bocina con las manos: «¡Al!», gritó. «¡Oye, Al!»

—Vamos —susurró Digby—. Larguémonos.

Pero era demasiado tarde. La segunda chica ya atravesaba el aparcamiento, inestable en lo alto de sus tacones, alzando la mirada hacia nosotros de vez en cuando. Era la mayor —tendría veinticinco o veintiséis años— y cuando se acercó pudimos ver que algo le pasaba: estaba colocada o borracha, avanzaba tambaleándose y agitando los brazos para recuperar el equilibrio. Me aferré al volante como si fuera la palanca de eyección de un jet en llamas, y Digby escupió mi nombre, dos veces, brusco e impaciente.

—Hola —dijo la chica.

La miramos como zombies, como veteranos de guerra, sordomudos como esos vendedores ambulantes de chucherías que recorren las mesas de los cafés.

Sonrió con sus labios agrietados y secos.

—Oíd —dijo, agachándose para mirar por las ventanillas—, ¿habéis visto a Al? —Sus pupilas eran puntas de alfileres, sus ojos, de vidrio. Indicó violentamente con la cabeza—. Aquélla es su moto…, la de Al. ¿Lo habéis visto?

Al. No sabía qué decir. Quería salir del coche y vomitar. Quería regresar a casa de mis padres y meterme en la cama. Digby me dio un codazo en las costillas.

—No hemos visto a nadie —dije.

La chica parecía reflexionar, extendiendo un delgado brazo venoso para apoyarse en el coche.

—No importa —dijo, con lengua estropajosa—, ya aparecerá.

Y entonces, como si acabara de darse cuenta del espectáculo —el coche destrozado y nuestras caras magulladas, la desolación del lugar—, dijo:

—¡Eh, parece que sois unos chicos bastante malos!… ¿Habéis estado peleando, verdad?

Miramos al frente, rígidos como catalépticos. Ella se puso a buscar en su bolsillo y masculló algo. Finalmente nos ofreció un puñado de pastillas envueltas en celofán:

—¿Qué tal una fiestecita?, ¿queréis tomar algunas de éstas conmigo y con Sarah?

Simplemente me la quedé mirando. Pensé que iba a echarme a llorar. Digby rompió el hielo.

—No, gracias —dijo, inclinándose sobre mí—. Otro día.

Puse el coche en marcha y palmo a palmo avanzó gimiendo, soltando astillas de vidrio como un perro viejo cuando se sacude el agua después de un baño, saltando en los surcos encima de sus amortiguadores gastados, saliendo lentamente hacia la carretera. Hubo un destello de sol sobre el lago. Miré hacia atrás. La chica todavía estaba allí parada, mirándonos, con un hombro caído, la mano extendida.

Traducción de Manuel Pereira

JAMAICA KINCAID

La mano

En vacaciones me dejaban quedar en la cama hasta el momento en que mi padre se iba a trabajar. Los días laborables él salía de casa con el último tañido de las siete de la campana de la iglesia anglicana. Despierta en el lecho, yo oía todos los ruidos que mis padres hacían arreglándose para la jornada. Mientras mi madre le preparaba el desayuno, mi padre se afeitaba, utilizando la brocha de afeitar que tenía el mango de marfil y la navaja que hacía juego; después se encaminaba al pequeño cobertizo que había construido afuera como cuarto de baño, para bañarse rápidamente con el agua que mi madre, siguiendo sus instrucciones, había dejado toda la noche al sereno. De ese modo el agua estaba muy fría, y él creía que el agua fría le fortalecía la espalda. Si yo hubiera sido varón habría recibido el mismo tratamiento, pero como era niña, y encima iba al colegio sólo con otras niñas, mi madre siempre agregaba al agua de mi baño cierta cantidad de agua caliente, para quitarle el frío. Los domingos por la tarde, mientras yo estaba en la escuela dominical, mi padre tomaba un baño caliente; se llenaba la bañera hasta la mitad con agua normal, y luego mi madre le añadía un gran caldero de agua en la que acababa de hervir corteza y hojas de laurel. El único motivo para poner allí la corteza y las hojas era que a mi padre le gustaba el olor. Se pasaba horas sumergido en aquel baño, estudiando sus papeletas de quiniela o dibujando modelos de muebles que pensaba fabricar. Cuando yo regresaba de la escuela dominical, teníamos la cena de los domingos.

Mi madre y yo solíamos bañarnos juntas. A veces era un baño corriente, que no llevaba mucho tiempo. Otras veces era un baño especial, para el que en el mismo gran caldero hervía cortezas y hojas de distintos árboles, junto con toda clase de aceites. Nos metíamos en aquel baño en una habitación oscurecida, con una vela que ardía desprendiendo un extraño perfume. Sentadas en él, mi madre me lavaba diferentes partes del cuerpo; a continuación hacía lo mismo con el suyo. Aquellos baños los tomábamos después de que mi madre hubiera hecho consultas con su *mama obeah*,[9] así como con su madre y con una amiga de confianza, y las tres hubieran confirmado que, por el cariz de ciertas cosas relacionadas con nuestra casa —el modo en que un leve arañazo en mi empeine se había convertido primero en una pequeña lastimadura, después en una lastimadura grande, y lo que había tardado en sanar; la manera en que un perro conocido de mi madre, y un perro pacífico, además, se había vuelto contra ella y la había mordido; cómo un cuenco de porcelana que mi madre había tenido toda la vida y pensaba llevarse a la otra, había resbalado de pronto de sus diestras manos y se había hecho pedazos del tamaño de granos de sal; cómo unas palabras dichas en broma a una amiga habían sido completamente mal interpretadas

—, una de las numerosas mujeres que mi padre había amado, con la que nunca se había casado pero con la que había tenido hijos, estaba tratando de hacernos daño a mi madre y a mí invocando en contra nuestra a los malos espíritus.

Cuando me levantaba, ponía al sol la ropa de mi cama y mi camisón para que se oreasen, me cepillaba los dientes, me lavaba y me vestía. Entonces mi madre me daba el desayuno, pero como durante mis vacaciones no tenía que ir al colegio, no estaba obligada a engullir un enorme desayuno de gachas, huevos, una naranja o medio pomelo, pan con mantequilla y queso. Podía librarme con sólo un poco de pan con mantequilla y queso, y gachas y cacao. Pasaba el día siguiendo a mi madre de aquí para allí y observando cómo hacía cada cosa. Cuando íbamos a la tienda de comestibles, me indicaba el motivo de cada compra. Me mostraba una barra de pan o una libra de mantequilla desde no menos de diez puntos de vista diferentes. Cuando íbamos al mercado, si ese día quería comprar cangrejos le preguntaba al vendedor si eran de la zona de Parham, y si él decía que sí mi madre no compraba. En Parham estaba la leprosería, y mi madre estaba convencida de que los cangrejos no se alimentaban de otra cosa que de la comida de los platos de los propios leprosos. Por lo tanto, si nos comíamos los cangrejos no tardaríamos en volvernos leprosos y vivir miserablemente en la colonia.

¡Qué importante me sentía allí, junto a mi madre! Pues muchas personas, con su mercancía y provisiones expuestas delante de ellas, parecían renacer cuando la veían acercarse y se esforzaban por llamar su atención. Se zambullían debajo del mostrador para sacar géneros todavía mejores que los que tenían a la vista. Se sentían defraudados cuando ella alzaba un artículo en el aire, lo examinaba volviéndolo hacia un lado y otro, y luego, frunciendo el gesto, decía: «No me convence», y dando media vuelta se alejaba en dirección a otro puesto, para ver si alguien que la semana pasada le había vendido unas deliciosas cristofinas tenía algo igualmente sabroso. Cuando les daba la espalda, quedaban asegurándole en alta voz que la siguiente semana esperaban tener colocasias, ocumos o lo que fuera, y mi madre decía «Ya veremos», en tono de incredulidad. Si después íbamos al puesto del señor Kenneth, no nos llevaba sino unos minutos, porque él sabía exactamente lo que mi madre quería y siempre lo tenía listo para ella. El señor Kenneth me conocía desde que yo era muy pequeña, y siempre me recordaba los mohines que había hecho la primera vez que me dio un trozo de hígado crudo que había reservado para mí. Era una de las pocas cosas que me gustaba comer, y por añadidura a mi madre le encantaba verme comer algo que era tan bueno, y me explicaba detalladamente los efectos que el hígado crudo tendría sobre los glóbulos rojos de mi sangre.

Regresábamos a casa andando bajo el caliente sol de media mañana, generalmente sin incidentes. Cuando yo era mucho más pequeña, en frecuentes ocasiones en que iba andando al lado de mi madre, ella me había cogido de repente y

me había envuelto en su falda y me había arrastrado como si tuviera gran prisa. Yo oía una voz alterada diciendo cosas feas, y después, cuando la voz irritada quedaba atrás, mi madre me liberaba. Ni mi madre ni mi padre soltaron nunca prenda o me hablaron siquiera del asunto, pero no tuve más que sumar dos más dos para saber que se trataba de una de aquellas mujeres que mi padre había amado y con las que había tenido un hijo, o hijos, ninguna de las cuales le perdonaba haberse casado con mi madre y haberme tenido a mí. Una de aquellas mujeres que siempre estaban tratando de hacernos daño a mi madre o a mí, y que debían haber amado mucho a mi padre, pues ninguna de ellas intentó jamás hacerle daño a él, y cuando él pasaba al lado de una de ellas por la calle era como si nunca se hubiesen conocido.

Cuando llegábamos a casa, mi madre se ponía a preparar la comida (sopa de calabacines con costrones de pan, fritura de plátanos con pescado salado cocido en antroba y tomates, o un ajiaco, dependiendo de lo que hubiera encontrado ese día en el mercado). Mientras mi madre pasaba de una cacerola a otra, revolviendo aquí, añadiendo algo allí, yo le pisaba los talones. Cuando metía la cuchara en una cosa u otra para comprobar si estaba correctamente sazonada, me dejaba probar a mí también y me preguntaba qué me parecía. No porque necesitara en realidad mi opinión, pues me había dicho muchas veces que mis papilas gustativas no estaban aún completamente desarrolladas, sino simplemente para que yo tomara parte en todo. Mientras preparaba la comida, mi madre se ocupaba también de la colada. Si era un martes, y había puesto almidón al agua de la ropa de color, yo iba tras ella llevándole el canasto con las pinzas. Mientras ella iba colgando las prendas de color almidonadas en la cuerda, la ropa blanca se blanqueaba en el pilón de piedra. Era un hermoso pilón que le había construido mi padre: un enorme círculo de piedras, de unos quince centímetros de alto, en mitad del patio abierto. Allí se esparcía la ropa blanca enjabonada: a medida que el sol la secaba, eliminando las manchas, había que remojarla con cubos de agua. En época de vacaciones lo hacía yo en su lugar. Mientras yo la mojaba, mi madre venía detrás de mí instruyéndome sobre cómo empapar bien todas las prendas, mostrándome cómo dar vuelta una camisa para que también las mangas quedaran expuestas al sol.

Durante el almuerzo, mis padres hablaban de las casas que mi padre tenía que construir; del disgusto que se había llevado con un aprendiz o con el señor Oatie; de lo que les parecía mi escolaridad hasta el momento; de lo que pensaban del bullicio que armaban el señor Jarvis y sus amigos durante varios días, cuando se encerraban en casa del señor Jarvis a beber y a comer pescado que habían pescado ellos mismos, y a bailar con la música de un acordeón que tocaban por turnos. Hablaban y hablaban. Yo volvía la cabeza alternativamente de uno al otro, observándolos. Cuando mis ojos se posaban en mi padre, su aspecto no me decía gran cosa. Pero cuando se posaban en mi madre, ¡qué bella la encontraba! Su cabeza parecía hecha para lucir en una

moneda de seis peniques. Tenía un hermoso y largo cuello, y el largo cabello en forma de trenzas que se enroscaba en la parte posterior de la cabeza, porque cuando se lo dejaba suelto le daba mucho calor. Su nariz tenía el aspecto de una flor a punto de abrir. Su boca, que se abría y cerraba mientras ella comía y hablaba al mismo tiempo, era tan bonita que de ser preciso no me habría importado quedarme mirándola para siempre. Era una boca ancha y de labios más bien finos, y cuando pronunciaba ciertas palabras mostraba fugazmente parte de los grandes dientes blancos, grandes y perlados como los preciosos botones de uno de mis vestidos. Yo no prestaba atención a lo que decía durante aquellas conversaciones entre ellos. Ella lo hacía reír mucho. No podía decir una palabra sin que él estallara en carcajadas. Comíamos, yo recogía la mesa, le decíamos adiós a mi padre al marcharse a trabajar, yo ayudaba a mi madre a lavar los platos y después nos disponíamos a pasar la tarde.

Cuando mi madre, a los dieciséis, y después de pelearse con su padre, abandonó su casa en la Dominica para venirse a Antigua, metió todas sus cosas en un inmenso baúl de madera que había comprado en Roseau por cerca de seis peniques. Pintó el baúl por fuera de amarillo y verde, y lo forró por dentro con un papel de empapelar paredes lleno de rosas estampadas sobre fondo crema. Dos días después de dejar la casa de su padre, se embarcó en una lancha para Antigua. Era una embarcación pequeña, y normalmente el viaje habría durado día y medio, pero se desató un huracán y la lancha estuvo perdida en el mar durante casi cinco. Para cuando arribó a Antigua, la embarcación estaba prácticamente deshecha, y aunque dos o tres de los pasajeros se ahogaron al caer por la borda y parte de la carga fue arrebatada por las aguas, mi madre y el baúl se salvaron. Y ahora, veintiséis años más tarde, aquel baúl se guardaba debajo de mi cama y en su interior había cosas que me habían pertenecido, empezando desde que nací.

Estaba el camisón blanco de algodón, con ribete festoneando las mangas, el cuello y el dobladillo y florecillas blancas bordadas en la pechera: la primera prenda que llevé de recién nacida. Me lo había hecho mi madre, y una vez, al pasar por allí, me mostró incluso el árbol debajo del cual lo había cosido. Había pañales, con vainica también hecha por mi madre; unas calzas blancas de lana, con chaqueta y gorro a juego; había una manta blanca de lana y una igualmente blanca de franela de algodón; había una capota lisa de hilo con adornos de encaje; estaba mi vestido de bautismo; también dos de mis biberones: un biberón corriente, y el otro semejando una barca, con una tetilla en cada extremo; estaba el termo en el que mi madre ponía el té que supuestamente ejercía en mí un efecto sedante; estaba el vestido que lucí en mi primer cumpleaños: de algodón amarillo, con la pechera verde fruncida; y el de mi segundo cumpleaños: de algodón rosa con la pechera verde fruncida; había también una fotografía mía en mi segundo cumpleaños, con el vestido rosa y mi primer par de pendientes, una cadena alrededor del cuello y un par de brazaletes, todo hecho

especialmente de oro de la Guayana Británica; estaba el primer par de zapatos que me quedaron pequeños desde que aprendí a andar; el vestido con que fui por primera vez al colegio y el primer cuaderno en el que escribí; las sábanas de mi cuna y las de mi primera cama; mi primer sombrero de paja, mi primera cesta de paja —decorada con flores— que mi abuela me había enviado desde Dominica; y estaban mis certificados escolares, mis diplomas al mérito del colegio y los de la escuela dominical.

De cuando en cuando, mi madre escogía algún lugar de la casa para hacer una buena limpieza. Si yo me encontraba en casa en una de esas ocasiones, estaba —como siempre— con ella. Cuando le tocaba al baúl yo lo pasaba en grande, pues después de haber sacado todas las cosas del interior para ventilarlas, y de haber cambiado las bolas de naftalina, las reintegraba al baúl, y con cada cosa que sostenía en la mano antes de guardarla me refería alguna historia relacionada conmigo. A veces yo la conocía de primera mano, pues recordaba perfectamente la ocasión; a veces, lo que me contaba había ocurrido cuando yo era demasiado pequeña para recordar algo; y a veces era algo de cuando yo todavía no había nacido. En cualquier caso, yo sabía exactamente lo que iba a contarme, porque lo había escuchado ya muchas veces, pero nunca me cansaba de oírlo. Por ejemplo, las flores del camisón, la primera prenda que vestí en mi vida, no habían sido colocadas correctamente, porque cuando mi madre las estaba bordando yo había pateado tanto que su pulso no había estado firme. Decía mi madre que generalmente yo le hacía caso cuando me ponía a patalear en su panza y ella me decía que me quedase quieta, pero que aquella vez no. Cuando me contaba aquel episodio, sonreía y me decía: «¿Te das cuenta?: ya entonces eras díscola». A mí me encantaba pensar que, aun antes de haberme visto el rostro, mi madre me hablaba del mismo modo en que lo hacía ahora. Mi madre hablaba y hablaba. No había episodio de mi vida que fuera tan falto de importancia como para que ella no hubiera tomado nota de él, y dejara de contármelo ahora una y otra vez. Yo me sentaba a su lado y ella me mostraba el mismísimo vestido que llevaba el día en que mordí a otra niña de mi edad, con la que estaba jugando. «Tu etapa mordedora», la llamaba. O el día en que me advirtió que no jugase alrededor del brasero (pues a mí me gustaba canturrear en voz baja y bailar en torno del fuego). Dos segundos después caía yo sobre los carbones encendidos y me quemaba los codos. Mi madre lloró cuando comprobó que no había sido nada grave, y ahora, al contármelo, besaba las pequeñas cicatrices oscuras que me habían quedado.

Mientras ella me contaba aquellas historias, yo a veces estaba sentada a su lado, apoyada contra ella, o bien arrodillada a su espalda y reclinada sobre su hombro. Cuando hacía esto último, le olisqueaba ocasionalmente el cuello, o detrás de la oreja, o el cabello. Ella olía unas veces a limón, otras a salvia, a veces a rosas, otras veces a laurel. En algunas ocasiones dejaba de oír lo que ella estaba diciendo; me dedicaba sólo a mirar aquella boca que se abría y cerraba sobre las palabras, o a mirarla reír.

Qué horrible, pensaba yo, debía de ser para cualquier persona no tener quien los quisiera tanto, ni a quien querer tanto. Mi padre, por ejemplo. Sus padres, cuando él era pequeño y después de darle un beso de despedida, lo habían dejado con su abuela, habían embarcado en un navio y habían partido para Sudamérica. No había vuelto a verlos, si bien ellos le escribían y le enviaban regalos: paquetes de ropa para su cumpleaños y en Navidad. Desarrolló, pues, un gran afecto hacia su abuela, y ella lo quería, lo cuidaba y trabajaba duro para mantenerlo bien alimentado y vestido. Desde el principio durmieron en la misma cama, y continuaron haciéndolo siendo él ya un muchacho crecido. Cuando ya había dejado el colegio y empezado a trabajar, todas las noches, después que él y su abuela habían acabado la cena, mi padre salía a visitar a sus amigos. Regresaba a casa a eso de medianoche y caía dormido al lado de su abuela. Por la mañana, la abuela se despertaba alrededor de las cinco y media, un cuarto de hora antes que mi padre, le preparaba el baño y el desayuno y disponía todo lo necesario para que a las siete en punto pudiera cruzar la puerta y encaminarse al trabajo. Una mañana, sin embargo, se quedó dormido porque su abuela no lo llamó. Al despertar, la encontró tendida a su lado. Cuando intentó despertarla, no pudo. Había muerto a su lado en algún momento de la noche. Aunque abrumado por la pena, le construyó el ataúd y se ocupó de que tuviera un hermoso entierro. No volvió a acostarse en aquel lecho, y al poco tiempo se mudó de casa. Tenía entonces dieciocho años.

La primera vez que mi padre me contó aquella historia, me arrojé en sus brazos cuando terminó y nos pusimos a llorar los dos, él sólo un poco y yo a mares. Era un domingo por la tarde; él, mi madre y yo habíamos ido de paseo al jardín botánico. Mi madre se había apartado para observar una especie rara de cardo, y ambos la vimos inclinarse sobre los arbustos para ver mejor y extender la mano para tocar las hojas de la planta. Cuando retornó a donde estábamos y vio que los dos habíamos estado llorando, empezó a mostrarse muy preocupada, pero mi padre se apresuró a contarle lo que había pasado y ella se rió de nosotros y nos llamó tontitos. Pero a continuación me cogió en brazos y dijo que yo no tenía que preocuparme de que ella fuera a irse en un barco, o a morirse, y dejarme sola en el mundo. Pero desde entonces, siempre que veía a mi padre sentado a solas con una expresión abstraída en el rostro, me sentía llena de compasión hacia él. Había estado solo en el mundo todo aquel tiempo, puesto que su madre se había ido en un barco con su padre, sin haber vuelto a verla nunca, y encima su abuela muriéndose a su lado en el lecho en mitad de la noche. Era más de lo que cualquiera merece soportar. Yo le quería mucho y deseaba tener una madre que darle, pues, por más que mi propia madre lo amase, jamás podría ser lo mismo.

Cuando mi madre terminaba con el baúl y yo había vuelto a oír una vez más cómo había sido y quién me había dicho tal cosa y en qué punto de mi existencia, me

daba la merienda: una taza de cacao y un panecillo con mantequilla. Para entonces mi padre había regresado del trabajo y tomaba la suya. Mientras mi madre iba de aquí para allí preparando la cena, recogiendo ropa del pilón de piedra o descolgando prendas de la cuerda, yo me sentaba en un rincón del patio abierto a observarla. Jamás estaba quieta. Sus poderosas piernas la llevaban de un lado del patio a otro, y adentro y afuera de la casa. A veces me llamaba para que fuera a traerle un poco de tomillo o de albahaca, pues cultivaba todas las hierbas que consumía en unas pequeñas macetas que conservaba en un rincón de nuestro pequeño huerto. A menudo, cuando yo le daba las hierbas, se inclinaba para besarme en los labios y después en el cuello. Tal era el paraíso en el que yo vivía.

El verano del año en que cumplí los doce, me di cuenta de que había crecido: la mayor parte de la ropa ya no me servía. Cuando conseguía que un vestido me bajara por la cabeza, la cintura apenas me quedaba más abajo del pecho. Me había vuelto zanquilarga, el cabello se me había puesto más rebelde que nunca, me habían aparecido unos mechones de pelo debajo de los brazos y cuando transpiraba el olor era extraño, como si me hubiese convertido en un extraño animal. No hice ningún comentario, y mi madre y mi padre no parecieron advertirlo, porque tampoco ellos dijeron nada. Hasta entonces, mi madre y yo nos habíamos hecho muchos vestidos de la misma tela, si bien los suyos eran diferentes, de un estilo más de adulto, con cuello barco o escote de novia y falda plisada o al bies, en tanto que los míos eran de cuello alto y cerrado, ruedo ancho y, desde luego, una cinta ciñendo el talle y atada en un lazo a la espalda. Un día, mi madre y yo habíamos salido a comprar el material con que hacernos vestidos nuevos para su cumpleaños (el regalo habitual de mi padre), cuando de pronto vi una tela: una de fondo amarillo, con unas figuras de hombre en traje anticuado sentados al piano y notas musicales esparcidas alrededor de cada uno. Inmediatamente dije lo mucho que me gustaba aquella tela y lo bonita que en mi opinión luciría sobre nosotras, pero mi madre replicó:

—Nada de eso. Ya estás demasiado grandecita. Es tiempo de que lleves tu propia ropa. No puedes pasar el resto de tu vida pareciendo una copia mía en pequeño.

No sería exagerado decir que me sentí como si me faltara el suelo bajo los pies. No era sólo lo que había dicho, era cómo lo había dicho. Sin el acompañamiento de una risita. Sin inclinarse a darme un beso en mi pequeña frente húmeda (porque súbitamente me sentí sofocada de calor, después fría, y todos mis poros debían haberse abierto, pues los fluidos simplemente manaban de mi cuerpo). Al final, yo tuve mi vestido con los hombres tocando el piano y mi madre uno con enormes flores de hibisco, rojas y amarillas; pero nunca pude ponerme el mío ni ver a mi madre en el suyo sin sentir amargura y odio, dirigidos no tanto a mi madre, supongo, como a la vida en general.

Como si aquello no hubiese sido bastante, mi madre me informó de que estaba a

punto de convertirme en una jovencita, de modo que había unas cuantas cosas que tendría que empezar a hacer de otra manera. No me dijo qué era exactamente lo que me hacía estar a punto de convertirme en una jovencita, de lo que me alegré mucho, pues no quería saberlo. Con la puerta cerrada, me coloqué desnuda delante del espejo y me examiné de pies a cabeza. Era tan larguirucha y esmirriada que el espejo se me acababa y mis pequeñas costillas presionaban contra la piel. Yo intentaba aplastar mi rebelde cabello contra la cabeza para que me quedara alisado, pero no bien me lo soltaba volvía a quedarme levantado. Me vi aquellos manojos de pelo debajo de los brazos. Y a continuación me examiné atentamente la nariz. De pronto se me había desparramado por la cara, borrándome casi las mejillas, apoderándose de todo mi rostro de tal modo que, si no hubiera sabido que era yo la que estaba allí, me habría preguntado quién era aquella chica desconocida. Y pensar que hacía muy poco mi nariz había sido una cosa pequeña, del tamaño de un capullo de rosa… Pero ¿qué podía hacer? Pensé en rogarle a mi madre que le pidiera a mi padre que construyera un torno especial para colocarme de noche antes de dormir y que seguramente me impediría crecer. Estaba a punto de hacerlo, cuando recordé que unos días antes le había pedido, en mi tono más dulce y zalamero, que revisásemos el baúl. Una persona a quien no reconocí me contestó en un tono que no reconocí: «¡Nada de eso! Tú y yo ya no tenemos tiempo para esa clase de cosas». ¿Que si me volvió a faltar el suelo bajo los pies? Tendría que responder que sí y de nuevo no estaría exagerando nada.

Debido a aquel asunto de ser una jovencita, y en lugar de pasar los días en perfecta armonía con mi madre, yo siguiendo sus pasos y ella derramando sus besos, su afecto y su atención sobre mí, empezaron a mandarme a aprender esto y aquello fuera de casa. Me enviaron a una señora que lo sabía todo en materia de modales y sobre cómo saludar y tratar a las personas importantes de este mundo. Aquella mujer pronto me pidió que no volviese, porque mi irresistible tendencia a hacer un ruido como el de un pedo cada vez que debía efectuar una reverencia hacía reír mucho a las otras chicas. Me mandaron a tomar lecciones de piano. La maestra de piano era una arrugada solterona de Lancashire, Inglaterra, y no tardó en pedirme que no volviese, porque al parecer yo no podía resistirme a comer algunas de las ciruelas que ella colocaba en un cuenco encima del piano por meras razones decorativas.

En el primer caso le conté a mi madre una mentira: le dije que la maestra de buenos modales había encontrado que los míos no necesitaban ser mejorados, de modo que no había necesidad de que fuera más. Aquello la puso muy contenta. En el segundo caso, no había nada que hacerle, tenía que enterarse. Cuando la maestra de piano le contó mi comportamiento, mi madre se dio vuelta y se apartó de mí, y tuve la impresión de que si alguien le hubiese preguntado en aquel preciso momento quién era yo, probablemente habría respondido «no lo sé».

Fue algo realmente nuevo para mí: mi madre disgustada, dándome la espalda. Es

verdad que antes de eso ya no me pasaba el día entero al lado de mi madre, que la mayor parte del día estaba en el colegio, pero también es cierto que antes de aquello de ser una jovencita podía sentarme a pensar en mi madre, verla hacer una cosa u otra, y que siempre mostraba una sonrisa cuando me miraba. Ahora siempre la veía con la comisura de los labios caída, mostrándome su desaprobación. ¿Y por qué se tomaba tan a pecho lo de mi nueva condición? Le dio por enfatizar que algún día yo tendría mi propio hogar y que podría querer que fuera diferente al suyo. Una vez, mientras me mostraba una manera de acomodar la ropa blanca en el armario, dio unas palmaditas a las sábanas dobladas en su sitio y dijo:

—Desde luego que en tu propia casa podrás guardarla de otra manera.

Que pudiera realmente llegar el día en que viviésemos separadas era algo que yo jamás había creído. Me dolió la garganta de contener las lágrimas amontonadas. En ocasiones, las dos olvidábamos el nuevo estado de cosas y actuábamos como en los viejos tiempos. Pero eso no duraba mucho.

En medio de tantos cambios, había olvidado que en septiembre iba a entrar en un colegio diferente. Tenía, pues, un montón de cosas que hacer, con vistas al colegio. Tenía que ir a la costurera a que me tomara las medidas para los nuevos uniformes, dado que mi cuerpo había dejado en ridículo las anteriores. Tenía que adquirir zapatos, el sombrero del colegio y una cantidad de libros nuevos. En el nuevo colegio necesitaba un cuaderno diferente para cada asignatura, y además de lo de costumbre —inglés, aritmética, etcétera— ahora tenía que aprender latín y francés, y asistir a clases en el recién construido pabellón de ciencias. Aquel colegio nuevo empezaba a atraerme. Tenía la esperanza de que allí todo el mundo fuera también nuevo, de que no hubiera nadie conocido. En ese caso, podría darme aires: podría decir que era algo que no fuera, y nadie se daría cuenta.

El domingo previo al lunes en que empezaba en mi nuevo colegio, mi madre se enfadó por cómo yo había hecho mi cama. En el centro de mi colcha, mi madre había bordado una fuente repleta de flores, con un papagayo en cada extremo. Yo había colocado la colcha torcida, de modo que el bordado no había quedado en el centro de la cama, como correspondía. Mi madre armó un alboroto al respecto, y yo comprendí que tenía razón y lamenté mucho no haber hecho el pequeño esfuerzo necesario para complacerla. Ella dijo que últimamente me había vuelto descuidada, y yo no pude sino asentir en silencio.

Regresé a casa de la iglesia, y mi madre parecía continuar enfadada por lo de la colcha, así que procuré evitarla. Por la tarde, a las dos y media, me fui a la escuela dominical. Me dieron el certificado como la mejor discípula del grupo de estudio de la Biblia. Fue una sorpresa que me lo dieran aquel día, aunque conocíamos el resultado de un examen realizado semanas antes. Regresé a casa corriendo, con el certificado en la mano, sintiendo que con aquel premio reconquistaría a mi madre,

que era una oportunidad para que volviera a sonreírme.

Cuando llegué, entré corriendo al patio llamándola, pero no obtuve respuesta. Entonces entré en la casa. Al principio no oí nada. Después escuché unos sonidos que venían del cuarto de mis padres. Pensé que mi madre debía de estar allí. Al llegar a la puerta, vi que mi madre y mi padre se encontraban acostados en el lecho. No me interesó lo que hacían, excepto que la mano de mi madre estaba sobre la parte estrecha de la espalda de mi padre, y describía un movimiento circular. ¡Pero qué mano! Una mano blanca y descarnada, como si llevara mucho tiempo muerta y hubiera sido dejada a merced de los elementos. No parecía su mano, y sin embargo sólo podía ser la suya, conociéndola yo tan bien. Describía sin parar el mismo movimiento circular, y yo la observaba como si jamás en la vida fuese a ver otra cosa. Aunque olvidase todas las demás cosas del mundo, no podría olvidar aquella mano y su aspecto en aquel momento. Me di cuenta, asimismo, de que los sonidos que había oído eran los besos que ella le estaba dando a mi padre en las orejas, en la boca y en el rostro. Los estuve mirando no sé cuánto tiempo.

La siguiente vez que vi a mi madre, yo estaba de pie junto a la mesa, que acababa de poner para la cena haciendo un ruido tremendo al sacar cuchillos y tenedores del cajón, para que mis padres supieran que estaba en casa. Había puesto la mesa y me hallaba próxima a mi silla, un poco inclinada sobre la mesa, con la mirada fija en nada en particular y tratando de no hacer caso de la presencia de mi madre. Aunque no recordaba que nuestras miradas se hubieran encontrado, estaba bastante segura de que ella me había visto desde el dormitorio, y no sabía qué iba a decir en el caso de que ella lo mencionara. En vez de esto, mi madre dijo, en un tono que era en parte de enfado y en parte de otra cosa:

—¿Vas a pasarte el día ahí parada, sin hacer nada?

La otra cosa era una novedad: jamás lo había escuchado en su tono hasta entonces. No podría decir qué era exactamente, pero sé que me impulsó a replicar al tiempo que la miraba directamente a los ojos:

—¿Y por qué no?

El modo en que le hablé debió de causarle una considerable sorpresa. Nunca hasta entonces le había dado una mala contestación. Me miró, y a continuación, en lugar de soltarme una respuesta violenta que me pusiera en mi sitio, bajó los ojos y se alejó. Vista de espaldas, me resultaba pequeña y cómica. Iba con los brazos colgando a los costados. Tuve la convicción de que no volvería a permitir que aquellas manos me tocasen; estaba segura de que no podría dejar que volviera a besarme. Todo aquello había terminado.

Me sorprendió poder tragar la comida, pues todo en ella me recordaba cosas que habían ocurrido entre mi madre y yo. En tiempos ya muy lejanos, cuando yo no me comía la carne aduciendo que no podía masticar tanto, ella masticaba primero los

trozos en su boca y luego me los pasaba. En la época en que me repugnaban las zanahorias al punto de que me ponía a llorar con sólo verlas, mi madre buscaba toda clase de modos de hacerlas apetitosas para mí. Ahora todo aquello se había acabado. No creía que fuera a recordar ninguna de aquellas cosas con afecto. Observé a mis padres. Mi padre tenía el aspecto de siempre, comiendo como de costumbre, con sus dos hileras de dientes postizos resonando como los cascos de un caballo que se lleva al mercado. Nos estaba obsequiando con una de sus historias acerca de cuando era joven y jugaba al criquet en una u otra de las islas. Lo que decía en aquel momento debía de ser gracioso, porque mi madre no paraba de reír. Él no parecía notar que a mí no me causaba efecto alguno.

Después, mi padre y yo salimos a dar nuestro acostumbrado paseo vespertino de los domingos. Mi madre no vino con nosotros. No sé qué se quedó haciendo en casa. Durante el paseo, mi padre intentó cogerme de la mano, pero yo me aparté, haciéndolo de modo que se diera cuenta de que ahora me consideraba demasiado crecida para eso.

El lunes fui a mi nuevo colegio. Me pusieron en una clase con chicas a las que no había visto nunca. No obstante, algunas habían oído hablar de mí, pues yo era la menor de todas y se me consideraba muy inteligente. Me gustó una chica llamada Albertina y otra llamada Gweneth. Para cuando acabó la jornada, Gwen y yo estábamos mutuamente cautivadas, de modo que abandonamos el colegio del brazo.

Cuando llegué a casa, mi madre me saludó con el beso y el interrogatorio de costumbre. Le narré toda la jornada, esforzándome para proporcionarle detalles agradables y omitiendo, desde luego, toda alusión a Gwen y a los poderosos sentimientos que me inspiraba.

Traducción de Héctor Silva

Como la vida

A todo el mundo le gusta el circo.
¡Payasos! ¡Elefantes! ¡Caballos! ¡Cacahuetes!
A todo el mundo le gusta el circo.
¡Acróbatas! ¡Equilibristas! ¡Camellos! ¡La banda de música!
Suponte que tuvieras que elegir entre ir al circo
o pintar un cuadro. ¿Qué elegirías?
Elegirías el circo.
A todo el mundo le gusta el circo.

V. M. Hillyer y E. G. Huey, *A Child's History of Art*

Todas las películas de aquel año trataban sobre gente con placas en la cabeza: espíritus de otra galaxia que se reúnen de noche en un pueblo de veraneo y se apoderan de todos sus habitantes; de todos excepto del hombre con la placa en la cabeza. O: una chica con una placa en la cabeza pasea por la playa y cree que es otra persona. Las olas arrojan las pruebas a la orilla. Hay marineros. O: una mujer sueña con una preciosa casa en la que no vive nadie y un día pasa delante de esa casa: cúpula, tejado a dos aguas y porche. Se dirige hacia la casa, llama a la puerta y le abre lentamente ¡ella misma!, una mujer sonriente que es su réplica exacta. Lleva una placa en la cabeza.

Era como si la vida se hubiera convertido en eso. Había salido repentinamente de sí misma, como un bicho.

El deshielo de febrero otorgaba a la ciudad el húmedo rezumar de una herida. Había mucha gente resfriada; en el metro todos tosían. Las aceras aparecían alfombradas por la espuma de escupitajos verdosos, y bajo los pórticos, portales y las paradas de autobús se cobijaban los Rosies. Así les llamaban, hombres sin trabajo, mujeres y niños con granos como calabazas o fiebres altas, miradas implorantes de odio y labios hinchados y amoratados, como rígidas bocas dibujadas. Los Rosies vendían flores: primorosos tulipanes, lirios en flor. Casi nadie compraba. Los pocos que lo hacían eran también Rosies que intercambiaban una flor por otra, hasta que uno de ellos, una mujer o un niño, moría en la calle y los demás le rodeaban en un corro de lamentaciones durante las oscuras horas del día, que nunca era día sino noche.

Fue en aquel año cuando se declaró ilegal que los que vivían en pisos o casas no tuvieran televisor. El gobierno alegó la imperiosa necesidad de transmitir

automáticamente, de transmitir a toda costa, la información importante, información necesaria para la supervivencia. Estaba en peligro la civilización, se decía. «Nosotros sí que estamos en peligro», dijeron otros, que habían llegado a la conclusión de que les espiaban, les controlaban, que lo que habían imaginado de pequeños (que la gente de la televisión los veía) era ahora una realidad. El aparato debía permanecer conectado el día entero, manteniendo la antena de plástico en forma de V…, en señal de victoria o de paz, nadie lo sabía muy bien.

Mamie empezó a sufrir insomnio. Desconfiaba de todo, incluso de sus propias palabras; demasiados avances. Objetos implantados en el cuerpo (implantes, pendientes, anticonceptivos) como parabólicas, captando mensajes, sustituyendo las propias palabras con otras, dando instrucciones. Nunca se sabe. Abres la boca y puede traicionarte con mentiras, con despistes, con actitudes y palabras que no son tuyas. Lo que digas puede tratarse perfectamente de viejos programas de radio saliendo de los empastes de las muelas o llamadas de taxi alojadas en el pabellón de la oreja. Lo que describes como real puede ser una fotografía, una imagen de la revista *Life* que te obligan a vivir e imitar. Incluso, tal vez, los cuerpos enteros estén en manos de un ventrílocuo. Más o menos. Te sientas en el regazo de algo y te limitas a mover la boca. Podrías tener miedo. Podrías tener miedo de que alguien te obligara a tener miedo: un nuevo miedo, como el de un gastrónomo, la paranoia de un paranoico.

Esto no era el futuro. Era lo que convivía contigo en casa.

Mamie vivía en la trastienda de lo que había sido un salón de belleza reformado: techo metálico, hedor a trementina y lava-cabezas de más. De noche, su marido, un pintor poco reconocido, caprichoso y con el aliento siempre apestando a cerveza, se acostaba a su lado, acurrucado contra ella, y roncaba con indiferencia. Ella cerraba los ojos. *Con todo lo que hay en el mundo para amar*, empezaba una oración de su infancia. ¿Todo lo que hay?

La presionaba con sus huesos.

El radiador se sacudía y escupía. El calor aleteaba como pájaros subiendo por las tuberías.

Permanecía despierta. Cuando conseguía dormir, soñaba con el fin de la vida. Iba a algún sitio, iba al lugar donde se suponía que debía morir, que estaba bien. Siempre iba en grupo, como si fuera un simulacro de incendio o un viaje de estudios. ¿Podemos morir aquí? ¿Ya hemos llegado? ¿Por dónde podemos ir?

También estaba el sueño de la casa. Siempre el sueño de la casa, como la película del sueño de la casa. Encontraba una casa, llamaba a la puerta, se abría lentamente, oscuridad, y luego se detenía, su doble la saludaba flotando en el aire, como una lámpara de araña.

Muerte, decía su esposo, Rudy. Guardaba una pequeña hacha debajo del colchón,

por si había intrusos. *Muerte*. El año pasado había ido al médico para que le examinara el cuello y un lunar que tenía en la espalda; los observó como si fueran las figuras del test de Rorschach, en busca de cualquier anomalía. Le extirpó el lunar y lo puso en un frasco de patólogo; flotaba como un diminuto animal marino. Y cuando examinó el cuello, anunció «precáncer», como si de un secreto o un signo del zodíaco se tratara.

—¿Precáncer? —repitió ella con tranquilidad, porque era una mujer tranquila—. ¿No es eso… como la *vida*?

Estaba sentada y él de pie. Jugueteaba con el alcohol y las bolas de algodón que guardaba en unos botes que parecían de cocina, la harina y el azúcar del mundo de la medicina.

La sujetó por la muñeca y respondió escuetamente:

—Es *como* la vida, pero no es *necesariamente* vida.

Había una verja de hierro forjado todo alrededor y la puerta estaba cerrada con llave, pero lo primero que vio fue el comedero de pájaros, los brazos de madera, la boca abierta de los tablones sostenida sobre un único pie. Se acercaba el día de San Valentín, una mañana húmeda y desapacible, y se dirigía hacia una inmobiliaria, otra distinta en esta ocasión, cercana a la parada de la línea F situada en la Cuarta con Smith, desde donde se divisa la Estatua de la Libertad. De camino se detuvo ante una casa que tenía un comedero de pájaros. ¡Un comedero de pájaros! Y un árbol delante, un roble alto como una torre de más de ciento cincuenta años. Una maestra de escuela había llevado a su clase hasta allí para ver el árbol y vio cómo lo señalaba y les decía a sus alumnos:

—Hace ciento cincuenta años. ¿Quién sabe decirme cuándo fue eso?

Pero de entrada fue el comedero de pájaros: una cruz que acababa en un refugio con tejado a dos aguas…, un espantapájaros desnudo adornado con líneas horizontales, como una casa de Frank Lloyd Wright o un motel alpino, con el alféizar de madera repleto de semillas de mijo. Sobre la nieve moteada del suelo había diminutos recipientes llenos de mantequilla de cacahuete. Una ardilla casquivana, saltando y deteniéndose de forma espasmódica, levantaba los recipientes para olerlos y acto seguido mordisqueaba su contenido. En el comedero había un par de palomas… sin techo, de cuello grueso, gárgolas municipales; y allí ¿no había también un gorrión? ¿Y un piñonero?

La casa era una de las de verdad, de las pocas que quedaban en Nueva York. Una muestra del gótico eduardiano en decadencia, coronada por una cúpula que en su día estuvo pintada de color gris plateado y que hoy se descascarillaba. Había un porche y una celosía de madera trabajada…, el tipo de casa adonde uno iría a tomar lecciones de piano, si es que alguien las tomaba todavía, una casa perfecta para una funeraria. Estaba comprimida entre dos locales: la inmobiliaria y una lavandería.

—¿Busca un piso de un solo dormitorio? —preguntó la agente.

—Sí —respondió Mamie, aunque de pronto le parecía algo que era demasiado pequeño y al mismo tiempo un imposible. La agente lucía el cabello y el maquillaje típicos de la mujer que ha vivido siempre en Nueva York, una mujer que siempre sabe exactamente cómo anudarse un pañuelo al cuello. Mamie observó el pañuelo de la mujer, estudiando la geometría exacta de los pliegues y la posición del nudo. Si acababa operándose tendría que aprender a hacerlo para camuflar las cicatrices de su cuello. Sombrero, pañuelo, una pizca de carmín, pastillas mentoladas en la boca: al fin y al cabo, todo el mundo en Nueva York ocultaba alguna cosa.

La agente de la inmobiliaria cogió un formulario y un bolígrafo.

—¿Nombre?

—Mamie Cournand.

—¿Cómo? Mejor será que lo rellene usted.

Era muy similar a los formularios que ya había rellenado en otras agencias. Qué tipo de piso busca, cuánto puede pagar, cómo lo pagará…

—¿Qué significa ilustradora histórica infantil? —preguntó inexpresiva la agente —. Si no le molesta que le pregunte.

—Trabajo en una serie de publicaciones históricas, en realidad son libros de imágenes, para ni…

—¿Es autónoma? —Miró a Mamie, dubitativa, desconfiada y luego con simpatía, como animándola a ser franca.

—Para la McWilliams Company. —Empezó a mentir—. Tengo oficina allí. La dirección está escrita aquí. —Se incorporó de la silla para enseñárselo.

La agente se apartó bruscamente.

—Ya me oriento —dijo.

—¿Se orienta?

—No es necesario que me lo señale. ¿Son los teléfonos de casa y del trabajo? ¿Su edad…? Olvidó poner la edad.

—Treinta y cinco.

—Treinta y cinco —repitió, escribiendo—. Parece más joven. —Miró a Mamie —. ¿Cuánto está dispuesta a pagar?

—Hum, hasta novecientos más o menos.

—Buena suerte —bufó, y sin levantarse del sillón con ruedecitas, rebuscó en el archivo, extrajo una carpeta de papel manila y la abrió. Colocó el formulario de Mamie encima.

—Ya no estamos en los ochenta, me imagino que lo sabe.

Mamie se aclaró la garganta. Notaba aún la herida sin cicatrizar de la espalda.

—No ha pasado tanto tiempo. Es decir, muy pocos años.

Era consciente de que su mirada de miedo y cobardía asomaba de nuevo a sus

ojos. Con el miedo se le ponía cara de niña…, odiaba que le pasara eso. De pequeña, escuchaba como si estuviera afligida y nunca hablaba a no ser que le preguntaran directamente. En el instituto era la típica estudiante que se angustiaba por tener que ir a la cafetería. A menudo se quedaba en su habitación tomando té frío instantáneo y estofado.

—Vive aquí al lado. —La agente se movía a sus espaldas—. ¿Por qué quiere mudarse?

—Me separo de mi marido.

La sonrisa cambió.

—*¿En estos días y a esta edad?* Buena suerte. —Se encogió de hombros y dio media vuelta para buscar de nuevo en los archivos. Hubo un largo silencio, la agente de la inmobiliaria sacudía la cabeza.

Mamie estiró el cuello.

—Me gustaría ver qué tiene, de todos modos.

—No tenemos nada. —La agente cerró de golpe el cajón del archivador y dio media vuelta—. Pero siga intentándolo. Es posible que mañana entre algo. Nos enviarán algunos listados.

Llevaban catorce años casados y casi diez viviendo en la zona sur de Brooklyn. En su día había sido un vecindario tan irlandés que hasta finales de los cincuenta los niños habían jugado a fútbol en la calle y hablado en gaélico. Cuando llegaron ella y Rudy, el barrio estaba lleno de italianos que apenas si sabían italiano y que asomaban la cabeza desde las ventanas de los clubes privados, gritando «¿Cómo va?». Ahora eran las chicas hispanas las que, vestidas con leotardos de colores vivos, se reunían en las esquinas al salir de clase, fumaban y *barrían* las calles. *Barrían,* decían todos. Los artistas habían tomado el barrio y también poblaban las calles actores poco reconocidos, yonkies y Rosies desesperados. *Cuidado,* decía el chiste, *con los aspirantes a actores*.

El antaño salón de belleza de Mamie y Rudy tenía una puerta con candado y rejas en las ventanas. El interior conservaba las paredes originales de color lavanda y los adornos dorados. En un extremo de la vivienda habían acondicionado el dormitorio en lo alto y en el otro tenían estanterías, caballetes, lienzos y una mesa de dibujo. Apilados contra la pared, junto a la puerta, se hallaban los enormes cuadros de perros gruñendo y Vírgenes Marías de Rudy. Tenía una serie de cada y esperaba exponerlos, antes de morir, *antes de que me pegue un tiro en la cabeza al cumplir los cuarenta*. Hasta entonces se dedicaba a pintar pisos o a pedirle dinero prestado a Mamie. Únicamente era responsable de una factura, la de los servicios públicos, y más de una vez había tenido que salir corriendo a interceptar a los empleados de la compañía eléctrica, armados con botas y cascos, dispuestos a cortar la luz. «Aquí no te aburres nunca», decía Rudy, dinero en mano. En una ocasión intentó pagar la factura con dos

pequeñas naturalezas muertas.

—No piensas en el mundo real, Rudy. Allí fuera existe un mundo real. —Ella presentía que en él sólo una delgada línea separaba la cordura del encanto—. Un mundo real a punto de explotar.

—¿Crees que me importa que el mundo *explote*? —Su cara se ensombreció—. ¿Crees que no lloro cada jodido día pensando en esos Rembrandt del Metropolitan y lo que les pasará si eso sucede?

—Hoy he ido a una inmobiliaria, Rudy.

Probablemente, se había comportado como una soñadora inconsecuente durante todo su matrimonio. Para que el amor dure es imprescindible tener ilusiones o no tener ninguna. Pero había que elegir. Lo que complicaba las cosas era cambiar constantemente de bando.

—¿Otra vez? —suspiró Rudy, con ironía pero dolido.

En su día el amor había sido como magia. Y ahora parecían simples trucos. ¡Tenías que aprender sus juegos de manos, sus comentarios mordaces, sus avemarías y a superar obstáculos! A pesar de la mierda que había entre ellos, de las épocas en que no se habían sentido comprometidos, de la ira, de las ausencias toleradas, cuando la acuciaba la soledad, ella siempre había vuelto junto a él. Él confiaba en ese ¡abracadabra! Pero el tedio volvía de nuevo. ¿Era posible vivir con la excelencia muerta de algo…, con la estúpida mortaja de un cuerpo, con la cáscara reseca de donde había salido arrastrándose el amor? Él creía que sí.

El televisor se encendió automáticamente, uno de los anuncios del gobierno: hermosas parejas dando fe de su imperecedera devoción, cuerpos imperecederos. «Somos los Imperecederos», decían, y abrazaban a sus hijos, unos niños pecosos que jugaban con muñecos de ojos de cristal. Imperecedero, decía el anuncio. Sé imperecedero.

—No lo soporto —dijo Mamie—. No soporto ni a nuestro hermano ni a nuestra hermana. No soporto ni a nuestra madre ni a nuestro hijo. No soporto los anuncios de Imperecederos. No soporto lavarme el pelo con lavavajillas, ni lavar los platos con champú barato, porque estamos demasiado arruinados o desorganizados o deprimidos para disponer de las dos cosas al mismo tiempo.

Siempre se habían conformado. En lugar de papel higiénico, utilizaban servilletas con motivos festivos, servilletas de cóctel con poinsettias dibujadas. A Rudy le enviaron por error una caja enorme, con una bandeja, llena de esas servilletas. En lugar de toallas, utilizaban alfombras de baño. Alfombras y servilletas con poinsettias. Habían comprado jabón de oferta con frases en la etiqueta del tipo *Sé delicado y no necesitarás ser fuerte*.

—Es como si estuviéramos en un campamento, Rudy. ¡Esto es un campamento! —Intentaba recurrir a algo que él comprendiera—. Mi trabajo. Esto está afectando a

mi trabajo. ¡Mira esto! —Y se acercaba a la pequeña mesa de dibujo para mostrarle el boceto a medio terminar de las semillas de maíz Squanto. Buscaba una metáfora nuclear: un hombre blanco aprendiendo a sembrar cosas que luego brotarían; el hombre blanco emocionado con la siembra—. Parece un sapo.

—Parece un *catcher* del Boston Red Sox. —Rudy sonrió. ¿Sonreiría ella? Prosiguió entre serio y burlesco—: La perspicacia y la generosidad siempre están en guerra. Debes decidir si quieres ser musa o artista. Una mujer no puede ser ambas cosas.

—No puedo creerte —dijo ella, contemplando el apartamento con mirada acusadora—. Esto no es vida. Es otra cosa. —Y aquel lugar poco iluminado le devolvió la mirada, dolido, un viejo salón de belleza reflejando el fracaso ajeno.

—Olvídate de lo de Squanto —dijo compasivo—. Tengo una idea para ti. Llevo el día entero dándole vueltas: un libro infantil titulado *Demasiadas lesbianas*. —Empezó a gesticular—. Lesbianas en los arbustos, lesbianas en los árboles… *Encuentra a las lesbianas*…

—Voy a tomar un poco el aire —replicó ella, cogió el abrigo y salió apresurada. Ya anochecía, gris como el zinc y frío, una fina capa de hielo se formaba en los charcos de la calle. Pasó corriendo junto a los temblorosos Rosies que se apiñaban en la esquina, recorrió a toda prisa seis manzanas en zigzag para ver de nuevo el comedero de pájaros. Dicen que si visitas un lugar de noche, lo haces tuyo.

Cuando llegó, la casa estaba a oscuras, como aguantando la respiración para no hacer ruido y que nadie la descubriera. Acercó la cara a la verja, a los duros cilios de hierro forjado, y suspiró, anhelando otra existencia, la de una mujer que viviera en una casa como aquélla, con su encantador tejado abuhardillado, sus cuidadas habitaciones. Recelaba de su propia vida, como los ingenieros aeronáuticos reticentes a volar en los aviones que han diseñado porque temen morir víctimas de su propia charlatanería.

El comedero de pájaros estaba ahí, alto como un policía. No había pájaros.

—No deberías irte. Siempre acabas volviendo —musitaba Rudy. *El turista y su desesperación*, dijo en una ocasión. Era el título de una de sus obras. Una de un perro gruñendo dando brincos sobre un sofá.

Miró por la ventanita que había junto a la cama, un trozo de cielo y una estrella diminuta, un asterisco que la conducía por un instante hacia una explicación…; la noche le regalaba una nota a pie de página. Él la abrazó, la besó. La cama era el único lugar donde a ella le parecía que no imitaba a nadie. Después de quince años había presenciado todo tipo de imitaciones —amigos, padres, actores de cine— hasta que empezó a asustarse, como si él fuera muchas personas a la vez, personas para ir cambiando, sin grandes apuros, como se haría con los canales de la televisión, una mente enloquecida por el cable. Era Jimmy Stewart. Era Elvis Presley.

—¿Eran divertidos tus padres cuando eras niño? —le preguntó.

—*¿Mis padres?* Bromeas —respondió él—. De vez en cuando *memorizaban* algo. —Era Dylan tocando la armónica. Natural, totalmente natural. Era James Cagney. También adoptaba el aspecto de una mezcla musical que él denominaba Smokey Robinson Caruso.

—¿No crees que tendríamos unos hijos preciosos? —Ahora era Rudy, adormilado, retirándole el flequillo de los ojos.

—Serían nerviosos y dementes —murmuró ella.

—Estás obsesionada con la salud.

—Tal vez también harían imitaciones.

Rudy le besó el cuello, las orejas, el cuello otra vez. Ella tenía que escupir a diario en un recipiente que guardaba en el baño y llevarlo a la clínica con regularidad.

—Crees que ya no nos queremos —dijo él.

Podía ser tierno. Aunque a veces era tosco, se colocaba sobre ella con una fuerza que no dejaba nunca de sorprenderla, quería hacer el amor y la llenaba de besos empujándola contra la pared: *vamos, vamos*; aunque sus cuadros eran cada vez más violentos, torbellinos de hombres calenturientos vestidos con traje y sodomizando animales: *es lo que pienso de los yuppies, ¿vale?*; aunque cuando iban a un restaurante la machacaba con sus miradas de disgusto mientras ella, dolorosamente aburrida, contemplaba absorta su plato…; allí desnudo, mirándolo abiertamente, podía ser un marido tierno.

—Lo crees, pero no es cierto.

Conocía sus pequeñas mentiras desde hacía años, indoloras en su mayor parte, fruto de la vanidad y las dudas, aunque a veces alimentadas simplemente por el deseo de ocultarse de cosas cuya verdad requería un gran esfuerzo de imaginación. Conocía exactamente su modo de contar siempre las mismas anécdotas de su vida, una y otra vez, cambiando algún detalle en cada ocasión, exagerando o contradiciéndose a veces con un propósito concreto —su autorretrato como Genio por Descubrir— y otras aparentemente sin ninguno. Una vez le dijo: «A un palmo de la puerta hay un carrito de la compra vacío atrancado contra la puerta», a lo que ella respondió: «Rudy ¿cómo puede estar a un palmo de la puerta y a la vez atrancado contra ella?».

«Estaba lleno de periódicos y latas, cosas así. No lo sé.»

Era incapaz de decir en qué momento empezó a zozobrar el amor entre ellos, cuánto tiempo llevaba jadeando tristemente sobre su propia tumba de rabia y obligación. Habían pasado juntos un tercio de sus vidas…, un tercio, el tiempo que se dedica al sueño. Era el único hombre del mundo que decía encontrarla guapa. Y se había encariñado de ella, la había amado, incluso cuando tenía veinte años y le aterrorizaba el sexo, cuando no se atrevía ni a moverse, fuera por educación o por timidez. La había ayudado. Más tarde aprendió a ansiar con desespero la esencia

drogada del sexo: las ceremonias y los besos necesarios parecían sólo eso, necesarios, para llegar a las drogas. Pero todo había sido con Rudy, siempre con él. «Ahora estamos conchabados de verdad», proclamó ella exultante el día que se casaron. «No me sienta bien estar conchabado», dijo él, sin tan siquiera cogerla. «Prefiero hacerme un tatuaje.»

Los besos se convirtieron en desengaño; los alimentaba la tristeza, empujándoles hacia algún lugar. La ciudad se debatía y el mundo alrededor se apagó. Rudy se dedicó a pintar a sus Vírgenes Marías haciendo pucheros, a abrir latas de cerveza y a mirar películas antiguas en la tele. «*Eres feliz hasta que dices que eres feliz. Y luego dejas de serlo*. Bonnard. El gran pintor de la felicidad que de tanto expresarla acaba matándola.»

Tal vez ella había creído que la vida le proporcionaría algo más duradero, más pleno que el amor sexual, pero no fue así, no exactamente. Durante un tiempo se había sentido como una de las chicas de la esquina de la calle: un mundo de leotardos y drogas…, drogas ansiadas a toda costa y conseguidas con excesiva rapidez.

—¿No crees que nuestro amor es muy especial? —preguntó Rudy. Pero ella no creía en el amor especial. Al igual que se anhela el viento en invierno y a pesar del mundo práctico que la rodeaba, creía en un único tipo de amor, el que se encuentra en el arte: sólo allí se muere por su causa. Según Rudy, había leído demasiadas novelas, novelas victorianas en las que los niños hablan en subjuntivo. *Te lo tomas demasiado a pecho,* le escribió en una ocasión en que ella marchó a vivir a Boston, con una anciana tía y un bloc de dibujo.

—Nunca moriría por ti —le dijo ella en voz baja.

—Seguro que sí —dijo Rudy. Suspiró y volvió a acostarse—. ¿Quieres un vaso de agua? Bajo y te lo traigo.

A veces su matrimonio era como un santo guillotinado que siguiera andando kilómetros por la ciudad portando su cabeza en las manos. A menudo tenía pensamientos en los que se imaginaba que el apartamento era pasto de las llamas. ¿Qué se llevaría? ¿Qué cosas se llevaría con ella para iniciar una nueva vida? La idea la estimulaba. *Te lo tomas demasiado a pecho*.

En el sueño de la casa, cruza la verja, pasa junto al comedero de pájaros y llama a la puerta. Se abre lentamente y entra, entra y sigue, hasta que es ella misma quien abre la puerta, desde el otro lado y preguntándose quién pudo haber llamado.

—*Muerte* —repitió Rudy—. Muerte a causa de un holocausto nuclear. Todo el mundo tiene sueños de este tipo. Excepto yo. Yo tengo pesadillas desconcertantes relacionadas con cortes de pelo horribles y que estoy en una fiesta y no conozco a nadie.

Por la mañana, el sol entraba a raudales por la ventana situada junto a la cama. En invierno había más luz en el interior porque la nieve depositada sobre el alero

reflejaba la luz del sol, arrancando destellos granates de la alfombra y dibujando rayas en la cama. Un gato callejero al que habían dado cobijo y comida ganduleaba en el alféizar. Le llamaban Comilón o Bill de los Baskerville y Rudy, de vez en cuando, se mostraba cariñoso con él, lo levantaba muy alto para que husmeara sobre las estanterías y olisqueara el techo, cosa que le encantaba. Mamie había esparcido comida de pájaros sobre la nieve para atraer a las palomas, para que el gato se entretuviera observándolas desde la ventana cuando estaba dentro. Televisión para gatos. Sabía que Rudy odiaba las palomas, sus patas de lagarto y su cerebro de mosquito, su particular torpeza bovina. Admiraba a su amigo Marco, que había colocado rejas metálicas en el aparato de aire acondicionado para evitar que las palomas se posaran en él.

Normalmente Mamie era la primera en levantarse, la que preparaba el café, la que primero descendía sin hacer ruido por aquellos peldaños improvisados claveteados en el tabique de madera lateral, la que pululaba por la cocina, calentaba el agua, lavaba las tazas, servía el café, preparaba el zumo y lo subía todo a la cama. Desayunaban así, por eso las sábanas estaban llenas de manchas.

Pero hoy, como siempre que temía que ella le abandonara, Rudy abandonó desnudo las sábanas antes que ella, realizó un salto acrobático desde las alturas del dormitorio y aterrizó en el suelo con un ruido sordo. Mamie observaba su cuerpo: larguirucho, orejas grandes; la espalda, los brazos, las caderas. Nadie menciona jamás las caderas de los hombres, ese par de robustas sillas de montar. Se puso unos calzoncillos tipo bóxer.

—Me gusta esta ropa interior —dijo—. Me siento como David Niven.

Preparó el café con el agua que guardaban en un cubo de basura de plástico. La repartían así, semanalmente, como agua de seltz, y pagaban veinte dólares por ella. Lavaban los platos con agua del grifo y también se duchaban con ella aun a sabiendas de que, según los médicos del gobierno, corrían el riesgo de sufrir erupciones cutáneas. En una ocasión en que Mamie se duchó y se frotó enérgicamente con una vieja esponja vegetal, sin estar al corriente del aviso especial que acababan de emitir por radio, salió de la ducha con unas ampollas terribles en los brazos y los hombros: más tarde se enteró de que habían vertido productos químicos en el agua para impedir la propagación de virus procedentes de las pulgas de las ratas de cloaca. Se untó la piel con mayonesa, era lo único que tenían, y las ampollas reventaron revelando debajo una piel rosada como el jamón.

Exceptuando el placer que le proporcionaba que Rudy le subiese el café —era como un regalo—, odiaba aquel lugar. Pero se puede convivir con el odio. Y así lo hacía. Era tan fuerte y tenía aspectos tan distintos…; la mayor parte del tiempo se retiraba para dejar paso. Era pura aversión que enturbiaba, importunaba y se colocaba frente a tu persona, como un niño que quiere algo.

Rudy llegó con el café. Mamie rodó hacia el borde de la cama para cogerle la bandeja de poinsettias mientras él pasaba sobre ella para meterse de nuevo en la cama.

—El hombre del café —dijo ella, intentando parecer alegre, incluso cantarina. ¿Acaso no debía intentarlo? Colocó la bandeja entre ambos, cogió su taza y sorbió el café. Resultaba divertido: cada sorbo era una nueva representación de aquel lugar fétido, volvía a verlo con la mirada de un corazón lleno de cafeína, incluso le parecía bonito. Debía de ser ese extraño cariño repentino que se siente por un lugar odiado antes de abandonarlo. E iba a hacerlo. Otra vez. Convertiría las paredes y los lavacabezas y la suciedad de la trementina en un recuerdo, lo convertiría en el escenario de delitos leves y pensaría en él con un cariño falso, ligero.

Es posible tomarlo todo a la ligera y como una mentira y no volver a saber nunca más lo que fue verdad y se sintió con el corazón.

Llegó el gato y se acurrucó a su lado. Le acarició el pelaje de las orejas, cálido y suave, y le limpió los bigotes. El gato agachó la cabeza y cerró los ojos adormilado, satisfecho. Qué triste, pensó, qué terrible, qué suerte ser un animal y confundir cuidados con amor.

Puso la mano en el brazo de Rudy. Él inclinó la cabeza para besarla pero como era imposible hacerlo sin derramar el café, se incorporó de nuevo.

—¿Te sientes solo alguna vez? —preguntó Mamie. Cada instante de una mañana suponía un enfrentamiento entre el pasado y el futuro para ver quién prevalecía. Apoyó su mejilla en el brazo de él.

—Mamie —dijo él en voz baja, y eso fue todo.

Casi todos sus amigos habían muerto en el transcurso de los últimos cinco años.

Los indios no estaban acostumbrados a las enfermedades que los ingleses llevaron con ellos al Nuevo Mundo. Muchos indios enfermaron. Y a veces morían como consecuencia de la varicela o las paperas. Podía ocurrir que un orgulloso indio se levantara una mañana, se observase en el espejo que había adquirido a un comerciante inglés y viera su cara llena de manchas rojas. El orgulloso indio se enfadaba. Era posible que se diera de cabezazos contra un árbol para mutilarse. O que se lanzara por un precipicio o se arrojara en una hoguera (dibujo).

La agente de la inmobiliaria llevaba un pañuelo distinto: de punto de color turquesa, anudado con lazada larga y envolviendo el cuello a modo de collar.

—Una habitación —dijo rápidamente—. ¿Se contentaría con una habitación?

—No estoy segura —dijo Mamie. Se sentía deprimida y acosada cuando hablaba con alguien elegante y de altos vuelos.

—Bien, pues regrese cuando lo esté —dijo la agente, sin levantarse de la silla y volviendo de nuevo a sus archivos.

Mamie cogió el metro hasta Manhattan. Daría un paseo por las galerías de arte del SoHo después de entregar un manuscrito en la McWilliams Company. Luego regresaría a casa pasando antes por la clínica. Llevaba el recipiente de cristal en el bolso.

En los lavabos de McWilliams se encontró con una secretaria llamada Goz, con la que había hablado alguna vez. Goz estaba frente al espejo pintándose los ojos.

—Hey, ¿cómo estás? —dijo al ver a Mamie.

Mamie se quedó a su lado, se lavó la cara para quitarse de encima la suciedad del metro y hurgó en el bolso en busca de un cepillo.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. —Goz suspiró. En la repisa del lavabo había dos muestras de perfume, rímel y varios tonos de sombra de ojos. Examinó su cara reflejada en el espejo y hundió las mejillas—. He tardado años en conseguir maquillarme así los ojos.

Mamie le sonrió con simpatía.

—Mucha práctica.

—No…, años de *maquillaje*. He dejado que las capas fueran acumulándose.

Mamie se inclinó para cepillarse el cabello cabeza abajo.

—Hmmm —dijo Goz, algo irritada—. ¿Qué has hecho últimamente?

—Otra cosa para niños. Es la primera vez que hago los dibujos *y* el texto. —Mamie se incorporó y echó la cabeza hacia atrás—. Hoy entrego un capítulo para Seth. —El pelo le cayó en la cara y la dejó en penumbra. Parecía una loca.

—Oh. Hmmmm —dijo Goz. Observaba con interés el cabello de Mamie—. Me gusta el pelo bien peinado. No me parece bien que una mujer vaya por ahí como si acabara de acostarse con alguien.

Mamie le sonrió.

—¿Y tú? ¿Sales mucho? ¿Te diviertes?

—Sí —respondió Goz, un poco a la defensiva. Hoy en día todo el mundo se pone a la defensiva en lo que respecta a su vida—. Salgo. Salgo con un *hombre*. Y mis amigas salen con otros *hombres*. Y a veces salimos todos juntos. El problema es que todas somos treinta años más jóvenes que esos tíos. Vamos a un restaurante, o adonde sea, y miro alrededor y veo que todos los hombres salen con mujeres treinta años menores que ellos.

—Banquetes de padre e hija —dijo Mamie, intentando bromear—. En nuestra iglesia había muchos de ésos.

Goz se quedó mirándola.

—Sí —dijo, guardando finalmente sus utensilios de maquillaje—. ¿Sigues con ese chico que vive en un salón de belleza?

—Rudy. Mi marido.

—Lo que sea —dijo Goz, entró en el retrete y cerró la puerta.

Ninguno de los ingleses parecía enfermar. En los poblados indios todo eran murmuraciones. «Estamos muriendo», decían. «Y ellos no. ¿Cómo puede ser?»

Así que el jefe, débil y enfermo, se vistió con la ropa de los ingleses y fue a verlos (dibujo).

—Esto es para Seth Billets —dijo Mamie, entregando a la recepcionista un sobre grande de papel manila—. Dile que me llame si tiene alguna pregunta. Gracias. —Dio media vuelta y abandonó el edificio, utilizando las escaleras en lugar del ascensor. No le gustaba reunirse con Seth. Era hostil y abstracto, y podían apañárselas muy bien por teléfono. «¿Mamie? Buen trabajo», solía decir. «Te devuelvo el manuscrito con mis sugerencias. Pero ignóralas.» Y el manuscrito llegaba tres semanas después con comentarios al margen del tipo *¡Oh, por favor!* y *¡No jodas!*

Compró un periódico y se encaminó hacia las galerías que conocía en Grand Street. Se detuvo en una cafetería de Lafayette. Normalmente pedía un café *y* un té, y también un pastelito de chocolate y nueces, para remediar la tristeza con chocolate y cafeína y transformarla, de ese modo, en ansiedad.

—¿Quiere algo o nada? —le preguntó la camarera.

—¿Cómo? —Asombrada, Mamie pidió una Slenderella.

—Buena elección —dijo la camarera, como si acabara de pasar un examen, y marchó trotando hacia la cocina.

Mamie colocó el periódico en diagonal y lo abrió para leerlo, las páginas venían estoicamente llenas de noticias sobre la guerra de la India y las noticias locales mostraban los cuerpos de las mujeres que semanalmente sacaban de las aguas del Gowanus Canal. Mujeres desaparecidas, con contusiones. Golpeadas y ahogadas. Secretarias, estudiantes y alguna que otra Rosie.

Llegó la Slenderella acompañada por una ensalada de huevo, comió lentamente, disolviendo en la boca la humedad reconfortante de la yema. En la página de necrológicas aparecían muertos de todo tipo, hombres jóvenes, como en una guerra, y siempre al final las palabras: *Sus padres le han sobrevivido*.

Dejó el periódico en la mesa a modo de propina y pasó el resto de la mañana entrando y saliendo de galerías, contemplando obras que le parecían mucho peores que las de Rudy. ¿Por qué aquéllas y no las de su marido? Pintar cuadros era lo único que siempre quiso hacer, pero nadie le ayudaba. Se le notaba la edad en la cara: las mejillas hundidas, la barba salpicada de blanco. De las orejas empezaban a despuntar pelos erizados. Solía acompañarle a las inauguraciones de exposiciones, donde oía a la gente decir cosas increíbles como «¿Sintaxis? ¿No te gusta la *sintaxis*?» o «Ahora ya sabes por qué en la India la gente se muere de hambre… ¡Llevamos una hora esperando que nos traigan el biriyani!». Empezó a marcharse temprano, mientras él seguía deambulando por allí, vestido con pantalones de cuero negro de segunda mano

que le sentaban de muerte, charlando con marchantes, famosos y gente de éxito. Se ofrecía para mostrarles sus diapositivas. O se enfrascaba en sus divagaciones sobre Arte del Desastre Teórico, sobre el modo como cualquiera capaz de describir atrocidades podía evitarlas. «Anticípate, e imita», decía. «Es posible impedir y desalentar un holocausto privándolo de su originalidad; ya basta de libros y teatro y pinturas, se puede cambiar la historia llegando el primero.»

Un marchante de East Village le miró fijamente y dijo: «¿Sabe?, cuando una abeja de la colmena quiere comunicar algo lo hace mediante una danza. Pero si la abeja en cuestión no detiene la danza, las demás la pican hasta causarle la muerte», y acto seguido se volvió y se puso a hablar con otra persona.

Rudy siempre volvía a casa solo, cruzaba el puente lentamente, sin que se hubiera producido ningún cambio en su vida. Ella sabía que su corazón estaba henchido por ese deseo de los que viven en un gueto de pasar de pobre a rico mediante un único y sencillo acto, ese anhelo que agotaba a los pobres…, algo que la ciudad necesitaba: un pobre exhausto. Peinaba los vertederos buscando ropa, libros de arte, trozos de madera con los que construir marcos y bastidores, y llegaba a casa a primeras horas de la mañana con una enorme planta seca recogida entre la basura, un macetero de madera cojo o un pequeño espejo biselado. Por la noche, sin piso alguno que pintar, se adentraba en la ciudad hasta llegar a la esquina de Broadway con Wall y tocaba la armónica a cambio de algunas monedas. Cánticos de marineros y Dylan. A veces algún que otro peatón ralentizaba el paso al oír *Shenandoah*, la tocaba de una forma tan lúgubre que incluso alguno de los que él denominaba «plagiarios de la vida», enfundado en su abrigo beige de cuero, «un tío de esos que tiene el agujero del culo en la manga», interrumpía su hora de la comida para permitir que una parte de sí mismo escuchara; en comunión, en recuerdo de los tiempos pasados. Pero la mayoría pasaba de largo, porque los vagabundos no gustaban, tropezando con la caja de zapatos que Rudy depositaba en la acera para recoger las limosnas. No tocaba mal. Y podía resultar tan atractivo como un actor. Pero loco; había algo en su mirada… De hecho, los locos sentían cierta atracción hacia él, se le acercaban como camaradas obligados a hacerlo, con gritos psicóticos, le daban la mano y le abrazaban mientras tocaba.

Pero la gente con dinero no iba a dárselo a un chico que tocaba la armónica. Un chico con una armónica debía de ser un borracho. Y qué decir de un chico con una armónica y una camiseta estampada con la frase: *Reflexión de un alcohólico: Pienso, luego bebo*. «A veces me olvido», decía Rudy, poco convencido. «A veces me olvido y me pongo esa camiseta.» La gente con dinero se gastaba seis dólares en una copa, pero nunca ochenta centavos para que un chico con una camiseta como aquélla se tomara una cerveza. Rudy volvía a casa con dinero suficiente para comprar un pincel nuevo y con ese pincel nuevo pintaría un cuadro en el que apareciera un puñado de

hombres de negocios sodomizando animales de granja. «Lo mejor de la pintura figurativa», le encantaba decir, «es decidir cómo vestirán los personajes.»

Cuando él y su amigo Marco pintaban pisos conseguían dinero de verdad, libre de impuestos, y se obsequiaban con comida china. Su sociedad de pintura de casas se llamaba Nuestra Meta son las Paredes y regalaban globos a modo de propaganda. Entonces sí que gustaban a los ricos… —«¿Dónde está mi globo, chicos?»—, hasta que descubrían que les faltaba alguna botella o que había llamadas interurbanas desconocidas en la factura del teléfono. Así pues, pocas veces les daban referencias.

Y últimamente le ocurría algo. De noche, más que antes incluso, la acosaba, la forzaba y ella le tenía cada vez más miedo. «Te quiero», murmuraba. «Si supieras cuánto.» La agarraba por los hombros causándole dolor, se pegaba a su boca, le hacía daño. Cuando iban de galerías y museos se burlaba tranquilamente de todas sus opiniones. «No sabes nada de arte», decía, riendo y sacudiendo la cabeza, cuando a ella le gustaba algo que no fuera de Rembrandt, de alguien que él pudiera ver como un competidor, alguien de su misma edad, alguien que fuera una mujer.

Empezó a ir sola, como ahora, cruzaba zumbando las distintas salas de la galería hasta detenerse, largo tiempo, ante el cuadro que le gustaba, ante aquel que más la atraía. Le gustaban las escenas en las que aparecía el mar y algún barco, aunque no había muchas. Casi todo era lo que ella denominaba arte de Etiquetas de Advertencia: *Como un hombre*, decía una. *El amor acaba en odio*, otra.

O iba al cine. Un chico con una placa en la cabeza se enamora de una chica que le desprecia. La secuestra, le da de comer y luego la mata abriéndole la cabeza para ponerle también una placa. Acto seguido la sienta en una silla y pinta su desnudez con acuarelas.

Por la tarde, regresa a casa en metro y le da la impresión de que todos los mendigos tienen la cara de Rudy, se vuelven, la miran de soslayo. Se acercarán a ella de repente, se sentarán a su lado y eructarán, sacarán la armónica y tocarán una vieja canción popular. O se sentarán lejos y simplemente la mirarán. Y ella los mirará de reojo y todos los vagabundos del tren observarán su mirada, tan persistente como el dolor.

Salió en la Cuarta Avenida y entregó el recipiente en la clínica.

—Le enviaremos los resultados por correo electrónico —dijo un joven vestido con un traje plateado, un técnico que la observó con cautela.

—De acuerdo —dijo ella.

Entró en una tienda de la esquina a probarse ropa para consolarse. Ella y Rudy solían hacerlo de vez en cuando, dos jóvenes pobres probándose ropa cara, con el único propósito de demostrar al otro el aspecto que tendrían *si sólo*… Salían de los probadores, saludaban y hacían reverencias, exasperando al vendedor. Devolvían las prendas a las perchas, regresaban a casa y hacían el amor. En una ocasión, antes de

abandonar la tienda, Rudy cogió un traje muy formal de la percha y vociferó: «Yo no voy a estos sitios». Esa misma noche, durante la agonía de una pesadilla, había cogido el hacha que guardaba debajo del colchón y la había levantado hacia ella. «Despiértate», había suplicado Mamie, agarrándole del brazo hasta que lo bajó; él la miraba sin verla, la confusión estrellándose contra el reconocimiento, una superficie rota para respirar.

—Ven aquí —dijo Rudy en cuanto llegó a casa. Había preparado la cena, ensalada de frutas y espinacas y muslos de pavo, que estaban de oferta en Caveman. Estaba algo bebido. Mamie observó que el cuadro en que había estado trabajando representaba un perro gruñendo dando brincos sobre una Virgen María y arrancándole sus pantalones de tirolés…, mala señal. Junto al lienzo, cucarachas aplastadas en el suelo como pastelillos.

—Estoy cansada, Rudy —dijo.

—Vamos. —La putrefacción de su muela mala flotaba hacia ella como una nube. Se apartó de él—. Entonces quiero que después de cenar me acompañes a dar un paseo. Como mínimo. —Eructó.

—De acuerdo. —Se sentó a la mesa y él también. El televisor estaba encendido, un reestreno de *El loco de pelo rojo*, la película favorita de Rudy.

—Vaya loco ese Van Gogh —dijo con voz cansina—. Dispararse en el estómago. Cualquier persona en sus cabales se habría pegado un tiro en la cabeza.

—Naturalmente —dijo Mamie, con la mirada fija en las hojas de espinacas; los trozos de naranja de encima parecían peces de colores muertos. Masticó el muslo de pavo, estaba picante y seco—. Delicioso, Rudy—. *Cualquier persona en sus cabales se habría pegado un tiro en la cabeza*. De postre había una barra de caramelo partida en dos.

Salieron. Anochecía; el sol no se ponía tan rápido como en enero, cuando descendía a la velocidad de una persiana, sino que lo hacía de forma algo más lenta, dejando tras de sí una luz débil y vacilante. Un ojo morado amarilleando. Descendieron juntos la cuesta en dirección al sur de Brooklyn; el color anaranjado anunciaba que muy pronto sería noche cerrada. Parecía que hicieran carreras, primero se adelantaba un poco uno y luego el otro. Pasaron junto a las viejas casas de ladrillo, la iglesia de Santo Tomás de Aquino, la estación de las líneas F y G, ese tren que se decía no iba a ninguna parte porque iba desde Brooklyn hasta Queens, sin pasar por Manhattan; siempre iba vacío.

Siguieron caminando por debajo del tren elevado. Un tren rugió desafiante por encima de sus cabezas. La iluminación de la calle era cada vez más escasa, las casas cada vez más pequeñas, rodeadas por vallas y apretadas entre sí, como los habitantes de un asilo, con la mirada fija en espera de la muerte. Las tiendas que pudiera haber estaban cerradas y oscuras. Un escuálido perro labrador negro olisqueaba las bolsas

de basura, las empujaba con el hocico como si fueran cuerpos muertos a los que hay que dar la vuelta para descubrir el arma del crimen, el picahielos clavado en la espalda. Rudy cogió a Mamie de la mano. Mamie podía sentirla: firme, escamosa, agrietada por la trementina, las uñas surcadas como conchas marinas, los pulgares oscurecidos por accidentes laborales, sangre coagulada en la parte inferior.

—Mírate las manos —dijo Mamie, deteniéndose y exponiéndolas a la luz de una farola. Quedaban todavía rastros de chocolate y él las retiró cohibido para esconderlas en los bolsillos del abrigo—. Deberías utilizar algún tipo de crema, Rudy. Un día de éstos te caerán las manos al suelo.

—Pues no me las cojas.

Estaban frente al Gowanus Canal. El olor frío y amargo de los productos químicos les azotaba la cara.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella. Un hombre enfundado en un abrigo sin botones se acercaba desde el extremo opuesto del puente, cruzó al otro lado y siguió caminando—. ¿Resulta un poco raro, verdad, andar por aquí a estas horas?

Se encontraban en el puente levadizo sobre el canal y se detuvieron. Era extraño, como una pequeña locura, estar allá arriba, mirando hacia abajo en la oscuridad, en un barrio peligroso, como si estuvieran enamorados y acostumbrados a ese tipo de aventuras. A veces parecía que Rudy y ella fueran dos personas tratando de bailar el tango, sudando e intentándolo, incluso después de que la orquesta se hubiera hartado de tocar, mucho después de que todo el mundo hubiera marchado a casa.

Rudy se apoyó en la barandilla del puente y otro tren rugió sobre sus cabezas, uno de la línea F, con su cuadrado de color frambuesa.

—Es el tren elevado más alto de la ciudad —dijo él, aunque el ruido del tren ahogó su voz.

Una vez hubo pasado el tren, Mamie murmuró:

—Lo sé. —Algo pasaba cuando Rudy decidía dar paseos como aquél por Brooklyn.

—¿Qué te apuestas a que hay cadáveres en el río? Seguro que los periódicos aún no han informado de su existencia. ¿Qué te apuestas a que hay gángsters y prostitutas y cuerpos de mujeres que los hombres nunca aprendieron a amar?

—¿Qué estás diciendo, Rudy?

—Te apuesto a que aquí hay más cadáveres —dijo, y por un instante Mamie observó esa ira en su cara que le resultaba tan familiar, aunque desapareció enseguida, como un pájaro, y en aquel momento su cara no fue nada, una estación entre trenes, hasta que sus facciones dibujaron repentinamente su interior y se echó a llorar, escondiendo la cara en las mangas del abrigo, entre sus manos, duras y castigadas.

—¿Qué sucede, Rudy?

Se colocó detrás de él y le abrazó, le abrazó por la cintura y apoyó la mejilla contra su espalda. Tiempo atrás él adoptaba aquella postura para consolarla, épocas en las que él le frotaba la espalda y volvía a conectarla con algo: esas épocas en las que parecía que ella estuviera flotando y viviera muy lejos de allí y en las que él era como un médium que la reclamaba desde la muerte. «Aquí estamos, en la Cueva de los Frotadores de Espaldas», solía decir, cerniéndose sobre ella, tapados ambos con la colcha como en un diminuto y cálido refugio, la infancia volviendo a ella a través de sus manos. La vida era lo suficientemente larga como para poder seguir aprendiendo las cosas otra vez, pensando y sintiendo de nuevo cosas que uno ya sabía.

Tosió y no se volvió.

—Quiero demostrar a mis padres que no soy un mierda.

Cuando tenía doce años su padre se había ofrecido a acompañarle a casa de Andrew Wyeth. «Quieres ser artista, ¿no es eso, hijo? ¡Pues he descubierto dónde vive!»

—Es un poco tarde para preocuparse de lo que nuestros padres piensan de nosotros —dijo ella. Rudy tendía a aferrarse a cosas que no venían a cuento…; el cuento era demasiado espantoso. Rugió otro tren y de las aguas del canal se levantaron oleadas de acidez y azufre—. ¿Qué sucede? De verdad, Rudy. ¿De qué tienes miedo?

—Los Tres Secuaces —dijo—. Pobreza, Oscuridad, Masturbación. Y otros tres. Tedio, Anomia, Miseria. Dame una buena razón para seguir viviendo. —Estaba gritando.

—Lo siento —suspiró. Se apartó de él y sacudió una mota de polvo del abrigo—. Me has pillado en un mal día. —Buscó algún tipo de emoción en su perfil—. Me refiero a que es la vida o nada, ¿verdad? No tienes que amarla, sólo tienes que… —No podía pensar en qué.

—Vivimos en un mundo terrible —dijo él y se volvió para mirarla, melancólico y apenado. Ella captaba el aroma acre y animal que salía de sus axilas. A veces olía así, como un loco. Una vez ella se lo mencionó y él corrió de inmediato al baño a ponerse su colonia y se metió en la cama oliendo como ella. En otra ocasión, se equivocó de botella y se roció el cuerpo entero con Ajax.

—Feliz Día de San Valentín.

—Sí —dijo ella, con miedo creciente reflejado en la voz—. ¿Podemos regresar?

Se sentaría con ellos con gran dignidad y cortesía. «Debéis rezarle a ese dios vuestro que os mantiene sanos. Debéis rezarle para que nos permita vivir. O, si tenemos que morir, podamos ir junto a vuestro dios para que también le conozcamos.» Los ingleses se quedaron en silencio. «Ya veis», añadió el jefe, «rezamos a nuestro dios pero no nos escucha. Hemos hecho algo que le ha ofendido.» Acto seguido el jefe se puso en pie, volvió a casa, se quitó sus ropas inglesas y murió (dibujo).

Goz estaba de nuevo en los lavabos de señoras y sonrió ante la aparición de Mamie.

—¿Vas a preguntarme cómo me va mi vida sentimental? —dijo, de pie ante el espejo y pasándose la seda dental entre los dientes—. Siempre lo haces.

—De acuerdo —dijo Mamie—. ¿Cómo te va tu vida sentimental?

Goz siguió arriba y abajo con la seda, hasta acabar con la tarea.

—No tengo vida sentimental. Tengo algo *como* una vida.

Mamie sonrió. Pensó en lo agradable que debía de ser hallarse pacíficamente libre de amor, del amor y sus deseos implícitos; un marido y una esposa como dos colegas del ejército contándose anécdotas y apostando en los campeonatos nacionales de béisbol.

—Es puro, franco y amistoso. Café y nada de pasión. Deberías probarlo. —Entró en uno de los retretes y corrió el pestillo—. Ya no hay nada seguro hoy en día —gritó desde el interior.

Mamie salió, fue a una tienda de discos y compró algunos. Ya nadie los compraba y podían adquirirse por setenta y cinco centavos. Compró únicamente discos que incluían la palabra *corazón* en el título: *El corazón vernacular, Corazón agitado, Un corazón no es más que una bicicleta detrás de las costillas*. Luego tuvo que marchar. Alejada del calor sofocante de la tienda, abrazó los discos contra su pecho y echó a andar, entre los aromas decadentes de los restaurantes de Chinatown y en dirección al puente de Brooklyn. Las aceras apestaban y estaban húmedas y hacía calor, como si hubiera llegado la primavera. Todo el mundo había salido a pasear. De camino a casa, pararía en la clínica y dejaría el recipiente.

Pensó en el sueño que había tenido la noche anterior. En el sueño se abría una puerta de su casa y de repente había más habitaciones, habitaciones cuya existencia desconocía, una casa entera más allá y era suya. Allí vivían pájaros y todo era oscuro, pero bello, habitación tras habitación, con ventanas abiertas para los pájaros. De las paredes colgaban cuadros de punto de cruz que decían: *Muere aquí*. La agente de la inmobiliaria seguía repitiendo: «En estos días y a esta edad» y «Es un robo». Goz estaba allí, el pelo rubio teñido de rojo y evidentes raíces oscuras. Tricolor, como una mazorca de caramelo. «Sólo nosotras, chicas», iba diciendo. Era el fin del mundo y se suponía que debían vivir allí juntas, hasta que llegara el momento de morir, hasta que el cuerpo empezara a notar cosas extrañas, se resfriaran y perdieran el pelo, y en la televisión sólo se vieran rayas. Recordaba algún tipo de movimiento…, un remolino alarmista, en las escaleras, pasillos, túneles oscuros ocultos detrás de los cuadros… y entonces, en el sueño, todo se desenredaba hasta detenerse.

Al llegar al puente vio un gran alboroto algo más adelante. Dos helicópteros volaban dando círculos y en medio de la acera se concentraba un pequeño grupo de gente. Detrás, por la derecha, llegaban un camión de bomberos y un coche de policía,

con la sirena y las luces. Se acercó a la muchedumbre.

—¿Qué sucede? —preguntó a un hombre.

—Mire. —Señaló en dirección a otro hombre encaramado sobre la red y las vigas de hierro que se prolongaban más allá de la barandilla del puente. Llevaba las muñecas vendadas con algo de color negro y se agarraba con las manos a los cables de suspensión. Tenía la espalda arqueada y el cuerpo se balanceaba sobre las aguas, como atrapado en una red de paralelogramos de acero. La cabeza le colgaba como si le hubieran crucificado y el viento le enmarañaba el cabello. Estaba oscuro, pero el perfil de aquel hombre le resultaba familiar.

—Oh, Dios mío —dijo.

—Esa mujer de ahí dice que es el tipo que buscan por los asesinatos del Gowanus Canal. ¿Ve los barcos de la policía ahí abajo? —Dos lanchas pintadas de rojo y blanco surcaban las aguas y uno de los helicópteros permanecía inmóvil en el aire.

—Oh, Dios mío —dijo Mamie de nuevo, abriéndose paso entre la multitud. Estaba sofocada. Una moto de la policía se detuvo en la acera detrás de ella. El policía acababa de desenfundar las pistolas—. Le conozco —repetía Mamie a la gente, dando codazos—. Le conozco.

Sujetó con fuerza contra su cuerpo el monedero y el bolso y siguió avanzando. El policía la seguía de cerca, así que siguió dando empellones con más fuerza. Cuando llegó justo enfrente de donde estaba el hombre, dejó las cosas en el suelo, se encaramó a la barandilla y empezó a trepar hacia la parte superior del puente sintiendo el tacto del metal en la piel.

—¡Hey! —gritó alguien. El policía—. ¡Hey!

Veía circular los coches bajo sus pies y el viento del océano le impedía abrir la boca. Trató de no mirar hacia abajo.

—¡Rudy! —gritó, un grito débil en medio de tanto ruido, su garganta era sólo media garganta—. ¡Soy yo!

La rodeaba el cielo, se dirigía hacia él, se acercaba. Las uñas arañaban el metal. *Estaba* acercándose, pronto llegaría a estar lo suficientemente cerca como para tocarle, para hablar con él, para acariciarle la cara y decirle algo así como *vayamos a casa*. Pero entonces, de repente, aún fuera de su alcance, se soltó de los cables y cayó, dando vueltas como las aspas de un molino, hasta desaparecer en el East River.

Se quedó helada. *Rudy*. Dos personas gritaron. Se alzó un murmullo de la multitud, la gente se empujaba contra la barandilla. No, *esto no*.

—Disculpe, señora —gritó una voz—. ¿Dice que conocía a ese hombre?

Retrocedió lentamente de rodillas y bajó a la acera. Ni se daba cuenta de que le sangraban las heridas de las piernas. Alguien la tocaba, notaba manos que tiraban de ella sujetándola de los brazos. El monedero y el bolso seguían donde los había dejado, sobre el cemento, se liberó, cogió sus cosas y echó a correr.

Cruzó corriendo todo el puente y siguió corriendo por entre la humedad con olor a amoníaco del callejón, atravesó a toda prisa un parque asolado, zigzagueó por las calles con nombres de frutas de las colinas —Frambuesa, Piña—, sobre los adoquines hexagonales del paseo, junto al agua y giró a la izquierda al toparse con un semáforo en rojo. No dejó de correr ni al encontrarse, sin saber cómo, en los jardines Carroll, de nuevo junto al Gowanus Canal. No, *esto no*. Subió corriendo la colina del sur de Brooklyn durante veinte minutos, sin importarle el tráfico, los semáforos en rojo ni las sirenas, bajo el espantoso rugir de los helicópteros y de un avión que volaba bajo, hasta que llegó a la casa del comedero de pájaros, y una vez allí, sin poder apenas respirar, se abalanzó contra la reja y se echó a llorar, un llanto solitario y sordo.

Oscurecía. Dos Rosies pasaron junto a ella, ignorándola aunque aminorando el paso, jadeantes. Decidieron también sentarse junto al muro, pero a cierta distancia. Era consciente de que ya había entrado en la categoría de los enfermos, pero aún no la reconocían como tal.

—¿Estás bien? —oyó que le decía una de las Rosies a la otra, depositando la caja de flores en la acera.

—Estoy bien —respondió la amiga.

—Tienes peor aspecto.

—Quizá —suspiró—. La cuestión es que nunca sabes por qué estás en un determinado lugar. Te levantas, te mueves. Y sigues pensando que debe de haber algo distinto.

—Mírala —espetó la amiga, observando a Mamie.

—¿Qué? —dijo la otra, y se quedaron calladas.

Pasó un camión de bomberos. Las sirenas chillaban desaforadamente. Mamie se incorporó al cabo de un rato, lenta como una persona con artrosis, cogió el bolso —el recipiente seguía ahí— y dejó los discos. Empezó a caminar y tropezó con un adoquín levantado. Y se percató de algo: la casa del comedero de pájaros no tenía cúpula. Ni comedero de pájaros. Sino un cartel en el que se leía RESTAURANTE con una paloma dibujada.

Pasó junto a las Rosies y les entregó un dólar a cambio de un lirio.

—¡Caramba! —dijo la que se lo dio.

La luz de su apartamento estaba encendida y el candado colgaba abierto como un gancho. Se quedó quieta un instante, abrió la puerta empujándola con el pie y el pomo interior chocó contra la pared. No se oía nada y permaneció indecisa en el umbral, como un deseo, algo suspendido en el aire que no puede entrar en una habitación. Pero lentamente dio un paso adelante, sin soltarse del marco de la puerta para mantener el equilibrio.

Estaba allí, con el pelo seco y vestido con otra ropa. Levantaba los brazos y sujetaba al gato como si fuera un mástil. Daba vueltas por la estancia lentamente,

como si estuviera practicando un profundo ejercicio oriental o bailando, y el gato, mientras, investigaba las estanterías.

—Eres tú —dijo Mamie, helada junto a la puerta abierta.

La inundó la peste a calabaza que salía del baño. El frío la empujó por detrás, arrastrando consigo el ruido de los helicópteros. Se volvió para mirarla y bajó el gato hasta la altura del pecho.

—Hola. —Mascaba un trozo de caramelo y tenía trozos pegados en los dientes. Señaló su mejilla, sonriendo—. Pastillas de azufaifa —dijo—. Juegan con tu mente.

Se encendió el televisor: gente cantando a coro, como un himno a la cola. Somos los Imperecederos. Somos…

Se volvió y levantó el gato de nuevo para acercarlo a las molduras doradas del techo.

—Esto les encanta a los gatos —dijo. Tenía los brazos largos e incansables. Al levantarlos, la camisa se soltó del pantalón dejando al desnudo la cálida piel de su cintura, centelleando como una sonrisa—. ¿Dónde has estado?

Sólo existía este mundo, esta tierra saqueada y que estaba en manos de un ventrílocuo. De buscar un lugar donde morir, ¿no podría ser éste? Como una vieja lección sobre conocer a tu especie y volver. Tenía miedo y, finalmente, sabía que los que tenían miedo buscaban oportunidades para ser valientes en el amor. Se colocó la flor en la camisa. Vida o muerte. Algo o nada. *¿Quieres algo o nada?*

Se acercó a él con un corazón del que algún día debería desterrar el terror.

Aquí. Pero no ahora.

Traducción de Isabel Murillo Fort

Notas biobibliográficas

WASHINGTON IRVING (1783-1859) nació en Nueva York. Gran viajero, contribuyó a introducir la cultura europea en la incipiente literatura norteamericana. Durante varios años desempeñó misiones diplomáticas en España, de las que son fruto los libros *A Chronicle of the Conquest of Granada* (1829) y *The Alhambra* (1832), su obra más popular. Tras diecisiete años de ausencia, Irving regresó a Nueva York en 1832, donde fue recibido calurosamente, y posteriormente viajó al Oeste, donde escribió en rápida sucesión *A Tour of the Prairies* (1835), *Astoria* (1836) y *The Adventures of Captain Bonneville* (1837). Se le considera uno de los «padres» de las letras norteamericanas, en especial de la novela breve.

«Rip van Winkle» fue publicado en el volumen *The Sketch Book of Geoffrey Crayon*, en 1820.

NATHANIEL HAWTHORNE (1804-1864) nació en Salem, Massachussets, y creció en el seno de una familia puritana. *The Scarlet Letter*, su novela más importante, publicada en 1850, le supuso el reconocimiento como una de las principales figuras literarias de los Estados Unidos. Fue gran amigo de Mark Twain y de Herman Melville, quien le dedicaría *Moby Dick*. En 1853 fue enviado como cónsul a Liverpool por su amigo Franklin Pierce, elegido presidente de los Estados Unidos. Tras cuatro años de servicio en ese cargo, Hawthorne viajó por Inglaterra e Italia hasta su regreso a Estados Unidos en 1860. Gran parte de su obra acusa el peso de una herencia puritana, con sus inclinaciones éticas y su énfasis en el pecado. Entre sus novelas se incluyen *The House of Seven Gables* (1851), *The Snow Image* (1851), *The Blithdale Romance* (1852) y *The Marble Faun* (1860).

«El joven Goodman Brown» («Young Goodman Brown») fue publicado por primera vez en el *New England Magazine* en abril de 1835, y recogido en el volumen *Mosses from an Old Manse*, en 1846.

EDGAR ALLAN POE (1809-1849) nació en Boston, hijo de una pareja de actores itinerantes que murieron antes de que él cumpliera los tres años. Se convirtió en el pupilo de un matrimonio de Virginia, los Allan, cuyo nombre añadió al suyo propio. Su carrera universitaria y militar terminó rápidamente a causa de su afición a la bebida y al juego, de los que nunca logró escapar. En 1836 contrajo matrimonio con su prima Virginia Clemm, que entonces contaba trece años. Periodista y poeta, en 1838 publicó su única novela, *The Narrative of Arthur Gordon Pym*, a la que siguió

una primera recopilación de sus relatos con el título *Tales of the Grotesque and Arabesque* (1840). En 1945 aparece *The Raven and Other Poems*. Fallecida su esposa en 1847, se prometió con una viuda adinerada. Iba a reunirse con ella cuando murió a consecuencia de una borrachera, en Baltimore.

«La carta robada» («The Purloined Letter»), escrito en 1844, se publicó por primera vez en *The Gift: A Christmas, New Year's and Birthday Present*, en 1845.

HERMAN MELVILLE (1819-1891) nació en Nueva York, hijo de un comerciante de Nueva Inglaterra que murió siendo él todavía joven. Trabajó como secretario y profesor de escuela antes de embarcarse hacia los mares del Sur en el ballenero *Acushnet*. Sediento de aventuras, abandonó el barco, vivió una temporada entre caníbales, tomó parte en un motín en un barco australiano, y luego pasó casi dos años en un buque de guerra americano de regreso a su país. Empezó entonces a relatar sus experiencias con gran éxito. Su popularidad ya empezaba a decaer cuando publicó *Moby Dick* (1851), considerada una de las grandes obras maestras de la literatura norteamericana. Su última novela, *Billy Budd*, no se publicó hasta 1924, mucho después de su muerte. Otros títulos suyos son *Typee* (1846), *Omoo* (1847), *Israel Potter* (1855) y *The Confidence Man* (1857).

«Bartleby el escribiente» («Bartleby the Scribener») fue publicado por primera vez sin firmar en el *Putnam's Monthly Magazine*, en los números de noviembre y diciembre de 1853, y recogido luego en el volumen *The Piazza Tales* (1856).

MARK TWAIN (1835-1910), seudónimo de Samuel Langhorne Clemens, nació en Florida, Missouri. Pasó los primeros años de su vida a orillas del río Mississippi, presente en varias de sus obras. Trabajó como tipógrafo, ayudante de piloto de un vapor, minero, periodista y conferenciante; participó además en la guerra de Secesión (1861). En 1870 contrajo matrimonio con Olivia Langdon y se estableció en Hartfort, Connecticut, donde recibió el influjo de los escritores de Nueva Inglaterra y trabó amistad con Hawthorne. Sus tres obras más célebres son *Life on the Mississippi* (1883), *The Adventures of Tom Sawyer* (1876) y *The Adventures of Huckleberry Finn* (1884), basadas en los recuerdos de infancia y adolescencia.

«La famosa rana saltarina de Calaveras County» («The Notorious Jumping Frog of Calaveras County») se publicó por primera vez en el *New York Saturday Press*, del 18 de noviembre de 1865, con el título «Jim Smiley and His Frog», y recogido luego en el volumen *The Celebrated Jumping Frog of Calaveras County and Other Sketches*, en 1867.

BRET HARTE (1836-1902) nació en Albany, Nueva York. Durante su infancia viajó mucho por los estados del Este. A los dieciséis años disfrutaba ya de independencia económica y había dado prueba de sus aficiones literarias, estimuladas por la biblioteca paterna. En 1853, se traslada con su madre a California. Allí se dedicó a la enseñanza y empezó a trabajar como periodista. En 1867 vio publicado su primer libro, *The Lost Galleon*. Este mismo año fue nombrado primer director de *The Overland Monthly*, revista en cuyo segundo número apareció «The Luck of Roaring Camp», una de sus narraciones más célebres. En 1870 vio la luz *Tales of the Argonauts*, su primer libro importante. Por aquel entonces conoció a Mark Twain. Nombrado cónsul en Prusia, en 1877 abandonó a su familia en América y permaneció durante el resto de su vida en Europa, donde murió en 1902.

«Los proscritos de Poker Flat» («The Outcasts of Poker Flat») fue publicado por primera vez en *Overland Monthly*, en enero de 1869, y recogido luego en el volumen *The Luck of Roaring Camp and Other Sketches*, en 1870.

AMBROSE BIERCE (1842-¿1914?) nació en un campamento religioso en el condado de Meigs, Ohio. La pobreza de su familia le obligó a trabajar desde edad muy temprana, hasta que se alistó en el ejército para luchar en la guerra civil. Los horrores vividos le dejaron como huella un pesimismo permanente, y sus relatos sobre la guerra se cuentan entre los primeros que tratan el tema con detallado realismo. En San Francisco, terminada la guerra, empezó su carrera literaria trabajando como periodista junto a Mark Twain y Bret Harte. En 1891 publicó *Tales of Soldiers and Civilians*, al que siguió otro volumen de relatos titulado *Can Such Thing Be*? (1893). Desapareció en el México revolucionario y se desconoce la fecha exacta de su muerte.

«Un suceso en el puente sobre el río Owl» («An Ocurrence at Owl Creek Bridge») se publicó simultáneamente en San Francisco y Londres en 1892, en los volúmenes *Tales of Soldiers and Civilians* y *In the Midst of Life*, respectivamente.

HENRY JAMES (1843-1916) nació en Nueva York. Su padre era escritor, y su hermano, William James, adquirió gran notoriedad como filósofo y psicólogo. Se educó en diversos colegios de Europa, donde se familiarizó con la obra de escritores como Turgueniev, Flaubert y Maupassant. Su conocimiento de las culturas de ambos lados del Atlántico le llevó, en muchos de sus escritos, a contrastarlas y, sobre todo, a mostrar los efectos de una sobre otra. Escribió algunas obras dramáticas de poco éxito y más de setenta relatos, entre los que se cuentan algunas cimas indiscutibles

del género, revolucionando el cuento de fantasmas a la vez que investigando en varias ocasiones las posibilidades del escritor como personaje. Entre sus novelas se encuentran *The American* (1877), *The Portrait of a Lady* (1881), *The Ambassadors* (1903) y *The Golden Bowl* (1904).

«El rincón feliz» («The Jolly Corner»), que el autor empezó a escribir en 1906 y que en un principio tituló «The Second House», fue rechazado por varias revistas, y finalmente publicado en *English Review*, en diciembre de 1908; después de varias revisiones apareció también en *New York Edition*, en la primavera de 1909.

JOEL CHANDLER HARRIS (1848-1908) nació en Eatonton, Georgia. Durante veinticuatro años trabajó en el periódico *The Constitution*, de Atlanta. Además de sus actividades como director y articulista, escribió bocetos humorísticos sobre la comunidad negra, cuyas formas de expresión y leyendas estudió. Su primera recopilación de relatos fue *Uncle Remus, His Songs and Sayings* (1880), a la que siguió *Nights with Uncle Remus* (1883). Publicó además numerosos tomos de distintos géneros: bocetos, cuentos, poesías e incluso dos novelas. Del último período de su producción destacan *Mingo and Other Sketches in Black and White* (1884) y *Free Joe and Other Georgian Sketches* (1887). A partir de 1907 dirigió *The Unele Remus Magazine*.

«Free Joe y el resto del mundo» («Free Joe and the Rest of the World») fue publicado por primera vez en *Century*, en noviembre de 1884, y recogido luego en el volumen *Free Joe and Other Georgian Sketches*, en 1887.

SARAH ORNE JEWETT (1849-1909) nació y vivió toda su vida en el pueblo costero de South Berwick, Maine. De niña solía acompañar a su padre, médico, en sus rondas por las granjas y las casas de los pescadores de la zona. La gente a la que conoció durante estos viajes puebla las historias que posteriormente escribió. Publicó su primer relato, «Shore House», en *The Atlantic Monthly* a la edad de diecinueve años. Entre 1879 y 1899 escribió diez volúmenes de relatos, entre ellos *A Native of Winby and Other Tales* (1893) y su libro más famoso, *The Country of the Pointed Firs* (1896).

«Una garza blanca» («A White Heron») se publicó en el volumen *A White Heron and Other Stories*, en 1886.

KATE CHOPIN (1851-1904) nació en Saint Louis. Hija de un hombre de negocios y de una francesa de familia aristocrática, se educó en escuelas privadas y exclusivas. Colaboró en muchas revistas de moda en la época, y publicó su primera novela, *At Fault*, en 1890; pero su carrera literaria se vio truncada con la publicación de la

novela *The Awakening* (1899), que fue severamente condenada por su abierto tratamiento del adulterio y del matrimonio entre miembros de distinta raza. Chopin pasó los últimos años de su vida en un total silencio literario, sumida en un profundo desánimo. Varios de sus relatos fueron recopilados en los volúmenes *Bayou Folk* (1894) y *A Night in Acadie* (1897).

«Historia de una hora» («The Story of An Hour») fue publicado por primera vez en *Vogue*, el 6 de diciembre de 1894, con el título «The Dream of an Hour».

EDITH WHARTON (1862-1937), cuyo nombre de soltera era Edith Newbold Jones, nació en Nueva York en el seno de una familia adinerada que le proporcionó una sólida educación. Colaboró con diversas publicaciones y en 1913 se estableció definitivamente en Francia, donde fue discípula y amiga de Henry James. Su obra retrata con gran ironía la sociedad norteamericana de la época en novelas como *The House of Mirth* (1905), *Ethan Frome* (1911), *The Custom of the Country* (1913), *Summer* (1917), *The Age of Innocence* (1920), que recibió el premio Pulitzer, *Twilight Sleep* (1927) y *Hudson River Bracketed* (1929). Edith Wharton es autora, además, de varios libros de cuentos y de una autobiografía, *A Backward Glance* (1934).

«Las fiebres romanas» («Roman Fever») fue publicado por primera vez en el *Liberty Magazine*, el 10 de noviembre de 1934, y recogido en el volumen *The World Over* (1936).

O. HENRY (1862-1910), seudónimo del escritor William Sidney Porter, nació en Greensboro, Carolina del Norte. Tenía tres años cuando su madre murió víctima de la tuberculosis, enfermedad que él mismo padeció. Empezó a trabajar desde muy joven, y en 1896 fue acusado de malversación de fondos por el banco en que estaba empleado. Huyó a Honduras, y sólo regresó en 1898, al enterarse de que su mujer se estaba muriendo. Fue sentenciado entonces a cinco años de cárcel y cumplió condena en Sing Sing, donde comenzó a escribir una serie de relatos que posteriormente se publicarían, con gran éxito, en el periódico *The New York World*, siendo recogidos más adelante en los libros *Cabbages and Kings* (1904), *The Four Million* (1906) y *Heart of the West* (1907).

«El poli y el himno» («The Cop and the Anthem») se publicó en el volumen *The Four Million*, en 1906.

STEPHEN CRANE (1871-1900) nació en Newark, Nueva Jersey, hijo de un pastor metodista de origen noruego. Tras cursar estudios en la Universidad de Siracusa, trabajó como periodista independiente en Nueva York. En 1893 publicó a su costa

Maggie: A Girl of the Street, una obra pionera del realismo sociológico. Dos años después sacó a la luz su famosa novela corta sobre la guerra civil, *The Red Badge of Courage*. En su breve y activa vida publicó catorce libros al tiempo que representaba, en sus aventuras personales, la leyenda del escritor como soldado de fortuna. Sus relatos fueron recopilados en los volúmenes *The Open Boat and Other Tales of Adventure* (1898), *The Monster and Other Stories* (1899) y *Wounds in the Rain* (1900).

«El hotel azul» («The Blue Hotel») fue publicado por primera vez en *Collier's Weekly*, el 26 de noviembre y el 3 de diciembre de 1898, y recogido luego en *The Monster and Other Stories*, en 1899.

WILLA CATHER (1873-1947) nació de padres angloirlandeses en Back Creek Valley, Virginia. A los diez años se trasladó con su familia a Nebraska, donde, en estrecho contacto con la naturaleza, se relacionó con los granjeros inmigrantes de la zona. Cultivó una pasión permanente por la música, pero, siendo todavía estudiante, decidió concentrar sus energías en la literatura. De 1896 a 1905 trabajó para un periódico en Pittsburg y más tarde ocupó diversos puestos editoriales en Nueva York, aunque su poesía y sus novelas buscan en el medio oeste y el suroeste sus temas, y sus valores en las profundidades del pasado americano. Entre otras novelas escribió *My Antonia* (1918), *A Lost Lady* (1923), *The Professor's House* (1925) y *Death Comes for the Archbishop* (1927).

«El caso de Paul» («Paul's Case») fue publicado por primera vez en su primer volumen de relatos *The Troll Garden*, en 1905.

SHERWOOD ANDERSON (1876-1941) nació en Camden, Ohio, hijo de un hombre errante, afable, poco previsor y locuaz, que a menudo aparece bajo distintos nombres en su obra. Tras asistir de forma intermitente a la escuela, Anderson se alistó en el ejército para prestar servicio en la guerra de Cuba. Algunos años después, con el espíritu de rebelión contra la civilización industrial y comercial que caracterizaría sus escritos, abandonó su puesto como director de una fábrica de pinturas de Ohio. Marchó entonces a Chicago, y allí se introdujo en los círculos literarios y empezó a publicar sus propias poesías y novelas. Con la aparición en 1919 de *Winesburg, Ohio* se hizo famoso. Al igual que en las colecciones que siguieron, los relatos de este libro tratan de la vida y los deseos frustrados por el provincianismo del medio oeste. Ernest Hemingway lo consideró primero su maestro para enseguida parodiarlo con malicia en su libro *The Torrents of Spring*.

«Quiero saber por qué» («I Want to Know Why») fue publicado por primera vez en *Smart Set* en noviembre de 1919, y recogido luego en *The Triumph of the Egg*, en

1921.

JACK LONDON (1876-1916), seudónimo de John Griffith Chaney, nació en San Francisco de padres inciertos. A partir de los diecisiete años llevó una vida aventurera, siendo marinero, vagabundo, buscador de oro en Alaska y corresponsal de guerra. Escribió novelas de diferentes géneros, y en 1903 logró su primer gran éxito con *The Call of the Wild*. Otras novelas suyas son *The Sea Wolf* (1904), *White Fang* (1906), la futurista *The Iron Hell* (1907), *The Street* (1907), *Martin Eden* (1909) y *John Baleycorn* (1913), estas dos últimas de carácter autobiográfico. London es autor de gran cantidad de cuentos en los que consigue las páginas más logradas y que reunió en títulos como *The Son of the Wolf* (1900), *Children of the Frost* (1902), *Moon-Face and Other Stories* (1906) y *The Night Born* (1913).

«El fuego de la hoguera» («To Build a Fire») fue publicado por primera vez en el *Century Magazine*, en agosto de 1908, y recogido luego en el volumen *Lost Face*, en 1910.

WILLIAM CARLOS WILLIAMS (1883-1963) nació en Rutherford, Nueva Jersey. Estudió medicina y ejerció como pediatra durante los largos años de su carrera literaria. Apartándose de la influencia de Ezra Pound, a quien había conocido en la universidad, y en abierta discrepancia con el magisterio de T.S. Eliot, emprendió un camino poético propio, de gran originalidad y renovador. Su obra como poeta culminó con los cinco tomos de *Paterson* (1946-1958), crónica de su búsqueda de un espacio poético norteamericano. Como prosista destacó la trilogía compuesta por las novelas *White Mule* (1937), *In the Money* (1940) y *The Construction* (1952), y *Pictures from Brueghel*, por la que recibió el premio Pulitzer a título póstumo en 1964.

«El uso de la fuerza» («The Use of Force») fue publicado por primera vez en *Blast*, en noviembre-diciembre de 1933, y recogido luego en el volumen *Life Along the Passaic*, en 1938.

RING LARDNER (1885-1933) nació en Michigan. Empezó su carrera como periodista deportivo en Indiana, y se hizo famoso con las ingeniosas cartas que escribió adoptando la supuesta personalidad de «Jack Keefe», un recién llegado a un equipo de béisbol profesional, recopiladas en el volumen *You Know Me, Al: A Busher's Letters* (1914). Los relatos reunidos en libros como *Gullible's Travels* (1917) y *Treat'em Rough* (1918) suelen ser retratos humorísticos, con un propósito satírico y un resultado a menudo cínico, de jugadores de béisbol, boxeadores, enfermeras,

barberos y otros personajes corrientes. Es autor de una única novela, *The Big Town* (1921), y del popular *How To Write Short Stories (with Samples)*, publicado en 1924.

«Corte de pelo» («Haircut») fue publicado por primera vez en *Liberty*, el 28 de marzo de 1925, y recogido luego en *The Love Nest and Other Stories*, en 1926.

RAYMOND CHANDLER (1888-1959) nació en Chicago y a los ocho años marchó con su madre a Inglaterra, donde estudió en el Dulwich College. A su regreso a Estados Unidos trabajó en diferentes oficios hasta que, en 1932, resuelto a escribir, empezó a publicar sus primeros relatos en la revista *Black Mask*. Creó el personaje del detective Philip Marlowe, a través del cual dibuja un vívido cuadro de Los Angeles de los años treinta y cuarenta. A raíz del éxito obtenido por sus novelas, trabajó como guionista en Hollywood. Entre sus títulos más conocidos se cuentan *The Big Sleep* (1939), en el que Marlowe aparece por primera vez, *Farewell, My Lovely* (1940) y *The Long Goodbye* (1954).

«Sangre española» («Spanish Blood») fue publicado en *Black Mask*, en noviembre de 1935.

CONRAD AIKEN (1889-1973) nació en Savannah, Georgia. Sufrió un fuerte trauma en su niñez, cuando su padre se suicidó después de asesinar a su madre. Tanto sus novelas como su poesía reflejan un gran interés por la psicología y revelan la influencia del simbolismo francés y de Poe. Vivió a caballo entre Inglaterra y Estados Unidos hasta que en 1947 se estableció definitivamente en Massachusetts. Malcolm Lowry lo consideró su maestro. Además de numerosos poemarios —entre ellos *Selected Poems* (1929), por el que recibió el premio Pulitzer— y de cinco novelas, publicó gran cantidad de relatos cortos, recopilados en volúmenes como *Bring! Bring! and Other Stories* (1925) y *The Collected Short Stories of Conrad Aiken* (1960).

«Nieve silenciosa, nieve secreta» («Silent Snow, Secret Snow»), escrito en 1932, se recogió en el volumen *Among the Lost People*, en 1934.

KATHERINE ANNE PORTER (1890-1980) nació en Indian Creek, Texas, en una familia que se enorgullecía de descender de Daniel Boone y que la educó en la religión católica. Tras trabajar como periodista en Chicago y Denver, se trasladó a México (1918-1921), donde apoyó al movimiento revolucionario. Posteriormente vivió en Francia y Alemania. En los relatos recogidos en *Flowering Judas and Other Stories* (1930), *Pale Horse, Pale Rider* (1939) y *The Leaning Tower and Other Stories* (1944), sus experiencias mexicanas y europeas constituyen el punto de partida

argumental que le permite retratar una civilización en crisis con notable riqueza técnica. Es autora también de las novelas *Hacienda: A Story of Mexico* (1934) y *Ship of Fools* (1962). En 1965 se le concedió el premio Pulitzer por *The Collected Stories of Katherine Anne Porter*.

«Judas en flor» («Flowering Judas») se publicó en el volumen *Flowering Judas and Other Stories*, en 1930.

DOROTHY PARKER (1893-1967), de soltera Rothschild, nació en West End, Nueva Jersey. Entró a formar parte del equipo editorial de la revista *Vogue* en 1916, y al año siguiente fue contratada por *Vanity Fair* como crítica teatral, donde trabajó hasta 1920. Publicó también numerosos artículos en *Esquire* y *The New Yorker*. Alcanzó un primer éxito con el libro de poemas *Enough Rope* (1926), al que siguieron *Sunset Gun* (1928) y *Not So Deep As a Living* (1930). Entre sus colecciones de relatos, que se caracterizan por un ingenio sarcástico y una irreverente sofisticación, se cuentan *Laments for the Living* (1930) y *After Such Pleasures* (1933), que posteriormente refundió y aumentó en *Here Lies* (1939).

«Una rubia imponente» («Big Blonde») fue publicado en *Bookman*, en febrero de 1929, y recogido luego en el volumen *Laments for the Living*, en 1930.

JAMES THURBER (1894-1961) nació en Columbus, Ohio. Al concluir sus estudios universitarios, trabajó en la embajada norteamericana de París y posteriormente se dedicó al periodismo. A partir de 1927 pasó a formar parte de la redacción de *The New Yorker*, revista en la que publicó gran parte de sus relatos y dibujos. El peculiar humor de James Thurber es fácil de reconocer pero de muy difícil definición. Creó, tanto en su prosa como en sus ilustraciones, un mundo habitado por personajes aparentemente insignificantes que se convierten en héroes al desafiar con su imaginación la monotonía de la vida aparentemente feliz de la sociedad del bienestar. En los últimos años de su vida, Thurber sufrió una ceguera progresiva. Publicó varios volúmenes de relatos, entre ellos *Fables for Our Time* (1940), *My World, and Welcome to It* (1942) y *Thurber Country* (1953).

«El lugar del pájaro maullador» («The Catbird Seat») fue publicado por primera vez en *The New Yorker*, en 1942, y recogido luego en el volumen *The Thurber Carnival*, en 1945.

FRANCIS SCOTT FITZGERALD (1896-1940) nació en Saint Paul, Minnesota. De familia burguesa y católica, fue enviado a estudiar a la Universidad de Princeton, que abandonó en 1917 para alistarse en el ejército. Su primera novela, *This Side of*

Paradise (1920), alcanzó un gran éxito y fue considerada como el manifiesto de toda una generación. El éxito continuó con *The Beautiful and Damned* (1922) y con los numerosos relatos que fue publicando en las revistas de moda. En 1925 apareció *The Great Gatsby*, que le aseguró un puesto principal dentro de la llamada «generación perdida», a la que perteneció también su amigo Ernest Hemingway. Víctima de su propia fama y de su tormentosa relación con su mujer, Zelda, sucumbió al alcoholismo y hubo de ver cómo su estrella declinaba al mismo tiempo que la época que tan bien retrató: la llamada Era del Jazz. Intentó entonces hacer fortuna en Hollywood, donde empezó en 1939, una novela sobre el ambiente cinematográfico, *The Last Tycoon* (1941), que no llegó a terminar. Sus relatos se recogieron en *Flappers and Philosophers* (1921), *Tales of the Jazz Era* (1922), *All the Sad Young Men* (1926) y *Taps at Reveille* (1935).

«Regreso a Babilonia» («Babylon Revisited») fue publicado por primera vez en el *Saturday Evening Post*, el 21 de febrero de 1931, y recogido luego en el volumen *Taps at Reveille*, en 1935.

WILLIAM FAULKNER (1897-1962) nació en New Albany, Mississippi, en una aristocrática familia venida a menos. Habiendo recibido una deficiente educación, se alistó en las fuerzas aéreas canadienses y participó en la primera guerra mundial. A su regreso estudió un año en la Universidad de Mississippi y desempeñó los más diversos trabajos antes de dedicarse de lleno a la escritura. Creador de todo un universo personal centrado en el mítico condado de Yoknapatawpha, donde retrata el ocaso del profundo Sur, entre sus novelas, la mayoría de ellas consideradas obras maestras indiscutibles, se cuentan *Sartoris* (1929), *The Sound and the Fury* (1929), *Sanctuary* (1931), *Light in August* (1932), *Absalom, Absalom!* (1936) y *Wild Palms* (1939). Sus relatos fueron recopilados, entre otros, en los volúmenes *These Thirteen* (1931) y Go *Down, Moses* (1942). Empujado por problemas económicos, Faulkner colaboró con las productoras de Hollywood y a él se deben guiones tan célebres como los de *To Have and Have Not* (1944) y *The Big Sleep* (1946), los dos llevados a la pantalla por Howard Hawks. En 1949 fue galardonado con el premio Nobel de Literatura.

«El otoño del delta» («Delta Autumn») fue rechazada por seis publicaciones antes de que *Story* la comprara el 2 de diciembre de 1941, y la publicara en junio de 1942.

ERNEST HEMINGWAY (1899-1961) nació en Oak Park, Illinois. Durante la primera guerra mundial fue gravemente herido en el frente italiano, adonde había acudido como voluntario de la Cruz Roja. Esta traumática experiencia condicionó fuertemente su vida y su obra. Fue corresponsal en España durante la guerra civil (1937-1938), y

más adelante en China y en Europa, durante la segunda guerra mundial. En París entró en contacto con Gertrude Stein, Ezra Pound, Scott Fitzgerald y otros componentes de la llamada «generación perdida». La eficacia y expresividad de su estilo llano y directo, lleno de imágenes precisas, le valieron un gran éxito y una enorme y prolongada influencia entre los cultivadores del relato corto, tanto en Estados Unidos como en Europa. Entre otras novelas publicó *A Farewell to Arms* (1929), *For Whom the Bell Tolls* (1940) y *Across the River and Into the Trees* (1950). Fue galardonado con el premio Pulitzer por su novela *The Old Man and the Sea* (1953), y en 1954 le fue concedido el premio Nobel de Literatura. Sus volúmenes de relatos incluyen *In Our Time* (1925), *Men Without Women* (1927) y *Winner Take Nothing* (1933). Se suicidó en 1961.

«Allá en Michigan» («Up in Michigan») fue escrito en París en 1921, y publicado dos años más tarde en el volumen titulado *Three Stories and Ten Poems*.

JOHN STEINBECK (1902-1968) nació en Salinas, California. En 1926 abandonó sus estudios en la Universidad de Stanford y trabajó en los más diversos oficios. Entabló entonces contacto con las capas menos favorecidas de la población (eran los años de la gran crisis), de cuya situación daría testimonio en sus cuentos y novelas. La publicación de *The Grapes of Wrath*, la más famosa de sus obras, le valió el premio Pulitzer en 1940. Durante la segunda guerra mundial trabajó como corresponsal de guerra y escribió libros propagandísticos. Algunos de sus títulos más famosos son To *a God Unknown* (1933), *The Wayward Bus* (1947), *The Pearl* (1948), *East of Eden* (1952), *The Winter of Our Discontent* (1961) y una obra atípica por su carga intelectual y erudita, publicada postumamente en 1976: *The Acts of King Arthur and his Noble Knights*. Fue galardonado con el premio Nobel de Literatura en 1962.

«Los crisantemos» («The Chrysanthemums») apareció en el volumen *The Long Valley*, en 1938.

KAY BOYLE (1902-1992) nació en Saint Paul, Minnesota, y estudió en el conservatorio de música de Cincinnati. A los veinte años se casó con el ingeniero francés Richard Brault, veterano de la primera guerra mundial, y se fue a vivir a Europa. Perteneciente a la llamada «generación perdida», sus primeros poemas y cuentos aparecieron en diferentes revistas de *avant-garde* de los años veinte, al lado de autores como Pound, Joyce, Barnes y Hemingway. Casada tres veces y con seis hijos, fue una activista política muy comprometida con las causas pacifista y feminista. Escribió cerca de treinta y cinco libros, entre novelas, relatos de ficción, poesía y ensayo. Sus volúmenes de relatos incluyen *The White Horses of Vienna and Other Stories* (1936), *Nothing Ever Breaks Except the Heart* (1966) y *Fifty Stories* (1980).

«Amigo de la familia» («Friend of the Family») fue publicado por primera vez en *Harper's Magazine*, en septiembre de 1932, y luego recogido en el volumen *The First Lover and Other Stories*, en 1980.

S.J. PERELMAN (1904-1979) nació en Nueva York. Su primera ambición fue ser caricaturista, y después de graduarse en la Brown University colaboró como dibujante y autor de artículos humorísticos en el semanario *Judge*. Agudo observador de la sociedad norteamericana, publicó alrededor de veinte libros, la mayoría recopilaciones de fragmentos aparecidos en *The New Yorker*. En Hollywood escribió guiones para dos películas de los Hermanos Marx: *Monkey Business* (1931) y *Horsefeathers* (1932).

«Hasta el final y bajando la escalera» («Up the Close and Down the Stair») fue publicado por primera vez en *The New Yorker*, y recogido luego en el volumen *The Ill-Tempered Clavichord*, en 1952.

ROBERT PENN WARREN (1905-1989) nació en Kentucky. Fue profesor universitario y colaborador en numerosas revistas literarias. Sus novelas incluyen *Night Rider* (1938), *All the King's Men* (1946), por la que recibió el premio Pulitzer; *World Enough and Time* (1950), *Band of Angels* (1955) y *Wilderness* (1971). Su obra está muy ligada al viejo Sur de los Estados Unidos, del que expone la problemática política y moral. Ensayista ligado a la «nueva crítica», publicó su obra teórica en *Selected Essays* (1958). Es también autor de varios poemarios, entre ellos *Brother to Dragons* (1953) y *Promises* (1958).

«Invierno de moras» («Blackberry Winter») se publicó en el volumen *The Circus in the Attic and Other Stories*, en 1947.

JOHN O'HARA (1905-1970) nació en Pottsville, Pensilvania. Tras ejercer diversos empleos, empezó a escribir crónicas y críticas para periódicos. Se consagró como autor de ficción con su primera novela, *Appointment in Samarra* (1934), y consolidó su fama con la segunda, *Butterfield 8* (1936). Con el volumen de relatos *The Doctor's Son and Other Stories* (1935) demostró su talento para el esbozo de caracteres narrativos. A éste siguieron otras recopilaciones: *Files on Parade* (1939), *Pal Joey* (1940), *Pipe Night* (1945), *Hellbox* (1947) y *Waiting for Winter* (1966).

«¿Nos marchamos mañana?» («Are We Leaving Tomorrow?») fue publicado por primera vez en *The New Yorker*, el 19 de marzo de 1938, y recogido luego en el volumen *Selected Short Stories of John O'Hara*, en 1956.

EUDORA WELTY (1909-2001) nació en Jackson, Mississippi, donde residió toda su vida en la casa construida por su familia. Su vocación de pintora quedó postergada por el éxito de su primer libro de relatos, *A Curtain of Green and Other Stories* (1941). Siguieron otras recopilaciones como *The Wide Net and Other Stories* (1943), *The Golden Apples* (1949), *The Bride of the Innisfallen and Other Stories* (1955), *Thirteen Stories* (1965) y *Collected Stories of Eudora Welty* (1980). Sus novelas incluyen *Delta Wedding* (1946), *The Ponder Heart* (1954) y *The Optimist's Daughter* (1972). En 1983 publicó una autobiografía, *One Writer's Beginning*.

«No hay sitio para ti, amor mío» («No Place for You, My Love») fue publicado en *The New Yorker* en 1952, y recogido luego en el volumen *The Bride of the Innisfallen and Other Stories*, en 1955.

PAUL BOWLES (1910-1999) nació en Nueva York. Interesado por cuestiones folklóricas, viajó para documentarse por España (1931-1934), América Central y América del Sur (1935-1945). Regresó a Nueva York en 1949 y al poco tiempo, junto a su esposa, la también escritora Jane Bowles, se estableció definitivamente en Tánger, adonde atrajo a numerosos escritores y artistas. Músico además de escritor, inició su carrera literaria con la novela *The Sheltering Sky* (1949). Sus volúmenes de relatos incluyen *The Delicate Prey* (1950), *The Time of Friendship* (1967), *Things Gone & Things Still Here* (1977) y *Midnight Mass* (1981).

«Un episodio distante» («A Distant Episode») fue escrito en 1947, y recogido en el volumen *The Delicate Prey*, en 1950.

JOHN CHEEVER (1912-1982) nació en Quincy, Massachusetts. Fue expulsado de la Thayer Academy a la edad de diecisiete años, circunstancia que le dio tema para su primera publicación, el relato «Expelled». Dedicado plenamente a escribir, impartió ocasionalmente clases en distintas universidades. Escribió algunos guiones para la televisión y cuatro novelas, pero su fama la debe sobre todo a sus cuentos, que publicó mayoritariamente en la revista *The New Yorker. The Stories of John Cheever* (1978) ganó el premio Pulitzer. En 1990 vieron la luz sus *Diarios*, en los que se hace patente la pugna entre creatividad y destrucción que caracterizó tanto su vida como su obra. Publicó varios libros de relatos, entre ellos *The Way Some People Live* (1942), *The Enormous Radio* (1953), *The Housebreaker of Shady Hill* (1959) y *The World of Apples* (1973). *Falconer* (1977) es considerada la mejor de sus novelas.

«Oh ciudad de sueños rotos» («Oh City of Broken Dreams») fue escrito en 1948.

IRWIN SHAW (1913-1984) nació en Nueva York. A los veintiún años empezó su carrera escribiendo guiones para la radio y el cine. Posteriormente se dedicó al teatro. En general, su obra se caracteriza por la intensidad y sensibilidad dramáticas hacia el ambiente social. Sus experiencias como soldado en Europa durante la segunda guerra mundial le llevaron a escribir su primera novela, *The Young Lions* (1948). Siguieron títulos como *Lucy Crown* (1956), *Voices of a Summer's Day* (1965), *Rich Man, Poor Man* (1970), *Evening in Byzantium* (1973), muchas de ellas han sido llevadas al cine. Es también autor de los volúmenes de cuentos *Act of Faith* (1946) y *Love on a Dark Street* (1965).

«Las chicas con sus vestidos de verano» («The Girls in Their Summer Dresses») fue escrito en 1939.

DELMORE SCHWARZT (1913-1966) nació en Nueva York, de origen judío. Su primer libro, *In Dreams Begin Responsibilities* (1939), con el que se hizo famoso, incluye el relato del mismo título y un grupo de poemas notables por su poder imaginativo. Sus siguientes publicaciones incluyen *Genesis, Book One* (1943), poema introspectivo, y los volúmenes de relatos *The World is a Wedding* (1948) y *Successful Love, and Other Stories* (1961), que tratan sobre la vida de la clase media judía en Estados Unidos. Saul Bellow se basó en su figura para el poeta maldito protagonista de la novela *Humboldt's Gift* (1975) y el rockero Lou Reed —quien fuera alumno de Schwartz en la universidad— construyó varias de sus canciones, tanto en The Velvet Underground como en su carrera de solista, a partir de sus versos.

«En sueños empiezan las responsabilidades» («In Dreams Begin Responsibilities») fue publicado por primera vez en el volumen de relatos del mismo título en 1939.

RALPH ELLISON (1914-1994) nació en Oklahoma City. De origen humilde, descendiente de esclavos, estudió música en Alabama y durante la segunda guerra mundial estuvo al servicio de la marina mercante de Estados Unidos. En 1937 conoció a Richard Wright, quien lo animó a utilizar la escritura como arma de combate contra la injusticia racial. En 1939 empezó a colaborar con varios periódicos escribiendo relatos, reseñas y ensayos. Se dio a conocer con *The Invisible Man* (1952), la única novela que llegó a completar, ganadora del National Book Award y centrada en la lucha de un hombre negro por encontrar su identidad individual y racial en un mundo dominado por los blancos. Su volumen de relatos *Flying Home and Other Stories* se publicó postumamente en 1996.

«El Rey del Bingo» («King of the Bingo Game») fue escrito en 1952.

BERNARD MALAMUD (1914-1986) nació en Nueva York, hijo de judíos de origen ruso. Estudió en la Universidad de Columbia, y se dedicó posteriormente a la enseñanza. Es considerado uno de los principales representantes de la literatura judía norteamericana. En sus cuentos y novelas trata las vicisitudes de los emigrados judíos en Estados Unidos. Entre otras obras publicó *The Natural* (1952), *The Assistant* (1957), *The Fixer* (1966), por la que recibió el premio Pulitzer en 1967, *The Tenants* (1971), *Dubin's Lives* (1979), *God's Grace* (1982), y sus recopilaciones de relatos *The Magic Barrel* (1958), *Idiots First* (1963), *Pictures of Fidelman* (1969) y *Rembrandt's Hat* (1973).

«El barril mágico» («The Magic Barrel»), escrito en 1954, se publicó en el volumen de relatos del mismo título en 1958.

PETER TAYLOR (1917-1994) nació en Trenton, Tennessee. Después de prestar servicio en el ejército durante la segunda guerra mundial, dio clases en varias escuelas y, posteriormente, en la Universidad de Virginia. Es un escritor inconfundiblemente sureño, que optó por expresar su percepción irónica del cambio social mediante descripciones de la vida pueblerina de Tennessee. Escribió numerosos volúmenes de relatos, entre los que se cuentan *A Long Forth and Other Stories* (1948), *The Widows of Thornton* (1954), *Happy Families Are All Alike* (1959), *Miss Leonora When Last Seen* (1963) y *In the Miro District and Other Stories* (1977). Es autor también de una novela breve, *A Woman of Means* (1950), y de la novela *A Summons to Memphis* (1986), ganadora del premio Pulitzer.

«Venus, Cupido, Locura y Tiempo» («Venus, Cupid, Folly and Time») fue publicado por primera vez en el *Kenyon Review*, y luego recogido en el volumen *The Old Forest and Other Stories*, en 1959.

GRACE PALEY (1922) nació en Nueva York. Su primer libro de cuentos, *The Little Disturbances of Man: Stories of Men and Women at Love* (1959), destacó por sus diálogos realistas y conoció un gran éxito. Durante los años sesenta y setenta fue una destacada pacifista y estuvo en la cárcel por sus actividades contra la guerra de Vietnam. Posteriormente publicó su segundo volumen de relatos, *Enormous Changes at the Last Minute* (1974), una colección de diecisiete historias breves más íntimas y personales, muchas de ellas de carácter autobiográfico. Un tercer libro de relatos, *Later the Same Day*, apareció en 1985.

«Conversación con mi padre» («A Conversation with My Father») fue publicado

en el volumen *Enormous Changes at the Last Minute*, en 1974.

KURT VONNEGUT (1922) nació en Indianápolis, Indiana. Luchó en la segunda guerra mundial y fue hecho prisionero de guerra en Dresde, donde fue testigo de la destrucción de la ciudad por parte de las fuerzas aéreas aliadas. A finales de los años cuarenta trabajó como reportero. Publicó su primera novela, *Player Piano*, en 1952. Convertido en un feroz crítico de la sociedad contemporánea, se ha venido sirviendo en su obra de elementos muy heterogéneos, tomados a menudo de la ciencia ficción, como se deja ver en su novela más conocida, *Slaughterhouse Five* (1969). Otras novelas suyas son *Mother Night* (1961), *God Bless You, Mr. Rosewater* (1965), *Breakfast of Champions* (1973), *Slapstick* (1976) y *Galapagos* (1985), así como las colecciones de relatos *Welcome to the Monkey House* (1968) y *Bagombo Snuff Box* (1999).

«Bienvenido a la jaula de los monos» («Welcome to the Monkey House»), escrito en 1961, se publicó en el volumen del mismo título en 1968.

WILLIAM H. GASS (1924) nació en Fargo, Dakota del Norte. Él mismo denomina a sus libros «construcciones experimentales», y cada uno de ellos contiene innovaciones estilísticas. Su primera novela fue *Omensetter's Luck* (1966). Además del innovador y revolucionario volumen de relatos modernistas *In the Heart of the Heart of the Country* (1968), es autor de los ensayos literarios *Fiction and the Figures of Life* (1970) y *The World Within the Word* (1978). En 1995, después de veintisiete años de trabajar en ella, publicó la colosal novela *The Tunnel*.

«El chico de Pedersen» («The Pedersen Kid») apareció por primera vez, en forma algo diferente, en la revista *MSS*, y fue luego recogido en el volumen *In the Heart of the Heart of the Country*, en 1968.

JAMES BALDWIN (1924-1987) nació en Harlem, el gueto negro de Nueva York. Hijo de un predicador, y el mayor de nueve hermanos, él también creyó sentir vocación religiosa, como se refleja en su primera y probablemente mejor novela, *Go Tell It on the Mountain* (1953). En 1948, se trasladó a París, donde permaneció hasta 1956, año en que escribió su segunda novela *Giovanni's Room*, en la que toca el motivo de la diversidad, racial y sexual, característico de casi todas sus obras. De regreso en Estados Unidos, luchó a favor de los derechos civiles, y posteriormente volvió a Francia, donde acabó sus días. Algunas de sus obras más importantes son *Another Country* (1962) y *Tell Me How Long the Trains Been Gone* (1968). Es autor asimismo de algunos ensayos duramente polémicos sobre la cuestión racial, entre los que se

incluye *Notes of a Native Son* (1955).

«Los blues de Sonny» («Sonny's Blues»), escrito en 1957, fue recogido en el volumen *Going to Meet the Man,* en 1965.

FLANNERY O'CONNOR (1925-1964) nació en el seno de una familia católica en Savannah, Georgia, en la zona del Sur de los Estados Unidos que se conoce como el «cinturón bíblico», de mayoría protestante. En este entorno vivió casi toda su corta vida. Con sólo dieciséis años perdió a su padre de la misma enfermedad degenerativa que ella padeció más tarde. Estudió en el Georgia State College, donde comenzó a pintar y a escribir sus primeros relatos. Tras una agitada estancia en Nueva York, decidió trasladarse a Connecticut. En 1950 comenzó a acusar los primeros síntomas de su enfermedad, lupus, durante la cual, y hasta su muerte, se recluyó en una antigua finca familiar. Allí escribió los libros de relatos *A Good Man Is Hard to Find* (1955) y *Everything That Rises Must Converge* (1965), así como las novelas: *Wise Blood* (1952) y *The Violent Bear It Away* (1960).

«El negro artificial» («The Artificial Nigger») se publicó por primera vez en *The Kenyon Review,* en 1955.

RICHARD YATES (1926) nació en Nueva York. Tras participar en la segunda guerra mundial, en 1951 se trasladó a Europa y se dedicó a escribir. A partir de 1953, y a raíz de un relato premiado publicado en el *Atlantic Monthly*, sus cuentos empezaron a aparecer en publicaciones como *Esquire*, *Paris Review* y *Cosmopolitan*. Su primera recopilación de relatos apareció en 1962 con el título *Eleven Kinds of Loneliness*, y tuvo un gran éxito. En 1961 publicó su novela *Revolutionary Road*. Tras un largo silencio, en 1969 apareció su segunda novela *A Special Providence*.

«Mentirosos enamorados» («Liars in Love») se publicó en el volumen del mismo título en 1981.

STANLEY ELKIN (1930-1995) nació en Nueva York en el seno de una familia judía, y se crió en Chicago. *Boswell: A Modern Comedy* (1964), supuso su debut como novelista. A continuación publicó *Criers & Kibitzers, Kibitzers & Criers* (1966), volumen de relatos cómicos sobre temas y personajes judíos que obtuvo un gran éxito, y novelas como *A Bad Man* (1967), *The Franchiser* (1976), *The Living End* (1979), *The Magic Kingdom* (1985) y *Mrs. Ted Bliss*, publicada el año de su muerte.

«Una poética para bravucones» («A Poetics for Bullies») se publicó en el volumen *Criers & Kibitzers, Kibitzers & Criers*, en 1966.

DONALD BARTHELME (1931-1989) nació en Filadelfia. Trabajó como periodista y editor de revistas antes de decidir dedicarse de lleno a la literatura. Su obra suele englobarse dentro de la llamada narrativa «postmoderna» y utiliza sobre todo la técnica del *collage*. Su antirrealismo y la preocupación por renovar las formas literarias convencionales le movieron a recrear, con una clara intencionalidad paródica, los supuestos «valores» de la sociedad norteamericana contemporánea: el consumo, el individualismo, la deshumanización, la incomunicación, etc. En su producción destacan los relatos recogidos en *Come Back, Dr. Caligari* (1964), *Snow White* (1967) y *Unspeakable Practices, Unnatural Acts* (1968). Fue autor además de *City Life* (1970), novela con la que ganó celebridad, *Sadness* (1972), *The Dead Father* (1975), *Overnight to Many Distant Cities* (1983), *Paradise* (1986) y *The King* (1990).

«El levantamiento indio» («The Indian Uprising») se publico en el volumen *Unspeakable Practices, Unnatural Acts*, en 1968.

JOHN UPDIKE (1932) nació en Shillington, Pensilvania. Comenzó publicando en la revista *The New Yorker* relatos cortos que luego recogería en colecciones como *Pigeon Feathers* (1962) o *Problems* (1979). La publicación de *Rabbit, Run* (1960), primer libro de una tetralogía que incluye *Rabbit Redux* (1971), *Rabbit Is Rich* (1981, premio Pulitzer) y *Rabbit at Rest* (1990) —recientemente expandida con la publicación de la *nouvelle* «Rabbit Remembered» dentro del libro de relatos *Licks of Love* (2000)— le situó entre los más destacados narradores de su generación. En su obra lleva a cabo una crítica de la sociedad norteamericana con virtuosismo estilístico, gran ironía y recurso a la hipérbole y a los mitos clásicos. Su producción novelística comprende también títulos como *Couples* (1968), *The Witches of Eastwick* (1984), *Roger's Version* (1986), *Trust Me* (1987), *S* (1988), *Memories of the Ford Administration* (1993) y *Brasil* (1994).

«A & P» se publicó en 1962 en el volumen *Pigeon Feathers and Other Stories*.

PHILIP ROTH (1933) nació en Newark, Nueva Jersey. Ha sido profesor de literatura en las universidades de Iowa y Princeton. Su primer libro de relatos, *Goodbye, Columbus* (1959), obtuvo el National Book Award, pero su consagración le llegó con *Portnoy's Complaint* (1969), donde discurre con acidez sobre los problemas familiares y sexuales de la clase media norteamericana. Pertenece a la gran tradición de la narrativa judía cuyo padre fundador es Henry Roth y en la que se encuadran también autores como Saul Bellow y Bernard Malamud. Su novelística no ha dejado de progresar en la exploración de las relaciones entre la vida privada y la vida pública en la Norteamérica de la segunda mitad del siglo xx. Entre sus títulos se cuentan *Our*

Gang (1971), *The Great American Novel* (1973), *My Life as a Man* (1974), *The Professor of Desire* (1978), *The Gost Writer* (1979), *Zuckerman Unbound* (1981), *The Prague Orgy* (1985), *Deception* (1990), *Patrimony: A True Story* (1991), *Sabbath's Theatre* (1995), la formidable trilogía compuesta por *American Pastoral* (1997), *I Married a Communist* (1998) y *The Human Stain* (2000).

«La conversión de los judíos» («The Conversion of the Jews») fue publicado por primera vez en *Paris Review*, en 1959, y recogido ese mismo año en el volumen *Goodbye, Columbus*.

LEONARD MICHAELS (1933) nació en Nueva York. Profesor en la Universidad de California, sus dos primeros volúmenes de relatos fueron *Going Places* (1969) y *I Would Have Saved Them if I Could* (1975). Ambos contienen historias acerca de la hostilidad de la vida urbana, protagonizadas en su mayoría por un joven pícaro de origen judío que se ve envuelto en las situaciones más absurdas. En 1981 publicó *The Mens Club. Shuffle* (1990) es un conmovedor libro de memorias sobre sus padres y su primera mujer, que se suicidó a raíz de su separación.

«Chico de ciudad» («City Boy») fue publicado por primera vez en el volumen *Going Places*, en 1970.

RAYMOND CARVER (1938-1988) nació en Clatskanie, Oregon. En 1958 asistió a un curso literario sobre escritura creativa que le indujo a publicar su primer relato corto, *Pastoral*. Su primer éxito como escritor le llegó en 1967 con *Will You Please Be Quiet, Please*? A partir de entonces su crédito como escritor de relatos, heredero directo de Hemingway e impulsor de la poderosa corriente conocida bajo la etiqueta «realismo sucio», no hizo más que aumentar y consolidarse con títulos como *What We Talk about When We Talk about Love* (1981), *Cathedral* (1983) y *Where I'm Calling From* (1988). Padeció problemas constantes a consecuencia de su afición a la bebida, que precipitó. Postumamente apareció el volumen de relatos inéditos: *No Heroics, Please: Uncollected Writings* (1992).

«Tres rosas amarillas» («Errand») se publicó en *The New Yorker* en junio de 1987, y fue el último relato que publicó el autor en vida.

BHARATI MUKHERJEE (1940) nació en Calcuta, India. De niña residió en Londres con sus padres y hermanas, pero en 1951 regresó a su tierra natal. Casada con el novelista Clark Blaise en 1963, se trasladó a vivir con él a Canadá, donde aparecieron sus novelas *The Tiger's Daughter* (1972) y *Wife* (1975). Producto de un viaje de todo un año por la India, con su marido, es el diario *Days and Nights in Calcutta* (1977).

Entre otras novelas ha escrito *Jasmine* (1989) y *The Holder of the World* (1993).

«El manejo del dolor» («The Management of Grief») fue publicado en el volumen *The Middleman and Other Stories*, en 1988.

JOHN EDGAR WIDEMAN (1941) nació en Washington D.C., pero creció en Pittsburgh, Pensilvania. En 1963 recibió una beca para ir a Oxford, donde permaneció tres años estudiando literatura inglesa. Regresó a los Estados Unidos en 1966, y al año siguiente publicó su primera novela, *A Glance Away*. A continuación publicó *Hurry Home* (1970) y *The Lynchers* (1973), la primera de sus novelas centrada en temas interraciales. Otros títulos destacados son *Sent for You Yesterday* (1983), por el que recibió el premio PEN/Faulkner, *Hiding Place* (1981), *Fever* (1989) y *Philadelphia Fire* (1992), que también recibió el premio PEN/Faulkner. Es asimismo autor de un libro de relatos, *Damballah* (1981), y de unas memorias, *Brothers and Keepers* (1984).

«Papi Basura» («Daddy Garbage») fue publicado en el volumen *Damballah, en* 1981.

BARRY HANNAH (1942) nació en Meridian, Mississippi. Tras terminar sus estudios impartió clases sobre escritura en varias universidades. Su primera novela, *Geronimo Rex* (1972), aborda con valentía el tema del racismo. Su reputación como estilista atrevido se vio confirmada con el volumen de relatos *Airships* (1978). Posteriormente publicó una novela corta, *Ray* (1980), sobre la guerra civil americana; y las novelas *The Tennis Handsome* (1983), *Hey Jack!* (1987), *Never Die* (1991) y después de más de diez años sin frecuentar el género *Yonder Stands Your Orphan* (2001). También es autor de las colecciones de relatos *Captain Maximus* (1985) y *Bats Out of Hell* (1993).

«Testimonio de un piloto» («Testimony of Pilot») fue publicado en el volumen *Airships*, en 1978.

STUART DYBEK (1942) nació y creció en Chicago. Los personajes de sus obras suelen ser inmigrantes de clase obrera, y las situaciones en las que se ven envueltos reflejan muy bien la vida de los barrios étnicos. Es autor de dos colecciones de relatos, *Childhood and Other Neighborhoods* (1980) y *The Coast of Chicago* (1990), donde en cierto modo se aleja de la tradición realista de Chicago, así como de un volumen de poemas, *Brass Knuckles* (1979). Actualmente es profesor de inglés en la Western Michigan University.

«Chopin en invierno» («Chopin in Winter») fue publicado en el volumen *The*

Coast of Chicago, en 1990.

RICHARD FORD (1944) nació en Jackson, Mississippi. Tras terminar sus estudios dio clases en varias universidades. Publicó su primera novela, *A Piece of My Heart*, en 1976, a la que siguieron *The Ultimate Good Luck* (1981), sobre un norteamericano en México que se ve arrastrado hacia la violencia y el asesinato. A principios de los ochenta, trabajó para una revista deportiva; a raíz de esta experiencia escribió dos novelas cuyo protagonista es un enajenado escritor deportivo de mediana edad: *The Sportswriter* (1986) y *Independence Day* (1995), por la que recibió el premio Pulitzer. Su cuarta novela, *Wildlife* (1990), trata de los sentimientos de un adolescente ante la separación de sus padres. Es autor además de varios relatos centrados en personajes solitarios y heridos, recogidos en los volúmenes: *Rock Springs* (1987), *Women with Men* (1997) y *Multitude of Sins* (2001).

«Optimistas» («Optimists») se publicó en el volumen *Rock Springs*, en 1987.

JOY WILLIAMS (1944) nació en Chelmsford, Massachusetts. De 1967 a 1969 trabajó como investigadora y analista de datos en el laboratorio naval de la marina de Estados Unidos e impartió clases en diversas universidades, pero la mayor parte de su tiempo lo ha dedicado a su carrera de escritora. En su obra, los sucesos ordinarios de la vida diaria pueden sufrir extraños giros que desembocan en el horror, y los personajes a menudo se pierden en sí mismos. Sus historias se han publicado en diversos periódicos y revistas, entre ellos *Esquire, The New Yorker* y *Paris Review*. Ha publicado cuatro novelas: *State of Grace* (1973), *The Changeling* (1978), *Breaking and Entering* (1988) y *The Quick and the Dead* (2000), así como dos volúmenes de relatos: *Taking Care* (1972) y *Escapes* (1990).

«Tren» («Train») fue publicado en el volumen *Taking Care*, en 1972.

TOBIAS WOLFF (1945) nació en Birmingham, Alabama. Tras una infancia difícil, marcada por el divorcio de sus padres, se alistó en el ejército y luchó en la guerra de Vietnam de 1964 a 1968. Además de *The Boy's Life* (1989), que relata su infancia y por la que obtuvo el muy prestigioso premio literario que otorga *Los Angeles Times*, ha publicado varias recopilaciones de relatos, *In the Garden of the North American Martyrs* (1981), *Back in the World* (1985) y *The Night in Question* (1996). Es autor también de la novela breve, *The Barrack's Thief* (1984), por la que obtuvo el premio PEN/Faulkner, y de *In Pharaons Army* (1994), unas memorias sobre su época en Vietnam.

«El otro Miller» («The Other Miller») fue publicado por primera vez en *Atlantic*

Monthly, de junio de 1986, y luego recogido en el volumen *The Night in Question*, en 1996.

RICHARD BAUSCH (1945) es autor de varias novelas, entre ellas *Real Presence* (1980), *The Last Good Time* (1984), *Rebel Powers* (1993) y *In the Night Season* (1998). Ha escrito también numerosos relatos que han aparecido en diversas publicaciones literarias como *Esquire, The New Yorker* y *The Atlantic Monthly*, y se han recopilado en cinco volúmenes, entre los que destacan *Spirits and Other Stories* (1987), *The Firemans Wife* (1990) y *Someone to Watch Over Me* (1999).

«Valentía» («Valor») fue publicado por primera vez en la revista *Story*, y luego recogido en el volumen *Someone to Watch Over Me*, en 1999.

TIM O'BRIEN (1946) nació en Worthington, Minnesota. Combatió en Vietnam entre 1969 y 1970, donde fue condecorado. Su primera novela es *Northern Lights* (1975). Su segundo libro, *If I Die in a Combat Zone, Box Me Up and Ship Me Home* (1973), es el relato de su experiencia en combate presentado como «autoficción». *Going after Cacciato* (1978) ganó el National Book Award y fue aplaudido por numerosos críticos como el mejor libro escrito por un norteamericano sobre la guerra de Vietnam. Los sueños tienen un importante papel en su obra, si bien el carácter que adquieren en relatos como «The Things They Carried» no es de tipo surrealista.

«Las cosas que llevaban» («The Things They Carried») se publicó en el volumen del mismo título en 1990.

ANN BEATTIE (1947) nació en Washington D.C. A principios de la década de los setenta alcanzó una gran reputación con sus relatos publicados en *The New Yorker* y otras revistas literarias. Estas historias breves la convirtieron en portavoz de la generación de los sesenta, de quienes consideraron esa década como una época dorada y no son capaces de liberarse del encantamiento que sufrieron durante su juventud. Entre sus libros de relatos se cuentan *Distortions* (1976), *Secrets and Surprises* (1978), *The Burning House* (1982), *Where You'll Find Me and Other Stories* (1986) y *What Was Mine and Other Stories* (1991). Es también autora de varias novelas entre las que se cuentan *Chilly Scenes of Winter* (1976), *Falling in Place* (1980), *Love Always* (1985) y *Picturing Will* (1989).

«Hora de Greenwich» («Greenwich Time»), escrito en 1979, fue publicado en el volumen *The Burning House*, en 1982.

T. CORAGHESSAN BOYLE (1948) nació en Peekskill, Nueva York. Su primer libro de relatos, *Descent of Man*, fue publicado en 1979, y le seguirían *Greasy Lake* (1985), *If The River Was Whiskey* (1989), *Without a Hero* (1994) y *After the Plague* (2001), que lo convirtieron en un maestro de este género. La aparición de *Water Music* (1981), su primera novela, lo catapultó a la fama y lo convirtió en uno de los escritores más elogiados de su generación. Ha recibido diversos galardones, entre los que cabe destacar el premio PEN/Faulkner. Sus obras incluyen *Budding Prospects: A Pastoral* (1984), *World's End* (1987), *East is East* (1990), *The Tortilla Curtain* (1995), *The Road to Wellville* (1993) y *Riven Rock* (1998).

«El Lago Grasiento» («Greasy Lake») se publicó en el volumen *Greasy Lake and Other Stories*, en 1985.

JAMAICA KINCAID (1949) nació y creció en Saint Johns, Antigua. Empezó a publicar sus escritos en *Rolling Stone*, *Paris Review* y *The New Yorker*, a cuya plantilla se incorporó en 1978. Seis años más tarde publicó su primer libro, *At the Bottom of the River*, una colección de relatos. En 1985 obtiene grandes elogios con *Annie John*, acerca de la infancia y juventud de una niña en las Indias Occidentales, y en 1990 publica *Lucy*.

«La mano» («The Circling Hand»), escrito en 1983, fue publicado en el volumen *Annie John*, en 1985.

LORRIK MOORE (1957) nació en Glens Falls, Nueva York. Tras finalizar sus estudios empezó a dar clases en la Universidad de Wisconsin, Madison, donde sigue ejerciendo en la actualidad. En 1987 publicó su primera novela, *Anagrams*. Su primera colección de relatos, *Self-Help*, apareció en 1985. Como sugiere el título del libro, muchas de sus historias son parodia de los manuales de autoayuda. Posteriormente ha publicado otra recopilación de relatos, *Like Life* (1990), y la novela *Who Will Run the Frog Hospital?* (1994).

«Como la vida» («Like Life»), escrito en 1988, fue recogido en el volumen del mismo título, en 1990.

Rip van Winkle, de Washington Irving. © J. Ferrer Obradors, por la traducción. Reservados todos los derechos.

Young Goodman Brown, de Nathaniel Hawthorne. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

The Purloined Letter, de Edgar Allan Poe. © Julio Cortázar, 1969, y Herederos de Julio Cortázar, 1999, por la traducción.

Bartleby the Scribener, de Herman Melville. © Jorge Luis Borges, por la traducción, cedida por Emecé Editores, S.A. (Argentina).

The Notorious Jumping Frog of Calaveras County, de Mark Twain. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

The Outcasts of Poker Flat, de Bret Harte. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

An Occurrence at Owl Creek Bridge, de Ambrose Bierce. © Jorge Ruffinelli, por la traducción, Reservados todos los derechos.

The Jolly Corner, de Henry James. Traducción de Eduardo Lago, cedida por Ediciones Cátedra, S.A.

Free Joe and the Rest of the World, de Joel Chandler Harris, del libro *The American Tradition Literature*. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

A White Heron, de Sarah Orne Jewett. Traducción de Nuria Llonch Seguí, cedida por Alba Editorial, S.L.

The Story of An Hour, de Kate Chopin. © Olivia de Miguel Crespo, 1996, por la traducción.

Roman Fever, de Edith Wharton. © William R. Tyler. © María Teresa Gómez Reus, por la traducción.

The Cop and the Anthem, de O. Henry. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

The Blue Hotel, de Stephen Crane. © Aurelio Martínez Benito, por la traducción, cedida por Alba Editorial, S.L.

Paul's Case, de Willa Cather. © Aurora Echevarría, 2001, por la traducción.

I Want To Know Why, de Sherwood Anderson. © Luis Murillo Fort, 2001, por la traducción.

To *Build A Fire*, de Jack London. Traducción de Carmen Criado, cedida por Alianza Editorial, S.A.

The Use of Force, de William Carlos Williams. © William Carlos Williams, 1938. Traducción de Mariano Antolín Rato, cedida por Alianza Editorial, S.A.

Haircut, de Ring Lardner. © Ring Lardner. © Horacio Vázquez Rial, 1988, por la traducción.

Spanish Blood, de Raymond Chandler. © Philip Marlowe b.v. © Estela Campo,

1980, por la traducción, cedida por Ediciones B, S.A.

Silent Snow, Secret Snow, de Conrad Aiken. © Conrad Aiken, 1932. Renewed 1960. Used by permission of Brandt & Hochman Literary Agents, Inc. © Manuel Pereira, 2001, por la traducción.

Flowering Judas, de Katherine Anne Porter, del libro *The collected Stories of Katherine Anne Porter*. © Katherine Anne Porter, 1958. © Horacio Vázquez Rial, 1990, por la traducción.

Big Blonde, de Dorothy Parker. © Viking Penguin, Penguin Books USA, Inc. © Jordi Fibla Feito, 1989, por la traducción.

The Catbird Seat, de James Thurber, del libro *Thurber Carnival*. © James Thurber, 1945. Copyright renewed 1973 by Helen Thurber and Rosemary A. Thurber. Reprinted by arrangement with Rosemary A. Thurber and The Barbara Hogenson Agency. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

Babylon Revisited, de Francis Scott Fitzgerald. © 1931 by Curtis Publishing Comp., copyright renewed 1959 by Frances Scott Fitzgerald Lanahan. ©Justo Navarro, 1998, por la traducción, cedida por Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

Delta Autumn, de William Faulkner. © William Faulkner. Licencia editorial por cortesía de Editorial Anagrama S.A. © Jesús Zulaika, 1997, por la traducción, cedida por Editorial Anagrama, S.A.

Up In Michigan, de Ernest Hemingway. © Hemingway Foreign Rights Trust. © Aurora Echevarría, 2001, por la traducción.

The Chrysanthemums, de John Steinbeck. Licencia editorial por cortesía de Elaine Steinbeck. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

Friend of the Family, de Kay Boyle. © Kay Boyle. Licencia editorial por cortesía de The Estate of Kay Boyle. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

Up the Close and Down the Stairs, de S.J. Perelman. Licencia editorial por cortesía de Intercontinental Literary Agency. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

Blackberry Winter, de Robert Penn Warren, del libro *The Circus in the Attic and Other Stories*. © Robert Penn Warren, 1947, renewed 1975. © Luis Murillo Fort, 2001, por la traducción.

Are We Leaving Tomorrow?, de John O'Hara. © John O'Hara, 1938. Translation by permission of United States Trust Company of New York, as trustee under the will of John O'Hara. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

No Place For You, My Love, de Eudora Welty. © Eudora Welty, 1952, renewed 1980. © Aurora Echevarría, 2001, por la traducción.

A Distant Episode, de Paul Bowles. © Paul Bowles, 1979. © Guillermo Lorenzo, por la traducción, cedida por Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

Oh City of Broken Dreams, de John Cheever, del libro *The Stories of John*

Cheever. © Copyright renewed by John Cheever, 1977, 1978. Reservados todos los derechos. © Jaime Zulaika, por la traducción, cedida por Ediciones B, S.A.

The Girls In Their Summer Dresses, de Irwin Shaw. © Irwin Shaw. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

In Dreams Begin Responsibilities, de Delmore Schwartz. © 1937 by New Directions. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

King of the Bingo Game, de Ralph Ellison, de *Flying Home and Other Stories*. © Ralph Ellison, 1944. © Isabel Murillo Fort, 2001, por la traducción.

The Magic Barrel, de Bernard Malamud. © Bernard Malamud, 1954, renewed 1982. © Vida Ozores, 1962, por la traducción.

Venus, Cupid, Folly and Time, de Peter Taylor. © Peter Taylor, 1968. Reprinted by permission of Farrar, Straus and Giroux, LLC. © Manuel Pereira, 2001, por la traducción.

A Conversation With My Father, de Grace Paley, de la obra *Enormous Changes at the Last Minute*. © Grace Paley. © Ángela Pérez, por la traducción.

Welcome To The Monkey House, de Kurt Vonnegut. © Kurt Vonnegut, 1961. Licencia editorial por cortesía de The Bantam Dell Publishing. © Cruz Rodríguez Juiz, 2001, por la traducción.

The Pedersen Kid, de William Gass. © William Gass. © Ana Antón Pacheco, 1985, por la traducción, cedida por Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

Sonny's Blues, de James Baldwin, del libro *Going to Meet the Man*. ©James Baldwin, 1958. Copyright renewed. Reprinted by arrangement with the James Baldwin Estate. © Aurora Echevarría, 2001, por la traducción.

The Artificial Nigger, de Flannery O'Connor. © Flannery O'Connor, renewed by Regina O'Connor. © María José Sánchez Calero, 2000, por la traducción, cedida por Ediciones Encuentro.

Liars in Love, de Richard Yates, extraído del volumen *Liars in Love*. © Richard Yates, 1981. Reprinted by permission of the Estate of Richard Yates: for further information contact The Ned Leavitt Agency, 70 Wooster Street, New York, NY 10012. All rights reserved. © Isabel Murillo Fort, 2001, por la traducción.

A Poetics for Bullies, de Stanley Elkin. © Stanley Elkin, 1965. © Manuel Pereira, 2001, por la traducción.

The Indian Uprising, de Donald Barthelme, del libro *Unspeakable Practices, Unnatural Acts*. © Donald Barthelme, 1968. Licencia editorial por cortesía de Editorial Anagrama, S.A. ©José Manuel Álvarez Flórez, 2001, por la traducción.

A & P, de John Updike. © 1962 by John Updike. Reprinted from *Pigeon Feathers* by permission of Alfred A. Knopf, a division of Random House, Inc. © Aurora Echevarría, 2001, por la traducción.

The Conversion of the Jews, de Philip Roth. © Philip Roth. © Cruz Rodríguez

Juiz, 2001, por la traducción.

City Boy, de Leonard Michaels, de *Paris Review*, n° 39. © Leonard Michaels, 1966. Reprinted by permission of the author. © Isabel Murillo Fort, 2001, por la traducción.

Errand, de Raymond Carver, del libro *Tres rosas amarillas*. © Raymond Carver. Licencia editorial por cortesía de Editorial Anagrama, S.A. Traducción de Jesús Zulaika, cedida por Editorial Anagrama, S.A.

The Management of Grief, de Bharati Mukherjee. © Bharati Mukherjee. © Aurora Fchevarría, 2001, por la traducción.

Daddy Garbage, de John Edgar Wideman. ©John Edgar Wideman, 1992. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

Testimony of Pilot, de Barry Hannah. © Barry Hannah, 1978. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

Chopin in Winter, de Stuart Dybek. © Stuart Dybek, 2001. Reprinted by permission of International Creative Management, Inc. © Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

Optimists, de Richard Ford, del libro *Rock Springs*. © Richard Ford. Licencia editorial por cortesía de Editorial Anagrama, S.A. ©Jesús Zulaika, 1990, por la traducción, cedida por Editorial Anagrama, S.A.

Train, de Joy Williams. © Joy Williams, 1982 y 2001. Reprinted by permission of International Creative Management, Inc. © Isabel Murillo Fort, 2001, por la traducción.

The Other Miller, de Tobias Wolff. © Tobias Wolff, 1996 y 2001. Reprinted by permission of International Creative Management, Inc. © Pilar Vázquez, 2000, por la traducción, cedida por Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

Valor, de Richard Bausch, del libro *Someone to Watch Over Me*. © Richard Bausch, 1999. Licencia editorial por cortesía de HarperCollins. ©Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

The Things They Carried, de Tim O'Brien. © Tim O'Brien, 1990. Licencia editorial por cortesía de Editorial Anagrama, S.A. © Elvio E. Gandolfo, 1993, por la traducción, cedida por Editorial Anagrama, S.A.

Greenwich Time, de Ann Beattie. © Irony & Pity Inc., 1979, 1980, 1981, 1982. ©Javier Calvo Perales, 2001, por la traducción.

Greasy Lake, de T. Coraghessan Boyle. © T. Coraghessan Boyle, 1985. © Manuel Pereira, 2001, por la traducción.

The Circling Hand, de Jamaica Kincaid. © Jamaica Kincaid, 1983, 1985. By permission of Farrar, Straus & Giroux, LLC. © Héctor Silva, 1988, por la traducción, cedida por Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

Like Life, Lorrie Moore. © Lorrie Moore. Licencia editorial por cortesía de

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A. © Isabel Murillo Fort, 2001, por la traducción.

Notas

[1] *Turkey*, en inglés ‘pavo’; *Nippers*, ‘pinzas’; *Ginger Nut*, ‘bizcocho de jengibre’. *(N. del T.)* <<

[2] Juego de cartas. *(N. del T.)* <<

[3] ‘Rayo de sol’ *(N. del T.)* <<

[4] Célebre asesino británico de principios de siglo, médico de profesión, que envenenó a su mujer y emparedó sus restos. *(N. del T.)* <<

[5] Novela de misterio de M. P. Shiel, *How the Old Woman Got Home* (1927). *(N. de la T.)* <<

[6] Sigla de *Woman Accepted for Volunteer Emergency Service*, mujer voluntaria aceptada en un navío de guerra. *(N. del T.)* <<

[7] «El viejo barco de Sión ha rescatado a miles.» *(N. de la T.)* <<

[8] A & P es en realidad la abreviatura de Gran Compañía de Té del Atlántico y el Pacífico. *(N. de la T.)* <<

[9] ‘Bruja o hechicera de la religión *obeah*’, prevalente en algunas partes de las Antillas. *(N. de la T.)* <<